
SERIE
LA
MANSIÓN
Vega Manhattan

Serie La Mansión

©Vega Manhattan

1.ª Edición: Junio, 2024

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el previo permiso del autor de esta obra. Los derechos son exclusivamente del autor, venderlo, compartirlo o mostrarlo parcialmente o en su totalidad sin previa aceptación por parte de él, es una infracción al código penal, piratería y siendo causa de un delito grave contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes y sucesos y lugares son producto de la imaginación del autor.

Como cualquier obra de ficción, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia y el uso de marcas/productos o nombres comercializados, no es para beneficio de estos ni del autor de la obra de ficción.

NOTA DE LA AUTORA

Si estás leyendo esto, significa que has decidido embarcarte en un viaje inolvidable a través de La Mansión, conociendo a cada uno de los chicos que habitan en ella. Esta compilación de las cuatro partes de la serie es un tributo a Raven, Rain, Romeo y Raider, y a todo lo que representan en este universo mágico y lleno de emociones.

Cada uno de ellos ha compartido sus historias, sus luchas y sus triunfos, tejiendo un entramado complejo y profundo de vivencias que solo cobran todo su sentido cuando se observan en conjunto.

La Mansión no es solo el hogar de estos personajes, sino un lugar donde se forjan amistades indestructibles y se viven momentos que dejan una huella imborrable en el corazón.

Raven nos mostró el camino, abriendo las puertas de La Mansión y dejándonos entrever su alma valiente y apasionada. Con Rain nos sumergimos en una historia llena de ternura y risas, aprendiendo que la vida siempre tiene algo más que ofrecer, incluso en los momentos más oscuros. Romeo nos encantó con su humor y su carisma, haciéndonos reír y llorar mientras descubríamos las capas de su compleja personalidad. Y finalmente, Raider nos llevó de la mano en una travesía llena de magnetismo, cerrando este ciclo con un broche de oro que nos dejó con ganas de más.

Esta serie es mucho más que la suma de sus partes; es un universo en sí mismo, una invitación a explorar las profundidades de la vida en La Mansión. Cada risa, cada lágrima, cada suspiro es parte de un todo que espero disfrutes tanto como yo al crearlo.

Si ríes, lloras y vives con cada uno de ellos, entonces mi misión estará cumplida. Esta compilación es un homenaje a las historias individuales que se entrelazan para formar un tapiz más grande, un tapiz que espero te deje recuerdos tan dulces como los que me ha dejado a mí.

Te agradezco de corazón por acompañarme en este viaje. Y aunque las puertas de La Mansión se cierran con estas páginas, te aseguro que siempre estarán entreabiertas, esperando a que nuevos relatos nos lleven a mundos aún por descubrir.

Con todo mi cariño y gratitud,

Vega Manhattan

SERIE LA MANSIÓN

Vega Manhattan

SINOPSIS

Son cuatro.

Lo único que tienen en común es La Mansión.

Raven, Rain, Romeo y Raider.

Ninguno de ellos lo ha tenido fácil, han tenido que enfrentarse a una vida llena de retos y dificultades, pero ninguno se ha rendido.

La Mansión, en cierto modo, los ha salvado, creyendo en ellos. La Mansión, para ellos, es mucho más que su hogar. La Mansión es su vida. Por ello, el vínculo que se ha forjado entre ellos y este lugar es, prácticamente, indestructible.

Porque, al fin y al cabo, ellos son La Mansión.

Pero… ¿qué pasará cuando tengan que enfrentarse al amor?

ÍNDICE

NOTA DE LA AUTORA

SINOPSIS

Raven. Serie La Mansión 1

Rain. Serie La Mansión 2

Romeo. Serie La Mansión 3

Raider. Serie La Mansión 4

Capítulo Extra: “El Fin… ¿O No?”

NOVELAS

Vega Manhattan


raven

Serie La Mansión 1

Vega Manhattan

SINOPSIS

Chloe no solo había perdido a su hermana y tendría que hacerse cargo de su sobrina, sino que, según una estúpida e insensata cláusula del testamento, tendría que compartir la tutela de la pequeña con otra persona. Nada más y nada menos que con el hombre que abandonó a su difunta hermana y a su sobrina.

Beau Nolan, alias Raven, tenía la certeza de que esa niña no era suya. ¿A qué venía esa maldita cláusula que lo obligaba a cuidar de esa niña? Niña que, además, se aseguraba en el testamento que sí era su hija.

Chloe creía que su hermana había perdido la cabeza cuando escribió ese testamento.

Raven pensó que sería él quien se volvería loco si tenía que cumplir con el último deseo de la mujer que lo destrozó. Y a quien odiaba, incluso después de muerta.

Chloe. Raven.

Dos versiones contradictorias de la misma historia.

Y una sola certeza: tendrían que convivir durante tres meses.

Las puertas de La Mansión se abren para dar la bienvenida a los primeros protagonistas de la nueva serie de Vega Manhattan.

¿Nos acompañas en esta nueva aventura?

ÍNDICE

SINOPSIS

Introducción

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

«Dicen que el lobo siempre será el malo si quien cuenta el cuento es Caperucita…»



Introducción

Cuentan que, en un lugar lejano y remoto, situado más allá de las montañas y del río, apartada del resto del bullicioso pueblo, oculta en medio de un espeso bosque, en lo alto de una escarpada ladera, se alzaba, majestuosa e imponente, una enorme y centenaria mansión donde habitaban seres extraños, tan diferentes a lo que consideramos normal y ordinario.

Así podría comenzar esta historia, o tal vez podría hacerlo con el clásico “Érase una vez…”

Pero, en realidad, cómo comience esta narración no es lo más importante, lo que verdaderamente importa es si este cuento tendrá, o no, un final feliz. Ese final feliz que nos hará creer en el amor, o ese final que nos romperá el corazón en mil pedazos.

Para Raven, uno de esos seres extraños, las cosas no pintaban muy bien en ese preciso momento. Su historia parecía haber llegado al final y ese final no sería uno de esos maravillosos “Fueron felices y comieron perdices.” Porque la mujer a quien amaba lo había abandonado.

¿O había sido él quien la había echado de su lado?

Tampoco importaba. Sea como fuere, su “felices para siempre” no existiría jamás. Nunca. Ni en sus sueños más locos ni en sus deseos más profundos.

Él lo sabía, sabía que no sería posible. Lo había sabido siempre. Desde el principio, desde ese primer nuevo encuentro. Por eso se había resistido tanto, por eso había intentado mantener las distancias y no dejarse llevar por sus emociones. Pero lo había hecho, había sucumbido a la tentación y ahora tenía que lidiar con las consecuencias.

Y la burbuja en la que vivía había estallado. Se había roto en mil pedazos, como su corazón.

Él sabía que, tarde o temprano, eso ocurriría. Que esa historia siempre había tenido fecha de caducidad. Siempre había sabido que llegaría ese día en el que todo acabaría.

Pero eso no hacía que doliera menos…

Él no era el tipo de persona que creía en la posibilidad de ser feliz. Ni siquiera en su imaginación. Aun así, durante un corto periodo de tiempo, se había atrevido a soñar que, tal vez, los villanos de los cuentos también podían redimirse. Que, tal vez, los villanos de los cuentos también tenían derecho a amar y a ser amados. Que, tal vez, los villanos de los cuentos también tenían derecho a un final feliz.

Pobre iluso, eso no era un cuento. Eso era la vida real y, en ella, esas cosas no sucedían. Ahí los villanos terminaban solos.

Y así era como debía ser. Así era como se escribían las historias, los cuentos y las leyendas.

Él había sido, desde el inicio, el lobo del cuento. El villano. El malo de la historia.

Y dicen por ahí que el lobo siempre será el malo si es Caperucita quien cuenta la historia.

Es cierto.

Como cierto es que desde el momento en que Caperucita desapareció de la vida del lobo, desde el instante en que ella dejó de formar parte de su mundo, este jamás volvió a ser el mismo.



Capítulo 1

Dicen que hay quienes nacen con estrella, quienes tienen mucha suerte en la vida y consiguen todo lo que quieren sin apenas esfuerzo. Y sí, hay gente así. No es ninguna leyenda urbana. Yo lo he visto. Y, seguramente, al igual que yo, tú también conoces a alguna persona portadora de tan buena fortuna.

Chloe no era una de esas personas.

Ella, suerte, lo que se dice suerte, no había tenido nunca. Al menos no de la buena. Y lo poco que tenía le había costado mucho sudor, lágrimas y noches en vela el conseguirlo. En resumen, Chloe no había nacido con estrella.

No. Chloe había nacido estrellada.

Como estrellado quería dejar al hombrecillo bajito y rechoncho que tenía frente a ella.

—¡Oh, vamos! ¿Se queda conmigo?

El hombrecillo no la miró y siguió anotando en la libreta que tenía en la mano. ¿Qué estaba anotando? Chloe no lo sabía, porque la matrícula de su coche no era tan larga y el hombre había rellenado ya una carilla completa.

—Ha aparcado donde no debe —dijo pedantemente.

—Pero solo fue un instante —se defendió Chloe, recordando su apresurada carrera hacia el cajero automático que, por fortuna, estaba vacío.

Carrera que no le sirvió de mucho porque, por cierto, no pudo sacar dinero.

El hombrecillo levantó la cabeza y con un gesto de ella, señaló hacia el frente. Chloe siguió la dirección de su mirada.

—¿Ve eso? ¿Esa señal? —le preguntó señalando una señal de tráfico— La “P” significa parking y la barra diagonal que la corta significa, por si no lo sabe, prohibido. Es decir, que está prohibido aparcar —le explicó con un tono condescendiente.

Como si fuera tonta, vaya.

—Pero solo paré un segundo…

—Y por si todavía no lo entiende —continuó el hombrecillo, ignorando completamente la protesta de Chloe—, abajo dice claramente “NO PARKING.” Usted entiende mi idioma, ¿verdad? —sarcástico, además.

Chloe puso los ojos en blanco.

—Claro que sí, nací en Inglaterra.

De chiripa, pero lo hice, pensó.

¿Y a qué viene decírselo? Pues a nada, la verdad.

—Ah, inglesa… —murmuró el hombrecillo, mirándola con desdén— Eso lo explica todo.

Lo que le faltaba… El hombrecillo, además, racista.

Si la culpa es tuya… ¿Por qué no te callas?, se reprendió a sí misma. *Que cada vez que hablas, sube el pan…*

—No estoy usando mi nacionalidad como excusa —joder, que él era norteamericano, ¿qué le estaba contando?

¡Si los dos hablaban el mismo idioma!

Además, ella nació allí de pura potra, porque sus padres eran de los Estados Unidos, pero estaban de vacaciones en el momento más oportuno...

—Sé que lo hice mal, pero joder, ¿llevarse el coche por haber parado un momento a sacar dinero?

—Haber aparcado donde debería.

Me cago en la leche, me tocó el tonto de turno, pensó Chloe con amargura.

—No he aparcado, solo detuve el coche un segundo, nada más —insistió Chloe.

El hombre la miró, sus espesas cejas se arquearon con un aire de superioridad. Chloe se preguntó, observando su brillante, despejada y enorme frente si en las cejas sería el único sitio donde se le concentraba el pelo, porque en la cabeza no es que tuviera más de tres solitarios pelos jugando al tute.

—Se ha bajado del coche, eso significa estacionar. ¿O es que en Inglaterra no se enseña esa diferencia en las autoescuelas?

Joder... Para qué había dicho nada.

—Señor… —Chloe se apretó el puente de la nariz con los dedos en un intento de calmar la mala hostia que le estaba entrando— Verá, llevo un día de mierda, me acaban de echar de mi trabajo.

—¿Y a mí qué me cuenta? —gruñó el hombrecillo, de nuevo absorto en su libreta.

¡¿Pero qué diablos está escribiendo?!

—¿Y sabe por qué me despidieron? —continuó Chloe.

No porque a ese hombrecillo le importase en absoluto su vida, sino porque ella necesitaba desahogarse de alguna manera y ya que no podía hacerlo mandando a esa cosa llamada humano a la mierda, que era lo que deseaba, ¡al menos la iba a escuchar!

—Como si me interesara —el sarcasmo en su voz.

—Por no querer aguantar a babosos que se creen con el derecho de que, porque les sirva

copas, tengo que dejar que me manoseen —ahora que había empezado a soltar, no podía parar—. Así que ahora estoy sin trabajo y, al parecer, sin dinero, porque el maldito cajero dice que la cuenta está bloqueada y ¡no sé por qué! —estalló Chloe— Tengo que pagar el condenado alquiler y ¡no puedo sacar ni un centavo! ¡¿Y ahora también la maldita grúa?! —dejó caer las manos que había elevado y calló repentinamente al ver cómo el operario de la grúa la miraba con una expresión imperturbable.

Con cara de póker.

—¿Acaso le he pedido yo que me cuente su vida? —inquirió el hombrecillo, hostil.

¿Se puede ser más desagradable que este tío?, se preguntó Chloe.

—No, pero…

—¿Le cuento yo la mía? No, ¿verdad? ¿Y sabe por qué? Porque no le interesa una mierda. Así como a mí no me interesa la suya, ¿me entiende?

Chloe apenas pudo reprimir un gruñido. Lo de tratar con gilipollas no era solo en el trabajo, ¿eh?

—Lo siento, ¿vale? —no tenía ganas de discutir, solo quería que la dejara marcharse en su jodido coche. Así que intentó sonar tranquila, amable y arrepentida. Y si eso significaba que tenía que suplicar, ¡lo haría!

Tendría que tragarse el orgullo quisiera o no. Lo que fuera con tal de volver a casa y poder descansar un poco, aunque fuese por poco tiempo, porque tenía que cuidar de Tori. Pero bueno, eso era mejor que nada.

—Sé que lo hice mal —dijo ella, sonando contrita para que el hombrecillo no le cogiera más tirria. Pero por dentro se estaba envenenando por lo falsa que estaba siendo—. Pero por favor, ¿no puede hacer la vista gorda por una vez?

El hombrecillo la miró durante unos segundos, segundos que a Chloe se le hicieron eternos. Lo observó parpadear lentamente y observó como esa cara mustia que tenía parecía relajarse cuando, tras leer lo que había escrito en el papel, volvió a posar sus redondos y pequeños ojos sobre ella.

El hombre arrancó el papel en el que había estado escribiendo de la libreta y Chloe sintió un atisbo de esperanza. Pensó que había logrado salvar su coche.

—Con este resguardo y tras pagar la multa, podrá recoger el coche del depósito —dijo la hiena disfrazada de hombre mientras estiraba la mano lo suficiente para que Chloe cogiese el papel.

—Me cago en la leche —gruñó ella mientras le arrancaba el dichoso papel de las manos—. ¿Es que no hay nadie con corazón en este país?

Era en momentos como ese cuando se sentía profundamente conectada a sus raíces inglesas, a pesar de que, técnicamente, solo lo era de nacimiento, por un hecho fortuito.

En realidad, era tan americana como cualquiera nacido allí.

—Si no le gusta, vuélvase al suyo —masculló el hombre con un deje de desdén. Era evidente que los extranjeros no le caían demasiado bien.

Chloe maldijo en todos los idiomas que conocía. No eran muchos, pero su repertorio de insultos y maldiciones no era nada insignificante. Era lo que tenía trabajar en bares y locales de noche, que una aprendía de todo.

También aprendía a tratar con gilipollas, excepto con ese que se estaba llevando su coche.

El día ya no podía empeorar más, ¿verdad?

Tras un enorme suspiro mientras observaba cómo la grúa se alejaba con su coche, Chloe se dejó caer en el suelo, sentándose en el alto bordillo. Estaba exhausta. Se apretó los lagrimales intentando que las lágrimas no fluyesen, pero no pudo evitarlo.

Estaba cansada, mucho. La noche había sido una mierda. La habían acosado más veces de las que podía recordar y, por defenderse, había perdido su trabajo. Y, por si fuera poco, no le habían querido pagar el sueldo del día completo. Increíble…

Ser camarera nunca había sido fácil, pero últimamente parecía que la cosa estaba fuera de control. Y ella no aguantaba ni una. No lo había hecho nunca, no lo haría ahora. Incluso si eso significaba verse, de nuevo, en el paro.

Encontraría otra cosa. Siempre lo hacía, ¿no?

Y cuanto antes, mejor, porque no solo estaba atrasada con el pago del alquiler y las demás facturas, sino que ahora también tenía que añadirle la maldita grúa.

Resopló, menos mal que tenía a Karen. Su hermana, con quien vivía, se haría cargo de los gastos hasta que Chloe pudiera ponerse al día. No es que el sueldo de Karen fuera muy generoso, pero alcanzaba para que las tres sobrevivieran: Chloe, Karen y Tori, la hija de su hermana.

A Chloe no le gustaba vivir así, dependiendo, a veces, de la ayuda de su hermana, y en los últimos meses había tenido que recurrir a ella varias veces. Pero ¿qué más podía hacer? Chloe siempre le devolvía todo el dinero que le prestaba, con intereses incluidos para enfado de Karen.

El sonido de una llamada telefónica la sacó de sus pensamientos, Chloe abrió el bolso que tenía sobre las piernas y rebuscó en él hasta encontrar el teléfono móvil.

Dejó a un lado su mal humor, se forzó a sonreír al ver el nombre de quien llamaba en la pantalla. Nadie tenía que saber lo mierda que se sentía en realidad.

—No tardaré en llegar, lo prometo —dijo al coger la llamada. Había ganado lo suficiente para poder llamar a un taxi y llegar a tiempo a casa—. ¿Puedes quedarte con la niña un momento?

Sabía que Karen tenía que irse al trabajo y que la habría estado esperando para que cuidase de Tori. Al ver que ella no llegaba, habría recurrido a la vecina, Anne, para que se quedase con ella hasta que Chloe llegara.

—Chloe…

El tono en la voz de Anne puso en alerta a Chloe. Se le erizó la piel y una mala sensación se

instaló en la boca de su estómago.

¿Era eso a lo que llamaban presentimiento?

—Sí… —dijo Chloe con un hilo de voz— ¿Qué te pasa? ¿Por qué ese tono? ¿Va todo bien?

Hubo una pausa antes de que Anne respondiera, seguida de un sollozo.

—Chloe, yo… —las palabras de Anne quedaron atrapadas en su garganta. A la mujer le costó muchísimo explicar lo que estaba pasando— Es Karen —dijo con voz temblorosa—. Lo siento, cariño —terminó en un sollozo.

Fue ahí cuando Chloe se dio cuenta de que estaba equivocada. Sí, la cosa podía empeorar más. Y no solo un poco, sino mucho.

Mucho más…



Capítulo 2

“Declaro y ordeno que, en el caso de mi fallecimiento, mi ex marido, el señor Beau Nolan, como padre biológico de mi hija, y mi hermana, la señorita Chloe Hayes, sean nombrados como tutores legales de mi única hija, Tori Nolan. Además, impongo la obligación al señor Beau Nolan y a la señorita Chloe Hayes de aceptar conjuntamente esta responsabilidad y de cuidar, proteger y proveer para el bienestar de nuestra hija durante, al menos, un periodo de prueba inicial de tres meses.

Durante este tiempo, el señor Beau Nolan y la señorita Chloe Hayes deberán demostrar su capacidad y disposición para asumir la tutela legal de la menor de manera colaborativa. Si al finalizar los tres meses, el señor Beau Nolan no desea continuar como tutor legal, la custodia de mi hija pasará única y exclusivamente a mi hermana, la señorita Chloe Hayes. Esta designación se llevará a cabo de acuerdo con la determinación del tribunal competente.

Asimismo, durante el período de prueba, el señor Beau Nolan y la señorita Chloe Hayes deberán trabajar juntos en el cuidado y bienestar de la niña, sin dejar a su suerte a ninguna de las partes implicadas.”

—Y se acompaña con la partida de nacimiento de la menor, quien está registrada legalmente como hija del señor Beau Nolan y de la señora Karen Hayes.

Cuando el abogado terminó de hablar, en esa sala no se oía ni una mosca. Es más, casi podía decirse que ninguno respiraba. Todos se habían quedado atónitos y paralizados.

Todos, o casi todos, porque había alguien al que parecía que nada de aquello le sorprendía. Sería porque visto lo visto y vivido lo vivido, a ese hombre no había nada en el mundo que pudiera sorprenderlo.

O, al menos, esa era la impresión que daba.

Pero la realidad era otra.

Porque pese a su fachada imperturbable, aunque no lo expresara y aunque su cara se mantuviese impasible, el hombre se encontraba tan estupefacto como los demás después de lo que acababa de escuchar.

Carmichael estaba atónito.

Beau Nolan, más conocido como Raven, el gran afectado en todo aquello, se desabrochó los dos primeros botones de la camisa que llevaba puesta porque joder, le estaba costando respirar. Se estaba asfixiando. Y sentía un sudor frío recorriendo su espalda…

Levantó los dedos índice y medio y los puso sobre su cuello, exactamente sobre la carótida. Y comenzó a contar.

Aunque eso le iba a servir de poco ya que si lo que estaba sufriendo era un infarto, no iba a

enterarse tomándose el pulso. Lo único que podía sacar en claro de las pulsaciones aceleradas que tenía era que le estaba dando un jodido ataque de ansiedad.

O de pánico, a saber.

—¡Estás bromeando! —exclamó, sus ojos clavados en el abogado que tenía frente a él.

No lo preguntaba, lo daba por hecho.

Y, sin poderlo evitar, soltó una carcajada mientras recorría con la mirada a cada uno de los hombres presentes en la sala en ese momento.

El abogado enarcó las cejas.

—¿Me ves cara de estar bromeando? —preguntó Sylvester.

A Raven se le cortó la risa de inmediato. Volvió a mirar a los demás.

—Decidme que está de coña. O que esto es cosa vuestra —imploró Raven.

Pero, al observarlos con atención, Raven se dio cuenta de que ellos no tenían nada que ver.

Pero es que tenía que ser una cámara oculta o algo, porque nada de lo que estaba diciendo ese hombre tenía sentido ninguno.

—¿Tiene una hija? —Romeo no podía creer lo que estaba escuchando.

Raven, cada vez más nervioso, soltó otra risa forzada.

¿Una hija? ¿Él? ¿Se habían vuelto todos locos o qué?

La risa se transformó en un lamento doloroso cuando la cruda realidad comenzaba a calar en su mente.

—Qué hija ni qué ocho cuartos —gruñó Raven—. No es mi hija, me fui por algo, ¿no? Joder, casi caigo en la indigencia… No, ¿qué digo? ¡Me convertí en un vagabundo por esa niña! Y… —no pudo ni continuar, estaba de los nervios.

—Ahora resulta que es tu hija —terminó Rain por él.

—¡Yo no tengo ninguna hija! —exclamó Raven, levantándose del sofá de un salto y perdiendo la poca paciencia que le quedaba.

Si es que le quedaba alguna…

—Según el testamento, sí —intervino el abogado—. Y según la partida de nacimiento de la pequeña, también.

¿Pero cómo era posible?

—Me cago en la leche… —a Raven iba a darle un soponcio.

Comenzó a caminar de un lado para otro de la sala mientras se pasaba ambas manos por el pelo, dejándoselo hecho un desastre.

¿De qué iba todo eso?

— Pero ¿cómo que mi hija? —Raven dejó de caminar el tiempo suficiente de frotarse la cara repetidamente con las manos— El mundo se está volviendo loco —murmuró.

—¿La partida de nacimiento es auténtica? ¿No es una falsificación? —preguntó Carmichael desde su silla de ruedas.

El hombre delgado y no demasiado alto, de unos setenta y dos años con el pelo canoso y una dulce mirada en su afable rostro, era el dueño de aquella casa donde vivían todos los demás. Excepto Sylvester, él vivía en el pueblo con su mujer y con sus dos perros, pero solía pasar más tiempo en La Mansión que en su propia casa.

Porque ese cuarteto, Carmichael incluido, siempre tenían un lío que arreglar.

Cualquier otro abogado habría perdido la cordura y habría renunciado a representar a esa panda de locos, pero Sylvester no era cualquiera.

Sylvester era otro loco más.

Además de una persona agradecida que sentía que les debía la vida a todos ellos. Por ello, jamás perderían su inquebrantable lealtad y su profundo y eterno agradecimiento.

Pero eso no quitaba que quisiera, a veces, mandarlos al carajo y decirles que dejaran de meterse en líos. Porque joder, es que siempre había que estar arreglando algo.

Y si la cosa se quedaba tranquila durante un tiempo, Sylvester sabía que lo que vendría no sería moco de pavo. Porque la calma siempre precedía a la tormenta.

Y así estaban en ese momento, locos después de que Sylvester acabara de leer el testamento que había dejado la ex mujer de Raven en el que no solo le decía que era padre de una niña que todos sabían, o creían saber, mejor dicho, que no era suya, sino que tenía que hacerse cargo de ella por, al menos, tres meses.

Si eso no era para volverse loco como abogado…

Y Raven terminaría con camisa de fuerza, seguro, porque ese hombre debía estar a un paso de un colapso mental.

Volviendo a la historia…

Sylvester deseaba poder decirle a su jefe que sí, que ese certificado de nacimiento era falso, pero…

—No, no está falsificado. Al menos este certificado no lo está —Sylvester levantó el papel que estaba sobre la mesa y lo agitó para dejarlo, seguidamente, donde estaba.

—Pero yo no he reconocido a esa niña —aseguró Raven, con una mezcla de confusión y desesperación en su voz—. Nunca lo hice.

—Estamos hablando del Estado de Nueva York, lo que significa que no habría sido necesario que la registrases como tal para que sea considerada legalmente tuya —explicó Sylvester con

calma—. Aquí, en California, tampoco sería necesario.

—¿A qué te refieres? —preguntó Raven, su voz no era más que un susurro incrédulo.

—Si la niña nació dentro del matrimonio, es decir, antes de que el divorcio hubiese sido efectivo, se presupone que el esposo es el padre biológico de la niña y su nombre se incluirá en la partida de nacimiento sin necesidad de su consentimiento explícito. De esta forma, tú serías, legalmente, su padre —explicó el abogado.

—Maldita sea —masculló Raven, quien todavía no podía creer lo que estaba escuchando.

—Teniendo en cuenta que con lo que viviste, tardaste como un año en solicitar y registrar el divorcio… — Sylvester dejó la frase en el aire, un suspiro profundo y lleno de pesar escapó de sus labios.

En esa época, Raven no estaba todavía en La Mansión, por lo que no había sido Sylvester quien se había encargado de su divorcio. De ser así, lo que ocurría en ese momento no estaría pasando porque él era bastante minucioso con los detalles. Sylvester era meticuloso hasta el punto de la obsesión, no dejaba nada al azar. Pero cuando investigó a Raven, la partida de nacimiento de su hija no salió a la luz, así que tampoco investigó a fondo.

No creyó necesario tener que hacerlo.

—Lo siento —dijo Sylvester, pesaroso—. Tenía que haber investigado mejor.

Carmichael, que estaba a su lado, le dio unas palmaditas en la mano a su abogado.

—Esto no es culpa tuya —le recordó—. No eres tú quien engañó a nadie en este asunto.

Raven suspiró, aquello parecía un mal sueño.

—Esto no puede ser verdad —no, Raven no se lo podía creer.

—Es una posibilidad de lo que podría haber ocurrido —continuó Sylvester—. De todas maneras, es una cuestión que deberemos investigar para impugnar el testamento y buscar una exoneración de la herencia.

—La herencia —Romeo simuló un escalofrío—. Estamos hablando de una niña, no la llames así.

Sylvester puso los ojos en blanco.

—Para ser miembro de una familia de mafiosos, eres demasiado blandengue —la mofa en la voz del abogado.

Romeo sonrió ante el comentario de su amigo.

—Ya, por eso me echaron —dijo Romeo, finalmente riendo.

Y todos estallaron en risas.

Todos excepto Raven, a ese no le cambiaba la cara de agrio. Y nadie podía reprochárselo.

Hacía solo unas horas que se había enterado de que la mujer que había sido su esposa había fallecido. Ese tipo de noticias siempre dejaban huella, y más aún al enterarse a través de una carta certificada.

Los recuerdos que Raven tenía de esa mujer no eran los mejores. Hacía mucho tiempo que no pensaba en ella, porque hacerlo le hacía recordar todo el dolor que sintió.

Recordarla dolía.

Pero la reciente noticia de su fallecimiento había desenterrado todos aquellos sentimientos que había enterrado en lo más profundo de su mente y de su corazón.

Además de tener que lidiar con la noticia del fallecimiento de su ex mujer, a Raven lo sorprendió que hubiese un testamento y que se le nombrase a él.

—Yo… Esperaba, a lo sumo…—Raven comenzó a pensar en voz alta.

No es que él esperase algo si alguna vez ella moría, sino que al saber que lo había nombrado en el testamento, uno se ponía a elucubrar.

—Recibir el anillo de oro blanco y diamante que le regalé por nuestro primer aniversario —porque la alianza de bodas que llevaba en su dedo, la había perdido Karen en el trabajo. O eso era lo que le había dicho—. O tener que hacerme cargo de su gato, ¡yo qué sé! Pero… ¡¿Una niña?! ¡Yo no soy padre de nadie! —exclamó a pleno pulmón, su grito retumbando en las paredes de aquella sala.

Raven sentía que iba a volverse loco.

Un estruendo hizo que todos dejasen de mirar a Raven para mirar a la mujer que estaba en medio de la sala, con los ojos abiertos de par en par como si hubiese visto un fantasma, con la boca tan abierta que casi tocaba el suelo; la mujer ni siquiera se había dado cuenta de que se le había caído la bandeja de las manos. Con todo lo que eso llevaba. Vamos, que el té se había derramado, mojando el suelo y salpicando hasta el techo. Y menos mal que las tazas ya estaban, desde antes, sobre la mesa, si no…

—Señorito Raven… —la mujer que ya vestía canas y andaba un poco encorvada por su avanzada edad, logró articular la pregunta— ¿Tiene una hija?

—¡No! —exclamó este.

—Sí —dijeron Sylvester, Rain y Romeo a la vez.

Estos dos últimos se levantaron a toda prisa para recoger y limpiar el desastre que había provocado Grace, el ama de llaves de La Mansión. Le insistieron a la mujer para que se sentase en el sofá, ignorando sus protestas. Ellos se encargarían de recoger los trozos de cerámica y de limpiar el té derramado.

Hacía mucho que Grace no tendría que estar trabajando allí, pero ella necesitaba sentirse útil. Además, tenía tanto que agradecerle a Carmichael. Gracias a él, ella tenía un techo bajo el que vivir. ¡Su propia casa! Y comida caliente todos los días.

Y Carmichael… Bueno, él no podía negarse a mantenerla a su lado.

—No es mi hija —gruñó Raven, claramente frustrado—. No me toquéis las pelotas.

—Legalmente sí lo es —lo corrigió Sylvester, ignorando la mirada furiosa de Raven.

—Legalmente eso es un fraude. Y una prueba de paternidad demostrará que yo no soy nada de esa niña —argumentó Raven.

—Sí, eso es cierto —acordó el abogado.

¿Por qué, entonces, a Raven no le sonó convincente? ¿Por qué ese matiz en su voz que no presagiaba nada bueno?

A Raven le dio un vuelco el corazón. No quería ni preguntar. Miedo, le daba miedo lo que fuera a decirle.

—¿Pero…? —preguntó Rain, al tener la misma sensación que su amigo mientras recogía pedazos de cerámica del suelo.

Sylvester meditó un momento antes de responder.

—Pero no es tan sencillo —dijo entonces el abogado.

—¿Qué exactamente? —preguntó Romeo, interesadísimo, también, en el asunto.

La limpieza del suelo tendría que esperar.

—No es mi especialidad, pero…

Aunque Sylvester sería experto en todo a ese paso, con semejantes clientes, quién no.

Suspiró antes de comenzar a explicarlo.

—Estaríamos ante un conflicto de leyes estatales —todos lo miraban expectantes, esperando a que lo explicara—. Permitidme explicarlo de manera sencilla: el proceso sería largo y complejo. Si se realiza una prueba de paternidad, se podría demostrar fácilmente que no eres el padre biológico de la menor.

—Bien —el alivio en la voz de Raven era casi palpable.

—Si no lo eres —matizó el abogado, frunciendo ligeramente el ceño.

A la mierda el alivio, pensó Raven.

—¡Que no lo soy! —exclamó Raven.

—Aunque no lo seas… —continuó Sylvester.

—Aunque no lo sea, ¿qué? —lo instó a continuar Rain.

—Hay varios aspectos preocupantes. Uno de ellos es que el juez pueda denegar la solicitud de una prueba de ADN —dijo el abogado.

—¿Por qué haría algo así? —preguntó Romeo, incrédulo.

Raven no lo quería ni saber…

—Porque, legalmente hablando, la niña es su hija —Sylvester levantó de la mesa el certificado de nacimiento de la niña una vez más—. En caso de que lo permita—volvió a dejar el documento sobre la mesa—, lo que me preocupa es que tu ex esposa —miró a Raven— ha incluido en su testamento una cláusula conocida como "Cláusula de Nombramiento Obligatorio" o "Cláusula de Aceptación Obligatoria."

—¿Y eso qué es? —preguntó Raven, agobiadísimo.

Sylvester le hizo un gesto con la mano para que lo dejase terminar de explicar. Si lo interrumpía, tardaría el doble.

—Con esto, ella está intentando asegurarse de que no puedas negarte a asumir la tutela de la menor, al menos durante los tres meses que ella especifica. Se puede alegar, por supuesto, pero… —Sylvester suspiró— No puedo asegurarte que el juez acepte la alegación y que no te obligue a aceptar las cláusulas del testamento teniendo en cuenta que, legalmente, eres el padre de esa niña.

—¿Puede hacer eso? —preguntó Romeo, con la boca abierta por la incredulidad.

—Estamos hablando de una menor, por supuesto que puede hacerlo. Una menor que, según la ley, está registrada como su hija —concluyó Sylvester, dejando a la sala sumida, de nuevo, en un pesado silencio.

A Raven iba a darle algo allí mismo.

—¿Cómo de grave es el problema? —preguntó entonces Carmichael, rompiendo el silencio que se había instalado en el lugar.

Porque si a Sylvester le preocupaba algo, era porque el problema no sería insignificante.

—Teniendo en cuenta la situación, yo diría que bastante grave —y la gravedad se podía sentir en el tono de voz del abogado.

Raven gimió.

Rain y Romeo enarcaron las cejas, sus rostros llenos de incredulidad, esperando saber el porqué de esa gravedad.

—¿Por qué? —la voz de Raven sonaba desesperada— ¡Si yo no soy el padre de esa niña!

—¿Estás seguro? —preguntó el abogado.

—¡Claro! —exclamó Raven, sonaba a la defensiva.

—¿Te has hecho, alguna vez, una prueba de paternidad para demostrarlo? —preguntó Sylvester, sus preguntas se sentían como un verdadero interrogatorio.

—No, pero…

El abogado, en su papel, no lo dejó hablar.

—¿Entonces cómo estás tan seguro? —inquirió Sylvester.

—Joder, ¡ella me lo confirmó! —exclamó Raven, desesperado, lleno de rabia y frustración.

¿Es que acaso eso no era suficiente?

—¿La misma mujer que ahora afirma que esa niña es tu hija?

Con esa pregunta, Sylvester dejó a todo el mundo en silencio. La tensión en aquella sala era palpable.

Raven no podía respirar, joder, volvía a sentir que se asfixiaba. Sentía como si un peso invisible le presionara el pecho.

No, aquello no podía ser. Él no era padre de ninguna niña. Él no…

—No es mi hija —logró decir Raven con voz temblorosa, pero la seguridad con la que lo decía antes había desaparecido—. No soy el padre de esa niña.

—¿Y si lo eres? —Sylvester puso en voz lo que todo el mundo estaba preguntándose y nadie se atrevía a repetir en voz alta.

—¡No! —exclamó Raven a todo pulmón.

—Algo no cuadra en todo esto —intervino Carmichael—. No creo que tu ex mujer te haya nombrado tutor legal de su hija sabiendo que con una sencilla prueba de paternidad podrías demostrar que esa niña no es tuya…

—Entonces quieres decir que… —Rain abrió los ojos de par en par al entenderlo.

—¡La hostia! —exclamó Romeo, quien también lo había entendido.

—Madre del amor hermoso —se persignó la ama de llaves cuando lo entendió.

—No me jodas —Raven no se lo podía creer.

—No lo hago —Sylvester lo sentía por él, pero no podía hacer mucho por ayudarlo—. Y solo tenemos una manera de salir de dudas.

—Tendréis que someteros a una prueba de paternidad —dijo Carmichael.

Raven dejó caer la cabeza entre sus manos, un gemido escapó de su garganta.

No, aquello no podía ser verdad. Aquello era un error que se arreglaría con la jodida prueba de paternidad.

—¿Cuánto tardarán los resultados? —preguntó Raven con impaciencia, deseando terminar con eso lo antes posible.

—Pocas horas —dijo entonces Rain, quien sabía muy bien cómo funcionaba aquello.

Raven asintió nerviosamente con la cabeza.

—Bien… —*eso es un alivio*, pensó Raven.

—Siempre y cuando se pueda hacer —dijo, para sorpresa de todos, Sylvester.

El alivio le había durado poco.

Tanto Raven como Rain como Romeo pestañearon sin entender. Carmichael fue el único que lo hizo y asintió con la cabeza.

—Necesita la colaboración de la segunda persona en discordia —dijo Carmichael, atrayendo la atención de todos los presentes.

Al principio parecía que ninguno de ellos parecía saber a quién se refería el dueño de La Mansión, pero les llegó la iluminación de repente.

Joder, se habían olvidado de ella.

Chloe Hayes, la hermana de la difunta esposa de Raven, la mujer que, de acuerdo con el testamento, era la otra pieza clave de esa historia.

—Raven tendrá que tener el consentimiento de Chloe Hayes —confirmó Sylvester, tras respirar profundamente.

Raven gimió.

—Como si no tuviera ya suficientes problemas…

También le tocaría tratar con Chloe Hayes. Nada más y nada menos que con Chloe. Raven gimió. Nada, que no había manera de que se librase de esa familia.

Y la vida estaba empeñado en joderlo.

De repente, Raven abrió sus ojos de par en par y clavó su mirada en el abogado mientras una angustiosa duda se apoderaba de su mente, casi volviéndolo loco.

—Pero estoy divorciado, ¿verdad?



Capítulo 3

—¡Sobre mi cadáver!

Eso fue lo que exclamó Chloe cuando el abogado finalizó la lectura de la última voluntad de su hermana.

El comentario resultó desafortunado dadas las circunstancias. En todo caso sería sobre el cadáver de la hermana muerta, no del suyo propio.

Dejando el humor negro a un lado, Chloe estaba atónita, incapaz de comprender cómo su hermana, después de todo, podía hacer semejante petición.

Beau Nolan, el desgraciado que la abandonó estando embarazada, ¿el tutor legal de la niña? ¿Aquello era el mundo al revés o qué?

Y todavía había que darle las gracias y todo a Karen porque también la había tenido en consideración a ella…

Chloe suspiró, sin poder entenderlo. Todavía le costaba asimilar que su hermana ya no estaba, que ya no volvería a ver su rostro, a escuchar su voz.

“Te veo mañana”, esas fueron las últimas palabras que Chloe le había dicho a su hermana antes de salir por la puerta de la casa la noche anterior. No hubo un “Cuídate”, no hubo un “Te quiero.”

La realidad era cruel.

El amor siempre se da por sentado. Pero, en ocasiones, nos damos cuenta demasiado tarde de lo importante que es expresar lo que sentimos, porque puede que cuando se quiera hacer, ya sea demasiado tarde. Por eso nunca hay que dar por hecho que la otra persona sabe lo que sentimos por ella.

Su abuela les decía que nunca había que callarse las cosas y que siempre había que decirle a la gente cuánto se la quería.

“Nunca te acuestes enfadada con alguien”, era algo que también les repetía una y otra vez. Y no fue hasta entonces que Chloe entendió el significado de esas palabras.

Ellas eran muy pequeñas cuando sus padres fallecieron, apenas tenían recuerdos de ellos, pero su abuela se había encargado de mantener siempre la imagen de sus padres muy viva. Tanto en sus mentes como en sus corazones.

Su abuela lo había sido todo para ellas hasta que una enfermedad degenerativa se la llevó de su lado, dejándolas solas. Haciéndolas sentir vulnerables y desamparadas. A pesar de todo, habían tenido la oportunidad de despedirse de ella como correspondía.

Desde entonces, desde que su abuela falleció, las dos hermanas, siempre de la mano, habían luchado por salir adelante. Y lo habían conseguido. Mejor o peor, tenían una vida. Karen estudió lo que quiso, ¡incluso se casó con quien creía el amor de su vida! Y fue madre.

Pero las cosas no siempre salían bien, las historias se torcían, los finales felices pasaban a ser sueños casi imposibles…

Sin embargo, desde que Tori nació, Chloe y Karen volvieron a vivir juntas y a estar más unidas que nunca. Pero apenas les había dado tiempo a disfrutar todo lo que querían la una de la otra, porque la vida había decidido llevarse a Karen demasiado pronto.

Hacía apenas unos días, ambas reían en el sofá y en ese momento, solo Chloe estaba allí, llorando la pérdida de su hermana.

Sí, la vida era muy cruel.

Y parecía que con Chloe se había cebado especialmente. Se sentía sola, más sola que nunca.

Miró hacia la puerta del pasillo cuando escuchó unos pasos descalzos que se acercaban. Chloe limpió las lágrimas que mojaban todo su rostro con las palmas de las manos y forzó una sonrisa a tiempo de que Tori entrara en el salón y la viera.

No estás sola, la tienes a ella, pensó entonces Chloe.

Sí, era cierto. Al menos su hermana le había dejado a Tori, pero ¿qué pasaría tres meses después? ¿Tendría que volver a enfrentarse a otra separación?

No podía permitirlo, porque la sola idea de perder, también, a su sobrina le causaba más dolor del que podía tolerar. No estaba segura de poder soportar otro golpe así. Tori era todo lo que le quedaba en el mundo.

—Cariño… ¿Estás bien? —le preguntó Chloe, haciendo un esfuerzo porque su voz no temblase.

Agarrando con fuerza su osito de peluche, Tori negó con la cabeza. Tenía los ojos rojos e hinchados de tanto llorar, su pelo revuelto, hecho un desastre, señal de la cantidad de vueltas que habría dado en la cama.

—¿No puedes dormir? —le preguntó mientras se levantaba para ir a su encuentro.

La niña volvió a negar con la cabeza. Cuando Chloe se acercó a ella, la alzó en brazos, Tori se agarró al cuello de su tía con fuerza. Con la niña en brazos, Chloe caminó de regreso al sofá, donde se sentó con la pequeña sobre su regazo.

—Echo de menos a mamá —murmuró Tori con tristeza.

A Chloe se le partió el corazón al escucharla.

—Yo también la echo de menos —confesó Chloe, tragando saliva para mantener a raya las lágrimas que amenazaban con volver a brotar.

No quería que Tori la viera llorar en ese momento.

—¿Por qué se ha ido? —preguntó Tori.

Chloe limpió las lágrimas que se deslizaban por las mejillas de la pequeña y suspiró profundamente. No sabía cómo explicar la muerte a una niña de cuatro años.

—No lo sé, cariño. Pero seguro que, donde esté, estará bien —y eso quería creer Chloe también.

Porque la idea de que después de la muerte había nada, era bastante aterradora. Y sabía que era así, pero, a veces, era mejor disfrazar la realidad.

—¿Tú dónde crees que está? —preguntó Tori con curiosidad.

Chloe suspiró profundamente. No quería engañar a la pequeña ni crearle falsas esperanzas. La muerte era un concepto difícil de entender, hasta para los adultos.

—Creo que se ha convertido en una estrella —replicó finalmente, repitiendo lo que su abuela les había dicho a su hermana y a ella cuando perdieron a sus padres. No era la verdad, pero durante mucho tiempo las consoló el pensar que eso podía ser así.

Chloe no era experta en niños, así que no sabía si estaba haciéndolo bien o no, pero…

—¿Es una estrella? —preguntó Tori asombrada.

Bendita inocencia, pensó Chloe.

En un momento así, la pequeña había sido capaz de arrancarle una sonrisa.

—Ajá… —sonrió Chloe— La gente que es muy buena se convierte en una estrella en el cielo. Porque así puede ayudarnos a los demás mientras estamos aquí.

—¿Tú también serás una estrella? —por cómo había hecho la pregunta, era evidente que a Tori no le gustaba la idea.

Chloe sonrió de nuevo.

—Cuando sea más viejecita, espero —dijo Chloe, acariciando la cabeza de la pequeña, dándole consuelo.

—Mamá no es vieja.

—No… —Chloe tuvo que contener las lágrimas de nuevo.

—¿Entonces por qué es una estrella?

Qué difícil era tratar temas así con una niña.

¡Y qué lista era la jodía!

—Porque si faltan estrellas en el cielo para cuidar a la gente que estamos aquí, pues se llevan a los mejores.

—Mamá es muy buena —sonrió la niña con tristeza.

Chloe sintió que se le desgarraba el corazón.

—Sí, lo era —asintió Chloe, sin poder evitar que una lágrima se deslizara por su mejilla—. Y te quería más que a nadie, nunca olvides eso.

—Pero tú no seas estrella, tita —dijo Tori con el ceño fruncido—. No quiero estar sola —su voz tembló con la súplica.

—Hasta que las dos seamos muy viejecitas, no lo seré —prometió Chloe.

—¿Lo prometes? —susurró Tori.

—Sí, cariño, lo prometo —respondió Chloe, esperando poder cumplir su promesa.

—Gracias —su tía le dio un beso en la mejilla y la hizo sonreír—. ¿Me cuentas un cuento?

Y hasta ahí llegaba el drama del momento.

¡Quién fuera niño!

—¿Quieres que te cuente un cuento? —Chloe enarcó las cejas, simulando sorpresa. Tori asintió con la cabeza repetidamente, entusiasmada— ¿Cuál?

Chloe esperó a que esa pequeña morena de pelo ondulado dejase de mirar al techo mientras pensaba y le diese una respuesta.

—El de Caperucita.

—¡¿El de Caperucita?! —exclamó Chloe asombrada— Pero si te da miedo.

—Caperucita no. El lobo malo sí me da miedo —dijo con firmeza.

Chloe esbozó una sonrisa comprensiva.

—Ah… Entiendo. Entonces te voy a contar una historia de Caperucita que nunca antes te he contado y donde no existe el lobo malo.

La niña parpadeó y abrió mucho sus enormes y preciosos ojos.

—¿De verdad? —curiosa y asombrada.

—Sí —rio Chloe al verla comportarse como la niña que era—. Se llama “Caperucita y el lobo de Greenville.”

La niña frunció el ceño, confusa.

—Pero dijiste que no existe el lobo malo —dijo enfurruñada.

Chloe rio.

—Es que no todos los lobos tienen que ser malos.

—Ah, ¿no? —preguntó Tori con cierta suspicacia, no estaba ella demasiado convencida.

—Pues no. En Greenville, al menos, no. ¿Quieres escuchar el cuento?

—¡Sí! —exclamó la pequeña.

Chloe asintió, su sonrisa se ensanchó.

—Había una vez, muy lejos de aquí, en un pequeño pueblo llamado Greenville, donde las

flores crecían por doquier…

Y así consiguió que la pequeña se quedase dormida en sus brazos. Chloe esperó para dejarla, de nuevo, en la cama y, cuando lo hizo, la tapó con la sábana y se quedó allí de pie un instante, observándola.

Qué tristeza sentía, tan pequeña y enfrentando semejante tormento. El dolor de vivir sin una madre era desgarrador. Si lo sabría ella… Pero ella estaría junto a Tori para suavizarlo, como su abuela hizo con ella. Estaría siempre con Tori. Por y para ella.

Al menos, eso esperaba…

Chloe apagó la luz de la habitación y entrecerró la puerta, fue hasta la cocina, abrió el frigorífico y suspiró al verlo tan vacío. Joder, es que no había de nada.

Cogió el brik de leche con una mano y lo agitó para ver cuánta quedaba. Al menos había suficiente para un café con leche.

En esa situación tan precaria estaba.

Desde la muerte de su hermana, hacía ya unos días, no había vuelto a trabajar. Tenía que hacerse cargo de la pequeña Tori y arreglar todo lo del sepelio. También tuvo que ir al banco y consiguió sacar el dinero que le quedaba en la cuenta para poder comer esos días.

Los gastos del sepelio estaban cubiertos, afortunadamente, por el seguro del hospital donde Karen trabajaba como auxiliar de enfermería y los honorarios del abogado que había gestionado la herencia estaban pagados, Karen se encargó de ello cuando redactó el testamento.

Joder, hasta había hecho un testamento. ¿Desde cuándo sabía lo enferma que estaba?

Chloe no se había dado cuenta de nada, no había notado ningún cambio en ella, nada más allá de sus típicas jaquecas, las cuales sufría desde niña.

¿Cómo iba a imaginarse que su hermana tenía un tumor cerebral incurable? ¿Cómo había podido lidiar Karen sola con eso, sin contárselo a nadie? ¿Cómo había sido capaz de saber que se estaba muriendo y mantenerlo en secreto?

Dios mío, ¡cuánto dolor habría sentido!

A veces, Chloe tenía la sensación de que no conocía a Karen en absoluto. ¿Guardaba esa mujer algún secreto más?

¿A qué, si no, venía el tema de la tutela legal para ella y Beau?

Chloe no entendía nada.

Con una taza de café en las manos, se sentó en el sofá, sobre sus piernas cruzadas. Le dio un sorbo al café y suspiró pesadamente. Su mirada se posó en el sobre de papeles que había dejado, horas antes, sobre la mesa.

Beau Nolan…

Siempre había creído que Beau era un buen tipo, que jamás dañaría a su hermana. No solo

hizo eso, sino que la abandonó cuando más la necesitaba.

A ella y a su hija.

Beau Nolan…

Lo había maldecido hasta la saciedad. Chloe lo había odiado y lo odiaba con cada fibra de su ser. Sobre todo, después de ese maldito día que, por más que intentaba, no podía olvidar.

Por ese fatídico día, no iba a perdonarlo nunca.

Beau Nolan…

¿Qué pensaría él de todo aquello?



Capítulo 4

Raven pensaba que todos estaban locos. Completamente desquiciados. Como putas cabras locas, para ser más exactos. ¿Por qué, si no, habían puesto La Mansión patas arriba? Pintores y pintoras. Limpiadores y limpiadoras. ¡Y hasta una decoradora de interiores que decía que todavía no había terminado de decorar el cuarto!

Pero vamos a ver… Que solo tendrían que aguantar durante tres meses a una mujer que a él le importaba más bien poco. O nada, mejor dicho. Y a una niña que le importaba más de lo mismo porque a pesar de los intentos de los demás por sembrar dudas en su corazón, y en su cabeza, él sabía que esa niña no era su hija.

Entonces si a él, que era la parte involucrada, les importaba esas dos un comino, ¿qué demonios les pasaba a los demás con tanta tontería?

Tres meses. Tendría que aguantarlas por tres jodidos meses.

Por pura obligación, además. Así que, ¿a qué venía tanto alboroto? ¿Se les había ido la cabeza o cuál era el problema?

Por Dios, que no eran… Abrió los ojos, alargó el brazo hasta la mesilla de noche, cogió el móvil y miró la hora. ¡Que no eran ni las ocho de la mañana, por todos los santos!

De mal humor y maldiciendo hasta en arameo, Raven se levantó de la cama. Se pasó las dos manos por la cara repetidas veces en un inútil intento de despejarse y, tras gruñir porque era incapaz de conciliar el sueño, se pasó las dos manos por el pelo para adecentarlo un poco. Cogió la cazadora que estaba sobre el butacón que había en su dormitorio y salió de la habitación.

Sí, hasta con la ropa que llevaba se había dejado caer en la cama, tan agotado estaba.

Mientras la puerta de la habitación se cerraba a su espalda, Raven comenzó a colocarse bien las mangas de la camisa, abrochándose los botones.

Aunque también podía dejarlo así y esperar a hacerlo cuando le estampara el puño en la boca al genio al que se le ocurrió la brillante idea de remodelar la casa por una visita. Una visita que le importaba tanto como el que le hicieran spoiler de una serie que no vería jamás. La visita de dos personas que le importaban un pimiento, siendo claro.

Porque, aunque nadie más lo creyera, ¡esa niña no era su hija! Así que, ¿por qué iba a importarle la hija de nadie más?

¡¿Y qué demonios les importaban a los demás?!

Mejor se dejaba las mangas arremangadas… Golpear con comodidad era más efectivo, sí, señor.

El problema era que iba a tener que golpear a más de uno, porque ese desvarío no era obra de una sola mente trastornada, sino de todos los miembros de La Mansión. Raven no recordaba quién fue el primero en sugerirlo, solo sabía que una vez que se habló de ello, ya no se habló de

otra cosa.

Y claro, ¿quién era él para decir que no estaba de acuerdo con nada de eso? Solamente era la parte interesada en todo ese embrollo, así que ¿a quién le importaba su opinión?

A nadie, pensó, *a nadie.*

—Ah, ¿pero estabas aquí? —preguntó Romeo cuando vio a Raven aparecer en el salón comedor.

El italiano estaba sentado a la mesa, con un desayuno digno de un rey.

—Llegué hace menos de una hora —gruñó Raven, acercándose a la mesa. El cansancio se reflejaba en su rostro, sus ojeras dejaban entrever una muy mala noche.

—¿Y qué coño haces levantado? —preguntó Romeo con la boca llena de croissant— Vete a dormir.

Raven le dirigió una mirada de irritación.

—Y que no te atragantes con el croissant… —murmuró Raven.

—¿Una mala noche en el hospital? —preguntó Rain, quien disfrutaba de una taza de café sentado, relajadamente, en otra de las sillas. Frente a Romeo, exactamente.

—Allí me voy a quedar a vivir —masculló Raven con un tono de resignación—. Seguro que descanso más que aquí.

—Buenos días —dijo Carmichael, haciendo su entrada en la sala.

—Para quien los tenga —gruñó de nuevo Raven. Terminó de servirse su café, se dirigió hacia una de las ventanas de la sala y miró a través del cristal.

Carmichael, observándolo desde su habitual lugar en la mesa, enarcó las cejas en un gesto de interrogación silenciosa. Dirigió una mirada a los otros dos habitantes de La Mansión, preguntando, sin necesidad de palabras, qué era lo que le pasaba a Raven.

Aunque él ya lo sabía.

—Una mala noche—dijo Rain, sacudiendo la cabeza.

—Y no ha dormido una mierda —dijo Romeo con una expresión burlona.

—Y está nervioso por la llegada de la niña —continuó Rain, perspicaz.

—Y de la tía de la niña —especificó Romeo.

Raven puso los ojos en blanco al escucharlos, su rostro estaba tenso.

—Lo que es normal —confirmó Rain, dándole la razón a Romeo con un asentimiento de cabeza—. Puede ser su hija. Después de todo, que la tía haya puesto esas condiciones solo demuestra que está muy segura de lo que saldrá en esa prueba de paternidad —dijo Romeo, inclinando su cabeza mientras reflexionaba sobre ello.

Habían hablado mucho sobre aquello, analizado todas las posibles respuestas a tantas preguntas y solo podían llegar a esa conclusión. ¿Por qué, si no, Chloe Hayes habría exigido semejantes condiciones para aceptar que se realizase la prueba de ADN?

—Yo estaría acojonado por verlas. Sobre todo, a la niña porque, honestamente, no sabría cómo reaccionar. Si se parece a la madre, pues todavía se aguanta, pero qué repelús de todas formas — Romeo fingió un escalofrío para dar énfasis a sus palabras—. Ahora, como se parezca a él —Romeo gimió, estremeciéndose—. Yo mismo me muero del infarto ahí mismo.

Rain asintió con la cabeza, compartiendo la sensación de Romeo.

—Tampoco tiene que ser fácil para ellas… —Rain negó con la cabeza.

—La niña se entera de poco o nada, es muy pequeña. Pero la tía… —Romeo dejó la frase sin terminar, no era necesario hacerlo.

—Fácil no creo que sea para ella nada de esto —confirmó Rain, su voz adoptando un tono más serio.

—Ya te digo. Es que ponte en su lugar —Romeo empezaba a emocionarse—. Su hermana engaña a su marido, tiene una hija con otro y años después, cuando muere, le deja el muerto… —Romeo carraspeó, corrigiéndose rápidamente— Quiero decir, le deja la niña al padre "legal" —hizo el gesto de las comillas con las manos, porque eso todavía tenían que investigarlo—, padre que, además, dice que es el padre biológico de la niña. Imagina la cara de tonto que se le quedó al pobre y aquí sigue, sin saber si tiene una hija o no. Y por si con eso no fuera suficiente, la tía, la otra parte involucrada en esta telenovela, pone como condición para que permita que se realice la prueba de paternidad que Raven se encargue de la menor, sea su padre o no, durante esos tres meses, es decir, que no rebata legalmente y haga lo que dice el testamento. Y con ella junto a la sobrina, además—tras una carcajada, le dio otro bocado al croissant. Pero bueno, ¿el croissant era eterno o qué?—. Impresionante —dijo como pudo con la boca llena.

Y no se atragantaba, no.

—En realidad me da pena. Eso sin ser ella la culpable de nada y ahora, tres meses viviendo aquí. No sé por qué ha exigido eso —reflexionó Rain en voz alta.

Y no se callaban…

—Por cumplir con el testamento de su hermana, claro. Lo que yo no sé es cómo ha aceptado este —Romeo señaló a Raven—. No es propio de él.

Y hasta ahí aguantó Raven.

—¡Porque no me han dejado de otra! —exclamó Raven, perdiendo la paciencia.

Lo cual no era muy difícil que ocurriera, la paciencia no era, precisamente, su fuerte. Excepto cuando estaba en el quirófano, donde era el cirujano más paciente del mundo.

—¿He tenido opción alguna, eh? —preguntó, mirando al trío sentado a la mesa del salón. La frustración en su rostro era evidente— ¿Me ha dejado alguien otra maldita opción que no sea el tenerme que comer semejante marrón?

—Con patatas —dijo Romeo, asintiendo con la cabeza.

Resignado, Raven suspiró y se dejó caer sobre otra de las sillas de la mesa principal, frente a Carmichael. Depositó sobre la mesa la taza de café que tenía en las manos.

Su vida, en los últimos tiempos, se había convertido en un auténtico circo.

—Madre mía… —suspiró Rain, todo aquello era una locura.

—Es que es una putada —asintió Romeo.

—¿Te quieres callar? —Raven miró a Romeo de mala manera.

Romeo miró a su amigo, terminó de masticar y, con su habitual despreocupación, negó con la cabeza.

—No.

Raven puso los ojos en blanco ante la respuesta.

Carmichael, que había permanecido en silencio la mayor parte de la conversación, intervino.

—¿No puedes dormir? —le preguntó a Raven, la preocupación en su voz.

Romeo se adelantó.

—No puede, si llegó sobre las siete de la mañana y mira dónde está —Romeo señaló a Raven, quien seguía sentado con una expresión de hastío en su rostro—. Y mira las ojeras que me trae. Si es que no ha pegado ojo en los últimos días.

—¿Por qué habla por mí? —Raven se volvió hacia Rain, quien simplemente se encogió de hombros.

—Porque tú no hablas —tan simple como eso.

Raven gruñó en respuesta.

—Yo no hablo porque no se calla —intentó excusarse Raven.

—¿Entonces quieres hablar, Raven? —preguntó Carmichael, tomando por sorpresa a Raven.

—¿Eh? —Raven parpadeó, claramente desconcertado por la pregunta—. No —dijo finalmente.

Él no se refería a eso.

—¿Entonces por qué te quejas si hablo yo? —resopló Romeo, fingiendo indignación.

—¡Porque estás hablando de mí! —¿es que acaso no era evidente?

—Eres el tema de conversación últimamente, ¿de quién voy a hablar si no? Joder, que mira que mi vida es aburrida al lado de la tuya —rio Romeo.

Raven enarcó las cejas.

—Eres hijo de un mafioso italiano sanguinario, ¿de qué coño de vida aburrida me estás hablando?

Romeo se volvió hacia Carmichael con una sonrisa burlona en su rostro.

—¿Ves? Si ya de por sí es insoportable, ¡imagina sin dormir! Está de un susceptible…

—Estaba bien hasta que te vi —mintió Raven.

Romeo bufó en respuesta.

—Hoy llegan tus invitadas, créeme, nadie creerá que estarás bien.

—La leche que tragaste —bufó Raven y miró a Carmichael—. ¿Por qué tengo que aguantar a este imbécil?

Carmichael tomó su taza de té con ambas manos, disfrutó de su aroma antes de tomar otro sorbo. Con una mirada pensativa, dejó la taza en la mesa y se encogió de hombros.

—No lo sé, nadie te obliga, ¿por qué lo aguantas? —preguntó con calma.

Raven pestañeó varias veces, algo sorprendido por la respuesta de Carmichael. Ese hombre tenía la extraña habilidad de lanzar preguntas tan sencillas como agudas, que, por lo general, dejaba a todos pensativos y descolocados.

—Yo lo sé —dijo Romeo, emocionado.

—Cállate —gruñó Raven, que sabía, de más, lo que iba a decir.

Conocía demasiado bien a Romeo como para prever lo que iba a soltar por la boca cuando esa chispa de emoción iluminaba su rostro.

—Porque me amas —dijo Romeo sonriendo amplia y desvergonzadamente, mirando directamente a Raven—. Y algún día me lo dirás.

Raven puso los ojos en blanco. ¡Sabía que diría eso!

A Romeo le encantaba picarlo. A él y a Rain, pero Rain solía ser más tranquilo y prudente; cuando quería, claro. Pero Raven… Romeo no necesitaba mucho para sacar a Raven de sus casillas.

Era de lo más divertido para él. Y, para Raven, resultaba de lo más frustrante porque a pesar de conocer a su amigo, muchas veces caía en sus provocaciones.

Y cuando no… Fingía caer.

¿Se daría cuenta Romeo de cuánto lo ayudaban esos piques a soltar toda la mierda y la tensión que él llevaba dentro?

—El día que te mueras —refunfuñó Raven, haciendo un esfuerzo para mantener su cara seria.

—Conmigo puedes quedarte tranquilo, no te dejaré como marrón ninguna hija —dijo Romeo, incapaz de contener una carcajada.

Rain también rio. Raven no pudo evitar sonreír y Carmichael…

Carmichael, quien había permanecido en silencio durante el intercambio de puyas, solo dijo:

—Señorita Hayes, bienvenida.

Rain se quedó con la taza a medio camino entre la mesa y su boca, la sorpresa claramente visible en su rostro. A Romeo se le cayó lo que le quedaba de croissant de la mano a la mesa.

¿Pero cómo de grande era ese croissant?

Y Raven…

Raven pensó que iba a darle un jodido infarto.

Cerró los ojos con fuerza y maldijo mentalmente a todos los dioses habidos y por haber. Pero ¿qué demonios hacía esa mujer ya allí? Joder, sabía que llegaría ese día, pero no esperaba que fuera tan temprano. ¿Por qué Sylvester no lo había avisado?

¡Raven había planeado marcharse antes de que llegasen y no estar allí cuando ese par apareciera!

Raven miró con horror a Carmichael, para reprocharle que no le hubiese avisado de que esa mujer llegaba antes de tiempo. Porque estaba seguro de que Carmichael lo sabía, conocía los movimientos de cualquiera de ellos al milímetro, sobre todo los referentes al abogado Sylvester Fall, quien mantenía al tanto a su jefe de todo en todo momento.

Pero Carmichael miraba a un punto por encima de sus hombros y sonreía con amabilidad. Para nada avergonzado por lo que Chloe había podido escuchar. ¡¿Cuánto había escuchado?!

Señor… Lo que les hacía falta a ellos era una bienvenida tan torpe como esa.

Raven observó cómo, poco a poco, Rain y Romeo giraban sus cabezas para mirar hacia la puerta del salón y él no tendría más remedio que enfrentar la situación.

Tendría que dar la cara.

Maldita sea mi suerte, pensó.

Con una entereza que lo sorprendió hasta a él mismo, Raven se levantó de la silla, salió del hueco que había entre ella y la mesa y comenzó a girarse lentamente, cada músculo de su cuerpo en tensión. Hasta que, finalmente, su cuerpo quedó frente a esa mujer a la que hacía años que no veía.

—Chloe —dijo como pudo, agradeciendo que le saliese la voz y que esta no sonase como la de un gato asustado.

Allí estaba ella. La mujer de pelo largo y negro que parecía no haber envejecido en los últimos años, con sus ojos color avellana fijos en los de Raven, mirándolo con intensidad.

Joder, era como estar viendo a Karen.

—Tori… —Chloe pronunció el nombre de la niña con voz firme.

Solo entonces, Raven dirigió su mirada a la pequeña niña de pelo negro y ondulado que estaba al lado de Chloe, agarrando su mano con fuerza.

Y Raven sintió que el infarto ya sí era inevitable.

Entonces, la voz de Chloe, dura y segura, volvió a retumbar en la sala.

—Este es tu padre.

Las palabras, esas que parecían haber golpeado a Raven como si de un martillo se tratase, cambiaron, por completo, su mundo.



Capítulo 5

Chloe no sabía qué le había entrado, no tenía ni idea de qué se había apoderado de ella. ¿Quizás le había picado algo que había afectado a su cordura? Porque no le encontraba otra explicación a la gilipollez que acababa de soltar.

"¿Tori, este es tu padre?"

¡¿Tu padre?!

Y un coño era ese el padre de nadie. Un hijo de la mala madre era. Quizás por eso no conocía a la suya, ya que era huérfano.

Sí, sé que ahora mismo te puede estar cayendo muy mal Chloe, pero es que en ese momento estaba muy encabronada y no podía pensar con claridad. Lo único que deseaba era escapar.

Quería huir de allí. Porque joder, ¿cómo se le ocurría presentarle a su padre de esa manera?

Chloe se había estado comiendo la cabeza, día tras día, noche tras noche, sobre cómo iba a vivir ese momento. Cómo se iban a encontrar, qué iba a decir y hacer cuando Tori estuviera frente a su padre.

Le había explicado a la niña la situación, al menos lo que creía que podía entender. Pero ella era la adulta, tenía que estar preparada para ese momento.

Adulta…, pensó. *¡Ja!*

Cuando Chloe traspasó el umbral de esa casa, segundos antes, cuando puso un pie en ese salón, seguía sintiéndose tan perdida como antes, seguía sin tener idea de qué decir ni qué hacer.

Pero lo que había escuchado al entrar en esa enorme sala había despertado a los demonios que yacían dormidos en su interior y todo el odio que sentía por ese hombre había salido a través de sus palabras.

El problema era que no solo lo hería a él, si es que lo hacía… Sino que con ese comentario podía haberle hecho daño al ser que más quería en el mundo.

A Tori.

Y la culpa era de ese ser despreciable que no merecía que lo llamasen papá. Al menos no Tori. ¿Quizás había alguien más que pudiese otorgarle ese título?

Muchas veces Chloe se había preguntado si Beau habría rehecho su vida. ¿Se habría casado? ¿Tendría otros hijos a los que realmente quisiera? Tenía treinta y ocho años, si ella no recordaba mal. Tres más que Karen, ocho más que Chloe.

Chloe dudaba mucho de que él permaneciese solo.

A todas esas preguntas respondió el abogado Fall cuando le ofreció mudarse a La Mansión junto con la pequeña Tori.

Beau no tenía ni pareja ni hijos y vivía con tres hombres más.

Esto había sido, al principio, un problema para Chloe, no es que le gustase mucho la idea de mudarse, junto a su pequeña sobrina, a una casa llena de hombres. El abogado tardó en convencerla, y no solo con palabras.

Tuvo que demostrarle qué tipo de personas vivían en ese lugar. Solo entonces Chloe aceptó.

Aunque tampoco es que tuviese muchas más opciones. ¿Qué iba a hacer Beau? ¿Mudarse a la casa de Chloe, casa de la que seguramente la echarían pronto? Porque no podía pagar el alquiler.

Ni para comer tenía ya.

Volviendo a centrarse en la escena que tenía delante…

El hombre de mayor edad, en silla de ruedas, debía ser el dueño de la casa, Carmichael. Y los otros dos, los otros habitantes del lugar.

Alvin Reed y Tiziano Bianchi, ¿verdad? Treinta y cinco, y treinta y dos años respectivamente, si Chloe recordaba bien. Un policía y un aspirante a bombero. Pronto descubriría quién era quién.

Volviendo su atención hacia el hombre con el pelo alborotado que la miraba fijamente, Chloe apretó los dientes. Beau no había cambiado nada, seguía siendo el mismo. Incluso lucía más atractivo de lo que ella lo recordaba. Y tan alto, con su metro ochenta y ocho. Vamos, que le sacaba más de una cabeza a ella, que no llegaba al metro setenta.

Chloe gruñó mentalmente, ¿qué atractivo podía tener aquel hombre de alma negra?

Era un ser desalmado, un cobarde que ni siquiera había tenido las agallas de buscar personalmente a su hija, delegando en su abogado el deber de acompañarlas en tan largo y pesado viaje.

Eso era lo que la pequeña le importaba.

Eso era lo que Tori significaba para él.

Nada.

Entonces ¿por qué había aceptado sus condiciones?

Porque no tenía más opciones, al igual que tú, le recordó su voz interior.

La situación era tan complicada que podía volver loco a cualquiera.

Como si no hubiese sido demasiado impactante descubrir lo que su hermana había dispuesto en su último testamento, Chloe se enfrentaba ahora a una petición inesperada: el abogado de la parte contraria solicitaba que la pequeña se sometiese a una prueba de paternidad.

¿Perdona? ¿Una prueba de ADN? ¿Es que acaso ese desgraciado de Beau Nolan tenía la descabellada idea de que esa hija no era suya? No, eso no podía ser. Él no se había marchado porque pensase eso, no cuando su hermana, que lo adoraba con toda su alma, jamás le había dado motivo para creer eso.

Esa era una táctica, una estrategia para ganar tiempo y retrasar lo inevitable: asumir la responsabilidad de su hija.

Pues se iba a joder, así de simple.

Porque ella no solo accedería a que la prueba de paternidad se realizase, sino que, además, también tenía algo que exigir a cambio: que se cumpliera la última voluntad de su hermana sí o sí.

Chloe jamás había imaginado que Beau tuviese dudas sobre su paternidad, Karen nunca había mencionado nada al respecto. Para Chloe, él simplemente había desaparecido, se había esfumado, abandonando a su hermana cuando más lo necesitaba.

Así que, ¿a qué venía todo eso?

Chloe no entendía nada. No entendía por qué su hermana había redactado ese testamento, no entendía por qué ese hombre podía pensar que Tori no era su hija.

En su cabeza resonaban cientos de preguntas que necesitaban respuestas.

Lo único que Chloe tenía claro, la única certeza que tenía era que las pruebas demostrarían que él estaba equivocado, y tres meses después, tanto su futuro como el de su sobrina serían una incógnita. Chloe no sabía si podría marcharse de allí con su sobrina de la mano o no.

Y esa incertidumbre la estaba matando.

La sola idea de no poder hacerlo, de no poder volver a casa con Tori le partía el corazón. Si de ella dependiera, no habría accedido a nada de todo aquello, habría encontrado la forma de que Beau Nolan renunciase al testamento y ella se habría quedado con la custodia de Tori sin más discusiones.

Lo habría hecho de muy buena gana si no fuera porque su hermana había dejado por escrito lo contrario.

¿Por qué, Karen?, se preguntó.

¿Por qué poner a la niña en esa situación? ¿Por qué enfrentarla a un hombre que no solo la abandonó, sino que, al parecer, no creía que fuera su hija?

¿Por qué exponer a Tori a la dolorosa posibilidad de que ese hombre le demostrase, en persona, que no la quería?

Porque eso sí le rompería el corazón a la pequeña.

No es que Tori pensara que su padre la quería, porque nunca, nadie, le había confirmado tal cosa. Ni eso ni lo contrario, la verdad era que Karen y Chloe siempre procuraban evadir ese tema como podían.

Tori sabría quién era su padre nada más verlo. A no ser que el hombre hubiese cambiado drásticamente y hubiese engordado una docena de kilos o hubiese envejecido una década de sopetón. A no ser que le hubiese pasado un tractor por encima y le hubiese desfigurado la cara, algo que Chloe se había imaginado muchas veces, como tantas otras desgracias dolorosas que

podrían haberle pasado a ese malnacido.

A no ser por algo extremo, Tori reconocería al hombre que su madre le había enseñado en fotos cuando la pequeña le había pedido ver a su padre. Porque era normal que lo hiciera, era lógico que tuviese curiosidad.

Y siempre estaba Karen quien, a pesar de la opinión de Chloe, ya que a esta última no le hacía ilusión ninguna que Tori supiese nada de ese hombre, le había mostrado a la niña fotos de su padre.

Pero claro, ¿quién era Chloe para opinar sobre eso?

Karen, aunque poco, hablaba de Beau y nunca lo hacía desde el rencor, más bien desde la desolación y la tristeza. Por lo que Chloe pensó que nunca llegó a olvidarse del amor que sentía por él.

Chloe habría hecho las cosas muy diferentes, si fuera por ella, Tori jamás sabría de ese hombre. Él la había abandonado, no la quería, esa era la verdad y cuanto antes lo entendiera la pequeña, mejor.

Pero Chloe no era su madre y respetaba las decisiones de su hermana.

Como respetaba esta última, la que la habían llevado hasta esa mansión en medio del bosque, en un lugar tan lejano, estuviera ella de acuerdo o no.

Y allí estaban, frente a un hombre que, le gustase a Chloe o no, tendría que ser parte de la vida de Tori por, al menos, tres meses.

¿Y después?

Después solo Dios sabría, pero Chloe tenía miedo de lo que le podía afectar a la niña otra separación. Porque ya fuera de ella misma o de su padre, la niña volvería a tener que despedirse de alguno de los dos.

Y por Dios, por más egoísta que sonara, ojalá no fuera a ella a quien Tori dijera adiós. Al fin y al cabo, ella sí era parte de la vida de la niña.

Pero Beau Nolan…

No es que Tori estuviera muy apegada a su padre en ese momento, como era natural dadas las circunstancias. ¿Pero cómo sería cuando pasase tres meses con él?

—¿Papá me quiere? — había preguntado la niña una vez.

—Estoy segura de que, si te conoce, lo hará —eso fue todo lo que Karen le pudo decir. Esa era su manera de evadir el tema.

Mentirle, en ese momento lo que Karen hizo fue mentirle. Porque Chloe pensaba que después de lo que había hecho, después de haber sido capaz de abandonarla, ese hombre no podría

quererla nunca.

Y ahí estaba en ese momento la pequeña, frente a un hombre que la abandonó y que, al parecer, dudaba de que fuera su hija.

¿Qué pasaría cuando se demostrase que sí era sangre de su sangre?

El mundo era una mierda, así de simple.

Ay, señor… ¿Cómo había aceptado Chloe tan descabellada propuesta?

Porque no tenías más remedio, le recordó la voz de su cabeza. *Y porque tu estómago y el de Tori rugen de hambre, no tienes ni para comer, así que trágate tu orgullo y permite que la pequeña tenga el estómago lleno durante los próximos meses. Y que conozca a su padre, quien, te guste o no, tiene derecho a conocer. Era la decisión de tu hermana, respétala.*

Pues sí, esas eran todas las razones por las que había aceptado la propuesta de mudarse a aquella casa, en otro estado, a tantos miles de kilómetros de su casa.

Desde la muerte de Karen, las cosas habían ido de mal en peor. Chloe había buscado trabajo por toda la ciudad, pero con el horario nocturno limitado, no lo tenía fácil.

Decir imposible no sería una exageración.

Chloe siempre podía contar con Anne, su vecina, quien siempre estaba dispuesta a tenderle una mano. Pero Anne también tenía sus propios problemas y, una vez que el sol caía, le resultaba imposible encargarse de la pequeña.

Al final estaba allí, en Greenville, en el quinto coño, donde dio pegó las tres voces y donde nadie lo escuchó, por cierto.

Greenville… Desde luego… ¿Qué era eso? ¿El nombre de un pueblo sectario?

Volviendo a la historia…

Chloe no quitaba sus ojos de Beau. Se percató de cómo la actitud de su ex cuñado cambió en el momento en que observó a Tori con detenimiento. Los ojos de Raven se abrieron de par en par y Chloe, sin poderlo evitar, sonrió con desdén.

Sí, desgraciado, sí es tu hija, pensó. *¿Es que acaso lo dudabas?*

Y fue entonces cuando la sonrisa de Chloe desapareció al darse cuenta de que, realmente, ese hombre pensaba que Tori no era su hija.

¿Pero qué se había perdido ella en toda esa historia?

Chloe percibió el ligero tirón de su brazo y desvió su mirada hacia Tori, quien llamaba su atención con ese gesto.

—Tita… —tímidamente, la pequeña, tras volver a mirar a ese hombre que había visto antes en fotos y que ahora se encontraba a pocos metros de ella, volvió a posar sus curiosos y temerosos ojos sobre Chloe— ¿Ese hombre es mi padre?

El silencio se adueñó del lugar. Ninguno de los presentes se atrevía a hablar, ni siquiera a respirar. Todos estaban en absoluto silencio, mirando a la niña con el horror en sus ojos, como si fuera una niña diabólica.

Chloe miró a Tori y suspiró pesadamente. Pues sí, parecía ser que allí todos pensaban que esa niña no era hija de Beau Nolan.

—Tori, cariño… —Chloe desvió su mirada un instante hacia Beau, luego volvió a mirar a la pequeña— Sí, ese hombre es tu padre.

Se escuchó un suspiro colectivo y el horror se reflejaba en algunos de los rostros de los allí presentes, en el de la ama de llaves, Raven, Rain y Romeo para ser más exactos.

Los rostros de Sylvester y Carmichael lucían inescrutables.



"¿Tori, este es tu padre?"

¿Su padre? ¿Chloe había dicho que era su padre? ¿Pero esa mujer estaba loca o qué?

A Raven iba a darle algo…

Después de todo… ¿Cómo podía decir algo así? ¿Cómo podía insinuar, siquiera, semejante barbaridad? Y lo más extraño de todo era que no había sonado a ironía, sino que a Raven le había dado la sensación de que esa mujer lo decía en serio. Que realmente pensaba que él era el padre de esa niña.

Eso no podía ser, porque todo el mundo sabía que él no era el padre de la hija de Karen. Y que, por esa niña, su matrimonio terminó.

Bueno, siendo justos, eso no era del todo cierto. La pequeña no tenía la culpa de nada, pero él no podía evitar verla como una parte dolorosa de todo lo que había sucedido.

Y eso sí era verdad.

Fue entonces, cuando dejando sus pensamientos de lado, los ojos de Raven se posaron sobre la pequeña niña de pelo moreno y ondulado.

Raven sintió que iba a morir allí mismo.

A simple vista no lo habría notado, porque su rostro y su pelo eran una calcomanía de su madre. Pero observándola con detenimiento…

No, aquello no podía ser cierto, eso tenía que ser una broma del destino. Raven estuvo a punto de soltar una carcajada de tan ridículo que le resultaba todo.

¿Su hija? ¡¿Cómo que su hija?!

No, eso no podía ser. ¡Ella le había dicho que no era suya!

—Tita… —Beau sintió que se quedaba sin aire al escuchar a la pequeña hablar— ¿Ese hombre es mi padre?

Dios mío…

Eso no podía ser, simplemente no podía ser cierto.

—Tori, cariño… —las miradas de Raven y de Chloe se encontraron— Sí, ese hombre es tu padre —afirmó ella.

Beau parecía una estatua. Se había quedado inmóvil. No podía moverse, no podía hablar, ni siquiera podía parpadear.

Joder, ¡ni siquiera podía respirar!

Este es el momento, pensó Beau. Ese era el verdadero momento en el que iba a sufrir un maldito infarto.



Capítulo 6

—¿Qué ha sido eso? —no sabría decir si Raven estaba, en ese momento, riendo o llorando. ¿Quizás las dos cosas a la vez? ¿Risa y llanto mezclados? — Dejadme —intentó zafarse del agarre de los otros dos hombres que lo estaban arrastrando fuera de La Mansión, pero sus esfuerzos fueron en vano, no pudo librarse de ellos—. ¡Dejadme y decidme qué mierda ha sido eso!

—Cálmate —le pidió Rain, intentando tranquilizarlo, soltándolo finalmente cuando vio que estaban lo suficientemente lejos de la casa, donde nadie podría escucharlos.

—¿Que me calme? ¿Pero habéis escuchado lo que ha dicho? —Raven tenía los ojos abiertos de par en par— Su padre, ¡le ha dicho a la niña que soy su padre! —exclamó, incrédulo.

Romeo, incapaz de mantener el control ante la absurda situación, soltó una carcajada. Rain, con las manos en las caderas, consternado, miró Romeo, puso los ojos en blanco y suspiró a la vez que negaba con la cabeza.

No era momento de tocarle las narices a Raven, hombre. Bastante tenía ya con todo aquello.

—¿Te hace gracia? —gruñó Raven, molesto.

—No —mintió Romeo, quien no podía dejar de reír—. Joder, Raven, ¿de qué va todo esto? — se limpió las lágrimas con las palmas de las manos.

Estaba llorando de la risa, porque aquella situación era de lo más surrealista. Parecía algo sacado de una de las telenovelas más exageradas y extravagantes que se hubiese emitido nunca. Nadie, a no ser que tuviera una imaginación desbordante, podría haber imaginado una situación como esa.

—Esa mujer cree que su sobrina es, realmente, tu hija —dijo Sylvester, llegando hasta ellos. Su rostro, pensativo—. Y bueno, mirando a la niña detenidamente… Joder —el abogado comenzó a desabrocharse la corbata.

Maldición, ¿es que no había un día de descanso cuando de esos tipos se trataba? Sabía que el impacto iba a ser tremendo cuando Raven se enfrentara a la verdad.

—Me cago en la leche, Raven, es tu hija —dijo entonces el abogado, sin un ápice de duda en la voz.

—¿Mi hija? —a Raven iba a darle un soponcio, seguro. Apoyó las manos sobre sus rodillas, doblando su cuerpo, dejándolo caer y gimió— No, no es posible.

—No me percaté al principio, cuando la vi por primera vez. Pero en el momento en el que, durante el viaje, me pude fijar más en ella… No creo ni que sea necesaria una prueba de paternidad —suspiró Sylvester, convencido del parentesco de Raven y la niña.

—¿Pero qué estupidez es esa? —Raven miró a los demás, su rostro denotaba incredulidad— No puede ser mi hija. Yo jamás haría algo así —dijo desquiciado—. Yo no abandoné a mi hija.

¡Yo jamás haría eso!

Lo sabían. Todos lo sabían. Nadie dudaba de la integridad de Raven. Pero no se trataba de eso. ¡Es que él no sabía que era su hija!

—Lo sabemos, joder —Rain se pasó las manos por el pelo, desde luego, aquello era de película.

Habían tenido que sacar a Raven de la casa al ver que no solo podía perder los papeles al enfrentar la verdad que todos estaban viendo, sino que, además, podía darle un jodido ataque si permanecía allí dentro. Y no iban a permitir que la pequeña presenciara algo así.

Así que antes de que ocurriese algo que marcase ese encuentro, mientras esa mujer se agachaba e intentaba distraer la atención de Tori, Rain y Romeo sacaron a Raven de la casa para que explotase fuera. Bendita fuera Chloe, por cierto, bendita fuera por entender la mirada que Sylvester le dirigió…

—Sabemos —continuó Rain— que jamás las habrías abandonado, a ninguna de las dos por mucho que fuera cierto que ella te hubiera engañado —estaban seguros de ello, conocían bien a ese hombre, mejor de lo que se conocían a sí mismos.

—La cuestión es que esa mujer te engañó y ¡la niña sí es tu hija! —exclamó Romeo, con la sutileza en el culo, como siempre.

Sylvester puso los ojos en blanco. Rain, con las manos en sus caderas, se preguntó por qué ese italiano no tenía filtro.

—¿Por qué mentiría tu ex mujer sobre algo así? —preguntó Rain a Raven.

Pero era evidente que él no lo sabía. Era evidente que ese hombre no entendía nada.

Raven solo sabía que todo aquello era una pesadilla.

—¿Tal vez porque ni ella misma lo sabía? —preguntó Romeo, con un tono de especulación en su voz. Todos los demás, incluido Raven que ya se había incorporado, fruncieron el ceño y miraron al italiano con desconcierto— ¿Tal vez sí te engañó, pero ni ella misma sabía quién era el padre de la niña?

—Es posible —confirmó Rain, su rostro serio mostraba la gravedad de la situación.

—Tiene todo el sentido, de hecho —dijo Sylvester, asintiendo con la cabeza, de acuerdo con lo que Romeo decía.

—Porque te engañó, ¿verdad? ¿Estás seguro de que hubo alguien más? —preguntó Rain.

—Los escuché hablar —bufó—. Vamos, hasta ahí podía llegar la broma.

—Bueno, algo en lo que la mujer dijo la verdad —resopló Romeo.

—Me cago en todo —fue todo lo que Raven fue capaz de decir.

—Y su hermana, al parecer, no sabía nada. Porque, para ella, fue una gran sorpresa que Raven quisiera someter a la niña a una prueba de paternidad —dijo entonces el abogado.

—Joder —bufó Raven, incrédulo.

Se pasó las manos por el pelo en un gesto de desesperación, dejándolo más despeinado de lo que ya estaba.

Eso no podía estar pasando, simplemente no podía ser verdad.

—Decidme que todo esto es una broma vuestra. Decidme que nada de esto es real —casi rogó Raven.

Sus ojos buscaban, desesperadamente, una señal de engaño en el rostro de sus amigos. Señal que no encontró, por supuesto.

—Bueno, te lo diría de buen gusto ya que habríamos conseguido hacerte sufrir lo suficiente. Pero no, no es cosa nuestra. Deberías saberlo porque conseguir a una niña con el mismo color de ojos que el tuyo no es algo precisamente fácil —le recordó Romeo, mirándolo con compasión.

Sí, esa era la prueba irrefutable de que no hacía falta que ninguno de los dos se sometiera a una prueba de paternidad. Raven tenía un color de ojos tan peculiar que, teniendo en cuenta que era huérfano y que no tenía familia…

—Hija de puta —no quería hablar mal de los muertos, pero joder, es que eso no se hacía. Lo había engañado desde siempre.

Mierda, que él era médico, que él sabía, muy bien, a qué edad se establecía el color de ojos en los bebés. Y dado que su color de ojos era de un tono miel peculiar, seguramente se habría notado mucho antes. Es decir, desde los primeros seis meses de vida, Karen ya sabía que esa niña era suya.

Un año, Raven había tardado un maldito año en registrar el divorcio. Porque casi un año era lo que había tardado él en enviarle los papeles a Karen, papeles que esta le regresó firmados casi inmediatamente.

Es decir, le mintió a conciencia.

Y le mintió habiendo registrado a la niña como suya.

¿Pero cómo se podía ser tan hija de puta? Raven no podía creer nada de aquello… El dolor por la traición era inmenso.

—Es tu hija, Raven, sin lugar a dudas es tu hija —afirmó el sheriff, la certeza absoluta en su voz.

Raven se quedó en silencio, con la mirada perdida, completamente absorto en sus pensamientos. Los tres hombres que lo acompañaban observaban su semblante con atención, como si este fuese a darles alguna pista de lo que se le estaba pasando por la cabeza.

Era evidente que todo aquello había dejado a Raven sin palabras y que necesitaba tiempo para procesar y encajar cada una de las piezas del complejo rompecabezas en el que se había convertido su vida. Si todo lo que había pasado ya era más que rocambolesco, añadirle una trama que parecía sacada de una película de misterio y crímenes era para dejar a cualquiera majara.

Romeo no pudo con tanto silencio, lo de estar callado no era lo suyo. Rompió el silencio con un silbido de asombro y de incredulidad. Porque todavía no podía creer todo lo que estaba ocurriendo.

—Como en las pelis, tío, increíble. Madre mía… —murmuró Romeo. Para lo que estaba dando la muerte de la ex.

—Querrás decir para una peli de serie z del sábado por la tarde —murmuró Raven—. De esas que no tienen presupuesto ni para el café diario de los actores. Pero vamos a ver, ¡¿qué hija ni qué ocho cuartos?! —exclamó, perdiendo la poca paciencia que le quedaba.

—La tuya —confirmó Romeo, con una sonrisa traviesa.

Ay, señor…

Raven se llevó las manos a las sienes, masajeándolas. Sentía que en cualquier momento le iba a estallar la cabeza. Cómo no, con la mierda de día que llevaba, si no le fallaba el corazón, le daría un infarto cerebral.

¡Pero algo seguro le daba!

—La de tu puta madre —bramó Raven, harto de todo.

Es que la situación ya lo tenía hasta los cojones. Y el italiano ese, si seguía así, iba a comer arena a ese paso.

—Todavía te devuelvo a Nápoles —le advirtió Raven en tono amenazador— con la mafia que te crio.

Romeo simplemente se encogió de hombros, su expresión despreocupada.

—Allí, al menos, a nadie se le ocurre mentir sobre una paternidad —con eso calló a Raven—. Más que nada porque sabe que acaba con un tiro en la cabeza antes de que se le ocurra, siquiera, la idea —el italiano negó con la cabeza—. Si es que estas cosas solo ocurren en Estados Unidos, lo vuestro no es normal.

—No, muy normal no es. No hay país más retorcido que este. Si lo sabremos nosotros… —suspiró Rain, la amargura en su voz recordando el pasado que todos compartían.

—La madre que la parió —gimió Raven.

El pobre hombre lucía como alguien que había alcanzado su límite, lo cual era cierto.

—Creo que ya no es cuestión de si esa niña es tu hija o no —intervino Romeo, tocándole las pelotas a Raven—. La cuestión es por qué te engañó.

—¿Por vergüenza? —sugirió Rain— ¿Por qué, si no, se lo ocultaría hasta a su hermana?

—Es lo más plausible —asintió el abogado.

—O porque quizás… —Romeo se mordió el labio, pensativo. Sus palabras, deliberadamente pausadas, incrementaban la tensión en el ambiente.

—¿Quizás? —lo incitó Rain, invitándolo a continuar

—Quizás hay algo que esa mujer ha estado intentando ocultar y si a eso le añades que, al morir, te involucra a ti en todo esto… —Romeo miró directamente a Raven— Quizás es su forma de pedirte ayuda.

Ay, ¡la leche!

Raven gimió. Como si no tuviera suficiente con la avalancha de información y la gran cantidad de revelaciones que habían puesto su vida patas arriba, ahora tenía que lidiar con las teorías conspiranoicas de Romeo.

No, definitivamente no estaba mentalmente preparado para ello.

—¿Pedirme ayuda para qué, por el amor de Dios? ¡Si ya está muerta! —exclamó Raven, exasperado.

Era un comentario cruel, pero cierto. Le salió de las entrañas.

—Evidentemente, no es a ella a quien tienes que proteger, ceporro —bufó Romeo tras poner los ojos en blanco.

Raven frunció el ceño, confundido, mientras miraba a todos esos locos que lo rodeaban.

Estaban todos como putas cabras.

—Es a la niña —dijo Romeo finalmente, por fin lo entendía todo—. Te está pidiendo que protejas a la niña de alguien que le quiere hacer daño.

Madre del amor hermoso…

—Sí, ¡del monstruo que duerme debajo de su cama! —estalló Raven, alucinando con las teorías de su amigo.

Raven bufó en señal de desesperación.

Romeo y sus cosas…

—Y dale con el complejo de hijo de un mafioso —sacudiendo la cabeza, Raven les dio la espalda a los otros tres —. Estáis todos como cabras —dijo mientras echaba a andar hacia la puerta vallada de La Mansión—. ¡Como putas cabras!

—¿Adónde vas? —preguntó Rain al ver cómo su amigo se alejaba.

—Al hospital —refunfuñó Raven—. ¿Dónde más si no? A buscar al camello que provee al italiano para que tenga semejantes alucinaciones seguro que no. La medicina tiene mierda mejor para eso—. Si lo sabría él…— ¡Y no me hará delirar tanto! —gruñó— ¡Haz la maldita prueba de paternidad, Sylvester! —exclamó a pleno pulmón.

Aunque, al parecer, todos pensaban que no era necesario, incluso aunque él mismo creyese que no… Sí, ¡él sí la necesitaba!

—¡Pero puedo tener razón! —insistió Romeo, gritando porque Raven ya estaba lejos.

—El que yo me quede a vivir en el hospital también puede ser cierto—refunfuñó Raven, lo decía muy en serio.

Porque estaba visto que en aquel lugar solo había zumbados. Y no tenían pinta de mejorar.

—¡Y tu hija te espera! —exclamó Romeo, pero ya Raven estaba lo suficientemente lejos como para no oírlo.

—Pero si terminó su turno hace un rato, ¿no? —preguntó Rain, mirando a Romeo y Sylvester.

—Aja… —suspiró el italiano— Pobres pacientes.



Chloe se quedó mirando al horizonte hasta que la silueta de Beau desapareció de su vista. Con una taza de té en las manos, sumida en sus pensamientos, había contemplado cómo los cuatro hombres mantenían una conversación que parecía de lo más acalorada.

Al menos para Beau, quien por sus gestos parecía que había perdido la cabeza en varias ocasiones.

Chloe no podía evitar sentir que era responsable de ello. Había empeorado las cosas cuando le había respondido de aquella manera a su sobrina.

“Sí, ese hombre es tu padre.”

Pues menos mal que se había prometido tener tacto. Pero es que Chloe no había podido contenerse, no había sido capaz de mantener sus emociones a buen recaudo.

¿Por qué?

La respuesta era sencilla: por culpa de ese hombre. La simple presencia de Beau la llevaba al límite. Quería hacerle daño, sin importar a quién lastimase en el proceso.

Incluso si era a Tori.

Maldita fuera la vida, ¿por qué se comportaba de esa manera? ¿Y por qué aceptó esa maldita propuesta?

No tenía que haber accedido a ir hasta aquel lugar.

Todo aquello parecía sacado de una oscura y siniestra película de terror, pero el verdadero espectáculo estaba aún por llegar.

El trayecto hacia La Mansión parecía sacado de un cuento, pasando a través de un bosque espeso que parecía susurrar historias antiguas con el viento. Pero más allá del bosque, la vista se despejaba para dar paso a un magnífico edificio.

Chloe nunca había visto nada igual…

No, aquel lugar no era la típica casa de la que una huiría, no era el típico lugar que le daría miedo a nadie. Aquel lugar era una preciosidad y hacía que los ojos de toda persona que lo viese por primera vez, se abriesen de par en par por la belleza que contemplaban.

La Mansión se alzaba, majestuosa, ante ella. La fachada de piedra blanca contrastaba con el verde oscuro del bosque y resplandecía bajo la luz del sol. Era grande, mucho más de lo que Chloe había imaginado. Aunque claro, ella no había imaginado nada más que la típica casa americana en un pueblo lejano. Jamás podía haber llegado a imaginar lo que tenía delante.

La Mansión constaba de dos plantas con múltiples ventanas que le daban un toque misterioso, y un desván. Las imponentes columnas de la entrada parecían guardianas de la historia que mantenían a buen recaudo dentro de esas paredes.

La puerta de entrada era una obra de arte en sí misma, sencillamente maravillosa. Esa puerta no solo era un umbral a una casa, sino a un mundo lleno de elegancia, historia, misterio…

Los alrededores de La Mansión estaban cubiertos por un manto de césped perfectamente cuidado. Antiguos árboles puntiagudos bordeaban el paisaje y una fuente decorativa se podía apreciar en la entrada, añadiendo un encanto más a ese lugar de cuento de hadas.

Sí, La Mansión parecía un lugar sacado de un sueño, un encuentro entre lo clásico y lo moderno. Uno podría pasar horas simplemente asimilando la majestuosidad del lugar y maravillándose con cada rincón de esa casa.

No, definitivamente, aquel no era un lugar que le daría miedo a una; era, en cambio, un lugar al que una se sentiría atraída. Era un lugar que provocaba curiosidad, que te hacía querer conocer cada detalle, cada secreto…

Lo que ya de por sí daba muchísimo miedo. Porque Chloe tuvo la sensación de que una vez que alguien entraba dentro de La Mansión, le iba a ser muy difícil salir.

Sería imposible escapar.

Ante ese pensamiento, otro escalofrío recorrió su espalda. Suspirando profundamente, Chloe sacudió la cabeza, tratando de liberar su mente de esos pensamientos y se volvió para mirar a Tori cuando la escuchó reír. La niña estaba sentada a la mesa del salón, con una mesa repleta de comida y riendo por las ocurrencias del señor Carmichael.

Chloe sonrió al ver a su sobrina feliz.

—¿Y entonces qué pasó? —preguntó la niña, todavía riendo.

—Pues que el lobo dejó de ser el malo del cuento y se convirtió en el héroe —dijo Carmichael.

Los ojos de Tori se abrieron de par en par, sorprendida.

—¿Eso es verdad? —preguntó con asombro en su voz.

—Sí —sonrió el anciano.

La niña miró a su derecha, seguía teniendo los ojos como platos cuando miró a su tía.

—Dice el abuelo que el lobo dejó de ser malo y ahora es un príncipe.

Chloe enarcó las cejas.

—¿El abuelo? —miró al señor Carmichael, quien le regaló una amistosa sonrisa. Chloe no pudo más que devolvérsela.

El hombre se había portado muy bien con ellas desde que habían puesto un pie en esa casa un rato antes, era muy agradable y simpático y se mostraba muy dulce y cariñoso con Tori. Y ganándose a su niña, se la ganaba a ella también.

—Pues si el abuelo lo dice, será cierto —concordó Chloe.

—¿Es el mismo lobo que no era un lobo? —preguntó Tori. Al ver que su tía fruncía el ceño, ella continuó explicando, pero lo hizo mirando a Carmichael— Mi tía me contó un cuento de un pueblo donde no había lobos. Se llama Greenville. Esto es Greenville también.

—¿Y no había lobos? —preguntó Carmichael con curiosidad.

La niña negó con la cabeza.

—La gente creía que sí, pero no eran lobos. Porque eran buenos.

—Claro. Y los lobos son malos —concordó Carmichael—. Menos el de mi cuento porque él, al final, solo estaba bajo un hechizo y cuando este desapareció, ya era un príncipe, no un lobo.

—Los dos pueblos se llaman igual —sonrió la pequeña, emocionada, con toda la inocencia del mundo.

—Sí —rio Carmichael—. ¡Qué casualidad! —exclamó mirando a Chloe con curiosidad. Le resultaba muy significativo el cuento que le había contado a Tori.

Chloe evitó la mirada de Carmichael y se dirigió hacia su joven sobrina. Con un paso firme pero suave, se acercó y se acomodó junto a ella en una de esas enormes sillas de respaldo alto que había alrededor de la preciosa mesa de madera.

En realidad, todo en esa mansión era magnífico y extraordinario. Desde las enormes lámparas que colgaban del techo hasta el más pequeño jarrón que adornaba la pequeña mesa de madera que había entre los sofás.

El salón comedor se sentía más cálido y familiar. Las paredes estaban pintadas en tonos grises suaves, los muebles eran de madera clara y los más modernos de la casa.

Los sofás creaban un espacio aparte frente a los grandes ventanales de la sala, ofreciendo una vista única de aquel lugar.

Tan acogedor.

Chloe suspiró pesadamente, dejando a un lado sus pensamientos.

—Siento todo esto —dijo mirando al señor sentado en la silla de ruedas—. Siento que tengan

que ser salpicados con problemas que no son suyos.

Carmichael negó con la cabeza.

—Los problemas de Raven son nuestros problemas. Como los de todos los demás. Esa es la regla principal de La Mansión, todos somos uno.

—¡Como los mosqueteros! —exclamó la pequeña Tori recordando el lema de ese famoso cuarteto de ficción.

—Sí, señorita, como los mosqueteros —rio Carmichael.

—¿Raven? —preguntó Chloe con el ceño fruncido— ¿Se refiere a Beau?

—Sí, me refiero a él, así es como lo llamamos aquí. Los otros dos son Rain y Romeo.

—Presente —dijo este último mientras entraba en el salón.

Chloe giró la cabeza y se encontró con el trío de hombres que había salido con Raven entrando, de nuevo, en el salón de la casa. Esa vez sin él, ella lo había visto marcharse.

—Tiziano Bianchi —dijo el guapo moreno de ojos negros que se acercó primero a ella y le ofreció su mano—. Romeo para los amigos.

Chloe enarcó las cejas, recordando el comentario que le había escuchado hacer cuando entró en esa casa.

Ella no quería saludarlo, el comentario le había sentado muy mal, pero Romeo, sonriendo, le hizo un gesto con la cabeza señalando a Tori.

La pequeña estaba allí y no era momento para comportarse así. Ya tendrían oportunidad de hablar y él de explicarse.

—Chloe Hayes —dijo esta sin ganas, pero manteniendo las formas delante de su sobrina.

Y porque estaba en una casa ajena. La educación, ante todo.

Romeo y Chloe estrecharon sus manos el tiempo suficiente.

—Alvin Reed, pero puedes llamarme Rain —la saludó entonces el otro hombre alto, también de pelo oscuro, pero de ojos azules. ¿O eran verdes? Lo que sí era bastante guapo también. Y mucho más musculoso que Romeo y los demás, aunque un poco más bajo que todos. Raven y Romeo parecían medir lo mismo y el abogado era más como Rain.

Lo que estaba claro era que en esa casa nadie tenía desperdicio ninguno, al parecer.

Porque el abogado también era muy atractivo. Algo mayor que los demás, de la misma estatura que Rain, pero más delgado que él, aunque se notaba que también hacía ejercicio. Ya vestía algunas canas en su pelo castaño oscuro, y sus ojos marrones siempre miraban con perspicacia.

—Yo soy Tori —dijo la pequeña mirando a los dos hombres y sacando a Chloe de sus pensamientos.

Tori se quedó un rato pensativa. Tenía el ceño fruncido y una extraña mueca en los labios. Chloe se preguntó en qué sería en lo que estaría pensando para tener esa cara de concentración.

La cual era bastante cómica, la verdad.

Al final, la pequeña movió la cabeza repetidamente, como si con ello se deshiciera de sus pensamientos y sonrió cuando volvió a mirar a Rain y Romeo.

—Todo el mundo me llama Tori. Vosotros también podéis llamarme Tori.

Lo dijo con tanta gracia que todos los presentes estallaron en carcajadas.

—Creo que los próximos meses van a ser de lo más divertidos —rio Romeo, mirando a la pequeña.

Sí, pensó Chloe, *definitivamente este lugar da miedo.*



Capítulo 7

Terror, Raven sentía terror.

El pánico se había apoderado de él.

Porque aquello iba a ser un infierno, ¡un maldito infierno! Al principio, había imaginado que este tormento duraría solo tres largos y agónicos meses. Pero no….

Iba a ser interminable.

Porque si esa niña que lo miraba con curiosidad y temor, como todo parecía indicar, era su hija…

Raven pensaba que iba a volverse loco. Él iba a perder la cordura en cualquier momento. Mira que lo había pasado mal en el pasado, mira que había experimentado lo que era el dolor y la desesperación antes, mira que se había sentido a límite en muchas ocasiones, pero nada se podía comparar al miedo, al temor y a la incertidumbre que estaba sintiendo en ese momento.

Y sentía que no iba a poder con ello. No iba a ser capaz de soportarlo.

Por eso había salido huyendo de aquel lugar. Porque joder, ¿qué iba a hacer? ¿Qué podía decir en una situación como esa?

Maldita fuera esa mujer, si esa niña era suya… ¿Qué demonios tenía que hacer él? ¿Cómo debía actuar?

Estaba claro que no como lo había hecho, no huyendo de ella. Pero no había sabido reaccionar, ¡y nadie podía culparlo por ello!

¡La culpa de todo la tenía esa maldita mujer!

—¿Qué hace aquí otra vez? ¿Este hombre no tiene vida? —se lamentó una de las enfermeras. Apoyó su delgado cuerpo en la pared y dejó caer su cabeza que ya empezaba a vestir canas. Su voz resonó en la sala de urgencias del pequeño hospital rural de Greenville. La desesperación teñía cada una de sus palabras.

El hospital lucía anticuado y humilde. Carecía de muchas de las máquinas que un hospital moderno debería tener y sus servicios eran limitados. Aun así, su personal hacía todo lo que estaba en sus manos para proporcionar un cuidado de calidad a sus pacientes. Se esforzaban más de lo que deberían. Y eso era así desde que el doctor Raven se había unido al equipo.

El hospital, que antes solía estar vacío, ahora atendía a una gran cantidad de pacientes. En ese hospital ya no se medía la tensión con un tensiómetro manual, ya eso había quedado atrás. Ahora contaban con un moderno tensiómetro digital, ¡para que veas la diferencia!

Desde que Raven había llegado a ese hospital y había asumido, por su cuenta, la dirección, pues Raven dictaba las reglas por encima del propio director si era necesario, las cosas habían cambiado mucho.

Pero había algo que no había cambiado y era que el personal que trabajaba seguía siendo insuficiente. Incorporaciones habían tenido pocas y la cantidad de horas que trabajaban eran inhumanas. El último turno había sido agotador y todos se fueron a casa esa misma mañana, cuando les llegó el relevo.

A Raven no le había dado tiempo ni a llegar a su casa y ya estaba allí otra vez. Lo que no presagiaba nada bueno. Su aparición significaba que tendrían un día movidito. Porque ese hombre era como un imán, él era el protagonista de lo que llamaban "la maldición del doctor Raven."

Cuando Raven estaba en el hospital, los enfermos parecían brotar de la nada.

Por esa razón, siempre solía trabajar con el mismo equipo de sanitarios, los únicos que podían mantener su ritmo. Los demás huían de él como si tuviera la peste.

Por ello, al verlo entrar, a la enfermera que estaba a cargo del turno de ese día casi le da un soponcio. Un suspiro escapó de sus labios mientras se preparaba mentalmente para lo que, sin duda, sería un día largo y agotador.

Suspiró de alivio al ver al doctor desaparecer por el pasillo que llevaba hasta las oficinas, lo mismo no había venido para trabajar, sino para recoger algo que había olvidado en el despacho.

Podía ser posible, ¿verdad?

—¿Qué haces aquí? —preguntó un doctor que debería medir casi igual que Raven, un poco mayor que él y muy en forma.

El doctor Stevenson, que así se llamaba, se había tropezado con Raven mientras caminaba por el pasillo.

—No puedo dormir —resopló Raven.

Pasó por el lado del médico y se dirigió a su despacho.

Stevenson negó con la cabeza.

—No creo que te haya dado tiempo ni a intentarlo —suspiró mientras se giraba y veía la espalda de Raven alejarse—. ¿Y qué te hace pensar que aquí podrás?

—Créeme, cualquier lugar es mejor que esa maldita casa, te aseguro que allí no podría dormir, aunque lo intentase —gruñó Raven.

Stevenson sonrió, giró sobre sus talones y siguió a Raven.

—¿Problemas?

—No querrías saberlo…

—Oh, entonces sí quiero —rio el médico—. Vamos, cuéntame. ¿Quién fue esta vez, Romeo? ¿El sheriff? —Raven gruñó al escuchar cada uno de los nombres— Ah, los dos.

Raven llegó hasta su despacho, abrió la puerta, entró y, de un manotazo, intentó cerrarla con fuerza para librarse de la mosca cojonera que era su compañero. Pero este fue más rápido y paró

con la mano la puerta, entrando en el despacho tras Raven.

—Quiero dormir —dijo Raven en tono de advertencia.

—Y yo quería una guardia tranquila y voy a tener que fastidiarme porque estás aquí.

Raven, que se había quitado la cazadora y la había colgado en el perchero, miró a su compañero.

—¿Y a mí qué me cuentas? ¿Qué culpa tengo yo? Me voy a acostar en ese sofá y no me voy a mover en las próximas diez horas.

Stevenson resopló.

—Sí, claro, y yo me lo creo. Con lo coñazo que eres como médico, dos minutos vas a tardar en levantarte e ir a mirar al paciente de la extirpación de bazo. Eso sin contar con la maldición que traes a tu espalda…

—Joder, se me olvidó —maldijo Raven, ignorando completamente la estupidez de la maldición y centrándose en el paciente. Miró a los ojos azules de su compañero—. ¿Cómo está?

—Sedado y durmiendo tranquilamente, igual que lo estaba hace dos horas, cuando te fuiste.

—Bien —Raven fue hasta el sofá, se tumbó en él, cruzó los brazos sobre el pecho, y los tobillos. Suspiró mientras cerraba los ojos—. Hasta luego.

—¿No me vas a contar lo que pasa?

Un gruñido fue toda la respuesta que obtuvo Stevenson. Se encogió de hombros. De todas formas, se enteraría. Más temprano que tarde, de eso estaba seguro.

En ese momento, sonó su móvil. Stevenson lo sacó del bolsillo de la bata y miró. Raven, que había abierto un ojo al escuchar el sonido, se incorporó, apoyándose sobre sus codos. Frunció el ceño al ver la expresión en el rostro de su amigo.

—Mierda —dijo Stevenson mientras volvía a guardar el móvil.

—¿Qué pasa? —la voz de Raven sonaba preocupada.

—Un accidente de tráfico —dijo el doctor de mediana edad que ya estaba abriendo la puerta del despacho en el que se encontraba—. Tres heridos, dos graves. Después dirás que la maldición no existe...

—Joder —Raven se levantó de un salto, corrió hasta el perchero, cogió la bata y salió disparado tras su compañero.

Este lo miró de reojo.

—¿Qué haces?

—Trabajar —respondió Raven con tono condescendiente, ¿acaso no era evidente?

Ya estaba poniéndose la bata.

—Ya… Pero no estás de guardia.

—No hay problema —terminó de colocarse la bata.

Los dos andaban con rapidez hacia la sala de urgencias.

—No has descansado —le recordó Stevenson.

—Estoy bien.

—Ya sabes lo que piensa el director…

—Yo me encargo —resopló Raven.

Y con eso quería decir que le importaba un bledo lo que ese hombre dijera. Él no iba a estar en el hospital e iba a dejar de ayudar a un paciente porque el director no quería que trabajase más horas de las estipuladas o por razones administrativas o políticas absurdas.

Él era el jefe del servicio de urgencias, estuviera de turno o no. Y no iba a dejar a su compañero solo en un momento en el que necesitaba ayuda.

Porque había gente a la que ayudar.

El alivio de la enfermera, aquella que lo había visto entrar, duró poco. Porque poco después, el médico de la maldición apareció junto a su colega, en la sala de urgencias, con su bata blanca puesta. El sonido de la ambulancia anunció la llegada del primer involucrado en el accidente del que ya había sido notificada.

La enfermera gimió. Si ya sabía ella que la aparición del doctor Raven no presagiaba nada bueno.

Ese hombre era un presagio de calamidades.

Yendo hacia la puerta de urgencias del hospital a grandes zancadas, casi corriendo, Raven llegó, a la vez que sus compañeros que estaban a cargo de la guardia de por la mañana (residentes, personal de enfermería y ayudantes entre otros) hasta los sanitarios que portaban, en una camilla, a un hombre gravemente herido.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Stevenson llegando hasta los paramédicos de la primera ambulancia.

—Un accidente de coche, dos vehículos involucrados. Es el conductor ebrio. Iba en sentido contrario —explicó un paramédico.

—Joder —resopló Raven.

Era evidente que la cosa no pintaba muy bien. La ropa del hombre estaba empapada de sangre, su cuerpo lleno de cortes y contusiones, una de sus piernas torcida de forma antinatural. Era una visión de lo más horripilante.

Dios mío…

—Box tres —dijo Lorraine, la enfermera a cargo que ya había organizado la sala de urgencias.

Stevenson intercambió una mirada con Raven, este le respondió con un gesto afirmativo con la cabeza que significaba que él se encargaría del segundo paciente.

—Contadme —ordenó entonces Stevenson mientras corría, agarrado a la camilla donde trasladaban al paciente, hacia el box que la enfermera había indicado junto con los paramédicos y todo su equipo.

—Hombre, de unos cuarenta y pocos años. Involucrado en un accidente de tráfico, claramente bajo los efectos del alcohol. Presenta múltiples contusiones, laceraciones y fracturas. Su estado general es crítico. Su presión arterial es de 80/50, la frecuencia cardíaca es de 120 y la respiratoria de 22. Tuvimos que entubarlo en el lugar del accidente debido a su inestabilidad respiratoria, además de administrarle oxígeno en altas concentraciones —informó uno de los paramédicos.

Llegaron al box y realizaron la transferencia rápida y segura del paciente de la camilla de la ambulancia a la cama de urgencias.

—Comprueba las constantes vitales, la presión arterial, así como la frecuencia cardíaca y respiratoria —ordenó Stevenson a su médico residente y al enfermero y a la enfermera que lo acompañaban—. Y tomadle la temperatura.

Stevenson cogió el oftalmoscopio para examinar los ojos del paciente, buscando signos de trauma craneoencefálico.

Mientras tanto, el paramédico continuó con su informe.

—Tiene fracturados, que sepamos, la pierna y el brazo izquierdos. La fractura más grave parece ser en la pierna, con deformidad y compromiso vascular evidente. No hemos podido alinearla ni inmovilizarla adecuadamente debido a la complejidad y al ángulo de la fractura en el lugar del accidente —su rostro se tensó al terminar con el informe, consciente de la gravedad del estado del hombre.

—La pierna necesitará cirugía ortopédica urgente —dijo Stevenson—. Joder, no sé si seré capaz de salvar eso —admitió.

Por muy buen profesional que fuera, Stevenson no era Dios. Era médico de emergencias sanitarias y cirujano ortopédico. Y de los mejores, además. Pero milagros, hasta el momento, no hacía. Y esa pierna era todo un reto.

—Hemos hecho todo lo que hemos podido, pero su estado es muy delicado. Necesita ser intervenido lo antes posible —insistió el paramédico.

Stevenson asintió, consciente de la gravedad.

—Gracias, y buen trabajo. Ya nos encargamos nosotros —dijo entonces el doctor de urgencias, despidiendo a los paramédicos—. ¡Necesito un quirófano! —gritó entonces, preparándose para lo que se avecinaba.

Mientras tanto, en la entrada de urgencias… Otro par de técnicos en emergencias sanitarias, con rostros tensos, entraron apresuradamente en el hospital mientras arrastraban a toda prisa la

camilla donde yacía un niño.

—Es el copiloto del otro vehículo involucrado en el accidente —dijo la paramédica—. Y como podéis ver… —no pudo terminar, lo que tenían delante era suficiente para dejar sin palabras y boquiabierto a cualquiera.

—La hostia —gimió Raven, la sorpresa se reflejaba en su rostro.

Estaba acostumbrado, como los paramédicos de las ambulancias y cualquier médico del mundo, a ver de todo, pero no por ello ciertas cosas dejaban de ser impactantes.

Y después de todo lo que había visto, todavía había cosas que lo dejaban atónito.

—¡Zev! —gritó entonces una mujer que, malherida y con el rostro desencajado, corría hacia el chico de la camilla— ¡Dios mío, Zev! —parecía que la pobre mujer iba a desmayarse allí mismo.

Una de las enfermeras del hospital la detuvo antes de que llegase hasta la camilla.

—Tranquilícese —dijo con tono firme, pero gentil.

—¡Es mi hermano! —gritó ella— ¡Tengo que estar con mi hermano!

—Su hermano está en buenas manos, créame —dijo la enfermera Lorraine, la enfermera a cargo de ese turno.

Con paso rápido, Lorraine llegó hasta su compañera y la mujer ensangrentada y herida, la que parecía que iba a desplomarse allí mismo. Lorraine la agarró a tiempo antes de que cayera, le hizo una señal a uno de los celadores que estaba allí y agarró con fuerza a la mujer del brazo, pero con cuidado de no hacerle daño.

—Le aseguro que está en las mejores manos de este hospital —y lo decía en serio. Podía ser el causante de una maldición, podía ser brusco y podía ser insoportable, a veces, trabajar con él.

Pero Raven era el mejor médico que ella había conocido nunca y eso no podía negarlo.

—Pero tengo que estar con él —insistió la mujer, al ver cómo se llevaban a su hermano de allí a toda prisa.

—¿Ve ese médico de allí que corre junto a la camilla donde está su hermano, el del pelo rubio oscuro? —la jefa de enfermeras señaló a Raven— Su hermano no podría estar en mejores manos, confíe en mí.

—Pero…

—Créame y siéntese —le aconsejó, guiándola hasta la silla de ruedas que el celador había llevado hasta ellas—. Usted también está herida, necesita atención médica.

—Pero mi hermano —sollozó ella.

—En estas condiciones no puede cuidarlo. Lo entiende, ¿verdad?

La mujer asintió con la cabeza.

En ese momento, una doctora llegó hasta ella a la vez que lo hacía otro paramédico, el que corría tras la mujer herida cuando esta salió disparada de la ambulancia para seguir a su hermano.

—Paciente de treinta años —dijo el paramédico al llegar y mirar a la doctora—, conducía el otro vehículo accidentado, su hermano viajaba con ella en el asiento del copiloto. Como puede observarse, no presenta lesiones graves visibles, aunque tiene contusiones y sufrió un fuerte golpe en la cabeza que causó una pérdida momentánea de la conciencia. Ha logrado mantenerse en pie y caminar por su cuenta. Su presión arterial es estable, 120/80, y su frecuencia cardíaca se mantiene en 80 latidos por minuto. Su frecuencia respiratoria está dentro del rango normal, con 16 respiraciones por minuto. Esto puede estar indicando que, a pesar del impacto, sus funciones vitales se mantienen estables, la paciente parece estar recuperándose de la conmoción inicial —el paramédico lo decía todo metódica y profesionalmente, sin siquiera pararse a respirar—. A su llegada, inmediatamente nos aseguramos de que sus vías respiratorias estuvieran abiertas y libres de obstrucciones. Hemos realizado un examen neurológico básico tras su desmayo, que ha incluido la evaluación de su estado de conciencia, la respuesta de las pupilas, la simetría facial y la capacidad de mover todas las extremidades sin dificultad. Aunque volvió a la conciencia y puede moverse con autonomía, existe preocupación por el fuerte golpe en la cabeza que recibió. Las contusiones, aunque no son graves, son extensas y algunas están empezando a hincharse. Le aplicamos hielo en la ambulancia y vendajes elásticos para controlar la hinchazón y aliviar el dolor.

—Por el fuerte golpe en la cabeza y la pérdida de la conciencia, es esencial que se realice una evaluación más profunda para descartar cualquier lesión cerebral traumática o conmoción cerebral —dijo entonces la médica que se haría cargo de la paciente—. La mantendremos en observación. Buen trabajo, muchas gracias —les sonrió a los paramédicos y, seguidamente, giró sobre sus talones.

—Box 6 —dijo entonces Lorraine y el celador, quien conducía la silla de ruedas donde estaba la paciente, junto con la médica y su equipo, se dirigieron hacia allí.

Raven se encontraba ya en el interior del box 5, haciéndose cargo de su paciente y escuchando el inicio del informe de la paramédica.

—Paciente de nueve años. Se trata del copiloto del otro vehículo involucrado en el accidente. Presenta, como se puede observar, un objeto metálico incrustado en el tórax, lo que sugiere una posible lesión penetrante que podría haber causado un neumotórax o un hemotórax.

—Tomadle sus constantes vitales —ordenó Raven sin titubear.

La paramédica suspiró y continuó con su informe mientras Raven pegaba gritos, dando órdenes a diestro y siniestro.

—Su presión arterial es peligrosamente baja —dijo la técnica en emergencias sanitarias—, 70/40, y su frecuencia cardíaca está acelerada a 130. Su frecuencia respiratoria está, también alta, a 30, probablemente en respuesta al dolor y a la disminución del oxígeno en la sangre —la mujer seguía hablando aceleradamente—. Como primeros auxilios, se le realizó reanimación cardiopulmonar. Primero se aseguraron sus vías respiratorias, verificando que estuvieran abiertas y libres de obstrucción. Se observó el objeto metálico en su tórax y al ser peligroso retirarlo ya

que podría estar actuando como un tapón para la herida y que su extracción podría desatar una hemorragia, no se ha realizado ningún intento de sacarlo del cuerpo. En su lugar, hemos estabilizado el objeto con vendajes alrededor, sin aplicar presión directa sobre él para evitar movimientos que pudiesen causar más daño.

—Perfecto —dijo Raven y miró a la enfermera Lorraine cuando entró en el box en ese momento para ayudar—. ¿Quién puede asistirme? —le preguntó.

—Un interno, el doctor Wolf, y libre solo queda una enfermera.

—Joder, no es suficiente —gruñó.

Mierda de todo, siempre pasaba lo mismo. Como era un hospital de pueblo, apenas les dedicaban dinero, provisiones y personal. Como si la gente que acudía a ese hospital no mereciera tener la misma atención médica que un señorito neoyorquino.

—Llama a mi equipo —ordenó.

—Señor… —la enfermera dudó un instante. Sabía que su equipo apenas se acababa de ir de allí después de una larga jornada de trabajo y estarían agotados. ¿Cómo iba a llamarlos para llevar a cabo semejante cirugía?

—Que llamen a mi equipo, ¡ya! —exclamó Raven. Estaba la cosa como para hacer esperar más tiempo a ese chaval.

Porque lo que tenía por delante no era una operación sencilla y él la haría con el equipo con el que trabajaba y en quienes confiaba.

—Como el paciente mostraba signos de shock hipovolémico —continuó la paramédico una vez que la enfermera salió de la sala—. Posiblemente debido a la pérdida de sangre, se le colocaron las piernas en alto para aumentar el flujo de sangre al cerebro y los órganos vitales. También se le cubrió con mantas para conservar su calor corporal.

—Muy bien… —Raven continuó con su riguroso examen al joven paciente.

—Se le administró oxígeno a alto flujo para mejorar la oxigenación de la sangre y se comenzó la reanimación con líquidos a través de una vía intravenosa para aumentar su presión arterial —dijo la paramédico.

—Bien hecho —¿de verdad estaba escuchando lo que la mujer le decía o solo respondía por responder? Porque sonaba tan ensimismado…

—Este joven requeriría atención médica urgente en un hospital —ella no iba a parar hasta decirlo todo, la escuchase el médico o no—. Por lo tanto, después de estabilizarlo en la medida de lo posible en la escena, se organizó su transporte seguro al hospital más cercano. En el trayecto, se continuó con la monitorización constante de sus signos vitales y la administración de oxígeno y fluidos —terminó la mujer y solo entonces se dejó caer sobre sus rodillas.

Había soltado una buena retahíla, el informe más largo que le habían dado antes a Raven. Sin poderlo evitar, la miró y sonrió.

—Buen trabajo —dijo entonces Raven, sorprendiendo a todos—. Gracias.

Porque Raven no era un médico que elogiara a la gente así porque sí y, mucho menos, que sonriera. A lo mejor era por falta de sueño ese cambio de actitud…

El compañero de la paramédico, el otro paramédico que la acompañaba, colocó su brazo alrededor de los hombros de ella y le dio un cariñoso abrazo.

Raven nunca había visto a esa paramédico por allí, pero estaba seguro que volvería a verla muchas veces más. Porque era muy buena en lo que hacía.

Orgullosa de sí misma, la paramédico abandonó el box. Desde allí dentro, lo siguiente que se escuchó fue un grito del doctor Raven.

—¡¿Dónde demonios está mi equipo?!

La enfermera Lorraine suspiró al escucharlo. Tenía el teléfono en la oreja y estaba realizando la segunda llamada. Señor… Ese hombre no tenía paciencia ninguna.

Pero una cosa sí tenía, la maldición de la que todo el hospital hablaba: “la maldición del doctor Raven.”

Si no, ¿cómo explicaría el caos que acababa de presenciar en aquel lugar?



Capítulo 8

—¿Hace mucho que conoce a Beau? —preguntó Chloe mientras, después de desayunar, paseaban por el jardín delantero de la casa.

Carmichael, con ese porte gentil y tranquilo que parecía caracterizarlo, les había enseñado la casa y ahora les hacía de guía por la enorme extensión de terreno que formaba parte de La Mansión. Se trataba de un lugar hermoso, parecía sacado de un cuento de hadas.

Chloe se había enamorado de cada rincón de ese lugar. Cada estancia era más impresionante que la anterior, cada detalle de esa casa la hacía pensar que estaba, de verdad, en un lugar de ensueño. Los suelos de mármol, los altos techos pintados a mano, las enormes ventanas que permitían que la luz del día inundara cada habitación.

Pero la realidad se imponía cada vez que escuchaba las risas o los gritos de Tori, quien la sacaba de sus pensamientos. Un sonido que hacía que recordara la realidad, un sonido que la devolvía al mundo real.

—Hace unos años que conozco a Raven —dijo entonces Carmichael con un tono de voz tranquilo y cálido—. Es el que más tiempo lleva junto a mí. Y tutéame, por favor. No soy tan viejo —rio suavemente.

Chloe sonrió, avergonzada.

—¿Por qué lo llamas Raven? —preguntó con curiosidad.

Carmichael sonrió y le hizo un gesto de la mano a Chloe para que tomara asiento en uno de los preciosos bancos de hierro forjado que había en esa parte del jardín. Tori estaba corriendo, disfrutando de la libertad de la naturaleza, su risa llenando de alegría el jardín.

—Aquí nunca le ocurrirá nada malo —dijo Carmichael al ver que, aunque Chloe se había sentado en el banco, no le quitaba ojo a la pequeña y su cuerpo estaba en tensión, no era capaz de relajarse.

—Muy seguro estás de eso —Carmichael sonrió al escuchar la acritud en la voz de Chloe—. Me refiero a que es una niña pequeña, siempre hay que estar pendiente —dijo entonces con la cara roja como un tomate por la vergüenza ante tal metedura de pata.

—Entiendo tu desconfianza. Estás en una casa extraña, llena de hombres, nada menos. Y con una niña pequeña. De ser tú, sería igual de recelosa —con una comprensiva sonrisa, Carmichael miró al frente, donde estaba Tori corriendo—. Es muy observadora y perspicaz —miró de nuevo a Chloe, con un brillo especial en los ojos—, como su padre.

Chloe bufó despectivamente y Carmichael soltó una carcajada.

—¡Hola, tita! —exclamó Tori— ¡Hola, abuelo! —los saludaba con la mano y ellos le devolvieron el saludo, sonriendo ante la inocencia y la alegría de la niña.

—¿No te gusta que se parezca a él? —preguntó Carmichael cuando ambos bajaron las manos,

mirando a Chloe, de nuevo, a los ojos.

—Si fuera por mí, nunca se habrían conocido —esa fue la respuesta de Chloe a esa pregunta. Hablaba el resentimiento. Y el miedo a perder a su sobrina.

Carmichael asintió con la cabeza, entendiéndola. En su mirada había un destello de simpatía hacia Chloe. Él meditó un poco antes de volver a hablar, como si estuviera buscando las palabras adecuadas para decir.

—Pero esto no se trata de ti, ¿verdad?

Chloe apretó la mandíbula al escucharlo.

No, no se trataba de ella, ni de su decisión. Era la decisión de su hermana, estuviera ella de acuerdo o no. Y era la vida de su sobrina en la que, por desgracia, no solo ella tenía la potestad de elegir.

—¿Cómo era su madre? —preguntó entonces Carmichael. Su voz llena de curiosidad y un toque de tristeza.

Chloe frunció el ceño, desconfiando de la pregunta. Pero al mirar detenidamente a los ojos del dueño de La Mansión, se relajó un poco ante la sinceridad de su mirada.

—Era trabajadora, cabezota y una madre obsesiva —comentó con una sonrisa melancólica—. Estaba muy unida a Tori y, a veces, se pasaba de sobreprotectora. Aunque si me estuviera escuchando, diría que me estoy describiendo a mí misma y no a ella.

Carmichael soltó una carcajada.

—No sé por qué me lo creo —replicó el hombre entre risas.

—Cuando me conozcas más, estarás convencido de ello —bromeó Chloe, relajándose un poco. Y suspiró, sin borrar la sonrisa de sus labios—. Era buena madre. Yo diría que la mejor que podría haber existido. Sin duda, la mejor que Tori podría tener.

Entonces, mirando a Tori, un suspiro más pesado salió de sus labios y posó los ojos en Carmichael, que la observaba atentamente, esperando a que continuase hablando, cautivado por su sinceridad.

—No sé qué es lo que está ocurriendo aquí, no entiendo por qué Beau exige una prueba de paternidad, jamás me habría esperado eso —Chloe negó con la cabeza, su frente arrugada por la confusión—. Para mí, nada de esto tiene sentido. Hasta hace un rato, creía que ese hombre solo se estaba quedando conmigo, que solo era una treta suya y de su abogado para ganar tiempo y evitar pasar esos meses con la niña y ¡yo qué sé! Trataba de darle sentido a todo esto —se encogió de hombros, intentando explicarse como mejor podía.

—¿Significa eso que ya no piensas lo mismo? —le preguntó Carmichael con suavidad. Pero también con curiosidad.

Chloe suspiró y pestañeó varias veces, pensativa.

—Esa cara… —recordó el rostro de Beau al encontrarse con su hija— Aquella expresión en

su rostro…. Yo realmente pensé que iba a desmayarse allí mismo. Yo… —Chloe tragó saliva— Si fuera el mismo Beau que he creído conocer toda mi vida, diría que él realmente creía que esa hija no era suya.

Carmichael meditó mucho sus palabras.

—Raven es perspicaz y muy observador. Cabezota y la paciencia no es su fuerte, a no ser que se trate de su trabajo. Menos aún si se trata de lidiar con Romeo —rio el hombre—. Romeo es un caso aparte —dijo entre risas—, pero también es el mejor para hacer que Raven estalle y suelte todo lo que se guarda y es el mejor para ayudarlo a sanar.

—Es extraño eso —murmuró Chloe, pensando en lo diferente que parecía el italiano de Beau, tan distintos que sería difícil creer que eran complementarios.

—Sí, ninguno de mis chicos es normal —Carmichael le guiñó un ojo, el orgullo evidente en su voz cuando hablaba de esos tres, algo que a Chloe le llamó mucho la atención—. Pero si hay algo que puedo señalar de Raven es su honestidad y su lealtad —su tono se tornó, entonces, serio —. Quizás no creas en él, pero yo no gano nada con mentirte, no tendría por qué hacerlo. Y créeme, Raven no sabía que tenía una hija. Creo que, ahora mismo tiene que estar convenciéndose a sí mismo de que eso no puede ser verdad, a pesar de haber mirado a los ojos a esa pequeña.

Chloe miró unos segundos a los ojos de ese hombre que parecía hablarle con franqueza.

No, no tenía por qué mentirme, pensó, *pero podía hacerlo si con ello ayuda a Beau.*

—¿Lo ayudo a qué, según tú? —preguntó Carmichael, curioso, enarcando una ceja.

La pregunta tomó a Chloe por sorpresa. Un pequeño grito escapó de sus labios y rápidamente se tapó la boca con la mano, sus mejillas completamente rojas al darse cuenta de que había expresado sus pensamientos en voz alta.

—Lo siento, yo… —empezó a disculparse, pero antes de que pudiera terminar, Carmichael soltó una sonora carcajada.

Chloe no sabía dónde meterse, pero al escucharlo reír, terminó por sonreír.

—¿Sabes? Creo que Romeo tiene razón —dijo Carmichael, todavía riendo, mientras se limpiaba las lágrimas de los ojos con el dorso de la mano.

—¿Sobre qué? —preguntó ella, curiosa.

—Van a ser unos tres meses muy divertidos —respondió Carmichael, su mirada brillante por la diversión y por algo más que Chloe no pudo identificar.

Y Chloe no sabía por qué, pero había algo en la forma en que Carmichael dijo esas palabras que la llevó a pensar que había un trasfondo en ese comentario, algo que ella aún no había comprendido del todo.

Pero que ya entendería…



—¿Me cuentas un cuento? —preguntó Tori, en un tono suave y somnoliento, cuando se acurrucó en la cama.

Chloe, que en ese momento estaba acomodando las mantas al lado de la pequeña, rio.

—¿No estás cansada? —preguntó tras tumbarse a su lado, pasándole los dedos por el cabello en un gesto tranquilizador.

—No —dijo la pequeña, haciéndola reír.

Aunque los párpados de Tori luchaban por mantenerse abiertos, ella no iba a quedarse sin su cuento nocturno habitual.

—Pues yo sí lo estoy —confesó Chloe, bostezando con dramatismo —. Ha sido un día muy largo, ¿no crees?

—Pero ha sido divertido —respondió Tori con un destello en sus preciosos ojos.

—¿Te ha parecido divertido? —preguntó Chloe y la niña asintió con la cabeza— Me alegro entonces.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar en el castillo?

La pregunta de Tori hizo que Chloe se riera por cómo se refería a la casa.

—¿Te gusta el castillo?

—¡Sí! —exclamó Tori— Me gusta mi habitación. Y esta también.

Por supuesto, era inevitable que le gustara, lo que le habían preparado era simplemente un sueño hecho realidad. La gran habitación con suelo de madera, se veía como sacada de una historia de fantasía. Había sido decorada en tonos pasteles suaves y delicados. Los dibujos infantiles de personajes de cuentos salpicaban las paredes aquí y allá, creando un espacio único.

Como única era la estancia en la que se encontraban en ese preciso instante. Con paredes pintadas en tonos blancos y beiges, la estancia daba una sensación de tranquilidad y serenidad. Los muebles de madera oscura, clásicos a la vez que modernos. Cada rincón de la habitación parecía contar su propia historia, como ocurría en toda La Mansión.

—Por ahora un tiempo, después tendremos que decidir, ¿vale? —respondió Chloe, acomodando la almohada.

Tori asintió con la cabeza de nuevo.

—A mamá le gustan los castillos —dijo Tori con tristeza, haciendo que el corazón de Chloe se encogiera.

El concepto de la muerte era complicado para una niña de su edad, mucho más para usar el tiempo verbal adecuado.

Chloe suspiró suave y tristemente.

—Y estoy segura de que lo está viendo —dijo Chloe con seguridad.

—¿De verdad?

—¡Claro! —Chloe intentaba, por todos los medios, no llorar— Recuerda que mamá es una estrella y que siempre estará en el cielo, pendiente a ti, cuidándote.

—¿De verdad? —Tori abrió los ojos como platos. Entonces recordó algo— Pero desde casa no la veo.

En la ciudad no se veían las estrellas casi nunca.

—Yo creo que aquí sí… —aventuró Chloe, esperando no equivocarse.

—¿De verdad? —la esperanza en los ojos de la pequeña.

—¡Claro! —exclamó Chloe de nuevo.

Sin dudarlo, Tori saltó de la cama y corrió hasta la ventana, sus pequeños pies descalzos moviéndose con rapidez. En la ciudad había hecho lo mismo, pero allí se había llevado la desilusión de su vida. Chloe esperaba que no tuviese que enfrentarse a la misma decepción.

Estaba a punto de llegar hasta su sobrina cuando esta gritó, emocionada.

—¡Se ven las estrellas! —exclamó Tori, su voz llena de alegría y asombro— Tita, ¡se ven las estrellas!

Chloe sonrió cuando al asomarse a la ventana vio que, efectivamente, se veían las estrellas. Se le llenaron los ojos de lágrimas por lo que eso significaba para Tori.

—¿Cuál es mamá? —preguntó Tori.

Ay, Dios, ¡qué inocencia!

—La que más brilla, por supuesto —respondió Chloe con voz temblorosa.

Tori miró a su lado, a su tía, con una enorme sonrisa en la cara.

—Entonces es esa —dijo señalando con la mano a un punto del cielo.

Las dos miraron hasta allí y Chloe susurró.

—Sí, es esa.

Se quedaron ahí unos instantes hasta que el sollozo de Tori rompió el embrujo. Chloe, sin decir ni una palabra, la cogió en brazos y dejó que la pequeña escondiese la cara en su cuello a la vez que se agarraba con fuerza a ella.

Fue con ella hasta la cama, la tumbó, se tumbó a su lado, le quitó el pelo de la cara y le limpió

las lágrimas que mojaban sus mejillas.

—Mamá siempre va a cuidarte, siempre estará contigo. Cuando quieras hablar con ella, búscala en el cielo. Aunque sea de día y no veas las estrellas, créeme, ella está ahí, ¿vale? Solo cierra los ojos y piensa en ella, ¿lo entiendes?

Tori asintió con la cabeza.

—Echo de menos a mamá.

—Y yo, cariño —dijo Chloe con pena—. Y yo.

Nadie podía imaginarse cuánto echaba de menos a su hermana. Nadie podía imaginarse cómo se sentía.

A veces tan sola…

Porque no podía explicarle a nadie todo lo que sentía. No tenía a nadie con quien desahogarse.

Y eso era muy duro.

Tenía que parecer fuerte, tenía que ser fuerte por y para su sobrina. Y no siempre era un papel fácil de desempeñar.

—¿Entonces no quieres que te cuente un cuento? —preguntó un rato después, cuando vio que Tori había cerrado los ojos y que su respiración se había ralentizado.

Tori hizo un sonido con la boca que podría interpretarse como un sí.

Chloe sonrió.

—¿El del hada del bosque? —preguntó Chloe y Tori asintió con la cabeza— Bien… Pues érase una vez, en un lugar llamado…

—Greenville —interrumpió Tori, con una voz apenas audible, antes de que Chloe pudiera inventarse el nombre de un lugar.

Chloe suspiró, acariciando suavemente la cabeza de la niña en un gesto de entendimiento y cariño.

—Érase una vez, en un lugar llamado Greenville…



Capítulo 9

Era bien entrada la madrugada cuando Chloe bajó, con cautela, las escaleras para llegar a la planta baja de La Mansión. Tori se había quedado profundamente dormida, por fin.

Cualquiera diría que, estando tan agotada, le resultaría sencillo conciliar el sueño porque caería rendida, como le había ocurrido los días anteriores. Pero no, Tori, esa noche, parecía tener cuerda para rato y todo aquel cambio en su vida la tenía tan nerviosa y excitada que no era capaz de cerrar esos ojos que había tenido, en todo momento, abiertos como platos.

Porque así había estado desde La Mansión se dibujó en el horizonte.

—¿Es un castillo? —le había preguntado Tori a Chloe cuando se bajaron del coche del abogado.

Chloe, que estaba tan sorprendida como ella, no pudo más que asentir con la cabeza.

—Parece un castillo de cuento, ¿verdad? —era maravilloso, Chloe no había visto, nunca, nada igual.

Joder, ¿cuánto costaría esa casa? ¿Cuánto costaría mantenerla? Desde luego, al desgraciado de su ex cuñado no le iba nada mal, ¿eh? Y su mujer y su hija pasando necesidades…

¡Maldito!

Que sí, que sabía que la propiedad no era suya, que pertenecía al tal Leonard Carmichael, pero joder, vivía ahí. Es decir, que vivía muy bien.

—No parece, tita. Lo es —había dicho Tori—. Es un castillo como el de los cuentos. Pero en él no hay lobos, ¿verdad?

Chloe, que estaba sumida en la vorágine de pensamientos que se cocían en su mente, pestañeó.

—¿Lobos? —frunció el ceño— No, claro que no hay lobos.

Al menos, eso esperaba Chloe.

—Claro. ¡Es Greenville! ¡Aquí no hay lobos! —gritó la pequeña.

Pero Chloe estaba tan ensimismada, que ni la escuchó…

A esas alturas, Chloe ya no podía negar que aquel lugar estaba sacado de un cuento y que parecía absorberte y atraparte para que no lo abandonases jamás.

No solo se había sentido como en casa desde el primer momento, sino que sentía como si ese fuera su lugar. Y eso era jodidamente inquietante.

—Una casa maldita es —murmuró para sí misma mientras bajaba las escaleras, porque aquella sensación de bienestar no le gustaba en lo más mínimo.

Tori estaba plenamente dormida en la habitación que habían preparado para Chloe. También habían preparado una para Tori, pero Chloe se negaba a dejar a la niña durmiendo sola. Desde que su madre murió, solía tener pesadillas y aquel lugar era nuevo para ella. El despertarse en un lugar extraño la desorientaría más todavía y eso no ayudaría en absoluto.

Además, que ella no se fiaba todavía de nadie, acababa de llegar a ese lugar.

Así que decidió que dormirían en la misma habitación, como habían estado haciendo desde que Karen se marchó.

Y Chloe esperaba que la pequeña descansara, porque después de tan largo viaje y de la cantidad de lugares que había visitado esos días, estaba agotada.

Y es que Tori, de la mano de Chloe en todo momento y siguiendo a Carmichael y su silla de ruedas, habían recorrido no toda La Mansión, sino todos los alrededores de la casa.

O al menos eso esperaba Chloe, porque ese césped parecía no tener fin.

La verdad era que Chloe pensó que todo aquello sería más complicado para la niña. Después de haber perdido a su madre, no solo se mudaba de casa, sino que también se iba a la otra punta del país y a la casa de unos desconocidos.

Pero una vez más, Tori le había demostrado su fortaleza y su versatilidad y Chloe admiraba eso de ella, esa habilidad que tenía su sobrina para ajustarse y desenvolverse en cualquier entorno.

Era, desde luego, una cualidad admirable.

Y Chloe carecía de ella.

Por eso estaba allí, otra noche más, a las tres y pico de la madrugada, después de dar vueltas y vueltas en la cama, caminando por los pasillos tenuemente iluminados de ese lugar que tan extraño se sentía, en busca de un vaso de agua.

O en busca de un poco de aire.

O, simplemente, buscando calma para su mente. Porque Beau seguía sin aparecer y eso, a ella, la estaba volviendo loca.

Bajó buscando calma, sin tener ni idea de que iba a encontrar mucho más que eso…



Capítulo 10

—Por fin apareces —la voz retumbó en el silencio de la cocina.

—¡Joder! —el vaso que todavía estaba vacío, no cayó al suelo de milagro, pero a punto estuvo.

Si Raven no hubiese tenido reflejos, el vaso estaría convertido en mil pedazos de cristal al haber chocado contra el suelo, pero pudo evitarlo.

Raven, maldiciendo en arameo, algo que parecía hacer muy a menudo, se giró para enfrentar al dueño de la voz que lo había sobresaltado.

Lo que vio, le hizo gritar de nuevo.

Allí, en la penumbra, iluminado solo por la luz interior del frigorífico estaba Carmichael, como esperaba. Pero no estaba solo, sino que, junto a él, cómodamente sentados a la mesa de la cocina, estaban ese par de psicópatas.

Un escalofrío recorrió su columna vertebral. Miedo, sí, iba a empezar a temer a esos dos.

—¿Se puede saber qué hacéis ahí? Joder, ¡que casi me da un infarto! —exclamó con la voz temblorosa por el susto.

Que pequeño no había sido…

Porque todavía le iba el corazón a mil por hora y las pelotas, esas que se le habían subido hasta la garganta, no habían vuelto a bajar.

—Esperarte —dijo Carmichael tranquila y condescendientemente, como si estuviera explicando la cosa más lógica del mundo.

—Esperarme… —murmuró Raven, incrédulo. Aunque, a esas alturas, nada debería sorprenderle viniendo de esos tres— ¿A oscuras? —los demás simplemente se encogieron de hombros— La madre que os parió —refunfuñó, resignado.

Caminó hasta el interruptor eléctrico, lo pulsó y cuando las luces de la cocina se encendieron, fue hasta el frigorífico y, tras coger una botella de agua, cerró la puerta que había dejado abierta para iluminar un poco la estancia y no darse de hostias mientras buscaba el maldito interruptor.

—Son más de las tres y media de la mañana —dijo entonces, lanzando una mirada de desdén al reloj de la pared de la cocina. Se sirvió un vaso de agua fresca y se lo bebió de un trago, intentando calmar su garganta reseca.

—Ya… ¿Qué horas te crees que son de llegar? Que llevamos desde la cena esperándote. Por cuarto o quinto día consecutivo, además. Ya perdí hasta la cuenta —gruñó Romeo con un toque de reproche en su voz.

Raven enarcó las cejas. Pero bueno, lo que le faltaba. Esto era el colmo de los colmos.

—A ver si ahora voy a tener que mantenerte al tanto de cuándo llego a casa —la ironía en la

voz de Raven fue tan evidente como el sarcasmo con el que estaba teñido su respuesta.

—Hombre, pues no vendría mal, así me ahorro el esperarte inútilmente. Que llevamos horas aquí —bufó Romeo, haciendo que Raven pusiera los ojos en blanco.

—No deberías trasnochar —le recordó Raven a Carmichael.

—No podría dormir sin saber cómo estás —señaló este.

Raven suspiró, pero no respondió.

—¿Y vosotros qué demonios queréis? —preguntó entonces, sin ganas de darle más vueltas a las cosas. Estaba cansado y lo único en lo que pensaba era en irse a dormir.

Habían sido días agotadores.

La cirugía a la que aquel chico, quien tenía clavada la barra de hierro perforando su cuerpo, había sido sometido había durado más de doce horas, pero había sido todo un éxito. Tras comprobar durante los siguientes días que continuaba estable, había decidido volver a casa.

Tendría que hacerlo algún día, ¿no?

Podía haberse marchado a casa un poco antes, la verdad, días antes, pero lo había retrasado intencionadamente. Cuanto más tarde y más de madrugada llegara a casa, mejor para no encontrarse con Chloe y Tori.

Claro que no se le había ocurrido que en esa casa no solo había más personas con las que no quería encontrarse, sino que no existía alguna con la que sí.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Rain, sin rodeos. No había que alargar más la cosa—Aparte de ducharte y afeitarte, claro —bufó.

—Irme a dormir —dijo Raven.

Esa vez, quien puso los ojos en blanco fue Romeo.

—Se refiere a tus invitadas. Tu ex cuñada y tu hija, para ser más exactos —dijo el italiano, señalando lo evidente.

Entonces fue Raven quien bufó.

—Sé muy bien a lo que se refiere, no soy idiota —replicó el médico.

—Déjame dudarlo —rio Romeo.

Raven lo ignoró por completo.

—Pero no tengo ni fuerzas ni ganas de hablar de ello. ¡Y todavía no sabemos si es mi hija! —exclamó con amargura en su voz.

—Sylvester ya tiene los resultados, desde hace días, además. Pero como no estuviste por aquí… Te los dará cuando te vea—dijo Carmichael.

—¡Joder! —exclamó Raven, perdiendo rápidamente las formas.

Con un suspiro pesado y veinte maldiciones expresadas una detrás de otra, Raven fue hasta la mesa y se dejó caer en una de las sillas, frente a sus amigos.

¿Así iban a ayudarlo a dormir?

—¿Un café? —preguntó entonces Romeo, en tono casual, como si estuvieran en medio de una conversación común y corriente en lugar de en la extraña situación que les envolvía.

—Cómo se nota que eres italiano —rio Rain, dirigiendo una mirada cómplice a Raven—. Él toma café a cualquier hora —dijo refiriéndose al italiano, y señaló las varias tazas vacías que tenían delante de ellos.

—Un whisky doble, por favor —dijo Raven, el anhelo en su voz.

Lo necesitaba y mucho. A ver si así podía olvidarse un rato de los problemas que lo asediaban.

—A ti descafeinado, que no tengo ganas de que te dé un chungo —bromeó Romeo sonriendo con picardía, levantándose y caminando hacia la máquina de café.

Raven ni se quejó, total, no serviría de nada. Le prepararía el descafeinado quisiera él o no, así que ¿para qué gastar energía en discutir con él cuando ni siquiera tenía fuerzas para mantener los ojos abiertos?

—Tenía que haberme quedado en el hospital más tiempo —murmuró Raven, arrastrando las palabras.

—¿Piensas quedarte los tres meses allí? —preguntó Rain con una mezcla de curiosidad y preocupación.

En la cara de Raven se formó una sonrisa irónica, tan fugaz que bien podían creer los demás que se la habían imaginado.

—Pues mira, la verdad es que no es una mala idea —afirmó Raven.

—Si resulta que Tori es tu hija, ¿te quedarás a vivir allí toda la vida? —preguntó Romeo con una sonrisa irónica en su rostro.

—Cualquier cosa es siempre mejor que tener que enfrentar la realidad —dijo entonces Rain. Su tono era serio, pero el brillo irónico de su mirada les quitaba seriedad a sus palabras.

Raven dejó escapar un suspiro pesadísimo.

—Lo siento, os estáis comiendo un marrón que no os corresponde —¿era remordimiento lo que Raven acababa de mostrar?

—Que se nos pone blandengue el chico —advirtió Romeo, bromeando mientras dejaba una taza de café delante de Rain, una de descafeinado tanto para Raven como para Carmichael y dos de café delante de él.

—¿Días duros? —preguntó entonces Carmichael, intentando aliviar un poco la tensión que se sentía en el ambiente.

Tensión que se podía cortar con un cuchillo.

—No tenéis ni idea… Un accidente, un chico con una barra de metal clavada en su tórax. Entró por un lado y casi salió por el otro —susurró Raven, con la mirada perdida en algún punto lejano, reviviendo lo traumático que había sido todo.

Rain asintió con la cabeza, era el sheriff del pueblo, estaba al tanto de todo.

—Joder —gimió Romeo, su ceño fruncido—. Dime que sigue vivo.

—Por ahora —confirmó Raven—. Está estable desde la operación, rezo porque siga así y, por fin, salga del peligro.

La sombra de la duda estaría ahí...

—¿Cuándo crees que podrá prestar declaración? —preguntó Rain con calma, pero dándole a entender que el asunto era algo urgente.

—No sé cuándo despertará, ya le dije a tu ayudante que os avisaría llegado el momento. Al menos, el conductor ebrio ya despertó.

—Sí, pero se niega a hablar… Aunque las cosas están bastante claras —afirmó Rain.

—Me imagino —suspiró Raven. Sabía que no sería una investigación muy complicada para el sheriff del pueblo.

Con la mirada perdida, sumido en sus pensamientos, Raven cogió la taza de café y se concentró en ella, en inhalar el aroma y saborear ese delicioso líquido oscuro.

—No puedes evadir el problema siempre, lo sabes, ¿verdad? —preguntó Carmichael, rompiendo el breve silencio que había vuelto a instalarse en el lugar.

A la mierda la degustación, pensó Raven. *A la mierda todo.*

Dejó la taza, de nuevo, sobre la mesa y levantó la vista hacia sus amigos. Eso a quienes consideraba su familia. Y hacia Carmichael, a quien consideraba su padre. Los tres estaban frente a él, mirándolo con tranquilidad, esperando a que hablase.

Eran sus mejores amigos, eran su familia y estaban lidiando con algo que no les correspondía. Y no se habían quejado por ello, al contrario, en todo momento se habían involucrado en el problema y habían hablado de ello como si también fuese un problema suyo.

Que, realmente, más allá de tener que aguantar a esas dos personas en la casa no les incumbía en lo más mínimo y cualquiera se habría lavado las manos y habría huido de los problemas ajenos.

Pero ese trío no era cualquiera.

Ese trío era parte del todo de Raven, eran su pilar. Y aunque tuviesen sus peleas y discusiones, Raven sabía que nunca lo abandonarían, Raven sabía que siempre estarían ahí para él, como él estaría para ellos.

—¿Qué, según tú, estoy evadiendo? —preguntó con un tono de irritación en su voz.

—A tu hija —dijo Sylvester apareciendo detrás de Raven como si fuese un fantasma.

—Oh, ¡joder! —exclamó Raven, asustado de verdad. Malditos fueran todos, lo iban a matar de un susto cualquier día— ¿Pero tú que haces aquí? —preguntó mientras veía al abogado pasar por su lado.

Raven tenía las bolas de corbata en ese momento.

—No podía dormir, me acerqué a La Mansión y vi la luz de la cocina encendida. Y aquí estoy —explicó el abogado.

—Eso es un poco de acosador —murmuró Raven con un resoplido.

—Bueno… Soy estadounidense, cualquier cosa es posible — replicó Sylvester con una sonrisa.

El abogado cogió una taza de café que estaba frente a Romeo y se sentó como si tal cosa. Raven negó con la cabeza, ni siquiera se había dado cuenta de que el italiano había puesto una taza de más.

Aunque con todas las que había vacías, como para darse uno cuenta.

—¿No tienes casa? —preguntó Raven, con un gruñido en la voz.

—Sí —asintió Sylvester.

—¿Te dejó tu mujer? —insistió Raven, su tono mostraba un ápice de diversión.

—Todavía no —respondió Sylvester, riendo ante el comentario.

—No tardará —gruñó Raven—. Si ya no solo te pasas el jodido día aquí, también la noche.

—Dejad de meteros en líos y podré vivir mi vida sin sobresaltos —replicó el abogado, dando un sorbo a su café.

—Ni que yo hubiera buscado esto —suspiró Raven, su expresión seria de nuevo.

—Por eso, ya que lo tienes… ¿Hasta cuándo vas a atrasar lo inevitable? —preguntó Rain, realmente preocupado por la situación.

Raven soltó un pesado suspiro.

—No evito nada.

—Vamos, Raven, no me jodas, claro que lo haces —Rain perdió un poco las formas—. Entiendo que no debe ser fácil, pero te estás agarrando al último clavo ardiendo que queda y créeme, te vas a quemar. Porque todos en esta casa sabemos que no es necesaria la jodida prueba para saber que esa niña es tu hija. ¡Tu hija, maldita sea! —resopló Rain, desahogando su frustración.

—Rain… —suspiró Romeo, intentando calmar a su amigo.

—Joder, tío —continuó Rain, ya más calmado—, sé que debes de estar acojonado, además de dolido porque te han mentido toda la vida, pero esa niña tiene cuatro años, ¿crees que puede entender que su padre salga de la casa corriendo cuando la ve por primera vez porque tiene una

crisis de ansiedad al enterarse de que tiene una hija? ¡Y que después no lo vea durante días!

—Os recuerdo que fuisteis vosotros los que me sacasteis a la fuerza de la casa cuando esa desequilibrada soltó la revelación de mi vida —gruñó Raven, intentando defenderse.

—Bueno, sí, pero porque estabas a punto de entrar en pánico. O eso, o te daba un infarto allí mismo —suspiró Rain recordando el tenso momento.

—Si no te llegamos a sacar a tiempo, probablemente te hubieses puesto a gritar allí mismo, delante de la pequeña, que no eras su padre —suspiró Romeo con cierto tono de reproche.

Raven sabía que tenían razón, pero joder, no había sabido reaccionar.

—¿Qué se suponía que tenía que haber hecho? ¿Agacharme delante de la niña y decirle ¡soy tu padre!? —se le quebró la voz; la emoción y el miedo en sus palabras.

—Desaparecer durante días desde luego que no —le reprochó Carmichael—. Porque hemos sido nosotros quienes nos hemos estado encargando de ellas cuando es tu responsabilidad.

Sí, lo sabía. ¡Claro que lo sabía! Pero joder, no podía con todo aquello, no sabía cómo gestionarlo. Y había huido.

—Lo siento, vale, ¡lo siento! —exclamó Raven, arrepentido— Pero joder, me engañó. ¿Cómo creéis que estoy sintiéndome yo? ¡Creo que voy a volverme loco!

—Entiendo que fácil no es —suspiró Rain, comprendiendo a su amigo.

—No, no lo entiendes —dijo Romeo con seriedad—. No tienes ni puta idea de lo que es que te aparezca una hija de la noche a la mañana. ¡No! No tienes ni puta idea de lo que es haber sufrido por una infidelidad, de haber caído en un pozo del que casi no salgo y que cuando toda tu vida se centra o crees que está todo controlado, resulta que te enteras que el fruto de ese embarazo que supuestamente era de su amante, ¡sorpresa! Resulta ser tu hija.

Raven cerró los ojos con fuerza durante unos segundos para intentar calmarse, porque todo aquello era abrumador, todo aquello estaba superándolo. Y había momentos en los que creía que no podría soportarlo más.

—Ahora resulta que tengo una hija a la que, si esa mujer no llega a morir, lo mismo ni conozco nunca, joder —maldijo.

Los demás estaban en silencio, escuchando todo lo que ese hombre necesitaba sacar.

A Raven, a veces, le costaba empezar a hablar de sus emociones, pero una vez que empezaba, ya no podía parar, tenía que soltarlo todo. Por ello, sus amigos siempre lo llevaban al límite, para hacerlo explotar pronto y que se desahogase. Porque si no lo hacía, si se lo guardaba todo como había hecho años atrás, corría el riesgo de convertirse en el mayor destructor de sí mismo que existía.

—¿Me engañó? Sí, lo hizo. Estoy seguro de eso, la escuché hablar con él y me lo reconoció, además. Y hasta la puedo entender si es verdad que no sabía quién era el padre de la niña. Pero después lo supo. Lo supo ¡y mantuvo a la niña lejos de mí!

Sin poder conocerla, joder. Se había perdido no solo el nacimiento de su hija, sino toda su vida. Era una desconocida para él y él… Él era otro extraño para ella.

¿Era eso justo? ¡No!

—¿Ahora muere y qué espera que pase? Maldita sea, he odiado a esa niña más que a nadie en el mundo, le he deseado lo peor por creerla la culpable de toda mi desgracia. Por más que en el fondo supiera que no tenía la culpa de nada, mi mente me decía que casi muero ese día por su culpa.

Era muy difícil para él recordar aquellos momentos en los que sintió que no podía más, que el mundo se le quedaba grande y que era mejor desaparecer.

Quitarse de en medio sería la solución a tanto dolor.

—Casi me quito de en medio por su existencia —rio, una risa amarga—. ¡Y ahora resulta que es mi hija! ¡Mi hija! ¿Se puede ser más desgraciado en esta vida? —explotó finalmente, la ira y la desesperación en cada palabra.

La estancia quedó sumida durante un rato en el más profundo de los silencios. Silencio que fue roto por el sollozo que Raven no pudo contener más.

La realidad de la situación finalmente lo había alcanzado de lleno. Y no podía evitarlo.

Y dolía. Joder, ¡cómo dolía!

—Ella sabe que es tu hija —dijo Carmichael con tono calmado, haciendo que Raven, con los ojos anegados en lágrimas, lo mirase—. Su madre le habló de ti, al menos tuvo la decencia de hacer eso.

—¿Crees que eso me hará sentir mejor? —preguntó Raven, la amargura en su voz.

—No —respondió Carmichael sin dudar—. Solo pensé que necesitabas saberlo. Como necesitas ver que, si para ti todo esto está siendo difícil, esa niña no solo se ha encontrado con un padre al que solo conocía en fotos, sino que creerá que ese padre no se preocupa por ella, que no la quiere. Además, ha perdido a su madre. Su mundo se ha desmoronado y, para colmo, está aquí, lejos de su hogar, lejos de todo lo que ella conoce —Carmichael suspiró pesadamente.

Carmichael sabía, de primera mano, todo lo que había sufrido Raven. Había sido testigo de su dolor y de su desesperación. Lo había visto en lo más hondo del pozo más negro del mundo. Lo había recogido de ahí, sin saber si podría, de verdad, ayudarlo. Conocía el alcance de sus heridas y sabía lo que la revelación de su paternidad podía suponer para él.

Lo que Raven estaba viviendo era un duro varapalo para él y todo eso podía llevarlo, de nuevo, a ese oscuro abismo.

—Lo que viene no será fácil, Raven, pero lo harás bien —ahí estaba, dando en el clavo, tocando lo que sabía que era el tema central de todo aquello: el miedo de Raven a hacerlo mal. El miedo de Raven a ser un mal padre—. Vas a ser un buen padre.

Raven tragó saliva, pero no pudo evitar que una solitaria lágrima cayera por su mejilla.

—Buah —resopló Romeo en un intento de no acabar, también, llorando—, seguro que serás mejor padre que el mío.

Rain rio y negó con la cabeza, tratando de aligerar el ambiente.

—Si tu padre te escucha, seguro que estás ya criando malvas —dijo el sheriff.

Romeo resopló.

—No te creas —dijo el italiano—. Si no estoy bajo tierra ya, no lo estaré —afirmó con seguridad.

—¿Crees que sabes dónde estás? —preguntó Rain, cambiando el rumbo de la conversación.

Romeo dejó de lado su forma de hablar bromista y adoptó un semblante serio.

—Lo sabe desde el maldito primer día que me escapé de ese lugar —dijo con tono sombrío—. Sería un verdadero ingenuo si subestimara a mi padre y a sus secuaces —negó con la cabeza—. Si no me quitó ya de en medio, créeme, no lo hará ahora.

—¿Crees que te dejará en paz entonces? —preguntó Rain, aunque su tono indicaba que ya conocía la respuesta a esa pregunta.

Romeo negó rápidamente con la cabeza.

—No, no llegará a tanto. Pero me "encontrará" —hizo el signo de las comillas con las manos — cuando quiera encontrarme.

Rain resopló. Ese tema lo exasperaba tanto como le preocupaba.

—Tranquilo, estaremos preparados para meterlo entre rejas —dijo Rain con una seguridad que, en realidad, no sentía.

Romeo no pudo más que soltar una carcajada.

—Acabaríais antes en la caja de pino —aseguró el italiano.

La fama del padre de Romeo no era infundada. A su padre se le temía por algo, no era el jefe de la familia Bianchi por sus caritativas y buenas acciones. Su padre no solo era el capo, él era el capo di tutti capi (el capo de todos los capos). No había nadie en el mundo que se atreviera a enfrentarse a Mattia Bianchi.

Romeo lo había desafiado cuando cuestionó las reglas de ese mundo y si todavía estaba vivo, era porque por sus venas corría la misma sangre que la del capo millonario. Pero de no ser así, hacía mucho que habría dejado de respirar después de una muerte lenta y dolorosa. Porque los castigos que se le infligían a los traidores… No bastaba con decir que no solían tener un final feliz.

Desmembrado terminaría, con eso te lo digo todo.

Y Romeo, para su padre, para su familia y para toda la mafia italiana era un maldito traidor y hacía mucho que tenía que estar muerto. Por eso, cada día que despertaba, era un precioso regalo para él.

Entonces Sylvester, tras un sonoro bostezo, un claro signo del agotamiento que comenzaba a hacer mella en todos, hizo lo que nadie esperaba en ese momento.

—Aquí tienes —dejó un sobre encima de la mesa—. Los resultados de la prueba de paternidad.



Capítulo 11

Chloe amaneció en posición fetal sobre su cama, con las rodillas dobladas hacia su pecho y con sus brazos fuertemente enredados alrededor de estas. La cabeza descansaba sobre sus rodillas y tenía una expresión pensativa en su rostro.

No había pegado ojo en toda la noche, como venía ocurriendo en los últimos días, desde que estaba en esa casa.

Pero en ese momento era diferente, había algo más que no la dejaba descansar. Cómo hacerlo, cómo dormir cuando su mente no dejaba de revivir, una y otra vez, lo que había escuchado.

Había bajado la noche anterior cuando era de madrugada a buscar un vaso de agua. Estaba nerviosa, no podía conciliar el sueño y necesitaba, además, tomar un poco de aire y salir de esa habitación que tan extraña le resultaba. Con Tori profundamente dormida, Chloe se envolvió en su bata y la anudó en su cintura; caminó por el largo pasillo de la primera planta donde se hospedaba hasta llegar a las escaleras.

No fue hasta después de bajar esos peldaños, cuando estuvo a unos cuantos metros de la cocina que escuchando una voz que provenía de allí. Frunció el ceño, preguntándose quién estaría despierto a esas horas. Pero mientras se acercaba, se dio cuenta que no era quién, sino quienes, porque había más de una persona hablando.

“No tienes ni puta idea de lo que es haber sufrido por una infidelidad, de haber caído en un pozo del que casi no salgo…”

“¡Sorpresa! Resulta ser tu hija.”

“¿Me engañó? Sí, lo hizo. Y me lo reconoció, además.”

“Pero después lo supo. Lo supo ¡y mantuvo a la niña lejos de mí!”

“Mi mente me decía que casi muero ese día por su culpa.”

“Casi me quito de en medio por su existencia. ¡Y ahora resulta que es mi hija! ¡Mi hija!”

Chloe cerró los ojos con fuerza cuando las frases se repitieron por una vez más en su cabeza. Era Beau quien había dicho todo eso, era Beau quien había pronunciado tan desgarradoras palabras. Era él quien sonaba completamente destrozado mientras les expresaba, a sus amigos, sus pensamientos.

Chloe no podía creer que aquello fuera algún tipo de actuación. No. Eso no podía estar planeado para que ella lo escuchase. Eso no era ningún teatro. Eso no era ninguna mentira.

Lo que Chloe se preguntaba era qué clase de broma del infierno era aquello.

¿Su hermana infiel? ¿De qué estaba hablando ese hombre? Ella confiaba en Karen, pondría las manos en el fuego por su hermana. Karen jamás haría algo así, ella no era ese tipo de persona. Su hermana no…

Entonces, un recuerdo en particular se abrió paso en su mente.

—¿Y ese olor? —había preguntado Chloe una vez cuando se encontró una tarde con su hermana en una cafetería tras darle un abrazo.

—¿Qué olor? —había reído Karen al separarse de ella.

—¿Cambió Beau de colonia? —Chloe había arrugado, entonces, la nariz.

—Eh… —Karen había carraspeado mientras tomaba asiento frente a su hermana— Probó una muestra gratuita de un perfume nuevo. Pero no le queda, ¿verdad?

Chloe había negado con la cabeza y no se deshacía de su cara de asco.

—Huele a viejo pijo —había dicho.

Karen había soltado una risita.

—Seguro que no se la compra cuando le diga que dijiste eso —había bromeado Karen.

¿Por qué ahora? ¿Por qué se le había venido esa escena a la cabeza? ¿Por qué no se había dado cuenta hasta ese momento de lo nerviosa que estaba ese día su hermana?

¿Sería posible que…?

No, ¡joder! Simplemente no podía ser cierto. Karen no era ese tipo de persona. Karen no…

"Pero después lo supo. Lo supo ¡y mantuvo a la niña lejos de mí!"

Algunos momentos del pasado comenzaron a inundar su mente. Momentos que, mirándolos con los ojos del presente, ponían en tela de juicio todo lo que Chloe pensaba que sabía sobre Karen.

Como aquel día cuando la niña nació…

—Es preciosa —había dicho Chloe, enamorada de su sobrina.

Todavía estaban en paritorio, la niña, ya, sobre el vientre de la madre quien lucía completamente agotada después de tantas horas de parto.

—¿De qué color tiene los ojos? —había preguntado Karen.

Esa fue la primera pregunta que hizo sobre la niña.

A Chloe, en ese momento, le hizo bastante gracia. Su hermana estaba algo mareada y parecía que su mente estaba un poco evadida.

—¿Los ojos? —había reído Chloe— Todavía es muy pequeña para saberlo.

—Verdad… —había balbuceado Karen, completamente agotada.

Algo que, hasta el momento, solo había sido una anécdota graciosa, un detalle olvidado, ahora podía cobrar sentido.

"¿Me engañó? Sí, lo hizo. Y me lo reconoció, además."

Chloe sintió cómo su estómago se contraía. Joder, no podía creer que eso fuera cierto. Su hermana, su propia sangre, no podía haber engañado a Beau. Su hermana no…

"¡Sorpresa! Resulta ser tu hija."

Él pensaba que no era suya. Él de verdad creía que esa niña no era su hija, ¿de verdad tenía motivos para creerlo?

Un gemido se abrió camino a través de la garganta de Chloe, un gemido que bien podía ser un sollozo ahogado, porque lo único que tenía ganas, en ese momento, era de llorar.

"Mi mente me decía que casi muero ese día por su culpa."

"Casi me quito de en medio por su existencia. ¡Y ahora resulta que es mi hija! ¡Mi hija!"

¿Casi muere? ¡¿Pero qué demonios le había pasado a ese hombre?!

Metiendo la cabeza entre las piernas y tapándosela con los brazos, Chloe gruñó y maldijo tan bajo como pudo, aunque lo que esperaba que fuera un susurro se le fue de las manos.

—¿Tita? —preguntó Tori con voz adormilada.

Mierda, pensó Chloe.

Miró a su sobrina y forzó una sonrisa al verla. Todavía intentaba abrir del todo los ojos, lucía somnolienta.

También desorientada.

Chloe observó cómo Tori tardó un rato en asimilar dónde se encontraba. Y, para ello, tuvo que mirar a su alrededor, sus ojos escaneando la habitación.

—Seguimos en el castillo —dijo sonriente.

Chloe sonrió también, falsamente, pero lo hizo. Porque estaba ella para sonreír de verdad en un momento como ese, vamos, donde no solo iba a estallarle la cabeza con todo lo que había escuchado la noche anterior, sino que los recuerdos de algunos momentos con Karen que podían demostrar que Beau estaba en lo cierto no dejaban de rememorarse en su mente.

Le iba a estallar la jodida cabeza.

—Sí, estamos en el castillo. Y ¿sabes qué? No has tenido ninguna pesadilla.

Tori abrió los ojos de par en par, emocionada y saltó en la cama para quedarse sentada sobre sus rodillas.

—¡Es verdad! —exclamó— Este castillo es mágico.

Chloe rio falsamente de nuevo.

Mágicamente jodido, sí, pensó.

—Ey, ¿pero adónde vas? —gritó cuando vio a la niña correr hacia la puerta.

Tori no tardó en abrirla y en salir por ella.

—¡Tengo hambre! —gritó Tori a todo pulmón.

—¡Pero es muy temprano! —exclamó Chloe a la nada, porque Tori ya había desaparecido de su vista.

Chloe gimió y negó con la cabeza. Había sido una noche muy larga y el día no tenía pinta de que fuera a acabar pronto. Teniendo en cuenta que apenas había salido el sol…

Tenía muchas cosas que hacer ese día.

Necesitaba hablar con Beau, necesitaba respuestas y, ¿por qué no? Necesitaba explicaciones.

Joder, necesitaba saber la verdad.

Si su hermana había sido capaz de hacer algo como lo que Beau contaba…

Claro que ¿cómo sabría que era cierto? ¿Tenía Beau alguna prueba o era, solo, la palabra de uno contra la palabra de otro?

Mierda, Karen, pensó, *¿qué demonios hiciste?*

Chloe volvió a preguntarse, otra vez, cuántas cosas le había ocultado Karen.



Ni tiempo le había dado a Chloe a colocarse la bata cuando salió disparada de la habitación. Tenía que llegar hasta Tori lo más pronto posible.

Pequeño renacuajo, no sabía quedarse quieta.

Después de todo, ¿qué niño de cuatro años podía permanecer todo el día sentadito y tranquilito? Pues ninguno, por supuesto. Pero la hiperactividad de Tori podía volver loco a cualquiera, incluso a los más pacientes.

—¡Tengo mucha hambre! —escuchó gritar a Tori desde alguna parte de la casa.

Corriendo hacia las escaleras, Chloe pudo ver a Tori, que ya estaba casi al final de estas. ¡Madre mía, cómo corría esa niña! Y con lo pequeña y paticorta que era…

—Tori, ¡espéra…! —la llamó Chloe, pero las palabras quedaron atascadas en su garganta al

ver la escena que tenía frente a ella.

Te, terminó de decir Chloe mientras gemía mentalmente.

Allí, casi al pie de la escalera, estaba él. Beau, de pie, obstaculizando el paso de la pequeña Tori.

Beau, quien parecía que estaba a punto de echar humo por las orejas. Era así, porque casi le da un jodido infarto al ver a la niña bajando las escaleras de esa forma.

¡Que había saltado los escalones de dos en dos, por Dios! ¡Y los últimos eran tres! ¿Pero qué quería? ¿Abrirse la cabeza?

Porque él no tenía ganas de tener que recomponérsela. Vamos, ya lo que le faltaba. Lo último que necesitaba era otra preocupación en su vida.

La tensión en su cuerpo y el susto que se había llevado hicieron que Raven gruñera. O, mejor dicho, lo hicieron rugir, porque el sonido que salió de su garganta fue de lo más rudo y desagradable.

Un pequeño grito de miedo salió de la garganta de Tori cuando vio con quién había chocado. Chloe, tras maldecir en todos los idiomas que conocía, terminó de bajar las escaleras y cogió, rápidamente, a Tori en brazos. La pequeña, asustada, escondió su rostro en el cuello de su tía y se abrazó a ella con todas sus fuerzas.

—Beau —dijo Chloe cuando sus miradas se encontraron.

—Chloe… ¿Así es como la educas? ¡Que casi se rompe la crisma! —exclamó Beau, sin darse cuenta del miedo que había experimentado al pensar en lo que podía haberle ocurrido a la niña.

En el mismo instante en que las palabras salieron de su boca, Beau se dio cuenta de su error. Aquella no era la mejor manera de saludar a la mujer que cuidaba de la niña que, probablemente, era su hija.

O que lo era sin ningún probablemente en la oración, porque iba a tener que empezar a mentalizarse ya de que sí. Porque esos ojos con los que lo había mirado un instante antes…

Joder, ¡era padre!

Y eso que todavía no había abierto el dichoso sobre donde estaban los resultados. Pero, al parecer, como decían los demás, ni falta hacía, ¿no?

Chloe cerró los ojos un instante, esperando que eso la ayudara a mantener, también, la boca cerrada. Porque si decía lo que pensaba, de su boca saldría un brusco “Al menos yo la educo, cosa que tú no.”

Y por Dios que después de las noches que había pasado comiéndose la cabeza, no era momento para responder así. Era momento de obtener respuestas. Y ella estaba decidida a conseguirlas.

—Al menos ella la educa.

El sonido de esas palabras hizo que Chloe se girase con rapidez, sus pensamientos habían sido dichos en voz alta. Allí, tras ella, estaba el guapísimo y, por qué no admitirlo, encantador italiano. Porque sí, conociéndolo mejor, ¿a quién no le resultaría encantador? Además, a Chloe nunca le había parecido tan guapo como en ese momento, la verdad era que el hombre no tenía desperdicio ninguno, irradiaba un aura de elegancia y magnetismo difícil de ignorar.

Tras escuchar un carraspeo que provenía del otro lado, es decir, de Beau, Chloe desvió la mirada, dejando de mirar a Romeo. No porque quisiera, porque ese hombre era todo un festín para la vista.

—Romeo… —le advirtió Raven, que no tenía ganas de discutir con su amigo a tan temprana hora.

—Buenos días, bellas damas —saludó el italiano con su típico tono jovial y divertido—. Me pareció escuchar que alguien, por aquí, tenía hambre. ¿La carrera era por eso, quizás? —el tono teatral con el que habló parecía natural en él.

Era evidente, la teatralidad le corría por la sangre.

Tori, entonces, levantó la cabeza rápidamente y miró a Romeo con ojos brillantes y esperanzados.

—Me muero de hambre —declaró sin un ápice de vergüenza.

Romeo y Chloe soltaron una carcajada ante el comentario de la niña. Raven, al ver lo que se cocía frente a él, no pudo más que apretar los dientes con fuerza.

No le gustaba lo que veía, no sabía por qué, pero no le gustaba en absoluto.

—Yo también —dijo Romeo—. ¿Qué te parece si le decimos a la señora Sabrina que hoy nos prepare el desayuno doble?

Tori, emocionadísima, con los ojos abiertos de par en par, asintió con vehemencia. Se movió para que Chloe la dejase en el suelo cuando Romeo le ofreció su mano. Chloe no pudo más que soltarla y dejar que se agarrase a él.

Era increíble lo rápido que Tori se había adaptado no solo a esa casa, sino a esas personas. Parecía que los conocía de toda la vida y no llevaba allí ni una semana.

Claro que ellos tenían mucho que ver en eso, porque habían sabido hacerlo muy bien, Chloe estaba muy sorprendida y agradecida con todos y cada uno de los habitantes y trabajadores de ese lugar. Porque ellos también tenían mucho que ver con que Tori se sintiera tan a gusto.

Grace, la ama de llaves, siempre estaba pendiente a Tori. Sabrina, la cocinera, cocinaba todo lo que la pequeña quería. Peter, el jardinero, George, el hombre a cargo del mantenimiento. Cassie y Jossie, las gemelas de mediana edad que se encargaban de la limpieza de aquella casa.

Todos parecían adorar a Tori, y Chloe no tendría vida para agradecerles todo el cariño que le daban a la persona que más quería en la vida.

Romeo, al pasar por al lado de Raven, se detuvo el tiempo necesario para decirle al oído:

—¿Celoso? —preguntó con un tono de voz burlón.

Raven apretó los dientes todavía más, a punto estuvo de rompérselos y todo. ¿Celos? ¿Por qué iba él a sentir celos?

—La tarta de queso está rica —comentó Tori mientras agarraba la mano de Romeo.

—¿Verdad? Pero a mí me gusta más la de chocolate —dijo Romeo—. ¿A ti no?

Tori asintió con la cabeza.

—¿Y al lobo? —preguntó mientras comenzaban a caminar hacia la cocina.

Romeo rio, sabiendo muy bien a quién se refería.

—Al lobo Raven le gusta la de queso, como a ti —respondió Romeo.

—Hmmm… —suspiró la niña— La tita Chloe dijo que en Greenville no había lobos. Creo que el cuento está mal.

Romeo soltó una carcajada.

—Verás como la tita contó el cuento bien —dijo, echándole una mano a su amigo.

Fue entonces cuando Raven se dio cuenta de lo que pensaba sobre él la que seguramente era su hija.

Para Tori, él era el lobo. El villano de la historia.

Allí, frente al malo del cuento, estaba Chloe, mirándolo con cautela. Raven soltó un resignado suspiro y se llevó los dedos al puente de la nariz. Joder, aquello no iba a ser fácil.

—Beau… —la voz de Chloe lo sacó de sus pensamientos.

Raven levantó la mirada y volvió a posar sus increíbles ojos color miel en Chloe. Esta, repentinamente avergonzada, consciente de su desastrosa apariencia, se pasó una mano por el pelo y se acomodó mejor la bata, abrochándola más fuerte.

No sabía por qué, pero sus mejillas se habían encendido. ¿Razón para ello? Ninguna.

Que no dormía, seguro que era eso. No dormía y ni su cuerpo ni su mente funcionaban bien.

—Chloe —dijo Raven con voz grave, sin apartar la mirada de ella.

Chloe sintió un escalofrío recorrer su cuerpo. No, nada de lo que estaba pasando en esa casa tenía sentido.

—Tenemos que hablar —dijo ella entonces, agradeciendo el poder hablar.



Capítulo 12

Era la primera vez, después de años, que Beau y Chloe se encontraban cara a cara. La llegada de Chloe a La Mansión hacía unos días o el encuentro casual y fugaz a los pies de la escalera hacía unos minutos no podían contarse como un encuentro como tal.

Así que podía afirmarse que, por primera vez después de tanto tiempo, ambos se enfrentaban cara a cara.

—¿Huyes de tu hija? —preguntó Chloe.

La pregunta salió de sus labios sin que le diese tiempo a pensar en lo que iba a decir. No era eso lo que tenía pensado decir. La verdad era que no tenía pensado empezar una conversación con Beau con ninguna frase en particular y no sería porque no se había devanado los sesos mientras recreaba decenas de encuentros diferentes entre ellos.

¿Qué le diría si se lo encontraba en la mesa desayunando? ¿O cenando? ¿Qué le diría si se lo encontraba mientras Tori jugaba en el jardín? ¿Qué le diría si él era quien daba el primer paso?

Chloe negó con la cabeza ante este pensamiento. No, era evidente que él no iba a dar el primer paso, ¿verdad?

—Mi hija —Raven suspiró, negó con la cabeza y cogió el sobre que había sobre el escritorio de caoba del despacho donde se encontraban los dos. Levantó el sobre y lo dejó caer con un golpe sordo un poco más adelante, más cerca de Chloe—. Ahí están los resultados de la prueba de paternidad.

Chloe posó su mirada en el sobre un instante, hasta que volvió a mirar a Beau.

—¿Y? —preguntó ella entonces, impaciente al ver que él no decía nada más.

—Y todavía no he sido capaz de abrirlo. Maldita sea —gruñó Raven—, todavía no he sido capaz de leer los resultados —dijo con frustración.

La confesión de Beau sorprendió a Chloe. Él, que siempre había sido un hombre seguro de sí mismo y que poseía un fuerte autocontrol no se parecía, en nada, al hombre que tenía en ese momento frente a ella.

—¿Qué te pasó? —las palabras salieron de su boca antes de que pudiera evitarlo. No tenía intención de hacer esa pregunta en voz alta, pero su boca traicionó a su mente.

Una risa amarga, cargada de sarcasmo y tristeza, salió de la garganta de Raven.

—Tu hermana, eso me pasó —dijo él con un tono lleno de amargura.

Beau se pasó las dos manos por el pelo en un gesto de desesperación y Chloe tuvo que luchar contra el instinto de acercarse a él y ponerle el pelo en su lugar. Tuvo que luchar contra el impulso de tranquilizarlo.

Cuando se dio cuenta de ello, Chloe se reprendió a sí misma.

Abrazando su bata con fuerza, Chloe se dejó caer sobre la puerta del despacho que estaba cerrada. Todavía no se había movido de ahí, todavía no había entrado, por completo, en esa estancia. Todavía no había invadido, por completo, ese lugar que parecía pertenecer a Beau.

Ese despacho era un lugar espacioso, decorado con muy buen gusto. Las paredes estaban pintadas en tonos suaves, el suelo era de madera oscura, como los muebles que allí había. Había libros, revistas y papeles por todos lados, pero todo perfectamente organizado.

En la esquina de la habitación había incluso un esqueleto humano a tamaño real junto a un estante lleno de utensilios médicos, desde bisturís hasta estetoscopios.

Todo en esa habitación, sobria y, a la vez sofisticada, gritaba el nombre de Beau Nolan.

Cuando Chloe volvió a mirar a Beau, este estaba de espaldas a ella, mirando a través de la ventana del despacho, con las manos en los bolsillos de su pantalón.

—¿De verdad no lo sabías? —la pregunta escapó de los labios de Chloe, rompiendo el silencio que se había instalado en la habitación— ¿De verdad no sabías que Tori era tu hija?

Aunque estaba en el otro extremo de la habitación, Chloe pudo notar cómo Beau se tensó ante sus preguntas.

Él tardó un largo rato en responder.

—No —negó firmemente.

Chloe esperó a que dijera algo más, pero él no lo hizo. Él solo se mantuvo allí, de pie, con la mirada fija en el jardín de la casa, su cuerpo tan inmóvil que parecía una estatua.

—No te creo —dijo ella entonces, todavía sin poder creer que su hermana…— Yo… Joder, Beau, mi hermana jamás haría eso, mi hermana no… —dijo con la voz rota por el dolor. No podía creerlo, simplemente no podía.

Él no decía nada, ni siquiera se movía.

Chloe sentía que su paciencia se había agotado.

—Pero mírame, maldita sea —gruñó Chloe—. Mírame a los ojos y dime que mi hermana no era la persona que yo creía que era —continuó, enfadada. Más con su hermana e incluso con ella misma que con Beau—. Mírame a los ojos y dime ¡que mi hermana nos engañó a todos! —exclamó, perdiendo por completo la compostura.

Chloe se pasó las manos por el pelo, revolviéndolo todavía más. Normalmente, su pelo era una maraña desastrosa al despertar. Pero en ese momento, con ese simple gesto que acababa de hacer, estaba segura de que su pelo era un completo caos.

Beau tardó en hacerlo, pero finalmente comenzó a girarse. Lentamente, hasta que volvió a quedar frente a frente a Chloe. Sus ojos fijos en los de ella, su cara mostrándole, a través del cansancio y de las ojeras, que nada de todo lo que estaba ocurriendo estaba siendo fácil para él.

Beau lo intentaba, intentaba mantenerse impertérrito bajo la mirada intensa de Chloe, pero no era fácil. No cuando la mujer que tenía delante le recordaba tanto a ella.

A la persona que más daño le había causado en la vida.

A la persona que más odiaba en el mundo.

No podía mirarla, joder, lo intentaba, ¡pero no podía!

Desvió la mirada y se volvió otra vez.

Chloe, al borde de su paciencia, caminó hasta él, lo agarró del brazo e hizo que se enfrentara, de nuevo, a ella.

—Dímelo, Beau —pidió, enfadada—. Dime que no las abandonaste, dime que todo lo que he creído durante estos años es mentira.

Él intentó deshacerse de su agarre, pero Chloe no se lo permitió. Iba a decirle las cosas y lo haría mirándola a los ojos.

—¡Dime que no sabías que era tu hija! —sin poderlo evitar, una solitaria lágrima cayó por su mejilla. Furiosa consigo misma, la limpió de un manotazo— Joder, ¡dime que no eres el embustero que siempre he creído que eres! —estalló.

—¿Qué te importa eso? —gruñó Beau, su mandíbula apretada— Dime —su voz sonando ronca—. ¿Qué más da lo que te diga? Si de todas formas no me vas a creer.

—Yo… —balbuceó Chloe.

Eso era cierto, si él no tenía pruebas sólidas, no tenía por qué creerlo.

Raven soltó una amarga carcajada.

—¿Quieres saber la verdad sobre tu hermana, Chloe? La verdad es que tu hermana no solo me engañó con otro hombre, no. Sino que, además, me hizo creer que el padre del bebé que estaba esperando no era yo. Y que, si no se llega a morir, seguramente yo jamás habría sabido que tengo una hija. Así que ¿quieres saber la verdad sobre tu hermana, Chloe? La verdad es que tu hermana era una zorra embustera —dijo Raven con todo el odio que sentía por esa mujer.

Chloe, que había empezado a llorar desde que lo escuchó hablar, no pudo soportarlo y levantó la mano. La fuerza del golpe resonó en la habitación.

El guantazo hizo que Beau girase la cabeza. Su mejilla roja por la fuerza con la que le había pegado.

Beau vio venir el golpe, apretó los dientes con fuerza y lo recibió como mejor pudo. Quizás lo merecía. O quizás no. Como fuera, ella necesitaba dárselo. Y él iba a recibirlo.

Los labios de Chloe temblaron en el mismo momento en que se dio cuenta de lo que acababa de hacer. Horrorizada, dejó escapar un grito ahogado y se tapó la boca con ambas manos.

—Lo siento —dijo ella entonces—. Dios, lo siento —balbuceó con voz temblorosa.

—Supongo que me lo merezco —dijo Raven, quien levantó una mano y acarició un poco la mejilla para calmar el escozor que sentía—. Sigues pegando fuerte —intentó bromear, una sonrisa torcida formándose en su rostro, pero no en sus ojos.

Esos seguían reflejando dolor.

No era la primera vez que recibía una bofetada de Chloe, sino la segunda. La primera vez fue unos cuantos años atrás, justo cuando él descubrió que Karen lo estaba engañando con otro hombre.

Al ver que Chloe se ponía roja como la grana, Beau supo que sabía de qué estaba hablando.

Chloe no se había puesto roja solo por vergüenza, sino porque se sentía desconcertada. ¿Aquello significaba que Beau recordaba ese incidente? ¿No estaba tan borracho como para olvidar lo que había ocurrido?

—Lo siento —dijo entonces Beau, con su voz cargada de remordimiento. Sentía que debía disculparse como no había hecho aquella vez, Chloe merecía una disculpa—. Siento haberte besado de aquella manera —añadió con un suspiro—. Siento haberte confundido con ella.

Sí, se acordaba. ¡Maldita fuera la vida!

Chloe no quería hablar de ello, no quería pensar en ello. Chloe no quería recordar ese momento. No, porque revivir lo que sintió cuando Beau unió sus labios a los de ella y la devoró de aquella manera, solo avivaba la culpa. Le recordaba lo mala hermana que había sido en ese momento, cuando deseó más, cuando fue incapaz de resistirse a él. De separarse de él.

Cuando no pudo terminar con esa locura.

Y desde aquel día, ese recuerdo la había estado torturando, matándola por dentro. Los malditos remordimientos, el tener que guardar el secreto de un beso que no tenía importancia porque él estaba tan borracho que no sabía lo que hacía.

Tan borracho que el muy gilipollas pensó que ella era Karen y que a quien estaba besando era a su mujer.

Pero ella sí. Ella era consciente de lo que estaba pasando y ni su mente ni su cuerpo rechazaron lo que sabía que era un error.

Porque ese error le había hecho sentir algo que nunca nadie había provocado en ella.

Se sentía como la peor de las personas, la peor hermana que existía sobre la faz de la tierra. Y joder, su hermana había muerto sin que ella pudiera pedirle perdón por haber deseado a su marido.

No había tenido la oportunidad de pedirle perdón por sentir lo que no debía sentir por él. Porque Beau Nolan estaba, en ese momento, prohibido para ella.

—Te odio, Beau Nolan —dijo entonces Chloe, sintiendo que no podía contenerlo más. Su voz temblaba por la furia que sentía—. Te odio por abandonar a mi hermana, te odio por abandonar a tu hija —espetó con rabia—. No tienes ni puta idea de las necesidades que han pasado.

—¿De qué hablas? —preguntó Beau, su rostro reflejando la confusión porque no sabía a lo que se refería esa mujer.

—¿De qué hablo? ¡Hemos pasado hambre, Beau! ¡Ni para comer hemos tenido a veces! —

exclamó— Maldita sea, tu hija, ¡tu sangre!, ha tenido que sobrevivir muchas veces con pan y agua. ¿Por qué crees, si no, que además de por la estúpida cláusula he aceptado venir aquí? ¿Con desconocidos? ¡Porque tu hija acabaría con hambre!

Raven apretó los dientes, la revelación lo había dejado sin palabras. Joder, él no sabía nada de eso, ¡si ni siquiera sabía que tenía una hija!

—No puedes echarme en cara algo así —dijo él con odio—. ¡Yo jamás abandoné a mi hija! —exclamó.

—Quizás sea verdad.

—Quizás no, ¡lo es! —exclamó él con seguridad— ¡Ódiala a ella, odia a tu hermana, no a mí!

—Si es así como cuentas, la odio —juró Chloe llorando—. Y te odio a ti por hacerme odiarla, ¡maldito! —exclamó.

—Chloe… —suspiró Raven.

—¿Qué hay de ahora? —continuó ella— Dime, Beau, ¿qué hay de ahora? Tu hija está en tu casa y ni la miras, ¡joder! —escupió con rabia— ¿Lo estás pasando mal? ¿Te parece difícil todo esto? ¡Imagina lo que le cuesta a ella! Ha perdido a su madre y su padre ni siquiera ha sido capaz, todavía, ¡de mirarla a la cara!

Raven estaba sin palabras, sabía que no podía negar lo que acababa de decir Chloe.

—Te he odiado tanto, Beau, pensando que las abandonaste —suspiró entonces, temblorosamente.

Dejando abierta la puerta a la posibilidad de que lo que él estaba contando fuera verdad y de que ella estuviera equivocada.

Dejando abierta la posibilidad de que su hermana los había engañado a todos.

—Pero, sobre todo, te odio por aquel día —dijo entonces, con las lágrimas cayendo sin control por sus mejillas—. Te odio tanto que no podré perdonarte nunca por lo que me hiciste.

Beau la miró, desconcertado, con el ceño fruncido, sin saber a qué se estaba refiriendo.

¿De qué estaba hablando ahora esa mujer?

—No era a ella a quien besabas, era a mí —confesó. Chloe se limpió con rabia las lágrimas rebeldes que mojaban su cara—. ¿Y sabes por qué te odio más? —él negó con la cabeza, un poco perdido ante la explosión emocional de Chloe— Porque por más que debería haberlo hecho, por más que debería haberlo sentido, nunca, ¡jamás!, me arrepentí de ese beso.

Dicho esto, Chloe salió de allí, dejando a Raven completamente petrificado.

Sin poder mantenerse en pie porque sus piernas no tardarían en fallarle, Raven fue hasta la silla que había tras el escritorio y se dejó caer.

Comenzó a mover la cabeza, negando, cuando algunas de las frases de Chloe se repetían en su mente.

¿Su hija había pasado hambre? ¿Esa mujer había dejado que su hija pasara hambre antes de tragarse su orgullo y decirle a él la verdad?

¿Y de qué demonios estaba hablando Chloe sobre ese beso?

Endemoniado como hacía mucho tiempo que no se sentía, cogió el maldito sobre que había encima de la mesa donde se encontraban las pruebas de paternidad y, con ellas en la mano, salió a toda prisa del despacho.



Capítulo 13

—Oh, vamos, no me jodas —resopló Romeo, su tono era una mezcla de exasperación y resignación, cuando al entrar en el oscuro y ruidoso local, lo vio.

Medio sentado, medio recostado en una alta banqueta, estaba Raven. Su cuerpo apoyado sobre la barra del pub.

—Sabía yo que, al final, pasaría esto —suspiró Rain mientras, junto a Romeo, se acercaban hasta su amigo.

—Demasiado ha aguantado —comentó Romeo.

Había esperado que todo aquello ocurriera antes, después de todo, el pasado de Raven suponía vivir al límite.

Teniendo en cuenta los comportamientos autodestructivos con los que Raven había luchado tiempo atrás y por los cuales casi no la cuenta, que hubiese tardado tanto tiempo en hacer una tontería, después de todo lo que estaba ocurriendo en su vida, era hasta sorprendente.

Llegaron hasta él y se colocaron uno a cada lado del borracho.

—Raven —lo llamó Rain, que se había colocado a su izquierda. Le tocó el hombro con un dedo, intentando que despertara—. Vamos, tío, despierta.

Raven, quien tenía la cabeza escondida entre sus brazos, la sacó de ahí y la giró lo suficiente para mirar a su amigo. Su rostro mostró sorpresa y desconcierto al ver a Rain.

Sí, era cierto lo que había dicho el dueño del pub cuando llamó al sheriff, el médico tenía una cogorza de campeonato.

—Coño, ¡el sheriff! —exclamó Raven al verlo vestido de uniforme, sus palabras lentas y entrecortadas debido a su estado de embriaguez— ¿Qué te trae por aquí? ¿Quieres que te invite a una copa? —dijo lentamente, arrastrando las palabras porque de la borrachera que tenía, apenas podía vocalizar.

—Más bien voy a ser yo quien te invite, pero a marcharte de aquí —bufó Rain.

Raven resopló en respuesta.

—Eres un aguafiestas. Pero de todas formas me caes bien —dijo el médico con sinceridad.

—Vaya… Es todo un honor saberlo —dijo Rain con ironía, una sonrisa torcida dibujándose en su rostro.

—El italiano también me cae bien, aunque me toque las pelotas —gruñó Raven y dejó caer la cabeza, de nuevo, sobre la barra, medio desmayado. No tenía fuerzas para mantenerla recta. Además, todo le daba vueltas.

Romeo, quien estaba a su derecha, sonrió con esa característica sonrisa burlona típica de él.

—Me nombra hasta en sueños, si es que en el fondo me ama —rio.

Usaba el humor, pero lo que estaba diciendo era bastante cierto.

Rain puso los ojos en blanco al escucharlo.

—Demuestra ahora tú tu amor cargándolo hasta el coche —le dijo el sheriff al italiano, su tono lleno de diversión.

Este dejó de reír de sopetón.

—¿Y yo por qué? —Romeo frunció el ceño— Cógelo tú que para algo tienes más músculos. Mi cuerpo…

—Agarra por ahí —ordenó el sheriff, interrumpiéndolo. Sonó tan autoritario que Romeo no pudo negarse.

Con un gruñido, Romeo lo hizo. Como pudieron, entre los dos, después de pagar la cuenta, sacaron a ese tipo borracho fuera del pub sin olvidar el sobre que con tanto apremio parecía esconder bajo su cuerpo.

—Maldita sea, cómo pesa el condenado —se quejó Romeo mientras salían con él en peso por la puerta del local—. Es bueno saberlo —refunfuñó.

—¿Por? —preguntó Rain, que también estaba sin aliento.

Raven podía ser delgado, pero el hijo de su madre pesaba lo suyo. Tenía sus buenos músculos, ¿eh?

—Porque así me puedo hacer una idea del peso que tendré que arrastrar el día que me desquicie y decida acabar con él —refunfuñó el italiano.

Rain rio, tanto como se lo permitió la fatiga.

—Con Raven es como con tu padre contigo —dijo el sheriff—. Si no te lo has cargado ya, créeme, no lo harás.

—Yo no estaría tan seguro —Romeo gimió mientras, y como buenamente podía, abría la puerta del coche patrulla con la otra mano con la que no sujetaba a Raven—. Porque esto es tocarme las pelotas al extremo.

Al final, consiguieron meterlo en el coche, su cuerpo medio tirado encima de los asientos traseros de la ranchera policial.

—Joder, me va a apestar el coche —se quejó el sheriff.

El fuerte olor a alcohol impregnaba la ropa de Raven. Y ahora olería todo el maldito auto.

—¿Qué mierda es eso? —preguntó Romeo, quitándole a Rain el sobre que tenía en las manos. Cuando lo abrió y vio lo que era, resopló.

—¿Qué es? —preguntó Rain— ¿La prueba de ADN? —imaginó Rain.

Romeo lo miró con frustración.

—Los resultados de la prueba de paternidad —respondió el otro guardando los papeles en el sobre.

—¿Y qué dicen? —la curiosidad en la voz del poli.

—No llegué a leer tanto.

Rain, que ya había arrancado la ranchera y se había incorporado a la carretera, miró a Romeo de reojo.

—Tú no eres ni tonto, ¿no?

—No necesito los malditos exámenes para saber que esa niña es suya —dijo Romeo.

—Eso es verdad —suspiró Rain.

—Pero entiendo que él necesite esa confirmación.

—Joder, es que la que le ha caído encima… —Rain resopló— Con todo lo que pasó, que al final esa niña resulte ser su hija…

—Mierda —dijo entonces Raven, callando, con su exclamación inesperada, al par de hombres que iban en la parte delantera del vehículo—. Voy a vomitar.

—Joder —gruñó Rain, repugnado. Sus manos se tensaron al volante antes de derrapar y parar el coche en el arcén justo a tiempo de que Raven abriese la puerta y echase la pota

—Si tardas un segundo más, te pone el coche bonito —dijo Romeo con voz de asco, sin ser capaz de mirar hacia atrás.

Raven, tratando de retomar el aliento, volvió a hablar al meter la cabeza en el coche.

—Tampoco es tan gra… —intentó decir grave, pero cuando el vómito se le subió, de nuevo, a la garganta, tuvo que volver a sacar la cabeza del coche— Gluuu…

La cabeza y medio cuerpo de camino, porque casi se cae y se da de bruces contra todo el suelo manchado de vómito.

Y lo único que pudo escucharse fue el sonido de los líquidos con los tropezones de comida que estaba echando, cual grifo abierto.

—Joder, pero ¿cuánta capacidad tiene ese estómago? —preguntó Romeo, horrorizado y sorprendido.

—Más que la tuya y la mía juntas, seguro —aseguró Rain con una sonrisa irónica.

La mirada de Rain se dirigió hacia el retrovisor, desde donde podía ver a Raven luchando por recuperar el control.

—No, eso no me extraña. Este cabrón siempre nos tumbará bebiendo —suspiró el italiano.

—No creo que sea algo de lo que se sienta especialmente orgulloso —dijo Rain.

—No —confirmó Romeo—. Verás cuando se le pase la puta resaca, lo mismo vuelve a beber por lo mierda que se siente por haber bebido.

Y conociéndolo…

—No volveré a beber —gruñó Raven, cerrando, de nuevo, la puerta del coche.

—Ya, eso dijiste hace años y mira, hoy caíste —le recordó Romeo.

Reviviendo la mierda que había vivido años atrás…



Chloe se mordió el labio repetidamente, su mirada fija en la puerta del dormitorio de Beau. Ya era de noche y él seguía allí, acostado.

Nadie había hablado de ello en todo el día, nadie había dicho una palabra sobre el incidente de la noche anterior. Y es que Beau se había pillado una buena borrachera.

Chloe estaba despierta, asomada a la ventana de su habitación, cuando los vio llegar. No podía dormir por lo que había pasado con Beau esa mañana, su mente no dejaba de darle vueltas al asunto.

Su mente no dejaba de reprocharle que le hubiera confesado que no se arrepentía de lo del beso. Y por si eso no fuera poco, le había mostrado más de lo que debía sobre sus sentimientos.

Después de hacer eso, después de haber salido corriendo de ese despacho, Chloe había salido de la casa y había caminado un rato por el interminable jardín. Al volver, caminando casi a escondidas, había dado las gracias al enterarse de que él ya no estaba allí.

Porque no podía enfrentarlo. No estaba preparada para ello. No podía darle la cara.

Y fue un alivio que Beau no regresase en todo el día.

Cuando vio cómo los amigos lo sacaban a rastras del coche de policía, se puso en alerta. ¿Estaría bien? ¿Le habría pasado algo?

Dejándose llevar por la preocupación, corrió escaleras abajo para cerciorarse de que todo estaba bien.

Demasiado preocupada por él, ¿no?, había preguntado en ese momento la voz de su cabeza, pero ella la había ignorado.

A punto estuvo de que Rain y Romeo la vieran, pero logró esconderse a tiempo cuando escuchó a Romeo quejarse de la borrachera que se había pillado Beau.

¿Había estado bebiendo? ¿Por qué? ¿Acaso…?

Rechazó ese pensamiento inmediatamente.

Porque no, no podía ser por el enfrentamiento con ella, no había sido para tanto. Al menos no para él. Aunque claro, si se le añadía la situación de la niña y todo lo demás…

—Chloe… —pero Chloe seguía tan sumida en sus pensamientos que no escuchó que la llamaban. Rain se acercó más a ella y le habló directamente al oído— ¿Estás bien?

—¡Ah! ¡Joder! —exclamó después de dar un salto por el susto que se había llevado.

Con la mano en el corazón, sintiendo cómo este martilleaba contra su pecho, miró de mala manera a Rain.

Maldito idiota.

—¿Quieres matarme de un infarto o algo o qué? —gruñó, más acojonada que enfadada.

Rain, todavía vestido de uniforme porque acababa de volver del trabajo, negó con la cabeza.

—Bueno, mi misión sería evitar que algo malo te pasara. Puedes estar tranquila, soy un poli de verdad, no un psicópata encubierto.

Lo dijo con tal seriedad que Chloe no podía asegurar si estaba bromeando o no. Y eso solía ocurrir mucho con Rain, era un tipo bastante peculiar, como peculiar era su humor.

—Me alegra saberlo —el sarcasmo en la voz de Chloe.

—Imagino —dijo Rain, con un esbozo de sonrisa en su rostro —. ¿Y… qué te pasa? —indagó de nuevo.

—¿A mí? Nada, ¿qué iba a pasarme? —se hizo la tonta.

—¿Entonces qué haces ahí parada?

—Solo… —carraspeó— Pensaba. Ya sabes. Todo esto es tan difícil…

—Ya… —Rain asintió con la cabeza, comprensivo.

—Me voy entonces, a ver si me da el aire en la cara y puedo pensar mejor —estaba escondiendo bien sus nervios, ¿verdad?

De pena, lo estaba haciendo de pena, pensó Rain.

La había pillado mirando a la habitación de Beau, seguramente preocupada porque ese subnormal seguía dormido.

Chloe se giró, dispuesta a marcharse.

—Me voy —dijo doblando medio cuerpo, señalando con la mano hacia delante, mirando de nuevo a Rain—. Es hora de cenar.

Este asintió tranquilamente con la cabeza. Levantó una de sus manos y se despidió moviéndola.

—Bien…

—Sí, bien —carraspeó Chloe, quien, suspirando pesadamente, llegó hasta la escalera. Fue entonces cuando la voz de Rain la detuvo.

—Chloe…

—¿Sí? —se giró rápidamente a mirarlo.

Rain no soltó una carcajada de milagro. Por mucho odio que dijera sentir por él y por todo el resentimiento que le pudiese guardar, al final, las emociones más bonitas salían a la superficie.

Y Rain no podía asegurar al cien por cien qué sentía esa mujer por Beau, pero era indudable que se preocupaba por él.

Y que sentía algo más, también.

—Está bien, solo descansando de una noche pesada —le dijo entonces para tranquilizarla.

—Oh — sus enormes ojos color avellana se agrandaron todavía más—. Pero yo no… —al ver a Rain enarcar las cejas, Chloe suspiró—. Gracias —dijo entonces, antes de desaparecer de la vista del sheriff.

Rain sonrió nuevamente.

Amigo, pensó refiriéndose a Raven, *creo que tus problemas solo acaban de empezar*.



Capítulo 14

—Adelante —gruñó Raven, con la voz todavía tomada.

Raven se acomodó mejor en la cama y cerró los ojos un instante. Una mueca de dolor se dibujó en su rostro. Joder, cómo le dolía la maldita cabeza, parecía como si le estuviesen golpeando el cráneo con un martillo.

¿Por qué demonios había bebido? ¡Joder!

—¿Mejor? —preguntó Rain, asomándose desde la puerta del cuarto. La preocupación en su mirada era evidente.

Este asintió con la cabeza, vaciar el estómago y muchas horas de sueño habían ayudado. Al parecer, ya era de noche, así que había dormido bastante.

—Sí —confirmó—. ¿Qué hora es?

Rain entró en la habitación, seguido de Romeo, quien cerró la puerta a su espalda.

—Acabamos de cenar —dijo Rain en respuesta.

—Y sí, sé que es mi hija —dijo de repente, volviendo a la conversación que esos dos habían tenido mientras él estaba medio mareado detrás de la ranchera policial.

Romeo le acercó una botella de agua fría a su amigo. Raven la aceptó con gratitud.

—Gracias —dijo este antes de abrirla y beberse media botella de un golpe.

—¿Has leído los resultados de la prueba? —preguntó Romeo con cautela.

Raven negó con la cabeza.

—¿Hace falta que lo lea? —rio amargamente— ¿Cómo pudo engañarme así? ¿Cómo pudo ocultarme que tenía una hija?

Por más vueltas que le daba, no lograba entenderlo.

Romeo tomó asiento en uno de los butacones que había en la habitación, al lado de donde Rain estaba ya sentado. Se encogió de hombros, ¿qué podía decirle a su amigo para aliviar tanta angustia?

—A veces no hay un porqué. La gente actúa y ya, sin necesitar una excusa.

—No creo que sea el caso, supongo que por vergüenza no te buscó. Porque ¿qué iba a decirte? —intervino Rain, pensativo— Ey, Beau, que me equivoqué, la niña es tuya porque tiene el mismo color de ojos que tú. Así que oye, ¿te haces cargo de ella?

—Dicho así, suena muy mal —confirmó Romeo.

—Hubiese preferido eso a enterarme que mi hija ha pasado necesidades. Joder, mi hija ha pasado hambre —se notaba el dolor en su voz—. No es justo.

Los otros dos abrieron los ojos de par en par al escucharlo, impactados por sus palabras.

—¿Te lo contó Chloe? —preguntó Romeo, buscando la mirada de Raven.

—Sí —afirmó Raven—. Entre echarme en cara mucha mierda más —dijo entonces, recordando lo que había dicho sobre ese beso.

Se había preguntado muchas veces qué había querido decir con eso, qué había intentado insinuarle. Porque que no se arrepintiera de eso quería decir…

No, él no iba a creer que eso que se le pasaba por la cabeza era a lo que ella se había referido. Por Dios, era Chloe. Y, además, lo odiaba desde hacía años.

Pero antes no, dijo la voz de su cabeza.

Que no, joder, gruñó él mentalmente, intentando silenciar las voces de su cabeza que siempre querían volverlo loco.

—Es que para esa mujer no debe de ser fácil todo esto. Pierde a su hermana, le dejan la tutela de la niña, pero compartida con alguien que cree que abandonó a su hermana y a su sobrina. Te debe haber odiado hasta la saciedad —Rain verbalizó lo que creía que podía estar sintiendo esa mujer.

—Me odia —confirmó Raven, resignado, repitiendo lo que ella misma le había dicho.

—Yo creo que ni en la familia Bianchi —dijo Romeo refiriéndose a la suya propia— hemos tenido un lío de esta magnitud.

—Seguro que ha habido alguno peor —Rain soltó una carcajada al imaginar lo que sería criarse en una familia de mafiosos.

Romeo reflexionó un instante antes de responder.

—Bueno… El hermano de mi padre sí tuvo un jaleo ahí con la hija de su mujer que la dejó embarazada y se liaron a tiros —resopló el italiano—. En fin, dramas típicos de la mafia. Pero tu historia, Raven, es más divertida, no lo dudes.

—Me alegra saber que mi vida te resulte entretenida —dijo Raven con un matiz de ironía en la voz—. Por cierto, ¿dónde está el sobre?

Romeo se levantó y se dirigió hasta la cómoda que había en la habitación de Raven. Cogió el sobre y lo levantó para enseñárselo. Fue hasta Raven y se lo acercó. Raven, con un movimiento rápido, se lo arrebató de la mano.

—Deberías leer los resultados —propuso Rain con seriedad.

—Sé que es mi hija —afirmó Raven, convencido al cien por cien—. Y aunque no lo fuera… No puedo dejarla a su suerte. Esa niña ha pasado hambre, ¿sabéis? —y no lo hacía por Karen, tal vez ni por él mismo, sino que lo hacía por la niña, porque no podía ver a un niño sufrir. Y lo hacía por Chloe.

¿Por Chloe por qué?, preguntó la voz de su cabeza.

Pregunta que decidió ignorar porque no tenía una respuesta para ella.

—Incluso así deberías saberlo, Raven —le aseguró Romeo—, te lo debes a ti mismo. Te debes la confirmación de la verdad.

—Tienes que hacerlo, Raven —estuvo de acuerdo Rain.

Raven dudó, pero tras exhalar un profundo suspiro, abrió el sobre y sacó los papeles que contenía.

No era ya porque dudase de su paternidad, porque ambos estaban seguros de que no lo hacía. Era porque se lo debía a él mismo. Se debía a él mismo la prueba de que ella le había mentido. Solo así él podría seguir adelante sin ninguna sombra de duda.

Raven comenzó a leer en voz alta.

—Estudio solicitado: Pruebas de paternidad. Personas sometidas al estudio: Beau Nolan y Tori Nolan. Resultados: —hizo una pausa, tomando aire antes de continuar— Según los análisis realizados, las pruebas genéticas muestran una coincidencia del 99.9% en los marcadores de ADN entre los dos. Esto indica de manera inequívoca que el señor Beau Nolan es el padre biológico de la señorita Tori Nolan.

Un silencio profundo se instaló en el lugar después de escucharse un suspiro colectivo. Ahí tenía la prueba que tanto había pedido. Prueba que, al final, no había ni necesitado, pero que tenía que conocer.

Y la sensación era extraña.

—Ahora se siente como más real —murmuró Raven, sintiéndose extrañamente raro. No le había sorprendido el resultado, pero hasta que no lo leyó en voz alta, no terminó de ser real para él.

Ahora entendía por qué sus amigos habían insistido en que lo leyera.

—Tori es real —afirmó Romeo con una sonrisa—, y créeme, muy parecida a su padre —bufó.

—¿Por qué parece que te molesta eso? —preguntó Raven, Romeo había tocado fibra sensible.

—No me molesta, solo que ahora tendré que dividir mis encantos. Y mi paciencia —respondió Romeo, bromeando.

Raven soltó un suspiro de frustración.

—No sé qué encanto te ve —refunfuñó, recordando la estrecha relación que tenía Romeo con su hija.

Su hija, qué raro sonaba y, sin embargo, cuán natural se sentía ahora que lo había asumido por completo.

¿Desde cuándo era así?

—El mismo que tú, solo que ella no finge.

Ante el gruñido de Raven, Romeo soltó una carcajada.

—Supongo que esto solo complica más las cosas —comentó el sheriff.

—¿Cómo se puede complicar esto más? —quiso saber Raven.

A su parecer, eso era imposible.

—Porque te harás cargo de tu hija —dijo el sheriff con seguridad, no había duda en su voz—, lo que significa que su tía no se marchará con ella.

Chloe…

La causante de otros de sus numerosos dolores de cabeza. Tan parecida a su hermana y, a la vez, tan diferente a ella.

—Conozco a Chloe, aceptará lo que sea mejor para la niña. Y la felicidad de mi hija será estar conmigo —juró Raven—. De eso me encargo yo.

—Pues como te encargues de eso igual que te encargas de ti mismo —bufó el sheriff. Raven enarcó las cejas, Rain bufó otra vez—. ¿A qué vino esa borrachera? —estaba preocupado y se notaba.

Raven desvió la mirada, avergonzado.

—No volverá a ocurrir.

—Ya, eso prometiste hace años y mira cómo acabaste anoche —le recordó Rain.

—Joder, lo sé. No volverá a ocurrir. Está superado —dijo Raven con confianza.

Sus amigos lo miraron unos segundos, hasta que él volvió a apartar la mirada, avergonzado.

—Hechos, no palabras —canturreó el italiano.



Capítulo 15

Raven se había dado una ducha y había bajado a comer algo, estaba famélico.

Se preparó un sándwich de pollo y queso, cogió una botella de agua y salió de la casa. Necesitaba tomar el aire y necesitaba pensar.

Había metido la pata en muchas cosas, pero volver a beber era lo peor. Se sentía una mierda, se sentía destrozado. Había traicionado la confianza de todos los habitantes de La Mansión.

Y lo que era más importante, se había traicionado a sí mismo.

Aquellos oscuros días habían quedado en el pasado y ahí era donde tenían que permanecer.

Devoró el sándwich en un abrir y cerrar de ojos y gruñó, frustrado, cuando descubrió que su botella de agua estaba vacía.

Mientras soltaba sus maldiciones en arameo, una botella apareció junto a su cara. Raven giró su cabeza, esperando encontrarse a Rain o a Romeo, pero no pudo evitar que la sorpresa se reflejara en sus ojos cuando vio que era Chloe quien le ofrecía el agua.

Raven pestañeó un par de veces, sorprendido.

—Gracias —dijo entonces, aceptando la botella de agua que ella le ofrecía.

Chloe dudó, pero al final rompió el silencio.

—¿Puedo sentarme? —preguntó.

Raven, que ya bebía de su botella de agua, indicó con un gesto de la mano que tenía todo el césped para elegir. Chloe tomó asiento.

Demasiado lejos, pensó Raven.

Demasiado cerca, pensó Chloe.

—¿Y Tori? —preguntó Raven, sorprendiendo a Chloe.

Chloe lo miró, él mantenía la mirada al frente y ella decidió seguir su ejemplo.

—Ya duerme —respondió. Nerviosa, se retorcía las manos. Era como si no supiera qué hacer con ellas en ese momento.

Y Raven era consciente de ello.

—¿Os está resultando muy difícil adaptaros a La Mansión? —preguntó él, genuinamente interesado, sus ojos firmemente clavados en ella.

Chloe apreció su preocupación y no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—No —respondió ella, su sonrisa ampliándose mientras lo miraba de reojo—. La gente que vive aquí ayuda a que una se sienta como en casa. Y bueno, Tori… —se detuvo para reír un poco

— Parece como si hubiera vivido aquí toda la vida.

—Me alegra oír eso —sonrió Raven, mirándola fijamente, de verdad emocionado por lo que estaba escuchando—. ¿Sigue pensando que soy el lobo del cuento? —intentó entonces bromear, buscando aligerar el ambiente.

Chloe frunció el ceño de una forma graciosa.

—Sí, te queda mucho camino para dejar de serlo —respondió, mirándolo fijamente a los ojos.

Raven rio y volviendo su mirada hacia el bosque que se extendía ante ellos, suspiró.

—¿Crees que tengo alguna posibilidad? —susurró Raven.

Chloe no necesitaba preguntar a qué se refería, lo sabía muy bien. Tragó con dificultad antes de contestar.

—¿Tienes problemas con el alcohol, Beau?

A Raven la pregunta no lo tomó por sorpresa. Al fin y al cabo, todos estaban al tanto de su pasado.

—No —respondió él tajantemente.

Ella lo miró y le sostuvo la mirada, sin pestañear.

—Pero anoche…

—Anoche fue una estupidez que hice después de mucho tiempo —la interrumpió él—. No tomo alcohol y hace mucho tiempo que estoy sobrio.

—¿Cuánto tiempo? —quiso saber ella.

—Años —respondió él—. Hice muchas tonterías que no quiero ni recordar cuando abandoné a tu hermana. Yo… —desvió la mirada, avergonzado— No supe gestionarlo. Y necesitaba beber para olvidar. Pero de eso hace ya mucho tiempo y nunca he recaído.

—Nunca hasta ayer —puntualizó Chloe.

Raven la miró, la sinceridad en sus ojos.

—No soy un alcohólico, Chloe. No fui diagnosticado como tal. Pero sí bebí más de la cuenta en algunas ocasiones e hice algunas tonterías, por eso decido no tomarlo.

—¿Qué tonterías? —preguntó Chloe.

—¿Acaso importan ahora? —preguntó Raven a la defensiva.

Pero Chloe no se amilanó ante su reacción.

—Claro que importan. Porque no tendré dónde caerme muerta, pero no dejaré a mi sobrina en manos de una persona con problemas, sea cual sea.

Raven apretó los dientes con fuerza. Aquello se sentía como una patada en las pelotas, aunque

lo entendía y en el fondo hasta le agradecía cómo cuidaba de su hija, cuando era él quien tenía que cuidar de la pequeña.

—No tengo un problema con el alcohol ni con ninguna otra sustancia. No tengo ningún trastorno mental que me incapacite en lo más mínimo para cuidar a mi hija —dijo él con firmeza.

Chloe enarcó las cejas y Raven pensó que lo hacía por lo duro que había sonado, pero estaba equivocado.

—Creo que es la primera vez que te veo referirte a ella como tal.

Raven suspiró pesadamente.

—No es fácil. No cuando… Bueno, ya sabes.

—Ya… —suspiró Chloe.

Ambos se quedaron allí, sumidos en el silencio, simplemente mirando a la nada. Escuchando nada.

Fue Beau quien, un rato después, rompió el tenso silencio.

—Sabes que se quedará aquí, ¿verdad?

Chloe no supo qué responder, ni siquiera era capaz de mirarlo. Sentía los ojos de Raven sobre ella y solo pudo girar la cabeza. Y maldecir cuando las lágrimas comenzaron a caer de sus ojos.

Se levantó de un salto, dispuesta a marcharse de allí a toda prisa. No quería mostrarse vulnerable frente a Beau, no frente a ese hombre.

—Chloe…

Pero Chloe le hizo un gesto con la mano, pidiéndole, con él, que hasta ahí había llegado la conversación. Pero cuando notó cómo Beau la agarraba por el brazo y la hacía pararse, supo que no iba a hacerle caso.

—Chloe, espera —Beau logró que se girase—. ¿Estás llorando? —preguntó preocupado.

Ella negó con la cabeza e intentó girarse de nuevo, marcharse de allí. Pero él volvió a impedírselo.

—Ey —Raven cogió la cara de Chloe entre sus manos y suspiró con pesar—. No hagas eso —le rogó, limpiando las lágrimas que mojaban toda su cara, con sus manos—. No llores —le imploró.

Pero Chloe no podía evitarlo, no podía controlarlo. Un sollozo escapó de sus labios y se derrumbó.

—Mierda —gruñó Raven antes de envolverla en un abrazo protector. La estrechó entre sus brazos, la apretó contra su pecho—. No llores, por Dios —murmuró, porque verla llorar era algo que no podía soportar—. Shhh… —trataba de calmarla mientras le acariciaba la cabeza, tratando de transmitirle tranquilidad.

Hacía mucho tiempo que Chloe no se derrumbaba así, incluso no se había permitido llorar de esa manera cuando murió su hermana porque tenía que ser fuerte. Por Tori.

Pero se sentía agotada. Cansada de luchar. Estaba cansada de ser fuerte.

—Suéltalo todo —susurró entonces Raven, abrazándola con más fuerza, ofreciéndole un consuelo que ella no había buscado.

Y Chloe le hizo caso, lloró, soltándolo todo.

Desde que el abogado había leído ese testamento, con su voz fría e impersonal, Chloe supo lo que ocurriría. Perdería a Tori.

Había intentado engañarse de mil maneras, pero en el fondo sabía que ese día no tardaría en llegar, y que ese día cada vez estaba más cerca.

Todavía no había pasado y ya dolía como el infierno.

—Ey —Raven la separó de su cuerpo un rato después, cuando los sollozos menguaron y quedaron solo los suspiros entrecortados. Con sus grandes manos, le quitó el pelo que tapaba su cara, todo mojado en lágrimas y despejó su rostro, revelando sus ojos hinchados y su nariz roja —. ¿Estás mejor? —le preguntó.

Ella asintió con la cabeza, pero dijo lo contrario.

—No —sollozó Chloe—. Y eso todavía está por verse, Beau. No es que te hayas preocupado de ella, ¿verdad? —le reprochó Chloe.

Reproche bien merecido, además. Raven no podía decir lo contrario.

—Se quedará conmigo, Chloe —dijo él, no había ni un ápice de duda en su voz—. Me conoces y sabes que no abandonaré a mi hija nunca.

Nunca.

Jamás.

Chloe lo sabía, porque como él decía, lo conocía. Pero siempre había tenido la esperanza, por pequeña que fuera…

Bah, Chloe, no te mientas más, pensó.

—No estoy preparada para separarme de ella. Ella es todo lo que tengo —susurró con un hilo de voz. Sonaba triste y desesperada.

Y es que la verdad dolía. Y dolía mucho.

Beau no podía dejar de mirarla. ¿En qué momento había pensado que esa mujer era igual a su hermana? Chloe no tenía nada que ver con Karen, ni por fuera ni por dentro.

Y joder, ¿desde cuándo era tan bonita? ¿Desde cuándo su corazón se aceleraba al mirarla?

Incapaz de controlar su mano, Beau rozó el labio inferior de Chloe con los dedos y a ambos

los recorrió un escalofrío que los dejó sin aliento. Se separaron rápidamente, asustados por esa extraña electricidad que había saltado entre los dos.

Joder, ¿qué había sido eso?

Raven carraspeó, intentando recomponer la compostura, con sus manos agarradas detrás de su espalda.

—No tienes que separarte de ella —dijo Raven entonces—. No todavía. Puedes quedarte aquí el tiempo que quieras.

Chloe rio entre lágrimas, nerviosa por lo que acababa de pasar y rota de dolor por la pronta separación de Tori. La que ya sabía que sería inevitable.

Era Beau de quien dependía, por el amor de Dios. Tonta había sido ella por mantener la esperanza de que ese hombre no querría tener nada que ver con esa niña.

—Ya… —eso solo era una forma de hablar, pero ambos sabían que, llegado el momento, Chloe tendría que marcharse de esa casa.

Raven haría su vida tarde o temprano y ella no pintaba nada en ella.

Beau solo sabía que, en ese momento, no quería que ella se marchase de allí, de su lado.

Pero Chloe lo hizo, sin decir una palabra, giró sobre sus talones y caminó hasta la casa. Dejando a Beau allí, solo, preguntándose lo mismo que se estaba preguntando ella en ese momento.

¿Qué demonios había sido eso?



Capítulo 16

Raven se mordió el labio inferior con suavidad, la inseguridad haciendo mella en él. Caminó hasta la puerta de su habitación, su mano se extendió hacia el pomo y cuando estuvo a punto de abrirla, dejó caer la mano y con un gruñido de frustración, se alejó de la puerta.

Joder, media hora llevaba así y todavía no había sido capaz de salir del dormitorio. A ese paso no solo iba a desayunar cuando todos los demás habrían terminado de hacerlo, sino que iba a llegar tarde a trabajar.

Es que estaba nervioso. Sí, eso era. Nada de todo lo que había vivido en los últimos tiempos había sido sencillo de sobrellevar, pero el haber decidido conocer a su hija era lo más difícil que tendría que hacer en su jodida vida.

¿Cómo se hacía eso?

Vamos, tú puedes, se dijo a sí mismo. La autoconfianza era lo primero.

Claro que podía, él se acercaría a ella y le diría:

—Hola, Tori, soy tu padre. Vamos a llevarnos bien, ¿vale?

Raven alargó la mano, fingiendo que se la ofrecía a la pequeña que estaba, imaginariamente, frente a él. Hizo el gesto de agarrar la mano de la pequeña y movió el brazo arriba y abajo, como se haría en un estrechamiento de manos.

Un carraspeo lo hizo pegar un salto, sobresaltándolo. En la puerta, con la cabeza y medio cuerpo dentro de la habitación, estaba Rain, mirándolo con una expresión cómica que era una mezcla de incredulidad y diversión.

Vamos, que lo miraba como si estuviera completamente loco.

—¿Se puede saber qué haces? —Rain no sabía si reír o llorar. Es que lo de ese hombre no era ni medianamente normal.

Raven carraspeó, incómodo, consciente de lo ridículo de la situación y movió las manos arriba y abajo, como si estuviera haciendo algún tipo de ejercicio. Abrió las piernas y comenzó a hacer estiramientos, una mezcla de baile y calistenia.

—Fue una noche de mierda, no dormí bien y me duele todo—dijo Raven entonces.

—Ya… —Rain no sabía cómo estaba evitando soltar la carcajada que tenía en la garganta. Abrió la puerta por completo y entró en la habitación— ¿Y hablabas con tu amigo invisible?

Raven resopló, frustrado.

—Estaba ensayando, ¿vale? —dijo entonces, para qué mentirle si seguro que lo había visto todo.

—¿Ensayando qué? —preguntó Romeo, asomando la cabeza por la puerta.

Raven gimió y miró al techo de la habitación.

—Pero vamos a ver, ¡¿por qué no tengo intimidad en esta casa?! —exclamó el médico con un tono exasperado.

Romeo lo ignoró, entró en la habitación, se colocó al lado del sheriff y lo miró.

—¿Qué ensayaba? —preguntó Romeo.

—Cómo saludar a Tori —Rain se colocó de lado y le ofreció la mano a Romeo—. Hola, Tori, soy tu padre. Vamos a llevarnos bien, ¿vale? —dijo, imitando a Raven.

Romeo primero miró a Rain como si hubiese perdido algún tornillo, entonces se giró, miró a Raven y soltó una sonora carcajada.

—Me cago en la leche. ¿Qué manera es esa de presentarte a tu hija? —Romeo no podía dejar de reír.

—La que sé, ¿vale? —bufó Raven— ¿Qué quieres? No tengo, precisamente, el don de la palabra. Y no creo que esté interesada en que le explique cómo se hace una extirpación de bazo —estaba un poco agobiado—. ¿Qué le digo?

Sus amigos, apiadándose de él, dejaron la burla a un lado.

—No planees nada, déjalo que sea natural —dijo Romeo—. Hasta tú tienes gracia. Así que no te preocupes, le gustarás —le aseguró.

Raven suspiró, todo aquello era demasiado para él, no creía ser capaz de poder con ello.

—La niña cree que soy el lobo del cuento —murmuró Raven.

—Sencillamente no te conoce —dijo Rain—. Solo sé tú. Es tu hija, tío, estoy seguro de que no tendrás que esforzarte.

Raven no estaba muy convencido, pero intentaría hacerlo como decían: improvisando. De todas formas, por más que ensayara algo, seguro que con los nervios no iba a seguir el guion.

—Está bien —accedió Raven—. ¿Qué querías? —preguntó mirando a Rain.

—¿Novedades sobre el chico del accidente? —quiso saber el sheriff.

—Trabajo, ¡siempre trabajo! —dijo Romeo mientras se marchaba de la habitación y los dejaba solos, hablando de algo en lo que él sí que no pintaba nada.

—Anoche despertó, pero solo durante unos segundos y estaba desorientado. No creo que tarde… —en ese momento, su móvil sonó con la llegada de un mensaje. Fue hasta la mesa, cogió el teléfono y leyó lo que decía el mensaje que le había llegado. Miró a Rain, las cejas de Raven enarcadas—. Acaba de despertar.

Rain no esperó a escuchar nada más, salió de la habitación echando leches. Tenía que hablar con ese chico, ya habían pasado demasiados días.

—Joder, pero espera, ¿adónde crees que va? —preguntó Raven, siguiéndolo escaleras abajo.

—A interrogarlo, claro —dijo Rain como si fuera lo más normal del mundo.

—Joder, espera —Raven lo cogió por el brazo y lo paró, esperó a que Rain lo mirase—. ¿A qué viene tanta insistencia con este tema? Ese chico no es el culpable del accidente.

—Lo sé.

—¿Entonces? ¿No ha sido suficiente con lo que te ha contado su hermana?

—¿Qué hermana? ¿La que todavía no he conseguido localizar?

—¿Perdón? —Raven no entendía nada.

—Esa mujer desapareció antes de poder hablar con ella. ¿La has vuelto tú a ver desde entonces?

—No —dijo Raven, pensativo. Era cierto que no sabía nada de ella, es más, ni siquiera la vio nunca, sabía de su existencia por las enfermeras y su compañera. Pero lo mismo, por el golpe, estaba desorientada, vagando por algún lugar…

—Tengo que hablar con ese chico, Raven. Urge —suspiró el sheriff.

Se deshizo del agarre de Raven y siguió bajando las escaleras.

—Pero yo soy su médico, ¡no van a dejarte hablar con él sin mi permiso! —exclamó.

—¡Pues llama y dame el jodido permiso ya! —gritó Rain, callándose de repente cuando se encontró con Tori, que lo miraba con los ojos abiertos de par en par.

—¡Una mierda de permiso te voy a dar! —exclamó entonces Raven, que se paró detrás de Rain que se había quedado quieto sobre el último escalón de la escalera y al ver que su amigo no se movía, pasó por su lado. Para, al final, acabar como él, paralizado y con cara de horror al ver la cara de su hija.

Porque eso era, ¿no? Su hija.

Tori los miró a los dos. Primero a uno, después al otro para volver, seguidamente al uno y después al otro. Sus ojos oscilaban entre los dos, brillantes de curiosidad.

Ay, señor, ¿y qué demonios hago yo ahora?, se preguntó.

Sin pensar en ello, movido por un impulso, Raven comenzó a levantar la mano para llevar a cabo el saludo que había ensayado un momento antes.

—Hola, Tori…

—¿Habéis dicho palabrotas? —lo interrumpió la niña.

—No —dijo Rain, su voz tranquila.

—¡No! —exclamó Raven, imitando la expresión de horror que ponía la niña.

Ella los miró a los dos con desconfianza, era evidente que no los creía. Raven quería que la tierra se lo tragara, ¿es que siempre metía la pata cuando de la niña se trataba?

¿Qué era? ¿Una especie de conspiración del universo para dejarlo mal ante ella?

—¡Tori! —escucharon cómo Chloe la llamaba desde alguna parte cercana de la casa— Tori, ¿dónde estás?

—¡Estoy en la jodida escalera! —exclamó la niña, usando una de las palabrotas que había usado Rain.

Este abrió los ojos como platos, Raven maldijo en arameo.

Chloe llegó hasta allí y, tras imaginar lo que había pasado, miró a ese par como si quisiera degollarlos allí mismo.

—¿Qué has dicho? —le preguntó a Tori en un susurro.

—Estoy en la jodida…

—¡No!, déjalo —le advirtió la tía, interrumpiéndola.

—Pero si no he dicho palabrotas —la niña no entendía nada.

—Jodida es una palabrota, Tori. Claro que lo es —gruñó Chloe.

—Pero ellos… —la niña señaló al par de zopencos que tenía frente a ella.

Raven le pidió a la tierra que se lo tragase allí mismo.

—Chloe… —comenzó a decir.

Sin poder evitarlo, los recuerdos de lo cerca que estuvieron la noche anterior hicieron aparición en sus mentes. Ambos carraspearon, no era momento para pensar en eso.

—Beau… —a Chloe se le hincharon las aletas de la nariz— Mejor no hables.

Y cogiendo a la niña de la mano, tiró de ella, para alejarla de ese par de engendros del demonio.

Raven suspiró, otra vez la había cagado.

—Ya que la has metido hasta el fondo, vamos al hospital —dijo Rain, bajando el escalón que faltaba y caminando hasta la puerta.

—¡Serás cabrón! —exclamó cuando se dio cuenta de que Rain no había opinado y no lo había defendido porque le interesaba que se fuese con él.

Al escuchar un grito ahogado y ver la cabeza de Tori asomando por la puerta del salón, mirándolo con los ojos abiertos de par en par, el arameo volvió a sonar en esa casa.

—¡Matón! —dijo entonces Raven, que cuando se dio cuenta de que eso no ayudaba mucho y que los ojos de Tori se abrían aún más, pensó que mejor sería meterse un tiro entre ceja y ceja— ¡Melón! ¡Que quiero melón! —gritó entonces.

Y, para su sorpresa, lo que escuchó mientras llegaba hasta la puerta de entrada fue una carcajada de Tori. Se quedó completamente quieto, maravillado con ese sonido. Entonces se giró

y la miró. Y Tori, tras sonreírle, se escondió detrás de la puerta.

El brazo de Rain sobre los hombros de Raven.

—¿Ves? Solo tenías que ser tú mismo —dijo guiñándole un ojo.

No había sido como Raven había imaginado que interactuarían la primera vez.

Sonrió.

Había sido mejor. Mucho mejor.

—Por cierto —dijo Raven, cambiando el tema—. ¿Qué está ocurriendo con Zev? —preguntó, refiriéndose al chico del hospital.

Rain suspiró.

—Pues verás…



Los días pasaban y casi sin darse cuenta, ya habían pasado semanas y las cosas parecían asentarse en La Mansión. Aquello cada vez se parecía más a un hogar. Ya se habían adaptado los unos a los otros y todo parecía menos tenso. Más llevadero.

Más familiar.

Todo excepto la relación entre Raven y Chloe, que siempre parecía estar al límite.

—¡Beau Nolan! ¡¿Dónde demonios estás?! —exclamó Chloe, exasperada, con su paciencia ya agotada.

En el salón comedor se encontraban Carmichael, Sylvester, Rain, Romeo. Carmichael en su silla de ruedas. Los demás cómodamente sentados en los sofás. Todos con sus respectivas cervezas sin alcohol delante y sus ojos fijos en la enorme televisión de plasma que emitía el último partido de la NBA.

Tras escuchar los gritos, ninguno de ellos se inmutó. Ni siquiera pestañearon. Habían desarrollado como una especie de inmunidad ante las explosiones de Chloe cuando de Raven se trataba.

—¿Qué habrá hecho ahora? —preguntó Rain, curioso y resignado a la vez.

—Le ha comprado una tableta a la niña —dijo Carmichael con una sonrisa irónica, negando con la cabeza—. Parece que le gusta enfadar a Chloe.

—Parece no, le encanta sacarla de quicio—añadió Romeo, riendo.

—Menos mal que no tengo hijos —dijo Sylvester después de suspirar—. Es con los perros y

Lisa me la lía si les doy más chuches de la cuenta.

—¿Por eso estás aquí hoy, domingo? —preguntó Rain, al que no se le escapaba nada. Siempre estaba alerta.

Sylvester solo asintió, suspirando de nuevo.

—Joder —rio Romeo.

—Joder —repitió Tori llegando hasta ellos.

Al verla y escucharla, a todos les cambió el semblante. Como Chloe la escuchase repetir una palabrota, no iba a dejar títere con cabeza.

—Joder no se dice —dijo Romeo rápidamente.

—Tú lo has dicho —protestó la niña.

—Ya, bueno, porque se me ha escapado. Además, soy italiano y en Italia no significa lo mismo —se defendió Romeo rápidamente.

—Ay, señor, la vas a liar —gimió Rain, viendo venir el problema.

La pequeña miró a Romeo con curiosidad y torció la cabeza, recordando algo.

—Italia es tu país —sí, la pequeña lo había entendido.

—Sí —admitió Romeo.

—Y allí no se habla inglés.

—No…

—Ah… —lo miró, pensativa— ¿Y qué significa joder?

Joder, qué lista era la jodía' niña. Desde luego, era clavadita a su padre.

—Pues verás… —pero Romeo no sabía qué decir. Miró a los demás en busca de ayuda, pero estos se hicieron los tontos y fingieron no verle— Si se te escapa esa palabra, le dices a tita Chloe que te la enseñó tu padre, ¿vale?

La niña todavía no llamaba a Raven así, con ese título, pero los demás sí se referían a él de esa manera.

Tori frunció el ceño.

—¿Por qué? —preguntó la pequeña.

—Porque tita Chloe me da miedo —admitió Romeo.

Su confesión hizo que la niña soltase una risita y los demás rieran. Romeo y sus cosas.

—Tita Chloe es muy buena. ¿A que sí, abuelo? —Tori miró a Carmichael.

—La mejor —asintió Carmichael sin dudarlo.

—Pero ahora está enfadada —observó Tori.

—Ya… —suspiró el anciano— Con tu padre, ¿verdad?

La niña suspiró dramáticamente.

—Siempre igual. ¿Cuándo van a ser amigos? —el dramatismo en sus palabras y en sus gestos.

Hasta en eso era digna hija de su padre.

—Pronto —dijo Carmichael en un tono extraño y misterioso—. Más pronto de lo que te puedas imaginar. Recuerda que, a buen entendedor, pocas palabras bastan…

No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que la tensión que existía entre Raven y Chloe los tenía al límite. Aquello estaba a punto de estallar.

¿Cómo? ¿De qué manera se liberaría esa tensión?

Habría que esperar para saberlo, pero lo cierto era que Carmichael ya había hecho su predicción, apostando, como habían hecho el resto de los presentes.

La cuestión ya era otra: ¿quién de todos ganaría la apuesta?

La respuesta a eso… Bueno, solo el tiempo la daría.



Capítulo 17

—¡Beau! ¡Te juro que esta no te la paso! —exclamó Chloe, exasperada.

Y es que ese era ¡el colmo de los colmos!

Mira que había tenido paciencia, mira que lo había soportado todo porque joder, era el padre de la niña y lo estaba intentando. Pero ya tenía que saber que así no se hacían las cosas y que se estaba pasando.

Cuando entró en la casa y la ama de llaves le señaló hacia el piso de arriba, tras agradecerle a la buena mujer que le evitase la tediosa tarea de buscar por toda la planta baja para, seguidamente, terminar yendo a su cuarto, Chloe subió los escalones de dos en dos. Al menos los primeros cuatro los subió de esa manera, los demás ya…

Qué va, eso era imposible y ella estaba en muy baja forma.

Casi asfixiada de la vida, llegó hasta la primera planta. Se paró después de subir el último escalón y se agachó, posando las manos sobre sus rodillas.

Me cago en la leche, me va a dar algo, pensó.

Llenó sus pulmones de aire y cuando estuvo segura que no iba a quedarse allí, cual pajarito, se incorporó y se dirigió a la habitación de Beau.

—Maldito engendro del demonio —refunfuñó Chloe. Al ver la puerta de su dormitorio medio abierta, terminó de abrirla y entró en la habitación —. ¡Se te va la olla o qué te pasa! —explotó.

Con una toalla alrededor de la cintura, con el torso desnudo y con una toalla en las manos con la que se secaba el pelo, así fue como Beau la recibió.

Bueno, no precisamente es que la recibiera. Es que ella se coló en la habitación.

Chloe abrió los ojos como platos y, sin poderlo evitar, le dio un repaso. De abajo a arriba, siendo precisos...

Señor…

A Chloe no le llegó la mandíbula al suelo porque era imposible, pero créeme, de haber podido, le habría llegado. Como se le habrían salido los ojos de las órbitas.

Porque lo que tenía delante era una visión tan perfecta…

Las manos de Beau se quedaron quietas en el mismo momento en que Chloe irrumpió en su habitación sin previo aviso. Con la cabeza inclinada y la toalla sobre el pelo. Así se había quedado y, segundos después, así seguía.

—Joder —fue lo que salió de los labios de Chloe, y sonó tan impresionada que Beau enarcó las cejas.

Raven notó el momento exacto en el que ella se había dado cuenta no solo de que estaba allí,

frente a él, ¿comiéndoselo con los ojos? Porque era eso lo que estaba haciendo, ¿no?

Como fuera…

Raven notó el momento exacto en que ella no solo se dio cuenta de que se había quedado embobada mirándolo, roja como un tomate, además, sino de que también había soltado tal exclamación de admiración.

Lo que, para qué negarlo, había subido el ego de Raven. Y no es que lo necesitase, pero siempre sentaba bien, ¿no?

Chloe cerró la boca y se giró en el mismo instante en que el miembro de Beau saltaba debajo de esa toalla. En ese momento, fue Beau el que, abochornado y notando cómo los colores se le subían, se giró.

—¿No te enseñaron a llamar a las puertas? —gruñó.

Más enfadado consigo mismo que con ella, pero ella no tenía por qué saberlo. Y es que, ¿a qué había venido eso, eh?

Raven miró para abajo, para su miembro que, gracias a Dios se había quedado como debía, en reposo.

Pero ¿a qué ha venido eso, eh?, le preguntó mentalmente a su pene. *Maldito…*

Porque estaba así desde la otra noche. Cuando la tocó, cuando la tuvo tan cerca. Y eso no era normal.

¡No con Chloe!

¡Eso no tenía sentido ninguno!

Sería por el cansancio o por… ¡Vete tú a saber por qué! Pero no por desearla, ¡por Dios!

—Yo… Lo siento —dijo Chloe—. La puerta estaba abierta y —fue a girarse. Y lo hizo. Y deseó no haberlo hecho.

Dándole la espalda, completamente desnudo, estaba Beau.

Chloe se tragó el grito ahogado que iba a salir de su garganta y volvió a girarse, mirando hacia la puerta. A la que, por cierto, se acercó y cerró de un portazo.

Le dio tan fuerte que Raven se asustó y todo.

—Pero ¿qué haces? —protestó este.

—Joder, ¿y si pasa la niña y también te ve el culo? —se calló, maldiciendo al ver que acababa de meter la pata hasta el fondo.

Raven se quedó con el pantalón a medio poner y pestañeó varias veces.

—¿Me has visto el culo? —no sabía ni qué tono usar para hacer esa pregunta.

—¿Qué? ¡No! —exclamó ella, avergonzadísima— Joder, qué calor, ¿no? —dijo la pobre,

abanicándose con la mano.

Raven, sin poderlo evitar, sonrió.

—Ya puedes girarte —dijo él.

Ella lo hizo, solo un poco, lo suficiente para darse cuenta de que él continuaba sin la camiseta puesta.

Oh, señor…

—Oh, vamos, Chloe —resopló Raven—. Como si nunca me hubieras visto así. Tampoco exageres.

Bueno, eso es verdad, pensó Chloe.

Pero joder, eso no evitaba lo que le entraba por cuerpo cuando lo veía así, medio en pelotas.

Y qué culo, ¿no?, pensó.

Chloe gimió. ¿O tal vez sollozó? A lo mejor el sonido que emitió era un poco de las dos cosas. Poco a poco, volvió a girarse y quedó, frente a frente a Beau, quien ya se estaba poniendo la camiseta.

Y Chloe no sabría decir si eso era por desgracia o por fortuna.

Beau terminó de vestirse y esperó a que Chloe hablase. Pero Chloe no era capaz de pronunciar palabra. Ella tenía la mirada perdida, miraba a la nada y Beau se preguntaba en qué demonios estaría pensando.

¿Me voy a tener que cambiar las bragas?, ¿en serio?, eso era lo que Chloe estaba pensando.

Loca, estaba como una puta cabra. Que era el ex marido de su hermana, por Dios. ¡El padre de su sobrina! Y que sí, que había sentido cosas por él hacía mucho tiempo, pero una cosa era sentirlas y otra cosa muy diferente era demostrarlas.

Y no, por ahí sí que no iba a pasar.

Demasiado se había pasado ya al haberle confesado que ella no se había arrepentido, nunca, de ese beso. Y, desde esa confesión, le había costado mucho volver a mirarlo a la cara y comportarse con normalidad.

Y para colmo, lo de la otra noche en el jardín. Y él, allí, consolándola. Él, allí, acariciándola. Él, allí, rozando su labio y ella, lo único que había podido pensar era que quería que la besara.

Y por eso salió corriendo.

Por eso intentaba huir de él cada vez que lo veía.

Hasta que Beau había empezado a tocarle el coño. No de la manera que a ella le gustaría, pero bueno.

Muy bien, Chloe, se dijo a sí misma con ironía, *siempre directa y clara.*

Y claro, ya ella se olvidó de toda esa historia y se dedicó a pararle los pies a ese hijo de la gran putísima madre que ¡no dejaba de liarla parda con la niña!

Todos los días. Todos los malditos días una historia. Cuando no le regalaba unos patines, dejaba que la niña se hartase de helados. Cuando no, una tableta como había hecho ese día.

Y no, Chloe ya estaba muy hasta los ovarios de aguantar eso. Se estaba ganando a la niña a través de regalos y eso no era justo ni para la niña ni tampoco para ella.

Y no estaba dispuesta a callárselo más.

—¿Chloe…? —Beau llamó su atención.

Chloe pestañeó, movió la cabeza repetidamente como si con eso se pudiese librar de los pensamientos que le estaban pasando por la mente y cogió aire a la vez que miraba a Beau, por fin, a los ojos.

Y Beau quiso sonreír al verla tan avergonzada.

¿Qué se te ha pasado por la mente para ello, Chloe?, le preguntó mentalmente, sin decirlo en voz alta.

Tenía las mejillas sonrosadas, su boca un poco abierta, llenando sus pulmones de aire con mucha frecuencia. Su pelo, esa maraña de rizos, recogidos en un moño descuidado. La ropa que vestía estaba, también, hecha un desastre, llena de pintura. Culpa de Tori, seguro.

Y sus ojos… Lo miraban de una manera que a Raven le hizo sentir un escalofrío de placer.

No era la primera vez que lo miraba así. Y después de lo que ella le había confesado, Raven se había quedado con la mosca detrás de la oreja, dando por culo.

Pero los días pasaban, las discusiones entre ellos se volvían parte del día a día, pero además de eso, entre ellos no ocurría nada más. Ni habían hablado de nada más.

Ni se habían encontrado, hasta ese momento, en una situación algo más incómoda.

Pero ahora estaban así y entre ellos se había creado una tensión diferente. Algo que Raven no quería descubrir.

Chloe, inocentemente, se lamió sus gruesos y rosados labios y fue entonces cuando Raven lo entendió.

Y gimió, maldiciendo mentalmente en arameo.

Oh, joder, ¡lo que le faltaba para terminar de meterse en problemas era desear a esa mujer!

Porque la deseaba, eso era lo que pasaba. Y su polla también.

Y ya podía negárselo él cuanto quisiera e inventar todas las excusas del mundo que la respuesta era tan simple, y tan compleja, como esa.

—Esto no puede seguir así —dijo Chloe.

Frase que servía tanto para Beau como para ella misma.

Beau suspiró, por una vez de acuerdo con ella. Pero claro, a no ser que tuviera telequinesia, Raven sabía que no era de aquello de lo que estaba hablando. No de sus deseos más bajos.

Ni de los de ella. Porque ella también lo deseaba, ¿verdad?

—¿Hice algo mal? —preguntó entonces, imaginando que se trataba de Tori. Más que acostumbrado a que Chloe le echase la bronca cuando de la niña se trataba.

—¿Una tableta, Beau? ¿Qué será lo próximo? ¿Un coche? —exclamó Chloe.

—¿Qué tiene de malo que le compre cosas a mi hija? —Raven no entendía por qué le molestaba tanto.

—Nada —dijo ella—. No tiene nada de malo. ¿Pero crees que es justo para mí?

—¿Qué demonios tienes tú que ver en esto? —Beau frunció el ceño.

—¿Que qué tengo que ver? —Chloe rio con ironía. Iba a soltar todo lo que se estaba guardando— Soy yo quien ha cuidado a esa niña desde que nació. Soy yo quien se ha desvivido por ella siempre. Soy yo quien ahora está aquí, perdiendo tres meses de su vida para estar con ella. Soy yo quien, seguramente, dentro de unas semanas tenga que separarme de ella porque tú, su padre, sabes que aceptaré lo que sea mejor para ella y la felicidad de tu hija es estar contigo, ¿verdad?

Raven puso los ojos en blanco al escucharla repetir las palabras que él había dicho cuando hablaba con sus amigos.

—¿Nos escuchaste? —preguntó Beau, resoplando.

Ella se puso roja. Completamente roja.

—Fue sin querer —dijo Chloe a la defensiva.

—Ya… —Raven no se lo creía, para nada. Se cruzó de brazos, las piernas abiertas, en una postura defensiva— ¿Crees que estoy comprando a mi hija?

—¿No es eso lo que estás haciendo?

—¡No! —negó él inmediatamente— Me han robado su compañía desde que nació, me han robado la oportunidad de ser padre desde el primer momento, joder. Lo único que intento es darle todo lo que le debo.

Chloe suspiró.

—No le debes nada.

—¡Y una mierda que no! —exclamó él, perdiendo la paciencia, las manos, esas que había levantado, cayendo a cada lado de su cuerpo— Le debo toda la vida por haberla dejado sola.

—¿Y lo suples con regalos? —ella rio— Dale tu tiempo, maldita sea. Porque ahora estoy aquí, pero pronto me iré, ¿no? Ahora soy yo quien se encarga de ella las veinticuatro horas del día.

Comidas, baños, juegos, excursiones, educación, ¡todo! ¿Las riñas y las broncas? Yo. ¿Tú? Lo bueno —suspiró pesadamente—. Ambos sabemos que no estaré aquí siempre y que, en unas semanas, cuando tenga que abandonar la casa y dejar atrás a la persona que más me importa en el mundo, dime, ¿quién se va a ocupar de ella? ¿Vas a actuar tú como debes? ¿Como un padre de verdad? ¡Porque sigo siendo yo quien está haciendo tu trabajo! ¿Cuándo vas a comportarte tú como un verdadero padre? —explotó.

Porque ya no podía más.

Porque ya no podía con tanta tensión.

Porque aquello ya la estaba superando.

—Maldita sea —continuó ella—. Todo, he dejado todo. Estoy encerrada en esta casa por y para tu hija. ¿Y tú crees que con regalos lo arreglas todo? ¿Eso no es injusto para mí?

Joder, se sentía sola e incomprendida. Después de todo lo que había dado, después de todo lo que seguía dando. Y todo parecía importar una mierda. Por no decir lo insignificante que se sentía ella sabiendo que, en unas semanas, le darían la patada y tendría que separarse de su sobrina.

Porque con juicio o sin él, ella tenía todas las de perder. Nunca ganaría contra Beau Nolan.

—Tampoco eres tan imprescindible, Chloe.

Chloe sintió como si le hubiesen dado una patada en el estómago. Se quedó mirando a Beau, el dolor y la decepción en su mirada.

Después de como se había desvivido por esa niña, ¿eso era lo que tenía que escuchar?

—Eres un auténtico gilipollas, Beau Nolan —dijo con todo el odio que sentía hacia él en ese momento.



Beau maldijo en el mismo momento en que esas palabras salieron de su boca. Joder, pero ¿cómo había sido capaz de decirle algo así?

A ella, a la mujer que se había desvivido y se seguía desviviendo por su hija. A la mujer que, como bien decía, había ocupado su lugar cuando él no estaba, fueran por las razones que fueran. Porque ninguna había sido culpa de ella.

Vio el dolor en su mirada y Beau sintió como si le estrujasen el corazón.

—Eres un auténtico gilipollas, Beau Nolan —dijo ella, demostrando el odio que sentía por él.

Chloe se giró, dispuesta a marcharse, no sin que antes Beau pudiera ver cómo se limpiaba las

lágrimas con un manotazo. Con rabia.

—Chloe, espera —a punto estuvo de llegar tarde, pero consiguió reaccionar a tiempo. Puso la mano sobre la puerta que ella había comenzado a abrir y la cerró—. Por favor, espera —le pidió.

—Déjame —ella intentó abrir la puerta de nuevo, pero él volvió a impedirlo.

Raven se pegó un poco más a ella y dejó caer su cabeza sobre el hombro de Chloe.

—Lo siento, ¿vale? De verdad que lo siento. Yo… Yo no quise decir eso —dijo Raven con sinceridad en la voz.

Chloe se removió para deshacerse de él y se giró, quedando muy cerca el uno del otro, más de lo que Chloe podía soportar. Así que ella, intentando tomar distancia, dio un paso atrás, pero la puerta le impidió que pudiera dar alguno más.

Chloe cerró los ojos, su rostro mostraba la agonía que sentía.

—Déjame irme, por favor —rogó en un susurro.

—No sin que me perdones —suspiró él—. Lo siento, de verdad que lo siento —ella abrió los ojos y se encontró con los de él, que la miraban con arrepentimiento—. Tienes razón, soy un gilipollas. Pero no sé hacerlo mejor. Joder, no tengo ni puta idea ¡de cómo hacerlo! —exclamó.

Se separó un poco de ella y, frustrado, se pasó las dos manos por el pelo para después tirar un poco de él. Se lo había dejado hecho un completo desastre.

Chloe fue a aprovechar la oportunidad para poner más distancia entre los dos, pero Beau volvió a acercarse a ella.

—Reconozco lo que haces, maldita sea, claro que lo hago. Si no fuera por ti… Pero no sé cómo hacerlo, Chloe —dijo Raven con sinceridad—. Te juro por Dios que me estoy volviendo loco porque no sé cómo ser el padre que ella necesita.

Aquello no sorprendió para nada a Chloe, era algo que ya imaginaba. Ella dejó escapar todo el aire de sus pulmones y mantuvo la mirada de Beau.

—Solo sé tú, no fuerces las cosas. Te querrá por quién eres —dijo ella con seguridad.

Raven rio con amargura.

—Por ser yo, tu hermana prefirió a otro.

Chloe levantó las manos y las dejó caer.

—Mi hermana ya no está —y no pudo evitar que una lágrima solitaria cayera por su mejilla. Lágrima que Raven no tardó en limpiar, provocándole un escalofrío a Chloe—. Y no es por ella por quien tienes que hacerlo, es por Tori —lo miraba fijamente—. Y por ti.

Al fin y al cabo, eso se trataba de ellos dos.

Chloe sería la perdedora en toda esa historia si tenía que decirle adiós a su sobrina. Pero entendía las cosas y sabía que ese hombre tenía sus derechos. Derechos que se le habían negado

desde el principio sin motivo ninguno.

Y después de comprender todo eso, Chloe había dejado de guardar resentimiento hacia él.

—¿Y tú, Chloe? —preguntó él— ¿Qué harás tú por ti el día que te vayas?

Chloe tragó saliva, intentando no llorar al pensar en ese momento. Forzó una sonrisa.

—Siempre he salido adelante, esta vez no será diferente. Y espero que me permitas ver a mi sobrina siempre que pueda.

Él asintió con la cabeza.

—No lo dudes —juró.

—Gracias —rio, evitando derramar las lágrimas que anegaban sus ojos.

Y, sin poderlo evitar, levantó las manos y las puso sobre el pelo de Beau. Muchas veces había querido hacer eso y nunca se había atrevido a ello.

—Chloe…

—Serás un buen padre —dijo ella con una sonrisa de oreja a oreja—. Se lo debes a ella y te lo debes a ti. Y estoy segura de que serás el mejor —y lo decía de verdad—. Pero dale lo que de verdad importa: tu tiempo y tu cariño. Ella será la niña más feliz del mundo si tiene eso.

Chloe terminó de colocarle el pelo como a ella le gustaba y, avergonzada al darse cuenta de lo que había hecho, dejó caer las manos a ambos lados de su cuerpo. Manos que tropezaron con las manos de Beau que, en ese momento, se posaban a cada lado de las caderas de Chloe.

—Beau… —dijo ella, de repente muy nerviosa.

Él la miraba con tal intensidad que un escalofrío recorrió el cuerpo de Chloe.

—Hay otra cosa que me debo a mí mismo —murmuró él, acercándose a ella hasta que sus cuerpos estuvieron pegados.

Los pechos de Chloe rozaron el cuerpo de Raven, los pezones de ella rápidamente endurecidos ante el contacto.

—¿El qué? —susurró, después de carraspear como diez veces.

—Yo también quiero un beso del que no me arrepienta, Chloe —la voz de Raven sonaba ronca y gimió cuando Chloe lo hizo al sentir la erección de él clavada en su vientre.

Sí, se la había puesto dura. Joder, la tenía como una piedra. No sabía cómo, si solamente le había tocado el pelo, pero joder, eso no había empezado en ese momento, eso venía de antes y su cuerpo parecía estar al límite.

Su cuerpo le gritaba que no podía aguantar más. Que necesitaba un poco de ella.

Él había intentado resistirse, tanto que se lo había negado hasta a él mismo, pero que Dios y el mundo entero lo perdonaran, porque no podía más.

—Beau, no… —pero el deseo de su voz contrastaba con sus palabras.

—Lo necesito, Chloe. Necesito poder decir que yo tampoco me arrepiento de besarte. A ti.

Y sin darle más tiempo a pensar, Raven la besó.

Chloe no podía creerse que aquello estuviese ocurriendo de nuevo. Y menos cuando ese hombre parecía estar completamente sobrio.

“Yo también quiero un beso del que no me arrepienta, Chloe.” Eso era lo que había dicho él, recordando la confesión que ella le había hecho días atrás sobre aquel beso robado.

Y eso era lo que estaba haciendo en ese momento. Besarla sin guardarse nada, besarla sin ningún tipo de arrepentimiento.

Las manos de Beau, que en un principio descansaban suavemente en las caderas de Chloe, ahora la abrazaban con fuerza, pegándola a él por completo, demostrándole cuánto la deseaba, cuánto ansiaba su proximidad

Chloe se había aferrado con fuerza a los hombros de Beau, recibiendo el beso, dejándose llevar por la corriente de emociones que la embargaban.

Raven la besó. La mordió. Gimió sobre su boca mientras la devoraba con todo el deseo que sentía por ella. Porque que lo perdonara el jodido mundo, pero la deseaba. La deseaba con una intensidad que no había experimentado en mucho tiempo.

Joder, nunca había deseado a nadie de esa manera, ni siquiera a su mujer.

El recuerdo de esa mujer rompió el embrujo en el que estaba sumido y, muy a su pesar, separó sus labios de los de Chloe. Levantó la vista y la miró a los ojos.

Ella todavía los tenía cerrados, empezó a abrirlos lentamente, como si despertara de un sueño profundo.

Raven sonrió, levantó una mano y acarició sus labios hinchados y rosados con un cariño que lo sorprendió hasta a él mismo.

Pero joder, cómo no ser así con ella cuando era jodidamente preciosa.

La neblina del deseo que oscurecía los ojos de Chloe comenzó a disiparse. Él se dio cuenta en el preciso momento en el que ella volvía a la realidad. Y la vio negar con la cabeza.

Raven, por el contrario, tenía algo claro desde que la había besado. Y era que no iba a mentirse ni a engañarse a sí mismo. No más.

Ni tampoco lo haría con ella.

Por más loco que pareciera todo, por más sinsentido que fuera este torbellino de emociones, iba a ser sincero. Con él mismo. Y con ella.

Por él.

Y por ella.

—No te arrepientas de esto —le pidió Raven—. Porque yo no lo haré nunca.

Aunque no tengamos futuro, aunque lo nuestro no pueda ser… Por favor, mientras dure, vivámoslo, pensó Beau.

Porque sabía que todo aquello no podía ser. Ellos compartían un pasado y una historia que no se lo pondría fácil. Pero en ese momento, con el deseo recorriendo sus venas, no quería pensar en nada de eso.

Solo en lo que ocurría entre ellos. Solo en esa pasión que acababan de experimentar los dos.

—Beau —el miedo en la voz de Chloe.

—Te deseo, Chloe —confesó Raven—. Y no voy ni a ocultarlo ni a pedir perdón por ello —la determinación en sus palabras.

—¡Tita Chloe! —se escuchó gritar a Tori.

Solo entonces, Raven se separó de ella, no sin antes volver a darle un buen beso de tornillo.

—Esto no acabó aquí —prometió él.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella, todavía temblorosa por esos besos.

Raven la miró, la determinación en su mirada.

—Que no me gusta dejar las cosas a medias.

—Beau… —le advirtió. No podía ser que se estuviera refiriendo a lo que ella estaba pensando, ¿verdad?

No, ¡qué va!

—Te quiero en esa cama, Chloe —dijo señalando su cama—. Pero la decisión es tuya. Así que cuando quieras… Podremos terminar lo que hemos empezado.

Chloe abrió los ojos de par en par al escucharlo. No podía ser, ¡él no podía estar diciendo eso!

—¿Estás loco? —preguntó horrorizada.

Una pícara sonrisa se formó en los labios de Raven.

—Eso parece —respondió.

—Joder, Beau. Que soy yo, que eres tú, que… —él enarcó las cejas y ella suspiró— ¡Que es imposible, joder!

—Ya, bueno, hasta hace unos días yo mismo decía eso sobre tener una hija y mira —Beau se alejó unos pasos de ella, dándole el espacio que pensaba que necesitaba.

—No estás pensando las cosas, no… —incrédula era poco.

—No, no las estoy pensando. Porque es evidente que toda la sangre de mi cuerpo está en mi polla —se agarró su miembro con la mano y apretó, haciendo gemir a Chloe al ver semejante

acto—. Joder, no sabes cómo duele. Y como tú eres la culpable de que esté de esta manera... Así que me importa un comino si está bien o no, Chloe. ¿Porque sabes qué más me debo a mí mismo?

—No…

—¡Tita Chloe! ¡¿Dónde estás?! —Tori se escuchaba ya más cerca.

—El no mentirme —respondió entonces él—. Te deseo, Chloe. Quiero follarte. Y no quiero pensar en las consecuencias de ello —dijo con sinceridad—. No quiero pensar en nada más que en eso, en tenerte entre mis brazos y me la traen al pairo las consecuencias, ya lidiaremos con ellas cuando llegue el momento. Pero eso es algo de dos. En esa cama —volvió a señalarla— tenemos que ser dos.

—¡¡¡Tita Chloe!!!

Chloe lo miraba completamente horrorizada. ¿Se estaba quedando con ella? ¿Todo eso era una broma o una especie de prueba o algo?

No, no tenía sentido. No se le habría puesto así de dura si estuviera fingiendo, vaya.

—Estás loco —susurró ella por enésima vez.

Raven sonrió con sinvergonzonería.

—Por ti, al parecer.

Y Chloe sintió que iba a correrse allí mismo. En vez de eso, salió corriendo de aquel lugar, que era la opción más segura para todos.



Capítulo 18

Raven entró en el salón como si de una exhalación se tratase.

—Rain —llamó a su amigo con voz firme y se olvidó de todos los demás—. ¿Has encontrado a esa mujer? —preguntó, arrugando su frente en una expresión de preocupación.

Su abrupta entrada provocó que todos se quedasen con el tenedor a medio camino entre el plato y la boca.

—Llegas tarde, pero la comida aún está caliente —dijo Romeo, intentando aliviar la tensión que se había instalado en la sala al ver a Raven entrar de esa manera.

—Sí, vale —respondió Raven de una manera que sonaba a "me importa más bien poco", pero, aun así, se sentó en su silla de siempre—. ¿Y bien? —preguntó con impaciencia, clavando sus ojos en el sheriff.

—No —respondió Rain, agitando la cabeza.

Raven resopló por la decepción, echó un vistazo a la bandeja de carne que Romeo le ofrecía y se apartó un poco en su plato y le dio las gracias. Chloe, un momento después, le acercó la fuente con el puré de patatas para que se sirviera y Raven lo hizo.

Chloe seguía nerviosa. Había pasado todo el día lidiando con sus nervios por encontrarse con él después de ese beso y resulta que él llega y ni la mira.

Chloe suspiró, sintiéndose tonta.

—¿Y qué vamos a hacer con el chico? —preguntó Raven antes de empezar a comer.

—¿Qué chico? —preguntó Romeo, su ceño fruncido por la confusión— ¿El del accidente de coche?

Raven asintió con la cabeza.

—Pronto tendré que darle el alta, no creo que pueda mantenerlo más tiempo allí —explicó.

Raven cogió el plato de las verduras y se sirvió un poco. Entonces, miró el plato de Chloe, cogió las alubias verdes de su plato y empezó a echarlo en el de ella con un gesto de asco.

La tenía lo suficientemente cerca como para llegar a su plato sin esfuerzo, solo tenía que estirarse un poco.

Raven estaba tan inmerso en sus pensamientos que no se dio cuenta de lo que estaba haciendo, ni tampoco de que tanto Chloe como todos los demás comensales observaban, atónitos, sus movimientos.

Fue en uno de esos movimientos cuando sus ojos se encontraron con los de Chloe y se dio cuenta de que ella lo miraba con el ceño fruncido. Raven simplemente se encogió de hombros.

—No me gustan las alubias y a ti sí —dijo como si fuera la cosa más normal del mundo.

—Ya… —Chloe recordó que era eso lo que él solía hacer cuando eran familia y comían juntos y Karen siempre les reñía por ello. Pero a ellos les daba igual, siempre volvían a repetirlo.

Ignorando las miradas cómplices de Rain, Romeo y Carmichael, Raven siguió a lo suyo.

—¿Entonces qué hacemos con él? —preguntó Raven con la boca llena de comida.

—No se habla con la boca llena —lo riñó Tori.

—Verdad —dijeron todos los demás a la vez.

—Lo siento —se disculpó Raven cuando tragó, mirando a su hija, quien asintió con la cabeza, satisfecha—. ¿Pero qué hacemos? —insistió, volviendo a mirar a los demás.

—¿Hacemos? —preguntó Romeo, sin entenderlo.

—Claro, hacemos —dijo Rain como si dijese lo más normal del mundo—. Es un niño, tiene nueve años, podremos hacer algo para ayudarlo, ¿no? —preguntó con un tono ligeramente condescendiente.

—Sí, adoptarlo, ¿te parece? —propuso Romeo en tono de broma, pero al ver las miradas de Rain y Raven, gimió— Oh, vamos, ¡no me jodáis! —exclamó.

El gruñido de Chloe lo sobresaltó.

Si es que no podían estar sin soltar una palabrota ni cinco minutos.

—Lo siento —se disculpó Romeo, contrito—. Tori, cariño, joder no se dice.

Chloe gimió de nuevo. Si al final iba a ser mejor hacerlo a la manera de ellos, sí.

—¿Sylvester descubrió algo? —preguntó Raven, desviando su mirada hasta Carmichael.

—Sí, me dijo que tenía novedades y que, después de cenar, se acercaría a La Mansión para ponernos al día.

—Bien… Qué lástima de chico. Tan joven… —suspiró Raven con pesar.

Tori, que no dejaba de prestar atención a la conversación de los adultos, arrugó la frente. Sus inocentes ojos llenos de curiosidad al mirar a su padre.

—¿Va a vivir aquí? —su voz elevándose por encima del murmullo de la mesa.

Raven desvió la mirada hacia su hija. Después miró a Chloe. Después a todos los demás antes de volver a centrarse en Tori.

—Primero tiene que curarse, y hay que encontrar a su familia —le explicó Raven con suavidad.

—¿No tiene familia? —preguntó Tori con tristeza, sus ojos llenos de compasión.

—Bueno… —Raven carraspeó— Aún no lo sabemos, cariño. Estamos haciendo lo posible por encontrarla.

—Podemos ser su familia —dijo la niña emocionada, sus ojos brillando de emoción ante la idea.

—Te juro que es digna hija de su padre —Romeo no pudo evitar hacer una broma a la vez que le dirigía una sonrisa cómplice a Chloe.

Esta sonrió ante el comentario porque era verdad. Y cada día que pasaba en esa casa, más similitudes veía entre Tori y su padre. No era que la pequeña estuviera adquiriendo las manías de su padre, es que siempre habían estado allí, solo que Chloe no lo había notado al estar lejos de Beau durante tanto tiempo.

—Claro que podemos —dijo Rain, sonando muy convencido.

—Lo mismo nos hemos equivocado de padre —resopló Romeo, pensando que a ver si Tori iba a ser hija de Rain.

Estaban todos como cabras y no había más que hablar.

Además, ¿qué se había perdido?

—¿Queréis que nos hagamos cargo de otro niño? —preguntó Romeo. Su tono de broma había desaparecido y su rostro mostraba seriedad.

—¿De qué niño? —preguntó Sylvester entrando en la sala— Ah, ¡de este niño! —se acercó a Carmichael y dejó el sobre que llevaba en sus manos encima de la mesa.

La curiosidad se podía palpar en el ambiente.

—¿Qué has averiguado? —preguntó Rain, impaciente por saber más.

Sylvester miró a la pequeña Tori y después a Chloe y a Raven.

—Vamos al despacho —dijo Carmichael, entendiendo que sería mejor hablar ese tema lejos de la pequeña.

—No —negó Chloe—. Tori ya se despide por hoy porque no hace otra cosa que jugar con los guisantes.

Raven no quiso dejar pasar la oportunidad de molestarla.

—Como tú —dijo entonces, tocándole los ovarios.

Chloe frunció el ceño, molesta.

—Tiene que comer de todo —gruñó ella, mirando al tocapelotas de turno.

—Pues aplícate el cuento, porque tú también los dejas —Raven señaló el plato de Chloe, también lleno de guisantes—. La niña hace lo que ve.

Chloe abrió los ojos de par en par. Raven iba a comerse todos los guisantes. Y el plato de camino. Por bocazas.

—Está la niña delante —dijo en tono repelente, cual señorita Rottenmeier.

Raven se movió hasta poder ver a su hija, le guiñó un ojo y sonrió cuando la pequeña le devolvió el gesto.

Chloe iba a darle dos tortazos a ese sinvergüenza allí mismo, delante de la niña y todo.

—Hablaremos de eso después —susurró Chloe, claramente enfadada, lanzando una mirada furiosa a Beau.

La sonrisa pícara de Raven solo sirvió para enfurecer más a Chloe. No se atrevería, ¿verdad? No sería capaz de soltar una burrada allí, delante de todos. No, Beau no era tan descarado…

Beau se acercó a ella, más de lo que debería ser considerado normal.

—Estaré en mi dormitorio —susurró muy cerca de los labios de Chloe.

Chloe contuvo un grito ahogado y se levantó de un salto de la mesa. Se golpeó la rodilla y soltó una serie de maldiciones que dejaron boquiabiertos a todos los presentes.

—Tita, ¿has dicho hijo de la gran…? —Tori empezó a repetir las palabras de Chloe, sus ojos abiertos como platos por la sorpresa.

—¡No he dicho nada! —gritó, interrumpiendo a la niña antes de que pudiera terminar la frase.

Joder, qué dolor más grande.

Beau fue a tocarle la rodilla para acariciarla y aliviar, así, el dolor del golpe, pero ella le metió un manotazo.

Vamos, lo que le faltaba era eso, que él la tocara. ¡Y delante de todos, nada menos!

—Quita, coño —gruñó Chloe.

—¡Tita! —exclamó Tori, soltando una carcajada que resultó contagiosa.

—Esta me la pagas —le advirtió Chloe a Raven, señalándolo con un dedo acusatorio.

Chloe cogió a la niña de la mano y comenzó a tirar de ella. La pequeña reía sin parar y Raven observaba el espectáculo con una enorme sonrisa en la cara.

—Cuando quieras —respondió Raven, muerto de la risa.

Ella miró hacia atrás al escucharlo, gruñó en respuesta y aceleró el paso para alejarse de aquel lugar. La mirada de Raven siguió a Chloe hasta que esta desapareció de su vista. Raven negó con la cabeza, esa mujer era de lo más divertida.

¿Desde cuándo era así? Porque él no la recordaba de esa manera.

Sacudió la cabeza, apartando sus pensamientos y volvió su mirada hacia el frente para encontrarse con cuatro pares de ojos clavados en él.

Con una expresión despreocupada, Raven se encogió de hombros.

—Me gusta —reconoció.

Los demás podían haber fingido sorpresa, pero no. Todos asintieron con la cabeza como si ya lo supieran. Porque lo sabían, básicamente.

—Ya lo sabíamos —Romeo hasta resopló, divertido—. ¿Y bien? ¿De qué va todo esto del niño entonces? Porque no sé más allá del accidente que sufrió.

Mientras Carmichael sacaba los papeles del sobre, Sylvester empezó a poner a los demás al tanto.

—El niño se llama Zev Hughes, tiene nueve años. Su madre está en la cárcel por robo y consumo de drogas, entre otras cosas. Su hermana, la que conducía el vehículo, era quien se había hecho cargo del niño y ha interpuesto varias denuncias a lo largo de los últimos dos años a su pareja por maltrato.

—Sí, todo parece indicar que huían de algo así —confirmó Rain, quien ya estaba al tanto de toda esa información.

—El problema aquí radica en que es menor y, técnicamente, ha sido abandonado porque su hermana, después de que la curasen, huyó del hospital. Los servicios sociales ya están al tanto y me consta, por Rain, que la policía está haciendo bien su trabajo. Sin embargo, esa mujer es el único familiar vivo que tiene el niño, vivo en libertad, me refiero. Si no la encuentran, será entregado a los servicios sociales.

Romeo silbó.

—Y lo vamos a acoger nosotros, por supuesto —no lo decía con malicia, simplemente lo daba por hecho. Romeo estaba dispuesto a apoyar esa decisión y ayudar al chico. No permitiría que se quedara en la calle.

—Si es necesario, sí —confirmó entonces Carmichael—. Deja listos los papeles por si acaso, en el caso de que podamos solicitar la custodia, lo haremos.

—Bien —asintió Sylvester—. ¿Quién será su tutor legal?

—Yo —respondió Rain, en su voz no había ni un ápice de duda. Él fue quien planteó la idea al enterarse de la difícil situación de ese pobre niño.

—Perfecto. Ahora solo quedas tú —dijo el abogado mirando a Romeo, quien frunció el ceño, sin entender a qué se refería.

—¿Yo para qué o qué? —preguntó, confundido.

—Para ser padre —bromeó el abogado.

A Romeo no le hizo ninguna gracia el comentario.

—Y tú —dijo Romeo a la defensiva, señalando al abogado.



Capítulo 19

Raven bajó los escalones y escuchó un estruendo. El sonido ensordecedor provenía de la cocina. Frunció el ceño y se acercó hasta allí silenciosamente al escuchar a alguien murmurar.

—Me cago en la leche —dijo Tori, su voz afligida. Sus pequeñas manos recogían los restos del desastre.

—Tori, esa boca —Raven no pudo evitar regañarla tras encender la luz de la cocina.

La pequeña gritó por la sorpresa y cayó hacia atrás. Pasó de estar de rodillas a sentarse de culo. El horror puro en su cara al ver a Raven llenando el espacio del hueco de la puerta.

—Yo… —tartamudeó Tori.

—¿Tienes hambre? —preguntó él, guardándose la risa por lo que estaba viendo. Allí sentada, cubierta de crema y trozos de chocolate, estaba Tori. La tarta destrozada y esparcida por el suelo.

La que había liado era para echarse a llorar…

—Sí —suspiró ella, teatrera.

—¿Y has venido sola a esta hora? —preguntó Raven y ella asintió con la cabeza— ¿Qué haces despierta?

—Me despertó el hambre —susurró la niña.

Raven contuvo la carcajada que amenazaba con escapar de sus labios.

—Ah… —fingió asombro— Desde luego, hambre tienes que tener si te estás chupando los dedos —y, finalmente, rio a carcajadas.

Tori estaba allí, sentada en medio del desastre que había creado, su mano entera casi dentro de su boca mientras engullía la tarta que había por el suelo.

—Está rica —sonrió la pequeña con picardía, su boca y su cara manchadas de chocolate.

—¿De verdad? —Raven comenzó a caminar hasta ella.

—Sí, mucho —levantó una mano cubierta de tarta, un trozo grande descansando en la palma de la mano—. Prueba —le ofreció.

Raven sabía que no tenía que hacerlo, pero no pudo evitarlo. Esa pequeña loquilla lo divertía.

—A ver… —dijo entonces. Se agachó, se sentó al lado de Tori y abrió la boca, listo para recibir su ración de tarta. La niña le metió un buen trozo dentro.

—¿A que está rica? —preguntó con los ojos brillantes por la emoción.

—Riquísima —respondió Raven con la boca llena.

Tori rio con deleite, recogió otro trozo y se lo comió con entusiasmo.

—Sí, muy rica —dijo emocionada.

—¿Pero es bueno que nos la comamos del suelo? —preguntó Raven, probando otra táctica, a ver si así evitaba que lo hiciera.

La niña se encogió de hombros, una expresión de despreocupación en su cara.

—El suelo está muy limpio. Lo dicen Cassie y Jossie —dijo refiriéndose a las mujeres que se encargaban de la limpieza de la casa.

Raven soltó una carcajada.

—Ya… Pero no creo que lo digan para decirnos que lo usemos de plato.

Tori puso una mueca con los labios y Raven creía estar viendo a Karen.

—¿Lo tenemos que limpiar? —preguntó ella, mostrando su renuencia a hacerlo.

—¿Tú qué piensas?

—Que sí —respondió Tori, resignada.

Claramente, la idea de limpiar no estaba en su lista de cosas divertidas por hacer a medianoche.

Raven se puso en pie, tomó una bolsa de la despensa y empezó a recoger los restos de la tarta caída.

—¿Y tita Chloe? —preguntó Raven, su voz llena de curiosidad.

—Está roncando —respondió Tori.

Raven soltó otra carcajada. La imagen de Chloe dormida y roncando era de lo más cómica.

—¿Se puede saber qué pasa aquí? —Romeo, que había llegado a la cocina después de que un ruido lo despertara, se quedó de piedra.

—Tori tenía hambre y Chloe está roncando —explicó Raven, todavía riendo.

—La hostia, Tori. ¿Has visto cómo te has puesto? —preguntó Romeo, sus ojos se agrandaron al ver a la niña cubierta de tarta.

Tori, que ya estaba de pie, miró hacia abajo. Su rostro reflejaba la sorpresa al ver su pijama lleno de tarta.

—Tiene nata hasta en el pelo —gruñó Rain, entrando también en la cocina. Su bostezo se escuchó en toda La Mansión—. ¿Se puede saber qué pasó? —preguntó sin un ápice de sorpresa en la voz. Y es que a ese hombre ya nada, o casi nada en la vida la sorprendía.

—Tori tenía hambre y Chloe está roncando —repitió Raven otra vez. Y cada vez que lo decía, no podía evitar reír.

Es que aquella situación era de lo más cómica. El desastre, la tarta destrozada, Tori cubierta de chocolate y nata. Al final, la risa de Raven se volvió contagiosa y todos acabaron riendo a

carcajadas.

—¡Tori! ¡Tori! —la voz de Chloe interrumpió la risa de todos. Chloe sonaba asustada— ¡Tori! ¡¿Dónde est…?! —la pregunta se quedó atascada en su garganta al entrar en la cocina y encontrarse con el desastre.

El resto se había quedado en silencio, las risas habían desaparecido por completo. Chloe parecía petrificada, su rostro tan blanco como las paredes de la cocina. Sus ojos se movían de un lado a otro, tratando de procesar lo que veía. Y Tori…

—Tita, ¿quieres tarta? —preguntó Tori inocentemente.



—Ya se durmió, la tuve que bañar —suspiró Chloe cuando entró en la cocina. Miró alrededor y después a Raven—. Pensé que necesitaríais ayuda para limpiar.

Raven, apoyado contra el frigorífico, le devolvió una sonrisa tranquila.

—Terminamos rápido —respondió—. Ya se fueron a dormir —informó, recordando cómo los demás habían desaparecido de la cocina hacía ya unos minutos.

—Bien…

Chloe asintió, sus hombros cayendo levemente en un gesto de alivio. Carraspeó y señaló detrás de sí, al hueco de la puerta por donde había entrado.

—Entonces será mejor que nos vayamos a dormir todos —más que como una sugerencia, sonó a orden.

Raven, sin embargo, parecía no estar de acuerdo con eso.

—¿Por qué? —preguntó Raven con tono inocente.

Chloe lo miró con incredulidad.

—Porque es tarde —dijo ella con tono condescendiente, como si estuviera explicándole a un niño que ya era hora de acostarse. ¿Es que acaso no era evidente?

Raven la estudió con interés, una sonrisa tímida jugando en la esquina de su boca.

—Porque es tarde… —repitió Raven, como si estuviera saboreando las palabras. Y comenzó a caminar hacia ella con una lenta deliberación.

Chloe, viéndolo acercarse, empezó a caminar, también, hacia atrás, retrocediendo lentamente hasta que su espalda se encontró con la dura superficie de la pared.

—Mierda —gruñó Chloe.

Raven sonrió cuando llegó hasta ella, la estrecha distancia entre ellos cargada con una tensión insoportable.

—¿Porque es tarde o porque te da miedo quedarte a solas conmigo? —murmuró Raven.

Chloe resopló con incredulidad. Un resoplido que quería decir un "pero ¿qué dices, chico?", en plan chulesco.

—Vamos, ¿por qué me iba a dar miedo eso? —tsss… ¡Chaval!— Es solo que es tarde. Tendrás que ducharte, tendré que ducharme —se puso roja cuando su mente le jugó una mala pasada con esos pensamientos.

Y se imaginó a sí misma, con él, ambos desnudos debajo del chorro de la ducha. Con el cuerpo mojado.

Su sexo más mojado todavía.

—Entiendo —sonrió Raven, sabiendo muy bien lo que ella se estaba imaginando.

Raven no parecía estar dispuesto a retroceder, así que se pegó a ella un poco más.

Y un poco más…

—Si no es así —se inclinó hacia Chloe para poder hablarle al oído—, ¿por qué estás temblando?

El aliento cálido de Raven rozando su piel provocó un cosquilleo en el cuerpo de Chloe, seguidamente un escalofrío recorrió su columna vertebral. Instintivamente, Chloe apretó las piernas y se mordió el labio, intentando reprimir el estremecimiento que le recorría el cuerpo.

—No tiemblo —susurró ella, aunque su voz temblorosa decía lo contrario. Cerró los ojos cuando sintió el aliento de Beau en su cuello—. Beau, por favor —rogó. Sonaba suplicante y vulnerable.

Raven levantó la cabeza y miró a Chloe a los ojos. Sonrió, una sonrisa que era una promesa silenciosa. Levantó una mano y limpió con un dedo la nata que manchaba la mejilla de ella. Después se llevó el dedo a la boca y lo chupó, su mirada nunca abandonando la de ella.

¡Cambio de bragas urgente ya!, pensó Chloe, sintiéndose, de repente, increíblemente consciente de su cuerpo y de la cercanía de Beau. Gimió, sin poder apartar los ojos de ese dedo que salía de los labios cerrados de él.

—Está rico, pero no es lo que quiero —murmuró él, su voz ronca llena de promesas.

Chloe, no preguntes, no lo hagas, que te va a liar.

Pero nada, ella a su voz interior no le hacía caso nunca.

—¿Y qué quieres? —preguntó ella, arrepintiéndose por hacerlo al ver la chispa de deseo en los ojos de Raven

Raven se acercó un poco más, su aliento mezclándose con el de Chloe.

—Saborearte a ti —susurró él.

Las palabras de Beau hicieron que las piernas de Chloe flaquearan y ella tuvo que agarrarse a él para no caer. Ese hombre, ese guapísimo y atractivo hombre estaba tirándole los tejos. Otra vez.

Señor, ella no sabía si iba a tener la fuerza de voluntad para decirle que no.

—Tienes tarta aquí también —murmuró Beau, acercándose todavía más, hasta que sus labios rozaron los de ella.

Sin darle tiempo a pensar, lamió el labio de Chloe, haciéndola estremecer.

—Dios, Beau… —murmuró Chloe, pensando que iba a correrse allí mismo, seguro.

Las manos de Beau se posaron sobre las caderas de Chloe y de un solo movimiento, pegó por completo sus cuerpos.

—Déjame tocarte una vez —susurró él contra los labios de ella—. Me estoy muriendo por hacerlo, Chloe.

—Pero nosotros… —ella negó con la cabeza, aunque su cuerpo gritaba todo lo contrario.

Beau gimió al agacharse para restregar su cuerpo contra el de ella, para demostrarle en qué estado lo ponía.

—Nosotros nos deseamos —declaró Raven, su voz llena de deseo.

—No… —protestó Chloe, pero su negativa sonaba débil. Vacilante.

Raven soltó una risa amarga.

—Negarlo no te servirá de nada, Chloe —la besó, un beso corto y duro—. Todo tu cuerpo grita por mí.

Sí, eso era cierto. Lo deseaba. Más que a nadie. Como nunca a nadie. Pero no podía, ella no podía. Negó tanto con la cabeza que Raven no tuvo más remedio que, levantando las manos, separarse de ella.

—Está bien —dijo él, su voz resignada.

—Beau, yo… —empezó Chloe.

Pero él negó con la cabeza, no hacía falta que se justificara.

—Lo siento —fue él quien lo dijo y sonaba realmente arrepentido —No pretendía incomodarte.

—Oh, vamos, Beau —replicó Chloe. No lo había hecho y ambos lo sabían—. No es eso…

—Te deseo, Chloe, tanto que duele —admitió Beau, para sorpresa de Chloe—. Y estoy dispuesto a mandar al mundo a la mierda si con eso te tengo entre mis brazos.

Chloe abrió los ojos como platos, sorprendida por tal declaración.

—Beau… —suspiró ella, sin saber qué decir.

—Pero no insistiré. Ni te pediré que tú hagas lo mismo —prometió él. Se acercó a ella y le dio un beso en la frente—. Quiero ser tu elección, no el producto de un calentón del que después te puedes arrepentir —dijo con una sonrisa al ver el desconcierto en el rostro de Chloe—. Si te beso dos minutos más, te habría follado aquí mismo, Chloe —dijo sin vergüenza alguna, porque esa era la verdad y ambos lo sabían—. Pero no es eso lo que quiero.

No preguntes, Chloe. ¡No lo hagas!

—¿Y qué quieres? —murmuró ella con la voz temblorosa.

—Ya te lo he dicho, quiero ser tu elección —dijo Beau con seguridad—. Te quiero en mi cama, por elección propia.

Y tras otro suave y largo beso en la frente, Raven se marchó de allí, dejando a Chloe completamente desconcertada.



Capítulo 20

—¿Estás bien? —Carmichael llegó hasta Chloe y colocó la silla de ruedas para quedar al lado de ella.

—Sí —mintió ella.

Carmichael la observó un instante y entonces miró a Tori, quien estaba montándose en el columpio que Raven había construido ese fin de semana para su hija, con la ayuda de Rain y Romeo.

Los días seguían pasando, la relación entre padre e hija se hacía más fuerte.

Y la de Chloe con Raven… Eso era tensión pura y dura.

Él había dejado claras sus condiciones. Y ella… Ella iba a volverse loca. Porque joder, ¿qué iba a hacer?

Lo deseaba, sí y, para su sorpresa, él también la deseaba a ella. Y ella quería, más que nadie, estar con él en esa cama. Pero… No, eso no debía pasar.

¿Por qué no? Si al final te irás igual. Disfruta mientras puedas, dijo la voz de su cabeza.

Chloe gimió. No, ¡no podía hacer eso!

Venga, chica. ¡Eso que te llevas!, volvió a insistir la voz.

Que no, coño, pensó Chloe.

Se obligó a dejar de lado esos pensamientos que la amenazaban con hacerla perder la cordura y volvió al presente.

—Será feliz aquí —dijo Chloe, refiriéndose a Tori.

Solo había que ver cómo Tori reía, el brillo en los ojos que tenía desde que estaba en aquel lugar.

—Tú también lo serías —dijo Carmichael. Chloe lo miró, la sorpresa en su rostro. El anciano rio—. Más sabe el diablo por viejo que por diablo —le recordó ese refrán.

—Entre nosotros no hay nada —aseguró ella.

Carmichael sonrió.

—No será porque Raven no quiere —el hombre era listo, ¿eh? Volvió a mirar a Tori, la sonrisa sin abandonar su rostro—. De todas formas, gracias —dijo sorprendiéndola

—¿Por qué? —preguntó ella, extrañada.

—Por traerme de vuelta a Beau.

Esas enigmáticas palabras quedaron sin explicación porque, de repente, Tori gritó. Se había

caído del columpio.

—Mierda…

A Chloe le faltó tiempo para levantarse del banco donde estaba y salir corriendo hacia ella. Cuando llegó, se puso de rodillas y levantó un poco a la niña del suelo.

—Tori, ¿qué te pasó? ¿Estás bien? —preguntó, preocupada al máximo.

—Tori, ¿qué te duele, pequeña? —preguntó Carmichael llegando hasta ella.

Tori se apretaba el lado derecho de su cuerpo, por encima de la ingle. Chloe la había visto tocarse en ese lado toda la mañana, pero no le había dado ninguna importancia.

—Me duele —se quejó la pequeña, la voz rota por el dolor.

—¿Te duele algo más? ¿Te has lastimado? —ella negó con la cabeza— ¿Puedes andar? —la niña volvió a negar y Carmichael no tardó en coger el móvil y hacer una llamada.

—Sylvester, necesitamos ir al hospital.

El dolor de Tori cada vez era más agudo y la pequeña, cuando llegó a la sala de emergencias del hospital comarcal, estaba llorando a moco tendido.

Tanto Carmichael como Chloe habían llamado a Raven al móvil, pero lo tenía apagado. Estaría en una cirugía, porque ese era el único momento en el que apagaba su teléfono.

Al llegar, los celadores de la sala de urgencias tumbaron a la niña en una camilla.

—¿Señor Carmichael? —Roy, uno de los administrativos del hospital, se acercó a él rápidamente al verlo entrar— ¿Qué ocurre? ¿Va todo bien?

—¿Dónde está Raven? —preguntó Carmichael.

—Acabamos de salir de una cirugía, debe estar saliendo del quirófano —dijo la jefa de enfermeras llegando hasta ellos, los había visto entrar mientras se dirigía a la sala de descanso—. ¿Necesita que lo llame?

—Sí, Emily —Carmichael la conocía muy bien—. Y dile que su hija lo necesita.

Sobra decir la cara que se les quedó a todos cuando la palabra hija salió de la boca de Carmichael. Vamos, se habían quedado todos de piedra, preguntándose si era verdad lo que habían escuchado.

En ese momento, el sonido de un móvil los devolvió a la realidad. Era el móvil de Chloe y era Raven quien llamaba.

—Hola, estaba en quirófano. ¿Va todo bien? —preguntó, preocupado.

—No —dijo ella, llorando del ataque de nervios que tenía porque la niña no dejaba de llorar porque le dolía—. Tori…

—¿Tori? ¡¿Qué demonios le pasa a Tori?! —exclamó, caminando a zancadas, dispuesto a

marcharse a casa ya.

Fue entonces cuando los vio allí, en la sala de urgencias.

—Beau… —lloró Chloe, nerviosa.

—¿Tori? —Raven corrió hasta ella— ¿Qué le pasa? —le preguntó a Chloe— Cariño, ¿estás bien?

—Me duele —lloró la pequeña—. Papá, me duele —sollozó.

Y qué irónica era la vida, qué momento más oportuno para llamarlo así.



—Está bien —dijo Raven saliendo del quirófano. Se quitó el gorro, con las prisas de salir a decirles que la cirugía había sido un éxito, ni cuenta se dio.

Chloe, que se había levantado rápidamente al verlo, sintió que las piernas no la sostenían.

—Menos mal —suspiró ella.

—Nena, vamos —Raven la ayudó a llegar a una de las sillas de la sala de espera y cuando ella se sentó, él se puso en cuclillas, entre las piernas de ella—. Está bien. Despertará en un rato y en unos días será el torbellino de siempre.

Chloe sonrió y dejó que Beau limpiara las lágrimas que caían por su cara.

—Me asusté —reconoció ella.

—Lo sé —él también se había asustado—. Pero ya está bien. Ha sido una apendicectomía sencilla —intentaba tranquilizarla.

—Gracias —dijo ella.

—¿Por qué? —preguntó Raven, extrañado.

—Por quitarle el dolor —susurró ella.

Raven la miró a los ojos unos segundos y sabía, de verdad que sabía que no debía hacer eso, no allí. No en ese lugar. Pero joder, tenía tantas ganas de besarla y de consolarla…

Y lo hizo.

Lo hizo porque como le había dicho a ella, el mundo entero se podía ir a la mierda si así estaba con ella. Así que cogió su cara entre las manos y le dio un largo beso en los labios.

Cuando se separó de ella, esperó ver el reproche en su mirada, pero no se encontró con eso, sino con una mirada cariñosa y sintió que algo extraño se instalaba en su pecho.

—Pero ¿qué pasó? —la voz de Romeo interrumpió ese momento y tanto Raven como Chloe se lo agradecían.

Raven porque no quería ponerle nombre, en ese instante, a lo que fuera que estaba sintiendo y Chloe porque la mirada tan intensa de Beau después de ese beso la había puesto nerviosa y necesitaba alejarse de él.

Raven se levantó y Chloe hizo lo mismo. Se acercaron a Romeo y Carmichael.

—Apendicitis —explicó el médico en el mismo momento en que Rain y Sylvester llegaban—. Está bien. La recuperación será muy sencilla, pronto le daré el alta. Eso sí, si prometéis que guardará reposo hasta que yo lo diga.

—Prometido —dijeron todos a la vez.

—Joder, qué susto —suspiró Romeo.

—Ni me lo recuerdes —el pobre Carmichael también se había llevado el susto de su vida.

—Pues susto, poco, la ha operado el mejor cirujano del país —dijo Raven con petulancia.

—No del hospital, ni de la región, sino del país —Romeo rio—. Cómo se nota que no tienes abuela.

—Ni madre, ya que estamos —fue un intento de broma macabra, pero a Chloe le sentó como el culo, así que le golpeó el hombro con el puño—. Auch, ¿pero por qué? Si es verdad.

—Por subnormal —gruñó ella.

Raven, como si fuera lo más normal del mundo, puso su brazo alrededor de los hombros de Chloe, la acercó a él y le dio un beso en la frente.

—¿La lleváis a casa? —preguntó mirando a los cuatro hombres que había frente a él.

—Sí —dijeron a la vez.

—¿A quién? —preguntó ella, con el ceño fruncido, moviéndose a un lado para mirar a Beau.

—A ti, ¿a quién más? —resopló Raven.

—Ni de coña me muevo de aquí, Beau —ella, cabezota.

—Pues tendrás que hacerlo —ordenó él—. Irás a casa, te ducharás, comerás algo y solo entonces volverás. No te dejaré ver a la niña si no es así —le advirtió.

—No seas idiota —dijo ella, enfadada.

—No lo soy. Pero tardará en despertar. Está cuidada. Joder, estoy aquí, ¿no? Así que despéjate un poco y ya después te quedas toda la noche con ella. ¿Te parece? Oh, vamos, ¿es qué no confías en mí? —resopló Raven.

—Oh, está bien —claudicó Chloe.

—Esa es mi chica —Raven le guiñó un ojo y sonrió al ver cómo casi tenían que sacarla a la

fuerza de aquel lugar.



Raven tenía razón, había acertado. Claro que él nunca fallaba en algo como aquello. Como había predicho, la recuperación de la pequeña Tori había sido extraordinariamente rápida y, solo unos días después, ya estaba liándola por la casa. Desde el reposo, porque nadie de los que vivían o trabajaban allí le permitían moverse, pero esa loca era un terremoto aunque estuviera en reposo.

—Mañana te quitaremos las grapas, ¿vale? —dijo Raven después de curarle la herida.

—Eso duele —dijo Tori con un puchero en los labios.

Raven enarcó las cejas.

—¿Alguna vez te ha dolido algo de lo que te he hecho? —Tori negó con la cabeza— Pues yo te las quitaré, así que puedes quedarte tranquila, porque no dolerá.

—Vale, papá —desde aquel día, cuando llegó al hospital, siempre lo llamaba así.

Raven se acercó a ella y le dio un abrazo, con cuidado de no hacerle daño, y un beso en la frente.

—Qué descanses, pequeña —le dijo Raven al darle las buenas noches.

—Papá… —lo llamó la niña— ¿Me cuentas un cuento?

La pregunta lo tomó por sorpresa, no se esperaba eso. Chloe enarcó las cejas, igualmente sorprendida. Nunca le había pedido a otra persona que no fueran su madre o ella que le contase un cuento. Que lo hiciera con su padre solo demostraba que lo consideraba familia y que confiaba en él.

Raven miró a Chloe, quizás pidiéndole permiso. Él no quería que ella sintiera que se entrometía en la relación que ella tenía con la niña. Pero Chloe lo miró con una genuina sonrisa en los labios.

—¿Quieres que te cuente un cuento? —preguntó, mirando de nuevo a la pequeña.

—Si quieres… —dijo entonces, avergonzada.

—Claro que sí —aseguró Raven.

Raven se acomodó en la cama y le hizo una señal a Chloe para que se uniera a ellos, pero ella negó con la cabeza y desapareció de su vista. Ese momento era de ellos, de nadie más.

Chloe, apoyada en la pared del pasillo, sonrió con genuina felicidad al escucharlos.

—¿Qué cuento quieres que te cuente? —preguntó Raven, nervioso, porque sería la primera vez que contaría un cuento a un niño. Y que esa niña fuera Tori, lo ponía más nervioso todavía.

—¿Cuál te sabes? —preguntó la niña con curiosidad.

—Bueno… La verdad es que no conozco muchos —dijo Raven con sinceridad—, pero me puedes enseñar —sugirió.

—¿De verdad? —la niña ya estaba más que fascinada por sentirse mayor.

—Claro, si eres la experta.

—Sí, lo soy —dijo ella, tan petulantemente como lo habría dicho su padre, haciendo reír a Chloe.

—Lo sé —el padre engordando de la emoción.

—¿Te cuento el cuento de Caperucita y el lobo que al final no era un lobo?

Raven río al escucharla.

—Pero Tori, no puedes contar el final. Eso es spoiler —rio Raven.

—¿Espoqué? —Tori no había entendido nada ni sabía qué era aquello.

—Spoiler. Eso significa que el final del cuento tiene que ser secreto hasta que llegue el final —le explicó su padre.

—Ah… —dijo ella. Estuvo unos segundos en silencio hasta que habló— ¿Entonces te cuento el cuento de Caperucita y el lobo que al final no era un lobo?

Chloe se tapó la boca para no soltar una carcajada.

Raven no lo hizo, él rio a todo pulmón.

—Sí, cariño —dijo Raven entre risas—. Cuéntame el cuento de Caperucita y el lobo que al final no era un lobo.

—Me lo contó el abuelo —dijo ella, súper emocionada—. Empiezo. Había una vez…

Dos minutos tardó Raven en levantarse de la cama, ni dos frases había podido contar Tori cuando ya estaba en el quinto sueño.

Raven la tapó mejor y le dio un beso en la cabeza.

—Buenas noches, papá —dijo ella, somnolienta.

—Buenas noches, pequeña —susurró él.

Con una enorme sonrisa en el rostro, Raven cogió el maletín de las curas y se levantó de la cama donde dormían Chloe y Tori. Salió de la habitación y se encontró con Chloe, quien lo miraba con una enorme sonrisa en la cara.

Él también sonrió al verla.

—Gracias —dijo esta otra vez.

Raven puso los ojos en blanco.

—¿Me vas a estar dando las gracias por todo? —preguntó.

Chloe se encogió de hombros.

—¿Qué tiene de malo?

—Nada, pero prefiero otra cosa —le guiñó un ojo y cuando pasó al lado de ella, le habló al oído—. Como un beso, por ejemplo.

Chloe le dio con la mano en el hombro.

Entre risas, Raven caminó hasta su habitación.

—Ay, Chloe —suspiró él mientras se marchaba—. ¿Alguna vez dejaré de esperar?

Chloe sonrió y negó con la cabeza mientras miraba la espalda de ese hombre que, por segunda vez, había cambiado su vida. Se apoyó de nuevo en la pared y suspiró pesadamente.

Ojalá fuera posible, pensó.

Aunque sucesos más imposibles habían ocurrido, ¿verdad?



Capítulo 21

Sucesos más imposibles habían ocurrido…

Si no que se lo dijeran a ella, a quien le había cambiado la vida radicalmente en tan poco tiempo. Podría decirse que le cambió en un solo día.

Ese fatídico día…

Chloe, con la cabeza hecha un caos, se mordió el labio inferior con insistencia, pensando en si debería hacer lo que quería hacer.

Pues no, la verdad es que no, pensó.

Resopló, estaba claro que, si continuaba cavilando, se echaría atrás.

Después de comprobar por quincuagésima vez que Tori seguía profundamente dormida, Chloe decidió que ya no había tiempo para pensar más. Abrió la puerta de la habitación y se deslizó por el umbral, silenciosa como un fantasma, esperando no hacer ruido.

—¿Adónde vas?

—¡Oh, joder! —exclamó a todo pulmón cuando la pregunta la sobresaltó. Es que el susto que se había llevado era monumental.

La mirada de Chloe se dirigió al culpable de que estuviese a punto de sufrir un maldito infarto y bufó al verlo.

Siempre dejaban unas pequeñas luces encendidas en el pasillo para que hubiera visibilidad suficiente. Estaba pensado para momentos como ese, en el que los habitantes de la casa deambulaban por la casa, cuales espectros, a cualquier hora de la noche.

—Tu entretenimiento favorito es asustarme, ¿no? —gruñó Chloe, visiblemente agitada.

Rain enarcó las cejas en respuesta, un aire de inocencia fingida en su rostro.

—Pues no —negó con la cabeza—. Pero ¿adónde vas?

Chloe puso los ojos en blanco, sintiendo que su paciencia estaba a punto de agotarse. Abrió de nuevo la puerta de la habitación y tras comprobar que Tori seguía dormida, soltó un suspiro de alivio y volvió a cerrarla con cuidado.

—¿Adónde voy? —murmuró para sí misma, recorriendo con su mirada el pasillo— Ah, eso. Jajaja —intentó soltar una risa casual. Y digo lo intentó porque más falsa no pudo sonar—. A beber agua, ¿adónde iba a ir?

—Pues no lo sé —dijo el sheriff, encogiéndose de hombros—. Por algo te lo pregunto.

La risa de Chloe terminó desvaneciéndose en una especie de sollozo que mostraba la frustración que estaba sintiendo.

—Voy a la cocina —declaró entonces.

—Vale —dijo Rain con voz neutra mientras se dirigía a su habitación.

Bastante lento, por cierto, el hombre caminaba con una lentitud casi burlona, porque mientras Chloe caminaba hacia las escaleras, miraba hacia atrás y parecía que ese hombre no se movía del sitio. Pero bueno, ¿es que ese hombre no iba a llegar nunca al maldito dormitorio? ¿Era esto una señal para que ella no hiciera lo que iba a hacer?

¿Ese hombre no iba a acelerar el maldito paso?

Al parecer no, como parecía que el universo tenía una peculiar afición por ponerla de los nervios.

A la pobre no le quedó más remedio que bajar las escaleras… Unos cuantos escalones solo, se dijo. Después miraría si ese hombre, por fin, había terminado de caminar por el interminable pasillo.

Un escalón.

Dos escalones.

Al tercer escalón, se permitiría mirar….

—¿Adónde vas?

Otra voz la sobresaltó, haciéndola gritar.

—¡Pero me cago en la leche! —exclamó cuando tropezó con Romeo, que había aparecido de la nada después de bajar dos escalones. Lo miró, sus ojos color avellana echando fuego— Voy a beber agua, ¡a beber agua! —gritó, sin importarle ya si alguien la escuchaba o no.

Porque joder, se le iba a salir el corazón por la boca. Malditos fueran todos.

—Vale —dijo el italiano, contrito—. Tampoco hace falta que te enfades.

—Que no hace falta… —repitió Chloe, su voz llena de incredulidad mientras pasaba por su lado y continuaba bajando las escaleras. — Si es que no puede ir una a beber agua tranquilamente en esta casa sin encontrarse con medio pueblo, vamos —refunfuñó, una muestra de descontento en su cara—. Me cago en la leche, ¿pero aquí la gente no duerme o qué? —se la seguía escuchando despotricar mientras sus pasos se perdían por el pasillo.

Raven, que estaba apoyado en el marco de la puerta de su dormitorio, no sabía cómo estaba siendo capaz de contener la carcajada que amenazaba con escapar de su garganta.

Romeo terminó de subir las escaleras y lo miró, desconcertado. Raven negó con la cabeza, su rostro reflejando la diversión que sentía.

—Está fatal de los nervios, necesita vida social —suspiró.

Romeo pestañeó, su mirada osciló entre la escalera y Raven. Para finalmente mirar a su amigo y negar con la cabeza.

—Desde luego, mira que se complica la vida la mujer, ¿eh?

Sin duda alguna, Chloe se complicaba la vida más de lo que uno se podía imaginar, porque ahí estaba ella, en la cocina, sola, bebiéndose ya el tercer vaso de agua, esperando, o más bien rogando, a que todo el mundo se hubiera acostado de una maldita vez.

Madre mía, qué coñazo de tíos, pensó.

¿Eran inmunes al sueño o qué?

Cuando ya sentía que estaba enguachinada, volvió sobre sus pasos. Con determinación, pero también con cautela, subió las escaleras hasta la primera planta, rezando para no encontrarse con nadie más.

Y como no había nadie…

Por si acaso, decidió no arriesgarse. Así que, con un sprint casi desesperado, corrió hasta el dormitorio de Beau, abrió la puerta, entró a toda prisa y cerró de un portazo, casi arrancando la puerta de cuajo.

Pues menos mal que no quería hacer ruido, que si no…

—Joder —resopló, su corazón latiendo a mil por hora, su respiración entrecortada—. No era así como tenía planeado que pasara, ¿eh?

Hablaba para sí misma, por supuesto.

—¿Entonces cuál era el plan? —preguntó una voz detrás de ella.

Era Raven, sin apenas poder contener la diversión en su voz.

El hombre tuvo reflejos y, rápidamente, cubrió la boca de Chloe con su mano antes de que toda la casa la escuchara gritar más.

Gritar más, sí, porque lo hizo, llegó a gritar y con una fuerza que lo sorprendió hasta a él.

—Tranquila, soy yo —susurró Raven en su oído, haciendo que dejase de retorcerse. La habría soltado antes, pero es que no podía dejar de reír.

Ella sabía de más que era él, conocía su risa. No era por eso por lo que se removía, no porque estuviera asustada, sino porque quería que la soltara para darle unas cuantas tortas. Que bien merecidas las tenía.

—¿Pero se puede saber qué haces? —gritó Chloe en un susurro indignado cuando Raven la soltó. Se había girado hacia él y le estaba dando varios tortazos en el hombro.

—Joder, hacía tiempo que no me reía tanto —Raven no podía más, estaba doblado de la risa. Es que esa mujer era todo un caso—. Ay, que me da.

—Hostias te voy a dar —refunfuñó ella, claramente irritada—. ¿Pero cómo se te ocurre asustarme así?

—¿Yo? —preguntó Raven, divertido— ¿Cómo se te ocurre entrar en el cuarto de esa manera?

Podría haberte golpeado de no saber quién eras.

—Porque… Porque… —estaba tan acelerada que no podía ni hablar— ¿Es que en esta casa no duerme nadie? —preguntó entonces, con un deje de incredulidad y frustración en su voz.

—Al parecer os habéis puesto todos de acuerdo para ir a buscar agua —replicó Raven.

Y entonces volvió a reír.

—¿Me has visto? —gimió Chloe, claramente avergonzada.

—Yo y Carmichael, sí. Además de esos dos.

—Ay, señor —gimió Chloe, agarrándose la cabeza en un gesto de desesperación—. Todo es tu maldita culpa —dijo enfadada.

—Vaya por Dios, ¿y eso por qué, si puede saberse? —Raven se cruzó de brazos, pero la diversión seguía mostrándose en su rostro.

No fue hasta ese momento que Chloe se percató de que él solo vestía un bóxer. Lo miró de arriba abajo, sus ojos recorriendo cada centímetro de su cuerpo y el gemido que salió de sus labios hizo que tuviera que apretar las piernas.

Con fuerza.

—Chloe… —dijo Raven con la voz ronca, descruzando los brazos— Si me vuelves a mirar así, no sé si podré controlarme —le advirtió.

Chloe carraspeó y desvió la mirada, pero por poco tiempo, porque no tardó en volver a posarla en ese perfecto cuerpo.

Joder, qué calor, pensó ella.

—¿Mirarte cómo? —preguntó roja como un tomate, haciéndose la tonta. Su voz sonaba pastosa. Normal, si es que se le había quedado la boca seca a la mujer con lo que tenía delante.

Dios mío… Ese hombre estaba como quería. Qué pectorales, qué abdominales… La mirada de Chloe siguió bajando.

¡Qué paquete!

Un gemido salió de sus labios y desvió por completo la mirada. Entonces miró a Beau a los ojos.

—Como si quisieras comerme —le respondió él, con una pícara y seductora sonrisa en los labios. Su voz ronca por el deseo.

Y quiero hacerlo, pensó Chloe. No lo dijo, pero lo pensó y las palabras quedaron ahí, en el aire, entre ellos.

Chloe abrió los ojos de par en par, pero hizo un gesto gracioso con la cabeza, tratando de disimular su reacción.

—No dije nada —dijo con la voz aguda, intentando controlar su nerviosismo.

Con un gruñido de desesperación, Raven se alejó de ella.

—No puedo tenerte cerca —admitió.

Se acercó a la ventana, lo bastante lejos de ella, lo bastante lejos para mantener su anhelo a raya. Porque pensaba que no iba a poder contenerse.

Dios mío, ¡cómo lo había mirado! Si él estaba seguro de que había mojado el bóxer y todo. ¡Si no se había corrido allí mismo de milagro!

—¿Está todo bien? —preguntó Beau. Su voz ronca y profunda, intentando cambiar la conversación a un tema más seguro o iba a darle algo—. ¿Tori?

Sí, ese era un buen cambio de tema.

—Sí.

—Bien… —murmuró él.

Entonces, el silencio cayó sobre ellos.

Chloe dejó escapar todo el aire de sus pulmones, una exhalación que parecía susurrar todas esas palabras que ella era incapaz de pronunciar.

Raven creía saber por qué Chloe estaba allí, estaba seguro de que no habría liado semejante alboroto ni habría irrumpido en su habitación de esa manera si no fuera para lo que él suponía que era.

Al menos, eso quería creer.

Pero era evidente, también, que no le estaba resultando fácil. Y él no tenían ninguna intención de facilitarle las cosas

Ansiaba tenerla con él, en su cama. Deseaba devorarla entera. Pero la quería allí por voluntad propia. Quería que Chloe lo eligiera, que lo deseara tanto como él a ella. Quería que expresara su deseo en voz alta, como había hecho él.

Ambos sabían que aquello no podría ser una relación normal, porque nada en ellos ni a su alrededor lo era. Pero por Dios que, si iba a tenerla, lo haría a su manera.

Y su manera era no guardándose nada.

Ni permitiendo que ella se guardara nada.

—Entonces —empezó él, rompiendo el largo silencio que se había instalado en la habitación —, si no has venido para que nos devoremos el uno al otro, ¿a qué has venido exactamente?

Chloe sabía que Raven la estaba provocando. O poniéndola a prueba. No era ni tonta ni inexperta y tenía muy claro que él sabía por qué estaba ella allí. Pero también sabía, porque él se lo había demostrado, que él no forzaría las cosas.

Que tendría que ser ella quien diera el primer paso. Tendría que ser ella quien tomara la iniciativa.

Lo había hecho al entrar en esa habitación, pero había reculado al negar para qué estaba allí. Si ella daba un paso atrás, él también lo hacía, dándole su espacio. Como Raven le había repetido varias veces, todo estaba en sus manos.

Y ella no podía alargar más la situación, no podía alargar más esa tortura que los tenía, a los dos, al borde del abismo. Al menos, así era como ella se sentía.

Por eso, sin pensar, se lanzó al abismo.

—Beau… —susurró con voz temblorosa y llena de deseo.

Raven cerró los ojos al escuchar el innegable deseo en el tono de voz de Chloe. La emoción y la expectativa haciéndolo temblar. Se giró lentamente y la miró a los ojos.

—Chloe… —susurró él. Su voz suave y profunda.

Ella bajó las manos y, para sorpresa de Raven, comenzó a desatar el lazo de la bata que la cubría. La abrió lentamente, con cautela. Pero en todo aquello también había un toque de audacia, porque con ese gesto, mostraba su cuerpo al hombre que tanto deseaba.

—Esto da un poco de miedo —dijo entonces ella.

¿Miedo? ¡¿Miedo?! A Raven lo que iba a darle era un maldito infarto allí mismo. Pajarito, ¡se iba a quedar tieso!

—Quítatela entera —ordenó él con una voz que apenas reconocía como suya, intentando controlar las ganas que tenía de abalanzarse sobre esa mujer, de saborearla y de sentirla por completo.

Obediente y sin un ápice de vergüenza, Chloe lo hizo y la bata cayó silenciosamente a sus pies.

Raven la miró de arriba abajo, permitiendo que sus ojos hambrientos se deleitaran con cada detalle. Y pensó, con un destello de pánico, que la polla le iba a reventar allí mismo.

—Joder, Chloe —susurró Raven, tragando saliva al verla en ropa interior.

Su mirada se paseó por sus pequeños pechos, su cintura estrecha, sus caderas redondeadas. Deslizó la mirada por esas largas y esbeltas piernas…

Todo en esa mujer era pura perfección y él estaba a punto de perder la cabeza.

—¿Esto significa…? —intentó terminar su frase, pero le faltaba el aire. También él necesitaba un momento para calmarse— ¿Nos estás dando vía libre?

Ella asintió, una afirmación nerviosa, pero decidida. Se sentía nerviosa por cómo la miraba ese hombre, con deseo y con una silenciosa promesa de placer.

—¿Esa es la mirada de quiero comerte? —preguntó Chloe, una nota de curiosidad y desafío en su voz.

Una sonrisa torcida y segura se formó en los labios de Raven, un gesto de satisfacción ante su audacia.

—Sí, nena —respondió con un tono suave, pero cargado de promesas mientras empezaba a caminar, lentamente, hasta ella—. Esta es la mirada de quiero devorarte.

Y fue entonces cuando el poco control que aún lo mantenía lejos de ella, desapareció. Como si nunca jamás hubiera existido. Con grandes zancadas, acortó la distancia que los separaba y se abalanzó sobre su boca.

La agarró por la cintura sin dejar de besarla, un beso urgente y desesperado, y la cogió en peso, levantándola en el aire. Chloe enredó las piernas alrededor de la cintura de Beau y le devolvió el beso con las mismas ansias que él demostraba sentir por ella.

Lo deseaba, lo había deseado durante años. Y aunque sabía que nada de eso estaba bien, no podía evitarlo. No cuando lo necesitaba. Porque todo su cuerpo clamaba por él.

Necesitaba sentirlo, necesitaba que entrara en ella. Aunque solo fuera una vez.

Finalmente cayeron sobre la cama, Raven encima de Chloe. Tras un corto y desesperado beso, Raven se separó de ella, se apoyó sobre un codo y la miró a la cara con una intensidad insoportable. Con la otra mano, acarició la mejilla de Chloe con una ternura que contrastaba con la pasión desenfrenada de momentos antes.

—Quiero hacerte tantas cosas que no sé ni por dónde empezar —admitió él, la frustración y la ansiedad teñían sus palabras.

Chloe sonrió, un poco avergonzada.

—Haz lo que quieras —dijo, nerviosa.

—¿Lo que quiera? —preguntó Raven enarcando una ceja en una mezcla de sorpresa y curiosidad. Ella asintió y él dejó escapar un suspiro satisfecho— Hmmm… —con un movimiento suave y seguro, bajó la copa del sujetador de Chloe, liberando uno de sus pechos y se inclinó para tomar su pezón con la boca.

—Beau… —susurró Chloe, con una mezcla de sorpresa y deseo en su voz.

—El problema, nena, es que lo quiero todo —murmuró Raven antes de volver a besarla en la boca con tanta fuerza que los dejó a ambos jadeando por aire—. Pero no creo que mi polla aguante tanto.

Chloe rio, una risa suave y juguetona.

—Exagerado —la sonrisa bailando en sus labios.

—¿Exagerado? —Raven levantó una ceja, una sonrisa desafiante se formó en su rostro. Cogió la mano de Chloe y la puso sobre su miembro, un gesto que les arrancó un gemido a ambos— ¿Te sigo pareciendo exagerado?

Chloe levantó un poco la cabeza, buscando los labios de Beau para besarlo. Él gimió sobre su boca, encantado de que ella tomara la iniciativa. Y, cediendo al deseo, la dejó hacer.

Y pronto, los besos y las caricias dejaron de ser suficientes. La ropa estorbaba. Los sexos de ambos palpitaban por el deseo, la necesidad del contacto con el otro los hacía temblar por la expectación.

Ya sin ropa, tumbado el uno sobre la otra, sus cuerpos se movían al ritmo de la pasión. Raven abandonó la boca de Chloe y comenzó a bajar por su cuello, lamiendo, dándole pequeños mordiscos. Hasta que llegó a sus pechos, donde se detuvo para adorarlos.

—Me gusta así —murmuró Chloe cuando Raven chupó con fuerza uno de sus pezones.

—¿Te gusta fuerte? —preguntó Raven con una sonrisa en la voz. Atacó el otro pezón, lo chupó y lo estiró con más fuerza, probando sus límites.

—Oh, sí —respondió Chloe con un gemido.

Raven levantó la cabeza y volvió a besarla en los labios, volviendo a la dulzura de antes.

—¿Qué más te gusta? Cuéntame… —le pidió Raven con un tono de voz bajo y sensual.

Mientras, con la mano, rozaba suavemente su pubis, acariciando su intimidad. Con los dedos, abrió con delicadeza sus labios vaginales y acarició su sexo, provocándola.

—Cuéntame, Chloe. ¿Qué te gusta sentir aquí? —su pregunta era una invitación a la confesión.

—Apriétalo —dijo ella, sus palabras apenas más que un susurro cuando él rozó delicadamente su clítoris.

Raven obedeció sin dudar, apretó su clítoris con una precisión que la hizo estremecer.

—¿Y cuántos dedos? Vamos a ver —metió tres de un tirón, hasta el fondo, haciéndola gritar de placer— Vaya, vaya —sacó los dedos lentamente y volvió a meterlos hasta el fondo, probando sus límites—. Así que a mi chica le va lo duro —su voz estaba cargada de deseo y satisfacción.

Tanto que fue decir eso y su polla saltó con una necesidad evidente. Eso era lo que esa mujer provocaba en él, el deseo más crudo y salvaje.

—¡Oh, sí! —el éxtasis en la voz de Chloe.

Raven la penetró con los dedos con una intensidad que provocaron que Chloe llegara al límite. La rapidez con la que llegó al clímax la tomó por sorpresa.

Beau se tragó el grito de Chloe tapando su boca con la suya, besándola hasta que los espasmos del orgasmo abandonaron su cuerpo.

—Dios… —suspiró ella, convertida en una muñeca de trapo, exhausta y satisfecha.

Tumbado a su lado, Raven acarició el rostro de Chloe con cariño. Ella giró la cabeza y lo miró con una sonrisa en los labios, una sonrisa de satisfacción que hizo que Raven sintiera algo extraño en su corazón.

—¿Por el mejor orgasmo de tu vida no me das las gracias? —bromeó él, divertido,

provocando una risa en Chloe.

—El mérito se consigue con esta —respondió ella, cogiendo el miembro de Beau entre las manos.

Este siseó ante el contacto. Dios mío, no iba a ser capaz de soportarlo mucho tiempo.

—Nena…

—Necesito tu polla —dijo ella con todo el descaro del mundo mientras acariciaba el miembro de Raven.

Raven casi se corre al escucharla.

—Chloe, por Dios —hizo que lo soltase—. ¿Quieres dejarme en vergüenza? —preguntó con la voz ahogada.

¡Es que no le podía decir esas cosas!

—Quiero que me folles —dijo entonces ella.

—La hostia —Raven tosió. Maldición, que casi se ahoga, ¿no?— No sabía que serías así —Raven sonrió—. Pero me encanta.

Raven se levantó para coger el preservativo, se lo puso bajo la atenta y penetrante mirada de Chloe y volvió al lado de Chloe.

—No puedes mirarla así, nena —gruñó él al tumbarse sobre Chloe.

—¿A quién? ¿Y cómo? —preguntó Chloe con cara de inocente.

Raven rio, sin poder evitarlo.

—A mi polla. Como si quisieras comértela —dijo Raven, su voz tomada por el deseo.

Chloe se lamió los labios.

—Pero es que quiero —dijo.

Raven no rio, Raven casi sollozó porque estuvo a punto de correrse al escucharla.

—Lo harás —prometió él, deseando metérsela en la boca—. Pero antes…

Con una sonrisa llena de promesas, Beau se colocó encima de ella, enmarcado entre sus piernas abiertas y colocó la punta de su miembro en la entrada de la vagina de Chloe.

—¿Segura? —le preguntó entonces, buscando la confirmación que necesitaba.

Ella asintió con la cabeza. Nunca, en su vida, se había sentido tan segura de algo.

Se preparó para el embiste, para la invasión inminente, pero no fue eso lo que obtuvo. Raven se lo tomó con calma, entró en ella poco a poco, sin dejar de mirarla a los ojos.

—Dios, nena… —gimió él una vez que estuvo por completo dentro de Chloe— Joder, tenía que ser así.

—¿Así cómo? —preguntó ella entrecortadamente cuando él salió y entró en ella otra vez.

—Perfecto —dijo entonces Raven. Él no tenía otra palabra para describir lo que estaba sintiendo. Solo perfecto.

Raven se agachó y la besó. Con movimientos lánguidos y pausados, Raven la penetraba. Su polla entrando en ella, haciéndola gritar de placer.

Ambos se movían al unísono, provocando escalofríos de placer en el cuerpo del otro y sin separar, en ningún momento, sus labios.

—Te deseo —gimió Raven cuando notó cómo el orgasmo de Chloe se acercaba y aumentó la aceleración de sus movimientos. Metió una mano entre los dos y acarició el clítoris de Chloe—. Te deseo, Chloe.

—Y yo a ti —gimió ella, empezando a perder el control—. Oh, dios, así…

Un poco más fuerte, un poco más rápido y el grito de cada uno de ellos fue silenciado por la boca del otro.

A Raven le temblaban los brazos, apenas tenían fuerza para seguir sujetándolo. Antes de caer sobre ella y hacerle daño, salió de su cuerpo.

Chloe sintió el vacío rápidamente y le dio tiempo a imaginar de todo, hasta que él la agarró y la colocó sobre su pecho, abrazándola con fuerza. Y él lo notó.

Raven notó cómo su cuerpo pasó de estar tenso a destensarse con solo tocarla, un efecto que lo sorprendió y lo complació.

—¿Qué estabas pensando? —preguntó entonces, con curiosidad.

—Nada —dijo ella rápidamente, tratando de evadir la pregunta.

Raven sonrió, le dio un beso en la frente y la apretó aún más contra su pecho.

—No tengo pensamiento de huir, más que nada porque esta es mi cama —bromeó, intentando hacer que se relajara. Al notar cómo se tensaba, sabía que eso era precisamente lo que se le había pasado por la cabeza—. Espero que tú tampoco quieras salir corriendo.

Raven sonrió al notar cómo ella lo abrazaba. Le gustaba ese tipo de gestos, le gustaba que se sintiera a gusto con él.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó entonces ella, el remordimiento en su voz.

Y eso era, precisamente, lo que él no quería. No, al menos, esa noche. Porque lo que habían vivido no era, ni mucho menos, para avergonzarse.

Él había vivido algo único y nada ni nadie le iba a joder ese momento. Ni siquiera la propia Chloe. Así que la movió y la puso tumbada sobre su cuerpo. Le quitó el pelo de la cara y descubrió su rostro.

Lucía perfecta después de haberle hecho el amor.

Joder, le había hecho el amor. No se la había follado ni nada por el estilo. Porque era Chloe y con Chloe, sencillamente, era especial.

"¿Qué estamos haciendo?", había preguntado ella.

—Pagándonos a nosotros mismos —dijo entonces él—. Nos debemos muchas cosas. Muchos momentos… ¿No crees?

—Sí —confirmó ella, no queriendo empañar con remordimientos ese momento tan único que habían vivido.

Raven levantó la cabeza y besó a Chloe. Un beso dulce que le supo a poco. Al separarse de ella y mirarla a los ojos, Raven suspiró.

Chloe lo había sorprendido, para bien. Esa mujer era puro fuego. Y él, un pelele entre sus brazos. Así era como se había sentido, a los pies de Chloe.

Y no le importaba en lo más mínimo.

En algún momento, Raven tuvo la tonta idea de que con una vez sería suficiente. Ingenuo…

¿Me saciaré alguna vez?, se preguntó a sí mismo.

No lo sabía. Solo sabía que quería ver ese rostro una y otra vez. Que la quería así, desnuda y en su cama cada maldito día de su vida.

Joder, se estaba enamorando de esa mujer.

La revelación era aterradora. Ese tipo de revelaciones le daba miedo a cualquiera y Raven no iba a mentir diciendo que él era diferente, no. Estaba asustado y mucho. Porque su historia, su pasado, quiénes eran…

Nada de eso era fácil.

Nada les podría asegurar un futuro.

Joder, ¡él ni siquiera creía merecerlo!

Pero al infierno con todo, ¿qué más podía hacer si su corazón latía a mil por hora por esa mujer?

El problema era, ¿hasta dónde estaba dispuesta a llegar ella?



—¿Adónde crees que vas? —por más que quisiera, Raven no habría podido ocultar el tono autoritario y posesivo en su voz.

Chloe estaba tratando de escapar, de desaparecer sin decir ni una sola palabra y él no iba a

permitirlo.

No, definitivamente no iba a permitirlo.

En un movimiento rápido y fluido, Raven la cogió por la cintura, deteniendo su huida hacia la puerta del dormitorio. El sentirla entre sus brazos le provocó un escalofrío provocado por el deseo que sentía por esa mujer. Era tocarla y desearla.

Raven había estado sumergido en un sueño profundo y al notar que algo faltaba a su lado, abrió los ojos y lo primera que vio fue a esa mujer yendo hacia la puerta.

Si ella creía que iba a poder marcharse así, sin decir una palabra, sin una despedida, entonces es que no conocía a Raven en absoluto.

—¿A mi cuarto? —dijo Chloe.

Intentó que la soltara, pero era evidente que no podría deshacerse de ese agarre de hierro.

—No seas condescendiente —le advirtió Raven—. Y no —la respuesta de él fue corta y concisa. Una negativa indiscutible.

Y antes de que Chloe se diera cuenta, ya estaba sobre la cama, bajo el cuerpo de Beau.

—Beau… La niña —comenzó a protestar.

Pero antes de que pudiera terminar, la queja murió en sus labios cuando Raven deslizó la mano por debajo de la bata que llevaba, movió a un lado las bragas y tocó su sexo.

— Oh, señor… —un escalofrío de placer recorrió el cuerpo de Chloe acompañando a la exclamación de sorpresa que escapó de su boca.

—Eso está mejor —le susurró Raven al oído. Su voz era un ronroneo seductor. Mientras le hablaba, deslizó su lengua por el contorno de su oreja, haciéndola temblar.

La atención de Raven se volvió hacia su sexo, sus dedos acariciándolo con una gentileza que contrastaba con la brusquedad de su agarre de antes. El calor del deseo recorría todo su cuerpo, sus músculos tensos por la anticipación del orgasmo que tendría.

—Vamos a tener un problema si empiezas a huir de mí —sonaba serio, había una advertencia en su voz.

Una promesa.

Chloe, a través de la neblina del deseo que la invadía, lo miró a los ojos. Había algo posesivo en la forma en que la miraba, una intensidad en esos preciosos ojos que decía que no la dejaría ir tan fácilmente.

A ella, en ese momento, no le importaba. No quería alejarse de él.

Y Raven no quería que Chloe huyera de él, no ahora que la tenía tan cerca. No cuando cada vez que la tocaba, sentía que había encontrado algo que no sabía que estaba buscando.

Entonces, sin previo aviso, metió dos dedos dentro de ella, profundizando el contacto y

arrancándole un gemido de placer. Era algo que Raven había hecho antes, pero ¿por qué se sentía como si fuera la primera vez?

—¿Huir? —logró articular Chloe, su voz era un susurro desorientado.

—Sí, nena. Porque no pretenderás tú que si tengo ganas de follarte —Raven metió los dedos hasta el fondo para enfatizar sus palabras—, teniéndote en mi casa, no pueda hacerlo, ¿verdad?

—Yo pensé… —pero no pudo terminar de decir nada, porque no podía formular una respuesta coherente, tan perdida en el deseo que estaba.

Entonces, los movimientos de Raven se volvieron más rápidos, más fuertes, provocando que Chloe casi no pudiera pensar.

—¿Qué pensaste? —la voz de Raven era casi un ronroneo lleno de deseo.

Raven mordisqueó el labio inferior de Chloe mientras su lengua se introducía en su boca, acariciándola con un apasionado beso.

—Supongo que me equivoqué —admitió ella finalmente. Su voz apenas era un susurro ahogado.

Esas palabras decían más de lo que ella quería admitir.

Chloe había pensado que solo sería una vez, que después de esa noche, después de aliviar la tensión sexual que había entre ellos, cada uno seguiría su camino. Pensó que ahí se acabaría todo, pero no lo iba a decir.

Tampoco hacía falta, porque Raven tonto no era y había captado las señales. Sabía muy bien lo que había pasado por la cabeza de Chloe porque, en algún momento, también había pasado por la suya.

La diferencia era que él no estaba luchando contra lo inevitable. No estaba tratando de resistirse a la química que había entre ellos. En cambio, Chloe, siempre racional, siempre pensativa, siempre considerando todas las posibilidades, estaba en una batalla constante entre sus propios deseos y sentimientos.

Pero en esa batalla, ella tenía las de perder. Porque su cuerpo, ese que en ese momento se estaba derritiendo entre los dedos de Raven, gritaba por él. Cada célula de su ser gritaba su nombre, anhelando su toque, su cercanía.

Y lo mismo sucedía con él. Cada célula de su cuerpo gritaba el nombre de Chloe, anhelando estar con ella. Y mientras eso fuera así, él no iba a resistirse.

Había considerado todas las razones por las que no debería seguir adelante con eso: Chloe era su ex cuñada, la hermana de su ex esposa muerta, la tía de su hija y un largo etcétera. Había tantas razones por las que deberían mantenerse alejados el uno del otro…

Él no la merecía, él no merecía ser feliz, ella merecía algo mejor y un largo etcétera.

Pero a pesar de todas esas razones, a pesar de todas esas advertencias, él la deseaba. Su cuerpo anhelaba a esa mujer y ese deseo fue lo único que necesitó para que todo lo demás le importase

una mierda.

—Sí, está claro que te equivocaste —admitió Raven, pero en su voz no había reproche, sino un toque de triunfo—, pero ya te lo recordaré —sin más preámbulos, comenzó a mover con los dedos centro de ella con más rapidez, ayudándola a encontrar su liberación—. Mírame —le ordenó a ella, que tenía los ojos cerrados—. Mírame —le ordenó de nuevo.

Chloe, que hasta entonces había tenido los ojos cerrados, los abrió y lo miró. Los ojos de ambos oscuros por el deseo, sus pupilas dilatadas por la pasión.

—¿Quieres correrte? —preguntó Raven, sus palabras eran una clara provocación.

—¡Sí! —exclamó ella, temblando por la anticipación.

El pulso de Raven se aceleró al escuchar su exclamación. Su polla a punto de estallar sin ni siquiera tocarla.

—Aquí, nena, en mi cama —su voz se volvió más dura, más urgente.

Aceleró el ritmo de sus dedos, empujando a Chloe más cerca del abismo.

Un poco más, solo un poco más…

—En la cocina. En el salón. En el jardín. En la cafetería del pueblo —continuó Raven. Sus palabras eran una promesa, una lista de los lugares donde iba a hacerla tocar el cielo—. En el maldito hospital si hace falta —la miró con intensidad y apretó su clítoris con fuerza, haciéndola gritar—. Donde sea, Chloe. Esto —sus dedos se movieron dentro de ella, haciéndola gemir de placer— no es cosa de una vez, nena —susurró en su oído para, seguidamente, besarla en los labios.

Y Chloe cayó por el precipicio.

Después del orgasmo, Chloe estaba exhausta. Su cuerpo, relajado y laxo en la cama. No podía moverse, apenas podía pestañear. Era como si toda su energía se hubiera agotado, dejándola en ese estado.

—Eso significa que yo también podré pedirlo donde sea, ¿no? —preguntó Chloe en un susurro, pero sus palabras guardaban un interesante y claro significado.

La respuesta de Raven fue una sonrisa amplia

—Claro que sí —besó a Chloe de nuevo, un beso suave y lleno de promesas.

—Tengo que ir con Tori —dijo ella cuando el beso terminó. No sin antes suspirar, plenamente satisfecha.

—Está bien —dijo él, sonriendo.

Pero, en realidad, nada de aquello estaba bien para él. Porque no quería que se fuera, quería tenerla a su lado.

Nada de eso iba a ser fácil, porque no solo estaba enamorado. Estaba encoñado.

Y jodido.

Y eso, sabía, iba a complicar mucho las cosas.



Hasta el fondo, había metido la pata en el fondo. ¿Y ahora qué diablos iba a hacer? Porque ella quería más, ella necesitaba más. Para ella los dos polvos que habían echado y el orgasmo que se había traído de regalo no eran suficientes. Con eso no tenía ni para empezar.

Joder, pero ¡¿qué has hecho?!, exclamó mentalmente.

Joderla, eso era lo que había hecho. Y por eso estaba allí, otra noche más, sin poder pegar ojo. Debatiéndose entre los recuerdos del mejor sexo de su vida y la pesada realidad de con quién había tenido esos malditos, exquisitos e inolvidables momentos de placer.

¿Era para darse de chocazos contra la pared o no?

Y ahí estaba, en medio del pasillo, golpeando su frente contra la pared con un ritmo monótono y constante. Cada golpe resonando en la quietud de la noche.

—Maldita idiota… —dijo tras el primer golpe— Pero ¿cómo se te ocurre? — otro golpe— ¿Te has quedado sin neuronas o qué es lo que te pasa? ¿Dónde diablos está tu sentido común?

—Hombre, a ver, sentido común, ninguno. Y neuronas… Si no te quedas sin ellas después de los golpazos que te estás dando…

Chloe cerró los ojos con fuerza al escuchar la ironía en esa voz, suspiró, se giró lentamente y miró detrás de ella.

—¿Tú no duermes? —le preguntó Chloe a Rain con una mezcla de irritación y exasperación.

—Estaba dormido, pero me despertaste —la respondió él, señalando a la pared con la que se había estado golpeando.

—Vaya por Dios —suspiró de nuevo, alzando los brazos en un gesto de rendición—. Lo siento.

—¿Pero os queréis ir a dormir? —dijo Romeo, asomándose por la puerta abierta del dormitorio, su cara mostraba el sueño que tenía— Que tengo sueño, coño.

—¿Las paredes qué son, de papel o algo? —refunfuñó Chloe.

Porque no se podía creer semejante numerito. Joder, ¿algo tan trivial como golpear una pared podía levantar tal revuelo?

Y para poner la guinda del pastel…

—¿Reunión a estas horas? —la voz de Beau resonó en el pasillo. Apareció en escena con el pelo revuelto, solo con el bóxer puesto y una sonrisa de satisfacción en su cara.

Vamos, si los demás no averiguaban el porqué de esas pintas con solo verlo…

A Chloe iba a darle algo. Porque ella, seguramente, tendría las mismas pintas. Y ese par, de tonto no tenía nada.

Otra cosa sería que se lo hicieran.

—Estos, que no se callan —se quejó Romeo, señalando a Rain y a Chloe con una mirada acusadora—. Qué asco de tío, nunca tiene frío —agregó, lanzando una mirada de desdén a Raven —. Los italianos no estamos preparados para esto —gruñó Romeo antes de entrar de nuevo en su habitación y cerrar la puerta con un golpe seco.

—¿Puedes hacer el favor de no golpearte más la cabeza con la pared del pasillo? Al menos no cerca de mi cuarto. No sé, vete a la cocina y te desahogas allí —dijo Rain, entrando también en su dormitorio.

Chloe estaba alucinando, no se podía creer lo que estaba pasando. Y entonces, para acabar con su paciencia…

—¿Chloe? —la llamó Raven con cautela.

—¿Sí…?

—¿Se puede saber por qué, por el amor de Dios, estabas golpeando tu cabeza? —preguntó exasperado. Y confuso.

Chloe bufó, la tenían muy harta.

—¡Porque me tenéis todos hasta el mismísimo coño! —gritó, dejando salir parte de su frustración.

Que no toda, porque de ser así, ¡ardería Troya!

Y después de un “jum”, se giró y caminó a toda prisa hasta su dormitorio, cerrando la puerta de un golpe.

Dejó a Raven solo en el pasillo, con una sonrisa que no se borraba de su cara.

—Joder, tío, ¡¿pero te quieres ir a dormir?! —exclamó Romeo, su rostro apareciendo de nuevo por el hueco de la puerta de su dormitorio.

Americanos…



Capítulo 22

Los días pasaban y en La Mansión las cosas estaban tranquilas. Bueno, todo lo tranquilas que podían estar teniendo en cuenta quiénes vivían allí.

Tori ya había recibido el alta por completo, es decir, ya podía saltar y correr por todos los rincones de la casa. ¡Cuánto lo había echado de menos!

—Tori, por favor, ¡estate quieta! —gritó Chloe, sacando la cabeza por la ventana de la cocina al observar con horror cómo la niña estuvo a punto de meterse de bruces contra el suelo— No sé cómo tiene los dientes intactos —murmuró, exasperada.

La persona al otro lado del teléfono estalló en risas.

—Eso significa que es feliz allí —comentó Anne, la que había sido vecina de Chloe durante años. Anne siempre disfrutaba al escuchar las travesuras de la pequeña.

La echaba mucho de menos. Las echaba de menos a todas ellas.

—Sí, es feliz —afirmó Chloe y soltó un suspiro pesado—. ¿Cómo pudo hacer algo así?

Anne sabía de quién estaba hablando Chloe. Gracias a la estrecha relación que mantenían, estaba al tanto de todo. Se habían mantenido en contacto todo ese tiempo, siempre contándose todo.

—No lo sé, pero tampoco tenemos que juzgarla. Ella ya no está y solo ella sabe por qué hizo las cosas —dijo la mujer con lástima.

—Sí, en eso tienes razón. Pero no puedo evitar reprochárselo —admitió Chloe, suspirando de nuevo—. Es un buen hombre, Anne. Y será un gran padre. No tenía derecho a separarlo de su hija.

—Pues no… Ojalá estuviera aquí y pudiera explicarse. Qué lástima, tan joven —suspiró con pesar.

Chloe no pudo más y las lágrimas comenzaron a recorrer sus mejillas. Hablar de su hermana siempre la hacía sentir muy triste.

—Chloe… —suspiró Anne al escuchar los sollozos a través del teléfono.

—Estoy bien —mintió ella, secándose las lágrimas con la manga de su blusa—. Tori, ¡que te vas a partir los putos dientes! —exclamó a todo pulmón.

El grito ahogado de Anne se escuchó por el teléfono.

—Sí, estás muy bien —dijo la mujer con ironía. Tan bien que soltaba palabrotas delante de la niña.

—Estoy bien —insistió Chloe.

Pero sus palabras se perdieron en el vacío, porque el móvil ya no estaba apoyado en su oreja.

Ni tampoco en su mano. Miró hacia atrás, sorprendida al encontrarse con Beau, quien acababa de cortar la llamada

—Pero ¿qué haces? —la sorpresa en la voz de Chloe.

Raven se acercó a la ventana, vio a Tori y resopló.

—Tori, ¡bájate de ahí a la de ya o me deshago del columpio! —bramó, mirándola severamente.

Y Tori no tardó ni un segundo en bajarse de allí.

Chloe enarcó las cejas, sorprendida, impresionada por la autoridad que Raven había demostrado.

—No todo son regalos y diversión—dijo Raven, recordando el reproche que le hizo Chloe, tiempo atrás, por no involucrarse en la educación de su hija del todo.

—Te estás comportando cada vez más como un padre —ella se limpió las lágrimas con el dorso de las manos.

Raven la miró con una pizca de ironía en sus ojos.

—Me alegra que te guste eso —respondió. Con cuidado, apartó las manos de Chloe de su rostro y limpió las lágrimas con sus propias manos—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no me gusta verte llorar? —su rostro reflejaba claramente que no solo no le gustaba verla llorar, sino que lo odiaba.

Y mucho.

—Hablaba de Karen… —explicó ella— Y quita, que nos van a ver —dijo mirando a la puerta de la cocina.

—¿Y qué si nos ven? ¿Cuál es el problema? —preguntó Raven, indiferente.

Chloe puso cara de "¿en serio?" Vamos, lo miró como si estuviera loco. Raven se encogió de hombros, confirmando, con su mirada, que, efectivamente, no le importaba una mierda si los veían.

Él no iba a cortarse.

—Estás loco —suspiró Chloe y se alejó de él.

—Hmmm… Por ti al parecer —respondió Raven, coqueto.

Chloe puso los ojos en blanco, negándose a creerle.

—Deja de meterte conmigo —le pidió con un suspiro.

—No lo hago —afirmó Raven con seriedad—. ¿No te ha quedado lo suficientemente claro lo mucho que te deseo? ¿Tengo que seguir demostrándotelo? —preguntó y se acercó lentamente a ella con una sonrisa pícara y maliciosa en sus labios.

—Beau, no —le advirtió Chloe, diciéndoselo muy en serio.

Pero las advertencias nunca habían disuadido a Raven. Así que llegó hasta ella, la agarró por la cintura con un brazo y la besó apasionadamente.

—¡¿Estás loco?! —exclamó ella, conmocionada, cuando el beso terminó.

Maldiciéndolo por lo que había hecho allí, a la luz del día.

Maldiciéndolo porque la había hecho desear más.

—Te lo dije, Chloe —le recordó Raven—. Te dije que donde fuera. ¿Tengo que recordártelo?

—¡No! —exclamó ella, claramente horrorizada.

Raven exhaló con pesadez, un suspiro largo y profundo.

—Qué pena —murmuró.

Chloe resopló y negó con la cabeza. Ese hombre estaba como una puta cabra. A veces no había lógica ninguna ni razón en sus acciones.

—Estando Tori, mantendré las distancias. Lo entiendo y lo comparto, es lo correcto —dijo Raven con sinceridad—. Pero con los demás no voy a cortarme, Chloe —le advirtió.

Chloe lo miró, claramente desconcertada por su abrupta sinceridad. Era un tema espinoso, así que más le valía hablar de otra cosa.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —preguntó entonces, mirándolo con curiosidad mientras en su cabeza intentaba entender qué podía significar que él no quisiera mantener su relación en secreto. Hasta entonces, no se había quejado por ello.

Seguía con sus puyas y sus bromas, no se cortaba un pelo, pero conocía los límites de Chloe y parecía respetarlos.

¿A qué venía ese comentario ahora?

—Ya terminé el turno en el trabajo y pensé que sería una buena idea cenar fuera, hacer algo diferente —dijo con una sonrisa tímida.

—Eso está muy bien —sonrió Chloe, encantada con su espontaneidad.

—¿Crees que a Tori le gustará la idea? —preguntó, repentinamente inseguro.

Chloe no esperaba que hablase de llevarse a la niña. Pero le encantó la idea.

—Esto… —carraspeó, tratando de ocultar su sorpresa— ¡Claro que sí! La harás muy feliz.

Raven asintió con la cabeza, aliviado. La emoción iluminando su rostro.

—Sé que habéis paseado por el pueblo y que ya lo conocéis bastante bien. Pero no sé… —la cautela en su voz— Nunca hemos salido juntos. Y quiero hacerlo. Quiero hacer algo con mi hija —dijo con sinceridad.

A Chloe se le derritió el corazón al verlo tan nervioso y entusiasmado al mismo tiempo.

—La harás muy feliz, Beau —dijo con sinceridad, emocionada—. Estoy segura.

Raven pareció relajarse un poco ante su respuesta. Entonces la miró con intensidad, su mirada fija en ella.

—También me gustaría que vinieras —susurró.

Chloe negó con la cabeza. No, no creía que tuviera que hacerlo.

—Quizás en otra ocasión, Beau —respondió con suavidad.

—Vamos, Chloe. Quiero estar con vosotras —dijo él con sinceridad.

Chloe se mantuvo firme, no iba a ceder.

—Es con ella con quien necesitas estar. Es un momento que tenéis que vivir los dos. En otro momento os acompaño y me invitáis a un helado —le guiñó un ojo.

Raven lo pensó, parecía dudar, pero terminó asintiendo con la cabeza, aceptando su punto de vista.

—¿Seguro que está bien para ti? —preguntó con cautela, mirándola con genuina preocupación.

Ella sabía qué le estaba preguntando. Estaba teniendo consideración con ella, no quería que se sintiera desplazada y eso era de agradecer. Pero no tenía por qué hacerlo, porque ella ya tenía asumido que quien sobraba en ese lugar era ella.

—Lo único que quiero es la felicidad de mi sobrina, Beau. Sí, está muy bien. Ve y disfruta. Pero eso sí, recuerda, controla el azúcar —le advirtió.

Raven sonrió, una sonrisa enorme que hizo que Chloe se derritiera allí mismo, su corazón latiendo con fuerza en su pecho.

—El azúcar lo guardo para después —dijo él enigmáticamente.

Chloe enarcó las cejas, dándole a entender que no sabía de qué estaba hablando, confundida y curiosa a la vez.

Raven se acercó a ella para susurrarle al oído.

—¿Tu coño en mi boca? ¿Existe algo más dulce que eso?

El grito de Chloe por las palabras de Beau se unió al grito que pegó después cuando, separándose de ese hombre, vio a Tori en la puerta de la cocina.

La pequeña los miraba con el ceño fruncido, con una cara de “no me gusta nada lo que estoy viendo.”

—¿Qué hacéis? —preguntó Tori.

Chloe pensó que sí, que esa niña era idéntica a su padre. Porque él también ponía esa cara.

—Le pido permiso a la tita Chloe para llevarte a comer una hamburguesa y un helado.

La cara de Tori cambió por completo. Ahora tenía los ojos abiertos de par en par, como su boca.

—¿De verdad? —preguntó con emoción.

—Sí, de verdad —afirmó Raven, sonriendo.

—¿Y nos deja ir? —preguntó la niña.

—No sé —miró a Chloe—. ¿Qué te parece el plan? —preguntó con una sonrisa torcida en su rostro.

Era todo un sinvergüenza, Chloe lo tenía muy claro.

—Perfecto —dijo Chloe entonces. Tori se puso a gritar, saltando y Chloe, mientras iba a por la niña para prepararla para la salida, se paró al lado de Raven y le habló al oído—. Y puedes comer todo el azúcar que quieras.

Raven contuvo el gemido, pero tuvo que recolocarse su erección cuando se quedó solo en la cocina.

Joder, esa mujer sería su perdición. Bajó la cabeza y miró a su polla. *¿Crees que podremos soportarlo?,* preguntó.



—¿Adónde vamos? —preguntó Tori tras despedirse con la mano de Chloe. Estaba sentada en el coche de su padre, expectante y ansiosa por salir a cenar por primera vez con él. ¡Estaba muy feliz!

Raven sonrió al escuchar el entusiasmo en su voz.

—A mi hamburguesería favorita. Quiero que te comas la hamburguesa más rica del mundo —. Raven la miró por el espejo retrovisor— ¿Qué te parece?

—¿Tiene queso? —preguntó Tori, emocionada antes de conocer la respuesta.

—Sí, tres de queso —dijo Raven, hablando en el mismo tono emocionado que ella.

—Wow —exclamó la pequeña con los ojos brillantes—. Yo quiero —dijo, casi saltando en su asiento.

Raven la miró de hito en hito. Ella estaba sentada en uno de los asientos traseros del coche, en una silla para niños que Carmichael había comprado cuando se encargó de comprar todo lo que Tori necesitara antes de que la niña llegase a la casa. En ese momento, Raven pensó que estaba loco, ahora solo podía agradecerle todo lo que había hecho.

El camino se hizo corto, Tori no callaba en ningún momento, así que Raven no tuvo que pensar en qué decir o no, ella llevaba todo el peso de la conversación.

Incluso cuando tenía la boca llena de hamburguesa, seguía parloteando y soltando tropezones de comida por todos lados.

Sí, era como él, pensó Raven con una sonrisa. Qué se le iba a hacer.

Con el estómago a reventar, pero incapaz de decir que no a los helados, ambos caminaban por la plaza del pueblo mientras se comían el pequeño helado que habían pedido de postre en la hamburguesería.

—¿Te gusta estar aquí? —preguntó Raven cuando tomaron asiento en uno de los pequeños bancos de hierro que había en el centro de la plaza.

Tori asintió con la cabeza. Pero su rostro reflejaba la tristeza.

—Sí. Es muy bonito. Y el castillo también.

Raven sonrió, siempre le hacía gracia cómo llamaba a La Mansión.

—A mí también me gusta ese lugar.

—Y me gusta el abuelo. Y Romeo. Y Rain. Y Grace. Y Sabrina. Y ¡toda la casa! —exclamó Tori, haciendo reír a Raven.

Raven evitó, justo a tiempo, que el helado de Tori terminase en el suelo por su efusividad.

—Me alegra que te gusta todo el mundo —dijo, con una sonrisa cariñosa.

—Tú también, papá —dijo ella de manera casual. Tan casual que parecía que estuviera hablando del clima.

A Raven se le encogió el corazón y sintió un nudo en la garganta al oír esas palabras. Cuando hizo un sonido extraño, Tori lo miró, desconcertada. Él intentó disimular, pero ella se movió hasta que pudo verle la cara.

—¿Estás llorando? —preguntó, preocupada.

—De alegría —respondió él, porque así era—. Me hace feliz saber que te gusto.

Tori sonrió ampliamente y siguió disfrutando de su helado.

—Cuando eras el lobo no me gustabas —comentó con inocencia, haciendo reír a Raven.

—Me imagino.

—Pero ahora sí —insistió Tori.

—Bien. Yo también te quiero, Tori —le dijo él por primera vez en la vida. Y no le costó nada decirlo, porque era la verdad. Adoraba a esa niña, se había ganado por completo su corazón.

Para su sorpresa, la niña lo miró con una mirada tímida, de reojo.

—Lo sabía —murmuró entonces con una pequeña sonrisa.

Raven soltó una sonora carcajada ante su inocencia.

—Ah, ¿sí?

—Sí —dijo ella, se metió otra cucharada de helado en la boca y movió las cortas piernas que colgaban del banco adelante y atrás—. Me lo dijo tita Chloe.

Raven negó con la cabeza, pensando en agradecerle a Chloe su ayuda.

—¿Y qué más te dijo tita Chloe? —intentó indagar.

—Que me quieres como me quiere mamá y como me quiere ella —dijo adorablemente.

—Eso es verdad —juró él. Y lo decía en serio.

Se terminó el helado en silencio y se quedó allí sentada, pensativa.

—¿Tita Chloe también será una estrella? —preguntó un rato después, descolocando a Raven.

—¿Una estrella?

—Mamá es una estrella —ella señaló al cielo, a un punto cualquiera para Raven, seguramente a uno particular para ella—. Es aquella estrella.

—Oh, ¿en serio? —preguntó Raven, sorprendido.

—Sí, ¿a que es bonita? —Tori lo miró, esperando su respuesta.

—Mucho —afirmó Raven, cariñosamente.

—A veces la gente se convierte en estrellas y nos cuida desde allí, me lo dijo tita Chloe —le explicó con una seriedad nada propia de su edad.

—Ah…

—¿Tú lo sabías?

Él negó con la cabeza, emocionado al escucharla hablar con tanto cariño de su madre. No podía perdonar a su madre por lo que había hecho, tal vez nunca lo haría, pero le agradecía por haber sido una buena madre para Tori.

—¿Tita Chloe se va porque también será una estrella? —preguntó la niña con lágrimas en los ojos.

—¿Quién te ha dicho que tita Chloe se irá? —preguntó Raven, agobiado al verla llorar.

—Ella —respondió la niña—. ¿Será una estrella? Yo no quiero que también sea una estrella —lloró entonces la pequeña, su voz quebrada por la tristeza.

Raven cogió a la niña en brazos, la sentó sobre sus rodillas y la abrazó por primera vez. Sintió que se le rompía el corazón al verla llorar así.

—No —le prometió—. No será una estrella.

—¿De verdad? —sollozó la pequeña, mirándolo. Sus pequeños ojos llenos de lágrimas.

—De verdad —juró él.

—¿Por qué se va? —preguntó entonces Tori.

Raven suspiró.

—Si se va, solo será por un tiempo. Como yo cuando voy a trabajar. Pero siempre volverá. Y podrás verla cada vez que quieras. ¡Hasta podréis iros de vacaciones juntas! —dijo para intentar calmarla.

Tori miró a su padre a los ojos.

—¿De verdad? —preguntó, todavía no estaba ella muy convencida.

—Te lo juro —afirmó él, con la seguridad en su voz, esperando que eso tranquilizase a la pequeña y que lo tranquilizase también a él.

Porque él tampoco quería que Chloe se marchara. Él quería tenerla a su lado y esperaba que los sentimientos de ella por él fueran tan intensos y reales como los de él por ella.

Y que Chloe se quedara en La Mansión para siempre.

Pero… ¿Sería eso posible?



Capítulo 23

"Te espero en el jardín."

Eso decía el mensaje de texto que le había escrito Raven después de dejar a Tori con ella en el dormitorio. Una vez que Chloe consiguió que Tori se durmiera, fue en busca de Raven.

Chloe se dirigió al mismo lugar donde se encontraron la otra vez. Allí estaba él, sentado con las piernas dobladas y los brazos abrazando las rodillas. Su mirada perdida en el cielo estrellado.

—Hola —susurró Raven cuando escuchó los pasos de Chloe acercarse. Miró hacia atrás y sonrió al verla.

Chloe también sonrió, para ella aquello era una visión digna de ver, allí, solo iluminado por la luz de la luna y las estrellas. A pesar de lo tarde que era, las luces externas de la casa ayudaban a ver mejor.

Chloe suspiró al llegar junto a él y tomó la mano que él le ofrecía. Se sentó a su lado y, al igual que él, miró al cielo.

—Le has dicho que su madre es una estrella —comentó Raven de repente.

Chloe lo miró fugazmente, pero al ver que él seguía con la mirada fija allí arriba, volvió a mirar al cielo.

—Sí. Es lo que nos contó mi abuela a Karen y a mí cuando nuestros padres murieron —respondió ella después de un breve silencio.

Raven recordó haber escuchado esa historia en alguna ocasión.

—¿Cómo era como madre? —preguntó Raven, lleno de curiosidad.

Chloe tardó un momento en responder. Entendía que él tuviera muchas preguntas y ella estaba dispuesta a responder a todas las que pudiera.

—La mejor —murmuró Chloe mientras lo miraba fijamente. Raven asintió con la cabeza y ella elevó su mirada a las estrellas—. Un poco cabezota, ya sabes —sonrió con melancolía—. A veces hasta obsesiva, pero ¿quién soy yo para criticarla? En eso somos iguales —rio y una lágrima solitaria cayó por su mejilla—. La amaba muchísimo, Tori era su vida y se desvivía por ella.

—Me alegra saberlo —dijo él sin emoción en la voz.

—Aunque lo hizo mal, la conocías, Beau. No necesitas que yo te diga que era buena madre.

Sí, podía ser así, al fin y al cabo, sabía cómo era esa mujer. Pero después de lo que le hizo a él…

De todas formas, se alegraba de que con su hija se hubiera comportado como la mejor.

—Siempre le habló bien de ti, nunca le ocultó que fueras su padre —añadió Chloe—. Si

hubiera sido por mí… —dejó la frase en el aire.

—Pero a mí sí me lo ocultó—escupió Raven con resentimiento.

—No sé por qué lo hizo, Beau. De verdad que no lo sé —suspiró Chloe, abatida.

Raven la miró, extendió una mano y agarró la de Chloe, entrelazando sus dedos.

—Lo sé —afirmó con seguridad, demostrándole que confiaba en ella—. ¿Y qué hay de ti?

—¿De mí? —ella frunció el ceño, confundida.

Raven sonrió.

—Sí, de ti. Quiero saberlo todo.

Chloe hizo un mohín con los labios que hizo sonreír a Raven. Sin poder controlarse, él se acercó a ella y la besó.

—¿A qué vino eso? —preguntó Chloe, sonriendo.

—Donde quiera, nena —le recordó—. Ahora cuéntame de ti.

—Pues no sé qué decirte, mi vida es de lo más aburrida. Seguí trabajando en todo lo que encontraba, como ya hacía cuando me conocías. Bares, pubs, limpiando oficinas, lo que fuera. Últimamente las cosas no iban bien y el día que me llamaron para decirme lo de Karen, había perdido mi último trabajo.

—¿Tan mal lo habéis pasado?

—A veces sí —admitió ella con franqueza. Desvió la mirada, avergonzada—. Pero a Tori nunca le ha faltado lo principal.

—Ey —Raven soltó la mano de Chloe y acarició su rostro, obligando a mirarlo—. No te culpo por nada. Ni siquiera la culpo a ella —se refería a Karen—. Solo quiero saber cómo ha sido la vida de mi hija y tu vida desde que yo me fui.

—Dura —Raven limpió las lágrimas que brotaban de los ojos de Chloe—. Pero volvería a ella si eso me devolviera a mi hermana —confesó con sinceridad.

Raven suspiró profundamente. Se acercó a ella y le dio un beso en la frente.

—Lo siento —dijo ella de repente—. Siento todo el daño que te hizo. Pero es mi hermana y…

Raven la besó, acallándola. No iba a permitir que dijera ni que pensara eso.

—Jamás te pediría que la odies ni que le reproches nada. Eso es solo cosa mía, ¿lo entiendes?

Ella asintió con la cabeza repetidamente.

—¿Y qué fue de ti? —preguntó Chloe para cambiar el tema.

Raven se dejó caer en el césped, cubriéndose los ojos con el brazo.

—Demasiada mierda para una noche tan hermosa —murmuró Raven.

—Oh, vamos —Chloe se movió rápidamente, retiró el brazo que ocultaba su rostro y lo animó —. Siéntate y cuéntame todo.

Él se reincorporó, quedando frente a ella.

—El día que me enteré que me engañaba con otro, ese mismo día me fui de la casa. Acabé en un pub y te besé —comenzó Raven.

Chloe frunció el ceño.

—¿Me confundiste con ella ese mismo día? —preguntó Chloe.

Raven asintió con la cabeza, sorprendiendo a Chloe.

—Yo me enteré de tu abandono más tarde, no relacioné las cosas. Pensé que, no sé, lo único que pensé al verte bebiendo es que os habíais peleado y ya está. Y me confundiste con ella —Chloe negó con la cabeza y resopló—. A veces no doy para más —dijo como en un reproche.

—No tenías por qué saberlo —sonrió Raven—. Fui a ese pub. Fui a otro. A dos más. A tres, no lo sé. Sé que cuando fui consciente de la realidad, ya habían pasado unos meses. A veces bebía, pero en general me ponía hasta el culo de pastillas —admitió con vergüenza—. Era lo mejor para olvidar. Y la mejor manera de intentar desaparecer del mundo.

—Beau… —la tristeza en la voz de Chloe.

—Vivía en la calle. No había aparecido por el trabajo desde cuándo, no tenía dónde dormir, no tengo familia —le recordó—. Hasta que apareció Carmichael en mi vida. Aunque él dice que yo aparecí en la suya. Lo atropelló un coche y se dio a la fuga.

—Dios mío, es terrible —expresó Chloe, horrorizada.

—Yo esa noche solo tenía pensado acabar con mi vida. Pero me desperté en la habitación donde Carmichael estaba ingresado. Al despertar, Sylvester no dejaba de gritarme que tenía que salvarlo, que era el único que podía salvarlo —rio con pesar—. A veces creo que fue el destino, porque no tiene sentido ninguno.

—¿Nunca le has preguntado a ellos?

—¿A Carmichael y a Sylvester? —Chloe asintió con la cabeza— Carmichael dijo que a los milagros no hay que buscarles explicación. Y Sylvester no habla cuando no le interesa.

—Muy propio de ellos —rio Chloe entre lágrimas.

—Y aquí estoy. Yo lo ayudé en lo que pude, lo salvé según él, y él me salvó del pozo en el que había caído. Y acabé en este pueblo. Yo todavía no estaba bien cuando solicité el divorcio. Lo hice solo, sin pedirle ayuda a Sylvester —negó con la cabeza—. Debería haber dejado el orgullo a un lado. Pedir ayuda no es malo —suspiró con pesar—. Pero por no querer molestar o devolver más favores… Al final, mira.

—Lo siento… —dijo Chloe con pesar.

—Después de eso, llegó Rain —continuó Raven con una sonrisa—. Después Romeo… No sé,

a veces quiero creer que todo estaba escrito y que esta era la familia que la vida me tenía preparada. Y ahora llega Tori —sonrió él, emocionado—. No creo merecer tanto y me da miedo que después… —dejó de hablar porque se le cortaban las palabras— Me aterra que la vida me lo arrebate todo.

Chloe negó con la cabeza, sonriendo ampliamente y llorando a lágrima viva. Se arrodilló cerca de él, tomando su rostro entre las manos, ese rostro también mojado por las lágrimas, y lo besó

—La vida ya te ha arrebatado bastante —aseveró Chloe, como si fuera una promesa. Como si prometiera que jamás, bajo ninguna circunstancia, algo o alguien le arrebataría algo más.

Chloe lo besó. Fue un beso lento. Dulce y amargo al mismo tiempo. Sabía a lágrimas, a miedo, a dolor…

Cuando el beso terminó, Raven se levantó y le ofreció la mano a Chloe, esta la aceptó y con los dedos de sus manos entrelazados, ambos caminaron juntos hacia la casa.

Apenas se había cerrado la puerta del dormitorio cuando Raven se abalanzó contra Chloe. Chloe se encontró con la espalda pegada a la puerta mientras Raven la aprisionaba contra ella con un deseo abrasador. Sus bocas devorándose la una a la otra.

—Dios, nena, te deseo tanto… —susurró Raven entre besos, su voz llena de lujuria y anhelo— A veces no creo poder soportarlo.

Chloe no solo se dejó hacer, sino que respondió al beso con la misma intensidad. Sus labios y sus lenguas se entrelazaron en un baile sensual, tocado por el deseo. Las manos de Raven, que hasta entonces habían permanecido apoyadas en la puerta, se aferraron a la cintura de Chloe al mismo tiempo que se agachaba ligeramente, rozando su excitación palpitante contra su sexo.

—¿Lo sientes? —susurró Raven, trazando un camino de besos con su lengua desde los labios de Chloe hasta su oreja, donde mordisqueó suavemente el lóbulo— ¿Sientes lo que está sucediendo entre nosotros?

—Sí —gimió ella, incapaz de contener el placer que la embargaba.

Podía sentir la electricidad que los envolvía, el crudo deseo que recorría sus venas. Raven tiró del lóbulo de la oreja de Chloe con suavidad y luego descendió besando su cuello con avidez hasta llegar nuevamente a sus labios, donde la besó con fuerza.

—Me moría por tocarte —confesó Raven entre besos, su cálido aliento provocando escalofríos en el cuerpo de Chloe—. Te juro que soy incapaz de borrarte de mi cabeza —sonaba torturado, porque así era como se sentía.

Todo el día, todo el maldito día tenía a esa mujer en sus pensamientos. Y todo el maldito día quería tocarla.

Besarla.

Hacerla suya.

—Beau, por favor… —susurró Chloe, suplicante.

Raven se deshizo de la camiseta de Chloe y casi arrancó su sujetador, impaciente por sentir su piel contra la suya. Se desnudaron el uno al otro con prisas, separando sus bocas solo el tiempo necesario para liberarse de la ropa que los separaba.

Ya desnudos, piel con piel, la lengua de Beau descendió hasta encontrarse con esos pequeños y redondos pechos. Sus manos los acariciaron, amasaron y apretaron mientras su lengua los adoraba con devoción.

—Un día haré que te corras así —juró él con voz ronca sobre los labios de ella cuando volvió a subir—, pero antes me debes otra cosa.

—¿Qué? —preguntó ella, confundida.

Raven la miró a los ojos y sonrió con picardía.

—Azúcar, nena. Me debes azúcar —dijo seductoramente.

Y sin darle tiempo a reaccionar, Raven se arrodilló frente a ella, levantó una pierna de Chloe para que descansara sobre su hombro y comenzó a saborearla con una determinación implacable.

Cumpliendo la promesa que le había hecho.

Raven hundió su rostro entre las piernas de Chloe. Con su lengua, separó sus labios vaginales para después, con habilidad, comenzar a trazar círculos con su lengua alrededor de su clítoris, provocando gemidos incontrolables en los labios de Chloe.

Oh, sí, nena, así te quiero ver…, pensó él.

Los músculos de ella se tensaron mientras Raven exploraba cada pliegue de su sexo. Sus movimientos eran precisos y delicados, demostrándole que era un amante experimentado.

Chloe, aferrada al pelo de Raven, pensó que iba a perder la cabeza. Dios mío, ¿qué le estaba haciendo ese hombre?

Jugar con ella, eso hacía. Jugaba con su clítoris, aplicando la presión perfecta que hacía que los latidos de Chloe se aceleraran. Chloe arqueó la espalda, ofreciéndose completamente a él, al deseo que sentía por él.

Sintiéndola al límite, la lengua de Raven se sumergió en el interior de Chloe, explorando la humedad y el calor que lo envolvían. Chloe se retorcía de placer, incapaz de contener los espasmos que recorrían su cuerpo, llevándola cada vez más cerca del precipicio.

Los movimientos de Raven se volvieron más intensos, más urgentes, como si quisiera beberse cada gota, como si quisiera dejarla seca. Deslizó con destreza dos dedos dentro de Chloe, llevándola al límite. Los gemidos de ella se volvieron más agudos, más urgentes, y sus piernas temblaban, incapaces de mantenerla en pie.

—Dios, Beau… —casi sollozó.

Y agarrando su pelo con fuerza, apretando la cara de Raven contra su sexo, Chloe comenzó a temblar. Sus piernas iban a fallarle, así que Raven no tardó en levantarse y en cogerla en brazos. La tumbó en la cama y se tumbó a su lado.

—Azúcar —susurró Raven con voz ronca y la besó, para que se probase a sí misma.

Chloe aún temblaba por el orgasmo que acababa de tener, pero se levantó y se colocó a horcajadas sobre Raven.

—Nena, espera, el condón… —le pidió Raven.

Aunque refunfuñando, Chloe esperó a que se lo pusiera y que volviera a tumbarse en la cama, para ella colocarse como quería. Entonces se levantó un poco y guio el miembro de Raven hasta la entrada de su intimidad.

Ambos se estremecieron de placer y jadearon cuando ella bajó con un movimiento deliberadamente lento, permitiendo que él se adentrara en ella hasta el fondo.

—Dios, nena… No podré soportarlo —consiguió decir él con la voz ahogada.

Porque aquello era una maldita tortura. Cómo ella movía esas caderas, con ese ritmo lento, casi adormilado. Cada movimiento calculado para traer el máximo placer. Raven la sostenía por las caderas, permitiéndole controlar el ritmo.

La miraba fijamente y sentía que podía explotar solo con mirarla. Estaba preciosa, allí, encima de él, cabalgándolo de esa manera.

Chloe tenía la cabeza echada hacia atrás, su boca semiabierta soltando gemidos y gritos. Su pelo suelto caía por su espalda, rozando las piernas de Raven.

Era jodidamente hermosa.

Jodidamente perfecta.

Cuando Raven sintió que no iba a poder más, apretó el agarre de las caderas de Chloe y la animó a moverse más rápido. Sus tetas, esas preciosas y exquisitas tetas botaban al ritmo de sus movimientos. Él solo podía pensar en el festín que se iba a dar con ellas cuando Chloe descansara su cuerpo sobre el suyo.

—Me correré en esas tetas, nena —prometió con la voz entrecortada, cargada de deseo.

—Ahora, Beau —le rogó ella, casi en un susurro—. Necesito correrme ahora.

Él soltó el agarre de una de sus caderas y llevó su mano hacia abajo. Encontró su clítoris y comenzó a acariciarlo, aumentando la presión de sus dedos hasta que ella arqueó la espalda y un grito escapó de sus labios.

Tembló y le apretó la polla con tanta fuerza que lo llevó a él a caer, también, por el precipicio.

—Oh, sí —gimió ella, su voz casi parecía un lamento.

—Mierda —gruñó él, su cuerpo se sacudió mientras se vaciaba dentro de ella.

Exhausta, Chloe se dejó caer sobre el cuerpo de Raven. Él la rodeó con sus brazos, acunándola. Sus dedos acariciaban perezosamente su espalda. Raven le dio un beso en la cabeza y empezó a acariciar su pelo con ternura.

Permanecieron ahí, en silencio, simplemente esperando a que sus respiraciones volvieran a la normalidad.

—No te vayas, nena —le pidió Raven en un susurro somnoliento—. No te vayas…

Quédate conmigo, pensó.



Capítulo 24

—Maldita sea —gruñó Rain irrumpiendo en el salón. Tras él entró Sylvester y su rostro, serio y taciturno, les decía todo lo que necesitaban saber.

—¿Malas noticias? —preguntó Carmichael, aunque la pregunta era retórica.

Tras ellos entró Raven, sus labios fruncidos en una mueca de disgusto.

Con un movimiento brusco, Rain se giró sobre sus talones y enfrentó a Raven.

—¿No puedes mantenerlo más tiempo allí? —preguntó, su voz cargada de frustración.

Raven, en respuesta, se cruzó de brazos mostrando una postura defensiva.

—Lleva casi tres meses allí. Tengo que darle el alta porque ya no puedo hacer nada más por él —afirmó Raven, su tono tan firme como su mirada.

—Pues invéntatelo. Joder, Raven, ¿qué más te da? La factura está pagada —señaló a Carmichael con un gesto de la mano—. Seguro que así nadie pone problemas.

Raven resopló en respuesta. Fue hasta el sofá y se dejó caer en él con un suspiro.

—El problema lo pongo yo. Bastante mal funciona el jodido hospital como para tener una cama ocupada con alguien que no la necesita.

—¡Pero todavía no anda! —exclamó Rain, perdiendo finalmente la paciencia y caminando de un lado a otro de la sala— ¿Cómo demonios te atreves a decir que no la necesita?

—No es un problema físico —le recordó Raven por enésima vez.

Romeo, que hasta el momento había permanecido en silencio, intervino en la conversación.

—¿A qué viene este ataque de furia? —preguntó, su mirada se desvió hasta Sylvester.

El abogado, que también había tomado asiento, suspiró pesadamente.

—Será enviado a servicios sociales —dijo resignado.

—¿No podemos adoptarlo? —preguntó Carmichael. Siempre hablando de ellos en plural, involucrando a todos los presentes en cualquier decisión que se tomase en esa casa.

—Se hará, solo le he pedido un poco de tiempo, pero se niega a escuchar —dijo Sylvester, disgustado.

—¿Por qué rechazan el acogimiento? —preguntó Carmichael, su ceño fruncido en señal de confusión.

—En realidad por puro trámite. Todavía puede aparecer su familia. Estoy seguro que conseguiré que no llegue a irse con los servicios sociales, pero si sigue así, hasta yo lo voy a mandar a la mierda —las palabras de Sylvester sorprendieron a todos.

Romeo soltó una carcajada cuando escuchó el grito ahogado de Chloe. En la puerta del salón, cubriendo con ambas manos los oídos de Tori, estaba Chloe. Mirando a Sylvester como si le hubieran salido siete cabezas.

—Pero señor abogado, por favor. ¿Usted también? —preguntó, incrédula, sus ojos bien abiertos— Qué decepción más grande —dijo antes de marcharse de la sala con la niña.

El abogado puso los ojos en blanco. Romeo siguió riendo. Rain a lo suyo, maldiciendo. Carmichael en su mundo, leyendo los papeles que había traído Sylvester. Y Raven…

Raven se quedó mirando la puerta, su mirada perdida en pensamientos que solo él conocía.



Al terminar de bajar las escaleras, después de dejar a Tori dormida, Chloe se percató de que del despacho de Beau salía una luz, se acercó hasta allí, pensando que, quizás, estaba leyendo o estudiando algo sobre alguno de sus casos, como solía hacer, pero la extrañó encontrarlo de pie, mirando por el enorme ventanal. Con las piernas ligeramente separadas y los brazos cruzados con firmeza contra su cuerpo, su cuerpo en tensión, como si se estuviera preparando para una batalla.

Con cautela, Chloe entró en el despacho, cerró la puerta con cuidado y cruzó la habitación hasta llegar a él. Se puso a su lado y lo miró. Beau tenía la mandíbula tan apretada que Chloe pensó que podría partirse los dientes.

—¿Estás bien? —preguntó Chloe, su voz no era más que un susurro en esa silenciosa habitación.

La pregunta de Chloe sorprendió a Raven. Él giró su cabeza hacia donde estaba Chloe, sus ojos se encontraron con los de ella y, casi imperceptiblemente, Raven sacudió su cabeza. Era como si estuviera intentando deshacerse de todos los pensamientos que lo consumían en ese momento.

Un parpadeo, dos… Y finalmente, Chloe sintió que realmente la estaba mirando, la estaba viendo.

—Hola… —susurró él, su voz cargada de cansancio. Desvió la mirada un segundo hacia la ventana y volvió a mirarla a ella— Perdí la noción del tiempo, supongo —agregó con lo que parecía ser una mueca de vergüenza.

Con ternura, Chloe levantó una mano y colocó la palma en la frente de Beau. La mantuvo allí por un instante, sintiendo el calor de su piel. Entonces, su rostro se tornó preocupado.

—Tienes fiebre —dijo con preocupación.

Él se apresuró a negar con la cabeza y sonrió, una sonrisa que tenía algo de tristeza.

—No, estoy bien. Solo estaba… pensando —admitió.

Pero Chloe pudo notar cuánto esfuerzo le estaba costando mantener esa apariencia de normalidad.

—¿Pensando en qué? —preguntó ella con curiosidad, queriendo saber qué era lo que lo atormentaba.

Raven suspiró pesadamente, miró a Chloe y la atrajo hacia él. La colocó delante de su cuerpo y la rodeó con sus brazos, buscando el alivio y el consuelo que le proporcionaba su contacto. Apoyó la cabeza en el hombro de Chloe después de depositar un dulce beso en su cuello.

—En cosas —dijo él entonces, esa fue toda su respuesta.

—¿Qué cosas? —insistió ella, curiosa.

En ti. En que se acerca la fecha de que te vayas y en que no quiero que lo hagas. En que intento hablar de ello y evades el tema. En que te pido, a mi manera, que te quedes y sigo sin saber qué vas a hacer, pensó.

Pero eso no se lo iba a decir.

—Hago todo lo que puedo —dijo entonces, hablándole de otra de sus preocupaciones—. Pero no puedo mantener a Zev más tiempo en el hospital —confesó con tristeza—. Y Rain no lo entiende. Y me culpa. Lo que más me duele es que toda su frustración la está echando sobre mí cuando soy quien más lo ha ayudado en todo esto y quien más quiere, aparte de él, que ese niño no termine en servicios sociales.

Chloe se giró entre sus brazos, sus ojos se encontraron con los de Beau y una sonrisa tranquilizadora se formó en el rostro de ella.

—Estoy segura de que lo entiende y lo sabe, solo que está nervioso y asustado. Se ha involucrado mucho con la vida de ese niño —explicó Chloe.

—Demasiado —concordó Raven, con algo de resignación en la voz.

—¿Por qué? —preguntó Chloe. Al ver la expresión de desconcierto de Beau, se dispuso a aclararlo— ¿Por qué esa preocupación extrema por ese niño en concreto?

Raven soltó un suspiró y en su rostro se formó una sonrisa llena de pesar.

—Supongo que porque ese niño le recuerda a él —Chloe frunció el ceño en una señal de desconcierto y Raven sonrió con pesar—. Ninguno de los que estamos aquí hemos tenido un pasado fácil. Yo no tengo familia, ya lo sabes y mi lado autodestructor ganó durante mucho tiempo al no poder superar el engaño de Karen.

Raven levantó una mano y acarició suavemente el rostro de Chloe al notar cómo se entristecía al escucharlo hablar sobre ello.

Ese sería un tema que los uniría tanto como los separaría.

—Romeo… —comenzó a decir Raven en un intento por aligerar el ambiente— Romeo es hijo

de un mafioso —y rio por lo absurdo que resultaba aquello—. No, mejor dicho, pertenece a la mayor familia de mafiosos de toda Italia y el muy cabrón tuvo las agallas de abandonarlos —negó con la cabeza, pero sonrió al recordar la valentía de su amigo—. Tampoco fue fácil para él.

—¿Y Rain? —quiso saber ella, de quien no sabía mucho.

Raven guardó silencio un momento, como si necesitara tiempo para encontrar las palabras adecuadas que pudieran contar la historia de Rain. Al menos, un poco de su historia.

—Rain ha sufrido más que ninguno de nosotros —murmuró Raven—. Sabe muy bien lo que es sentirse maltratado, abandonado y solo desde bien pequeño. Y sus demonios siempre están ahí para recordárselo.

Chloe negó con la cabeza, ¿cuánto había sufrido ese trío de hombres?

—Debió ser muy difícil… —suspiró ella.

—Es un gran hombre. Y ya se ha redimido lo suficiente —dijo Raven con la voz llena de admiración y respeto.

—Debe ser bonito tener una amistad como la vuestra —¿había un deje de tristeza en su voz?

Raven resopló, fingiendo indignación.

—¿No los conoces? ¿Cómo puedes decir eso? —bromeó Raven, una sonrisa juguetona en su cara.

Chloe rio y le dio una torta en el hombro.

—La gente no está por la labor de ayudar, mucho menos por involucrarse en los problemas de los demás, convirtiéndolos en los de uno mismo. Si lo sabré yo —suspiró ella—. ¿Amigos? ¿En esta época? Eso es algo casi imposible de encontrar. Así que atesora a ese par como si fueran una especie extraña, porque te aseguro que lo son. Y Carmichael ni te cuento.

—Lo sé —asintió Raven, orgulloso de contar con ellos.

Orgulloso de tener a esos hombres en sus vidas.

Orgulloso de su familia.

—Iré a hablar con él —afirmó con determinación.

—Primero déjame tomarte la temperatura… —sugirió ella, preocupada por él.

—Estoy bien —insistió Raven, intentando sonreír.

—Beau… —le advirtió ella.

No estaba bien y ambos lo sabían.

—De verdad. Necesito hablar con él, necesito decirle que cuenta conmigo.

Estaba claro que a cabezota no había quien le ganara.

—Está bien —suspiró ella, cediendo ante su insistencia.

Sonriendo, Raven le dio un beso en la frente.

—¿Me esperas en la cama? —dijo con una sonrisa pícara, sus cejas subieron y bajaron en una clara insinuación.

Chloe rio y prometió esperarlo. Aunque no precisamente en la cama.

—Te esperaré en la bañera para que te des un baño y lo de la cama… Tendrás que esperar a que baje esa fiebre —dijo cual niñera intransigente.

—Que no tengo fiebre —resopló Raven y una pícara sonrisa se formó en sus labios—. Pero si tengo, ¿me vas a bañar tú?

—¡Tira ya! —exclamó Chloe, dándole una palmada en el hombro y separándose de él.

Entre risas, Raven se acercó a ella, cogió su cara entre sus manos y le dio un beso en los labios.

—Gracias —susurró.

—¿Por qué? —preguntó ella, sonriente.

—Por estar aquí —y tras un último beso, se alejó, dejando a Chloe sola con sus pensamientos.

Y con sus sentimientos.



—¿Puedo pasar? —preguntó Raven, sonaba algo preocupado y tenso.

Había llamado a la puerta, apenas un golpe suave y discreto y tras escuchar el “adelante” de Rain, abrió la puerta con cautela y asomó la cabeza. Su mirada se encontró con la del sheriff, que lo recibió con una sonrisa.

—Claro, pasa —dijo el sheriff que estaba leyendo sentado en el sillón de su dormitorio.

Rain observó a su amigo con atención y tuvo la sensación de que algo no iba bien.

No tenía buena cara, lucía decaído. Enfermo.

—¿Estás bien? —preguntó Rain, preocupado— Tienes mala cara.

—Fiebre al parecer, se me pasará —dijo Raven con un tono casual, tratando de restarle importancia a su estado.

Rain suspiró, cerró el libro que tenía entre las manos y miró a su amigo.

—Podrías preocuparte una décima parte de lo que te preocupas con tus pacientes —fue un

reproche, porque Raven no se preocupaba por él en absoluto.

—¿Como me preocupo por Zev? —la ironía en su voz cuando hizo esa pregunta.

Raven estaba molesto con Rain por insinuar que no estaba haciendo todo lo posible.

—No quise decir eso… —dijo Rain, apenado.

—Lo sé —suspiró Raven—. Pero necesito que sepas que no estás solo en esto y que, si puedo hacer algo, lo haré.

—Lo sé —dijo Rain con seguridad—. También sé que estoy siendo un coñazo con el tema, es solo que yo… —dejó escapar el aire de sus pulmones— No puedo dejar a ese niño a su suerte.

—Sería como abandonarte a ti mismo —Raven lo entendía.

—¡Sí! —exclamó Rain entonces— Es eso joder, lo miro y me veo, Raven. Es como si estuviera viviendo mi infancia otra vez. Y me tiene hecho una mierda.

Raven lo entendía, claro que lo hacía. Y mucho más de lo que Rain se podría imaginar.

Él sabía lo que era sentirse solo. Sentirse abandonado.

—Sé que haces todo lo que puedes y más. También sé que quieres lo mismo que yo para ese niño. Lo siento, antes me comporté como un imbécil y la pagué contigo —dijo Rain con sinceridad.

—Nada que perdonar —aseguró Raven—. Llevo dándole vueltas al asunto todo el día y quizás haya una manera de que pueda mantenerlo unos días más en el hospital.

Rain lo miró emocionado, con un nuevo brillo en sus ojos.

—Gracias, tío —dijo con un hilo de voz.

—No serán muchos, diez días, dos semanas a lo sumo. Pero para ese tiempo, necesitaremos tener otras alternativas si Sylvester no consigue el acogimiento temporal. Otras alternativas o que tú entiendas que tendrá que estar en manos de servicios sociales un tiempo —continuó Raven.

—Está bien —dijo entonces Rain, ya más animado—. Gracias —la emoción en su voz era palpable. El alivio y la esperanza brillaban en sus ojos.

Raven se levantó, se acercó a Rain y puso la mano en su hombro, apretándolo un poco en un gesto de camaradería. Entonces negó con la cabeza.

—No son necesarias entre nosotros —le recordó.

Entre ellos, esa palabra sobraba. La amistad entre ellos era algo más que palabras de agradecimiento. Siempre se habían apoyado el uno al otro, sin importar lo que pasara.

Con la conversación terminada, Raven comenzó a caminar hasta la puerta. La abrió, pero antes de que pudiera cruzar el umbral, Rain habló.

—¿La quieres? —preguntó Rain.

Raven no respondió, solo se giró y miró a su amigo. Sabía que hablaba de Chloe, no serviría de nada que se hiciera el tonto, ¿verdad?

La quería, sí, pero no lo había dicho en voz alta. ¿Por qué? ¿Qué lo paraba? ¿El miedo? ¿La incertidumbre?

—A veces la miro y veo a Karen. Con Tori no me pasa, pero Chloe es tan igual… —eso fue lo que dijo Beau en ese momento, su voz era apenas un susurro—. A veces la miro y recuerdo todo el daño, todo el dolor. Toda la mierda que pasé.

Rain podía entenderlo, le parecía lógico y normal.

—Lo entiendo.

—No puedo perdonarla —Raven se refería a Karen—. No sé si podré hacerlo alguna vez. Y a veces creo que ella siempre se interpondrá entre nosotros —confesó Raven, con la voz cargada de tristeza.

Raven se quedó unos segundos en silencio, su mirada perdida. Estaba luchando contra sus propios demonios, contra sus propios miedos.

—¿Pero? —preguntó Rain al ver que su amigo no decía nada más.

—Pero… —Raven cogió aire— Después la miro a ella, la miro de verdad y toda esa mierda se me va de la cabeza —Raven posó la mirada en Rain, quien lo miraba con atención—. La quiero —confesó entonces— y quiero que se quede.

—¿Se lo has dicho? —preguntó Rain— Porque los tres meses están a punto de terminar. ¿Qué queda? ¿Una semana?

Menos, pensó Raven.

Pero Raven no respondió. No respondió a ninguna de esas preguntas.

—Buenas noches, Rain —dijo finalmente, saliendo de la habitación.

—Raven —había algo en la forma en que su amigo se movía, una extraña rigidez en sus hombros, una leve vacilación en sus pasos que hizo que las alarmas se disparasen—. Tío, ¿estás bien?

Fue en ese momento cuando ocurrió. Raven se tambaleó de repente, como si el simple acto de mantenerse de pie fuera demasiado esfuerzo para él. Y cedió.

Lo siguiente que se escuchó fue un golpe seco. Era el sonido del cuerpo de Raven golpeando el suelo.



Capítulo 25

—¿Pero qué demonios…? –se preguntó Romeo cuando escuchó el fuerte golpe.

—¡Dios, Beau! —el grito desesperado de Chloe resonó en toda la casa.

Había estado caminando por el pasillo, sumida en sus propios pensamientos cuando el sonido del golpe la sobresaltó. Al girarse, casi le da algo al ver la escena que se dibujaba ante sus ojos. Raven, inmóvil en el suelo.

Chloe no pudo más que gritar.

—¡Raven! —gritó Rain, quien había sido testigo de la caída. Llegó hasta su amigo a una velocidad asombrosa— Mierda, pero ¿qué te pasa?

En ese momento Chloe llegó hasta ellos. Tenía el corazón acelerado, su rostro estaba pálido y sus ojos llenos de terror.

—Beau, ¡Dios mío! —exclamó, su voz temblaba por el miedo.

—¡Romeo! —gritó Rain, pidiendo ayuda— ¡Carmichael!

Romeo ya corría hacía ellos, había escuchado el golpe y los gritos y no tardó en abrir la puerta para ver qué pasaba. Al verlo, se lanzó a la carrera para llegar hasta su amigo.

—Joder, Raven —Romeo se agachó al lado de los demás, su rostro mostrando la preocupación que sentía—. ¿Pero qué diablos ha pasado?

Chloe lloraba sin control.

—Se ha desmayado —dijo Rain. Tomó la cabeza de Raven y, cuidadosamente, la apoyó sobre sus piernas, tratando de brindarle un poco de comodidad—. Joder, ¡está hirviendo! —exclamó al notar el calor que emanaba de su cuerpo— Tenemos que llevarlo a su cama de inmediato.

—Beau, por favor —sollozaba Chloe.

—Chloe —la interrumpió el sheriff, su tono autoritario y firme la sacó de ese estado de pánico en el que se encontraba—. Estará bien, ¿vale?

—Pero… —ella no estaba muy convencida.

—Prepara la cama y compresas de agua tibia, tenemos que bajar la fiebre como sea. Romeo y yo lo llevaremos a la cama —ordenó Rain.

Chloe asintió, pero a pesar de todo, continuó allí, tocando suavemente el cuerpo de Raven.

—¡Ahora, Chloe! —exclamó Romeo, sin paciencia ninguna.

—Ay, ¡sí! —ella se levantó de un salto y corrió hasta el dormitorio de Raven para prepararlo todo.

Entre Rain y Romeo, levantaron el cuerpo inconsciente de Raven. Su amigo, ese hombre que

siempre lucía fuerte y sano ahora parecía tan frágil en sus brazos. Con pasos medidos y lentos, lo llevaron cuidadosamente a través del pasillo, sus rostros llenos de preocupación. Finalmente llegaron a su habitación y lo depositaron suavemente en la cama que ya estaba preparada para recibirlo.

Fue entonces cuando Carmichael hizo su aparición. Llegando en su silla de ruedas hasta la puerta. Su rostro, normalmente sereno, se llenó de preocupación al ver a Raven en ese estado.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó el anciano, la incertidumbre en su voz.

—Se ha desmayado, seguramente por la fiebre —explicó Rain, quien empezó a quitarle la ropa a su amigo para aliviar el calor—. Ayúdame —le dijo a Romeo y luego se dirigió a Carmichael—. Carmichael, llama al doctor Stevenson.

Carmichael ya estaba en ello. Chloe llegó con las compresas de agua tibia cuando ya Raven estaba solo vestido con un bóxer.

Con el agua y las toallas, empezaron a enfriar la frente de Raven, sus manos y pies, en un esfuerzo por reducir la fiebre.

—¿Se puede saber a qué ha venido esto? —resopló Romeo, frunciendo el ceño— Maldita sea, ¿desde cuándo se encuentra mal?

—Noté que tenía fiebre hace un rato y le dije de tomarle la temperatura, pero él insistió en que tenía que hablar con Rain antes —explicó Chloe, recordando los momentos previos al desmayo.

—Maldito cabezota —refunfuñó Romeo, su frustración era evidente.

—Y no cambiará —afirmó Carmichael con un tono resignado—. Ya viene el doctor. ¿Cómo sigue?

—Cuarenta y un grados —resopló Rain después de tomarle la temperatura—. No entiendo cómo pudo mantenerse en pie estando así.

—Porque no se cuida una mierda —gruñó el italiano, mostrando su irritación—. Un médico que no se cuide a sí mismo, ¿me lo explica alguien?

—Maldito idiota —resopló Rain.

—Solo vais a conseguir poner más nerviosa a Chloe —les advirtió Carmichael, consciente de que esos comentarios la afectaban.

—Oh, no —dijo ella, su nariz enrojecida por los sollozos—. Si yo también pienso que es un gilipollas, cabezota, hijo de la grandísima…

—¿Tita? —la voz de Tori la interrumpió.

En la puerta del dormitorio, agarrada a su osito de peluche, con sus grandes ojos luciendo asustados, estaba la pequeña.

—Mierda —gimió Chloe en un susurro.

Antes de que pudiera levantarse para ir al encuentro de su sobrina, Carmichael le hizo un gesto

con la mano. Él se encargaba, al menos así podía ser de ayuda en toda aquella situación.

—Tori, cariño, ¿qué haces despierta a estas horas de la noche? —preguntó el anciano, con voz calmada, mientras se acercaba a ella.

—Escuché ruidos —confesó Tori con una voz apenas audible.

—Ah, pero no es nada, no tienes que preocuparte. Es solo que tita Chloe está ocupada ayudando a los demás —le explicó Carmichael, tratando de calmarla al ver que la niña estaba asustada mientras miraba la escena que tenía delante— ¿Te acompaño yo a la cama y te cuento un cuento?

—Pero tita Chloe… —la pequeña sabía que algo pasaba, tonta no era. A pesar de su corta edad, era consciente de las cosas.

—Estoy bien, cariño —dijo Chloe, acercándose hasta Tori después de haber limpiado su cara de lágrimas—. Es solo que papá necesita ayuda, ¿te importa si me quedo con él?

La niña miró al frente, después a su tía. Se podía ver la lucha interna en su rostro.

—¿Papá está malito? —preguntó con tristeza, sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas. El miedo y la incertidumbre estaban allí, en esa pregunta.

—Solo es fiebre, como la que te entra a ti cuando te pones malita. Y sabes cómo se cura, ¿verdad? —le intentó explicar Chloe.

—Descansando —respondió la pequeña.

—Muy bien, cariño —sonrió Chloe—. Estamos ayudando a que se le baje la fiebre para que descanse y desaparezca por completo.

—¿Pero está bien? —preguntó Tori con lágrimas en los ojos.

—Claro que está bien. Pero es normal que se ponga malito, todos lo hacemos —intentó explicarle Chloe con paciencia—. Anda, ve con el abuelo a la cama, ¿vale?

—¿Tú vienes ahora?

—Yo iré cuando papá esté mejor —le prometió Chloe.

Aunque reticente, Tori se marchó con Carmichael, dejando a los adultos ayudar a su padre.

El médico no tardó en llegar y en revisar el estado de salud del doctor Raven.

—Cuando mejore habrá que obligarlo a que se someta a un examen más exhaustivo, si es que se deja, claro —resopló el médico que conocía bien a Raven—. Mandaré al laboratorio la muestra de sangre para analizarla, pero en principio no creo que sea algo más grave que una infección. Con lo que le inyecté, la fiebre comenzará a bajar, que eso es ahora mismo lo que más debe de importarnos. Mañana volveré, esperemos que esté mejor.

—Gracias, Stevenson —Rain extendió su mano hacia el médico en un gesto de gratitud. Romeo hizo lo mismo.

Stevenson les sonrió y después se volvió hacia Chloe, a quien había sentido especialmente preocupada.

—Estará bien —le aseguró Stevenson, esperando tranquilizarla—. No le pasará nada malo.

Ella asintió con la cabeza y sonrió en agradecimiento, aunque su expresión seguía siendo tensa. Cambió la compresa de la frente de Beau y volvió a su posición anterior, de rodillas en la cama, pendiente a él.

—Vete a descansar —sugirió Romeo un momento después, llegando hasta ella—. Yo me quedo con él.

Tanto él como Rain habían ido a despedir al doctor, pero estaban de vuelta en el dormitorio de Raven.

—No, yo me quedo —dijo Rain, su tono de voz dejaba claro que no habría discusión sobre ello.

—Me quedo yo —dijo entonces Carmichael, entrando con su silla de ruedas. Chloe lo miró y él sonrió—. Está dormida, me ha costado un poco que se calme porque está preocupada por su padre, pero el sueño la ha vencido.

Chloe suspiró, aliviada. La idea de Tori despierta y preocupada solo la pondría más nerviosa.

—Gracias —susurró Chloe, agradecida.

—No son necesarias en esta casa—respondió Carmichael con una sonrisa—. Ahora ve y descansa. Y vosotros también —miró a los otros dos—. Yo me quedo con él.

—No —dijo Chloe con determinación, sin darle tiempo a Rain y a Romeo de quejarse—. Yo me quedaré con él —miró a los ojos a cada uno de ellos, la súplica en los suyos—. Por favor —susurró entonces.

Rain, Romeo y Carmichael se miraron entre sí y al mirar a Chloe, asintieron con la cabeza, entendiendo su necesidad de estar con Raven.

—Está bien. Nosotros estaremos pendientes de Tori para que estés tranquila —dijo entonces el anciano.

—Gracias —susurró Chloe.

—Cualquier cosa, nos avisas —le dijo Rain a Chloe.

—Chilla y venimos, ¿vale? —dijo Romeo con una pequeña sonrisa en sus labios, tratando de aliviar un poco la tensión.

—Lo cuidaré bien —les prometió Chloe.

Lo sabían, todos sabían que eso era cierto. Y con ese acuerdo tácito, la dejaron allí, sola con Raven.

Chloe se sentó en la cama, a su lado y se quedó mirándolo. La preocupación se reflejaba claramente en su rostro. Joder, qué susto se había llevado al escuchar ese golpe y al verlo allí,

tirado en el suelo. Como si estuviese muerto.

Su pecho se apretó con una horrible sensación de miedo. Y sin poder aguantarlo más, comenzó a llorar.



El cansancio la había vencido y se había quedado dormida al lado de Beau.

Despertó un buen rato después al sentir un aliento cálido en su cuello. Su corazón comenzó a latir con fuerza cuando sintió los labios de Raven besándole el cuello.

—Nena… —susurró él, su voz áspera.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Chloe. El simple hecho de escuchar su voz, de sentir su aliento en la piel era suficiente para hacerla temblar. Fue a girarse para quedar cara a cara con él, para ver sus ojos, para ver cómo seguía, pero Beau, a pesar de su estado, tenía bastante fuerza y no se lo permitió. Chloe giró un poco la cabeza, como pudo, y miró a Beau. Sus ojos estaban cerrados, Raven aún envuelto en las brumas del sueño y la fiebre.

La mano de él bajó, temblorosa y caliente por la fiebre, entró por dentro del pantalón que ella llevaba. Con el susto que se había llevado, ni siquiera le había dado tiempo a ponerse el pijama. Chloe gimió cuando Beau acarició su sexo por encima de la ropa interior. El contacto le hizo arquear la espalda y soltar un jadeo suave.

—Beau, no deberías...— comenzó a decir Chloe, pero se calló cuando sintió los dedos de Raven acariciar su sexo a través de la ropa interior. Chloe soltó un pequeño gemido, su cuerpo reaccionando a pesar de su preocupación.

—Te deseo, nena —susurró él en su oído y volvió a besar el cuello de Chloe.

—Pero no debemos. Beau, por favor. Estás enfermo.

Raven no parecía escucharla. Sus dedos seguían acariciándola, cada movimiento arrancándole a Chloe un gemido ahogado. La sensación era tan intensa que Chloe temía perder el control.

—Beau, deberías descansar... —susurró Chloe, pero sus palabras se perdieron en un gemido cuando sus dedos la tocaron de una manera que la hizo estremecerse de placer.

A pesar de su preocupación, Chloe no podía evitar responder a sus caricias, su cuerpo tensándose con anticipación por el orgasmo que llegaría si ese hombre no paraba a tiempo.

Y no paró.

Y entonces llegó. Un orgasmo intenso que la dejó temblando, sus uñas clavándose en el brazo de Raven mientras un grito ahogado escapaba de sus labios. Chloe suspiró entrecortadamente, su respiración agitada y su cuerpo todavía temblando por la intensidad de lo que acababa de

experimentar.

Él se quedó allí, simplemente inmóvil después de darle un beso en el cuello. Su respiración, aunque irregular y pesada, seguía escuchándose calmada. Su cuerpo se relajó contra el de Chloe.

Preocupada, Chloe se volvió hacia Raven. Aunque su rostro estaba enrojecido y sudoroso, parecía estar durmiendo tranquilo. Suspiró aliviada y acarició su mejilla con suavidad.

Se acercó a él y le dio un beso en los labios. Él, incluso dormido, la abrazó con fuerza, su agarre apretado y desesperado, como si temiera que ella desapareciera.

—Quédate, nena. Quédate con nosotros —susurró él de repente.

Chloe se tensó un segundo al escucharlo. Las palabras de Beau, aunque pronunciadas en medio de la fiebre y el sueño, eran claras y firmes.

—¿Quieres que me quede? —susurró ella.

—Sí —respondió él. El silencio volvió a llenar la estancia, hasta que Raven volvió a hablar otra vez—. Tori y yo te necesitamos.

Chloe se tensó. La frase, aunque cierta, la golpeó con la fuerza de un puño.

Que su sobrina la necesitara, lo entendía. Pero estando él, su padre, ya hacía que la necesitase menos. Pero que él la necesitase… Eso ya era otra historia. No era eso, precisamente, lo que quería escuchar.

Y entonces, cuando Chloe creyó que nada podía hacerla sentir peor, el mundo se le vino abajo. Porque un momento después, Beau pronunció una única palabra en un susurro. La única palabra que podía romperle el corazón a Chloe.

—Karen…



Capítulo 26

Cuando Raven despertó, se sentía desorientado. Tenía la sensación de haber estado sumergido en un sueño turbio durante una eternidad.

Habían pasado días, largos y atormentados días de fiebres intensas que lo habían dejado debilitado y exhausto.

Con un esfuerzo considerable, movió su brazo y se llevó una mano a la frente, notando la piel caliente al tacto, pero ya no ardiente, ya no tan caliente como antes. Por fortuna, la fiebre había cedido, finalmente estaba mejor.

Estaba mejor, sí, pero su cuerpo le dolía horrores.

Cada músculo, cada hueso, cada parte de su maldito cuerpo dolía.

Intentó moverse, intentó incorporarse, pero su cuerpo no respondió como él quería. Sus extremidades se sentían pesadas, como si estuvieran hechas de plomo y cada pequeño movimiento le costaba un gran esfuerzo.

Parecía como si le hubiera pasado por encima una apisonadora. Sí, era exactamente así como se sentía.

Maldijo. En arameo. Señal inequívoca de que ya estaba mejor.

—Deberías descansar —escuchó decir a Rain.

Raven giró lentamente la cabeza hacia donde provenía esa voz. Sentado en el butacón, leyendo un libro, estaba sentado Rain. Había dejado de leer y lo miraba con una ceja enarcada. La preocupación marcada en su rostro.

—¿Cuántos días llevo aquí? —preguntó Raven en un susurro ronco, apenas audible.

Tenía vagos recuerdos de esos días, breves instantes de lucidez durante los cuales era consciente de dónde estaba y de por qué estaba allí, pero después, todo se volvía borroso.

—Tres días —respondió Rain.

—Joder —gimió Raven. Consiguió moverse y, entre maldiciones y rechazando la ayuda de Rain, se sentó en la cama—. ¿Qué me pasó?

—Un proceso viral —respondió Rain—, pero tu cuerpo parecía que necesitaba un descanso.

—Pues vaya mierda —consiguió, no sin esfuerzo, ponerse de pie y caminar un poco. Necesitaba estirar los músculos, los sentía atrofiados—. ¿Y Chloe? —preguntó entonces.

Recordaba su presencia a su lado mientras él luchaba contra la fiebre. Recordaba su voz, a veces reprendiéndolo por no quedarse quieto, otras veces hablándole con dulzura.

—Pues no sé —dijo Rain con un carraspeo, evitando su mirada.

Esa evasiva y el tono de su voz alertó a Raven, que frunció el ceño inmediatamente. Había algo en la forma en que Rain había respondido que le hacía sentir que no todo estaba bien.

—Rain… —le advirtió en un murmullo.

Porque algo ocurría. Tenía un presentimiento que no le gustaba nada.

En ese momento, la puerta del dormitorio se abrió y Romeo apareció en el umbral de la puerta. Este resopló al ver a Raven de pie.

—¿Se puede saber qué demonios haces? —gruñó el italiano.

—¿Dónde está Chloe? —preguntó Raven, ignorando la pregunta. Fue hasta el ropero, cogió una camisa y se la fue a poner.

—Primero deberías ducharte —dijo Rain.

—Soy consciente de que necesito una ducha —Raven estaba perfectamente al corriente de su lamentable estado, no necesitaba que nadie se lo recordara.

Olía a huevos podridos, mínimo.

Joder, es que era asqueroso el hedor.

—Pues ya tardas —resopló Rain.

—¿Y Chloe? —volvió a preguntar Raven—. La he escuchado mientras estaba en esa cama. ¿Está dormida? Imagino —suspiró e hizo una pausa—. Debe estar agotada.

—Se llevó un buen susto, sí —afirmó Rain.

—Ya… Me imagino. Llamadla, que sepa que ya estoy bien —murmuró Raven.

Estaba deseando verla. Y necesitaba que ella supiera que ya estaba mejor. Sabía que había estado preocupada por él y que había llorado, porque él la había escuchado. Y eso no le gustaba en absoluto.

—Raven… —el tono de voz de Romeo lo puso en alerta. Este suspiró y negó con la cabeza— Se acaba de ir.

Raven pestañeó, confundido por las palabras de Romeo.

—¿A descansar? —sonrió, aunque la sonrisa no llegó a sus ojos— ¿Ha estado mucho tiempo cuidándome? ¿Es que no ha dormido? —preguntó con preocupación.

—No se ha movido de tu lado en todo este tiempo —confirmó Rain.

Y una tonta sonrisa se formó en los labios de Raven. Pero esa sonrisa desapareció tan pronto como habló Romeo.

—Pero no me refiero a eso… —dijo entonces Romeo, volviendo a ponerlo en tensión.

—No entiendo —Raven miró a sus amigos, primero a uno y luego al otro—. ¿Ha salido a cenar con Tori? ¿O qué es eso de que se acaba de ir?

La revelación le llegó sin necesidad de que ninguno de los dos dijera una palabra. Y lo dejó sin aliento.

¿Se había ido de la casa? ¿Estaban diciendo eso?

Un frío glacial le recorrió el cuerpo y tuvo que hacer un esfuerzo enorme para no dejar que el pánico se apoderara de él.

Raven contó mentalmente los días y maldijo, en arameo, al darse cuenta de que el plazo había terminado. Joder, pero no por ello ella tenía que irse.

No por ello tenía que abandonar la casa.

¡No por ello tenía que abandonarlo a él!

Maldita fuera la vida, él iba a pedirle que se quedara. Pero a pedírselo de verdad.

—¿Se ha ido dónde? —preguntó con un hilo de voz.

La mirada de sus amigos, cargada de lástima, hizo que a Raven se le encogiera el corazón.

—Acaba de marcharse —dijo Romeo, con su voz llena de pesar.

Raven no necesitó escuchar más. Su cuerpo se movió por sí solo, impulsado por la desesperación. Corrió, como pudo, y salió de aquella habitación. Cruzó el pasillo, llegó hasta el dormitorio de Chloe y abrió la puerta de par en par. Allí, dormida, estaba Tori, agarrada a su osito de peluche.

—Chloe —la llamó él, su voz apenas un susurro en la silenciosa habitación.

Pero no había respuesta, nadie hablaba en aquel lugar. El silencio era ensordecedor. Miró alrededor de la habitación, buscando cualquier señal de Chloe, pero nada.

Ella no estaba allí.

Lo supo nada más entrar en ese lugar.

Algo, quizás un hilo invisible que los conectaba, lo hizo caminar hasta la ventana. Y fue entonces cuando vio a Chloe, arrastrando una maleta grande y pesada.

Estaba abandonando la casa.

Lo estaba abandonando a él.

Se quedó allí, parado junto a la ventana, su cuerpo inmóvil mientras su corazón se rompía en mil pedazos.

Sentía como si le estrujasen el corazón.

No podía respirar, no quería hacerlo. Solo podía quedarse allí, viendo cómo Chloe se marchaba.

—Chloe… —susurró con anhelo y desesperación.

Raven puso la palma de su mano en el cristal, sintiendo el frío del vidrio contra la piel. Sintió una angustia insoportable en el pecho, un dolor tan intenso que lo dejó sin aliento.

¿Por qué?

¿Por qué se estaba yendo esa mujer?

¿Por qué tenía que ser así?

Chloe dejó que Sylvester la ayudara a poner la maleta en el maletero. Caminó con paso firme hasta el asiento del copiloto y antes de subirse al coche, levantó la mirada. Primero miró al dormitorio de Beau, donde las luces seguían encendidas. Y suspiró con pesar.

Después miró al dormitorio que ella había compartido con Tori y sintió que se quedaba sin respiración al ver la silueta de Beau en aquel lugar.

Las lágrimas, esas que había estado reprimiendo con todas sus fuerzas, salieron a borbotones. Con rabia, se las limpió de un manotazo.

—¿Chloe? —preguntó Sylvester, ya sentado en el asiento del conductor.

Chloe se sentó en el coche y cerró la puerta con un golpe seco. Su corazón latía con fuerza en su pecho.

—Vámonos —dijo ella con firmeza.

Y con esa simple palabra, ella misma rompió su corazón en mil pedazos.



Raven no entendía nada, todavía era incapaz de procesar lo ocurrido. Lo único que sabía era que Chloe había abandonado la casa.

¡No! ¡Lo había abandonado a él!

Sin una explicación. Sin un maldito adiós.

Estaba bajo el grifo de la ducha, dejando que el agua le limpiase los restos de sudor del cuerpo. Tenía las manos apoyadas en las baldosas del baño. Su frente descansaba en el mismo lugar, contra los fríos azulejos.

Movió una mano y giró la manija del grifo. El agua salió a una temperatura casi insoportable. Quiso apartarse cuando el agua hirviendo tocó su piel, pero resistió el impulso. Resistió el dolor y se calló el grito que amenazaba con salir de su garganta.

Aguantó todo lo que pudo para que, seguidamente, la temperatura del agua que caía sobre él cambiase. Ahora era un chorro de agua helada lo que caía por su cuerpo, mojándolo.

Lo que fuera con tal de no pensar. Cualquier cosa que pudiera adormecer el insoportable pensamiento de que Chloe había desaparecido de su vida sin una explicación. Sin una palabra. Sin dejar rastro.

Salió de la ducha y se plantó delante del espejo. Limpió la superficie empañada con una mano para poder ver su imagen reflejada. La imagen que le devolvía el espejo era la imagen de un hombre al que apenas reconocía.

Estaba demacrado y tenía profundas ojeras alrededor de sus ojos. Había dormido mucho, sí, pero no había descansado una mierda. Se notaba que había perdido peso. Y la barba de varios días le hacía lucir más desaliñado de lo que ya estaba.

Vamos, que estaba hecho un desastre. Un completo y absoluto desastre.

Y como si no fuera suficiente con lo mierda que sentía su cuerpo, había que unirle a ello su corazón roto.

—¿Por qué? —gruñó, enfadado, dejando que toda la frustración que sentía saliera a la superficie— ¡¿Por qué?! —explotó.

Apoyado con las manos en el lavabo, dejó caer la cabeza hacia delante e hizo lo que no se había permitido hacer hasta ese momento.

Lloró.

Lloró con la desesperación de un hombre roto. Lloró hasta que no le quedaron más lágrimas.



Capítulo 27

—Y ya que estamos todos… —dijo Romeo cuando Raven entró en la sala y tomó asiento— Podemos dar inicio al "Gabinete de crisis."

Las caras de los presentes permanecieron imperturbables durante un buen rato. Hubo un largo silencio hasta que Romeo carraspeó y todos los demás salieron de su ensimismamiento.

—¿Dar inicio a qué? —preguntó Rain, su ceño fruncido. ¿De qué iba todo eso?

—Gabinete de crisis —dijo Carmichael. Hablaba como si eso fuera lo más normal del mundo cuando todos los presentes allí sabían que él estaba tan confundido como los demás.

Él tampoco tenía ni idea de qué era un Gabinete de crisis.

—¿Gabinete de qué? —preguntó Raven con incredulidad.

—Gabinete de crisis —dijo Romeo en tono condescendiente.

—Te he escuchado, mafioso de pacotilla —gruñó Raven, su ceño fruncido—. ¿Pero qué demonios es eso?

—Algo que necesitas —fue la rápida respuesta del italiano.

Raven rio. Una carcajada amarga y de desconcierto absoluto resonó en la sala.

Es que no se podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Y por qué necesitaría yo un gabinete de crisis, si puede saberse? —preguntó, desafiante.

—Porque estás en crisis, por supuesto —respondió Romeo con un tono que parecía decir "¿es que acaso no es evidente?"

Raven resopló, frustrado. Estaba a punto de levantarse cuando el sheriff puso una mano en su hombro, impidiendo que se moviera.

—Si los demás estamos aquí, no te vas a ir tú que, al parecer, eres el protagonista —le advirtió el sheriff.

—¡¿Pero el protagonista de qué, por el amor de Dios?! —exclamó Raven, perdiendo la paciencia.

Algo que, últimamente, parecía ocurrir con frecuencia. Y es que la paciencia nunca había sido su fuerte.

—Por eso, precisamente, estamos aquí —respondió Romeo sin inmutarse. Cogió un rotulador y escribió algo en la pizarra que había colocado en frente de todos—. Chloe —pronunció, leyendo el nombre que había escrito en la pizarra.

Raven casi salta de su silla.

—Ah, no, ¡me niego! —exclamó Raven.

Pero su intento de levantarse fue en vano, ya que no solo la mano de Rain lo retenía en ese momento, sino también la de Sylvester, quien lo agarró por el otro hombro, asegurándose de que permaneciera bien sentadito.

Sin moverse.

—Gracias —agradeció Romeo con una sonrisa juguetona en sus labios.

Tanto el sheriff como el abogado le devolvieron el gesto con un asentimiento de la cabeza.

—¿Se puede saber de qué va esto? —gruñó Raven, claramente frustrado.

—No lo sabemos —respondió Rain, su mirada fija en la pizarra—. Pero si va sobre ti, te quedas y punto.

—Tengo que ir con Tori, estará buscándome —intentó excusarse.

Pero Carmichael fue rápido en deshacerse de la excusa de Raven.

—Está con Sabrina haciendo un pastel —informó Carmichael—. No tienes que preocuparte por ella.

Raven miró al anciano con los ojos entrecerrados.

—¿Esto es cosa tuya? —preguntó, su tono mostraba que sospechaba de él.

—No —fue la simple y rotunda respuesta de Carmichael.

—Pero estuviste de acuerdo y lo ayudaste —señaló Raven, seguro de que eran cómplices. Vamos, ¡segurísimo!

—Romeo… —intervino Carmichael, haciendo un gesto con la mano para indicarle al italiano que comenzara con el gabinete, ignorando, así, a Raven.

Raven resopló, era evidente que era cosa de ellos dos. Y le extrañaba mucho que no estuvieran todos compinchados.

—Bien. He creado lo que, como os dije, se llama “Gabinete de crisis” —comenzó Romeo—. Y estará disponible para tratar los temas más preocupantes que ocurran en La Mansión.

—¿Y tengo que ser yo el conejillo de indias? —gruñó Raven.

—No, eres el protagonista. El creador de este gabinete, ¿no te sientes orgulloso por eso? —la sonrisa en la voz de Romeo.

—Me voy a sentir orgulloso el día que tu padre te encuentre —replicó Raven amargamente.

Romeo hizo un gesto de la mano dando a entender que no le daba importancia ninguna ni al comentario de Raven ni a su enfado.

—Te ayudaremos, quieras o no —prometió el italiano.

—¿Ayudarme a qué? —cuestionó Raven, confundido.

—A recuperar a Chloe, por supuesto —respondió Romeo, para quien la respuesta era más que obvia.

Raven miró a Romeo como si estuviera loco. Después miró a los demás.

—¡Estáis todos como cabras! —exclamó el médico.

—Sí, eso no vamos a negarlo —admitió Rain—. Empieza —le ordenó a Romeo, interesadísimo por el gabinete.

—¿Ves? Si es que todos nos preocupamos por ti. Todos menos tú mismo —Romeo regañó a Raven.

Raven miró al cielo y comenzó a despotricar. En arameo, como bien has podido adivinar.

—La razón del gabinete es que Raven —Romero escribió Raven en la pizarra— está hecho una mierda.

—Vaya, gracias —se mofó Raven.

Sarcástico.

—No come, no duerme y está con un humor insoportable —continuó Romeo.

—Pero si se fue anoche, no me dio tiempo… —comenzó Raven, pero lo ignoraron por completo.

—Un humor de perros —resopló Romeo.

—Lo del humor es lo normal, lo raro era que riera como cuando estaba Chloe —puntualizó Rain.

—Verdad —coincidió Sylvester.

—Porque tiene el corazón roto —sentenció Romeo. Y dibujó un corazón roto en la pizarra. Al menos lo intentó.

—¿Qué demonios es eso? —gruñó Raven, mirando el dibujo.

—Tu corazón, claro —dijo Romeo con un gesto de obviedad.

—Mi cora… —gimió Raven y se calló— Señor… —balbuceó antes de encogerse en el sofá, rogando por desaparecer.

—¿Y por qué lo tiene roto? —preguntó Romeo, dispuesto a llegar al fondo de la cuestión.

—Porque ha dejado ir a la mujer que quiere —contestó Sylvester en tono comprensivo.

—¿Y por qué se ha ido ella? —inquirió el italiano.

Pero en esa ocasión, la respuesta no estaba tan clara.

—Ahí ya… —Sylvester suspiró— No tenemos ni idea —confesó.

—Pues ya te lo digo yo —intervino Rain—. Porque el muy zopenco ¡no le pidió que se

quedara! —exclamó con una mezcla de indignación y exageración.

Se escuchó una exclamación colectiva. Todos unidos en el asombro. Incluso Carmichael no pudo evitar su sorpresa.

—Vamos, Raven, ¡no me jodas! —exclamó el abogado, sin poder controlar la lengua.

—¿No le pediste que se quedara? —los ojos de Romeo abiertos de par en par.

—Raven, por Dios… —suspiró Carmichael.

—¡Lo hice!, ¿vale? —exclamó Raven— Lo hice —su tono perdiendo fuerza mientras sentía la mirada de todos los demás sobre él. Se mordió el labio, nervioso—. A lo mejor no directamente, pero lo hice.

—Ya…

Un suspiro colectivo se escuchó en la sala.

—Joder —gruñó Raven, irritado—. Se ha ido porque le ha dado la gana, ¿vale? Y se ha ido sin una maldita explicación para mí. Se fue anoche de la casa sin decirme adiós —dijo enfadado, la amargura en su voz—. ¿A quién más le importa la razón?

A él no, desde luego. Él, en ese momento, la odiaba. Y mucho. Esa mujer había desaparecido de su vida sin un motivo, sin una razón, sin ni siquiera decirle “oye, me voy.”

Nada, se había esfumado. Y el que se había quedado con el corazón roto había sido él.

—¿Y pretendéis que sea yo quien, después de eso, busque una explicación? —rio con amargura— Nos abandonó a Tori y a mí. De la niña al menos se despidió —le constaba que lo hizo—. Pero de mí… ¿Merecía yo que lo hiciera así?

—¿No te has preguntado por qué actuó así? —interrumpió Carmichael en tono serio.

Su mirada se encontró con la de Raven y este rio con amargura.

—Que si me lo he preguntado dice —bramó—. No he pensado en otra cosa desde que se fue. Le he dado vueltas y vueltas y ¡¿sabes qué?! Que no hay razón.

Carmichael miró a Raven fijamente a los ojos.

—No hay una razón que tú sepas —lo corrigió el anciano—. Tampoco conoces la razón por la que Karen te mintió, pero lo hizo y años después descubres que tienes una hija.

—¿Me estás culpando por lo que pasó? —Raven parecía atónito— Porque fue ella la que no me buscó cuando supo que esa hija era mía.

—Sí —respondió Carmichael sin vacilar—. Y eres tú el que ahora está aquí, con miles de preguntas en la cabeza, sin mover un dedo y sin atreverse a buscar y a confrontar a la mujer que quiere y preguntarle por qué. ¿Por qué te vas? ¿Por qué no te quedas conmigo? ¿Por qué me dejas? ¿Es porque no te demostré que te quiero? ¿Porque ni siquiera te lo dije? —se detuvo, tomando un profundo suspiro antes de continuar— ¿Le dijiste lo que sentías por ella? ¿Al menos hiciste eso?

Raven pareció desinflarse ante las palabras de Carmichael. Dejó escapar todo el aire de sus pulmones en un largo suspiro.

—No —admitió al fin—. Pero eso no justifica su partida —refunfuñó.

—Hombre, a ver —resopló Romeo—. Si es la fecha en la que se supone que tengo que irme y nadie me pide que me quede o me dice que me quiere y que me quiere cerca… Si eso no es un motivo para irse… ¡Tú estás tonto o qué te pasa! —exclamó el italiano mirando a su amigo como si fuese subnormal.

—¡Al menos debería haber esperado a hablar conmigo! ¡Nada de eso justifica que se haya ido así, sin un adiós! —exclamó Raven, perdiendo el control.

—A lo mejor nada la justifica, Raven —dijo Carmichael—. Pero después de lo que te pasó con su hermana… No puedo creerme que dejes las cosas al destino —resopló el anciano.

—Yo no… —Raven intentó responder, pero las palabras le fallaron.

No sabía qué decir.

—Al menos porque tengo más experiencia en la vida que tú, deberías escucharme. Y deberías mirar un poco más allá de tu ego —concluyó Carmichael.

—¿Crees que es una cuestión de ego? —bufó Raven.

—Sí —respondió Carmichael—. Sin lugar a dudas. Estás dolido y no te paras a analizar las cosas. Pero si dejaras tu orgullo a un lado, podrías ver que esa mujer no solo te dejó a ti, también dejó atrás a la niña que lo es todo en su vida. ¿Y por qué? No lo sabes, pero te atreves a juzgarla —Carmichael resopló, un sonido desesperado lleno de frustración—. Ella te juzgó a ti en su día y se equivocó. ¿Qué te hace pensar que no está pasando lo mismo ahora?

—Nos dejó —respondió Raven, su voz temblorosa con una rabia mal contenida—. Y eso es lo único que cuenta. Se fue sin despedirse de mí —dijo con rabia.

—Tú también abandonaste a tu mujer y a tu hija para los ojos de Chloe, ¿no? —preguntó Carmichael, lanzándole un desafío con esa pregunta.

Raven apretó los dientes con fuerza, sus ojos llenándose de lágrimas. Y no, definitivamente no se iba a permitir derramar ni una sola lágrima en ese momento.

Sin apartar la vista de Carmichael, Raven le sostuvo la mirada un largo rato.

—¿Qué sabes? —preguntó finalmente en un susurro, sintiendo una creciente presión en el pecho.

Sentía como si le estrujasen el corazón.

—Nada —esa fue la tajante respuesta de Carmichael.

Raven miró a los demás presentes en la sala.

—¿Qué sabéis? —les preguntó, agobiado.

—Nada —respondieron todos a la vez.

Pero Raven no los creía. No podía creerlos.

—Hacía años que no te veía tan feliz. Y la felicidad de estos días atrás no era solo por Tori, también era por Chloe —continuó Carmichael—. Simplemente pensé que habías cambiado y que esta vez te aferrarías a la felicidad que la vida te ponía por delante.

—Ha sido ella quien me ha abandonado —le recordó Raven, su voz teñida de amargura.

Carmichael asintió con la cabeza, entendiendo a Raven.

—Y tú, por supuesto, no harás nada por cambiarlo. Porque, en el fondo, no crees merecerla. Ella se ha ido, me ha dejado —Carmichael resopló—. La excusa perfecta para atormentarte y seguir fustigándote por algo porque, en el fondo, no crees merecer ser feliz.

—Es no es así —se defendió, pero todos sabían que Carmichael tenía razón.

—¿Entonces por qué no has sido capaz de mostrarle tus sentimientos y de decirle, bien dicho, que la quieres a tu lado? —preguntó el anciano.

—No me dio tiempo —gruñó él.

—¡Y un coño que no! —gritó el abogado.

Todos los demás lo miraron, impresionados por esa expresión.

—Últimamente te juntas mucho con nosotros, ¿no? —bromeó Romeo.

—Es que me saca de mis casillas —bufó Sylvester, refiriéndose a Raven.

—Normal —suspiró Rain.

Raven resopló. Lo que tenía que aguantar…

—¿La amas? —le preguntó entonces Carmichael a Raven, buscando la verdad en su mirada.

Los ojos de Raven se llenaron de lágrimas.

—¿Qué importa eso?

—Oh, ¡claro que importa, Raven! ¿La amas? —insistió Carmichael, con voz dura.

—¡Sí! Joder, ¡sí! —explotó Raven— ¡La amo!

Carmichael sonrió y asintió con la cabeza.

—Entonces no seas como tu ex mujer y no guardes los secretos durante años —le recomendó Carmichael, llevándose una mirada llena de odio de Raven.

—Yo no soy ella —respondió Raven en tono frío y determinado.

—Entonces demuéstralo —lo retó Carmichael—. Porque ahora mismo estás actuando como ella.

—Y una mierda —gruñó Raven.

—Ve, dile a Chloe lo que sientes, pregúntale sus verdaderas razones para marcharse —continuó Carmichael—. Y si después de todo ella sigue firme con su decisión de irse, entonces cierra el capítulo. Pero enfrenta las cosas, no quiero que dentro de otros cuatro años descubras la verdad y vuelvas a sentirte engañado. Ni que te sientas un idiota por no haber actuado cuando pudiste. Porque no te lo perdonarás a ti mismo. Ni nos perdonarás a nosotros el que no te hayamos dado la patada en el culo cuando te hacía falta.

—¿Qué sabes? —insistió Raven. Porque algo había que no le cuadraba. ¿Por qué insistía tanto?

Carmichael suspiró, cansado.

—Lo suficiente para darte este sermón, Raven. Pase lo que pase, uno de los dos puede terminar odiándome. Pero… —Carmichael se encogió de hombros en un gesto de resignación— Me arriesgaré. Porque siempre lo hago —señaló a los cuatro, queriendo decirles que gracias a los riesgos que tomó por ellos, ahora los tenía allí, con él.

El silencio se instaló en el lugar hasta que Romeo lo rompió.

—Bueno… ¿Entonces como conclusión…? —dijo, mirando a los demás, esperando apuntar algo en la pizarra.

Raven miró a Sylvester.

—¿Dónde está? —preguntó sin ni siquiera cuestionarse lo que iba a hacer.

Al menos Carmichael tenía razón en algo, necesitaba respuestas. Y esta vez haría lo que fuera por conseguirlas.

Con una sonrisa apenas perceptible, Sylvester se levantó de su asiento.

—En un rato la llevaré al aeropuerto. ¿Te llevo?

Sin perder un segundo, Raven se levantó a toda prisa y salió de la sala, seguido de cerca por Sylvester.

Romeo suspiró y se dejó caer en el sofá, una sonrisa divertida se dibujó en su rostro.

—El “Gabinete de crisis” ha sido todo un éxito, ¿eh? —concluyó con una nota de triunfo en su voz.



Capítulo 28

Chloe frunció el ceño cuando llamaron a la puerta. Era temprano, había quedado en encontrarse con Sylvester más tarde, no antes.

Se encontraba alojada en una modesta pensión del pueblo. Había rechazado la cortés invitación del abogado para quedarse en su casa. Por mucho que su mujer, con una sonrisa simpática y acogedora, estuviera de acuerdo, Chloe prefería estar un tiempo a solas.

Necesitaba estar sola.

Su situación no era fácil. Estaba prácticamente sin dinero, lo que la llevó a pedirle prestado a Carmichael antes de marcharse. Para él era un regalo, una forma de ayudar a alguien a quien quería en un apuro. Para Chloe solo fue un préstamo. Volvería a la ciudad, encontraría trabajo, ganaría dinero y le devolvería a Carmichael hasta el último centavo.

Sentía que había abusado suficientemente de su confianza y generosidad viviendo en esa casa sin preocuparse ni por los gastos ni por la comida.

Sí, había estado cuidando a la niña, pero para Chloe eso no era un trabajo como tal. Era su sobrina, por el amor de Dios, jamás aceptaría dinero de nadie por hacerse cargo de ella. No era una niñera, era familia.

Se había ido de La Mansión la noche anterior y en unas horas estaría volando de regreso a casa.

¿A qué casa? Si no tienes ninguna y nadie te espera, pensó con pesar.

Se buscaría la vida, siempre lo hacía.

Tomar esa decisión no había sido fácil. Y, por supuesto, mucho menos había sido fácil tener que decirle adiós a Tori. Ella había sido su vida durante mucho tiempo, pero Chloe hacía tiempo que había asumido que había alguien con más derecho a compartir el día a día de su sobrina. Y esa no era ella, sino Beau, el padre de la pequeña.

Esa era, también, la elección de su hermana, ¿no? Porque si no hubiera querido que Beau se quedase con la custodia de su hija, se habría ido al otro mundo guardando el secreto.

Chloe conocía bien a Beau, tanto o más que Karen y ambas sabían que, sin importar cuán dolido estuviera, Beau jamás dejaría de lado a su hija.

Y ella que había creído lo contrario durante tanto tiempo… Nunca podría perdonarse haber malpensado así de él.

El hecho de haber incluido a Chloe en la cláusula del testamento solo era para facilitarle las cosas a Tori, para que el cambio de vida no fuese tan brusco. Pero Tori se había adaptado bien, adoraba a su padre. Así que Chloe ya no pintaba nada en aquel lugar. Su presencia ya no era necesaria.

La Mansión no era su hogar. Y nunca lo había sido.

Abrió la puerta confiadamente, pensando encontrarse al abogado tras ella, pero se encontró con la última persona que se podía imaginar.

Y a la última persona que quería y necesitaba ver en aquel preciso momento.

—Beau… —pronunció con un hilo de voz, apenas un susurro.

Raven vio cómo la sonrisa con la que había abierto la puerta desaparecía de su rostro cuando vio que era él quien estaba frente a ella. Luchó contra las ganas que tenía de zarandearla por haberse marchado de esa manera. Luchó contra las ganas que tenía de besarla al verla así, tan destrozada: sus ojos hinchados, rojos de tanto llorar, su nariz no era menos. Su pelo…

Raven levantó una mano, el ansia por tocarla lo quemaba, pero volvió a bajarla rápidamente. Se contuvo y mantuvo la distancia.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella con voz temblorosa, algo más recuperada de la impresión.

Raven hizo un gesto con la mano, señalando al interior de la habitación, pidiendo permiso tácito para entrar.

—¿Puedo pasar? —preguntó tras un carraspeo.

—No —dijo Chloe rápidamente, negando con la cabeza, su rostro marcado por la determinación.

Raven enarcó las cejas, sorprendido por su abrupta respuesta. Chloe cerró los ojos y suspiró antes de volver a abrirlos y mirar a Raven.

—No creo que tengamos nada de lo que hablar —declaró, en un intento de terminar con la conversación mucho antes de que empezara.

Raven rio. Pero fue una risa amarga, cargada de dolor.

—¿Me abandonas y no crees que tengamos nada de lo que hablar? —el reproche en su voz. Enarcó las cejas— ¿Tan poco he significado para ti que no merezco, ni siquiera, una explicación?

—Beau… —la tortura en la voz de Chloe. Finalmente hizo un gesto con la mano, invitándolo a pasar.

Beau entró en la casa y Chloe cerró la puerta para, seguidamente, apoyarse en ella. Estaba allí, contra la puerta, como si necesitara ese apoyo para poder mantenerse en pie.

—¿Dormiste aquí? —preguntó él, mirando la pequeña habitación con una cama sencilla y un mobiliario escaso y modesto.

—Sí —dijo ella. Aunque era evidente, no tenía ni qué responder—. Veo que estás mejor.

Raven dejó de observar el lugar y la encaró. Su mirada era directa y penetrante.

—Desperté anoche, todavía tenía un poco de fiebre, pero hoy estoy bien —respondió, tenso.

Ella asintió con la cabeza.

—Me alegro —susurró tras un carraspeo.

—Yo no —dijo él con amargura—. Lo mismo si llego a estar más tiempo enfermo, no te vas —sonó duro.

—Beau… —suspiró Chloe, suplicante.

Raven suspiró profundamente, se pasó las manos por el pelo en un gesto de frustración y desesperación y cuando la miró a Chloe a los ojos, ella pudo ver las lágrimas brillando en los de él. Chloe apretó los dientes, rezando porque sus ojos no se llenasen, también, de lágrimas.

—Solo quiero una explicación, Chloe —imploró Raven, levantando las manos en un gesto desesperado y dejándolas caer—. Yo… Respetaré tu decisión, pero necesito saber por qué. ¡¿Por qué demonios me abandonaste?! —exclamó, frustrado— ¿Por qué no esperaste a que despertara? ¡¿Por qué no puedes quedarte conmigo?!

Estaba dolido y mucho. Y ella permanecía allí, tan recta, mostrándose tan distante y tan fría que lo único que conseguía era que él no pudiese controlar sus emociones.

Parecía no importarle si él sufría o no y eso le hacía daño.

—¿Hice algo mal? —preguntó Raven.

Chloe negó lentamente con la cabeza.

—No se trata de eso… —balbuceó.

—¿Entonces de qué se trata? ¡Maldita sea! —había ido allí con la intención de hablar con calma, pero fue verla y toda su resolución se fue al traste. Porque dolía, y mucho— ¿Por qué, Chloe? ¿No soy suficiente? ¿Lo que te puedo ofrecer no es suficiente? ¿No…?

Chloe sintió que no podía más. Tenía la culpa, sí, ¡pero no porque no fuera suficiente!

—¡Yo soy la que no es suficiente! —estalló finalmente, dejando que las lágrimas salieran sin control de sus ojos— ¡Yo soy la que no puede ofrecer más!

A Raven lo tomó por sorpresa tanto su estallido como lo que estaba diciendo.

—¿De qué hablas? —preguntó, claramente desubicado. Su rostro mostraba la confusión que sentía.

—No soy ella —dijo con amargura en la voz—. Por más que me mires y que la veas a ella, ¡no soy ella!

Raven frunció el ceño, todavía sin entender de qué hablaba.

—Chloe, pero ¿qué…?

—A veces me miras y la ves a ella —Chloe empezó a repetir lo que había escuchado aquella noche, antes de que él se desmayase—. Me miras y recuerdas todo el daño que te hizo, todo el dolor que te infringió, pero ¡yo no soy ella! —proclamó con una tristeza desgarradora.

Fue en ese momento cuando Raven comenzó a entender a qué se refería Chloe y maldijo, en

arameo y en todos los idiomas, al mundo.

—Nena, no fue así… —intentó corregirla.

Pero ella no escuchaba, ella necesitaba desahogarse. Necesitaba soltar todo lo que la quemaba por dentro.

—Sé que no puedes perdonarla y lo entiendo. Yo tampoco puedo —reconoció, llorando a lágrima viva—. Me duele por Tori y por ti lo que te hizo, pero yo no tengo la culpa.

Chloe se limpió con rabia las lágrimas que caían sin cesar por sus mejillas con un movimiento brusco de la mano. Raven intentó acercarse a ella, pero ella negó con la cabeza, pidiéndole que no se acercara.

—Aunque no pueda perdonar lo que hizo, es mi hermana. Es mi hermana y joder, ¡cuánto la echo de menos! Ojalá pudiera volver atrás y volver a estar con ella porque lo haría, haría lo que fuera con tal de tenerla de nuevo conmigo —confesó Chloe.

—Chloe, por favor, escúchame —le pidió Raven, la agonía se reflejaba en su voz.

—Tienes razón —continuó ella, ignorándolo por completo—. Ella siempre se interpondrá entre nosotros —admitió con tristeza—. Yo necesito llorarla cuando quiera, hablar de ella cuando quiera y tú… Entiendo que la odies y que necesites hacer lo contrario.

—Si esa es la razón, yo… —Raven suspiró profundamente— Encontraremos la manera, Chloe, te lo prometo. Pero esa no es una razón para terminar con lo nuestro.

—¿Lo nuestro? —Chloe rio amargamente— ¿Qué es lo nuestro, Beau? ¿Sexo? ¿Eso es lo nuestro?

—No seas ridícula —el tono de Raven era duro, demostrándole que sus palabras le habían dolido—. Sabes de más que eso no es así.

—¿Entonces qué ha sido? —insistió ella— ¿Hemos hablado de otra cosa más allá de lo que deseamos follar al otro?

—Chloe, no hables de lo que no sabes —le advirtió Raven, con los dientes apretados al escucharla hablar así.

No le gustaba, no le gustaba ni un poco.

—¡Lo que sé es que esa no es mi vida! —exclamó Chloe con su voz entrecortada por las lágrimas y el dolor que sentía— Y que yo no soy tu elección.

Raven negó con la cabeza, desconcertado por sus palabras.

—Pero ¿qué dices? —¿de qué demonios estaba hablando esa mujer ahora?— ¿No eres mi elección? Deja de decir estupideces, Chloe. ¿Mi elección? —a Raven le causaba dolor que ella pensara eso— ¿No eres mi elección? ¿Por qué, si no, estarías en mi cama?

—Me llamaste Karen esa noche —susurró ella, con el corazón encogido—. Me llamaste Karen cuando hervías en fiebre, después de que correrme con tus dedos —dijo enfadada y él la

miró, horrorizado.

¿Él había hecho eso? ¿Cuándo?

Joder, pero si estaba con fiebre, solo balbucearía cosas. ¡Él no se acordaba de una mierda! Y mucho menos haría algo así, nunca estando en su sano juicio, ¡por Dios!

—¡Me hiciste odiar a mi hermana en ese momento! —estalló ella y se dejó caer en el suelo, todo su cuerpo temblando.

De cuclillas, delante de esa puerta, con la cabeza escondida entre sus piernas, cubierta por sus brazos, Chloe lloraba sin parar. Era una imagen desgarradora y él no podía soportarlo.

—Dios, nena —la voz de Raven era un susurro quebrado. Le partía el corazón verla así. Se acercó rápidamente hasta ella—. Chloe no, por favor —le rogó cuando ella intentó evitar que la tocara—. Maldita sea —rugió Raven y sentándose en el suelo, al lado de Chloe, la cogió y la sentó sobre sus piernas.

La abrazó con fuerza entre sus brazos. Ella luchó al principio, tratando de liberarse de su agarre, pero al final, se dio por vencida y se dejó abrazar por él.

Raven la abrazó más fuerte, dejando que llorase todo lo que necesitaba. Le dio un beso en la cabeza. Y otro. Y otro…

—Te odio —susurró ella con la voz amortiguada por el abrazo—. No sabes cuánto te odio.

Raven cerró los ojos con fuerza y la abrazó todavía más.

—Yo no te odio —susurró Raven—. Jamás podría odiarte.

Ella se movió, deshaciéndose de su abrazo y lo miró a la cara. Raven lucía serio, incluso dolido. Pero, sobre todo, atormentado.

—Eso le dijiste a ella y ahora la odias —le recordó Chloe, refiriéndose a su hermana.

Raven suspiró pesadamente, sentía un dolor inmenso en el pecho.

—Tú no eres ella —le dijo Raven con seriedad—. Y lo que siento por ti no tiene nada que ver con ella.

—Te odio —susurró ella nuevamente, mirándolo a los ojos, dejándole ver el dolor que la consumía.

—Yo a ti no —respondió Raven con calma, poniendo la palma de la mano en la cara de Chloe, acariciándola con dulzura —. Yo a ti te quiero, Chloe —confesó, emocionado—. No tienes ni puta idea de cuánto —confesó, sintiendo que se le desgarraba el corazón.

—Mentira —sollozó ella.

—¿Mentira? —el rio amargamente— Ojalá fuera mentira porque la mujer que amo me ha abandonado y créeme, no te imaginas cómo duele esta mierda.

—Te odio, maldito —sollozó ella—. Y a mí sí que me duele. Me duele odiarte tanto —lloró

—. Te odio porque hiciste que me enamorase de ti —confesó entonces—. Desde aquel beso estoy enamorada de ti —dijo para sorpresa de Raven.

Y eso la hacía sentir tan mierda…

Chloe se dejó caer sobre el pecho de Raven y volvió a llorar.

Perdieron la cuenta del tiempo que pasaron ahí. Ella llorando, él consolándola. Los dos sumidos en sus pensamientos, batallando con los demonios que habitaban en sus almas.

Raven acariciaba su espalda y su cabeza con cariño, sintiéndose la peor de las basuras por todo lo que había pasado.

Sintiéndose un mierda por el dolor que le había causado a ella.

—Lo he hecho muy mal —admitió él entonces, su voz llena de arrepentimiento.

La confesión hizo que Chloe se tensara en sus brazos. Ella se separó de él y lo miró a los ojos. Las miradas de los dos llenas de dolor.

—Desde el primer momento, no te he hecho sentir especial y lo siento —la voz de Raven apenas era un murmullo—. Supongo que te he hecho sentir como la hermana de una y como la tía de otra. ¿Y tú? —Raven suspiró— Pero te veía, Chloe. Te veía y te veo. Y sí, a veces no puedo evitar que me recuerdes a ella, incluso que Tori no lo haga, pero no por ello has dejado de ser tú. ¿Crees que me enamoré de ti por parecerte a ella? —Raven rio amargamente— ¿O crees que me enamoré de ti porque me es más fácil estar contigo por mi hija? ¿Es eso? —ella asintió con la cabeza y él hizo lo mismo— Si eso es lo que te he hecho sentir, lo siento —dijo arrepentido.

—No estás enamorado de mí, Beau. Estás confundido y…

Antes de que pudiera terminar su frase, él puso un dedo en los labios de ella, silenciándola.

—Lo que siento aquí —se señaló el pecho, donde su corazón latía con fuerza— lo sé yo. No eres nadie para juzgar eso —dijo con rabia contenida—. Y no es solo que me muera por tocarte, es que no quiero que desaparezcas de mi vida. Porque soy feliz contigo en ella. Y te quiero en ella, pero porque tú también quieras estar en ella. Y para eso tenemos que ser dos, para arreglar toda la mierda del pasado y poder dejarla atrás de verdad, tenemos que ser dos.

—Beau —lloró ella.

—Siento no haber sido capaz de decirte todo esto antes. Siento haber sido el culpable de que te sientas así. Yo… Supongo que al final, todos tienen razón y solo sé boicotearme a mí mismo —suspiró, pensando en las palabras de sus amigos— He ido retrasando el momento por miedo, porque esto también es una locura para mí. Y joder, la he cagado. La he cagado y te he perdido por ello. Y solo yo tengo la culpa de que te hayas ido. Soy yo quien te eché por no ser sincero desde el principio y ser un puto cobarde.

—Beau, por favor. No te culpes, yo… Yo también lo hice mal —reconoció Chloe—. Pero necesito irme, ¿no lo entiendes? Yo… Necesito pensar. Necesito sentirme que no estoy viviendo la vida de otra persona, necesito que tú también estés seguro de qué es lo que quieres.

—Yo no necesito perderte para saberlo, Chloe.

—Beau…

Raven asintió con la cabeza, comprendiéndola.

—Pero te entiendo. ¿Necesitas un tiempo? Tómalo —dijo él, resignado—. Vete, Chloe. Arregla tus cosas, haz tu vida, yo haré la mía y cuando me eches de menos, vuelve, por favor.

—Beau…

—Tardes lo que tardes, yo voy a esperarte —la sinceridad brillaba en los ojos de él—. Esa es la única manera que tengo para demostrarte que quiero esto. Que quiero esto —se señaló a sí mismo y después a ella, una y otra vez—. Que quiero esto —puso la mano en su corazón, donde latía su amor por ella.

—Dios, Beau…

—Te quiero —dijo él mirándola con intensidad—. Pero tienes razón, tenemos cosas que arreglar. Solo cuando ambos dejemos de estar rotos, podremos estar juntos.

—Lo siento —dijo ella—. Lo siento mucho.

Raven se acercó a ella y la besó. Un beso que sabía a lágrimas, a arrepentimiento, a despedida. Un beso que era un adiós, pero también una promesa. Un beso que hablaba de un amor que, si era tan real y tan fuerte como debería ser, no desaparecería.

Pero eso lo diría el tiempo…

Durante ese beso, el corazón de Raven latía con fuerza contra su pecho. Con sus manos acunando la cara de Chloe, dejó que sus dedos trazaran el contorno de sus mejillas.

Dios, cuánto le gustaba tocarla.

Cambiando de postura, Chloe se sentó a horcajadas sobre él. Entrelazó sus dedos en el cabello de Raven, atrayéndolo hacia sí cuando el beso se volvió más profundo.

Más pasional.

Chloe podía sentir el calor de ella a través de la ropa que llevaban, recordándole el deseo que ardía entre ellos.

Raven deslizó sus manos por el cuerpo de Chloe. La deseaba de una forma que no podía describir con palabras, la anhelaba tan profundamente…

Allí, entre besos y caricias, Raven se deshizo de la camiseta que Chloe llevaba puesta.

—Joder, nena —susurró con adoración cuando dejó libre sus pechos.

Raven puso una mano en la nuca de Chloe y la acercó hasta él. Volvió a besarla, arrancándole un gemido a ambos. Soltó su boca el tiempo suficiente de despojarse de su camisa. El roce de sus cuerpos, piel contra piel, provocó un gemido de ambos.

—Te deseo, Chloe —le dijo él mirándola fijamente a los ojos—. Te deseo, nena.

Ambos se pusieron de pie y tras despojarse por completo de la ropa y que él se pusiese la protección, cayeron sobre la cama. Raven se colocó sobre Chloe y la cubrió con su cuerpo.

Se tomó un segundo para acariciar su rostro y para depositar pequeños besos en él. Bajó por su cuello, besó sus pechos, su vientre y depositó un beso en su dulce sexo. Besó la cara interna de sus muslos, sus pantorrillas y hasta sus pies, adorando cada parte de su cuerpo.

Cuando volvió a colocarse sobre ella, le dio un dulce beso en la boca.

—No tienes idea de lo que significas para mí, ¿verdad?

Las lágrimas cayeron de los ojos de Chloe y él se apresuró a limpiarlas. Y fue en ese momento, cuando más vulnerables se sentían, que él entró en ella.

Raven había intentado alargarlo más, pero le palpitaba la polla por la necesidad de entrar en ella. No podía esperar más. Como tampoco podría alargar mucho aquel momento.

Era todo tan intenso que lo tenía al borde del abismo.

Chloe puso las manos en las nalgas de Beau y se movió a su ritmo. No dejaban de besarse mientras sus caderas se movían, cada vez más rápido. Necesitando la liberación.

Y la necesitaban pronto.

—Te amo —susurró él sobre los labios de Chloe.

Chloe gritó, el orgasmo llevándola al cielo. Clavó las uñas en las nalgas de Raven y se dejó caer. Raven, al notar las contracciones de su sexo, no pudo soportarlo más. Y la acompañó al abismo.

En el silencio que siguió, Raven envolvió a Chloe en sus brazos, acunándola contra su pecho. Podía sentir la tristeza de ambos.

Pero también sabía que, a pesar de la despedida, había una promesa. Y si su amor era tan real y tan fuerte como debería ser, no desaparecería.

Y aunque solo el tiempo lo diría, Raven sabía que, sin importar lo que el futuro trajera, siempre amaría a Chloe.



Capítulo 29

“Amada Chloe, ¿cómo estás?

Espero que te encuentres bien y que no estés llorando por los rincones, prefiero que me maldigas cada vez que te sientas triste. Lo digo en serio, maldíceme si eso te hace sentir mejor.

Y no estoy bromeando.

Lo siento, desde lo más profundo de mi corazón. Siento mucho haberte mentido, haberte usado y haber actuado egoístamente. Siento no haber confiado en ti, no haberte dicho la verdad desde el principio. Y siento haberte obligado a cumplir con la cláusula. Pero sé que, con el tiempo, lo entenderás.

No debes culpar a Beau, él no tiene la culpa de nada. Aunque ya lo sabrás.

Yo fui la que cometió el error, yo lo engañé, yo me enamoré del hombre equivocado y yo le mentí. Pero, como suele pasar cuando una juega con fuego, me quemé, y su mujer… Sí, la mujer de mi amante (ya puedes volver a maldecirme), me enfrentó meses después de que Tori naciera y me restregó en la cara que la prueba de paternidad a la que me obligó a someter a mi hija, era negativa.

Para ese entonces, yo ya sabía que era hija de Beau, pero sentía tanta vergüenza, tanta culpa… Que nunca fui capaz de enfrentarlo.

Ni de enfrentarte a ti.

Lo siento, hermana. Siento haberte hecho daño y siento haberme ido sin haberte pedido perdón a la cara.

Sé que lo hice mal, por eso espero que cuando leas esta carta que te será entregada cuando pasen los tres meses que se estipula en el testamento, cuando puedas pasar tiempo con Beau y conocer la verdad… Espero que entonces puedas perdonarme.

Y espero que a partir de este momento seas muy feliz. Solo tú, Chloe, siendo feliz como quieras, sin ataduras con nadie, solo las ataduras que tú quieras tener.

Gracias por haber sido una madre para mi hija y gracias por haber sido la mejor hermana del mundo.

Lo siento. Te quiero mucho.”



“Tanto tiempo, Beau…

Tantos recuerdos, tantas emociones vividas… Pero estas serán las últimas noticias que recibas de mí.

Confieso que estoy algo perdida, no sé ni por dónde empezar. ¿Quizás por pedirte perdón por haberte engañado? ¿Por ocultarte la verdad de tu paternidad una vez que lo descubrí por la vergüenza que sentía?

¿Pedirte perdón por todo?

Pero tenía tanto miedo de perderla si te enterabas…

Si estás leyendo esta carta es porque he pagado por mis malas acciones. Un final demasiado trágico, sin duda, pero qué se le va a hacer. Nadie elige nacer, pero tampoco elegimos morir.

Me tomó un tiempo ver la verdad y si no fuera porque me la refregaron en la cara, lo mismo seguiría pensando que Tori no es tu hija. Aunque viera rasgos tuyos en ella, aunque tuviera tus ojos, esos ojos característicos que no se pueden negar...

Una es ciega cuando quiere, ¿verdad?

Sé que me odias, y lo entiendo. No te culpo, me lo he ganado a pulso. Pero te conozco, Beau, mejor de lo que crees y sé que jamás podrás odiar a nuestra hija. Esa pequeña que es parte de ti, estoy segura que estará muy feliz allí donde estéis.

Gracias por cuidarla y por favor, haz que nunca deje de sonreír. Mantén siempre el brillo en sus ojos.

Y si me permites el descaro de pedirte un último favor: cuida a Chloe. Es la mejor persona que existe sobre la faz de la tierra. No la dejes sola, por favor.

Podría decirte muchas cosas más, pero no sé si servirían de mucho.

Lo siento, eso es lo único que puedo decir. Lo siento, Beau.

Aunque no lo creas, te quise y me llevo un gran recuerdo de ti.

¿Puedo pedirte un último favor? Sí, ya sé que me estoy pasando, pero ¿puedes hablarle a Tori de mí? ¿Puedes recordarle lo mucho que la amo? Ella siempre lo será todo para mí y me duele pensar que me olvidará.

Lo siento, Beau. Créeme, lo siento. Si pudiera regresar en el tiempo…

Espero que algún día puedas perdonarme.”



Capítulo 30

Unos meses después…

—¡Me cago en la leche! —exclamó Tori, exasperada mientras escupía toda la arena que se había tragado cuando se cayó, por quinta vez ese día, de la bicicleta.

—¡Tori Nolan! Te voy a coser esa boca —exclamó Beau bajándose del coche, llegando hasta su hija.

La pequeña, todavía tirada en el suelo, se levantó de un salto con una agilidad sorprendente.

—¡Papi! —exclamó con emoción al ver a Raven.

Raven sonrió, una sonrisa genuina. Se agachó, preparado para recibir el impacto inminente del abrazo de la pequeña. Pero subestimó la fuerza con la que Tori se lanzaría a sus brazos y, con una risa, cayó de espaldas al suelo.

Ambos, padre e hija, estallaron en carcajadas por lo ridículo de la situación. Y allí se quedaron, en esa postura, sin poder dejar de reír.

—Hola, pequeña —la sonrisa en el rostro de Raven no se borraba—. ¿Cómo estuvo tu día?

—¡Súper divertido! —exclamó Tori llena de entusiasmo, haciendo reír nuevamente a Raven.

Con toda la energía de una niña de su edad, se levantó. Golpeó a Raven donde más dolía y él acabó doblado por el dolor.

Oh, joder, cómo dolía.

—Papi, ¿estás bien? —la preocupación en el rostro de Tori al ver a su padre allí, doblado en el suelo, murmurando palabras que no entendía.

Raven estaba maldiciendo en arameo, lo cual podía hacer sin problema porque Tori no entendía nada de lo que decía. Y si ella lo repetía y alguien la escuchaba, pues tampoco habría problema alguno porque no se enterarían de nada.

—Perfectamente bien —logró articular cuando finalmente pudo hablar. Le costó levantarse.

Me ha dejado eunuco, pensó Raven.

Pero, ¿qué importancia tenía eso?

Chloe no estaba, Chloe se había ido hacía ya mucho tiempo. Y sin ella, él vivía en un estado de castidad forzada. O más bien autoimpuesto.

Chloe…

Joder, cómo la echaba de menos.

¿Volverás alguna vez?, se preguntó.

No lo sabía, como no sabía nada de ella. Él solía escribirle, compartiendo pequeñas anécdotas de Tori y diciéndole cuánto la extrañaba. Chloe siempre leía los mensajes, pero nunca respondía, ni siquiera a los de Tori. Eso solo hacía que sus esperanzas desaparecieran.

Pero después volvía a recordarla entre sus brazos, sus sonrisas, sus miradas y se reprendía a sí mismo diciéndose que tenía que confiar en ella, tenía que confiar en que lo quería. Estaba seguro que cuando ella se arreglase a sí misma, volvería.

Porque lo haría, ¿verdad?

Sí, lo haría y él, por fin, podría escuchar que lo amaba, cosa que se moría por oír.

Suspiró mentalmente y dejó a un lado los dolorosos recuerdos de Chloe y sus anhelos más profundos. Su mente, siempre lógica y realista, le mostraba la cruda realidad. Y la realidad era que Chloe se había marchado y que no estaba con él.

Esa era la cruel y amarga realidad.

Y él tenía que hacerse a la idea de que, lo mismo, ellos no tenían un futuro juntos.

Esa era su batalla diaria, la batalla entre su mente y su corazón.

Respecto a la otra batalla, la batalla con su pasado… Bueno, había logrado hacer las paces consigo mismo y se sentía bien. Después de leer la carta de Karen y de llorar hasta la saciedad, había podido dejar el pasado atrás, había podido enterrarlo.

Sí, todavía sentía un poco de resentimiento hacia ella, pero con el tiempo ese sentimiento iba desapareciendo. Y, por supuesto, le hablaba a Tori de su madre. No desde el odio o el resentimiento, sino recordando los buenos momentos que habían vivido juntos y lo buena madre que había sido.

Porque estaba seguro de que eso era cierto, Karen había sido la mejor madre que Tori podría haber tenido.

Dejando a un lado sus pensamientos, volvió a poner toda la atención en su hija. Con esfuerzo, logró enderezarse y cogiendo de la mano a Tori, comenzaron a caminar hacia la casa.

—¿Y esa bici? —preguntó entonces Raven con una ceja levantada.

—Es un regalo —dijo Tori, emocionada, su mano agitando la de su padre con entusiasmo.

—Me lo imaginé… —respondió Raven con una sonrisa indulgente. Tori tenía más de lo que necesitaba y ahora que él se hacía cargo solo de su educación, entendía tanto las palabras de Chloe…

Esos capullos tenían a Tori muy consentida.

Y él se pasaba el día peleando con ellos para que no le diesen todo lo que pedía. Y más.

¡Que la vais a malcriar!, exclamaba siempre.

Pero los demás hacían oídos sordos y pasaban como la mierda de lo que él dijera.

—¿Quién fue? ¿El abuelo? —preguntó Raven, mirando a Tori.

Porque a ese hombre le faltaba tiempo para comprarle algo a Tori. Siempre buscando una excusa para mimarla.

—Noooo —negó Tori con una risita.

—¿Rain? —sugirió entonces Raven.

El sheriff debería ser, por su personalidad, el que menos la consintiera. Pero no, a veces era el peor.

—Noooo —respondió Tori, negando con la cabeza y riendo todavía más.

—No —Raven resopló, sacudiendo la cabeza—. Romeo –murmuró casi para sí mismo en un tono de "si es que tenía que haberlo imaginado."

Romeo era, sin duda, el peor de todos. No solo consentía a la niña, sino que le había enseñado una impresionante lista de palabras prohibidas. "Sin querer", aseguraba el italiano siempre.

Sin querer, la niña conocía más tacos y maldiciones de las que conocía el propio Raven. Y eso era mucho decir, teniendo en cuenta que él era un experto en maldiciones, incluso en arameo.

—Nooooo —rio la niña todavía más.

Entraron en la casa y Raven seguía con su juego de adivinanzas.

—¿Sylvester? —preguntó Raven.

Sí, el abogado y su mujer tampoco se quedaban atrás cuando se trataba de mimar a Tori.

—No —rio Tori, ya a carcajadas.

Raven se estaba quedando sin opciones y a punto estuvo de empezar a nombrar a todo el personal de La Mansión cuando entró en el salón y tras echar un vistazo alrededor, se quedó de piedra.

No podía ser.

—Chloe —murmuró en un susurro apenas audible.

Allí, de pie, perdida en sus pensamientos mientras miraba por uno de los grandes ventanales, estaba Chloe. Había visto llegar a Beau y se había quedado petrificada.

Lo había echado de menos, mucho más de lo que él podía imaginar.

Su vida esos meses no había sido fácil, había estado sola y había trabajado hasta el agotamiento, durmiendo en diferentes habitaciones de distintas casas.

Pero, a pesar de todo, se sentía bien. Ya no era la mujer rota que había sido tiempo atrás.

Al escuchar la voz de Beau cerca, se tensó. Estaba asustada. Y mucho.

Había llegado hacía ya unas horas y había tenido la oportunidad de pasar tiempo con Chloe antes de que su padre llegara. Y de ponerse al tanto con Carmichael.

Le contó tantas cosas…

Le confesó tantas cosas…

Notó el momento exacto en que los ojos de Beau se posaron en ella porque un escalofrío recorrió su cuerpo, haciendo que su piel se erizara.

—Chloe —susurró él un momento después.

Chloe cerró los ojos brevemente y tras suspirar profundamente, se giró. Poco a poco, temiendo hacerlo. Temiendo encontrarse con él tanto como deseaba hacerlo.

Al mirarlo, Chloe sintió un nudo en la garganta y una presión en el pecho. Allí estaba el hombre que, lo supiera o no, había cambiado su vida. Había sido su salvación.

Y le estaba muy agradecida por ello.

Guapísimo, como siempre. Con su pelo un poco más corto, pero igual de despeinado. Se veía bien, incluso radiante. No había ojeras, no había oscuridad en su rostro. No había nada que no fueran sonrisas.

Y la sorpresa del momento.

—Hola, Beau —dijo ella con la voz temblorosa.

Entonces Chloe miró a Tori y le guiñó un ojo, agradeciéndole que hubiera guardado el secreto y diciéndole que ya podía marcharse, siguiendo el plan que habían trazado antes.

Raven se quedó inmóvil, incapaz de moverse o pensar. No sabía qué hacer. Cómo iba a saberlo si ni siquiera era capaz de respirar y el oxígeno no le llegaba al cerebro.

Allí, a solo unos metros de distancia, estaba Chloe. Se había cortado el pelo y lucía preciosa. Raven no podía encontrar las palabras para describir lo que veía, solo sabía que nunca la había visto tan hermosa como en ese momento.

Raven sacudió la cabeza, en un intento de asegurarse de que no estaba alucinando. Pero no, ella era real, ella estaba allí y lo miraba con una temblorosa sonrisa en sus labios.

¿Con miedo? ¿Por qué?

Aunque parecía que todo su cuerpo se negaba a moverse, Raven logró recobrar el control de sus piernas, que temblaban. Comenzó a caminar en dirección a Chloe, un paso lento tras otro, como si cada uno le costara un gran esfuerzo.

Chloe hizo lo mismo y comenzó a moverse en su dirección con pasos cautelosos.

Ambos se detuvieron cuando estuvieron lo bastante cerca el uno del otro, apenas unos centímetros los separaban.

—¿Estoy alucinando? —preguntó él entonces, la incredulidad en su voz.

Ella sonrió, nerviosa y negó con la cabeza en un gesto casi imperceptible.

—No —susurró.

—¿Puedo…? —preguntó él, titubeante mientras levantaba una mano temblorosa.

Chloe comprendió lo que él quería y asintió rápidamente con la cabeza.

Entonces Raven colocó la palma de su mano sobre la mejilla de Chloe. Sentirla le hizo soltar un suspiro tembloroso.

—Joder —gimió él al sentir que era real.

Chloe había cerrado los ojos un instante, deleitándose con la sensación de sentir, de nuevo, su contacto, mostrándole a Raven que no era el único que tenía esa necesidad de estar piel con piel.

—Hola —susurró ella, mirándolo a los ojos.

Con un carraspeo nervioso, Raven retiró su mano, dejándola caer. Se sentía confuso. No sabía por qué ella estaba allí. No sabía si Chloe…

—Te he escrito casi cada día —dijo entonces él, su voz teñida de reproche.

Raven no pudo evitarlo, estaba nervioso y agitado y no era capaz de controlar las emociones que lo embargaban.

—Lo sé. Siento no haber respondido —admitió Chloe con sinceridad—. Tenía miedo.

—¿De qué? —inquirió Raven.

—De correr hacia aquí en cualquier momento —confesó ella.

—Ah… —Raven tragó saliva. Y, al parecer, eso era malo, ¿no?— ¿Cuándo llegaste? —preguntó entonces.

—Esta mañana —respondió ella sin apartar la mirada de él, parecía buscar algo en sus ojos.

—Bien… —Raven vació, no sabía cómo formular la siguiente pregunta, no sabía cómo preguntarle lo que necesitaba saber— ¿Y hasta cuándo te quedas?

Chloe suspiró y sin apartar la mirada de Raven, contestó.

—Eso depende de ti —dijo Chloe finalmente.

Raven apretó la mandíbula con fuerza al escuchar esa respuesta. Fue un gesto involuntario, un acto reflejo de la tensión que sentía. La posibilidad de que ella se quedara era demasiado para él.

—Chloe… —susurró, más brusco de lo que pretendía.

—No sé si llego tarde —murmuró ella, nerviosa—. Espero que no sea tarde para que me des una oportunidad —Raven no dijo nada y Chloe suspiró—. Te quiero, Raven. Y siento haber tardado tanto en decírtelo. Siento haber tardado tanto en volver.

Raven no podía respirar, le dolía el pecho y sentía un nudo en la garganta.

¿Estaba alucinando? ¿Era eso?

Al ver que él no decía nada, entendiendo a su manera lo que eso significaba, Chloe asintió con la cabeza y caminó un par de pasos hacia atrás.

—Lo siento —murmuró ella con tristeza, la realidad golpeándole—. Siento haber llegado tarde —dijo con comprensión en su voz.

Porque lo entendía. Pero joder, ¡cómo dolía!

Raven podía haberse aburrido de esperar. O haber conocido a otra persona que no hubiese huido a la primera de cambio. Podía haber conocido a alguien que no estuviese rota, como lo estaba ella en aquel momento.

O, simplemente, podía haber entendido que no era eso lo que quería en su vida. Que ella no era, ya, su elección.

Y estaba en todo su derecho.

Chloe fue a retroceder más, pero a Raven lo invadió un sentimiento de pánico. Sin pensarlo, extendió el brazo y la agarró por la cintura. La acercó a él y la apretó contra su pecho. Sus bocas quedaron tan cerca que Raven podía sentir el suave aliento de Chloe sobre sus labios.

—Dímelo otra vez —ordenó Raven, su voz rota por la emoción—. Necesito oírlo, Chloe. Dime que me quieres.

La voz de Chloe apenas era un susurro cuando respondió.

—Te amo —la sinceridad en su voz temblorosa.

Raven cerró los ojos, parecía que estaba librando una batalla. Cuando finalmente abrió los ojos y miró a Chloe, la determinación brillaba en esos preciosos ojos color miel que ella tanto había echado de menos.

—No volverás a marcharte —le advirtió Raven—. Nunca, Chloe. Ni de mi casa, ni de mi vida, ni de mi cama —era un juramento que se hacía a él mismo.

Porque jamás volvería a dejarla marchar.

—Pero yo pensaba buscar trabajo y alquilarme algo… —pero Chloe no llegó a terminar su frase.

Raven gruñó al escucharla, interrumpiéndola.

—Lo del trabajo lo entiendo —era una mujer independiente que no necesitaba ni quería ni tenía que estar todo el día metida en esa casa. Era libre de tomar sus decisiones—. Pero lo otro… —Raven negó con la cabeza— Por ahí no voy a pasar, Chloe. No permitiré que estés separada de mí ni una noche más. Si quieres una casa, me voy contigo. Pero lejos no. Rotundamente no.

—Beau… —dijo ella con una sonrisa en la voz— Acepto —y sonrió ampliamente.

Un gruñido de alivio se escapó de la garganta de Raven antes de abalanzarse sobre los labios de Chloe. La besó con urgencia, como si hubiera estado esperando ese beso desde hacía una

eternidad.

¿Acaso no era así como había sido?

Devoró sus labios, apretándola contra su cuerpo, mostrándole cómo lo hacía sentir.

Raven estaba temblando, todo su cuerpo vibrando por la emoción de tenerla, de nuevo, entre sus brazos. No podía creerlo, ¡no podía creer que Chloe estuviera de nuevo allí!

Un carraspeo terminó con el beso. Chloe quiso separarse de él, pero él la sostuvo con firmeza. La miró a los ojos y negó con la cabeza.

—No, Chloe. No nos soltaremos nunca más —juró Raven.

Ella sonrió, él le dio un beso en la nariz y se giró, con ella todavía entre sus brazos, para ver quién era el idiota que había interrumpido ese momento.

Entrando al salón estaban Carmichael, Rain, Sylvester y Romeo. Sus amigos. Su familia. No tardaron en separar a Chloe de Raven para poder abrazarla.

—Quita, coño —le espetó Raven a Romeo, separándolo de su mujer con un movimiento rápido. Romeo había sido el último en abrazarla—. Ya tendrás tiempo —refunfuñó.

Pero en ese momento, Chloe era solo suya y de nadie más.

Romeo sonrió ampliamente.

—¿Eso significa que vuelves? —preguntó el italiano con esperanza y alegría en su voz.

Chloe sonrió, avergonzada y tímida.

—Si me aceptáis… —la incertidumbre en su voz.

Porque no era solo la casa de Raven, era la de todos ellos. Era el hogar de todos ellos. Su refugio.

Rain resopló, sonando a “vaya estupidez acabas de decir” y Romeo puso los ojos en blanco.

—En fin… —la ignoró el italiano.

Chloe rio y se abrazó a Raven con más fuerza, como si tuviera miedo de que fuese a desaparecer.

—¿Y Tori? —preguntó Chloe entonces.

—Está con Raider —dijo Rain con un tono de orgullo en su voz.

Por fin ese pequeño había encontrado, también, su lugar en el mundo y Chloe supo que ya no volvería a estar solo nunca más.

—Pregúntame a mí —dijo entonces Romeo, reclamando la atención de todos.

Chloe pestañeó, confundida.

—¿Qué te pregunte qué?

—Romeo, ¿qué tal tu vida? —dijo él con tono condescendiente.

—Ah —rio Chloe—. Romeo, ¿qué tal tu vida?

Romeo se enderezó, su pecho inflado con un orgullo que no podía ocultar.

—Bien… Desde hoy, soy el nuevo bombero de la unidad de Greenville —dijo con orgullo en la voz.

Un conjunto de vítores y aplausos se unieron a los de Chloe al escuchar la buena noticia. Romeo había trabajado muy duro durante los últimos meses para conseguir su sueño de convertirse en bombero y, por fin, lo había logrado.

—Sí —afirmó Romeo, el orgullo en su voz—. Raven, ya puedes cocinar sin problemas. A partir de hoy apago fuegos —entonces Romeo frunció el ceño, necesitando aclarar algo—. Pero fuego de fuegos, ¿eh? No fuego de —Romeo señaló a Raven y a Chloe y negó con la cabeza con una expresión de diversión—. Pfff. Si alguna vez me convierto en esto —señaló a la pareja—, matadme —pidió mirando a todos los presentes.

—Te llegará, Romeo, te llegará —dijo Sylvester, dándole unas palmaditas en la espalda a su amigo en un gesto de camaradería.

—Y tanto que te llegará. Y serás peor que este —dijo Rain, refiriéndose a Raven.

—Y a ti —dijo entonces Carmichael, mirando al sheriff con una astuta sonrisa—. ¿O te crees inmune al amor?

La risa de Rain se desvaneció de sus labios. Ya el tema no hacía gracia.

—El amor no está hecho para mí —declaró Rain seriamente.

Carmichael lo miró y una sonrisa enigmática se formó en sus labios, como si supiera algo que los demás no.

—Cuanto más lo niegues, antes caes —murmuró el anciano aportando su toque de sabiduría —. Por cierto, gané la apuesta, ¿verdad?

Después de todo, como dice el refrán, más sabe el diablo por viejo que por diablo.



Aquella misma noche, Chloe miraba las estrellas. Raven se acercó a ella en silencio y la abrazó por la espalda. Al sentir su contacto, Chloe sonrió, giró ligeramente la cabeza hacía él y le dio un dulce beso a Raven. Un beso cargado de ternura.

Tras ese beso, Chloe volvió a mirar a las estrellas y soltó un suspiro melancólico.

—Estoy seguro de que está orgullosa de ti —las palabras de Raven, susurradas en el oído de

Chloe, la sorprendieron—. Y muy feliz por ti y por Tori.

Chloe se giró entre sus brazos y lo miró a los ojos. Los de ella brillaban por las lágrimas no derramadas.

—Gracias —un susurro apenas audible salió de sus labios.

—En La Mansión no son necesarias, nena —le recordó Raven con una sonrisa ladeada.

Ella sonrió, la emoción en sus ojos.

—Entonces… Te amo.

La sonrisa que Raven le regaló, iluminó esa habitación.

—Eso sí, eso necesito escucharlo cada día —admitió con una mezcla de sinceridad y anhelo —. Te quiero, nena. Te quiero tanto…


rain

Serie La Mansión 2

Vega Manhattan

SINOPSIS

Camila llega a La Mansión con una misión: evaluar si Rain es adecuado o no para hacerse cargo de Raider, el niño que tiene en acogida.

Alvin Reed, alias Rain, ve el futuro de lo que más quiere en este mundo en las manos de una completa desconocida. Desconocida a la que no parece caerle demasiado bien…

Y es que las circunstancias en las que se han conocido no han sido, precisamente, idílicas, lo que no ayuda a suavizar la tensión que se ha creado entre ambos.

Desde el principio, Rain tampoco tiene una percepción especialmente favorable de esa mujer, que además de desagradable y estirada, parece empeñada en poner a prueba su paciencia.

Y llevarlo al límite, aunque no de la manera que él hubiera imaginado…

Un pequeño giro de los acontecimientos los llevará a mirarse como no deberían hacerlo. Y después de pasar más tiempo juntos, algo en ellos comenzará a cambiar.

Pronto, el futuro de Raider no será lo único que esté en juego, sino también el de Rain y Camila.

Y los corazones que ambos guardaban a buen recaudo.

Pero Rain no es el único que tiene un pasado traumático, lleno de secretos que amenazan con desestabilizar todo su mundo. Rain no es el único que puede perder todo lo que quiere en un abrir y cerrar de ojos.

Camila también tiene sus propios secretos...

Las puertas de La Mansión se abren para dar la bienvenida a los segundos protagonistas de la nueva serie de Vega Manhattan.

¿Nos acompañas en esta nueva aventura?

ÍNDICE

SINOPSIS

Introducción

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

«Dicen que incluso la Bella alberga sombras suficientes para rivalizar con la Bestia…»



Introducción

Es bien sabido que los seres que habitan en La Mansión distan mucho de lo que el común de los mortales consideraría normal y ordinario. En aquel remoto lugar, oculto más allá de lo visible, lo que habitan son seres extraños que anhelan compartir su historia. Para sumirnos en esta trama de cuento, de fábula y de leyenda, tendremos que reanudar nuestra travesía en ese recóndito rincón del mundo donde el viento susurra cuentos antiguos a quien tenga la paciencia de escuchar.

Allí, donde se yergue, solitaria y majestuosa, la antigua mansión. Oculta entre los bosques donde se entreteje nuestro cuento, entre hojas que susurran secretos...

Volvemos al mismo escenario, no para repetir viejas historias ni para reabrir heridas pasadas, sino con el propósito de descorrer las pesadas cortinas de terciopelo que esconden una trama completamente nueva. Una historia inexplorada que aguarda, pacientemente, ser contada.

Tampoco comenzaré este relato con el acostumbrado "Había una vez, en Greenville...". Esa frase no tiene lugar aquí. En su lugar, volverá a cobrar importancia el desenlace. ¿Será un final feliz o el desamor ganará la batalla? ¿Quizás será un final agridulce, una mezcla de ambos, tan impredecible como la vida misma?

En medio de esta incertidumbre estaba Rain, quien todavía no sabía lo que el destino tenía reservado para él. La única certeza que poseía, en ese momento de su vida, era que su futuro parecía teñido de un negro absoluto, como si una oscuridad sin fin amenazara con engullirlo. Su vida se había convertido en un drama que amenazaba con hacer añicos su corazón.

Pensó que la redención podía ser posible. Se atrevió a soñar que incluso las bestias como él, con sus cicatrices y su dolor, podrían encontrar la salvación. Soñó con amar y, ¿por qué no?, soñó con ser correspondido.

Soñó con alguien que amaría la oscuridad que habitaba en él.

Pero la vida no se lo iba a poner fácil y estaba dispuesta a demostrarle que en la cruda realidad, las bestias solían terminar solas, atrapadas en su desesperada soledad, en su laberinto de dolor.

Porque la Bestia siempre sería el monstruo en la vida de la Bella. Y los monstruos, como es bien sabido, nunca tendrían su final feliz. Estaban condenados a vivir en la sombra.

Aunque dicen que incluso la Bella alberga sombras, sombras oscuras y profundas, suficientes para rivalizar con la Bestia. ¿Serían estas suficientes para escribir un “Y fueron felices y comieron perdices”? ¿Serían capaces de entrelazarse con la oscuridad de la Bestia y crear un nuevo cuento, uno que desafiara todas las expectativas?

Solo el tiempo y las páginas que están por escribirse nos lo dirán.



Capítulo 1

Unos meses atrás, en otro lugar del estado…

El azar… Esa entidad que nos controla, es caprichosa. Juega a los dados con nuestro destino, decidiendo si somos merecedores de fortuna o de desgracia.

A veces te concede todo lo que anhelas, te acaricia el rostro con una sonrisa y te baña en su luz dorada. En esas ocasiones, puedes sentirte como si flotases en el aire, caminando sobre una nube de algodón, pisando los charcos sin salpicarte. Aquellos bendecidos por esta sonrisa parecen tenerlo todo, todo masticado y servido en bandeja de plata, como si la vida fuese un bufé de placeres sin fin.

Pero no todos portamos ese halo dorado; esa luminosa aura solo parece rodear a unos pocos afortunados. Los demás, arrastramos una nube gris, una tormenta que nos persigue a cada paso. Y te lo digo yo: esa nube no es nada pequeña. Parece como si se extendiese por kilómetros, oscureciendo cada rincón de la existencia de quien la lleva.

Porque hay vidas en las que los arcoíris son escasos y los días soleados, pura ciencia ficción. Una fantasía lejana e inalcanzable.

Era así para ella…

Los golpes, en su caso, no eran golpes de suerte que venían en forma de billetes de lotería premiados o ascensos inesperados. No, señor. Los golpes, por desgracia, eran reales, tangibles. Y dolían. Llegaban con una fuerza brutal, dejando marcas que no solo eran provocadas por los puños de acero sino también por las palabras afiladas como navajas.

Dolía al recibirlos. Eran una aguda punzada que atravesaba el cuerpo y el alma.

Dolía al anticiparlos. Ese temor constante, esa sombra de la que no se podía escapar.

Y dolía al recordarlos. Como un fantasma del pasado que se negaba a desaparecer.

Nadie, absolutamente nadie, debería tener que vivir, nunca, ese tipo de terror. Por desgracia, había quien lo había padecido. Había quienes, con el corazón encogido y el espíritu roto, seguían padeciéndolo.

Ella era una de esas personas.

No lo vio venir. La brutalidad del impacto la dejó desorientada, incapaz de proteger su rostro del dolor. La había marcado. Para siempre.

No solo había golpeado su cuerpo, también había destrozado su corazón. Había terminado con todos sus sueños, sus esperanzas. Su amor.

Ella había caído al suelo por la fuerza del impacto. El temblor que recorría su cuerpo le decía que tardaría en levantarse. Que sus piernas, especialmente la que dolía, no serían capaces de

soportar su peso.

No tuvo que hacerlo, no tuvo que enfrentarse a la tortura de ponerse en pie. Otra persona se encargó de hacerlo por ella. La levantó como si no pesara nada, como si fuera una muñeca de trapo y, cogiéndola por el cuello de la camisa que llevaba, pegó su rostro, desfigurado por la rabia, al de ella.

—No voy a compartirte —dijo con rabia, mirándola de una manera que demostraba que rozaba la locura—. ¿Lo entiendes? —preguntó en un tono extremadamente bajo. Un susurro letal.

Ella no pudo hacer otra cosa más que asentir repetidamente con la cabeza, su corazón latiendo con fuerza en su pecho.

Le temblaban los labios por el dolor del golpe y sentía el líquido caliente y espeso saliendo de su nariz. La sangre. El sabor metálico llenaba su boca, un cruel recordatorio de lo que acababa de vivir. Le escocía la mano donde, al caer, se le habían clavado algunos cristales de la copa que él había estrellado contra la pared que estaba tras ella antes de que llegase hasta ella y, de un golpe, la tirase al suelo. El cuerpo de ella chocó contra la pared con una fuerza brutal, haciendo que cayera de mala manera sobre su pierna izquierda. Sobre los cristales.

—¿Lo entiendes? —gruñó él con una rabia contenida que retumbaba en cada una de sus palabras.

Quería que ella hablara, quería que lo dijese en voz alta, quería una confirmación audible de su supremacía.

Dios mío, ella ni siquiera era capaz de formar un pensamiento coherente, ¿cómo iba a pronunciar una palabra?

—Sí —dijo ella como pudo, su voz temblorosa, casi inaudible, resonando en el silencio opresivo del ambiente.

Él la observó a los ojos un instante más, sus oscuros ojos buscando los de ella, buscando signos de desafío o de rebeldía.

—Bien… —susurró entonces, su voz cargada de una siniestra satisfacción. Resopló y la soltó como si de un objeto sin valor se tratase.

Ella estuvo a punto de caer, pero logró, no sin un gran esfuerzo, llegar hasta la encimera de la cocina y se apoyó en ella para mantener el equilibrio. Gimió de dolor y, con un suspiro tembloroso, dejó caer todo el peso de su cuerpo sobre la pierna que no dolía, la que todavía era capaz de sostenerla.

Todavía se encontraba en shock, su mente todavía estaba procesando lo que acababa de ocurrir. No podía creer que él, el hombre que afirmaba amarla, la hubiese golpeado con tal brutalidad.

Era la primera vez que lo hacía. Y si ella hubiese sido capaz de descifrar antes las señales, si hubiese podido distinguir las cientos de banderas rojas que ondeaban alrededor de ese hombre,

quizás podría haber evitado esa situación.

Sus celos infundados, a veces exagerados hasta el punto de la obsesión, sus palabras hirientes lanzadas como dagas cuando se enfadaba, su carácter explosivo, sus gritos ensordecedores cuando perdía la paciencia… Su posesividad desmedida.

Mía…

Esa única palabra, pronunciada con un tono de propiedad, siempre estaba en su boca. Siempre en su mente.

Todo eso había estado ahí desde el principio, pero ella, cegada por el amor, no había sido consciente de ello. No hasta ese momento, no hasta que sintió el cruel impacto de su mano en su piel.

Con el dorso de su temblorosa mano, ella limpió la sangre que seguía manchando sus labios. Al levantar la vista, se encontró con la mirada de él. Sus ojos no la miraban con calidez, amabilidad ni amor, la miraban fijamente, con una intensidad que le causaba escalofríos. Esa mirada que parecía pertenecer a un demente, de repente, comenzó a cambiar. ¿Era sorpresa lo que ella veía en sus ojos? ¿O era el reflejo de su propia incredulidad?

Él maldijo en voz baja y se acercó a ella. Inconscientemente, ella intentó retroceder. El instinto la empujaba a alejarse de la amenaza. Pero él se detuvo, solo un instante, suficiente para que lo que ella viera en los ojos de él la hiciese quedarse quieta y no empeorar la situación.

Con pasos lentos y calculados, él llegó hasta ella y, sin decir nada, paseó la mirada por su rostro golpeado.

—Lo siento —dijo entonces, su voz sonando llena de arrepentimiento. Su rostro, siempre tan seguro, lucía abatido y afligido—. Yo no quería… —movió la cabeza, como si con ese simple gesto pudiese deshacerse de sus pensamientos.

Él levantó una mano, esa misma mano con la que le había asestado el golpe y la posó sobre la cara golpeada de ella. Ella, pese al miedo y al dolor que la consumían, logró reprimir la imperante necesidad de alejarse, de moverse para no permitir que ese hombre la tocara de nuevo. Porque… ¿De qué sería capaz él, en ese momento, si ella se resistía y lo rechazaba?

Dios… La situación era desesperada. No podía correr, no podía marcharse corriendo de aquel lugar. ¿Qué más podía hacer? ¿Qué opciones le quedaban?

La mano de él se posó sobre la sangrante e hinchada cara de ella, la cual tembló incontrolablemente por el contacto. Era un toque irónico, lleno de gentileza después de la brutalidad.

—¿Has visto lo que me has hecho hacer? —en la voz de él había culpa, pero una culpa retorcida.

La culpaba a ella por lo ocurrido.

Él negó con la cabeza, como si su propia incredulidad se manifestara en ese gesto.

—Yo no quería, pero no me dejaste más opción —resopló, como si el aire que expulsaba pudiese llevarse su supuesta culpabilidad.

Ella gimió. Por dolor, por nervios, por temor. Por terror. Por todo lo que no podía decir y por todo lo que no quería sentir. Se dobló un poco más sobre su cuerpo cuando sintió una punzada en el vientre, un dolor que la trajo de vuelta a la realidad, y miró hacia abajo cuando notó que algo mojaba su piel.

Cuando levantó la mirada, con el horror marcado en la suya, se encontró con los ojos del mismísimo diablo.

—No… —dijo ella en un susurro, sintiendo que su mundo se venía abajo, sintiendo que agonizaba.

Él sonrió. Con una sonrisa diabólica, una sonrisa cruel que ella no olvidaría en toda su vida. Con una sonrisa que, pese a que lo hacía lucir guapísimo, le mostraba a ella lo realmente fea y negra que era su alma.

—Se acabó el problema pronto —dijo entonces él, sonando orgulloso, como si su acto de violencia hubiese sido una solución—. Vuelves a ser mía —se acercó a ella, puso una mano en su espalda baja y la pegó a su cuerpo excitado.

Sí, él mostraba signos de excitación, todo aquello había provocado eso en su cuerpo.

Juntó su boca con la de ella y, con una cercanía casi asfixiante, susurró sobre sus labios.

—Solo mía —juró antes de besarla.

Un beso que para él sabía a vino, un beso que tenía el regusto metálico de la sangre y el amargo dulzor de la posesión.

Para ella, un beso con sabor a desesperación.

En un arranque de repulsión, ella lo mordió con todo el asco, odio y rencor que sentía en ese momento. Sorprendido y furioso, él gruñó, separándose bruscamente de ella. Su mirada se tornó más oscura, más amenazante. Sin pensarlo dos veces, levantó la mano y la estampó contra la cara ya golpeada de ella. La fuerza del golpe fue tal que la única pierna que sostenía su cuerpo flaqueó, y ella cayó al suelo con un gemido de dolor.

—Zorra —gruñó él tras asestarle el golpe.

De manera casi teatral, él se tocó el labio con la otra mano y observó la sangre que manchaba su dedo. Una sonrisa torcida, casi sádica, se dibujó en su diabólico rostro. Enarcó una ceja con un aire de superioridad, posando su mirada en la mujer que yacía sobre el suelo, encogida en sí misma, sollozando y gimiendo de dolor.

—Maldita hija de puta —bramó él, desbordando ira.

Y, finalmente, le asestó el golpe que hizo que todo su mundo se convirtiera en una aterradora oscuridad.



Capítulo 2

Meses atrás, en Greenville…

Con las manos firmemente apoyadas en las caderas, Alvin Reed, también conocido como Rain, se quedó absorto mirando por la pequeña ventana del despacho en el que se encontraba.

—Está jodido —suspiró pesadamente, como si llevara el peso del mundo sobre sus hombros, y negó con la cabeza, su mirada reflejando una mezcla de preocupación y desesperanza—. Jodido de verdad.

Raven, mientras tanto, se acomodó en el pequeño sofá gastado que había en su despacho. Cruzó los brazos sobre el pecho y cerró los ojos un breve instante.

—¿Qué esperabas? ¿Encontrártelo saltando en la habitación como un niño lleno de energía? No olvides que acaba de regresar de las garras de la muerte —Raven abrió los ojos lentamente, giró la cabeza y se encontró con la mirada penetrante de Rain fija en él—. Literalmente. No hay mejor manera de explicarlo. Ese chico está vivo de milagro y eso es indiscutible.

Rain asintió lentamente, llenó sus pulmones de aire y lo dejó salir en un suspiro lento y prolongado, hasta vaciarlos por completo.

—Está vivo porque tú estabas aquí —dijo Rain con una voz que denotaba seriedad y, al mismo tiempo, sinceridad.

Raven no pudo evitarlo, una sonrisa genuina y amplia se dibujó en sus labios, haciendo que sus ojos brillasen con una chispa juguetona.

—¿Eso es un piropo hacia mi destreza profesional? —preguntó con un tono ligeramente burlón.

—No es mi intención engordar tu ego que ya de por sí es bastante grande—bufó Rain, esbozando una ligera sonrisa—. Solo estoy siendo objetivo, y lo sabes.

Todos en el lugar sabían que Raven era el mejor médico de aquel hospital. Rain, en la privacidad de sus pensamientos, se atrevería a decir que Raven no solo era el mejor médico del estado, sino de todo el país. Pero jamás pondría voz a esos pensamientos, porque bastante creído se lo tenía ya su amigo.

—¿Crees que el niño se recuperará por completo? —preguntó entonces el hombre de pelo negro y ojos verdosos que seguía con las manos sobre sus caderas.

Raven suspiró y se movió hasta quedar cómodamente sentado en el sofá. Las piernas un poco abiertas, los codos sobre sus rodillas, las manos entrelazadas y la barbilla apoyada en ellas.

—Cuando logramos sacar el objeto metálico que le atravesaba el cuerpo, no sabía qué me iba a encontrar. Temía que terminase desangrado allí mismo —Raven meneó la cabeza, como intentando quitarse de encima esas sombrías imágenes, su mirada fija en Rain—. Ha sufrido

daños internos, seguramente tendrá que someterse a alguna pequeña cirugía más, pero por increíble que parezca, su recuperación es sorprendente. Y aunque todavía ha pasado poco tiempo desde el accidente…

—¿Poco tiempo? —lo interrumpió Rain— No he tenido que esperar nunca tanto para interrogar a nadie.

Raven puso los ojos en blanco ante la impaciencia de su amigo.

—Porque trabajas en este tranquilo y pacífico pueblucho, no te jode —replicó Raven con un tono sarcástico—. Cuando trabajabas en la ciudad, con su ritmo frenético, estarías prácticamente muriendo de impaciencia, ¿no? —negó con la cabeza— A veces eres más radical que yo —sonrió el médico con una mirada traviesa—. En cuanto a Zev, confío en que se recuperará —aseguró.

Rain frunció el ceño, buscando en los ojos de Raven la certeza que sus palabras prometían.

—¿De verdad lo crees?

Rain asintió lentamente.

—Sí, estoy seguro —aseguró el médico con firmeza—. Me atrevería a decir que en el caso de quedar secuelas, serían mínimas. No diré que no quedará ninguna por no sonar excesivamente arrogante —dijo, dejando entrever una media sonrisa juguetona en su rostro—. Pero tengo la confianza de que será así.

—En este caso tienes permitido ser todo lo pretencioso que quieras —dijo Rain, quien había dejado caer los brazos a cada lado de su cuerpo cuando sintió que este se relajaba y que la tensión desaparecía.

—Vaya, gracias —respondió Raven con una risa genuina.

—Como si realmente necesitaras mi bendición para creértelo —bufó Rain con diversión.

—No, definitivamente no —dijo el médico rápidamente, alzando una ceja—. Pero es agradable cuando te lo reconocen, se siente bien.

—Ser padre te está volviendo un blandengue.

Raven gimió ligeramente, se recostó en el sofá y dejó caer su cabeza hacia atrás.

—Todavía sigo sin poder creerme que todo esto me esté sucediendo a mí —y por su tono de voz, era evidente que era sincero, porque sonaba completamente incrédulo. Levantó su cabeza y fijó su mirada en Rain—. Soy padre, Rain. ¿Te puedes creer eso?

—No —dijo el otro con una voz pausada y reflexiva—. La verdad es que no. También es extraño para nosotros.

—¿Verdad? —sonrió Raven— Es raro, pero es… —se quedó a medio camino, suspirando pesadamente y dejando flotar las palabras en el aire— ¿Crees que seré capaz de ganarme su cariño?

Rain rodó sus ojos.

—Estás pesadito con el tema, ¿eh?

—Joder, es que todo esto es nuevo para mí.

—Lo sé y entiendo que estés nervioso, pero, sinceramente, no creo que tengas que darle tantas vueltas. Sobre todo si esas vueltas te llevan a querer saludar a tu hija como saludarías a un hombre de cincuenta años con corbata —Rain levantó una mano, copiando la postura tan formal y ridícula con la que se había encontrado a Raven esa mañana, y exagerando los movimientos, repitió…— Hola, Tori, soy tu padre. Vamos a llevarnos bien, ¿vale?

Y las palabras sonaron tan absurdas que no pudo evitar reírse al recordar ese peculiar momento, cuando había pillado completamente in fraganti a su amigo.

Raven gimió, su rostro tiñéndose de rojo por la vergüenza y Rain rio todavía más.

—Déjalo ya —le advirtió el médico con un tono que pretendía ser serio, pero no lo lograba del todo.

—No me voy a olvidar de eso en la vida —le advirtió Rain entre risas—. Desde luego, a veces se te va la cabeza.

—¿Y qué hago? —Raven se levantó, moviendo las manos en un gesto de frustración. Se sentía realmente perdido— Para mi hija soy el maldito lobo del cuento, el gran villano, el malo de la historia. ¿Cómo cambio esa imagen? ¿Qué hago para acercarme a ella?

Rain dejó las risas a un lado, sus rasgos suavizándose al percibir la desesperación en el tono de su amigo. Miró a Raven con seriedad. Sabía cuán profundo era el deseo de Raven de conectar con su hija y sabía que necesitaba apoyo. Y él estaba ahí para ofrecérselo siempre que hiciera falta.

—¿No te ha quedado claro cuando la hiciste reír esta mañana? —le preguntó— No te esfuerces tanto, eso solo lo hará ver forzado. Solo sé tú mismo. Verás cómo, antes de que te lo esperes, esa pequeñaja estará pegada a ti, buscando tu atención.

—¿Tan pegada como está a Romeo? —gruñó Raven, con una pizca de envidia.

Rain soltó una sonora carcajada.

—¿Celoso del encanto del italiano?

—Jamás —juró Raven con firmeza, aunque era mentira. Un poco celoso sí que estaba. Pero no eran celos dañinos ni malintencionados.

—Como se entere, prepárate para soportar sus bromas el resto de tu vida —advirtió Rain con diversión.

Raven hizo una mueca.

—Como si no lo soportara ya —suspiró con resignación—. ¿Por qué lo hago? —preguntó retóricamente, como solía hacer siempre.

—Porque lo amas —dijo Rain, repitiendo la respuesta que siempre daba Romeo al hablar de su relación con Raven.

—Te juntas demasiado con él —gruñó el médico.

Rain rio con ganas.

—Por fortuna —dijo entonces, la risa desapareciendo de su rostro y su tono volviéndose más serio—. Si no fuera por Romeo, muchas veces nos habríamos revolcado en la mierda.

Raven suspiró y asintió con la cabeza.

—El mafioso de pacotilla es especial —reconoció con una sonrisa torcida—. Pero no hace falta que lo sepa —advirtió, mirando al sheriff.

—Soy el primer interesado en no inflar ninguno de vuestros ya grandes egos —dijo Rain, levantando una ceja.

—No es inflar egos, es ser objetivos —le recordó el médico.

Sonriendo con cierta complicidad, Rain negó lentamente con la cabeza y volvió a girarse para mirar por la ventana. Y su mente volvió, de nuevo, hacia lo que le preocupaba.

—¿Qué es lo que te preocupa? —preguntó entonces Raven, mostrando una preocupación genuina en su rostro.

Rain suspiró pesadamente, parecía cargar con un peso invisible. Volvió a girarse.

—Si esa mujer ha desaparecido de esa manera… —Rain sacudió su cabeza, negando repetidamente— No me da buena espina.

—¿A qué te refieres? —Raven, con una mezcla de confusión y curiosidad, volvió a sentarse en el sofá, esperando una explicación— ¿Crees que ha tenido algo que ver con el accidente?

—No, no es eso —negó Rain rápidamente. El culpable había sido el otro conductor, la investigación había sido exhaustiva y minuciosa, y el resultado no dejaba lugar a dudas ni ambigüedades—. Pero, no sé… Llámalo intuición si quieres. O sexto sentido. Nadie en su sano juicio deja a un niño, herido, solo en el hospital. Nadie que quiera y que se preocupe por ese niño, claro —matizó—. En realidad, nadie que sea humano.

Su voz había sonado demasiado seria, profunda y oscura mientras decía esas palabras. Él había vivido una experiencia dolorosamente similar y podía hablar de ello con una profunda comprensión.

Raven, quien estaba frente a Rain, entendía a la perfección de lo que hablaba su amigo. Habían compartido muchos momentos juntos y conocía muy bien la historia de Rain, su pasado y las cicatrices que llevaba en el alma. Sabía que su amigo se estaba sintiendo identificado con el caso del pequeño Zev.

—¿Qué será de él si no dais con la hermana? —preguntó Raven, aunque en el fondo tenía una clara idea de lo que ocurriría porque el mismo hospital había avisado a servicios sociales y sabía que Rain había hecho su parte en el asunto.

Los ojos de Rain se encontraron con ese par de ojos color miel que lo miraban de una manera extraña. Con las cejas enarcadas, Raven observaba a Rain, esperando una respuesta.

—Correrá el mismo futuro que nosotros —aseguró Rain, su voz sonando dura, dejando entrever su desagrado. Mostrando su más profundo temor.

Sobre todo después de haber mirado a los ojos a ese pequeño moreno de ojos azules que lo miraban con un visible temor. Sin embargo, al ver la placa y el uniforme que Rain vestía, aquellos ojos también reflejaban un atisbo de alivio y esperanza.

—Lo cual es una mierda —resopló Raven, claramente afectado y no queriendo recordar su propio pasado y las heridas que aún no habían cicatrizado. Heridas que, quizás, no cicatrizarían nunca—. Supongo que tendremos que rezar porque él tenga más suerte que nosotros.

Rain asintió con la cabeza.

—O hacer algo por él —dijo entonces, dejando entrever una idea que ni él mismo tenía clara.

Y es que las palabras habían salido de su boca impulsivamente, sin ni siquiera haberlas meditado.

—¿Algo? —Raven frunció el ceño, su intriga era evidente— ¿Algo como qué?

Eso mismo se estaba preguntando Rain: ¿algo como qué?

Se encogió de hombros, incapaz de darle una respuesta a Raven, básicamente porque no tenía una en ese momento. Pero algo en su interior le preguntaba si quizás la tenía, pero todavía no era consciente de ello.



Capítulo 3

No fue consciente de que tenía la solución hasta que, semanas después, se encontró pronunciando esas palabras en voz alta.

—¿Y si nos hacemos cargo de él? —la determinación en su voz, junto con la mirada decidida con la que lo había dicho, dejaron a Carmichael sin palabras.

El anciano estaba seguro de que para Rain no era una mera pregunta, él ya tenía decidido que se haría cargo de ese pequeño niño que se encontraba en el hospital con pronóstico reservado después del terrible accidente que había sufrido tiempo atrás.

Zev había sido sometido a una cirugía extremadamente complicada, de la que había tardado en despertar. Las horas se sentían interminables mientras esperaban a que Zev abriese los ojos y recobrase el conocimiento.

En las siguientes semanas, el pequeño había sido intervenido un par de veces más, aunque estas cirugías eran por cosas menos graves, aunque absolutamente necesarias. Y, por fin, tras tanta agonía y espera, parecía que el niño comenzaba a recuperarse, mostrando signos de mejoría.

Tanto a Raven como a Rain les había afectado profundamente la situación de Zev. Cada uno, por razones propias y experiencias pasadas, tenía sus motivos, pero, en el fondo, ambos compartían el sentirse, en parte, identificados con el sufrimiento del pequeño y con esa soledad abrumadora que sentía, que parecía un eco de sus propias vidas.

Rain era, sin duda, la persona que, por su oscuro pasado lleno de obstáculos, más se podía identificar con Zev.

Y ahí estaba, en ese preciso momento, delante de Carmichael, demostrándole que ese niño había dejado de ser solo el testigo de un caso trágico o una simple persona por la que preocuparse como haría por cualquier otro desconocido. Ese niño había tocado una fibra muy profunda dentro de él, se había convertido en algo personal para él, algo que Rain sentía que tenía que proteger.

—Supongo que te refieres a Zev —dijo Carmichael con un tono de voz suave y comprensivo.

El hombre estaba sentado en su cama, tranquilamente, leyendo. Cerró el libro y lo dejó a un lado al escuchar a Rain, quien había entrado en la habitación después de llamar y de esperar a que Carmichael le permitiese entrar.

Ni un saludo, nada. Rain no había entrado con formalidades. Impulsado por la urgencia y el peso del asunto, no tenía tiempo que perder y fue directo al grano.

—Sí —confirmó Rain—. ¿Qué piensas sobre ello?

Carmichael le hizo un gesto con la mano a Rain, invitándolo a sentarse junto a él en la cama para poder conversar cara a cara. Rain aceptó la invitación y, una vez sentado, Carmichael lo miró fijamente a los ojos, buscando el alma tras ellos con la sabiduría que solo los años pueden

otorgar.

—¿Quieres adoptarlo? —preguntó Carmichael.

Rain suspiró profundamente. Estaba claro que estaba nervioso, temeroso, pero también decidido.

Él mismo se había hecho esa pregunta. Él mismo le había dado muchas vueltas al asunto.

¿Qué era lo que quería exactamente?

—La adopción no es factible ahora mismo, no cuando todavía no hemos encontrado a su familia y ni siquiera conocemos a todos sus parientes. Él insiste en que no tiene a nadie más aparte de su madre, que está en la cárcel, y de su hermana desaparecida. Pero Sylvester y yo seguimos investigando, todavía no podemos asegurar que no aparezca un familiar que solicite la tutela del menor.

Carmichael respondió con la comprensión que lo caracterizaba.

—De ser así, sabes que nos enfrentaríamos a una dura batalla en los juzgados y que la posibilidad de perder la tutela sería muy alta, casi del cien por cien. Los tribunales suelen favorecer a la familia biológica.

Rain asintió, mostrando que era plenamente consciente de los riesgos y desafíos que se podían presentar. Pero su determinación no iba a flaquear por ello, estaba dispuesto a luchar por el bienestar del pequeño Zev.

—¿Con ese “enfrentaríamos” puedo entender que me apoyas en esto? —preguntó Rain, esperando encontrar un aliado en Carmichael, alguien que lo respaldara en esta difícil decisión.

Carmichael se tomó un momento para responder. Y lo hizo con otra pregunta.

—¿Lo has pensado bien? —preguntó Carmichael— ¿Has considerado todas las posibilidades y consecuencias?

¿Lo había hecho?

El recuerdo de su conversación con Raven aún resonaba en la mente de Rain. ¿Qué podía hacer por Zev? ¿Cómo podían ayudar, todos, al pequeño?

Rain había barajado múltiples escenarios, considerando todas las posibilidades. Pero, de alguna forma, una idea recurrente se negaba a desaparecer. Parecía que su mente, su intuición y hasta su corazón siempre sacaban la misma conclusión: la mejor forma de ayudar a Zev era simplemente ofreciéndole un lugar donde quedarse.

Y convertirlo en parte de su vida.

Rain se quedó en silencio por un momento, buscando las palabras adecuadas.

—Lo he pensado mucho —confirmó finalmente—. Y me he repetido mil veces que es una locura. Después de todo, ¿quién soy yo para pedir la tutela de un niño que no tiene ningún vínculo conmigo? —suspiró profundamente, sintiendo la inmensidad de la decisión que estaba

tomando.

Una decisión que cambiaría más de una vida.

—Se la darían antes a cualquiera que a ti —le advirtió Carmichael, intentando ser el realista del dúo, sin un atisbo de malicia en su voz.

—Lo sé —respondió Rain con resignación. Claro que lo sabía, conocía muy bien cómo funcionaba el sistema—. Pero no puedo quedarme parado, no sin intentarlo. Ese pequeño… —sus palabras se detuvieron y negó con la cabeza— No sé exactamente por qué, pero algo en mi interior me dice que debo luchar por él. ¿Te parece una locura?

Carmichael negó con la cabeza. Observó a Rain con detenimiento antes de hablar.

—Te recuerda a ti —dijo entonces el anciano, con un brillo de comprensión en sus ojos, esos ojos que habían visto más de lo que cualquiera podría imaginar.

—Supongo que sí —asintió Rain con melancolía.

Su historia no había sido nada fácil, había estado llena de obstáculos y adversidades que amenazaban con derrumbarlo a cada paso.

Como Zev, él también había sido un niño abandonado.

—La primera vez que fui a verlo, me partió el corazón ver cómo me miraba con miedo, como si temiera que le hiciera daño. Y, tristemente, ese miedo era comprensible. Las marcas, las cicatrices que tiene en su joven cuerpo —cicatrices que Rain había tenido que ver por fotos para adjuntarlas a la denuncia de maltrato que habían interpuesto contra la hermana de Zev y su pareja — son una clara señal de que no habría sido la primera vez que alguien le ponía la mano encima —y por cómo reaccionaba Zev, Rain estaba convencido de que su madre y su hermana habían dejado algunas de esas cicatrices en él.

—Qué lástima… —murmuró Carmichael.

—La segunda vez también me miró temeroso. Y, por supuesto, la tercera no fue diferente… A pesar de ello, a pesar de no tener un motivo para hacerlo, volví a verlo. Y, día tras día… — porque volvió, ya sin el uniforme de sheriff. Volvió como Alvin Reed, alguien preocupado por la salud del pequeño.

Rain no lo tuvo fácil, ni fue una tarea sencilla para Sylvester lograr que se le permitiera tener contacto con Zev. El abogado tuvo que hacer ajustes en su horario, trabajar a deshoras e incluso mover algunos hilos. Porque Rain era un desconocido y no había motivo alguno para que volviera a ver a Zev, más allá de su trabajo.

Tras una negativa inicial, el abogado finalmente logró el permiso necesario. Sin embargo, ese permiso venía acompañado de estrictas condiciones.

Por seguridad, Zev nunca estaría a solas con Rain. La asistente social que se encargase de él en ese momento estaría presente, asegurando la seguridad del menor y su bienestar. Además, había ciertos temas vetados para Rain: no podía hablar sobre la investigación del accidente en el que el niño resultó herido ni nada relacionado con su hermana, ni siquiera podía comentar si ella

aparecía o no.

Para Rain, estas condiciones no representaban ningún problema. Estaba familiarizado con el sistema y sus rigurosas normas. De hecho, se sentía agradecido. Después de todo, le estaban dando la oportunidad de compartir momentos con Zev.

—Día tras día —explicó Rain con tono reflexivo—, tras hablar con él y compartir algunas risas, de repente algo en su mirada cambió. Ahora me mira con confianza, incluso puedo ver un destello de esperanza brillando en sus ojos — Rain suspiró, reviviendo esos instantes—. Mi vida habría sido tan diferente si alguien, en aquel momento, me hubiera ofrecido una mano…

Si las cosas hubieran sido así, quizás no habría caído en ese pozo oscuro de desesperación en el que se encontró.

¿Quién sabía?

Es difícil especular sobre los "qué hubiera pasado si…" Pero lo que Rain sí tenía claro era que después de interrogar a Zev y conocer su historia, podía haberse olvidado de él, dejarlo atrás como una simple tarea cumplida. Pero no pudo hacerlo.

Había algo en su interior, tal vez su propia historia reflejada en Zev, que le decía que no lo abandonara. Y, sin darse cuenta, sin ser plenamente consciente de ello, se encontró visitando al pequeño cada día, sin fallar ninguno. Construyendo un lazo inquebrantable con él.

—Siento no haber llegado antes a tu vida —sonrió Carmichael con pesar.

Rain negó con la cabeza.

—Llegaste justo a tiempo. De no haberlo hecho, yo no estaría aquí —le recordó.

Carmichael fue su salvavidas en el momento más oscuro, lo rescató cuando estuvo a punto de mandarlo todo al traste y desaparecer. Carmichael lo sacó de ese maldito pozo negro en el que se encontraba, aquel pozo que parecía no tener salida, después de que la vida le diese otro golpe más.

Aunque había recibido muchos golpes, algunos físicos, otros, que no lo fueron, lo lastimaron más que ninguno.

Afortunadamente, esos días oscuros quedaron en el pasado.

—No sé si lo lograré, no sé si, de conseguirlo, será cosa de un día, de un mes o de un año. No sé qué futuro correrá Zev, pero mientras la incertidumbre se disipa, me gustaría enseñarle que no todo en la vida es malo y que no toda la gente es malintencionada. Que no está solo y que si busca bien, siempre habrá alguien dispuesto a echarle una mano y a guiarlo por el buen camino.

—Te noto bastante seguro, a pesar de las dudas —observó Carmichael.

—Estoy acojonado —reconoció Rain con franqueza—. Ni siquiera sé si él querrá vivir aquí, conmigo. Con todos nosotros —puntualizó—. No me conoce demasiado, más allá de los pocos momentos que paso con él en el hospital. Y no sé qué pensará él de toda esta locura. ¿Cómo voy a preguntarle si le gustaría vivir aquí? No tengo idea de cómo abordar ese tema, de cómo

preguntárselo sin que sienta presión alguna.

—Estás hablando de un niño que ya debe de saber que, por ahora, parece que el destino no ha sido amable con él y lo ha dejado a la deriva. Abandonado —puntualizó Carmichael con un aire de tristeza.

Rain asintió con la cabeza, su expresión seria.

—Es más que consciente de ello. Al principio bajaba la mirada o intentaba evadir el tema, pero cuando se le preguntaba por su hermana, la respuesta siempre era la misma, firme y cortante: ella no volverá —los ojos de Rain reflejaban tristeza entremezclada con preocupación —. Y no solo eso, sino que él también es perfectamente consciente de las posibles repercusiones que enfrentaría su hermana si regresa. La justicia podría caer sobre ella si se demuestra el maltrato físico hacia el menor. Además, el tener a una asistente social siempre con él es una clara respuesta a la pregunta que, estoy seguro, se ha hecho mil veces en silencio.

—¿Qué va a ser de mí? —dijo Carmichael, poniendo voz a lo que creía que Rain se refería y tratando de entender el torbellino de emociones que debía estar sintiendo el pequeño Zev— Lo tendrá más que asumido, no sabemos si alguna vez ha tenido que pasar por lo mismo. Parece un chico listo.

—Lo es —aseguró Rain, quien en las pocas ocasiones que había hablado con Zev, había notado una chispa de inteligencia y perspicacia en él.

—Si finalmente decides embarcarte en este complicado trámite, sería crucial que te comuniques con servicios sociales. Necesitas obtener su permiso para explicar a Zev la situación y lo que quieres hacer. De todas formas, Sylvester te guiará en el proceso.

—Es complicado…

—Mucho —concordó el anciano—. Pero no imposible. Lo primero es hablar con el pequeño. Explicarle las cosas para que pueda entenderlas, pero recuerda, sin recurrir a las mentiras ni omitir detalles esenciales. Es necesario que comprenda todas y cada una de las posibilidades y desafíos a los que podríais enfrentaros ya sea que decida venir a La Mansión, siempre y cuando la ley lo permita, por supuesto, como si determinan que su futuro no debe de estar contigo. Porque darle esperanzas falsas podría hacerle mucho daño. Y a ti también.

—Lo sé.

—Tanto Zev como tú debéis saber que esto es temporal y que no puedes asegurarle un futuro —le aconsejó Carmichael con sabiduría—. Es pequeño, pero no lo suficiente como para no entender la gravedad de la situación. Además, su hermana puede aparecer en cualquier momento y él tiene que estar preparado emocionalmente para volver con ella…

—Su hermana primero tendría que demostrar su inocencia, demostrar que no fue ella quien infligió daño a Zev. Y en el caso de que no fuera la responsable directa, deberá probar que no tenía conocimiento de los abusos —refutó Rain—. Honestamente, si esa mujer decide presentarse, no lo tendrá fácil para volver a conseguir la custodia de Zev.

—Ese sería el escenario ideal, pero ¿cuántas veces hemos sido testigos de fallos, desaciertos y

lapsos en el sistema judicial? —inquirió Carmichael. Su rostro reflejaba una mezcla de seriedad y genuina preocupación.

Y es que temía que Rain, movido por sus emociones, pudiera dejar de lado la objetividad y actuar impulsivamente.

Rain, como agente de la ley, era consciente de que el sistema no era perfecto y había sido testigo, en varias ocasiones, de situaciones en las que la justicia parecía estar de vacaciones.

Era una verdad amarga, pero una verdad al fin y al cabo y, como decía Carmichael, era algo que no podía, ni debía, olvidar jamás.

—Haré todo lo que esté en mis manos para que la ley caiga con todo su peso sobre ella —juró Rain con una convicción inquebrantable.

—Aún con tu determinación, tienes que estar preparado para enfrentar posibles desaciertos judiciales. Y recuerda, no eres tú quien tiene que emitir un juicio sobre esa mujer.

Rain lo sabía, Sabía que Carmichael tenía razón, pero su instinto protector hacia Zev parecía nublarle la razón.

—Tendré cuidado y pensaré las cosas. Pero lucharé por él con todas mis fuerzas —declaró Rain con firmeza y determinación.

—Lo sé —respondió Carmichael con una sonrisa—. Pero no olvides actuar siempre con prudencia y sensatez. El mundo no siempre actúa como debe hacerlo o como deseamos y, lamentablemente, la justicia no siempre se alinea con nuestros ideales. Pero, a pesar de todo, los tribunales están ahí para brindarnos una oportunidad de luchar contra lo que consideremos injusto.

—Lo sé… —murmuró Rain.

El anciano sonrió, su expresión reflejando el cariño y el orgullo que sentía.

—Me recuerdas a mí cuando os encontré a Raven, a Romeo y a ti. Y a Sylvester —dijo con melancolía y un brillo nostálgico en sus ojos.

—Todo lo malo se pega —bromeó Rain, tratando de aligerar el ambiente y haciendo reír al anciano—. ¿Alguna vez te has arrepentido de habernos acogido?

—Jamás —dijo Carmichael con una firmeza que conmovió a Rain. Su voz no dejaba lugar a dudas y estaba llena de sinceridad—. Ni siquiera me pregunté por qué lo hacía. Mi corazón ordenaba y yo seguía su llamado.

La emoción se reflejó en los ojos de Rain al escuchar al anciano. Era evidente que esas palabras habían tocado una fibra muy sensible en él.

—¿Crees que estoy loco por plantearme esa idea, por querer hacerme cargo de un niño que apenas conozco?

—No —dijo el anciano con una seguridad que emanaba experiencia y sabiduría—. No eres una persona impulsiva. Te conozco muy bien y sé que esa decisión está más que meditada.

—¿Pero…? —preguntó Rain, sintiendo que esa palabra se había quedado suspendida en el aire.

—Pero no me gustaría verte sufrir y no me gustaría que cargues con el peso de una decisión que pueda traerte dolor. Si no consigues la tutela o, si después de conseguirla, tienes que decirle adiós ya sea porque su hermana regrese a buscarlo y la justicia decida que tiene que volver con ella o porque, por alguna razón, te denieguen la custodia… Sea lo que sea, si sigues involucrándote emocionalmente con ese pequeño, vas a sufrir.

—No volveré a caer en ese oscuro pozo, si es lo que te preocupa —afirmó Rain, recordando esos momentos oscuros de su pasado.

Sabía que no volvería, jamás, a ser la persona que fue antaño. Por mucho que la vida lo intentara tumbar, él seguiría luchando por seguir en el buen camino.

—No es exactamente eso lo que me preocupa —Carmichael puso su arrugada mano sobre la de Rain y le dio unas palmaditas reconfortantes—. Es solo que no quiero veros sufrir, a ninguno de vosotros.

Rain sonrió, una sonrisa genuina y llena de agradecimiento y de afecto por ese hombre que significaba tanto en su vida.

—Haremos todo lo humanamente posible porque ese niño se quede en La Mansión —dijo el anciano con convicción en su tono de voz—. Si eso es lo que él desea, por supuesto —añadió, recordando la importancia de la opinión y el bienestar del niño.

Rain asintió, la emoción claramente visible en sus ojos.

—Gracias —susurró con voz temblorosa, cargada de emoción.

Carmichael sonrió, su expresión cálida y paternal, como siempre.

—Esas palabras no son necesarias entre nosotros, ya lo sabes —le recordó con cariño y con una sonrisa comprensiva—. Dime, ¿has hablado con Raven y Romeo de esto?

—No —Rain negó con la cabeza—. Todavía no. Y no podré tomar una decisión definitiva si ellos no están de acuerdo.

Porque en La Mansión, las decisiones no repercutían solo en el individuo que las tomaba. Era una regla no escrita que todos entendían: cualquier elección afectaba, de una manera u otra, a todos los demás.

Y aunque todos podían vivir sus vidas de manera independiente y tomar sus propias decisiones por sí mismos, siempre anhelaban contar con el apoyo de los demás.

Una amplia sonrisa se dibujó en los labios del anciano, arrugando aún más su rostro curtido por los años. Sus pequeños ojos oscuros mirando a Rain con cariño.

—Si es por eso, sabes que la decisión ya está tomada.

Y, como siempre, Carmichael tenía razón…



Capítulo 4

Después de haber meditado mucho las cosas y haber tomado una decisión irrevocable, Rain había decidido que era el momento para compartir su decisión con sus dos confidentes: Raven y Romeo. Necesitaba su apoyo, más de lo que nadie se podía imaginar.

No era solo una cuestión de convivencia, era evidente que cada uno de ellos tenía la libertad de elegir si vivir o no en La Mansión y nadie estaba obligado a permanecer en esa casa.

Pero el apoyo que Rain buscaba de Raven y Romeo iba más allá de todo aquello.

Era un respaldo emocional, una comprensión que no necesitaba palabras. No podía, aunque lo intentara, expresar exactamente qué era lo que buscaba, pero en el fondo sabía que su relación con ellos tenía un significado especial. Era una conexión que iba más allá de la simple camaradería, era una hermandad, y Rain los necesitaba a su lado en ese momento.

Más que nunca.

Mientras pensaba en todo eso y en cómo abordar el tema, la voz de Raven lo sacó de sus cavilaciones.

—Rain. ¿Has encontrado a esa mujer? —preguntó Raven, irrumpiendo en la sala.

Tomado por sorpresa, Rain dejó caer el tenedor que estaba a punto de llevar a su boca. Miró a Raven, quien, con la frente arrugada, lo miraba con impaciencia.

—Llegas tarde, pero la comida aún está caliente —comentó Romeo con tranquilidad, ignorando la brusquedad de la llegada de Raven.

—Sí, vale —dijo Raven sin darle importancia—. ¿Y bien? —presionó, fijando su mirada en Rain.

Rain sostuvo la mirada de su amigo y, finalmente, negó con la cabeza.

—No —respondió con evidente frustración en su voz.

Y es que la mente de Rain era todo un caos.

Por una parte, quería que esa mujer regresase. Necesitaba respuestas, quería descubrir si ella había sido la responsable de lastimar a Zev.

Y, si sus sospechas se confirmaban, estaba decidido a llevarla ante la justicia.

A la vista estaba de que ya había formulado la primera denuncia en su contra y comenzado con el protocolo de protección al menor por maltrato.

Pero si esa mujer regresaba, todo el esfuerzo que estaba invirtiendo en procurar la tutela de Zev podría irse al traste.

El conflicto interno lo devoraba.

Era una situación complicada y, pensase lo que pensase, siempre terminaba sintiéndose en conflicto consigo mismo. Se sentía como si estuviera atrapado entre la espada y la pared.

Mientras esos pensamientos cruzaban por su mente, vio cómo Raven comenzó a llenar su plato de comida. Rain lo observaba, preguntándose si Raven estaba actuando por inercia, si era consciente de lo que hacía o si, al igual que él, estaba sumido en sus pensamientos.

—¿Y qué vamos a hacer con el chico? —indagó Raven un momento después de empezar a comer.

—¿Qué chico? —preguntó Romeo, visiblemente desorientado— ¿El del accidente de coche?

—Pronto tendré que darle el alta, no creo que pueda mantenerlo más tiempo allí —explicó el médico con un tono profesional.

Rain era plenamente consciente de la situación. Su impaciencia había crecido cada día, especialmente después de haber tomado esa crucial decisión de solicitar la tutela de Zev.

Desviando la mirada, Rain se encontró con los sabios y penetrantes ojos de Carmichael. Sin necesidad de palabras, sabía que el anciano comprendía perfectamente qué se le pasaba por la mente en ese momento.

—¿Entonces qué hacemos con él? —insistió Raven, su tono era inquisitivo y claramente preocupado.

—No se habla con la boca llena —lo reprendió su hija.

—Verdad —murmuró Rain, a la vez que todos los presentes.

—Lo siento —se disculpó Raven—. ¿Pero qué hacemos? —insistió.

—¿Hacemos? —preguntó Romeo, mostrando una clara confusión en su rostro.

—Claro, hacemos —recalcó Rain con énfasis, usando un tono levemente condescendiente, insinuando que esa situación involucraba a todos los de la mesa.

Aunque él fuera quien estaba dispuesto a asumir la mayor responsabilidad, porque era su decisión, estaba claro que necesitaba el respaldo y la colaboración de todos. A pesar de eso, Rain estaba decidido a seguir adelante con sus planes, con o sin su apoyo.

—Es un niño, tiene nueve años, podremos hacer algo para ayudarlo, ¿no? —dijo, dirigiendo una mirada llena de significado a sus dos amigos más cercanos. Primero a uno, y luego al otro.

—Sí, adoptarlo, ¿te parece? —bromeó el italiano.

Romeo miró a Raven, quien había puesto una mueca con sus labios que bien podía significar “por ejemplo” y después miró a Rain, quien lo miraba con las cejas enarcadas, dejando claro que esa “broma” no estaba lejos de la realidad.

Rain había planeado discutir el tema con sus amigos en privado, con calma y detallar todo lo que había conversado con Carmichael. Sin embargo, como solía suceder en esa casa, las cosas nunca seguían un plan. Las circunstancias dictaban su propio ritmo, con sus propias normas.

A Romeo, al ver la determinación en la mirada del sheriff, se le borró la sonrisa de la cara.

— Oh, vamos, ¡no me jodáis! —exclamó el italiano.

Expresión que le costó una reprimenda por parte de Chloe por usar ese lenguaje delante de la pequeña Tori. Lo curioso era que Chloe parecía más perturbada por ello que la misma niña, más que acostumbrada a las palabrotas.

¡Y lo que se divertía con ellas!

—¿Sylvester descubrió algo? —preguntó Raven, cambiando el tema.

—Sí, me dijo que tenía novedades y que, después de cenar, se acercaría a La Mansión para ponernos al día —confirmó Carmichael.

—Bien… Qué lástima de chico. Tan joven… —se notaba la tristeza en el tono de Raven.

—¿Va a vivir aquí? —intervino Tori, captando la atención de todos, en especial la de Rain, quien estuvo a punto de responder que sí, que eso era lo que él quería. Pero Raven fue más rápido.

—Primero tiene que curarse, y hay que encontrar a su familia —explicó Raven con delicadeza.

Las cosas no eran así al cien por cien, pero bueno… Rain ya lo explicaría todo.

—¿No tiene familia? —preguntó Tori, con esa inocencia característica de la edad.

Sí tiene, solo que no se le podría llamar así, pensó Rain.

—Bueno… —Raven carraspeó— Aún no lo sabemos, cariño. Estamos haciendo lo posible por encontrarla.

Y lo imposible también.

—Podemos ser su familia —afirmó Tori con confianza, dejando a todos atónitos, especialmente a Rain.

Rain no pudo evitar que una sonrisa sincera apareciera en su rostro al escuchar a la pequeña. Tori era un encanto, esa niña había llegado a sus vidas como un torbellino de alegría y esperanza. No solo a la de su padre, sino a la de todos ellos.

Si Zev terminaba viviendo en esa casa, Rain no tenía duda de que Tori se convertiría en alguien especial para él porque esa niña era inocencia y ternura pura, y desbordaba cariño en cada gesto, cada sonrisa y cada palabra.

Pero Tori también tenía su chispa rebelde. A veces, esa pequeña travesura en sus ojos recordaba que, al fin y al cabo, era una niña que quería explorar el mundo y divertirse.

¿Y qué niño no disfruta un poco de la locura de vez en cuando?

—Te juro que es digna hija de su padre —rio Romeo, claramente divertido.

—Claro que podemos —dijo Rain, sorprendiéndose a sí mismo al darse cuenta de que había

vocalizado su pensamiento en voz alta.

Podemos ser su familia, terminó de decir en su mente.

—Lo mismo nos hemos equivocado de padre —resopló Romeo, descolocado, mirando a Rain con las cejas enarcadas. Le estaba pidiendo a su amigo una explicación de lo que estaba pasando allí—. —¿Queréis que nos hagamos cargo de otro niño? —preguntó con seriedad.

—¿De qué niño? —preguntó Sylvester, que acababa de llegar— Ah, ¡de este niño! —dejó un sobre encima de la mesa, cerca de Carmichael.

Rain, ansioso, miró al recién llegado.

—¿Qué has averiguado? —preguntó el sheriff, impaciente por saber si había podido descubrir algo más sobre el caso de Zev y la desaparición de su hermana.

Sylvester miró a Tori y, gracias a Dios, Chloe, aunque tardó un poco porque Raven podía ser un coñazo cuando se lo proponía, y sin proponérselo también. Y estaba en modo tocapelotas, alargando la marcha de su hija y la tía de esta.

A punto estuvo Rain de echar a Chloe y a Tori, con Raven incluido…

Después de lo que parecieron horas, Chloe y Tori finalmente abandonaron la sala. Rain dirigió una mirada significativa a Raven, quien simplemente se encogió de hombros.

—Me gusta —reconoció el médico, refiriéndose a Chloe.

Rain puso los ojos en blanco al ver por dónde se lo había tomado su amigo.

Sobre lo de Chloe… ¡Como si no lo supieran todos!

—¿Y bien? ¿De qué va todo esto del niño entonces? Porque no sé más allá del accidente que sufrió —dijo entonces Romeo, tratando de volver al tema principal, al tema que interesaba a Rain.

—El niño se llama Zev Hughes, tiene nueve años. Su madre está en la cárcel por robo y consumo de drogas, entre otras cosas. Su hermana, la que conducía el vehículo, era quien se había hecho cargo del niño y ha interpuesto varias denuncias a lo largo de los últimos dos años a su pareja por maltrato —explicó Sylvester.

—Sí, todo parece indicar que huían de algo así —nada que Rain no supiera.

—El problema aquí radica en que es menor y, técnicamente, ha sido abandonado porque su hermana, después de que la curasen, huyó del hospital. Los servicios sociales ya están al tanto y me consta, por Rain, que la policía está haciendo bien su trabajo. Sin embargo, esa mujer es el único familiar vivo que tiene el niño, vivo en libertad, me refiero. Si no la encuentran, será entregado a los servicios sociales.

—Y lo vamos a acoger nosotros, por supuesto —en el tono de Romeo no había reproche, solamente sorpresa. Al menos, eso es lo que pudo deducir Rain al observar la expresión en el rostro de su amigo.

—Si es necesario, sí. Deja listos los papeles por si acaso, en el caso de que podamos solicitar la custodia, lo haremos —intervino Carmichael.

—Bien. ¿Quién será su tutor legal? —preguntó Sylvester, mirando fijamente a Rain, como si ya conociera la respuesta.

No era como Rain había planeado anunciarlo, pero… Sin dudar ni un segundo, con la decisión firme en su mirada y en su voz, Rain respondió:

—Yo.

Una sencilla palabra, pero cargada de significado…

Y así fue cómo les mostró a sus amigos lo que tenía planeado hacer. Y como bien había predicho Carmichael, ni siquiera necesitaba hacerlo.

Rain suspiró al encontrarse con la fija mirada de Romeo.

—No era así como tenía planeado contároslo —la disculpa en su tono de voz—. ¿Crees que estoy loco? —preguntó, buscando una señal en los ojos de su amigo.

El italiano le sostuvo la mirada un instante antes de negar con la cabeza. Por un segundo, Rain sintió alivio al no ser juzgado por su amigo.

—Si este es padre —dijo señalando a Raven, bromeando—, cualquiera puede.

Raven puso los ojos en blanco, algo que solía hacer mucho. Como maldecir en arameo.

—Mafioso de pacotilla —bufó—. Tu padre tiene el título de padre también.

El rostro de Romeo mostró una expresión exageradamente aterrorizada. Fingió un escalofrío.

—Por eso digo, cualquiera puede —y soltó una carcajada al ver la mirada de odio fingido de Raven.

—Serás capullo —sonrió el médico, también divertido.

Romeo todavía reía cuando volvió a mirar a Rain.

—Solo una cosa, Rain —dijo cuando dejó de reír—. ¿Ya el chico lo sabe?

Rain suspiró, llevándose una mano al cabello y negó con la cabeza.

—No tardaré en hablar con él —aseguró.

—Hazlo antes de iniciar cualquier trámite, podría hacerlo sentir mal enterarse el último —aconsejó el italiano con una seriedad que no solía mostrar a menudo.

—¿Eso significa que me apoyas? —preguntó Rain y posó sus ojos en Raven— ¿Cuento con vosotros?

Raven puso los ojos en blanco. Otra vez.

Romeo resopló.

—Este tío es tonto… —dijo el italiano.

—Por cierto —dijo Raven, mirando a Romeo— ¿Y esa madurez repentina? ¿Qué te ha entrado? —bromeó Raven.

Las comisuras de los labios de Romeo se movieron hacia arriba, creando una sonrisa socarrona y llena de picardía.

—Alguien con cabeza debe quedar en la casa —respondió, haciendo un gesto exagerado al negar con la cabeza—. Mio Dio, sono Pazzi! —exclamó, poniendo los dedos en un gesto típicamente italiano que suelen utilizar cuando quieren enfatizar algo, entre otros tantos momentos más.

Raven miró a todos los demás, que reían a carcajadas.

—¿Y este desde cuándo habla italiano?



Capítulo 5

“Zev, hay algo de lo que me gustaría hablar contigo. Sé que has pasado por mucho últimamente, y sabes que me preocupo por ti. He estado pensando mucho... ¿Qué dirías si, una vez que estés listo para salir del hospital, te vinieras a vivir conmigo por un tiempo?"

Las palabras que Rain había pronunciado días antes se repetían en su mente una y otra vez mientras apagaba el rugiente motor de la ranchera. Abrió la puerta de esta, salió y cerró de un portazo, intentando liberar un poco de la frustración que sentía.

—Maldición —gruñó con voz ronca mientras caminaba a grandes zancadas hacia la casa, cada paso lleno de determinación. Estaba enfadado, y mucho.

¡¿Cómo demonios no iba a estarlo?!

"Estoy considerando pedir tu tutela, de manera temporal, porque es lo que puedo hacer por ahora.”

Subió los escalones del porche de una vez, abrió con ímpetu la puerta de La Mansión y, tras cruzarla, la cerró de un golpe contundente, sin preocuparse por quién lo seguía.

“No quiero presionarte, ni puedo prometerte que será para siempre, pero si es lo que tú quieres, llegado el momento, lucharé con todo para que puedas quedarte a mi lado siempre. ¿Qué opinas?"

—Maldita sea —gruñó cuando entró en la sala, sus emociones completamente desbordadas.

Carmichael dirigió la mirada hasta Rain y enarcó sus escasas y blancas cejas con curiosidad.

—¿Malas noticias? —preguntó, aunque por su tono era evidente que no necesitaba una respuesta.

Pero Rain ya estaba frente a Raven, con la mirada penetrante y tensa. La frustración era evidente en su cuerpo.

—¿No puedes mantenerlo más tiempo allí? —preguntó el sheriff, su voz marcada por la desesperación.

Raven soltó un profundo suspiro, encontrándose con los vidriosos ojos verdosos de su amigo. Con pesar, movió la cabeza en señal de negación.

—Lleva casi tres meses allí. Tengo que darle el alta porque ya no puedo hacer nada más por él —demasiado había hecho ya, y ambos lo sabían. Todos en esa casa lo sabían.

Pero Rain se resistía a aceptarlo. Él creía que su amigo podía hacer más, mucho más. Porque ¡en ese hospital se hacía lo que Raven dijera!

—Pues invéntatelo. Joder, Raven, ¿qué más te da? La factura está pagada —Rain, con un gesto rápido y furioso de la mano, señaló al anciano Carmichael, quien se había hecho cargo de todos los gastos médicos de Zev—. Seguro que así nadie pone problemas —afirmó con mordaz

ironía, dejando entrever su desagrado por el corrupto poder del dinero.

Pero así era la vida. Así funcionaba el mundo, con sus reglas implacables y distorsionadas. Pero ellos, a diferencia de muchos otros, habían elegido utilizar ese poder para causas nobles y justas.

¡Qué menos!

—El problema lo pongo yo —intervino Raven, con un tono grave y firme—. Bastante mal funciona el jodido hospital como para tener una cama ocupada con alguien que no la necesita —dijo, buscando de nuevo los ojos de su amigo, esperando a que lo entendiera.

—¡Pero todavía no anda! —exclamó Rain, su voz a punto de quebrarse.

La paciencia la había perdido hacía mucho, al enterarse de que Zev tendría que abandonar el hospital y, para colmo, ¡no podía conseguir la dichosa tutela!

Parecía como si el destino estuviera jugando en su contra.

Frustrado y sintiendo un nudo en el estómago, Rain se paseó frenéticamente por toda la sala y, repetidamente, se llevaba las manos al pelo, tirando de él en un gesto desesperado. En su mente, buscaba desesperadamente alguna salida.

Estaba convencido de que debía existir alguna solución; tenía que encontrarla.

¡Que Raven se inventase otra operación o algo! Cualquier cosa que permitiera al pequeño Zev permanecer en el hospital un poco más, mientras Sylvester gestionaba la tutela provisional del niño.

—¿Cómo demonios te atreves a decir que no la necesita? —exclamó, mirando directamente a Raven, desafiándolo a repetir esa afirmación.

—No es un problema físico —replicó Raven con una calma impresionante. Se refería al hecho de que Zev aún no pudiera caminar, algo que había intentado explicarle a Rain una y otra vez, esperando que comprendiera las complicaciones detrás de toda aquella situación.

Pero Rain, lo único que veía era que todo aquello por lo que había luchado se le escapaba de las manos. El bienestar del pequeño se le estaba deslizando entre los dedos.

¿Qué iba a decirle ahora?

¿Cómo iba a enfrentarse a él?

¿Cómo iba a explicarle que todas esas promesas no podrían cumplirse?

Recordaba la sorpresa y la emoción, casi palpable, que había reflejado Zev en sus ojos cuando Rain le compartió sus planes. La brillante chispa de esperanza que iluminó la mirada del niño que, hasta ese momento, creía que su destino estaba sellado y que se vería forzado a ingresar en un centro de menores, con todas las incertidumbres y temores que aquello conllevaba.

Había llorado, joder. Zev, después de todo lo que había vivido en su corta vida, no había podido controlar las lágrimas al conocer las intenciones de Rain y había llorado.

Y Rain…

¡Él simplemente no podía fallarle!

—Será enviado a servicios sociales —la amargura y la tristeza en la voz de Rain eran palpables.

Joder, se negaba a ello. No podía, simplemente no podía permitirlo.

—¿No podemos adoptarlo? —la pregunta de Carmichael fue dirigida a Sylvester, quien había entrado tras Rain y permanecía allí, con una seriedad impenetrable en su rostro, sin decir una palabra.

—Se hará —dijo entonces el abogado con seguridad y firmeza—, solo le he pedido un poco de tiempo, pero se niega a escuchar —explicó el abogado, refiriéndose a Rain y a su impaciencia.

—¿Por qué rechazan el acogimiento? —quiso saber Carmichael.

—En realidad por puro trámite —explicó Sylvester, mostrando que no todo era tan tremendista como Rain lo estaba viendo—. Todavía puede aparecer su familia. Estoy seguro que conseguiré que no llegue a irse con los servicios sociales, pero si sigue así, hasta yo lo voy a mandar a la mierda.

A la mierda iba a mandar Rain al mundo.



Capítulo 6

Incluso sin necesidad de girarse, Rain sabía muy bien de quién se trataba. Por supuesto, era su ayudante, quien parecía ser el único individuo en todo el extenso edificio de la comisaría que todavía no había interiorizado una norma elemental de etiqueta social, una lección tan fundamental que se podría considerar un principio incuestionable en el manual de la buena educación: el acto de llamar a una puerta y la consideración de no irrumpir en espacios ajenos como si fuese el dueño indiscutible de cada rincón.

Que llamase antes de entrar como Pedro por su casa. No era tanto pedir, ¿no?

Si había otra cosa que caracterizaba al peculiar asistente de Rain, era que no callaba ni bajo agua. Era un loro incansable, siempre teniendo algo que decir, siempre con una opinión que dar. Así que cuando Rain escuchó el chasquido de la puerta al cerrarse y el silencio sepulcral que lo siguió, supo que algo no estaba bien.

Y que iba a terminar poniendo a prueba su paciencia, seguro.

Y es que conocía a ese chico demasiado bien. Y a él mismo todavía más.

Con un movimiento lento y cauteloso, Rain comenzó a girarse. Mientras lo hacía, pudo observar la inquietud en el cuerpo de su ayudante. Podía ver cómo este se balanceaba de un lado a otro, descargando alternativamente el peso de su cuerpo de una pierna a otra. Sus manos estaban entrelazadas, retorcidas en un gesto de nerviosismo que apenas podía contener, a pesar del sobre que estas sostenían con firmeza.

Cuando finalmente los ojos de Rain se encontraron con los de su ayudante, las cejas de Rain estaban ya arqueadas, expectantes. Rain esperó pacientemente.

Y miró a su ayudante…

El chico rubio, cuya altura superaba por mucho a la de Rain, y eso que Rain no era, precisamente, de estatura baja, pero su ayudante casi le sacaba dos cabezas. El chico desvió la mirada al sentirse observado.

La cosa es importante, pensó Rain.

Rain esperó… Continuó observándolo con paciencia, esperando a que su ayudante rompiera el silencio.

Hasta que se desquició. Un poco.

Y es que ya fuera callado o hablando, ese chico era de las pocas personas que podía hacerlo perder su adorado control en tan poco tiempo. Ni Raven ni Romeo tenían tal habilidad para desequilibrarle y eso, sin lugar a dudas, ya era mucho decir.

—¿Y bien? —preguntó Rain, enarcando las cejas, manteniendo un tono de voz calmado, aunque en su interior estaba muy lejos de sentirse así.

Si había algo que Rain había aprendido a lo largo de su complicada vida, era a controlarse. La

adversidad y las dificultades que había atravesado le habían dado, al menos, esa ventaja. Y en ese preciso instante estaba poniendo en práctica dicho autocontrol, porque de lo que tenía ganas era de gritar.

—Verás, jefe… —comenzó el chico, volviendo a posar sus almendrados ojos azules sobre el sheriff. Incapaz de continuar, se mordió el labio inferior en un intento de calmar su nerviosismo. Parecía luchar por encontrar las palabras adecuadas.

Es que joder, no podía evitarlo, ese tema lo ponía muy nervioso.

—¿Necesitas ir al baño? —preguntó Rain, tratando de aliviar la tensión.

—¿Qué? —el guapo chico frunció el ceño, visiblemente desconcertado por la pregunta.

Rain sacó las manos de los bolsillos de los pantalones y señaló con una de ellas a su ayudante.

—Pensé que ese bailecito era una señal de que necesitabas ir—dijo Rain con voz calmada.

El chico rio, o al menos eso parecía. Con nerviosismo, pero lo hizo. Rain no sabía por qué, él, en ningún momento, había intentado sonar gracioso. No había una pizca de humor en su tono. De hecho, era la persona menos graciosa del mundo.

El humor no era su fuerte.

Para hacer reír ya estaba Romeo. Ese hombre podía hacer reír a una estatua. Incluso Raven, que aunque tampoco es que tuviese una gran gracia, al menos tenía más sentido del humor que él. Que a ver, no es que Rain fuera un sieso, simplemente…

Simplemente era él mismo.

Soy un coñazo. Un pelmazo de tío. Tengo el humor en el culo, qué se le va a hacer, pensó para sí mismo, reconociendo su falta de humor.

Aunque la realidad no era exactamente esa. La realidad era que Rain tenía un humor peculiar, nada más. Era un humor que quizás no todos entendían, pero que, a veces, de manera inesperada, lograba hacer reír a las personas más cercanas a él. A la vista estaba que, sin pretenderlo, siempre hacía reír a su ayudante.

Aunque fuera una risa nerviosa, otras veces una risa falsa, pero era una risa, al fin y al cabo.

—Ah, no —todavía riendo, Kevin, que así era como se llamaba el guapísimo policía, negó con la cabeza. La risa no había desaparecido completamente de su rostro, pero ya no parecía tan nervioso como antes.

Ahora parecía estarlo más.

Tan nervioso que de tanto mover la cabeza, terminó agarrándose a la silla porque se había mareado.

Rain puso los ojos en blanco. No pudo evitarlo. A pesar de su habitual control, no pudo evitar soltar su exasperación. ¿Por qué tuvo que elegir a semejante personaje como su ayudante?

El chico no es que fuera malo en lo suyo y, además, le ponía ganas. No era que Kevin no

tuviera habilidades o que no estuviera dispuesto a trabajar duro. Todo lo contrario. Era más que competente en su trabajo y siempre estaba dispuesto a dar lo mejor de sí mismo, sin importar lo que se le pidiera.

Pero era todo un personaje…

Tampoco es que tuvieras mucho donde elegir, le recordó a Rain la voz de su cabeza.

Y tenía razón, Rain no había tenido muchas opciones. No, en aquel pueblo perdido de la mano de Dios, un lugar recóndito y olvidado en medio de la nada, podían darse con un canto en los dientes con que, al menos, contaban con los servicios mínimos en cuanto a sanidad y protección. Tenían policías, una pequeña estación de bomberos y hasta un modesto pero funcional hospital comarcal. Y todos esos servicios públicos, a pesar de ser limitados, les prestaban servicio no solo a los habitantes del pueblo donde se encontraban, sino también a los pequeños pueblos y aldeas de los alrededores.

Eran pocos, pero hacían una gran labor. Trabajaban duro para garantizar la seguridad y el bienestar de su comunidad. Y eso, en sí mismo, era algo digno de admiración.

—No es eso, estoy perfectamente bien —continuó el chico, riendo con forzada ligereza. Hasta que frunció el ceño y miró al sheriff—. ¿Tú cómo estás? —preguntó con genuino interés.

Rain parpadeó un par de veces, visiblemente descolocado por el abrupto cambio de tema.

"¿Que cómo estoy? Pues verás… En estos momentos, no demasiado bien. No estoy pasando por mi mejor etapa. Me han denegado la tutela temporal de Zev.

¿Sabía que podía pasar? Sí. Pero joder, no me lo esperaba.

Por otro lado, tengo a Sylvester explotado, trabajando hasta el agotamiento y, además, reconozco que me estoy comportando con todo el mundo que me rodea como un capullo porque no puedo controlar mis emociones y estoy de los nervios con todo esto.

Tanto es así que Raven, anoche, tras una acalorada discusión que tuvimos, después de que viniera a decirme que haría todo lo que pudiera por prolongar la estancia de Zev en el hospital con tal de ayudarme, haciéndome sentir mal por ponerlo en esa tesitura cuando sabía que ya hacía más de lo que podía…

Raven terminó desplomándose en el suelo. Está enfermo, sí, tiene fiebre.

Sé que no es mi culpa lo que ocurrió, sé que no soy el culpable de que él esté en ese estado, pero no puedo evitar sentirme así y pensar que si no lo hubiese llevado presionado tanto, exigiéndole cosas que sé que no están en su mano y que están fuera de su alcance, tal vez no habría colapsado de esa manera.

Y me asusté, joder.

Me asusté mucho, ¡sentí pánico al verlo caer! Y me sentí como una reverenda mierda.

Y me siento mierda también porque no sé si seré capaz de cumplir la promesa de que le hice a

Zev: sacarlo de ese hospital y llevarlo a vivir conmigo.

Así que, como ves, muy bien no estoy.”

—Bien… —respondió Rain en su lugar, con cierta cautela, tras carraspear ligeramente y dejar todos sus pensamientos a un lado.

—Ah, bueno… Por ahora —gimió Kevin.

Rain reprimió, no sin cierto esfuerzo, el impulso de poner los ojos en blanco tras la mordacidad del comentario de su ayudante.

—¿Qué ocurre? —inquirió entonces el sheriff.

—¿Por qué habría de ocurrir algo? —contratacó Kevin, esquivando hábilmente la mirada inquisitiva del sheriff.

—¿Por qué, si no, estás aquí, en este preciso instante? —Rain reprimió, de nuevo, la tentación de mostrar su exasperación al ver que Kevin seguía sin decir nada— ¿Qué es eso? —preguntó, dejando que su mirada se posara sobre el sobre que Kevin sostenía entre sus temblorosas manos.

Aquel sobre era la fuente de la intranquilidad de Kevin, no cabía duda de ello.

Kevin, por su parte, siguió la mirada del sheriff, parecía haber olvidado el motivo de su presencia en el despacho, tal era el grado de nerviosismo que la situación le generaba.

—Esto… —balbuceó. Carraspeó incómodamente y volvió a desviar la mirada. Lucía serio, ¿y preocupado?

—Esto… —instó Rain. Su tono de voz se había vuelto más grave, había urgencia en esa palabra. Quería saber qué demonios había dentro de ese sobre ¡de una maldita vez!

¡Y a la mierda la paciencia!

—Lo conseguimos, jefe —dijo Kevin, finalmente mirando a los ojos al sheriff —. Jefe, la hemos encontrado —anunció con solemnidad en apenas un susurro, pero su frase resonó con fuerza en la pequeña estancia.

Rain no necesitó preguntar a quién se refería, lo sabía muy bien. Y, de repente, el nerviosismo de su ayudante cobraba sentido.

Y es que no era para menos…

Durante meses, habían buscado a esa mujer incansablemente, peinando cada rincón del país. Sylvester y Carmichael también se habían unido a la causa, aportando sus propios recursos e influencia en la búsqueda y trabajando, codo con codo, con el sheriff. Porque necesitaban…

No, la verdad era que Rain no la necesitaba en absoluto. De hecho, una parte de él deseaba que esa mujer no apareciese nunca. Porque si ella permanecía oculta, Rain lo tendría más fácil para luchar por Zev. La aparición de esa mujer representaba una amenaza, podría estropear el sueño de Rain de conseguir la tutela del menor.

Pero, por otra parte, si esa mujer era realmente culpable de infligir dolor y sufrimiento a su propio hermano, no podía quedar inmune.

Era una asunto de justicia y moralidad.

Y ahí radicaba, una vez más, el dilema moral de Rain. Ese constante tira y afloja entre lo que consideraba correcto y lo que su corazón deseaba.

Kevin lo sabía, estaba plenamente al tanto de la tormenta de emociones y pensamientos que asolaban la mente de Rain.

Rain miró de reojo el sobre que seguía en las manos de Kevin. Había algo en la forma en la que el joven evitaba su mirada que le decía que el contenido de ese sobre no sería fácil de digerir.

—¿Y bien? —preguntó, su voz denotando una impaciencia que raras veces se permitía exteriorizar. Quería respuestas, ansiaba conocer lo que estaba ocurriendo.

—Es información confidencial. Sabes que yo jamás…

—¿Qué dicen esos papeles, Kevin? —Rain no estaba para andarse con rodeos, necesitaba conocer la información, y lo necesitaba ya.

—Jamás leería algo así sin permiso —continuó Kevin, como si el sheriff no hubiera interrumpido su discurso.

—Kevin… —advirtió Rain en un susurro que, a pesar de ser apenas audible, transmitía una clara amenaza.

—¡Pero miré por tu bien! —exclamó entonces Kevin— ¡Ya sabes que si no fuera por eso, yo jamás…!

—¡Dime de una maldita vez qué voy a encontrar en ese sobre! —exclamó Rain, perdiendo, por un instante, el control de su paciencia. Con brusquedad, le arrancó a Kevin el sobre que tenía en las manos, decidido a averiguar, por sí mismo, su contenido.

—¡Pues abre el sobre y descúbrelo por ti mismo! —exclamó el ayudante en un común arrebato de exasperación y nerviosismo.

Como si no lo estuviera haciendo ya…

—¡Me cago en la leche! —gruñó Rain con una mezcla de frustración y ansiedad mientras sacaba los papeles del sobre.

—Está en prisión —dijo Kevin, casi cortándole el aliento a Rain antes de que este pudiera, siquiera, terminar de sacar los papeles del sobre. Su respuesta fue simple y directa.

—¿Qué diablos?

Rain no sabía qué era lo que se había esperado, pero definitivamente, cualquier cosa menos esa. La noticia lo tomó por sorpresa. Y no, no eran buenas noticias.

Al menos no para esa mujer.

Para Rain… Eso ya era otra historia completamente diferente.

¿Y para Zev? Bueno… Las cosas se habían complicado notablemente. O no…

—¿En la cárcel? —preguntó Rain con incredulidad y sin poder ocultar una nota de consternación en su voz. Comenzó a leer los papeles, su mirada recorriendo las líneas impresas.

—Intento de homicidio contra su ex pareja —explicó Kevin, quien, irónicamente, no había leído una sola línea de los informes oficiales porque, al fin y al cabo, era información confidencial.

Rain ya estaba sumergido en la lectura de los papeles, ya estaba enfrentándose a la fría realidad impresa en negro sobre blanco. Sus ojos se movían rápidamente por las páginas, absorbiendo cada detalle de la sentencia a la que esta mujer, la hermana de Zev, estaba siendo sometida.

Rain silbó por el impacto de la noticia.

—Le han caído muchos años —declaró entonces el sheriff, su tono lleno de una sorpresa inusual.

Por un lado, experimentaba un inmenso alivio. Por otro… También, al fin y al cabo, Rain sentía cierta satisfacción al saber que esa mujer enfrentaría una condena, incluso si no era específicamente por el supuesto daño causado a Zev.

Algo que para Rain no era tan supuesto…

A lo largo de los años, había desarrollado una intuición casi infalible. Algo que, para Rain, no se basaba solamente en suposiciones.

Si bien Zev nunca había señalado a su hermana con el dedo acusador, Rain poseía una vasta experiencia y una aguda capacidad para leer entre líneas. Sus sentidos, agudizados por situaciones pasadas le permitían percibir, ver y escuchar más allá de las palabras y los gestos de Zev.

Porque, en muchas ocasiones, el lenguaje no verbal revelaba más que las mismas palabras.

Sin embargo, y recordando aquello que Carmichael había dicho, Rain era consciente de que no era su papel erigirse como juez. No expresaría sus juicios y sospechas en voz alta, pero, ¿en la privacidad de sus pensamientos? Ese ya era otro tema. Y no iba a sentirse mal por ello.

—Sí, incluso considerando la posibilidad de que podría haber sido tomado como un acto de defensa propia, parece que el juez no lo interpretó de esa forma y decidió aplicar la pena máxima, sin contemplaciones —añadió Kevin.

—Señor… —Rain levantó la mirada de los documentos, sus ojos llenos de seriedad— Se escapó del hospital con una idea: acabar con él —comentó con una gravedad casi tangible.

—Sí. Como bien dijo Zev, estaban intentando huir desesperadamente de ese hombre cuando sucedió el desafortunado accidente.

—Y ella tomó la decisión de abandonar a su hermano para terminar entre las frías barras de

una celda —agregó el sheriff.

—Sí… No llegó a convertirse en una asesina de milagro, o quizás por una mala jugada del destino.

Rain, asintiendo con la cabeza lentamente, volvió a sumergirse en la lectura de los papeles que tenía entre las manos. Quería, necesitaba conocer todos los detalles de ese caso.

—¿Quedó en silla de ruedas? —preguntó Rain de pronto.

—Eso parece, jefe… —admitió Kevin— Desde luego, la mujer tuvo una puntería excepcional al clavarle el cuchillo, no cabe duda —el sarcasmo se colaba entre las palabras de Kevin.

—Y esa es la razón por la que ese desgraciado logró librarse de su merecida condena —resopló el sheriff con un tono de desdén en su voz.

Rain no era quien dictaba las leyes, no era quien decidía los castigos. Pero si lo fuera, había una cosa que tenía muy clara: independientemente de si el agresor estaba en una maldita silla de ruedas o con un miembro amputado, cualquier monstruo que osara ponerle la mano encima a una mujer o a un niño, terminaría entre rejas. Sin excepciones.

—¿Existe la posibilidad de que salga sin cumplir, por completo, la condena? —preguntó Rain, volviendo a levantar la vista de los documentos.

Kevin se encogió de hombros, una señal de que no estaba seguro del todo.

—Un abogado podría responder mejor a eso, pero por lo que pude averiguar, no creo que esa mujer vea la luz del sol durante las próximas décadas.

—Joder… —Rain suspiró, cansado.

Rain dejó los papeles sobre el escritorio que había frente a él, se acercó hasta la silla donde se sentaba para trabajar cuando estaba en la oficina, se sentó y se acomodó en ella. Reclinó la cabeza en el respaldo, cerrando los ojos, buscando un breve respiro para su cuerpo tensionado. Y cansado.

Había sido una noche agotadora, no solo físicamente por el escaso tiempo que había logrado dormir, también se sentía agotado mentalmente. La constante preocupación por la salud de Raven, la angustia provocada por el rechazo de la tutela temporal de Zev…

Rain se había pasado, prácticamente, toda la noche en vela, dándole vueltas a la cabeza.

—Pero estás contento, ¿no? —preguntó Kevin un momento después, cuando el silencio comenzó a pesar en el ambiente.

Rain abrió los ojos y miró a Kevin, sabiendo muy bien lo que pasaba por la cabeza del joven.

¿Estaba contento? ¿Realmente debería estarlo?

—No me malinterpretes, me refiero a la posibilidad de poder acoger a Zev. No por la desgracia de nadie, por supuesto —aclaró rápidamente el ayudante, tratando de evitar cualquier malentendido al ver la mirada de Rain.

Rain suspiró, no estaba dispuesto a abordar ese tema.

—Sylvester será el que nos proporcionará más información sobre el futuro de esa mujer —sentenció Rain.

Estaba evadiendo la pregunta de su ayudante. Kevin, al darse cuenta, asintió con la cabeza. Sabía que el sheriff prefería que el tema se terminase ahí.

—Pues deberías estarlo y no sentirte mal con ello —a él lo que el sheriff prefiriera le importaba poco, al parecer—. Y seguro que Zev también. Para la vida que le daba esa mujer…

Rain estuvo a punto de asentir con la cabeza, mostrándole que pensaba lo mismo.

Pero…

—¿Algo más que debamos tratar? —preguntó Rain, interrumpiéndolo.

Kevin resopló y luego sonrió con suficiencia.

—Me darás la razón —afirmó Kevin, muy seguro de sí mismo.

—Si no hay nada más… —Rain le hizo un gesto con la mano para que se marchase, pero Kevin no se movió. Miró a la puerta, luego volvió a mirar al sheriff.

—Ni tan rápido —dijo entonces—. Tenemos un problema nivel Dios.

Rain pestañeó varias veces, su mente luchando por comprender lo que Kevin acababa de decir.

—¿Qué demonios es un problema nivel Dios? —preguntó claramente extrañado.

Y sí, también tenía miedo de preguntar, tenía miedo de lo que ese chico pudiera soltar por la boca.

—Un problema que o lo solucionamos o acabamos saludando a Dios —explicó Kevin con condescendencia, hablándole a su jefe como si fuera tonto.

Y Rain estaba seguro de que pensaba muchas veces que lo era…

Con un suspiro pesado y un gesto cansado, Rain se apretó el puente de la nariz, como si de alguna manera ese simple acto pudiera aliviar la tensión que sentía.

—A Dios lo vas a saludar tú cualquier día —susurró entonces.

Rain miró a su ayudante. Si lo había escuchado, que Rain estaba seguro de que lo había hecho, lo había ignorado.

Si es que se hacía el tonto cuando quería…

Rain suspiró pesadamente al ver que, un momento después, Kevin permanecía allí, de pie, inmóvil, sin decir una palabra. Estaba esperando a que le preguntase.

¡Pero qué cruz tengo encima!

—¿Y cuál es ese problema? —preguntó finalmente, no sin antes exhalar un largo suspiro.

—La mafia —dijo Kevin con una voz tan terrorífica que le habría helado la sangre en las venas a cualquiera.

Pero Rain no era cualquiera.

Él era alguien que había visto y oído más de lo que a muchos les gustaría en toda una vida. Ante las palabras de Kevin, solo pestañeó varias veces, la incredulidad apoderándose de él.

—¿La mafia? —repitió Rain.

Kevin, por su parte, respondió con un exagerado movimiento de cabeza en un gesto de afirmación.

—Al parecer, se han visto merodeando por los alrededores a una banda extraña. Desconocidos —susurró el ayudante, como si estuviera compartiendo un secreto terrible.

—Ah… ¿Y por qué susurras? —preguntó Rain en un susurro también, casi contra su voluntad, maldiciéndose a sí mismo por caer en el juego de ese pirado, por permitirse entrar en esa atmósfera de misterio e intriga que Kevin parecía disfrutar tanto.

—No lo sé —susurró el joven, su voz tan baja que Rain tuvo que esforzarse por escuchar.

Rain miró al techo, pidiendo ayuda divina ante la absurda situación en la que se encontraba. ¿Y él pensaba que los zumbados eran Raven y Romeo?

—Señor… —suspiró profundamente y volvió su atención a Kevin— ¿Una banda extraña? —preguntó Rain. Esperaba que Kevin le contase más sobre ello porque él no tenía ni la más mínima idea de a qué se refería ese hombre —¿Y ya por eso das por hecho que son mafiosos?

—Una decena de tipos, todos ellos vestidos de negro, que se han estado moviendo sigilosamente por los pueblos de los alrededores. Y que hablan italiano, además. No se han metido en líos, al menos, no hasta el momento, pero si lucen tan intimidantes como los mafiosos que describen los vecinos, es posible que se metan en algún lío bastante pronto.

¿Mafiosos? Rain entrecerró los ojos, la palabra “mafioso” haciendo eco en su mente. Haciendo un gesto de asentimiento con la cabeza, el sheriff respondió:

—Que los vigilen de cerca y que nos mantengan informados de todos y cada uno de sus movimientos.

—¿Entonces sí crees que es la mafia? —preguntó Kevin tan emocionado como acojonado.

—No lo sé, esa es precisamente la razón por la que quiero conocer todos sus movimientos. No podemos permitir que la gente se sienta insegura. Que nos mantengan al tanto de todo, hasta de la cantidad de arroz que comen si es que alguien llega a enterarse, ¿de acuerdo?

—Sí, jefe.

—Bien… —Rain observó cómo Kevin se giraba para marcharse de la oficina, la charla había terminado— ¿Sería muy mala persona si me alegrase de la desgracia de esa mujer? —preguntó el sheriff en un susurro, casi como si le avergonzara plantear la pregunta, justo antes de que su compañero tuviera la oportunidad de abrir la puerta.

Con la manija en la mano, Kevin giró su cuerpo lo suficiente para poder mirar al sheriff, cuyos ojos reflejaban el conflicto interno en el que se encontraba.

—No —dijo entonces el chico, la seguridad en su voz—. Porque no se alegra de lo que ha sufrido esa mujer ni del final que ha tenido que enfrentar. Se alegra de que Zev pueda tener la oportunidad de vivir una vida mejor. Y eso no lo convierte en una mala persona, al contrario. Creo que usted es digno de admirar.

Y así, con una voz que sonaba sorprendentemente madura y llena de admiración, Kevin salió de la oficina, dejando a Rain emocionado y conmovido por sus palabras.

El sheriff no pudo hacer otra cosa más que sonreír, un gesto genuino de agradecimiento.

Ahí tienes la respuesta de por qué lo elegiste, se dijo a sí mismo.

Porque Kevin tenía potencial para ser un gran policía. Y sería, sin lugar a dudas, el mejor sheriff que tendría este lugar en el futuro.

Rain no podría haber elegido a un sustituto mejor. Su decisión no podía haber sido más acertada.

Centrándose en lo verdaderamente importante, Rain extendió su mano y tomó su móvil, que descansaba sobre el escritorio. Pasó rápidamente por su lista de contactos, hasta encontrar al que buscaba, ese nombre familiar que había consultado en múltiples ocasiones en los últimos tiempos.

Presionó el botón de llamada y llevó el dispositivo a su oreja.

—Sylvester… —saludó cuando la persona al otro lado de la línea atendió la llamada.

—Estoy al tanto —fue la rápida respuesta del abogado. Sylvester había trabajado codo con codo con la policía para localizar a esa mujer. Había sido una parte fundamental en la localización de la misma—. Estoy preparándolo todo. Sabes que con esto tienes las de ganar, ¿verdad?

Esas palabras hicieron que, por primera vez en todo el día, Rain dejara de sentirse una mierda.

Y que sonriera.

Pero sonriera de verdad.



Capítulo 7

Rain estaba a punto de salir por la puerta, pero el sonido de unos pasos llamó su atención y lo hizo mirar hacia atrás.

—¿Adónde vas? —preguntó Rain con curiosidad mientras sus ojos seguían al hombre que, con paso decidido, descendía por la majestuosa escalera de La Mansión.

—Contigo, por supuesto —dijo Raven en tono condescendiente mientras terminaba de bajar los dos últimos escalones; una sonrisa socarrona y ligeramente irritante se había formado en la comisura de sus labios.

Pero Rain no parecía estar dispuesto a ello… Negó con la cabeza al escuchar a Raven, un leve suspiro escapando de sus labios.

—Por supuesto que no —dijo con determinación, desechando la idea de su amigo.

Raven enarcó una ceja, una mezcla de sorpresa y curiosidad pintada en su rostro.

—¿Por qué no? —inquirió.

—Porque no, y ya está —dijo Rain con una firmeza que no daba lugar a ningún tipo de réplica o discusión.

Raven lo miró con el ceño fruncido, su rostro una máscara de confusión y desconcierto. Rain luchó por contener una sonrisa al ver la perplejidad en el rostro de su amigo y esperó la réplica de Raven, pero esta no llegó. Lo único que Raven hizo fue enarcar ambas cejas.

Aunque extrañado, pero muy satisfecho consigo mismo por lo autoritario que había sonado, Rain giró sobre sus talones y no pudo evitar que la comisura de sus labios se estirasen, creando una pequeña media sonrisa de triunfo por lo sencillo que había sido deshacerse de Raven.

Aunque muy extraño, sí. Y demasiado fácil…

Normalmente, Rain habría tardado un buen rato en quitarle la idea de la cabeza, en una batalla de voluntades que, por norma general, duraba más de lo que le gustaría admitir.

Porque era Raven, la personificación de la cabezonería y la terquedad.

Y ni Rain, con lo autoritario y serio que podía llegar a ser, solía conseguir que Raven hiciera algo que no quería hacer, y menos aún que dejase de hacer algo que tenía en mente. Así que, para él, este pequeño triunfo, este juego de poder ganado tenía un sabor especialmente dulce.

La sonrisa de Rain duró poco, desapareció tan rápido como llegó. Esta se le borró de la cara en una fracción de segundo, cuando estuvo a punto de chocar con Romeo, quien, cual espectro, había entrado silenciosamente en la casa y ahora estaba justo frente a él.

—Buenos días —saludó Romeo con voz cantarina.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Rain, haciéndolo estremecerse al ver la enorme sonrisa dibujada en el rostro de su amigo.

Era una sonrisa que, en cualquier otro rostro, no debería dar mal rollo.

Sin embargo, estampada en el rostro de Romeo, y conociendo las peculiaridades de su amigo, daba a entender que esa manera tan peculiar de sonreír era un presagio, una señal de que algo estaba en marcha.

Definitivamente, algo había hecho el muy sinvergüenza, algo que le provocaba una delicia maliciosa, una travesura que se reflejaba en la curvatura de su sonrisa y que brillaba en sus traviesos ojos.

Los genes malvados de la mafia le tenían que salir por algún lado. Ese instinto por hacer lo que no debía siempre encontraba una manera de manifestarse.

Pero a Rain le importaba poco, la verdad. Sobre todo en ese momento, cuando tenía cosas más importantes que hacer que prestar atención a las trastadas del italiano.

Rain negó con la cabeza, los oscuros mechones de su cabello agitándose con el movimiento. Rain se decía a sí mismo que era mejor ignorar a Romeo y a lo que fuera que hubiera hecho. Era mejor no saber nada porque si bien el saber era poder, también podía ser un grano en el culo.

Y, a veces, vivir en la ignorancia resultaba ser la mejor opción.

Rain sabía muy bien de lo que hablaba. Era un hombre que había aprendido que, a veces, el silencio y el desconocimiento podían ser refugios tranquilos en un mundo lleno de ruido e incertidumbre.

Pero tal conclusión, como la mayoría de las verdades universales, venía con sus condiciones y cláusulas. No se trataba de una ley que se pudiera aplicar a todas las situaciones.

Uno podía darse el lujo de taparse los ojos y las orejas siempre y cuando las cosas a ignorar fueran nimiedades, cosas sin importancia. Pero jamás se podía ignorar la injusticia o la maldad.

Rain era el sheriff del condado, y en su papel como guardián de la ley, su deber era enfrentar los problemas de frente, sin titubeos, sin importar lo complicados o desagradables que estos pudieran ser. Y esa era una verdad que Rain no podía ni se permitía ignorar.

Y como sheriff que era, su curiosidad ganó la batalla.

Rain seguía negando con la cabeza. Murmuró un auto reproche para sí mismo, recordándose que era mejor no hacer la pregunta que le quemaba en la lengua. Pero su boca parecía ir por su cuenta.

—¿De dónde vienes? —las palabras salieron de sus labios antes de que tuviera tiempo de pensar reprimirlas. Ni tiempo le había dado a terminar de pronunciarlas cuando ya estaba maldiciéndose a sí mismo mentalmente— No —dijo entonces, levantando una mano entre su amigo y él, una señal clara y firme para que el alto moreno que estaba frente a él guardase silencio—. No me lo digas, no quiero saberlo.

La sonrisa de Romeo, ya de por sí amplia, se ensanchó todavía más. Sus ojos mostrando la diversión que sentía.

—De todas formas te vas a enterar —declaró con un tono burlón en su voz.

Las palabras de Romeo sonaban, en parte, a advertencia. No presagiaban nada bueno. Rain gimió de frustración y negó con la cabeza otra vez.

Con una sensación de calamidad en el aire, salió de la casa a toda prisa, ignorando la risa del italiano.

Ignorando a toda La Mansión.

—¿A qué se debe tanta felicidad? —preguntó Carmichael mientras llegaba hasta Raven y Romeo con una mirada interrogante en su rostro, aunque los había escuchado hablar.

Romeo giró su mirada hacia el anciano. A pesar de estar sentado en una silla de ruedas, Carmichael podía llegar a intimidar. Y mucho. Pero Romeo simplemente sonrió todavía más, levantó una de sus manos y la agitó, mostrando el objeto que tenía en ella.

Carmichael, que era perro viejo y había visto y vivido bastante, no necesitaba mucho para deducir las cosas. Sobre todo cuando de ese peculiar trío se trataba. Los conocía bien, demasiado bien.

El anciano sacudió su canosa cabeza, resignado, dándolos a todos por perdidos.

—Me resultaba extraño que Raven hubiera aceptado un no tan fácilmente —el hombre quería parecer imparcial, pero no pudo contener el tono de diversión en sus palabras.

Y es que ese trío le alegraba la vida más de lo que ninguno de ellos se podía imaginar.

Agradecía el día que la vida, Dios, el destino, el universo o lo que fuera que existiera, los puso en el camino, porque habían cambiado todo su mundo. Ellos pensaban lo contrario, que ellos le debían a él todo. No podían estar más equivocados. Era Carmichael quien sentía una deuda inmensa con ellos.

Les debía la vida.

Eran esas ganas de vivir que la vida había logrado quitarle de la manera más despiadada las que ellos le habían devuelto. A pesar de las cicatrices del pasado, ellos le habían dado una razón para sonreír de nuevo.

Y para querer seguir viviendo.

Observando a ese par, Carmichael no pudo más que sonreír al ver la diversión en ellos. Su sonrisa se ensanchó todavía más cuando Rain apareció por la puerta y miró a Raven y a Romeo con una expresión tan feroz que habría hecho huir a cualquier otro.

Pero ninguno de ellos era cualquiera.

—Dame eso —gruñó Rain al ver las llaves que Romeo sostenía, con aire triunfante, en la mano, maldiciéndose a sí mismo por tener la maldita costumbre de dejar la llave puesta.

Era su forma de estar siempre preparado para una emergencia.

Además, hacía poco que había vuelto después de una intensa noche de servicio y solo había

parado en La Mansión para darse una rápida ducha y vestirse algo más presentable que con el uniforme del sheriff.

Porque la ocasión merecía su mejor versión.

Solo iban a ser unos minutos, si normalmente dejaba horas y horas la llave puesta, ¿cómo no hacerlo por unos minutos que era lo que iba a tardar en adecentarse un poco?

Claro que no se imaginó que ese par de capullos lo usarían en su contra...

Rain extendió su mano, decidido a recuperarla, pero el italiano fue más rápido y le lanzó la llave a Raven.

—No es día para tocarme las narices —advirtió Rain, clavando primero su penetrante mirada en Romeo y después en Raven.

Generalmente, tenía una paciencia casi inagotable. Pero, al fin y al cabo, también era humano, y también podía llegar a su límite.

Ese día estaba particularmente tenso, sabiendo que su vida estaba a punto de cambiar radicalmente, y lo que menos necesitaba era a ese par de subnormales tocándole las pelotas.

Si es que ya sabía él que ni la sumisión fingida de uno ni la sonrisa irónica del otro presagiaban nada bueno. Pero, como tonto que era, no se había dado cuenta de sus verdaderas intenciones.

—Pues no hagas que te la toquemos —dijo Raven en tono condescendiente.

Rain entrecerró los ojos, su boca con una mueca de desagrado mientras miraba de mala manera al médico.

—Voy a llegar tarde —bufó Rain, sintiendo cómo el tic tac del reloj en su mente se hacía, cada vez, más fuerte.

Raven simplemente se encogió de hombros, un gesto casual que parecía decir “no es mi problema”.

—Pues deja de negarte a que te acompañe y listo —ofreció Raven, la solución era tan simple como eso.

Rain bufó de nuevo, la frustración creciendo en él. Mantuvo la mirada fija en Raven, quien le devolvía la mirada con las cejas enarcadas en un claro desafío mudo.

—No hace falta que lo hagas. Puedo hacerlo solo —afirmó Rain.

Raven asintió con la cabeza en un gesto de entendimiento.

—Lo sabemos —confirmó el médico.

—Y que estás acojonado también —confirmó Romeo, picando al sheriff.

Rain giró la cabeza y miró al italiano de mala manera.

—Cállate —le advirtió, gruñendo—. No estoy acojonado. Solo… —la palabra quedó suspendida en el aire.

—Estás nervioso y es normal —dijo Carmichael con voz sosegada y comprensiva, ofreciendo una sonrisa amigable mientras sus ojos se encontraban con los de Rain—. No hay nada malo en ello. Todos hemos sentido, en algún momento de nuestras vidas, esa mezcla de gozo y temor ante lo desconocido. Tu vida está a punto de cambiar por completo, es lógico que te sientas así.

Ni Rain podría haberlo expresado tan bien…

—No quiero que él lo pase mal. No quiero que sea un momento traumático para él —reconoció Rain, refiriéndose al pequeño Zev. Sus palabras llenas de una ansiedad apenas disimulada.

—No lo será —le aseguró Carmichael, su tono era suave, calmado, pero sonaba seguro, transmitiendo una tranquilidad que a Rain le parecía inalcanzable en ese instante—. Entre todos haremos que se sienta bien —prometió.

—Después de todo lo que vivió, ¿te preocupa que lo que pueda marcarlo sea el día de hoy? —la incredulidad tiñendo la voz de Romeo, no se podía creer lo que estaba escuchando— Vamos, no me jodas —rio, soltando una carcajada.

—Me consta que está nervioso, sé que apenas ha pegado ojo en toda la noche —explicó Rain, frotándose la frente con una mano en señal de preocupación.

—Claro que tiene que estar nervioso, su vida va a cambiar por completo. Su mundo ya no será todo lo que conocía. Pero joder, Rain, si este día lo marca, créeme, no será para mal —dijo Romeo con seriedad y con una mirada de entendimiento.

—No sabemos ni la mitad de lo que ese niño ha pasado ni estando con su madre, ni con su hermana, ni con los tipos varios con los que habrá vivido —Rain apretó el puño, sentía cómo le hervía la sangre—. Por mucho que haya pasado tiempo conmigo, en el fondo de su mente se estará preguntando qué mierda va a ser de su vida a partir de ahora.

—Y tendrá tiempo para descubrir que lo malo ya quedó atrás —aseguró Carmichael, la certeza en su voz.

Rain soltó un sonoro suspiro.

—Por ahora —respondió Rain, dejando que esas dos palabras resumieran todo.

Porque todo aquello era temporal, una solución momentánea, por así decirlo. Y todos los allí presentes lo sabían. Rain no tenía asegurada la custodia de Zev.

La hermana de este no iba a salir de prisión en mucho tiempo, y lo mismo ocurriría con su madre. Y, por ahora, parecía que no había otro familiar cercano dispuesto a emerger de las sombras solicitando la custodia del niño. Pero incluso así, Rain no las tenía todas consigo, porque, al fin y al cabo, la tutela temporal otorgada no equivalía a la custodia definitiva del menor.

Esto solo era una batalla ganada, después tendría que pelear la guerra. Pero aunque solo fuera

una batalla, sabía muy bien…

—Las cosas se batallan cuando ocurren —dijo Carmichael, su voz cargada de sabiduría y paciencia.

—Pero eso lo hace sentir inseguro, su vida sigue siendo una incertidumbre —dijo Rain, preocupado.

—Y la tuya… —suspiró Romeo.

—Y la mía —confirmó el sheriff—. Me gustaría poder proporcionarle la seguridad que necesita, pero no puedo.

—Lo que estás haciendo ahora mismo es proporcionarle la familia que necesita. Zev te necesita a ti, Rain, no una versión preocupada por el mañana. No sabemos qué nos deparará el futuro, pero sea lo que sea, ese niño te merece en su totalidad —las palabras sabias del anciano resonaron en el lugar.

—No me gusta que se sienta así —suspiró Rain, su rostro reflejaba la preocupación que sentía —. No quiero verlo angustiado, nervioso o atrapado en una maraña de emociones que no sepa controlar —confesó.

—Ya estás tú lo suficientemente preocupado por los dos —dijo Romeo con una risa ligera.

Romeo parecía estar bromeando, pero todos los presentes sabían que estaba en lo cierto. Rain estaba al borde de un ataque de nervios, demasiado preocupado por el bienestar del pequeño Zev.

Rain suspiró de nuevo, una exhalación larga y pesada que parecía llevar consigo todo el peso del mundo.

—Estoy preocupado por él —reconoció el sheriff con la voz ronca y su mirada llena de angustia.

—Lógico… —dijo el anciano, su voz tranquilizadora—. Ese niño ha sufrido mucho. Y aunque estuvo de acuerdo con que solicitases la tutela —Rain había hablado de ello con el pequeño antes de iniciar, formalmente, cualquier trámite—, no debe de ser fácil para él. Pero si ha decidido quedarse contigo es porque confía en ti.

Rain asintió, Carmichael tenía razón en eso y él no lo había mirado desde esa perspectiva. Estaba agobiado, profundamente agobiado, porque no sabía qué decir cuando viese al pequeño Zev, ni cómo actúa de manera adecuada en una situación como aquella.

Aunque hubo momentos en que a Rain la espera le parecía interminable, la realidad era que todo había avanzado a un ritmo sorprendentemente rápido, especialmente si se considera la habitual lentitud de los procesos legales.

Casi sin darse cuenta, la vida tanto de él como de Zev cambiaría para siempre.

—¿Te arrepientes de haber tomado esa decisión? —preguntó Raven con calma, aunque conocía la respuesta a esa pregunta.

—No —respondió Rain con una rapidez y seriedad que no dejaban lugar a dudas. No había

vacilación en su palabra ni sombra de incertidumbre en su mirada.

En ningún momento se había arrepentido de eso, ni lo haría jamás, de eso estaba seguro. Si había algo de lo que se arrepentía, era de no poder hacer más.

Pero no era el arrepentimiento lo que lo agobiaba, sino la incertidumbre.

—No sé qué decirle cuando lo vea —confesó Rain, compartiendo uno de sus muchos temores.

—No te preocupes, lo veremos en su momento —ofreció Raven, intentando ayudar a su amigo a aplacar sus nervios.

Rain enarcó las cejas.

—Tú no vas a ver nada —aseguró Rain con firmeza.

Raven resopló. Para cabezota, Rain.

Romeo soltó una risa al escuchar el tono contundente del sheriff.

—Porque no vas a venir —terminó Rain.

—Pues si no voy, no le firmo el alta, tú verás —declaró Raven, elevando una ceja, desafiante. Al fin y al cabo, era el médico a cargo de Zev.

Rain bufó al escuchar el tono típicamente triunfante en la voz de su amigo, tono que usaría alguien que sabía que tenía las de ganar, el tono de alguien que tenía en sus manos el control de la situación y que disfrutaba con ello.

Y podría haber funcionado con otra persona, pero con Rain no.

—Ve y haz tu trabajo, pero déjame en paz —resopló Rain con ligera exasperación—. No hacen falta testigos, será un momento privado.

—Privado… —Raven casi suelta una carcajada ante la mención de tal palabra— Va a vivir en La Mansión, más vale que se vaya acostumbrando a que en esta casa la privacidad no existe —replicó Raven con la seguridad de quien conoce bien el lugar, sabiendo que la vida en La Mansión era un libro abierto para todos los que vivían allí.

Y no le faltaba razón, ese lugar podía ser cualquier cosa, pero privado, definitivamente, no era una de ellas.

Ahí todos se enteraban de todo. Y cuando digo de todo, me refiero a absolutamente todo.

Los secretos no tenían cabida entre esas cuatro paredes. Al menos, no entre ellos, quienes se conocían los unos a los otros mejor que a sí mismos.

—Zev vivirá aquí, compartiendo el día a día con todos nosotros; la presión la va a sentir de todas formas, sea antes o después —argumentó Raven, usando la lógica para tratar de desmontar el argumento de Rain—. Será bueno para él vernos allí, como una familia que lo apoya. Será bueno que vea que no estáis solos en esto.

Y es que desde el momento en que Rain decidió asumir la responsabilidad de hacerse cargo de

Zev, todos, sin excepción alguna, se habían comprometido a ayudarlo en lo que necesitase.

Hasta el momento, habían podido hacer relativamente poco, porque ni visitar al pequeño podían. Pero Rain se había encargado de relatarle al niño historias sobre todos y cada uno de ellos, mostrándole que estaría rodeado de buenas personas que se preocupaban sinceramente por él.

Rain estaba inmensamente agradecido por ese apoyo constante y por esa ayuda incondicional que le ofrecían. Pero, en una recóndita esquina de su mente, experimentaba un rastro de culpa por involucrarlos de manera tan profunda en sus decisiones personales.

A pesar de que sabía, porque se lo habían repetido hasta la saciedad, que lo hacían con gusto, de la misma manera que él lo hacía cuando ellos necesitaban ayuda, a Rain le costaba sobremanera tener que depender de los demás y no podía evitar sentirse mal por convertirse en una carga adicional para ellos.

Sobre todo para Raven, quien estaba atravesando un terrible momento personal.

—Zev no está solo —dijo Tori mientras bajaba, con una expresión decidida en su pequeño rostro, la escalera de La Mansión.

Todos, al escucharla, dirigieron de inmediato sus miradas hacia ella; la sorpresa dibujadas en sus rostros. Una incontrolable carcajada emergió de cada una de sus gargantas al ver el insólito atuendo que la niña llevaba puesto.

—Cariño… —Raven, luchando por contener su risa, cogió a Tori en brazos cuando ella llegó hasta él y la miró con el ceño fruncido, lleno de cariño y diversión— ¿Qué haces despierta tan temprano?

—Buenos días, papi —respondió ella con una sonrisa luminosa, mirando a su padre con una mirada tan dulce y tierna que hizo que el corazón del hombre se derritiera allí mismo.

—Buenos días, cariño —dijo Raven, sonriendo tontamente.

—Buenos días, abuelo. Buenos días, tito Rain. Buenos días, tito Romeo —la pequeña Tori saludó a cada uno de ellos con su característica voz cantarina, llena de alegría y entusiasmo.

—Buenos días —respondieron todos a coro, sonriendo.

—¿Qué haces despierta? —Raven repitió la pregunta, mirando a su hija a los ojos.

Muchas veces, al hacerlo, Raven tenía la impresión de estar observando su propio reflejo en esos distintivos ojos color miel que ambos poseían.

—Estaba nerviosa. No he dormido en toda la noche —dijo Tori resoplando, haciendo un ademán teatral y sonando dramáticamente exagerada.

Raven soltó una carcajada.

—¡Oh, vamos! Pero si he ido a verte varias veces durante la noche y estabas roncando como un osito en hibernación.

La niña dirigió una mirada fulminante hacia su padre. Si las miradas matasen, Raven habría caído fulminado en ese preciso instante.

—Yo no ronco. La tita Chloe ronca —dijo Tori con un tono algo ofendido y muy repipi.

A Raven se le borró la sonrisa de la cara al escuchar el nombre de Chloe, sus ojos se empañaron levemente.

—Tu padre también tiene su propio concierto nocturno —dijo rápidamente Romeo, saliendo en ayuda de su amigo, cambiando el tema para desviar la atención de la niña.

Tori arrugó la frente, tratando de descifrar las palabras de Romeo. A pesar de su confusión, negó con la cabeza y continuó hablando.

—Tú también roncas—dijo la niña, señalando al italiano con un dedo acusador.

La expresión de Romeo era una mezcla de horror y sorpresa.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Tori soltó una risa, una mezcla de vergüenza y diversión.

—Porque te veo cuando duermes en el sofá —dijo la pequeña, echando la cabeza un poco para atrás, abriendo la boca un poco, imitando a la perfección la posición de alguien dormido en esa postura.

Todos estallaron en carcajadas.

—Dejando los ronquidos a un lado —dijo Raven, todavía riendo. Su hija era un caso…—. ¿Adónde vas en pijama, con las deportivas puestas y el bolso colgado?

La niña levantó una mano y con un gesto graciosamente coqueto, apartó un mechón de cabello que le caía sobre la cara.

—A buscar a Zev —respondió Tori con esa calma que solo los niños pueden mostrar en momentos inesperados.

Raven enarcó las cejas en un gesto de sorpresa. Lentamente, desvió la mirada, buscando la complicidad de Rain. Este sonreía con dulzura mientras miraba a la pequeña.

—¿Y no es mejor que lo esperes aquí? —preguntó Raven volviendo a centrarse en su hija.

La niña frunció el ceño. No parecía estar muy de acuerdo con eso.

—No —contestó con determinación, imitando a la perfección el tono que Romeo usaría para pronunciar esa simple palabra.

Raven no pudo evitar lanzar una mirada acusadora hacia Romeo, quien sonreía con suficiencia, claramente satisfecho porque la niña aprendiese de él. Tenía el pecho hinchado, inflado cual pavo real de tanto orgullo.

Exasperado, Raven gimió. No fue el único, Rain también soltó un suspiro, imaginando a Zev adoptando los modales de Romeo.

—Pero cariño, al hospital no puedes ir —dijo Raven, retomando el tema original.

—¿Por qué no? —inquirió la pequeña, la curiosidad en su voz.

—Porque hay cosas, como recoger a Zev, que solo pueden hacer los adultos —dijo Raven, intentando sonar claro y comprensivo.

Una mueca de disgusto se dibujó en los labios de Tori.

—Odio ser una niña —expresó con frustración. Se revolvió en los brazos de su padre, pidiéndole que la soltara. Cuando finalmente sus pies tocaron el suelo, resopló con dramatismo — ¡Qué ganas tengo de ser adulta!

Y con toda la indignación que podía demostrar una niña de su edad, comenzó a subir los escalones de la escalera con pasos fuertes, haciendo resonar cada zapato en una clara señal de disgusto.

Raven se volvió hacia los demás, sacudiendo la cabeza con resignación.

—La que nos queda… —musitó el médico.

—Te queda —lo corrigió Romeo con una sonrisa traviesa—. ¿Por qué siempre nos metes a todos?

—Lo dice el que más la consiente —dijo Raven tras soltar una risa irónica.

—Exacto. Mi trabajo es ese, mimarla. Los problemas son tuyos —le recordó Romeo y señaló a Rain con el dedo—, como suyos serán los de Zev. Yo seré el tito molón de los dos.

—Veremos el día que te toque ser el padre —replicó Raven con una mueca sarcástica en sus labios.

Romeo soltó una carcajada.

—Oh, créeme. No vivirás para ver ese día —afirmó el italiano con confianza.

—Lo mismo decía este —Raven señaló a Rain, quien aprovechando la distracción de los otros dos, caminaba hacia la puerta—. Ey, tú, ¡que te estoy hablando! —exclamó Raven, echando a andar para seguir al sheriff.

Rain soltó un suspiro exagerado, pero decidió ignorarlo.

—Si no nos quieres allí, solo tienes que decirlo. Pero no inventes excusas tontas —dijo Raven, sonando dolido y triste, casi como si estuviera herido.

Rain puso los ojos en blanco al escuchar el tono lastimero de Raven. No estaba para chantajes emocionales ni dramas excesivos, y conociendo al médico como lo conocía, sabía que la cosa iría por ahí.

Mostrando su malestar, Rain se paró en seco, se giró y fijó su mirada en Raven. Su frente se arrugó en una clara señal de desagrado.

—No seas idiota —le advirtió Rain con tono severo.

—Entonces deja de darnos a entender que eso es lo que ocurre —el italiano terminó con su silencio. Su intervención, lejos de ayudar, enfadaba más a Rain.

Rain dirigió una mala mirada a Romeo, sus ojos fulminándolo por ponerse de lado de Raven y su drama particular.

Un gruñido de frustración escapó de sus labios mientras cruzaba sus brazos sobre el pecho en un gesto defensivo.

—Joder — la mirada de Rain se movía de un amigo a otro, un destello de frustración brillando en sus ojos—. ¿Por qué sois tan coñazos? —la pregunta fue más una exclamación llena de exasperación, su voz resonando en la sala con una mezcla de irritación y fastidio.

—¿Por qué te cuesta tanto aceptar la ayuda de los demás? —preguntó entonces Raven, sabiendo que ese era el principal problema.

Y es que Rain era el primero en estar para todos, el primero en ayudar, el primero en tender una mano cuando alguien caía. Pero a la hora de pedir ayuda, era todo un caso.

Quien no lo conociera podría pensar que era porque se sentía superior o porque creía que no necesitaba nada de nadie, pero Raven lo conocía bien y sabía cuánto le costaba recibir cualquier tipo de ayuda debido a la dura vida que había llevado.

Nunca, nadie, le había enseñado que podía recibir algo.

Y que lo merecía.

—¿No puedes, simplemente, aceptarla y ya? —bufó Raven, muy molesto por la negativa de Rain.

Rain, después de poner los ojos en blanco al ver que Raven se iba por las ramas, giró su mirada hacia Carmichael, buscando algo en los ojos del anciano.

Carmichael esbozó una leve sonrisa y le hizo a Rain un gesto con la cabeza, animándolo a abrirse y compartir sus verdaderos sentimientos con el resto del grupo.

Porque Carmichael, al igual que los demás, también conocía muy bien a Rain y podía leer en su mirada todos los miedos y las preocupaciones que Rain intentaba ocultar.

Y si bien era cierto que Raven tenía parte de razón en lo que había dicho anteriormente, había algo más. Algo que Raven no estaba viendo, algo por lo que Rain se mostraba tan reacio a que el médico lo acompañase esa mañana.

—¿Y tú no puedes dejar de preocuparte tanto por los demás y empezar a preocuparte por ti? —bufó Rain, los pliegues de su frente se marcaban por la preocupación.

—¿De qué demonios estás hablando? —preguntó Raven, su rostro reflejando la sorpresa.

—De que estás mal, Raven. Y de que necesitas dejar de empeñarte en llenar cada hora del día con tareas y responsabilidades que están llevándote al límite —Rain negó con la cabeza, ignorando la mirada de asombro que su amigo le dirigía—. ¿Sigues con fiebre? —ante el silencio de Raven, Rain continuó— Ni siquiera te has tomado la temperatura esta mañana, ¿verdad?

—Estoy bien —se defendió Raven.

Después de que Chloe se marchara, la fiebre había vuelto a aparecer. Pero él no se había permitido volver a caer.

—Estás bien hecho una mierda —resopló Rain, su mirada estaba fija en Raven, cargada de preocupación y algo de reproche.

—Tiene razón —suspiró Romeo, observando a su amigo con una expresión de seriedad que no era habitual en él.

Raven lo miró como si le quisiera arrancar la cabeza en aquel mismo instante, pero el italiano era inmune a cualquiera de esas miradas. Estaba más que acostumbrado a ellas.

—Me habéis ayudado bastante, todos —continuó el sheriff, el agradecimiento en su voz—. Y os lo agradezco. Pero no puedo, ni quiero, aceptar vuestra ayuda si eso implica poner en riesgo vuestra salud.

—No digas tonterías —protestó el médico, claramente en desacuerdo.

—No son tonterías. Estás agotado, Raven. Necesitas subir y descansar. Esa será la mejor manera de ayudarme en un día como hoy —le aseguró Rain, su mirada era sincera y directa—. No me hagas sentir que soy una carga para ti —le advirtió con un tono firme—. No quiero verte así, tan agotado y pensar que, en parte, es por mi culpa. Como pasó la noche que te desmayaste después de que discutiéramos.

Y ese era el verdadero motivo por el que Rain se negaba a que Raven lo acompañase. Un sentimiento de culpa que lo corroía por dentro y una preocupación genuina por su amigo.

Romeo, que hasta ese momento había estado observando a Rain hablar, desvió la mirada hasta Raven y asintió repetidamente con la cabeza en un claro gesto de acuerdo.

—En eso tiene razón —concordó el italiano, también preocupado por la salud de Raven.

—Me desmayé después de nuestra conversación, no a causa de nuestra insignificante discusión —aclaró Raven— Y me desmayé porque estaba enfermo, no por un tonto intercambio de opiniones contigo. No entiendo qué relación hay entre mi estado de salud y tú—resopló Raven, intentando negar la lógica de los argumentos de Rain.

—Pues tiene mucho que ver cuando siento que me estoy aprovechando de ti para mi propio beneficio. Y eso me hace sentir como una mierda —reconoció el sheriff, permitiendo que su frustración y sentimiento de culpa aflorasen.

—¿Aprovechando de mí? —Raven enarcó las cejas, claramente sorprendido por las palabras de Rain.

—Estás siempre pendiente de Zev. Echando horas si es necesario. Incluso si no pegas ojo por la noche, si tienes fiebre o si te sientes mal por lo que estás viviendo, ahí estás. Siempre dispuesto a ayudarlo y a ayudarme —explicó Rain.

—¿Y me estás echando en cara eso? —Raven estaba confundido, no se podía creer lo que

estaba escuchando.

—No, maldita sea. Me lo estoy echando en cara a mí. ¿Crees que me siento bien viendo cómo, en vez de ayudarte con lo que estás pasando, solo estoy poniendo más peso en la mochila que llevas a la espalda?

—Este chico es tonto… —rio Romeo sin poder evitarlo.

Carmichael suspiró, entrelazó los dedos de las manos y observó con atención a ese par que, bajo la discusión, escondían los miedos y la preocupación que sentían por el otro.

—¿Todo esto…? —Raven señaló alrededor con la mano, su brazo dibujando un amplio arco en el aire— ¿Estás montando todo esto y la cantidad de excusas de mierda porque estás preocupado por mí? —rio con ironía. La esquina de su boca se curvó en una sonrisa burlona.

Pero a pesar de su tono, había un deje de satisfacción en su voz, una chispa de felicidad al sentirse tan apreciado y querido por su amigo.

—¡Claro que estoy preocupado por ti! —exclamó Rain, frustrado —¡Todos en esta maldita casa estamos preocupados por ti! —estalló, perdiendo por completo la paciencia— ¿O por qué crees que este cada vez te busca más la lengua? —Rain señaló a Romeo con un gesto acusador, dejando claro que conocía bien sus tácticas— Joder, Raven, ¿pero tú te has visto? ¡Estás hecho un asco!

Fue duro, pero tenía razón. Había dicho lo que todos pensaban, había puesto palabras a las preocupaciones de todos ellos.

—Ahí también tiene razón —admitió entonces el italiano— En todo lo que dijo... En que estás hecho una mierda sobre todo —Romeo movía la cabeza sin parar en un gesto de asentimiento.

Raven gruñó.

—Vaya, gracias —bufó Raven con ironía mirando al italiano. Dirigió, después, su mirada a Rain. — ¿Qué quieres que haga entonces, Rain? ¿Me quedo llorando por las esquinas?

—No, joder. Pero deja de cargarte con los problemas de los demás y preocúpate un poco más por ti —dijo el sheriff.

—En eso también tiene razón —dijo Romeo, asintiendo solemnemente.

—¿Te quieres callar? —gruñó Raven.

—No —dijo tranquilamente Romeo, en el mismo tono que había usado Tori un momento antes.

—Él no es una carga para mí. Ni Zev. ¿Lo es para ti, mafioso de pacotilla? —preguntó Raven de mala manera, enfadado.

Romeo suspiró, ese hombre tenía la paciencia de una ameba.

—No me refiero a eso. Tiene razón en lo que dice de ti y entiendo que esté preocupado. No estás bien, Raven —reconoció Romeo.

Raven enarcó las cejas en un gesto de incredulidad, estas casi le llegaron al nacimiento del pelo. Pelo que estaba hecho un completo desastre.

—¿Y eso quién lo dice? —preguntó Raven, su rostro mostrando su asombro.

—El espejo, ese al que seguro ni te miras —resopló Rain con un deje de sarcasmo en su voz.

—Tu pelo, tus ojeras y la barba de una semana que llevas —aclaró entonces Romeo, detallando las señales evidentes del agotamiento de Raven.

Una sonrisa ladeada, llena de arrogancia, apareció en el rostro de Romeo al ver cómo la mirada asesina de Raven se clavaba en él. Pero a Romeo no le perturbaba en lo más mínimo. Al contrario, incluso parecía disfrutarlo.

—¿Otra noche sin dormir? —preguntó el italiano, dejando entrever una leve preocupación en el tono de su voz.

—Sí, otra interminable noche en la que las ganas que tengo de degollarte no me dejan pegar ojo —respondió Raven con la ironía que lo caracterizaba.

La sonrisa de Romeo se ensanchó todavía más, si es que eso era posible, y sus ojos volvieron a brillar, iluminados por el placer indescriptible que le provocaba este intercambio de palabras con Raven. Sentía una profunda gratitud por poder compartir un momento así con él, sabiendo que su amigo también necesitaba estos momentos de fraternidad.

Romeo conocía muy bien la horrible situación por la que Raven estaba pasando y el desgaste que todo aquello le producía. No solo emocionalmente, también mental y físicamente. Todo aquello estaba siendo agotador para Raven y, pese a todo, ahí estaba, aguantando como el valiente que siempre había sido.

Romeo, dada la horrible situación sentimental que estaba viviendo Raven, no iba a perder la oportunidad de provocarlo, de llevarlo hasta el límite de su paciencia si con ello lograba desviar, aunque fuera por un instante, los pensamientos que él sabía que Raven tenía en todo momento en su mente.

Acechándolo.

Porque Raven no dejaba de pensar en ello ni un momento del día, por muy ocupado que estuviera.

Raven no dejaría de pensar en ello nunca.

Romeo entendía perfectamente lo que decía Rain, que Raven necesitaba tiempo para pensar, para procesar lo sucedido y todo eso. Era innegable que Raven intentaba llenar su día con actividades y responsabilidades para evitar afrontar los pensamientos que le atormentaban. Entre el trabajo, que le exigía un constante compromiso, y su hija, a quien adoraba con todo su ser, se mantenía bastante ocupado.

El cansancio en su rostro y las ojeras eran una clara muestra de ello.

Sin embargo, Romeo no veía mal que se mantuviera ocupado para sobrellevar la situación, de

hecho, le parecía una estrategia totalmente válida. Además, era un aspecto en el que él podía intervenir de manera positiva: ayudándolo a distraerse, a no pensar.

Eso era lo que Romeo buscaba, convertirse en un refugio para Raven. Así que, a su peculiar manera, lo ayudada de la mejor manera que podía y sabía.

Y eso era lo que estaba haciendo en ese momento. Sosteniendo ese ligero duelo verbal, buscando aliviar la carga que su amigo llevaba, aunque solo fuera por un par de minutos.

—Siempre puedes venir a mi habitación e intentarlo —dijo el italiano con audacia—. Quién sabe, lo mismo nos llevamos una sorpresa interesante —le guiñó un ojo, había una insinuación sexual en sus palabras.

—Se extingue antes la especie, te lo aseguro —bufó Raven.

Raven estaba tan inmerso en la riña verbal con Romeo que ni se percató de la presencia del sheriff, quien, a paso lento pero seguro, había logrado llegar hasta donde se encontraba Raven.

—¿Por qué? —preguntó Romeo, una chispa de diversión brillando en sus ojos— Soy el hombre más atractivo y sexy de la casa. Además del más divertido. ¿Por qué no te gustaría?

Raven miró al cielo buscando algún tipo de ayuda divina.

—Por qué no me gustaría, dice… —negó con la cabeza y dirigió su mirada a Carmichael— ¿Por qué lo aguanto? —no era una pregunta que esperase que fuese respondida.

Sin embargo, Carmichael iba a responderle.

El hombre, mientras disfrutaba de la “discusión” del trío, se encogió de hombros.

—Si no lo sabes tú… —suspiró el anciano.

Rain, aprovechando la distracción, puso su mano en el hombro de Raven.

—Eso es exactamente lo que yo me pregunto —dijo Rain, dándole unos suaves toquecitos en el hombro al chico de pelo rubio oscuro que lucía hecho un desastre.

—¿Verdad? —Raven dirigió una rápida mirada al sheriff, pero antes de que se diese cuenta de su cercanía y de sus intenciones, este ya había comenzado a correr en dirección a la puerta, con la llave de la ranchera en la mano—. Maldición —gruñó Raven antes de salir corriendo tras su amigo—. ¡¿Algo de lo que has dicho es verdad?! ¡¿Te preocupas genuinamente por mí o era solo una maniobra para despistarme?! —exclamó, indignado mientras salía de La Mansión

Pero Rain ya no escuchaba, Rain ya estaba lejos de ellos.

—Será capullo —rio Romeo, siguiéndole el paso a ese par.



Capítulo 8

Maldiciendo en arameo, Raven consiguió llegar a la ranchera del sheriff antes de que este se marchara de allí a toda leche, que era lo que tenía planeado hacer.

—¿Se puede saber qué hacéis? —gruñó Rain con un tono de desesperación que no podía ocultar. Y es que ya estaba desquiciado.

—¿Hacemos? —Raven miró para atrás y resopló al ver a Romeo también dentro del coche, sentado en el asiento trasero— ¿Qué haces aquí?

—Lo mismo que tú. ¿Qué haces tú? —preguntó el italiano con una sonrisa maliciosa bailando en su rostro.

Raven posó sus peculiares ojos color miel en Rain, quien, en una arrebato de frustración, estaba golpeando su frente contra el volante del coche. Con un giro rápido de su cabeza, Raven volvió a dirigir su atención a Romeo.

—¿Y este qué hace? —preguntó Raven, señalando a Rain con una mezcla de desconcierto y preocupación en su voz.

Y es que no era propio de Rain comportarse de esa manera.

Rain era el hombre de la eterna paciencia. Claro que eso no significaba que no pudiera perderla, y cuando se trataba de ese par de locos, lo realmente extraño era que no la perdiese con más frecuencia.

—Se le debe de haber pegado de Chloe —respondió Romeo con un tono ligeramente jocoso, intentando aligerar la atmósfera. El rostro de Raven palideció al escuchar el nombre de Chloe—. Ya sabes, ella tiene esa peculiar costumbre de golpear su cabeza por ahí cuando está preocupada o inquieta.

Romeo intentó suavizar la situación, aunque quizás no de la manera más efectiva. Lo único que consiguió fue que el rostro de Raven adquiriera un tono todavía más pálido, como si toda la sangre hubiese desaparecido de su cuerpo en un instante.

Rain, que había dejado de golpear su cabeza contra el volante, lanzó una mirada incómoda y ligeramente enfadada a Romeo.

—Sutileza italiana —respondió Rain, su voz destilando ironía pura.

—¡Oh, vamos! —exclamó Romeo con incredulidad, sorprendido porque todavía no se pudiese hablar de ese tema con naturalidad.

Y Raven necesitaba hacerlo.

—En fin… —suspiró Raven, acomodándose en el asiento del copiloto y abrochándose el cinturón de seguridad— Vamos —ordenó con tono firme.

Rain, sin pensarlo dos veces, puso en marcha la ranchera y emprendieron el viaje hacia el

hospital del pueblo.

—¿Estás bien? —le preguntó el sheriff a Raven un momento después, rompiendo el silencio que había caído entre ellos.

—Sí —respondió Raven con seguridad, aunque la sombra de duda permanecía en su rostro.

—Bien… —Rain miró al médico de hito en hito— Pero sigues sin dormir, por lo que veo.

—Ves bien —dijo Romeo, incapaz de permanecer callado por más tiempo.

—Tú cállate —le advirtió Raven en tono seco y tajante, dejándole claro que no estaba de humor para bromas—. Estoy bien —repitió una vez más, volviéndose hacia Rain—. Y deja ya de pensar en ello. Rain. Deja de creer que eres una carga o las miles de mierdas absurdas que se te pasan por la cabeza. Se supone que estamos para ayudarnos.

—Sí, pero…

—Pero nada —lo interrumpió Raven de forma abrupta, cortando cualquier réplica—. Conté contigo incondicionalmente desde que se leyó ese maldito testamento —le recordó Raven, recordando aquello que marcó un antes y un después en su vida—. Es hora de que aprendas que no solo estás para dar, sino que tú también tienes derecho a recibir. Y que está bien. Puedes aceptarlo sin cuestionarte constantemente, sin preguntarte si te lo mereces o no. Joder, Rain, ¿aprenderás a recibir alguna vez?

La vida no se lo había puesto fácil como para creer que tenía derecho a las cosas buenas que la gente podía darle. Parecía como si estuviera programado para la lucha, para el sacrificio, para la entrega, pero no para recibir.

—¿Y yo qué? —preguntó Romeo.

—¿Tú qué de qué? —preguntó Raven, ligeramente confundido, mirándolo a los ojos.

—Yo también estuve incondicionalmente y no he recibido las gracias, ¿eh? —resopló, fingiendo indignación.

Rain rio, no pudo evitarlo.

—Ni te las daré. Lo único que hace falta es engordar tu ego —respondió Raven con un tono bromista en su voz.

Romeo soltó una carcajada, para nada ofendido con el comentario de su amigo, sabiendo que solo intentaba amenizar el ambiente. Por eso él había empezado con esa tonta pregunta, para aliviar un poco la tensión que se había creado entre ellos.

—Pero gracias —dijo entonces Raven con seriedad, mirándolo al italiano a los ojos.

Romeo sonrió, y la sonrisa que se dibujó en su rostro fue la más sincera que había ofrecido en los últimos tiempos.

—Entre nosotros no son necesarias —le recordó Romeo—. Pero igual que tú tienes razón y Rain necesita aprender a que es tan merecedor de recibir como cualquiera, tú necesitas pasar

página, Raven —dijo Romeo con un tono más serio.

—¿Me estás pidiendo que la olvide? —la voz de Raven se tensó al hacer esa pregunta.

—No —dijo Romeo rápido y serio—. ¿Cómo podría pedirte algo así? Te estoy pidiendo que tomes el control de una vez por todas.

—Hoy os dio por mí, ¿no? —bufó Raven.

—Nos preocupas —admitió Rain.

—Y mucho —reconoció Romeo.

—Estoy bien —suspiró Raven, acomodándose de nuevo en el asiento.

—Estás bien jodido —matizó el italiano tras suspirar.

—Que te den —refunfuñó Raven.

Pero Romeo, fiel a su naturaleza, no iba a quedarse callado. Nunca lo hacía. Estaba dispuesto a decir todo lo que pensaba. Como siempre hacía.

—Soy el primero que está dispuesto a ayudarte a no pensar y lo sabes, Raven —dijo el italiano con seriedad. Raven se tensó, pero no se giró a mirarlo—. Soy el primero que estará dispuesto a ayudarte a silenciar esos pensamientos constantes que acechan tu mente a cada instante del día —continuó Romeo—. Sé que lo necesitas y sé que no es bueno para ti quedar atrapado en tus pensamientos de manera perpetua. Y no solo eso, sino que estaré en primera línea para ayudarte a aliviar la tensión, las veces que haga falta. Pero eso no significa que el problema no exista, Raven, no por ello desaparece. Y no voy a apoyar que lo conviertas en un tema tabú. Habrá momentos en los que tendrás que enfrentarlo y tendrás que hablar con nosotros de ello porque joder, estamos aquí para escucharte, para apoyarte y para ayudarte —dijo con sinceridad—. No puedes guardártelo todo para ti, Raven. Necesitas hablar de ella. Necesitas hablarnos de ella —le instó Romeo. Sus palabras, aunque ligeramente rudas, estaban cargadas de sincera preocupación —. Y lo sabes. En lo más profundo de ti, sabes que es así.

Rain asintió con la cabeza, su gesto fue breve, pero lleno de entendimiento, le dirigió a Raven una mirada tan fugaz como comprensiva.

—Tiene razón, Raven —dijo el sheriff con voz firme y calmada.

Él era de la creencia de que Raven tenía que enfrentar la situación con más frecuencia y ocultar menos sus sentimientos, pero también había comprendido la perspectiva de Romeo y él porqué se comportaba de esa manera con Raven.

Todos eran diferentes, enfrentaban las situaciones de diferentes maneras, y eso no significaba que ninguno de ellos lo hiciese mejor o peor que los otros.

Ninguno tenía la razón ni la verdad absoluta.

Al contrario, todos aportaban una parte de la solución. Lo ideal sería un equilibrio entre todas esas formas de pensar y de actuar.

Porque Raven necesitaba momentos para evadirse y utilizar el trabajo y cualquier otra excusa como discutir con Romeo y necesitaba sus momentos de soledad y reflexión. Pero también necesitaba compartir sus problemas, sus miedos y sus temores con su familia, con aquellos que formaban su pilar emocional.

Y todo eso en equilibrio era lo que le ayudaría, lo que le permitiría superar esa difícil etapa por la que estaba pasando.

Raven lo sabía, sabía que sus amigos tenían razón, pero eso no hacía que fuese más fácil. Porque joder, dolía. Dolía hasta el punto de ser casi insoportable.

—Solo hace unos días que se fue y yo… —Raven suspiró profundamente, la imagen de ella todavía muy viva en su mente, ese último momento que vivieron juntos se aferraba a su memoria, atormentándolo— Tori está continuamente hablando de ella y joder, no es fácil para mí.

Tori era lo mejor que le había pasado a Raven en la vida. Y Raven se había convertido en el mejor padre del mundo. La marcha de Chloe lo había unido mucho más a su hija.

Pero Rain entendía lo que su amigo quería decir y lo difícil que debía estar siendo todo para él.

Romeo, en un intento de consolar a su amigo, se adelantó y le dio un apretón en el hombro, un gesto de apoyo silencioso pero significativo.

—Volverá —dijo el italiano con un tono cargado de seguridad y esperanza.

—Claro que lo hará —corroboró Rain, también con la seguridad resonando en su voz.

Y es que nadie, en esa casa, dudaba de que la historia de Raven y Chloe tendría un final feliz. Porque los habían visto juntos, porque lo que existía entre ellos dos no se podía ignorar.

Al menos, eso era lo que querían creer.

Porque la otra opción era demasiado cruel incluso para ellos, que habían pasado por tantas adversidades. Necesitaban tener fe en que los finales felices también existían, que no todo en la vida se resumía a calamidades, ¿verdad?

—Eso quiero creer —dijo Raven con un hilo de voz—. Pero sigue sin contestarme a los mensajes —confesó con pesar.

—Dale tiempo. Y date tiempo a ti también —dijo Rain.

—Yo no necesito tiempo —se quejó Raven, su voz cargada de frustración—. No lo necesito para saber lo que quiero. No lo necesito para saber que la quiero.

La quería como no había querido a ninguna otra mujer. Ansiaba tenerla a su lado siempre. Siempre junto a él.

—No se trata de eso y lo sabes —suspiró Romeo—. Confía en ella, confía en lo que sentís y verás cómo al final todo se soluciona —trataba de infundir confianza en el dolorido corazón de su amigo.

Raven asintió con la cabeza, y con un suspiro, dejó salir todo el aire de sus pulmones. Como si con cada exhalación pudiera liberar un poco de su angustia.

—¿Y si no? ¿Y si nunca vuelve? —preguntó Raven un momento después, la angustia apoderándose de él mientras ponía voz a sus peores pensamientos.

Rain suspiró profundamente, dejando que el aire saliera lentamente de sus pulmones. Sabía que ese era el mayor miedo de su amigo, y le frustraba no poder ayudarlo. Sentía impotencia y rabia; no soportaba verlo sufrir.

Pero Raven tenía que ser fuerte, debía confiar no solo en Chloe, sino también en los sentimientos que compartían.

Ninguno de los habitantes de La Mansión lograban entender del todo la decisión que había tomado Chloe. Sin embargo, sí podían comprenderla, al menos en parte. Raven había hecho muy bien, mostrando una paciencia y madurez asombrosas al darle a Chloe el tiempo que necesitaba. Y aunque el dolor lo consumía por dentro, aunque su corazón estuviera roto en mil pedazos, y aunque sus noches fueran largas, solitarias y llenas de lágrimas, él había hecho una promesa. Había jurado esperarla, y Rain, conociendo bien a Raven, sabía que, sin lugar a dudas, lo haría.

Raven esperaría a Chloe, sin importar el tiempo que tardara en regresar.

Rain no sabía si él sería capaz de hacer lo mismo. Claro que nunca se había enamorado. ¿Pero hacer tal sacrificio? La respuesta a esa pregunta quedaba en el aire.

Rain admiraba a su amigo, tanto como odiaba verlo sufrir. Y esperaba, y deseaba, que esa inusual y compleja historia de amor entre Raven y Chloe tuviera un final feliz.

—Y si no… Tú síguete bañando, ¿sí? —Romeo le dio varias palmaditas en el hombro a Raven antes de dejarse caer en su asiento después de que su amigo se girase y lo fulminase con la mirada— Al menos eso, lo de la barba te lo dejaré pasar. Por ahora —añadió, una nota de diversión impregnaba su voz.

—¿Lo mato? —preguntó Raven, dirigiendo su mirada a Rain, como si buscara su aprobación.

—¿Y después te suicidas tú? —preguntó el sheriff, su tono serio y su mirada fija en la carretera.

Raven entrecerró los ojos, entendiendo el trasfondo de esa pregunta.

—¿Me delatarías? —indagó Raven, mirando al sheriff.

Rain se limitó a encogerse de hombros, un gesto tan despreocupado como ambiguo.

—Mejor no me pongas a prueba, hay cosas en esta vida que es mejor no saber… —dijo Rain.

Pero había cosas en la vida que, sin lugar a dudas, sí necesitaban respuestas. Entre ellas, ¿en qué maldito momento había perdido la batalla contra ese par que lo custodiaba, cual famoso, por los pasillos del hospital como si fueran sus guardaespaldas?

Que el que portaba el arma era él, por el amor de Dios.

—Tranquilo —dijo Romeo, poniendo una mano alrededor de los hombros de su amigo en señal de apoyo—. No estás solo.

Rain estuvo a punto de llorar y de gritar que por qué.

¡¿Por qué no?!

Rain suspiró. O quizás gimió. O incluso sollozó. En realidad, ni él sabía qué era el sonido que había salido de sus labios. Lo que sí sabía era que esos dos eran más listos que el hambre y que, una vez más, lo habían vuelto a liar. Y para colmo, él mismo, como el tonto de remate que era, los había llevado con él por voluntad propia.

Si es que eran demasiado listos, pensó con una mezcla de frustración y asombro. Para lo que querían, claro, porque cuando hacía falta que lo fueran, bien tontos que eran.

O se lo hacían…

Lo que sí eran dos granos en el culo. Pero granos de los de verdad, de esos que por más que aprietas te hacen ver las estrellas por el dolor pero no dejan que salga nada fuera. ¿Me entiendes, no? Para no explicarlo más que me está dando hasta fatiguita escribirlo.

—Rain…

El sonido de la voz de Sylvester arrancó a Rain de sus pensamientos. Pestañeó varias veces para centrarse en la realidad, como si hubiera vuelto de algún otro lado, y es que su mente, por un momento, había dejado de estar allí.

Rain enfocó la mirada y se encontró con el abogado de La Mansión, quien lo esperaba delante de la puerta de la habitación del hospital donde Zev permanecía ingresado. El hombre de cabello castaño que con el paso de los días adquiría más tonos plateados, sostenía con ambas manos un sobre, sobre que contenía el futuro de Rain y de Zev.

Al menos el futuro cercano…

Los labios de Sylvester se curvaban en una sonrisa dirigida hacia Rain, y en sus ojos marrones chispeaba un brillo de comprensión.

—Él también está nervioso —observó Sylvester, esbozando una sonrisa llena de empatía.

El abogado había llegado hacía un rato y había aprovechado ese tiempo para charlar un rato con Zev antes de que Rain llegase. No había sido una visita formal, sino la de alguien que formaría parte de su nuevo mundo.

Había sido la visita de un amigo.

Junto a Sylvester estaban Romeo y Raven. Y al lado de estos…

—¿Qué demonios haces aquí? —preguntó Rain, sus ojos abiertos de par en par por la incredulidad.

—No creerías que me perdería este momento, jefe —respondió el chico rubio con una sonrisa sinvergüenza—. Estoy aquí para ver si sueltas alguna lágrima —añadió, soltando una carcajada.

—La madre que te parió —murmuró Rain, negando con la cabeza y esbozando una media sonrisa.

¡Lo que tenía que aguantar!

—¿Estás listo? —preguntó entonces Raven, centrando la atención de Rain en el asunto.

Por su tono de voz era evidente que conocía muy bien los miedos y los temores de Rain. A pesar de que lo que él había vivido no se comparaba a lo que Rain estaba a punto de afrontar, ambos comprarían el miedo de tener a su cargo a un pequeño y vulnerable ser. Pero Raven también sabía que el mayor temor de Rain, en ese momento, era la felicidad que lo embargaba.

Porque eso sí era algo verdaderamente terrorífico.

Todos sabían lo que le había costado al sheriff conseguir la tutela temporal del pequeño Zev, todos habían sido testigos de su lucha. Y, al fin, el trabajo duro estaba a punto de tener su recompensa.

El sueño estaba a punto de cumplirse.

Una vez que cruzara esa puerta, una vez que pusiera un pie en esa habitación, la vida de Rain no volvería a ser la misma. En realidad, su vida había cambiado antes, cuando firmó los papeles de la tutela temporal.

No, fue mucho antes, desde que sus ojos se posaron en Zev por primera vez. Desde ese preciso momento, todo su mundo cambió.

Rain afirmó con la cabeza. Tras guiñarle un ojo, Romeo hizo los honores y tras dar un par de golpecitos a la puerta y escuchar el “adelante”, la abrió y le hizo una reverencia a Rain.

—Tu nueva vida te espera dentro —dijo el italiano con emoción en la voz y con una sincera sonrisa en sus labios.

El cuerpo de Rain temblaba. Miró a sus amigos y asintió con la cabeza a la vez que ellos les hacían un gesto para que entrase en la habitación. En ese preciso momento, Rain se dio cuenta de cuánto necesitaba a sus amigos allí, junto a él.

—Gracias —murmuró con un leve temblor en la voz, inmensamente agradecido con ellos por haber permanecido a su lado, por no haberlo dejado solo por mucho que él hubiese insistido.

Y así, Rain tomó un profundo aliento y cruzó el umbral, listo para enfrentarse a la nueva vida que le esperaba dentro de esas cuatro paredes.

De pie, al lado de la ventana que daba a la calle, había una mujer de mediana edad que se giró en el momento exacto en el que Rain entraba en la habitación.

Rain la miró fugazmente, reconociéndola. Era una de las asistentes sociales que se había encargado del caso de Zev. Tras un saludo con la cabeza, Rain posó su mirada sobre Zev. Estaba sentado en una silla de ruedas, con sus ojos azules fijos en el sheriff.

—Zev… ¿Nos vamos a casa?



Capítulo 9

Y en ese preciso instante…

—Tori. Raider. ¡A este paso os vais a quedar sin dientes! —exclamó Chloe con una mezcla de preocupación y exasperación, mirando desde una de las grandes ventanas del salón.

Rain, que se había acercado silenciosamente a ella, miró por encima del hombro de la mujer que, por más que gritara, nunca se quedaba afónica.

Rain solo necesitó un instante para entender la situación.

—Siempre se los podrán poner postizos —dijo entonces, con un tono de voz tan casual como si no tuviera la más mínima importancia que una niña de cinco años y un niño de diez años se quedasen mellados por jugar de una forma tan brusca.

—¡Joder! —exclamó Chloe con sorpresa, girándose abruptamente.

Rain ya estaba acostumbrado a que a esa mujer la asustase todo. Todo lo que él hacía, porque era con el único que terminaba así, con los ojos a puntos de salírsele de las órbitas y la mano en el pecho.

—¿Me quieres matar de un infarto ¡o qué!? —exclamó ella, sonando enfadada, todavía con el susto en el cuerpo.

Rain la miró a los ojos y se encogió de hombros.

—No es esa mi intención —dijo con tranquilidad. Y serio.

Aunque su rostro mostraba seriedad, por dentro Rain reía a carcajadas. Siempre era un desafío asustarla y lo lograba con una facilidad asombrosa. Para él era demasiado divertido y tentador como para resistirse a ello.

Chloe lo miró con desconfianza, sus ojos color avellana estudiando detenidamente la excesiva tranquilidad de Rain. Él simplemente se dejó mirar hasta que ella resopló, derrotada. Y él reprimió una sonrisa.

Romeo era otra historia, él estaba descojonándose desde que vio a Chloe saltar casi al otro lado del salón.

Entonces Chloe, cuando fue a mirar al italiano para lanzarle una de sus miradas asesinas, se quedó congelada y señaló a Rain con la mano.

—¡Pero dile algo! —exclamó.

Raven, que acababa de entrar en el salón, miró primero a su mujer, luego a su amigo y finalmente otra vez a su mujer.

—¿Que le diga qué a quién? —pestañeó Raven, completamente perdido.

—A Rain con su complejo de fantasma —dijo Romeo, que estaba repantigado en el sofá, disfrutando de la situación.

Romeo siempre encontraba la diversión en todo, a él todo le parecía gracioso. Siempre conseguía disfrutar, fuese cual fuese la situación.

—Que casi me mata de un susto. ¡Otra vez! —gimió Chloe.

—Eso es porque tienes el corazón muy débil —dijo Romeo, como si estuviera dando una lección.

—Ya estamos con el corazón débil… —refunfuñó Chloe, harta de escuchar siempre lo mismo.

—Pero es verdad —insistió Romeo—. Lo dicen todas las abuelas italianas. Si te asustas con tanta facilidad…

—Es porque tienes el corazón débil —repitieron a coro todos los allí presentes, incluido Carmichael, que acababa de entrar en el salón comedor.

Romeo, lejos de sentirse avergonzado, sonrió con una sinvergonzonería llena de descaro. Sus ojos brillaban de pura diversión.

—Os tengo bien enseñados —dijo con orgullo, pero sonando, a la vez, divertido.

—Más bien nos tienes aburridos —replicó Raven, su voz teñida con un toque de sarcasmo—. ¿Por qué no te vuelves a tu país y te quedas allí un tiempo? Ya sabes, así puedes aprender cositas nuevas. Lo mismo así haces que te encuentre antes tu padre y nos deshacemos de ti rápido.

Lejos de ofenderse, Romeo estalló en risas.

—¿Y castigarte sin mi presencia? Jamás. Sería un castigo demasiado cruel. ¿Qué harías tú sin mí?

Raven, que había llegado hasta Chloe, cogió delicadamente el rostro de su mujer entre sus manos y le plantó un buen beso en los labios, un beso lleno de amor y de ternura. Y de mucho más…

—Créeme, se me ocurren muchas, muchísimas cosas —dijo Raven en un tono seductor, una sonrisa traviesa dibujada en su rostro.

El rostro de Chloe se volvió del color de la grana, como solía pasar siempre que Raven se comportaba de esa manera delante de los demás. Demás que, ya acostumbrados a las muestras de cariño del médico, solo podían apartar la vista o ignorar la situación.

Los demás inteligentes, quiero decir. En lo que Romeo, por supuesto, no entraba. No porque no fuera inteligente, quizás era el más listo de todos, sino porque tocapelotas era un rato y cuando se trataba de Raven, no había quien le ganase en fastidiar. El rostro del italiano se iluminaba con una astuta sonrisa cada vez que lograba molestar al médico, una pequeña victoria en su constante batalla de bromas.

Y Raven… Bueno, él adoraba a Romeo y a sus bromas, aunque la mayoría de las veces lo sacasen de quicio.

—Hola, nena —dijo Raven sobre los labios de Chloe, su voz cargada de ternura—. Te eché de menos.

Rain no pudo evitar reír cuando Romeo, desde su sitio, había movido los labios a la vez que Raven hablaba, repitiendo, exactamente, las mismas palabras.

El saludo de Raven para su mujer era siempre el mismo, de ahí que se lo supieran de memoria.

Raven y su mujer, qué fuerte…

Hacía unos meses nadie se lo habría imaginado. Bueno, en realidad sí, todos se lo imaginaron. Rain no diría que desde el primer día, porque eso sería exagerar, pero que las señales las empezaron a ver muy pronto, desde luego que sí.

Cómo no hacerlo cuando los dos eran lo peor del mundo actuando.

Rain no sabía si existía el premio al peor actor y a la peor actriz, algo así como los Oscar pero en sentido contrario. De existir, esos dos se lo llevaban por goleada. Cada vez que habían intentado ocultar lo que sentían el uno por el otro, sus miradas, sus gestos… Todo los delataba.

Y ni qué decir de cuando ella intentaba entrar o salir a hurtadillas del cuarto de Raven. Así estaba la pobre, cada vez con menos neuronas de los golpes que ella misma se había dado contra las paredes.

Y es que muchas neuronas no debería tener para acabar con Raven, ¿no?

Raven y su mujer…

Aunque no estaban oficialmente casados, todavía. No porque su amigo no quisiera, si fuera por Raven, se habría casado el mismo día que ella volvió a La Mansión, pidiéndole una oportunidad. Se habría arrodillado allí mismo, anillo en mano, y le habría pedido que se convirtiera en su esposa.

Pero había cosas que requerían tiempo y paciencia, y Raven ya había demostrado que estaba dispuesto a esperar todo el tiempo del mundo por Chloe.

Y ella, antes de la boda, quería estudiar. Y a Rain le parecía estupendo que lo hiciera. A Rain y a todos, y la ayudaban en todo lo que podían, como nuevo miembro de la familia que era, como la primera chica de La Mansión.

Rain nunca olvidaría ese momento, cuando Chloe volvió a casa.

Después de ver a Raven sufrir durante meses al estar separado de Chloe, ella por fin decidió darle una oportunidad a lo que existía entre ellos y volver. Cuando Rain vio a Chloe en casa, en los brazos de Raven, se sintió realmente feliz, como hacía mucho tiempo que no se sentía.

Y es que su amigo, su hermano, después de sufrir tanto, había conseguido la felicidad. Y una familia propia. Alguien más allá de los chicos de La Mansión. Había encontrado en Chloe el amor verdadero y en su hija el mayor amor del mundo, de otra manera diferente.

Y Rain no podía estar más contento por él.

Rain sonrió al pensar en Raider, ese niño que había llegado a su vida para que él también creara su propia familia. O la ampliara, mejor dicho, porque no había diferencia entre ninguna de las personas que compartían esa casa con él.

Cada uno de ellos era familia, cada uno de ellos formaba parte de su vida.

¿Qué se sentirá que te amen así?, se preguntó al ver cómo Chloe, abrazada de la cintura de Raven, lo miraba con adoración mientras este discutía con Romeo.

¿Qué se sentirá tener a alguien que te mire como si fueras lo más valioso del mundo?

Rain negó con la cabeza, intentando deshacerse de esos pensamientos que se habían creado en su mente y volvió a centrarse en la realidad. En la risa de Romeo, en el amor de Raven y Chloe, en su propia vida que también había dado un giro radical desde que Raider había entrado en ella, haciéndole sentir otro tipo de amor: el amor de un padre.

Era fuerte, pero era la verdad. Ese niño a quien había visto jugar a través de la ventana, se había convertido en todo su mundo.

No había sido fácil conseguir la tutela del menor, sobre todo para él que no pintaba nada en su vida. Él, quien antes del accidente en el que el niño llegó con un hierro clavado en su cuerpo, ni siquiera sabía de su existencia.

Fue a verlo al hospital varias veces, más al enterarse de que la hermana, la mujer que conducía el coche en aquel trágico accidente, se había marchado, lo había dejado allí abandonado.

Y Rain se sentía tan identificado con ese pequeño…

Que simplemente no pudo permitir que nadie que no fuera él se hiciera cargo de él. Lo cuidó como pudo en el hospital, lo cuidó cuando lo llevó, por primera vez, a La Mansión y lo cuidaría el resto de su vida. Porque haría lo que fuera por ese niño.

—Solo hace… —Romeo cogió su móvil y miró la hora— Una hora que no la ves. No te ha dado tiempo a echarla de menos —resopló el italiano con una sonrisa burlona en su rostro.

—En una hora me da tiempo a matarte, descuartizarte y deshacerme de tu cadáver —dijo Raven en tono de amenaza, pero bromeando a la vez.

—¿Qué es destuartizarte? —pronunció Tori como pudo, entrando repentinamente en la sala.

El grito ahogado de Chloe resonó en la estancia, y una maldición fue pronunciada conjuntamente por todos los demás. Y cuando digo todos los demás, me refiero, literalmente, a todos. Tori, con su mirada inocente incluida.

—Descuartizar —la corrigió Raider con un tono didáctico—. Es cortar…

—¡Le el pelo a alguien! —exclamó Raven con premura, interviniendo antes de que Raider proporcionara un relato que podría traumatizar a Tori de por vida.

—Ay, señor… —gimió Rain, quien ya veía venir que eso solo traería problemas. Se preguntaba, ¿por qué no podían simplemente explicar las cosas sin que sonaran tan traumáticas? Eso o aprender a cambiar de tema, que tampoco se les daba bien hacerlo…

Pero no, Raven y Chloe optaban por hacerlo a su peculiar manera. Y las consecuencias eran cómicas y desastrosas a la vez.

—Ah… —Tori, un poco confundida, miró a Raider y pestañeó varias veces, intentando procesar la información— Raider se destuartizó —pronunció la pequeña lo mejor que pudo, refiriéndose a que el niño se había cortado el pelo.

Raider, con una mezcla de asombro y diversión en sus rostro, enarcó las cejas, giró la cabeza y miró a Rain, buscando…

Raider no sabía ni lo que buscaba, pero estaba seguro de que la respuesta que le dio Rain no era lo que él había esperado.

—Lo peor de todo es que casi lo haces, sí —gimió Rain, asistiendo con la cabeza con un tono serio y una expresión preocupada, recordando nítidamente cómo había quedado el pobre chico después del accidente.

Romeo, quien no perdía la oportunidad de encontrar humor en las situaciones más extrañas, soltó una carcajada al escuchar al sheriff.

Chloe, por otro lado, parecía estar al borde del colapso.

Raven, quien había llegado a toda prisa al lado de su hija, se agachó ágilmente para quedar a su altura. Colocó delicadamente sus manos en los pequeños hombros de Tori y buscó la mirada de la pequeña, asegurándose de que lo escuchaba atentamente.

—Verás, cariño, eso no es precisamente así —comenzó Raven con voz calmada y cariñosa, intentando rectificar su metedura de pata.

—Pero has dicho que era pelarse. Raider se ha cortado el pelo. Entonces, él se ha destuar…

—¡Pelado! —exclamó Raven, interrumpiéndola— Raider se ha pelado —miró a Chloe, pidiéndole ayuda con una expresión suplicante, dándose cuenta de que esa noche podría terminar durmiendo solo en el sofá.

O con Rain. O con Romeo, que no sabía si era peor.

Pero Chloe negó con la cabeza, no iba a ayudarlo. Él había metido la pata y solo él iba a solucionarlo.

—Entonces… —comenzó Tori, pero Raven la interrumpió.

—Cariño… ¿No podemos sencillamente olvidar lo que se dijo, fingir que no escuchaste nada y prometer no repetir esa palabra nunca más? —preguntó el médico con un tono desesperado y una mirada suplicante.

La niña miró a su padre detenidamente. Luego, desvió su mirada y posó sus hermosos ojos color miel en Raider. Se mordió pensativamente el labio inferior. Tras unos segundos que parecieron eternos para Raven, Tori lo miró y dio su respuesta.

—No —dijo entonces, con la misma firmeza que caracterizaba a Romeo.

Raven se levantó y dejó caer las manos a ambos lados de su cuerpo, sus hombros también caídos, mostrando su derrota.

—Hice todo lo que pude —suspiró resignado, buscando en Chloe una pizca de comprensión.

Raider, intentando ayudar, cogió con suavidad la mano de Tori y entrelazó sus dedos con los de ella.

—Tu padre tiene razón. Descuartizar es una palabra muy fea —comenzó a guiar a la niña fuera del salón—. No deberíamos utilizarla nunca.

—¿De verdad? —preguntó Tori, mirando al niño con los ojos abiertos, llenos de curiosidad y asombro.

—De verdad —le aseguró Raider, asintiendo repetidamente con la cabeza. Luego miró hacia atrás, primero a Rain y luego a Raven, negando ligeramente con la cabeza al pensar en esos dos hombres y sus complicaciones—. Mejor no la decimos más, ¿vale? —preguntó, esperando la confirmación de la pequeña.

—¡Vale! —exclamó Tori, con tono decidido y alegre.

Para ella, Raider era alguien en quien confiar ciegamente; lo que decía Raider iba a misa.

Raven enarcó las cejas con cierta sorpresa, y dirigió su mirada al sheriff, quien con una expresión de ternura y orgullo, observaba al pequeño Raider desapareciendo de su campo de visión.

—Alucino con Zev… —comentó Raven en voz baja, todavía con esa expresión de desconcierto en su cara.

—Raider —lo corrigió Rain—. Él quiere que lo llamemos Raider —les recordó, enfatizando la decisión del pequeño.

Hacía unos días, mientras estaban sentados en el jardín, Zev, con sus ojos brillantes de curiosidad, le había preguntó a Rain el porqué de sus peculiares apodos. Rain no pudo más que encogerse de hombros, sin poder darle una respuesta clara porque él tampoco la tenía.

“—Cuando llegué a esta casa, conocí a Raven. Se presentó con ese nombre y yo, como me habían rescatado una noche de tormenta, al saludarlo dije: llámame Rain. Y hasta hoy, ese apodo se ha quedado conmigo.

—¿Y Romeo? ¿Eligió ese apodo por ser italiano? —preguntó Zev.

—En realidad se me ocurrió a mí en el mismo momento en que lo escuché hablar por primera vez. Y se le quedó.

—Entonces… ¿Crees que Raven tiene algo que ver con un cuervo? —Zev y su curiosidad por todo.

—¿Tú qué crees?

—Yo diría que sí —dijo Zev tras meditarlo un poco.

—Yo también creo que sí —sonrió Rain, pensando en su amigo y su peculiar forma de ser.

—Yo… —Zev había desviado la mirada y, en ese momento, aunque parecía estar mirando al frente, su mirada estaba claramente perdida en sus pensamientos— ¿Yo también puedo tener un apodo? —preguntó tímidamente, sin ser capaz de mirar a Rain a los ojos.

Rain, emocionado por lo que aquella pregunta significaba, no pudo más que sonreír, porque entendía que, para Zev, querer un apodo significaba que se sentía parte de la familia, parte de esa casa. Se sentía acogido y querido. Y quería ser un igual.

—El que quieras —dijo Rain, su voz cálida y acogedora.

Zev, con ojos brillantes de emoción, miró rápidamente a Rain. Luego desvió la mirada hacia el suelo, claramente pensando en ello, mordiéndose el labio inferior en señal de concentración.

Rain casi podía ver salir humo de sus orejas.

—¡Ya lo tengo! —exclamó Zev un rato después, con un brillo especial en sus ojos azules al volver a encontrar la mirada de Rain— Raider. Quiero llamarme Raider, ¿qué te parece? —preguntó con una chispa de ilusión en sus palabras.

Con una enorme sonrisa que mostraba todos sus dientes, Rain alargó el brazo, ofreciéndole la mano al pequeño en un gesto ceremonial.

—Encantado, Raider —dijo con una voz profunda—. ¡No podías haber elegido un nombre mejor!

Riendo a carcajadas, Raider estrechó con fuerza la mano del sheriff.

—¡Eh, Tori! —exclamó Raider al divisar a la pequeña, quien se acercaba con una sonrisa enorme en su rostro. Raider levantó la mano y la agitó en el aire para saludarla, entusiasmado. Esperó ansiosamente a que la niña llegase hasta ellos— Tori, quiero contarte algo importante. Desde hoy, tendré otro nombre.

—Ah, ¿sí? —preguntó la niña con curiosidad, inclinando la cabeza ligeramente hacia un lado y mirando a Zev, ahora Raider, con una mezcla de sorpresa y diversión.

—Sí. Desde ahora me llamaré Raider —declaró el niño, decidido.

—Raider… —repitió Tori. Después de un breve momento, su rostro se iluminó con una sonrisa traviesa— ¡Vale, Raider! Yo me llamaré… —se quedó pensativa un instante, jugando con las expectativas de los presentes— Tori, ¿te parece bien? —dijo graciosamente, provocando una carcajada en Raider y Rain.

—¡Me parece fenomenal! —exclamó Raider, haciendo a Tori muy feliz.”

—Alucino con Raider —rectificó Raven, con una mezcla de asombro y admiración en su voz, devolviendo a Rain al presente, sacándolo de sus recuerdos—. Se comporta como un hermano

mayor.

—Es su hermano mayor, al menos en espíritu —matizó Romeo —. Para ellos es así.

Y es que, desde el primer momento, desde ese primer encuentro de miradas, se forjó un vínculo especial entre ellos. Algo mágico e indestructible, una conexión que prometía desafiar cualquier adversidad.

"Después de la sorpresa al ver por primera vez un lugar así y al enterarse de que ese sería su nuevo hogar, Zev, con el corazón latiendo fuertemente en su pecho, bajó la mirada al encontrarse siendo el centro de atención de todos los presentes en La Mansión.

Y es que, colocados en fila, Carmichael, Raven, Romeo y Tori le daban la bienvenida al recién llegado.

Zev se sentía desubicado y un poco temeroso, lo cual era completamente normal. Todo aquello era tan extraño… Tan ajeno a su realidad…

Como extraños eran todos aquellos hombres, aunque hubiese escuchado hablar de ellos.

Pero esa pequeña niña caminó con gracia mientras sus morenos rizos se movían al ritmo de sus pasos. Se detuvo justo frente a Zev, y con una mirada llena de inocencia, sacó la mano que tenía escondida detrás de la espalda y le ofreció una flor, una margarita de pétalos blancos y centro amarillo, para ser más exactos.

—Hola, soy Tori. ¿Quieres ser mi hermano? —preguntó con dulzura, y luego sonrió, mostrando todos sus pequeños dientes. Fue una sonrisa sincera, una sonrisa que irradiaba felicidad y que, al ver cómo se le achinaban los ojos al reír tanto, hizo que Zev también sonriese.

Y desde entonces, se volvieron inseparables."

—Es una suerte que hayan congeniado tan bien. Gracias a esa conexión, Raider —dijo Romeo, usando el apodo del niño con énfasis — se levantó de esa maldita silla de ruedas.

Sí, así fue. Porque Raider salió del hospital y llegó a La Mansión sentado en una silla de ruedas. Y como bien había explicado Raven, lo que lo mantenía allí postrado no era algo físico, sino una barrera mental.

Raider continuaba con sus sesiones de terapia psicológica al igual que las había recibido mientras estaba hospitalizado. Después de todo lo que había vivido, necesitaba ayuda, eso era innegable. Y la terapia lo ayudaba mucho.

Pero Rain, al igual que todos los habitantes de La Mansión, tenía la certeza de que había sido Tori quien lo había ayudado, impulsado y motivado a volver a ponerse de pie y caminar.

¿Cómo lo logró?

¿Haciendo qué?

¿Qué palabras mágicas usó?

Nadie lo sabía, pero esa pequeña morena de vivaces ojos color miel, siempre llenos de esperanza, había sido la mejor medicina para el alma herida de Raider.

—Nunca olvidaré ese momento —dijo Rain, con un brillo especial en sus ojos, refiriéndose al momento en que vio a Raider fuera de esa silla de ruedas que había sido su compañera inseparable durante los últimos meses.

"De repente, mientras miraba por la ventana del salón cómo los niños jugaban en el jardín, Rain vio algo que lo dejó completamente estupefacto: Zev puso las manos firmemente en los manillares de la silla de ruedas y, lentamente, comenzó a levantarse.

Rain, en ese momento, se quedó congelado, su mente tratando de procesar lo que sus ojos estaban viendo, sin poder articular palabra ni reacción alguna.

—Joder —logró pronunciar finalmente, con una voz grave y cargada de emoción que temblaba ligeramente por el asombro.

Sonó tan asustado y lleno de incredulidad que, de inmediato, Raven, Romeo y Carmichael, al escucharlo, se acercaron a él, alarmados. Y, al hacerlo, también fueron testigos de la sorpresa: Zev estaba de pie.

Entonces, la pequeña Tori, después de dar saltos de alegría mientras tocaba las palmas, cogió suavemente a Zev de la mano y comenzó a tirar de él con delicadeza, animándolo a dar un paso tras otro. Y el niño, con cada vez más confianza y determinación, empezó a caminar. Paso a paso. Dejando a todos boquiabiertos.

Desde ese momento, nunca más volvió a necesitar la silla de ruedas."

—Me gustaría haber vivido todo eso —dijo Chloe con un poco de tristeza en la voz, recordando que ella no estaba ahí cuando eso pasó, ni cuando Raider llegó a la casa.

Raven colocó un brazo alrededor de los hombros de su mujer y le dio un beso en la sien.

—Deja de pensar en eso —pidió el médico, queriendo dejar los malos recuerdos atrás y solo vivir el presente. Y mirar al futuro.

Y eso era, precisamente, lo que estaba haciendo Rain en ese momento, a quien le había cambiado la vida desde que tomó la decisión de tener a Raider a su lado.

—¡Tori! ¡Raider! ¡Que os vais a partir los malditos dientes! —gritó a todo pulmón Chloe, de nuevo, mirando por la ventana del salón.

—Y déjalos jugar… —suspiró Raven, negando lentamente con la cabeza. Se dejó caer con un aire de cansancio en el sofá, justo al lado de Romeo, quien parecía estar sumido en sus pensamientos.

—¿Que los deje jugar? —Chloe, con las cejas fruncidas y un tono de incredulidad en su voz, giró su cabeza con rapidez y clavó su mirada en Raven. Sus ojos reflejaban una mezcla de preocupación y molestia— Cuando se caigan del árbol y se partan la cabeza, me lo cuentas —añadió, resoplando y cruzándose de brazos, creando como un escudo defensivo.

Raven suspiró, se levantó lentamente del sofá y, con pasos decididos, se dirigió hasta donde se encontraba Chloe.

—Estás muy tensa, nena —cogió la cara de su mujer entre sus manos con cariño, y la miró fijamente a los ojos—. ¿Estás bien? ¿Es solo por los niños, por el estrés de los exámenes o hay algo más?

—Estará harta la pobre mujer —intervino Romeo, intentando distender el ambiente—. Si es que en esta casa, con tanto alboroto, cualquiera se vuelve loco.

—Mira quién fue a hablar, el loco mayor de todos —bufó Raven, con una sonrisa burlona, mirando directamente al italiano.

—Pero a mí, en mi locura, no se me ocurre tener hijos —dijo Romeo, soltando una carcajada al ver la cara de todos los demás.

—Por fortuna —intervino Rain, quien con paso lento se acercaba a la ventana a mirar a los niños—. Estos no son tuyos y salen como tú. Imagina uno de tu sangre.

—Ya los tendrás —sentenció Carmichael con voz firme y solemne, como si tuviera visiones y pudiera ver el futuro que nadie más podía observar.

—No mentes ruina —bufó Romeo, frunciendo el ceño y con un escalofrío recorriéndole la espalda—. El tema aquí era Chloe y su ansiedad, ¿por qué me metéis a mí?

Chloe suspiró profundamente y se pasó una mano por el pelo.

—Estoy demasiado susceptible últimamente, ¿no? —preguntó, sonando agobiada.

—Sí —respondieron al unísono los tres chicos de La Mansión.

—Ni caso —replicó Carmichael, negando con la cabeza mientras mostraba una sonrisa comprensiva—. Vamos afuera a tomar el aire y a despejar esa mente agitada —ofreció, extendiendo su mano hacia la mujer. Chloe lo miró, agradecida, y caminó hasta él. Puso su mano sobre la rugosa mano que el anciano le ofrecía y ambos se dirigieron hacia la salida de la sala en una silenciosa complicidad.

—Los exámenes la tienen al límite —suspiró Raven, dejándose caer en el sofá, apoyando su cabeza en el respaldo.

—Normal. Pero conozco a Chloe, se ha esforzado mucho. Aprobará —dijo Rain con confianza.

—Lo sé —dijo Raven con una sonrisa, su rostro irradiaba el orgullo de alguien enamorado que confiaba plenamente en la capacidad y el esfuerzo de su pareja.

Romeo, alzando la ceja, bufó ante el comentario.

—Madre mía, ponle un babero —bromeó mirando a Rain, pero señalando a Raven, haciendo clara referencia a la expresión derretida de este último.

—Mafioso de pacotilla —rio Raven, arrancando una carcajada a los otros dos.

—Hablando de mafiosos —Rain, quien había vuelto a posar su mirada en los niños y se quedó más tranquilo al ver que Chloe y Carmichael estaban ya cerca, giró la cabeza y miró seriamente a Romeo—. ¿Sabes algo de la banda que, al parecer, opera por aquí?

Con todo lo que había ocurrido y como, al parecer, la banda desapareció como por arte de magia, de la misma manera en que apareció, Rain no había tenido la oportunidad de comentarle nada a su amigo. Sin embargo, en los últimos días, varias personas sospechosas habían sido vistas en las cercanías y Rain tenía sus sospechas y preocupaciones al respecto.

Romeo frunció el ceño, claramente sorprendido por la pregunta.

—¿La banda? ¿Qué banda?

Rain se encogió de hombros.

—Al parecer, son unos tipos con aspecto de mafiosos que hablan en italiano y que rondan por los alrededores, aunque no están causando problemas. Por lo menos hasta ahora.

—¿Con aspecto de mafiosos? ¿Qué es eso exactamente? —Romeo enarcó las cejas— ¿Llevan una etiqueta o una bandita o algo colgada que diga “Mafia”? —se burló y negó con la cabeza, riendo con ironía— Los americanos estáis mal de la cabeza, veis demasiadas películas.

—¿Entonces no sabes nada? —insistió Rain.

—¿Y por qué habría de saber algo? —Romeo no entendía qué quería decir el sheriff.

—Por qué habría de saber de la mafia pregunta el hijo del mayor mafioso italiano que existe —bromeó Raven, interviniendo en la conversación.

Romeo, con aire exasperado, miró al cielo, como pidiendo ayuda divina.

—A ver si resulta que voy a tener que conocer yo a cada mafioso que existe en el mundo.

—No es eso lo que me preocupa —expresó Rain, intentando ser claro—. Lo que me inquieta es pensar que puedan ser hombres de tu padre y que estén tras tu rastro —explicó Rain.

Romeo negó nuevamente con la cabeza.

—De ser así, ya me habrían encontrado, ¿no crees? Aquí en el pueblo, y sus alrededores, me conoce prácticamente todo el mundo —sonrió mientras miraba a su amigo, entendiendo qué era lo que le preocupaba—. No te preocupes, mi padre no va a mandar a nadie a que me pegue un tiro.

—Siempre puede mandar a descuartizarte —rio Raven, usando la palabra con la que metió la pata con Tori y que ahora provocaba carcajadas entre el grupo.

—Eso espero —suspiró Rain cuando dejó de reír—. No me refiero a que te descuartice, claro. Tampoco a que te pegue un tiro —agregó rápidamente, notando cómo sus palabras se enredaban

—. Vamos, lo que intento decir es que espero que no te suceda nada malo.

—Lo he pillado —dijo Romeo, tratando, en vano, de contener una carcajada. Era gracioso ver a Rain tan desconcertado.

—Bien —Rain exhaló un suspiro, llevándose la mano a la frente mientras sentía cómo el calor tenía sus mejillas de un tono rosado—. En fin, lo que quiero decir es…

—No te preocupes, tendré cuidado —aseguró Romeo, interrumpiendo a Rain con una sonrisa comprensiva, y terminando la frase por él, dándole a entender que entendía la preocupación que se escondía detrás de sus palabras.

—Bien… —suspiró Rain, esperando que Romeo tomase precauciones.

Rain volvió a mirar por la ventana, sus cejas se fruncieron y puso los ojos en blanco al ver a Chloe agitar las manos en el aire, desesperada, a la vez que les pedía a los niños que se bajasen del robusto árbol que dominaba el jardín frontal.

¿Pero qué manía les había dado con el árbol a ese par de cafres?

—Esos dos vuelven loco a cualquiera —refunfuñó Rain en voz baja, caminando decididamente fuera del salón, con la firme intención de salir de la casa y de cantarle las cuarenta a esos pequeños aventureros.

Pero ni tiempo le dio a Rain a bajar los escalones del amplio porche cuando, con horror, vio a Raider caer.

—Joder —gruñó Rain y caminó deprisa, casi corriendo, con el corazón en la garganta, para llegar hasta el pequeño temerario.

El niño había caído de una buena altura y podía haberse hecho daño de verdad. Preocupado y temiendo lo peor, Rain llegó hasta Raider.

—Dios mío, Raider, ¿estás bien? —preguntó Chloe, su voz temblorosa denotaba una profunda preocupación.

—Pequeño… ¿Estás bien? —preguntó también Carmichael.

Raider, para sorpresa y alivio de Rain, soltó una carcajada. El sonido hizo que Rain suspirase de alivio, sintiendo cómo un peso se desvanecía de su pecho.

Rain se colocó delante de Raider, de tal manera que su cuerpo bloqueaba los rayos del sol, proporcionando una sombra fresca para Raider que aún yacía sobre el césped, riendo a carcajadas.

En ese instante, Rain se permitió observar más detenidamente al joven. Notó el constante y rítmico movimiento de su pecho, cómo su risa genuina sacudían todo su cuerpo.

Pequeño diablillo, pensó con cariño, *es capaz de reírse incluso después de darnos un susto de muerte a todos.*

Porque a Rain, después de todo lo que había sucedido, escuchar esa risa del pequeño resultaba

algo celestial.

—Si lo que quieres es recuperar la silla de ruedas, basta con que la pidas y se te dará. No hace falta que te rompas la espalda en el intento —comentó Rain con un tono sarcástico, aunque la preocupación era evidente en su voz cuando se agachó al lado del pequeño.

El pequeño sinvergüenza soltó otra carcajada más fuerte.

—Lo recordaré para la próxima vez —respondió con una sonrisa traviesa, luciendo aquellos ojillos brillantes que parecían esconder un mundo de travesuras.

—¿La próxima vez? —gruñó Rain, frunciendo el ceño y dirigiéndole a Raider una mirada cargada de advertencia, queriendo decirle que no habría una próxima vez.

—Ya os digo yo que no habrá próxima vez —afirmó Raven con tono decidido y firme, llegando hasta ellos. Preocupado, se agachó al lado de Raider.

—¿Estás bien? ¿Sientes dolor en algún lugar? ¿Quizás estás un poco mareado? —preguntó Raven con rapidez. Sin esperar respuesta, colocó tres dedos frente a los ojos del niño— ¿Cuántos dedos ves? ¿Puedes contarlos?

—Estoy bien, de verdad —respondió Raider, mostrando una amplia sonrisa, claramente divertido con la situación.

La pequeña Tori se arrodilló al lado de Raider quien, después de aceptar la mano extendida de Rain, había optado por quedarse sentado en el césped cuando Rain repitió tres veces el “poco a poco”.

—¿Te has hecho daño? —preguntó Tori con genuina preocupación en sus ojos.

Con una ligera risa, Raider negó con la cabeza, sacudiéndola suavemente de un lado a otro y finalmente se levantó, rechazando toda ayuda.

—Estoy perfectamente bien —prometió el niño con un tono seguro, transmitiendo tranquilidad a los presentes.

—Pero déjame… —comenzó a decir Raven, con la clara intención de hacerle pasar por un pequeño examen médico, queriendo asegurarse de que realmente estuviera bien.

Pero antes de que pudiera terminar su frase, Raider ya había echado a correr. Tori lo seguía de cerca, riendo.

—Es evidente que está bien… —comentó Romeo con una sonrisa mientras colocaba una mano reconfortante en el hombro de Rain— ¿Y tú estás bien? ¿Te has recuperado del susto? —preguntó, dándose cuenta de la tensión en el rostro de Rain.

Con un suspiro, Rain asintió la cabeza.

—Con lo feliz que era yo sin tantas responsabilidades y preocupaciones —bufó Rain con un tono irónico, haciendo reír a Raven y Romeo con su broma—. Estoy bien —resopló, respondiendo a la pregunta del italiano.

—Bien jodido, sí… —la voz de Sylvester llamó la atención de Rain, quien se giró a mirarlo. Y solo en ese momento, Rain fue consciente de que, prácticamente, todos los demás habitantes de La Mansión estaban allí afuera, reunidos en un silencio, abrumados, mirando a…

Intrigado, Rain siguió con cautela la dirección de la mirada de todos los presentes y enarcó las cejas cuando se encontró con ella.

Allí, de pie, erguida y con una postura decidida, frente a todos ellos, se encontraba una mujer de mediana estatura, de figura delgada, con su pelo castaño largo recogido en una perfecta y estirada coleta. Lucía unas imponentes gafas de sol que ocultaban la mayor parte de su rostro y sostenía con firmeza un bastón en una de sus manos.

Con una movilidad que denotaba experiencia, colocó el bastón que llevaba cuidadosamente sobre el brazo y abrió su bolso. Sacó de él una libreta y un bolígrafo con el que comenzó a anotar algo, su mano se movía con rapidez y precisión.

Cuando finalmente terminó de anotar, levantó la mirada y Rain, aunque no podía verlo debido a los cristales oscuros y reflectantes de las gafas, pudo sentir que esa mujer lo estaba analizando a través de ellas.

—Supongo que es usted el señor Reed…

—Supone bien —asintió el sheriff.

—Lo imaginaba… —murmuró la mujer.

Rain fue a preguntar quién era ella, pero lo interrumpió antes de que pudiera pronunciar alguna palabra.

—Dígame, señor Reed, si era feliz sin responsabilidades, ¿para qué asumirlas? —dijo con retintín, sonando desagradable y algo condescendiente— Supongo que me llevará poco tiempo redactar mi detallado informe.

Rain, desconcertado y visiblemente irritado, frunció el ceño con fuerza, arrugando su frente en un claro signo de molestia. Sus ojos recorrieron rápidamente el lugar hasta que se posaron en Sylvester, quien con un gesto serio y preocupado, negaba lentamente con la cabeza. Era evidente que le estaba pidiendo, en un silencio tan elocuente como un grito, que, por esta vez, se mantuviera callado.

¿Por qué demonios tenía que hacerlo?

—¿Y exactamente quién es usted? —preguntó, devolviéndole el mismo tono frío y desagradable que había utilizado ella.

Con una calma sorprendente, calma que ella no sentía en absoluto, la mujer se quitó lentamente las gafas de sol y posó unos grandísimos ojos color café en Rain.

—Camila Santos —dijo, deslizando su identificación desde entre las páginas de la libreta y mostrándola brevemente ante Rain antes de volver a guardarla donde estaba—, la asistente social designada a su caso. Soy quien escribirá el informe solicitado por el juez para decidir si es usted, o no —pronunció, haciendo hincapié—, merecedor de proceder con el proceso de adopción del

menor Zev Hughes.

Rain cerró los ojos por un instante y maldijo en silencio. Al abrirlos nuevamente, desvió su mirada hacia Sylvester, quien con un semblante pesaroso, negaba con la cabeza.

—Lo siento —articuló claramente el hombre, sin emitir sonido alguno. Su mirada transmitía un pesar genuino mientras miraba a Rain.

Apenas se había enterado de que la asistente social estaba de camino a La Mansión, Sylvester corrió lo más rápido que pudo para avisar a Rain.

Pero su esfuerzo no había sido suficiente, había llegado tarde.

Una visita sorpresa, inesperada, considerada por muchos como la mejor táctica para conocer de forma cruda y real la relación existente entre los niños y las personas que solicitaban su tutela, acogida o custodia, porque no les daba tiempo a preparar nada, ni a actuar.

Precisamente por ello, este tipo de visitas se convertían en la auténtica pesadilla de los futuros padres y tutores legales.

Rain no podía ni imaginar lo terrorífica que esta pesadilla podía llegar a ser…



Capítulo 10

—¿Se puede saber de qué va esto? —gruñó Rain en voz baja, su expresión mostraba claramente su confusión y frustración. Lo dijo lo suficientemente alto para que solo Sylvester, quien estaba justo a su lado y mirando, también, la escena con preocupación lo escuchara.

Al ver cómo la asistente social, con su mirada penetrante e inquisitiva, giraba su rostro en su dirección, Rain fingió una sonrisa, tratando de mostrar una fachada de tranquilidad. No obstante, la tensión en su rostro era evidente.

—Si sonríes de esa forma tan forzada… No ayuda en absoluto —le advirtió el abogado en un susurro, con tono serio.

A Rain, como si le hubieran echado un balde de agua fría, se le borró la sonrisa de la cara. Era evidente que la situación le preocupaba.

—Maldita sea —bramó con frustración, haciendo una pausa antes de mirar a Sylvester a los ojos, buscando respuestas—. ¿Y bien? —preguntó con una impaciencia palpable en su voz.

—Cuando me enteré de que estaba de camino, vine rápidamente. ¿Qué demonios iba a saber yo que de camino significaba a tres metros de La Mansión? —Sylvester negó con la cabeza, su mirada reflejando su propia consternación— Esta gente siempre disfruta haciendo visitas sorpresas. Si es que lo tenía que haber imaginado…

—Pues a mí no me hace ni puta gracia —gruñó Rain, quien volvió a posar su mirada sobre la pequeña y delgada mujer.

La observó mientras con la ayuda de su bastón caminaba alrededor de la sala de estar. Parecía estar muy entretenida mirando las fotografías que adornaban las paredes y los muebles.

Y es que a Carmichael siempre le había apasionado la fotografía. Amaba retratar cualquier momento, dejando constancia de cada uno de ellos.

Como él mismo decía, era su forma de atesorar recuerdos.

—Tranquilízate —le aconsejó el abogado, intentando ser la voz de la razón mientras se cruzaba de brazos. Respiró hondo y añadió—. Todo está en regla, no habrá mayores problemas —dijo con la firmeza y seguridad en la voz de alguien que sabía que había hecho bien su trabajo.

—Pues no es esa la impresión que me ha dado cuando se ha presentado, eh —resopló Rain, claramente perturbado. Y volvió a encontrarse con la mirada penetrante de la asistente social—. Y por cómo me mira, parece que muy de su agrado no soy.

Y no había que ser un genio para percibirlo; era evidente tanto en el lenguaje no verbal que mostraba hacia él como en el lenguaje verbal que había usado antes.

Esa mujer no solo lo había mirado por encima del hombro con cierta condescendencia y frialdad, sino que, además, cuando le dirigió la palabra, empleó un tono que denotaba una

inconfundible superioridad. Parecía que, aunque no lo conociera en absoluto y sin razón aparente, ya lo había relegado al espacio de los no deseados, alzando una barrera entre ambos.

Tal actitud dejaba claramente en evidencia que su primera impresión hacia él no había sido precisamente favorable.

Vamos, que le había hecho la cruz.

Lo cual no era una buena señal.

—Ha visto al niño darse el golpe de su vida mientras se caía de un árbol y al "solicitante a padre" —Sylvester hizo el gesto de las comillas con las manos, con un gesto burlón— decirle algo sobre ¿volver a sentarse en una silla de ruedas? —preguntó, alzando su tono al final como una exclamación, poniendo los ojos en blanco. Sylvester no pudo evitar soltar una carcajada— Normal que te mire como si quisiera matarte.

—Se llama humor —se defendió Rain, tratando de justificar su actitud.

—Humor negro —puntualizó Sylvester, quien también seguía con la mirada a la asistente social.

—Azabache si quieres, pero humor al fin y al cabo —refutó Rain, mostrando que no había nada de malo en su comentario.

—Ya, bueno… —Sylvester miró de reojo a su amigo y cliente— Pues vas a tener que aprender a blanquear un poco el humor mientras esa mujer esté aquí.

Rain resopló, su irritación creciendo a cada momento.

—¿Solo un poco? —preguntó Rain con ironía al mirar a la mujer que llevaba el pelo extremadamente estirado en una coleta tirante.

—Solo un poco —respondió Sylvester con una sonrisa comprensiva—. Nadie te está pidiendo que cambies, Rain, solo que te adaptes un poco. Tranquilízate.

—¿Cómo demonios me voy a tranquilizar con esa mujer pululando por aquí? —preguntó, elevando su voz más de lo que había planeado.

Rain se dio cuenta de su error al ver que la asistente social lo miró fijamente. Las cejas de la mujer se alzaron, mirándolo con una interrogación en su rostro después de observar cómo la mano de él señalaba directamente hacia ella.

Rain siguió la dirección de su mirada y solo entonces fue consciente de lo que estaba haciendo. La estaba señalando de manera acusatoria.

Mierda.

Y, en un intento de disimular su error, comenzó a mover la mano y el brazo de forma errática, como si estuviera deshaciéndose de una mosca.

—Mosca de los dem… —cerró la boca abruptamente, conteniendo las palabras que estuvo a punto de soltar— Lleva horas rondando por aquí, molestándome, y la verdad es que ya me tiene

un pelín agobiado. Jajaja —rio con una risa nerviosa, que claramente sonaba forzada.

La risa se desvaneció abruptamente cuando Sylvester, con una mirada de advertencia, le dio un codazo en el costado al ver que la asistente social había arqueado las cejas todavía más, casi tocando la línea de su cabello.

—¿Qué parte de "actúa natural" no entendiste? —bufó el abogado en un susurro lleno de incredulidad.

—Je, je… —Rain tragó saliva, notando cómo su garganta se secaba. Su rostro mostraba una combinación de vergüenza y preocupación.

Rain desvió la mirada hacia sus amigos, todos estaban en la sala, sentados de forma rígida, como soldados en posición, y todos tenían los ojos fijos en la mujer que parecía ser la doble de la señorita Rottenmeier.

Camila Santos…

Con las dos manos apoyadas en su bastón y con el cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante, la asistente social observaba una fotografía. Mientras tanto, todos los demás presentes en la sala la observaban a ella, sus rostros mostrando claramente el terror y el nerviosismo.

Y no era para menos, todos sabían por qué esa mujer estaba allí.

No era una visita casual ni mucho menos social. De esa mujer con su postura estirada y su mirada evaluadora, dependía que Rain consiguiera lo que tanto anhelaba: la tutela permanente de Zev, es decir, la autorización para adoptarlo y convertirlo en parte inseparable de su vida.

Y es que después de unos meses de convivencia, Rain había decidido, siempre respetando la opinión del pequeño, dar un paso más. Un paso que definiría el futuro de ambos.

—Esto va a ser un infierno —dijo Rain en voz baja, siendo consciente de la situación en la que se encontraba.

Y no solo se trataba de él, sino de todos los demás presentes en la sala. La tensión en el aire era palpable. Todos sentían la presión de la visita inesperada y de lo que esto podría significar para el futuro.

Camila, con su experiencia profesional, era muy consciente de ello, del peso y del alcance de lo que escribiera en su libreta de notas.

Hablar de tutelas no era un simple trámite administrativo; era hablar de vidas.

Se trataba tanto de pequeños seres inocentes llenos de esperanza, como de adultos, aquellos que, con ojos esperanzados y, a veces, llorosos, vivían cada evaluación con el corazón latiendo a mil por hora mientras, en la distancia, unos desconocidos evaluaban y deliberaban si estaban verdaderamente capacitados para cuidar, criar y proteger a un pequeño ser indefenso que había sufrido demasiado y que, en general, no tenía a nadie más en la vida.

Camila se tomaba muy en serio su trabajo, porque sabía que la vida y la felicidad de muchos niños dependía, en gran medida, de su juicio y su evaluación. Era minuciosa hasta el extremo,

siempre buscando evidencias y hechos que le permitieran tomar una decisión justa. Y aunque siempre procuraba mantenerse imparcial y objetiva, no siempre era capaz de ello. Después de todo, era humana, tenía emociones y sentimientos propios.

Sin embargo, hasta ese momento en particular, había logrado mantener una línea clara entre su profesión y sus emociones.

Pero algo había cambiado…

No podía decir con certeza de qué se trataba, en su interior le decía que este caso sería un desafío emocional. Y, para su sorpresa, no era el caso en sí, sino una persona relacionada con él quien la descolocaba.

Y es que desde el primer momento que había mirado a los ojos al señor Alvin Reed, una voz en su cabeza había gritado "¡huye!". Aquello la tomó desprevenida, Camila se asustó y adoptó, sin darse cuenta, una conducta defensiva.

Y reaccionó de manera hostil hacia él.

Era completamente consciente de que su comportamiento había sido desproporcionado y poco profesional, pero no podía explicarse por qué se había sentido tan amenazada por ese hombre, hasta el punto de querer salir corriendo de aquel lugar.

Por eso estaba allí, en ese momento, fingiendo mirar detenidamente las fotografías que tenía delante cuando lo que en realidad estaba haciendo era buscar dentro de sí misma, tratando de entender qué la había llevado a actuar de esa manera. Intentaba hallar una justificación a su comportamiento.

Pero no encontraba ninguna.

El caso en el que se encontraba inmersa en ese momento era distinto a todos los anteriores. Era, sin duda alguna, la primera vez en toda su carrera, y considerando que hacía ya muchos años que Camila se dedicaba a ello, que la mujer de ascendencia latina se enfrentaba a un escenario como aquel.

Un escenario extraño y poco convencional.

A lo largo de los años había realizado evaluaciones sobre personas solteras, quienes, con toda la razón del mundo, tenían el mismo derecho de adoptar sin la necesidad de contar con una pareja al lado. Sin embargo, en la mayoría de esos casos, solían ser personas que tenían algún tipo de conexión, ya fuera sanguínea, familiar o incluso emocional con el niño o niña en cuestión.

Pero en este peculiar caso, se trataba de un completo desconocido, un hombre que no tenía ninguna relación previa con el niño, pero que, por razones que aún debía descubrir, había solicitado ser una figura fundamental en su vida.

Y para añadir complejidad al asunto, el pequeño había atravesado una experiencia profundamente traumática, habiendo crecido en un entorno turbulento, con una familia desestructurada y con la sombra de la delincuencia siempre presente. Camila sabía que estas

circunstancias podían haber dejado huellas y secuelas emocionales profundas en el joven.

Y como si toda esta situación no fuera ya lo suficientemente complicada y delicada, había otro aspecto a considerar: el hombre que había acogido al niño no vivía solo, compartía su hogar con otros hombres.

Esta configuración no era la típica que Camila solía encontrar y, sin duda, requería de una evaluación más detallada y profunda para garantizar que el ambiente era el adecuado, que era un lugar positivo y seguro para el pequeño.

Ante toda esta maraña de detalles y circunstancias, había una certeza: Camila era la más indicada, la mejor preparada, para tomar una decisión en este asunto tan delicado.

Porque Camila era la mejor en lo suyo.

Pero no lograba entender la razón detrás de su comportamiento tan abrupto.

—Imagino que es usted, señor Reed, quien tiene a Zev colgado sobre el hombro —Camila terminó con el tenso silencio que se había adueñado del lugar, más por su bien mental porque no iba a servirle de nada darle tantas vueltas a la cabeza que por otra cosa.

Con cautela, Camila había cogido una de las fotografías enmarcadas que descansaba sobre un aparador de madera, la había levantado y se la enseñaba a Rain.

—Imagina bien —respondió Rain, su tono era firme, claramente defensivo.

Ella no le hablaba precisamente bien y él… Simplemente no podía evitar responderle de la misma manera.

Sylvester carraspeó y, con discreción, le dio un codazo a Rain. Era una señal sutil para que moderara su tono.

Si bien Camila era una profesional y su informe no debería estar influenciado por las relaciones personales, estaría presente durante un tiempo en sus vidas.

Sería beneficioso para todos mantener un ambiente amigable y cordial. Y la actitud de Camila hacia Rain ya era bastante distante y fría; no había necesidad de añadir más tensión a la situación.

Rain tomó una respiración profunda.

—Fue tomada hace unos meses en un parque cercano. Es un día que recuerdo con especial cariño —explicó entonces el sheriff, tratando de mantener una actitud más conciliadora.

—¿Por qué? —preguntó Camila, mirando fijamente a Rain.

—¿Por qué? —parpadeó Rain, claramente confundido por la pregunta.

—¿Por qué lo recuerda con tanto cariño? —reformuló Camila, buscando una respuesta clara.

—Ah… Pues porque era la primera vez que Raider…

—¿Raider? —lo interrumpió Camila, frunciendo el ceño en una expresión de desconcierto—

¿Quién es Raider?

—Zev —corrigió Rain rápidamente—. Prefiere que lo llamemos así.

La asistente social levantó una ceja, claramente intrigada.

—¿Y por qué surge la necesidad de un apodo? —preguntó, queriendo entenderlo.

Rain miró a todos los demás antes de volver a mirar a la asistente. Se encogió de hombros.

—Supongo que porque eso lo hace sentirse más identificado con la casa. Y conmigo.

Camila asintió, tomó nota mental de su respuesta, y luego inquirió con tono autoritario.

—Explíquese.

Rain, levemente irritado por el tono imperativo de la asistente, resopló.

¿Pero de qué iba esa mujer?

—Algunos aquí tenemos apodos. Me llaman Rain, es un apodo que adopté el día que llegué a esta casa. Él es Raven —señaló al médico—, y él es Romeo —señaló al italiano—. Para nosotros, esos apodos tienen un significado especial y nos identificamos con ellos.

—Los tres fueron acogidos por el señor Carmichael, ¿me equivoco? —preguntó ella, demostrando que conocía la historia de los chicos de La Mansión.

—No, no se equivoca —respondió Rain—. Elegimos ser familia, como quiero que Zev forme parte de ella.

—¿Y cómo llegó Zev a llamarse Raider?

—Eso debería preguntárselo a él —respondió Rain—. Yo solo sé que si él prefiere ese nombre, lo llamaremos así y ya.

—Interesante… —murmuró Camila, evaluando cada palabra que escuchaba— Volviendo al tema, ¿por qué fue tan especial ese día?

Rain, recordando aquel día, sonrió suavemente.

—Fue el primer día que fuimos al parque desde que Zev dejó de usar la silla de ruedas.

—¿Cuándo dejó de usarla?

—Al poco tiempo de llegar a la casa.

—¿Por qué?

—Bueno… Supongo que porque ya no la necesitaba —dijo en tono de “¿acaso no es evidente?”

—Lo cual parece hacerlo sentir muy orgulloso, por lo que puedo percibir.

—¿Cómo no iba a estarlo? Lo único que quiero es ver a Zev feliz y saludable.

—¿Incluso si esa felicidad no lo incluye a usted?

—¿Es esto un interrogatorio? —preguntó Rain, sintiendo una chispa de frustración mientras apretaba los dientes ante la pregunta de Camila.

—No es mi intención que se sienta mal ni que sienta que está bajo investigación. Después de todo, teniendo en cuenta su profesión, usted es el verdadero experto en cuestionar a las personas. Yo simplemente estoy haciendo mi trabajo, como se espera de mí.

Rain tenía el fuerte presentimiento de que había algo personal en la forma de actuar de esa mujer. No era tonto y sabía leer muy bien a la gente, y Camila Santos no era la excepción.

Esa mujer, desde el principio, había demostrado una antipatía hacia él y seguía demostrando esa animosidad. Era como si estuviese buscando un fallo, algo que pudiera usar contra él.

Rain tenía años de experiencia y conocía las tácticas que se utilizaban en un interrogatorio, y tenía muy claro que Camila estaba tratando de ponerlo contra las cuerdas.

Era parte del trabajo de esa mujer, Rain lo sabía y lo entendía.

Pero él no tenía nada que ocultar, así que estaba dispuesto a enfrentar cada uno de los desafíos que se le presentaran.

—Aunque esa felicidad no esté a mi lado —respondió Rain con firmeza, pero también con un evidente tono de tristeza. Porque si la felicidad de Zev pasaba porque él se alejase o desapareciese de su vida, Rain lo haría.

Él siempre priorizaría el bienestar del pequeño.

—Ya veo…

Nadie de los allí presentes podía adivinar qué era lo que esa mujer veía. Sin embargo, todos albergaban la esperanza de que ella reconociera la genuina preocupación de Rain por Raider.

Mientras escuchaban el intercambio de preguntas y respuestas de la asistente y Rain, que más bien se asemejaba a un interrogatorio formal, nadie se atrevía a pronunciar una palabra.

Hasta que Sylvester, buscando suavizar la tensión palpable, no tuvo más remedio que intervenir.

—Zev ha sido una presencia positiva en la vida de Rain y viceversa. Hemos visto un cambio notable en ambos desde que viven juntos.

Camila desvió su intensa mirada de Rain y, con delicadeza, colocó la fotografía en su sitio. Volvió a sacar la libreta y el bolígrafo que había guardado en su bolso anteriormente y comenzó a escribir.

Al terminar, dirigió su atención hacia el abogado. Ya había tenido la oportunidad de conocer a todos previamente, gracias a la presentación de Carmichael antes de que entrasen en la casa, y Camila estaba bien informada acerca de cada uno de ellos gracias a los informes que había revisado.

—Espero que entienda la magnitud de lo que estamos evaluando aquí, señor Fall. No solo se trata de momentos felices, sino de garantizar un hogar seguro y estable para Zev.

—Todos aquí deseamos lo mejor para Zev —aseguró Sylvester, con una mirada firme y llena de seguridad.

—Y lo mejor para Zev estar al lado de Rain —intervino de pronto Romeo, a quien le estaba costando la vida contenerse y no decir lo que pensaba.

Al escuchar esto, Camila no pudo evitar sonreír y dirigió una mirada inquisitiva hacia el italiano.

—¿Qué lo lleva a tener esa firme creencia, señor Bianchi?

—Bueno, todos nosotros, sin excepción, hemos sido testigos de cómo Rain ha cuidado y protegido a Zev —respondió Romeo.

—Zev siente que este es su hogar —intervino entonces Chloe, quien miró con confianza a la otra mujer presente en la sala.

Camila sonrió de nuevo.

—Entiendo lo que quieren transmitir… —susurró mientras comenzaba a tomar notas en su libreta.

—No, sinceramente no creo que lo entienda —intervino Raven, atrayendo la atención de Camila, quien pudo percibir un tono cargado de sentimiento en sus palabras. Tal intensidad en su voz hizo que Camila levantase la mirada de su cuaderno y conectase con la mirada del médico—. ¿Cómo podría saberlo? No los conoce. No ha tenido, todavía, la oportunidad de conocer a ninguno de ellos, así que no, no podría entenderlo. Todavía es incapaz de ver lo que significan el uno para el otro.

Al escuchar a Raven, Rain tragó saliva, emocionado no solo por las palabras de su amigo sino también por la ferocidad con la que las pronunció.

Estaba agradecido con todos y cada uno de ellos por su ayuda y apoyo.

—Usted sí los conoce y sí puede opinar sobre ello —dijo Camila, mostrando genuino interés, sin rastro de resentimiento por el comentario de Raven.

—Sí —afirmó Raven con convicción en su voz—. Por eso puedo asegurarle que no habrá nadie mejor para cuidar a Zev que Alvin —dijo, utilizando los nombres reales tanto del sheriff como del niño.

Manteniendo su profesionalismo, Camila asintió lentamente con una expresión que denotaba seriedad.

—Para eso estoy aquí, señor… —hizo una breve pausa, repasando mentalmente los nombres de todos ellos— Señor Nolan —finalizó, con una rapidez que demostraba su buena memoria— Mi tarea principal es determinar si el señor Reed está capacitado para asumir la custodia de Zev. Espero que todos me ayuden a realizar un informe realista y objetivo. Porque espero que todos

comprendan la gravedad y la seriedad de esta evaluación.

Todos eran plenamente conscientes de la seriedad del asunto. Pero estaban unidos, tenían un propósito en común: demostrarle a esa mujer que para Zev no habría mejor lugar que aquel, La Mansión.

Desde que inició la reunión, Carmichael había observado cada detalle con suma atención. Su mirada aguda recorría la sala, deteniéndose ocasionalmente en sus chicos, apasionados y entregados a su causa.

Carmichael, quien se había mantenido en silencio hasta el momento, se guardaba para sí mismo sus opiniones y emociones. No obstante, podía percibirse en sus ojos el orgullo inmenso que sentía por todos ellos.

Sin embargo, la tensión del ambiente no le era ajena.

Finalmente, Carmichael decidió intervenir. Era el momento de tener la última palabra. Se aclaró la garganta, atrayendo las miradas de todos los presentes, y con una voz serena pero firme, se dirigió directamente a la señorita Santos:

—No somos nosotros los que tenemos que ser objetivos, señorita Santos, sino usted. ¿Está segura de que podrá serlo?

El silencio que siguió a sus palabras fue abrumador.



Capítulo 11

Camila dejó el bolso sobre la pequeña mesa de la habitación de la modesta pensión donde se alojaba, la única que había encontrado en aquel pueblo perdido de la mano de Dios.

Lentamente, caminó hasta la cama y se sentó sobre ella, sintiendo la firmeza del colchón que contrastaba con la fatiga de su cuerpo. Dejó el bastón tendido a su lado, siempre a mano, siempre cerca de ella, como una silenciosa promesa de apoyo.

Y es que, desde que había abandonado el hospital después de aquella fatídica noche, ese bastón no solo era una herramienta de apoyo, sino que se había convertido en parte esencial de su vida, en una prolongación de su mano.

Un recordatorio constante de su vulnerabilidad.

Al principio, la idea de depender de él la mortificaba, la hacía sentirse menos, pero como bien se había dicho a ella misma en más de una ocasión: al menos seguía viva

Y eso era mucho.

Sin embargo, había momentos en que, en la soledad de sus pensamientos, se preguntaba por qué. ¿Por qué el destino, o la vida, había decidido que ella debía seguir en este mundo? ¿Cuál era su propósito?

Suspirando profundamente, intentando alejar esos pensamientos oscuros, dejando a un lado los terribles recuerdos del pasado que la acosaban como sombras, volvió a poner su mente en lo que realmente la había llevado a ese estado de agitación mental: la maldita Mansión.

O, mejor dicho, cada uno de los perturbadores habitantes de ese antiguo y misterioso lugar que, sin duda, eran mucho más de lo que parecían a simple vista.

Camila se encontraba en una situación bastante peculiar. Si bien siempre había mantenido un profesionalismo e imparcialidad en su trabajo, en esta ocasión, no podía negar que iba condicionada, con una imagen ya formada en su mente.

¿Y cómo no hacerlo después de sumergirse en el complejo informe del caso de Zev Hughes?

Las circunstancias eran, cuanto menos, atípicas.

La petición de custodia provenía de un desconocido: el sheriff del condado, un hombre que, aunque de estricta reputación, compartía hogar con un anciano con el que convivía desde hace ya varios años.

A esto se sumaban dos figuras adicionales. Una de ellas era un médico que, tras abandonar un prometedor y resplandeciente futuro en la ciudad, decidió establecerse en un modesto hospital comarcal. El otro personaje era un italiano que, tras dejar atrás su tierra natal y haberse nacionalizado americano, había emprendido una nueva carrera como bombero.

Lo más desconcertante de todo esto era que, a primera vista, el único lazo que unía a estos cuatro hombres era una amistad reciente. No existían antiguos lazos familiares ni conexiones

pasadas.

Del grupo, todos mantenían el estado de solteros, excepto uno: el médico. Este tenía una relación particularmente llamativa: su pareja no era otra que su ex cuñada, la hermana de su difunta esposa. Es decir, esta mujer era la tía de la niña que él había tenido con su ex mujer. El médico había comenzado a cuidar a la pequeña recientemente, una situación que Camila sentía que necesitaba profundizar y entender más a fondo.

Sabiendo todo esto, si alguien se atrevía a decir que este era un caso ordinario, entonces, como decían, ¡que bajase Dios y lo viera!

Tras un largo y agotador día después de todo el viaje, Camila dejó escapar un pequeño suspiro. Sin perder un segundo, alargó el brazo, estirando sus dedos, y cogió firmemente el asa del bolso, tirando de él. Una vez tuvo el bolso sobre sus rodillas, rebuscó en su interior y sacó la libreta donde había anotado las primeras impresiones de ese extraño caso. Pasándose la mano por el pelo, comenzó a leer en voz alta algunas de las frases que había escrito.

—La Mansión... Imponente, majestuosamente lujosa —dijo con cierta admiración en su voz, siguió leyendo moviendo solo los ojos—. Me sentí en casa —leyó esa nota en un susurro, casi para sí misma, y resopló—. Camila, a veces no das para más —se recriminó a sí misma—. Lo del comentario de la silla de ruedas... Simplemente no fue demasiado acertado —puso una mueca con los labios, recordando el momento, y continuó con la lectura.

Pasó con rapidez una página, luego otra, y se sorprendió al darse cuenta de la cantidad de detalles que había anotado.

—Alvin Reed, alias Rain —dijo en voz alta, y al nombrar ese nombre, un escalofrío recorrió su cuerpo, como una advertencia o un mal presagio.

La verdad era que la imagen de él había dejado una huella profunda en su mente. No se lo esperaba tan... Así. Ni a él ni a los demás, para ser sincera. Aquellos hombres poseían un atractivo que intimidaba, y ella no podía negar lo evidente.

Pero Alvin Reed tenía algo… Diferente. Algo que la atraía y la repelía al mismo tiempo.

Camila reflexionó un momento, intentando entender qué le ocurría.

No sabría decir exactamente qué era, pero la presencia de ese hombre había despertado en ella un instinto de supervivencia que no había sentido nunca, un temor y una atracción que la había confundido y asustado a partes iguales.

No, espera, ¡¿atraqué?!

Casi le da el siroco al ser consciente de eso. Porque eso, sencillamente, ¡era imposible!

—Entonces, si no es eso, ¿qué es? —susurró para sí misma, con la mirada perdida en el vacío — ¿Qué te ocurre con ese tipo, Camila? ¿Por qué le temes?

Porque Alvin Reed no parecía un mal hombre. Tenía un pasado duro, sí, pero también un historial impecable. Además, se notaba que estaba muy encariñado con el pequeño Zev.

Pero es un hombre, Camila, se recordó a sí misma. *Y tú… Bueno, ya sabes.*

Con un suspiro pesado, lleno de frustración y cansancio, Camila se dejó caer en la cama. Pero antes de poder relajarse por completo, gruñó de dolor al darse cuenta de que su pierna había adoptado una postura incómoda. Con sumo cuidado, y la ayuda de su mano, colocó la pierna cómodamente, esperando que el dolor desapareciera pronto. Una vez acomodada en la cama, volvió a sumergirse en la lectura de las anotaciones de la libreta, como si buscara respuestas entre sus propias palabras.

—Alvin Reed… —sus palabras se perdieron en el aire, en un susurro apenas audible.

Eso fue lo último que dijo Camila, dejando que el cansancio se apoderara de ella, antes de cerrar lentamente los ojos y sumirse en un profundo y merecido sueño.



Capítulo 12

—Señorita Santos…

Rain entró en la espaciosa sala de estar a la que Grace, el ama de llaves, había llevado a la asistente social cuando esta apareció inesperadamente. No había nadie más en La Mansión en ese momento, así que la mujer lo esperaba allí, sola.

Volvía a tener el pelo recogido en una estirada coleta. Su ropa, sorprendentemente más oscura que el día anterior, se componía de tonos que iban desde el gris plomo hasta el negro carbón. La combinación de las telas que la envolvían dejaban mucho que desear estéticamente.

Mirándola con detenimiento, uno podría pensar que estaba de luto o que simplemente había decidido vestirse así por alguna razón personal.

Desde luego, esa mujer no tenía sentido de la moda.

A pesar de ello, había algo en ella que la hacía destacar. Pero Rain no tenía ni idea de qué era.

Sin dudarlo, Rain se acercó a ella con un andar confiado y decidido.

—Señor Reed —respondió Camila.

Al notar su aproximación, Camila hizo un gesto involuntario y dio un paso atrás, revelando una ligera inquietud en su rostro.

¿Y eso?, se preguntó Rain, deteniendo su avance y alzando levemente una ceja.

Rain levantó una mano, dispuesto a ofrecer un cordial saludo.

Cuando finalmente Camila extendió su mano, Rain no pudo evitar notar lo delicada y pequeña que parecía en comparación con la suya. A medida que sus dedos se rozaron, algo extraño lo envolvió.

De manera casi instintiva, cerró sus dedos con firmeza, como queriendo mantenerla ahí, anhelando prolongar ese contacto.

Todo aquello lo perturbó.

Al mismo tiempo, un escalofrío recorrió el cuerpo de Camila y esta no tardó en retirar la mano.

Rápidamente, Camila recobró la compostura y, tras carraspear sutilmente, se alejó un paso. Rain todavía estaba tratando de procesar lo sucedido. Y tratando de entender qué demonios le pasaba a esa mujer.

Ni que tuviera razones para temerle, ¡por Dios!

Rain observó detenidamente a Camila, examinándola con un escrutinio profundo y silencioso. Su mirada era aguda, pero su expresión facial no revelaba nada; su rostro permanecía impasible.

Cualquiera que lo viera en ese instante hubiera tenido dificultades para descifrar lo que pasaba por su mente, porque sus ojos estaban ocultando cualquier pensamiento que pudiera estar cruzando por su cabeza.

En el instante que Rain posó sus ojos en ella, no pudo evitar pensar que esa mujer era guapa. Más que eso, era hermosa. Más que eso todavía, había algo en ella que la hacía destacar. Su rostro era delgado, y tenía unos enormes ojos color café. Eran brillantes, y cautivadores, pero en ese momento lo miraban con desagrado.

Cuando Camila mostró una pequeña mueca en sus labios, la atención de Rain se desplazó de inmediato hacia ellos.

Bonitos labios…

Pero qué dices, hombre, ¡céntrate!, lo regañó la voz de su cabeza.

—No la esperaba tan pronto —confesó Rain, intentando apartar sus pensamientos de donde se estaban adentrando. Su tono mostró una mezcla de sorpresa y curiosidad al verla de nuevo allí, en La Mansión.

Apenas habían pasado dos días desde su encuentro anterior, y antes de que Camila se fuera, ella había acordado regresar para continuar con el proceso de evaluación, pero no había dicho cuándo. Y Rain pensó que lo avisaría para concertar una cita.

Era evidente que se había equivocado.

—Mientras esté por aquí, a cargo de su caso, debería esperarme siempre. Creo que ha quedado claro que puedo aparecer en cualquier momento, sin previo aviso —respondió Camila, con tono firme.

El comentario hizo que Rain enarcara las cejas.

—Sí, ya me di cuenta…

Rain señaló el sofá con un movimiento de su mano, invitándola a sentarse.

Camila, sosteniéndose con su bastón, avanzó lentamente hasta el sofá. Rain, en la visita anterior, ya había sido consciente de que la mujer sufría de una leve cojera en una de sus piernas, lo que justificaba el uso del bastón.

Una vez en el sofá, Camila acomodó el bastón junto a ella, tan cerca que inevitablemente rozaba una parte de su cuerpo.

Tras sacar de su bolso la libreta y un bolígrafo, Camila buscó la mirada de Rain, quien ya se había acomodado en uno de los voluminosos butacones de la sala, quedando frente a ella.

Y hablando de aquella sala, ese lugar era digno de mención.

Camila ya había quedado impresionada con la majestuosidad de La Mansión desde el momento en que cruzó el umbral del jardín. Quizás incluso antes, al verla allí, en lo alto de la colina, tan imponente.

Era un edificio majestuoso, que combinaba modernidad con un toque antiguo, envuelto en un aura casi misteriosa.

Era un lugar de ensueño, fácilmente podría ser el castillo de los sueños de la pequeña Camila cuando, durante las noches estrelladas de su infancia, soñaba con valientes príncipes que la rescatarían de su triste y horrible realidad.

Por supuesto, esos eran los días cuando aún era una ilusa que creía en finales felices.

Mientras paseaba su mirada por la vasta habitación, Camila dejó a un lado esos viejos recuerdos que brotaban en su mente. Se aclaró la garganta, enderezó su espalda y, con determinación, se puso en modo profesional.

—Señor Reed —comenzó, con un tono sereno y calmado—, como probablemente ya sepa y como le habrá explicado su abogado, mi papel aquí es fundamentalmente garantizar el bienestar y la seguridad de Zev.

—Lo sé —aseguró Rain, manteniendo una postura erguida y prestando meticulosa atención a las palabras de la asistente social.

—Soy plenamente consciente de que mi anterior visita fue inesperada, tal vez demasiado sorpresiva para su gusto, pero es un paso necesario en un proceso de este calibre. Sinceramente espero que lo entienda —dijo Camila y, por el modo en que lo expresó, era más que evidente que, en realidad, le importaba poco si ese hombre comprendía su postura o no; así era como ella trabajaba. Y punto.

La intención tras su tono no le pasó desapercibido a Rain, y estuvo a punto de soltar una carcajada al escuchar lo falsa que había sonado. Sin embargo, logró contenerse.

—Lo entiendo —dijo, mintiendo con la misma habilidad con la que ella lo había hecho momentos antes, y sin poder evitar una sonrisa socarrona.

—Bien… —prosiguió ella, moviéndose un poco en el sofá para acomodarse mejor— Aunque pueda tener una idea de cómo se desarrolla el proceso, le explicaré cómo trabajo yo.

Rain, tratando de parecer lo más atento posible, se acomodó mejor en el amplio butacón, cruzó una pierna sobre la otra, colocó sus manos entrelazadas sobre una de sus rodillas y le hizo un pequeño gesto de asentimiento a la mujer de penetrantes ojos oscuros que lo observaba intensamente.

¿Realmente me mira?, se preguntó Rain. *¿O solo finge hacerlo?*

No sabía por qué le daba esa impresión, porque los ojos de la asistente social estaban posados sobre los suyos, pero había algo en su mirada…

Rain negó con la cabeza, ¿y qué si fuera así? ¿Qué le importaba a él si lo miraba o no esa mujer?

—Adelante —indicó Rain, intentando apartar las distracciones y las preguntas sin sentido que cruzaban su mente.

—En primer lugar —comenzó Camila,— llevaré a cabo una revisión detallada de su hogar. No es algo personal, se hace en todos los casos. Esto me permite asegurarme de que el ambiente donde vive Zev es seguro, adecuado y está en condiciones para su correcto desarrollo. Buscaré cosas básicas como la seguridad de la vivienda, el espacio para Zev, y si hay recursos disponibles para sus necesidades básicas.

—Perfecto — interrumpió Rain, notando que ella había hecho una breve pausa y pensando que quizás esperaba alguna intervención por su parte.

Pero no, ella no esperaba eso. Ella simplemente había detenido su explicación por un momento para tomar aire. Si el señor Reed sentía la necesidad de responder a cada punto que ella mencionaba… Bueno, pues que lo hiciera.

—Luego, programaremos entrevistas individuales —continuó Camila—. Hablaré con usted, señor Reed, y posteriormente con Zev. Es esencial para mí escucharlos a ambos, entender su relación y conocer las dinámicas familiares. Las entrevistas pueden realizarse aquí, en su hogar, o si lo prefieren, en un espacio más neutral. La idea es que ambos se sientan a gusto durante nuestra conversación.

Rain estuvo a punto de confesarle que él no se sentiría a gusto en una conversación con ella en ningún lugar, dadas las circunstancias y por la naturaleza de su relación, pero optó por morderse la lengua.

—Por mi parte, prefiero aquí. En cuanto a Raider, hablaré con él después y le preguntaré cuando le explique la situación detalladamente.

Camila enarcó las cejas.

—¿Continuará llamándolo Raider? —inquirió con un tono lleno de ironía y un destello desafiante en sus ojos.

Rain no se dejó intimidar y enarcó las cejas a su vez.

—Precisamente lo haré, puesto que es lo que él desea. ¿Ha considerado usted la posibilidad de hacer lo mismo?

La asistente social frunció el ceño, algo desconcertada.

—¿Perdón? ¿A qué se refiere exactamente?

Rain luchó por contener una sonrisa triunfal al haberla desorientado.

—A llamarlo como él prefiere ser llamado. Quizás así pueda llegar a conocerlo mejor — explicó el sheriff con una sonrisa que estaba entre la inocencia y la picardía.

—No creo que sea algo que deba hacer —dijo ella, seria—. Además, un apodo es algo que se comparte entre los seres cercanos, familia y amigos, no entre un niño y una profesional desconocida como yo.

Rain asintió con una leve inclinación de cabeza.

—En eso tiene razón.

—Me gustaría que comprenda, señor Reed, que mi objetivo no es actuar en contra ni a favor de nadie específicamente. Mi única prioridad es Zev y asegurarme de que esté en el mejor entorno posible. Es mi trabajo entender la situación en su totalidad.

Camila sonó demasiado desagradable.

Y es que había algo en él, un aura o tal vez un detalle en su comportamiento, que a Camila le causaba cierto rechazo, provocando que quisiera alejarse de él.

Definitivamente, no se trataba de su aspecto físico; Rain era un hombre muy atractivo, con una presencia imponente y una mirada penetrante.

Quizás, simplemente, ya no me agradan los hombres, reflexionó Camila por un instante.

Sin embargo, descartó esa idea casi tan rápidamente como surgió. No, su experiencia pasada no había causado un rechazo general hacia el sexo masculino.

Simplemente, su perspectiva sobre ellos había cambiado.

Bastante.

Sacudiendo esos pensamientos, Camila volvió a centrar su atención en el asunto principal. Con una expresión serena, aunque internamente estuviera en una tormenta emocional, continuó con su explicación.

—Hablaré, también, con su familia, con la gente con la que convive, con todas las personas cercanas a usted. Analizaré su entorno de trabajo, incluso hablaré con el personal del colegio de Zev. Durante el proceso, estaré "compartiendo" —hizo el gesto de las comillas con los dedos de las dos manos— algunos momentos cotidianos con ustedes, siempre manteniéndome al margen, por supuesto e intentando no hacerlos sentir incómodos.

Rain, aunque intentaba no mostrarlo, se sintió inquieto.

Ya la sola idea de tener a Camila observando su vida cotidiana lo hacía sentir expuesto. No obstante, decidió guardar esos sentimientos para sí mismo, entendiendo que no era algo que debía expresar en voz alta.

Camila, al ver que Rain permanecía en silencio, continuó.

—Una vez recopilada toda la información, redactaré un informe con mis observaciones y recomendaciones. No seré yo quien tome la decisión final sobre la custodia de Zev, mi informe solo guiará al juez, pero será él quien decida si está usted capacitado o no. O si Zev podría tener una buena vida o no. Por ello, lo invito a ser abierto y honesto durante este proceso, señor Reed. Esto solo ayudará a que se tome la mejor decisión para él.

Con un ligero suspiro y dejando caer los hombros de manera casi imperceptible, Camila llegó al final de su discurso, un texto que, a lo largo de los años, había llegado a memorizar. Lo había recitado en incontables ocasiones, se lo sabía de pe a pa.

Rain, observándola con una mezcla de incredulidad y sarcasmo, estuvo a punto de levantarse del butacón, tocarle las palmas en un gesto teatral y felicitarla con una ovación por recitar de

manera tan meticulosa su monólogo.

Nótese la ironía…

Todo el discurso le había parecido tedioso, aburrido hasta el extremo. Había sido un completo coñazo escuchar cada palabra, al igual que la presencia y la manera de ser de esa mujer. Era, en su opinión, tan monótona y predecible como el texto que acababa de recitar.

Camila, después de un breve silencio, preguntó:

—¿Alguna pregunta?

Rain negó con la cabeza rápidamente, ni de coña se comía, de nuevo, semejante tostón.

—Si todo está claro… ¿Qué tal si me enseña la casa? Será una buena manera de empezar.

Sabiendo que no podía negarse, Rain asintió, resignado, preparándose mentalmente para lo que vendría.



La sala principal de estar, que también cumplía la función de comedor, era un espacio ya conocido por Camila, al igual que el vestíbulo de la entrada de la casa. Ambos espacios resaltaban por sus impresionantes lámparas que colgaban majestuosamente del techo, decorado con un gusto exquisito.

La mayoría de las habitaciones, incluida la sala principal, estaban pintadas con colores claros, cálidos y envolventes que, a primera vista, transmitían una sensación de acogida y de un hogar familiar. Los tonos pastel predominaban, generando una atmósfera acogedora.

En cuanto al mobiliario, predominaban las piezas de madera en tonos claros. Los muebles no eran ni extremadamente modernos ni completamente antiguos; de hecho, lograban un punto intermedio entre lo que se podría etiquetar como moderno y clásico.

Sin embargo, estos detalles, aunque relevantes, no eran determinantes en el análisis que Camila estaba llevando a cabo. Había tantos otros factores que influirían en su decisión: el vínculo emocional, la estructura familiar, la educación…

Entre otros.

Por ello, a Camila no le resultó de particular interés, y no tomó demasiadas notas sobre el hecho de que la habitación de Raider superase, en dimensiones, a su propio apartamento en la ciudad.

Era evidente que tanto el padre como el resto de los residentes gozaban de una posición económica privilegiada, especialmente si se hablaba del anciano Carmichael, el patriarca y dueño de La Mansión, quien había sido clave en el éxito de los hombres a quienes había acogido.

La habitación del niño era, sin lugar a dudas, un reflejo de su personalidad. Pintada en relajantes tonos celestes, estaba decorada con pósters que llenaban las paredes, mostrando sus aficiones. Las motos parecían ser su mayor pasión. Además, podían verse decenas de figuras de diversos modelos y personajes de series populares de las que, evidentemente, era fan.

Aquella residencia, con su mezcla de opulencia y calor hogareño, era verdaderamente impresionante.

—Cualquiera pensaría que Zev ha vivido aquí toda su vida —comentó Camila mientras sus ojos exploraban cada rincón de la impecable y ordenada habitación.

—Supongo que esa era la idea —respondió Rain con un tono reflexivo. Cuando notó la mirada inquisitiva de Camila, decidió ampliar su respuesta—. Desde el principio, he hecho todo lo posible para que él se sienta en casa y que no le falte nada de lo que un niño de su edad pudiera desear o necesitar.

Camila enarcó ligeramente las cejas.

—Créame, he visto muchas habitaciones y puedo asegurarle que no todos los niños de su edad tienen —hizo una pausa y, con la mano que sostenía su agenda, señaló la estancia— todo esto. ¿Realmente cree que es necesario tanto?

—Quizás no — admitió Rain, consciente de que tanto él como los demás en la casa a menudo consentían demasiado tanto a Raider como a Tori—. Supongo que por eso él prefiere pasar más tiempo jugando en el jardín con Tori que quedándose aquí —dijo sonriendo de forma un tanto avergonzada.

—Quizás porque lo que necesita es otra cosa —intervino Camila.

—¿Cómo qué? —preguntó Rain, visiblemente confundido porque no había anticipado por dónde estaba encaminando esa mujer la conversación.

—Cariño. Amor…

Una enorme sonrisa se formó en el rostro de Rain al escucharla. Camila no pudo evitar mirarla embobada y pensar cuánto le cambiaba el rostro a ese hombre cuando sonreía. Era como si se convirtiera en otra persona completamente diferente.

Muchísimo más guapo, además.

Camila tuvo que reprimir el impulso de bufar ante sus propios pensamientos, pero dio gracias porque el señor Reed siguiera con la conversación, distrayéndola de las tonterías que se le pasaban por la mente.

—No he tenido que esforzarme en eso. Ni yo, ni ninguno de los habitantes de La Mansión. Raider está rodeado de amor —afirmó con seguridad—. Puedo cometer errores, al fin y al cabo, soy padre primerizo. Pero si hay algo de lo que estoy completamente seguro es de que sé qué necesita mi hijo, y le puedo garantizar que lo tiene.

Ese comentario llamó la atención de Camila.

—¿Se considera usted su padre?

Rain percibió una cierta hostilidad en el tono de voz de Camila y se puso a la defensiva de inmediato.

—¿Tendría algo de malo si así fuera? —preguntó con cierta tensión en la voz.

—Que tiene que tener claro que, legalmente, usted no es su padre —respondió Camila con firmeza.

Visiblemente frustrado, Rain exhaló con fuerza, caminó unos pasos, pasando al lado de Camila, y se detuvo junto a la amplia ventana del dormitorio de Raider. Se tomó un momento, metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón, y se perdió en sus pensamientos mientras miraba hacia el exterior.

—Vivía con el hombre que me trajo al mundo, mi padre biológico —comenzó Rain un momento después, rompiendo el pesado silencio que se había instalado en el lugar—. Mi madre también estaba presente a veces, pero era como una sombra, aparecía y desaparecía constantemente de mi vida sin dar explicaciones. Era lo que tenía estar enganchada a las drogas… Y mi padre al alcohol…

Camila conocía, porque lo había leído en el informe, algunos de los detalles del duro pasado de Alvin Reed. Pero intuía que lo que estaba escrito en ese informe era solo la punta del iceberg de todo lo que realmente había vivido.

—Recuerdo que un día — continuó Rain, su voz teñida de nostalgia—, cuando todos los niños en la escuela estaban emocionados intercambiando cromos, intentando completar sus álbumes, yo no podía hacerlo. Yo no tenía ni un solo cromo. Mis padres apenas me compraban un cartón de leche para desayunar, porque todo se lo gastaban en sus vicios. Incluso así, ilusionado, durante el camino a casa con mi padre, me detuve en un kiosco y le pedí un sobre de esos cromos. Lo que recibí a cambio —Rain hizo una pausa y, lentamente, se giró para enfrentar a Camila, una mirada intensa en sus ojos—, fue una paliza tan brutal que me mantuvo hospitalizado por casi un mes. Después de eso, nunca volví a saber nada de ellos —expresó con una voz llena de resolución, queriendo dejar claro que no se lamentaba de su pasado.

En ese momento, Camila sintió como si algo la estrujara por dentro. Era como si una mano invisible le apretara el corazón al comprender que ese hombre, que mostraba un exterior tan duro y que la ponía en guardia con cada mirada, también había sido un niño vulnerable y había pasado por momentos de profundo sufrimiento.

Que también había sufrido.

—Para mí, ese hombre no merecía el título de padre. No podía ser llamado de esa manera. Padre ha sido Carmichael —dijo con la voz rota por la emoción, sus verdosos ojos mirando fijamente a Camila—. Así que sí, señorita Santos. Soy plenamente consciente de que no soy el padre de ese chico ni he conocido a su verdadero padre como para poder juzgarlo. Tampoco lo haría de haberlo conocido —Rain tomó aire profundamente—. Pero si es por cariño y cuidado, le aseguro que yo me merezco más que nadie ese título. Y ni usted ni nadie tiene el derecho a juzgar lo que siento. Ni respecto a Zev ni sobre ningún otro aspecto de mi vida.

—No era mi intención hacerlo —respondió Camila, intentando suavizar el tenso ambiente.

—Pero lo ha hecho —replicó Rain, claramente molesto—. Entiendo que tiene que hacer su trabajo, pero le agradecería que se abstuviera de emitir cualquier juicio sobre mí, sobre mis sentimientos y sobre mi historia. Porque señorita Santos, puede estar segura de una cosa: no sabe absolutamente nada de mí —concluyó con firmeza—.Y ahora, si me disculpa… —le hizo un gesto con la mano, señalándole la puerta de la habitación— Tengo que ir a buscar a mi hijo.



Capítulo 13

—¿Y tengo que hablar con ella? —preguntó Raider, a quien era evidente que no le había gustado ni un poco la idea. El simple pensamiento de interactuar con una extraña le resultaba agobiante.

No porque la mujer le cayese mal, de hecho, no la conocía lo suficiente, solo la había visto fugazmente aquel día en que se cayó del árbol, sino porque él no solía abrirse fácilmente. Con el psicólogo que lo atendía sí, pero solo porque lo conocía del hospital y con Rain porque desde el principio había sentido una conexión especial con él.

Pero Raider no era dado a expresar sus emociones, se sentía vulnerable.

—Sí —dijo simple y llanamente Rain.

—¿De qué? —preguntó Raider, sus ojos mostrando su preocupación y sintiéndose cada vez más agobiado.

—De lo que tú quieras —respondió el sheriff con una voz tranquilizadora—. Ella te hará preguntas sobre tu vida aquí, sobre cómo te sientes, sobre tu familia… Y tú le respondes.

—¿Qué tengo que responderle? — preguntó el pequeño, su voz temblaba ligeramente por la ansiedad que sentía.

Rain, observando el nerviosismo de Raider, dejó el vaso del que acababa de beber encima de la mesa y miró un instante al niño a los ojos.

—La verdad, Raider. Solo la verdad. Es una conversación privada entre vosotros dos, siéntete libre de decir todo lo que sientes y piensas.

—Pero no quiero meter la pata y que me digan que me tengo que ir de aquí —el pensamiento de perder ese hogar le asustaba.

Rain le ofreció una tierna sonrisa.

—No es algo en lo que puedas meter la pata. Es algo en lo que solo tienes que ser completamente sincero. Y créeme, lucharé lo que haga falta para tenerte aquí —juró.

—Rain tiene razón —intervino Carmichael.

La escena se desarrollaba durante la cena. Era por la noche y estaban todos reunidos alrededor de la enorme mesa de madera del salón comedor.

—¿Adónde te vas a ir? — preguntó Tori, con sus cejas fruncidas en un gesto de genuina preocupación, repentinamente asustada.

—A ningún lado —respondió Chloe con un tono tranquilizador, eliminando los temores de la niña de un plumazo.

Pero el alivio de la pequeña duró poco y el suspiro que estaba soltando quedó interrumpido por un bufido cuando escuchó a su padre.

—Y tú tampoco te irás a la cama a este paso —dijo Raven señalando el plato donde todavía reposaba la mitad de la comida.

—Es que no tengo hambre — respondió Tori con un tono suplicante y una mirada triste.

—De comida no, pero de chuches sí, eh —resopló el médico, exasperado.

Todos los días la misma historia, los trabajadores de la casa también tenían a los niños mimados y les daban de todo a escondidas. Así estaban, que a la hora de la verdad, no tenían apetito.

—¿Y a los demás cuándo? —preguntó Romeo, volviendo al tema de la noche.

Sabía, porque Sylvester les había explicado cómo funcionaba un asunto así, que a ellos también les entrevistarían.

—Supongo que concertará cita con cada uno de vosotros —dijo Rain.

Romeo puso una mueca en los labios.

—Pues qué coñazo —dijo el italiano, frustrado.

Anticipando la reacción, Raven, que ya tenía experiencia en el tema y conocía bien a Romeo, decidió actuar rápidamente y tapó las orejas de Tori antes de que la palabra saliera de la boca del italiano.

—Esto se va a alargar más de lo que me imaginaba —suspiró Rain, dejando el tenedor sobre el plato, mostrando que, de tanto hablar del tema, había perdido su apetito.

—No te preocupes, haremos lo que esté en nuestras manos para que esa mujer complete su informe lo antes posible —prometió Chloe, mirando directamente a Rain con una sonrisa de apoyo en sus labios.

Rain agradeció el gesto con una inclinación de cabeza, pero su expresión demostraba que en el fondo sentía que no sería tan fácil convencer a esa mujer de nada.



—¿No puedes dormir?

Rain, con el rostro cansado, miró hacia la puerta de la cocina. Al ver la figura de Romeo, negó lentamente con la cabeza. Exhalando, soltó un profundo suspiro y se repantigó todavía más en la silla en la que estaba sentado. Se llevó la cerveza a los labios, disfrutando de su sabor amargo y, tras unos segundos, soltó un sonido de satisfacción.

Romeo fue con paso decidido hasta la cafetera. Se sirvió una taza de café caliente y fue hasta la mesa, haciendo un suave tintineo con la cucharilla al remover el líquido.

—¿Y tú qué haces despierto? — preguntó Rain, alzando ligeramente las cejas cuando el italiano tomó asiento frente a él, con su taza entre las manos, cuyas yemas ya sentían el calor del café.

Romeo se encogió de hombros, una ligera sonrisa en sus labios.

—Te escuché salir del dormitorio hace un rato y me extrañó que no volvieras.

Rain esbozó una media sonrisa.

—¿Preocupado por mí a estas alturas? —intentó bromear Rain, aunque su tono tenía un matiz de seriedad.

—Si es que no dejáis vivir a nadie tranquilo, siempre tenéis algo —dijo Romeo, usando ese tono juguetón que tan bien sabía usar.

Rain sonrió al escucharlo.

—Ya nos quejaremos nosotros cuando te toque.

Romeo levantó una ceja, entre sorprendido y divertido.

—¿Cuando me toque? Pero si soy el hijo de un sanguinario mafioso y soy el que menos problemas da —dijo con aire teatral, exagerando un poco su papel, haciendo que Rain soltar una carcajada.

—Eso es verdad —dijo el sheriff, todavía riendo.

Romeo, al ver a su amigo más relajado, tomó un sorbo de café y se puso serio antes de hablar.

—¿Qué te preocupa? —preguntó el italiano.

Rain no dijo nada, puso la lata de cerveza sobre la mesa y se quedó con la mirada sobre ella, profundamente ensimismado.

— ¿Crees que puedes perder a Raider? —preguntó entonces Romeo, yendo directo al grano.

—No permitiré que eso pase —esa fue la fiera y decidida respuesta a la pregunta de su amigo. Rain levantó la mirada, desafiante, y posó sus ojos verdes en los del italiano—. Él es feliz aquí y esa mujer tiene que verlo.

—¿Crees que podría escribir un informe que no te beneficie? —Romeo frunció el ceño, claramente preocupado por esa posibilidad— ¿Por qué lo haría? No hay nada en tu vida, ni haces nada que pueda perjudicar la custodia de Raider. De eso estoy seguro.

—No es un caso normal — le recordó Rain, con un tono de voz cargado de preocupación. Las circunstancias de su tutela eran muy diferentes, y eso lo sabían todos.

—Pero no creo que eso tenga que suponer un impedimento.

—Espero que no… — Rain dejó la frase en el aire.

Romeo esperó a que su amigo dijera algo más, pero este no lo hizo.

—¿Qué es lo que te preocupa exactamente? —el italiano no era tonto y podía bromear hasta la saciedad, pero sabía ser serio cuando la situación lo requería. Además, sabía leer muy bien entre líneas. Eso, sumado a que conocía a sus amigos mejor de lo que se conocía a él mismo, hacía que engañarlo no fuera tarea fácil.

Rain suspiró y decidió ser sincero.

—Esa mujer… No sé por qué, pero creo que no me lo va a poner fácil.

Romeo sonrió con comprensión.

—No creo que sea algo personal, porque su actitud para con todos no fue ni la más amable ni la más acertada.

Sí, eso era indiscutiblemente cierto. Pero aun así, Rain no podía sacudirse esa inquietante sensación.

—Quizás estoy demasiado nervioso con todo este asunto —dijo entonces, intentando restarles peso a sus propias preocupaciones. A lo mejor estaba exagerando y viendo problemas donde no los había.

—Eres un gran padre, Rain —dijo Romeo, sonando absolutamente serio, llamando la atención de su amigo, quien lo miró fijamente—. Lo sé yo, lo sabe toda la jodida mansión, lo sabe Raider y, por supuesto, lo sabrá esa mujer.

—Gracias —dijo Rain, la emoción era evidente en su voz.

Siempre que Romeo dejaba su humor a un lado y hablaba con esa sinceridad tan genuina, apoyándolo incondicionalmente y revelándole lo que realmente pensaba de él, a Rain se le llenaba el alma de gratitud.

Sentía un profundo aprecio por su amigo, al igual que lo sentía por Raven. Saber que, a pesar de sus defectos y sus mierdas, ambos lo apreciaban de la misma manera, era conmovedor. A veces le resultaba abrumador y no se creía merecedor de tanto afecto, pero bueno, seguía aprendiendo a aceptar que sí, que podía merecerlo.

—En esta casa no son necesarias —le recordó Romeo con una sonrisa cómplice—. Te digo lo mismo que le dijiste a Raven un día: solo sé tú y todo lo demás llegará solo. No fuerces nada.

Rain gimió al recordar ese momento en el que le había mostrado a la asistente social su lado más borde. Ese lado que mostraba cuando alguien osaba tocarle las narices, como había hecho ella.

—No creo que ella estuviera de acuerdo con ese consejo. Hoy me tocó la moral y casi la mando a la mierda —confesó Rain, su rostro reflejando su mortificación por haber perdido la paciencia.

Romeo soltó una carcajada.

—Si llegaste a eso es porque te tocó bastante las pelotas, ¿no?

—Ni te lo imaginas —bufó Rain, reviviendo el frustrante encuentro.

Romeo, incapaz de contenerse, soltó otra carcajada, imaginándose la escena.

—No vas a perder a Raider, te lo prometo —dijo Romeo con seguridad en la voz.

Rain enarcó las cejas, sorprendido.

—¿Cómo puedes prometer una cosa así? No está en tu mano.

Romeo se encogió de hombros, una expresión traviesa en su rostro.

—Soy el hijo del más importante mafioso. Siempre puedo volver a casa y pedirle ayuda a mi padre. Italia es preciosa, Raider y tú seríais felices allí —Romeo le guiñó un ojo y Rain no pudo evitar soltar una carcajada ante la ocurrencia.

—No serías capaz de hacer eso —dijo Rain, bromeando.

El italiano dejó de sonreír, su expresión tornándose seria de repente.

—Haría lo que fuera necesario por vosotros —susurró entonces.

A Rain se le cortó la risa de repente y miró a Romeo, emocionado. Siempre de risas, siempre con alguna broma en la punta de la lengua, siempre buscándole las cosquillas a todos los demás, pero ese tipo era mucho más que eso. Romeo era la persona más leal del mundo.

Irónico que su padre pensase lo contrario… Porque Romeo era, sencillamente, único y especial.

Con un asentimiento de cabeza, Rain le agradeció sus palabras justo antes de que fueran interrumpidos.

—¿Qué es esto? ¿Una reunión y no me avisáis? —gruñó Raven con tono juguetón mientras entraba por la puerta de la cocina, interrumpiendo el emotivo momento.

—¿Para qué? —dijo Romeo con sarcasmo, girando un poco la cabeza para mirar a su amigo— Aquí estamos los solteros que sufren insomnio. Tú ya no perteneces a este exclusivo club.

Raven resopló, fingiendo indignación.

—Mafioso de pacotilla —comentó en tono burlón mientras se sentaba al lado de Romeo. Sin pedir permiso, le quitó la taza de café y dio un sorbo antes de mirar a ambos con curiosidad—. ¿Y bien? ¿De qué va todo esto?

—De que Rain la ha liado con la asistente social —reveló Romeo, disfrutando del cotilleo.

—¿Te has liado con ella? ¿Es eso? —preguntó Raven con los ojos abiertos de par en par por la sorpresa— Joder, Rain, haberte esperado a que terminase su trabajo al menos.

Rain puso los ojos en blanco al escucharlo.

—¿Pero qué dices? —bufó el sheriff, quien hacía mucho que no tenía nada con nadie— No tanto como liarla, exagerado —se quejó, mirando a Romeo—. Solo… Tuvimos un pequeño altercado —reconoció.

—No me jodas —Raven negó con la cabeza—. Ya me puedes ir contando todos los detalles…



Capítulo 14

Rain no era el único al que todo aquello lo tenía agobiado, Camila también estaba dándole vueltas a la cabeza. Cada vez que cerraba los ojos, la imagen de ese hombre invadía sus pensamientos. Y no era para menos, ese hombre la había descolocado por completo.

Resopló con frustración cuando el coche que había alquilado para su estancia temporal en el pueblo decidió dejarla en la estacada a unos metros de la enorme puerta de metal de La Mansión. Intentó repetidamente volver a arrancar el coche y aceleró, pero nada, el maldito vehículo simplemente se negaba a cooperar.

Maldiciendo cual camionero, pero mentalmente, claro está, para no despeinar su siempre correcta apariencia, Camila abrió con brusquedad la puerta del coche y se bajó. Miró a su alrededor, maldiciendo todavía más al descubrir la razón del percance. Una de sus ruedas había quedado atrapada en un agujero que había en el camino.

Pues empezamos bien el día, pensó con sarcasmo mientras, con una mano apoyada en el chasis del coche, miraba a la rueda que estaba dentro del hoyo. Sintiéndose frustrada, no se le ocurrió otra cosa que golpear, levemente, la cabeza contra el coche.

Levantó la cabeza cuando escuchó el sonido de un vehículo acercándose y no supo si suspirar de alivio al reconocer de quién se trataba o si dar media vuelta y buscar la ruta de escape más rápida.

Era Alvin Reed, más conocido por su apodo, Rain. Aquel hombre que se le había metido en la cabeza desde la primera vez que lo vio.

Rain detuvo la ranchera justo detrás del vehículo averiado de Camila. Apagó el motor, abrió la puerta y se bajó del coche con agilidad, cerrando la puerta con un golpe seco, y avanzó con paso firme hacia Camila.

A Camila se le había secado la boca al verlo vestido de uniforme y con las gafas de sol puestas. Y se le mojó otra cosa, para su horror.

¿Pero estás loca o qué te pasa?

—Voy a empezar a creer que lo de ir golpeando la cabeza por ahí, se pega —dijo Rain, negando con la cabeza, con una sonrisa ladeada que no llegó a sus ojos mientras se acercaba a la mujer que, de nuevo vestida con colores neutros y tapada desde los tobillos hasta el cuello, lo miraba con los ojos abiertos de par en par.

Ni que fuera un fantasma, pensó Rain, reprimiendo la necesidad de soltar un sonoro bufido.

—¿Qué? —preguntó Camila, pestañeando varias veces, sin haberlo entendido realmente.

Qué iba a entender la pobre en ese momento si se había dado cuenta que existían hombres que podían hacerla sentir de nuevo. Y eso, definitivamente, era un motivo más que suficiente para querer salir corriendo de allí, ¿verdad?

—Nada… —Rain negó con la cabeza. Se paró a una distancia prudencial, recordando que a esa mujer no le agradaba demasiado su cercanía—. ¿Se ha quedado atascada? —preguntó, refiriéndose claramente al coche.

El aire en la garganta se me ha atascado al verte, sí, pensó Camila.

Pero no lo dijo, y para confundir más a Rain, negó con la cabeza en lugar de asentir.

—No vi el agujero —resopló entonces, sintiéndose un poco avergonzada.

Rain se agachó un poco para observar mejor el desastre.

—Pues pequeño no es como para no verlo —era grande, muy grande—. ¿En qué estaría pensando? —preguntó Rain con un tono bromista, intentando quitarle importancia a lo que había pasado y aliviar la tensión, pero no le pasó desapercibido que Camila gimió suavemente, casi en un susurro, como respuesta a su pregunta.

Rain, intrigado, no pudo más que enarcar las cejas, sintiendo una creciente curiosidad por descubrir qué sería lo que se le estaría pasando por la mente a esa mujer en ese instante para no notar semejante irregularidad en el terreno.

Y más aún, qué la hacía sonrojarse de tal manera que sus mejillas y toda su cara se tiñeran de un rojo tan intenso.

—No estaba pensando en eso, lo juro —dijo Camila, repentinamente azorada, malinterpretando la mirada inquisitiva de Rain.

—¿En qué? —preguntó Rain sin entenderla.

—¡En nada de lo que usted piensa! —exclamó Camila, defendiéndose.

—Ah… —con una expresión divertida, Rain pestañeó varias veces— ¿Y en qué pienso, según usted?

Camila, ahora más consciente de su reacción, solo pudo sentir cómo su cara, su cuello y parte de su cuerpo empezaban a irradiar calor, mientras su mente le jugaba una mala pasada.

Y Rain no era ningún ingenuo. Aunque a veces podía sentirse desconcertado y no comprendiera completamente por dónde iba a salirle esa mujer, había ciertas reacciones y gestos que sabía interpretar a la primera. La actitud de Camila y sus respuestas evasivas le estaban diciendo más de lo que ella querría admitir.

Oh, vamos, ¡eres tonto de remate, Rain!, se reprendió a sí mismo mentalmente.

A ver qué paranoia mental se iba a inventar él en un momento así.

—En su caso, por supuesto —dijo Camila entonces, mostrando una chispa de desafío en sus ojos. Afortunadamente, era de rápidos reflejos.

—Por supuesto —sonrió Rain con una mezcla de diversión y astucia. Porque, ¿qué más iba a ser?

La creía.

Al menos… Un poco.

—Si el hoyo fuera menos profundo, avisaría a Raven y Romeo para empujar el coche y poder sacarlo de ahí, pero viendo lo que tengo delante… —Rain suspiró— ¿Está bien? ¿No se ha lastimado o golpeado? —preguntó el sheriff con genuina preocupación, mirándola de arriba abajo, como si así pudiese ver algún rasguño o moretón.

El calor que Camila sentía se duplicó.

—Estoy bien, gracias —aseguró Camila, agradecida porque se preocupase por ella, pero también azorada porque lo hiciera. Y porque la mirase.

Después de asegurarse de que Camila estaba realmente bien, Rain sacó el teléfono del bolsillo trasero de su pantalón. Se giró y se alejó unos pasos, buscando un poco de privacidad.

Camila, mientras tanto, no pudo evitar mirarlo, admirando más de lo que le gustaría admitir. Pensó para sí misma que, efectivamente, ese hombre se cuidaba, y mucho. Y el uniforme, con esa camisa ajustada y ese cinturón resaltando su cintura, le sentaba especialmente bien.

Increíblemente bien.

Rain, mientras tanto, se alejó un poco más de Camila, deslizó su dedo por la pantalla del teléfono buscando un número específico en la lista de contactos y llamó. Sin embargo, tras varios tonos, saltó el contestador. Volvió a buscar en las últimas llamadas y pulsó el botón de llamar.

—Soy yo —dijo entonces Rain, cuando la persona a la que llamó, después de un par de tonos, aceptó la llamada—. Hay un coche que se ha quedado atrapado en un hoyo bastante profundo a unos diez metros de la entrada a La Mansión.

Hubo un breve silencio del otro lado de la línea.

—Jefe, soy yo, Kevin —dijo su ayudante con una mezcla de sorpresa y curiosidad tras el instante en el que se quedó en silencio, tratando de comprender por qué su jefe lo llamaba en un momento así.

—Ya sé quién eres —respondió Rain con un tono que denotaba un deje de exasperación.

—Ah… Bueno, si sabes quién soy, ¿para qué me llamas?

—Tengo un problema con un coche.

—Pues llama a la grúa, ¿a mí qué me cuentas? ¿O es que acaso esperas que use mis músculos y que saque el coche yo mismo? ¿Estás reconociendo que estoy más fuerte que tú?

Rain resopló, fingiendo sentirse frustrado.

—¿Cómo te voy a pedir una cosa así? —Rain puso los ojos en blanco— Y no, tengo más músculos, siempre seré más fuerte que tú.

Camila estuvo a punto de reír al escucharlo.

—Si no es para eso, ¿para qué demonios me llamas? —el pobre chico no entendía nada.

—¿Para qué crees que te llamo? ¡Obvio es para que llames a la grúa! —exclamó Rain con tono de "¿acaso no es evidente?"

—¡Pues llámala tú! —exclamó Kevin, usando el mismo tono condescendiente que Rain— ¿No? ¿Por qué demonios tengo que llamarla yo? ¿Por qué no lo haces tú?

—Pues no llamo yo porque por algo te pago, tienes que coger experiencia.

—Ya tengo experiencia en ti, jefe y créeme, con eso estoy más que servido.

—No, Kevin, la experiencia en mí no te servirá de nada —bufó Rain, evitando reír. Pero no pudo evitarlo mucho tiempo, terminó soltando una carcajada.

Camila observó con diversión el intercambio. Le encantaba ver ese lado más relajado y humano de Rain, viéndolo interactuar con otras personas, riendo y bromeando.

Camila, que te vas por las ramas…

—Ya en serio, ¿puedes ocuparte de la grúa? Estoy llamando a Johnson —que era el dueño del taller mecánico del pueblo y el único que contaba con una grúa— y me salta el contestador.

—Joder, pues haber empezado por ahí. ¿Seguro no se puede sacar de ahí sin necesidad de una grúa?

—Qué va, tío —suspiró Rain, haciendo sonreír nuevamente a Camila al escucharlo hablar en un tono tan coloquial—, ni con diez hombres movemos eso, es demasiado pesado…

—Yo me encargo entonces, jefe, te aviso cuando esté cerca la grúa.

—Ok, me avisas, ¡gracias!

Negando con la cabeza mientras emitía un profundo suspiro, Rain se giró y, con paso decidido, volvió a acercarse a Camila.

—Enviarán ayuda, no sé lo que tardarán, así que mientras tanto, si le parece bien, podemos ir en el coche policial y aprovechar para realizar la entrevista que teníamos programada —sugirió Rain, señalando su ranchera con una mano.

Camila asintió con la cabeza, mostrando su acuerdo con la propuesta.

—Estupendo —comenzó a decir, pero mientras daba unos pasos, tropezó inesperadamente en el terreno irregular.

Rain fue rápido y consiguió sostenerla antes de que perdiera el equilibrio y cayera al suelo. La mano firme de Rain envolvía la cintura de Camila, mientras el pecho de ella quedaba presionado contra el pecho de él.

Sorprendida y desorientada por el repentino contacto, Camila levantó su cabeza de manera brusca y se encontró con el rostro de Alvin cerca. Tan cerca que podía percibir el calor de su respiración.

Y sus labios todavía más cerca.

Atrapada en el momento, Camila no pudo evitar, ni fue plenamente consciente del gesto, que sus labios se abrieran ligeramente y que su lengua emergiera, intentando humedecer sus labios al sentirlos secos.

La mirada intensa de Rain, que hasta ese preciso instante había estado fija en esos profundos ojos color café de Camila, descendió, irremediablemente, hasta los labios de ella, siguiendo cada movimiento de su lengua.

En un gesto casi instintivo, Rain reforzó el agarre contra el cuerpo de ella y pudo percibir, a través de esa ropa que ocultaba a la mujer, las curvas y contornos de Camila.

Y Rain estuvo a punto de gemir.

Camila carraspeó y eso sacó a Rain de su trance. Tras carraspear él también, lentamente, separó ambos cuerpos, poniendo distancia entre ellos.

—¿Estás bien? —preguntó Rain en un susurro, tuteándola, mirándola directamente a los ojos. Su voz sonaba ligeramente más ronca de lo normal, mostrando que ese inesperado contacto lo había afectado más de lo que podría admitir.

—Sí —susurró ella, visiblemente afectada—. Yo… — Camila desvió la mirada de Rain y se movió ligeramente para separarse todavía más de él— Olvidé mi bastón —añadió, su voz denotando cierta vergüenza.

Rain, que hasta ese preciso momento no había sido plenamente consciente de que aún sostenía a Camila por las caderas, la soltó cuando percibió que ella se encontraba segura, apoyada en el coche.

El bastón, pensó.

De inmediato, se desplazó hacia el coche de Camila, abrió la puerta del conductor y se inclinó en el asiento. Tras unos segundos, salió con el bastón y el bolso de ella en sus manos.

—¿Necesita algo más? —preguntó, volviendo a las formalidades, mientras le entregaba los objetos.

Camila negó con la cabeza.

—Nada, gracias —respondió, todavía azorada.

—Entonces, mejor nos vamos. Me avisarán en cuanto logren sacar el coche del hoyo.

—Ah, casi lo olvido… ¿Y las llaves del coche? Tendré que dárselas y están puestas.

Rain negó con la cabeza.

—Se quedan puestas.

—Pero… —empezó a objetar Camila.

—Esto es Greenville y este terreno pertenece a La Mansión. Confíe en mí, el coche no desaparecerá —Rain sonrió con confianza—. De ser así, soy el sheriff, por lo que no tiene que preocuparse, haré que no pague ni la multa. Porque ese coche es de alquiler, ¿verdad? —

preguntó Rain, con su curiosidad natural, mientras caminaba con paso firme hacia la camioneta.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Camila con curiosidad.

Rain se detuvo un momento y miró hacia atrás, aprovechando la pausa para asegurarse de que Camila caminaba sin mostrar signos de necesitar ayuda. Estaba seguro de que si la necesitase, su orgullo le impediría pedirla.

Si había algo que había aprendido de ella en ese corto tiempo, era que Camila era una mujer orgullosa.

—Soy el sheriff, señorita Santos, y en este pueblo son pocos los secretos que se me escapan. No es usted la única que juega con ventaja —dijo con una sonrisa juguetona en los labios.

Aunque trató de mantener su expresión neutral, Camila no pudo evitar que una sonrisa sincera cruzara su rostro.

Una vez montados en el coche, Rain puso en marcha la ranchera.

—¿Su ayudante? —preguntó ella entonces, mostrándole que de poco le había servido tomar distancia porque se había enterado de toda la conversación.

—Supongo que también lo conocerá a él —dijo Rain, pero sin pizca de acritud en su voz.

—Supone bien —asintió Camila—. Tengo que conocer a todo su entorno, es parte de mi trabajo.

—Ni mi futura esposa conocería a mi entorno tan rápido —comentó Rain, bromeando.

Camila enarcó las cejas.

—¿Tiene pareja, señor Reed? —preguntó con un tono que, aunque intentaba ser profesional, no podía ocultar su interés personal.

Y a Rain no le pasó desapercibido.

Por ello sonrió…

—No, señorita Santos. Puede estar tranquila, no tiene que entrevistar a nadie más, relájese —dijo Rain con una risa suave.

El sheriff rio, no por su propio comentario, sino por la reacción de Camila. Vio cómo los hombros de ella caían ligeramente, aliviados. Aunque Rain pensó que gran parte de esa tensión era debido a la posibilidad de alargar el proceso por el cual ella estaba allí, había algo que le decía que había otras razones detrás de esa preocupación.

No iba desencaminado en sus sospechas. Si bien una gran parte de la tensión de Camila era por motivos profesionales, una pequeña parte de ella había suspirado de alivio por razones más personales, razones que ella prefería mantener en secreto.

Porque no le gustaba en absoluto.

—Nunca me quejaré de hacer mi trabajo —dijo ella, intentando reconducir la conversación y

alejarla de terrenos más personales.

Rain la miró de reojo, notando el cambio en el tono de voz de ella.

—Le gusta.

Camila lo miró, un tanto confundida, sin saber a qué se refería y él lo explicó.

—Me refiero a su trabajo —dijo Rain—. Le gusta.

No era una pregunta, lo estaba afirmando.

—Parece sorprendido por ello —a Camila no le pasó desapercibido el tono que había usado él al pronunciar esa afirmación.

Rain la miró rápidamente y sonrió, avergonzado, antes de volver a posar la mirada en la carretera.

—No fue esa la impresión que me dio la primera vez que la vi —admitió, siendo completamente sincero.

Las puertas de la valla de metal que protegían la entrada a La Mansión se abrieron cuando Rain accionó un pequeño mando a distancia que tenía en la ranchera, revelando el camino hacia el interior del lugar.

—¿Y qué impresión le di? —preguntó Camila, intrigada.

Rain, con una sonrisa misteriosa, simplemente negó con la cabeza, dejando claro que no estaba dispuesto a compartir esa información.

Y tampoco debería seguir con el tema, por su bien. Pero…

—¿En este momento estoy hablando con la asistente social o con Camila Santos, la mujer? —preguntó Rain. Camila pestañeó, claramente desorientada por la pregunta— Si es con la asistente social con la que hablo, créame, es mejor que no conozca la respuesta a esa pregunta.

Eso ya responde todo, pensó Camila.

—¿Y si soy simplemente Camila? —preguntó ella, sabiendo que no debería hacerlo, que no debería cruzar esa línea, pero la curiosidad la empujaba a querer saber más.

—Si eres Camila —dijo entonces Rain, mirándola a los ojos mientras detenía el coche en el estacionamiento de La Mansión—, tampoco puedo responder a esa pregunta, tendrías que permitirme conocerte para ello.

Camila sintió un nudo en la garganta, sorprendida por el tono profundo y las palabras de Rain. Sus palabras la dejaron sin habla, y por un momento, parecía que él estaba insinuando algo más.

No, a ella no. Eso no podía ser.

—No soy el tipo de mujer que nadie desee conocer profundamente, señor Reed — respondió con cautela, manteniendo una distancia formal.

Rain, claramente sorprendido, enarcó las cejas al escuchar tal declaración.

—¿Sabe lo que no soporto en esta vida, señorita Santos? —continuó sin darle oportunidad a responder— Que me reten.

—Pero yo no…

—Y tú, Camila —la interrumpió, volviendo a tutearla y fijando en ella una mirada tan intensa que parecía atravesarla—, lo acabas de hacer.

—Yo no hice eso —respondió ella con voz temblorosa, negando con la cabeza.

Rain se detuvo por un segundo, observándola, midiendo cada una de sus reacciones. Y solo pudo sonreír, sonreír como un auténtico sinvergüenza, sabiendo que tenía el control de la situación.

—Es hora de nuestra entrevista, señorita Santos —dijo Rain, volviendo a las formalidades.

Y contra todo pronóstico, no parecía agobiado, al contrario, parecía bastante emocionado con la tarea que tenía por delante: la entrevista que estaba por comenzar.



Capítulo 15

Rain no tenía idea de qué le había poseído para comportarse de esa manera. Que era la mujer encargada de redactar el informe para el juez, ese crucial documento que determinaría si Raider se quedaría a su lado o no, por el amor de Dios.

Pero joder, es que la había sentido tan cerca y sus cuerpos habían reaccionado de esa manera…

Porque sí, lo habían hecho los dos. Ambos cuerpos habían reaccionado a ello. El cuerpo de Rain lo había traicionado, manifestándose con una erección de caballo, una que esperaba que ella no hubiera notado, sobre todo después de abrazarla con tanto ímpetu, pero lo hizo de manera que ella no pudiese notarla. Aunque con la mente tan nublada como la tenía en ese momento, a saber si ni eso hizo bien.

El cuerpo de Camila tampoco se quedó atrás. No se trataba solo del marcado sonrojo que coloreaba sus mejillas o del calor abrasador que se desprendía de su piel cuando estuvo tan pegada a él, ni de esos labios entreabiertos que parecían invitar a un beso profundo, o esa lengua que jugueteaba, incitadora.

La realidad era que esa mujer tembló entre sus brazos, y Rain sabía que no fue por temor, sino por deseo.

La resistencia de Rain flaqueó. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que se sintió así, si es que alguna vez había experimentado un deseo tan puro y crudo, porque él no recordaba haber sentido algo como aquello nunca.

Y Rain se olvidó de todo, Rain ya no era el individuo bajo evaluación y ella dejó de ser la encargada de decidir su destino.

Por un instante, se convirtieron en dos seres que se deseaban.

Maldición, pensó Rain, ¿por qué el destino tenía que ser tan cruel y hacerle desear a esa mujer en particular? ¿Es que no había otra?

Durante años, él había estado solo y se había adaptado a su soledad, contentándose con relaciones esporádicas y superficiales.

Sin embargo, esa mujer había llegado para sacudir todos sus cimientos y hacerle replantearse todo lo poner todo su mundo patas arriba, de todas las maneras posibles.

Camila también lidiaba con su conciencia, regañándose mentalmente por haber caído en la tentación con el hombre al que tenía que evaluar.

De verdad, Camila, lo tuyo no es normal, se decía a sí misma.

Siempre había sentido debilidad por las historias locas, las más rocambolescas. *Pero esto,* pensó, *es llevar las cosas a otro nivel.*

Nerviosa, aún con su cuerpo tembloroso, Camila buscó con rapidez en su bolso, sacando la

libreta y un bolígrafo. Decidida a centrarse en la tarea que tenía por delante, se dispuso a hacer lo que mejor sabía: trabajar, recordándose a sí misma el motivo real de su presencia allí.

—¿Está listo, señor Reed? —preguntó Camila, decidida a enfocarse en lo que debería, que no era, precisamente, Alvin Reed como tal.

Los ojos de ambos se encontraron por un instante. Rain asintió con la cabeza en el mismo momento en que Camila desvió la mirada, posándola rápidamente en su libreta de apuntes, llena de preguntas meticulosamente preparadas.

—¿En qué momento se planteó cuidar a Zev? —comenzó Camila con la primera pregunta, subrayando levemente el nombre del niño en su papel.

Rain suspiró profundamente, cruzando sus manos sobre el escritorio.

Se acomodó mejor en la confortable silla de su despacho, que es donde se encontraban, rodeados de estanterías llenas de libros. Luego, miró fijamente a la asistente social, que había vuelto a levantar sus ojos hacia él, esperando una respuesta sincera.

—No podría decirle un momento exacto —comenzó Rain, tomando una pausa, metiéndose en su papel y dejando todo lo demás atrás—. Recuerdo con claridad el día que le comenté a Carmichael la opción de asumir la tutela de Raider, pero cuándo tomé la decisión firme, realmente no lo sé. Cada vez que volvía del hospital, después de verlo en esa cama, le daba vueltas a la cabeza, pensando en cómo ayudarlo —Rain se encogió ligeramente de hombros, mostrando una expresión vulnerable—. En algún momento, esa idea se formó en mi mente y supe que era lo que tenía que hacer.

—¿En ese momento ya lo llamaba Raider? —quiso saber Camila.

—No, eso es reciente —sonrió Rain, recordando el momento en el que el niño se lo había pedido.

—¿Por qué lo visitaba en el hospital? —preguntó Camila, tomando notas a toda velocidad, su bolígrafo se deslizaba sobre el papel con fluidez.

—¿En el hospital? —preguntó Rain, buscando claridad en la pregunta. Camila lo miró fijamente y asintió con la cabeza— Al principio por trabajo, ya que era testigo clave de un caso que investigaba.

—¿Y después? —interrogó ella rápidamente, mostrando su profesionalismo y sin dejarle pensar.

—Después... Bueno, no lo sé exactamente. Fui una vez por curiosidad. Luego fui otra vez por empatía. Y cuando me quise dar cuenta, encontraba razones para ir cada día.

—¿Por qué? —Camila levantó un momento la mirada de la libreta, buscando sinceridad en sus ojos al hacerle esa pregunta.

—Porque me gustaba estar con él, ¿acaso no es evidente? —respondió Rain con un tono que rozó la defensiva.

Camila miró a Rain y negó con la cabeza.

—No, señor Reed. No es evidente. Incluso si lo fuera, hay cosas que tengo que preguntarle. No es algo personal ni estoy, en este momento, juzgándolo. Pero déjeme hacer mi trabajo, porque sé cómo debo hacerlo y es esencial para el bienestar del niño. Porque es eso lo que ambos buscamos, ¿no?

—Lo siento —dijo Rain, su voz reflejaba arrepentimiento al darse cuenta de que había sonado más brusco de lo que pretendía—. Es solo que…

—Lo entiendo —lo interrumpió Camila con un tono más suave, ya más relajada y retomando su papel de asistente social con total seriedad—. No soy nueva en esto, conozco bien las reacciones y sentimientos de quienes están al otro lado. Dígame, ¿cuál considera que es su motivación principal para querer obtener la custodia oficial de Zev?

Rain meditó unos segundos antes de responder, buscando las palabras adecuadas.

—El propio Zev —dijo entonces, con sinceridad.

—Explíquese —ordenó Camila.

—Desde que conocí a Raider, no he podido evitar sentirme identificado con él.

Y así, con preguntas perfectamente planeadas, Rain tuvo que pasar la entrevista más importante y aburrida de su vida.



Tras escuchar cómo llamaban suavemente a la puerta con los nudillos, se escuchó cómo el picaporte se movía y la puerta del despacho comenzó a abrirse lentamente. Rain se giró un poco, lo suficiente para ver quién era.

Su rostro mostró una mezcla de sorpresa y preocupación al ver a Raider.

—Raider —dijo, girándose por completo—. ¿Qué haces despierto? ¿Estás bien? —preguntó, preocupado.

El niño, con sus ojos bajos, negó con la cabeza.

—No podía dormir —murmuró, la inseguridad en sus palabras.

Rain le hizo un gesto con la mano para que se acercara. Con pasos vacilantes, Raider avanzó hacia el interior del despacho, cerró la puerta detrás de sí y caminó hacia Rain.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca, Rain, con un gesto protector, colocó un brazo alrededor de los hombros del pequeño y lo condujo hacia la ventana del despacho, mostrándole el paisaje estrellado que él estaba contemplando antes de que el niño interrumpiera sus

pensamientos.

—Cuando vivía en el orfanato, lo que más añoraba era poder ver las estrellas —comenzó a decir Rain con un tono nostálgico.

Raider lo miró con una expresión de confusión y curiosidad.

—¿No podías verlas? —preguntó, su voz llena de inocencia.

—No había ventanas en la habitación. Bueno, había, pero estaban valladas y tapadas, así que como si no hubiera.

—¿Por qué? —la curiosidad en Raider se hizo todavía más palpable.

—Para proteger a los niños para que no hicieran alguna locura, como escapar.

Raider tragó saliva.

—¿Alguna vez has pensado en hacer alguna locura? —preguntó Raider en un murmullo casi inaudible.

Rain suspiró pesadamente y asintió con la cabeza.

—Muchas veces —respondió, y giró la cabeza, mirando al chico que lo observaba con los ojos empañados en lágrimas—. ¿Y tú? —preguntó, su tono cargado de preocupación, aunque intuía la respuesta no solo por las historias que había escuchado que lo llevaban a imaginarlo, sino porque los ojos de Raider lo decían todo.

—Algunas veces — admitió Raider, con la voz temblorosa.

Rain sintió un nudo en el estómago al escucharlo. Era doloroso pensar que un niño pudiera sentirse así, sintiendo que lo mejor o que su única salida era desaparecer.

—No me gustaba sentirme así —confesó Raider.

—A nadie le gusta —le aseguró Rain—. Pero si alguna vez vuelves a sentirte así, no te sientas mal ni te culpes, búscame y cuéntamelo, y juntos enfrentaremos esos pensamientos, ¿de acuerdo?

Raider asintió con la cabeza.

—Eso me dice la psicóloga.

—Hazle caso a ella más que a mí —bromeó Rain con una sonrisa ligera y volvió a mirar al frente, hacia el cielo oscuro plagado de estrellas brillantes—. Ahora dime, ¿qué te preocupa?

Raider se tensó y tardó un momento en responder. Rain, paciente, esperó. Sin presionarlo, hasta que finalmente Raider rompió el silencio.

—¿Has hablado con la asistente social? —preguntó entonces Raider, su voz llena de temor.

Rain giró la cabeza y lo miró a los ojos, intentando transmitirle confianza.

—¿Sobre qué?

—Sobre mí —dijo Raider casi en un susurro.

—Bueno, todo lo que hablamos esa mujer y yo es sobre ti —bromeó ligeramente Rain.

Aunque no era del todo cierto, ya que había ciertos límites que habían pasado, pero algo sin importancia. Algo que apenas cabía mencionar.

Nada, solo que la deseas.

Maldita conciencia…

—¿Te refieres a la entrevista? —preguntó Rain, intuyendo hacia dónde quería ir el pequeño.

Raider asintió con la cabeza y Rain negó con la suya, mostrando una sonrisa reconfortante.

—Pues no, no hemos hablado de eso. ¿Estás preocupado por eso? ¿Por si has metido la pata, como tú dices? —Raider asintió repetidamente y Rain sonrió— Jamás podrías meter la pata, Raider. Incluso si hablases mal de mí y dijeses que soy lo peor o que no quieres estar conmigo, si es lo que tú realmente sientes, seguiría sin ser una metedura de pata.

—Yo jamás haría eso —dijo Raider con firmeza.

—Lo sé —le aseguró Rain—. Lo que intento decir es que cuando se trata de sentimientos, cuando uno necesita expresar lo que lleva en el corazón, no hay nada correcto ni incorrecto. Solo sinceridad. ¿Lo entiendes?

—Sí —murmuró Raider—. No quiero irme de aquí, Rain.

De eso se trataba todo, por eso estaba tan nervioso, tenía miedo de que se lo llevaran de La Mansión y que lo separaran de todos ellos, sobre todo de Rain.

Rain miró a Raider a los ojos, su mirada intensa y decidida.

—No te irás —juró Rain.

Y Rain nunca juraba en falso.



Capítulo 16

—¿Lo que me has enviado es el informe preliminar? —preguntó, con voz adormilada, la mujer que estaba al otro lado de la línea telefónica cuando Camila aceptó la llamada de teléfono.

Camila asintió con la cabeza, sin darse cuenta de que esa mujer no podía verla.

—Sí —respondió entonces.

—Maldita sea, Camila, ¿sabes qué hora es? No, espera —dijo antes de que Camila pudiese formular cualquier pregunta— ¿Sabes, acaso, qué día es?

Camila abrió la boca para decir que sí, que era… Pero su mente, exhausta y sobrepasada por las horas de trabajo, se quedó completamente en blanco.

¿Qué día es?, se preguntó, desconcertada.

Instintivamente, separó el móvil de su oreja con la intención de mirarlo, pero la voz ligeramente irritada de la mujer del teléfono fue más rápida al interrumpirla.

—Es sábado, Camila y son las doce y media de la noche. ¿Se puede saber qué haces trabajando todavía?

Camila alzó la vista, parpadeando un par de veces, y solo entonces se percató de que las luces del establecimiento estaban encendidas. Y que, por lo que podía ver a través de los amplios ventanales del lugar, ya había oscurecido. Las doce y treinta y dos minutos de la noche, para ser exactos. Es decir, que técnicamente ya era domingo, no sábado.

Camila suspiró pesadamente, se llevó los dedos al puente de la nariz y apretó con cierta intensidad.

—Lo siento —dijo, contrita—. No me di cuenta…

—No, ya, que no te diste cuenta es evidente. Normal si no sales de esa maldita habitación nada más que para las visitas relacionadas con el caso —reprochó la mujer, su voz reflejando irritación.

Camila estuvo a punto de decir que no se encontraba en la habitación de la pensión porque internet no funcionaba y que tuvo que buscar un rincón tranquilo donde poder asentarse a trabajar. Necesitaba completar el primer informe preliminar y enviarlo, y eso exigía una conexión que no fallase.

Lo primero que encontró con conexión a internet fue ese bar. Un lugar que, a esas horas, lucía más como un pub que como el tranquilo café que era por la tarde.

La mujer al otro lado del teléfono suspiró pesadamente, dejando salir toda su frustración.

—Lo leeré el lunes, ¿de acuerdo? —dijo con un tono algo más relajado y comprensivo.

—Por supuesto —asintió Camila, sabiendo a la perfección que la norma era no trabajar los fines de semana, a menos que, como en su caso, estuvieran lejos de casa, con trabajo acumulado

y con nada mejor que hacer.

Como le pasaba a ella en ese preciso momento.

—Buenas noches, Camila. Y conoce el pueblo, mujer.

—Buenas noches… —se despidió Camila— Y lo siento de verdad —añadió al sentirse algo culpable, aunque la otra persona ya había colgado la llamada.

—¿Qué es lo que sientes?

La pregunta provocó un escalofrío inmediato en el cuerpo de Camila. Lentamente, con el corazón latiendo con fuerza en su pecho al saber de quién se trataba, Camila levantó la vista. Sorprendida, se encontró con el dueño de ese penetrante par de ojos verdes que la miraba con una mezcla de curiosidad e interés.

—Señor Reed… —susurró, su voz temblorosa y apenas sonando audible, un poco aturdida al verlo allí, tan inesperadamente, frente a ella.

Rain sonrió ligeramente.

—Rain, Camila. Fuera del trabajo puedes llamarme Rain.

Camila, en ese momento, no podía llamarlo de ninguna manera porque, sencillamente, había perdido la capacidad de articular palabra. Y es que allí estaba aquel hombre, vestido de paisano, con un pantalón vaquero que se le ceñía demasiado bien y una camiseta verde que resaltaba el color de sus ojos.

Los ojos de Camila, brillando con una combinación de asombro y admiración, no pudieron más que recorrerlo de arriba a abajo y luego, inevitablemente, volver a subir, deteniéndose una vez más en esos ojos que ahora la observaban con diversión. Cuando sus miradas se cruzaron, Rain tenía las cejas sutilmente enarcadas y una sonrisa socarrona y juguetona adornando sus labios.

Sabía, muy bien, que ella le había dado un repaso.

Azorada, y atormentada por el conflicto interno que sentía porque ese tipo de reacción no era ético y lo sabía perfectamente, Camila olvidó el rubor intenso que cubría sus mejillas y negó con la cabeza, tratando de recuperar su compostura.

—Soy la asistente social encargada de su caso de adopción, señor Reed. Es… Mi cliente, por así decirlo. Las formalidades son necesarias en nuestra relación.

Rain bufó, sonando un tanto exasperado ante la formalidad de ella.

—¿Nunca te relajas? —preguntó, desafiante, porque él, claramente, había decidido tutearla. Camila enarcó las cejas, sorprendida— Esto no es trabajo, Camila, ¿o tienes pensado interrogarme mientras me tomo una cerveza? —Rain levantó la mano, llamando la atención del camarero.— Una sin alcohol y… —miró a Camila y a la taza de café que tenía frente a ella, seguro que de hacía un buen rato— ¿Qué quieres tomar?

Camila, sintiéndose fuera de lugar, negó con la cabeza, no iba a beber nada.

—Yo no…

—Camila, por favor —interrumpió Rain, mostrándose claramente cansado de esa actitud reservada y estricta de ella—. No vamos a hablar de nada que condicione mi caso. Así que relájate. En este momento, solo soy una persona que conoces en este pueblo. ¿Qué tiene de malo que te tomes algo conmigo y que compartamos una conversación casual?

Camila lo meditó un segundo y terminó asintiendo con la cabeza.

—Otra cerveza, por favor.

Rain sonrió, su sonrisa ampliándose en aprobación y volvió a mirar al camarero, confirmando el pedido.

—Que sean dos.

—Con alcohol, señor Reed —dijo entonces Camila, sorprendiéndolo.

La sonrisa que Rain le dirigió fue todavía más amplia.

—¡Una con y una sin! —exclamó Rain con entusiasmo. Y, sin pedirle permiso ni esperar una invitación, tomó asiento frente a ella.

Rain se acomodó en la silla, colocándola un poco de lado para poder estirar cómodamente las piernas. Y miró a Camila.

El camarero llegó rápidamente con la bebida, le puso a cada uno la jarra de cerveza delante y se marchó.

Rain seguía mirándola, su media sonrisa nunca desvaneciéndose.

—¿Un día cansado? —preguntó ella, intentando romper esa extraña atmósfera, más que nada movida por la necesidad de poner fin a ese juego de miradas que la estaba poniendo nerviosa.

Rain bebió un largo trago de su cerveza, y asintió con la cabeza.

—Acabo de terminar el turno, ha sido demasiado largo. Romeo me dijo que Raider ya duerme, así que… —se encogió de hombros, despreocupado.

—No le estoy pidiendo explicaciones de por qué está en un pub a estas horas, señor Reed —respondió Camila, con voz calmada, intentando no sonar desagradable.

—Lo siento —rio él, sus ojos brillando por la diversión—, esta vez ha sido mi culpa no separar lo profesional de lo personal. Supongo que igual que para ti es casi imposible mirarme como algo más que tu cliente —lo dijo en un tono que a Camila le provocó un escalofrío porque sentía que iba con segundas intenciones—, yo tengo la sensación de que me estás evaluando todo el tiempo.

—Porque, de hecho, lo estoy evaluando todo el tiempo —dijo ella seria, sonando repipi y altanera. Cogió la jarra de cerveza que tenía a su lado y bebió.

Rain, ante su respuesta, no pudo más que soltar una carcajada. Ya estaba mostrando más de sí misma, esa sí era la verdadera Camila.

—Tienes un humor mordaz —comentó él, la sonrisa aún presente en la voz.

—Usted no se queda atrás, señor Reed. El comentario de la silla de ruedas cuando Zev se cayó del árbol… —Camila negó con la cabeza y, sin poderlo evitar, una sonrisa amplia se formó en sus labios— No fue lo más acertado, no —dijo y terminó riendo.

Rain rio al escuchar ese tono divertido en su voz y, un instante después, la risa juguetona de Camila se transformó en una sonrisa vergonzosa al darse cuenta de la intensa mirada que Rain dirigía hacia ella.

—No dejes de hacerlo —susurró Rain, con una calidez inesperada.

—¿El qué? —preguntó Camila, sorprendida.

Rain miró con detenimiento el rostro de la mujer que, en ese momento, tenía su estirada coleta algo más floja, deshecha. Parecía otra mientras la risa iluminaba su rostro, otorgándole un tono sonrosado, a diferencia de las veces anteriores en las que parecía tan pálida.

—Sonreír —respondió Rain con suavidad—. Te sienta muy bien, deberías hacerlo más a menudo.

El tono rosado en las mejillas de Camila se acentuó, convirtiéndose en un tono rojo grana profundo, ante lo cual Rain no pudo evitar sonreír ampliamente.

—Te ruborizas con mucha facilidad —afirmó él.

Ella rápidamente negó con la cabeza, intentando desmentir esa afirmación.

—Hace mucho que no escucho un piropo, esto es todo —su voz sonando un poco más suave y vulnerable de lo que hubiera deseado.

No había sido su intención revelarle nada sobre su vida personal, pero la cerveza estaba haciendo efecto, relajándola y permitiendo que se mostrase menos cohibida.

—¿Hace cuánto, exactamente? —preguntó Rain, con un tono de genuino interés.

Camila lo miró directamente a los ojos, haciendo evidente que comprendía la profundidad de esa pregunta. Sabía que, dependiendo de su respuesta, él podría deducir bastante sobre ella.

—Demasiado, supongo —respondió, eligiendo sonar intencionadamente ambigua—. Pero tampoco es algo que eche de menos —añadió y, con decisión, cogió la jarra y volvió a beber un trago.

—No estás hablando de los piropos, ¿verdad? —Rain, astuto y perspicaz, no era alguien fácil de engañar. Siempre estaba un paso por delante, intentando leer entre líneas…

Camila levantó la jarra, se bebió más de la mitad de un trago y la soltó encima de la mesa con un sonido profundo y satisfecho saliendo de su garganta.

—Ya se lo dije, señor Reed, no soy una persona especialmente interesante. Mi vida es demasiado aburrida —negó con la cabeza, su mirada perdida en algún recuerdo—. Ni siquiera soy buena compañía para tomar una simple cerveza.

Rain enarcó las cejas, claramente sorprendido al escucharla. Su mirada penetrante se clavó en ella.

—Me sigues retando, Camila… —dijo lentamente y con un tono de advertencia que dejó flotando en el aire.

Camila pestañeó, genuinamente confundida, su frente se arrugó en un gesto de desconcierto.

—¿A qué?

—A conocerte mejor. O, mejor dicho, a conocerte de verdad. Porque estoy seguro de que lo que muestras no es ni la punta del iceberg —afirmó Rain, y su tono dejaba claro que no lo decía a la ligera.

Rain estaba convencido de ello. Los días anteriores, cada vez que había pensado en Camila, que habían sido más veces de las que le gustaría admitir, sentía lo mismo: deseos de conocer de verdad a esa mujer y descubrir todos y cada uno de los secretos que guardaba celosamente. Porque estaba claro que, si se comportaba de manera tan reservada, era porque tenía cosas importantes que ocultar.

De no ser así, no habría creado a su alrededor tantos muros protectores. Muros que Rain quería destruir, uno a uno, hasta conocer qué era lo que realmente ocultaba en su interior.

¿Para qué?, le preguntó la voz de su cabeza.

Rain no podía responder a eso, al menos no en ese preciso momento. Pero esa mujer representaba un reto para él, y de eso no tenía ninguna duda.

Camila negó repetidamente con la cabeza, tomó aire profundamente y soltó un suspiro resignado.

—No me vea así, señor Reed, no soy ningún misterio. Solo soy lo que ve.

Rain sonrió, una sonrisa enigmática y decidida.

—Lo veremos…

Nerviosa por haber llegado a esa situación, porque no quería despertar el interés de ningún hombre, mucho menos de él, Camila comenzó a recoger sus cosas.

Rain no dijo nada, simplemente la observó con curiosidad mientras ella metía, meticulosamente, las cosas en el bolso. Cuando se levantó y fue a coger el ordenador portátil, Rain lo cogió primero, anticipándose a ella.

—El bastón —dijo él.

Camila replicó, frustrada.

—¿Qué está haciendo?

Rain no respondió de inmediato. Sin soltar el portátil, se dirigió a la barra, pagó las bebidas y, cuando se giró para volver, se encontró con Camila mirándolo con el ceño fruncido.

—Te quedas en la pensión, ¿verdad?

—¿Cómo…? —empezó Camila, pero su voz se cortó al ver cómo Rain levantaba ligeramente las cejas en un gesto tan característico de él.

Casi podía escucharlo decir “porque soy el sheriff”.

Además, ¿dónde más se iba a quedar en aquel lugar?

—Te acompaño —dijo Rain con firmeza.

—No hace falta — insistió Camila, estirando la mano nuevamente para coger el ordenador. Pero Rain, hábilmente, lo movió fuera de su alcance.

—No hace falta, pero lo voy a hacer —señaló la salida con la mano, haciendo un gesto para que Camila pasara primero—. ¿Nos vamos?

—Señor Reed…

—Camila —dijo él con seriedad.

Camila suspiró pesadamente al darse cuenta de que no sería capaz de deshacerse de él tan fácilmente.

Los hombres y ese innato complejo de caballeros de brillante armadura, pensó.

Armadura que, con el tiempo, se convertía en un poderoso arma de dolor y destrucción…



—No lo vi en toda la semana —dijo entonces Camila, rompiendo el tenso silencio, mientras sus pasos resonaban en la plaza del pueblo.

—¿Eso significa que me has echado de menos? —preguntó Rain, con una mirada juguetona y luciendo una sonrisa sinvergüenza que le daba un aire desenfadado.

—Señor Reed… —comenzó ella con tono de advertencia, tratando de evitar el rubor en sus mejillas.

Rain sonrió todavía más, sus ojos brillando con diversión.

—Al menos significa que has notado mi ausencia. Me daré por satisfecho por ahora.

—¿Puede dejar las bromas? —resopló ella, su rostro mostrando una ligera molestia.

Rain enarcó las cejas.

—No soy el tipo de persona que bromea, Camila. No fingiendo interés en alguien —intervino rápidamente al verla tropezar con una piedra, agarrándola del brazo para evitar que cayera.

—Estoy bien —dijo ella con firmeza, liberándose de su agarre y enderezándose.

Estaba nerviosa, mucho, ¿cómo no estarlo con un hombre así diciendo ese tipo de cosas?

Rain sonrió, sabiendo el efecto que provocaba en ella, sintiéndose muy satisfecho y orgulloso por ello.

—Ha sido un día muy largo —dijo él entonces, decidiendo dejar de atormentarla, lo cual Camila agradecía.

—Tenía la idea de que al ser un sitio tan pequeño… —empezó, buscando las palabras adecuadas.

—¿Trabajaría menos? —continuó él, girando hacia ella, sus ojos encontrando los de ella, facilitándole la frase. Camila asintió con la cabeza y Rain volvió a mirar al frente— No es un sitio donde haya delincuencia exagerada, pero ningún lugar está libre de ella. Además, muchas veces estamos para otras cosas.

—¿Cómo cuáles? —preguntó ella, curiosa.

—Abrir una puerta a alguien que se le quedó las llaves dentro, bajar a un gato del árbol —Rain se encogió de hombros, la miró de reojo y sonrió—. Lo que haga falta.

—¿Ese tipo de cosas no son competencia de los bomberos? Por lo que conozco de los cuerpos policiales, son asuntos que resuelven ellos.

—¿Conoce bien la labor de los cuerpos policiales? —preguntó Rain con curiosidad, inclinando la cabeza al ver que parecía hablar con conocimiento de causa.

—Al menos conozco la labor que deberían realizar, sí —dijo Camila en tono lúgubre. Al darse cuenta de que había hablado más de la cuenta, carraspeó, nerviosa—. ¿Entonces no llaman a los bomberos en casos así? —se apresuró a regresar al tema inicial.

—Los bomberos y la policía trabajamos codo con codo —explicó Rain—. A veces no se sabe dónde empieza la labor de uno y termina la del otro.

Camila asintió con la cabeza, reflexionando sobre lo dicho.

—Supongo que es algo normal en los pueblos pequeños —dedujo ella.

—Supone bien —respondió Rain con una sonrisa.

Caminaron, en silencio, un poco más. Cada uno sumido en sus pensamientos y, ¿por qué no ser sinceros? Ambos disfrutando de la compañía del otro y del agradable paseo nocturno.

Casi sin darse cuenta, ya estaban delante de la puerta de la acogedora pensión donde Camila se hospedaba. Frente a frente, los dos se miraban profundamente a los ojos, tratando de descifrar los pensamientos del otro.

—Lo veré esta semana —comenzó Camila, tratando de romper el ligero silencio que se había instalado entre los dos. Sus manos estaban sobre el bastón, agarrándolo con fuerza, como si buscara en él un apoyo emocional—. Ya terminé con las entrevistas, como bien sabrá. Así que

me toca realizar algunas visitas.

Rain asintió lentamente, su expresión reflexiva, mientras pasaba una mano por su cabello ligeramente despeinado.

—Siento no haber podido estar allí, tuve una semana complicada con el trabajo.

Camila, entendiendo su situación, negó rápidamente con la cabeza.

—No se preocupe, de todas formas, tampoco habría podido hacer nada. Era a su entorno al que tenía que entrevistar.

—Lo sé… —susurró Rain.

—Bien —Camila carraspeó—. Nos vemos estos días.

—¿Visita sorpresa? —preguntó él, alzando una ceja y sonriendo de medio lado, intentando aligerar el ambiente.

Camila le devolvió la sonrisa.

—Seguramente.

—Bien…

El silencio volvió a caer entre ellos. Sin saber exactamente cómo manejar la situación, y sintiendo que era el momento adecuado para retirarse, Camila terminó por despedirse con cortesía.

—Buenas noches, señor Reed —dijo con voz suave y firme a la vez.

Sin esperar respuesta, se giró y comenzó a caminar con paso decidido, mientras la puerta de la pensión se abría para recibirla.

—Buenas noches, Camila —respondió Rain con voz ronca, justo antes de que la puerta de entrada de la pensión se cerrara detrás de ella.



Capítulo 17

Fue exactamente como lo había anticipado, una visita sorpresa. Sin embargo, a Rain, esta inesperada aparición no parecía sorprenderle en absoluto.

—Cualquiera diría que me esperaba —comentó ella con una mezcla de diversión y sorpresa, notando la falta de asombro en la expresión del hombre.

—Fue usted quien me dijo que mientras estuviera aquí, debería esperarla siempre —respondió Rain, utilizando un tono más formal, consciente del carácter profesional de esa visita. Sin embargo, en sus palabras, había una chispa juguetona que no podía ocultar.

Rain se había despertado esa mañana preguntándose si ese sería el día en el que ella aparecería por La Mansión. Ya habían transcurrido dos días desde que se vieron por última vez en el pub del pueblo. Durante ese tiempo no había tenido noticias de ella.

Rain había caminado por el pueblo con la esperanza de encontrarla casualmente, pero sus intentos habían sido en vano.

¿Qué por qué había hecho eso?

Bueno, pues porque la mujer estaba sola y quizás podía necesitar algo…

No te mientas a ti mismo, Rain, murmuró la voz de su cabeza.

Camila, mostrando una pequeña sonrisa, separó su mano de la de Rain después de estrechársela por un instante. Lanzó una mirada rápida a los habitantes de La Mansión. Todos estaban en silencio, sentados a la mesa del comedor, listos para desayunar.

Muy temprano he venido yo, ¿no?, pensó Camila, suspirando mentalmente.

—Que aproveche —dijo ella y después de un gracias colectivo, señaló uno de los amplios butacones que había al otro lado del salón—. Me quedaré por allí. Por favor, actúen con normalidad, como si no estuviera.

—Eso es un poco complicado —comentó Romeo, conocido por su sinceridad directa y su falta de filtro en situaciones delicadas.

—Ya, lo entiendo —respondió Camila, mostrando empatía con una ligera inclinación de cabeza—. Pero…

—Es su trabajo —interrumpió Chloe, mostrándole una sonrisa comprensiva.

—Lo siento —susurró Camila, sintiendo como si estuviera invadiendo un espacio privado.

Que era, básicamente, lo que estaba haciendo. Pero nunca se había sentido tan incómoda por hacerlo como se sentía en ese momento.

—Nada que sentir —aseguró Carmichael con una sonrisa tranquilizadora—. Siéntase en libertad de explorar la casa o unirse a nosotros para el desayuno, si así lo desea.

Apreciando la amabilidad del gesto, Camila declinó la oferta con una rápida negativa de su cabeza.

—Tal vez más tarde le acepte un café —respondió amablemente, lanzando una mirada significativa hacia Rain, que aún se mantenía en pie, a diferencia de los demás que estaban cómodamente sentados.

Camila, con un sutil movimiento de mano, indicó el espacio que había elegido para sentarse. Rain, entendiendo la indirecta, asintió brevemente.

Solo cuando ella se acomodó en el butacón, Rain se decidió a unirse a los demás en la mesa. El silencio en el comedor era casi ensordecedor, roto solo por el sonido de cubiertos y platos.

Mientras Camila trataba de concentrarse en la libreta que tenía entre sus manos, de vez en cuando lanzaba una mirada a su teléfono.

Sin embargo, no podía evitar sentir la intensidad de algunas miradas fijas sobre ella. Cuando finalmente levantaba la vista, se encontraba con la curiosidad de los miembros de La Mansión. Una breve tos de Camila y ellos regresaban a su comida, dejando nuevamente el ambiente en silencio.

Era evidente que los incomodaba, ¿pero qué más podía hacer? No es que estuviera, precisamente, cómoda en esa situación.

—Bueno, pues está rico el…

Rain, decidido a acabar con el malestar general, comenzó a hablar. Pero se calló, incapaz de identificar la comida en cuestión. Miró al cuenco con incertidumbre y puso cara de asco.

—¿Quién me ha echado fresas en los cereales con leche? —resopló, olvidándose, por un momento, de que Camila estaba ahí, provocando que los demás hicieran lo mismo.

—¿Quién te las va a echar? —resopló Romeo con un tono sarcástico.

—Has sido tú, tito —lo acusó Tori con una sonrisa traviesa, señalando al propio Rain.

—¿Yo cuándo? —preguntó Rain, sin poderse creer eso porque si había algo que él odiaba en el mundo, era la fruta.

—Cuando mirabas más de la cuenta a quien no deberías mirar — intervino entonces Raven con un tono juguetón y un brillo pícaro en los ojos. Rain le lanzó una mirada sorprendida, enarcando sus cejas en señal de desconcierto—. Vamos —Raven señaló el cuenco, haciendo una mueca—, que tienen que estar ya los cereales empapuchados. Qué asco.

—Lo dice el que se está comiendo una tostada con mantequilla y mermelada —Rain fingió un escalofrío de desagrado—. Yo no sé qué les veis a las frutas.

—Están ricas —dijo Raider con entusiasmo.

—Y son refrescantes —añadió Carmichael.

—Son una estafa —replicó Rain, su rostro mostrando una indignación exagerada—. Las ves y

piensas “qué bonitas, qué buena pinta, eso tiene que estar deliciosamente dulce” —bufó con un teatral suspiro de desilusión—. Deliciosamente asquerosas, están. Sobre todo las fresas, ¿hay algo que parezca más dulce que una fresa y que en realidad sea tan ácido?

—Tú —dijo Romeo con un tono acusatorio, le dio un bocado al croissant que tenía en la mano y, masticando, continuó—. Pareces un santo y eres un capullo.

Chloe gimió al escucharlo.

—No se habla con la boca llena —recordó Tori con un tono de regaño, imitando a su tía.

—Lo siento —se disculpó rápidamente Romeo cuando tragó, su expresión mostrando cierta culpabilidad.

—Y no se dice… —comenzó Tori, pero Raven, mirando de reojo a la asistente social, cortó a su hija, temiendo que se adentrara en territorio peligroso.

—No se dice y ya —le advirtió Raven con la mirada.

La pequeña Tori miró a Raven con el ceño fruncido y, después, giró su mirada hacia Raider, buscando algún tipo de apoyo.

—Siempre me riñen a mí cuando son ellos los que me enseñan las palabras —se quejó con indignación, haciendo que todos los adultos de la mesa soltaran una carcajada.

Raider negó con la cabeza, muy serio.

—Es muy injusto —se lamentó el pequeño, dándole la razón a Tori.

—¿Verdad? —Tori lo miró, la pena en sus ojos— Y una se cansa de siempre lo mismo… —expresó en un tono dramático.

Los adultos, intentando mantener la compostura, aguantaban la carcajada mientras Raider, muy serio, asintió con la cabeza, mostrando comprensión.

—Te entiendo perfectamente, Tori —aseguró él.

—Lo sé —sonrió ella ampliamente—. Por eso somos hermanos, porque siempre nos entendemos —agregó como si estuviera contando un secreto.

Raider sonrió dulcemente mirando a la pequeña y, al percatarse de que ella intentaba coger una manzana, rápidamente se bajó de su asiento, fue hasta Tori, se la quitó de las manos con delicadeza, cogió un cuchillo afilado y comenzó a pelarla. Allí, justo al lado de ella, como un protector vigilante.

—Tienes que tener mucho cuidado, te puedes cortar —le advirtió Raider con seriedad.

—Le iba a pedir a mi papá que la cortara —admitió Tori.

—No te preocupes, ya te la corto yo —respondió Raider, mientras sus manos trabajaban con destreza.

—¿Tú no te cortas? —preguntó Tori con curiosidad.

Raider negó con la cabeza.

—Tengo mucha práctica —dijo él.

—¿Por qué? —inquirió Tori, frunciendo el ceño.

Los dos estaban tan metidos en su pequeño mundo que parecían olvidarse de la asistente y de los adultos que los observaban con atención.

—Porque lo he hecho muchas veces. Algunas noches era lo único que había para comer cuando vivía en… —Raider negó con la cabeza, interrumpiéndose. No quería hablar de su pasado ni recordar esos tiempos difíciles.

Tori, siempre tan perceptiva, se dio cuenta del cambio de ánimo de Raider.

—Pero ahora vives aquí. Con todos nosotros —con un gesto amplio de la mano, Tori señaló a toda la mesa llena de rostros familiares.

—Sí —sonrió Raider. Terminó de pelar y de cortar la manzana y, cuando aseguró que todos los trozos estuvieran en el plato de Tori, dejó el cuchillo en la mesa, asegurándose de que quedara lejos de ella.

Solo entonces se marchó y volvió a su sitio original. No fue hasta que se sentó de nuevo en su asiento que sintió todas las miradas sobre él y el sepulcral silencio que se había asentado en el lugar. Sus ojos recorrieron los rostros presentes, incluida la inescrutable mirada de la asistente social y, finalmente, se posaron en Rain.

—¿Qué? — preguntó Raider, sintiendo una ligera vergüenza al ser el centro de atención.

Rain sostuvo su mirada un momento más, una orgullosa y emocionada sonrisa se dibujó en sus labios. Tras un segundo, dirigió su mirada hacia Romeo, dispuesto a cambiar el tema para que Raider no se sintiera más incómodo.

—Por cierto, anoche me tocó volver a fregar las dichosas tazas de café que dejaste en la mesa de la cocina.

—¿Tazas de café? ¿Anoche? —intervino Raven, frunciendo el ceño y mirando molesto a Romeo y Rain— ¿Otra vez me dejáis fuera de la charla nocturna?

—Nadie te dejó fuera, te fui a llamar y estabas roncando —rio Romeo, recordando el momento con diversión.

Raven resopló, evidentemente ofendido.

—Todos sabemos que no soy yo el que ronco —y, con un dedo acusador, señaló a quien estaba justo a su lado.

—¡Yo no ronco! —exclamó Chloe, con una expresión de indignación en su rostro.

—Oh, tita, pero sí lo haces —dijo Tori, riéndose con todavía más fuerza y alegría al ver la expresión de desconcierto y la mirada fingida de odio de su tía—. Y el tito Romeo también.

Romeo, con una expresión de falsa indignación, puso los ojos en blanco.

—¿Por qué siempre estoy metido en todas las conversaciones? —bufó Romeo, intentando hablar con claridad a pesar de que, una vez más, tenía la boca llena de comida.

—Por ser italiano —respondió entonces Raven, con un tono burlón.

Romeo, tras tragar el bocado que tenía en su boca, miró a Raven con una expresión de desdén.

—¿Qué tiene que ver ser italiano?

—En realidad nada, pero te jodes —rio Raven.

—¡Beau! —exclamó Chloe, escandalizada, al escuchar la palabrota.

Raven suspiró, consciente de su desliz y se pasó una mano por el rostro, cansado.

—Nena, ya Tori sabe que… —comenzó el médico.

—No tengo que decir esa palabra nunca jamás —interrumpió Tori con voz decidida, como si estuviera recitando una lección bien aprendida.

Pero Chloe le dio un codazo a Raven en el costado.

—No es solo por Tori —murmuró refunfuñando en un susurro, haciendo un pequeño y discreto gesto con la cabeza, señalando de forma evidente hacia la asistente social.

—Oh —los ojos de Raven se abrieron, dándose cuenta del error. Se había olvidado por completo de la presencia de la mujer—. Señorita Santos, no anote eso en la libreta —suplicó entonces Raven.

Camila, contra todo pronóstico, comenzó a reír, llamando la atención de todos y cada uno de los presentes. Los rostros sorprendidos mostraban que, con la actitud que había mostrado anteriormente, todos ya tenían la impresión de que esa mujer era rígida, fría y cortante por naturaleza, incapaz de mostrar emoción alguna.

—Tranquilo, señor Nolan —respondió ella, sintiéndose más relajada y cómoda en aquel lugar, ajena a las miradas de asombro y curiosidad—. Es de gran ayuda que se comporten tal cual son. Eso no es nada malo, créame.

—Menos mal —suspiró Raven aliviado y miró a Romeo acusadoramente—. Si es que me buscas la lengua —lo acusó, señalándolo con el dedo.

—Pero bueno, ¡este hombre tiene un problema conmigo! —río Romeo al escuchar a Raven, otra vez, cargar contra él.

—Problema tiene tu padre, que para algo te echó de la mafia.

—Señorita Santos… —dijo entonces Romeo, alzando una ceja.

Camila sonrió.

—Tampoco anotaré eso —dijo, aún divertida por la situación.

—Bien —Romeo le regaló su típica sonrisa de sinvergüenza—. Cuando quieras, te lo presto

—dijo mirando a Raven.

—¿A quién? —preguntó Raven, claramente desubicado y confundido.

—A mi padre, claro —respondió Romeo con un guiño y le dio otro gran bocado al croissant que tenía en la mano.

—Mafioso de pacotilla —rio Raven, soltando una carcajada.

—¿Veis? —Romeo miró a todos los demás y señaló directamente a Raven— Me ama, no hay duda —dijo con una voz rebosante de orgullo y una sonrisa traviesa.

—Lo sabemos —respondieron al unísono Tori y Raider, ya que cada vez que Romeo pronunciaba esa frase, ellos no dudaban en contestar exactamente lo mismo, como si fuera una especie de ritual entre ellos.

—Te quiere, sí, pero a ser posible, lejos —puntualizó Rain, provocando otra carcajada generalizada.

Mientras se perdían en risas y bromas, Chloe se levantó de su asiento. Sosteniendo con cuidado una taza de café humeante entre sus manos, se dirigió hacia Camila, ofreciéndosela.

—Oh, no es necesario… —comenzó a decir Camila, sorprendida por el amable gesto.

—No la rechace, me haría sentir mal —Camila, ante tal sinceridad, aceptó gustosamente la taza y le obsequió una sonrisa a Chloe, quien correspondió el gesto—. Espero que aunque sea una vez, pueda compartir esa mesa con nosotros sin tener que ver con su trabajo, solo porque le apetezca y desee compartir un rato agradable. Me gustaría mucho compartir un momento así con usted.

—Chloe, yo… —Camila, emocionada y un poco abrumada por las cálidas palabras de Chloe, tragó saliva buscando las palabras adecuadas.

—Sin presiones. Pero si necesita algo o simplemente desea conversar con alguien… Tiene mi número, ¿verdad?

Con un movimiento afirmativo de su cabeza, Camila asintió.

—Gracias, de corazón.

—En esta casa no son necesarias —y tras guiñarle un ojo de forma cómplice, Chloe se marchó, dejando a Camila meditando sobre lo que quiso decir con esa frase.

Rain, desde su posición, observó con interés la interacción de esas dos mujeres y su sonrisa se ensanchó todavía más cuando vio a Camila realmente disfrutar de la taza de café que Chloe le había ofrecido.

Pasando al lado de Rain, Chloe posó su mano suavemente en el hombro de Rain y le dio un pequeño y reconfortante apretón. Al levantar su mirada hacia ella, Chloe le guiñó un ojo con complicidad.

—Si tiene que ser, será —dijo Chloe en un tono misterioso, dejando a Rain con una expresión

de desconcierto y curiosidad en su rostro.

Y es que Chloe había deducido muy bien que estaba ocurriendo algo mucho más profundo de lo que se podía apreciar a simple vista.

Su experiencia le había enseñado que, en ciertas ocasiones, las cosas no son lo que parecen y había aprendido a confiar en su instinto.

Las miradas esquivas, los gestos contenidos y las respiraciones un poco más agitadas de lo normal eran signos inequívocos de que algo se cocía en las sombras.

Y Chloe se había dado cuenta de que entre Rain y la asistente social, había una tensión palpable y no resuelta.



Capítulo 18

Camila miró por enésima vez a la puerta y resopló con un suspiro de impaciencia. Meneando su cabeza en desaprobación, se sintió realmente idiota por la situación en la que se encontraba.

¿Pero se puede saber qué estás haciendo?, se recriminó mentalmente, sintiendo un nudo de frustración en su estómago.

A punto estuvo de agachar la cabeza y golpear su frente contra la mesa que tenía frente a ella. Y es que su situación no era para menos. Ahí estaba ella, sentada sola en un rincón, esperándolo, por el amor de Dios. Lo más desalentador era que no era la primera vez que lo hacía, lo cual empeoraba la situación.

Sí, así es, esperándolo. Como lo había hecho las dos noches anteriores, pero él no había aparecido.

Bueno, pensó ella, en ese momento, *dicen que a la tercera va la vencida, ¿no?*

Desde luego, dudaba de su propia cordura en ese momento. Porque era plenamente consciente de que lo que estaba haciendo iba en contra de toda la ética profesional que había defendido durante toda su carrera. Sin embargo, ese hombre conseguía que abandonase todos sus principios de un plumazo.

Camila se estaba preparando mentalmente para levantarse e irse cuando, de repente, lo vio entrar por la puerta. La visión de él fue tan impactante que no solo no pudo levantarse, sino que sintió cómo sus piernas temblaban al verlo.

Rain no tardó en verla. Sus ojos se posaron rápidamente en ella, sentada en la misma mesa donde la encontró la otra vez.

No pudo más que regalarle una sonrisa cómplice y, con un andar seguro, caminó directamente hacia ella.

—Volvemos a encontrarnos —comentó con una voz suave y profunda a modo de saludo.

Camila, tratando de mantener la compostura, asintió con la cabeza, haciéndose la tonta. Porque, por supuesto, no iba a confesarle que había estado esperando ese encuentro y que por ello estaba allí, otra vez.

—Buenas noches, señor Reed —saludó, fingiendo sorpresa al verlo.

Mentirosa…

—Camila… —él pronunció su nombre de una manera tan especial que le provocó un escalofrío.

Rain tomó asiento frente a ella y se acomodó en la silla, como hizo la otra vez, con las piernas estiradas y un tobillo reposando sobre el otro.

Rain observó que ella ya tenía una cerveza fría delante y, sin perder tiempo, levantó la mano

para llamar al camarero, haciendo su pedido. Cuando el camarero colocó la jarra de cerveza helada delante de él, Rain tomó un sorbo. Todo esto sin dejar de mirar a Camila.

Y es que Camila lucía hermosa.

Se había dejado el pelo suelto y tenía un pelo precioso. Largo y con un ligero ondulado, caía por sus hombros. Un gran cambio respecto al pelo estirado que había lucido hasta entonces. Además, el modo en que su cabello enmarcaba su rostro realzaba sus facciones. ¿Y eso que veía era un ligero toque de maquillaje en sus ojos y en sus labios?

Rain tuvo que contener una sonrisa, claramente impresionado por esa nueva versión de Camila.

—¿Un mal día? —preguntó ella con preocupación, notando las evidentes ojeras que oscurecían los ojos del sheriff.

Rain sonrió, pero su rostro seguía revelando el cansancio de un largo día de trabajo.

—Sí, pero acaba de mejorar —lo dijo con una voz ronca y cargada de insinuación, mirándola con una intensidad que hizo que Camila sintiera cómo su piel se erizaba.

Sin duda, él sabía cómo jugar sus cartas.

El muy sinvergüenza sabía lo que se hacía

—¿Aburrida en la pensión? —preguntó con curiosidad, mientras echaba un vistazo al entorno en busca de alguna señal de que ella hubiera estado trabajando.

—Necesitaba desconectar un poco y tomar el aire —respondió ella.

Y verte, pensó, pero no lo dijo. *Y dejar de pensar en ti, por eso he venido, esperando encontrarte, como las dos noches anteriores.*

Rain, quien se percató de su mirada perdida, le dirigió una sonrisa enigmática.

—Vaya, acabas de mandar al traste todas mis esperanzas.

Confundida, Camila frunció ligeramente el ceño, sin llegar a prever la dirección que tomaría la conversación.

—¿Yo? ¿Por qué? ¿Qué hice?

—Pensé que habías venido aquí por mí —Rain dejó escapar una sonrisa traviesa—. Después de todo, yo estoy aquí por ti, vine con la única intención de verte.

Camila abrió los ojos por la sorpresa, repentinamente horrorizada.

—Señor Reed, no puede…

—No puede haber nada entre nosotros —la interrumpió él—. Créeme, lo sé. ¿Pero aunque no pueda ser, también tengo que callármelo?

—¿Callarse qué? —preguntó Camila, desconcertada.

Sin dudarlo, Rain respondió.

—Que me gustas —y admitirlo lo hizo sentir liberado y bien consigo mismo.

Camila quedó sin palabras. Un pequeño grito ahogado escapó de su garganta, y negó con la cabeza.

—No diga tonterías.

—¿Por qué habría de ser una tontería? —preguntó Rain con el ceño fruncido.

—Porque yo no soy… —Camila negó con la cabeza y de repente, comenzó a reír. Sonaba como si estuviera loca y es que era así como se estaba sintiendo.

—¿No eres qué? —la azuzó Rain, imaginando la burrada que iba a soltar por la boca.

—No soy el tipo de mujer que le puede gustar a usted, por Dios.

Y lo dijo tan convencida que Rain se acomodó mejor en la silla, cruzó los brazos y la miró fijamente a los ojos.

—Porque supongo que tú me conoces muy bien.

—¿Qué? —a Camila se le cortó la risa al escuchar el tono serio de él. Además, el tenerlo cerca no ayudaba— No, no quería decir eso.

Rain se inclinó un poco hacia ella, con una mirada inquisitiva y llena de curiosidad.

—¿Entonces cómo sabes el tipo de mujer que me gusta?

Ella tragó saliva, nerviosa.

—Señor Reed…

Pero Rain la interrumpió, el reto en sus palabras.

—¿Acaso sabes si tengo un tipo de mujer en particular?

—Señor Reed —insistió, intentando mantener la compostura, pero evidentemente avergonzada—. No me refería a eso.

—¿A qué te referías, entonces?

—A que yo no soy… —tomó aire, intentando controlar su voz temblorosa— Olvídelo.

Pero Rain no estaba dispuesto a dejarlo pasar.

—Quiero saberlo.

—No hace falta.

—Dímelo —ordenó él, insistente.

Desesperada por poner fin a la conversación, Camila habló.

—Míreme. Míreme con detenimiento.

—Lo hago —aseguró Rain.

—Entonces verá que no soy el tipo de mujer que puede atraer la atención de un hombre —su voz quebrada daba muestra de su inseguridad.

¿Es que acaso no era evidente? ¿No la veía?

Rain era listo, mucho, demasiado para su propio bien. Por eso, cuando la observó un momento y analizó sus palabras, entendió muchas cosas.

Durante días, Rain se había planteado continuamente esa pregunta, intentando descifrar los enigmas que rodeaban a Camila. Y ahora, en ese preciso instante, la respuesta se revelaba ante él con claridad.

—¿Con ese disfraz intentas eso? ¿Ser invisible para todos los demás?

La pregunta tomó por sorpresa a Camila. Había intentado muchas veces ser una sombra entre la multitud, pero nunca había pensado que alguien lo notaría tan claramente.

Y no se esperaba que Rain llegase a esa conclusión.

Camila apretó los dientes al escucharlo. Dicho de esa manera, el comentario sonaba peor de lo que ella hubiera imaginado, pero…

—¿Me está juzgando, señor Reed? —Camila intentó mantener una expresión firme, aunque por dentro se sentía vulnerable.

Él negó con la cabeza, preparándose para hablar, pero ella lo interrumpió antes de que pudiera continuar.

—Porque déjeme recordarle que no me conoce de nada —y eso era exactamente lo que él mismo le había dicho a ella tiempo atrás. Ahora parecía que las tornas habían cambiado, y él estaba haciendo lo mismo que había criticado.

—Para nada —dijo Raven, haciendo una pausa para mirarla a los ojos—. Ni te he juzgado, ni lo hago ni lo haré. Pero si te empeñas en seguir hablando de mí como si me conocieras, tengo el mismo derecho a hacer lo mismo, ¿no crees?

—Tiene razón, no lo conozco.

Sintiéndose estúpida por haber ido hasta allí, en busca de él, se levantó con decisión.

—Ha sido una mala idea —refunfuñó más para sí misma, aunque en su estado de ánimo actual, ni siquiera se percató de que estaba hablando en voz alta—. No tenía que haber venido.

—Camila…

—Señor Reed, nos vemos mañana en la cena, como acordamos —dijo ella, intentando ser cortés, pero distante.

Tras recoger sus cosas, Camila cogió su bastón, su bolso y pasó por al lado de Rain. Hizo una breve parada para pagar las dos bebidas y luego salió del lugar.

Bueno, ¿qué esperabas buscando a un tío que ni conoces? ¿No quedaste en que jamás volverías a fijarte en uno? Joder, Camila, después de todo lo que sufriste, ¿qué demonios te pasa con Alvin Reed?

No solo era un dilema con respecto a su ética laboral; también era un conflicto interno. Camila estaba atrapada entre sus sentimientos y lo que había jurado no volver a hacer jamás: involucrarse emocionalmente con alguien. Porque, después de todo lo que había pasado, no estaba dispuesta a volver a sufrir.

Se asustó cuando, de repente, alguien la cogió del brazo. Camila gritó, totalmente histérica.

—Ey, tranquila. Soy yo —Rain levantó ambas manos, haciendo un gesto de calma y creando un poco de espacio entre ambos.

Todavía con el corazón latiendo a mil por hora, Camila pensó que iba a desmayarse. Con una mano en el pecho y tratando de calmar su respiración, se apoyó en la pared más cercana.

—Joder —murmuró, intentando volver a respirar con normalidad.

Rain se agachó al ver el bastón en el suelo, ofreciéndoselo con cuidado.

—¿Estás bien? —preguntó, preocupado.

Aunque todavía estaba un poco conmocionada, ella asintió y aceptó el bastón que él le ofrecía, apoyándose en él para recuperar el equilibrio.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Rain, claramente sorprendido.

—Me asustó…

—No me jodas, Camila, he visto a gente asustada y lo tuyo me parece desproporcionado. ¿Qué diablos te ha pasado?

Camila, todavía temblando por el susto, intentó retomar el camino para alejarse. Pero antes de que pudiera dar otro paso, Rain, reaccionando casi instintivamente, la sujetó suavemente del brazo.

Ella, al sentir el contacto, reaccionó de igual manera, separándose de él como si su piel quemara.

Rain, ligeramente desconcertado, observó primero su propia mano y luego la de ella. Notó cómo las delicadas manos de Camila parecían temblar.

Una sombra de preocupación cruzó su rostro.

—¿Quién te hizo esto? —preguntó con una voz profunda, grave y llena de una intensidad que la hizo estremecerse.

—No sé de qué habla… —respondió ella, tratando de evadir la mirada de Rain.

—Oh, claro que lo sabes —Rain soltó una risa irónica—. ¿Quién te ha hecho tanto daño como para que me temas? ¿Quién te ha hecho tanto daño como para que tengas que utilizar un maldito disfraz y esconderte del mundo?

Camila apretó los dientes, la ira brillando en sus ojos.

—No tiene ni puta idea de lo que habla —espetó, desafiándolo con una mirada penetrante y llena de odio—. Manténgase en su sitio, señor Reed y prometo que yo me mantendré en el mío.

Ella intentó alejarse una vez más, pero Rain rio, un sonido lleno de ironía que la detuvo en seco.

—¿Eso me lo dices cuando has estado en ese maldito bar, esperando verme? —preguntó, desafiante.

—Yo no… —comenzó ella, pero fue interrumpida por él.

—Oh, ¡claro que sí! —exclamó, mostrando su frustración. Se pasó la mano por el cabello revuelto— Me has esperado porque querías verme igual que yo he venido nada más que he podido porque deseaba lo mismo. Y si no quieres reconocérmelo a mí, está bien, siempre y cuando no te mientas a ti misma.

—Se está pasando —le advirtió ella, su voz temblorosa pero firme.

—¿Eso crees?

Ella asintió con la cabeza.

Él negó con la suya.

Rain se inclinó un poco hacia adelante, sus ojos escrutando los de ella.

—Me pasaría si hiciera lo que quiero hacer. ¿Pero por decirte lo que siento? No, Camila, por eso no.

—¿Lo que quiere hacer? —preguntó ella, intrigada.

Sabiendo que no tenía que seguir alargando la situación, sabiendo que lo mejor sería irse de allí y dejar las cosas como estaban, olvidarse de ver a ese hombre fuera del trabajo y quitárselo de la maldita mente como fuera.

Total, en unos días se iría de allí y no volvería a verlo más. ¿Para qué complicar las cosas por una atracción momentánea?

No tenía sentido ninguno, ni ponerse en riesgo ella ni poner en riesgo su trabajo. Así que, tenía que dejar de actuar como una imbécil ¡y no volver a intentar encontrarse con él nunca más!

—Besarte —dijo él entonces, con voz firme y clara—. De lo único que tengo ganas es de besarte, de abrazarte, de pegarte a mí y de hacerte sentir segura entre mis brazos porque joder, no habrá otro sitio en el mundo donde te puedas sentir tan segura que conmigo —dijo con firmeza en la voz.

—¡Señor Reed…! —exclamó ella, sorprendida por sus palabras.

Camila, sorprendida y sin palabras por la confesión, simplemente lo miró, intentando procesar lo que acababa de escuchar.

Rain, lentamente, se acercó a ella, disminuyendo la distancia entre ambos. A medida que se acercaba, ella retrocedió hasta quedar atrapada contra la pared más cercana, sintiendo la cálida presencia de Rain justo frente a ella.

En ese instante, Camila no quería huir, sino entregarse a la pasión que ardía entre ellos. Sin embargo, su mente le recordaba que debía tener cuidado.

Rain, observando la indecisión reflejada en sus ojos y el rubor de sus mejillas, y susurró con una certeza que la dejó sin aliento:

—Me deseas.

Camila parpadeó, sorprendida por su afirmación.

—¿De qué habla? Yo no…

Sin embargo, sus palabras quedaron atrapadas en su garganta cuando él se acercó aún más a ella, su cuerpo rozando el de ella.

—Me deseas —volvió a asegurar él, con una confianza que la dejó pasmada—. Estás temblando y créeme, sé muy bien que no es por miedo. A mí no me temes —afirmó, su voz suave como una caricia, lo cual era un alivio para ambos.

—Por favor —suplicó ella, sintiendo una mezcla de deseo y miedo, preocupada por perder el control de la situación.

Rain inclinó su cabeza ligeramente y acercó sus rostros hasta quedar a escasos milímetros.

—¿Por favor qué?

Camila, presa de sus emociones, gimió involuntariamente. Rain, al notar su respuesta, la sujetó con firmeza, mostrándole el ardiente deseo que sentía por ella.

—¿Por favor que me vaya? —preguntó él y se acercó un poco más, sus labios casi rozándose, cada uno respirando el aliento del otro— ¿O por favor que te bese?

Camila gimió, no pudo evitarlo. Sintió que las piernas le fallaban y a punto estuvo de perder el equilibrio, pero él la sujetó a tiempo y la pegó por completo a su cuerpo, su erección mostrando cuánto la deseaba.

—¿Ahora me crees? —preguntó Rain, su voz ronca y cargada de pasión, clavándole la erección en el vientre— ¿Crees ya lo que provocas en mí?

—Alvin… —gimió ella, sonaba entre sorprendida y excitada. Temblorosa. Deseosa de sentirlo así.

Rain sonrió, una sonrisa de verdad.

—Me gusta cómo suena en tus labios —susurró sobre los labios de ella, los cuales acarició con los suyos, pero sin llegar a besarlos—. Me muero por besarte —susurró él con desesperación —. Déjame hacerlo —rogó—. Déjame probarte.

A pesar del torbellino de sensaciones que sentía, ella negó con la cabeza.

—No podemos. Nosotros no… —tragó saliva, luchando consigo misma, contra su cuerpo, contra lo que ese hombre la hacía sentir— Quien ahora importa es Raider —dijo entonces ella, rompiendo el hechizo de pasión que los había envuelto a ambos.

Rain lo sabía, sabía que era así y, se separó de ella poco a poco, cuidadosamente, y no la soltó hasta estar seguro de que podía sostenerse por sí sola.

Camila, con sus mejillas ruborizadas y sus ojos brillantes, temblaba visiblemente. Todo su cuerpo lo hacía. Intentando recuperar algo de compostura, se pasó una mano por el pelo, intentando ocultar su turbación. Su mirada vagó por el lugar hasta que volvió a encontrarse con la de Rain.

—¿Es él lo único que nos separa? —preguntó Rain con voz suave, llamando de nuevo su atención y refiriéndose claramente a Raider.

—¿Lo único? —replicó Camila con el ceño fruncido, mostrando su incredulidad ante la pregunta— ¿Te parece poco?

—Solo quiero saber si hay algo más que nos impida hacer lo que deseamos.

Camila suspiró profundamente, reuniendo el valor para enfrentar el dilema que tenía enfrente.

—No hay nada más —aseguró ella.

—Bien —dijo Rain, aliviado tras escucharla—. Si es así, esperaré.

—¿Esperarás a qué? —preguntó Camila, repentinamente descolocada.

—A que termines con el caso, por supuesto. Entonces te tendré en mi cama, que es donde ambos queremos que estés.

Camila abrió la boca y no tocó el suelo con la mandíbula de milagro al escucharlo hablar de esa manera, con tanta seguridad.

Atónita, tartamudeó.

—¿De qué demonios hablas?

—¿Tengo que volver a demostrártelo? —Rain se acercó a ella con una mirada intensa, en sus labios mostraba una sonrisa juguetona.

—¡No! —exclamó ella rápidamente, alzando las manos— No —repitió—. Yo… Ya lo entendí.

Rain rio con suavidad.

—Bien. Entonces esperaré a que escribas ese informe y cuando termine todo esto, te buscaré.

—No, Rain, eso no puede ser —respondió Camila, con el miedo de cruzar una línea profesional.

Él frunció el ceño, confundido.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no? —repitió ella, con incredulidad— ¡Porque no es ético! Porque mi juicio como profesional no puede estar condicionado por mis relaciones personales.

—Ah… ¿Y tu juicio profesional ha estado condicionado hasta ahora?

—Por supuesto que no —dijo ella rápidamente, ofendida porque pudiera pensar algo así.

—Me deseas desde que me viste —dijo él con todo el morro, desde luego se lo tenía creído—. Si tu juicio no se ha visto empañado hasta ahora, ¿por qué habría de hacerlo ahora?

—Rain... —suspiró ella.

—Camila —dijo él con la voz ronca.

—Entre nosotros no puede haber nada, ¿no lo entiendes?

—Por ahora —dijo él, que entendía más de lo que ella creía.

—Ni después. Escribiré ese informe y me marcharé.

Rain levantó una mano y la puso sobre la mejilla de Camila, muy feliz de que ella ni se moviese, porque lo que más podía dolerle a ese hombre era que ella le temiese.

Rain acarició el labio inferior de Camila con el pulgar.

—Haz tu trabajo —dijo él, mirando sus labios, esos que se abrían, deseosos de recibirlo—. Después… —él levantó la mirada, encontrándose con los preciosos ojos de ella— Lo que tenga que ser, será —dijo, repitiendo la frase de Chloe.

Se inclinó hacia ella y, sin poder resistirse, depositó un tierno beso en su frente.

—Pronto —susurró, sellando una promesa no dicha, pero claramente entendida por ambos.



Capítulo 19

Rain apenas podía pegar ojo esa noche, revolviéndose inquieto en su cama. Cada vez que cerraba los ojos, la figura de Camila aparecía clara en su mente. Sus pensamientos estaban constantemente invadidos por sus recuerdos con ella.

Joder, ¿cómo habían llegado a eso?

Desde que la conoció, sintió una atracción innegable hacia ella. Le gustaba, sí, no hacía falta ser un genio para darse cuenta.

Y la deseaba intensamente.

Lo supo con certeza esa vez cuando la rueda del coche se quedó atascada en ese hoyo y ella trastabilló y casi se besan.

Ese fue el punto de inflexión.

Y después estaba ella y todo ese disfraz y esos secretos que solo avivaban su curiosidad...

Pero era cierto, como bien había dicho ella, que su relación estaba destinada a ser un imposible.

Ella, como la asistente social encargada de su caso, tenía la responsabilidad de redactar el informe que decidiría su futuro. Ese informe, ya fuera positivo o negativo, llegaría a manos del juez que finalmente decidiría si le otorgaba la custodia o no.

Y él, por su parte, era simplemente el cliente, a quien evaluaban en ese caso.

Un caso muy importante, además.

No era ético, ni moral, ni justo que su relación personal pudiera interferir en la objetividad de su trabajo. Y aun así, la quería. Joder, sabía desde el inicio que debía mantener las distancias, pero su cuerpo, y su corazón, le gritaban lo contrario.

Cada día se le hacía más difícil mantener la compostura cuando la tenía cerca.

Quería descubrir todo sobre Camila, desde las historias de su pasado, sus sueños y su presente, hasta, quizás, formar parte de su futuro. Anhelaba ser alguien especial en su vida.

Joder, ¿pero qué le pasaba con esa mujer?

Todo era tan confuso…

Pero lo único claro para Rain era que deseaba, más que cualquier otra cosa, tener a Camila a su lado.



No podía, sencillamente no podía quitársela de la cabeza y era una jodida tortura. Había pasado la noche con una erección de caballo mientras recordaba, con precisión, lo que era sentirla tan cerca, esa piel suave, aquel aroma inolvidable...

El sol estaba saliendo y él no solo seguía sin poder pegar ojo, sino que su polla tampoco parecía tener la intención de descansar en ese instante.

—Me cago en la leche —gruñó con frustración palpable en su voz, sintiendo el cansancio acumulado y la necesidad de descansar.

Desesperado, se levantó de la cama, fue hasta el baño que había en su habitación, se quitó el bóxer con rapidez y abrió el grifo de la ducha a la vez que entraba en ella con determinación. Esperaba que el agua fresca le ayudara a calmar su mente y cuerpo.

El agua salía fría, helada, amenazando con congelar su piel. Si eso no lo ayudaba a que la sangre corriese a otras partes de su cuerpo...

Pero cinco minutos después descubrió que no, que ni eso bajaría la maldita erección. Frustrado y con gotas de agua corriendo por su cuerpo, completamente desnudo, caminó hasta la cama y se tumbó en ella, sin importarle si la mojaba o no con el rastro de su frustrada ducha.

Mojada…

Esa única palabra resonó en su mente. Así era como quería sentir a Camila. Mojada entre sus dedos, mojada en su boca, mojada alrededor de su polla, experimentando las sensaciones más intensas juntos.

—Oh, joder —gimió, mortificado, cuando su erección saltó, imaginándose la escena.

Sin poder soportarlo más, bajó la mano y la agarró con fuerza, apretó y volvió a gemir, dejándose llevar por la imagen mental que tenía de ella.

Así sería como me apretaría ella, pensó, imaginando que era la mano de Camila o que era su precioso coño quien lo apretaba de esa manera.

Porque no dudaba que todo en ella fuera bonito. Y él quería conocer y adorar cada parte de ella. Quería explorar, descubrir, y ser el único en su vida.

—Camila… —susurró con deseo cuando comenzó a mover la mano.

Primero lentamente, simplemente acariciando su miembro para moverlo, después, un poco más rápido. La imaginación fue su única compañera en ese momento.

Cerró los ojos y la imaginó allí, de rodillas al lado de él, completamente desnuda, masturbándolo hasta conseguir que se corriese.

El deseo lo invadía, los pensamientos lo dominaban…

—Así, nena —silbó, sintiendo el extremo placer—. Así…

Dios, ¡cómo anhelaba tenerla cerca!

Quería besarla, quería desnudarla, quería adentrarse en ella y reclamarla para sí. Quería ser el único… Quería…

—Maldita sea —gimió, con la voz entrecortada, cuando empezó a sentir que iba a llegar al clímax—. Sí, nena —se imaginó cogiéndola en brazos y follándosela contra la puerta, con pasión y deseo—. Lo haremos así —juró antes de gritar, preso del éxtasis.



Capítulo 20

La imagen regresó una vez más a la mente de Camila. Podía sentir con claridad aquel momento, la proximidad de sus rostros y el deseo.

Camila gimió de nuevo cuando ese casi beso volvió a recrearse en su mente, como una escena de película en bucle. Sintió un escalofrío recorriendo su columna vertebral y se mordió el labio inferior, intentando reprimir el deseo.

¿Pero estás loca o qué te pasa?, se regañó a sí misma, sintiendo su corazón latiendo con fuerza.

Había ciertos límites que no debían cruzarse. Pero ahí estaba, reviviendo aquel momento una y otra vez.

Es que no había explicación para lo que había pasado...

¿Cómo podía haberle dicho él aquellas cosas?

Camila gimió, cerró las piernas en un intento desesperado por controlar lo que esos recuerdos la hacían sentir y maldijo al recordar a Alvin Reed, el protagonista de todo eso.

Aquel hombre que, con una simple mirada, podía hacerla olvidar el mundo.

¡Que era su cliente, por el amor de Dios!

Su profesionalismo debía ser su prioridad, no las mariposas en el estómago ni las palpitaciones en la entrepierna. Tenía que terminar con esa locura y tenía que hacerlo ya.

Porque no solo su carrera podía estar en peligro, sino también su corazón.

Y si lo sabes, ¿para qué demonios fuiste a buscarlo?¿No tuviste bastante con lo que viviste en el pasado? ¿Quieres arriesgarte a sufrir una vez más? ¿Enfrentar, de nuevo, el dolor y la decepción?

—No, él no es así, él no —replicó, tratando de convencerse a sí misma de eso.

También decías eso del otro y después de años, ¡mira lo que ocurrió!

Aquella voz insistente volvía a recordarle el pasado, pero ella se aferraba a la idea de que Alvin era diferente.

Alvin Reed no era esa clase de hombre. Camila lo sabía, lo sentía en su alma. Estaba segura de que jamás le haría daño.

Sin embargo, una vocecilla le susurró: *Quizás no físicamente, pero podría destruirte de muchas otras maneras...*

Su corazón y mente estaban en una constante batalla, y solo el tiempo diría cuál de los dos ganaría.



Camila estaba allí, en la cama, mirando cómo Rain, ese hombre de mirada intensa y profunda, se acercaba. Sus ojos nunca abandonaban los de ella.

Lentamente, paso a paso, con esa sonrisa pícara en los labios que prometía noches de insomnio, caminaba hasta ella.

Un momento después, él estaba sentado a los pies de la cama y mirándola con las cejas enarcadas, como si la estuviera estudiando. Mirando su cuerpo desnudo, apreciando cada curva, cada detalle.

Camila, con un destello de desafío en sus ojos, se abrió de piernas, mostrándose por completo a él. Rain sonrió, mostrando sus dientes blancos y la animó a seguir tocándose con un sutil movimiento de cabeza.

Suspirando y gimiendo entrecortadamente, las manos de Camila acariciaban su propio cuerpo: su cuello, deslizándose por su clavícula, sus pechos, los cuales apretó con ambas manos haciendo circular sus dedos alrededor para pellizcar sus pezones. Una de sus manos se quedó acariciando su vientre, sintiendo la suave piel, mientras la otra bajó hasta la entrepierna.

Camila gimió cuando rozó su sexo con los dedos, el simple contacto la hizo temblar.

Separó sus labios vaginales y acarició su clítoris, haciéndose, a sí misma, estremecer. Cada roce, cada caricia, la acercaba más al borde del abismo del placer.

—Dios —gimió, su voz sonando como una súplica.

Una de sus manos apretaba sus pechos, jugando con ellos, sentía el calor subiendo por su espalda. Su otra mano comenzó a follarse a sí misma. Pero su mente vagaba, pensando que lo hacía él, pensando que era esa imagen mental que ella había puesto allí, a los pies de su cama, quien se había movido y se había acercado a ella, quien se había puesto de rodillas entre sus piernas abiertas.

Él era quien había quitado la mano de ella de su sexo. Él era quien la estaba acariciando, hasta meter, de repente, dos dedos dentro de ella, penetrándola con una pasión incontrolable, hasta el fondo.

—Rain —gimió ella, presa del deseo, los ojos vidriosos.

Cómo le gustaba que la tocara…

Cómo le gustaría que todo aquello estuviese ocurriendo en la realidad y no solo en su mente.

Estaba empapada, su vagina empezaba a contraerse mientras sus dedos entraban en ella. Camila bajó, también, su otra mano y tocó su clítoris, sintiendo una descarga eléctrica que la

llevó al límite.

—Dios, sí —gimió, las palabras escapando de sus labios; estaba desesperada por correrse.

Lo hizo, entre gritos y gemidos que resonaban en la habitación, cayó por el precipicio, temblando. La oleada de placer recorría su cuerpo, dejándola exhausta y satisfecha.

Mientras, su cuerpo, todavía envuelto en las secuelas de aquel intenso placer, volvía gradualmente a la normalidad, Camila cerró los ojos con más fuerza, permitiéndose hundirse en las sábanas frescas y suaves de su cama. Sentía cada fibra, cada respiración y cada latido de su corazón resonando en sus oídos.

¿Cuánto hacía que no sentía algo así?

¿Cuánto hacía que ni siquiera se permitía tocarse a ella misma?

La respuesta parecía esquiva, pero la sensación de liberación era innegable.

Pensó que esa parte de ella había quedado destrozada, víctima del pasado y de los recuerdos dolorosos. Pero Rain había llegado para demostrarle que no, que ella seguía muy viva, que seguía sintiendo el deseo y que seguía sintiendo la necesidad imperiosa de sentirse deseada.

Y, por una parte, eso podría ser bueno, porque le demostraba que no estaba tan muerta y vacía como en sus momentos más oscuros había llegado a creer. Revelaba que todavía había una chispa de vida latente en ella.

Pero por otra… La incertidumbre y el temor la asaltaba, haciendo tambalear su confianza.

Y es que todo eso daba un miedo acojonante.

Porque eso significaba que seguía siendo vulnerable, susceptible a sus deseos más profundos y a sus sentimientos más íntimos. Y que ese hombre, sin siquiera conocerla verdaderamente, había logrado despertar partes de ella que creía dormidas, olvidadas.

Y muertas.

Una paradoja. Un peligro y una bendición.

Todo en uno.



Capítulo 21

Camila había metido la pata hasta el fondo, literalmente.

Aunque debía estar observando y analizando a los habitantes de La Mansión, Camila decidió pasear un poco por el jardín.

Pero, desafortunadamente, Camila no estaba disfrutando del día, ni de la naturaleza, ni del sol.... Y es que era normal, porque con la maraña de preocupaciones y pensamientos que la agobiaban, su mente no estaba precisamente en lo que debía.

Estaba tan ensimismada en sus pensamientos que, sin darse cuenta, no vio que había un agujero recién cavado, quizás para un nuevo árbol o alguna planta, y terminó con su pierna mala dentro de él, sintiendo el frío y la humedad de la tierra en su piel.

—Mierda, Camila —Rain llegó hasta ella, se arrodilló a su lado y miró todo su cuerpo, buscando alguna herida—. ¿Estás bien? —preguntó, olvidándose por completo que estaban en horas de trabajo y que debía guardar las formas.

Pero joder, Rain estaba demasiado preocupado como para preocuparse por esas trivialidades.

—Estoy bien —susurró ella, tratando de parecer fuerte.

Rain fue a agarrarla para ayudarla, pero ella se negó, mostrando ese orgullo que a veces la dominaba.

—Puedo sola.

—Y una mierda puedes sola —dijo, repentinamente cabreado y preocupado a partes iguales.

—Rain… —le advirtió Raven, llegando tras él, junto a todos los demás.

Rain miró a Camila a los ojos, esos ojos que reflejaban tantas cosas, y vio la desconfianza en los suyos. Después de un enorme suspiro, dejó caer sus hombros.

—Lo siento, no quise ser tan brusco —se disculpó, su voz sonó suave y sincera—. Déjame ayudarte, por favor.

—¿Se ha hecho daño, señorita Santos? —preguntó Raven, ayudando a Rain a levantar a la asistente social.

—De verdad que estoy bien —dijo ella, más avergonzada que otra cosa; su rostro enrojecido.

—Nos quedaríamos más tranquilos si permitiese que Raven se asegure —dijo Chloe, con una mirada llena de preocupación y cariño.

Camila negó con la cabeza, aceptó el bastón cuando Romeo se lo dio, bastón que también había caído en el hoyo, y se hizo la valiente.

—De verdad que estoy bien —repitió, tratando de transmitir confianza.

Pero al intentar caminar, una mueca de dolor se dibujó en su rostro.

—Joder —se quejó Rain, tremendamente nervioso, su frente arrugada por la preocupación—. Tienes que ser cabezota hasta en un momento así, ¿verdad?

Y sin decir nada más, sin pedirle permiso, se acercó a ella y la alzó en sus brazos, con cuidado pero con firmeza.

Y a la mierda el bastón.

—¡Señor Reed! —exclamó ella, visiblemente azorada por lo que él estaba haciendo, su corazón latiendo a mil por hora.

Como si no fuera suficiente con haber sido tan torpe, con estar tan distraída y haber metido la pata en ese agujero, él tenía que añadir más tensión a la situación.

—Rain, Camila —dijo él, con voz firme pero suave, sin importarle si los demás lo escuchaban o no—. Se ha terminado tu maldita jornada de trabajo, así que ahora solo soy Rain.

Y con la misma determinación y firmeza con la que pronunció esas palabras, caminó con ella, sosteniéndola firmemente, hacia La Mansión, el edificio imponente y majestuoso que se alzaba al final del jardín.

Mientras tanto, Sylvester, con su habitual mirada penetrante, los observaba con suma atención, intentando descifrar cada detalle de la situación.

—Señor Reed —intentó de nuevo Camila, quien tenía los brazos alrededor del cuello de Rain.

Al ver que las aletas de la nariz de este se abrían al escucharla llamarlo así, ella suspiró.

—Rain… —dijo entonces. Rain la miró de reojo, pero no dijo nada, su silencio era suficiente — Estoy bien —insistió ella, tratando de aliviar la preocupación palpable en el ambiente.

Pero él seguía caminando con pasos decididos. Entró en La Mansión, cruzó el vestíbulo, entró en la amplia sala de estar y se dirigió hacia el sofá.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Carmichael, que estaba allí, tranquilamente, viendo la televisión mientras los demás disfrutaban del sol y del aire libre.

Él entró un rato antes, habiendo considerado que ya había tenido sol más que suficiente para el día.

—La cosa va de hoyos —refunfuñó Rain en voz baja, tan baja que solo lo escuchó Camila.

—No ha visto el agujero que Peter abrió para plantar el nuevo árbol —explicó Sylvester, entrando en la sala.

Rain dejó a Camila sobre el sofá y se arrodilló a su lado, preocupado.

—Romeo ha ido a acordonar el lugar para que no haya ningún percance más —dijo Raven, entrando en la sala con una expresión seria.

—Señorita… ¿Está bien? —preguntó Raider, llegando hasta la asistente, sus ojos llenos de

sincera preocupación.

—Eso, ¿está bien? —preguntó Tori, que estaba agarrada a la mano de Raider y también lucía preocupada.

—Perfectamente bien —dijo Camila, sonriendo—. Podéis seguir jugando, no os preocupéis por mí.

—¿De verdad? —insistió Raider, sin poder ocultar su preocupación.

—De verdad —aseguró Camila, tratando de transmitir seguridad.

Rain solo tuvo que mirar a Raider y hacer un gesto con la cabeza señalando a Tori para que el pequeño lo entendiera; comunicándose sin palabras.

—Entonces nosotros vamos al columpio, ¿vale, Tori?

—¡Sí! —exclamó la pequeña, olvidándose de todo, solo pendiente a jugar con Raider.

Chloe, tras guiñarle el ojo a Rain, que miraba cómo los niños desaparecían de la sala, salió tras ellos, para cuidarlos, no sin antes dejar, al lado de Camila, el bastón que había recogido del suelo del jardín.

—Gracias —dijo Camila, con una sonrisa avergonzada por la situación que había creado, su rostro reflejando una mezcla de gratitud y vergüenza.

—Iré con ellos —dijo Carmichael, dándoles privacidad también al ver a Rain tan nervioso. Y a ella tan cohibida.

—¿Dónde te has hecho daño? —preguntó entonces Rain, cuando solo él y Raven estaban allí.

—Estoy bien —insistió ella.

Rain resopló, se dejó caer sobre sus talones y miró a Camila.

—Él es médico —dijo, refiriéndose a Raven—. Si no quieres que yo esté aquí, por mucho que me joda, me iré —dijo con tono de promesa—. Pero por favor, deja que él te examine. Solo así me quedaré tranquilo.

—Rain…

—No veré tu pierna si es lo que te preocupa, pero confía en él, por favor.

Camila suspiró pesadamente.

Sí, le costaba mostrar su pierna, mucho. ¿Cómo no iba a hacerlo después de cómo la tenía?

Y si había algo que no quería era ver el horror en los ojos de Rain. Eso sería algo que no soportaría.

A lo mejor así se olvida de mí, pensó un instante, con una punzada de dolor.

Y ese pensamiento fue suficiente para que ella, sintiendo el impulso del momento y sin pensárselo más, delicadamente se inclinara para coger el dobladillo de su falda y lo levantara con

cierta vacilación, dejando sus dos rodillas y pantorrillas al aire, expuestas al juicio de quien las mirara. Solo entonces, con un temblor que recorrió su espalda, se dio cuenta de que estaba sangrando, el líquido carmesí manchando su piel clara.

Rain observó un instante las piernas de Camila, su mandíbula apretándose con fuerza. Sus manos, que antes descansaban suavemente sobre sus pantorrillas, ahora se habían cerrado en puños que delataban su preocupación.

—Joder —gruñó Rain, su voz teñida de consternación al ver el líquido rojo. Rápidamente se levantó.

—Rain, tráeme… —comenzó Raven.

—¡Voy a por ello! —exclamó él, cortándolo, enfadado.

Raven suspiró, agitando la cabeza con una mezcla de exasperación y diversión mientras miraba a su amigo desaparecer a prisa. Luego, sus ojos se volvieron a posar sobre Camila, y le regaló una sonrisa.

—¿Puedo curarte? —preguntó Raven.

—Sí — aceptó Camila con una leve sonrisa en los labios, pero rápidamente desvió la mirada, aparentemente insegura.

—¿Cuántas cirugías? —preguntó Raven en un tono más profesional.

—Cuatro —dijo Camila.

—¿Alguna más en el futuro? —indagó Raven con genuino interés.

Ella negó con la cabeza.

—No creo que me someta a ninguna más, yo… Ya he asumido mi cojera y la mejoría que te prometen no vale la pena para el dolor que se pasa.

—Lo entiendo —Raven se agachó y miró las cicatrices de la rodilla y de la pierna izquierda de Camila—. De todas maneras, si alguna vez quieres una segunda opinión, trabajo con el mejor especialista de trauma del país.

Camila sonrió.

—¿No del pueblo? ¿No del condado? —Raven negó con la cabeza y Camila rio todavía más— Del país, nada menos.

—Te lo juro. Nunca será tan bueno como yo, pero teniendo en cuenta que mi especialidad es otra, habrá que reconocerle los méritos —bromeó Raven, y le guiñó un ojo.

Camila soltó una carcajada.

Raven la miró con una sonrisa en sus labios.

—Supongo que eso es lo que le gusta a Rain de ti —dijo entonces, haciendo que a Camila se le cortara la risa en la garganta.

Camila se quedó muda por un instante, claramente sorprendida.

—¿Él ha…? —no sabía ni cómo preguntarlo— ¿Él ha dicho algo? —su rostro tornándose de un tono escarlata.

Raven sonrió todavía más.

—¿Hace falta que lo haga? —rio— Se le nota.

Con una mezcla de vergüenza y sorpresa, Camila solo pudo emitir un pequeño gemido, lo que provocó otra carcajada de Raven.

—Tranquila, nadie más se dio cuenta de nada —le aseguró el médico.

—Todo un alivio —dijo ella con ironía, rodando los ojos, haciendo reír a Raven. Pero su tono cambió rápidamente, tornándose serio.

Una pausa se cernió sobre ellos mientras Camila reflexionaba en sus palabras, sus ojos desviándose hacia su pierna como si esperase encontrar alguna respuesta allí. Lentamente, sacudió la cabeza, como si quisiera borrar un pensamiento o una memoria.

La reacción de Raven fue inesperada para Camila. En lugar de compadecerla o mostrar preocupación, enarcó las cejas en una expresión juguetona y, para mayor sorpresa de Camila, rio todavía más fuerte.

Su risa tenía un matiz de incredulidad.

—Está claro que no lo conoces —dijo, dejándola a ella intrigada.

Antes de que Camila pudiera reaccionar o preguntar más, Rain entró con paso decidido, su rostro reflejando su evidente disgusto.

—Muy divertido estás tú viendo el daño que se hizo —expresó con un tono de reproche en su voz. Sostenía firmemente un botiquín de primeros auxilios, claramente preparado para asistir a Camila.

Raven simplemente puso los ojos en blanco.

—Solo es un rasguño, pero la sangre es muy escandalosa. No exageres tanto —con movimientos prácticos y expertos, abrió el botiquín y comenzó a preparar los materiales necesarios para tratar la herida.

—Solo un rasguño —suspiró Rain, sentándose al lado de Camila, mientras sus ojos seguían cada movimiento de Raven al curar a la joven herida.

Al lado de ella, pero no demasiado cerca...

Un momento antes, mientras Rain iba a la cocina a por el botiquín de primeros auxilios más cercano…

—Espera — una voz profunda sonó detrás de él. Fue Sylvester quien, con una expresión de preocupación marcando las líneas de su rostro, agarró a Rain del brazo justo cuando este, con el botiquín ya firmemente sostenido en su mano, estaba listo para salir precipitadamente de la cocina hacia donde estaba Camila, herida.

—Quita —Rain intentó deshacerse del agarre del abogado.

Pero Sylvester lo sujetó con más firmeza, clavando su mirada en los ojos del joven.

—Ten cuidado, ¿vale? —fue lo único que Sylvester pudo decir en ese momento, su voz seria.

—¿Cuidado? —Rain frunció el ceño— Haberle dicho a ella eso antes de que se cayera y se lastimara.

—Rain… —suspiró Sylvester— No tengo idea de lo que sucede entre tú y esa mujer, y sinceramente, ni me interesa. Pero hasta que el informe de Raider esté enviado y todo esté resuelto a tu favor, solo ten cuidado, ¿de acuerdo?

Rain, a pesar de su impaciencia inicial, parecía haber entendido el mensaje del abogado. Asintió lentamente con la cabeza.

—Tranquilo, lo tendré —prometió.

Sylvester, aunque todavía preocupado, asintió. Su mayor deseo era que todo saliera bien para Rain.



Capítulo 22

En un susurro suave, casi inaudible, se escuchó ese nombre. Rain levantó la mirada, como si el sonido lo hubiese despertado de un sueño nada más escuchar su nombre. Sus ojos mostraban cansancio y desesperación. Lentamente, negó con la cabeza, como si estuviese tratando de despejar un pensamiento persistente, y volvió a dejar caer su cabeza, ocultando su rostro.

Camila lo observó. Estaba sentado en un banco de madera cercano a la pensión donde ella se hospedaba temporalmente. El paisaje detrás de él era tranquilo, con farolas que comenzaban a iluminar la calle mientras el sol se ocultaba, pero el cuerpo de Rain lucía completamente derrotado, sombrío.

—¿Estás bien? —preguntó Camila, preocupada.

Ella había notado el cambio en su actitud desde su último encuentro.

Él simplemente negó con la cabeza, preocupándola todavía más.

—¿Qué te pasa? —insistió ella.

—Tú —dijo él, casi en un susurro.

Camila frunció el ceño al escuchar esa palabra. O al menos eso creyó entender ella que dijo, porque tampoco es que lo hubiese dicho demasiado fuerte.

—¿Yo? —preguntó ella con un toque de incredulidad en su voz.

—Tú —repitió él, esta vez con más fuerza—. Tú me pasas.

Camila sintió un escalofrío al escuchar cómo arrastraba las palabras.

—¿Estás borracho? —preguntó con una mezcla de sorpresa y preocupación.

No se lo podía creer.

Rain rio, pero no fue una risa alegre, sino una llena de ironía. Lentamente levantó la cabeza y la miró a los ojos, los suyos lucían vidriosos y llenos de emoción contenida.

—Me gustaría estarlo, sí —reconoció Rain, su voz llena de amargura—. Pero no sé si eso hará que te vayas de mi mente —explicó.

Camila se quedó sin palabras. Echó la cabeza para atrás, claramente sorprendida al verlo en ese estado de vulnerabilidad.

Después de su inesperado accidente en La Mansión, Rain la había llevado, en el coche de ella, hasta la pensión. El ambiente en el vehículo era tenso. No habían intercambiado una sola palabra en todo el trayecto. Él, con una seriedad que rozaba el límite, y ella decidió mirar por la ventana y no pronunciar palabra.

Ni siquiera hubo un adiós al despedirse, solo un silencio incómodo.

Mientras se alejaba, Camila se había preguntado incesantemente el motivo de su comportamiento. ¿Era por su pierna? Si es que eso tenía que haberle repelido, lo entendía. Las cicatrices que tenía no eran agradables de ver, a ella misma le había costado aceptarlas.

Hasta aquí llegó el problema, pensó con resignación, mientras se despedía de un Rain que seguía sumido en sus pensamientos.

Pero la realidad la trajo rápidamente de vuelta, la sacó de sus pensamientos.

Su móvil sonó en el bolsillo de su chaqueta. Al ver el número en la pantalla, Camila supo que su tiempo en aquel lugar estaba contado.

Debía marcharse, y debía hacerlo pronto.

Por un lado, se sentía aliviada. Sabía, en el fondo de su corazón, que entre Rain y ella no podría haber nada. Por eso, tomó la decisión de no permitirse volver a pensar en él.

Pero no pudo cumplirlo. Las decisiones del corazón no siempre eran fáciles de seguir y las cosas no ocurrían solo porque una decidiera que ocurriesen, al menos no cuando de sentimientos se trataba.

La cuestión era que ella había tomado la decisión de terminar con su trabajo en esa ciudad y marcharse rápidamente, intentando tener el menor trato posible con Rain durante ese proceso.

Pero verlo luciendo completamente derrotado y echándole la culpa de sus sentimientos, la desarmó.

—Tuvo que doler —dijo él de repente, rompiendo el denso silencio y mirándola fijamente a los ojos. Y al ver que ella no entendía, señaló con un gesto sutil a su pierna—. Lo que te hicieron.

Camila desvió la mirada, intentando evadir el recuerdo que esos comentarios despertaban en ella.

No quería hablar de ello.

—Rain…

—¿Quién fue? —preguntó Rain, pero Camila continuó en silencio— Fue un tipo, ¿verdad? — las señales estaban claras— Un novio, ¿tu marido quizás?

Ella exhaló con frustración, la impotencia la invadía.

—¿Qué te importa? —contestó casi escupiendo las palabras— Soy una lisiada, mi pierna está destrozada, ya la viste. Y no, no quiero tu maldita compasión —añadió, su voz cargada de resentimiento.

Rain soltó una risa, pero era una risa amarga, casi sarcástica.

—¿Crees que te compadezco? ¿Eso es lo que crees que siento por ti? —ella se mantuvo firme, sin responder, y él bufó con desdén— Supongo que también pensarás que me da asco tu pierna.

Los ojos de Camila se llenaron de lágrimas ante la dureza de sus palabras, pero con orgullo, siguió mostrándole solo el perfil de su rostro, sin enfrentar directamente su mirada.

Ante su reacción, Rain rio todavía más.

—Eres muy tonta, señorita Santos.

Al escuchar el tono entrecortado y burlón de su voz, Camila, impulsada por un arranque de coraje, giró su cabeza bruscamente y lo miró, desafiándolo con sus ojos.

Rain la observó un instante y después de lo que pareció una eternidad, suspiró profundamente.

—¿Por qué tuviste que venir? —preguntó, torturado— ¿Por qué demonios no te vas? —dijo, claramente enfadado.

Camila apretó los dientes, sintiendo un nudo en la garganta. Le dolía escucharlo hablar con tanta rabia. Pero en el fondo sabía que tenía razón.

—Lo haré pronto —aseguró con voz temblorosa, y al decirlo, él la miró rápidamente a los ojos —. Apenas queda una visita —reconoció.

La expresión de asombro en la cara de Rain fue innegable. Camila sintió una punzada de culpa por no habérselo dicho antes, por mantenerlo en vilo con ese tema.

—Lo siento —se disculpó—. Iba a decírtelo antes, pero con todo lo que pasó…

—¿De verdad me lo ibas a decir? —la interrumpió él, mirándola intensamente, como si intentara leer su alma a través de sus ojos. Se levantó lentamente de su asiento y se acercó a ella, buscando una mejor visión de sus ojos— ¿Me lo ibas a decir, Camila? ¿O simplemente pensabas marcharte sin decirme una palabra?

Camila intentó mantener su mirada, intentó mostrarle su verdad, pero al final, la presión fue demasiado, y terminó desviando su mirada hacia el suelo. Rain bufó y rio a la vez, con un tono burlón.

—Lo sabía —afirmó con una sonrisa triunfante—. Sabía que saldrías corriendo en cuanto tuvieras la oportunidad.

Sí, eso era exactamente lo que pensaba hacer, porque Camila sabía que involucrarse con Alvin Reed era un juego peligroso.

Con él y con cualquiera.

No podía, simplemente, permitirse tal distracción.

No solo por su bienestar mental y emocional, sino también porque podría comprometer su integridad laboral y profesional.

Y mucho más que eso…

Aquella mañana, cuando estaba en La Mansión, trabajando, cuando el teléfono sonó y vio el nombre de su supervisora en la pantalla, sintió una punzada de nerviosismo.

Y, efectivamente, tenía razones para ello.

Se le informó de que el trabajo que había realizado hasta ese momento era más que suficiente.

Camila, impulsada por un deseo irracional de seguir viendo a Rain, mintió, afirmando que aún tenía una visita programada y que lo mejor era asistir. En ese preciso instante, la realidad la golpeó: estaba arriesgando todo su mundo, y lo que era peor, las vidas de Rain y Raider.

La situación se complicó todavía más cuando se enteró de que Raven sospechaba de su relación. Si él había notado algo, era probable que otros también.

Esto no solo ponía en peligro su reputación, sino que también amenazaba la seguridad de Rain y el pequeño Zev.

Y después, la llamada definitiva…

—No estoy huyendo —dijo ella con toda la entereza del mundo, intentando explicarle la situación—. He venido, he hecho mi trabajo y vuelvo a casa, nada más que eso. Vuelvo a mi vida.

Rain asintió lentamente.

—Y yo me quedo con la mía —dijo él—. Si me lo permite, señorita Santos.

Con un humor un poco negro, Camila soltó una risa amarga.

—¿Ahora le hablas a la asistente social?

—¿No es eso lo que has sido siempre? Porque a la mujer no me has dejado conocerla —le reprochó.

Camila sintió un pinchazo en el pecho, una punzada de dolor al escucharlo.

—Sabes que no podemos…

—¡A la mierda no podemos! —estalló él, frustrado, pasándose las manos por el pelo— Lo sé, sé que no podemos, ¡me ha quedado muy claro porque no te has cansado de repetírmelo! Sé que no podemos, conozco los riesgos y maldita sea, el primer perjudicado sería yo porque podría perder a la persona que más me importa en el mundo.

—Raider —pronunció ella suavemente, usando el apodo del niño.

—Sí, Raider —confirmó él—. Pero también me importas tú y por Dios que no quiero renunciar a ti. Joder, ¿no me escuchaste cuando te dije que esperaría? ¿Es que eso no tiene ningún valor para ti?

—¡¿Para qué demonios quieres conocer a alguien roto?! —estalló Camila, dejando al descubierto todas sus inseguridades.

Y justo cuando las palabras salieron de su boca, se dio cuenta de lo mucho que se había expuesto. Miró a su alrededor, esperando que nadie la hubiera escuchado, y luego suspiró con pesar.

—Esta no es mi vida, este no es mi mundo. Y tú…

—Yo no soy nada para ti —terminó él por ella, por fin entendiendo las cosas.

Camila no dijo nada. No buscó convencerlo de lo contrario. Simplemente, con una calma que la sorprendía incluso a ella misma, se mantuvo en silencio, mirándolo fijamente.

—No sé cómo no lo vi antes —rio, su voz teñida de un matiz avergonzado—. Supongo que yo mismo me creé estas tontas ilusiones, dejándome llevar por lo que quería creer y no por la realidad que tenía ante mí. Me cegué, pensando que intentabas alejarte por tus miedos infundados, cuando en realidad, era porque no representaba nada significativo en tu vida. Supongo que me equivoqué.

—Tú tampoco sientes nada por mí —declaró ella con firmeza—. Estás confundiendo las cosas, Rain.

Rain se tomó un instante, reflexionando sobre lo que acababa de escuchar, y finalmente asintió.

—Espero que sea así. Antes de que te vayas, ¿puedo pedirte un último favor?

—¿Cuál? —susurró ella.

—¿Puedes escribir ese informe sin necesidad de ningún encuentro más? Yo… Simplemente, no quiero volver a verte en mi casa. En realidad espero no volver a verte nunca más.

Camila, tratando de mostrar una fortaleza que en realidad no sentía, asintió con determinación.

—Lo haré —confirmó.

Rain extendió su mano hacia ella, en un gesto de despedida y gratitud.

—Ha sido un placer, señorita Santos. Le deseo lo mejor en su vuelta a casa.

Camila, rogando internamente para que su mano no mostrara el mínimo temblor, estrechó la mano de Rain en un firme apretón.

—Que sea muy feliz junto a Raider, señor Reed —dijo, sus palabras cargadas de sinceridad.

Pero él ya no la escuchaba, él ya se alejaba.

Para siempre.



—¿Qué hacéis aquí? ¿Reunión de medianoche? —preguntó Rain, alzando una ceja, cuando entró en la cocina y se encontró a ese peculiar trío sentado a la mesa, conversando en voz baja.

No le sorprendía en absoluto, ni que fuera la primera vez que se reunían en ese lugar.

—¿Y tú qué haces aquí? —preguntó mirando a Sylvester— ¿Peleaste con tu mujer?

—¿De dónde vienes? —preguntó el abogado, ignorando deliberadamente sus preguntas.

Rain abrió el frigorífico, dejando que el aire frío le refrescara un momento. Cogió una cerveza y, haciendo sonar la lata, se sentó a la mesa de la cocina, justo frente a sus amigos.

—De hacer el tonto por ahí —respondió Rain con un tono casual, aunque sus ojos denotaban cierto cansancio.

Rain abrió la lata con un chasquido y se bebió la mitad de un largo trago, intentando calmar su sed.

—Menos mal que es sin alcohol —se mofó Romeo, alzando una ceja y observándolo beber de esa manera tan desenfrenada.

—¿Hay algo más asqueroso en este mundo que una cerveza sin alcohol? —preguntó Rain, con una mueca evidente de desagrado en sus labios mientras dejaba la lata sobre la mesa, haciendo un pequeño gesto de desaprobación— Ah, pues sí que lo hay —añadió con sarcasmo, asintiendo con la cabeza—. La pierna de la señorita Santos. Según ella, claro.

Raven bufó. Romeo hizo más de lo mismo.

—A veces eres gilipollas —afirmó el médico, cruzando sus brazos y negando con la cabeza.

Rain rio, mostrando una media sonrisa irónica en sus labios, mientras jugaba con la lata entre sus manos.

—Sí, eso ya me ha quedado bastante claro, gracias por el recordatorio —respondió, cogiendo la lata y bebiendo otro sorbo.

—¿Qué demonios te pasa? —inquirió Romeo, preocupado— ¿De dónde vienes? ¿Y qué mierda está ocurriendo con esa mujer?

——Demasiadas preguntas en poco tiempo —bufó el sheriff, rodando los ojos.

—Pues ya sabes, empieza por la primera y sigue —le aconsejó Romeo en tono condescendiente, mientras se recostaba en su silla, preparándose para escuchar.

Rain suspiró antes de comenzar.

—No sé qué demonios me pasa con esa mujer —confesó.

Esa era la verdad pura y dura. Podía pensar en ello mil veces, reflexionar cada noche, pero no lograba descifrar por qué precisamente ella.

¿Qué tenía esa mujer que lo perturbaba tanto?

—¿Te has liado con ella? —preguntó Romeo, yendo directo al grano.

Rain negó con la cabeza, su mirada fija en la mesa.

—Ninguno de los dos íbamos a poner en riesgo a Raider —respondió con sinceridad.

—Me alegra que no hayáis perdido la cabeza del todo —suspiró Sylvester, agobiado con el tema, rascándose la barbilla pensativamente—. Y espero que sea lo bastante profesional como para escribir el informe sin que su vida privada afecte a su criterio.

—No afectará —aseguró Rain, su voz firme y decidida, sin dejar lugar a dudas.

—No la conoces —le recordó el abogado.

Y tenía razón. En parte.

—Puede que no conozca todo de ella, ni de su pasado ni de su vida, pero conozco su esencia como persona y no, es demasiado profesional como para no ser objetiva y dejarse llevar por sentimientos personales —dijo Rain con seguridad.

—Esperemos que así sea —suspiró Sylvester.

Rain tenía mucho en juego y no podían permitirse un error.

El silencio se hizo cargo de la habitación durante unos minutos. Nadie hablaba, nadie decía nada, solo se escuchaban los suspiros agónicos de Rain.

—¿Qué demonios te ha pasado, Rain? —fue Romeo quien finalmente rompió el silencio, su voz llena de preocupación— ¿Te has enamorado de esa mujer?

Rain miró a su amigo con los ojos cansados, como si llevara una eternidad intentando responder a esa misma pregunta. Él mismo se había preguntado eso en varias ocasiones, pero seguía sin tener una respuesta clara.

—No lo sé —dijo finalmente, con sinceridad, sus hombros bajando en un suspiro de resignación—. Supongo que no, no he llegado a conocerla ni hemos intimado tanto para ello, pero… —hizo una pausa, mirando a sus amigos a los ojos, de uno en uno, buscando comprensión— Si no es amor, ¿por qué demonios duele tanto su marcha?

—¿Ya terminó el informe? —intervino Sylvester, su preocupación profesional evidente en su tono de voz. Eso era lo que más le importaba en ese momento.

Romeo se encogió de hombros.

—No volverá más. Pronto sabremos si tengo razón en cuanto a ella o si me equivoqué —respondió Rain.

—No creo que te hayas equivocado con esa mujer —intervino Raven, la certeza en su voz—. Y creo que le importas.

Rain rio, pero su risa sonaba amarga, sin rastro de alegría.

—Ni siquiera nos ha dado la oportunidad de conocernos, créeme, no le importo una mierda —dijo con amargura. Guardó silencio un instante antes de seguir—. Siento algo especial por ella, pensé que era mutuo y pensé que, quizás, sí había alguien con quien podía compartir cosas — su voz se quebró por un momento, estaba desnudando su alma como nunca antes lo había hecho—. Tengo a Raider y soy feliz. No es porque necesite más. Pero ella… Provoca en mí cosas que nunca antes he sentido y supongo que me dejé llevar por mis sentimientos.

—Es normal —dijo Raven—, suele pasar cuando uno se siente así, cuando las emociones te desbordan.

—No es que planease un futuro con ella ni que la viese como mi esposa y la madre de Raider —aclaró Rain—. Solo quería conocerla, explorar esto que sentimos y ver hasta dónde nos llevaba.

—Pero ella no quiere hacerlo —dijo Romeo.

Rain apretó los dientes, sintiendo una tristeza que se cerraba como un puño en su pecho.

—No quiere hacerlo. Y aquí se termina todo —declaró Rain con un tono final en su voz, como si estuviera poniendo punto y final a un capítulo de su vida.

—¿Estarás bien? —preguntó Romeo, preocupado. Sus ojos llenos de inquietud al ver a su amigo en ese estado.

Rain sonrió, pero fue una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Supongo que cuando se me cure el orgullo herido estaré mejor. Solo necesito tiempo.

—No es orgullo ni ego herido, Rain. Es amor —dijo entonces Raven con una certeza en su voz que sorprendió a todos—Y no me mires de esa manera. ¿Crees que no te puedes enamorar de alguien tan rápido? ¿Crees que el amor a simple vista no existe? Iluso. Tú mismo lo has dicho, conoces la esencia de esa persona. El amor se trata de eso, de dos corazones que conectan, de dos almas que se complementan.

—Qué romántico —se mofó Romeo, riendo ante la seriedad y las palabras de Raven.

—Ríete, pero es verdad —continuó el médico con voz firme—. El amor no entiende de razones. No entiende de tiempo ni de miedos ni de nada. Y creo que sí, que te has enamorado de esa mujer.

—Pues está jodida la cosa si es así —bufó el italiano, sacudiendo la cabeza.

Sí, bastante jodida, pensó Rain.

—También creo que ella siente algo por ti —confirmó Raven, quien de verdad lo creía.

—No —dijo Rain con firmeza.

—Pero entre que es la asistente social de tu caso y que no os habéis podido acercar más y a saber los miedos que puede tener… —Raven dejó la frase en el aire.

—Lo mismo está casada y no lo sabemos —dijo Romeo, pensando de otra manera, ofreciendo una perspectiva diferente.

Raven puso los ojos en blanco.

—Los italianos siempre dados al drama.

—Los italianos no, los americanos. Si sois vosotros los que vivís dobles vidas y tenéis familias en dos estados diferentes y nadie se entera —rio Romeo.

—Eso es verdad, conozco muchos casos —dijo Sylvester, quien, con los brazos cruzados, disfrutaba de la conversación con una sonrisa en su rostro.

—¿Qué te hace pensar que esa mujer está casada? —preguntó Raven con una ceja arqueada.

—¿Qué te hace pensar a ti que no? —contratacó Romeo con una sonrisa maliciosa.

—Es una posibilidad —dijo Rain, llamando la atención de todos—. No la conozco, esa es la verdad. No sé nada de ella y, sin embargo, este —señaló a su corazón con un dedo— latía por ella. Pero es algo unilateral. Me haré cargo de mis sentimientos y la olvidaré —prometió con voz decidida.

Porque estaba dispuesto a hacerlo.

Estaba dispuesto a cerrar esa puerta y seguir adelante con su vida.

—Seguro que cuando pasen unos días, ni me acuerdo de ella. Quizás ella tiene razón y solo estoy confundido.

Si él quería engañarse a sí mismo así…

—¿El deseo te nubló la mente? —preguntó Romeo, bromeando.

Rain asintió con la cabeza.

—Y el corazón.

—Joder, mira que sois ñoños todos —rio el italiano con una sonrisa traviesa.

—Pues tú eres italiano, a ver si crees que cuando te toquen el corazón a ti, no vas a estar así —resopló Raven, mirando a Romeo con los ojos entrecerrados—. Así y peor, recitando a Shakespeare, seguro.

—El amor no tiene cabida en mi vida —dijo Romeo con seguridad, con un tono desafiante.

—Ja. Espera a que llegue tu Julieta —le advirtió Raven, con una sonrisa burlona.

—¡Qué Julieta ni qué ocho cuartos! —replicó Romeo con un bufido de desdén.

—Si hasta yo lo sentí, Romeo, ¿qué te hace pensar que tú no? —preguntó Rain, prometiéndose a sí mismo que sería la última vez que hablaría de esa mujer.

Ese capítulo de su vida se cerraba en ese momento.



Capítulo 23

El golpe que se escuchó, fuerte y claro, seguido del agudo grito de Chloe, despertó a toda la casa.

A toda la casa que no eran niños, que eran insensibles a los sobresaltos nocturnos.

A todos los que estaban dormidos, claro, que no era el caso de Rain, quien llevaba ya un buen rato despierto, sumido en sus pensamientos.

Corriendo, Rain salió de su dormitorio y entró en el cuarto de Raven al mismo tiempo que Romeo abría la puerta de este, con el horror también pintado en su rostro. Una mezcla de sorpresa y preocupación invadió la habitación.

Romeo se quedó parado en el umbral, buscando con la mirada la causa del estruendo.

—¿Pero qué demonios ha pasado? —preguntó el italiano, mirando alrededor con incredulidad, como estaba haciendo el sheriff, intentando descifrar lo ocurrido en medio de la confusión.

Los ojos de ambos se posaron rápidamente en Raven, que estaba tumbado en el suelo, con los brazos y las piernas estiradas en forma de estrella, mirando al techo.

Ensimismado.

Chloe, quien había perdido el color, parecía recuperar la respiración con dificultad, aliviada al ver que Raven no estaba herido. Se dejó caer sobre sus talones, sus hombros también cayendo por el alivio.

—Raven, ¿estás bien? —preguntó Rain, con la voz llena de preocupación, mirando a su amigo que yacía en el suelo sin moverse.

—¿Qué pasó? —preguntó Carmichael, llegando rápidamente en su silla de ruedas, con una mezcla de curiosidad y preocupación en su mirada.

—Se desmayó. O eso pensé —dijo Chloe, preocupando a todos todavía más, hasta que, de repente, con una mirada furiosa, comenzó a asestar golpes con el puño en el hombro de Raven—. ¡Serás idiota! ¿Sabes el susto que me he llevado?

Raven, encogiéndose mientras aguantaba los golpes, comenzó a reír. Alargó el brazo, cogió a Chloe de una de sus muñecas y tiró de ella hasta que cayó sobre él.

—Idiota —gruñó ella, con la voz temblorosa, claramente enfadada por el susto.

Lo que hizo reír todavía más a Raven. La abrazó con fuerza, agradecido por su preocupación.

—¿Es verdad? —preguntó entonces él, con una voz llena de emoción.

Los demás allí presentes se miraron sin entender nada, desconcertados por la pregunta de Raven.

—¿Que eres gilipollas? Sí —bufó Romeo con impaciencia— ¡¿A qué viene este susto?! ¿Disfrutas acojonándonos o cuál es tu problema?

Raven rio, se colocó de manera que pudiera mirar a los demás, soltando a Chloe en el proceso, y levantó una mano, mostrando algo que había estado ocultando.

Todos miraron hacia allí y enarcaron las cejas al unísono, sorprendidos por el objeto que Raven tenía en la mano.

—¿Eso es un test de embarazo? —preguntó el italiano, con una mezcla de incredulidad y sorpresa.

—En este país sí —se mofó Rain al ver lo pálido que su amigo se había quedado, intentando ocultar su asombro ante la noticia.

—Vamos, ¡no me jodas! ¡¿Un bebé?! —exclamó Romeo, y no es que tuviera nada en contra de ellos, era solo que…— Joder, ¡no voy a dar de basto!

Romeo era el niñero de La Mansión por excelencia, el encargado de cuidar a los más pequeños. Y ya se estaba imaginando aquel lugar lleno de niños corriendo y jugando.

La Mansión, la próxima ciudad de los niños…

—¿No conocen que existen medios para evitarlo? —murmuró Romeo, con una pizca de sarcasmo, mirando a Rain.

Rain soltó una carcajada, se acercó a Raven, agarró la mano de su amigo y lo ayudó a levantarse.

—Enhorabuena —dijo, con una sonrisa, dándole un abrazo sincero.

Después hizo lo mismo con Chloe, felicitándola por la gran noticia.

—¡Felicidades! —exclamó excesivamente contento el italiano.

—¿Tú no te estabas quejando hace un momento? —preguntó Rain en el oído de Romeo, con una sonrisa burlona.

—Cállate —gruñó este, claramente molesto, no podía evitarlo.

Rain, riendo divertido por el momento dual que estaba viviendo su amigo, solo pudo reír.

No todos los días se reciben noticias así, pensó.

—¿Un bebé? —Carmichael estaba radiante de felicidad, su sonrisa era contagiosa.

—Un bebé —suspiró Chloe, dejándose caer en la cama con un gesto de cansancio. Preocupada.

Rain enarcó las cejas, no la veía tan contenta como esperaba ante una noticia de ese calibre.

—Ya está él contento por los dos —dijo Romeo para que solo Rain lo escuchara, refiriéndose a Raven y a su felicidad excesiva ante la noticia.

El contraste entre ellos era evidente.

Felicidad que era normal que sintiera. Después de todo, era el inicio de una nueva etapa en sus vidas.

—Ey, nena —Raven fue hasta Chloe, se agachó entre sus piernas, cogió su cara entre sus manos y la miró a los ojos, con una mirada preocupada—. ¿Qué te preocupa?

Chloe suspiró. Las palabras tardaron en salir de su boca.

—Todavía no he terminado el curso y ahora esto —dijo ella con pesar.

Se estaba preparando muy duro para conseguir su título y después poder trabajar como auxiliar de enfermería y un embarazo podía poner en pausa todo eso. Pero Raven, siempre comprensivo y apoyándola en todo momento, no dudó en responder.

—Me adaptaré —dijo Raven—. Trabajaré menos y me encargaré más de los niños, no vas a tener que posponer lo tuyo. Haré lo que sea necesario para apoyarte.

Ella lo miró con el ceño fruncido, como si no terminara de ver esa solución posible.

Raven la conocía muy bien, sabía lo que significaba para Chloe poder completar su formación y empezar a trabajar.

—¿Lo harías? —preguntó Chloe. Una mezcla de duda y gratitud en su voz.

Pregunta que, en opinión de Rain sobraba. Porque su amigo había demostrado con creces que haría lo que fuera necesario por su familia.

—Tonta —rio él y la abrazó con fuerza, con una sonrisa en su rostro.

Sabía que sería un reto, pero enfrentaría lo que fuera por su familia.

—Un bebé, ¡qué emoción! —exclamó Carmichael, visiblemente feliz, su voz llenaba la habitación con una energía positiva.

—Sí, ¡qué emoción! —rio Romeo, que ya no sabía si reír o llorar— Me cago en la leche, ¿cuál es el próximo lío en el que os vais a meter? —preguntó mirando a Rain, bromeando, con una sonrisa torcida en sus labios.

—Yo en ninguno, con Raider tengo más que suficiente. De hecho, estoy agotado de tanto alboroto —dijo Rain, sonriendo.

Y es que ya era, oficialmente, su padre.

Hacía unos días había recibido la notificación del juzgado en la que se le comunicaba que le concedían la custodia completa del menor. Fue un alivio para Rain, que tanto había luchado por obtener ese reconocimiento legal.

“El tribunal ha tomado la decisión de otorgarle la custodia de Zev Hughes basándose en la evaluación de varios factores que considera en el mejor interés del menor. Le adjuntamos una

copia de la orden de custodia para su revisión. Le recomendamos que revise detenidamente este documento para comprender completamente las implicaciones y responsabilidades que esto conlleva…”

Cuando Sylvester terminó de leer el certificado, Rain no solo sintió una emoción inmensa, sino como si le hubiesen quitado de encima un peso enorme. Había sido un largo camino de lucha, pero finalmente había logrado lo que tanto quería.

Y Raider… Rain no tuvo que decirle nada, él solo tuvo que acercarse a él y asentir con la cabeza. El pequeño, con lágrimas en los ojos, corrió hasta él y abrazó al hombre que, como prometió, había luchado por él con uñas y dientes.

El niño sabía que podía confiar en él y que estaría a su lado pasase lo que pasase.

Sin importar lo que dejase en el camino.

Ni a quién dejase atrás…

Porque no se acordaba de esa mujer en absoluto…

Al menos, de eso intentaba convencerse Rain. Pero, en lo más profundo de su corazón, sabía que eso no era cierto. Y que no había una mentira mayor que esa.

¿O acaso sí la había?, se preguntó Rain al ver a Romeo acercándose a sus amigos para darles un abrazo.

—Feliz, ¡estoy feliz! —exclamó el italiano.



Capítulo 24

Hasta las pelotas estaba, completamente exhausto y agobiado. ¿Cómo no iba a estarlo si, día tras día, se pasaba las horas sumergido en el trabajo?

—Jefe, tenemos un serio problema —anunció Kevin, entrando a la oficina de Rain. Sin llamar, por supuesto.

Rain, abrumado, ni siquiera levantó la cabeza de los papeles que estaba mirando, sino que agachó la cabeza y, desesperado, empezó a golpearla contra el escritorio.

—Si te sigues golpeando así, vamos a tener dos problemas, en lugar de uno —comentó Kevin, a medio camino entre frustrado y divertido.

Rain finalmente levantó la cabeza y miró a su ayudante de mala manera.

—Tendrías uno, porque si me quito de en medio, todo recaería sobre ti —le recordó.

Kevin gimió, comprendiendo la gravedad de la situación.

—Por eso, jefe, deja de intentar suicidarte. Al menos hasta que solucionemos lo de hoy.

A Rain le daba miedo hasta preguntar…

—¿Y qué es lo de hoy exactamente? —preguntó con temor.

—Se ha caído un árbol —informó Kevin.

Rain esperó a que Kevin dijese algo más, pero no lo hizo.

—¿Y? Llama a los bomberos, que para eso están, ¿qué coño me cuentas a mí? —la impaciencia en su voz.

—¿Y a quién tengo que avisar si el maldito árbol ha caído y ha cortado la carretera del acceso norte al pueblo? Carretera que tiene que estar despejada pronto porque ¿te recuerdo que la inauguración del centro de servicios sociales es esta tarde?

Rain gruñó, molesto.

—Ni me lo recuerdes —le advirtió, claramente irritado.

Porque todo ese asunto es lo que lo tenía a punto de perder la paciencia.

Y es que desde que el gobierno había aceptado instalar el centro de servicios sociales comarcal en el pueblo, todo el lugar estaba patas arriba, en un constante caos.

Y ellos, con los pocos que eran en el equipo, echando interminables horas extras para que la inauguración y la apertura del lugar ocurriese sin mayores incidentes.

Había que controlar el tráfico, mantener el orden en las calles, asegurar la seguridad de los residentes y un sinfín de cosas más que tenían que hacer sin contar con ayuda policial externa. Y dada la cantidad de gente que asistiría al evento, Rain tenía a todo el equipo trabajando de

manera operativa durante los últimos días.

Joder, que no recordaba cuándo fue la última vez que vio a Raider.

—Y el árbol ha caído sobre un coche, no ha matado a la mujer que lo conducía de milagro.

—Ayudando, eh —dijo Rain, mirando a su ayudante con una ironía evidente en su tono de voz.

—Para eso estamos, por supuesto —respondió Kevin, asintiendo con seriedad.

Rain puso los ojos en blanco al escuchar a Kevin. Si es que sabía cómo tocarle las narices cuando menos lo necesitaba.

Se levantó de la silla en la que estaba sentado tras su escritorio de un salto.

—¡Maldita sea! —exclamó Rain— Cuando no es una cosa, es otra. ¡Si es que estoy hasta el cogote! Cuando no es la maldita mafia, ¡es un jodido árbol!

Kevin miró con incredulidad al desquiciado sheriff saliendo de su despacho con las manos levantadas mientras exclamaba, frustrado.

—El cansancio te afecta, eh —resopló el ayudante.

El trabajo y el estrés, sí. Todo eso estaba a punto de volverlo completamente loco.

—A este paso, cuando vuelva a La Mansión no solo me encontraré con que el bebé de Raven ya nació, sino que el niño tendrá hasta dientes —bramó, caminando a grandes zancadas, saliendo del edificio de ladrillo donde estaban las oficinas policiales y dirigiéndose hacia la vieja ranchera aparcada.

—Tranquilo, jefe, esta noche termina todo —intentó calmarlo Kevin.

Rain lo miró de mala manera, frunciendo el ceño, abrió la puerta de la ranchera y entró con decisión. Kevin hizo lo mismo en el otro lado.

—Bueno, quien dice esta noche, dice mañana por la noche, cuando ya todo el mundo se haya marchado del pueblo —rectificó Kevin con una sonrisa forzada.

—No estás ayudando —le advirtió el sheriff. Con la ranchera ya arrancada, dio marcha atrás bruscamente.

—¡Joder! —Kevin se agarró con fuerza a la manija que había sobre la puerta— Matarnos ayudará menos, ¿sabes? —se quejó al ver cómo manejaba Rain.

El coche derrapó cuando Rain lo puso en marcha con decisión.

—O sí —dijo Rain con una sonrisa burlona.

—No, ya te digo yo que no. Además, no tengo ganas de morir tan joven. ¡Quieres bajar la maldita velocidad! —exclamó Kevin, desesperado.

Rain lo hizo y miró a su ayudante de reojo, con el ceño fruncido.

—¿Me acabas de gritar? —preguntó con sorpresa.

—¡Poco te grité para casi matarnos! —se defendió Kevin.

—Si te asusta un poco de velocidad, ¿qué vas a hacer cuando te veas envuelto en una verdadera persecución? —cuestionó Rain, el sarcasmo en su voz.

Kevin miró a su jefe como si estuviera loco, como si le hubieran salido siete cabezas.

—Pero qué persecución ni qué ocho cuartos. Que esto es Greenville, por Dios, que a lo máximo a lo que vamos a aspirar es a perseguir a un conejo por el bosque —argumentó con ironía.

Lo dijo de tal manera que Rain no pudo más que soltar una carcajada al escucharlo.

—Pues como lo tengas que perseguir tú, con el estilo que tienes corriendo… —rio Rain— Ay, señor, necesitaba reír —dijo un momento después, tras secarse las lágrimas de los ojos con la mano.

—Un poco sí, porque tenías una cara de agrio… —reconoció Kevin, sonriendo al ver a su jefe más relajado— ¿Todo bien, jefe? —preguntó entonces, serio, verdaderamente preocupado por Rain.

—Sí —dijo Rain igual de serio y tranquilo—. Estresado por la inauguración y por el parto inminente de Chloe, pero nada más.

—Tranquilo, no se lo perderá —le aseguró Kevin.

Rain rio.

—Mientras no se lo pierda el padre… —pero él tampoco quería perdérselo, quería estar junto a sus amigos mientras Chloe daba a luz a ese pequeño.

Y todo aquello también lo tenía nervioso, porque se sentía parte de ello.

Porque habían acompañado a la pareja durante todo el embarazo, acompañando al insoportable y fastidioso Raven, que se había vuelto obsesivo al punto de no permitir que su esposa Chloe se moviera siquiera para alcanzar un simple vaso de agua del estante de la cocina.

Chloe, con su fuerte carácter, no dudó en mandarlo a freír espárragos en más de una ocasión, sin permitir que su esposo la tratara como una inválida.

Raven se encontró durmiendo en el sofá del salón más de una noche. Romeo y Rain junto a él, escuchando sus dramas relatados con voz lastimera.

Y es que, ¿acaso no era lo que definía a la verdadera amistad?

Estar ahí en los momentos buenos y malos.



—Tú, mafioso de pacotilla —dijo Rain, usando la manera en que Raven solía referirse a él.

Rain se acababa de bajar de la ranchera de un salto, dio unos pasos rápidos y decididos hacia Romeo, que se encontraba en medio de la carretera cortada, dándole la espalda.

—¿Cuánto vais a tardar en retirar el árbol de las narices? Hoy es el maldito evento y no tengo tiempo para...

Pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta, dejándolo boquiabierto cuando Romeo, al girarse para mirarlo, dejó ver que no estaba solo, sino que estaba conversando con otra persona que estaba delante de él.

Con una manta sobre sus hombros y agarrada firmemente a su bastón de madera, Camila lo miraba fijamente, sus ojos clavados en él, como si estuviera leyendo sus pensamientos.

—Rain… —dijo ella, su voz era calmada y firme.

Rain quedó sin habla, su mente corría a mil por hora tratando de entender lo que estaba sucediendo.

¿Era alegría lo que estaba mostrando Camila en su voz al verlo o Rain estaba volviendo a malinterpretar todo?

¿Qué hacía ella allí, en ese lugar, en ese preciso momento?

—Camila —pronunció su nombre en un susurro, un sonido apenas audible, que le hubiera gustado no haber pronunciado, pero que escapó de sus labios sin que pudiera evitarlo.

Rain sentía que su corazón latía a mil por hora. No sabía cómo reaccionar, qué decir, cómo actuar.

Después de lo que había ocurrido entre ellos…

—Volvemos a vernos —sonrió ella.

Rain la miró, observándola con detenimiento, sus ojos recorriendo cada rasgo de su rostro, cada detalle. No podía evitar sentir una mezcla de sorpresa y confusión.

¿Dónde estaban los colores oscuros y neutros que solía llevar?

No parecía ser la misma mujer que había conocido antaño, aquella que escondía su belleza detrás de ropas horribles y colores apagados.

Mientras Rain estaba sumido en sus pensamientos, la voz de Romeo cortó el aire.

—Conducía el coche sobre el que ha caído el árbol —dijo entonces Romeo, como si intentara

cortar la tensa situación que se había creado entre Rain y Camila.

Rain asintió con la cabeza, apartando la mirada de Camila por un momento. Intentaba recomponerse.

—¿Está bien, señorita? —preguntó Kevin, el joven agente que se había parado al lado de su jefe.

—Sí, ni un rasguño —aseguró Camila, su voz era firme, pero sus ojos no dejaban de mirar a Rain, como si estuviera tratando de descifrar sus pensamientos, sus emociones.

Rain pudo sentir la intensidad de su mirada, y luchó por no volver a mirarla.

—Kevin —lo llamó el sheriff, con un tono de voz que no admitía réplica—. Encárgate de esto.

Y sin decir nada más, sin mirar atrás, Rain se dio la vuelta y se marchó.



Capítulo 25

Estuvo todo preparado a tiempo por los pelos.

Como si no hubieran trabajado duro los días anteriores, la situación se complicó todavía más con el accidente del árbol que obstruyó el camino esa mañana.

Pero todo eso estaba solucionado y la gente, a primera hora de la tarde, llegó puntualmente cuando se había dado cita la inauguración del centro de asistencia social comarcal.

Era algo importante no solo para el pueblo, también para la comarca. Y aunque había costado sudor y lágrimas conseguirlo, por fin lo tenían allí, delante de sus ojos.

Rain entró en el salón del centro de asistencia social preparado para el evento y saludó con la cabeza a algunos, con la mano a otros, incluso abrazó a los más cercanos.

—Rain… — Sylvester apareció a su lado, colocó la mano en el hombro de su amigo, con un gesto cálido y afectuoso.

—Pensé que vendrías con Carmichael —dijo Rain tras saludarlo.

Sylvester señaló a un lado, donde el hombre en silla de ruedas estaba rodeado de muchísima gente que lo saludaba con entusiasmo.

—Ya sabes cómo funciona esto, siempre se convierte en el centro de atención.

—La última vez que apareció en público no le volvimos a ver el pelo hasta que nos marchamos —recordó Rain, riendo.

—Lo que no sé es cómo lo encontramos, si hasta en la silla de ruedas se pierde —resopló el abogado, con una expresión de incredulidad en su rostro.

—Es todo un caso —rio Rain, haciendo reír a Sylvester al no poder evitar contagiarse de su buen humor.

Pero la risa del abogado se evaporó cuando mientras miraba alrededor, sus ojos se encontraron con alguien a quien no esperaba ver, una cara del pasado que lo dejó impactado.

—La leche —el que habló fue Raven, que cogió a Rain del brazo y tiró de él, obligándolo a moverse, hasta quedar en una esquina, lejos de las miradas curiosas.

—¿Pero qué haces? —se quejó el sheriff al sentir que le arrastraban sin previo aviso.

—Rain, escúchame con atención —comenzó Raven, con una expresión seria y preocupada.

—¿Qué pasa? —preguntó, preocupado al escuchar el tono fúnebre de su amigo.

—Camila está aquí y él ya lo sabe —intervino Romeo, llegando hasta ellos.

Raven miró al italiano de mala manera, con el ceño fruncido y una mirada desafiante.

—Tú, mafioso de pacotilla. ¡No le puedes dar una noticia de ese calibre de esa manera! —

exclamó en un susurro— Espera, ¿has dicho que lo sabe?

—Lo sabe —confirmó Romeo.

—Que lo sabe nos ha quedado claro. ¿Pero quién lo sabe? — preguntó el ayudante de Rain con una mirada de confusión en su rostro.

Rain puso los ojos en blanco, exasperado.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —preguntó mirando a su ayudante.

—Enterarme del chisme, por supuesto —dijo este con una sonrisa traviesa en su rostro.

—Por supuesto —bufó Rain, sin poder contener su irritación.

—¿Desde cuándo lo sabes, sheriff de pacotilla? —Raven introduciendo nuevos apodos— ¿Y por qué yo me estoy enterando el último? —sonaba ofendido. Porque lo estaba, y su mirada lo delataba.

—Sé que está aquí, me la encontré esta mañana —explicó el sheriff, resignado—. Un árbol cayó sobre su coche. Pero entre ella y yo no hay nada, no es necesario montar un drama.

—¿Quién está montando un drama? —bufó Raven con incredulidad, mirando a su alrededor como si no supiera a qué se refería Rain.

Rain lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Entonces a qué viene este espectáculo que estás montando mientras todos los invitados nos miran porque me has agarrado del brazo, has salido corriendo conmigo y estamos aquí…? — Rain contó, haciendo un gesto con la mano hacia sus amigos: Raven, Romeo, Sylvester, Kevin y él mismo— ¿…Cinco tíos cuchicheando en una esquina?

¡De lo más normal, hombre!

—Desde luego, la sutileza no es lo tuyo —rio Romeo con aire burlón, mientras le daba un golpecito en el hombro a Raven.

—¿Ha tenido algo con la asistente social que conducía el coche al que le cayó el árbol esta mañana? ¿La que se encargó de su caso?—preguntó Kevin, con los ojos abiertos de par en par, como si hubiera estado viviendo bajo una piedra todo el tiempo.

—No —dijeron todos los demás a la vez, mirándolo como si estuviera loco.

Kevin los miró, uno a uno, sin entender nada de lo que estaba sucediendo.

—¿Qué me he perdido? —preguntó con curiosidad.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Raven, ignorando a Kevin y mirando a Rain con preocupación.

—¿Qué demonios vamos a hacer? Actuar normal —dijo Romeo.

¡Ni que fuera tan difícil!

—Que no es, exactamente, lo que estamos haciendo —gruñó Rain, señalando la esquina en la que estaban todos juntos.

—Bien… —Raven miró a Rain con intensidad— ¿Estás bien? ¿No te sientes mal? ¿No quieres salir corriendo? ¡¿No te duele el corazón o algo?!

—¡Que estoy bien, carajo! —explotó el sheriff, silenciando no solo a su amigo, sino a toda la sala que se había quedado mirando hacia ellos, alertada por el tono de su voz.

—Desde luego, sois de lo que no hay —rio Sylvester, sin poderlo evitar—. La personificación de la discreción.

—Joder, es que me saca de quicio —resopló Rain, señalando a Raven con el dedo índice, visiblemente irritado.

—Serás capullo. Si solo intento ayudar —bufó el médico, cruzándose de brazos, algo molesto.

—¿Por qué no ayudas mejor a tu mujer? Que lo mismo pare sin ti —dijo Rain con sarcasmo, apuntando con la cabeza hacia Chloe.

Fue escucharlo y que Raven saliera corriendo, haciendo a Sylvester reír todavía más.

—Pues sí que está enamorado —dijo Kevin, mirándolo llegar hasta Chloe y abrazándola con ternura.

—Encoñado, más bien —dijo Romeo—. El día que el niño nazca —porque ya sabían que sería un varón— y el día que se case, me voy del país —advirtió. Y miró a Rain con seriedad—. ¿Estás bien? —preguntó, poniendo una mano en el hombro de su amigo.

—Le estáis dando más importancia de la que tiene —dijo él, visiblemente cansado—. Aquello quedó atrás, ¿podemos actuar con normalidad? —pidió como un favor, mirando a sus amigos con cierta súplica en los ojos.

Con normalidad era todo el mundo, en todo momento, con los ojos puestos en Rain y en Camila y haciéndose señas unos a otros, como si estuvieran siguiendo una novela en vivo.

Si es que lo de esos hombres no era normal…

Y Rain…

Rain era un embustero, alguien que no estaba siendo sincero y que estaba ocultando todo lo que en realidad sentía en el fondo de su corazón.

Sentía que estaba a punto de darle algo. Un soponcio, un siroco, no sabía. Pero algo que iba a dejarlo pajarito, seguro. Y es que sentía como si tuviera el pecho oprimido, como si un puño invisible estuviera presionando su garganta, impidiéndole respirar.

Eso fue lo que sintió esa mañana, cuando volvió a tenerla delante. No se lo esperaba y tampoco se había preparado para un momento así.

Tampoco es que prepararse sirviera de nada porque a la hora de la verdad, la gente actuaba espontáneamente. Pero bueno…

Aquel día en que ella se marchó, Rain prometió dejar el pasado atrás.

Lo hizo, lo cumplió.

Prometió no volver a pensar en ella.

No lo hizo, no pudo.

Como era lógico, su imagen regresaba a su mente porque fuera lo que fuera lo que esa mujer le había hecho sentir, no era algo que desapareciera así porque sí.

Pero siguió con su vida, porque tenía mucho por lo que seguir.

Y era sincero si decía que nunca se imaginó a esa mujer regresando a aquel lugar. Porque no, porque le parecía imposible. Y si alguna vez la tonta idea se había empezado a formar en su mente, la había desechado rápidamente.

Porque ella no era nadie en la vida de él.

Ahora ella estaba allí, vestida con ropa que mostraba la forma de su cuerpo, con una falda que mostraba sus pantorrillas, sin importarle si se veía parte de sus cicatrices o no, con el pelo suelto, maquillada…

Segura de sí misma.

Preciosa.

Pero, evidentemente, no era la mujer que él había conocido tiempo atrás. Era una mujer diferente, más madura, más segura.

Para él, esa mujer era una completa desconocida.

Pero nada de ello impedía que, por momentos, su corazón brincase por la emoción.



Para Camila, nada de aquello estaba siendo fácil.

Aquel día estaba teniendo que enfrentar situaciones difíciles y, sin duda, esta era la más complicada de todas. Ahí estaba, en la misma sala, a pocos metros de distancia de la persona que no había podido olvidar, y quien le había demostrado que ella no era bienvenida.

¿Qué esperabas? ¿Qué te recibiese con los brazos abiertos?

No, eso no. ¿Pero por qué no con un saludo cordial? ¿Por qué debía mostrarse tan frío?

Hablas de Alvin Reed, no creo que nadie pueda pedirle a ese hombre que haga lo que no le nace hacer.

Camila suponía lo mismo.

Por lo poco que conocía de él, Camila tenía la certeza de que las formalidades y las reglas no estaban hechas para ese hombre, no cuando de etiqueta se trataba.

Alvin Reed siempre hacía las cosas a su manera, sin importar lo que otros pudieran pensar o decir.

—Señorita Santos —dijo una voz amistosa que interrumpió sus pensamientos.

Camila sonrió ampliamente al ver a Chloe acercarse a ella, la recibió con una sonrisa en los labios, mostrando su alegría.

—¡No me puedo creer que esté aquí! —exclamó Chloe con emoción en la voz.

—Chloe —dijo ella con cariño—. Y tutéame, por favor. Ya no estoy evaluando a la familia —le recordó.

—Camila —Chloe sonrió—. ¿Así que eres la directora de todo esto? —era lo que había dicho Camila en el discurso que había dado.

—Es una gran responsabilidad, pero daré lo mejor de mí.

—No lo dudo —Chloe la miró de arriba abajo con una expresión de admiración—. Estás preciosa, pareces otra —comentó con una sonrisa en los labios.

Camila miró la barriga de Chloe con una expresión de sorpresa y alegría en su rostro.

—Tú también estás preciosa y embarazadísima —dijo Camila, sonriendo de oreja a oreja.

—Y hasta el coño de Raven también, pero eso no hace falta que te lo diga —dijo Chloe, bromeando.

Camila soltó una sonora carcajada.

—Y enamorada —añadió Camila, con una sonrisa más amplia en su rostro, observando el brillo en los ojos de Chloe al mencionar a Raven.

—Y enamorada —concordó Chloe, sonriendo tontamente.

—Me he acordado mucho de todos vosotros —confesó Camila con un tono nostálgico.

—Espero que sean buenos recuerdos.

Camila asintió con la cabeza.

—Os cogí mucho cariño, aunque no lo demostrase —sonrió, avergonzada.

—Nosotros a ti también —dijo Chloe con cariño—. ¿Dónde te alojarás? —preguntó con curiosidad.

—En principio en la pensión del pueblo. En un par de días me darán las llaves de la casita que me consiguieron, y pronto llegará mi equipaje.

—La Mansión está abierta para ti, lo sabes.

Camila sonrió, su mirada se desvió hasta donde estaba Rain y suspiró.

—Lo sé, gracias —dijo mirando a Chloe—. Pero estaré bien —aseguró.

—¿Habéis hablado? —preguntó Chloe, sin poder evitar preguntar sobre ello. Inmediatamente se disculpó al ver la sorpresa en la cara de Camila— Lo siento, no era mi intención —se apresuró a decir.

—Tranquila —rio la asistente social, tratando de restar importancia al tema—. Me vendrá bien una amiga, no conozco a nadie aquí.

—¡Aquí me tienes! —exclamó Chloe, emocionada con la idea.

—No he hablado con él, me lo encontré esta mañana y solo me permitió saludarlo. Supongo que no tiene un buen recuerdo de mí —sonrió con pesar.

—¿Y tú? ¿Tienes un buen recuerdo de él? —preguntó Chloe, mirándola con cariño.

Camila la miró a los ojos y decidió ser honesta con Chloe.

—El mejor —dijo, la sinceridad en su mirada y en su voz.

No tenía que añadir nada más; todo estaba claro con esas dos palabras.

Vio a Rain salir fuera del salón con paso decidido y miró a Chloe.

—Necesito un poco de aire. ¿Te llamo estos días y nos tomamos un café? —propuso Camila, esperando que Chloe aceptara su invitación y poder así compartir más tiempo con ella.

—¡Por supuesto!

Tras un abrazo, Camila se marchó de allí, prometiendo llamarla en los próximos días.

Salió por la puerta que quedaba a un pequeño patio interior que había en el edificio. El espacio abierto estaba lleno de sombras y luces que se filtraban entre los árboles y las enredaderas que trepaban por las paredes del patio. Las plantas decorativas añadían un toque de frescura al ambiente.

Había varias personas fuera, charlando tranquilamente y disfrutando del aire fresco. Miró alrededor con atención, buscando a Rain, pero no lo vio por ninguna parte.

Con un suspiro pesado, dejó sus hombros caer en señal de frustración.

—Cualquiera diría que me estabas buscando a mí y que te ha desilusionado el no encontrarme.

Con un grito ahogado por el susto, Camila se giró y se encontró con los ojos del dueño de esa voz. Su corazón comenzó a latir con fuerza al verlo.

—Rain —murmuró ella al verlo, su voz apenas audible por la sorpresa.

Estaba de brazos cruzados, con uno de sus hombros apoyados en la pared, mirándola con las cejas enarcadas y una expresión burlona en el rostro que no dejaba lugar a dudas sobre su pésimo

estado de ánimo.

—Señorita Santos… —saludó él con tono irónico, haciendo que Camila se sintiera incómoda ante la frialdad de su voz.

Pero a él le importaba poco…

Rain descruzó los brazos lentamente y, con la misma tranquilidad, se separó de la pared. Se acercó un poco a Camila y dobló un poco su cuerpo, haciendo una reverencia.

—Un gusto verla —añadió Rain.

Pero por su tono de voz, era evidente que no le agradaba ni un poco y Camila lo notó. Pero tenía razones para comportarse así con ella, no podía reprochárselo. Las cosas no habían terminado bien entre ellos.

—A mí sí me alegra verte —dijo ella, sincera, demostrándole de esa manera que sabía muy bien que el sentimiento no era mutuo—. ¿Cómo estás? ¿Cómo está Raider?

—Bien, conmigo, gracias a su informe —respondió él, sin mostrar emoción alguna en su rostro.

—Yo solo escribí lo que vi —dijo ella, quitándose el mérito, sabiendo que no había hecho más que contar la verdad.

Había hecho su trabajo y punto.

—Así que ahora será la directora del nuevo centro social —afirmó él, cambiando de tema.

Camila asintió con la cabeza.

—Es un trabajo de mucha responsabilidad, pero me esforzaré al máximo —dijo con convicción.

—No lo dudo —y se notaba que lo decía en serio—. Le deseo mucha suerte en su nuevo proyecto —dijo con un movimiento de cabeza, dispuesto a marcharse.

Camila resopló y habló antes de que él pasara por su lado.

—¿Vas a seguir hablándome como si fuera una desconocida? —preguntó, repentinamente enfadada. No quería que las cosas siguieran así entre ellos.

No le gustaba que la tratara de esa manera. Maldita sea, le dolía.

Rain había quedado a su lado, sus brazos alineados, casi rozándose. Giró un poco la cabeza y la miró con intensidad. Camila hizo lo mismo, sosteniendo su mirada.

—Me dejaste claro una vez que eso éramos —le recordó.

Ella negó con la cabeza, rechazando esa afirmación.

—No, eso no fue lo que dije.

—¿Y qué fue, según tú? —preguntó Rain, desafiante.

Camila suspiró y giró su cuerpo para poder mirar mejor a Rain.

—Te hice daño —dijo entonces ella, suspirando pesadamente, al ver el dolor en los ojos de él.

—No te lo tengas tan creído, señorita Santos —bufó él, sonando despectivo.

—Merezco que estés enfadado y que vuelvas la cara al verme si es lo que sientes, pero…

Rain apretó los dientes con fuerza.

—No tienes ni puta idea de lo que siento —dijo Rain con rabia, girándose para quedar frente a frente con ella—. Nunca tuviste ni puta idea de lo que sentía por ti.

—Puede que no —dijo ella—. Pero tú tampoco llegaste nunca a saber lo que sentía yo. Así que, supongo, estamos a la par.

—¿Lo que sentías tú? —Rain rio con incredulidad y negó con la cabeza— Lo siento, pero por más que lo intente… Simplemente no soporto tenerte cerca.

No podía ni verla.

Tenía que marcharse de allí.

Y lo hizo, dejándola completamente sola, con el corazón roto y las lágrimas anegando sus ojos.



Capítulo 26

Había sido tremendamente duro. Y lo sabía.

Después de todo, se había comportado como un capullo y, sinceramente, él no era así. Él no era esa clase de persona, pero no podía entender qué le había ocurrido. Ni esa mañana ni después, cuando se la encontró en la inauguración.

No podía evitarlo, había estado completamente pendiente de ella, siguiéndola con la mirada en todo momento. Lo cierto es que no podía culparse por ello, ya que ella estaba increíblemente hermosa ese día. Su pelo suelto cayendo en suaves ondas por sus hombros, ese vestido azul ajustado…

Impresionante.

Rain seguía sin tener claro qué estaba haciendo ella allí, pero cuando se enteró del papel que iba a desempeñar en el centro, Rain sintió como si el destino, el universo o el jodido karma se estuvieran burlando de él en su cara.

Camila en el pueblo, quién lo hubiera imaginado... Sin duda, lo que fuera que moviese los hilos de la vida tenía un sentido del humor muy peculiar.

Sin poder soportar la tensión del momento, salió al jardín tan pronto como pudo con la intención de poner en orden sus pensamientos y recordarse a sí mismo que esa mujer no significaba nada en su vida. Pero justo entonces, la vio entrar. Y, tonto de él, pensó que lo estaba buscando.

Eso lo enfadó, tanto que la única salida que vio fue cargar contra ella y hablarle como lo había hecho.

Poco hombre, se dijo a sí mismo, reprochándose ser un perfecto gilipollas.

La mujer lo había rechazado, ¡ni que tuviera que pedirle perdón por ello!

Bebió lo que quedaba de la bebida de un trago y miró al camarero.

—¡Otra! —ordenó.

El camarero dejó la jarra de cerveza sobre la barra, Rain fue a cogerla, pero alguien se adelantó.

Rain miró a su lado y enarcó las cejas al ver a Camila bebiéndose media jarra de un sorbo. Cuando terminó, una mueca de desagrado se formó en sus labios.

—Si estás pretendiendo emborracharte, tienes que pedirla con alcohol —fingió un escalofrío.

Dejó la jarra sobre la barra y, sin pedirle permiso a Rain, tras colocar bien el bastón enganchado a la barra, se sentó en el taburete de al lado.

—Un whisky —pidió ella—. Sin hielo y bien cargado.

Las cejas de Rain se elevaron todavía más.

Camila lo miró de reojo y se encogió de hombros.

—Me gusta más que la cerveza —dijo simplemente.

Rain, sin poderlo evitar, rio. Negó con la cabeza y bebió un poco de su cerveza. O, mejor dicho, de lo que quedaba de ella.

—Eres todo un caso —dijo Rain, observándola con diversión.

Camila sonrió, satisfecha de haberlo hecho reír.

—Te vi por la ventana y no sabía si entrar —comenzó a explicar ella. Rain la miró a los ojos —. Pensé: lo mismo me echa del local —dijo ella, bromeando, aunque su voz sonó un poco nerviosa.

Pero a Rain no le hizo ni pizca de gracia escucharla decir eso. La miró fijamente, su mirada endurecida.

—Jamás haría algo así —dijo con rabia.

Pero la rabia no era dirigida hacia ella, sino hacia sí mismo. Estaba molesto y enfadado por cómo se había comportado con esa mujer.

—Lo sé —sonrió ella con una expresión de comprensión.

—Puedo ser un gilipollas, Camila, y dejarme llevar, a veces, por mis emociones, pero yo… —negó con la cabeza, luchando por encontrar las palabras adecuadas— Créeme, jamás te haría daño.

—Lo sé —sonrió ella todavía más—. Si hubiera creído que eras ese tipo de persona, Raider no estaría contigo.

Rain la miró a los ojos, sorprendido por la sinceridad con la que pronunció aquello. Aunque él lo sabía. A pesar de todo, él nunca había dudado de su profesionalidad.

—Gracias por eso —dijo, de corazón.

—Ya te lo dije, yo solo hacía mi trabajo. El mérito no es mío, es todo vuestro.

Ella solo informó de lo que vio. Y lo que vio fue a un padre que amaba a quien consideraba su hijo más que a nada en el mundo. Y a un niño que había encontrado en ese hombre y en esa casa, su familia y su hogar.

“—¿Cómo te sientes en tu nuevo hogar? —preguntó Camila, mirando a Zev con una sonrisa cariñosa y comprensiva en sus labios.

Era la primera pregunta que le hacía de la larga lista que tenía preparada, y el pequeño estaba visiblemente nervioso. Se notaba por cómo retorcía sus pequeñas manos.

—Bien —dijo Raider en un susurro apenas audible, casi tragándose las palabras.

—No quiero que te sientas incómodo, Zev —Camila sonrió todavía más ampliamente, intentando hacerlo sentir cómodo y a salvo—. No estoy aquí para juzgar absolutamente nada de lo que me digas, solo quiero saber cómo te sientes.

—¿Para qué está aquí? —¿si no?

Esa era la parte de la pregunta que había quedado en el aire, lo que Zev no había preguntado, pero que Camila entendió a la perfección.

—Porque quiero lo mejor para ti —explicó ella con tono amable y relajado.

Él negó con la cabeza, mostrando su confusión.

—Pero usted no me conoce —dijo el pequeño con un hilo de voz.

—No, no te conozco. Pero eso no significa que no desee sinceramente tu bienestar —explicó ella con empatía en su voz.

Pero no tenía ni la más remota idea de por dónde iba a salirle el niño.

—Y si quiere que crea eso, ¿por qué usted no cree que Rain quiere lo mismo para mí?

Camila, sorprendida y algo desconcertada, dejó la libreta en la que tenía anotadas las preguntas con cuidado encima de sus piernas.

Era evidente que el guion que tenía establecido no le iba a servir para nada en esa situación.

—Yo no dudo de eso, Zev. No estoy aquí para cuestionar eso —aclaró ella con sinceridad.

—¿Entonces por qué está aquí? —insistió él con cierta inquietud en su voz.

Camila puso una mueca pensativa con sus labios y asintió con la cabeza lentamente.

—Supongo que tienes toda la razón… —murmuró, más para sí misma que para el pequeño.

—¿Me tendré que ir de aquí? —preguntó repentinamente Raider, agobiado y preocupado.

No quería hacerlo, no quería marcharse de su nuevo hogar. Y todo aquello lo tenía sumamente nervioso.

Pero sabía que Rain también estaba nervioso por su situación, y no quería preocuparlo más, por eso no se lo contaba.

—¿Quieres irte de aquí? —preguntó ella tranquilamente, buscando entender sus sentimientos.

—No —dijo rápidamente Raider, casi interrumpiéndola.

Camila no estaba completamente segura de hacer la siguiente pregunta, la que le quemaba en los labios. Pero Zev era más maduro de lo que ella imaginaba, quizá fruto de las circunstancias.

Con todo lo que había experimentado el pobre chico a tan corta edad, como para no serlo.

Camila decidió arriesgarse.

—¿Y si tu madre o tu hermana volvieran? —se atrevió a preguntar entonces, tratando de ser delicada.

Rain negó con la cabeza.

—No quiero separarme de Rain —dijo el pequeño, con la voz segura, pero temblorosa por la emoción que lo embargaba—. Quiero quedarme en casa, con él.

Esa fue la respuesta que dio el pequeño.

—¿Consideras este lugar tu hogar, Zev? —preguntó entonces Camila, interesada en su respuesta.

—El único que he tenido —respondió el niño, con los ojos anegados en lágrimas.

Eso fue todo lo que Camila necesitó saber…"

—Gracias por ser profesional, entonces —Rain realmente necesitaba mostrarle su gratitud.

—¿Por qué no iba a serlo? —cogió el vaso de whisky y bebió un poco. Puso una mueca y soltó un sonido de satisfacción— Está rico —dijo, provocando una risa en Rain.

Ella también rio, contenta de compartir ese momento con él.

—Así que te quedas en el pueblo —ella asintió con la cabeza, sonriente—. ¿Por cuánto tiempo? —preguntó Rain, curioso, mientras la miraba.

—En principio por un año. Después… Dependiendo de si hago bien mi trabajo o no, pues ya decidirán los de arriba —explicó Camila detalladamente.

—¿Y puedo preguntar por qué aquí? —Rain estaba verdaderamente intrigado.

Camila, con el vaso de whisky todavía entre las manos, se quedó mirándolo unos instantes antes de responder, como si buscara las palabras adecuadas.

—Supongo que porque este lugar me hace creer que pueden existir las segundas oportunidades —dijo en un tono de voz más bajo, cargado de emoción.

El corazón de Rain dio un salto al escucharla, pero trató de ignorarlo. Había prometido no hacerles caso a esos sentimientos nunca más y no iba a expresarlos a menos que alguien se lo pidiera.

Con lo mal que lo había hecho con Camila, porque había actuado horriblemente mal, era más que suficiente.

—¿Lo elegiste tú? —preguntó Rain, necesitando asegurarse de que había entendido bien y para no sacar conclusiones precipitadas.

—Sí —ella lo miró a los ojos, sincera—. Tenía varias opciones sobre la mesa y elegí esta —

dijo muy seria.

Rain asintió con la cabeza, sumergiéndose en sus propios pensamientos.

—¿No me vas a preguntar por qué? —preguntó Camila un momento después al ver que Rain no lo hacía.

Ni decía nada.

Simplemente estaba allí, en silencio, con la mirada perdida en su jarra de cerveza.

Camila aprovechó para observarlo, pensando en lo guapo que se veía. Más guapo que nunca. Se había vestido de uniforme para la inauguración, pero luego se había cambiado de ropa. Ella ya había deducido que, como el hombre serio y responsable que era, aunque no tomase alcohol, porque nunca le había visto hacerlo, jamás entraba en ese pub vistiendo su uniforme de agente de la ley.

Y eso decía mucho de él.

En eso era muy diferente al otro… Aquel hombre que la había herido. Aquel hombre que la había roto por completo.

Aquel hombre que casi había terminado con ella.

No, no quería pensar en eso. Ese hombre ya no formaba parte de su vida ni lo haría nunca más. Tenía que cerrar esa etapa dolorosa y seguir adelante con su vida.

—No —respondió entonces Rain, cortante y tajante, como queriendo evitar seguir pensando en aquello—. No creo que sea de mi incumbencia —bebió de su cerveza y la miró—. ¿Ya tienes dónde quedarte?

—Sí, estaré en la pensión un par de días, hasta que me den la llave de la casa donde viviré. Una pequeña casa modesta, pero acogedora, perfecta para empezar de nuevo.

—Bien… Como sheriff, cualquier cosa que necesites, solo tienes que llamarme. Puedes confiar en mí para ayudarte en lo que sea.

Camila meditó sobre esas palabras antes de hablar, se tomó su tiempo para procesar lo que él había dicho.

—¿Cómo sheriff? —dudó en preguntar lo siguiente, pero terminó haciéndolo, con voz suave y titubeante— ¿No como amigo?

Rain soltó un profundo suspiro, uno de esos que denotaban pesar y dolor, y habló sin mirarla a los ojos, como si le costara enfrentarla con la verdad.

—No somos amigos, Camila. No lo fuimos nunca —dijo con voz grave y seria, sin atisbo de emoción en su tono—. Nuestra relación nunca llegó a eso.

—¿Entonces qué fuimos? —preguntó ella, sin saber si quería escuchar la respuesta, sin saber si estaba lista para afrontar lo que él diría.

Él volvió a mirarla a los ojos, y lo hizo con seriedad y determinación, como quien está a punto

de confesar algo importante.

—Dos desconocidos que tuvieron que tener contacto por un tema legal —esa fue la manera en que definió su relación, sin darle mucho espacio a la ambigüedad—. Y yo me comporté como un verdadero gilipollas —reconoció, con voz apagada y avergonzada—. Espero que me perdones y no es justificación, pero no soy así. No sé qué me pasó, solo imaginé… Más de lo que debía.

—Rain —lo interrumpió ella, dispuesto a decirle que…

¿Qué? ¿Que no se lo imaginó? ¿Que tú tampoco fuiste clara en aquel momento?

—Lo siento, Camila. Siento cómo me comporté. Puedes estar tranquila, no volverá a ocurrir. Espero que, a partir de ahora, podamos tener una relación cordial —dijo Rain, intentando darle a entender que no tenía intenciones de molestarla ni de insistir con lo que era pasado para los dos.

—¿Cordial? —¿a qué tipo de cordialidad se refería?

¿Qué significa eso para él?, se preguntó ella en silencio.

—Cordial como la que puedo tener con cualquier habitante del pueblo —explicó él, con una paciencia que mostraba lo importante que era para él aclarar la situación—. Nada más allá de eso.

Porque necesitaba mostrarle a ella que tenía sus límites bien definidos. Necesitaba demostrarle que podía vivir tranquila en ese pueblo, que no tenía que preocuparse por él ni por sus sentimientos, que no tenía intención de cruzar líneas que no debían cruzarse.

La quería segura. Siempre.

—Soy como uno de ellos… —no era una pregunta. Camila ni siquiera quería decir esas palabras en voz alta. Solo era un pensamiento de ella, un pensamiento que la dejaba con un sabor amargo en la boca.

Rain asintió con la cabeza, confirmando lo que ella ya sabía, aunque no quisiera admitirlo.

—Es tarde, será mejor que vuelva a casa —Rain se levantó, dejó un billete sobre la barra y miró a Camila—. Invito yo, para darte la bienvenida a Greenville, para que sepas que estás en tu hogar.

—Rain… —ella fue a decirle que no se fuera, que no quería que se fuera como un desconocido, que no quería perderlo de nuevo.

Tenía muchas cosas que contarle, y muchas explicaciones que darle. Deseaba que él entendiera que no había querido lastimarlo, que no había sido su intención herir sus sentimientos.

No eran nada, no habían sido nada, eso era cierto. Pero entre ellos ocurrió algo, un sentimiento que los había unido, y ella también lo había hecho mal porque le había ocultado muchas cosas, y eso la estaba quemando por dentro.

Igual que a él le quemaba haber sido tan sincero con ella, haberse mostrado vulnerable.

Algo de lo que ella no creía que tuviera que arrepentirse, pero él ni siquiera le estaba dando la

oportunidad de decírselo, de explicarle todo lo que había pasado.

—Que seas muy feliz en tu nueva vida —le dijo él, con voz firme.

Y sin darle tiempo a abrir la boca, Rain se marchó, dejándola allí.

Sola.

Mirando cómo la puerta del pub se cerraba tras él, sintiendo un vacío que no sabía cómo llenar.



Rain estaba a punto de abrir la puerta del conductor de la ranchera policial que estaba aparcada cerca de la puerta del pub, cuando alguien lo agarró con fuerza del brazo, sorprendiéndolo. Su sorpresa fue aún mayor al ver que era Camila quien lo estaba deteniendo con su mano temblorosa.

Tenía la cabeza agachada, mirando al suelo, como si no pudiera sostener la mirada. Parecía insegura, vulnerable…

—¿Camila? —preguntó desubicado, mirándola a ella con preocupación, buscando alguna señal de que le hubiera pasado algo o de que necesitase ayuda.

Respiraba aceleradamente, como si estuviera agitada.

¡Parecía que hubiera corrido una maratón!

Pero aparte de eso, estaba bien, físicamente al menos. Rain miró a su alrededor, buscando con la mirada por si alguien la estaba acosando o molestando, preguntándose si algo o alguien la había asustado y la había hecho correr.

—¿Y si no quiero eso? —preguntó entonces ella, en un susurro apenas audible.

Lo dijo con una voz tan baja que Rain lo escuchó de milagro, casi como si hubiera captado las palabras en el aire antes de que se desvanecieran.

—¿Si no quieres qué? —preguntó él lentamente, sin entender a qué se refería esa mujer que tenía delante de él, una mujer que lo desconcertaba.

Camila levantó la cabeza y posó una extraña mirada en Rain, una mirada llena de emoción y tensión, como si estuviera al borde de tomar una decisión trascendental.

—Si no quiero ser una desconocida para ti —dijo con un hilo de voz, como si le costara hablar.

Rain, lentamente, hizo que ella soltase su brazo y la miró, su ceño fruncido, el desconcierto en su cara. No entendía a qué venía esa declaración, a qué se refería.

—¿De qué estás hablando, Camila? —preguntó él, confundido, tratando de entender lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué pasaría si no quiero ser una desconocida para ti, Rain? —repitió ella con voz temblorosa— ¿Qué pasaría si quiero ser mucho más que eso?

Rain tragó saliva, sintiendo un nudo en la garganta, prohibiéndose a sí mismo deducir nada antes de tiempo, tratando de no emocionarse por esas palabras.

—No entiendo... —negó con la cabeza, visiblemente desorientado, tratando de mantener la calma.

Porque no quería imaginar que ella, Camila, pudiera sentir algo por él. No quería ilusionarse. Pero no podía evitarlo. Su corazón comenzó a latir con fuerza.

Camila cogió aire, llenó sus pulmones de aire antes de seguir hablando. Dios, aquello le estaba costando la vida, pero necesitaba hacerlo. Necesitaba preguntárselo.

—¿Qué pasaría si quiero más de ti? —preguntó ella, armándose de valor, mirándolo a los ojos con una mezcla de miedo y esperanza.

Él negaba con la cabeza, diciéndose a sí mismo que se marchara de allí, que no la escuchara, que no se metiera en problemas. Porque sabía que eso solo podía traerle dolor y sufrimiento. Pero no podía evitarlo. La necesidad de saberlo era más fuerte que cualquier otra cosa.

Por favor, ¡no preguntes!, se decía a sí mismo, sintiendo cómo su corazón se aceleraba.

—¿Cuánto más? —quiso saber él, sintiendo que su voz también temblaba.

—Todo —dijo ella con firmeza, sin pensar si debía decirlo o no, sin dudas en su voz, con una certeza que lo dejó sin palabras—. Lo quiero todo.

—Camila, yo no... —Rain negó rápidamente con la cabeza.



Capítulo 27

Camila no tardó en entrar a su habitación, cerró la puerta con fuerza y apoyó la espalda en ella, tratando de recuperar la compostura. Tenía la respiración acelerada por lo que había corrido y su pecho subía y bajaba de manera entrecortada. Una mueca de dolor se dibujó en su rostro, sentía un pinchazo en la pierna y se preguntó si había corrido demasiado rápido.

¡No tenías que haberle dicho nada!, se recriminó a sí misma.

Aunque, por otra parte, sabía que había sido lo mejor, de esta manera, todas sus tontas esperanzas se habían desvanecido de un plumazo, como si nunca hubieran existido. Se sentía aliviada de haber dicho lo que sentía, aunque ahora tenía que lidiar con las consecuencias de sus acciones.

¿Esperanzas?, se preguntó, mientras intentaba convencerse de que era una tontería.

¡Pero qué esperanzas mujer!, se burló de sí misma, como si su cerebro estuviera tratando de hacerle entender que no debía esperar nada.

¿Las de una tonta que todavía, después de todo lo que ha sufrido, sigue creyendo en las historias de amor? ¿Cuánto hace que lo conociste? ¿Cuánto hace que te marchaste dejándole claro que entre vosotros no hubo ni habría nada? ¿Qué esperabas? ¿Llegar, pedirle una oportunidad y que él te recibiese con los brazos abiertos?

Camila, por Dios, ¡que esto no es una maldita novela!, se recordó, tratando de poner los pies en la tierra. Estaba siendo ingenua, estaba dejando que sus emociones la arrastraran a una historia sin final feliz.

¡Esto es la jodida vida real!

Y, en ella, la gente no espera por otra persona, ¡menos todavía cuando ni siquiera sabía que tenía que esperar!

Suspiró con pesar, sintiendo que el mundo se le venía encima. Así eran las cosas, así era la vida, no había nada que pudiera cambiarlo.

El sonido de cómo llamaban a la puerta la sobresaltó. Camila cerró los ojos, decidida a no abrir a nadie, mucho menos a esa hora. Se quedó inmóvil, sin querer saber quién era.

—Camila, soy yo. Soy Rain —dijo entonces la persona que estaba al otro lado de la puerta.

Camila se quedó en blanco, tiesa, nerviosa, preguntándose qué demonios quería. ¿No había sido claro con lo que le había dicho? Lo había sido, ¿no? No tenían nada más que hablar.

Se quedó parada, sin saber qué hacer, sus sentimientos en conflicto.

—Camila, por favor —Rain suspiró. Tenía el antebrazo apoyado en la puerta, la cabeza sobre este—. Ábreme —le pidió con una voz que delataba su cansancio.

Ella dudó, pero terminó haciéndolo. La puerta se abrió lentamente, como si fuera lo más

pesado del mundo. Los ojos de ambos se encontraron, ambos lucían igualmente nerviosos.

—¿Puedo pasar? —preguntó él, señalando al interior de la habitación, su mirada implorante y suplicante— Necesitamos hablar —dijo entonces, al verla dudar.

Camila asintió con la cabeza, se hizo a un lado y lo dejó pasar. Rain entró, cerró la puerta tras de sí y se apoyó en ella, la cabeza echada para atrás, sus ojos mirando al techo y un suspiro escapando de sus labios. Se sentía agotado, desconcertado.

¡Esa mujer iba a volverlo loco!

—Ni siquiera me has dejado terminar —dijo él, mirándola a los ojos con una mirada intensa, como si estuviera tratando de leer su alma—. Joder, me has dejado tan sorprendido que cuando he aterrizado en la realidad, me he encontrado con que no estabas.

—Está bien, olvídalo —respondió ella, tratando de evadir la conversación.

Rain rio sarcásticamente. Sus ojos se clavaron en los de ella, y no pudo evitar que una sonrisa irónica se dibujara en su rostro.

—¿Por qué siempre me pides que lo olvide todo? —él negó con la cabeza, su mirada fija en ella— Lo haría, como he intentado olvidar lo que sentí por ti meses atrás si no fuera porque apareces de nuevo y lo pones todo patas arriba.

Camila apretaba el bastón con fuerza, intentando mantenerse de pie a pesar de su pierna herida. Su expresión era de dolor, y Rain no necesitaba mirarla durante mucho tiempo para darse cuenta de ello. Sus ojos se encontraron con los de Camila, y él sintió una punzada en el corazón al verla sufrir.

—Siéntate —dijo suavemente, yendo hacia ella y sosteniéndola con cuidado.

La ayudó a llegar hasta la cama, donde Camila se sentó. Rain observó la habitación, notando que era pequeña y sencilla. Cogió una pequeña banqueta que cumplía la función de silla de escritorio, si es que esa pequeña mesa en la que no cabía ni un ordenador portátil podía llamarse así, y tomó asiento frente a Camila. Dejó entre ellos todo el espacio que le permitía ese pequeño lugar, que no era demasiado.

—Me he sentido una mierda por meses —comenzó él, mirándola a los ojos, su voz cargada de sinceridad—. No porque me rechazases, estabas en todo el derecho de hacerlo y de mandarme a la mierda si no sentías nada por mí.

—Rain —quiso interrumpirlo ella, pero su voz sonó débil.

Él negó con la cabeza y levantó un dedo, pidiéndole con ese gesto que no lo interrumpiera. Necesitaba soltar todo lo que sentía.

—También estabas en tu derecho de mandarme al carajo aunque sí sintieras algo por mí —continuó él, su voz más firme—. Lo que quiero decir es que me comporté mal, y no he podido perdonármelo. Y si hay algo que agradezco es que hayas venido para poder disculparme en persona y no quedarme con esa espinita dentro. Así que gracias, Camila. Pero después de todo, ¿crees que puedes aparecer meses después y decirme que lo quieres todo? ¿Todo, Camila? ¡¿Qué

demonios es todo?! —Rain se pasó las manos por el pelo, frustrado, su voz subiendo de tono—. Y no me engañes; no se te ocurra ocultarme nada esta vez —le advirtió, sus ojos intensos clavados en los de ella—. Porque no podré soportarlo.

Camila negó con la cabeza, sintiéndose abrumada, incapaz en ese momento de decir nada más. Su valentía ya se había agotado, y la mirada penetrante de Rain la hacía sentir vulnerable.

Rain suspiró profundamente, dejó caer su cabeza hacia atrás y cerró los ojos por un momento, como si pidiera paciencia divina.

—¿Sabes por qué me fui esta mañana casi corriendo cuando te vi? —preguntó él con voz calmada, volviendo a mirarla. Camila negó con la cabeza, todavía sintiéndose turbada—. Porque de lo único que tenía ganas era de besarte —reconoció Rain, se lo reconoció incluso a él mismo —. Joder, Camila. Me odié por eso. Me odié porque me prometí no volver a sentir nada por ti y esta mañana, cuando te he visto en la inauguración, cuando te tuve cerca en ese jardín, cuando te he tenido codo con codo bebiendo conmigo e incluso ahora, teniéndote tan cerca, lo único que deseo es besarte. Y me odio por ello.

Camila lo miraba con sus ojos anegados en lágrimas, la sorpresa y la emoción también en ellos.

—¿Por qué no lo haces? —preguntó ella, reuniendo el valor necesario para hacer la pregunta.

Rain la miró intensamente, como si estuviera buscando algo en sus ojos. Pero él había vuelto a tener el valor de desnudar su alma de nuevo, de mostrarle sus sentimientos, y ella tenía que devolverle lo mismo de alguna manera.

—¿Por qué no me besas? —insistió Camila, su voz apenas un susurro.

Rain apretó los dientes y la miró con intensidad, sus ojos oscurecidos por la emoción.

—Porque me prometí que no te volvería a decir ni hacer nada sin que me lo pidieras. Y acabo de romper la promesa que me hice a mí mismo contándote cómo me siento, pero…

—¿Pero? —lo animó ella a continuar, queriendo entender todo sobre cómo se sentía.

—No me importa dar. Siempre he dado y he sido feliz con ello. Pero en esto… —con un dedo los señaló a los dos, subrayando que hablaba de ellos dos y no de cualquier otra cosa— Yo también necesito recibir, Camila —la sinceridad y la emoción se apoderaron de su voz—. Yo también necesito que me demuestren que existe alguien que no solo espera recibir de mí, sino que también me quiere dar algo a cambio.

No sabía si ella estaba entendiendo lo que le decía, pero eso era exactamente lo que sentía en ese momento.

Rain siempre había sido una persona generosa, siempre dándose a los demás, siempre poniendo las necesidades de los otros por encima de las propias. No se quejaba de ello y no dejaría de hacerlo porque era parte de lo que lo definía como persona.

Pero en el amor, él no estaba dispuesto a dar y quedarse seco sin recibir nada a cambio. Porque una relación, pensaba, era cosa de dos y él también tenía derecho a ser amado.

Su familia y Raider le habían ayudado a entender eso, ese pequeño que lo era todo para él le había ayudado también a comprender que él no solo podía recibir, sino que debía hacerlo.

Camila se levantó, lentamente, y quedó de pie delante de Rain. Sin ayuda del bastón y olvidando el dolor que sentía, dio un par de pasos y se colocó entre las piernas abiertas de él. Sus ojos se encontraron y Rain sintió un escalofrío recorriendo su cuerpo.

Entonces, con una decisión que Rain no había visto antes en ella, Camila cogió la cara de Rain entre las manos y, lentamente, se agachó, hasta que los labios de los dos quedaron casi pegados. El aire parecía haber desaparecido de la habitación y solo quedaba el sonido de sus respiraciones aceleradas, mezcladas con el latir de sus corazones.

—Yo también deseo besarte —susurró ella, sincerándose con él como nunca antes lo había hecho—. Siempre quise hacerlo.

Y, con todo el coraje que no creía poder tener, lo besó.



Capítulo 28

Rain no podía creerse lo que estaba pasando, que la tuviera así, tan cerca. Y mucho menos que ella hubiese tomado la iniciativa y ahora lo estuviera besando con una pasión desbordada.

Dios, en ese instante, sentía como si estuviera tocando el cielo con las manos.

Con sumo cuidado, Rain levantó una de sus manos y la puso en la nuca de ella, entrelazando sus dedos en su cabello, para acercarla más a él y para profundizar aún más el beso. La otra mano la colocó en la cadera de ella, la cual apretó con un ligero temblor en sus dedos, demostrándole la pasión y el deseo que sentía por ella en ese momento.

Cuando, finalmente, los labios de Camila abandonaron los de él y ambos se miraron a los ojos, con sus respiraciones entrecortadas, Rain negó con la cabeza, una negación lenta y decidida.

—No es suficiente —susurró con voz ronca.

Y sin poder controlarse más, se levantó con una agilidad sorprendente, haciendo que Camila se echase un poco para atrás en un gesto de sorpresa. Y, sin previo aviso, la agarró con fuerza por debajo de las nalgas, levantándola en peso con facilidad para que quedase a su altura. Tras darle un rápido beso más, cargado de deseo y ternura, suspiró.

—No, no es suficiente —repitió.

Entonces, con la certeza de que ya no podía contenerse más, atacó su boca, besándola con intensidad, tanta que parecía querer devorarla. No se cortó, no se reprimió, no se guardó nada en ese momento. La devoró con sus labios, porque era exactamente lo que deseaba hacer desde hacía tanto tiempo.

Era lo que necesitaba hacer en ese preciso instante.

La besó con toda la pasión y el deseo que había reprimido durante tantos meses.

Camila entrelazó sus brazos en el cuello de Rain, permitiéndose perderse en la profundidad del beso. Sus lenguas se encontraron, deseando conocerse mutuamente.

Sentirse.

Saborearse.

Aquello era el cielo, pensaba Camila, y ella no quería bajar, de nuevo, a la tierra.

Pero bajó, de repente, cuando se dio cuenta de que estaba tumbada en la cama, con Rain sobre ella. Sin pensar, abrió un poco las piernas, dejándole espacio entre ellas.

Con suavidad, Rain levantó una mano y apartó el pelo que caía sobre la cara de ella.

—¿Qué quieres de mí? —susurró él, acariciando el rostro de Camila, su mirada, penetrante— ¿Qué quieres decir con ese todo?

Camila trago saliva, nerviosa ante la pregunta y la intensidad de su mirada.

—Todo lo que puedas darme —susurró ella con sinceridad.

—¿Cuál es el límite? —preguntó él, sin apartar sus preciosos ojos verdes de ella, buscando respuestas en su mirada.

Camila lo miró, levantó una mano y la colocó en la mejilla de él. Rain cerró los ojos al sentir el contacto de su piel.

—Eso tienes que ponerlo tú —dijo entonces ella, con un brillo en sus ojos.

Rain la miró y sonrió, una media sonrisa dibujada en su rostro.

—En este momento… —Rain se movió, levantó un poco más el vestido de ella y refregó su erección contra el sexo de Camila, ese que mojaba su ropa interior. Ambos gimieron al sentir el contacto y la tensión que se acumulaba— En este momento no tengo ninguno.

Camila lo agarró por la nuca con decisión y lo hizo bajar, queriendo besarlo de nuevo.

—Yo tampoco —dijo ella.

Se besaron, se comieron el uno al otro mientras, con las manos, exploraban el cuerpo del otro, sintiendo cada centímetro de piel bajo sus dedos.

La mano de Rain acarició con suavidad el muslo de Camila, luego terminó de enrollar el vestido en su cintura y deslizó su mano por debajo de la delicada ropa interior, acariciando la suave y sedosa piel de su cadera. La mano de Rain subió lentamente por su vientre, explorando cada centímetro de su piel...

—Necesito quitarte esto —bufó Rain, su voz cargada de deseo.

Con movimientos rápidos, se puso de rodillas en la cama e hizo que Camila se sentase. Con una destreza admirable, se deshizo del vestido que la cubría, luego se movió, ágilmente, deshaciéndose también de los zapatos de ella y, de camino, de los suyos, antes de volver a caer sobre el cuerpo de Camila mientras la volvía a besar con una intensidad abrumadora, como si no existiera un mañana en el que poder hacerlo de nuevo.

Mientras se besaban con urgencia, Camila había desabrochado los botones de la camisa de Rain. Este se separó de ella solo el tiempo suficiente para quitársela y luego volvió a caer sobre Camila, piel con piel.

La suavidad de su contacto la hizo temblar de deseo.

—Me encantas —susurró él, su voz ronca y apasionada.

Su mano comenzó a subir desde la cintura de ella, acariciando su costado para posarse finalmente en su pequeño y perfecto pecho, el cual apretó con una mezcla de ternura y firmeza.

—Y quiero saborearte entera.

Le dio un beso más, intenso y hambriento, y luego soltó su boca, decidido a recorrer con sus labios cada centímetro de su cuerpo.

Rain plantó un beso suave en la barbilla de Camila, bajó con delicadeza, lamiendo su cuello

con la lengua en un recorrido ardiente, y posó otro beso en el centro de su clavícula. Siguió descendiendo con determinación y, tras bajar la copa del sujetador, se metió su erecto pezón en la boca.

—Dios —gimió Camila, retorciéndose de placer mientras Rain lamía y mordía su pecho, mientras succionaba su pezón con fuerza, provocándole un escalofrío de placer que la hizo temblar—. ¡Rain!

Rain le hizo lo mismo al otro pecho, prestándole la misma atención y dedicación. Cuando terminó con él, le dio un rápido beso en los labios a Camila antes de moverse y colocarse para poder besar, con tranquilidad y deseo, su vientre. Y más abajo de este.

Con la nariz, acarició el sexo de Camila, todavía cubierto por la fina ropa interior. Le dio un beso allí, un beso que la hizo temblar por la anticipación y a él lo hizo sonreír, deleitado por su reacción.

—Ahora vuelvo aquí —juró él, su voz cargada de promesa—. Pero antes…

Iba a prestarle toda su atención a sus piernas. Primero besó su pierna derecha, desde el muslo hasta la pantorrilla, con una mezcla de ternura y ansiedad. Luego, besó el muslo de su pierna izquierda y notó que Camila se tensaba de inmediato.

Levantó la mirada y la vio con un brazo sobre sus ojos, con todo su cuerpo en tensión, como si estuviera tratando de ocultar algo.

¿Estaba llorando?

—No —dijo él, con firmeza y cariño al mismo tiempo.

Se movió con delicadeza, quitó el brazo y dejó sus ojos al descubierto. Le dio un dulce y comprensivo beso en los labios y esperó a que ella lo mirase a los ojos.

—Me dijiste sin límites —recordó él, su voz tranquila.

—Lo sé, pero… —las palabras se le atascaron en la garganta, su voz cargada de inseguridad y miedo.

—¿Todavía no te aceptas? —le preguntó él con suavidad, como si entendiera sus miedos y dudas.

Los ojos de Camila se llenaron de lágrimas, reflejando su lucha interna.

—Sí lo hago —respondió, aunque era evidente que no lo hacía del todo, que todavía había una parte de sí misma que no aceptaba—. Pero una cosa soy yo y otra… —tragó saliva, luchando por encontrar las palabras adecuadas y dejó la frase sin terminar, incapaz de poner en palabras lo que sentía.

—Yo conocí a esta Camila, no he conocido a otra —declaró Rain con sinceridad y cariño en su voz.

Apoyado sobre las dos palmas de sus manos, con medio cuerpo tumbado sobre Camila, Rain la miraba a los ojos con intensidad. La mirada de Rain transmitía tanto deseo que Camila no

podía evitar sentirse abrumada.

—Y te deseé desde el primer momento en que te vi —aseguró él con una voz que sonaba tan apasionada como su mirada—. Yo no veo nada malo en ti, Camila. No hay nada que me desagrade de tu cuerpo. Si yo no lo veo, ¿por qué tienes que sentir tú que sí lo hago? —sus ojos estaban llenos de emoción, y Rain le dio un beso lento y apasionado, intentando demostrarle lo que sentía por ella.

Luego volvió a colocarse en la posición anterior, entre las piernas de ella. Se inclinó y, con ternura, besó una de sus cicatrices. Ella no pudo evitar soltar un sollozo.

—Ay, señorita Santos —Rain besó otra cicatriz con suavidad, su voz era amable y cariñosa—. ¡Pero qué tonta eres! No tienes que avergonzarte de nada, ni temer nada.

Se quedó allí el tiempo que consideró necesario, besando cada cicatriz, cada marca en su piel, demostrándole que no tenía por qué avergonzarse de nada. Rain quería que Camila entendiera que la aceptaba tal y como era.

—Deberías sentirte orgullosa, Camila, porque después de todo lo que has pasado —y él ni siquiera tenía idea de cuánto había sufrido ni de cómo había ocurrido aquello—, estás aquí, conmigo, siendo fuerte.

Sin darle tiempo a pensar, Rain movió su ropa interior a un lado y, con un ardiente deseo, lamió su sexo. Camila gimió, llevando sus manos hasta el pelo de Rain, como si buscara algo a lo que aferrarse mientras el placer la invadía.

—Así, cariño —gimió Rain, excitado por el sabor de ella, su voz era ronca y llena de deseo—. Esto es en lo único en lo que tienes que pensar —abrió los labios vaginales con la lengua, lamiéndola otra vez con pasión—. Solo en nosotros.

Rain la devoró con pasión, haciendo que Camila temblara de placer, que gritara al sentir el intenso orgasmo que le arrancaba.

El primero de muchos, Rain se aseguraría de ello.

Tras un dulce beso en su sexo, cuando la sintió relajarse, volvió a tumbarse sobre ella y la besó con urgencia, sus labios recogiendo las lágrimas que aún caían por su rostro, borrando con esos besos todos sus miedos.

O, al menos, intentándolo.

Rain logró que Camila solo pensase en cuánto la deseaba. Cuando ella volvía a temblar en sus brazos, sintiendo un deseo igual de intenso, Rain se levantó, se deshizo rápidamente de toda su ropa y se colocó el preservativo.

Camila terminó de deshacerse de su ropa interior y, con expectación, abrió las piernas para recibirlo. Rain se tumbó sobre ella, se colocó entre sus piernas y acercó su boca a su oído, susurrando con una voz que le puso la piel de gallina:

—Ahora vamos a tocar el cielo juntos —prometió, y mirándola fijamente a los ojos, entró en ella, con lentitud.

Rain apretó los dientes por la intensidad de la sensación. Camila cerró los ojos, igualmente abrumada.

—Alvin —gimió ella en un susurro.

Y a Rain nunca le había sonado tan jodidamente bien su nombre.

—Camila —gimió él cuando entró por completo en ella.

Entonces Camila lo miró, sus ojos color café entrecerrados y nublados por el placer que había alcanzado. Sus pupilas brillaban con una mezcla de emoción y deseo. Las comisuras de los labios de ella se levantaron, formando una sonrisa que hacía que Rain sintiera que se le apretaba el corazón.

¿Qué demonios le hacía esa mujer?

Rain no podía apartar la mirada de ella, cada gesto, cada movimiento de Camila le cautivaba. Apenas podía contener el deseo que sentía por ella, era algo que superaba cualquier experiencia previa que hubiera tenido.

—Te deseo —susurró él entrecortadamente, su voz apenas audible debido al intenso deseo que sentía en ese momento—. Te deseo tanto.

Camila también lo deseaba, más de lo que había deseado a nadie nunca. Con una intensidad que la asustaba y la emocionaba a partes iguales.

—Te necesito —gimió Camila, su voz temblorosa, sus palabras saliendo en un suspiro—. Rain, te necesito.

Rain, con una sonrisa juguetona en su rostro, aprovechó el momento para hacer una broma.

—¿A mí o al orgasmo? —preguntó mientras salía y entraba de ella con cada vez más intensidad.

—A los dos —dijo Camila, sin rastro de diversión en su voz. Su deseo era tan intenso que apenas podía pensar en otra cosa que no fuera el placer que sentía.

Con una dulce sonrisa, Rain se acercó y le dio un beso.

—Nos tendrás a los dos siempre que quieras —prometió.

Una promesa hecha desde el corazón.

Rain se incorporó un poco y se apoyó en las palmas de las manos, con la intención de aumentar el ritmo. Comenzó a moverse con más fuerza y más rápidamente, buscando un ángulo que hiciera que Camila llegara al clímax.

—Oh, sí… —suspiró Camila, sintiendo la intensidad del placer aumentar con cada movimiento.

—Cariño… Vamos, dámelo —exigió Rain con una voz ronca y, para ayudarla, metió una mano entre ambos y tocó ese duro botón del placer—. Ahora —exigió con voz exigente.

Camila tembló, los músculos de su vagina se contrajeron, apretando su miembro con fuerza.

Con un rugido saliendo de sus labios, Rain se estiró y tras varias sacudidas, se vació por completo dentro del cuerpo de Camila.

—Por Dios —pronunció como pudo, su voz era apenas un susurro, porque ni siquiera era capaz de respirar.

Todo había sido demasiado intenso.

Camila lo abrazó, sus brazos rodeando los hombros de Rain. Él se dejó caer sobre su cuerpo un momento, disfrutando de ese abrazo.

—¿Podemos repetir? —preguntó Camila, su voz todavía un poco temblorosa.

Rain soltó una carcajada al escucharla.



—Quería corresponderte, quería decirte que yo sentía lo mismo, pero no podía —dijo Camila con un hilo de voz, mientras estaban descansando en la cama, en la penumbra del cuarto, envueltos en la calidez de la habitación.

Rain estaba con la espalda apoyada en la pared, sentado en la cama. La espalda de Camila pegada a su pecho, ella sentada entre las piernas abiertas de él.

Rain tenía los brazos alrededor de la cintura de Camila agarrándola con firmeza, sosteniéndola pegada a él. Ella tenía las manos sobre los brazos de él, acariciando suavemente sus músculos tensos.

Llevaban un rato en silencio, solo disfrutando de la sensación de sentir la piel del otro, del contacto de sus cuerpos, hasta que Camila, con un susurro apenas audible, rompió el silencio.

—No podía porque estaba casada —reconoció, con un nudo en la garganta.

Rain se tensó, tanto que apretó a Camila con demasiada fuerza.

—Lo siento —dijo él al darse cuenta, aliviando la presión de sus brazos.

Necesitando verla, necesitando mirar a sus ojos, la hizo cambiar de postura. Camila se sentó de lado, con las piernas sobre las de Rain. Sus ojos se encontraron y Rain no pudo evitar sentir un estremecimiento.

Él la miraba fijamente a los ojos.

—¿Casada? —preguntó Rain un momento después.

Avergonzada, ella bajó la mirada.

Seria.

—Ey —él puso la mano en la barbilla de ella e hizo que la levantara—. No hiciste nada malo, no te avergüences —se acercó y le dio un dulce beso en los labios —. Supongo que ya no lo estás —una mueca se dibujó en los labios de Rain.

Camila resopló.

—No soy una persona infiel —gruñó, sus ojos brillando con un destello de indignación.

—Ey, nena, solo bromeaba —rio él, su voz suave y calmada, y un poco más relajado, le pidió continuar—. ¿Qué pasó?

—¿Desde cuándo quieres saber? —preguntó Camila, como si le pesara la posibilidad de abrir su corazón.

—Desde el principio —aseguró él con un tono decidido.

Camila cogió aire, dispuesta a ser sincera con él del todo, dispuesta a no guardarse nada. Necesitaba contárselo para que él pudiera decidir si de verdad quería comenzar una relación con ella.

Tenía que conocer la verdad sobre su vida.

—Como habrás deducido, mis raíces son latinas. Mis padres, después de emigrar, trabajaron muy duro para que yo pudiera formarme y tener un futuro mejor. Me casé joven, cosa de la cultura, ya sabes… —Rain asintió con la cabeza, ella continuó— Él era policía, tenía un trabajo seguro, sus padres le habían comprado una casa y lucía como el hombre cariñoso y responsable con el que toda mujer sueña. Y lo fue, por unos años. Hasta que me quedé embarazada.

Lo intentó, Rain podía jurar por Dios que intentó controlarse, pero a punto estuvo de romperse la mandíbula al escucharla.

Porque se lo veía venir.

Rain sabía, casi con certeza, con la experiencia que le daba su pasado y todo lo que había visto como agente de la ley, lo que iba a decir Camila. Y estaba conteniéndose para no saltar de esa cama e ir a buscar a ese desgraciado.

—Feliz, le enseñé el test de embarazo. Fue la primera y única vez que me pegó.

—Maldito hijo de puta —la ira en la voz de Rain era palpable.

Si es que lo sabía, joder, si es que se lo había imaginado muchas veces. Porque algunos comportamientos de Camila se lo habían mostrado.

¡Todas las señales estaban ahí!

Pero una cosa era imaginarlo y otra escucharlo de su boca.

—¿Fue él? —la rabia apenas contenida en la voz de Rain. Ambos sabían a qué se refería— ¿Fue él, Camila? —preguntó de nuevo al ver que ella evadía su mirada.

—Perdí a mi bebé y casi pierdo la pierna.

¡Joder!

Rain, con delicadeza, la dejó en la cama y se levantó lentamente de ella. Buscó con la mirada el bóxer que había quedado tirado por el suelo y se lo puso con rapidez.

Entonces, agobiado por las emociones y la información que acababa de recibir, se pasó las manos por el pelo en un gesto de frustración y desesperación.

—Rain… —susurró ella con voz suave y quebrada.

—Dime dónde está —dijo él, su voz cargada de rabia y furia contenida—. Dime dónde está, Camila, porque yo mismo… —pero al darse cuenta de lo que estaba diciendo y de cómo ella lloraba, su tono se suavizó. Fue hasta ella, se sentó a su lado en la cama y la abrazó con fuerza—. Lo siento, cariño —dijo él, su voz un murmullo en su oído—. Lo siento —la abrazó todavía más fuerte.

—Estoy bien —dijo ella, intentando sonar convincente mientras sorbía por la nariz.

Se separó de Rain y lo miró a los ojos. Los tenía rojos y la cara aún mojada por las lágrimas, pero incluso así, logró esbozar una tenue sonrisa.

—Cuando salí del hospital, se celebró el juicio, pero fui incapaz de declarar en su contra.

—Tenías miedo —dijo él, seguro de sus palabras.

Lo sabía sin necesidad de que se lo dijera.

Ella asintió con la cabeza, confirmando lo que Rain había dicho.

—De todas formas, le cayeron unos meses de cárcel. Se negó a firmar el divorcio, así que terminaría metida en una larga y dura batalla legal. Y en ese momento, no me sentí capaz de ello. Como me mandaron aquí, acepté venir, pensando que así me alejaba de todo aquello por un tiempo.

—Por eso nunca me aceptaste —dijo Rain, entendiendo la razón detrás de su rechazo.

—Me hubiera gustado hacerlo, pero… —sus palabras se perdieron en un suspiro.

—Incluso con lo que te hizo, le fuiste fiel —dijo Rain, incrédulo.

—No le fui fiel a él, sino a mí misma. No podía contarte las cosas, no me sentía segura ni capaz ni libre y, además, no era justo para ti. Además de que por mi trabajo, el conflicto moral estaba presente. Era complicado —explicó Camila.

—Lo entiendo —dijo Rain con comprensión—. Y me siento un estúpido por todo lo que pensé de ti.

Camila sonrió.

—Tampoco te saqué de tu error, cualquiera habría malpensado —dijo ella con una sonrisa triste.

—¿Cuándo te divorciaste? —preguntó Rain, dando por hecho que así había sido.

—El día que me hice daño en la pierna en La Mansión, cuando discutimos por última vez, me llamaron para decirme que había salido de prisión. Yo sabía que se enteraría de dónde estaba y que vendría a buscarme. Y no podía permitirlo.

—Haberlo hecho —rugió Rain con furia—. Yo me habría encargado de él.

—Tú tenías que encargarte de Raider —dijo ella con calma—. Él era quien más te necesitaba.

—Dios, cariño —Rain cogió la cara de Camila entre sus manos y le dio un dulce y tierno beso en los labios—. Continúa, no te guardes nada. Necesito saberlo todo.

—Conocerte me cambió la vida. Conocerte a ti, a Raider, a todos los demás… Soñé con ser parte de una familia así. Así que volví con la clara intención de meter a ese desgraciado entre rejas de por vida. Y es lo que he estado haciendo. Bueno, eso y esperar el divorcio, que por fin lo tengo.

—Me alegro —sonrió él, haciéndola sonreír.

—Y tuve la tonta idea, siempre, de volver a ti. Ni siquiera me planteé si podía haber alguien más, ni siquiera me planteé la idea de que me rechazaras. Porque si pensaba en ello, no sería capaz de seguir adelante y enfrentarme a él en el juicio.

Y él pensando de ella lo peor… ¡Si es que no tenía perdón de Dios!

—Lo siento —dijo Rain, sinceramente arrepentido—. Siento no haber creído en ti.

Ella negó con la cabeza, con comprensión en sus ojos. No había nada que sentir, era lo lógico, no la conocía. Ella no le permitió conocerla.

—¿Cuánto le ha caído? —preguntó Rain con ansias.

—Muchos años, espero que los suficientes para que se olvide de mí —dijo Camila, con un rastro de esperanza en su voz.

Rain sabía que eso no ocurriría, ese tipo no se olvidaría de ella jamás, porque era un enfermo que la creía de su propiedad. Sin embargo, se comprometió a protegerla.

—Soy el sheriff, no permitiré que vuelva a acercarse a ti —juró con firmeza.

Y esperaba poder cumplir su promesa, aunque tuviera que hacer todo lo que estuviera en sus manos para cumplirla.

Haría lo que fuera necesario por mantenerla a salvo.

—Me costó mucho volver, pero finalmente lo hice —suspiró Camila.

—Aquí estás —Rain volvió a besarla con una ternura que le sacó otro sollozo—. Y aquí puedes ser tú, puedes ser libre. No mires más atrás, Camila. El pasado ya no puede lastimarte.

Camila sonrió, pero los labios le temblaron al recordar las sombras de su pasado, y terminó soltando alguna que otra lágrima. Rain, sin decir palabra, las limpió con sus pulgares, secando

sus mejillas con un gesto lleno de cariño.

—¿Después de escuchar todo eso…? —empezó a decir Camila, pero no pudo terminar.

—No, Camila —la interrumpió Rain con una voz firme, pero cálida—. Ni se te ocurra hacerme esa pregunta. No te lo permito —resopló, queriendo alejar sus dudas.

—Pero yo necesito escucharlo —insistió ella con la voz temblorosa.

—¿Qué necesitas escuchar? ¿Si tu pasado me hará correr? No, no lo hará —dijo con seguridad, mirándola directamente a los ojos—. No vas a deshacerte de mí tan fácilmente.

Ella sonrió entre lágrimas, la esperanza reflejada en su mirada.

—Me alegra oír eso —susurró con voz quebrada.

—A mí me alegraría que dejases de llorar —bufó él, aunque en su tono no había ninguna molestia.

—Lo intento —rio ella, y su risa, aunque ahogada, fue como un rayo de sol en medio de la tormenta.

Rain le sonrió con ternura y la abrazó con fuerza, demostrándole que nunca más estaría sola y que nadie volvería a hacerla sufrir de nuevo.

De eso se encargaría él.

—Para mí fue una liberación el día que mi padre me abandonó cuando me dio la paliza que me dejó ingresado, fue un alivio que me entregaran a los servicios sociales —dijo Rain, hablando un poco de su historia, intentando distraerla—. Tuve que trabajar muy duro para llegar a ser policía, no fue fácil. Un día mi padre apareció, de la nada, todavía sigo sin entender cómo demonios me encontró.

Rain negó con la cabeza, recordando aquello.

Todo aquello que lo había dejado marcado.

—Pero lo hizo y quería dinero. Le di dinero una vez, dos, tres… Pero a la cuarta, cuando me lo exigió y estuvo a punto de golpearme, lo cogí por el cuello y cuando vi en lo que me podía convertir ese hombre, me asusté. Tanto que me escapé de mi vida, cogí un avión y me marché a miles de kilómetros de allí. Trabajaba en lo que podía: cargando cajas, mercancía. Incluso vendí droga. Lo que fuera para poder comer, pero no siempre tenía para pagarme un sitio para dormir. Y una noche fría y lluviosa, terminé en un banco. Y conocí a Carmichael. El resto es historia, como ya sabes.

—También tienes un pasado duro, señor Reed —dijo ella con tristeza en la voz, consciente de las heridas que ambos llevaban dentro.

—Pero es eso, pasado. Y eso hay que dejarlo atrás —aseguró Rain, apretándola un poco más contra su pecho.

—Por eso Rain… —entendió ella por fin.

Con una sonrisa, Camila se acercó a él para besarlo. Él respondió al beso con fogosidad, ambos excitados en cuestión de segundos.

Pero cuando mejor y más interesante se ponía la cosa, el móvil de Rain sonó.

Gruñendo, se levantó a cogerlo, contrariado por la interrupción. Era Romeo.

—¿Todo bien? —preguntó a modo de saludo, preocupado porque hubiese pasado algo— ¿Raider está bien?

—Raider sí, estupendamente. Al menos eso aparenta el pobre mientras tranquiliza a Tori. ¿Dónde demonios estás? —respondió Romeo con cierta tensión en la voz.

—¿Por qué tendría que estar tranquilizando a Tori? —preguntó Rain, confundido.

—Porque está que le da algo. Chloe se ha puesto de parto —dijo Romeo, sorprendiéndolo. Esperaban que sucediera pronto, cumplía en dos días, pero seguía siendo una sorpresa—. Así que deja lo que sea que estés haciendo, que, por cierto, me lo imagino, que lo sepas, y tira para el hospital. Nosotros ya salimos para allá.

—Nos vemos en el hospital —aseguró Rain, recuperando su ropa del suelo con rapidez.

Camila, con el ceño fruncido, lo vio colgar la llamada y buscar rápidamente la ropa por el suelo. Podía notar la preocupación, así que decidió ayudarle a recoger la ropa mientras le preguntaba qué había pasado.

—¿El hospital? ¿Raider está bien? ¿Pasó algo? —preguntó Camila, con una expresión preocupada que se reflejaba en sus ojos.

—Chloe está de parto —dijo Rain con un tono muy serio, intentando calmar la preocupación de Camila.

—Oh, ¡estupendo! —exclamó ella casi de inmediato, con una sonrisa emocionada en sus labios.

—La leche —Rain se había puesto blanco como la pared—. No sé si podré con esto, nunca he estado en una situación así.

Camila estuvo a punto de soltar una carcajada, pero se contuvo por respeto a la angustia de Rain.

—Ni que tú fueras el padre —comentó, mientras intentaba no reír—. Porque no lo eres, ¿no? —preguntó, repentinamente seria.

Rain puso los ojos en blanco, claramente exasperado.

—No, cariño, no lo soy. Lo seré de los tuyos, en todo caso —y lo dijo con tanta seriedad que a Camila se le atascó el aire en los pulmones.

Rain ya se había puesto los pantalones y se los estaba abrochando con prisa y nervioso.

—¿Entonces vas al hospital? —preguntó Camila, tratando de sonar casual mientras intentaba ignorar el comentario anterior que la había dejado nerviosa.

—Sí, cariño, claro que iré —respondió Rain, observando a Camila con preocupación.

—Vale…

Rain la miró, curioso, notando el cambio en su tono de voz.

—¿Y ese tono? ¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada —respondió ella rápidamente, tratando de sonar convincente.

Rain sonrió, una mueca divertida en sus labios.

—Aunque creas que no, te conozco. Vamos, escupe. ¿Qué te pasa? ¿Estás celosa? —bromeó con una risa ligera.

—¡Por Dios, Rain! —exclamó ella, sin poder creer que preguntara algo así en un momento como ese.

Rain se rio todavía más al ver la reacción de Camila.

—Entonces dime qué te pasa, porque algo te pasa —insistió, mientras terminaba de ponerse los zapatos.

Camila se mordió el labio, pensando en cómo decírselo, debatiéndose internamente si era el momento adecuado.

—Esto, yo…

—Tú… —la azuzó Rain con una mirada expectante.

—Me preguntaba si te haría sentir incómodo si te acompaño al hospital —dijo entonces, tímida.

Rain la miró con sorpresa.

—Déjalo, olvídalo, no dije nada —se retractó Camila rápidamente al ver su mirada—. No quiero que te sientas presionado con esto.

—¿Quieres acompañarme al hospital? ¿Es eso lo que estás tratando de decirme? —preguntó Rain, intentando descifrar sus palabras.

—No, no —mintió ella, tratando de no mirar a sus ojos.

Rain rio ante la transparencia de Camila.

—Cariño, daba por hecho que lo harías. Lo que me preguntaba es cuánto tardarías en vestirte —rio todavía más al ver la sonrisa avergonzada de ella.

Rápidamente, se vistieron los dos, y al salir de la habitación de la pensión, Rain agarró la mano de Camila, entrelazando sus dedos con los de ella. Ella miró las manos, después a él a los ojos.

Él notó la mirada de ella y la miró a los ojos con una sonrisa sincera y profunda.

—Dijiste sin límites, Camila. Sin límites significa que mientras me lo permitas, siempre iremos de la mano —le explicó con dulzura.

Y eso significaba todo lo que Camila sabía que significaba, un compromiso, una promesa.

Con una gran sonrisa, Camila lo aceptó, apretando su mano con fuerza y confianza.



Capítulo 29

Cuando Rain llegó al hospital, todavía no estaban allí los demás, aunque no tardaron demasiado en aparecer. No había nadie en la sala de espera de urgencias, por fortuna.

Chloe iba de lo más tranquila, con una expresión calmada en su rostro. A pesar de estar a punto de dar a luz, no mostraba signos de preocupación. Sus ojos transmitían serenidad y paciencia.

—Tengo contracciones muy espaciadas en el tiempo todavía, así que no hay prisa —dijo Chloe, explicando su situación con paciencia y aplomo—. Pero este hombre es un exagerado —agregó, señalando a Raven con una sonrisa divertida.

Raven estaba blanco como la pared, como si toda la sangre hubiera huido de su rostro. Su mirada estaba fija en el suelo, y sus manos temblaban ligeramente.

Rain nunca lo había visto en un estado así de alterado, y mira que como médico, Raven debería haber visto cosas impactantes en su carrera. Pero nada de eso le afectaba tanto como el hecho de ver a su mujer a punto de parir y él a punto de convertirse en padre. Otra vez.

Chloe no tuvo que hacer ni el ingreso, Raven ya se encargaría de mandar a quien fuera a que lo hiciera. Entraron directamente en consulta, donde estaba el médico esperándolos, y todos los demás se quedaron fuera, esperando en la sala de espera: Romeo, Sylvester, Rain y Camila.

Raider y Tori se habían quedado en casa al cuidado de Carmichael, al cual tenían loco con preguntar tantas veces si había novedades.

El tiempo pasaba lentamente, y nadie salía a decir nada. Las paredes blancas y el silencio eran molestos, haciendo que la espera se sintiera interminable. Las sillas eran duras e incómodas, y los relojes parecían haberse detenido.

Rain, con los nervios a flor de piel, cogió la mano de Camila y comenzó a jugar con ella, entrelazando sus dedos. Los movimientos eran lentos y distraídos, pero ayudaban a pasar el tiempo. Ella miró rápidamente a Romeo y Sylvester, a quienes no les había pasado desapercibido el gesto. Camila se sintió insegura por un momento, temiendo lo que pudieran decir o pensar los demás.

Esperó a ver su reacción, pero lo único que hicieron fue ignorarlos.

A ella.

A Rain.

Y a las manos.

Lo que hizo que Camila suspirara de alivio al saber que no veían raro a Rain junto a ella. Agradeció en silencio su discreción y continuó esperando con ansias las noticias de Chloe y Raven.

De repente, los móviles de Rain y Romeo sonaron al unísono con la llegada de un mensaje.

Ambos lo leyeron rápidamente, con miradas preocupadas y ceños fruncidos. Lentamente, levantaron la mirada, para encontrarse con los ojos del otro, compartiendo una mirada de preocupación y sorpresa que dejaba entrever algo más que no querían revelar.

—Ahora vuelvo —dijo Rain, con un tono de voz macabro y sombrío que alarmó a todos en la sala, dejándolos con una sensación de inquietud y tensión en el ambiente.

En silencio, sin dar ninguna explicación que aliviara la preocupación de los demás, los dos salieron de la sala de espera con paso apresurado, como si se tratara de una emergencia que no podía esperar.

—¿Habrá pasado algo? —preguntó Camila, mirando la puerta por donde habían desaparecido Rain y Romeo.

Sylvester lo pensó un momento, frunciendo el ceño y pasando una mano por su barbilla.

Suspiró con pesadumbre.

—Debe ser Chloe —murmuró en voz baja.

—¿Chloe? —Camila no entendía nada y la preocupación la invadía. Miró a Sylvester, esperando una explicación.

—Espera y verás… —sonrió Sylvester.

Unos minutos después, que parecieron eternos en el silencio de la sala de espera, se escuchó un murmullo de voces que se iba acercando desde el pasillo. Eran voces alteradas, llenas de tensión y discusión.

—¡Que me dejéis en paz! —el grito airado, lleno de rabia y frustración, rompió el silencio de la sala de espera. La voz sonaba familiar.

¿Ese era Raven?

Camila miró al abogado, con una expresión de pregunta en su rostro, esperando que él pudiera ofrecer alguna explicación.

Sylvester negó con la cabeza, como si supiera lo que estaba pasando y no le sorprendiera en lo más mínimo. Hizo un gesto de resignación con la mano, como si ya hubiera anticipado esta reacción.

—Si es que se veía venir… —dijo el pobre Sylvester, que conocía bastante bien a toda esa panda de locos y sabía lo que eran capaces de hacer en situaciones como esta, en las que los nervios estaban a flor de piel y la tensión se podía cortar con un cuchillo.

Camila fue a preguntarle a qué se refería, con un gesto interrogante en su rostro. Abrió la boca para formular su pregunta, pero la cerró de inmediato, como si las palabras se hubieran quedado atrapadas en su garganta, al ver al trío entrando por la puerta de la sala de urgencias.

Raven, en el centro de los otros dos, que lo llevaban agarrado de los brazos, casi flotando en el aire, mientras intentaba zafarse de su agarre con evidente frustración y desesperación.

—¿Pero qué…? —Camila abrió los ojos de par en par, desconcertada, y los abrió todavía más cuando vio cómo obligaron a Raven a sentarse en una silla y al ver cómo Rain estaba sosteniendo unas esposas en la mano.

¿De dónde diablos las había sacado?

Camila también se preguntó si realmente iban a hacer lo que ella creía que iban a hacer.

No, no se atreverían… ¿Verdad?

—No te atrevas —le advirtió Raven al sheriff, clavando en él una mirada intensa y desafiante.

Este se encogió de hombros, como si la decisión no estuviera en sus manos.

—¿A mí qué me cuentas? Recrimínaselo a tu mujer que es quien me mandó a hacerlo —se defendió Rain.

—¿Pero tú de quién eres amigo? —bufó Raven, confundido y molesto por la situación.

Rain lo miró, miró a Romeo y le hizo una señal.

—Si tu mujer me manda a esposarte, yo te esposo —dijo Rain antes de esposar una de las manos de Raven a una de las sillas de la sala de espera, demostrando una lealtad incuestionable.

Camila abrió la boca, por poco le llega la mandíbula al suelo. Miró al abogado y este, también pendiente a la situación, lo único que hizo fue negar con la cabeza, ignorar al trío y acomodarse mejor en la silla.

Camila no se lo podía creer.

—¡Pero serás capullo! —exclamó Raven.

—¡Pero si te lo has buscado tú! —exclamó Rain.

—¡Que estáis en un maldito hospital, hombre! —les recordó Romeo, también exclamando.

—Quítame esto —gruñó Raven de muy mal humor.

—Cuando tu mujer me lo diga.

—Rain, te juro que esta me la pagas —le advirtió el médico—. Deja de hacer el imbécil y quítame esto de una maldita vez.

Como el sheriff no le hacía caso, miró a Romeo.

—No —dijo este simple y llanamente, negando con la cabeza.

—Que me la pagáis, os lo advierto.

—La verdad es que prefiero que me la hagas pagar tú a que lo haga Chloe —esa fue la explicación de Romeo, quien se encogió de hombros y se apoyó en la pared, al lado de Raven.

—¿Te recuerdo que soy médico?

—Pues para ser médico, no sabes cómo comportarte en un parto, eh —la mofa en la voz de

Romeo.

—Tú, italiano de pacotilla. Que sé cómo desmembrar cuerpos. Y cómo hacerte sufrir.

—Ya te digo yo que de tortura sé más que tú. Que vengo de la mafia, así que poco me vas a asustar.

—¡Serás capullo! —Raven miró a Rain.

—No —dijo este.

—Pero…

—Que no.

Entonces Raven miró a Camila.

—Camila…

La pobre Camila no sabía ni dónde meterse.

—Yo… ¿Qué puedo hacer yo? —preguntó la mujer, agobiada.

—Nada —dijo Rain.

—Conseguir convencerlo —dijo Raven con una sonrisa de oreja a oreja.

—No le sonrías así, no te funcionará. Es inmune a tus sonrisas —bufó Rain.

Raven resopló.

—Ya… En ella solo funciona el encanto de las tuyas, sonrisas que nunca enseñas, además.

—No te las voy a enseñar a ti.

—¿Por qué no, si puede saberse? Soy tu amigo del alma —dijo el médico, haciéndose el ofendido.

—Ese título es mío, celoso —resopló Romeo.

—¿Tú para qué te metes? —preguntó Raven, mirando al italiano.

—Para molestarte, por supuesto —rio Romeo.

—Te juro que de esta no te libras. Me encargaré de que tu padre te encuentre —cual crío, lo amenazaba con el padre.

—A ver si al que no vamos a encontrar después va a ser a ti cuando mande a que te hagan desaparecer.

—¿Desaparecer yo? Tú eres el que va a desaparecer de la faz de la tierra, mafioso de pacotilla.

—¿Por qué siempre carga contra mí? Si lo has esposado tú —preguntó Romeo mirando a Rain y señalando a Raven con el dedo, refiriéndose a él.

—Porque te ama —respondió Rain, usando la respuesta de Romeo.

El italiano sonrió ampliamente.

—Es verdad —dijo, feliz.

—Lo que amaré será amargarte la existencia —gruñó Raven—. ¡A los dos!

—¿Hasta cuándo tiene que estar así? —preguntó Camila señalando la mano esposada de Raven.

Camila estaba, sencillamente, alucinando.

Con esa familia, ¿quién no alucinaba?

—Hasta que Chloe nos avise —dijo Rain.

—¿Y si pare sin mí? ¡No os lo voy a perdonar en la vida!

—Esa no parirá sin ti al lado, estate tranquilo —Romeo puso una mano en su hombro—. Y si quieres estar antes con ella, relájate. Porque mira que eres coñazo, eh.

De repente, otro mensaje les llegó al móvil.

Y todo fue visto y no visto.

Un minuto estaban todos en la sala de espera, al siguiente ya le habían quitado las esposas a Raven y lo llevaban, corriendo, otra vez agarrado de los brazos y casi sin tocar pie, fuera de la sala.

Y es que Chloe ya estaba de parto.



Capítulo 30

Chloe y Camila, inmersas en su propia conversación, parecían ignorar completamente el alboroto que se estaba formando a su alrededor.

—Tienes que tumbar un poco más al bebé, para que no se vaya a atragantar —dijo Rain, con tono de voz tranquilo pero firme, mirando al recién nacido en los brazos de Raven.

—No —negó rápidamente el italiano, con una mueca en el rostro—. Tienes que colocar mejor el biberón —añadió Romeo, mientras extendía la mano para tocar el biberón y ajustarlo, pero Raven gruñó.

—Quieto, coño —le advirtió con voz amenazadora.

A esas alturas de la vida, Chloe ya ni se inmutaba ante el lenguaje colorido y las reacciones exageradas de los hombres que la rodeaban. Solo suspiraba, de vez en cuando, cuando soltaban algún taco.

Suspiraba con resignación, como una madre que ya no puede más con sus hijos revoltosos.

Y es que por más que lo había intentado, con ellos era imposible…

Mientras los niños no lo dijeran, todo estaba bien, pensaba ella.

—Raider, ¡te voy a destuartizar! —exclamó Tori a todo pulmón, apretando los puños y mirando con furia al culpable de su enojo.

Chloe gimió y lo hizo muy fuerte, un gemido cargado de exasperación y cansancio. Lo siguiente que hizo fue agachar la cabeza y golpear la frente contra la mesa, como si ese simple gesto pudiera liberarla de la tensión acumulada.

—Tu mujer y su costumbre de golpearse —dijo Rain a Raven, con una mirada de diversión, al darse cuenta de lo que Chloe hacía.

Raven, que la conocía bien, sabía por qué podría hacerlo, y por qué lo hacía a menudo.

—¡Tori Nolan, te voy a lavar la boca con lejía! —exclamó Raven, alzando la voz y lanzando una mirada asesina a la niña, que se encogió de hombros inocentemente.

—¿Qué hizo Tori? —preguntó Kevin, quien también estaba allí, mirando a la pequeña con curiosidad.

—No lo sé —dijo Raven.

Kevin miró a Rain, pestañeando, sin entender el comentario de Raven.

Rain se encogió de hombros.

—No lo sabe, pero si dice eso, Chloe cree que sí lo sabe —explicó el sheriff, mirando a Kevin con una sonrisa ligeramente burlona.

—Ah… Doctor, ¡en el futuro quiero ser como tú! —exclamó Kevin, emocionado, mirando a Raven con admiración en sus ojos.

Romeo bufó, sorprendido por el comentario del joven.

—¡Pero qué deseo es ese, hombre! —exclamó el italiano, tan incrédulo como divertido.

—Tranquilo, no tienes que desearlo —dijo Rain, mirando a su asistente con un brillo travieso en los ojos—. Ya eres como él.

—¿En serio? —preguntó Kevin, emocionado, esperando alguna palabra de aliento.

—Sí —aseguró Rain, sin poder evitar una sonrisa—. Eres igual de tocapelotas —aclaró entonces, con tono burlón.

Romeo no pudo evitar soltar una carcajada ante el comentario, carcajada que se acentuó todavía más al ver la cara de indignación del muchacho.

—Me hieres, jefe —dijo Kevin, con voz lastimera, fingiendo estar ofendido.

—Es parte del proceso de aprendizaje para que te hagas más fuerte —explicó Rain, con tono paternal mientras le daba unas palmaditas en la espalda al joven—. ¡Pero que lo vas a ahogar! —exclamó Rain, mirando, desesperado, al padre primerizo dando el biberón.

—¡Que no es el primer biberón que le doy! Y Rebel es mi hijo, ¡lo conoceré mejor que vosotros! —se defendió el padre.

—¿Rebel? —preguntó Chloe, que estaba escuchando todo—. ¿Quién, por el amor de Dios, es Rebel?

—Nuestro hijo, claro —dijo Raven, un tanto sorprendido por la pregunta.

—Claro… ¡Que no! —exclamó Chloe, perpleja.

Raven entrecerró los ojos y preguntó con voz desafiante.

—¿Y por qué no, si puede saberse?

—Porque lo digo yo —contestó Chloe, firme en su decisión.

—Ah —dijo Raven, suspirando con resignación. Se volvió hacia su hijo—. Lo siento, Rebel, tendremos que llamarte por tu nombre.

—Pues para algo lo tiene —rio Chloe, aunque su risa se confundió con un llanto de agotamiento—. Y muy bonito que es. Kieran —pronunció, enamorada.

En ese momento, Tori pasó corriendo por allí y saludó a su hermano con una sonrisa.

—Hola, Rebel— y continuó corriendo como si nada.

Chloe gimió de frustración.

Al verla, Camila no pudo más que soltar una carcajada.

Esta familia es para echarle de comer aparte, pensó.

—Lo difícil no será que nosotros no lo llamemos así, es que los niños ya lo hacen —suspiró Raven—. Ahora a ver cómo les quitas la costumbre.

Chloe sabía que no iba a poder lograrlo. Miró a todos los presentes.

—¿Lo habéis hecho a propósito? —les preguntó en tono acusatorio— ¿Se lo habéis dicho para eso?

Chloe podía ver en los rostros de todos ellos que estaban tratando de ocultar sus sonrisas.

Si es que los muy sinvergüenzas saben cómo liarla, pensó.

Y con todos los que eran, lo que no inventaba uno, lo inventaban los otros.

—Noooo… —dijeron todos al unísono, con sus caras llenas de inocencia.

Chloe, completamente frustrada, bufó.

—¡Mentirosos! —exclamó— ¿A quién se le ha ocurrido la bendita idea de llamar al niño Rebel?

Todos los presentes señalaron al mismo hombre que, con una sonrisa de oreja a oreja, se acercaba en su silla de ruedas.

Carmichael, al llegar junto a ellos, sonrió más.

—¿Dónde está mi pequeño Rebel? —preguntó el anciano, emocionado.

Chloe gimió, todavía más.

Carmichael, ignorando la consternación de Chloe, se dirigió a Raven.

—¿Puedo darle de comer?

Raven no iba a negarse, así que, con cuidado, puso al pequeño en los brazos de Carmichael y sonrió al ver la imagen del anciano con el bebé.

Justo en ese momento, Raider y Tori llegaron corriendo y se colocaron junto a su abuelo.

—Abuelo, ¿después vas a jugar con nosotros? —preguntó Tori con sus ojos brillando de entusiasmo.

—¿A qué? —quiso saber Carmichael.

—Al parchís —dijo Raider con una sonrisa ansiosa.

—¡Claro que sí! Termino de darle el biberón a Rebel y estoy con vosotros —respondió Carmichael, devolviendo la sonrisa.

La pequeña Tori se quedó pensando por un momento.

—Yo… —pero negó con la cabeza, descartando la idea que cruzó por su mente—. A mí me gusta ser Tori —y pegando saltos, llegó hasta Raider, que ya se alejaba para jugar.

—Le alegran la vida —dijo Rain, mirando también la misma escena y refiriéndose a los niños y cómo alegraban al anciano.

—Sí, se han convertido en todo su mundo —sonrió Romeo—. Por cierto, ¿alguna vez nos contará toda su historia?

Rain suspiró y miró a su amigo.

—El día que lo supere, supongo.

Y es que no sabían todo del anciano. Sabían lo del accidente, cómo quedó en esa silla de ruedas, pero al menos sobrevivió cuando las esperanzas eran escasas.

Sabían que poseía una gran fortuna y que había sufrido mucho, entre otras cosas, pero ellos sabían que no había llegado a contarles todo.

—Lo hará —dijo Raven, llegando hasta ellos, que estaban algo alejados del grupo, observando todo en la distancia—. Porque guardárselo para él solo, solamente le hace daño.

Rain y Romeo asintieron con la cabeza.

—¡Tori! ¡Raider! ¡Que os vais a partir los dientes! —exclamó Chloe, preocupada.

Romeo rio y fue a por los pequeños. Raven resopló y fue a calmar a su esposa.

¿Es que no había un día de tranquilidad en esa casa?



Camila estuvo a punto de gritar cuando alguien la agarró por detrás de manera inesperada. Su corazón empezó a latir con fuerza y un grito estaba a punto de escapar de su garganta cuando una voz familiar ronroneó en su oído.

—Tranquila, soy yo —dijo la voz con un tono seductor y cariñoso.

Camila sonrió al instante al reconocer esa voz.

—Hmmm —gimió de placer cuando él lamió su cuello de manera juguetona.

Entonces apretó el agarre y la levantó en peso.

—¿Qué haces? —preguntó ella, divertida y excitada por la situación.

—Calla —le dijo él en un susurro sensual mientras la llevaba a un lugar más apartado.

Entró con ella en el cuartillo donde estaba el lavadero, un espacio más privado, cerró la puerta de un puntapié. Dejó a Camila en el suelo, dándole la vuelta y apoyándola contra la pared. Entonces él se pegó a ella, clavándole su erección en el vientre.

—¿Y eso? —preguntó ella, asombrada por la reacción inmediata de él.

Él se encogió de hombros, como si fuera lo más normal del mundo. Y es que para él, tratándose de ella, lo era.

—Te deseo. Y llevo horas sin tocarte. ¿Cómo quieres que esté si no? Me va a reventar la polla —sus palabras estaban cargadas de deseo.

Camila rio ante el comentario tan directo y sin tapujos de Rain.

—Rain, por Dios —dijo, tratando de poner un tono reprobatorio, pero no pudo ocultar su sonrisa.

—Por Dios no, eres la culpable, tendrás que responsabilizarte por ello —Rain estaba decidido a hacerle ver lo mucho que la deseaba.

Camila enarcó las cejas y una sonrisa pícara se formó en sus labios, aceptando el juego.

—Se me ocurren varias maneras de compensarte —murmuró con un tono provocador.

—Hmmm… ¿Cómo cuáles? —Rain estaba intrigado y deseoso de conocer esas propuestas.

Ella se acercó a él y le dio un rápido y húmedo beso en los labios, el cual terminó con la lengua de ella lamiendo los labios de él.

—Me gustaría hacerle eso a tu polla —susurró en su oído de manera provocativa.

Rain gimió, y lo hizo muy fuerte, no podía contener la excitación que las palabras de Camila despertaban en él.

—Esta noche —dijo él, lamiendo el labio de ella—. El sesenta y nueve es una gran idea.

La que gimió entonces fue Camila.

—Me gusta la idea —dijo ella.

Se besaron, un beso largo y apasionado, hasta perder el control, hasta terminar jadeando, porque no podían ni respirar, el deseo los consumía.

—¿Estás mojada? —preguntó él con una voz ronca, incapaz de resistirse a comprobarlo por sí mismo.

Ella asintió con la cabeza, sus ojos brillando de deseo.

Él bajó la mano, dispuesto a averiguarlo.

—A ver… Oh, joder —silbó al tocar cómo se encontraba— Me encanta tenerte así.

Ella rio.

—Muy cómodo no es mientras no estamos solos.

—Dímelo a mí, que cargo con toda la sangre en la entrepierna —dijo Rain con un tono entre divertido y desesperado.

Camila tuvo que soltar una carcajada al escucharlo, Rain sonrió y volvió a besarla.

—Cariño… —susurró sobre sus labios.

Él la cogió en peso, la sentó en la mesa que había en aquel lugar y se colocó entre sus piernas después de hacer que las separase.

Sacó un preservativo de su cartera que llevaba en el pantalón y rompió el envoltorio con los dientes.

—Enséñame ese rico coño, voy a follármelo.

—¿Aquí? —preguntó ella, con los ojos abiertos de par en par, consciente del riesgo que eso suponía.

Con el pantalón lo suficientemente bajado, Rain fue hasta la puerta y echó el pestillo. Después se acercó a la ventana y echó las cortinas. Mientras se ponía el preservativo, llegó hasta Camila.

—Donde sea —aseguró él—. Me duele la polla —resopló al ver que ella no se movía.

Sin poderlo creer, Camila abrió sus piernas, levantó su falda y movió su ropa interior a un lado.

—Fóllame —pidió entonces, con una voz llena de deseo.

—Oh, Dios, sí… —Rain entró en ella con un solo movimiento — Cariño… —susurró con voz ronca, sus dientes apretados contra la oleada de sensaciones que lo recorrían, cada centímetro de su piel vibrando con el contacto.

—Hmmm… —fue todo lo que ella pudo responder, su mente perdida en la neblina del placer, sus ojos brillantes de emoción y deseo.

Él esperó pacientemente a que ella lo mirase a los ojos.

Camila tardó un rato en hacerlo, pero cuando finalmente levantó la vista hacia él, frunció el ceño.

—¿Estás bien? —preguntó, su voz apenas un susurro, al verlo mirándola fijamente. Y de una manera que no supo identificar.

—Contigo siempre —respondió él con convicción. Levantó una mano y acarició su mejilla con ternura—. Camila…

—Alvin… —respondió ella, en el mismo tono dulce que él.

—¿Sabes que te quiero? —susurró él entonces, su voz apenas audible, pero cargada de emoción y sinceridad.

Ella se quedó sin saber cómo reaccionar.

Su corazón latía con fuerza en su pecho, como si quisiera escapar, y sus labios habían comenzado a temblar. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Es la primera vez que me lo dices —susurró ella con voz temblorosa, sus ojos fijos en los de él.

Él asintió con la cabeza, sus ojos nunca abandonando los de ella, como si quisiera que supiera lo sinceras que eran sus palabras.

—No habrá día que no te lo repita —prometió él.

Camila le regaló una hermosa sonrisa, sus ojos brillantes por las lágrimas.

—Yo también te quiero —dijo entonces ella—. Tanto que da miedo.

—No, cariño… Miedo daría el no tenerte. ¿Esto? —señaló el espacio entre los dos, refiriéndose a ambos, a lo que compartían — Esto solo puede provocar felicidad —dijo antes de acercarse a ella y besarla, sellando su promesa con un beso apasionado.


romeo

Serie La Mansión 3

Vega Manhattan

SINOPSIS

¿Qué se siente al descubrir que tu idílica historia de amor no es más que una ilusión?

Beth lo descubre de la forma más devastadora y humillante posible: con un corazón roto por el engaño de su pareja y un test de embarazo positivo en su mano.

Para empeorar las cosas, vuelve a quedarse sin trabajo.

Pero el destino, enigmático y caprichoso, tiene sus propias formas de unir caminos…

Cuando Beth llega a La Mansión para cuidar de Carmichael, lo que menos espera es que ese italiano, a quien conoce desde hace tiempo y que, para colmo, resulta ser compañero del hombre que la traicionó, se convierta en un pilar para ella en el momento más duro y complicado de su vida.

Para Romeo, es natural ofrecer apoyo y comprensión a quien atraviesa un momento difícil. En este caso, es Beth quien lo necesita, y él no dudará en extenderle una mano.

Pero esta relación promete ser de todo menos sencilla…

Y desde que sus destinos se cruzan, las reglas del juego cambian. Romeo se encuentra ofreciendo más que una simple mano amiga; Beth, por otro lado, encuentra algo en Romeo, algo que no sabía que estaba buscando.

Ambos saben que esas historias tan atípicas no suelen terminar bien, especialmente Romeo, quien ha visto y vivido demasiado. Pero ¿qué hacer cuando algo dentro de ti se niega a escuchar a la razón?

Las puertas de La Mansión se abren para dar la bienvenida a los terceros protagonistas de la nueva serie de Vega Manhattan.

¿Nos acompañas en esta nueva aventura?

ÍNDICE

SINOPSIS

Introducción

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Epílogo

«Dicen que siempre se siente más la tragedia cuando es la esperanza quien narra la historia…»



Introducción

En el complejo tejido de cuentos, relatos y leyendas que forman la vida de La Mansión, ese enigmático edificio envuelto en un aura de misterio, surge un capítulo inédito aún no contado: la historia de Romeo.

Con una eterna sonrisa como escudo, Romeo se enfrentaba cada día no solo a la oscuridad abrumadora de la vida, sino también a la tormenta de su propia alma.

Y, como si eso no bastara, también tendría que lidiar con el agudo dolor de un corazón que se sumerge en emociones más profundas de lo que le gustaría.

Romeo siempre había creído que el anhelado “felices para siempre” era solo una ilusión. No lo veía como un tesoro oculto esperando ser desenterrado.

Con dolorosa y cruel claridad comprendió que no todos los seres humanos estaban destinados a protagonizar cuentos de hadas con finales felices, y mucho menos aquellos que, como él, estaban marcados por un pasado sombrío y doloroso.

Un pasado que desearía olvidar.

Lamentablemente, él no sería uno de esos afortunados elegidos por un destino caprichoso y a menudo cruel que juega con nuestras vidas como piezas en un tablero.

No, su vida no pertenecía a la categoría de los cuentos de hadas, algo que siempre había intuido…

Pero como el iluso romántico que en el fondo era, soñó con que tal vez, solo tal vez, el universo podría estar dispuesto a hacer una excepción con él.

Pero no era más que un sueño, ¿verdad?

Y como todos los sueños, son efímeros y fugaces. Esos instantes de felicidad se desvanecen rápidamente, dejándolo con una sonrisa vacía y un corazón más pesado que antes.

Su historia se convirtió en un susurro más, un eco sutil entre las muchas voces que resonaban en los laberínticos pasadizos de La Mansión, esos mismos pasillos que le recordaban que incluso en un lugar donde lo imposible se convertía, a menudo, en cotidiano, había destinos que no podían ser alterados ni desafiados. Destinos que permanecían irremediablemente fijos.

Marcados por un estigma invisible.

Y su destino, desafortunadamente, parecía ser uno de esos.

Marcado por los recuerdos de un negro pasado, soñando con lo que nunca llegaría a ser, refugiado en un rincón sombrío, apartado y olvidado de La Mansión, Romeo creyó, al menos por un momento, de forma ingenua, y tal vez incluso absurdamente, que la felicidad también podía ser un bien alcanzable para él.

Que, quizás, esa felicidad podía ser algo más que un efímero momento.

Pero ¿realmente sería así?

Esta vez giramos cuidadosamente la llave de una puerta hasta ahora inexplorada en La Mansión para contar un nuevo capítulo que ha esperado el instante idóneo para salir a la luz.

Ahí, entre los muros centenarios y venerables que han escuchado incontables susurros y secretos a lo largo de los años, contaremos la historia de Romeo. El hombre que, aunque no se atreviera a soñar con ello, anhelaba la oportunidad de sentir esa felicidad que creía no merecer.

Aunque solo fuera por un breve y fugaz instante…

Y con ese deseo resonando en su mente, recordamos que dicen que siempre se siente más la tragedia cuando es la esperanza quien narra la historia, como un cruel e irónico juego del destino.

El peso de su relato yace en el contraste cruel entre sus anhelos y lo que el destino tenía reservado para él.



Capítulo 1

“Soy un asesino con una regla inquebrantable: nunca matar.

Mi nombre completo es Tiziano Adriano Bianchi, y tengo el dudoso y cuestionable honor de ser el único hijo legítimo del sanguinario y temido mafioso italiano Mattia Edmondo Bianchi.

Nací y crecí en un opulento mundo de lujo, un mundo constantemente teñido por el inconfundible color de la sangre y acompañado, siempre, del sonido atronador de las balas. Era un entorno oscuro donde los pactos y acuerdos clandestinos no se sellaban con tinta, sino con sangre. Era un mundo que, desde que tengo memoria, aborrezco profundamente y del que quería desesperadamente escapar.

Cuando cumplí los dieciocho años, mi padre decidió que era hora de ponerme a prueba. No era la primera vez que me enfrentaba a una de sus evaluaciones siniestras, pero, sin lugar a dudas, puedo decir que fue la más dura, la más complicada a la que me vi sometido en toda mi vida.

El resultado de esa particular y despiadada prueba definiría, de manera irrevocable, mi lugar en la compleja estructura de la familia y, por supuesto, en el ilícito y lucrativo negocio familiar.

Era una prueba para la cual me habían entrenado desde la infancia. Era precisamente para este tipo de situaciones que me habían criado y moldeado.

Pero había un problema: no podía hacerlo. Simplemente no podía apretar el maldito gatillo. No podía, bajo ninguna circunstancia, acabar con la vida de un ser humano.

Merda, no podía matarlo.

Mis manos temblaban, ambas, la que sujetaba la pistola y la que no. Temblaban tanto que llegué a temer que pudiera disparar el arma sin ni siquiera querer hacerlo. Apreté los dientes con tal fuerza que podía oír el crujir de mi mandíbula, recordándome a mí mismo que en ese instante se trataba de una elección de vida o muerte: o la vida del pobre desgraciado que había sido elegido para ser mi víctima y consolidar mi lugar en la familia Bianchi, o mi propia vida.

Me pregunté qué delitos había cometido este hombre para estar en esa posición. No tenía ni la más remota idea. Tal vez ninguno, pero eso era algo que a Mattia Bianchi no le importaba en lo más mínimo. Ni la vida de los demás, ni siquiera la vida emocional de su propio hijo, de su único heredero, le importaba un bledo.

Él era el Don, el capo, la máxima figura de autoridad en el mundo oscuro y corrupto de la mafia. Y su misión, su objetivo único y último, era prepararme para ser su sucesor.

Quería, de manera despiadada y obstinada, transformarme en alguien que no era, en alguien que no quería ser. En alguien que, con toda certeza, nunca seré.

Sin embargo, las reglas en este implacable mundo de la mafia son intransigentemente claras: la traición se paga con sangre. Y no hay excepciones.

Y sabía que, tarde o temprano, me enfrentaría a la cruda y desagradable realidad de mi existencia. Tendría que tomar una decisión que podría costarme todo lo que tenía, y todo lo que era.

En resumen, era o la vida de ese pobre desgraciado o la mía.

Sí, era, y siempre seré, un asesino con una regla inquebrantable: nunca matar. Pero en un mundo que estaba sediento de sangre y que celebraba la violencia como si fuera una virtud, ¿cuánto tiempo más podría mantenerme fiel a mi único principio moral?"

El ensordecedor sonido del disparo lo despertó bruscamente de la recurrente pesadilla que lo asediaba las últimas noches. Sobresaltado y con el pulso acelerado, se quedó sentado en la confortable pero ahora traicionera cama, con el corazón a punto de salírsele del pecho.

La adrenalina bombeando por todo su cuerpo, invadía cada célula como un veneno que no podía purgar.

Maledetto sia, maldijo con frustración, otra vez la misma pesadilla que lo atormentaba.

Lentamente, se giró y movió los pies, colocando la planta en contacto directo con el suelo de madera del dormitorio. Se movió un poco más, acomodándose mejor mientras permanecía sentado en el filo de la cama, y dejó caer la cabeza hacia adelante, apoyándola con pesadez sobre las palmas de sus manos, los codos apoyados sobre las rodillas.

Allí se quedó, en esa posición, el tiempo necesario para que su corazón dejase de latir con esa velocidad frenética y para que su respiración volviera a su ritmo normal. Solo entonces, cuando ya se sintió algo más calmado, se levantó con un ágil movimiento para dirigirse al baño que se encontraba en su habitación.

Giró la perilla y abrió el grifo del lavabo, curvó sus manos en forma de cuenco, las llenó de agua fría y tras inclinarse ligeramente hacia adelante, se refrescó la cara con el líquido helado. Repitió el movimiento un par de veces más, extendió la mano para alcanzar la toalla que colgaba cerca, tiró de ella y se secó la cara mediante pequeños y delicados toques, todo a la vez que volvía a incorporarse, erguido.

Mientras tanto, su mirada se fue enfocando lentamente en la imagen que le devolvía el espejo del baño: su propio reflejo exhausto.

Suspiró profundamente al mirarse; lucía completamente agotado, como si llevara una eternidad sin descansar.

Y es que era así.

Siempre había tenido problemas de insomnio, pero en los últimos días esos problemas parecían haberse acentuado. Y no solo le costaba conciliar el sueño, sino que, para empeorar las cosas, se despertaba de madrugada en más ocasiones de las que le gustaría admitir y con mucha más frecuencia de lo que podía soportar.

¿Por qué? Porque era la fecha señalada y sabía muy bien que esa situación provocaba que las

pesadillas, esas visiones nocturnas que tanto lo angustiaban, se repitieran con más frecuencia y con mayor intensidad.

Y así estaba en ese preciso momento, pareciendo más un zombi viviente que un hombre con pleno control de su vida.

Por una mínima fracción de segundo, la imagen que le devolvió el espejo dejó de ser la suya para transformarse y mostrarle la cara perturbadora de un hombre muerto, con el rostro grotescamente desfigurado por el inconfundible agujero de bala en su frente.

Romeo perdió completamente el equilibrio. Sus piernas, que hasta entonces le habían sostenido con firmeza, flaquearon, y tuvo que agarrarse con fuerza al mueble del lavabo para evitar desplomarse.

Con la cara mojada, pero esta vez cubierta de un sudor frío y pegajoso, consiguió, un rato más tarde, volver a ponerse en pie. Respirando profundamente, se armó de valor y volvió a mirar al espejo. Suspiró de alivio al ver que su reflejo había vuelto a la normalidad, al menos por un breve y efímero instante.

Porque esa imagen de sí mismo le recordó a quien más odiaba en este mundo.

A quien no podía evitar despreciar con toda su alma.

—Maledetto tu sia —gruñó con odio, maldiciendo a su padre. El culpable de toda su desgracia.

¡Maldito seas!

“Sí, era un asesino con una regla inquebrantable: nunca matar.

Pero llegó un momento en el que ya no pude soportarlo más. Entonces, hice lo que era impensable en el mundo de la mafia: lo abandoné. Eso se considera traición, y yo me convertí en el traidor.

Y sé muy bien que me costará la vida, tarde o temprano; no hay escapatoria a ese fatal destino.

Alejándome de todo y de todos los que alguna vez conocí, me embarqué en la difícil tarea de crear una nueva vida.”

Tras tirar de mala manera la toalla que había recogido del suelo sobre el lavabo, la misma que se había caído en el momento en que perdió el equilibrio, Romeo se giró y caminó con pasos decididos hasta la bañera. Abrió el grifo de la ducha y, tras desvestirse, se metió bajo el chorro de agua fresca.

“Sé que mi padre sabe dónde estoy. Sus recursos son prácticamente ilimitados, y su red de

informantes se extiende como una telaraña por todo el mundo.

Pero, hasta ahora, he vivido en La Mansión sin enfrentar represalias de ninguna clase. Tal vez sea por la sangre que compartimos, o tal vez porque a pesar de todo, sé que en algún rincón de su ser, aunque se sienta decepcionado y repelido por tener un hijo que no puede cumplir con las expectativas familiares, no puede soportar la idea de perderme.

Supongo que eso significa que, en el fondo de su negra alma, de alguna manera retorcida, me quiere.

Así que aquí estoy, cada día es un acto de equilibrio en la cuerda floja, sabiendo que mi padre podría cortar esa cuerda en cualquier momento. Pero hasta entonces, mantengo mi regla inquebrantable y vivo cada día como si fuese el último.

Porque, en mi mundo, muy bien podría serlo.”



Capítulo 2

—Raider, ¿puedes destuartizar la manzana? —preguntó Tori, su voz llena de inocencia.

Romeo no pudo evitar reír a carcajadas mientras atravesaba el umbral y entraba en el acogedor salón al escuchar a Tori hacer esa pregunta. Rio todavía más fuerte, sacudiendo la cabeza, al escuchar el gemido teatralmente exagerado que escapó de la boca de Chloe.

No había quien le quitara a Tori esa palabra de la boca y no sería porque no se le repetía, una y otra vez, que no la usase.

—Tori Nolan… —dijo Raven con la advertencia en su voz.

—Lo siento —se disculpó rápidamente la pequeña, su rostro luciendo contrito.

Le duraría poco tiempo el lucir tan arrepentida y, sin duda, repetiría esa misma palabra, y otras igualmente traviesas y desafiantes, miles de veces más en el futuro.

Así era Tori, siempre empujando y poniendo a prueba los límites.

—No se dice descuartizar —le corrigió suavemente Raider, con un tono más educativo que reprobatorio.

El pequeño, que había cambiado deliberadamente de sitio para estar sentado al lado de Tori, alargó la mano con la intención de coger la manzana que ella había dejado cerca de su plato. Pero, antes de que pudiera lograrlo, Raven la cogió con un rápido movimiento, dispuesto a tomar las riendas y pelar la fruta él mismo.

Romeo tuvo que controlar el impulso de poner los ojos en blanco. Raven y su instinto protector tocapelotas.

Sin decir una sola palabra, pero con una rapidez asombrosa, Romeo llegó a tiempo de arrebatarle la manzana a su amigo y la puso delante de Raider.

Raven miró a Romeo con las cejas enarcadas, formulando una pregunta silenciosa, a lo que Romeo simplemente bufó en respuesta.

Raven era muy listo para lo que le interesaba, pero para lo demás dejaba bastante que desear.

Raider tenía un papel muy importante en la vida de Tori, y la niña lo veía como un verdadero referente. Tori ya era perfectamente capaz de pelar por sí misma una manzana, algo que le debía a las enseñanzas de Raider. Pero era un ritual entre ellos que lo hiciera Raider.

¿Por qué tenía que interferir el tocapelotas de turno?

Tori, tras desviar la mirada malhumorada que le regalaba a su padre por haber osado coger la manzana que claramente no era para él, giró la cabeza y miró a Romeo con una sonrisa genuina y cálida dibujada en sus labios.

—Buenos días, tito Romeo —dijo con su particular tono cantarín que siempre lograba animar a los demás.

—Buenos días, pequeña —respondió Romeo, guiñándole un ojo con complicidad y revolviendo afectuosamente su pelo al pasar junto a ella.

Romeo llegó hasta su asiento, se dejó caer pesadamente en él y suspiró, como si cada músculo de su cuerpo le doliera.

Y la verdad era que dolía, mucho. Cómo no iba a ser así si no lograba descansar. Al final conseguiría dormir, pero sería por puro agotamiento.

—¿Ha sido Rebel quien no te ha dejado dormir? —¿o han sido las pesadillas?

La mitad de la pregunta que Raven no formuló, mientras examinaba meticulosamente el rostro demacrado de su amigo, quedó en el aire, pero Romeo sabía exactamente a lo que Raven se estaba refiriendo.

Sus amigos lo conocían bastante bien, casi diría que, en muchas ocasiones, mucho mejor de lo que se conocía a sí mismo. Y sabían perfectamente lo que le atormentaba, porque con ellos no guardaba ningún secreto.

Pero ellos sí sabían guardarlo y comprendían que no tenían que hablar de un tema tan personal y delicado delante de nadie más.

A veces ni siquiera hablaban de ello con el propio Romeo, que era el gran afectado en la historia. Muchas veces, cuando él bajaba a la cocina después de despertar de la misma pesadilla, o cuando la ansiedad lo invadía y era incapaz de conciliar el sueño, se había encontrado con Raven y Rain allí.

Sin decir nada, sin preguntar nada, solo estando allí, acompañándolo.

Ese par no tenía ni la más remota idea de lo que lo ayudaban al hacer eso. Porque él no siempre necesitaba hablar de ello, solo necesitaba sentir que aquello ya quedó atrás y que su vida, en ese momento, era otra muy diferente.

En ese preciso instante, como si el pequeño Rebel hubiese escuchado su nombre, empezó a llorar desconsoladamente.

Chloe gimió, otra vez.

De inmediato, comenzó a acunar al pequeño, que hasta el momento descansaba entre sus brazos.

—No servirá de nada que no me guste la idea de que lo llaméis Rebel, ¿verdad?

Raven siguió con su mirada fija en Romeo, quien a su vez lo miraba. Luego, ambos dirigieron su atención hacia los ojos color avellana de Chloe, que los miraba alternativamente a los dos, como si estuviese contemplando la posibilidad de degollarlos en ese mismo instante.

Primero a uno.

Luego al otro.

Romeo y Raven negaron con la cabeza.

—No —respondieron los cuatro a la vez, tranquilamente.

Y cuando digo los cuatro, me refiero a que Tori y Raider también se sumaron al coro.

Y, como buenamente integrados que estaban en la familia, también movían sus cabezas en un gesto de negación.

Chloe dejó caer sus hombros, frustrada. Observando que Rebel no dejaba de llorar, se levantó con él en brazos y comenzó a mecerlo delicadamente mientras paseaba por el salón.

—Pero si ni a él le gusta que lo llaméis así —dijo, indignada— ¿No veis cómo llora?

—Llora porque le están saliendo los dientes —intervino Tori con la boca llena de comida, repitiendo lo que su tía decía cada vez que Rebel lloraba sin una razón aparente.

Su tía la fulminó con la mirada.

—No se habla con la boca llena —le recordó.

—Lo siento —se disculpó la pequeña, expulsando trozos de manzana y saliva por doquier.

Raider agachó la cabeza en un intento fallido de contener la risa. Romeo, por su parte, no tuvo reparos en soltar una sonora carcajada al escuchar el comentario de la pequeña.

—Ríete, que en la adolescencia la vas a aguantar tú —gruñó Chloe, dirigiendo su mirada hacia el italiano.

Romeo, luciendo una amplia y satisfecha sonrisa en sus labios, simplemente se encogió de hombros.

—Seré el tío molón que les falsifique el carné para que puedan entrar en la discoteca cuando todavía no tengan la mayoría de edad.

Chloe soltó un grito ahogado, totalmente escandalizada. Camila no pudo evitar contagiarse de la risa de Raider y terminó riendo. Tenía muy claro que se trataba de una broma, especialmente por parte de Romeo.

Porque era una broma, ¿verdad?

—¿Qué es adolesen —Tori, que ya hablaba sin tener comida en la boca, hizo una pausa— sia? —logró articular finalmente.

Chloe eligió ignorar la mirada de curiosidad que su sobrina le dirigía y bufó en respuesta.

—Es una fase de la vida en la que prefiero no pensar demasiado.

—¿Por qué? —interrogó la pequeña.

—Porque no es buena —explicó Chloe.

—Ah… —pero era evidente que Tori no se había quedado conforme con la respuesta— ¿Por qué? —insistió. Chloe fue a abrir la boca, pero Tori continuó— ¿Porque el tito hará algo en la discoteca?

—Sabes que no va a parar hasta que lo entienda, ¿verdad? —rio Romeo, viendo los ojos de Chloe abiertos como platos.

—¿Disfrutas con esto, mafioso de pacotilla? —gruñó la futura auxiliar de enfermería.

—Mucho —respondió el italiano con una sonrisa burlona en sus labios.

Refunfuñando y negando con la cabeza, Chloe no pudo evitar que una sonrisa se escapara de sus labios mientras mantenía la mirada fija en Romeo, quien amplió aún más su ya pícara sonrisa.

—Serás capullo —dijo Chloe, sin poder evitar reír.

Tori, intentando imitar la postura que su tía solía poner, con la mano en el pecho, lanzó un gritito ahogado.

—No se dice capullo —le recordó Tori, imitando el tono que usaba Chloe cuando le reñía.

—¡Pero no lo repitas! —se apresuró a decir Chloe.

Raven agachó la cabeza y golpeó su frente contra la mesa en un gesto de desesperación.

—Entre las dos vais a acabar conmigo —gimió.

Raven se levantó, caminó hacia donde Chloe estaba y cogió con suavidad al pequeño bebé que ella tenía en brazos.

—Termina de desayunar, hoy necesitas estar al cien por cien. Te espera un largo día por delante —dijo el médico.

Agradecida, Chloe sonrió ampliamente y luego le dio un afectuoso beso en la mejilla a su futuro marido. Acto seguido, fue a tomar asiento en la silla de madera que le correspondía en la mesa del comedor.

—¿Nerviosa? —preguntó Camila, lanzándole una mirada interrogante a su amiga.

—Lo estaba, pero ya no tanto —respondió Chloe, tras regalarle una sonrisa sincera a Romeo.

Y es que verdaderamente le agradecía, de una forma que apenas podía imaginar, los rifirrafes verbales que tenían. Chloe sabía, estaba segura de ello, que él era plenamente consciente de que esos intercambios la ayudaban a liberar toda la tensión que tenía acumulada.

Y que por eso la picaba.

Conocía muy bien al italiano y a su enigmática forma de actuar.

Desde que lo conoció se había preguntado por qué actuaba así con los demás habitantes de la casa, pero sobre todo con Raven. Tardó en entenderlo, pero lo hizo.

Al menos un poco.

Porque hasta que no lo había experimentado con ella misma, hasta que no se convirtió en el objeto de esos juegos verbales, no había llegado a entenderlo en su totalidad.

—Vas a aprobar, no lo dudes —dijo Camila con seguridad en su voz, ofreciéndole a Chloe un apretón fuerte y reconfortante en la mano.

—Dios te oiga —sonrió Chloe con un brillo de esperanza en sus ojos.

Y es que Chloe se enfrentaba a los dos exámenes más importantes y complicados del curso, uno enfocado en la teoría y otro completamente práctico. Estaba tan cerca, apenas a un paso, de terminar el curso y embarcarse en las prácticas que le abrirían la puerta al ansiado título por el que tanto había luchado.

—No sé para qué tantos nervios, si eres la empollona de la clase —bufó Romeo.

—Raider es el empollón de su clase —dijo Tori, colocando al pequeño en el centro del protagonismo, algo que no le gustaba demasiado.

El pobre chico, con las mejillas rojas como la grana, negó vehementemente con la cabeza.

—No lo soy —dijo rápidamente Raider, azorado.

—Pero tus amigos te llaman así —Tori enarcó sus cejas, desafiándolo—. Los he escuchado.

—Solo bromean —explicó el pequeño, su voz titubeante.

Tori lo miró con ojos llenos de sospecha, no completamente convencida.

—Pero sacas diez en todo.

—No en todo —se apresuró a negar Raider.

—¿Cuándo no? —insistió Tori, presionándolo más.

Raider carraspeó incómodamente, mirando a cada uno de los adultos que estaban allí, implorando silenciosamente que alguien lo ayudara a salir de esa situación incómoda. Pero todos miraban para otro lado, como si hubieran decidido ignorarlo.

Se hacían los tontos, ¿verdad? Deberían estar en una liga profesional de desentendidos.

Resoplando por la frustración, Raider miró a la renacuaja que siempre lograba arrinconarlo y ponerlo contra las cuerdas.

—En historia saqué un nueve —dijo finalmente, sus mejillas tiñéndose de un rojo más oscuro.

Tori soltó una risa graciosa y contagiosa, haciendo que todo su pequeño cuerpo se moviera.

—¿Ves? Lo que dije. ¡Eres un empollón! —exclamó la niña entre risas.

Refunfuñando entre dientes, Raider siguió cortando en pedazos la manzana, preguntándose en qué inoportuno momento la conversación había comenzado a centrarse exclusivamente en él.

Y por qué, si podía saberse.

—No te enfades, por favor —la risa de la pequeña Tori se apagó al ver a Raider tan serio.

—No estoy enfadado —aclaró Raider, aunque su tono sugiriera lo contrario.

—No es malo ser un empollón, es algo muy bueno. Me lo dicen siempre tita Chloe y papá —miró a los susodichos, quienes asintieron con la cabeza, dándole la razón.

—Tú también serás una empollona —intervino Romeo, quien no podía evitar sonreír, visiblemente divertido por el debate entre los dos niños.

—No —negó rápidamente a Tori, quien ahora miraba al italiano—. Creo que no.

—¿Por qué no? Si estudias, puedes serlo —continuó Romeo.

—Porque yo no quiero estudiar. Yo quiero jugar —explicó con sinceridad la pequeña, provocando que todos los demás estallaran en carcajadas.

—¿Y Raider no juega? —intervino Raven, sumándose a la charla— Incluso estudiando, siempre tiene tiempo de jugar contigo.

Ella miró a Raider, quien había dejado sobre su plato el último pedazo cortado de manzana, y resopló.

—No siempre —dijo ella, su voz cargada de tristeza y un toque de pesar—. Algunas veces tengo que jugar sola porque él tiene que estudiar y yo… Yo no quiero hacerlo sentir así a él. Se pasa muy mal, ¿sabes? —movió su pequeña cabeza de un lado a otro, un suspiro profundo escapando de sus labios— Por eso no voy a estudiar —concluyó, su voz sonando cantarina mientras una enorme sonrisa adornaba su rostro.

—La que te queda —rio Romeo, señalando a Raven mientras observaba a la pequeña y mellada Tori.

—Nos queda, italiano. Nos queda —le advirtió el médico, suspirando profundamente.

Como si se preparara para el largo camino que les quedaba por delante.

—Pues tita Chloe prefiere ser una empollona, porque así se siente mejor con ella misma por haberse esforzado —intervino Chloe, hablando de ella en tercera persona.

—¿De verdad? —Tori parecía algo escéptica, como si pusiera en duda la filosofía de la adultez.

—Hmmm… —asintió Chloe con la cabeza, buscando convencerla— De verdad. Cuando te esfuerzas y ves que tu esfuerzo tiene recompensa, te sientes muy bien.

Tori pestañeó varias veces, procesando la información, y luego dirigió su mirada interrogante hacia Raider.

—¿Te sientes bien siendo un empollón?

En ese momento, Raider sintió como si todos los ojos de la habitación se clavaran en él, esperando su respuesta.

La pregunta era bastante directa y le exigía una respuesta igualmente clara. Pero la pregunta en sí se las traía, ¿eh?

—Supongo que sí —admitió finalmente Raider, negando con la cabeza al ver que todos los

demás le ofrecían sonrisas de aprobación.

—Entonces me lo pensaré —dijo Tori tras meditarlo un poco.

—Eso está mejor —sonrió Chloe, satisfecha con el giro que había tomado la conversación—. Y ahora… Será mejor que me vaya.

Consciente de que tenía que irse ya para no llegar tarde, después de apurar lo que le quedaba de café, Chloe se levantó de la silla. Caminó hacia Tori y Raider y les regaló un beso afectuoso en la cabeza a cada uno de ellos.

A continuación, se dirigió hacia Raven, le plantó un suave beso en la frente a Rebel y compartió un rápido, pero dulce beso con Raven.

—Suerte, nena. Puedes con ello —susurró él sobre sus labios, antes de darle otro beso más.

Con una gran sonrisa en sus labios y despidiéndose del resto con un gesto amigable de la mano, Chloe abandonó finalmente la sala.

—Más vale que apruebe o, de lo contrario, acabará conmigo —gimió Raven al perderla de vista.

—¡Te estoy escuchando, Beau Nolan! —gritó ella desde la distancia, provocando que su marido pusiera los ojos en blanco y que el resto del grupo estallara en carcajadas.

—¿Veis lo que os digo? —se lamentó el médico, tomando asiento nuevamente en su silla.

—Después no puedes estar lejos de ella —añadió Romeo, con una sonrisa divertida.

Raven hizo un gesto con la mano, como quitándole importancia al comentario.

—Eso no tiene nada que ver.

—Panda de pegajosos —rio Romeo, y luego frunció el ceño mientras escaneaba la habitación —. Hablando de pegajosos, ¿dónde demonios se ha metido el número dos? ¿Y Carmichael?

—¿Quién es el número dos? —preguntó Camila, claramente desorientada.

—Rain, por supuesto —respondió Romeo en un tono condescendiente.

—Ah… —la mujer pestañeó varias veces, claramente confusa— ¿El número dos de qué? ¿Por qué es el dos, ya que estamos? ¿Quién ostenta el título de número uno? —lanzó una serie de preguntas en rápida sucesión, como si estuviera disparando una metralleta.

Romeo, con una sonrisa burlona, señaló a Raven con un ademán de la mano.

—El tocapelotas primero, obviamente —declaró el italiano.

Raven puso los ojos en blanco. Otra vez.

—¿Por qué me metes? —preguntó el médico, ligeramente irritado.

—Entonces, ¿Rain es el tocapelotas número dos? —preguntó Camila.

—No, es el pegajoso número dos —Romeo fingió un escalofrío dramático.

—No es pegajoso, es cariñoso —lo defendió Camila.

—Cariñoso —Romeo bufó con desdén, agitando sus manos en el aire—. Por Dios, ni los italianos, con la fama que tenemos, somos así de intensos.

—No, lo sois más. Mucho más —bufó Raven en respuesta.

—A mí, personalmente, me encanta que sea así —dijo Camila con voz soñadora, permitiendo que una tonta pero sincera sonrisa adornara sus labios.

—Sí, la tita Camila siempre le dice al tito Rain "oh, sí, ¡cuánto me gusta!" —confirmó Tori imitando a Camila, dejando a todos en la mesa boquiabiertos y con sus mandíbulas casi tocando la superficie de la mesa.

—¿Pero qué demonios…? —Raven se encontraba tan sorprendido que parecía que sus ojos iban a salirse de sus órbitas.

Y justo cuando Romeo estaba a punto de soltar la carcajada más sonora del siglo, de repente, Rain hizo una entrada abrupta en el salón, como un auténtico torbellino.

—Es Carmichael —dijo el sheriff, visiblemente agitado y con dificultades para respirar y hablar al mismo tiempo.

Eso fue más que suficiente para que tanto Raven como Romeo se pusieran de pie con una rapidez asombrosa. Sin perder tiempo, Raven le entregó cuidadosamente el bebé a Camila y salió corriendo a toda velocidad, siguiendo de cerca a Rain y a Romeo.

—¿Le ha pasado algo al abuelo? —preguntó Tori, con el labio inferior temblándole de puro susto.

—No —dijo entonces Raider, quien se acercó a ella y le colocó el brazo alrededor del hombro mientras Camila, con el bebé en brazos, se acercaba para unirse a ellos—. Seguro que no. Todo estará bien —dijo con seguridad en la voz.

Con una seguridad que intentaba transmitirle a Tori, pero era una seguridad que, en realidad, ni él mismo llegaba a sentir.

Podía ser aún un niño, podía no saber demasiado sobre los complejos entresijos de la vida adulta, pero había ciertas cosas, ciertos sentimientos y emociones, que realmente no necesitaban de una extensa experiencia para ser entendidos.

Y la mirada de puro terror que había visto reflejada en el rostro de su padre apenas un instante antes, le hacía temer lo peor.

Algo verdaderamente grave le había ocurrido a Carmichael.



Capítulo 3

Dos rayas…

Sí, definitivamente había dos rayas.

El gemido agónico, lleno de desesperación, rompió el silencio que se había instalado en ese pequeño cubículo. Beth, con un aire de incredulidad, dejó caer lentamente las dos manos con las que sujetaba firmemente la prueba de embarazo. Acto seguido, dejó caer sus hombros en un gesto de rendición.

No había duda ninguna, ni la más mínima sombra de incertidumbre. Estaba embarazada. En realidad, no había espacio para dudas desde el momento en que se hizo el primer test.

Pero aun así…

Beth agachó la cabeza lentamente y desvió su mirada hacia abajo, hacia el suelo de cerámica del baño donde se encontraba sentada en ese momento. Y, casi mecánicamente, empezó a contar en voz baja, como si quisiera asegurarse una vez más.

—Uno, dos, tres… Siete.

Siete malditos test de embarazo se había realizado ya en lo que iba de día. El primero, en su casa, esa mañana, nada más levantarse después de no poder pegar ojo en toda la noche por los malditos nervios.

Los demás, los otros seis test, habían sido otra historia aparte.

Había tenido que esperar con una paciencia casi insoportable hasta que llegó su hora de descanso para el desayuno. Salió rápidamente de la residencia de ancianos donde trabajaba y corrió lo más rápido que pudo hacia la farmacia más cercana. Una vez allí, ignorando la mirada de curiosidad de la farmacéutica, decidió comprar no solo uno, sino seis test más. Seis pruebas adicionales, para no dejar espacio a la duda.

Seis, por si acaso el primero hubiera estado defectuoso o por si el destino solo había querido jugarle una broma. De muy mal gusto, además.

Seis más, como si con uno que diese positivo no fuese suficiente para confirmar la noticia que cambiaría su vida para siempre.

¿Qué pensaba? ¿Que aquello podía fallar?

Era enfermera, ¡por el amor de Dios! Era una profesional con años de experiencia que sabía, muy bien, que esos trastos podían dar falsos negativos, pero ¿un falso positivo?

Jamás. Nunca, en toda su carrera, había escuchado nada así.

Tampoco es que en el lugar donde trabajaba se realizasen muchos test de embarazo, pero eso carecía de importancia ante la certeza científica.

Gimió nuevamente. Y esa vez lo hizo más fuerte que nunca, como si quisiera liberar toda la

tensión, el miedo y la incertidumbre que se habían acumulado dentro de ella.

Porque sí, estaba asustada. Era para estarlo, ¿no? Un embarazo era algo serio. Muy serio. Y, en su caso, sobraba decir que totalmente inesperado.

Embarazada.

Estaba embarazada, y eso no iba a cambiar.

¿Pero cómo demonios era eso posible?

Pues verás, eso ocurre cuando la cosita que tiene un hombre entre sus piernas entra en el agujerito que tienes entre las tuyas y…

—Sé muy bien cómo ocurre —gruñó Beth, cortando de golpe a la porculera voz de su cabeza que intentaba darle una lección de biología básica.

—¿Beth? —preguntó entonces una voz.

—Mierda —murmuró Beth al escucharla, más fuerte de lo que hubiera querido, dejando escapar el susurro en lo que parecía más un grito ahogado.

Y entrando en pánico, comenzó a recoger, frenéticamente, todos los test de embarazo que estaban esparcidos de manera caótica por el suelo.

Porque si no fuera suficiente con ir presenciando cómo cada nuevo test, uno tras otro, mostraba dos rayitas indicadoras en su pequeña ventana, ella tenía que coger y contemplar detenidamente todos los demás test que ya había realizado. Tenía que revisarlos todos en una fila, alineados en su orden cronológico, para quizás, solo quizás, poder asumir la realidad de lo que esos dos marcadores estaban tratando de comunicarle.

Era como si necesitara convencerse a sí misma observando el conjunto completo, como si estuviese intentando que su cerebro procesara y aceptara de una vez por todas el mensaje que todas esas pruebas estaban gritando en silencio.

A ver si así, quizás, finalmente se creía de una vez y por todas que estaba embarazada.

—Beth —insistió la voz que sonaba cada vez más cerca. Su compañera ya había entrado en el baño.

—Sí, soy yo —articuló Beth, su voz sonando ligeramente nerviosa.

—Que eres tú ya lo sé, me di cuenta de ello al escucharte maldecir —resopló la persona que estaba, ya, al otro lado del cubículo—. Por Dios, Beth, llevo más de media hora buscándote.

—Ya salgo —replicó Beth, sonando más alterada mientras metía apresuradamente en el bolso que instantes antes estaba colgado del pomo de la puerta del baño, todos los test.

Tan nerviosa estaba que, sin atinar correctamente, maldijo cuando sus manos, que parecían de trapo, no pudieron agarrar firmemente los test y, como resultado, terminaron cayendo al suelo, de nuevo. Maldiciendo una vez más en voz baja, tuvo que recoger los test que habían salido disparados de sus manos temblorosas.

—Beth, ¿estás bien? —preguntó Sarah, sonando visiblemente preocupada.

—¡Sí! —mintió Beth.

Porque bien, lo que se dice bien, no lo estaba en absoluto.

Bien jodida estoy, refunfuñó mentalmente mientras terminaba de meter los test en el bolso.

Se levantó con movimiento rápido y decidido, y abrió la puerta a la vez que, con un ligero y eficaz movimiento de cabeza, despejaba su rostro del pelo de su larga melena.

Fue en ese instante cuando se encontró con Sarah de rodillas, agachada y visiblemente curiosa, mirando hacia dentro del pequeño espacio.

Beth enarcó las cejas cuando sus ojos se encontraron con los de su amiga, llenos de interrogantes.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó Beth, sonando enfadada. Temerosa de que Sarah hubiese visto algo que definitivamente no quería que viese.

Con que lo supiese la farmacéutica ya tenía más que suficiente. Y eso la llevó a preguntarse si los farmacéuticos estaban obligados a guardar el secreto profesional o si ya estaría el maldito pueblo entero al tanto.

Sarah carraspeó ligeramente y, de manera un poco torpe, se levantó del suelo frío. Miró a Beth de arriba abajo, deteniéndose un segundo al encontrarse con la mirada severa y reprobatoria de su amiga.

—¿Y tú qué hacías ahí escondida? —preguntó Sarah, señalando con el dedo índice al interior del cubículo del baño de donde Beth acababa de salir.

—No estaba escondida —respondió Beth mientras se colocaba el bolso en el hombro, terminaba de salir del baño y pasaba rápidamente por el lado de Sarah, quien se quedó un instante contemplando el lugar vacío, inspeccionándolo con una mirada inquisitiva.

Tras echarse jabón en las manos, Beth puso sus palmas bajo el grifo del agua, el cual se activó automáticamente.

Sarah se colocó al lado de Beth, con la cadera apoyada en el borde del lavabo y dejó sobre este una botella de agua de litro y medio que estaba casi vacía.

—Te la has dejado dentro —explicó Sarah ante la mirada interrogativa de su amiga Beth.

—Gracias, no me di cuenta —era la verdad.

Estaba bastante preocupada intentando esconder los siete test en su bolso como para recordar una, aparentemente, insignificante botella de agua. Que de insignificante en realidad tenía muy poco, porque gracias a ella había podido orinar lo necesario como para poder hacer los siete test, pero ese ya era otro tema.

—¿Tienes cistitis? —preguntó entonces Sarah, mirando de reojo el comportamiento nervioso de Beth.

Beth se quedó un largo y extraño instante con las manos suspendidas en el aire mientras intentaba procesar y entender a qué venía esa pregunta. Carraspeó incómodamente y colocó sus manos bajo el ruidoso secador de manos, a continuación asintió con la cabeza, confirmando sus sospechas.

—No se te escapa nada —dijo, teniendo la fortuna de sonar genuinamente avergonzada.

Sarah exhaló un suspiro comprensivo.

—Pobre de ti… Con lo mal que se pasa —expresó con un tono de voz lleno de empatía, era evidente que ella sabía muy bien de qué estaba hablando.

¿Qué mujer no lo sabía, después de todo?

—Ya estoy mucho mejor —mintió Beth, tras otro carraspeo forzado.

No le gustaba tener que mentir; es más, lo odiaba con cada fibra de su ser. ¿Pero qué más podía hacer en ese momento? Era o seguirle el rollo a Sarah o contarle la cruda y simple verdad.

Y esa, definitivamente, no era una opción viable. No en ese momento.

—¿Y para qué soy buena? —preguntó entonces Beth, dejando a un lado sus conflictivos remordimientos de conciencia y cambiando deliberadamente de tema después de terminar de secarse las manos y mirar, frente a frente, a su amiga.

—¿Eh? —preguntó Sarah, repentinamente desubicada.

—Has dicho que me buscabas —le recordó Beth.

—Ah, sí —Sarah se dio con la palma de la mano en la frente, como si se estuviera reprochando su mala memoria—. La señora White quiere hablar contigo. Te espera en su oficina.

¿La señora White? ¿Para qué o qué?

Beth se dejó caer, igual que su amiga, sobre el frío borde del lavabo y soltó un sonoro suspiro.

—¿Me va a echar a la calle? —preguntó entonces, con notable preocupación en la voz.

Porque eso era precisamente lo único que podía significar que la señora White quisiera verla en su oficina. O era para firmar un nuevo contrato laboral o, lo que era mucho más probable, para rescindir el que ya existía.

Y dada la situación realmente precaria en aquel lugar, cualquier cosa podía suceder.

Sarah soltó un gemido apesadumbrado.

—Espero que no, de verdad lo espero.

—Pero es posible. No, diría que es lo más seguro, ¿verdad? — insistió Beth, frunciendo el ceño por la preocupación.

—Sería un sinsentido total y absoluto. Con solo cuatro gatos, no podemos sacar todo este trabajo adelante. Las pocas que seguimos aquí estamos completamente reventadas, echando

horas extras y doblando turnos constantemente. No puede, simplemente, echar a más gente a la calle. Si con los que estamos no somos suficientes para cuidar adecuadamente a todos los ancianos.

Sí, era un problema grave que ambas conocían muy bien...

El geriátrico solo era una más de las innumerables instituciones, tanto públicas como privadas, que estaban sufriendo drásticos recortes en sus filas de trabajadores. Y los pocos que tenían la "suerte" de quedarse, estaban llegando al límite de sus capacidades físicas y emocionales.

Pero incluso así, no dejaban de echar a gente.

—Ya… Pero si echa a la gente fija, imagina a las que, como nosotras, tenemos contratos temporales —puntualizó Beth.

Beth sabía que este trabajo era eso, simplemente temporal.

Siempre había trabajado allí de esa manera, y cuando no la necesitaban, la despedían hasta que decidieran volver a llamarla. No era un trabajo seguro en absoluto, pero era lo único que tenía y no podía permitirse el lujo de decir que no. Aunque la tentación era grande, especialmente al ver lo mal que trataban al personal.

Sarah soltó otro gimoteo lastimero.

—No puedo permitirme el lujo de quedarme sin trabajo —se veía agobiaba. Y lo estaba, sin lugar a dudas.

Su situación familiar era complicada; su marido se había quedado en el paro no hacía mucho tiempo, y el único dinero que entraba en la casa era el que ella ganaba trabajando. Si ella también se quedaba en la calle, la situación sería insostenible.

¿Y dónde crees que acabarás tú si vuelves a quedarte sin trabajo? ¡Y ahora, además, embarazada!

Beth gimió profundamente al recordar ese crucial detalle, que, por alguna inexplicable razón, había olvidado hasta ese momento.

¡Estaba embarazada! ¡Aunque todavía no pudiera creérselo!

¿Qué demonios iba a hacer si, de repente, se quedaba sin empleo?

Algo mareada y con el corazón latiendo con fuerza, se agarró con fuerza al lavabo.

—¿Crees que yo sí? —preguntó en un susurro apenas audible, más para sí misma que para compartir el pensamiento en voz alta.

—No, sé que no —respondió Sarah y, mucho más agobiada de lo que le gustaría admitir, se pasó ambas manos por la cara en un gesto de agotamiento—. No sé qué voy a hacer si me quedo en el paro, te lo digo en serio —dijo, tremendamente agobiada—. La situación económica en casa es complicada, eso ya lo sabes, pero, sobre todo, nos está afectando como pareja.

—Ay, Sarah —suspiró Beth, visiblemente triste al escuchar eso, como si le doliera en el alma.

—Está amargado y oye, lo entiendo. No es fácil para alguien que siempre ha estado trabajando, que siempre ha tenido una vida activa, verse en la calle y sin oportunidad de volver al mercado, porque la cosa está muy mal, ¿eh?

—Lo sé…

—Hago todo lo que puedo, Beth e intento ser comprensiva, pero Brian me está llevando al límite y yo… —suspiró pesadamente, como si todo el aire se le escapara de los pulmones— Te juro que a veces pienso que no podré más y quiero mandarlo al carajo, por mucho que lo quiera.

—Te entiendo, debes estar pasándolo mal —la compasión en la voz de Beth.

—Y si yo me quedo en la calle, ¡imagina! —negó con la cabeza vehementemente, sus rubios rizos moviéndose con el movimiento— Eso sería insostenible. Acabaría con mi matrimonio sí o sí.

—No pienses así. Os queréis, eso lo sabemos todos —intentó consolar Beth, aunque sabía que las palabras eran, a veces, insuficientes.

—Sí, mucho, te lo aseguro. Pero, a veces, el amor no es suficiente. Con eso no basta. Y si estamos pasando una mala racha y él, encima, se mete en un pozo del que no quiere salir porque se siente mierda… Cuanto más baje en el pozo, peor se va a sentir, ¿sabes? Es la pescadilla que se muerde la cola, un ciclo sin fin. Y joder, Beth, todos tenemos un límite de tolerancia y por más que yo adore a mi marido, también tengo los míos.

—Lo siento —dijo Beth, que no sabía ni qué decir en un momento tan delicado como ese.

Beth sabía que su amiga lo estaba pasando mal, pero hasta ese momento no creía que la situación fuera para tanto, que llegara a esos extremos.

—Si te echan, ¿sabes lo que sigue, no? ¿Sabes quién es la siguiente, verdad? Porque como bien dices, somos las únicas que quedamos de las nuevas y con contratos de mierda. ¡Joder! —gruñó con fuerza, haciendo el dramático gesto de querer agarrarse el pelo con ambas manos, aunque sin llegar a hacerlo realmente.

—No te adelantes a los acontecimientos —le pidió Beth.

Aunque en el fondo sabía que su amiga tenía toda la razón del mundo. Y que si no era ese día, ni tampoco al día siguiente, más pronto que tarde, ambas terminarían siendo despedidas y en la calle. Justo como había sucedido con la mitad de la plantilla del geriátrico donde trabajaban.

—Intento no hacerlo para no volverme loca, pero visto lo visto… —suspiró profundamente— No entiendo cómo hacen las cosas —la frustración en la voz de Sarah era evidente.

—Ni tú ni nadie, supongo que porque no estamos obsesionadas con el dinero. No en esos términos, al menos —respondió Beth con cierta amargura.

—¿Y quién en su sano juicio se enfocaría en el dinero cuando estamos tratando con ancianos o personas dependientes y enfermas, Beth? —cuestionó Sarah con incredulidad.

—Bienvenida a la cruda, dura y desesperante realidad de Estados Unidos —respondió Beth, y

se notaba la ironía mordaz en su voz.

—Pues es una mierda.

—Bastante grande y gorda, sí, y ni siquiera perfumada —confirmó Beth, su voz cargada de una pesada resignación mezclada con cierto humor negro.

—Al final, esto tiene que reventar por algún lado, ¿no crees?—suspiró Sarah, mirando fijamente a Beth.

Beth tragó saliva y se agarró todavía con más fuerza al borde del lavabo.

—Supongo que sí —susurró, dejando escapar un suspiro cansado y lleno de incertidumbre.

Pero mientras eso llegaba a ocurrir, si es que alguna vez ocurría, ¿qué iba a ser de ella?

De ella y del bebé. Porque ya no podía pensar solo en ella, sino que tenía que pensar en la nueva vida que se gestaba en su vientre, una vida que dependía enteramente de sus decisiones.

Estuvo fuertemente tentada de poner la mano ahí, en ese lugar donde iba crecía ese bebé y susurrar suavemente un *"No te preocupes, por fortuna no estamos solos. Tenemos a tu padre y juntos, como familia que seremos, saldremos de esta."*

Sí, definitivamente la cosa pintaba mal. Muy mal…



¿Mal? No, la cosa no pintaba mal, pintaba mucho peor que eso.

¡Era un auténtico desastre!

Y ya no era solamente por el despido inesperado de su trabajo, ni siquiera porque se lo hubiesen avisado con tan solo una mísera y lamentable semana de antelación.

Y, mira, incluso debía sentirse agradecida, si le hacía caso a las palabras poco alentadoras de la señora White.

Por lo menos la avisaban con un poco más de tiempo que antes, como le había recalcado la insufrible señora. Porque las veces anteriores, la había alertado casi de un día para otro, con frases tajantes del tipo: *"mañana mejor no te presentes, ya te contactaremos cuando volvamos a necesitarte."*

Y búscate la vida, esa era la implícita y cruel frase que quedaba flotando en el aire.

"Como puedes ver, te avisamos con tiempo más que suficiente," había enfatizado la señora White con un aire de suficiencia que rozaba la arrogancia.

Muy ella, ciertamente.

¿Con tiempo para qué exactamente?

Para adaptarse mentalmente a la situación, se suponía. Porque claramente, para encontrar otro empleo con tan poco margen, era evidente que no.

Si es que esa señora no podía ser más descarada, más cínica ni más desconsiderada.

En fin, eso era lo que había, la triste, dura y difícil realidad.

Beth ya estaba al tanto de cómo funcionaba aquel tóxico lugar de trabajo y tenía que aceptarlo si quería que la volvieran a llamar. No podía permitirse ni siquiera el pequeño y simple lujo de maldecir a todos los antepasados de esa bruja en su cara.

Al menos no si la señora White podía escucharla, pero en sus pensamientos más íntimos o en voz alta cuando no la tuviese delante, ahí sí podía soltarse la melena.

Y la lengua.

—Mameluca, cenutria… —Beth se detuvo para recuperar el aliento y continuó mientras subía, con dificultad, los escalones de esa empinada e interminable escalera— ¡Lechuguina!— gritó lo más fuerte que pudo, aunque casi sin voz, porque evidentemente no le llegaba suficiente aire a los pulmones.

Tomar nota mental: recordarle a tu padre —pensó mientras se tocaba instintivamente la barriga— *que será mejor que ambos vivamos en mi casa. Porque cuando tenga un barrigón más grande, va a subir estas tres plantas mi prima la de Washington (que en España sería como mencionar a la prima de Albacete, para que se entienda claramente la referencia).*

Apoyando sus manos sobre las rodillas y con el cuerpo algo doblado, respirando de una manera que bien parecía un tiranosaurio rex afectado por una severa bronquitis, Beth decidió dejar de lado por un momento la extensa lista de insultos que tenía reservados para la señora White. En su lugar, optó por intentar normalizar su respiración para evitar que su corazón se le saliese, literalmente y sin exagerar, por la boca.

Si es que estaba en muy baja forma física, y no sería, precisamente, porque se pasaba todo el día sentada.

Cuando por fin consiguió normalizar su respiración, Beth enderezó lentamente su cuerpo y dobló la esquina que la llevaría finalmente a la casa de su novio.

Necesitaba verlo con urgencia, necesitaba hablar con él para compartirle no solo su desesperación por su pérdida de empleo, sino también para revelarle la noticia más importante de sus vidas: ¡estaban embarazados!

¿Cómo reaccionaría él ante tal noticia?

Seguramente le impactaría, al igual que le había ocurrido a ella. Después de todo, ninguno de los dos había estado buscando ese embarazo.

El que la mete, la mete hasta el fondo, ¿eh?…

La voz irónica en su cabeza no dejaba de resaltar lo obvio, recordándole su responsabilidad en

todo aquello.

Beth sacudió la cabeza levemente, intentando alejar esos pensamientos. Ignorando por completo a la molesta voz de su conciencia, se apresuró a terminar de doblar la esquina. Fue en ese preciso instante cuando se quedó completamente paralizada, como si alguien hubiese pulsado el botón de pausa en el mando a distancia de su vida.

Y ahí sí que se quedó sin una pizca de aire en los pulmones.

Había mencionado ya que la situación pintaba mal, ¿verdad? Si lo había dicho, necesitaba reiterarlo.

En realidad la cosa pintaba negro carbón, y no había manera de maquillar ese hecho.



Capítulo 4

—¡Joder! —exclamó Rain a todo pulmón mientras se abría paso a través de la habitación hasta llegar junto a Carmichael, quien estaba tirado inmóvil en la cama.

El anciano parecía muerto, sin ningún rastro visible de vida.

Rain se puso rápidamente de rodillas en la cama y extendió sus dedos hasta posarlos con cuidado en el frío y flácido cuello del anciano.

—Maldita sea, esto no puede ser. ¡No tiene pulso! —exclamó el sheriff, intentando no perder el control.

Raven golpeó el hombro de Romeo con fuerza mientras pasaba, a toda prisa, por su lado. Romeo se había quedado completamente congelado, casi como una estatua, en el marco de la puerta de la habitación de Carmichael, horrorizado al ver al anciano en tal estado.

—Aparta —ordenó Raven mientras se colocaba al otro lado de la cama del anciano. Hizo lo mismo que Rain: posó sus dedos en el cuello de Carmichael para comprobar el pulso y, seguidamente, colocó un dedo bajo su nariz para comprobar si respiraba—. ¡Maldita sea! —exclamó a todo pulmón— ¡¿Pero qué demonios ha pasado?! —exclamó mientras, con sumo cuidado pero con rapidez, colocaba al anciano en posición de cúbito supino para iniciar el protocolo de emergencia.

—Estaba bajando las escaleras para desayunar cuando escuché cómo se rompía un vaso en el piso de arriba. Vine para ver qué ocurría y no me gustó cómo lo vi. Ha sido el tiempo justo de bajar y avisaros a todos —explicó Rain, tratando de mantener la calma, pero fallando miserablemente.

—Romeo, ¡llama a emergencias! ¡Es un paro cardíaco! —gritó Raven mientras se preparaba para iniciar la maniobra de reanimación.

Romeo, todavía parado en la puerta, estaba completamente blanco, en shock. Era incapaz de reaccionar.

—Maldita sea, italiano del demonio, ¡reacciona! —gruñó el sheriff—. ¡Llama a emergencias! —gritó con tanta fuerza que finalmente hizo que Romeo saliera del estado paralizante en el que se encontraba.

—Che cosa? ¿Qué? —pestañeó Romeo y, tras enfocar la mirada, fue consciente de la gravedad de la situación en la que se encontraban— ¡Ah, sí!

Sin perder más tiempo, Romeo sacó con rapidez su móvil del bolsillo del pantalón y marcó el número de urgencias para dar parte de la situación tan crítica que se estaba viviendo en La Mansión.

—Centro de emergencias, ¿en qué podemos ayudarle? —preguntó una mujer con voz sorprendentemente calmada, que sonaba casi robotizada a través del altavoz del teléfono.

Como si hubiera tiempo para la calma para alguien que estaba llamando a ese número.

—Está sufriendo un paro cardíaco, ¡necesitamos una ambulancia ya! —gritó Romeo, casi sin aliento, al teléfono.

Mientras tanto, Raven, tras asegurarse de que no había ningún objeto que pudiera estar asfixiando a Carmichael, procedió a abrir las vías aéreas del anciano mediante la hiperextensión del cuello.

—Voy a comenzar con la maniobra de reanimación cardiopulmonar—anunció entonces Raven, con una expresión en su rostro de absoluta concentración.

Raven colocó sus labios alrededor de la boca de Carmichael, sellando de forma hermética la boca del anciano con la suya y realizó dos insuflaciones.

Acto seguido, y con toda la fuerza que la adrenalina del momento le proporcionaba, Raven cogió con ambas manos la camiseta del pijama de Carmichael y tiró con fuerza en direcciones opuestas. Los botones de la camisa del pijama salieron disparados por toda la habitación, rebotando contra las paredes y el suelo.

Con la misma velocidad y determinación, Raven colocó el talón de una de sus manos en el tercio inferior del esternón del anciano. La otra mano se apoyó firmemente encima de esta que ya estaba en contacto con el tórax de Carmichael. Raven comenzó con el masaje cardíaco externo con un ritmo cuidadosamente calculado.

Pero rápido.

—Uno, dos, tres…

Después de realizar una secuencia agotadora de quince compresiones en el pecho del anciano, Raven llevó a cabo dos ventilaciones boca a boca. Con la preocupación grabada en su rostro, volvió a comprobar el pulso de Carmichael, pero el vacío persistente seguía ahí, sin ningún signo de latido cardíaco.

—Vienen de camino —informó Romeo, llegando apresuradamente hasta ellos, con el teléfono móvil aún en la mano, el cuál volvió a guardar en el bolsillo de su pantalón.

—Romeo —dijo Raven, cuyas gotas de sudor delataban el esfuerzo físico que estaba realizando con las compresiones—, en mi despacho, encima de la mesa que hay debajo de la ventana, hay un estuche blanco que tiene un desfibrilador. ¡Tráelo lo más rápido posible! —ordenó con urgencia en la voz.

Sin perder ni un segundo, Romeo salió disparado de la habitación, corriendo por el pasillo para hacer exactamente lo que Raven le había mandado.

—Tienes que ayudarme —dijo Raven mientras miraba directamente a los ojos de Rain, su frente perlada de gotas de sudor—. Una insuflación boca a boca, cinco compresiones y cambiamos, ¿de acuerdo?

Rain asintió con la cabeza, y juntos siguieron el protocolo de reanimación hasta que, como un rayo, Romeo regresó a la habitación, con el desfibrilador en sus manos.

—Toma —dijo Romeo, entregando el aparato a Raven.

—Romeo, necesito que me cubras. Tienes que tomar mi lugar en la reanimación. Una insuflación, cinco compresiones cada uno —lo instruyó Raven, señalando al sheriff Rain con un rápido movimiento de cabeza, quien en ese preciso instante estaba realizando la maniobra a Carmichael—. ¿Podrás hacerlo? —preguntó Raven, la preocupación en su voz.

—Por supuesto que sí —respondió Romeo con seguridad.

No se sintió ofendido por la pregunta; sabía cómo llevar a cabo el procedimiento. Entendía que Raven no estaba cuestionando sus habilidades, sino simplemente verificando si, después del shock inicial que había experimentado, se sentía capaz de asumir la tarea.

Romeo lo entendía perfectamente.

Rápidamente se colocó en el lugar que había ocupado Raven hasta ese momento. Raven, con manos hábiles y seguro de lo que estaba haciendo, comenzó a preparar el desfibrilador con la mayor rapidez que pudo. Colocó los parches adhesivos en el pecho descubierto del anciano, asegurándose de que estuvieran en las posiciones correctas.

—¡Fuera! —gritó Raven entonces, justo antes de presionar el botón para liberar la descarga eléctrica.

El cuerpo de Carmichael saltó violentamente en la cama, prácticamente levantándose del colchón debido a la potente descarga eléctrica que el desfibrilador había liberado.

—¿Cómo está Carmichael?

La pregunta de su compañero sacó a Romeo de su profundo ensimismamiento. Y de sus dolorosos recuerdos.

Miró hacia el lado y aceptó la humeante taza de café que le ofrecía Mike.

—En estado crítico —dijo Romeo tras un suspiro. Se acercó la taza de café a la boca y bebió un largo sorbo. Iba a ser una noche larga, así que lo iba a necesitar—. *Grazie* —dijo entonces en su lengua natal, agradeciendo profundamente el gesto de su compañero.

Romeo y Mike se conocían desde hacía años, entablaron una amistad desde que Romeo se mudó al pintoresco pueblo que Mike había llamado hogar toda su vida. Desde el principio, la química entre ellos fue innegable, y rápidamente se convirtieron en buenos amigos.

La elección de Romeo de convertirse en bombero los unió todavía más.

Mike, que ya pasaba los cincuenta, era dos décadas mayor que Romeo. Con casi treinta años de experiencia como bombero, asumió el papel de mentor del joven italiano y lo apoyó en todo momento.

Romeo siempre le estaría agradecido por ello.

—Tenías que haberte quedado en casa, o en el hospital pendiente a él —el hombre de pelo

rubio lo miraba fijamente—. Nadie de aquí pondrá ninguna pega para cambiarte el turno o cubrirte, ya lo sabes.

Y era de agradecer.

—Lo sé, pero necesito hacer algo o me volveré loco —dijo el italiano con sinceridad.

Los oscuros y penetrantes ojos de Romeo se desviaron momentáneamente y volvieron a mirar por la ventana.

—Sí, a veces es mejor estar fuera de casa —bufó Mike.

El comentario y la forma de decirlo llamaron la atención de Romeo. Sus ojos se encontraron con el reflejo del cristal de los ojos oscuros de Mike.

—¿Todo bien? —preguntó Romeo, pensando que sería mucho mejor entretenerse con las historias de los demás que ensimismarse en las suyas propias, las que le creaban verdadera ansiedad.

—Sí —sonrió Mike, giró la cabeza y miró directamente a Romeo. Este, al verlo, hizo lo mismo—. Por cierto, ¿te has enterado del chisme?

En ese preciso momento, la estruendosa sirena del parque de bomberos comenzó a sonar, cortando la conversación. La mirada del par de bomberos cambió casi inmediatamente, sus cuerpos en completa tensión, en estado de máxima alerta.

—Edificio en proceso de colapso, personas posiblemente atrapadas —dijo la voz que sonaba por encima de las estridentes sirenas de aviso.

—El chisme tendrá que esperar —dijo Romeo.

Como una bala, ambos dejaron las tazas de café sobre la mesa más cercana, un mueble de madera robusta que había visto mejores días.

Tanto ellos como los demás bomberos, corrieron con pasos decididos y, en apenas unos minutos, se pusieron todo el equipo de protección personal. Este equipo consistía en pantalones y chaqueta diseñados especialmente para proteger contra incendios, botas robustas con suelas antideslizantes, un casco reforzado para proteger la cabeza y, finalmente, guantes ignífugos que permitían cierta destreza manual.

—Vamos, ¡vamos! —gritaba el capitán de la unidad, urgiéndolos a ser más rápidos.

Después de vestirse, los bomberos se colocaron meticulosamente el arnés de seguridad, un elemento crítico que podía significar, en ciertas situaciones, la diferencia entre la vida y la muerte.

Completamente equipados y preparados para lo que fuera, se dirigieron con pasos rápidos y decididos hacia el camión de bomberos. Subieron al camión y, sin perder tiempo, se abrocharon los cinturones de seguridad. Los cinturones hicieron un clic mientras el camión arrancaba, rugiendo como una bestia, preparada para dirigirse al crítico lugar del incidente.

El camión de bomberos se deslizaba sobre el asfalto, y en su interior, la tensión era palpable.

El capitán Ramírez, un hombre de edad avanzada con también más de tres décadas en el servicio, tomó el micrófono de la radio con mano firme. Todos los ojos se dirigieron hacia él, esperando sus instrucciones.

—Escuchad bien —comenzó el jefe con su voz ronca pero firme—. Tenemos un edificio con riesgo de derrumbe. Es un escenario muy peligroso y tenemos que proceder con la máxima precaución. Los detectores de vida y las cámaras térmicas serán vitales para localizar a cualquier persona atrapada. Recordad, la seguridad es primordial. No os pongáis en riesgo innecesario, ¿entendido?

—¡Sí, señor! —exclamaron todos a la vez.

—Si la situación es más de lo que podemos manejar, pediré ayuda. Romeo, Trevor — dijo, dirigiendo la mirada hacia el italiano y el compañero sentado junto a él—, seréis el equipo de búsqueda y rescate. Vuestro objetivo es entrar, localizar a los atrapados, y sacarlos lo más rápidamente posible. Usad los detectores y las cámaras térmicas. No perdáis tiempo.

Romeo y Trevor asintieron con la cabeza, aunque el capitán no vio el gesto porque ya estaba mirando a los demás, dispuesto a darles las órdenes oportunas.

—Los demás, preparaos para la estabilización del edificio y para combatir cualquier incendio que pueda surgir. Necesitamos tener mangueras y extintores listos, y quiero que el equipo de ingeniería evalúe la estructura tan pronto como sea seguro hacerlo —finalizó sus instrucciones con una nota de gravedad en su voz—. Este es un escenario de vida o muerte, y cada segundo cuenta. Coordinémonos y mantengámonos en comunicación constante. Sobre todo, recordad por qué estamos aquí: para salvar vidas. ¿Está claro?

—¡Entendido, jefe! —exclamaron todos a coro.

Mientras el camión de bomberos serpenteaba por las retorcidas calles y se acercaba al lugar del incidente, cada miembro del equipo repasaba mentalmente su rol, sabiendo que lo que estaban a punto de hacer era una cuestión de, como bien había dicho el capitán, vida o muerte.

Cuando llegaron al lugar del incidente, los bomberos desmontaron con urgencia del camión, y de inmediato pudieron identificar la ubicación exacta en la que se encontraban. Estaban frente a un edificio en ruinas que se encontraba en las afueras del pueblo. Aunque el edificio había estado en un peligro constante de derrumbe durante años, inexplicablemente seguía en pie.

No era la primera vez que habían tenido que rescatar a alguna persona allí. Persona que, imprudentemente, había decidido no escuchar las advertencias de las autoridades y acercarse al lugar, bien para explorar o bien para refugiarse en ese condenado edificio.

Los bomberos ya se habían puesto sus equipos de respiración autónoma. Ajustaron las máscaras y los reguladores y verificaron, una vez más, la seguridad de sus arneses, y agarraron sus herramientas especializadas.

—Vamos. No hay tiempo que perder —dijo Romeo dirigiéndose a Trevor, mirando el inestable edificio que se cernía frente a ellos.

—Lo sé, lo sé —respondió Trevor, haciendo una última revisión de su equipo antes de

acercarse al edificio.

Con una última mirada de complicidad, Trevor y Romeo se adentraron, con cautela, en la oscuridad y la incertidumbre del edificio abandonado.

Dentro de lo que solo podría describirse como un completo desastre, pasaron varios minutos de intensa búsqueda. Avanzaron por pasillos, esquivando escombros, evitando vigas caídas y paredes que se inclinaban de forma amenazante.

Finalmente, en una de las habitaciones más deterioradas, Romeo localizó lo que parecía ser el cuerpo de un hombre. El cuerpo estaba bajo sus pies, habiendo caído a través de un agujero.

No hubo respuesta cuando Romeo habló.

—Joder —suspiró Trevor al ver el cuerpo.

Romeo observó a su compañero, con quien ya había trabajado anteriormente, y soltó un suspiro.

—Yo bajaré —dijo Romeo.

—¿Estás seguro? —preguntó Trevor. Romeo asintió con la cabeza en un gesto afirmativo—. Con cuidado.

Romeo se preparó para bajar sabiendo que cada segundo contaba y que un error podría costarle muy caro. Sacó una cuerda de rescate de su mochila y la aseguró firmemente a una viga cercana que, aunque cubierta de polvo y con marcas de desgaste, parecía ser lo suficientemente sólida para soportar su peso.

—Estoy asegurando la línea —anunció a Trevor, quien asintió y se posicionó para manejar el otro extremo de la cuerda, listo para tirar si algo salía mal.

Romeo se colocó su aparato de respiración más ajustadamente, comprobando que el flujo de aire fuese el correcto. Luego, revisó el arnés de seguridad una vez más, asegurándose de que todas las hebillas estuvieran correctamente aseguradas.

No era momento para dejar nada al azar.

Con una última mirada hacia Trevor, quien sostenía con fuerza el otro extremo de la cuerda, Romeo comenzó a descender hacia la oscuridad, hacia el lugar donde yacía el cuerpo. Fue un descenso lento y calculado; cada movimiento que realizaba era cuidadosamente medido para evitar desestabilizar todavía más la frágil estructura del edificio en ruinas.

Llegado al suelo inferior, donde estaba el cuerpo, Romeo se aproximó a él con cautela. El corazón le latía con fuerza en el pecho…

Entonces lo vio.

Su visión comenzó a volverse borrosa, como si una neblina densa hubiera cubierto sus ojos. Y sus manos, que hasta ahora habían estado firmes y seguras, empezaron a temblar de una forma que no podía controlar.

—No puedo hacerlo —murmuró para sí mismo, su voz apenas audible, negando con la cabeza de manera vehemente.

Maldita sea, ¡no puedo hacerlo!, exclamó mentalmente, sintiendo cómo la angustia y el pánico se apoderaban de él, dejándolo completamente paralizado.



—¡Maldito imbécil! —Trevor, que se había quitado el casco y los guantes y los había tirado lejos, tenía a Romeo agarrado con fuerza por la pechera del traje ignífugo, lo empujó con vehemencia, haciendo que cayera al suelo de culo en medio de los escombros y la tierra— ¿Quieres morir o cuál es tu problema?

Tras abrir los ojos que había cerrado durante un instante, Romeo se sentó sobre su trasero, sacudiendo las manos para limpiar sus guantes de la arena y el polvo. Su casco, ese que le había dado tiempo a quitarse, había rodado lejos al caer.

Antes de que pudiera reaccionar o recuperar la compostura, ya se encontraba nuevamente de pie. Trevor había vuelto a agarrarlo con fuerza y en ese preciso instante, mantenía su cara pegada a la del italiano, tan cerca que podía sentir su aliento.

—Desgraciado —el moreno lo zarandeó, la ira era palpable en su rostro. Romeo, en un gesto de resignación, no se quejó ni ofreció resistencia alguna—. ¡¿Se puede saber qué demonios te pasa?!

—Trevor, ¡ya basta! —bramó el capitán, quien, como todos los demás miembros del equipo, estaba mirando con incredulidad la tensa escena que se desarrollaba delante de ellos.

—¿Ya basta? —Trevor soltó a Romeo con un brusco movimiento. Romeo trastabilló, pero no llegó a perder el equilibrio— ¡¿Ya basta?! —gritó Trevor a todo pulmón. Su mirada de furia se posó, de nuevo, sobre el rostro de Romeo— ¡Serás idiota! —y sin pensárselo dos veces, levantó su mano y le clavó a Romeo el puño en la mandíbula, haciéndolo caer.

Romeo lo había visto venir, pero no tenía intención alguna de evitarlo. Sentía que se merecía eso y mucho más. No solo se había puesto en peligro él mismo, sino que también había arriesgado la seguridad de su compañero y, posiblemente, la de todo el equipo.

—¡Dalton, detente! —vociferó el capitán, intentando detenerlo.

Pero Trevor estaba completamente fuera de sí. Ya se encontraba sobre Romeo, con las rodillas en el suelo a ambos lados de las caderas de este, cogiéndolo con fuerza por el cuello de la chaqueta mientras levantaba el torso del italiano del suelo.

—¡Podíamos haber muerto, idiota inconsciente! —lanzó otro puñetazo hacia el rostro de Romeo.

Y joder, cómo dolía cada impacto.

Aunque Trevor no era tan alto como Romeo, su formidable condición física le confería una impresionante fuerza. Sus golpes, no solo eran potentes, sino que dolían como el infierno.

Romeo gimió internamente, pero no se permitió emitir ningún sonido. Tampoco se permitió evitar los golpes.

Iba a recibirlos todos, sin excepción.

—Si no llega a ser un simulacro… ¡Podíamos haber muerto! —exclamó Trevor antes de prepararse para propinarle otro puñetazo.

Los ojos verdes de Trevor lo miraban con rabia, tintados de un odio que Romeo nunca había visto antes.

Justo cuando Romeo cerró los ojos, preparándose para recibir otro impacto brutal, el golpe no llegó. El peso aplastante de Trevor desapareció de repente y, cuando Romeo volvió a abrir los ojos, vio cómo algunos de sus compañeros sujetaban a Trevor, habiéndoselo quitado de encima. No sin esfuerzo.

—Dejadme en paz, ¡lo mataré! No hará falta que se ponga en peligro otra vez porque ¡ya me lo cargo yo antes! —Trevor estaba completamente fuera de sí.

Con toda la razón del mundo, pensó Romeo.

Y es que Trevor había pasado un miedo del demonio y sus emociones estaban claramente desbordadas.

"¡Romeo! ¡Maldita sea, Romeo! ¿Qué está pasando ahí abajo? ¡¿Estás bien?!"

Los gritos desesperados que Trevor había dado desde arriba mientras observaba cómo su compañero Romeo permanecía extrañamente inmóvil, sin mover ni un solo músculo, le habrían puesto la piel de gallina a cualquiera.

Sonaba absolutamente aterrado. Porque era precisamente así como se sentía.

Y es que, aunque estuvieran entrenados para mantener la calma y el juicio en situaciones de vida o muerte como esa, al final del día, seguían siendo humanos y no máquinas. Las emociones, los sentimientos y el miedo podían llegar a sobrepasarlos.

A Trevor le había costado mantener la compostura mientras pedía, con voz temblorosa, ayuda por la radio. Había temblado, un temblor que le recorría todo el cuerpo, mientras había descendido velozmente para rescatar a su compañero. Y también para rescatar a la víctima que creía que había abajo.

Y había temblado todavía más, pero esa vez el temblor había sido de pura rabia, al darse cuenta de que no era más que un muñeco inservible.

¡Y que todo aquel caos, toda aquella maldita tensión, era parte de un jodido simulacro!

Sin embargo, Romeo seguía allí abajo, completamente inmóvil, como un maniquí. No lo

escuchaba, no respondía, no se movía.

Joder, ni siquiera pestañeaba.

A Trevor le costó una eternidad y todas las fuerzas que le quedaban subir con él, con un cuerpo que parecía inerte.

Sin vida.

Y al final, al salir de aquel agujero oscuro, al salir del edificio desmoronado, todo el miedo acumulado, la rabia reprimida y la impotencia salieron disparadas. Sin ningún control. Como una explosión emocional que no pudo, o quizás no quiso, contener.

—No te vas a cargar a nadie, maldita sea, Trevor. ¡Reacciona de una vez, por el amor de Dios! —bramó el capitán con una voz que resonó en todo el lugar.

Tendiéndole una mano a Romeo, lo ayudó a levantarse del suelo.

El italiano, tras quitarse los guantes, se tocó la mandíbula con el dorso de la mano, con cautela. Joder, estaba sangrando. Para empeorar la situación, también le sangraba la nariz.

Poco para lo que te mereces, pensó.

—Si estoy muy cuerdo —rio Trevor con una carcajada forzada, aunque era evidente para todos que no lo estaba en absoluto—. ¡Por eso mismo le voy a romper su bonita cara! —estalló con rabia.

Se abalanzó con todo su peso contra Romeo, pero los compañeros lograron agarrarlo justo a tiempo.

—¡¿Pero qué demonios pasa aquí?! —gritó el capitán, totalmente desconcertado y sin poderse creer lo que estaba presenciando— ¿Es este el comportamiento que tengo que esperar de mis hombres? Porque si es así, ¡estáis los dos en la puta calle mañana mismo!

—Asumiré las consecuencias de mis actos y de mis errores —dijo Romeo con un tono resignado, pero firme.

El capitán soltó una carcajada, una risa irónica y amarga que no tenía ni un ápice de diversión.

—Oh, claro que lo harás. Sin ninguna duda. ¡Y este idiota también! —exclamó el capitán, señalando con el dedo índice a Trevor, a quien se le abrían las aletas de la nariz de lo alterado que estaba.

—¿Tengo yo que pagar por las estupideces de este imbécil irresponsable? —preguntó Trevor, sin poderse creer la situación en la que se encontraba.

—Es tu compañero, te guste o no —le recordó su jefe con una mirada severa.

—¡Es un idiota que nos ha puesto en peligro a todos! —Trevor se zafó del agarre de los demás y, desesperado, se pasó las manos por el pelo, claramente frustrado— Joder. ¡Maldito novato! —levantó la mirada y miró directamente a Romeo a los ojos—. ¿Qué buscabas con todo esto? ¿Irte con Carmichael en una especie de suicidio pactado? — preguntó, aludiendo a un asunto personal

que sabía que tenía al bombero bajo presión, insinuando que eso había afectado su trabajo.

A Romeo ese comentario le sentó como una verdadera patada en las pelotas. Miró a Trevor con un odio tan profundo, más odio del que jamás había mirado a nadie en toda su vida. Y tuvo unas ganas casi insoportables de ser él quien le estampara, ahí y ahora, el puño en la boca al otro y le rompiera dos o tres dientes de camino.

A duras penas, y con un esfuerzo sobrehumano, logró contenerse.

Apretó con fuerza las manos en puños, y la mandíbula, tanto que bien podría haberse roto algún diente.

—No se va a morir, ¿me oyes? ¡No se va a morir! —estalló Romeo, su voz quebrada por la emoción.

Trevor soltó otra carcajada, una risa amarga, y miró a Romeo con una ironía que rozaba el sarcasmo.

—No, espero que no —dijo entonces, recobrando un poco de su calmada compostura—. Pero tú y yo, si esto no hubiera sido un jodido simulacro y ese maldito tipo no estuviera colocado en un lugar seguro, sí podríamos haber muerto por tu ineptitud. Y todo ¿por qué?

Romeo no pudo, ni supo, contestar a esa pregunta, ni él mismo entendía qué diablos le había pasado. Solo sabía que cuando bajó ahí y miró la cara de lo que creía que era un hombre en peligro, vio el rostro agonizante de alguien que conocía muy, muy bien, alguien que tenía su cara deformada por la horrenda herida de una bala alojada en su frente.

Y después, ese alguien que yacía inerte, muerto y abandonado en el suelo, no era otro que Carmichael.

Y él…

Él…

Él simplemente no pudo con ellos. Con todos los demonios internos que lo atormentaban.

Y sus propios demonios ganaron la batalla, una batalla que le dejó totalmente derrotado.

Con un pesado suspiro profundo, el hombre de pelo blanco que portaba la insignia de capitán en su uniforme, dejó caer sus hombros en un gesto de derrota. Miró fijamente a los dos protagonistas del bochornoso altercado, su arrugado ceño fruncido en una expresión que mezclaba desaprobación con pura incredulidad.

—Volvemos al parque de bomberos. Esperemos que no haya ningún aviso esta noche, porque de ser así, ambos tenéis terminantemente prohibido ayudar.

—¡Pero, capi…! —fue a decir Trevor, intentando interrumpir, pero el capitán Ramírez levantó una mano, callándolo al instante.

Romeo, por su parte, ni siquiera se quejó ni articuló palabra. No tenía la ética moral para hacerlo, ni la posición para discutir.

—Cuando termine este caótico turno, marchaos a casa. Quedáis suspendidos de empleo y sueldo, hasta nuevo aviso. Os avisaré en los próximos días, una vez que el comité directivo y yo nos sentemos y elijamos las sanciones pertinentes para cada uno de vosotros —añadió el capitán, sin dejar margen para el debate.

—Capitán… —intentó interrumpir Trevor.

—Eso es todo —concluyó el capitán Ramírez con un tono que no admitía más palabras.

Y en ese incómodo silencio, Romeo solo podía hacer una cosa.

—Lo siento —dijo con sinceridad mientras miraba a su compañero Trevor a los ojos.

Trevor apretó los dientes con una fuerza y, sin decir una sola palabra, giró bruscamente sobre sus talones. Le dio una patada al aire en un gesto de frustración y maldijo en voz baja mientras seguía a los demás compañeros y se alejaba de Romeo.

—Vamos —comenzó Mike, que se encontraba justo al lado de Romeo, dándole una palmadita reconfortante en el hombro para transmitirle su apoyo—. Él tampoco lo está pasando del todo bien en estos momentos. Tiene sus propios demonios y problemas, y carga con sus propios miedos, así que intenta no tomártelo de forma personal, ¿de acuerdo?

Romeo exhaló un suspiro profundo y pesado, reflejando la mezcla de frustración y arrepentimiento que sentía. Lentamente, levantó la vista, buscando el rostro familiar de Mike, quien era su guía.

—La he cagado —dijo Romeo.

—Sí —respondió Mike, sosteniendo firmemente la mirada de Romeo,—. Todos, en algún punto de nuestra vida o carrera, hemos cometido errores. Así que no te castigues mucho por ello. Al fin y al cabo, solo era un simulacro —le recordó, ofreciéndole otra palmada alentadora en el hombro—. Acata el castigo, aprende de ello y asegúrate de que no vuelva a suceder.

Romeo asintió lentamente con la cabeza.

—No volverá a ocurrir —juró, mirando a Mike.

Mike le ofreció una sonrisa llena de comprensión.

—Lo sé —afirmó con seguridad, dándole una última palmada en el hombro antes de comenzar a alejarse, dejando a Romeo con sus reflexiones.

Romeo se quedó un momento allí, viendo cómo todos se alejaban. Avergonzado por lo que les había hecho presenciar a esos compañeros que, en ese momento, caminaban resignados hacia el camión de bomberos.

Romeo realmente no sabía qué demonios le había pasado esa noche, pero había algo que sí sabía con certeza: que esa clase de incidente no podía, bajo ninguna circunstancia, volver a ocurrir.

Jamás.



Capítulo 5

—¿Te han suspendido?

Era evidente que Rain no podía, ni por asomo, creerse lo que estaba escuchando en ese momento.

—Temporalmente, sí. Y tendré que ir a terapia —confirmó Romeo, no sin un cierto tono de pesar en su voz.

—¿Un temporalmente que, en el peor de los casos, podría convertirse en permanentemente? —preguntó Raven, con un claro matiz de preocupación y un deje de incredulidad en su voz.

El médico, cómodamente sentado en el sillón de cuero marrón que se encontraba justo detrás de su pulcro y ordenado escritorio de madera oscura, sostenía con suma atención una carpeta de color manila. Deslizaba sus dedos por las hojas mientras leía, con detenimiento, las más recientes anotaciones de los sanitarios que ofrecían una visión detallada sobre el estado de salud de Carmichael, quien yacía inmóvil, tumbado en una cama de hospital con sábanas blancas.

Todavía en estado crítico.

Romeo suspiró profundamente y terminó asintiendo con la cabeza, reconociendo la dura posibilidad.

—Es posible, sí —confirmó.

No era algo en lo que quisiera pensar, pero era consciente de que podía ocurrir, y no podía, ni quería, negárselo a sus amigos.

—Joder —Rain, con la cadera cómodamente apoyada en la pared que estaba al lado de la ventana del despacho hospitalario de Raven, se pasó las dos manos por la cara con una mezcla de exasperación e incredulidad—. ¿Qué demonios hiciste para eso? ¿Dejaste morir a alguien?

Rain había hecho la pregunta de manera irónica, por supuesto, pero al ver la mueca amarga que se dibujó en los labios de Romeo, elevó las manos al cielo y resopló, un tanto exasperado.

—Vamos, ¡no me jodas! —y es que el sheriff realmente no podía creérselo.

Como tampoco podían creerse los demás presentes, y su rostro de asombro con las cejas elevadas daban fe de ello, el estallido repentino del sheriff teniendo en cuenta lo comedido que era siempre.

Siempre que no le tocaran las pelotas, claro está. Algo que, al parecer, Romeo estaba haciendo en ese preciso momento.

—Era un muñeco, estábamos en un simulacro —explicó entonces Romeo, buscando explicar los hechos.

—¿Y tú sabías, en ese momento, que era un muñeco? —inquirió Rain.

Romeo volvió a revivir lo que había pasado la noche anterior, se removió un poco en el

asiento y negó con la cabeza, su gesto lleno de remordimiento.

No, ni siquiera de había dado cuenta de ello.

—No —respondió entonces, su tono resignado—. Me quedé paralizado antes de averiguarlo —reconoció.

—Yo no te parto solo el labio —señaló el sheriff, fijando sus ojos en la herida que Romeo tenía en su labio inferior.

Aunque Romeo había sido sumamente evasivo sobre el porqué llegó herido a casa y solo se limitó a mencionar que había tenido un malentendido con un compañero, nada importante, ahora estaba claro para el sheriff por qué habían llegado a las manos.

—Te parto la cara entera —gruñó—. ¿Se puede saber qué te pasa, italiano de los cojones? —estalló Rain.

Romeo volvió a enarcar las cejas, casi al punto de que parecían rozar su negro cabello, al escuchar las palabras que salían de la boca de Rain.

Raven, quien había terminado de leer todo lo referente a Carmichael, cerró la carpeta con cuidado y la dejó sobre el escritorio. Girando un poco su silla, dirigió su seria mirada hacia Rain.

El sheriff lucía agobiado.

Cansado.

Y tremendamente cabreado.

—¿Y a ti? ¿Se puede saber qué demonios te pasa a ti? —preguntó el médico.

Rain suspiró pesadamente, como si el aire que expulsara llevara consigo una parte del peso que sentía sobre sus hombros, y negó con la cabeza, sus ojos verdes evitando el contacto directo con los iris color miel del médico.

—No lo sé, solo me siento al límite —explicó el sheriff, su voz sonaba desesperada—. Todo esto —extendió su brazo en un gesto amplio, abarcando no solo el despacho en el que se encontraban, sino evocando también la imagen del anciano Carmichael, quien yacía inmóvil en su cama de hospital, conectado a un laberinto de cables y aparatos que emitían pitidos constantes — me supera —explicó, sincerándose.

—Todos estamos mal, cada uno a su manera. Él también —Raven, sin moverse de su lugar, señaló con un dedo a Romeo, que estaba sentado en el sofá que había en el despacho, su rostro mostrando lo agotado que se sentía—. Y tiene el mismo derecho a explotar que tú, ¿no crees? Lo haga como lo haga, ya sea llorando, gritando o fallando en su trabajo. Porque también es humano.

—Un fallo en su trabajo puede costarle la vida a alguien —recordó el sheriff, su mirada fija en Raven—. Ninguno de nosotros, absolutamente ninguno —enfatizó—, podemos permitirnos el lujo de fallar.

Raven soltó una risa irónica.

—¿Quieres que te recuerde de dónde venimos? ¿A todo lo que nos hemos enfrentado y la de veces que lo hemos hecho mal? —preguntó con ironía cortante mientras los señalaba a los tres.

—No es lo mismo —se quejó el sheriff.

—Porque lo digas tú, claro está —bufó el médico, su mirada desafiante—. ¿También te atreves a comparar qué tiene o no más importancia? ¿Te has convertido en juez de nuestras vidas y yo me acabo de enterar ahora?

—Deja la ironía de lado —le advirtió Rain con serenidad.

—¡Pues deja de comportarte como un completo y absoluto gilipollas! —estalló el médico, su rostro visiblemente enrojecido por el enfado.

Y es que realmente no podía creerse que Rain, de todas las personas, se estuviera comportando de una manera tan desagradable.

Raven era plenamente consciente de que Rain lo estaba pasando mal con toda la tensa y complicada situación de Carmichael, al igual que todos los demás presentes en aquel despacho. Pero eso no le daba carta blanca, ni siquiera un pase temporal, para volcar su ira, su frustración y su tensión en los demás.

Menos que a nadie, y bajo ningún concepto, debería dirigir esa energía negativa sobre Romeo, que también estaba sufriendo.

Raven no iba a permitirlo, como tampoco iba a permitir que lo que eran se perdiera. Ellos, el “proyecto” de Carmichael, siempre permanecería unido.

Raven seguiría con su legado, siempre de la mano de ese par de individuos que tanto significaban para él. Porque se lo debían, todos y cada uno de ellos, a Carmichael; se lo debían a los demás miembros de La Mansión y, por supuesto, se lo debían a ellos mismos.

Y nunca dejarían de ser lo que eran: todos para uno.

Y si eso significaba dejar de lado sus propios miedos, sus propias frustraciones y angustias, y tener que guantear, con palabras, a los otros dos para centrarlos en lo que realmente importaba, lo haría sin dudarlo ni un solo segundo.

—¿Crees que es idiota? ¿Es eso? —Raven señaló directamente hacia Romeo, quien se mantenía en un preocupante silencio.

—No, joder, no es eso —bufó Rain, agobiado.

—Lo conoces bien, sabes por todo lo que ha pasado. ¿Crees que no se culpará lo suficiente de por vida por fallar aunque ya sepa que todo era un simulacro y que, en realidad, la vida de nadie corría peligro? Porque si no lo sabes, te lo digo yo que lo conozco incluso mejor de lo que me conozco a mí mismo —las palabras del médico destilaban una rabia tan difícil de contener que su voz casi se quebraba.

Y es que, joder, él también lo estaba pasando mal. Él tenía, además de todo esto, la gran responsabilidad de la vida de Carmichael directamente en sus manos. Y no iba a convertirse en la

diana emocional de nadie en ese momento.

Ni iba a tolerar que ninguno de ellos lo fuera tampoco.

—Lo vas a ver reír más que nunca, lo vas a ver intentar desesperadamente sacarnos a todos de la mierda en la que estamos, y todo ello mientras luce como si estuviera pasando el mejor momento de su vida. Sin embargo, debes saber que por dentro, con cada risa que fuerza, cada día se odiará más y más a sí mismo. Y se consumirá.

Porque eso era, sin ninguna sombra de duda, lo que Romeo siempre hacía.

Su modus operandi era simple, pero efectivo: anteponer el bienestar emocional y físico de los demás al suyo propio, sin excepciones. Se escondería meticulosamente bajo esa elaborada máscara de diversión y sonrisas, diseñada para ocultar su propio sufrimiento emocional y mental.

A él, a Romeo, quizás no le importase demasiado su propio bienestar, pero, joder, haría cualquier cosa por el bienestar de los demás, incluso si eso significaba sacrificar su propia estabilidad emocional.

—Y tú, pedazo de imbécil, cuando finalmente te des cuenta de ello, te vas a odiar a ti mismo de la misma manera. ¡Por idiota! —estalló Raven, con una furia que hizo eco en la habitación— Somos un maldito equipo, ¿no? ¿O acaso lo has olvidado? ¿O es que solo es él —señaló a Romeo— el único dispuesto a tenderte una mano solidaria cuando estés en el suelo, y tú eres el tipo de persona que lo dejas tirado, abandonado, cuando más te necesita?

—Maldita sea, ¡no es así! ¡Sabes de verdad que no es así! —exclamó Rain, su voz cargada de una mezcla de frustración y arrepentimiento que no podía ocultar.

Raven suspiró pesadamente.

—Sé que no, pero porque te conozco bastante bien como para saberlo. Pero ahora, quien no lo haga, te aseguro que es esa la impresión que tendrá al escucharte hablar. Sí, Romeo ha metido la pata, quizás hasta el fondo. Pero ¿encima de eso, tiene que soportar que toda tu frustración caiga como una losa sobre él?

A Rain le tomó un instante asumir la brutal sinceridad de las palabras que Raven acababa de lanzar. Dejó de mirar al médico y desvió su mirada hacia Romeo, quien, completamente en silencio y con los ojos brillantes debido a las lágrimas no derramadas, lo miraba.

Joder, soy un gilipollas, pensó Rain, llegando a la conclusión inevitable de que Raven tenía razón en cada palabra que había pronunciado. Y que su dureza estaba más que justificada.

Apesadumbrado y avergonzado, Rain miró fijamente a los ojos oscuros, casi negros, del italiano.

—Lo siento —dijo entonces con genuino pesar, su voz quebrándose levemente y demostrando que era cierto que se sentía completamente apesadumbrado—. Todo esto, toda esta situación, me tiene demasiado nervioso y me está costando mantener la compostura. Y lo he pagado contigo, injustamente.

Romeo, por primera vez en las últimas horas que se habían sentido como días interminables,

haciendo un esfuerzo casi sobrehumano, sonrió. Fue una sonrisa genuina que no alcanzó hasta sus ojos cansados y llorosos, pero una sonrisa al fin y al cabo.

—Discúlpate salvándome el pellejo —dijo Romeo.

Su voz sonaba cantarina, un timbre muy diferente al cansancio y la tristeza que sus ojos claramente expresaban.

Rain enarcó las cejas, sus ojos brillando con un atisbo de confusión.

—¿Salvándotelo cómo? —preguntó, claramente sin entender las implicaciones de la propuesta del italiano.

—Si me suspenden permanentemente, puedo realizar los exámenes para convertirme en tu ayudante. Dame prioridad sobre Kevin.

Romeo estaba bromeando, todos lo sabían.

Como también sabían que todo aquello le estaba costando un esfuerzo sobrehumano. Porque en el fondo, detrás de esa sonrisa bromista y de ese humor ácido, se encontraba un hombre no solo herido en su orgullo por lo que había ocurrido la noche anterior, sino con múltiples heridas emocionales más que lo habían llevado al límite de su resistencia.

Y cuanto más herido estuviera él, más necesitaba esconderse tras esa máscara de humor que mostraba ante el mundo.

Aun así, incluso sabiendo lo que Romeo pretendía, Rain iba a seguirle el rollo. Porque Romeo no era el único que necesitaba ese velo de humor para enmascarar el dolor; ellos también la necesitaban. Necesitaban a Romeo en toda su esencia para poder soportar todo el caos que les rodeaba.

Y el mismo Romeo, consciente de su influencia, lo sabía muy bien.

Era egoísta por su parte, por parte de todos, usar a su amigo de esa manera, porque inconscientemente, le añadían aún más peso y presión a la ya pesada mochila que Romeo llevaba sobre sus hombros.

¿Pero qué más podían hacer en una situación tan desesperada como esa?

—¿Y soportarte todo el día? —Rain puso cara de horror— No, gracias. Ya tengo bastante con aguantarte en La Mansión.

La sonrisa de Romeo se acentuó todavía más.

—Siempre puedes mudarte, así no tendrías que verme más —bromeó Romeo.

—Eso sí que sería un sueño —respondió Rain con un tono soñador tan convincente que hizo que los demás estallaran en carcajadas.

—Hablando de mudanzas —intervino Raven, cambiando el rumbo de la conversación—. ¿Habéis vuelto a hablar de ello Camila y tú?

Rain resopló, levantó su mano y se pellizcó el puente de la nariz. Aquel tema era un verdadero

calvario para él, un auténtico dolor de cabeza.

—No hay manera de que me haga caso. Yo ya no sé qué más hacer ni cómo convencerla.

—¿Sigue sin querer mudarse a La Mansión? —preguntó Romeo.

Estaba al tanto de que Rain se lo había propuesto en múltiples ocasiones y que Camila siempre se había negado.

—Se pasa todo el día en La Mansión y, sin embargo, cuando cae la noche, se va a esa pequeña casa que tiene alquilada porque, según ella, no quiere molestar. ¿Tiene eso sentido alguno?

—Sí —afirmó Romeo, asintiendo con convicción—. Después de todo lo que ha vivido, es completamente normal que sea cautelosa. No se trata solo de La Mansión; le has propuesto mudaros a cualquier otro lugar y has obtenido la misma respuesta.

—Un rotundo no —dijo Raven, y sonrió con sutil sarcasmo mientras ignoraba deliberadamente la mirada de desaprobación y mala leche que Rain le lanzaba desde el otro lado de la habitación.

—¿Necesita ser cautelosa conmigo? ¿Es eso lo que estás insinuando? ¿Que su reticencia no es sobre el lugar, sino sobre la idea de vivir juntos? —interrogó Rain, volviendo a dirigir su mirada inquisitiva hacia Romeo. La incredulidad y un tono de desafío se reflejaban de forma muy clara en su voz.

—En parte sí. Y no, no me mires de esa manera, como si hubiera cometido una traición. Si lo piensas, verás que su postura tiene sentido —dijo Romeo.

—Pues ilumíname, porque, sinceramente, no lo entiendo —el sheriff se cruzó de brazos, dispuesto a escuchar la explicación del italiano.

—Simplemente necesita tiempo —fue Raven quien intervino, dirigiendo la conversación hacia un terreno más emocional—. Y como bien sabes, de eso entiendo bastante.

Sí, sabía mucho de eso.

La historia de Raven y Chloe no había sido precisamente un camino de rosas. Después de que Raven se enterara de que quien creía que no era su hija en realidad sí lo era, su mundo entero se vino abajo. El momento llegó de manera inesperada, cuando se vio forzado a hacerse cargo de la pequeña porque ella se había quedado huérfana de madre; la mujer que él tanto odiaba había muerto.

Esa niña no llegó sola, no, llegó acompañada por su tía, la hermana de esa mujer, con quien tuvo que compartir la custodia de su hija durante unos complejos y tensos meses, hasta que él tomara la decisión definitiva sobre si se haría cargo de la niña o no.

Raven no solo tuvo que enfrentarse a todas aquellas noticias impactantes que transformaron su existencia, no se trató simplemente de verse convertido en padre de la noche a la mañana, también tuvo que enfrentar el enamorarse perdidamente de esa mujer, Chloe.

Y después de todo eso, después de creer que la vida quizás le estaba ofreciendo una segunda

oportunidad para ser feliz, Chloe decidió marcharse. Se fue porque necesitaba tiempo para pensar.

Para sanar.

Y Raven la esperó. Sin saber si ella volvería algún día.

—Nunca flaqueaste, nunca perdiste la fe —dijo Rain con admiración en su voz.

Era una afirmación más que una pregunta.

Rain sabía que Raven había tenido muchas veces el impulso de seguir adelante con su vida y no esperar por alguien que ni siquiera estaba segura de que volvería. Pero él había permanecido fiel, y Chloe finalmente regresó.

—Estuve tentado de hacerlo muchas veces. Y me sentí cansado de esperar, pero… —se encogió de hombros, como si la respuesta fuera evidente— ¿Qué más podía hacer sino confiar en lo que sentía por ella? Y en lo que ella sentía por mí. Tú tampoco lo hiciste nada mal —le recordó Raven a Rain, devolviendo la mirada llena de empatía.

El sheriff negó con la cabeza casi de manera automática.

—No fue igual —dijo, recordando los detalles de su separación con Camila—. Yo pensaba que ella no sentía nada por mí.

La historia entre Rain y Camila, la asistenta social asignada a su caso, fue un episodio muy diferente.

Rain estaba enfrascado en obtener la custodia de quien a día de hoy ya era su hijo, un pequeño niño que había sufrido mucho y a quien Rain había jurado que no iba a dejar solo.

Entonces apareció Camila, y llegó con la misión de decidir si él, Rain, merecía ser el tutor de ese niño. De ella dependía la posibilidad de formar su propia familia.

Lo que ocurrió después fue algo que ninguno de los dos podría haber predicho.

Había algo entre los dos…

Pero Camila, al igual que Chloe, desapareció. Sin explicaciones. Y Rain, a diferencia de Raven, llegó a pensar que ella jamás sintió nada por él.

Hasta que Camila volvió.

Lo hizo después de haber hecho desaparecer a los demonios que la atormentaban. Lo hizo para pedirle una oportunidad.

Volvió para, junto a él, crear la familia que ambos anhelaban.

—Ahora que lo sabes, dale ese voto de confianza —continuó Raven—. Déjala hacer las cosas a su manera y a su tiempo. Lo entiendas tú o no, simplemente déjala ser. Ya te ha demostrado que vendrá a ti cuando esté preparada. Harás las maletas cuando menos te lo esperes.

Rain dejó escapar un suspiro lleno de resignación, pero también de cierta esperanza.

—Quizás tengas razón.

—Siempre la tengo —dijo Raven con una pizca de prepotencia en su voz, muy complacido de sí mismo.

Romeo rodó los ojos, claramente exasperado.

—Si alguna vez me convierto en este tipo de ser azucarado, por favor, dadme una patada en el trasero —comentó con un tono que fluctuaba entre la ironía y la seriedad.

—La patada en el culo te la puedes llevar ya mismo —replicó Rain, frunciendo el ceño— si es que terminan suspendiéndote del trabajo.

Romeo resopló, mostrando una mezcla de resignación y arrepentimiento.

—Joder, no os tenía que haber contado nada —se quejó Romeo, la resignación en su voz.

—Como si de todas maneras no nos fuéramos a enterar. Soy el sheriff, ¿recuerdas?

—¿Cómo podría olvidarlo? Si es algo que no dejas de repetir cada vez que tienes la oportunidad.

—¿Tienes algún problema con que lo haga?

—Sí, que empiezas a sonar repetitivo. Eres *molto fastidioso*, ¿eh?

Rain entrecerró los ojos.

—A mí me hablas en mi idioma.

Romeo puso los ojos en blanco, sabiendo que lo había entendido de más.

—Que eres muy pesado, ¡so´cansino!

—Pues te jodes, mafioso de pacotilla.

Romeo entrecerró sus ojos.

—Ni siquiera eres lo suficientemente original como para inventarte un apodo nuevo y tienes que recurrir a los clichés de siempre —protestó Romeo.

Con un gesto de la mano, el italiano señaló hacia el hombre de cabello rubio oscuro que estaba aparentemente inmerso en su propio mundo, ajeno a la conversación.

Raven cogió su móvil, que descansaba sobre el escritorio y que acababa de vibrar al recibir una notificación.

—¡Pero dile algo! —exclamó Romeo, utilizando el mismo tono exasperado que Chloe solía emplear cuando llegaba al límite de su paciencia con cualquiera de ellos y buscaba la intervención de Raven como última esperanza.

Cuando Raven finalmente alzó la vista de la pantalla de su teléfono móvil, su expresión había cambiado de manera drástica; sus ojos parecían desencajados y su rostro lucía incrédulo.

—Es Carmichael, parece que está despertando.



Capítulo 6

Unos días más tarde…

—Estoy bien, de verdad.

—No, definitivamente no lo estás.

E ignorando las ligeras protestas de Carmichael, Romeo, con sumo cuidado, terminó de ajustar la forma de la almohada que sostenía entre sus manos. Solo cuando se sintió completamente seguro de que estaba en la forma perfecta, le hizo una seña a Rain para que se acercara y lo ayudase a colocarla.

Rain, quien había estado de pie al lado de la cama, no se atrevió a llevarle la contraria. Porque si no lo hiciera Romeo, él mismo lo estaría haciendo.

El sheriff se acercó y, con delicadeza, movió un poco a Carmichael hacia adelante. Lo suficiente para que Romeo pudiese colocar la almohada detrás del anciano. A continuación, apoyó el cuerpo cansado de Carmichael, con sumo cuidado, sobre la almohada recién acomodada.

—Ahora sí —proclamó Romeo, mirando a Carmichael con un aire de satisfacción plena al verlo en una posición cómoda.

El anciano le ofreció una sonrisa cansada pero genuina.

—No tenéis que preocuparos tanto por un viejo cascarrabias como yo.

Romeo resopló, incapaz de contener una pequeña señal de reproche en su tono.

—Si no nos dieras estos sustos, quizás no tendríamos que preocuparnos por ti —dijo el italiano.

Aunque Romeo sabía que lo que había sucedido no era culpa de Carmichael, una parte de él no podía evitar culparlo, aunque fuera ligeramente.

—A mi edad, esos sustos se volverán una triste normalidad. Y uno debe hacerse a la idea de que, en cualquier momento…

—Desapareceré de este mundo —repitieron los tres chicos de La Mansión al unísono, a la par que Carmichael soltaba las mismas palabras.

Las veces que habían escuchado esa frase desde que el anciano despertó tras el infarto que sufrió ya se habían vuelto incontables.

—Nada en este mundo, ni nadie, es eterno —terminó de decir Carmichael.

—Discrepo —intervino Raven, que se había sentado en el borde de la cama y ahora acercaba el carrito donde tenía organizado todo el material médico que necesitaría—. Tu tozudez sí que es

eterna —el médico no pudo evitar resoplar cuando vio cómo Carmichael intentaba esconder sutilmente su brazo y negaba con la cabeza—. ¿O acaso debería decir que tu irracional miedo a las agujas también lo es? —inquirió Raven, arqueando ligeramente las cejas al ver cómo Carmichael se limitaba a carraspear incómodamente y desviar la mirada.

—¿De verdad tienes miedo a las agujas? —preguntó Romeo, realmente divertido con el tema.

—¿Y por qué no lo sabemos hasta ahora? —preguntó Rain, también divertido.

El anciano negó con la cabeza, levantando su rostro en un gesto de falsa superioridad que en realidad no sentía.

—No, en absoluto. He vivido más de siete décadas en este mundo. Sobreviví a un accidente que casi me costó la vida y que me dejó postrado en una silla de ruedas. ¿Cómo podría una insignificante aguja asustarme? —afirmó Carmichael, intentando sonar convincente.

Mientras tanto, Raven, que había logrado captar la atención de Rain con un gesto casi imperceptible, consiguió que este último inmovilizara el brazo del anciano.

Con todo listo, Raven se preparó para inyectarle el suero que Carmichael necesitaba para su recuperación. Le había dado el alta hospitalaria, sí, pero solo porque sabía que el anciano preferiría la comodidad de su hogar. Además, Raven estaba completamente seguro, más que nada porque también era su hogar y él sería el doctor a cargo, de que Carmichael recibiría todos los cuidados necesarios en La Mansión.

Y más todavía.

En el hospital, aparte de él como su médico personal, todos los demás solo podrían visitarlo en las estrictas horas de visita. Y ni Carmichael quería estar solo, ni los demás querían estar separados de él. Así que la decisión fue clara: mejor atenderlo en La Mansión y que terminara de recuperarse allí.

—Si no te relajas ahora mismo, voy a tener que pincharte en la muñeca, o incluso peor, en la mano —le advirtió Raven, consciente de que esas palabras surtirían el efecto deseado.

Y así fue, porque Carmichael sabía que no soportaría el dolor de una inyección en ninguno de esos lugares sensibles. Con los ojos cerrados con fuerza y cada músculo de su cuerpo en una tensión casi palpable, soportó como pudo el pinchazo del suero.

—Eres peor que un crío —rio Raven al ver su rostro desencajado y todo su cuerpo en tensión.

—A este nos va a tocar llamar al dentista también —bromeó Romeo, disfrutando ligeramente de la situación.

—¿Al dentista? —interrogó Carmichael, abriendo los ojos un poco, apenas lo suficiente para mirar de reojo hacia su brazo, donde Raven estaba aplicándole la inyección.

—Sí, al dentista —dijo Romeo, capturando la atención del anciano, haciendo que desviase la mirada de lo que le causaba incomodidad—. Si sigues apretando los dientes de esa manera tan exagerada, terminarás destrozando esa dentadura postiza que llevas —rio, rematando la situación con un toque humorístico.

—Y considerando que esos dientes son fijos, tendrían que anestesiarte directamente en la encía. Es decir, pinchándote—le recordó Rain con un tono deliberadamente serio.

Carmichael terminó de perder todo el color, su semblante lucía con una tonalidad de blanco fantasmal, mientras que los demás residentes de La Mansión no pudieron reprimir sus risas.

Al final, incluso el anciano se permitió sonreír. Solo después de que Raven hubiera alejado todas y cada una de las amenazantes agujas de su campo visual, por supuesto.

—Me alegra estar de vuelta en casa —expresó el anciano, dibujando una sonrisa en sus delgados y arrugados labios.

Las risas se esfumaron, desapareciendo en el aire como si nunca hubieran existido.

—Se te echaba de menos. Tu ausencia se ha sentido mucho —suspiró Romeo—. Nos has hecho mucha falta —dijo con seriedad.

—Sí… Ha sido bastante difícil —suspiró Rain profundamente.

El sheriff se dejó caer suavemente en el borde del colchón, sentándose en el espacio que Raven había dejado despejado, tras haberse levantado para dejar el carrito con instrumentos médicos en un rincón discreto de la habitación, donde Carmichael no pudiera verlo.

La arrugada y frágil mano de Carmichael encontró la fuerte mano del sheriff. Le dio un par de palmaditas reconfortantes y lo miró con ojos llenos de comprensión.

—Eso es precisamente lo que no quiero escuchar —dijo Carmichael, su voz impregnada de seriedad que solo la edad puede dar—. No sé cuándo, pero el día de mi partida llegará. Todos sabemos que cada vez está más cerca. Y quiero marcharme de este mundo con la serena tranquilidad de saber que los que dejo atrás serán felices. Que toda la lucha ha merecido la pena y que tendrán una vida por la que quieren luchar. Y que aunque yo no esté para verlo, así será.

Todos en la habitación sabían muy bien que el reloj de la vida de Carmichael se estaba acercando a su hora final; nadie es eterno, como el propio anciano había señalado con tanta franqueza. Sí, tendría que irse en algún momento y ellos tendrían que prepararse mental y emocionalmente para esa inevitable despedida.

La realidad es que nadie, absolutamente nadie, se sienta a pensar conscientemente en la pérdida de las personas más importantes de su vida.

Aunque comprendamos el concepto de la muerte y la vivamos día a día, raramente la enfrentamos en nuestros pensamientos cotidianos, llegando incluso a creer, muchas veces, que tanto nosotros como nuestros seres queridos disfrutaremos de una eternidad juntos.

Con el tiempo, las patas de gallo en nuestras caras se vuelven más prominentes, y nuestras pieles, como nuestras almas, comienzan a arrugarse. Nos enfrentamos a nuestra propia imagen en el espejo, día tras día, y aunque observamos el paso del tiempo, raramente lo asumimos en toda su cruda realidad.

Es solo cuando la vida nos sacude con un golpe devastador o nos arrebata a alguien que verdaderamente nos importa, cuando realmente entendemos lo efímero que es todo. Solo en ese

momento, enfrentamos la inevitabilidad de que todos, tarde o temprano, acabaremos descansando en una modesta caja de pino.

Por eso, cada momento compartido debería ser de calidad.

No solo deberíamos disfrutar cada segundo de nuestras propias vidas, sino también apreciar los instantes que compartimos con aquellos a los que amamos. Para que cuando ellos ya no estén, esos recuerdos resplandezcan en nuestra mente.

O para cuando nosotros mismos partamos, lo hagamos dejando tras de sí momentos felices para los que quedan.

—Lo seremos, te lo prometo —aseguró Rain, sus ojos mirando a Carmichael llenos de una emoción difícil de contener.

Porque todos sabían que solo cumpliendo esa promesa permitirían que Carmichael encontrara la paz que tanto anhelaba en sus últimos días.

—Aunque para eso queda un largo camino por delante —intervino Raven—. Este infarto no te llevará al más allá, eso te lo puedo asegurar.

—¿Irse al más allá? ¿Como Buzz Lightyear, al infinito y más allá? —la pregunta, hecha con la voz infantil y llena de inocencia de Tori, terminó con el emotivo momento que se vivía en aquella habitación.

De repente, todos los ojos de la habitación se desviaron hacia la puerta. Allí, justo bajo el marco de madera, la pequeña Tori, sosteniendo la mano de Chloe, quien a su vez llevaba a Rebel en brazos, hacía su dramática y esperada entrada en escena.

Junto a ellos, un paso atrás, venían Camila y Raider.

—¡Abuelo! —gritó la pequeña Tori con entusiasmo al reconocer la figura del anciano que descansaba apaciblemente en la cama, cubierto con una manta de cuadros. Sus ojos brillaban intensamente de emoción y su rostro reflejaba la alegría por la sorpresa de verlo allí, de vuelta en su hogar.

—No, el más allá es donde mandaré de una patada en el trasero a más de uno si el tema de la muerte o la despedida vuelve a pronunciarse en esta casa —declaró Chloe, su voz resonando en el ambiente con un tono de clara molestia.

Y advertencia.

Justo a tiempo, como si tuviera un radar paterno incorporado, Raven alcanzó a coger a su hija al vuelo, deteniendo su torbellino de alegría antes de que, con toda su efusividad por ver a Carmichael, terminara lanzándose encima de él, y, en el peor de los casos, haciéndole daño al convaleciente anciano.

—Con cuidado, cariño —murmuró Raven, observando la pequeña mueca de protesta en el rostro de Tori, quien intentaba zafarse del agarre de su padre para llegar al objetivo, que era su abuelo—. Puedes hacerle daño —añadió, antes de colocarla delicadamente en el suelo, justo a los pies de la cama donde descansaba el anciano Carmichael.

—Yo jamás le haría daño —dijo la niña muy ofendida, lanzando una mirada casi acusadora a su padre.

—No quise decir eso —bufó Raven, frotándose el hombro tras recibir un puñetazo no tan suave de parte de Chloe.

Podía ver claramente que había metido la pata con su comentario y no había sido esa su intención.

—¡Abuelo! —Tori lució esa sonrisa mellada, esa que lograba hacer sonreír a todo el que la viera— ¡Estás en casa! —la emoción era evidente en su rostro, sus ojos brillantes destellaban de pura alegría.

—Abuelo, ¿estás bien? —preguntó Raider, llegando también hasta el anciano, con una expresión de preocupación en su rostro.

Había extrañado mucho a Carmichael, más de lo que nadie podía imaginar.

—Hola, pequeños —con una enorme y cálida sonrisa, Carmichael miró a los seres que le iluminaban la vida. Incluso a Rebel, quien dormía plácidamente en los brazos de su madre—. Se siente realmente bien volver a casa —dijo con amor mientras dirigía su mirada a Chloe y luego a Camila, quienes compartían la misma sensación de alivio y felicidad que todos los demás presentes.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer —comenzó Chloe.

—¡No más sustos, por favor! —terminó Camila por su amiga.

—O me saldrán canas —añadió Tori de manera dramática, dejando en principio a todo el mundo en silencio para, inmediatamente después, hacerlos estallar en carcajadas.

—Y ciertamente no queremos que eso pase todavía, ¿verdad? —rio Carmichael.

La pequeña Tori se encogió de hombros, su expresión tan sincera como siempre.

—A mí me da igual, pero a tita Chloe no le gusta. Porque siempre que se da cuenta de que tiene una, grita como si estuviese viendo un fantasma: ¡Dios mío, otra cana!

Chloe gimió al escuchar a la pequeña revelar su secreto. Desde luego, con esa niña particularmente observadora, no se podían tener secretos bien guardados.

—A mí no me quedan tan mal, ¿no crees? —preguntó el anciano Carmichael, señalando su escaso y blanquecino cabello.

Tori negó con la cabeza, su mirada llena de cariño.

—Claro que no, eres el abuelito más guapo del mundo —dijo con una sinceridad que hizo que a Carmichael se le formara una tonta risa en los labios.

—Muchas gracias, pequeña.

—No son necesarias, abuelo —dijo la pequeña Tori, repitiendo lo que siempre le oía decir a todos los habitantes de La Mansión —Es la verdad.

—Os he echado de menos —sonrió Carmichael, emocionado, mientras sus ojos se llenaban de un brillo especial que reflejaba la gratitud que sentía—. Os he echado mucho de menos.



Capítulo 7

—¿Tampoco puedes dormir? —preguntó Romeo con genuina curiosidad cuando vio a Raven entrar por la puerta de la cocina.

El médico, al oír la pregunta, miró primero al italiano y luego a Rain, que estaba sentado frente al primero en la sólida mesa de madera que había allí.

Como siempre, en esa mesa había varias tazas; a saber la de tiempo que llevaban allí…

—¿Noche de insomnio y reunión nocturna y no me avisáis? —se quejó Raven.

—Necesitas descansar —dijo Rain con seriedad, mirando a su amigo con preocupación.

Raven lucía unas enormes y oscuras ojeras. No era para menos; últimamente apenas descansaba. Entre Rebel que, con la salida de los dientes estaba algo chocante, sobre todo durante las interminables noches, y todo lo relacionado con Carmichael, estaba exhausto.

—¿Crees que porque ya le di el alta y no tenga que pasarme las noches en el hospital me será más fácil hacerlo? —preguntó Raven, quien había llegado ya hasta la cafetera de acero inoxidable.

Cogió una de las cápsulas, colocó una taza debajo y le dio al botón para prepararse un café bien cargado.

—Vengo de verlo, está profundamente dormido. Espero que duerma toda la noche.

—Aquí puedes repartir la carga, Raven —intervino Romeo—. No es solo tu responsabilidad, todos estamos juntos en esto —le recordó.

—Si lo viera como eso, como una simple responsabilidad, quizás sería más fácil de asumir todo —Raven exhaló un suspiro enorme.

Dejó la taza de café humeante encima de la mesa y tomó asiento. Luego miró a los otros dos a los ojos con un aire de resignación.

Bufó.

—Tampoco es que luzcáis mejor que yo —dijo finalmente, señalando al par de hombres con insomnio que lo acompañaban.

—Te aseguro que yo no parezco en absoluto un oso panda —rio Romeo, mirando directamente a su amigo con los ojos brillantes de diversión.

—Siempre puedo estamparte el puño en la cara y hacerte lucir exactamente como uno. Ya sabes, por eso de que detestas perder, haría mi mejor esfuerzo para que te saliera un enorme y oscuro morado que te cubriera todo el ojo —contestó Raven con tal seriedad en su tono que Romeo no tuvo más remedio que soltar una carcajada.

—Estás hablando completamente en serio —afirmó el italiano.

No estaba formulando una pregunta; estaba haciendo una declaración de hechos.

—Totalmente en serio —dijo Raven, manteniendo su rostro inexpresivo, lo cual hizo reír a Romeo todavía más.

Este, limpiándose cuidadosamente las lágrimas que se le habían formado en los ojos debido a la risa, finalmente habló.

—Lo dejaremos para otro momento. No quiero que, ahora que finalmente vuelvo al trabajo, me echen de nuevo, nada más verme con un ojo morado. Prefiero mantener un perfil bajo y evitar cualquier problema, ya sabes —bromeó Romeo.

Rain suspiró de alivio, un suspiro profundo. Como lo hacía cada vez que ese tema delicado salía a relucir.

Y es que desde que Romeo les había comunicado que su período de suspensión o castigo había terminado, él no podía dejar de suspirar, como si un peso enorme se hubiera levantado de sus hombros.

—Menos mal. Realmente hay que ponerle un altar a esa psicóloga —exhaló otro largo suspiro.

Romeo enarcó las cejas.

—¿A la psicóloga por qué? El mérito es completamente mío, ella solo ha escrito el informe oficial que confirma que soy completamente apto —dijo Romeo, fingiendo indignación al usar un tono tan dramático.

—Te echaron, ¿qué mérito podrías tener en todo esto? —resopló Rain.

Romeo resopló todavía más fuerte.

—No me echaron; me suspendieron temporalmente, que es distinto —matizó.

—Lo que sea —dijo Rain con un gesto despectivo de la mano, quitándole importancia a ese asunto que carecía de importancia.

—Y después de más interminables sesiones de terapia de las que cualquier persona normal tendría en toda su vida, la psicóloga finalmente se ha dado cuenta de que lo que sucedió fue solo un incidente puntual. Y se ha dado cuenta de que no hay nada en mi conducta ni en mi comportamiento que haga temer que esa situación se vuelva a producir. Así ha sido —dijo Romeo, mirando directamente a Rain con los ojos entrecerrados, desafiante.

—¿Y qué? —preguntó Rain, indiferente.

—¿Y qué? —Romeo pestañeó desconcertado ante la pregunta de Rain y dirigió su mirada hacia Raven— ¿Se puede saber por qué le ha dado por mí?

Raven simplemente se encogió de hombros, inexpresivo.

—A saber por qué.

—Pero le ha dado por mí, ¿verdad? No es simplemente cosa mía o de mi imaginación —insistió el italiano, buscando confirmación.

—Sí, definitivamente le ha dado por ti. No, no es cosa tuya ni de tu imaginación —el médico le dio la razón, confirmando sus sospechas.

—¿Por qué diablos le das la razón? —bufó el sheriff, mirando a Raven.

—Porque la tiene —respondió este, desviando su mirada hasta ese par de intensos ojos verdes que lo miraban como si lo hubiera traicionado— Todo esto tiene que ver con Camila, ¿verdad?

Rain pestañeó varias veces, claramente sorprendido.

—¿Qué relación podría tener Camila en todo esto?

—Obviamente todo esto es por ella —confirmó Romeo, quien también había estado pensando algo muy similar.

—¿Qué tiene que ver la maravillosa mujer de mi vida contigo, mafioso de pacotilla? —resopló irritado el sheriff.

—¡Eso precisamente quisiera saber yo! —exclamó el italiano, con un tono de indignación genuina.

Rain refunfuñó algo incomprensible, algo así como un “jubagibufu”, que ni él mismo sabía lo que significaba, provocando que los otros dos estallaran en risas.

Eso era precisamente lo que todos necesitaban y lo que buscaban en ese preciso momento.

—Han sido días realmente duros y agotadores para todos nosotros —concedió Rain, inclinándose un poco hacia adelante, con una expresión más seria—. Y ahora que Carmichael finalmente ha vuelto a casa, todos deberíamos intentar relajarnos un poco.

—Habría preferido que retrasaran mi vuelta al trabajo un poco más. Me habría gustado tener la oportunidad de quedarme con él y cuidarlo personalmente —suspiró Romeo, mostrando un momento de vulnerabilidad.

—Necesitas volver a tu trabajo, Romeo —dijo Rain, dejando de lado la ironía y el sarcasmo que habían estado llenando la habitación hasta entonces—. De lo contrario, aquí acabarías volviéndote loco.

—Demasiado tienes con las pesadillas. Porque han vuelto, ¿verdad? —preguntó Raven, abordando un tema espinoso que todos en la habitación sabían que existía pero que habían preferido, hasta ese momento, no nombrar.

Romeo exhaló un enorme, pesado y casi audible suspiro, pero no pronunció ninguna palabra al respecto, ni siquiera un leve murmullo.

No hacía falta.

Ellos, sus amigos, sabían perfectamente qué fecha era. Sabían que, cada año, al conmemorarse ese doloroso incidente en el que, aunque él no apretó el gatillo, aquel hombre falleció, las pesadillas lo asediarían por días.

Era la inquietante manera que tenía su subconsciente, o quizás la misma vida, de recordarle

aquel fatídico día. Era la manera de señalarle, con cruel insistencia, que no podía, ni debería, olvidarlo jamás.

Era la manera de recordarle quién era él.

Y si con todo eso no fuese ya suficiente, también había ocurrido lo de Carmichael. Romeo, por desgracia y a pesar de sus esfuerzos titánicos, no había podido con todo. Su mente, agotada y desbordada, había explotado de la única manera que había podido hacerlo.

Y estuvo peligrosamente cerca de perder su trabajo por ello.

Allí sentado, con su mirada intensa y turbia fija en algún punto indefinido, Romeo se mantuvo en silencio, sumido en sus pensamientos.

—¿Creéis que se recuperará completamente? —preguntó Romeo en un susurro un momento después, rompiendo el silencio que había empezado a llenar aquel rincón de la cocina— ¿Creéis, sinceramente, que saldrá de esta? —se refería a Carmichael.

Era la angustiante pregunta que todos tenían en sus pensamientos, pero que ninguno de los presentes quería hacer en voz alta por temor a tener que pronunciar, también, la respuesta.

—No quiero ni siquiera pensar en la posibilidad de que no sea así —reconoció Rain, su voz cargada de una emoción apenas contenida—. Sé que en cualquier momento podría decirnos adiós para siempre, pero no estoy listo para aceptar que ese momento haya llegado ya. Tiene mucho que ver y que vivir en este mundo. Y nosotros tenemos muchos momentos que compartir con él todavía, muchos recuerdos por crear.

Romeo asintió con la cabeza.

—Pero se nos va acabando el tiempo. Y él tiene razón, deberíamos comenzar a asumir, aunque sea doloroso, que esa posibilidad existe y que no está tan lejana.

—Todavía no —interrumpió Raven, negando vehementemente con la cabeza, su rostro endureciéndose—. Todavía no ha llegado su hora. Así que dejad de pensar en eso —no quería hablar de ello, simplemente no podía ni quería pensar en ello—. Se recuperará. Soy su médico y sé de lo que hablo. Le proporcionaré la mejor atención médica posible y saldrá de esta.

Lo decía convencido porque, en su corazón, sentía que tenía que ser así.

—Porque sabemos muy bien que no depende de ti, es por lo que nos preocupamos tanto —suspiró Romeo, dejando escapar el aire acumulado en sus pulmones.

—Prefiero pensar de esa manera porque yo tampoco estoy listo para decirle adiós —reconoció el doctor, haciéndose eco de las mismas palabras que Rain había pronunciado tan solo un momento antes.

—Ninguno de nosotros lo estamos, te lo aseguro —afirmó Romeo—. Y dudo que lleguemos a estarlo alguna vez, sea cual sea el momento en que eso deba ocurrir.

No, no sería fácil enfrentar ese fatídico momento cuando llegara.

—Pensar en ello tampoco nos lo hará más fácil —dijo Raven, en un intento de traer algo de

pragmatismo a la conversación.

—Eso es verdad —Romeo asintió con su cabeza, completamente de acuerdo—. Sin embargo, hablar y reflexionar sobre ello, en ciertas ocasiones, también nos puede ayudar a poner los pies firmemente en la tierra. Nos puede ayudar a recordarnos a nosotros mismos que debemos enfocarnos menos en el doloroso pasado o en el incierto futuro y más en vivir y apreciar el presente.

¡Cuánta razón tenía el italiano con esas palabras!

—¿Y qué hay del tema de la enfermera o del enfermero? ¿Has encontrado a alguien competente ya? —preguntó Rain, cambiando ligeramente de tema.

Carmichael, dado su delicado estado de salud y la complejidad de su situación, necesitaría vigilancia y cuidados constantes que no permitían errores ni descuidos. Por ello, la necesidad de encontrar a alguien confiable a quien poderle encomendar esas tareas.

A alguien con un experiencia, por supuesto.

Raven, como era lógico, sería el encargado de buscar y seleccionar a la mejor persona para el cargo. Sus amigos habían delegado totalmente en él.

Confiaban en su criterio y en su capacidad para tomar la decisión más acertada. Y sabían que Raven encontraría a alguien que no solo sería competente, sino excepcional en su papel.

—Creo que la verdadera pregunta es si ha elegido ya a alguien entre la amplia lista de candidatos altamente cualificados, porque sin duda los hay —una sonrisa torcida se formó en los labios de Romeo—. Pero conociéndolo, encontrará algo en cada uno de ellos para descartarlos. Y al elegido, sea quien sea… No lo envidio, porque tendrá que soportar sus constantes y fastidiosas órdenes —fingió un escalofrío—. Definitivamente, será mucho mejor para mi salud mental que vuelva al trabajo, sí.

—Y será mucho mejor para todos nosotros que no te echen nunca más de tu trabajo —puntualizó Rain, mirándole con un atisbo de seriedad.

Romeo resopló con exasperación, fingiendo estar irritado.

—¿Hasta cuándo vas a seguir con eso?

Rain frunció el ceño y puso una cara de concentración profunda mientras pensaba en su respuesta a la pregunta que le había lanzado Romeo.

—Hasta que me deis otro motivo mejor y más jugoso para centrarme, claro —dijo finalmente el sheriff, sonriendo con una malicia que apenas ocultaba su diversión ante el juego de palabras.

—¿La negativa de Camila a vivir contigo no es un tema lo bastante jugoso? —preguntó Romeo, sonriendo de oreja a oreja al ver que había tocado una vena bastante sensible.

—Touché —refunfuñó Rain, dándole la razón en que había ganado esa batalla y admitiendo, aunque de mala gana, que su amigo había dado en el clavo.

Romeo rio con gusto, sacudiendo la cabeza y disfrutando por la pequeña victoria que acababa

de conseguir.

—Puede que ya tengamos enfermera para Carmichael —dijo Raven, para sorpresa de todos los presentes.

—¿Tan rápido has encontrado a alguien? —preguntó Romeo, frunciendo ligeramente las cejas, asombrado.

Raven se encogió de hombros.

—No exactamente, no es seguro que la elija. Viene altamente recomendada, así que le daré un voto de confianza —explicó el médico.

Rain gimió audiblemente, un sonido que denotaba escepticismo.

—Eso suena a que no la conoces personalmente —comentó, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Me apuesto cinco dólares a que no dura ni una hora en La Mansión una vez que conozca al jefe—dijo Romeo, refiriéndose a Raven y dirigiendo una mirada juguetona hacia Rain.

—¿Una hora? ¿Estás bromeando? —Rain soltó una risa— Veinte dólares a que no aguanta ni treinta minutos.

—*Fatto!* —confirmó Romeo con entusiasmo, alzando la mano para sellar el trato imaginario.

—Qué poca confianza tenéis en mí —suspiró Raven, luciendo indignado—. Y tú —señaló a Romeo—. ¡Habla en mi idioma!

Romeo puso los ojos en blanco, mira que eran porculeros todos. ¿Pero qué más les daba si lo entendían?

Con las pocas palabras que seguía usando… ¡Se iban a quejar!

—En ti como persona sí confío, pero en tu capacidad para socializar con otros o en tu habilidad para ejercer como un jefe comprensivo, pues no, la verdad —articuló Romeo lentamente y con ironía en su voz, para que lo entendieran.

—Tener amigos para esto —refunfuñó Raven.

Romeo se encogió de hombros ligeramente.

—Será culpa nuestra ahora —suspiró con un aire de resignación que apenas disimulaba su ironía—. La reputación que te has ganado a lo largo de los años, amigo mío.

—Capullo —refunfuñó Raven, su voz impregnada de una mezcla de irritación y afecto, haciendo sonreír al italiano con una sonrisa divertida

—¿Y quién ha sido la persona que la recomendó? —preguntó el sheriff, permitiendo que la curiosidad se reflejara en el tono de su voz.

Raven lo miró condescendientemente, como si la respuesta fuera obvia.

—Camila —dijo entonces, creyendo que Rain ya lo sabría.

Rain pestañeó varias veces, visiblemente desconcertado.

—¿Qué Camila? —interrogó el sheriff, todavía pestañeando por la incredulidad.

—¿Qué Camila va a ser? ¿A cuántas Camila conoces, por Dios? —resopló el médico, mostrando un leve toque de impaciencia.

—¿Estás diciendo que mi propia mujer te ha recomendado a alguien sin ni siquiera consultarlo conmigo? —preguntó Rain, claramente anonadado.

—¿Y por qué tendría que consultarlo contigo? —preguntó Raven.

Romeo soltó una carcajada estruendosa al ver la cara de incredulidad que adornaba el rostro del sheriff.

—No solo no quiere mudarse contigo, ni que tú te mudes con ella. Sino que, además, te oculta cosas importantes —dijo, haciendo un gesto despectivo con la lengua, chasqueándola en el aire —. Algo no cuadra aquí, ¿eh? —su expresión bromista iluminando su rostro con un toque de picardía.

—Mafioso de pacotilla, mejor cállate —le advirtió Rain.

Se levantó abruptamente de la silla de la cocina, se puso las manos en las caderas y resopló con indignación.

—¡Pero qué le pasa a esta mujer! ¿Acaso le he dado algún motivo para que no confíe en mí? —y levantando las manos hacia el cielo, como si buscara respuestas divinas, comenzó a caminar hacia la puerta.

—¿Se puede saber adónde vas a estas horas de la noche? —preguntó Raven, mirándolo con un aire de genuina curiosidad mientras se dirigía hacia la puerta de la cocina.

—A buscar a Camila, por supuesto —respondió el italiano por él, como si la respuesta fuese más que evidente.

Porque lo era.

—Voy a recordarle que somos una pareja. Y una pareja, ¡no se oculta las cosas! —exclamó Rain, el volumen de su voz subiendo un poco, casi como si estuviera proclamándolo a los cuatro vientos.

—¿Ves? —rio Romeo, visiblemente divertido al ver que había acertado en su suposición y al verlo tan indignado.

—¡Mira que me está costando, eh! —continuó Rain, ignorando la diversión de los otros dos— ¡No será porque no le demuestro cada día que puede confiar plenamente en mí!

Romeo soltó otra risa al ver la actitud tan apasionada de Rain. Raven, por su parte, simplemente puso los ojos en blanco, resignado.

—Está estresado —comentó el italiano cuando Rain se marchó.

Raven asintió con la cabeza, estaba de acuerdo.

—Lo sé.

—Lo que está pasando con Carmichael nos ha llevado al límite a todos —Romeo negó con la cabeza—. Tiene que liberar esa tensión de alguna manera, ya sea convirtiéndome a mí en su diana o yendo a llorarle a Camila.

—¿Crees que realmente le va a llorar a Camila? —Raven enarcó las cejas, una mezcla de incredulidad y curiosidad en su mirada.

—No lo dudes ni por un segundo —rio Romeo, provocando que el médico también se uniera a él. Cuando las risas comenzaron a disiparse, añadió—: Por cierto, ¿a quién recomendó Camila?



Capítulo 8

Romeo mantuvo los ojos cerrados cuando despertó, como si quisiera aferrarse a ese instante de serenidad. Un suspiro profundo escapó de sus labios, un suspiro de satisfacción y alivio al darse cuenta de que, aunque fuera poco, había conseguido dormir de un tirón.

Y lo mejor de todo, sin la tortuosa presencia de pesadillas.

Con un movimiento casi perezoso, se incorporó en la cama, las palmas de las manos apoyadas en el colchón, sosteniendo su medio cuerpo levantado y rígido.

Joder, hacía tanto tiempo que no dormía tan bien…

Entonces, finalmente, abrió los ojos.

Y estuvo a punto de cerrarlos de nuevo, pero esta vez para toda la vida, cuando casi lo mandan al otro barrio con un susto de muerte.

—¿Pero se puede saber ¡qué demonios hacéis aquí!? —exclamó desde la otra esquina de la habitación, con el corazón a punto de salírsele del pecho y los ojos casi saliéndoseles de las órbitas de puro asombro.

Rain, que estaba sentado de forma casual en el butacón que había situado cerca de la cama de Romeo, enarcó las cejas con cierta sorpresa al ver dónde había llegado el italiano con el impresionante salto que había pegado.

—Y eso que eres de la mafia y sabes cómo defenderte de una posible amenaza, que si no… —dijo el sheriff con un tono burlón y mofa en la voz.

—¿Qué queréis? ¿Matarme de un susto? —preguntó Romeo, pasándose las manos desesperadamente por el pelo, todavía con el corazón en un puño.

Y sin esperar respuesta alguna, entró apresuradamente en el baño que había en su habitación. Abrió el grifo de agua fría y se mojó la cara con abundante agua fresca.

—No has tenido ninguna pesadilla esta noche —dijo Raven, que lo había seguido hasta allí, quedándose en el marco de la puerta.

—Ya, lo sé…

—No volverán, por ahora —dijo Rain mientras pasaba por al lado del médico y entraba también en el baño.

Sonaba extremadamente seguro, como si supiera que sería así. Y es que, siguiendo los patrones de los años anteriores, así sería. Además, Carmichael mejoraba día a día, algo que Rain estaba absolutamente seguro que ayudaría a Romeo a sentirse mejor y a olvidar toda la mierda que lo atormentaba.

Al menos durante un cierto periodo de tiempo.

Romeo giró la cabeza con una lentitud casi teatral, las gotas de agua que todavía empapaban

su rostro cayendo pesadamente al suelo con un sonido sutil pero perceptible.

Dirigió su mirada primero hacia el médico, quien había adoptado una postura de relativa indiferencia: los brazos cruzados y el hombro apoyado con cierta elegancia en el marco de la puerta. El hombre irradiaba una calma absoluta.

Luego, Romeo desvió su atención hacia el otro hombre, quien, con toda la tranquilidad y desfachatez del mundo, se había acomodado sobre la taza del váter, con la tapa convenientemente cerrada.

—¿Me estabais cuidando o algo así? —preguntó Romeo, la sorpresa tintineando en el tono de su voz.

—No exactamente —dijo Raven, su tono sereno.

—Ah… —Romeo sonó aliviado, casi como si hubiera estado conteniendo el aliento— Menos mal, porque eso sería un poco rarito, la verdad.

Como raritos eran los dos que estaban allí, mirando cómo Romeo volvía a mojar su rostro.

—Fui a echarle un ojo a Carmichael cuando vi, casualmente, la puerta de tu dormitorio abierta —explicó el médico, intentando añadir un poco de claridad a la confusa situación.

—Entiendo… —dijo Romeo por decir algo, porque en realidad, no entendía absolutamente nada de lo que estaba ocurriendo.

—Y entonces lo vi —continuó Raven, pronunciando con énfasis esas palabras.

—A Carmichael, sí, sí, ya lo has dicho —Romeo se enderezó de nuevo, cogió la toalla cercana y la colocó cuidadosamente sobre su cara para secarse.

—Me refiero a Rain. Cuando miré dentro de tu habitación, lo vi sentado en el butacón, mirándote intensamente —lo dijo con un tono tan serio y tenebroso que a Romeo le provocó un escalofrío que le recorrió toda la columna vertebral.

Se giró lo suficiente para poder observar a los dos hombres de frente y, poco a poco, comenzó a bajar la toalla que cubría su cara. Romeo tenía las cejas enarcadas, casi llegándole al nacimiento de su pelo. Su mirada penetrante se posó primero en Raven, quien se aguantaba la risa como podía, esforzándose mucho al ver la cara de desconcierto de Romeo. Y después, el italiano fijó su mirada inquisitiva en Rain.

—Me das miedo —su cuerpo se movió, como si un escalofrío profundo lo recorriera, y dirigió su atención a Raven—. Y tú entraste asustado, ¿verdad? Temiendo que el psicópata este quisiera acabar conmigo —gimió, haciendo un gesto de resignación—. Lo cual, en realidad, no me extraña en absoluto teniendo en cuenta cómo me ha tratado últimamente.

Rain bufó fuertemente y Raven solo sonrió con suficiencia al mirarlo.

—Lo de psicópata te lo has ganado bien ganado. ¿Quién en su sano juicio permanece sentado mirando fijamente a su amigo dormir? —soltó una carcajada estrepitosa al ver el rostro desencajado del italiano y la cara de horror, también bastante evidente, del sheriff.

—¡Detente a ti mismo o algo así! —exclamó el italiano, mirando directamente al sheriff con una mezcla de incredulidad y pánico.

Rain puso los ojos en blanco con un gesto de irritación.

—Sois un par de capullos, de verdad —dijo mirando a los otros dos que ya se partían de la risa —. Estaba ahí por una muy buena razón, te lo aseguro.

—¿Y cuál es esa razón, si puede saberse? —quiso saber el italiano, lleno de curiosidad.

—Esto, yo… bueno, es que... —pero Rain no fue capaz de articular nada más coherente.

Los otros dos esperaron y esperaron, pero el hombre solo era capaz de abrir la boca, boquear como un pez fuera del agua y volver a cerrarla sin haber emitido sonido alguno.

Al ver que definitivamente no iba a decir nada de utilidad, Romeo puso los ojos en blanco con un gesto de impaciencia.

—Cuando tus neuronas funcionen de nuevo y decidan cooperar, me lo dirás. Mientras… —hizo una señal clara con la mano, mostrándoles la puerta como si fuera un semáforo en rojo— Ya os podéis ir, que me quiero duchar y vestir en paz.

Al ver que ninguno de los dos se movía ni un centímetro, Romeo volvió a mover más frenéticamente la mano en señal de urgencia. Pero nada, ese par de tocapelotas seguía sin mover un solo músculo facial ni corporal.

¡Es que ni pestañeaban, prácticamente ni respiraban!

Poniendo los ojos en blanco otra vez, dándose por vencido ante tal nivel de obstinación, Romeo agarró la camiseta y se la sacó por la cabeza con un movimiento rápido, la dejó caer en el suelo como si no tuviera importancia y, seguidamente, agarró el pantalón por la cinturilla y se lo bajó con la misma falta de ceremonia.

A ver si así, finalmente…

Pero nada, ese par estaba decidido a tocarle las narices desde bien entrada la mañana.

Tras abrir el grifo de la ducha con un gesto decidido, Romeo terminó de desvestirse y completamente desnudo, como llegó al mundo, entró en la bañera de una vez por todas, cerró la mampara de un portazo y se metió bajo el chorro de agua fría.

Necesitaba despertarse de una vez por todas y sacudirse cualquier rastro de confusión o de sueño.

Y los otros dos, se aburrirían y se marcharían.

O eso esperaba él…

Al terminar su ducha, abrió un poco la mampara y sacó la mano para alcanzar la toalla que estaba colgada cerca. Al parecer más cerca de lo que él mismo sabía que estaba…

Con rapidez, casi como un felino al acecho, abrió un poco más la mampara y sacó la cabeza.

—Oh, por Dios —puso los ojos en blanco con un suspiro de exasperación—. ¿Pero queréis hacer el favor de dejarme en paz de una vez por todas? —terminó de abrir la mampara por completo y tras secarse la cara y el pelo un poco con sumo cuidado, se enrolló la toalla alrededor de la cintura.

Entonces, sin más preámbulos, salió de la bañera.

—¡¿Pero qué demonios queréis de mí, por Dios santo?! —estalló el italiano, su voz reverberando en las paredes del baño.

Y al ver que seguía sin obtener una respuesta, comenzó a refunfuñar en italiano todos los tacos, maldiciones e insultos que sabía, que eran realmente muchos.

Finalmente, cansado de aquella situación y sin un ápice de vergüenza, caminó hasta el dormitorio, se deshizo de la toalla después de secarse por completo y comenzó a vestirse con gestos bruscos.

¡Anda y que les dieran a esos dos personajes!

—Yo… —Rain carraspeó, interrumpiendo el incómodo silencio que se había creado— Solo quería pedirte perdón —dijo Rain un rato después, justo cuando Romeo, quien le daba la espalda, se estaba abrochando el último botón de la camisa.

Romeo se quedó paralizado por un breve segundo. Sus manos dejaron de moverse al igual que sus pulmones, que por un instante olvidaron cómo respirar.

Finalmente, cuando reaccionó, pestañeó un par de veces intentando asimilar las sorpresivas palabras de Rain. Frunciendo el ceño con visible incredulidad, se dio la vuelta muy lentamente.

Primero, se encontró con la mirada igualmente curiosa de Raven, quien parecía haber quedado tan anonadado y perplejo como él al escuchar las repentinas palabras del sheriff.

Y después, por fin, su mirada se cruzó con los ojos verdes de Rain.

Rain lo miraba con una mezcla de nerviosismo y arrepentimiento, retorciéndose las manos.

—¿Qué? —inquirió Romeo, su voz teñida de desconcierto, mostrándole abiertamente que no lograba entender la situación.

—Quería disculparme sinceramente —dijo Rain.

—Ya lo hiciste en el despacho de Raven —le recordó.

Rain negó con la cabeza.

—No es suficiente. Yo… Necesito soltarlo.

—Oh… —Romeo no sabía ni qué decir.

Para él aquelle disculpa sí había sido suficiente, pero escucharía lo que Rain tenía que decirle si eso era lo que él necesitaba.

—Lo siento. De verdad. Me he comportado como un capullo egoísta estos últimos días y

joder, yo... No sé qué demonios me pasó. Simplemente no era capaz de controlar mis emociones. Y al ver que tú estabas pasando por lo mismo, que estabas igual de afectado y que ni siquiera podía ofrecerte mi ayuda... —Rain negó con la cabeza, como queriendo borrar esos instantes de su memoria— No soporto veros mal, a ninguno de los dos —miró a ambos a los ojos—. Y sería insufrible verte perder todo por lo que has luchado durante tanto tiempo. Joder... —tomó una profunda respiración, liberando todo el aire que había estado reteniendo en sus pulmones— Lo siento por no haber estado ahí como debería haberlo estado, y por no haberte ofrecido el apoyo y la comprensión que necesitabas. Siento haberme comportado como un gilipollas.

Rain suspiró al soltar todo lo que había estado guardando, todo lo que, evidentemente, le había estado quemando por dentro.

Romeo miró fugazmente a Raven, quien, después de superar la sorpresa inicial, sonreía, orgulloso de Rain.

—Yo… —por primera vez en su vida, parecía que el italiano se había quedado sin palabras— ¿Esto es en serio? ¿De verdad te hacía falta soltar toda esa retahíla? ¿Era necesario? —preguntó entonces, visiblemente desconcertado.

Raven soltó una carcajada sonora, como si acabase de escuchar el chiste más gracioso del mundo.

Rain se volvió del color de la grana, luciendo avergonzado. Pero, determinado, asintió con la cabeza en un gesto afirmativo.

—Sí —aseguró el sheriff.

—Oh… —Romeo no sabía qué decir.

De verdad que no tenía ni idea de cómo responder. Solo sabía que el corazón le latía a mil por hora, como si fuese a salir disparado de su pecho.

Con las manos temblorosas pero decididas, terminó de colocarse bien la ropa, se pasó los dedos por el pelo intentando peinar un poco su desordenada melena y se acercó a Rain con pasos medidos.

—No has hecho nada por lo que debas disculparte, de verdad —dijo entonces el italiano, sonando seguro, como él siempre sonaba.

Puso su mano alrededor de los hombros del sheriff, como en un gesto fraternal, y le dio un par de palmaditas afectuosas en uno de ellos.

—Y entre nosotros no hacen falta ni las gracias —le recordó en tono confiado— ni el perdón, te lo aseguro —añadió con convicción.

—Gracias —dijo Rain, claramente emocionado y sintiéndose mucho mejor, como si un peso se hubiera levantado de sus hombros, agradecido con su amigo.

—Menos cuando me mires durmiendo, ahí sí que tendrás que disculparte porque, joder, reconoce que eso da un miedo de cojones —añadió Romeo con una chispa de humor.

Soltando una carcajada genuina, Rain, que también había rodeado con sus brazos a Romeo por la espalda en un abrazo fraternal, salió con este de la habitación.

Con una amplia sonrisa dibujada en los labios, Raven los siguió discretamente y cerró, tras ellos, la pesada puerta de madera del dormitorio de Romeo.

—Tus ronquidos no son simplemente al azar, siguen una melodía —Rain no pudo contener una carcajada al ver la cara de horror mezclada con incredulidad que se dibujó en el rostro de Romeo.

—Eres más rarito de lo que me había imaginado —gimió el italiano.

—Debo de serlo para haber acabado aquí, en La Mansión —respondió Rain con una sonrisa.

Romeo asintió con la cabeza, aceptando la veracidad del comentario de Rain.

—En eso tienes toda la razón del mundo —confirmó el italiano, haciendo reír nuevamente a Rain.

Entre risas y comentarios jocosos, se encaminaron hacia el dormitorio de Carmichael. Tras llamar con los nudillos a la puerta, Romeo giró el pomo de la puerta y separándose de Rain, cruzó el umbral.

—¿Pero qué demonios…? —el italiano abrió los ojos de par en par al descubrir que, en esa cama, no había absolutamente nadie.

—¿Dónde carajos se ha metido este hombre? —resopló Rain, sonando incrédulo e irritado a la vez.

Justo en ese momento, Raven hizo su entrada. Miró a la cama vacía, escudriñó alrededor de la habitación como si esperase encontrar alguna pista y maldijo en arameo, un idioma que solo él parecía dominar en momentos de frustración extrema.

—¡¿A quién demonios me tengo que cargar ahora?! —exclamó Raven, saliendo de la habitación a toda velocidad.

Rain suspiró profundamente.

—Creía que Carmichael sería un buen paciente, que se quedaría tranquilo en la cama.

Romeo suspiró todavía más.

—Creíamos mal… —dijo, incluyéndose él también en el error de juicio que habían cometido.



Capítulo 9

Todo el mundo que estaba sentado alrededor de la robusta mesa de madera en el comedor se quedó en un silencio sepulcral cuando el famoso trío de chicos de La Mansión hizo su aparición en escena, atravesando la puerta como un vendaval.

Algunos, incluso aquellos que ya sabían que habían llegado, en parte porque la palpable energía que irradiaban esos tres individuos era realmente impresionante y siempre enviaba un aviso con antelación de su inminente presencia, aun así, optaron por no girarse para mirarlos, como si ignorarlos pudiera minimizar su impacto.

Chloe, sin embargo, no formaba parte de ese grupo selecto de indiferentes. Lo primero que hizo fue girarse en su silla, mirar a Raven directamente a los ojos y negar rápidamente con la cabeza, como si quisiera desvincularse de cualquier complicidad.

—A mí no me mires, me negué de antemano —declaró.

Si ella no había sido la responsable, ¿entonces quién?

Romeo escudriñó cuidadosamente el ambiente, mirando a cada una de las personas en la sala. Notó que estaban los niños, pero Camila no estaba presente en ese momento.

—A mí no me mires con esa cara, el jefe es quien manda aquí —dijo Sylvester cuando la mirada de mala hostia de Raven ya se había posado pesadamente sobre él.

—Aquí el médico soy yo, y mis órdenes están por encima de las de cualquier otra persona —declaró Raven con una seguridad inquebrantable.

Carmichael fue a abrir la boca para hablar, pero el médico lo miró con los ojos entrecerrados.

—Como me lleves la contraria, no dudes que te mando de vuelta al hospital. ¡Es más! —exclamó, cortando cualquier oportunidad para que el anciano replicara— Como vuelvas a moverte de la cama sin consultarme antes…

—Como vuelvas a respirar sin mi permiso… —interrumpió Romeo, evidentemente divertido, justo cuando el médico estaba cogiendo aire para seguir con su ristra de amenazas.

El italiano lo hacía, básicamente, para tocarle los cojones a Raven.

—Te mando de vuelta al hospital. ¿He sido lo suficientemente claro? —preguntó Raven, su voz impregnada de una autoridad indiscutible.

—Y tanto que sí, claro como el agua —respondió Rain, sin ningún titubeo, mientras tomaba asiento.

—Joder, ya te digo, no podrías haber sido más claro —rio Romeo, haciendo lo mismo, colocando su trasero en la silla como si también obedeciera órdenes.

—No se dice joder —le recordó Tori.

—No se repite joder cuando alguien más ya ha dicho joder —le recordó entonces Raider a la

niña, con una pizca de ironía.

—Lo siento muchísimo —dijo rápidamente la pequeña Tori, sonando contrita, como siempre hacía cuando se disculpaba.

Pero después, como si algo no encajara en su cabecita, frunció el ceño, mucho, y dirigió su mirada inquisitiva hacia Raider mientras su mente procesaba y asimilaba las palabras que acababa de escuchar.

—Pero tú lo has repetido también —señaló la niña, que era notablemente aguda y no dejaba pasar ni una.

—Tú, por tu propio bien, mejor no lo hagas —aconsejó Raider, señalando con un movimiento de cabeza al padre de Tori, que claramente no estaba de buen humor esa mañana.

La niña miró hacia su padre, luego giró de nuevo su cabeza para mirar a Raider y se encogió de hombros, como si quisiera quitarle importancia al asunto.

—Dejará de estar enfadado, verás —dijo, su voz emulando la de una adulta experimentada—. Ahora mismo está muy enfadado con el abuelo, porque lo ha desobedecido, pero cuando se tome su café calentito, ya no estará enfadado —con un gracioso y decidido movimiento de mano, apartó una mechón de pelo que se había colado en su cara.

Romeo, quien se encontraba sentado convenientemente cerca de los niños, no pudo evitar romper a reír al escuchar las palabras de Tori. Era como si esa niña fuese una anciana atrapada en un cuerpo diminuto.

—¿Tú crees? —preguntó Raider, mostrándose genuinamente interesado en la sabiduría infantil de Tori.

—Claro que sí —aseguró la pequeña, completamente metida en la conversación que mantenía con su mejor amigo—. Lo conozco de toda la vida, no lo olvides.

Raider frunció el ceño, su rostro mostrando un atisbo de desconcierto durante un breve momento.

—Pensé que lo habías conocido hace poco.

Tori hizo un gesto con la mano, como si ese detalle no tuviera la más mínima importancia.

—Eso es toda la vida, ya sabes —explicó ella, con la certeza de un adulto.

Y no, Raider no sabía, pero…

—Ah, entiendo —asintió, dándole la razón.

Porque ¿para qué iba a llevarle la contraria? Si ella lo quería creer de esa manera, pues que lo hiciera; al fin y al cabo, no le hacía daño a nadie, ¿verdad?

Romeo, todavía riendo, dejó de prestar atención a la interesante y peculiar conversación entre Raider y Tori y centró su mirada en el hombre de pelo rubio oscuro que, efectivamente, se bebía la taza de café que se había servido de un solo trago.

Entonces, con un movimiento suave, dejó la taza vacía sobre la mesa a la vez que soltaba un profundo y aliviado suspiro. Miró a Carmichael, quien le devolvía la mirada con un gesto comprensivo.

—Lo siento —empezó el anciano—. Me siento agobiado pasando tantas y tantas horas en esa incómoda cama —dijo, su voz sonando con genuino arrepentimiento—. Necesitaba salir de ese dormitorio y tomar un poco de aire.

Raven suspiró todavía más hondo, toda la ira y el genio pareciendo evaporarse de su cuerpo.

—Está bien, lo entiendo. Te permitiré estar fuera de ella, pero siempre y cuando lo consultes previamente conmigo y no lo hagas por tu cuenta —advirtió.

—Gracias —sonrió el anciano, claramente aliviado al salirse con la suya.

—Ni siquiera le hagas caso a la enfermera. Solo se cumplen mis órdenes, ¿de acuerdo?

—Sí, por supuesto —el anciano rio, divertido ante el tono decidido y firme de Raven, un tono donde ya no se percibía rastro de irritación.

Romeo rio y negó con la cabeza. Tori había acertado plenamente, después de que el hombre se bebiera el café, todo indicio de mal humor se había evaporado como por arte de magia.

Si al final iba a resultar ser completamente cierto eso de que la pequeña Tori lo conocía extraordinariamente bien. Quizás no de toda la vida, como ella aseguraba, pero sí lo suficiente como para descifrarlo a la perfección.

—¿Ves? —la pequeña Tori suspiró de una manera excesivamente dramática, levantando la barbilla como una dama de la alta sociedad— Siempre tengo razón —agregó, provocando que Romeo estallara en risas, una vez más.

—Yo también suelo tenerla siempre —respondió Romeo, ajustando su tono para que solamente los niños pudieran escuchar lo que decía—. Y por eso te advierto que si no te terminas todo el desayuno que tienes en el plato, la próxima en la lista de personas a las que tu padre decidirá regañar, vas a ser tú —añadió el italiano, señalando con la cuchara hacia la pequeña.

Tori dirigió su mirada hacia la mesa llena de comida y luego suspiró de forma aún más exagerada, si cabía. Su cuerpo casi desplomándose en la silla en un gesto de abatimiento total.

—Siempre tratándome como a una bebé. ¡Qué harta estoy! —masculló con un tono de desdén.

Romeo, sin poder contenerse más, soltó una sonora carcajada.

—Eso, pequeña, es algo que creo que no cambiará jamás. Al menos no cuando se trate del tocapelotas que tienes por padre —aseguró el italiano.

La niña abrió sus ojos como platos, escaneó la mesa con una mirada rápida y, al confirmar que nadie más les estaba prestando atención, lanzó una mirada furtiva a Romeo mientras una sonrisilla traviesa se dibujaba en sus labios.

—No te voy a reñir porque hayas dicho tocapelotas y eso sea una palabrota. Nadie te ha escuchado decirlo —afirmó con una sonrisita pícara.

Pero en ese preciso instante, Chloe dejó escapar un gemido al escucharla.

—Tori Nolan —intervino Raven, su voz cargada de advertencia, demostrando que sí la había escuchado.

—Lo siento —respondió rápidamente la niña, bajando la cabeza—. ¿Cuándo podré decir palabrotas sin que me regañen? —inquirió en un susurro, su voz cargada de una indignación apenas disimulada.

—Nunca —respondieron en coro todos los adultos presentes en la sala, contestando a la pregunta que en realidad se había hecho más para ella misma que para nadie más.

Tori, con un aire de aburrimiento que bien podría haber copiado de su padre, puso los ojos en blanco.

—¡Qué vida! —suspiró con todo el énfasis de una actriz de melodrama de la vieja escuela, arrancando sonrisas cómplices en todos los demás debido al innegable dramatismo que añadía a cada una de sus palabras y de sus gestos.

Y, por supuesto, cuanto mayor se volvía Tori, más se agudizaba ese sentido del drama que tanto la caracterizaba.

—La que me espera a mí —suspiró profundamente Raven, perdido en pensamientos sobre los inevitables desafíos de la adolescencia que seguramente le brindaría la reina del drama que era su hija—. ¿Y tú, cómo te encuentras hoy? —preguntó Raven, centrándose de lleno en Carmichael, quien, a juzgar por la sonrisa que esbozaba en su rostro arrugado, parecía estar mucho mejor que antes.

—Me siento mucho mejor, de verdad —reconoció Carmichael con sinceridad, haciendo que cada persona que había en la sala, aunque solo fuese internamente, esbozara una sonrisa de alivio —. Realmente no tenéis que preocuparos tanto por mí, estoy bastante bien.

—Ya, claro, eso tendrías que haberlo pensado antes de sufrir un infarto —suspiró pesadamente Rain, cuyas manos aún temblaban ligeramente cada vez que recordaba aquel traumático momento que todos vivieron.

—Por favor, dejemos ese tema en el olvido —gimió Chloe, quien, aunque no estaba presente en la casa en el preciso momento en que Carmichael sufrió el infarto, casi se desmaya de la impresión cuando finalmente le llegó la devastadora noticia.

Y lo peor de todo es que no la avisaron hasta que terminó con sus agotadores exámenes, algo que todavía les reprochaba a todos los demás.

—Por cierto, ¿dónde está Camila? —preguntó Romeo intentando cambiar de tema, mirando a su alrededor, extrañado de que todavía no estuviese allí.

Justo cuando Rain estaba a punto de abrir la boca para responder, la voz vibrante de la propia Camila lo interrumpió.

—Estoy aquí —anunció Camila, su voz cargada con una sonrisa.

De manera casi sincronizada, todos los pares de ojos en la sala se desviaron y se posaron sobre ella. No solo sobre ella, sino también sobre la persona que la acompañaba.

—Creo que todos, más o menos, de manera directa o indirecta, ya la conocéis —Camila, ensanchando todavía más su sonrisa, puso su mano sobre el brazo de la enfermera y la presentó —. Os presento a Beth Duncan, la nueva enfermera que cuidará de Carmichael. Beth… —las palabras de Camila hicieron que los ojos grises de la chica se posaran en ella— Bienvenida a La Mansión —dijo la asistente social con una sonrisa acogedora.

Con una sonrisa de agradecimiento adornando sus labios y un asentimiento de cabeza, Beth escaneó el rostro de todos y cada uno de los presentes en la sala, uno por uno.

—Buenos días —una sonrisa desbordante de emoción se formó en su rostro, claramente emocionada por lo que, sin lugar a dudas, representaba una nueva oportunidad para ella—. Es un placer conocerlos a todos —en ese instante, su mirada se posó específicamente en el anciano, y su sonrisa se dulcificó más—. Estoy aquí, señor Carmichael, para asistirle en cualquier cosa que pueda necesitar. Mi principal objetivo es asegurarme de que reciba la más alta calidad de atención médica posible, y que su comodidad y bienestar sean prioritarios en todo momento.

Carmichael, escuchando las palabras de Beth, asintió con la cabeza, una amplia sonrisa se dibujó en su anciano y cansado rostro, evidenciando su aprobación.

—Creo, señorita Duncan, que nos vamos a llevar excepcionalmente bien.

—Eso espero —ella seguía sonriendo—. Pero, por favor, siéntase libre de llamarme simplemente Beth.

—De acuerdo, pero solo si tú me llamas Carmichael y me tuteas —respondió el anciano con una chispa en sus ojos.

Beth, mostrando un momento de duda, examinó las caras de los demás presentes en la habitación. Su mirada terminó fijándose en Raven, el médico de la familia, con quien había coincidido varias veces en el hospital mientras atendía a los ancianos de la residencia donde trabajaba.

Raven, como si entendiera el peso de la situación, también asintió con la cabeza, al igual que todos los demás.

Entonces, finalmente, Beth posó su mirada en el anciano.

—Muy bien, Carmichael, pues —sonrió ella, radiante—. Estoy a la espera de sus instrucciones —añadió, dirigiendo su mirada, una vez más, hacia Raven.

Este, con una expresión indescifrable, se echó hacia atrás en su silla, apoyando cómodamente su espalda en el respaldo, mientras evaluaba minuciosamente a la mujer a la que él mismo le había dado esta primera oportunidad profesional.

Luego, asintió ligeramente con la cabeza, un gesto tan sutil que pasó completamente desapercibido para todo el mundo, excepto para un par de hombres que lo conocían demasiado bien.

—Parece que acabo de perder veinte dólares —gimió Rain con un tono de resignación, provocando que Romeo soltara una carcajada.

Porque sí, efectivamente los había perdido, ya que, al parecer, Beth había superado con éxito la primera prueba de Raven.

Es decir, no se iría tan pronto como Rain y Romeo habían predicho.

—Yo he perdido cinco —dijo entonces Romeo al levantarse para ir a saludar a la guapa mujer de pelo castaño claro y ondulado que, al escucharlo reír, había dirigido sus ojos hacia él.

La risa animada de Romeo, que había sido constante hasta ese momento, comenzó a desvanecerse. Sus pasos se hicieron un poco más cautelosos al acercarse a Beth para extenderle un cálido saludo de bienvenida, como también iban a hacer todos los demás miembros allí presentes.

Camila, tras guiñarle con complicidad un ojo a la enfermera, se separó de ella de forma intencionada y se acercó a Rain y Raider para saludarlos.

Al pararse frente a Beth, Romeo sintió una sensación extraña pero intensa, casi como un escalofrío, formándose en su pecho. Era como si una corriente eléctrica hubiera circulado entre ellos durante un fugaz instante.

Qué tontería, ¿no?

—Beth —la saludó, cuando ya se encontraba lo bastante cerca, extendiendo su mano hacia la de ella.

La voz de Romeo sonó, por alguna razón inexplicable, más profunda de lo normal.

¿A qué venía aquello?

Ella le devolvió la sonrisa, una expresión tan dulce que podría haber derretido hielo, y aceptó con gusto el estrechón de manos, devolviéndolo con una firmeza sorprendente.

—Romeo…

—Bienvenida a La Mansión —dijo el italiano.

—Gracias —un susurro apenas audible emergió de sus labios, transformándose casi instantáneamente en una dulce sonrisa que iluminó su rostro.

Y al otro extremo de la sala, Carmichael, cómodamente sentado en su silla de ruedas, esbozó una sonrisa enigmática.

Como si conociera algún secreto que el resto de la sala ignorase...



—Por cierto, ¿a quién recomendó Camila? —había preguntado Romeo la noche anterior,

cuando se encontraba en la cocina con Raven, poco después de que Rain se marchara de manera abrupta en busca de Camila.

—Beth Duncan —había respondido el médico.

Romeo se había quedado un instante en silencio, procesando la información mientras trataba de recordar a quién se refería Raven. Entonces, algo en su mente hizo clic, como si un interruptor se hubiera encendido.

—¿Beth? ¿La novia de Trevor? —preguntó, ya con una clara idea de a quién se refería.

Raven asintió con la cabeza.

—Ex novia —dijo Raven, sorprendiendo a Romeo—. Al parecer, ha vuelto a quedarse sin empleo. Están despidiendo a todos los trabajadores de la residencia de ancianos en la que trabajaba —dijo Raven, negando con la cabeza en una mezcla de incredulidad y disgusto—. Realmente no entiendo en qué están pensando los que toman esas decisiones.

Así que ese era el chisme del que Mike hablaba.

—No estaba al tanto de nada de eso.

—Pensé que lo sabrías. Sois amigos, ¿no?

Romeo hizo una mueca con sus labios.

—Somos compañeros. Amigo es Mike —explicó—. De todas formas, aunque tuviéramos una relación más cercana, Trevor tampoco es el tipo de persona que va contando sus problemas. Ni a mí ni a nadie en la unidad. Y después de lo que pasó aquel día en el que me dejó el labio bonito—Romeo soltó un profundo suspiro—, no hemos tenido la oportunidad de vernos ni hablar desde entonces —agregó—. Tampoco es que me interese saber sobre su vida privada, la verdad. No me meto en temas de pareja. ¡Como si no tuviéramos bastante con lo que se cuece en La Mansión!

Que era más de lo que cualquier chismoso experto podía manejar.

Él no era ningún chismoso ni nada por el estilo, ¿eh? Pero…

¿Qué había ocurrido entre Trevor Dalton y Beth Duncan?

Porque estaba más claro que el agua que algo había sucedido entre los dos; de eso, Romeo estaba prácticamente seguro.

Y la curiosidad empezaba a picarle.



Capítulo 10

Un suspiro profundo fue lo que salió de los labios de Beth cuando, horas después, se sentó en uno de los pequeños pero elegantes bancos de hierro forjado que había por el jardín de aquel espectacular y casi místico lugar.

Porque, francamente, no había ninguna manera precisa de describir con justicia la magnificencia de aquel sitio.

Todo, desde el césped verde esmeralda tan meticulosamente cuidado y recién cortado, pasando por las flores en pleno auge de su belleza, hasta la impresionante estructura arquitectónica que daba forma y vida a la famosa Mansión eran elementos diseñados para dejar a cualquier persona, fuera quien fuera, con la boca abierta. Interesada, apasionada o simplemente entendida en el campo de la arquitectura o no, nadie, absolutamente nadie, podía negar que aquel lugar era una obra de arte en sí misma.

Y si ya había pensado eso siempre al ver desde la distancia esa inmaculada fachada de piedra blanca, una vez que puso un pie dentro de la residencia, tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para que su mandíbula no se descolgara y tocase el pulido suelo.

Los suelos de mármol, los altos techos ornamentados y pintados a mano con esmero, los enormes ventanales de vidrio que dejaban pasar la luz del sol en su máximo esplendor, permitiendo así un brillo especial y casi mágico en cada rincón del lugar, haciendo que los suelos y las paredes brillasen todavía más.

Era, sin lugar a dudas, un lugar sacado de un sueño, un paraíso terrenal.

Con una enorme sonrisa que ocupaba la totalidad de sus labios, Beth no pudo más que quedarse allí, casi paralizada, contemplando la majestuosidad y la grandeza arquitectónica que tenía delante de sus ojos.

—Es absolutamente maravillosa —suspiró en un susurro apenas audible, más para sí misma que para que alguien cercano la escuchase.

Pero cuando se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta, miró hacia Carmichael, un poco avergonzada y quizás ruborizada.

El anciano, sentado con dignidad en su silla de ruedas al lado de Beth, sonrió con una mezcla de sabiduría y ternura al mirarla a los ojos.

—Yo me sigo enamorando de ella cada día que pasa —confesó con un tono melódico.

Beth sonrió todavía más.

—¿Quién no lo haría? Es literalmente una obra de arte. El lugar donde todo ser humano querría vivir al menos una vez en su vida.

—Ahora vives aquí —le recordó Carmichael con un tono de voz suave pero firme.

—Por el momento —le recordó ella—. Estoy a prueba con el doctor Nolan.

Carmichael soltó una carcajada llena de vida.

—¿No conmigo? ¿Con Raven? —preguntó entre risas.

Beth notó cómo sus mejillas se calentaban, adquiriendo probablemente un tono rojizo, pero negó con la cabeza de manera resuelta.

—Créeme, él da muchísimo más miedo que cualquier otra persona aquí. Es a él a quien realmente me tengo que ganar — le guiñó un ojo al anciano, bromeando pero también siendo completamente sincera, al darle a entender que a él ya se lo había metido en el bolsillo.

Desde hacía bastante tiempo, para ser más exactos, porque sus caminos se habían cruzado en más de una ocasión. Esto incluía varias visitas a la residencia de ancianos cuando Carmichael había ido a ver a algún viejo amigo, así como también en algunas de las múltiples y coloridas fiestas del pueblo que solían reunir a toda la comunidad.

No es que hubieran mantenido conversaciones que trascendieran más allá de la mera realidad cotidiana, pero habían compartido lo suficiente para que Carmichael pudiera afirmar con cierta confianza que se trataba de una buena persona.

Carmichael soltó otra carcajada, esta vez más resonante, como si cada palabra que ella decía añadiera un poco más de alegría a su día.

—Me caes bien, de verdad que sí, no lo voy a negar —el anciano le seguía el juego, manteniendo el tono ligero, pero era evidente que era verdad lo que decía, que su conexión con ella ya se había establecido en ese corto periodo de tiempo.

Era una chica sumamente agradable, dulce, sincera hasta la médula y cariñosa. Además, su dedicación y compromiso con su trabajo eran evidentes.

—Por eso mismo, ya tengo la mitad del trabajo hecho. Ahora me queda enfrentar la otra mitad, que promete ser mucho más desafiante —resopló dramáticamente, fingiendo estar agobiada pero manteniendo una chispa de optimismo en sus ojos—. Y por la reputación que tiene el doctor Nolan de ser extremadamente exigente y perfeccionista, no será fácil conseguir su aprobación.

—Eso no te lo voy a negar, un poquito especial y peculiar sí que es —afirmó Carmichael con un guiño cómplice y un tono de voz suave, como si compartiera un secreto—. Pero todo es una mera fachada, una barrera que él mismo ha creado. Ya sabes cómo dice el viejo y sabio dicho: perro ladrador...

—Poco mordedor —terminó ella por él, completando la frase— ¿Sabe? Eso se nota —afirmó Beth.

El anciano arqueó sus blancas y bien cuidadas cejas en una pregunta silenciosa, como si la invitara a continuar.

—Al verlo tratar a los pacientes en el hospital con tanta dedicación y empatía —explicó ella.

—¿Raven empatía? —bromeó Carmichael, dejando escapar una pequeña risa.

Aunque sabía que, pese a la dura fachada y la reputación que se había forjado, Raven era lo contrario.

Beth rio.

—A él no le diré que su fachada no se la cree nadie —dijo, haciendo reír al anciano—. Y al ver cómo lo trata a usted y a todos los demás en esta casa… Se nota que es un gran ser humano.

—Es un gran hombre, como todos los chicos de La Mansión —dijo el anciano, el orgullo resonando en su voz—. Cada uno tiene su forma de ser, pero son las mejores personas que he tenido el inmenso privilegio de conocer en toda mi vida. Junto con Sylvester, por supuesto, no puedo olvidarme de él.

—¿El abogado? —preguntó Beth, evocando la imagen del hombre de pelo castaño entremezclado con canas.

—Sí, mi mano derecha, por así decirlo. No sé qué haría sin él. Sin ninguno de ellos —matizó finalmente con un tono de reflexión.

—¿Puedo preguntar desde cuándo viven todos ustedes juntos?

—Puedes —sonrió Carmichael, como si estuviera encantado con la pregunta—. Ya hace varios años de eso. Sylvester es quien lleva más tiempo compartiendo mi vida y nuestra relación es diferente a la que tengo con los chicos. No sabría explicarlo. Para mí es como un hermano, mi compañero en muchas batallas, y los otros tres son como mis hijos, mis verdaderos tesoros.

—Lo entiendo perfectamente —respondió Beth con una expresión compasiva.

—Al primero que conocí fue a Raven. Después llegó Rain, y más tarde, para completar el trío, llegó Romeo —el anciano miró entonces al frente y un suspiro escapó de sus labios, como si evocara memorias agridulces—. Jamás olvidaré el día en que la vida me puso a cada uno de ellos en el camino.

—Los quiere —observó Beth, obviamente no planteando una pregunta, sino más bien haciendo una afirmación de algo que resultaba evidente.

Carmichael volvió a mirarla directamente a los ojos, como si intentara transmitirle algo más profundo.

—Llegaron para darle sentido a mi vida. Sin ellos, quizás no estaría aquí para contártelo.

—No diga eso —la tristeza inundó la voz de Beth.

—Pero es la verdad —el anciano puso su mano sobre la de la muchacha y le dio unos toquecitos reconfortantes, como un abuelo consolando a su nieta—. No es solo porque Raven me salvara de la muerte, que lo hizo.

—¿El doctor Nolan? —preguntó Beth, la curiosidad y sorpresa en su voz.

—Sí —dijo él, asintiendo con la cabeza—. Gracias a Raven estoy vivo, respirando y conversando contigo.

—Vaya… —susurró ella, claramente sorprendida—. No tenía ni la más remota idea de eso.

—Pero más que físicamente, me salvó el alma. Y los otros dos, Rain y Romeo, llegaron para terminar de devolverme las ganas de vivir, las fuerzas para seguir adelante en este viaje llamado vida.

Beth colocó su otra mano sobre la de Carmichael y le dio un apretón cariñoso al ver sus cansados ojos llorosos, los cuales hablaban por sí mismos.

—Debe haber sufrido mucho.

El anciano hacía mucho tiempo, quizás demasiado tiempo, que no se permitía llorar. Esa vez tampoco lo haría, no lloraría, pero no pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas que, aunque no las derramara, decían más que mil palabras.

—Les debo mucho, más de lo que las palabras pueden expresar —esa fue la respuesta que dio, evadiendo hábilmente el tener que hablar de su turbio pasado—. Y no tendré suficiente vida para agradecérselo.

—Ay, Carmichael —suspiró ella, emocionadísima hasta el punto de sentir que se le hacía un nudo en la garganta.

—Ellos creen que me lo deben a mí, pero en realidad… —negó con la cabeza, como si tratara de desmentir una idea generalizada—. No tienen ni la más mínima idea.

—¿No saben su historia? —preguntó Beth con una mezcla de curiosidad y preocupación.

—No, no la saben. Solo Sylvester—respondió él.

—¿Por qué?

Carmichael se encogió de hombros.

—Quizás porque todavía no he sido capaz de hablar de ello, de abrir esa caja de Pandora que lleva tanto tiempo cerrada.

—A veces es duro hablar de lo que nos hace sufrir, lo entiendo muy bien —concordó ella con empatía—. Pero ¿no cree que, quizás, si lo hace, esas heridas antiguas dejen de sangrar un poquito? No dejarán de doler ni de existir, claro está, pero quizás escocerán un poquito menos, y eso ya es un alivio.

El anciano meditó profundamente sobre sus palabras, como si estuviera ponderando la importancia de cada una de ellas.

—Quizás tengas razón, de hecho, muy probablemente la tengas —dijo finalmente, concediendo cierto mérito a su consejo.

—Estoy segura de que ellos también necesitan conocer esa parte de su historia, de quién es usted realmente.

—¿Tú crees? —preguntó él, como si necesitara esa última confirmación.

Beth asintió con la cabeza, segura de su opinión.

—Sois una familia muy unida, eso es algo que cualquiera puede ver —eso lo sabía todo el mundo en el pueblo; si alguien hablaba algo de ellos era precisamente sobre eso, sobre cómo siempre parecían ser un pack indivisible—. Revelar esos secretos os unirá mucho más, estoy segura de ello.

—¿No deberían ser todas las familias así? —preguntó Carmichael en un suspiro, casi como planteando una pregunta retórica.

Conociendo, también, la respuesta a esa pregunta.

Esa pregunta hizo que Beth se pusiera seria. Miró al frente, fijando su mirada en algún punto indefinido, y se quedó, durante un momento, pensativa. Finalmente, negó con la cabeza.

—No. Quiero decir —rectificó rápidamente al volver a mirar a Carmichael—, supongo que sí, que así es como debería ser. Pero la cruda realidad no es siempre esa. Por desgracia.

—Lo sé —confirmó él—. Y por ese tono de voz deduzco que también sabes muy bien de lo que hablas —dijo el anciano con sumo cuidado, eligiendo bien tanto el tono de su voz como las palabras que empleaba.

Ella asintió con la cabeza.

—Mis padres me abandonaron cuando era muy pequeña; tenía tan solo dos años, por lo que apenas tengo recuerdos de ellos. Me dejaron con una tía que me cuidó, pero un poco antes de que cumpliera los dieciocho, también se marchó. No pudo luchar más… —explicó, refiriéndose a la enfermedad que no pudo vencer—. Me dejó sola, a mi suerte.

—Lo siento —el anciano lucía apenado.

Beth se encogió de hombros, como si quisiera minimizar la tristeza de la historia.

—De eso hace ya diez años. Como puedes ver, no he sabido muy bien, en toda mi vida, lo que realmente es tener una familia, aunque mi tía hizo lo que pudo —y su sueño de tener una familia propia se había esfumado…

Porque sí, soñaba con ello. Soñaba con tener lo que nunca había tenido.

Pero ya no podía ser…

—Y ahora, en mi situación actual… —ella suspiró más profundamente, como si ese suspiro llevase consigo años de anhelos no cumplidos— Usted lo sabe, ¿verdad?

Carmichael asintió con la cabeza. Levantó una mano en un gesto sereno y la colocó sobre la mano de ella para darle unos toquecitos reconfortantes.

—Todo saldrá bien, te lo aseguro —le dijo Carmichael, su voz cálida transmitiendo seguridad y paz.

Ella le devolvió el gesto con una sonrisa genuina, sus ojos llenos de agradecimiento y esperanza.

—Eso espero. Si la vida me ha enseñado alguna lección ha sido esa, que de todo se sale,

incluso de las situaciones más difíciles.

—Y no hay que luchar todas las batallas —añadió sabiamente Carmichael, sus ojos brillando con un toque de experiencia—. A veces, nuestro mejor aliado es el tiempo. Es ese tiempo el que nos otorgará la claridad necesaria para tomar las mejores decisiones en la vida.

Beth asintió. Sabía perfectamente a lo que se refería y estuvo a punto de llorar al escuchar esas palabras.

—Mientras esté aquí, en La Mansión —dijo ella, agarrando con delicadeza la mano del anciano, como si sellaran un pacto silencioso—, daré lo mejor de mí en todo lo que haga.

—Lo sé —aseguró el anciano con una determinación firme, y en el tono de su voz no había espacio alguno para la duda—. Y pase lo que pase, cuenta conmigo para lo que necesites.



Capítulo 11

La vuelta al trabajo fue más pesada de lo que Romeo había esperado. Había sido un desafío considerable, y Trevor con su mirada gélida y su actitud distante, no había hecho ningún esfuerzo para facilitarle las cosas.

El moreno de ojos verdes parecía haber tomado como su misión personal el complicarle el día a Romeo, como una especie de castigo por haberse comportado como un auténtico gilipollas en el pasado.

Y Romeo, aceptando la situación como una forma de expiación autoimpuesta, se resignaba a soportar cada mirada, cada gesto, como si fuera un novato obligado a aguantar las típicas novatadas de los veteranos del equipo.

Sin embargo, y para su alivio, incluso con toda esa tensión en el ambiente, el equipo parecía haber resistido la prueba. Y eso, sin duda alguna, era digno de admiración.

Podían tener mil y un desencuentros, conflictos y discusiones, pero cuando se trataba del trabajo en sí, todos se comportaban como los profesionales que eran. Sabían cómo separar la vida personal de la profesional cuando enfrentaban a situaciones límite.

Eso era señal de que eran buenos en lo suyo.

Incluso Romeo, quien a pesar de su monumental error también formaba parte de ese gran equipo.

Después de sobrevivir a un turno de más veinticuatro horas y después de haber dormido más de un día completo, Romeo finalmente salió del dormitorio cuando todavía no había amanecido, preparado para encarar todo lo que el nuevo día pudiera traer.

Lo primero era asegurarse del bienestar de Carmichael. Pero, antes de que pudiera siquiera acercarse lo suficiente a la puerta de la habitación del anciano, esta se abrió de manera abrupta y una mujer de baja estatura salió corriendo de allí como alma que lleva el diablo.

Tomándole un momento para procesar lo que acababa de presenciar, Romeo permaneció allí, parado, y cuando finalmente reaccionó, la figura de la mujer ya había desaparecido de su campo visual.

Con las cejas enarcadas, Romeo entró en la habitación de Carmichael, y suspiró de alivio al encontrarlo durmiendo de un modo apacible. Con todo en orden, salió del dormitorio y, sin pensárselo demasiado, decidió seguir los pasos hasta la habitación de la mujer con la que se había tropezado antes, cuya puerta estaba abierta.

—¿Beth? —preguntó en un susurro.

Los sonidos distorsionados que provenían del interior de la habitación lo pusieron en alerta.

—Joder —exclamó Romeo al entrar y encontrar a Beth de rodillas, frente a la taza del váter, vomitando como si estuviera intentando expulsar hasta la primera comida que había probado en

su vida.

Se agachó junto a ella, apartándole cuidadosamente el pelo de su rostro y recogiéndolo por detrás. Ignorando las protestas que Beth intentaba emitir, se quedó allí, de rodillas, mientras con la otra mano acariciaba lentamente su espalda en un gesto de apoyo y consuelo.

Beth tardó unos minutos angustiosos en vaciar por completo el contenido agrio de su estómago y en recuperarse de ese mal trago. Cuando por fin lo hizo, se echó para atrás con un suspiro, dejándose caer sobre sus tobillos, como buscando un breve momento de reposo.

—¿Estás mejor? —le preguntó Romeo en un tono preocupado mientras soltaba suavemente el pelo que había mantenido recogido con su mano.

Ella, sin poder encararlo directamente debido a la vergüenza que sentía, asintió silenciosamente con la cabeza. Intentó levantarse, pero Romeo se adelantó y la ayudó a hacerlo.

—Gracias —dijo ella en un susurro apenas audible.

Romeo condujo a Beth para que se sentara sobre la tapa cerrada del váter. Se separó de ella apenas el tiempo suficiente para ir a coger una toalla del estante. Luego, la puso bajo el chorro del agua que salía del grifo abierto del lavabo, empapándola bien. Regresó hasta donde se encontraba Beth, quien seguía sentada, y se agachó frente a ella.

—Puedo sola —dijo ella rápidamente.

Pero Romeo fue más rápido que ella y evitó que tomara la toalla de sus manos. Agarró la mano de Beth con la suya, como para transmitirle que se quedara tranquila, y volvió a levantar la mano con la que sostenía la toalla.

—Tu rostro no dice lo mismo —dijo él, mirándola directamente a los ojos con una expresión cargada de preocupación.

Con todo el cuidado y la delicadeza del mundo, comenzó a darle pequeños toquecitos en el rostro con la toalla mojada, humedeciéndola un poco y refrescándola para hacerla sentir mejor.

Beth no pudo más que cerrar los ojos y disfrutar del alivio que aquello le proporcionaba. Abrió los ojos cuando notó la ausencia de la toalla mojada y se encontró con la mirada fija de un par de ojos negros que la escudriñaban.

—¿Mejor? —preguntó él en un susurro.

Ella asintió con la cabeza repetidas veces, llevándose las manos a las mejillas al notar el calor repentino que provenía de ellas.

—Sí —logró articular ella, carraspeando, claramente descolocada por la vergüenza que en ese momento parecía haberse apoderado de todo su ser.

La mirada de Romeo se mantuvo más tiempo del necesario sobre ella. Cuando finalmente decidió levantarse, Beth también lo hizo, haciendo un esfuerzo por aclarar su garganta.

—Gracias —dijo ella, realmente agradecida por la ayuda inesperada de Romeo.

Se dirigió al lavabo, donde se refrescó la cara con agua abundante. Y sintió alivio cuando Romeo decidió, por fin, salir del baño.

Cuando Beth también lo hizo, le sorprendió encontrar a Romeo todavía en su dormitorio. Dándole la espalda a ella, con la cabeza un poco inclinada, parecía estar enfocado en algo que había sobre el escritorio de la habitación donde ella dormía.

Una habitación que, por cierto, ni en sus más increíbles sueños había imaginado tener. Era un oasis personal, un espacio lleno de encanto con paredes cálidas pintadas en tonos pastel que contrastaban con muebles de madera de diseño moderno y una decoración en tonos celestes que la habían dejado completamente fascinada.

Al igual que cada rincón de aquel lugar.

Beth seguía conociendo nuevas áreas de la casa, un lugar tan extenso que aún le faltaban espacios por explorar. Hacía apenas unos días que había llegado y la sensación era que siempre habría un rincón nuevo, un espacio sin descubrir en aquel lugar mágico.

—Algo debe de haberme sentado mal —dijo ella, intentando con aparente incomodidad explicar lo que había ocurrido—. O quizás es simplemente por los nervios de toda esta nueva experiencia en mi vida —continuó al percatarse de que Romeo seguía de espaldas y no se giraba para mirarla.

¿Qué estaría mirando que ni se inmutaba?

Beth se sintió impulsada a dar un paso adelante, dispuesta a acercarse cautelosamente a él con el fin de encontrar una respuesta a esa pregunta. Sin embargo, la voz de Romeo la detuvo de forma abrupta, haciéndola quedarse congelada donde estaba.

—¿Estás embarazada?

La pregunta le sacudió el alma, dejándola completamente en shock.

Romeo se giró entonces hacia ella, sosteniendo algo en la mano. Beth maldijo internamente, sabiendo muy bien lo que era, y sintiendo un nudo en el estómago.

¿Por qué no me deshice del maldito folleto de la clínica?, se recriminó a sí misma.

Y, para colmo, también estaba ese pequeño detalle escrito con letra casi ineligible en la esquina: la fecha y la hora de la cita…

—¿Vas a abortar? —preguntó él, susurrando la pregunta.

Todo el cuerpo de Beth se puso rígido, en tensión, casi como si se hubiera convertido en piedra al escuchar esa pregunta tan directa y personal.

—¿Me estás juzgando? —preguntó ella con una nota defensiva en su voz, como si estuviera levantando un escudo invisible.

Romeo primero frunció visiblemente el ceño, luego enarcó ambas cejas hasta casi el nacimiento del pelo y negó de manera vehemente y repetidamente con la cabeza.

—¡Por Dios, no! —exclamó, con una incredulidad palpable en su voz— Lo siento mucho, no era mi intención que sintieras eso —seguía negando con la cabeza, visiblemente perturbado, sin saber ni cómo explicarse ni qué decir exactamente en ese momento tan delicado—. Debería haber ignorado lo que vi y no haberte preguntado nada al respecto. Lo siento —agregó de nuevo, con un tono apenado y sincero —. No tenía ningún derecho a invadir tu intimidad.

No, definitivamente no lo tenía.

Pero esta revelación respondía de manera sorprendente a tantas de las preguntas que habían estado rondando en su cabeza. Y también hacía que se le formulasen muchas nuevas preguntas

De hecho, lo hacía de tal manera que parecía haber abierto una especie de caja de Pandora en su interior.

Entonces ocurrió lo que ninguno de los dos había esperado que sucediera.

Porque lo que Beth pensaba que debía haber hecho, o al menos lo que había imaginado hacer en una situación como esa, era mandarlo de forma clara al carajo y pedirle explícitamente que saliera de su habitación porque sí, Romeo había metido claramente la pata.

Y él, por su parte, lo que moralmente debía haber hecho y lo que tenía en mente hacer justo después de disculparse por saber que había cometido un error al preguntar algo tan íntimo, era retirarse de la habitación y dejar el tema cerrado. Sin más.

Sin embargo, él no se movió un solo centímetro.

Y ella…

Ella comenzó a llorar.

Romeo no tardó ni un solo segundo en llegar hasta ella y abrazarla con fuerza, pegándola a su pecho. Beth se quedó al principio algo congelada, su cuerpo rígido, pero después, como si una corriente de calor la recorriera, su cuerpo comenzó a ceder y terminó devolviéndole el abrazo a Romeo con un suspiro silencioso.

Hacía tanto tiempo que nadie la hacía sentir así…

Y lo necesitaba, vaya si lo necesitaba. Joder, no se había imaginado cuánto anhelaba una muestra de cariño en esos momentos tan difíciles.

Camila había sido la primera que le había dado un abrazo cuando ella la fue a buscar, necesitando hablar con alguien, necesitando desesperadamente contar todo lo que estaba pasando en su vida, todo lo que Trevor, su pareja hasta ese momento, le había hecho sufrir.

Buscando no solo que alguien le tendiera una mano amiga, sino que alguien le dijera algo como "Oye, eso que piensas no está mal. Y te apoyaré incondicionalmente, decidas lo que decidas hacer."

Y eso era, precisamente, lo que había hecho Camila al escuchar toda su historia, llena de altibajos y episodios dolorosos.

—Está bien —le había dicho Camila cuando ella, con lágrimas fluyendo libremente por sus

ojos, le había confesado que no quería tener a ese bebé—. Lo que decidas estará bien. Y no estás sola, ¿me entiendes? Estoy aquí para lo que te haga falta.

Beth pensó que eso solo era una forma de hablar vacía. Que esa ayuda era solo eso, una manera superficial de ofrecer un consuelo.

Pero, para su sorpresa, resultó ser mucho más que palabras. Y gracias a ese apoyo incondicional de Camila, ella estaba allí en ese momento, teniendo ante sí una nueva oportunidad.

—Ey, está bien —susurró Romeo en su oído, abrazándola con más fuerza si cabe y acariciando su espalda con una de sus manos. Con la otra mano, acariciaba delicadamente la cabeza de Beth, la cual estaba enterrada profundamente en su pecho—. Todo va a estar bien.

Beth hipó, su respiración entrecortada, y se dejó consolar por ese abrazo.

—No pude hacerlo —dijo un rato después, su voz amortiguada por la tela de la camisa de Romeo—. Maldita sea, no quiero hacerlo.

Romeo sabía muy bien a qué se refería ella. Podía imaginar, con una claridad aterradora, todo lo que ella estaba sintiendo en ese instante.

Entonces ella, cuando finalmente se calmó, levantó la cabeza del acogedor pecho de Romeo y, con lágrimas aún brillando en los ojos, lo miró directamente.

—Voy a tener a mi bebé —dijo con una seguridad renovada en la voz, como si hubiera encontrado su norte.

Romeo, sin pensárselo ni un solo segundo, cogió la cara de Beth entre las manos y, para sorpresa de ambos, le dio un dulce y emotivo beso en la frente. Entonces la miró profundamente a los ojos.

—Decidas lo que decidas, estará bien —aseguró Romeo.

Entendiendo todo y, a la vez, no entendiendo nada.



—Lo sabías.

Raven, terminando de abrocharse el último botón de la manga de su camisa, descendió con cuidado los dos últimos escalones de la escalera. Dirigió su mirada hacia Romeo, sus cejas arqueadas formando una pregunta silenciosa.

—¿A qué te refieres exactamente? —preguntó Raven, la curiosidad marcando cada una de sus palabras.

—Que está embarazada —articuló Romeo, bajando la voz hasta un susurro apenas audible, garantizando que solo Raven pudiera escuchar lo que tenía que decir sobre un tema tan delicado.

Exhalando un suspiro profundo y pesado, Raven echó un vistazo rápido a su alrededor, aliviado al confirmar que, en ese preciso momento, estaban completamente solos en el vestíbulo.

—¿Te lo ha dicho ella? —lo interrogó Raven, su voz llena de una mezcla de preocupación y curiosidad.

—No, no exactamente —admitió Romeo con cierta reticencia—. Vi algo que no debería haber visto.

—Ignóralo. Haz como si no lo hubieras hecho.

Romeo soltó una risa irónica.

—¿Sugieres que ignore el hecho de que está embarazada? —preguntó Romeo, no pudiendo evitar que su tono se impregnara de incredulidad.

Raven simplemente se encogió de hombros.

—¿Y por qué no deberías hacerlo? No es asunto tuyo si está embarazada o si no lo está. Lo único que debe importarte es que haga bien su trabajo —dijo con seguridad, dejando en claro que no había mucho más que discutir sobre el asunto.

Y en eso tenía razón.

Raven se quedó mirando a Romeo un instante mientras este, con la mirada perdida, se mordía el labio inferior. Después, puso su mano en el hombro y le dio unas palmaditas reconfortantes antes de caminar con paso decidido hacia la sala donde los demás ya habían comenzado a reunirse alrededor de la mesa para desayunar, completamente ajenos a la conversación que acababa de tener lugar.

Romeo suspiró en silencio, dejando que el aire escapara de sus pulmones como si intentara liberar la tensión que sentía dentro.

Raven tenía razón.

Toda la razón.

Aquello no era asunto suyo, pero…

Lo que Romeo ciertamente no podía imaginar, ni en sus más locos devaneos mentales, era que la vida, esa eterna jugadora de ajedrez, tenía otros planes muy diferentes para él y estaba a punto de complicarle las cosas.

Más de lo que nadie se podía imaginar…



Capítulo 12

Dos días más tarde, justo a la plácida hora del desayuno...

Beth se preparaba para compartir la primera comida del día con la familia de Carmichael, como ya había venido haciendo desde su llegada al hogar. Por petición expresa de la familia, compartía mesa y charla con ellos en cada una de las comidas diarias.

La verdad era que ella no se esperaba tal muestra de hospitalidad y que fue, de hecho, un gesto que agradeció desde lo más profundo de su corazón.

Esa mañana, Beth se sentó en el mismo lugar que había ocupado los días anteriores, el lugar que le habían dejado a ella. Se encontraba justo a un lado de Carmichael.

En cuanto al desayuno que había sobre la mesa, podría decirse que era prácticamente el mismo que el que se había servido los días anteriores.

Salvo por el pequeño pero significativo hecho de que…

—¿Otra, nena? —preguntó Raven, con sus cejas notablemente enarcadas, al observar a Chloe preparándose otra taza de café.

La mujer suspiró profundamente.

—Es que, de verdad, no sé qué me pasa. No logro despertarme del todo —se quejó ella con un tono de desesperación—. Ayer me pasó lo mismo; el café no hizo nada y me llevé todo el santo día bostezando y caminando como medio zombi. Debo haber desarrollado resistencia a la cafeína o algo así, porque otra explicación no tiene.

—Me pasó lo mismo —suspiró Rain, mostrando una expresión aliviada al saber que no era el único al que le había sucedido aquella extraña resistencia al café y, al mismo tiempo, sorprendiendo a Chloe.

—¿Y tu solución es tomar más? ¿Dónde está la lógica de eso? —Raven resopló, visiblemente frustrado—. Deja eso ahora mismo —exigió con firmeza cuando vio que ella estaba dispuesta a coger la jarra de café para servirse otra taza.

Como ella no parecía dispuesta a escucharle, Raven cogió la jarra de café y la puso lejos del alcance de Chloe.

—Beau... —la voz de Beth sonó en tono de advertencia.

Raven negó con la cabeza. Por él podía maldecir en arameo si quería que no iba a permitir que Chloe tomara ni una gota más de café.

—¿Quieres acabar enferma? ¿Es eso lo que buscas? —le preguntó el médico.

—El café es malo, tita Chloe —dijo Tori, quien había escuchado esa misma frase muchas veces antes.

Sobre todo porque ella misma había querido probarlo en alguna ocasión y esa era la respuesta

que siempre le habían dado. Claro que después, cuando preguntaba por qué, si era tan malo, los adultos insistían en tomarlo, nadie parecía tener una respuesta convincente.

Ya sabes, el tratarla como a una niña solo cuando les venía en gana.

—Malo será el café —dijo Chloe —. Y malo será también dejarme a mí de mala leche.

Raven se encogió de hombros, luciendo despreocupado pero firme a la vez.

—Me arriesgaré —afirmó el médico—. Mejor un poco de mal humor que enfrentarnos a un problema más serio —añadió, señalando con nada de sutileza a Carmichael para dar a entender a qué tipo de problema se refería.

—Déjala que tome si quiere, no le hará ningún daño —intervino entonces Romeo, decidido a meterse en el asunto—. Este café no tiene cafeína —dijo, revelando algo que sorprendió a todos.

Sonando muy satisfecho consigo mismo, además.

Rain, que estaba a punto de tomar un sorbo más de café, se quedó con la taza suspendida a medio camino entre la mesa y su boca. Dirigió una mirada llena de interrogantes a Romeo y, poco a poco, comenzó a bajar la taza hasta dejarla, de nuevo, sobre la mesa, un gesto de confusión en su rostro.

Se quedó observando al italiano un instante, mientras todos los demás en la sala hacían exactamente lo mismo, como si estuvieran esperando una explicación.

Que era, precisamente, lo que estaban haciendo.

Aunque en el fondo, Raven imaginaba, muy bien además, qué era lo que ese zumbado de la vida había hecho.

Estaba cuidando a Beth.

Raven quiso sonreír, aunque retuvo la expresión por un breve momento. Romeo y su eterno complejo de alma caritativa.

En más de una ocasión, Raven se había preguntado cómo un hombre con semejante corazón había logrado sobrevivir en el oscuro mundo de la mafia. Quizás su salvación residía en esa lengua afilada y esa chispa de humor ácido que solía mostrar en los momentos más inesperados. Y, por supuesto, su aguda y astuta inteligencia era su mayor aliado.

Pero en lo que respecta a maldad o crueldad innata, Romeo parecía ser totalmente ajeno a esos conceptos.

¡Si era un verdadero pan, por el amor de Dios!

Raven lo supo desde el primer momento, cuando, en aquella conversación de días atrás, hablaron sobre Beth. En ese momento, Raven supo que el italiano no sería capaz de ignorar que alguien necesitara ayuda.

Si es que se veía venir, pensó el médico.

—¿Qué has hecho, mafioso de pacotilla? —preguntó Rain con la voz baja y tranquila, pero

cargada de una tensión que señalaba que la tormenta podría desatarse en cualquier momento.

Romeo se encogió de hombros con un aire despreocupado.

—Mirar por vuestra salud, nada más. Me deshice del café normal y lo compré descafeinado —explicó el italiano con una naturalidad pasmosa.

Con tanta naturalidad, de hecho, que terminó dándole un bocado al croissant que tenía delante, como si nada estuviera fuera de lo normal.

Y terminó sonriendo.

—¿Y por qué has hecho algo así, si puede saberse? —quiso saber Chloe, quien sonreía poco.

Más bien nada.

Romeo dirigió una mirada de soslayo a Beth, como si ella tuviera algo que ver en todo esto.

Espera, ¿qué? ¿Tengo que ver en todo esto?, se preguntó la enfermera.

—Porque el café es malo para la salud —insistió el italiano, dando por sentado que todos deberían entender su razonamiento.

Sí, como imaginas. La causa última de todo esto era, ni más ni menos, ella: Beth.

—Malo para la salud... —repitió Rain, notando cómo se le empezaban a hinchar las aletas de la nariz, lo que no era una buena señal.

—Malo para la salud va a ser ¡que te destripe aquí mismo! —exclamó Chloe, completamente desquiciada y al borde de un ataque de nervios.

—¿Veis? —refunfuñó Romeo con un tono de triunfo—. ¡Eso es exactamente lo que os hace el café!

—¿El café? ¡Esto nos lo haces tú, italiano de los demonios! —rebatió Chloe, incapaz de contener más su frustración.

Y, como si todos los ingredientes para un buen drama familiar estuvieran al fin reunidos, se desató la discusión.

Y no solo se habló del café, sino que se desgranaron los matices de su sabor, la calidad de los granos y la frescura de su aroma. Se debatió sobre las marcas más prestigiosas y las más subestimadas, sobre las grandes corporaciones cafeteras y las pequeñas fincas artesanales.

Y como si fuera la evolución natural de ese debate, se habló del dueño del supermercado local donde solían comprar su café. No pintaba nada el pobre hombre allí, pero una vez que su nombre estuvo sobre la mesa y que el tema se había sacado a colación…

En realidad, nada de eso tenía mucho que ver con el café, pero ya sabes cómo son las conversaciones a veces, ¿verdad?

Y así concluyó aquella mañana cualquiera, en la hora habitual del desayuno, en la casa de los Carmichael.

Es decir, una mañana más, una como cualquier otra, sin nada extraordinario ni fuera de lugar que saltara a la vista. Algo que Beth, con el tiempo y la convivencia, descubriría por sí misma.



Capítulo 13

Raven frunció el ceño, observando detenidamente cada línea y detalle en la pantalla del ordenador que tenía delante. Esa pantalla mostraba con claridad los resultados de los múltiples exámenes y pruebas que le habían realizado a Carmichael durante toda la mañana. Cada número, cada gráfico, le daba una visión más completa del estado de salud del anciano.

Con un profundo suspiro, que evidenciaba el agotamiento y la preocupación acumulada, cuando terminó de analizar meticulosamente todo, se echó hacia atrás en la cómoda silla, dejando que su espalda sintiera el respaldo. Dejó caer la cabeza hacia atrás, permitiendo que los músculos de su cuello se relajaran, y cerró los ojos por un breve instante, intentando asimilar la información.

—¿Algo por lo que preocuparse? —preguntó Carmichael con cierta inquietud, notando el gesto del médico.

Raven abrió lentamente los ojos, reajustó la posición de su cabeza y posó su mirada en el anciano que lo observaba desde su silla de ruedas. Un anciano que, con el paso de los días, lucía más agotado, más consumido por el peso de los años y la enfermedad.

—No —respondió Raven con el alivio perceptible en su tono de voz—. Eso no significa que estés como un chaval, ni que vaya a darte el alta en este momento —se apresuró a aclarar, previendo la posible reacción del anciano —. Pero las cosas están evolucionando favorablemente.

Una sincera sonrisa se formó en los labios de Carmichael, haciendo que pequeñas arrugas se marcaran en las esquinas de sus ojos.

—Lo estoy haciendo bien —dijo el hombre, sonando satisfecho.

Romeo, quien estaba allí, cómodamente sentado al lado del anciano, puso los ojos en blanco, luciendo exasperado.

—Si no fuera por nosotros, porque te obligamos, probablemente no estarías siguiendo ni la mitad de las recomendaciones médicas. Entonces, ¿de quién es todo el mérito si no nuestro?

—Del que sufre, evidentemente —respondió Carmichael, mostrando una audacia y descaro impresionantes.

—Del que sufre… —Raven enarcó las cejas con asombro al escuchar tal declaración— ¡Me vas a decir que has sentido apenas un atisbo de dolor teniéndome a mí como médico! ¡Por favor! —exclamó con una mezcla de indignación y humor.

El anciano simplemente negó con la cabeza, ocultando una sonrisa traviesa.

—No te estreses tanto, Raven, que eres muy joven para darnos un susto. Deja esos sobresaltos para los viejos como yo, que ya hemos vivido suficiente.

Raven dirigió su mirada a Romeo. Por un breve momento, sus ojos se encontraron. Romeo,

con esa sonrisa ladeada que siempre llevaba, miró a Raven de vuelta. Después, como si una fuerza invisible los condujera, ambos giraron sus cabezas y miraron a Rain, quien también había acompañado a Carmichael a su revisión.

El sheriff, con los brazos cruzados y una postura de autoridad, con las cejas fruncidas hasta llegar al nacimiento de su pelo oscuro, estaba apoyado con gracia en el marco de la puerta, observándolos con una mezcla de diversión y seriedad.

—¿Pero de qué va este teatro? —preguntó Romeo, con su marcado acento italiano, mientras arqueaba una ceja al mirar al sheriff.

El mencionado resopló.

—Estuvo demasiado tiempo sin oxígeno, es posible que se le hayan muerto más neuronas de las que ya, de por sí, se suelen esfumar con la edad.

Los otros dos asintieron con la cabeza, reflexionando sobre las palabras del sheriff como si estuvieran ante una verdad universal. Un suave bufido escapó entre los labios apretados de Carmichael.

—Gracias a Dios, tengo mi cabeza muy bien amueblada, a pesar de todos estos años —suspiró, mirando a la distancia como si recordara momentos pasados—. El día que deje de ser así…

—Prefiero morir —dijeron todos a la vez, terminando la frase de Carmichael en perfecta sintonía.

—Hicisteis una promesa —les recordó Carmichael, su voz suave pero firme—. Nada de demencia, ni pérdida mental, ni convertirme en una carga para los demás, no más de lo que ya lo soy.

Romeo, con una mueca que oscilaba entre el humor y la melancolía, resopló y se levantó de la silla en la que estaba sentado.

—¿Es parte del rito de envejecer el hablar constantemente de la muerte? —preguntó el italiano mientras ponía las manos en los manillares de la silla de ruedas de Carmichael.

Aunque esta era eléctrica, él prefería manejarla, no quería que Carmichael hiciera el esfuerzo ni de darle al botón.

—Mi abuela era así, siempre hablaba del final, decía cada año: "Este es el último año que me veréis" —Romeo soltó una risa, recordando a la matriarca—. Al final, vivió tantos años que parecía Matusalén.

—¿Conociste a tu abuela? —preguntó Rain, con un brillo de curiosidad en sus ojos.

—A una de ellas. Y también a su madre —dijo Romeo, dejando escapar un suspiro cargado de recuerdos, y fingió un escalofrío mientras salía del despacho, dirigiendo la silla de ruedas—. Eran de la familia de mi padre, imagina el carácter. No sé quién era peor, si el patriarca o la matriarca.

—Yo ni siquiera conocí a mis padres, así que... —comentó Raven, saliendo del despacho con un tono juguetón en su voz, lo que provocó una risa en los demás.

—Podríamos decir que yo tampoco... Así que no se te ocurra hacerle eso a nuestros hijos de desaparecer pronto, sigue el camino de Matusalén —le aconsejó Rain a Carmichael, poniendo una de sus manos en uno de los hombros del anciano en un gesto amistoso.

—Si la vida así lo quiere... —suspiró el anciano, mirando al horizonte.

Los otros tres intercambiaron miradas, negaron con la cabeza y terminaron sonriendo.

—¿Estás seguro de que fue un infarto cardíaco y no cerebral? —bromeó Rain, incapaz de contener una risa, ignorando la mala mirada de Carmichael—. Es que no pareces haber quedado del todo bien —provocó el sheriff, desatando una risa colectiva entre el grupo.

Una risa que se apagó cuando vieron lo que tenían delante…



Con una sonrisa en los labios, teñida de cierto aire de melancolía, Beth terminó de escribir el mensaje de texto que estaba enviando a su compañera Sarah, quien la estaba poniendo al día con todas las últimas novedades sobre cómo iban las cosas en su vida.

Como habían imaginado ambas, porque Beth, aunque intentase transmitirle confianza y optimismo a su amiga, sabía, muy bien, que eso iba a pasar tarde o temprano, Sarah había terminado, también, en la calle.

Sin trabajo.

Y las cosas, para ella, no estaban yendo nada bien. La relación con su marido pendía de un hilo muy fino. Parecía que la pareja no sería capaz de superar la mala racha que estaban pasando.

Las parejas se rompían, los trabajos se perdían, y los embarazos no planeados existían. Así era la vida, al fin y al cabo, un camino lleno de baches, de obstáculos y pruebas que había que ir sorteando con cierta astucia y coraje.

Hasta el momento, Beth podía considerarse afortunada porque al menos tenía un trabajo. Era temporal, estaba en periodo de prueba, sí, pero ¿acaso eso no era mejor que nada?

La sonrisa que antes adornaba sus labios se transformó paulatinamente en un suspiro profundo y cargado de preocupaciones cuando todos estos pensamientos se le vinieron a la mente. Tras prometerle a Sarah que se verían el próximo día que tuviera libre, metió el móvil en el bolso y se levantó, dispuesta a estirar las piernas, porque ya llevaba demasiado tiempo sentada.

Se levantó con demasiada rapidez, y su cuerpo reaccionó a ello. Trastabilló, y estuvo a punto de caerse y saludar al suelo de una manera muy poco elegante.

Unas manos fuertes y familiares la sostuvieron antes de que eso ocurriera.

Ella supo de quién se trataba mucho antes de levantar su mirada, mucho antes de encontrarse con ese par de ojos verdes que tantas veces había mirado antes. Lo conocía tan bien que todos sus sentidos reaccionaban, todavía, a él.

A su contacto, a su olor, a su esencia…

Enfadada consigo misma y con la reacción visceral de su cuerpo que todavía no había entendido, al parecer, que él era el culpable de que tuviera el corazón roto en mil pedazos. Beth se separó de él con un gesto de desdén.

—Beth… —dijo él al ver de quién se trataba— Sigues en las nubes, sin mirar por dónde vas —continuó, empleando un tono que daba a entender que eso era lo habitual en ella.

Sí, Beth había vivido mucho tiempo en las nubes, en un estado de idealización y ensueño, sin mirar a dónde iba y sin cuestionar de mano de quién lo hacía.

—Al parecer, había muchas cosas que te molestaban de mí —dijo ella, la mordacidad saliendo a relucir en su tono de voz, enfrentando sin temor la mirada de él.

Aunque por dentro estuviera hecha un flan.

Trevor enarcó las cejas, claramente sorprendido al escucharla.

—Nunca se te dio bien el sarcasmo, Beth —le replicó.

—¿Se me da bien algo, según tú?

Ella debería callarse, darse la vuelta y marcharse sin pronunciar ni una sola palabra, pero la ira acumulada por la traición que había sufrido la mantenían ahí, enfrentándose a él.

—¿Qué haces aquí? —Trevor bajó la mirada hasta el vientre de Beth y cuando volvió a mirarla a los ojos, lo hizo con las cejas enarcadas— ¿Hay algo de lo que deba preocuparme?

Dispuesta a marcharse sin responder a esa pregunta, con la resolución firmemente dibujada en su rostro, Beth intentó pasar por su lado, pero antes de que pudiera hacerlo, Trevor la agarró del brazo.

—Beth... —empezó Trevor, la advertencia era evidente en el tono de su voz. Él giró la cabeza ligeramente, sus ojos buscando los de ella— No hay nada por lo que deba preocuparme, ¿verdad?

—Lo único que debería preocuparte en esta vida es no volver a tocarme —replicó ella, retorciendo su brazo con fuerza, decidida a liberarse de su agarrón, dispuesta a separarse de él de una vez por todas.

—No hagas ninguna tontería —le advirtió él, su voz sonando letal, cargada de una frialdad que daba escalofríos.— Porque nada, absolutamente nada, me atará a ti. Lo entiendes, ¿verdad?

A Beth no le dio tiempo ni a formular una respuesta, ni a procesar la gravedad de sus palabras, cuando de repente una mano firme se posó sobre su brazo y la separó con suavidad, pero con

autoridad, del agarre de Trevor.

Acto seguido, la dirigió para que se escondiera detrás de su cuerpo, manteniéndola segura y al resguardo, lejos de ese tipo que una vez significó algo para ella.

La sorpresa de aquel movimiento fue tanto para Beth como para Trevor, pero especialmente para este último, al ver de quién se trataba.

—Romeo… —las cejas de Trevor se enarcaron en una mezcla de confusión y sorpresa— ¿Qué haces? —preguntó, todavía tratando de asimilar la situación.

—Te ha pedido que no la toques —interrumpió Romeo, su voz firme y decidida.

Con la mano, detuvo a Beth, quien estaba dispuesta a salir de detrás de él para enfrentar directamente a ese idiota. Pero Romeo la mantuvo donde estaba, completamente lejos de ese imbécil y en un lugar seguro.

Junto a él.

—Esto es algo entre Beth y yo, no te metas. No tiene absolutamente nada que ver contigo —le advirtió Trevor, su voz sonando desdeñosa.

—Mientras Beth esté en horario de trabajo, esto es algo que me incumbe también —replicó Romeo, no dispuesto a ceder—. Y me meteré mientras ella no diga lo contrario.

Acto seguido, Romeo se giró y miró directamente a Beth, ofreciéndole tiempo suficiente para que ella le dijese que se ocupara de sus propios asuntos. Pero Beth optó por el silencio, decidiendo no hacerlo.

—Ve con Carmichael —dijo entonces Romeo—, nos vemos en casa.

Beth dudó por un breve instante, su mirada oscilando entre los dos hombres que representaban partes distintas de su vida. Pero tras mirar a Trevor una vez más, asintió con la cabeza en un gesto de acuerdo tácito.

Entonces, Romeo dirigió su mirada hacia Raven, Rain y el propio Carmichael que estaban a poca distancia.

—Lleváosla a casa —ordenó el italiano con autoridad.

Tanto el médico como el sheriff observaron a Romeo a los ojos, quizás buscando respuestas a algunas de las preguntas que se formaban en sus mentes.

Al parecer, obtuvieron lo que necesitaban, porque sin decir ni una sola palabra, junto con Beth, desaparecieron por el largo pasillo del hospital, dispuestos a marcharse.

—¿Trabajo? —preguntó Trevor, su voz impregnada de incredulidad y sorpresa— ¿A casa? ¿De qué va todo esto, Romeo?

Cuando Romeo volvió a girarse para enfrentar a su compañero, lo hizo con una mirada tan fría como el hielo, una mirada que cortaba cualquier tipo de camaradería o entendimiento que pudiera haber existido entre ellos.

—Va de que a partir de ahora, cualquier cosa que tengas que hablar con Beth, puedes hablarla conmigo.

Trevor soltó una carcajada irónica, su rostro torciéndose en una mueca de incredulidad mezclada con diversión.

—¿Me tomas el pelo? ¿Es esto algún tipo de broma sin sentido?

Sin inmutarse, Romeo enarcó sus cejas en un gesto calculado.

—¿Tengo cara de estar bromeando? —preguntó con severidad.

En ese instante, la sonrisa también había desaparecido de la cara de Trevor, como si un velo se hubiese levantado, revelando la cruda realidad de la tensión entre ellos.

—¿De qué va todo esto? ¿Qué es lo que está ocurriendo aquí realmente?— Romeo mantuvo su silencio, optando por no responder, lo que solo enfureció más a su compañero— ¿Te la estás follando? ¿Es eso?

Romeo sabía que no debía hacerlo, que la mejor respuesta era mantener la compostura e ignorar la vulgar y ofensiva provocación de Trevor.

Pero la rabia, ese sentimiento ardiente y visceral, nació en lo más profundo de sus entrañas. Como una serpiente venenosa, comenzó a subir, recorriendo todo su cuerpo, hasta hacer que levantara su puño, listo para golpearlo.

Pero…

No supo qué fue exactamente lo que lo paró en el último segundo. En lugar de dejarse llevar por ese impulso irracional, cogió a Trevor por el cuello de la camiseta, arrastrándolo y acercándolo a él hasta que sus rostros quedaron a escasos centímetros de distancia.

—Da gracias a Dios, o a quien sea que adores en el cielo o en la tierra, porque no soy como tú —le espetó Romeo.

Y con todo el odio que sentía en ese preciso instante, lo empujó con tanta fuerza que Trevor perdió el equilibrio y cayó de culo al suelo.

—¿Pero qué demonios...? —gruñó el bombero.

¿A qué venía esa explosión?

Ni el mismo Romeo podía responder a esa pregunta. Solo sabía que cuando había visto cómo Trevor la agarraba de esa manera, contra su voluntad, algo se había roto en su interior.

Cuando había visto que Trevor no la soltaba a pesar de que ella le pidiese que la dejase ir, algo muy primario se había activado en él.

El instinto de protección.

—No vuelvas a faltarle al respeto así —gruñó Romeo, sintiendo cómo la rabia seguía quemándole por dentro—. No vuelvas a acercarte a ella. ¡No vuelvas a mirarla! —explotó.

—¿De qué demonios estás hablando? —exclamó Trevor, mirando alrededor para recordar donde se encontraban, mientras se levantaba del suelo— ¿Se te va la puta olla o qué?

—Supongo que sí —respondió Romeo tras meditarlo un poco, su tono irónico—. Y si no quieres que se me vaya más —advirtió, sus ojos negros clavados en los de Trevor como si fueran dagas—, ni siquiera vuelvas a pronunciar su nombre. Porque no sé de lo que seré capaz de hacer si lo haces...



Capítulo 14

—Si me juego el pescuezo, porque créeme, de verdad me lo jugué al deshacerme del café y reemplazarlo para que puedas beberlo sin que te haga daño, y resulta que te encuentro a ti... —miró con incredulidad la pantalla del móvil que sostenía en su mano antes de volver a mirarla directamente a ella— A las dos y cuarenta y tres minutos de la madrugada, inyectándote azúcar en vena como si no hubiera un mañana... —dijo Romeo.

Estaba en el umbral de la cocina y su tono sonando claramente divertido, casi incrédulo, al ver a Beth allí, con la cara casi completamente metida en el plato que contenía un generoso pedazo de tarta de galletas que había preparado Sabrina, la cocinera de La Mansión.

Beth se quedó paralizada con el tenedor, donde tenía clavado un buen pedazo de tarta, a medio camino entre el plato y su ansiosa boca.

Miró a Romeo, luego miró al tentador pedazo de pastel y finalmente volvió a mirar a Romeo.

Entonces, mirándolo fijamente, luchando consigo misma y con la realidad del momento, terminó metiéndose el tenedor repleto de dulce directamente en la boca.

Romeo, sin poder evitarlo, soltó una sonora carcajada. Rio tanto que tuvo que limpiarse con la manga las lágrimas que le habían salido inesperadamente de los ojos.

—Lo siento mucho —dijo ella, masticando con la boca llena, luciendo verdaderamente arrepentida, pero evidentemente sin poder, ni querer, dejar de comer. Entonces, de repente, como si una presa se hubiera roto, comenzó a llorar a lágrima viva—. No sé qué diablos me pasa —llorando como un niño, se metió otro pedazo de pastel en la boca, sin pensar—. Pero simplemente no puedo parar.

Preocupado pero incrédulo, Romeo se acercó rápidamente hasta ella. Se sentó justo a su lado en la mesa de la cocina y cogió una servilleta de papel que le ofreció para que se limpiase las abundantes lágrimas que emanaban de sus ojos.

Ella ni lágrimas ni nada, ella solo quería seguir comiendo más y más.

Beth fue a coger otro suculento pedazo, aunque las lágrimas seguían cayendo sin cesar por su rostro. No le importaba en absoluto; tenía hambre.

¿Cómo no iba a tenerla si después no retenía, en su estómago rebelde, ni siquiera la cuarta parte de todo lo que tragaba?

Al percatarse de sus intenciones, Romeo, riendo, le quitó el tenedor de la mano y él mismo le limpió su rostro empapado de lágrimas con otra servilleta.

—Supongo que todo esto debe ser algo hormonal o algo así —dijo el bombero, intentando encontrar una explicación razonable a esa forma de actuar.

Beth asintió con la cabeza, sorbiendo por la nariz para contener las lágrimas.

—Y es una completa mierda —declaró, haciendo eco de su propia frustración.

—Me lo imagino perfectamente —asintió Romeo, haciendo un esfuerzo sobrehumano para intentar permanecer serio y no soltar la segunda carcajada que tenía en la garganta.

Pero no era tarea fácil hacerlo cuando ella lo miraba de esa manera, con esos ojos…

Entonces Romeo pestañeó, casi como si despertara de un sueño, al darse cuenta, por primera vez, de que los ojos de Beth no eran azules como él había creído siempre.

—Tus ojos son grises —dijo entonces, completamente serio, como si hubiera descubierto un nuevo continente.

Beth se quedó un rato quieta, como en estado de shock, hasta que, entonces, estalló en risas. Rio mientras escupía parte de la comida que todavía tenía amontonada en la boca, lo que la hizo reír todavía más y más fuerte.

Y es que joder, le había hecho mucha gracia el comentario tan inesperado.

—Desde hace exactamente treinta años, sí —dijo entre carcajadas descontroladas.

Romeo no pudo más que unirse a las risa contagiosa de Beth.

—Siempre es mejor reír que llorar —dijo entonces Romeo, con una genuina y cálida sonrisa iluminando sus labios—. ¿Te encuentras un poco mejor ahora? —le preguntó él cuando Beth dejó de reír y se estaba limpiando cuidadosamente las lágrimas de risa de los ojos con el dorso de su mano.

Beth asintió con la cabeza, una sonrisa agradecida dibujada en sus labios rosados.

—Hacía mucho tiempo que no me reía tanto. Ni me acordaba de cuánto ayudaba.

—Cuando quieras reír, solo tienes que buscarme —Romeo le guiñó un ojo con picardía y sonriendo.

—Temía que hubiera pasado algo entre vosotros —dijo entonces Beth, su tono de voz volvía a sonar serio.

Se refería a Romeo y Trevor, a cuando se quedaron solos en el hospital esa misma mañana.

—Ya te dije que no ocurrió nada —Romeo se levantó de la silla y se dirigió a la máquina de café que estaba al otro lado de la espaciosa cocina.

Sí, se lo había dicho cuando llegó a La Mansión un rato después de que ella lo hiciera. Ella, que estaba hecha un manojo de nervios, cuando finalmente lo vio aparecer en la entrada…

Él simplemente le guiñó un ojo de manera cómplice y le ofreció una sonrisa tranquilizadora, demostrándole con ese gesto sencillo que todo estaba bien, que no había razón para alarmarse o preocuparse.

Y, al parecer, así era.

Lo cual resultó ser un alivio inmenso para ella, porque lo último que realmente quería era crearle algún problema añadido a Romeo o a alguno de los habitantes de La Mansión después de la mano amiga que le habían tendido.

O peor aún, convertirse, ella misma, en el núcleo del problema.

¿Acaso no eres ya problema suficiente?, se preguntó a sí misma.

Cómo no iba a serlo con la que tenía encima…

—¿Te desperté? —preguntó Beth entonces, temiendo haber molestado a alguien.

Romeo negó con la cabeza mientras metía con destreza una cápsula de café en su respectivo departamento en la cafetera.

—Para nada —aseguró con tranquilidad—. Para mí es casi como una costumbre despertarme de madrugada.

Beth suspiró, su alivio evidente.

—¿Sufres de insomnio?

Romeo esperó pacientemente a que el café estuviera hecho y, cargando las tazas con ambas manos, volvió hasta la mesa. Pero esta vez tomó asiento frente a Beth.

Dejó con cuidado una taza de café descafeinado frente a ella y se sentó sosteniendo su taza entre sus manos.

—Por rachas —respondió él, tras tomar un sorbo largo de café.

—Por un momento pensé que podía haberos molestado —suspiró Beth, aparentemente agobiada—. No quiero ser una molestia ni abusar de vuestra hospitalidad —miró hasta el plato de tarta que tenía delante, como si fuera una evidencia de su culpa—. Lo siento mucho —dijo, claramente apenada y avergonzada.

—¿Por comerte un pedazo de pastel? —la diversión era palpable en la voz de Romeo, su tono burlón pero amable.

—Y por andar como Pedro por su casa en un lugar que no es el mío.

La sonrisa de Romeo se ensanchó todavía más.

—Trabajas y vives aquí ahora —se encogió de hombros como si fuera la cosa más obvia del mundo—. Mientras sea así, espero, y todos aquí esperamos —matizó, generalizando el sentimiento a los demás habitantes de La Mansión— que te sientas como en casa.

—¿Cómo puedes decirle eso a una completa extraña? —preguntó Beth, visiblemente perpleja.

Romeo soltó una carcajada al ver la cara de incredulidad de Beth.

—¿Eres una extraña? —preguntó entonces él.

Ella asintió con la cabeza.

Él negó con la suya, sus ojos llenos de una confianza implícita.

—Te aseguro que si has entrado en esta casa es porque sabemos mucho más de ti de lo que tú misma podrías imaginar.

Beth fingió un escalofrío, sus ojos se abrieron un poco ante la revelación.

—Eso da miedo, suena casi como algo sacado de una novela de espionaje.

—Ni Raven ni ninguno de nosotros dejaría a nadie a cargo de Carmichael si no estuviéramos completamente seguros de que esa persona es de fiar. Ni dejaríamos que durmiera bajo el mismo techo en esta casa. Ni, mucho menos, le daríamos libre acceso a la despensa. Además, vivimos con el sheriff, ¿recuerdas?

Beth lo miró a los ojos con seriedad.

—No sé cómo agradeceros la oportunidad que me estáis dando.

—Habéis terminado muchos en la calle, ¿verdad? —preguntó Romeo, refiriéndose a los trabajadores de la residencia de ancianos que se habían quedado sin trabajo debido a los recortes.

—La gran mayoría —dijo ella con un tono de voz cansado—. Quedan tan solo unos pocos, los cuales están reventados de echar horas. Seguirá siendo así hasta que no puedan más.

—Escuchaba rumores circulando por ahí, pero no tenía ni idea de que la cosa estuviera tan mal.

Beth suspiró pesadamente.

—Los rumores se quedan cortos, te lo aseguro… Y el futuro pinta muy negro para la gente de este pueblo.

—¿Pensabas marcharte? ¿Abandonar todo esto? —preguntó Romeo, su voz llena de una curiosidad cautelosa.

Beth levantó la mirada, fijándola en un punto indefinido del techo, en la nada, pensativa, sumida en sus propios pensamientos. Cuando posó de nuevo sus ojos grises sobre Romeo, la seriedad había vuelto a impregnar su semblante.

—Tenía pensado marcharme, sí. Abortar. Y comenzar una nueva vida desde cero, en otro lugar.

Romeo se quedó mirándola fijamente, su mirada penetrante observando cómo la tormenta emocional se desataba dentro de ella, cómo sus ojos se enturbiaban con todas las emociones, todos los conflictos que debía de estar sintiendo en ese preciso momento.

—¿Hablas en pasado? —preguntó Romeo con cuidado, sabiendo que ni siquiera debía preguntar por un tema tan delicado y tan personal.

—No pude hacerlo —susurró ella, su voz temblorosa, como había hecho aquella otra vez, mientras lloraba en los seguros y reconfortantes brazos de Romeo—. Lo intenté, pero simplemente no pude hacerlo.

Y recordarlo, dolía como una herida abierta que se niega a cerrar…

—Beth… —él fue a decirle que estaba bien, que no tenía que contarle nada más si no quería, que comprendía lo delicado del asunto, pero…

—Tenía cita programada ese día a las diez de la mañana. En esa cita no iba a abortar, solo iba a informarme sobre el procedimiento. Me explicarían los pasos a seguir, me mandarían hacer los análisis pertinentes, y finalmente me darían una cita para la interrupción del embarazo —Beth suspiró profundamente, como si el mero acto de recordarlo la agotara—. Llegué hasta el exterior de la clínica, pero no pude cruzar la puerta, no pude entrar —ella negó con la cabeza, su rostro lleno de una angustia evidente—. No quería entrar, esa es la verdad. Nunca he querido perder a este bebé —reconoció.

—Pero aun así, pensaste seriamente en hacerlo —notó Romeo.

—Sí —reconoció ella sin tapujos— La posibilidad siempre estuvo en algún rincón oscuro de mi mente. No sé si por mi propio deseo o por el de él —reconoció entonces ella—. No sé qué tanto sabes.

Romeo hizo un gesto con la cabeza.

—El único rumor que me ha llegado en el trabajo es que lo habéis dejado. Fue lo primero que escuché al volver—. Ya lo sabía porque Raven me lo había contado cuando me enteré de que trabajarías en La Mansión —reconoció Romeo—. Por lo demás… Con lo que escuché esta mañana en el hospital tengo suficiente para hacerme una idea de lo que está pasando.

Con lo que había escuchado era capaz de ver mucho más allá.

Beth tardó unos segundos en hablar, segundos que parecieron eternos. Pero cuando finalmente lo hizo, fue con la resolución de no guardarse nada, de abrirse completamente.

—Estoy embarazada de Trevor. Él no lo sabe, pero como también sabes, no es un hijo deseado para él.

Sí, Romeo había escuchado bien eso y lo había entendido todavía mejor.

—No voy a abortar, Romeo. Voy a tener a este bebé —dijo ella con la misma seguridad que le había dicho aquel día—. Quiera él o no.

Beth no tenía la más remota idea de qué diría Trevor cuando se enterara de la noticia de su embarazo. Ambos iban a ser padres, y esa noticia impactaría a cualquier persona.

Ni ella misma se lo esperaba.

Tanto era así que no se había percatado de que no solo había pasado un mes sin el periodo, sino que habían sido dos. Se dio cuenta de ello después de realizar el test de embarazo, cuando, un tanto incrédula, consultó el calendario en el que meticulosamente anotaba sus ciclos menstruales.

Lo mismo no era tan meticulosa, ¿no?

Sí, solía serlo. Pero últimamente estaba tan inmersa en los deberes y responsabilidades de su vida cotidiana y de su trabajo, que apenas había tenido tiempo para detenerse a pensar en la posibilidad de que un error tan grande pudiera ocurrir.

Sencillamente, no había imaginado que fuese posible.

Pero ahí estaba, embarazada.

Y no es que la noticia la llenara de una felicidad extrema como para empezar a saltar, pero tampoco la hacía derramar lágrimas por tratarse de un embarazo no planeado.

Beth realmente no sabría cómo explicarlo. Podría decirse que su estado emocional era algo extraño.

Se sentía extraña.

Y había sido agobiante tener que pasar todo el día manteniendo en secreto esta noticia. Pero sabía que no era algo que pudiera comunicar simplemente por una llamada telefónica o por un mensaje de texto; deseaba decírselo a Trevor mirándolo directamente a los ojos.

A eso iba dispuesta cuando salió aquella noche del trabajo, algo más tarde de su horario habitual, como se había convertido en costumbre. Sin avisar a Trevor, se dirigió al pequeño y modesto piso donde él residía, dispuesta a sorprenderlo con la noticia.

Sin embargo, no podía haber imaginado que la verdadera sorprendida sería ella misma.

Beth se quedó paralizada en la entrada mientras veía cómo su novio, Trevor, devoraba apasionadamente, porque realmente no existía otra palabra que pudiera describir lo que estaba presenciando, a esa mujer desconocida.

Cuando finalmente los labios de ambos se separaron, él susurró algo que Beth no logró escuchar sobre los labios de ella, y en ese preciso instante, la mujer se giró para mirarla.

Si alguna vez había conocido a Beth, no lo demostró en ese momento. Porque la miró como si Beth fuera una persona insignificante, prácticamente invisible en su vida.

Solo cuando esa desconocida mujer pasó por su lado, Beth se volvió repentinamente visible para Trevor. El rostro del bombero cambió abruptamente de color, perdiendo todo tono y matiz.

—Beth...

Qué repulsión sentía Beth, de repente, al escuchar su propio nombre pronunciado en los labios de él.

—No te esperaba —afirmó él, dando un deliberado paso adelante, claramente dispuesto a acercarse a ella.

Beth soltó una carcajada irónica, una risa cargada de desdén y de incredulidad.

—No, es bastante obvio que no me esperabas —replicó ella con un tono de voz que destilaba una mezcla de sarcasmo y amargura.

La risa que antes se le escapaba tan fácilmente terminó abruptamente en un sollozo cuando la cruda realidad, por fin, le golpeó con toda su fuerza.

Pero Beth, como la mujer orgullosa y fuerte que siempre había sido, levantó la cabeza en un gesto de superioridad. Se prohibió a sí misma soltar incluso una sola lágrima delante de él.

Pero decirlo era más fácil que hacerlo, mucho más fácil que contener las emociones desbordadas que la embargaban.

Y así, con la rabia emanando de su ser, no pudo hacer más que limpiarse las lágrimas que, sin ningún tipo de control, caían libremente de sus ojos ya enrojecidos.

Con pasos lentos, medidos y absolutamente comedidos, llegó hasta él, recorriendo la corta pero significativa distancia que los separaba. Y sin darle siquiera un segundo para formular algún tipo de pensamiento o excusa, levantó su mano con decisión y se la estampó con firmeza contra la cara.

La bofetada resonó con un eco ensordecedor en todo el piso. El golpe fue tan fuerte que hizo girar casi por completo la cara de Trevor.

Con la mano todavía reposando sobre el cachete recién golpeado, Trevor levantó los ojos para mirarla.

Y fue precisamente en esa penetrante y reveladora mirada que Beth encontró todas las respuestas que necesitaba, todas las confirmaciones que su mente y corazón requerían para dar el siguiente paso.

Sin pronunciar nada más, sin permitirse emitir una sola palabra más en esa tensa atmósfera, giró sobre sus talones con la firme determinación de quien ha tomado una decisión irrevocable.

Estaba completamente dispuesta a no volver a ver a ese hombre.

—¿Te fuiste? —preguntó Romeo con una nota de preocupación en su voz cuando Beth se quedó en profundo silencio, con la mirada inexplicablemente perdida, casi hipnotizada, sobre la taza de café que seguía teniendo cuidadosamente sujeta entre sus manos.

Una sonrisa delicada y un tanto avergonzada emergió lentamente en los labios de Beth, como si el simple acto de sonreír le costara un gran esfuerzo.

—Mi intención inicial era irme de allí manteniendo toda la dignidad del mundo intacta. Pero, como suele pasar en la vida, las cosas no salieron exactamente como lo había planeado...

Ni tiempo le dio a Beth a dar un solo paso, cuando Trevor, actuando casi impulsivamente, extendió su mano para agarrarla del brazo en un intento por detener su avance. Pero falló y no la tocó a ella directamente, sino que su mano se cerró en torno al bolso que Beth tenía colgado en su hombro.

No solo consiguió que Beth se detuviera en seco, sino que, además, el bolso, con el tirón abrupto y fuerte, terminó con la correa completamente rota. El bolso cayó y parte de su contenido quedó esparcido por el suelo.

El rostro de Beth se convirtió en una mezcla de terror y ansiedad al darse cuenta de lo que tenía guardado allí. Se agachó rápidamente y comenzó a meter apresuradamente los objetos de

vuelta en el maltrecho bolso.

Gracias a Dios, la pequeña bolsa donde guardaba los test de embarazo todavía se mantenía escondida entre los demás artículos.

Porque, desde luego, ese no era el momento de hablar de eso.

No cuando sentía que su corazón estaba literalmente rompiéndose en mil diminutos pedazos. No cuando su mente era un torbellino de pensamientos contradictorios.

No cuando, para ser honesta, no sabía qué demonios iba a hacer con su vida.

—¿Qué es eso? —preguntó Trevor con un tono de sorpresa en su voz.

Al escucharlo, Beth levantó rápidamente la mirada y casi se cae de culo al ver lo que él, que ni siquiera se había agachado para ayudarla a recoger ese desastre, tenía en su mano.

Con rapidez, Beth se lo quitó de las manos y lo escondió rápidamente en el bolso. Se levantó a toda prisa, casi perdiendo el equilibrio en el proceso.

¡Maldita fuera su suerte!

Había comprado otro test de embarazo al salir del trabajo, pensando que tal vez Trevor querría confirmar la noticia por sí mismo.

—¿Un test de embarazo, Beth? ¿De qué va esto? —preguntó él.

—Nada que te importe —respondió ella, cortante, pero esta vez Trevor la agarró, y sí lo hizo directamente del brazo. No iba a permitir que ella se marchara de allí.

No todavía.

—¿Es tuyo? —quiso saber él, con una curiosidad penetrante en sus ojos.

—¿Y si lo fuera? —contraatacó ella, sin responder directamente a la pregunta, eludiéndola por completo.

Trevor enarcó sus cejas, un gesto que la irritaba sobremanera.

—¿Sería mío? —preguntó él entonces, con un tono que rozaba lo absurdo.

Beth levantó la mano, totalmente dispuesta a estampársela de nuevo a ese desgraciado por lo que acababa de insinuar.

—Esta vez no, Beth —gruñó él, agarrándola con fuerza por la muñeca—. Respóndeme, ¿estás embarazada?

Ella se soltó, forcejando, de su agarre.

—Qué te importa, no sería tuyo de todas maneras —escupió ella con una rabia apenas contenida.

—Beth... —el tono de advertencia en su voz era palpable.

—¿Y si te digo que sí? ¿Y si te digo que estoy embarazada? ¿Cambiaría algo de lo que acabo de ver?

—Aborta —soltó él entonces, sin preámbulos.

—¿Qué? —preguntó ella, repentinamente desorientada por su respuesta.

—De ser así, simplemente aborta —repitió él con toda la frialdad y naturalidad del mundo.

—¿De qué demonios hablas? —pestañeó Beth, todavía incrédula.

—Solo respondo a tu pregunta. Dudo mucho que lo estés, porque siempre me cuido muy bien. Pero en la desgraciada posibilidad de que ocurriese, tan simple como abortar y adiós problema.

La naturalidad con la que hablaba de eso le puso los pelos de punta a Beth.

—¿Tu propio hijo sería considerado un problema para ti? —Beth estaba completamente anonadada, incapaz de creer lo que oía.

Trevor suspiró pesadamente, como si llevara el peso del mundo en sus hombros.

—No me hagas lucir como un cabrón, Beth. Ambos sabemos que nuestra relación no ha funcionado desde hace mucho tiempo. Y lo último que necesitaríamos es estar atados de por vida con un niño no deseado. No es eso lo que quiero. No estoy preparado para ser padre, mucho menos tú para ser madre. Así que déjate de test y de gilipolleces, deja de fantasear con que vamos a terminar en el altar, déjame en paz a mí y deja de atosigarme pidiendo lo que claramente no te puedo dar. ¡Porque no te quiero! —estalló, dejando claro que llevaba mucho tiempo queriendo decirle aquello— Haz algo con tu vida, mira por ti y comienza a vivir antes de pensar en estar con alguien más o en criar a niños imaginarios. Céntrate, Beth. Lo nuestro se acabó, ¡se acabó hace mucho! Deja de soñar con una vida ¡que nunca tendrás! Joder, Beth —exhaló él con un resoplido cargado de impaciencia.

Y, sin mostrar ni una pizca de empatía ante el visible dolor que Beth experimentaba al escuchar sus crudas palabras, remató su discurso sin piedad.

Golpeándola de la peor manera posible, atacándola en su dignidad.

—Si ni siquiera eres capaz de cuidarte y mantenerte tú, ¿cómo demonios lo harías con un niño? —Trevor suspiró profundamente— Deja de vivir en un mundo de fantasías y enfrenta la realidad tal como es. No te quiero, y ni siquiera la existencia de un hijo podrá hacer que me quede a tu lado. Así que si por casualidad este test es tuyo y sale positivo, ya sabes lo que tienes que hacer.

Las lágrimas fluían sin control de los ojos de Beth. Cada una de las frías y punzantes palabras que Trevor le había dirigido se había sentido como cuchillos afilados que se clavaban en diferentes partes de su ya vulnerable pecho, rompiendo su corazón en más pedazos de lo que ya lo estaba.

Y es que, en aquel preciso momento, la traición y el engaño que había experimentado no dolían tanto como las implacables dagas verbales que él había lanzado.

—Sí, sé lo que tengo que hacer —había logrado decir ella entonces, su voz temblorosa, sintiéndose una mierda absoluta.

Y sin pronunciar ni una sola palabra más, sin siquiera permitirse un último vistazo atrás, Beth se giró. Entonces sí, con pasos que iban dejando atrás cada pedazo roto de su corazón, se marchó y se alejó de él para siempre, cerrando un capítulo doloroso que la había consumido más de lo que cualquier ser humano debería soportar.

Romeo se había quedado completamente petrificado al escuchar la complicada y dolorosa historia de Beth.

Al igual que ella, él tampoco conocía verdaderamente a Trevor como podría llegar a conocer a alguno de los chicos de La Mansión. De ellos, de Raven y de Rain, sí podía afirmar con certeza que, si escuchara un relato similar, sabría que era completamente falso; que ellos jamás actuarían de una manera tan despreciable.

Pero cuando se trataba de Trevor, no podía afirmar lo mismo con la misma convicción.

—Se ha comportado como un auténtico capullo, un verdadero imbécil —dijo Romeo cuando finalmente encontró su voz para hablar de nuevo.

—¿Pero? —preguntó ella, su voz llena de una mezcla de anticipación y cautela, intuyendo que esa palabra, ese "pero", había quedado suspendido en el aire.

—Ningún pero, Beth —dijo él entonces, sorprendiéndola con su respuesta tajante y definitiva —. ¿Vas a decírselo? ¿Vas a decirle que sí será padre? ¿Vas decirle que no vas a hacer lo que él quiere y espera de ti, y que vas a tener a ese bebé?

Beth se tomó un momento para pensar. Y cuando finalmente habló, lo hizo formulando una pregunta, la misma que rondaba su mente cada vez que consideraba la interrogante que Romeo le había planteado.

—¿Siquiera tiene derecho a saberlo? —preguntó, poniendo en palabras la duda que le carcomía el alma.

Romeo meditó sobre eso y un suspiro profundo salió de sus labios. Era un tema complejo. Un tema donde ni siquiera la ética y la moralidad parecían tener cabida.

Un tema donde, tomase la decisión que tomase, encontraría apoyo en unos y críticas en otros.

Tomase la decisión que tomase, podría estar bien y mal a la vez a los ojos de la sociedad, pero lo más importante era cómo se sentiría ella al respecto.

Tomase la decisión que tomase, nadie tenía el derecho de juzgarla, ni siquiera ella misma.

Y para él, solo había una cosa que quedaba absolutamente clara en medio de todas esas consideraciones…

—Decidas lo que decidas, estará bien —le aseguró—. Y si ahora no quieres decírselo, estás en tu completo derecho. Y si dentro de un tiempo cambias de opinión y decides hacerlo, eso

también estará bien.

Porque era así como eran las cosas.

Era así como debían ser.

—Nadie debe juzgarte por la decisión que tomes, pero tú tampoco debes hacerlo —añadió el italiano, la sabiduría palpable en cada una de sus palabras.

—Gracias —dijo ella, su voz temblorosa de emoción.

Él negó con la cabeza, sintiendo que no era necesario que le agradeciera nada.

—Gracias por tus palabras. Y gracias también por lo que hiciste por mí esta mañana —insistió ella.

—No hice nada —respondió él con modestia.

—Hiciste que sintiera que no estoy sola en todo esto —dijo ella, sus ojos brillando con emoción.

—No estás sola en esto, Beth —le aseguró él—. Si me necesitas, y si me permites estar a tu lado, lo estaré. Ya sea como un amigo o como ese hermano protector que nunca tuviste. Si necesitas algo, cualquier cosa —sus ojos brillaron con un toque de humor—, incluso cambiar el café por descafeinado —dijo él, guiñándole el ojo de forma cómplice—, aquí estaré, siempre a tu disposición.

Las emociones, tan a flor de piel, hicieron que los ojos de Beth se llenaran de lágrimas.

—¿Por qué? —murmuró, con una mezcla de gratitud y asombro— ¿Por qué me ayudarías?

Romeo simplemente se encogió de hombros con una sonrisa serena.

—Porque yo también me he visto solo. Yo también he sentido ese miedo paralizante. Y sé lo que se siente —la seriedad en su voz—. Sé cuánto puede significar que alguien te tienda la mano. Tener a alguien que simplemente esté allí, a tu lado. Alguien que no te juzgue, alguien que solo te apoye. Decidas lo que decidas.

Él tuvo la fortuna de encontrar a esos faros en su vida.

Tuvo a Carmichael.

Tuvo a Raven.

Tuvo a Rain.

Todavía los tenía.

Y por más duro que fuera su pasado, por más profundas y dolorosas fueran las cicatrices que llevaba en el alma, por más mal que hubiera hecho en algunos momentos, esas manos amigas lo ayudaron a sanar.

Lo ayudaron a seguir adelante.

Ahora era su turno de tender esa mano.

Y Beth merecía eso. Porque, al igual que él en su momento, ella estaba sola en el mundo. Y, para colmo, esperando un bebé.

—Esa persona incondicional para ti, Beth, seré yo.



Capítulo 15

—¿Tienes un bebé en la barriga? —preguntó Tori, con sus pequeños ojos brillando de asombro y la boca ligeramente abierta en una expresión de sorpresa.

—Sí —respondió Beth, con una sonrisa juguetona y un brillo travieso en los ojos.

Ya todo el mundo en la casa estaba al tanto de la noticia, así que Beth se preguntó: ¿por qué seguir tratando el tema como si fuera un oscuro y misterioso secreto?

Al principio, sí que había sido algo que quería guardar en secreto, especialmente cuando se debatía sobre la posibilidad de abortar. Sin embargo, una vez que decidió que quería darle la bienvenida a ese bebé en su vida, ya no encontró razón alguna para guardar silencio.

—¿Y ya sabes cómo se va a llamar tu bebé? —preguntó Tori, inclinando ligeramente la cabeza, con genuina curiosidad.

—Eso todavía no lo sé —respondió Beth con una sonrisa radiante.

—Vaya —exclamó la pequeña Tori, sus ojos todavía más abiertos por la sorpresa— ¿Eso significa que tu barriga crecerá mucho, mucho, como la de la tita Chloe?

Beth no pudo contener una carcajada sonora al imaginar la comparación.

—No sé cuánto creció la de la tita Chloe, pero espero que la mía crezca poco —dijo Beth.

—¿A mi mamá se le puso la barriga grande cuando yo estaba ahí? —preguntó Tori, dirigiendo una mirada llena de inocencia a Raven.

El rostro del médico reflejó sorpresa. Tori conocía partes de su historia y de su origen, y aunque había vivido la mayor parte de su vida sin Raven, a veces, soltaba preguntas tan inesperadas como esa.

Tal vez era su edad lo que la hacía no entender ciertas cosas del todo.

—Tu mamá tuvo una barriga así de grande —intervino Chloe rápidamente, extendiendo su brazo exageradamente para mostrar una barriga inmensa—. Incluso más grande que la mía cuando esperaba a Kieran.

Tori abrió los ojos aún más, si es que eso era posible.

—¿De verdad? —preguntó con una voz llena de asombro.

Chloe asintió con una sonrisa tierna en sus labios.

—De verdad. También recuerdo que le costaba mucho levantarse de la cama, al igual que a mí. Imagina llevar algo así —señaló al bebé que yacía en sus brazos, dormido plácidamente— dentro de tu barriguita.

Tori lanzó una mirada rápida a Raider, luego a los adultos que la rodeaban y, con una mueca graciosa, confesó en voz baja:

—No lo quiero imaginar. Yo no quiero tener bebés —dijo con una determinación adorable.

La mesa estalló en risas al escuchar la inocente proclamación de la niña.

—Lo que me parece muy bien —comentó Raven con un tono juguetón—. La verdad es que no sé si podría pasar por algo así otra vez —añadió con una teatral expresión de agonía.

—No lo harías —intervino Romeo, masticando su croissant con entusiasmo—. Casi no lo logras cuando nació Rebel.

Chloe dejó escapar un suspiro al escuchar el peculiar apodo del niño, resignada. Ese nombre se quedaría con él para siempre, tenía que asumirlo.

—Cierto —dijo Rain, recordando aquellos momentos con la risa en su voz—. Nos llamaron diciendo que Raven se había desmayado de la emoción.

—¡Eso es mentira! —exclamó el médico con una indignación claramente fingida—. Vamos, ya os dije que todo eso no fue más que una broma pesada de los sanitarios. ¿No es así, cariño? —agregó, mirando a Chloe con esos ojos suplicantes, buscando su apoyo en ese asunto.

Chloe se encontró un momento atrapada entre la mirada insistente del guapísimo médico de pelo rubio oscuro que tenía a su lado y las expectantes miradas del resto. Sus ojos se perdieron por un instante en los de Raven, esos impresionantes ojos color miel que tenían la habilidad de hacerla sentir mariposas en el estómago incluso después de tanto tiempo juntos. Sin embargo, decidió hacer un poco de juego y, desviando la mirada hacia Rain y Romeo, soltó:

—Lo único que puedo decir es que cuando cayó, el estruendo resonó hasta en China —dijo con un suspiro exagerado y una sonrisa cómplice.

—¡Oh, venga ya! —replicó Raven, con una expresión ofendida, mientras las risas de los presentes llenaban el ambiente.

—Es irónico pensar que un hombre que puede realizar intervenciones quirúrgicas tan delicadas, que podría literalmente abrir un cuerpo y sacarle el corazón con sus propias manos, se muestre tan... No sea capaz de aguantar ver parir a su mujer —comentó Rain, con una sonrisa traviesa.

—Eso es destuartizar, ¿verdad? —preguntó Tori en un murmullo casi inaudible, dirigiendo su mirada a Raider, con una mezcla de curiosidad y asombro en sus ojos.

Raider, al percatarse de que nadie más les estaba prestando atención, asintió levemente.

—Sí —dijo, bajando todavía más la voz y lanzando una mirada furtiva a la morena—. Pero tú no sabes nada de eso, ¿vale?

La risa pícara de Tori emergió, una risa contagiosa y brillante que sacudía todo su pequeño cuerpo.

—Prometo que mis labios están pegados —aseguró con orgullo.

—Sellados —la corrigió Raider con una sonrisa amable.

Tori hizo un gesto despreocupado con su mano, restándole importancia al error.

—Lo que sea, tú me entiendes.

Y sí, Raider definitivamente la entendía, posiblemente más que nadie en ese loco hogar. No cabía duda de que esa era la familia más excéntrica y maravillosa que pudo haberle tocado.

En medio de las risas y bromas, Tori, con su inocencia característica, soltó la bomba.

—¿Y quién es el padre del bebé?

La atmósfera se tensó de repente, las risas cesaron y todas las miradas se centraron en Beth.

La pobre Beth se encontró de repente en el centro de atención, y aunque carraspeó, intentando encontrar las palabras adecuadas, su boca no emitió ningún sonido.

¿Cómo iba a abordar ese delicado tema con una niña?

Justo cuando parecía que el silencio se apoderaría por completo de la estancia, Romeo intervino, tratando de aliviar la tensión y ayudar a la enfermera:

—No todos los bebés tienen por qué tener un padre. A veces no tienen un padre, en otros casos puede que no tengan madre, o incluso, en algunas situaciones, pueden no tener ninguno de los dos. En otros casos tienen dos papás o dos mamás —explicó Romeo con una sencillez envidiable, encogiéndose de hombros como si fuera la cosa más natural del mundo.

Porque lo era.

—Otras veces tienen los dos pero es como si en realidad no tuvieran ninguno —murmuró Raider, sumido en sus pensamientos, sin darse cuenta de que había dicho esas palabras en voz alta.

Camila, que se encontraba justo a su lado y había escuchado el susurro del joven, deslizó su mano hasta encontrar la de Raider sobre la mesa. Le dio un apretón cariñoso, transmitiéndole con ese sencillo gesto todo el amor y apoyo que sentía hacia él. Mirándole directamente a los ojos, le regaló una cariñosa sonrisa.

—Oh... —comenzó Tori, sus pequeños ojos llenos de comprensión— Es como cuando yo no tenía a mi papá. Y ahora, no tengo mamá... —su voz se quebró ligeramente, una sombra de tristeza cruzando su rostro.

Pero, como la resiliente niña que era, se recompuso rápidamente y añadió con un brillo renovado en sus ojos.

—Pero ahora tengo a tita Chloe, que es como mi mamá. ¿Verdad, tita Chloe? —dijo mirando hacia Chloe con una amplia sonrisa que iluminaba su rostro.

Chloe, con lágrimas amenazando con desbordar de sus ojos, asintió.

—Por supuesto que sí, pequeña —dijo con un nudo en la garganta, emocionada.

—Y tita Camila es la mamá de Raider —continuó Tori, señalando con su dedito hacia la mujer de preciosos ojos color chocolate que agarraba la mano del pequeño, antes de agregar con una

sonrisa traviesa— ¡Ahora todo tiene sentido!

Un suspiro colectivo llenó la habitación. Cuatro palabras tan sencillas pero cargadas de significado.

Había ocasiones en las que era complicado explicarle ciertas cosas a una niña, sobre todo cuando se trataba de ser fiel a la realidad.

Beth sonrió.

—El bebé tendrá una mamá que lo querrá con todo su corazón y lo va a hacer muy, muy feliz.

—No solo la mamá, yo también lo voy a querer muchísimo. Y todos los demás también —intervino Tori, golpeando la mesa con entusiasmo—. Y Rebel tendrá un nuevo amigo —hizo una pausa, sus ojos brillando con emoción— No, no solo uno, ¡tendrá un montón de amigos!

—Eso espero —respondió Beth, entre risas, maravillada por el encanto y la vivacidad de la pequeña Tori.

Y es que esa niña tenía una habilidad única para alegrar el ambiente.

El grupo continuó disfrutando de la comida, todos sumidos en sus propias conversaciones, excepto Tori.

Carmichael, con su vasta experiencia, notó la expresión pensativa de la pequeña y cómo se mordía el labio, un signo claro de que algo rondaba en su mente.

—¿En qué piensa esa pequeña cabecita? —preguntó con afecto, mirándola.

Tori levantó la mirada, con su ceño fruncido por la concentración.

—Bueno, abuelo, es que estoy tratando de entender algo.

Romeo, siempre dispuesto a bromear, intervino.

—Qué curioso, ¿Tori pensando?

El anciano rio suavemente ante el comentario y, miró a Tori con interés.

—¿Y qué es lo que te tiene tan pensativa? —preguntó Carmichael.

La pequeña Tori, sin ningún rastro de timidez, soltó la pregunta que había estado rondando por su mente.

—Estoy pensando... ¿Por qué tito Romeo no es el papá del bebé?



Capítulo 16

"¿Por qué tito Romeo no es el papá del bebé?"

Esa pregunta, tan inocente y directa, proveniente de los labios de Tori, hizo que Romeo se sintiera como un pez fuera del agua.

Carraspeó, intentando despejar su garganta, notando cómo el croissant que había ingerido momentos antes parecía no querer bajar por completo. Y joder, no era para menos con semejante preguntita.

¿Padre del bebé?

¿Él?

¡Por favor! ¡Las cosas que se le ocurrían a los niños!

No, él no sería el padre de nadie. Nunca. Siempre sería el tío molón, y con eso era más que suficiente.

Además, ese bebé ya tenía un padre, aunque no estuviera presente.

Una vocecita interna, ese molesto diálogo interno que todos tenemos, lo desafió: Si Trevor no estuviera en la ecuación, ¿te lo plantearías?

Romeo negó con vehemencia, rechazando incluso la idea de considerarlo. Pero, ¿por qué ese pensamiento le había venido a la mente? Era un rompecabezas en el que no tenía todas las piezas y, sinceramente, no sabía si quería encontrarlas.

En medio de sus cavilaciones, un contacto en su rodilla lo sobresaltó. Su reacción fue tan brusca que terminó saltando de su asiento, aterrizando en el contiguo.

Al levantar la vista, encontró a Beth con la mano todavía extendida hacia él y una expresión de sorpresa en su rostro.

—No paraba de llamarte y no me hacías caso —comentó ella como justificación ante su atrevimiento.

—Ah… Es un tic que tengo —se apresuró a decir Romeo, intentando salvar la situación.

Pero Beth no era de las que se dejaban engañar fácilmente.

—¿El tic de saltar si te tocan? —preguntó con un tono ligeramente juguetón.

—El tic de mover la pierna —la corrigió él—. Me resulta difícil estar completamente quieto —se defendió Romeo.

Pero Beth tenía una carta bajo la manga.

—Ah… Creía que eras de los que se quedan dormidos en cualquier lugar —soltó, tratando de contener una risa al ver la expresión de incredulidad en el rostro de Romeo.

—¿Quién ha osado decir eso de mí? —preguntó, fingiendo indignación.

—Todo el mundo en La Mansión lo comenta —replicó Beth con una sonrisa traviesa.

Romeo soltó un bufido, sonando más como el gruñido de un animal herido que como una auténtica queja.

—No te creas nada de lo que te digan sobre mí —advirtió, aunque había un tono juguetón en su voz —. Soy el gran maltratado de la casa.

Beth rio, una risa cristalina que alivió la tensión del momento.

—Lo tendré en cuenta —prometió entre risas.

Tras unos segundos de silencio, Romeo decidió regresar a su asiento original, junto a Beth. Pero la observadora mujer notó de nuevo el tic en la pierna de Romeo.

—¿Por qué no te vas? —preguntó.

Romeo la miró, un poco sorprendido por la pregunta.

—¿Por qué habría de hacerlo? —respondió, evadiendo ligeramente la cuestión.

Beth suspiró.

—Se nota que estás incómodo aquí —observó con una perspicacia que lo dejó sin palabras.

—Cualquiera lo estaría, estas sillas son el infierno —bufó él, moviéndose inquieto en el asiento, intentando encontrar una posición cómoda.

El diseño ergonómico brillaba por su ausencia y, sinceramente, Romeo se preguntaba cómo podía ser que en un lugar donde atendían a enfermos tuvieran un mobiliario tan incómodo.

Beth se tomó un momento antes de mirar a Romeo. Estudió su perfil, las líneas de su rostro, y esperó. Esperó a que él sintiera la intensidad de su mirada y volteara hacia ella. Cuando finalmente lo hizo, y sus oscuros ojos se encontraron con los suyos, ella decidió hablar.

—No tienes por qué estar aquí —comenzó con un tono suave—. Podía haberme venido con Rain cuando lo propuso. Y, si hubiera sido necesario, soy perfectamente capaz de coger un taxi para volver a La Mansión —era una declaración más que una sugerencia, pero había un deje de agradecimiento en sus palabras—. Te agradezco mucho tu apoyo y tu ayuda, pero no es necesario que hagas cosas que te hagan sentir incómodo. No tienes por qué hacer más de lo que ya hiciste por mí, ha sido más que suficiente.

Él alzó una ceja al escucharla.

—Estoy libre por la mañana —replicó con sencillez—. ¿Por qué gastar en un taxi cuando estoy yo disponible? —dijo, centrándose en eso e ignorando todo lo demás que ella había dicho, haciéndolo sonar como si la idea de dejarla sola fuera una locura.

Algo que no pasó desapercibido para ella.

Beth exhaló un suspiro. Sabía que, por más argumentos que presentara, Romeo era terco y no

iba a ceder. Aunque estuviera incómodo.

—Como quieras —respondió con resignación.

Si por querer fuera…

Romeo, observando a Beth, notó que la que temblaba, entonces, era la pierna de ella.

—¿Estás nerviosa? —preguntó él.

Ella asintió, sus ojos brillando con emoción.

—Sí, es la primera vez que voy a ver al bebé —confesó, mientras una sonrisa temblorosa se dibujaba en su rostro.

La ternura se apoderó de Romeo.

Giró en su asiento, quedando de lado para poder mirarla más de cerca.

—Apuesto a que llorarás cuando lo veas —aventuró con picardía, un tono divertido en su voz.

La respuesta de Beth fue una risa genuina, aunque con una leve sombra de vergüenza.

—¿Me estás llamando llorona? —inquirió juguetonamente.

Él asintió con una sonrisa pícara.

—Lloras por todo. Imagina al ver a tu bebé.

Beth puso los ojos en blanco, divertida.

—¡Yo no lloro por todo! —exclamó, aunque las risas traicionaban su postura.

Romeo sonrió con malicia.

—¿No? ¿Y qué me dices de esa noche, en el pub, cuando saliste corriendo y te encontramos llorando con un gato en brazos?

Beth se sonrojó.

—Era un gatito abandonado —se defendió, su voz teñida de nostalgia—. No es malo ser sensible.

—Desde luego que no —concordó Romeo, riendo con cariño—. Pero, a veces, te pasas.

—Apenas me conoces, mafioso de pacotilla —respondió Beth, fingiendo indignación.

—¿Mafioso de pacotilla? ¿En serio? —preguntó con una mezcla de incredulidad y diversión.

Ella simplemente se encogió de hombros, su mirada traviesa.

—Todo lo malo se pega —dijo con una sonrisa juguetona.

Romeo levantó una ceja con fingido reproche.

—Ahora me das a entender que por andar con Raven y Rain te has vuelto una pequeña

traviesa.

—¡Exagerado! —exclamó, divertida.

—Como buen italiano que soy —se justificó entre risas.

—¿Beth Duncan? —preguntó una enfermera, saliendo de una de las salas, interrumpiendo la charla.

Las risas se esfumaron, y el ambiente cambió. El motivo de su visita volvía a ser el centro de atención. Beth, al darse cuenta de lo que Romeo había hecho por ella, sintió una mezcla de gratitud y sorpresa.

—Gracias —dijo.

—¿Por qué? —preguntó él, claramente desubicado.

—Lo has hecho para hacerme reír y que me relajase —aseguró ella, clavando sus ojos en él. Cada arruga en su frente mostraba la curiosidad y la gratitud que sentía en ese momento.

—No hice nada —contestó Romeo, tratando de esconder la verdad detrás de un gesto despreocupado.

Se encogió de hombros, pero la sonrisa ladeada que esbozaba en sus labios no engañaba a nadie, y menos a Beth.

Por mucho que Romeo intentase jugar al misterioso, Beth ya podía leer entre líneas. La conexión entre ambos crecía y se fortalecía con cada interacción.

—Gracias —murmuró Beth de nuevo, casi en un hilo de voz, transmitiendo una gratitud que iba más allá de las palabras.

—¿Beth? —la voz de la enfermera los sacó de su burbuja. Era una voz familiar, en un pueblo donde todos se conocían, y donde las historias de cada quien se entrelazaban de formas inesperadas.

—Soy yo —respondió Beth, aunque era más una confirmación que una necesidad.

Estaba claro que la enfermera ya sabía quién era, no solo porque se conocían, sino por el hecho de que era la única que esperaba en la sala de ginecología.

Levantándose con cierta vacilación, Beth pudo sentir la mirada de Romeo clavada en ella. Él también se puso de pie, una sonrisa tranquilizadora en sus labios.

—Suerte —dijo, añadiendo un guiño cómplice que logró arrancarle una sonrisa a ella.

Beth avanzó, cada paso resonando con la mezcla de emoción y ansiedad que sentía en ese momento. Y es que, ese instante sería un capítulo especial en su vida. Una historia que, hasta ese día, había estado marcada por la soledad. Una soledad que esperaba que pronto se viera eclipsada por la llegada de su bebé. Pero mientras ese momento llegaba, la incertidumbre y la emoción la abrumaban.

Desde lejos, Romeo notó la vacilación en Beth. Su postura, su mirada perdida; todo en ella

gritaba por la necesidad de apoyo. Sin pensarlo mucho, comenzó a avanzar hacia ella, pero la duda lo paralizó momentáneamente.

¿Estaba cruzando los límites?

No tenía que involucrarse tanto…

Antes de que pudiera racionalizarlo, ya estaba al lado de Beth, cogiendo su mano con un gesto protector y cariñoso. El contacto sorprendió a Beth, quien volteó rápidamente hacia él. Sin mirarla, con una voz firme, Romeo habló.

—Sin miedo, es hora de conocer a tu bebé.

Y entonces, sus miradas se encontraron. La intensidad de ese momento fue palpable, y Beth sintió un calor en su interior. Como si, por un instante, las piezas rotas de su corazón comenzaran a unirse nuevamente.

Con una voz suave y cargada de emoción, Beth sonrió.

—¿Quieres conocer a mi bebé?



Capítulo 17

Si a Raven le sorprendió ver a Romeo allí, no lo demostró en absoluto. Mantuvo su mirada imperturbable y serena.

Al parecer, el único sorprendido en aquel momento era el propio Romeo que seguía sin saber ¡qué demonios estaba haciendo allí!

Y ya que estamos…

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Romeo al ver a Raven en la consulta.

Raven, siempre de naturaleza cínica, enarcó las cejas en una expresión de diversión apenas disimulada.

—Trabajo aquí —respondió, su voz tintineando con condescendencia.

Sin perder un momento, Raven señaló con un movimiento de mano una silla, invitando a Beth a tomar asiento. La enfermera, ocupada en sus tareas, preparaba la camilla al otro lado de la habitación.

—¿Desde cuándo trabajas en ginecología? —inquirió Romeo, claramente desconcertado, mientras se acomodaba en una silla al lado de Beth.

Raven se encogió de hombros con naturalidad, su tono desenfadado.

—Trabajo en lo que haga falta. ¿Acaso olvidas la situación del hospital? No nadamos precisamente en abundancia de personal.

Romeo exhaló un suspiro resignado.

—Ya…

—Además, yo sugerí esta cita, ¿no? —continuó Raven con una sonrisa traviesa—. Y Beth pidió que yo fuera el encargado de revisarla. No entiendo que te sorprenda verme aquí.

La confusión en el rostro de Romeo era evidente.

—¿Cuándo? —murmuró, desubicado.

—Esta mañana, en el desayuno. Cuando estabas a punto de atragantarte después de que mi hija te preguntara por qué no te convertías tú en el padre del bebé de Beth —dijo el médico, riendo.

Romeo gruñó algo y señaló a Beth con la cabeza, recordándole al imbécil del médico que ella estaba delante y que no tenía que decir las cosas ¡de esa manera!

—No te preocupes por eso. A decir verdad, yo misma estuve a punto de desmayarme de la vergüenza —dijo Beth, sonando todavía avergonzada al recordar el momento tan bochornoso que pasó.

Romeo la miró.

Eso tendría que considerarlo un alivio, ¿no?

—Por qué? —preguntó entonces, repentinamente serio.

—¿Por qué… qué? —preguntó ella, sin entenderlo.

—¿Por qué te desmayarías? ¿Acaso no crees que pueda ser un buen padre?

El asombro se reflejó en el rostro de Raven al escuchar a su amigo.

—No creo que haya querido decir…

Pero su amigo lo interrumpió.

—Sé que no soy el hombre del que estás enamorada ni el padre del bebé, pero eso no me haría un mal padre.

El silencio se apoderó de la habitación durante unos segundos, cortado solo por el murmullo de Romeo, quien al darse cuenta de lo que estaba diciendo, miró a Raven mientras su rostro lucía desencajado.

—¿Pero qué estoy diciendo? —gimió el italiano.

Raven simplemente negó con la cabeza.

—Si no lo sabes tú… —comenzó, y miró a Beth— Ni caso, la mafia lo dejó medio zumbado —continuó con un tono humorístico, intentando aliviar la atmósfera—. A veces, ni él mismo sabe de lo que habla.

Beth, intentando contener una risa, frunció los labios formando una mueca de diversión y preocupación al mismo tiempo. Era evidente que su estancia en La Mansión le había preparado para situaciones como esa, pero no por ello dejaba de ser sorprendente.

—Me había preparado para este tipo de cosas antes de entrar a trabajar en La Mansión —confesó, con un deje de seriedad en su voz—. Vuestra reputación os precede.

El médico, claramente intrigado, entrecerró los ojos y arqueó perfectamente una.

—¿Qué quieres decir con eso? —inquirió.

Un brillo juguetón iluminó los ojos de Beth.

—Camila me puso sobre aviso —dijo, esbozando una sonrisa traviesa.

La curiosidad se apoderó del ambiente, y el médico, evidentemente interesado, insistió.

—¿Cómo nos definió exactamente?

—Excéntricos, cabezotas… —Beth empezó a contar con sus dedos, enumerando las palabras con las que Camila había descrito al grupo.

Antes de que pudiera continuar, Raven intervino, tratando de cortar la lista que,

evidentemente, iba a ser larga.

—Es suficiente — casi rogó.

Lo que hizo que Beth soltara una carcajada.

—¿Preparada para ver al bebé? —preguntó entonces Raven, mirando a Beth, quien asintió emocionada—. ¿Preparado? —le preguntó entonces a Romeo, quien no se esperaba esa pregunta en absoluto.

A pesar de que Romeo asintió, su expresión delataba su nerviosismo, aumentado todavía más cuando vio a Raven aplicar gel en la barriga de Beth y situar el aparato del ecógrafo sobre ella.

—Aquí está el bebé —anunció Raven con firmeza un momento después.

Romeo se puso tenso, buscando al bebé por toda la sala.

—¿Dónde? —cuestionó, frunciendo el ceño, confuso.

Raven señaló pacientemente hacia la pantalla.

—Ahí. ¿Lo ves?

Hombre, a ver. Romeo ver, lo que se dice ver, no veía nada.

—Pues no —dijo el italiano con sinceridad, haciendo que Beth soltara una sonora carcajada.

—Eres un caso —dijo ella.

—¿Pero tú lo ves? —preguntó Romeo.

Beth, después de observar la pantalla por un momento, negó con la cabeza.

—No, pero sé que está ahí —dijo con un deje de emoción en su voz.

Raven, como el profesional que era, empezó a señalar las diferentes partes del bebé en la pantalla.

—Vaya —dijo Romeo cuando el médico terminó de explicarles—. Es impresionante.

—¿Verdad? —asintió Beth.

Sus ojos brillando de emoción. Al notar que las lágrimas amenazaban con desbordar, Romeo reaccionó rápidamente, limpiando su rostro.

—Ey, no llores —dijo el italiano, preocupado.

Beth sonrió a través de sus lágrimas.

—Es de felicidad —confesó.

Romeo, con su mirada penetrante, acarició suavemente el rostro de Beth con sus dedos.

—Entonces llora lo que quieras —murmuró con una voz suave, dejando que su sonrisa cariñosa hablara por él.

Ella, todavía con las lágrimas reflejando la luz de la habitación, no pudo evitar dejarse llevar por la calidez de ese gesto, respondiendo con una sonrisa que dejaba entrever la mezcla de emoción y agradecimiento que sentía.

Por unos segundos, que parecieron eternos, los ojos de ambos se quedaron entrelazados. El ambiente en la habitación se había cargado de una electricidad palpable.

Beth se encontró irresistiblemente atrapada por la mirada de aquel hombre que tenía enfrente. Su presencia era magnética, y no solo por esos profundos ojos negros. Era innegable que su físico era perfecto: alto, delgado, pero con músculos bien definidos y facciones tan finamente cinceladas que parecían esculpidas por un artista renacentista, y ese indudable toque italiano en su porte y estilo...

Pero para Beth, no era simplemente eso.

Había algo más, algo intangible que trascendía su evidente atractivo físico.

Era la chispa en sus ojos, ese brillo particular en su mirada. Tal vez era su manera de expresarse, la cadencia de su voz y ese acento que le daba un encanto extra. Y definitivamente, era esa forma tan particular y cautivadora con la que la miraba...

Romeo, por su parte, sentía algo similar.

Siempre había sido consciente de la belleza de Beth, de su gracia y encanto natural. Pero en ese momento, parecía percibirla con más intensidad. Se preguntaba, ¿por qué ahora?

¿Por qué ella le parecía más deslumbrante que nunca?

Era como si una especie de hechizo hubiera sido conjurado entre ellos, haciendo que todo brillara con una luz diferente.

Ambos sentían que algo especial, algo mágico estaba sucediendo en ese instante, algo que iba más allá de simples miradas.

Pero, como suele suceder en los momentos más intensos, un sonido externo los devolvió a la realidad. El carraspeo de Raven, quizás un poco incómodo o quizás solo queriendo asegurarse de que no se perdieran por completo en su burbuja, rompió el hechizo que los había envuelto.

Ambos parpadearon, volviendo lentamente al mundo real.

Pero lo que no podía ser negado, ni siquiera minimizado, era esa extraña sensación que había dejado una huella en ambos corazones.



Capítulo 18

Con una sonrisa juguetona y una ceja levantada, Romeo se apoyó contra el marco de la puerta de la cocina, deleitándose con la cómica escena que se desarrollaba ante él.

Cada vez que veía a Beth en la cocina, sabía que se encontraba ante una aventura inesperada.

La forma en que ella conseguía asombrarlo una y otra vez, cómo podía cambiar la monotonía de un día en un instante, era algo que siempre le dejaba sin palabras.

Si alguien le hubiera dicho hace un tiempo que se divertiría viendo a una mujer comer pastel mientras lloraba, probablemente se habría reído a carcajadas.

Pero aquí estaba, contemplando a Beth, con su cabello revuelto y lágrimas que corrían por sus mejillas, mientras devoraba cada bocado con una mezcla de emoción y hambre.

El objeto de su atención, el que estaba sobre la mesa y al que miraba con tanto fervor, era invisible para Romeo. Pero, en realidad, no necesitaba verlo para entender lo que estaba sucediendo. Había sido testigo de los altibajos emocionales que el embarazo le provocaba a Beth, de esas hormonas que jugaban al vaivén con sus emociones.

El recuerdo del ultrasonido, o más bien, la mancha que le aseguraban que era el bebé, todavía lo hacía sonreír. Y era algo que no podía describir con palabras.

Era curioso cómo, a veces, las experiencias más simples podían cambiar la perspectiva de la vida.

Romeo ahora se encontraba reflexionando sobre el milagro de la vida. Si a él, que solo era un observador en todo aquello, le había impactado tanto, ¿cómo habría sido para Beth?

La verdad era que todo aquello del embarazo era fascinante.

Cuando Chloe estaba embarazada, hasta había creído que Raven exageraba un poco. Pero quizás no era tan exagerado después de todo.

Tras un largo suspiro que pareció sacarle de su ensimismamiento, Romeo regresó a la realidad. Y, menos mal que lo hizo, porque justo en ese instante, vio a Beth atragantarse con un gran bocado de tarta.

—Joder —exclamó, acercándose a ella en un instante. Sus manos ya estaban listas para actuar —. De verdad, ¿no puedes tomarte un minuto para masticar tu comida?

Con una mirada donde se mezclaban la irritación y el alivio, Beth logró despejar su garganta y contestó, aún con restos de tos.

—Se me fue por mal sitio. Ya estoy bien —y tras decir eso, se recostó en la silla, intentando recuperar la compostura.

Romeo, aliviado pero todavía preocupado, se sentó a su lado, pasando una mano por su frente.

—Tal vez debería instalar un sistema de seguridad en la nevera. Así podría estar seguro de que

no te levantarás en medio de la noche buscando alguna delicia con la que accidentalmente acabar con tu vida.

Beth, entre sorprendida y divertida, soltó una risa que resonó en toda la cocina. Se inclinó hacia atrás, al punto de tener que cubrirse la boca con ambas manos para intentar contenerse.

Viéndola reír de esa manera, Romeo no pudo evitar sonreír también.

—Lo que yo diga… —dijo, con una sonrisa traviesa— Estás completamente loca.

Las carcajadas de Beth se detuvieron de repente. El ambiente, antes cargado de alegría, se transformó de golpe en uno de inquietud y preocupación. Su risa ahora había sido reemplazada por un silencio tenso y palpable.

—¿Qué sucedió? —preguntó con voz preocupada, dejando que sus ojos recorrieran el semblante de Romeo.

La mano de Beth se elevó, casi por sí sola, acercándose al rostro de Romeo. Sin embargo, él se alejó, esquivándola.

Sus ojos, aún llenos de preocupación, buscaron respuestas en los de él.

—¿Quién te hizo esto? —insistió ella.

Él desvió la mirada, tratando de minimizarlo.

—No es nada, en serio.

Trevor decidió saldar la disputa que tuvimos en el hospital. Sin mediar palabra, se acercó a mí y me propinó un golpe directo en la mandíbula. Aunque, realmente, no es algo de lo que debas preocuparte.…

—¡Y una mierda no es nada! —exclamó ella, para sorpresa de él.

Sin perder tiempo, se levantó y fue a buscar el botiquín de primeros auxilios, sabiendo que él necesitaba atención médica.

Romeo, aún algo avergonzado, trató de detenerla.

—Solo me golpeé mientras trabajaba —mintió—. No te preocupes por mí.

Pero Beth no estaba dispuesta a dejarlo estar.

—Si no es para responder a mis preguntas, mejor no hables —le espetó ella, mirándolo con una seriedad que rara vez mostraba.

Él la observó, impresionado por su determinación, y decidió mantener la boca cerrada.

Con destreza, Beth reorganizó las sillas y se posicionó frente a él. Abriendo el botiquín, comenzó a preparar los utensilios.

—¿Estabas llorando mientras mirabas la ecografía del bebé? —preguntó Romeo un momento después, incapaz de permanecer callado mucho tiempo.

Ella, sin perder la concentración en su tarea, simplemente asintió.

—Sí —afirmó.

Luego, tomando una venda empapada en yodo, levantó la mano en dirección a su rostro.

—Quédate quieto —ordenó, al notar el titubeo en los ojos de Romeo—. Sé lo que hago. Y soy muy buena en ello, además.

Él sonrió con cierta resignación.

—Nunca he dudado de tu habilidad.

Ella, mostrando un destello juguetón en su mirada, sonrió.

—Espero que no, porque de ser así... —y aplicó un poco más de presión en una de sus heridas, haciéndolo fruncir el ceño y gemir—. Me vengaría.

Al ver cómo ella se divertía a su costa, Romeo esbozó una media sonrisa.

—Siempre pensé que eras dulce y comprensiva. Jamás imaginé que fueras una persona vengativa.

Ella levantó una ceja, claramente divertida.

—Oh, lo soy. Y mucho. Si cogiera ahora mismo a quien te hizo esto, lo dejaría eunuco de por vida —dijo, y su voz se volvió más firme y seria, dejando claro que no estaba bromeando.

—¿Me defenderías así? —preguntó Romeo, conmovido por sus palabras.

Beth levantó la vista de su labor, mirándolo con una profundidad que él raramente había visto en ella.

—Claro que sí. Eres mi amigo, ¿no?

Esa palabra, "amigo", resonó en el aire.

Romeo sintió un nudo en el estómago. Sí, eran amigos, pero en ese momento, algo dentro de él se agitaba, algo que no sabía cómo definir.

¿Qué estaba sintiendo exactamente?

—Sí, somos amigos —dijo con una breve pausa, carraspeando ligeramente, como si esas palabras necesitasen cierto esfuerzo para ser pronunciadas.

Romeo se quedó allí, inmóvil en su silla, sin saber qué hacer o decir. Beth estaba tan cerca, su concentración completamente centrada en curarle las heridas.

Desde luego, Beth había demostrado ser toda una profesional en aquel momento, porque a él, un hombre acostumbrado a situaciones adversas, le estaba costando la vida mantener la compostura.

¿Por qué? Era como si le curase cualquier otra persona, ¿no?

Bueno, no, no era igual. Si hubiese sido el insufrible de Raven o el aún más intolerable Rain, Romeo no estaría con esa sensación en el estómago, ese cosquilleo que lo tenía nervioso.

Tal vez sentiría un cosquilleo en el puño, fruto de la tentación de lanzarlo contra esos dos, pero ciertamente no se asemejaría al aleteo de mariposas que estaba sintiendo en ese momento.

Espera, ¿mariposas?

¡¿Y por qué demonios estás nervioso?!, se regañó a sí mismo mentalmente, intentando apaciguar sus propias emociones.

—¿Por qué estás nervioso? —preguntó ella con curiosidad, mirándolo con aquellos ojos profundos, como si pudiera adentrarse en sus pensamientos.

Por un segundo, el corazón de Romeo saltó.

¿Lo había dicho en voz alta?

¡Oh, mierda!

—¿Yo? ¿Nervioso? —intentó reírse de la situación, haciendo un sonido con la lengua en un intento de restarle importancia al asunto— ¡Vamos, para nada!

Pero Beth no estaba convencida y se separó ligeramente, dejando que sus ojos escudriñaran los de él.

—Ya… ¿Entonces por qué estás temblando? —preguntó con diversión, una sonrisa juguetona en sus labios— ¿Es por el dolor? ¿Acaso el mafioso italiano tiene un umbral del dolor sorprendentemente bajo? —la risa se insinuaba claramente en su tono.

Romeo, normalmente tan seguro de sí mismo, no sonreía ahora. Su expresión se tornó grave, casi desafiante, y la miró con intensidad, como intentando descifrar algún misterio en su mirada.

Beth enarcó las cejas con expectación, esperando una respuesta. Sin embargo, Romeo solo la observaba, embriagándose de cada detalle de su rostro.

Era preciosa.

Siempre había reconocido la belleza de Beth: aquel rostro encantador y aquella mirada que parecía iluminar todo a su alrededor. Y cada vez que la miraba, le parecía más bonita.

Pero nunca antes había reparado en cuán delicada parecía su nariz, ni en la plenitud de sus labios, ni en la profundidad de esos ojos grises, enmarcados por densas pestañas.

Atraído como por un imán, Romeo permitió que su mirada recorriera cada detalle, desde su cabello castaño recogido en un moño casual hasta sus labios. De manera casi involuntaria, levantó la mano para quitarle un pequeño rastro de azúcar que descansaba en la comisura de su boca.

El simple roce de sus dedos contra la piel de Beth provocó un escalofrío que los envolvió a ambos. Pero, a pesar de la tensión en el aire, ninguno se apartó.

—Al parecer tiemblo por ti —susurró Romeo, aún asombrado por su propia reacción, fijando

profundamente sus ojos en los de ella—. Al parecer —reiteró con una voz todavía más suave—, tenerte tan cerca me hace temblar —y, con una ternura inesperada, acarició la mejilla de Beth con el pulgar tras dejar descansar la palma de su mano en la mejilla de ella.

Beth también temblaba, y ese temblor era tan intenso que casi podía sentirlo vibrando en sus huesos. No era un simple estremecimiento. Temblaba, como hacía mucho que no lo hacía.

Temblaba por la imperante necesidad de su contacto, por la electricidad que emanaba de su proximidad.

Temblaba, sobre todo, por lo que la cercanía de ese hombre, Romeo, provocaba en ella: una mezcla de ansiedad y deseo.

Temblaba de deseo, un deseo que parecía consumirla por dentro.

Esa constatación la alarmó.

La idea de sentir algo tan poderoso la asustó al punto de querer salir corriendo. En su mente, el plan era claro: tenía que hacerlo. Tenía que alejarse, levantarse y poner distancia entre ella y ese hombre que le hacía sentir de esa manera.

Sin embargo, su cuerpo tenía otros planes. No podía moverse. La razón era ese par de ojos negros tan intensos que la miraban con una mezcla de deseo y confusión, manteniéndola anclada en su sitio.

Haciendo que fuera incapaz de huir.

—Romeo… —susurró con voz temblorosa.

Pero él, con una sonrisa ligera y una mano que acariciaba su rostro con la misma incertidumbre que ella sentía, la corrigió.

—Tiziano —dijo suavemente—. Para ti solo quiero ser Tiziano.

En ese momento, una marea de emociones abrumadoras se apoderó de a Romeo. Se preguntó si había estado resistiendo, si había estado luchando contra lo que sentía.

La respuesta fue evidente.

No, no se estaba resistiendo. Ni un ápice. Había dejado fluir todas y cada una de las sensaciones que lo embargaban, sin control.

Y, en un arranque de pasión repentina, hizo lo impensable: la besó.

Joder, ¡la besó!

La besó ¡y qué beso!

No fue un beso apasionado y ardiente, sino todo lo contrario. Fue un roce suave y breve, casi casto, pero cargado de significado. Un roce que poco a poco se volvió más profundo, pero sin llegar a profundizar del todo.

Beth quedó atónita. Jamás la habían besado con tanta dulzura y con tanto anhelo. Con esa

sensación de que era la única persona en el mundo que importaba en ese momento.

Para Romeo, el romper el beso fue casi doloroso.

Al encontrarse con los ojos sorprendidos de Beth, se dio cuenta del impacto de su acción y, en un gesto de desconcierto, se levantó abruptamente, derribando la silla en el proceso. Se pasó las manos temblorosas por el cabello, exhalando por la frustración.

—Lo siento, yo… *Cazzo!* —su voz reflejaba el asombro que sentía— No sé qué demonios me pasó.

Beth, todavía recuperándose del shock, intentó procesar sus propias emociones. No esperaba que él se arrepintiera tanto de un simple beso, y menos aún que se viera tan afectado por ello.

—Estoy embarazada —declaró de repente, una afirmación que, en ese contexto, parecía surgir de la nada.

—Por eso mismo, ¡joder! —exclamó Romeo, más exasperado, si es que eso era posible—. ¡Estás embarazada! ¿Cómo se me ocurre besarte? Y joder, eres tú, ¿sabes? Jamás, yo… Contigo… —negaba vehemente con la cabeza— *Mai!* ¡Nunca!—los ojos abiertos de par en par, horrorizado.

¡Como para no estarlo!

—No fue nada —dijo Beth con seriedad, tratando de mantener la compostura ante los comentarios que, claramente, la estaban hiriendo en lo más profundo de su ser.

Luego, sin más, comenzó a recoger las cosas.

—Beth…

—Está bien…

No, nada está bien, pensó él, pasándose las manos por el pelo, agobiado.

Y nada se sentía bien…

Tras dejar el botiquín en su sitio, Beth se dirigió hacia la puerta.

—Beth… —la llamó de nuevo, viendo cómo se alejaba, esperando detenerla y, quizás, encontrar algún tipo de entendimiento en medio de todo el caos emocional que sentía.

Con el sonido de sus propios pasos resonando en sus oídos, ella se abría paso, alejándose de él. Ya casi había cruzado la totalidad de la cocina, su silueta definida por la tenue luz del ambiente.

—Beth, por favor.

Al escuchar el ruego en la voz de Romeo, se detuvo en seco. Pero la herida estaba demasiado fresca, y no encontró la voluntad para girarse por completo hacia él.

—Me ha quedado claro, Romeo —dijo, con un tono en el que la resignación y el despecho luchaban por predominar—. De verdad, no te preocupes. Solo ha sido un beso, nada por lo que debas disculparte ni por lo que tengas que preocuparte. Jamás se me ocurriría pensar que yo,

entre tantas personas, sería por quien sintieras una chispa de atracción —con un suspiro cargado de frustración, giró la cabeza lentamente hacia él—. ¡Que estoy embarazada, por Dios! —exclamó usando el mismo tono horrorizado que él había usado al decir aquello.

Dicha la última palabra, Beth salió de la cocina, dejando a Romeo con el rostro marcado por la confusión.

Por un momento, pareció que iba a seguirla, sus pies se movieron un milímetro, pero no pasó de ahí.

Porque ¿qué iba a hacer? ¿Gritarle para que volviera?

¿Para disculparse de nuevo por el beso o para qué?

—¿Quizás disculparte por la cantidad de sandeces que acabas de decir?

La voz inesperada de Rain, cargada de una mezcla de irritación y asombro, lo devolvió a la realidad. Romeo fijo la mirada y allí, en el umbral de la cocina, se encontró con las figuras de Rain y Raven.

Sus expresiones no eran para nada alentadoras.

—Te pedí perdón de corazón, mafioso de pacotilla —comenzó a decir Rain, con un sarcasmo palpable y fuego en los ojos—. Pero créeme, me pones muy difícil que no vuelva a mandarte al carajo ¡y esta vez para siempre! Pero ¿se puede saber ¡cómo se puede ser tan cenutrio!? —exclamó el sheriff.

Romeo, quien todavía estaba tratando de procesar la avalancha de emociones, parpadeó un par de veces, intentando enfocar sus pensamientos.

Y entonces, como un rayo, la comprensión iluminó su rostro.

—La he cagado, ¿verdad? —susurró con voz quebrada, finalmente reconociendo el alcance de sus acciones.

Raven, con una mirada cargada de simpatía pero también de decepción, asintió lentamente, confirmándole lo que no quería, pero necesitaba escuchar.

—Como ninguno de nosotros jamás lo hizo —aseguró Raven, asintiendo con la cabeza.

Y eso era mucho decir…

En un gesto de desesperación, Romeo se desplomó en la silla y levantó la mirada hacia sus amigos, buscando alguna forma de consuelo o guía.

—¿Cuánto habéis visto?

Rain y Raven intercambiaron una mirada cargada de significado antes de responder al unísono, con tonos ligeramente burlones.

—¡Todo!



Capítulo 19

Los únicos sonidos que se escuchaban en esa cocina eran los suspiros agotados y profundos de Romeo, junto con las maldiciones en italiano, señal de que estaba enfadado.

Y agobiado.

—Deja la cucharita —gruñó Romeo, exasperado, cuando sus oídos captaron el tintineo de esta.

Raven, con una sonrisa juguetona, enarcó las cejas y movió la cuchara con la que movía el café con mayor intensidad. Observó con diversión la mirada asesina que Romeo le lanzó y, tras ofrecerle una sonrisa desafiante, sacó la cuchara de la taza con delicadeza y la dejó sobre la mesa con un gesto teatral.

—Y tú no respires —le advirtió el italiano a Rain, quien había soltado una carcajada con el gesto de Raven.

—El que no debería de respirar eres tú, sobre todo después de cómo la cagaste con Beth. Así que, en vez de pensar en deshacerte de nosotros, que es claramente lo que te estás imaginando en esa cabecita, ¿por qué no consideras la idea de desaparecer tú del mapa? —replicó el sheriff con una mirada afilada.

Raven asintió con la cabeza, con un gesto solemne que indicaba que estaba absolutamente de acuerdo con esa idea.

—Siempre te lo digo y nunca me haces caso. Pues bien, este parece el momento perfecto para sugerir que regreses a tu país natal y que no vuelvas —le soltó Raven con tono sarcástico.

Romeo, con los ojos entrecerrados, miró a Raven con desdén.

—Pensé que estabas de mi lado —dijo con amargura, mirando al médico— y que me protegías de sus ataques —añadió, señalando acusadoramente al sheriff.

—Ya, bueno —comenzó Raven, encogiéndose de hombros con aire despreocupado—. Pues no. No intervenía por defenderte a ti, lo hice porque este tipejo estaba comportándose igual que yo y eso, simplemente, no podía permitirlo. Así que tuve que ponerlo en su lugar, comportándome precisamente como él. Pero no te confundas, mafioso de pacotilla —una media sonrisa burlona apareció en los labios de Raven—. No siento por ti tanto afecto como para no querer que desaparezcas del país.

Romeo soltó una carcajada, no pudo evitarlo.

—Es un alivio escuchar eso —respondió con ironía, siguiéndole la corriente a Raven y, en el fondo, agradeciéndole ese momento de distracción.

Era innegable que había cometido un error con Beth y la verdad era que lo carcomía por dentro.

—Tengo que disculparme con ella —confesó Romeo, poniendo voz a sus pensamientos.

—Eso sin duda —dijo Rain con un tono serio.

—No tenía que haberla besado estando embarazada —continuó, dejando escapar un suspiro cargado de remordimiento—. Metí la pata hasta el fondo, ¿verdad?

Raven pestañeó, sorprendido. Rain también lo hizo, compartiendo la misma expresión de incredulidad. Ambos se miraron y después volvieron su atención hacia Romeo.

—¿Vas a disculparte solamente por el beso? ¿Porque la besaste estando embarazada específicamente? —inquirió Raven, claramente confundido.

—¡Claro! ¿No es eso lo que tengo que hacer? —Romeo parecía genuinamente perplejo.

—Bueno, técnicamente ya lo has hecho. Disculparte por el beso, quiero decir —aclaró Raven con un aire pensativo.

—Y besarla, claro —añadió Rain, sin poder resistir el chiste.

—No creo que haga falta que te disculpes otra vez —concluyó Raven, cruzándose de brazos— No por eso…

Raven dejó la frase suspendida en el aire, a ver si Romeo lo pillaba.

—No, definitivamente no —concordó el sheriff, asintiendo con solemnidad.

Romeo, con su penetrante mirada, iba alternando entre uno y otro. Parecía inmerso en sus propios pensamientos, tratando de descifrar cada matiz en las expresiones de sus amigos.

Ahora era el turno de Raven para hablar, ¿no?

Raven puso los ojos en blanco, era evidente que no lo entendía.

—Eso, amigo mío, te haría quedar incluso peor de lo que ya quedaste ante todos —sentenció Raven con un tono severo.

Sí, efectivamente era su turno de hablar. Y no solo eso, sino que también tenía toda la razón al decir que Romeo quedaría realmente mal si seguía por ese camino.

—Sí, sin duda —el sheriff intervino, apoyando las palabras de Raven—. Sería un desastre total.

—Sobre todo si no te disculpas ¡por lo que verdaderamente tendrías que disculparte! —estalló el médico, perdiendo por un momento la paciencia y mostrando su frustración.

—¡Si es que no se puede ser más tonto en esta vida! —comentó Rain con cierto sarcasmo, respaldando a Raven.

Los dos lo miraban con asombro, como si Romeo hubiera cometido una tontería de proporciones épicas. Era una mirada de incredulidad, como si de repente le hubieran salido siete cabezas o algo similar.

Romeo, sintiéndose como un niño regañado, miró a sus amigos, primero al médico y luego al sheriff, buscando algún tipo de apoyo.

—No es por el beso por lo que debo disculparme otra vez… —admitió Romeo, finalmente comprendiendo el punto que ambos intentaban hacerle ver.

—¡No! —exclamaron Raven y Rain al unísono.

—Porque, ya me disculpé por eso antes y podría ser peor volver a hablar de ello.

—Aja…

Romeo pestañeó varias veces, intentando procesar la información.

—Entonces, si no es por el beso, ¿por qué tendría que disculparme?

—Oh, ¡señor! —exclamó Rain, llevándose una mano a la frente en signo de frustración.

—¡Me lo cargo! —estalló Raven, su paciencia al límite— ¡De verdad que me lo cargo!

—Mucho italiano, mucho charlar y muchas lecciones a los demás, pero cuando es él quien tiene que entender algo… —Rain miró a Raven con una expresión cómplice— El pobre parece que no lo pilla, ¿eh?

—Ya lo veo —respondió Raven, poniendo los ojos en blanco—. Pero, ¿qué demonios hacemos con él?

—Destuárticémoslo —sugirió Rain con un tono tan serio que sonaba cómico.

Los tres se miraron y, al recordar la palabra inventada por Tori, soltaron una sonora carcajada, dejando a un lado por un momento la tensión.

—Realmente siento ganas de hacerlo, créeme —confesó el médico, riendo con ganas.

—Joder —Rain, con lágrimas en los ojos por la risa, añadió—. Lo peor de todo es que todo esto es hasta gracioso.

—Gracioso… —Romeo, tratando de recuperar el aliento, limpiaba sus lágrimas—. Gracioso dice… ¡Esto no tiene nada de gracioso! —su tono cambió drásticamente, volviéndose serio y apagando las risas.

Raven y Rain, un poco desconcertados, dejaron de reír al ver el cambio abrupto en el comportamiento del italiano. Se miraron entre sí, compartiendo una expresión de perplejidad.

—Definitivamente no lo pilla —comentó el sheriff, claramente sorprendido por la reacción de Romeo.

—No, definitivamente no lo pilla —murmuró Raven, pasándose una mano por el cabello con exasperación.

—¡¿Pero qué demonios es exactamente lo que se supone que tengo que pillar?! —preguntó Romeo, con el rostro rojo y una mezcla de confusión y desesperación brillando en sus ojos.

Romeo había enfrentado muchas situaciones complejas en su vida, pero este momento particular estaba desafiando su comprensión. No tenía la más mínima idea de lo que estos dos esperaban escuchar de él, pero estaba bastante seguro de que no era aquello.

—Que te gusta Beth, tío —intervino Rain con paciencia, pero sonando claramente condescendiente.

Su tono sugería que estaba mencionando algo obvio, algo que todo el mundo ya había notado y aceptado.

Todos menos Romeo, claro.

Eso era precisamente lo que estaba pasando.

—¿Qué a mí qué? —respondió Romeo, parpadeando repetidamente, su voz denotaba un genuino horror y sus ojos se abrieron tanto que parecía que podrían salirse de sus órbitas.

—Y eso no es todo, al parecer, tú también le gustas a ella —continuó Rain, cruzándose de brazos y observando cuidadosamente la reacción de Romeo.

—Eso es lo más sorprendente de todo —intervino Raven con una sonrisa burlona en sus labios.

—Desde luego —Rain asintió con exageración y fingió un escalofrío dramático.

—Y la mujer, por si no lo notaste, te ha correspondido al beso —Rain señaló a Romeo, que lucía tan pálido que parecía estar a segundos de desmayarse—. No se quedó inmóvil, te respondió, ¿verdad?

—Esto, yo… —empezó a balbucear Romeo, buscando las palabras adecuadas, pero claramente sin encontrarlas.

—Lo sabíamos —Rain asintió con firmeza—. Lo hemos visto.

—Aja… Pero, incluso después de eso, te has disculpado —comentó Raven con un tono ligeramente sarcástico.

—Yo solo pensé…

—Pues no pienses tanto —lo interrumpió Raven.

—Y no solo te has disculpado —interrumpió Rain con un gesto de la mano, como buscando las palabras adecuadas para expresar su frustración sin ser demasiado duro—, que es normal en una ocasión así, pero lo que hiciste después…

—Ahí es donde realmente metiste la pata —Raven lo cortó—. Le hiciste sentir que porque está embarazada, ¡no puedes desearla como a cualquier otra mujer! ¡De verdad, Romeo, a veces eres un zopenco!

—¿Que yo qué? —Romeo seguía con esa mirada de no entender absolutamente nada.

Raven suspiró con fuerza, buscando la paciencia que sentía que se le estaba agotando rápidamente.

—Mira, llegados a este punto —dijo mientras le quitaba el capuchón al rotulador y se acercaba a una pizarra cercana—, creo que no tengo otra opción —y mientras decía esto, fue escribiendo lentamente: "Ga—bi—ne—te de cri—sis". Con énfasis en cada sílaba, finalmente exclamó:

¡Gabinete de crisis! —y subrayó el título, clavando una mirada intensa en Romeo.

—¿Cuándo te has traído la pizarra? —preguntó Romeo, con una expresión de confusión evidente en su rostro, ni siquiera había notado la presencia de dicha pizarra hasta en ese momento.

—No la traje, solo… Está aquí —aclaró Raven con una mirada un tanto divertida.

—¿Por qué demonios esa pizarra estaría ahí y ninguno de nosotros la ha visto hasta ahora? —preguntó Rain, alzando una ceja, mostrando su propio desconcierto ante la situación.

Raven, sin perder su característico aplomo, se encogió de hombros con una mueca despreocupada.

—¿A quién le importa? El punto es que está aquí, la necesitamos en este momento, así que vamos a utilizarla —replicó, con un tono ligeramente condescendiente, como si estuviera explicando algo obvio a un niño.

—Pues sí, tienes un punto —concordó Rain, rascándose la barbilla—. Aunque me hace gracia que nunca me hayas hecho protagonizar uno de esos “Gabinetes de crisis.”

—En tu caso no fue necesario —dijo Raven con un gesto desenfadado de la mano.

El sheriff frunció el ceño, ligeramente ofendido.

—Espera un momento, ¿qué significa eso? Camila se fue de la misma manera que Chloe y lo pasé realmente mal, como tú. ¿Acaso no merezco también un ritual de “Gabinete de crisis” y este —dijo señalando a Romeo—, que la fastidia en el primer intento sí lo tiene?

Romeo miró al sheriff, visiblemente molesto.

—¿Por qué eres tan celoso? —bufó el italiano.

El sheriff le devolvió la mirada, incrédulo.

—¿Celoso yo? ¿De tus habilidades para meter la pata con las mujeres dices?

Romeo soltó un profundo suspiro y volteó su mirada hacia Raven, buscando algún tipo de apoyo.

—En eso tiene razón —admitió el italiano, señalando al sheriff—. ¿Realmente necesitamos este “Gabinete de crisis”? ¡No es para tanto! —exclamó, luciendo como si estuviera a punto de tener un ataque.

Porque lo iba a tener…

—Para tanto y más… —bufó Raven con cierto sarcasmo—. Le has hecho daño a la persona que te gusta.

—¡Ella no me gusta! —protestó Romeo, alzando la voz.

—¿Entonces por qué la besaste? —preguntó Rain con un brillo travieso en los ojos.

—Esto... Bueno, porque... —titubeó Romeo— ¡No lo sé! Merda!

—Ha sacado el italiano. Definitivamente le gusta —comentó Raven con una sonrisa burlona.

Sin perder tiempo, comenzó a anotar en la pizarra, con trazos firmes: ¡A Romeo le gusta Beth.”

—Ay Dios mío... —se quejó Romeo, llevándose una mano a la frente.

—Así que, dime, Romeo —preguntó Raven, girándose ligeramente hacia él con una sonrisa maliciosa—, ¿disfrutaste el beso?

—¡¿Realmente importa eso en este momento?! —exclamó Romeo, abriendo los ojos desorbitadamente.

—Le gustó —escribió Raven— y le hizo temblar.

Rain se echó a reír.

—Vaya, eso sí que es amor del bueno —dijo el sheriff.

—La leche que tragasteis —bufó Romeo, todavía sin creer a lo que había llevado un simple beso.

El silencio llenó la estancia mientras Romeo seguía absorto en las palabras de la pizarra. La tiza había dejado un rastro de pensamientos que resonaban en su cabeza. Y, aunque toda la información expuesta era reveladora, una anotación en concreto llamó su atención.

“Romeo jamás besaría a alguien por quien no siente nada.”

Esa línea, simple pero poderosa, fue como un puñetazo en el estómago. Pudo sentir cómo su corazón latía con fuerza, cómo el aire se volvía denso y cómo la sala, a pesar de la presencia de sus amigos, se sentía increíblemente solitaria.

Llevó la mano al pecho, intentando contener la avalancha de emociones que sentía.

Por supuesto, Romeo había vivido con el estigma de ser un conquistador. Su personalidad abierta, su humor ingenioso y, quizás también por el estereotipo italiano, daba pie a que muchos asumieran que las mujeres caían rendidas a sus pies.

Y sí, muchas veces se había encontrado con propuestas tentadoras, pero había aprendido a rechazarlas. No porque fuese un santo, sino porque había madurado.

Había días en que se refugiaba en los brazos de alguien para olvidar, pero esos días estaban en el pasado.

Y ahora, frente a la revelación de la pizarra, toda su armadura se desplomó. La sinceridad del mensaje lo había desarmado por completo.

—No puede ser —susurró Romeo, claramente sorprendido y atormentado por el descubrimiento.

—¿El qué? —preguntó Raven inclinando la cabeza hacia un lado. Su mirada, curiosa y aguda.

—Que me guste Beth —dijo Romeo, haciendo una pausa para que cada palabra tuviera su peso y dando a entender lo complicado de la situación.

Raven frunció el ceño ligeramente, sus ojos centelleaban con curiosidad y quizás un poco de diversión ante el dilema de su amigo.

—¿Por qué no puede ser? —interrogó el médico, volviendo a sentarse en su sitio.

Romeo suspiró pesadamente, parecía estar luchando con sus emociones.

—Esto, ella… Yo… Joder, está embarazada.

Rain, siempre la voz de la razón y quien siempre veía las cosas desde una perspectiva diferente, intervino con su comentario sarcástico, las cejas levantadas en una expresión inquisitiva.

—¿No puede gustarte una mujer embarazada?

—¿Es menos mujer porque esté embarazada? —preguntó entonces Raven.

—No, ¡joder! —exclamó Romeo, claramente frustrado y confundido por sus propios sentimientos—. No se trata de eso.

—Pues eso es lo que le diste a entender con la ristra de tonterías que soltaste —señaló Rain con ironía.

Romeo gimió, claramente atormentado.

Se pasó las manos por el pelo, sus dedos se enredaron un poco en él, revelando su tensión y confusión.

—Me estoy volviendo loco —dijo, mirando a sus amigos con seriedad—. No me vendáis la moto, sabéis que esto no es normal —dijo señalándolos, su tono sonando a amenaza.

Raven se encogió de hombros en un gesto de despreocupación.

—Es cierto, no es lo habitual. Lo habitual sería que el tipo huyese despavorido y que ni siquiera mirase a esa mujer porque está embarazada de otro hombre. Pero —miró a Romeo con firmeza—, el problema aquí es que tú no eres ese tipo.

—Y que te estás enamorando de ella, precisamente, porque estás conociendo quién es realmente gracias a ese embarazo —explicó Rain, poniendo en palabras lo que Romeo no se atrevía a admitir.

Romeo soltó otro gemido, su voz reflejando el tumulto interno que sentía.

—Estoy para que me encierren. Esto es algo de sádicos o algo de eso, seguro. ¡No es normal!

Raven, con una mirada intensa y penetrante, fijó sus ojos en los de Romeo.

—¿Y porque no sea lo normal no vas a atreverte a ello? —preguntó Raven, cuestionando sus

creencias.

La atmósfera se volvió espesa, cargada de tensión, haciendo que todos pensaran en esas palabras.

Fue Rain quien rompió el silencio.

—Tampoco es que tú seas muy normal, ¿eh? —empezó el sheriff con una sonrisa torcida, recordando los antecedentes familiares de Romeo—. Que eres el descendiente directo de un mafioso sanguinario, su sucesor, además, con todo lo que eso conlleva. En tu vida, amigo mío, no es que haya nada convencional.

Raven, con esa chispa de humor que siempre le caracterizaba, se echó hacia atrás, soltando una carcajada.

—Ni en las nuestras, ya que estamos —rio, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. Me enamoré perdidamente de la hermana de mi ex mujer, esa misma que fue capaz de engañarme sin pestañear, haciéndome creer durante mucho tiempo que mi hija no era realmente de mi sangre. Ahora, decidme si eso no es retorcido —les recordó con un brillo pícaro en sus ojos.

—Y yo, para añadir otro capítulo a este libro de historias locas, me enamoré de la asistenta social encargada de mi caso. La misma de quien dependía si me otorgarían o no la custodia de mi hijo. Hay que admitir que eso raya en lo absurdo y que hay que estar también como una cabra para hacerlo —comentó, soltando una risa.

El ambiente se llenó con ese aire de camaradería que solo puede surgir entre amigos que se conocen demasiado bien.

Pero, a pesar de las risas, Romeo sentía un nudo en el estómago.

—Y yo… —comenzó, tragando saliva, sintiendo el peso de la confesión, incapaz de decirlo en voz alta, sus ojos oscuros reflejando la tormenta interior.

Rain lo miró directamente a los ojos.

—Tú… —comenzó con seriedad, pero con un tono que también ofrecía apoyo— Te estás enamorando, y no de cualquier mujer. Te has fijado en una mujer fuerte, a quien realmente admiras porque no ha cedido a las presiones del desgraciado de su ex y, pese a todo pronóstico y todas las dificultades que está pasando en su vida y todo lo que ha pasado, se ha puesto la capa de heroína, dispuesta a luchar por tener a su bebé y por asegurarse de que tenga un futuro lleno de oportunidades.

—Quizás no se ajuste a lo que se considera "normal" —dijo Raven, adoptando una postura más seria, sus ojos fijos en los del joven mafioso—. Pero ¿existe algo que podamos considerar estrictamente normal cuando se trata del amor?

Romeo se encontraba sumido en sus pensamientos, procesando lo que acababa de escuchar de Raven y de Rain. Sus ojos se perdieron en la distancia, y un profundo y melancólico suspiro escapó de sus labios.

—Supongo que no —murmuró con lentitud.

Se tomó un instante para encontrar el coraje necesario y luego alzó la mirada para encontrar los ojos de sus amigos. Con una sinceridad inusual, confesó algo que hasta ese momento había sido su secreto más profundo.

Algo que se había ocultado hasta a sí mismo.

—Me gusta Beth —admitió, con una voz ligeramente temblorosa, y llevó sus manos a su pecho, como intentando apaciguar el torbellino de emociones que sentía dentro—. Me gusta tanto que me asusta.

En el fondo, siempre había sabido que ese era el sentimiento que lo acechaba. Pero verbalizarlo, ponerle nombre y voz, era admitirlo ante sí mismo y ante el mundo. Era como descubrir una parte oculta de sí mismo que había intentado ignorar, pero que ahora salía a la luz.

—¿Qué es lo que te aterroriza tanto? —inquirió Rain con genuina preocupación.

Romeo se mordió el labio inferior, debatiendo si debería ser completamente honesto. Podría mencionar una serie de razones, pero había una en particular que destacaba sobre las demás.

—Sufrir —susurró, como si temiera que el mundo pudiera escuchar su vulnerabilidad—. Tengo miedo de que mi corazón se rompa y termine en pedazos —reconoció con tristeza—. ¿No me convierte eso en un cobarde? —se cuestionó con una mezcla de frustración y desesperación, sintiendo una opresión en su pecho.

Raven y Rain se miraron entre sí por un momento antes de negar con la cabeza.

—No —respondió Raven con firmeza—. No eres un cobarde. Eres un ser humano con emociones y temores.

Ese miedo, la inseguridad de abrirse completamente a alguien, no era algo exclusivo de Romeo. Raven lo había experimentado cuando comenzó a desarrollar sentimientos por Chloe. Rain lo había sentido al enamorarse de Camila.

Cualquiera que haya sentido la chispa del amor sabe lo que es temer el rechazo, el dolor y el sufrimiento.

—No esperes ser un súper héroe que hace que todo el mundo esté siempre feliz, ni pretendas ser ese héroe enmascarado que finge que todo está bien, escondiendo su dolor detrás de una sonrisa —dijo Raven, mirando a Romeo con empatía y comprensión, demostrando cuánto conocía a su amigo—. Eres humano, con todas sus imperfecciones y miedos, Romeo.

Rain asintió, respaldando las palabras de Raven.

—Y ya es hora de que te des cuenta —concluyó Rain.

—A la vista está —dijo con un tono claramente preocupado, mientras señalaba el evidente golpe en su cara—. ¿Se puede saber quién te ha hecho eso? —Raven no pudo evitar fruncir el ceño y, con un gesto de incredulidad, señaló uno de los hematomas del rostro de Romeo— ¿Quién te ha dejado así?

Romeo, intentando evadir la mirada penetrante de Raven, resopló suavemente.

—No fue nada, en serio —murmuró, intentando restarle importancia al asunto.

—¡Y una mierda no fue nada! —exclamó Rain, indignado. Imitando, además, el tono de Beth al decirlo.

Romeo miró a Rain con los ojos entrecerrados. Parecía advertirle de no cruzar ciertos límites con sus bromas.

Algo que a Rain le daba exactamente igual, la verdad.

—Trevor me debía una por lo del hospital —empezó a explicar Romeo—. No lo olvidó y cuando ha tenido la oportunidad… Encontró la excusa perfecta para saldar esa cuenta con un bonito puñetazo. No me defendí ni él dijo ni hizo nada más. Creo que el asunto quedó zanjado.

—Trevor será un maldito grano en el culo —suspiró Raven—. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Es esa tu manera indirecta de decirme que debería replantearme mis sentimientos y que no me enamore de ella? —inquirió Romeo, arqueando una ceja, curioso.

Quizás con un ligero atisbo de esperanza en su tono, como si quisiera que alguien le ofreciera una salida.

—No, no es eso —Raven negó con la cabeza—. Solo te pido que estés alerta, porque Trevor podría ser el motivo por el que tu relación no prospere. De vosotros dos depende si permitís que ese gilipollas determine vuestro futuro o no.

—No hay ningún "nosotros", Raven —replicó Romeo, mostrando su frustración al fruncir el ceño.

—Todavía —intervino Raven, haciendo un ligero ademán con la mano, como si quisiera restarle importancia a lo que acababa de decir.

—Todavía, Romeo —asintió Rain, de acuerdo con el médico.

Entonces, cambiando el tono de la conversación, Raven dirigió su mirada hacia el sheriff y, con una sonrisa traviesa, carraspeó antes de imitar a la perfección el tono y el acento de alguien que claramente conocían.

—Tiziano. Solo quiero que me llames Tiziano.

Romeo, incapaz de contener su irritación agarró la primera taza vacía que encontró a su alcance, dispuesto a lanzarla en dirección a ese dúo bromista.

—¡Pero seréis…!

Rain y Raven, al ver la reacción de Romeo, no tardaron en huir, riendo a carcajadas, hacia la puerta de la cocina.

—¡Capullos! —el grito de Romeo resonó en la casa.

—¡Vas a despertar a toda la casa con esos gritos, hombre! —gritó Rain entre risas mientras él y Raven se alejaban rápidamente de la vista de Romeo.

—¡A buenas horas te preocupa eso! —exclamó el italiano, viéndolos desaparecer.



Capítulo 20

Beth apenas había podido pegar ojo en toda la noche.

Cada vez que cerraba los ojos, el mundo parecía dar vueltas, sumergiéndola en un mar de confusiones y sentimientos encontrados.

La noche, con su silencio ensordecedor, parecía amplificar todos sus pensamientos, haciéndolos retumbar en su mente. Una y otra vez, de manera incansable.

Y el eje central de ese torbellino de emociones tenía un nombre: Romeo.

“Tiziano. Para ti solo quiero ser Tiziano.”

Aquellas palabras pronunciadas con una sinceridad y ternura desgarradoras todavía la hacían temblar. La voz de Romeo, su acento, todo se repetía en su mente como un eco.

Un suspiro, cargado de frustración y anhelo escapó de sus labios cuando ese recuerdo volvió a asaltarla. Y junto con ese recuerdo, vinieron las imágenes: la proximidad de Romeo, la intensidad de su mirada, el calor de sus labios acercándose a los suyos.

Y ese beso.

Joder, no podía creerlo. Realmente la había besado. Y no había sido un beso cualquiera, no. Había sido uno de esos besos profundos que parecen detener el tiempo, que sacuden cada fibra de tu ser y te dejan sin aliento.

Un beso de aquellos que se sienten en el alma.

Y justo cuando su corazón comenzaba a acelerarse, recordando la dulzura y pasión de ese momento, las palabras *"¡Lo siento!"* venían a su mente como un balde de agua fría.

Ese arrepentimiento, esas disculpas... Eran como un recordatorio cruel de la realidad.

Romeo se había disculpado tantas veces, casi como si quisiera borrar ese momento de su memoria y de la de Beth. Y por más que ella intentara sumergirse en el placer del recuerdo del beso, esas disculpas le recordaban que quizá ese beso no había sido más que un error, una muestra de confusión por parte de Romeo.

Porque, como él mismo había señalado, él... Con ella…

¡Nunca!

Y cuando él reaccionó, sus ojos, esos ojos que solían brillar con una chispa de diversión o de misterio, se encontraban ahora abiertos de par en par, reflejando horror e incredulidad.

Era una imagen que Beth no podía, ni debía, olvidar.

Porque ese instante, ese breve segundo en que todo cambió, reveló la verdadera reacción de Romeo. Mostró con total claridad lo que realmente sentía, o mejor dicho, no sentía, hacia ella.

Y aquel beso, el beso que había encendido una esperanza, había sido simplemente eso: un error, un acto impulsivo nacido del momento.

Además, ¡estaba embarazada, por el amor de Dios!

Y esa frase fue la que más desgarró el ya frágil corazón de Beth.

Beth no era una mujer que viviera en las nubes. No es que esperara que su vida se asemejara a las historias de amor que se describían en las novelas o en las películas románticas.

¿Soñaba con tener la familia que nunca tuvo? Sí, no iba a negarlo. Pero era plenamente consciente de la complejidad de su situación actual y, dada esa situación, no andaba precisamente soñando con historias de amor o con la llegada de algún príncipe azul para rescatarla. Y no era algo que necesitara.

No, no era esa clase de mujer. No lo sería nunca.

No necesitaba serlo.

Sin embargo, tampoco había esperado que Romeo, de todas las personas, la besara.

Y lo hizo.

Tampoco había anticipado el torrente de emociones que ese beso desencadenaría en ella: el cosquilleo en el estómago, el temblor de sus manos, el deseo latente. No había esperado que su corazón, ese que había sido brutalmente destrozado no hacía mucho, comenzase a latir con fuerza y esperanza nuevamente.

Pero, increíblemente, lo hizo.

¿Cómo era posible sentir todo eso y al mismo tiempo saber que era... ¡imposible!?

Cada vez que cerraba los ojos, las imágenes y los recuerdos la abrumaban, haciendo que su corazón palpitara más rápido. Era como si un torbellino interno quisiera arrastrarla hacia un abismo del que sabía no podría salir indemne.

Tenía que olvidar aquello, porque, de lo contrario, cada día sería una tortura y terminaría volviéndose loca.

Y, lo que era aún peor, si no lograba mantener la compostura, si no lograba encontrar la fortaleza necesaria para mantener a raya esos sentimientos descontrolados, tendría que considerar seriamente la posibilidad de marcharse de La Mansión.

¿Qué futuro les esperaría a ella y a su bebé si eso sucedía?

¿Dónde encontraría la seguridad y el confort que La Mansión le ofrecía?

Beth acarició suavemente su vientre. No podía, bajo ninguna circunstancia, dejar que su vida personal y sus sentimientos afectaran ese objetivo principal: seguir adelante, por el bien de su hijo y el suyo propio.

Para ello, necesitaba centrarse en lo que verdaderamente importaba y tenía que olvidarse, por completo, de Romeo.

No debía ser tan difícil, ¿verdad?

¡Claro que no!, se dijo a sí misma con determinación, intentando reafirmar su confianza.

Tomó una profunda respiración, sintiendo el aire fresco llenar sus pulmones y tratando de calmarse.

Había enfrentado retos más grandes antes y había salido adelante, por lo que esto no sería diferente.

Sí, tal vez solo te has emocionado un poco, quizás porque la soledad ha hecho mella en ti, porque llevabas tiempo sin sentir ese cálido toque de afecto y de cariño que todos anhelamos.

Y después de lo que te ha hecho ese capullo y de todo lo que estás viviendo…

Pero eso no significa que estés enamorada de él, Beth, ¡por Dios! No exageres las cosas. Solo fue el momento. Fue un beso, nada más. Para ti y para él. Deja de darle vueltas.

¡Olvídalo!

¿Pasar de él? ¡Chupado!, pensó con cierta ironía.

Pero justo cuando se sentía llena de determinación, una pequeña vocecita en su mente, esa que siempre aparecía en los momentos más inoportunos, decidió cuestionarla: *Con que chupado, ¿eh?*

La ironía era evidente, recordándole que, aunque quisiera minimizar la situación, enfrentarse a sus sentimientos no sería tan sencillo como había imaginado.

Y no importaba si decía ignorar o silenciar a esa voz, la vida misma iba a demostrárselo.



Capítulo 21

Error número uno: suponer.

Beth era una persona que necesitaba hechos, al fin y al cabo, era una mujer de ciencias, ¿no?

El misterio y la parte esotérica de la vida, esos aspectos indefinibles y misteriosos, no iban con ella. Suponer cosas, especular sin evidencia concreta, sencillamente no iban con su manera de pensar y de ser.

Sin embargo, en un irónico giro del destino, había caído en esa misma trampa que tanto criticaba: la suposición.

No solo había supuesto que sería capaz de ignorar a ese hombre que, con su sola presencia, alteraba su pulso y nublaba su mente analítica. También había cometido el error de suponer que él, por su parte, sería un aliado en este propósito y la ayudaría a mantener las distancias.

Graso error.

Romeo no solo parecía haber tomado nota de su intento de indiferencia, sino que actuaba con una extraña determinación que la desconcertaba. Parecía que ese hombre, con su sonrisa juguetona y mirada intensa, estaba dispuesto a ponerla contra las cuerdas y a llevarla al límite de su paciencia y control. Era como si hubiera percibido su determinación de ignorarlo y, a su vez, él mismo hubiese trazado un meticuloso plan para demostrarle, día tras día, que tal empresa sería simplemente imposible.

Beth intentaba mantener la calma y recordarse que esto no sería sencillo. Después de todo, compartían el mismo techo y muchas veces se sentaban a la misma mesa durante las comidas.

Había momentos fugaces en los que creía que, con esfuerzo, podría evitarlo la mayor parte del tiempo, refugiándose en su habitación. Sin embargo, la realidad le demostraba lo contrario.

No solo no lograba evitarlo, sino que comenzaba a notar su presencia más que nunca. En los pasillos, en el jardín, incluso en los rincones más inesperados de la casa.

En todos esos momentos Beth salía corriendo, apresurando sus pasos con el corazón palpitante, sin permitir ni darle la oportunidad a cruzar ni una sola palabra con ella, ni una sola sílaba que pudiera conectarlos más allá del simple cortés saludo cotidiano.

Otra cosa eran las miradas.

¿Por qué la miraba así, con esa intensidad que parecía desarmarla?

Vamos, Beth, ¡te vuelves a imaginar las cosas! Él no te mira de ninguna manera, lo mismo ni te está mirando, solo está pensando.

¿Verdad?

Beth intentaba desesperadamente buscar respuestas lógicas, coherentes y sensatas a todas las tonterías e ideas descabelladas que se le pasaban por la cabeza.

Estas tonterías, no muy distintas a las suposiciones impulsivas e ingenuas de niñas de quince años, solían asomarse en sus momentos más vulnerables.

Y si vamos a ser completamente honestos con la situación, a veces se sentía un poco como esos adolescentes que se pierden en un mar de dudas e inseguridades, a pesar de que ya había dejado atrás esa etapa hace tiempo.

Joder, que eres muy grandecita para eso, eh.

Pero, ¿cómo podría alguien evitar soñar con alguien así? Tan innegablemente guapo, con rasgos que parecían esculpidos por los mismos dioses.

Porque Romeo, sí, ese Romeo, era guapo. Y no solo un poco guapo, sino de esos que te dejan sin palabras, ¿eh? Con esa mandíbula definida, esos ojos profundos y una sonrisa que podría derretir hasta el más frío de los corazones.

Ella, Beth, siempre lo había sabido, lo había sentido en cada ocasión en la que se cruzaban. Claro, no era una revelación solo para ella.

¿Quién en su sano juicio no se habría dado cuenta de ello?

Cualquiera que hubiera pasado tan solo unos segundos a su lado sería perfectamente consciente de ese encanto casi magnético. Sin embargo, lo curioso es que, a pesar de esa evidencia tan clara, nunca antes lo había mirado de esa particular, íntima y reveladora manera.

¿De qué manera?, preguntó la voz de su cabeza.

Como hombre, dijo Beth.

Ah… ¿Y ahora sí lo haces?

Beth gimió profundamente. Cerró los ojos brevemente y tomó una decisión firme y consciente: cortar ahí mismo la incesante conversación interna que mantenía con esa voz persistente en su cabeza.

Lo cual hubiera sido el desenlace perfecto si la jodida voz cooperase, demostrando cierta comprensión hacia los sentimientos y necesidades de Beth. Pero, evidentemente, no parecía ser el caso en esta ocasión.

¿Ya es Romeo el hombre? ¿Antes que era, Romeo el… eunuco? , preguntó la voz con sorna, haciendo una pausa dramática antes de decir “eunuco”.

¡No es eso!, protestó Beth, su voz llena de exasperación. *Antes… Yo solo tenía ojos para Trevor.*

Eso no era tener ojos, Beth, eso era, de hecho, estar ciega ante las realidades del mundo, dijo la voz en su cabeza, con un tono entre sarcástico y divertido. *Ojos, lo que se dice tener ojos bien abiertos y observadores, es para darse cuenta de la belleza y el carisma de algunos de estos dioses del olimpo que ahora te rodean. Observa bien, piérdete un poco en sus miradas y en esas sonrisas coquetas que destilan confianza y encanto. Porque, sinceramente, mira que están guapos todos, con esas facciones perfectamente esculpidas y esos cuerpos tonificados, ¿eh?*

Claro que Romeo gana por goleada; eso es algo que nadie en su sano juicio podría negar .¿O debería llamarlo Tiziano?

Beth gimió al escucharla. Internamente, claro, su rostro externo permanecía imperturbable para el mundo exterior.

¡¿Por qué no te callas?!, exclamó Beth, llena de desesperación.

Porque, querida Beth, no me da la gana, respondió la voz con un tono entre divertido y condescendiente. *Estoy aquí haciendo precisamente lo que se supone que debo hacer: mi trabajo. Un trabajo que no pediste, pero que estoy decidida a llevar a cabo.*

Beth se retorció internamente, buscando alguna forma de silenciarla.

¿Y cuál es ese supuesto trabajo que no recuerdo haberte asignado? ¿Joderme la existencia?

La voz rio suavemente, un sonido etéreo que retumbó en los rincones de la mente de Beth.

Es simplemente evitar que te la jodas tú a ti misma, engañándote.

Beth apretó los dientes, sintiendo cómo la ira hervía en su interior.

¡No me estoy engañando! Ese hombre…

Ah, ¡así que finalmente admites que es un hombre!

¡Ese hombre no es nada para mí! ¡Ni siquiera me gusta! Así que deja de meterte donde no te llaman.

Ya… ¿Por eso acabas de cerrar las piernas mientras lo has visto lamer esa cuchara? ¡¿Acabas de gemir?!, preguntó la voz con incredulidad y con ganas de soltar una sonora carcajada.

¡No!, exclamó Beth en su cabeza.

¡Que cierres las piernas no ayudará a que te crea!

—Son las hormonas, ¡vale! ¡Las putas hormonas!

Beth tardó un rato en darse cuenta de que había soltado esa última y comprometida frase en voz alta. Lo peor de todo era que no lo había hecho en un momento discreto, o en un rincón apartado, sino nada más y nada menos, que delante de toda la mesa repleta de gente.

El murmullo que antes llenaba la sala disminuyó notablemente, como si alguien hubiera girado la rueda bajando el volumen. Todos los pares de ojos estaban ahora fijos en ella. No era solo una mirada rápida y pasajera; era esa clase de mirada inquisitiva y sorprendida que se da cuando algo inesperado interrumpe una conversación.

Beth sintió cómo el calor comenzaba a subir lentamente, avanzando con decisión por su cuello y se propagaba por su cara.

Ese calor, ese incómodo testigo de su vergüenza, convertía sus mejillas en un color rojo granate, brillante y llamativo.

Por un momento, hubiera deseado poder desaparecer, volverse invisible o, al menos, tener la capacidad de retroceder en el tiempo para evitar ese instante embarazoso. Sus manos se movieron instintivamente hacia su cuello, como queriendo sofocar esa ola de calor que la delataba.

Oh, señor…, pensó, deseando fervientemente que la tierra la tragase.

—No se dicen palabrotas —dijo rápidamente Tori, elevando ligeramente una ceja.

—Lo siento muchísimo —dijo rápidamente Beth, con una expresión de arrepentimiento pintada en su rostro. Sus ojos bajaron al suelo, buscando evitar la mirada de los presentes—. Yo…

—Son las hormonas —interrumpió Chloe, intentando aligerar el ambiente y apoyando con empatía a Beth. Sus ojos chispearon con un brillo cómplice—. ¿Ya no os acordáis de lo susceptible que estaba yo cuando estaba embarazada de Kieran?

—Querrás decir Rebel —la corrigió rápidamente Romeo con una sonrisa juguetona.

—Tu madre Rebel —gruñó Chloe, su semblante cambió en un instante y miró directamente a Romeo con una expresión feroz y con ganas de estrangularlo, a pesar de que en el fondo todo era en tono de broma.

Romeo rio al ver la expresión de mala leche que Chloe mostraba, disfrutando claramente del juego verbal.

—Nena… Yo no usaría exactamente la palabra susceptible para describir cómo te comportabas en ese momento, eh —intervino Raven, tratando de poner algo de perspectiva y después de carraspear ligeramente para aclarar su garganta.

Chloe entrecerró los ojos, desafiante.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿qué palabra usarías? —el tono de su voz era una clara advertencia: Raven estaba en terreno peligroso y si no escogía sus palabras sabiamente, podría terminar con una "caricia" no tan amigable en la nuca.

Raven carraspeó nuevamente, evidenciando su incomodidad, y negó lentamente con la cabeza mientras buscaba las palabras adecuadas.

—Maravillosamente preciosa —dijo, eligiendo sus palabras con cuidado.

Eso provocó que tanto Rain como Romeo estallaran en carcajadas.

—Es verdad —dijo Raven mirándolos con cierta irritación— No sé por qué os reís.

—Eres un *cagao'* —comentó Romeo entre risas, todavía disfrutando del momento.

—Soy sincero. Chloe estaba radiante y preciosa —insistió Raven.

—¿Estáis dudando acaso de eso? —Chloe los miró con una mezcla de falso enojo y diversión.

—Para nada —dijeron Rain y Romeo a la vez, enfatizando su respuesta y lanzándose una rápida mirada de complicidad.

—Bien —sonrió ella, satisfecha y un tanto triunfante al escucharlos coincidir en su respuesta.

Camila, observando la pequeña interacción, soltó una risa ligera y luego desvió su mirada hacia Beth. La luz reflejada en sus ojos mostraba diversión.

—Cuando llegué, ya los tenía bien enseñados y domesticados. Eso que me ahorro —dijo, con un tono jocoso que revelaba cuánto disfrutaba de la compañía de todos.

—Pero, espera un segundo —empezó a decir Tori con un ligero puchero en su rostro—, nadie ha reñido a la tita Beth por lo que dijo. A mí siempre me reñís —comentó, cruzándose de brazos con una expresión molesta, como si hubiera detectado una injusticia en el actuar de los adultos.

—¿Tita Beth? —preguntó Beth, un poco sorprendida, elevando una ceja en curiosidad y volteando su mirada hacia la pequeña.

Carmichael, con su sabiduría y calidez de siempre, le dio unos suaves y cariñosos golpecitos en la mano que Beth tenía apoyada sobre la mesa.

—Esa es su manera especial de demostrarte que, para ella, eres una parte fundamental de la familia —dijo el anciano con una sonrisa que irradiaba cariño y comprensión.

—Oh… —murmuró Beth, conmovida. Sonrió ampliamente mientras miraba a la pequeña Tori, sintiéndose profundamente emocionada por ese gesto tan sincero.

—Es que, verás, tita Beth no lo ha dicho siendo totalmente consciente de ello, cariño —le explicó Camila, intentando hacerle entender la situación con delicadeza—. Las hormonas a veces nos hacen decir cosas que no queremos, o actuar de manera impulsiva.

—¡Siempre culpando a las momonas! —exclamó Tori, con un tono dramático, imitando a los adultos y haciendo reír a todos los presentes con su particular pronunciación—. Cuando yo digo algo ¡también son las momonas!

—Tú, pequeña, procura que tus momonas tarden mucho tiempo en aparecer —gruñó Raven con tono jocoso, mientras le señalaba el postre que estaba a un lado de la mesa—. La manzana.

Tori bufó ligeramente, mostrando una falsa exasperación, y luego miró a Raider con ojos suplicantes.

—Raider…

—Sí, sí —interrumpió Raider, anticipándose a lo que ella iba a pedir, demostrando que la conocía muy bien—. Ya te pelo y corto la manzana, no te preocupes.

—Gracias —sonrió ella, mostrando una dentadura cada vez más mellada por la edad—. Pero destuartízala bien.

Chloe soltó un pequeño gemido al escucharla, mostrando una mezcla de diversión y resignación, pensando que con esa niña, de verdad, no había manera de ganar.

—Las momonas —dijo Romeo, riendo con ganas y sacudiendo la cabeza con diversión—. ¡Son las momonas!



Capítulo 22

—Me estás evitando.

El susto que se llevó Beth, con la oscuridad del pasillo, fue tan profundo que sintió que el aire abandonaba sus pulmones de golpe.

Cómo no iba a ser así, considerando que lo último que esperaba al caminar por la noche por los intrincados pasillos de La Mansión, tras haberse relajado con una bebida caliente, era escuchar la voz grave y profunda de alguien escondido en las sombras.

—¡Joder! —exclamó con un sobresalto.

Beth se llevó la mano instintivamente al pecho, sintiendo la tela de su ropa y la acelerada palpitación bajo sus dedos. Luchó, haciendo esfuerzos visibles por normalizar su agitada respiración y calmar ese corazón que latía desenfrenado.

—¿Pero qué demonios haces ahí, acechando en las sombras como un cazador nocturno? ¡Por Dios, Romeo! ¡¿Quieres matarme de un susto o qué?! —exclamó, con el tono claramente alterado y una mezcla de alivio y nerviosismo en su voz.

Porque, siendo honestos, el susto que se había llevado no había sido algo menor.

Romeo, con ese aire misterioso y sigiloso que lo caracterizaba, emergió lentamente de entre las sombras como un lobo acechando a su presa. Se detuvo con firmeza cuando quedó frente a ella, estudiando cada facción de su rostro con intensidad. Sus ojos parecían buscar algo en los de ella, quizás respuestas.

La tenue y cálida luz de la lámpara, que colgaba desde el techo, iluminó su rostro cuando, deliberadamente, se colocó justo bajo ella.

Vestía con un pantalón vaquero y una camiseta roja que le sentaba a las mil maravillas.

¿Qué no le sentaba bien a ese hombre?

—Acabo de llegar de trabajar y te vi —dijo entonces Romeo, su voz calmada contrastando con la de ella.

—Oh… —Beth carraspeó, todavía tratando de recuperarse del susto, y desvió su mirada hacia las majestuosas escaleras que estaban a pocos centímetros de ella, como buscando una salida o distracción—. Supongo que ha sido un turno bastante agotador para ti.

—Bastante, sí —admitió Romeo, metiéndose las manos lentamente en los bolsillos de su pantalón, pero sin despegar su mirada intensa de ella.

Cada segundo parecía eterno entre los dos.

—Me imagino. Debes estar agotado —comentó Beth, intentando sonar casual mientras carraspeaba —. Que descanses —añadió rápidamente, dirigiendo su mirada hacia el inicio de las escaleras, su anhelado escape.

Estaba dispuesta a salir disparada, incluso a subir esas escaleras de dos en dos o, ¡quién sabe! ¡De tres en tres si era posible!

Todo con tal de poner distancia entre ambos.

Pero, antes de que pudiese moverse, sintió el firme agarre de Romeo en su muñeca, deteniéndola. Sus dedos eran como grilletes, inmovilizándola de manera efectiva.

—Ven, necesitamos hablar —dijo él con determinación, comenzando a tirar de ella hacia un destino desconocido.

—¿Hablar? ¿Nosotros, ahora, aquí? —Beth intentó, quizás en vano, resistirse, pero Romeo casi la llevaba flotando en el aire, sin darle opción a rechistar. —¿Hablar de qué? No recuerdo tener ningún asunto pendiente contigo.

Mientras seguía guiándola, Romeo lanzó una mirada sobre su hombro, encontrándose con los ojos confundidos y desafiantes de Beth.

—Yo creo que sí —afirmó.

Y por la intensidad de esa mirada, por ese brillo de certeza en sus ojos, Beth optó por guardar silencio.

No tardaron en llegar a un rincón acogedor de la Mansión, una pequeña sala que cumplía la función de biblioteca.

Beth había visitado ese espacio en más de una ocasión y, a pesar de la situación tensa, no pudo evitar que sus labios esbozaran una suave sonrisa al ver la familiaridad del lugar. Era un rincón lleno de historias, de aventuras encerradas en páginas y estanterías. Había libros por todos lados, desde clásicos hasta modernos, y cada rincón desprendía una sensación de calma y serenidad.

Romeo, aún con su gesto serio, la condujo hasta un robusto butacón que dominaba el centro de la sala, y con un sutil gesto de su mano le indicó que tomara asiento.

—Por favor, siéntate —solicitó, mientras él optaba por el sofá que había enfrente.

Beth, un tanto dubitativa y aún con cierta cautela, se sentó en el extremo del butacón, colocando sus manos entrelazadas sobre sus rodillas en un gesto de cortesía.

Tomó aire para ganar confianza y suspiró.

—¿Y bien? ¿En qué puedo ser de utilidad esta noche? —preguntó entonces.

Romeo, al observarla, no pudo evitar que una chispa de diversión cruzara por sus ojos. Ella estaba tan rígida, como una estatua, que parecía que con el más mínimo roce podría desmoronarse.

Y estaba preciosa, además.

Con un pantalón informal y una camiseta de estar por casa, de esas que todos guardamos en el armario para los días de relax, se veía absolutamente radiante.

¿Así se sentía ella entonces, en casa?

Después de un profundo suspiro, como si estuviera liberando una carga pesada de sus hombros, Romeo dejó que la tensión que lo consumía en ese momento se evaporara.

—¿Por qué me estás evitando?

Esa vez, la forma en la que planteó la pregunta no tenía ni un atisbo de confrontación.

De hecho, sonaba genuinamente desconcertado, como si realmente estuviera buscando entender por qué Beth actuaba así.

Beth, al escuchar la pregunta, alzó la vista, encontrándose con esos ojos inquisitivos que la observaban. Juntando el valor, le devolvió la mirada.

—¿Qué te hace pensar que te estoy evitando? —sus palabras, aunque cargadas de cierto desdén, eran más una táctica de defensa que un verdadero intento de enfrentamiento.

Romeo, con una leve sonrisa que apenas asomaba en la comisura de sus labios, enarcó las cejas. Era evidente que no esperaba una respuesta directa, pero sí reconocía el juego de evasión en el que ella se estaba sumergiendo.

—Tengo la impresión —dijo con voz pausada y reflexiva— de que cada vez que nuestros caminos se cruzan, huyes de mí.

Ante esa observación, Beth soltó una risa, aunque fue evidente que estaba cargada de nerviosismo. Movió la cabeza de un lado a otro, negando lo que él decía, y entre risas trató de restarle importancia.

—¡Vamos, Romeo! ¡Estás exagerando! —declaró con un tono juguetón, aunque no muy convincente.

—Ah, ¿de verdad? —inquirió él, con un brillo travieso en los ojos.

—¡Por supuesto! —replicó ella rápidamente—. Tal vez en esos momentos tenía cosas que hacer. No entiendo qué te hace pensar que quiera evitarte por algo.

Romeo ladeó la cabeza, examinándola con detenimiento.

—Así que, ¿me estás diciendo que si intentara acercarme ahora mismo, te quedarías en tu sitio sin sentir la necesidad de querer huir?

Beth tragó saliva, algo sorprendida por el reto implícito en sus palabras.

—¡Por supuesto que sí! —declaró, intentando parecer firme y segura.

Se acomodó, o al menos lo intentó, en su asiento, tratando de demostrar una confianza que claramente no sentía. Sin embargo, su postura rígida y sus manos apretadas sobre su regazo delataban su verdadero estado.

—Todo eso que estás pensando, son solo imaginaciones tuyas —finalizó, aunque no muy convencida de sus propias palabras.

—¿Crees que no puedo notar la forma en que ha cambiado tu comportamiento conmigo después aquel beso? —interrogó Romeo, con una sinceridad punzante en sus palabras.

Beth sintió cómo el calor subía por su cuello, tiñendo sus mejillas de un carmesí intenso. Era imposible no sentirse vulnerada por la percepción tan aguda de Romeo. Cada fibra de su ser parecía ponerse en guardia, y ella, instintivamente, se recostó un poco hacia atrás, intentando, sin éxito, establecer una barrera entre ellos.

—Romeo, no entiendo... —empezó a decir con voz trémula, queriendo evadir el tema, aunque sabía que ya no había forma de esconderse.

Con un semblante serio y una mirada que no dejaba lugar a dudas, Romeo se inclinó un poco hacia adelante, reduciendo aún más el espacio entre ellos.

—Sé que no soy el mejor en interpretar señales, pero tu cambio de actitud es evidente, Beth. Y aunque trates de ocultarlo, para mí eres un libro abierto.

Beth mordió su labio inferior, nerviosa.

—No te entiendo...

Romeo se movió un poco más cerca, haciendo que sus rodillas se entrelazaran con las de Beth. El contacto inesperado hizo que ella casi se levantara del sofá.

—Puedes intentar desviarte del tema, o incluso negarlo, pero no puedes ocultar el hecho de que, desde esa noche, algo cambió. Tus ojos me buscan constantemente, incluso cuando intentas hacer lo contrario. ¿Sabes por qué lo sé?

Con la respiración entrecortada, Beth miró hacia otro lado, incapaz de enfrentarlo.

—No tengo idea de lo que estás insinuando —murmuró, tratando de parecer firme y decidida, pero la verdad era que su voz temblaba ligeramente.

Romeo sonrió con cierta tristeza, pero con determinación en su voz, continuó.

—Lo sé porque, desde aquel instante, yo también he sentido la incontrolable necesidad de mantener mis ojos pegados a ti, de buscar tus gestos y tus miradas. Porque algo en mí también cambió esa noche.

Beth parpadeó varias veces, tratando de procesar la súbita avalancha de emociones que le provocaban las palabras de Romeo. Sus pensamientos parecían estar girando a una velocidad vertiginosa, buscando cómo responder, cómo reaccionar. Por un instante, el peso del silencio entre ellos parecía palpable, cargado de significado y tensión.

Romeo, por su parte, sentía una mezcla de ansiedad y liberación. Había sido un alivio confesar lo que sentía, pero al mismo tiempo, la vulnerabilidad que experimentaba era abrumadora. No sabía cómo Beth respondería, y cada segundo que pasaba sin que ella dijera nada, parecía un año.

Sus ojos, esos mismos que solían destilar confianza y determinación, ahora reflejaban duda e inseguridad. Era claro que estaba navegando por un terreno desconocido, un terreno donde sus emociones lo dejaban expuesto y sin defensas.

Beth tragó saliva, sintiendo cómo su garganta se secaba ante el aluvión de sentimientos que la abrumaban. Las palabras de Romeo habían tocado fibras profundas en ella, cosas que quizá ni

siquiera ella había querido admitir ante sí misma.

—¿De qué estás hablando? —había sido una pregunta retórica, una pregunta que no necesitaba respuesta porque, en el fondo, lo sabía.

Romeo tomó una profunda respiración y continuó, su voz temblaba ligeramente, denotando la profundidad de sus sentimientos.

—De que me gustas, Beth. De que te besé porque deseaba hacerlo y joder, de que desde ese momento, no he podido borrarte de mi mente y en lo único en lo que he podido pensar, te tuviera delante o no, es que ese beso no fue suficiente. Y que quiero más. Mucho más.



Capítulo 23

Romeo había ensayado y visualizado mil veces el momento en el que le confesaría a ella sus sentimientos.

Porque sí, había decidido hacerlo. Le había dado mil vueltas y había llegado a la conclusión de que no podía, ni quería, guardárselo para sí.

Tenía que ser sincero.

Sin embargo, por más que hubiera intentado adivinar y prever el desenlace de esa situación, nunca había llegado a imaginarse o anticipar la respuesta que podía obtener de ella.

Pero de algo estaba seguro, y es que, si hubiera tenido la capacidad de hacerlo, jamás, ni en sus más locos y descabellados sueños, habría podido imaginar la que estaba teniendo en ese preciso instante.

Aquella confesión había tomado un giro que Romeo no había previsto.

Y es que ella, para asombro y desconcierto de Romeo, y, por qué no decirlo, incluso para sorpresa de ella misma, estaba con la cabeza echada hacia atrás, los ojos brillantes, y soltaba una sonora carcajada que resonaba en la sala.

Las gotas de sus lágrimas, causadas por la risa, brillaban bajo la luz tenue. La risa parecía brotar desde lo más profundo de su ser.

Romeo, confundido, no sabía si unirse a esa risa, permitiendo que la situación tomara un matiz cómico, o dejarse abrumar por la tristeza y llorar al sentir que, quizás, se estaba riendo de sus sentimientos.

—Lo siento —dijo ella un momento después, intentando retomar el aliento y dejar de reír al ver la cara seria, perpleja de Romeo—. Es que ha sido gracioso —añadió con una sonrisa cómplice—. Joder, Romeo, ¡por un momento casi me lo creo! —exclamó, su tono revelando una mezcla de sorpresa y diversión.

Y volvió a reír de nuevo, permitiendo que la atmósfera se llenara una vez más de aquel sonido alegre y desconcertante.

Hasta que observó la expresión ligeramente herida de Romeo, un reflejo de dolor en sus ojos oscuros.

Solo entonces, como si hubiera chocado contra una pared invisible, su risa se cortó, dejando tras ella un silencio ensordecedor que llenó el espacio entre los dos.

Y tras un carraspeo, ese sonido áspero que surgió de lo más profundo de su garganta, preguntó lo que su mente temía.

—¿No estabas bromeando? —lo preguntó en un susurro, con la voz entrecortada por los nervios, sus dedos jugueteando con el borde de su camiseta.

Romeo enarcó sus cejas y, lentamente, con una deliberación que solo sirvió para aumentar la tensión, comenzó a mover la cabeza de un lado para otro, negando con ella.

—No, no estás bromeando —dijo ella, sus ojos agrandándose con sorpresa y, una vez más, volvió a carraspear, tratando de encontrar las palabras adecuadas—. Estás hablando en serio.

—Completamente en serio —dijo él, su voz firme, pero con un matiz de incertidumbre, como si temiera la reacción de ella.

—Oh —Beth tragó saliva, sintiendo el seco camino que esta recorría por su garganta.

Nerviosa como estaba, y con un torrente de emociones recorriendo su ser, se levantó casi de un salto.

—Yo, esto… Creo que será mejor que me vaya.

Y casi como alma que lleva el diablo, con el corazón latiendo con fuerza en sus oídos, salió disparada hasta la puerta de la biblioteca, sus zapatos resonando contra el suelo de madera.

Hubiera salido de allí a toda leche, dejando atrás todos esos libros que habían sido testigos mudos de su conversación, si no fuera porque Romeo, quien, después de tomarse un momento, tras un suspiro pesado y después de haber mirado al techo, como si estuviera pidiendo ayuda a todos los Dioses habidos y por haber, se había levantado con rapidez. Con pasos largos y decididos, llegó a la puerta antes que ella, colocándose con firmeza entre la puerta y Beth.

—¿Vas a salir corriendo otra vez? ¿Y desde ahora vas a seguir evitándome, escondiéndote detrás de los estantes y desapareciendo cada vez que entro en una habitación, como lo has estado haciendo los últimos días? —preguntó Romeo con una mirada penetrante, demostrándole que sabía muy bien cómo ella había actuado, y que era mejor que no intentase negarlo más, porque realmente no tenía sentido ninguno seguir con ese juego de escondite— ¿Vas a seguir mirándome a escondidas cuando no tengas más remedio que permanecer cerca de mí? Porque por si no te has dado cuenta, no puedes evitar hacerlo.

—Yo no… —empezó Beth, buscando las palabras, tratando de encontrar una forma de desviar la conversación.

—No tiene sentido negarlo, Beth. No después de que yo me haya abierto en canal frente a ti, desnudando mi alma, y te haya dicho todo lo que siento por ti. Al menos por eso, al menos por tener en cuenta mis sentimientos, deja de huir de mí y deja de fingir que, entre nosotros, no ocurrió nada. Que no está ocurriendo nada entre tú y yo en este preciso instante —dijo Romeo con una seriedad y firmeza en su voz que hizo que un escalofrío recorriera la espalda de Beth.

—No fue nada más que eso —dijo ella entonces, mirándolo directamente a los ojos, buscando la fortaleza para enfrentarlo—. Solo un error. Un desliz. Soy una mujer embarazada. Tú… Yo… ¡Nunca! —exclamó ella, repitiendo las palabras que él le había dicho días antes.

Y no pudo evitar que su voz temblara ligeramente, ni tampoco evitar sonar dolida, porque joder, aquello le había dolido más de lo que jamás admitiría.

No que fuera un beso sin sentido o simplemente fruto del momento y que solo fuera eso, un

simple beso. No sus disculpas en sí, sino esas palabras exactas que él había repetido, esas palabras en las que había puesto tanto énfasis.

Con determinación, ella intentó pasar por su lado, deslizándose con suavidad para coger el manillar de la puerta, dispuesta a abrirla y marcharse de allí, dejando atrás esa conversación y todo lo que significaba.

—Lo siento —dijo él con sinceridad, cogiéndola con firmeza por la muñeca, evitando que su mano alcanzara el frío manillar de la puerta.

El tacto cálido de sus dedos contrastaba con la piel de ella.

Romeo pegó la espalda a la puerta, de forma que no hubiera escapatoria, y puso las manos en la cintura de ella, manteniéndola pegada a su cuerpo, sosteniéndola entre sus piernas abiertas, en una postura que hablaba de protección y posesión a la vez.

Cada parte de ella podía sentir el calor de su cuerpo, la firmeza de su pecho, la suave respiración que se aceleraba ligeramente.

—Lo siento —repitió él, con más énfasis esta vez, pegando la frente de él a la de ella, permitiendo que sus alientos se mezclaran, mientras sus manos la agarraban por la cintura con una suavidad que desmentía la intensidad de su agarre—. Fui un gilipollas —dijo entonces él, separando su frente de la de ella solo lo suficiente para poder mirarla a los ojos—. No te voy a negar que todo esto me tiene descolocado, Beth. Joder, te conozco desde hace años, y jamás, ni en mis sueños más locos, pensé que serías tú, precisamente tú, quien me haría temblar de esa manera —dijo, refiriéndose a cómo temblaba aquella vez, cómo su cuerpo reaccionaba ante su cercanía—. Supongo que debía haberlo imaginado porque ese instinto de protección sin sentido, esa necesidad de estar cerca de ti que me nacía contigo, no era normal —explicó él, tratando de encontrarle sentido—. Yo tampoco lo entiendo. No entiendo desde cuándo. ¿Quizás desde siempre y simplemente estuve ciego? ¿Quizás es reciente y solo ahora era el momento adecuado? ¿Por qué precisamente ahora? ¿Porque ahora estás libre? ¿Porque solo en este momento me he atrevido a mirarte como la mujer que eres? ¡No tengo ni puta idea! —dijo, sonando atormentado y con la voz cargada de frustración—. ¿Crees que no me he hecho todas esas preguntas mil veces? ¿Crees que no me he sentido un mierda porque precisamente de todos los momentos posibles, me he fijado en ti justo cuando menos debería hacerlo? Y sí, es porque estás embarazada. Y porque todo esto que estoy sintiendo por ti me da un miedo enorme. Porque no es una situación normal, Beth. Porque cualquier decisión que tomemos no solo nos afectará a nosotros, sino a un bebé que no tiene la culpa de nada y joder, ¡me estoy volviendo loco!

Sonaba torturado, porque así era exactamente cómo se sentía.

Beth no solo podía escuchar la angustia en sus palabras, la forma en que su voz temblaba en el límite entre la desesperación y la esperanza, podía verlo, claramente, en sus ojos.

Beth imaginó la batalla feroz que debía de estar ocurriendo dentro de él. Una guerra interna, donde sus demonios personales y sus ángeles guardianes se enfrentaban en un enfrentamiento titánico.

¿Y qué podía hacer ella cuando se sentía igual?

—Me gustas, Beth. Y por Dios que eso me da pavor —reconoció entonces.

Beth miró esos ojos oscuros y negó vehementemente con la cabeza.

—Estás confundido, es solo eso —dijo ella.

—No te negaré que esa posibilidad me gusta — dijo Romeo, soltando una risa irónica que parecía surgir de lo más profundo de su ser.

Una de sus manos, con la que la había sostenido delicadamente por la cintura, comenzó a desplazarse lentamente. Finalmente, la colocó detrás, justamente en ese punto donde la espalda baja de Beth comenzaba curvarse.

Sin previo aviso y con una suavidad que contrastaba con la intensidad del momento, la atrajo más hacia él, pegándola completamente a su cuerpo.

Y si alguien pensaba que no podían estar más cerca, se equivocaba.

Con ese simple acto Beth pudo sentir el evidente y abrumador peso de su deseo provocado por ella.

—Créeme —empezó él, tomando una pequeña pausa, como si estuviera eligiendo sus palabras con cuidado—, en algún momento consideré que esa podría ser la respuesta. Me quise aferrar a esa idea —a pesar de la seriedad de sus palabras, Romeo negó con la cabeza, su expresión se tornó más decidida—. Pero no, Beth. No estoy confundido. Y mi polla tampoco lo está, ya que estamos — hizo una mueca al decir esas palabras, como si una parte de él se sintiera sorprendido de ese detalle.

Beth, por su parte, con sus ojos agrandados y una mezcla de sorpresa y desconcierto, soltó un grito ahogado al escucharlo. Su voz sonó algo escandalizada, como si las palabras de Romeo hubieran cruzado una línea que ella no esperaba.

—¡Por el amor de Dios, Romeo! ¡No seas tan burro! — exclamó ella, pero se notaba un deje de risa en su voz.

—No me pongas burro entonces —resopló él, una sonrisa torcida, cargada de un aire juguetón y provocativo, dibujándose lentamente en sus labios.

—No puedo creer —empezó ella, haciendo una breve pausa y tomando una profunda inhalación—, realmente no creo que una mujer embarazada te pueda poner en ese estado —dijo ella, claramente a la defensiva.

Romeo, al escuchar sus palabras, resopló, y no fue un mero resoplido. Lo hizo fuerte y prolongado.

—¿Me vas a recordar eso en cada conversación? Ya te lo he explicado, Beth —su voz revelaba una mezcla de frustración y súplica.

Beth, buscando espacio, intentó separarse de él, queriendo ganar algo de distancia para procesar todas esas emociones que sentía. Pero Romeo, con firmeza pero sin brusquedad, no la dejó alejarse demasiado, solo lo indispensable, solo lo suficiente para poder mirarla a los ojos y

expresar todo lo que sentía.

—Esto… Todo esto, no puede ser —murmuró Beth, su voz quebrada.

—Esa batalla, esa lucha interna que te consume, ya está perdida, Beth —dijo él con intensidad. Al notar la confusión en los ojos de ella, sintió la necesidad de aclararle las cosas—. Me he repetido esa frase a mí mismo una y otra vez, centenas de veces. He buscado todas las razones posibles, las he analizado una por una —se encogió de hombros— y ninguna parece válida, ninguna parece ser suficiente. Lo único que puede parar todo esto es que tú no sientas absolutamente nada por mí. Si es así, por favor, dímelo ahora, y prometo que no volveré a hablar de ello, que me guardaré profundo lo que siento y lo que deseo. Pero si lo que realmente te preocupa, lo que nos pone barreras, es el mundo exterior, la sociedad y sus juicios, tengo que decirte que no funcionará, Beth. El deber, la ética, y todas esas restricciones impuestas por otros nunca han tenido poder sobre mí. Después de todo, nací y crecí en la mafia, ¿sabes? —resopló, la frustración era palpable en su voz— Si tengo que enfrentarme al mundo entero, desafiar cada norma, cada expectativa, para poder tener una oportunidad, aunque sea mínima, contigo —y aquí su voz se volvió firme, y su mirada, intensa—, lo haré —dijo sin lugar a dudas.

Sin rastro de vacilación en su voz.

En sus palabras resonaba el eco de una promesa.

Sonaba tan profundo que parecía un juramento.

—¿Por qué? —preguntó ella, su voz temblorosa, confusa por la avalancha de revelaciones que Romeo le estaba presentando.

Era demasiado para procesar, casi imposible de creer que todo lo que le decía fuera genuino.

Que no fuera una ilusión.

—Porque me estoy enamorando de ti.

A Beth casi le flaquean las piernas, sintiendo cómo una debilidad momentánea invadía todo su ser cuando escuchó semejante declaración de Romeo.

Intentó reír, una risa que pretendía ser ligera, pero que terminó por desvanecerse, convirtiéndose en un lamento o sollozo ahogado cuando, al levantar la vista, se encontró con la mirada profunda, intensa y seria de Romeo.

La emoción la embargó y gimió suavemente.

—Estás hablando en serio —dijo, sorprendida, mientras intentaba procesar todo lo que acababa de escuchar, su voz reflejando la incredulidad que sentía.

—¿Tanto te sorprende? —preguntó él, una sonrisa pícara dibujándose en la comisura de sus labios.

—Supongo que tanto como a ti —reconoció ella, recordando las palabras que él mismo había compartido anteriormente, haciendo referencia a su propia sorpresa al enfrentarse a sus sentimientos.

Romeo, ante esa respuesta, sonrió todavía más, dejando ver la diversión que sentía al respecto.

Pero en un giro inesperado de su expresión, volvió a ponerse serio, la mirada penetrante fija en Beth.

—Yo, al menos, ya lo he asumido y lo he aceptado —dijo él, su tono ligeramente más sombrío —. ¿Hasta cuándo vas a intentar negártelo tú a ti misma, Beth?

—Yo no…

—No me mientas —interrumpió él, con una firmeza que revelaba el tormento que llevaba dentro.

Resoplando, con todo el dolor reflejado en su rostro, porque su cuerpo entero ansiaba, necesitaba y anhelaba la cercanía de Beth, tomó la dolorosa decisión de separarse de ella.

Alejándose unos pasos, creando una barrera visible entre ellos.

—Lo único que te pido, exista algo entre nosotros o no, es que no me mientas.

Beth, con sus ojos aguados, lo siguió con la mirada, observando cómo él, con un aire de resignación, se dejaba caer en el butacón en el que ella se había sentado anteriormente.

—No soporto las mentiras —confesó él, dejando caer su cabeza hacia atrás y cerrando los ojos con fuerza—. Siempre preferiré la verdad, por cruda que sea. Aunque duela.

—Eso decimos todos hasta que la verdad duele más de lo que imaginamos —respondió ella, su voz temblorosa.

No se refería a Romeo, sino a las heridas que le había infligido Trevor en el pasado.

Él enderezó la cabeza de inmediato, clavando sus ojos en los de ella. Sabía, con certeza, a qué se refería y lo que esos recuerdos significaban para ella.

—Yo no soy él, Beth —dijo, su voz teñida de seguridad, pero también con una pizca de rabia, ofendido por la mera idea de que pudieran compararlo con ese hombre—. Yo jamás te haría daño.

—Sé que no —reconoció ella, sus palabras saliendo de lo más profundo de su ser, con toda la sinceridad del mundo porque así era como realmente lo sentía—. Pero si alguna vez lo hicieras... —hizo un gesto dramático, elevando las manos al cielo antes de dejarlas caer en señal de rendición— Él no ha podido destrozarme, pero tú… Tú sí lo harías.

A Romeo le tomó unos segundos comprender el verdadero significado detrás de esas palabras. Pero cuando finalmente lo hizo, esas palabras le golpearon el corazón, le oprimieron el pecho y le dejaron casi sin aliento.

—¿Por qué? —preguntó en un susurro, su voz cargada de emoción y confusión.

Beth tomó aire, reuniendo el valor necesario para enfrentar sus propios demonios y ser completamente sincera.

—No lo sé —admitió con voz temblorosa, su rostro reflejando el tormento interno que sentía

—. No lo sé. Solo sé que es así como lo siento. Solo sé que todo esto es una locura absoluta. ¿Tú y yo? En esta situación. Joder, ¡estoy embarazada! —sus ojos reflejaban el peso de su realidad, una realidad que lo había conmocionado tanto a él en su momento como a ella—. Estoy completamente sola en este inmenso mundo y voy a tener un hijo de alguien que me traicionó, de alguien que evidentemente no desea que este pequeño ser nazca. Alguien que ha logrado herirme de maneras que nunca habría imaginado posible. Y es así como tiene que ser, ¿no crees? Debo quedarme sola.

Romeo se levantó lentamente del butacón, cada músculo de su cuerpo en tensión.

Con pasos medidos y decididos, comenzó a acercarse a ella, su mirada fija en la de Beth, atendiendo a cada palabra, a cada nota de desesperación en su voz, mientras escuchaba la intensa diatriba que brotaba de sus labios.

La mirada de Beth se perdía en la distancia, en un punto indefinido.

—Debería estar con el corazón completamente roto, y dedicar todo mi tiempo y energía, solo, a pensar en mi bebé. Pero lo único que ha ocupado mis pensamientos en los últimos días ¡eres tú! —exclamó, con una mezcla de frustración y enojo hacia sí misma.

—Y te odias por ello, por no poder controlar esos sentimientos —dijo Romeo, con una voz suave pero firme.

—¡Mucho! —admitió ella con vehemencia—. Y yo… Yo… —tragó saliva, luchando contra la marea de emociones que amenazaban con ahogarla—. No puedo hacer esto, no ahora. No puedo permitirme pensar en mí en este momento, no puedo permitirme pensar en ti, no cuando todo mi ser debería estar centrado en otra cosa.

—Lo entiendo, Beth —afirmó Romeo, parándose justo frente a ella, su postura firme pero comprensiva.

Estaba lo suficientemente cerca para que ella pudiera sentir el calor de su presencia.

Pero lo suficientemente lejos para que el espacio entre ellos se mantuviera intacto, para que sus cuerpos no se rozaran.

—Porque, a pesar de todo, no estoy completamente sola, ¿entiendes? Y si, por alguna razón, las cosas entre nosotros no llegaran a funcionar, y me viera obligada a irme, ¿cómo me recuperaría de ello? ¿Qué sería de mí después? Soy egoísta, ¿verdad?

—No —contestó Romeo con determinación—. No lo eres. Lo entiendo, de verdad.

Con una autodisciplina impresionante, Romeo colocó sus manos a su espalda, entrelazándolas firmemente, como si esa acción fuera lo único que le impedía extenderlas hacia ella y abrazarla.

—Tengo que pensar solo en el bienestar del bebé. Solo en él o ella —dijo Beth, su voz cargada de determinación.

—Lo entiendo. Y lo respeto —repitió Romeo con una paciencia infinita.

—Y lo que yo sienta por ti, por muy fuerte que sea... —negó con la cabeza, como intentando

despejar esos pensamientos—. ¡No puede ser! ¡Me he repetido una y otra vez que no puede ser! ¡Que no debe ser!

—¿Qué es exactamente lo que no puede ser? —preguntó Romeo, su tono calmado, pero sus ojos estaban llenos de preguntas.

Sabía que, dada la tormenta emocional en la que Beth estaba sumergida, era probable que soltara algunas verdades sin darse cuenta.

Y él, siempre observador, iba a aprovechar ese pequeño resquicio de vulnerabilidad. Quizás algunos podrían decir que eso lo convertía en alguien astuto, pero él prefería pensar que solo era perspicaz.

Porque si había algo que había aprendido de Beth, es que cuando reflexionaba demasiado, se alejaba. Solo dejándola ser, solo permitiéndole hablar desde el corazón, conseguiría la sinceridad que tanto anhelaba de ella.

—¡Que me atraigas de esta manera! —exclamó Beth, su voz temblorosa—. Estoy embarazada, por el amor de Dios. Tengo que pensar... ¡Tienen que ser estas malditas hormonas! —con cada palabra, parecía que su voz ganaba más fuerza, como si estuviera tratando de convencerse a sí misma, perdiendo la compostura que solía caracterizarla.

Romeo no pudo evitarlo; una amplia sonrisa de pura satisfacción se formó en sus labios.

—Entonces, ¿me deseas? —replicó él con una voz suave, pero con un deje travieso, deleitándose en esa revelación.

Beth parpadeó, claramente atrapada en su propio juego de palabras.

—No, eso no es lo que... —empezó, pero su voz flaqueó.

—Sí, eso es exactamente lo que acabas de decir —Romeo seguía sonriendo, disfrutando claramente del momento.

—Yo... Yo no dije eso exactamente —replicó ella, tratando de retomar la compostura.

—Oh, claro que sí —dijo Romeo, su sonrisa volviéndose aún más amplia.

Con un movimiento suave pero firme, colocó una mano en la parte baja de la espalda de Beth, atrayéndola hacia él, haciendo que sus cuerpos quedaran peligrosamente cerca.

—Y ahora, creo que también quieres que te bese.

—Yo no quiero... —Beth comenzó a protestar, pero sus palabras se perdieron cuando Romeo, sin perder tiempo, reclamó sus labios.

Todo lo que ella pudo hacer en ese momento fue dejarse llevar y emitir un suave gemido de sorpresa.

Y de placer.

La atmósfera estaba cargada de electricidad, y ambos lo sabían.

Hasta ahora, todo había sido una danza, un tanteo suave y cauteloso. Y en ese preciso instante, con solo un breve y fugaz contacto de sus labios, una ola de deseo los inundó, haciendo que el mundo alrededor pareciera desvanecerse.

—Yo no… —intentó protestar Beth, su voz vacilante y casi inaudible, cuando Romeo liberó sus labios, solo por un efímero segundo.

—Calla, mujer —gruñó Romeo, su voz profunda, casi un ronroneo, mostrando impaciencia y deseo.

Sin más espera, y con una pasión ardiente, volvió a ella, envolviéndola en un beso intenso y voraz.

Esa vez no hubo delicadeza, no hubo dudas.

Era la química pura.

Romeo, con el deseo brillando en sus ojos, la tomó con fuerza, mientras ella se perdía en la intensidad de su beso. En ese momento, la sutileza se esfumó, dejando en su lugar a un Romeo hambriento y deseoso.

Con un rugido sordo, casi animal, que reverberó en la habitación, levantó sus manos para enmarcar el rostro de Beth, guiando su cabeza y controlando el ángulo de su beso para profundizar más en él.

La hizo abrir la boca y, por primera vez, sus lenguas se tocaron.

Ese primer roce de lenguas lo fue todo. Para Romeo, era como alcanzar la cima del éxtasis, y para Beth, fue un descubrimiento, ya que ningún hombre jamás la había hecho sentir ese torbellino de emociones antes.

Las piernas de Beth flaquearon por un segundo, mientras su corazón latía con fuerza, impulsándola a envolver sus brazos alrededor del cuello de Romeo, deseando más cercanía, más calor.

Más de él.

Romeo, por su parte, estaba extasiado. La pasión de Beth, esa chispa inesperada y abrasadora, lo fascinó. Estaba claro que, con ella, cada día sería una aventura, y él se aseguraría de mantener siempre viva esa chispa entre ellos.

—Dios... —susurró Romeo, su voz apagada por el intenso beso, cuando finalmente se separaron para tomar un aliento desesperado—. Beth, nunca imaginé que esto... —pero antes de que pudiera terminar, volvió a ella, esta vez con un beso más dulce, más tierno, explorando con lentitud cada rincón de su boca.

Al finalizar, él se detuvo, acariciando con ternura los labios hinchados de Beth con su pulgar. La miró fijamente a los ojos, su mirada intensa, pero llena de cariño.

—Mujer, podría pasarme la eternidad besándote —su voz ronca revelaba el profundo deseo que sentía por ella.

En el silencioso espacio entre ellos, la tensión era palpable. La mirada de ella ahora estaba nublada con confusiones y preguntas no formuladas.

—¿Qué es esto? —preguntó ella, su voz vacilante, todavía intentando comprender la avalancha de sensaciones que la había abrumado.

—¿El qué? —respondió Romeo con una voz suave, su tono bajo, mientras sus dedos seguían deslizándose suavemente sobre la tersa piel de sus labios, reviviendo el calor del reciente contacto.

—Esto —repitió ella, señalando el espacio que los separaba, pero al mismo tiempo los conectaba de una manera que jamás había experimentado.

Sus ojos, normalmente brillantes, ahora estaban nublados por el desconcierto y el miedo a lo desconocido.

—Yo jamás… —susurró ella.

Su voz se desvaneció, las palabras quedaron atrapadas en su garganta, pero no era necesario que las pronunciara. En la mirada profunda y penetrante de Romeo había una comprensión silenciosa, como si conociera las palabras no dichas que quedaron en el aire.

—Esto, *donna* —comenzó Romeo, su voz llena de ternura y una suave risa juguetona—, es lo que sucede cuando el corazón decide tomar las riendas y guiar el camino.

—Tiziano… —susurró ella, su nombre sonando casi como una plegaria en sus labios, mientras buscaba en sus ojos alguna señal que le diera sentido a todo.

Escuchar su nombre en sus labios le hizo sentir una intensa opresión en el pecho.

Romeo tragó saliva, luchando por contener el torbellino de emociones que lo embargaba.

—Esto, mujer —continuó él, su voz adquiriendo un matiz más profundo, casi seductor, especialmente cuando la vio pasar la lengua por sus labios, una acción que le envió un escalofrío por la espina dorsal—, es solo una diminuta muestra de lo que nos queda por descubrir y por experimentar.

Sin más preámbulos, Romeo la atrajo hacia él para sellar sus palabras con un beso.

Era una promesa silenciosa de que lo que compartían no era común. Era único, mágico y, por encima de todo, genuino.

Y en ese momento, quedó claro que este viaje no era algo que pudieran experimentar por separado. Era un camino que debían recorrer juntos.

Porque solo entre ellos podía ser así.

—¿Qué estamos haciendo? —susurró Beth sobre los labios de Romeo.

Era una pregunta que se repetía a sí misma, en un intento desesperado por encontrar lógica en medio del torbellino de emociones que la embargaban.

Porque sentía que estaban jugando con fuego.

Y podían quemarse.

—Lo que deseamos —respondió Romeo, su voz cargada de sinceridad.

Su mirada penetrante la buscó, desafiando cualquier barrera que ella intentara poner entre ellos. Con un gesto decidido, se alejó unos centímetros, ofreciéndole su mano como una promesa no dicha.

Ante ese gesto, Beth parpadeó, sorprendida.

Observó esa mano extendida. Una parte de ella quería correr, protegerse de todo aquello que podría desatar. Pero otra, más profunda y valiente, la instaba a seguir sus instintos.

—¿No sería mejor si...? Tal vez deberíamos... —intentaba dar voz a sus temores, buscando respuestas en los ojos de Romeo.

Romeo, siempre observador y atento, captó la esencia de sus palabras.

—¿Quieres mantenerlo en secreto? —inquirió con ternura, buscando comprender sus miedos.

—Por ahora —admitió ella, su voz vacilante—. Si ni siquiera puedo comprender lo que está pasando entre nosotros, ¿cómo puedo esperar que otros lo hagan?

Ante sus palabras, una sonrisa comprensiva se dibujó en el rostro de Romeo.

—Lo entiendo —afirmó, y extendió un poco más su mano en una clara invitación—. Pero confía en mí, en este momento no hay ojos curiosos que te juzguen.

La indecisión todavía se reflejaba en los ojos de Beth, pero, finalmente, decidió seguir su corazón. Con un suspiro casi imperceptible, colocó su mano sobre la de Romeo. Este sonrió todavía más y entrelazó los dedos de ambos.

Romeo, sintiéndose victorioso y al mismo tiempo protector, apretó suavemente la mano de Beth y, con paso decidido, la guio fuera de la biblioteca.



Capítulo 24

Un dulce beso, ese fue el gesto que eligió Romeo para decirle adiós a Beth en el umbral de la puerta de la habitación. Un beso tan efímero, tan sutil y tan lleno de dulzura, que distaba enormemente de los besos apasionados, intensos y ardientes que ambos habían intercambiado apenas unos minutos antes.

Un beso que, por extraño que pareciera y aunque sonase a chiste, la desestabilizó más que cualquier otro gesto que hubiesen compartido esa noche.

—Joder, ¡¿qué estoy haciendo?! —murmuró Beth en voz baja, casi como un lamento, mientras sus dedos se enredaban en su cabello con desesperación.

Beth sentía que todo era un auténtico caos. Una tempestad de sentimientos, emociones y pensamientos se agolpaban en su mente, luchando entre sí.

¿Qué estaba bien?

¿Qué decisiones eran las correctas?

¿Y qué era lo que realmente estaba mal?

Dios santo, ¿cómo había llegado a encontrarse en semejante encrucijada?

Sin embargo, allí estaba, sumida en ese torbellino de confusión y deseo. Un deseo ardiente que la consumía por dentro cada vez que pensaba en ese hombre que la había dejado tan alterada y temblorosa.

En un instante, estaba allí, con mil pensamientos dando vueltas en su mente, y al siguiente, de manera casi automática, se encontró a sí misma frente a la puerta de la habitación de Romeo. Su brazo se elevó lentamente, su mano temblaba ligeramente, y sus dedos estaban a punto de golpear la madera.

Pero se detuvo en el último segundo, sus dedos quedaron suspendidos en el aire, a escasos milímetros de hacer contacto.

Por fortuna.

Un sinfín de preguntas la asaltaron: ¿Por qué estaba allí? ¿Qué buscaba al llamar a su puerta? ¿Qué pretendía decirle?

Dios mío, ¡¿pero qué demonios estás pensando?!, se reprendió a sí misma mentalmente.

Sabía que tenía que alejarse antes de que las emociones la traicionaran y cometiera una locura. Pero, como suele ocurrir, el destino tenía otros planes y antes de que pudiera reaccionar y dar media vuelta, el picaporte de la puerta giró.

La puerta se abrió lentamente y Romeo, que justamente estaba a punto de salir, se encontró con la atónita mirada de Beth.

Lentamente, las cejas de este se arquearon en señal de confusión y sorpresa.

La atmósfera se tornó tensa, cargada de expectación. Ambos se miraron fijamente, tratando de leer en los ojos del otro algún indicio de lo que estaba ocurriendo.

—Beth… —susurró él con voz temblorosa, claramente sorprendido.

Y ante la expresión de pánico y terror que se reflejaba en el rostro de Beth, Romeo se encontró en un dilema, sin saber si intentar entablar una conversación o quedarse en silencio, por miedo a que ella saliera huyendo.

—Yo… —empezó ella, su voz temblorosa, sus ojos brillando con un torbellino de emociones que no sabía cómo expresar.

—¿Estás bien? —inquirió él, preocupado, observando cada rasgo de su rostro, tratando de descifrar qué era lo que estaba pasando por su mente en ese preciso instante.

—¡Sí! ¡Digo no! —respondió rápidamente mientras sacudía su cabeza, confundida— ¿Eso fue real? —preguntó entonces. Sus ojos, desesperados, buscaban una confirmación de lo que había sucedido.

—¿Qué? —replicó él, frunciendo el ceño en una mezcla de confusión y sorpresa, tratando de comprender a qué se refería exactamente.

—Lo del beso. Lo de tus sentimientos. Y lo de... ¡Cogerme de la mano! —sus palabras salieron a borbotones, sin poder controlarlas.

Y es que aquel simple acto de entrelazar sus dedos le había impactado profundamente. Porque aquel gesto significaba más de lo que Romeo o cualquier otra persona pudiera comprender.

—¿Has venido hasta aquí para averiguar si todo eso fue auténtico o simplemente una ilusión de tu mente? —preguntó Romeo, con una sonrisa que se adivinaba en el tono juguetón de su voz, aunque no podía ocultar su asombro por la situación.

—No te rías de mí —le espetó ella, en un tono que oscilaba entre la advertencia y la súplica.

—Jamás me atrevería a hacer tal cosa —respondió él, intentando mantener una expresión seria, aunque un brillo travieso en sus ojos denotaba que estaba a punto de soltar una carcajada.

—Entonces, dime, ¿ha sido real o no? —reiteró ella, su voz ansiosa por conocer la verdad.

Romeo tomó una profunda inspiración, dejando que el aire llenara sus pulmones. Con un movimiento ágil y decidido, tomó la mano de Beth y, en un instante, ella se encontraba en el interior del dormitorio de Romeo, con la espalda presionada contra la puerta y él posicionándose frente a ella.

Con un gesto sugerente, Romeo le indicó con las rodillas que separara un poco las piernas, y Beth, sin resistirse, obedeció. Después, él se acomodó entre ellas.

—Entonces, tu duda es si todo lo que has vivido ha sido realidad o un mero sueño —murmuró él, su voz adquiriendo un tono coqueto.

—Tiziano… —sus palabras salieron como un susurro, su cuerpo estremeciéndose por tenerlo tan cerca.

Con una delicadeza que contrastaba con la intensidad del momento, Romeo levantó sus manos y acunó el rostro de Beth entre ellas.

—Permíteme aclarar tus dudas —declaró con firmeza.

Y sin esperar más, la besó.

La envolvió en un beso avasallador, como lo había hecho antes. La besó con una pasión que hizo que las piernas de Beth se debilitaran. La besó con un anhelo y un deseo tan intensos que, mientras sus labios se fusionaban, mientras sus lenguas se entrelazaban en una danza seductora, Beth tuvo la certeza irrefutable de que todo lo que había experimentado era real.

Muy real.

—¿Responde esto a tus dudas? —preguntó Romeo con la voz ronca al separase de ella y mirar esos preciosos ojos grises que lo tenían loco de deseo.

Beth asintió con la cabeza, Romeo sonrió al ver cómo le temblaba el labio y acarició este con su pulgar.

El ambiente entre Romeo y Beth se volvió más palpable, denso y cargado de electricidad. El mundo a su alrededor parecía desvanecerse mientras solo quedaban ellos dos, solos en ese espacio, conectados por una tensión que se podía casi tocar.

Romeo, con esa mirada profunda que solía perderse en los ojos de Beth, acercó lentamente su rostro al de ella. Podía sentir la respiración entrecortada de Beth, la suya igualmente irregular, y sus corazones latiendo al unísono.

—No es suficiente —dijo él—. Nunca será suficiente.

Con una ternura sorprendente, Romeo acarició la mejilla de Beth, dejando que sus pulgares acariciaran suavemente sus labios. Ella cerró los ojos, preparándose para el momento, sintiendo cómo la piel de Romeo ardía al contacto.

Con una delicadeza abrumadora, los labios de Romeo encontraron de nuevo los de Beth.

Pero esta vez, el beso fue muy diferente…

Fue un beso dulce al principio, exploratorio, como si quisieran memorizar cada rincón, cada curva, cada sabor del otro. Pero a medida que los segundos avanzaban, el beso se volvió más apasionado, más intenso.

El mundo exterior ya no existía para ellos. Solo importaban esas sensaciones, esos suspiros que escapaban entre beso y beso.

Beth rodeó con sus brazos el cuello de Romeo, atrayéndolo más hacia ella, profundizando aún más el beso, mientras las manos de él se perdían por la espalda de Beth, enredando sus dedos en su cabello y acercándola más si cabe.

Finalmente, después de lo que parecieron horas y segundos al mismo tiempo, se separaron lentamente, aún con los ojos cerrados, saboreando el momento.

Sus frentes se apoyaron la una contra la otra, las respiraciones aún entrecortadas.

—Este beso también es real —susurró él, su voz ligeramente temblorosa.

Podía sentir cómo su corazón martilleaba con tanta fuerza en su pecho que temía que, en cualquier momento, rompiera la barrera de su piel y se mostrara al mundo.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, se separó de ella suavemente, con la delicadeza de quien teme romper algo precioso. Pero antes de que ese espacio entre ellos creciera demasiado, inclinó su cabeza, depositando un tierno y cariñoso beso en la frente de Beth.

Beth aún mantenía sus manos firmemente enredadas alrededor del cuello de Romeo. Parecía temer que, si lo soltaba, todo lo que habían compartido se desvanecería.

Romeo, con ternura, levantó sus manos y suavemente comenzó a liberarse del agarre de ella, deslizando los brazos de Beth hacia abajo.

—Será mejor que te vayas —dijo él entonces, con un tono que denotaba un conflicto interno, intentando tomar la distancia que su corazón y mente le dictaban.

—¿Por qué? —preguntó ella, su voz apenas audible, mientras intentaba nuevamente acercarse a él, ansiando otro de esos besos que la transportaban a otro mundo.

Romeo gruñó, la desesperación era evidente en su mirada y en su voz.

—Porque me está costando la vida no tumbarte sobre mi cama —señaló con un gesto de la mano hacia atrás, hacia donde se encontraba esta—, y demostrarte con cada beso, con cada caricia, cuánto de real es todo esto, Beth —suspiró, perdido en el profundo abismo de deseo y pasión reflejado en los ojos de ella—. No, preciosa —dijo con voz suave y decidida—. No cuando todavía no estás completamente segura de esto, de lo que somos, de lo que podríamos ser. No quiero entregarte todo lo que siento por ti, y que luego te arrepientas de ello.

Los ojos de Beth se llenaron de lágrimas ante la sinceridad de esas palabras.

Con un sutil pero profundo gesto de la cabeza, le dio a entender a Romeo que lo sentía.

Romeo no quería ser testigo de esa despedida, así que se giró lentamente, mostrándole su espalda. Esperaba, con una angustia que lo consumía por dentro, escuchar el ruido de la puerta al abrirse, seguido de ese eco vacío que dejaría su cierre, marcando la marcha de Beth.

Pero, para su sorpresa, no escuchó nada de eso.

En lugar de eso, sintió los cálidos y reconfortantes brazos de Beth envolviéndolo por la cintura desde atrás, apretándolo con un abrazo. Ese abrazo logró que todo su cuerpo se tensara en un segundo, como si una corriente eléctrica lo hubiera atravesado. El aire se le esfumó de los pulmones.

—Beth —consiguió murmurar, su voz cargada de asombro y emoción, sonando casi como un suspiro ahogado.

La respuesta de ella vino cargada de determinación.

—Me arrepentiré si me voy ahora —declaró con firmeza.

Romeo, aún en estado de shock, giró su cuerpo entre sus brazos, quedando ambos frente a frente. Y allí estaban de nuevo, esos preciosos y expresivos ojos grises, dejándolo sin aliento.

—He cometido errores y me he arrepentido de muchas decisiones en mi vida, así que no temo a un arrepentimiento más. Pero... —hizo una pausa, tragando saliva, buscando las palabras adecuadas para expresar lo que sentía— No quiero arrepentirme de marcharme ahora y de no sentir esto —susurró con un tono lleno de vulnerabilidad.

—Beth… —comenzó él, la emoción atenazándolo, obstruyendo su garganta.

Podía sentir cómo su corazón latía con fuerza, amenazando con romper el frágil silencio que había entre ellos.

Ella, con una resolución firme en su voz y en su mirada, lo interrumpió.

—No quiero seguir luchando contra esto, contra lo que siento, contra lo que ambos sentimos —sus palabras eran un eco de lo que bullía en su corazón.

Romeo la observó, perdiéndose en la profundidad de sus ojos, con ternura.

—Yo tampoco quiero luchar más. Pero si decides tumbarte hoy en esa cama, si decides entregarte a mí, será en cuerpo y alma, Beth. Te advierto que no dejaré que vuelvas a huir, no dejaré que te escapes otra vez.

—¿Tú tampoco podrás huir? —quiso saber ella, y, con un gesto casi inconsciente, llevó sus manos hasta su barriga y la acarició.

Romeo captó la sutileza del gesto y lo que significaba, lo que ella temía y esperaba a la vez.

Y no pudo evitar que una sonrisa dulce y comprensiva iluminara su rostro.

—Si tuviera dudas sobre nosotros, sobre lo que siento o sobre lo que podría llegar a ser, ya habría huido, Beth —declaró, la seguridad vibrando en cada palabra—. No soy un hombre que juegue con los sentimientos de nadie. No busco aventuras pasajeras, y menos contigo. Así que si todavía no estás segura de...

—Bésame —lo interrumpió ella con una súplica directa y apasionada.

Eso lo descolocó, dejándolo sin aliento por un segundo.

—Beth…

—Bésame, por favor —le rogó ella, sus ojos brillando por la vulnerabilidad que sentía—. Lo necesito.

—Siempre, *donna* — juró él. Y, delicadamente, enmarcó el rostro de Beth con sus manos—. Nunca dejaré de besarte, te lo prometo.



Capítulo 25

BETH

Lo intenté con todas mis fuerzas, poniendo barreras a mi propio deseo, repitiéndome una y otra vez que no debía sucumbir a él.

Pero tuve que darme por vencida.

Ya no podía resistirme más a él, no cuando todo en él me llamaba.

Me tentaba.

En ese momento, la intensidad de lo que sentía era tan grande que todas las excusas que había construido, todas las razones por las que debía alejarme, se desvanecían.

No me importaban las voces críticas, las miradas de desaprobación ni los susurros a mis espaldas.

En ese preciso instante, mi mundo se reducía a él, y todo lo que deseaba era sumergirme en su abrazo, sentirlo a él, sentir cómo sus manos recorrían mi piel y cómo sus labios buscaban los míos con urgencia.

Mi corazón latía con rapidez, y no pude contener un pequeño quejido de frustración cuando, juguetonamente, él decidió separar nuestros labios.

Una risa juguetona y seductora emergió de sus labios, haciéndome estremecer.

—¿No quieres que pare? —preguntó con un tono seductor, jugando con mis emociones, sabiendo perfectamente la respuesta.

—No —respondí sin dudarlo.

Moví mis brazos que estaban firmemente enredados alrededor de sus hombros y lo acerqué más a mí, intentando acortar la distancia entre nosotros para besarlo de nuevo.

—No quiero dejar de sentirte —susurré.

—Hmmm… —sus fuertes brazos rodearon mi cintura con firmeza, pegándome a él de una manera que no dejaba lugar a dudas sobre cuánto me deseaba—. Podrás sentirme tanto como quieras —prometió con un tono insinuante mientras jugueteaba con mi labio, mordiéndolo y tirando de él con suavidad.

Sus palabras eran una promesa seductora, cada una cargada de un deseo tan intenso que me hacía temblar.

—Besándote, mordiéndote, lamiéndote —dijo cuando soltó el labio y lo lamió— cada parte del cuerpo. Y follándote —añadió con un tono ronco que me hizo gemir involuntariamente.

—¿Y si follamos ya? —reuní el coraje para hacer esa pregunta atrevida, sorprendiéndome a mí misma con mi audacia.

Pero inmediatamente después, el peso de mi atrevimiento me golpeó, y sentí cómo la vergüenza teñía mis mejillas de un color carmesí. Sin saber cómo enfrentar su mirada, escondí mi rostro avergonzado en su pecho, buscando refugio.

La risa de Romeo inundó la habitación.

Sin darme mucho tiempo para reaccionar, con una destreza impresionante, me tomó de la cintura y me encontré siendo elevada del suelo. Grité, a medio camino entre la sorpresa y la diversión. Instintivamente, mis brazos se enredaron alrededor de su cuello, aferrándome a él.

Con pasos decididos y llevándome consigo, Romeo caminó hacia la cama. Podía sentir la vibración de su risa contra mi cuerpo, y supe que disfrutaba tanto del momento como yo.

Con un delicado movimiento, me colocó sobre la suave superficie de la cama, como si fuera una preciada joya que se maneja con extremo cuidado.

A pesar de su actitud juguetona, había un matiz serio en sus ojos cuando, todavía sonriendo, se tumbó junto a mí. Mis manos, que en algún momento de la sorpresa se habían desplazado para cubrir mi rostro, fueron apartadas con suavidad por él. Sus dedos, cálidos y reconfortantes, se entrelazaron con los míos mientras apartaba mis manos, dejando mi rostro al descubierto.

—¿Qué parte del cuerpo quieres que te folle además de ese precioso coño que será donde primero entre mi polla? —preguntó con toda la poca vergüenza del mundo.

Abrí los ojos como platos al escucharlo.

—¡Serás burro! —exclamé, tratando de sonar indignada, pero una risa escapó de mis labios.

—No, *donna*, burro me pones tú — replicó, guiñándome un ojo, pícaro y coqueto.

Era la segunda vez que le escuchaba decir esa frase y juro por Dios que me encantaba hacerlo; había algo en la forma en la que decía esas palabras que me hacía estremecer de placer.

Sin perder un instante, Romeo cogió mi mano y la puso sobre su erección. Su respiración se tornó más pesada ante el simple roce, y su gemido, cuando apreté un poco, me hizo estremecer.

—Dios —susurré casi en un suspiro, sintiendo la impotente presencia de lo que se ocultaba bajo la tela.

Tan grande.

Tan duro.

—Ya —dijo mientras delicadamente quitó mi mano del bulto de su entrepierna, una zona que se había vuelto sorprendentemente más tensa—. No queremos que esto termine antes de empezar, ¿verdad? —pronunció cada palabra con un tono juguetón.

Pero esa chispa de diversión que había en sus ojos se esfumó rápidamente cuando nuestras miradas se entrecruzaron. Su mirada, profunda e intensa, escondía secretos y emociones que no podía, o quizá no quería, definir del todo.

En ese instante, algo en mi interior cambió.

Mi corazón, traicionero, decidió hacer un salto acrobático dentro de mi pecho.

Fue en ese preciso instante cuando lo supe: estaba jodida de verdad.

Una realidad que me golpeó con la fuerza de un tren a toda velocidad. Y también fue en ese fugaz instante cuando las piezas del rompecabezas comenzaron a encajar en mi mente.

Estaba enamorada de ese hombre. Aquel hombre que con su simple presencia me hacía sentir cosas que nunca antes había sentido.

¿Desde cuándo?

A saber...

Podrían haber sido días, semanas o quizá, como él sugirió refiriéndose a él mismo, tal vez desde siempre y yo simplemente había estado ciega.

Quizás era algo reciente.

¿Qué importaba cuándo había empezado?

Lo verdaderamente trascendental era lo que ese hombre había conseguido despertar en mí en tan poco tiempo. Ese torbellino de emociones que me envolvía y que, admitámoslo, daba un poco de miedo. Un miedo que era una mezcla de emoción y ansiedad, de deseo y temor.

Estás loca, Beth, me dije a mí misma, intentando imponer algo de lógica a la tormenta de sentimientos que amenazaba con arrasarme.

Sí, no cabía duda, estaba loca, pero no de una forma peligrosa o irracional, sino loca por él...



Capítulo 26

ROMEO

Estaba loco por ella.

Ya había asumido eso después de las innumerables noches en las que me encontré dando vueltas en la cama, atormentado por mis pensamientos y mis dudas. Esos momentos en los que estuve al borde de la locura, me obligaron a aceptar la verdad.

Estaba loco por esa mujer que, en ese preciso instante, parecía derretirse entre mis dedos. Dedos que temblaban con cada contacto que tenía con su piel, dedos que anhelaban explorarla y descubrir cada secreto, cada parte de este.

Iba a buscarla.

En el momento en que abrí la puerta, iba a buscarla. Porque me estaba volviendo loco.

Internamente, me repetía una y otra vez, como un mantra, que no podía soportarlo más, que la necesitaba cerca. Había sido una tortura alejarme de ella, y joder, simplemente no podía. La ausencia se había vuelto insoportable. No quería estar lejos de ella ni un segundo más.

Por eso iba a buscarla.

Sin embargo, el destino a veces tiene una forma peculiar de actuar, ¿verdad?

La sorpresa que me llevé fue mayúscula cuando, en lugar de yo buscarla, fue ella la que me buscó a mí.

Y ahora, el cosmos parecía haber alineado todo perfectamente, ya que la tenía ahí, en mi cama, entre mis brazos. Sus labios se movían con los míos, devorándome tanto como yo la devoraba a ella.

Más que un simple deseo, era una necesidad imperiosa lo que sentía por esa mujer.

Quería, necesitaba, que fuera así siempre. Porque lo que esa mujer me hacía sentir no era algo que estuviera dispuesto a dejar escapar.

Aunque tuviese que enfrentar al jodido mundo. Por ella. Por nosotros.

Por lo que sentíamos.

—Te deseo —susurré con un hambre incontrolable, mis palabras vibrando contra sus labios hinchados por la intensidad de los besos que habíamos compartido—. Te deseo tanto, mujer…

Con una pasión que me consumía por dentro.

Una pasión tan intensa que dolía.

Dolía en cada parte de mi ser.

Me dolía la polla por el deseo reprimido y la anticipación de tenerla.

Pero no era solo el deseo físico lo que me torturaba. También me dolía el pecho, un anhelo que venía desde lo más profundo de mi alma por la profundidad de esa necesidad que ella creaba en mí.

—Y te juro, por todo lo que más quiero, que me estoy conteniendo con todas mis fuerzas para no rasgarte la ropa, abrirte las piernas y follarte hasta hacerte gritar mi nombre, mientras yo grito el tuyo.

Esas palabras crudas y directas me sorprendieron hasta a mí mismo.

Era como si ella despertara en mí una faceta que no conocía, un lado más instintivo, más primitivo y visceral.

Un gemido suave y seductor brotó de sus labios al escucharme, una señal de cuánto la afectaban mis palabras.

Pero lo que vino después me dejó sin aliento.

Con una osadía que no esperaba, cogió mi mano y la guio hacia su entrepierna.

—Yo no voy a poder contenerme —dijo con voz ronca y cargada de deseo.

Apreté con suavidad sobre su sexo y sentí un latigazo de placer al ver cómo se mordía el labio, cómo sus ojos brillaban, nublados por el deseo, revelando una anticipación que reflejaba la mía.

—Si me tocas así, voy a correrme en cuanto sienta tus dedos en mi piel.

Sus palabras provocaron un escalofrío en mí.

Era el comentario más erótico, más sincero y crudo que nadie me había dicho nunca.

Era una invitación abierta, un desafío que no podía, ni quería, rechazar.

—Que así sea —respondí.

Con dedos veloces y hábiles, deslicé mi mano bajo su pantalón y su ropa interior, gruñendo de aprobación al encontrar la suavidad y la calidez de su húmedo sexo.

—*Dio, donna* —gruñí, sintiéndome al límite de mi control.

Acaricié su clítoris con precisión y la escuché jadear cuando introduje dos dedos en ella.

—Esto va a ser el maldito cielo —dije, visualizando lo que sería sentirme dentro de ella.

Con una habilidad nacida del deseo, comencé a mover mis dedos dentro de ella, alternando el ritmo y la profundidad de cada embestida.

Sus caderas empezaron a moverse al unísono con mis dedos, impulsadas por la necesidad creciente de más contacto, de más placer.

Sus ojos, cubiertos por párpados pesados, se cerraron, su cabeza se ladeó hacia atrás exponiendo la delicada línea de su cuello y su boca, ligeramente abierta, dejaba escapar gemidos que rompían el aire, testimonio del placer que la embargaba.

No podía apartar mis ojos de ella. La visión de su abandono, de su entrega total al éxtasis, era como una obra de arte en movimiento.

Era, sin duda, lo más hermoso había visto en toda mi vida.

Después de un instante que pareció eterno, ella movió su cabeza, saliendo de ese trance placentero.

Sus ojos, ahora nublados por el deseo y el placer, se entreabrieron para encontrarse con los míos. Se mordió el labio inferior, y gimió con una fuerza que reverberó en cada rincón de la habitación.

—No puedo... — sus palabras se vieron ahogadas por el placer.

Sin embargo, no necesitaba que terminara la frase. Sabía lo que necesitaba, y aumenté el ritmo y la intensidad de mis movimientos, decidido a llevarla al límite.

Cuando finalmente lo hizo, cuando su sexo se contrajo alrededor de mis dedos, cuando todo su cuerpo tembló y un grito liberador brotó desde lo más profundo de su ser, supe que lo había conseguido.

Y mientras yo la observaba, una oleada de satisfacción me invadió, haciéndome sentir el hombre más afortunado del planeta.

—Dios mío —sus palabras salieron en un susurro entrecortado, mientras los espasmos de su orgasmo todavía la sacudían. Su respiración, errática, aún luchaba por encontrar un ritmo normal.

Con delicadeza, me incliné hacia ella y capturé sus labios en un beso, uno que no solo buscaba calmarla sino también saborear cada uno de sus suspiros y gemidos.

Al separarnos, la miré directamente a los ojos.

—Estás empapada, mujer —gruñí con una voz ronca, embriagado por el aroma y la esencia de su excitación. Retiré mis dedos de ella con una lentitud tortuosa, apreciando cada sensación— . Estás más que lista para que te folle. Pero antes de eso…

Mi mirada bajó por su cuerpo, contemplando cada curva, cada rincón que ansiaba explorar.

Tenía planes para ella.

Grandes planes.

Iba a darme un festín con su cuerpo.

Con movimientos ágiles y decididos, me liberé de las restricciones de la tela, permitiendo que el aire fresco acariciara cada centímetro de mi piel.

Mientras lo hacía, mis ojos nunca abandonaron los suyos, y me encontré capturado por la mezcla de expectación y deseo que vi reflejada en ellos.

Luego, con delicadeza y paciencia, comencé a desvestirla, dejando al descubierto su piel.

La visión de ella sobre las sábanas blancas de mi cama era algo digno de ser inmortalizado. Mi reacción física fue inmediata, pero más que eso, fue la avalancha de emociones que me recordaron cuánto significaba para mí.

Me tumbé a su lado de nuevo, dispuesto a acariciarla.

Mis dedos comenzaron a recorrer cada detalle de su rostro: el contorno suave de sus mejillas, la curvatura de sus labios, ese rincón especial detrás de sus orejas.

Continué mi exploración descendiendo por la longitud de su cuello, sintiendo la textura sedosa de su piel y el suave pulso que latía debajo. Su clavícula, fascinante…

Mi viaje continuó hacia el sur, hacia esos montículos de suavidad que me moría por tocar. Al hacerlo, pude sentir su calor y su respuesta a mis caricias.

—*Dio mio…* —susurré con una voz cargada de deseo.

Mis ojos se dilataron al contemplar la perfección ante mí. Y, casi como movido por un impulso primitivo y sin control ninguno, lentamente agaché mi boca y la posé con sumo cuidado sobre uno de esos perfectos y redondeados pechos.

Mis dedos, temblorosos pero decididos, lo agarraron con delicadeza y firmeza al mismo tiempo. Apreté un poco, sintiendo su calor y firmeza entre mis dedos, mientras, casi de forma instintiva, me metía el pezón en la boca. Con la punta de mi lengua, empecé a jugar con él, lo lamí con dulzura y pasión, saboreando cada pequeño detalle y textura.

Y le di un pequeño y cuidadoso mordisco.

No queriendo dejar de lado el otro pecho, y con la misma devoción, hice exactamente lo mismo con él.

Alcé mi vista hacia ella con una mirada llena de promesas y anticipación.

—Me daré un festín con ellos después —era una promesa, una que tenía toda la intención de cumplir.

Descendí lentamente por su cuerpo, siguiendo la curva natural de su figura. A medida que me acercaba a su vientre, mi respiración se hacía más profunda, y me tomé un momento para admirarla en su totalidad.

Detuve mi descenso al llegar al suave y delicado contorno de su estómago, y levanté mi mirada hacia la suya. Me encontré con unos ojos que brillaban con emoción y expectativa.

—¿Puedo? —pregunté con una voz que apenas era audible, esperando su consentimiento.

Quería asegurarme de que cada paso que dábamos juntos fuera mutuo.

Con una leve inclinación de su cabeza, ella asintió. Fue en ese instante, cuando un suave sollozo escapó de sus labios al sentir el tacto de los míos sobre su vientre, ese vientre que ya lucía abultado, besándolo con la delicadeza y reverencia que merecía.

Ay, tonta…, pensé, mientras un torbellino de emociones me embargaba. *No tienes idea de lo*

que significas para mí, ¿verdad?

Decidí que no solo se lo diría con palabras, sino que se lo demostraría cada día.

Mientras mi rostro seguía bajando, llegué hasta el epicentro de su feminidad. Sin titubear, le planté un beso en el pubis. Sentí cómo su cuerpo reaccionaba, temblando en anticipación.

Y joder, la atmósfera se llenó de un aroma embriagador que provocó un escalofrío en mi espina dorsal, una señal innegable de la urgencia que sentía.

No iba a hacerme esperar, ni me iba a contener, sobre todo cuando ese olor me llamaba con tanta insistencia.

Con pasión y deseo, besé su sexo, lo exploré con mi lengua, descubriendo cada rincón y sabor. Lo devoré con la intensidad de alguien que ha estado privado de su alimento más preciado. Porque, en ese momento, así era exactamente cómo me sentía: famélico, sediento por ella.

Y ella…

Dios mío, sabía a gloria.

Ella, entregándose a mí completamente y correspondiendo con la misma pasión, deseo y urgencia que ardía en cada fibra de mi ser, no tardó en manifestar signos evidentes de su clímax. Podía sentir cada onda de placer que recorría su cuerpo, y sus gritos y temblores eran el testimonio de la intensidad con la que estaba viviendo aquel momento, alcanzando el éxtasis y corriéndose mientras mis labios todavía la acariciaban.

Tomándome unos instantes para recuperar el aliento y contemplar su rostro inundado de satisfacción, me separé de ella.

Mis manos temblorosas buscaban el preservativo. Una vez colocado, me situé entre sus piernas, que estaban cálidamente abiertas, invitándome a entrar en ella.

—No puedo más —dije con la voz ronca por la necesidad.

Mi pene, ansioso, se encontraba justo en la entrada de su vagina, esperando el permiso final para cruzar ese umbral.

—Si no entro en ti pronto, voy a morir —le aseguré.

No eran palabras lanzadas al aire. No era un simple comentario juguetón. Era una realidad, una afirmación de cuánto la deseaba, de cuánto la necesitaba.

Era exactamente cómo me sentía en ese preciso instante.

La respuesta que buscaba vino en forma de una sonrisa traviesa y cómplice por parte de ella. Esa sonrisa luminosa y llena de anticipación fue la señal, el permiso tácito que necesitaba para finalmente unirnos.

Y así, con un movimiento firme y decidido, entré en ella, sintiendo una conexión y calor incomparables. Entonces supe con certeza que tenía razón: aquello era el cielo.

Salí de ella un poco, solo para sentir la intensidad de volver a entrar, pero esa vez lo hice con

una meticulosidad exquisita, tan lentamente que pude sentir cada centímetro.

—Joder, *donna* —exclamé mientras alternaba entre salir y entrar en ella, cada vez que lo hacía podía percibir el siseo que escapaba de mis labios al sentir el calor y la humedad envolviendo a mi miembro—. Esto es perfecto —dije antes de penetrarla nuevamente, pero esta vez más fuerte —. Tú eres perfecta.

Bajé mi rostro, buscando el suyo. Mis labios encontraron los de ella en un beso que desbordaba pasión.

Mientras, nuestras caderas danzaban a un ritmo perfectamente sincronizado, buscando el placer, la liberación total.

Beth, con una ternura que contrastaba con la intensidad del momento, deslizó sus manos por mi espalda, dejando un rastro de sensaciones a su paso.

Pero cuando la penetré con fuerza, sus uñas se clavaron en mi piel, presa del deseo.

—Tiziano, por favor. Más —suplicó ella, su voz era apenas un susurro, quebrada por el abrumador placer que la recorría.

—A sus órdenes —respondí con una sonrisa pícara, apoyándome firmemente en las palmas de mis manos.

Al hacerlo, levanté ligeramente la mitad superior de mi cuerpo, y con esta nueva postura, comencé a moverme con un ritmo más acelerado, más intenso.

Más profundo.

El resultado fue casi instantáneo. Haciéndola gritar de placer. Haciendo que sus pechos rebotasen siguiendo el ritmo de nuestros movimientos.

—Córrete, mujer —le ordené, mi voz se había tornado más grave, arrastrada por el deseo que nos consumía—. Apriétame la polla y haz que me corra.

No tardó en responder a mi súplica.

Los espasmos provocados por su orgasmo hicieron que su interior apretara mi miembro con fuerza. Esa sensación fue la que provocó que todo mi cuerpo se tensara y me dejé llevar por la ola de placer, corriéndome con una fuerza descomunal.

—*Merda* —suspiré profundamente, mientras mi cuerpo caía sobre ella, completamente exhausto—. Beth, eres el puto cielo —busqué sus labios, todavía hambriento de ella.

Y la besé.



Capítulo 27

Estaban ambos tumbados en la amplia cama de él.

Romeo reposaba tranquilamente sobre su espalda, permitiéndose el placer de acariciar la espalda de Beth, trazando cada uno de sus contornos y disfrutando de su cercanía.

Beth, por su parte, yacía sobre el pecho de él. Sus dedos, curiosos, se movían en el pecho de Romeo, explorando cada cicatriz, cada imperfección.

—Estuve a punto de matar a un hombre.

Beth, sorprendida ante la abrupta confesión de Romeo, levantó la cabeza de manera instintiva, sus ojos encontrándose directamente con los de él, como queriendo buscar la verdad detrás de las palabras que acababa de escuchar.

Por un breve y eterno momento, él contuvo la respiración, esperando ver reflejados el horror y el temor en la mirada de Beth.

Pero para su alivio y desconcierto, no fue así.

Ella lo observó con curiosidad, como si estuviera tratando de desentrañar los misterios detrás de sus palabras. Tras unos segundos que parecieron horas, negó lentamente con la cabeza, como si hubiera llegado a una conclusión.

—Pero no lo hiciste —afirmó con una seguridad y firmeza en su voz que impresionó a Romeo.

Era como si, en el poco tiempo que llevaban juntos, hubiera llegado a conocer las profundidades del alma de él y supiera con certeza que Romeo no sería capaz de un acto tan atroz.

Y era precisamente así.

Sin esperar a que Romeo le confirmara o negara su intuición, Beth volvió a apoyar su cabeza sobre el reconfortante pecho de Romeo, retomando su pequeño juego con el vello que allí crecía.

Romeo, por su parte, permaneció unos instantes en un estado de shock, completamente sorprendido por la profunda confianza que Beth había depositado en él. Ella no tenía la más mínima idea de cuánto significaba para él esa reacción.

—No, no lo hice —reconoció finalmente, expresando en palabras lo que Beth ya parecía saber —. Pero casi lo hago.

Al sentir que él necesitaba hablar de ello, Beth cambió de postura. Se levantó, se giró y se sentó con sus piernas graciosamente cruzadas, su mirada directa y penetrante fija en Romeo.

La sábana que anteriormente los cubría a ambos, ahora estaba a los pies de la cama, dejándolos completamente expuestos.

—¿Qué ocurrió? —preguntó entonces ella.

Romeo, incluso con su mente ocupada por la gravedad de su confesión, no pudo evitar que sus ojos vagaran por el hermoso cuerpo de Beth. Sus ojos se posaron un instante en el contorno de sus pechos, descendieron tentadoramente por su vientre y...

Su polla saltó.

Una risa escapó de los labios de Romeo cuando sintió una suave palmada en el hombro. Beth, notando su reacción, le riñó con una sonrisa pícara por permitir que su deseo la distrajera de la conversación.

—Te deseo, ¿qué esperabas? —dijo Romeo, sus hombros se movieron en un leve encogimiento, como si su reacción fuera la más natural del mundo.

Y lo era.

—No hables de homicidios y tragedias entonces —replicó Beth con un tono entre divertido y exasperado.

La risa de Romeo llenó la habitación de nuevo.

—Si quieres que hablemos en serio, deberías considerar tapar esas maravillas, porque sinceramente, me distraen mucho —confesó con una carcajada.

Beth hizo un amago de levantarse, con intenciones claras de vestirse y recuperar algo de dignidad, pero Romeo fue más rápido. La sujetó con firmeza, pero con cariño, y la acomodó nuevamente sobre él.

—Te prefiero así, desnuda y cerca —dijo Romeo.

Acomodada de lado sobre las piernas de Romeo, que se había sentado en la cama, Beth se sintió envuelta por el abrazo cálido de él, sus brazos rodeándola con posesión, pero también con ternura.

—¿Qué ocurrió? —insistió Beth, sus ojos, llenos de curiosidad.

—Como ya sabes, nací siendo un miembro de la mafia —empezó Romeo, haciendo referencia a lo que era un secreto a voces en todo el pueblo—. Cumplir dieciocho años no solo significaba un paso hacia la adultez, también marcaba el momento en que debía demostrar mi lealtad y afirmar mi posición como el legítimo sucesor de Mattia Bianchi.

—¿Y eso implicaba... asesinar a alguien? —preguntó Beth, su tono dejando entrever que ya había deducido la respuesta por sí misma.

—Sí —respondió Romeo con un suspiro cargado de resignación—. Ese es el retorcido código de honor de la mafia.

—Es cruel.

—Mucho —confirmó él—. Recuerdo aquel momento: lo tenía en mi punto de mira, el frío metal de la pistola presionando contra mi palma sudorosa. Las reglas eran claras: debía quitarle la vida a ese hombre y, como grotesco trofeo, presentar la cabeza a mi padre. De lo contrario, sería mi propia vida la que estaría en juego.

—Dios santo... —murmuró Beth, la piel erizándosele al imaginar la angustia que habría vivido.

—Estuve ahí, parado, contemplando la posibilidad de hacerlo. Estuve a un paso de convertirme en un monstruo —y se odiaba por ello.

—No, espera —intervino Beth rápidamente, llevando su cálida mano al rostro de Romeo, quien había desviado la mirada, abrumado por la vergüenza y sin querer enfrentar la mirada de Beth—. Era un instinto natural de supervivencia, uno que cualquier persona en tu situación podría haber considerado. No te culpes por ello.

—No sé si... —empezó Romeo, pero Beth lo interrumpió.

—Lo importante es que al final decidiste no hacerlo —le recordó con ternura.

Lentamente, Romeo elevó su mirada, encontrando empatía y comprensión en los ojos de ella.

—En ese instante, cuando la sombra de la duda cubría mi mente y mi dedo se alejaba del gatillo, un disparo resonó. Un estallido ensordecedor que parecía provenir de la nada. Cerré los ojos, pero sentí el cálido líquido que salpicó mi rostro. Con los párpados todavía temblando, abrí los ojos y me encontré con la imagen del hombre que, apenas unos segundos antes, suplicaba por su vida con desesperación. Su rostro desfigurado se ha convertido en la pesadilla que me acompaña muchas noches —dijo Romeo, con una mezcla de horror y remordimiento.

—Dios mío, Romeo… —susurró Beth, su voz teñida de tristeza, consciente del peso que él cargaba en sus hombros— Pero tú no fuiste quien apretó ese gatillo, no puedes culparte por ello.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —preguntó él con la voz quebrada— ¿Cómo puedes saber que de verdad no fui yo quien apretó ese gatillo?

—Porque lo sé —respondió Beth con una convicción inquebrantable —. Mi corazón lo sabe —añadió, colocando su mano sobre su pecho —. Ven aquí —murmuró suavemente, abriendo sus brazos para envolverlo en un abrazo—. Saca afuera todo lo que te está consumiendo por dentro.

Nunca en su vida Romeo imaginó que se mostraría tan vulnerable, especialmente frente a alguien que significaba tanto para él.

Sin embargo, en ese momento, algo dentro de él cambió. Las barreras que había construido durante años se desmoronaron. Rodeado por el abrazo de Beth se sintió, por primera vez en mucho tiempo, seguro.

Y comenzó a llorar.

—No disparé —explicó él con voz quebrada, sus palabras entrecortadas por los sollozos—. Pero ese hombre murió por mi causa. No fui yo quien apretó el gatillo, pero fue por mí que lo hicieron. Para salvarme a mí, para salvar mi vida, mi honor, mi lugar en ese mundo oscuro, ese hombre tuvo que morir.

Esa era la pesada carga que él llevaba consigo.

El hecho de que alguien hubiera pagado con su vida para salvar la suya era algo que jamás

podría perdonarse.

Y ese rostro siempre lo acompañaría en sus pesadillas, el rostro de ese hombre que le recordaba constantemente su deuda.

Después de un largo silencio, Romeo miró a Beth.

—Incluso sabiendo eso, ¿todavía quieres estar a mi lado?

Beth no respondió. Su mirada profunda y misteriosa se encontraba fija en Romeo. Sin articular palabra alguna, con movimientos deliberados y pausados, ella se levantó de la cama.

Hasta aquí llegó todo, pensó Romeo con un peso en el pecho y una inminente sensación de tristeza que amenazaba con hacer brotar lágrimas de sus ojos.

Sin embargo, en medio de su mar de pensamientos, Beth regresó rápidamente a su lado, ofreciéndole un paquete pequeño. Romeo, todavía asimilando la situación, quedó genuinamente sorprendido al darse cuenta de su contenido. Su rostro reflejó su asombro, incapaz de creer que eso era justamente lo que ella había ido a buscar.

Tras ofrecerle otro preservativo, Beth esperó pacientemente a que Romeo, un poco nervioso, lo desenrollara y se lo pusiera con sumo cuidado.

Una vez estuvo listo, Beth, con serenidad, se posicionó justo encima de él, colocando sus rodillas a ambos lados de las caderas de Romeo. El ambiente estaba cargado de una tensión palpable, un deseo intenso, pero a la vez contenido.

Entonces, con un gesto cargado de significado, levantó ligeramente su cuerpo. Con delicadeza, tomó el miembro de Romeo entre sus dedos y lo dirigió hacia ella. Levantó sus caderas lo suficiente, posicionando con sutileza la punta de su pene en la entrada húmeda y cálida de su vagina.

Sin prisas, pero con determinación, lo metió dentro de ella, envolviéndolo con su ser.

—Beth… —susurró Romeo con un hilo de voz, sintiendo cómo un nudo apretado e intenso se formaba en su garganta, reflejo de las emociones que bullían en su interior.

—Te necesito —murmuró ella con una voz llena de deseo y urgencia, levantándose ligeramente solo para volver a envolverlo nuevamente con su cuerpo, como si estuviera reafirmando una promesa no dicha— Nada más importa ahora.

El corazón de Romeo latía con fuerza, y tragó saliva, tratando de asimilar y comprender la magnitud de las palabras que acababa de escuchar. Las resonancias de esas palabras lo embargaban, llenándolo de una mezcla de pasión y temor, sabiendo lo que verdaderamente significaban para ambos.

Joder… ¡Cuánto deseaba a esa mujer!



Capítulo 28

Romeo sonrió ligeramente, una sonrisa que apenas llegaba a torcer la comisura de sus labios, mientras los recuerdos de la noche anterior volvían a su mente.

Se encontraba recostado sobre una pared, en una esquina apartada, cuando de repente posó su mirada en la escalera. Beth, con su cabello recogido en un moño despreocupado y una vestimenta casual, descendía por las escaleras, al mismo tiempo que Carmichael utilizaba el elevador especial para sillas de ruedas, facilitando su descenso.

Por un segundo, todo pareció detenerse.

Entonces, como si alguna fuerza misteriosa o un sexto sentido le advirtiera de su presencia, ella, de forma casi instantánea, fijó los ojos en él. Aquellos ojos que parecían destellar con una mezcla de sorpresa y complicidad, se encontraron con los de Romeo, y en ese momento, todo alrededor de ellos parecía no existir.

Ella permaneció inmóvil por un instante, absorbiendo cada detalle. Sus ojos se deslizaron lentamente desde la punta de sus zapatos, pasando por la estructura definida de sus piernas, ocultas solo parcialmente por el ajuste perfecto del vaquero. A medida que su mirada ascendía, no pudo evitar notar el modo en que la camiseta negra se ceñía a su torso.

Por un fugaz momento, la imagen de él sin esa camiseta se proyectó vívidamente en su mente.

Y es que ese hombre estaba como quería…

Y cuando lo vio quitarse la ropa esa noche mientras la miraba a los ojos. Cuando lo vio completamente desnudo… Todo a su merced.

Beth pensó que iba a correrse con solo mirarlo. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para que eso no ocurriese.

Dios, Beth, ¿estás mojada con solo recordarlo? ¿Te mojas con solo pensar en él?

¡Beth, reacciona! ¡Recuerda dónde estás!

Tratando de mantener la compostura ante tal escrutinio, Romeo estuvo a punto de soltar una carcajada, pero logró contenerse al fijarse en el extenso rumor que había aparecido en la piel de Beth, en especial en sus mejillas.

Estaba recordando lo que ocurrió entre ellos la noche anterior.

Como lo estaba recordando él, quien se vio obligado a alejarse discretamente de la pared debido a una incómoda sensación en la zona de su entrepierna.

—¡Buenos días! —exclamó Tori con su voz cantarina y llena de energía, haciendo eco en cada rincón del amplio vestíbulo mientras bajaba las escaleras.

—Tori, ¡no corras bajando las escaleras que te vas a partir los dientes! —gritó Raider, con

evidente preocupación, apareciendo detrás de ella, intentando alcanzarla sin éxito.

Al llegar abajo, *Raider tomó* un momento para recuperar el aliento y, miró a los demás que ya estaban congregados.

—Buenos días —dijo con una voz más calmada y educada—. ¡Tori! —gritó nuevamente, esta vez mirando directamente a la niña que estaba ocupada correteando.

Tori, con su inocencia y encanto, rio a carcajadas y, con un brillo travieso en sus ojos, miró hacia Raider.

—Pero si no tengo dientes —dijo entre risas, refiriéndose a la pérdida de sus dientes de leche, provocando una risa generalizada en todos los que la escucharon.

En todos menos en Raider, que, siendo sobreprotector, siempre se preocupaba exageradamente por ella.

—¡Te partirás los pocos que te quedan! —exclamó el pequeño mientras la seguía hasta la sala, frunciendo el ceño en un intento por parecer serio.

Mientras esta escena se desarrollaba, Chloe tenía una expresión divertida en su mirada.

—Mira que es difícil que Raider pierda la paciencia con nadie —reía—, pero es que Tori acaba con la paciencia de cualquiera —decía la mujer con una voz melodiosa mientras bajaba con gracia las escaleras, llevando en brazos a Rebel, el bebé de la familia.

A su lado, avanzaba lentamente Camila, apoyándose en su bastón.

Detrás de ellas, como si fueran dos guardianes, los dos zopencos de la casa. Uno de ellos, con una sonrisa que amenazaba con partirle el rostro de felicidad.

—Sí, no me mires así —dijo Camila, dirigiendo una mirada a Romeo, que la miraba con las cejas enarcadas en un pregunta silenciosa—. Ya accedí a vivir aquí.

Entonces, la sonrisa de Romeo se amplió todavía más, si eso era posible.

—¡Pues ya era hora! —exclamó el italiano, sacudiendo la cabeza con alivio— A este paso pensé que se iba a volver completamente loco de tanto esperar.

—Te dije que conseguiría que ella viviera aquí y, como puedes ver, lo hice —afirmó con orgullo el sheriff, señalando a Camila con una sonrisa.

—Que conseguirías… —Raven resopló, rodando los ojos con diversión tras escuchar al sheriff, y miró al italiano— No puedo con él tan temprano en la mañana —bufó, sacudiendo la cabeza, exasperado.

—Ni tú ni nadie —rio Romeo, dando palmadas en la espalda a Raven en un gesto amistoso.

Finalmente, cuando todos llegaron abajo, se saludaron.

—¿Y tú qué haces aquí a estas horas del día? —preguntó con curiosidad el sheriff, alzando una ceja al ver cómo Sylvester salía de la sala de estar, el lugar que habitualmente escogían para reunirse y comer juntos.

—Molestar —respondió el abogado con una tranquilidad que contrastaba con el tono juguetón de su voz.

—Lo cual, hay que admitirlo, se te da sorprendentemente bien, sí —confirmó Raven con una sonrisa sarcástica, haciendo que el abogado sonriera de oreja a oreja.

—¿Comemos, por favor? Que siento que mi estómago se come a sí mismo del hambre que tengo —gimió Sylvester.

—¿Qué pasa? ¿No tienes comida en tu casa? —bufó Romeo, con una mirada juguetona, mientras ponía la mano con cariño en el hombro de Sylvester al acercarse a él y darle unos ligeros toquecitos.

—Ni casa a este paso —dijo el hombre, pero esta vez su tono llevaba un matiz de seriedad que no pasó desapercibido para los presentes.

—Uhhh… Eso me suena a problemas de pareja, ¿problemas en el paraíso? —gimió Chloe, llevándose una mano a la frente en un gesto exagerado.

—Vosotras dos —Sylvester las señaló, refiriéndose a Chloe y Camila—. Tenemos que hablar.

—Yo no ofrezco sesiones de terapia gratis, ya sabes —advirtió Camila con un guiño cómplice.

Sylvester puso los ojos en blanco y miró a Rain, bufando con fingido desdén.

—Con lo buena chica que era antes… Es increíble cómo todo lo malo se pega.

—¿Has visto? —sonrió el sheriff con una chispa de alegría en los ojos.

Y así, entre risas, bromas y comentarios juguetones, Carmichael, con su habitual elegancia, abrió el camino hacia la sala de estar. Fue el primero en cruzar el umbral de la puerta, y Beth, con la intención de seguirlo, dio un paso al frente.

Pero antes de que pudiera hacerlo, alguien la detuvo.

No de una manera sutil o esperada, sino tomando su rostro entre sus manos y plantándole un largo, intenso y apasionado beso en los labios.

Al terminar el beso, y cuando Romeo finalmente se separó de ella, Beth sintió que sus mejillas ardían al ver las miradas sorprendidas de todos los presentes dirigidas hacia ellos.

—¡Romeo! —exclamó ella, con un tono de reproche.

¿Acaso no habían hablado de mantener su relación en secreto la noche anterior?

Al menos así fue antes de…

Beth carraspeó cuando los vívidos recuerdos de la noche anterior emergieron, inundando su mente con imágenes tan claras que casi podía sentir las emociones de nuevo. Una oleada de calor creció desde su interior, tiñendo sus mejillas de un profundo matiz carmesí.

Sin embargo, nadie le hizo demasiado caso.

Nadie pareció darle demasiada importancia al beso, no más allá del inicial asombro. Todos continuaron entrando en la sala, sumidos en sus bromas y risas.

—Te aseguro que ellos lo supieron mucho antes que nosotros mismos —dijo Romeo, encogiéndose de hombros con aire despreocupado—. Nadie va a juzgarte, créeme —afirmó con una voz suave y segura.

—Romeo…

—Dijiste que no querías seguir luchando contra esto —dijo él, recordándole las palabras que ella misma había dicho—. No lo hagas. No luches contra lo que somos.



Capítulo 29

—El embarazo te está sentando increíblemente bien —dijo Sarah con una voz llena de admiración cuando vio aparecer a Beth desde el otro lado del café.

Con una gran sonrisa en los labios, Sarah abrió ampliamente los brazos, esperando a su amiga. Beth, al llegar hasta ella, no dudó y se refugió en esos brazos acogedores mientras Sarah la abrazaba con fuerza.

—Te he echado de menos —gimió Sarah, apretando más a su amiga contra su pecho.

—Pero si hablamos prácticamente todos los días —respondió Beth con una risa, separándose levemente y cogiendo con dulzura la cara de Sarah entre sus manos para observarla con detenimiento y un toque de preocupación—. No estás comiendo, eh.

Sarah bufó, haciendo una mueca juguetona y, separándose de su amiga, fue a sentarse en su sitio mientras le señalaba a Beth la silla que había justo frente a ella, invitándola a tomar asiento.

En ese justo momento, un camarero de aspecto amable se acercó a su mesa. Después de unos cortos segundos, ambas decidieron y pidieron algo caliente para tomar.

—Hablamos todos los días, pero un poco más y te veo cuando el niño ya ha nacido —Sarah la estaba riñendo.

Y con razón. Aunque Beth había prometido encontrarse con ella antes, al final las circunstancias se lo impidieron.

—Lo siento, han sido semanas complicadas—se disculpó Beth, bajando un poco la mirada.

—¿Tan explotadores son en La Mansión? —preguntó Sarah.

Beth negó con la cabeza, una sonrisa cómplice adornando sus labios mientras su mirada brillaba con cierta picardía.

—Al contrario —comenzó Beth—. A veces me da la sensación de que tienen demasiadas consideraciones conmigo.

—Nunca son demasiadas consideraciones —señaló Sarah con énfasis, fijando su mirada en los ojos de su amiga—. Siempre he creído que si das amor y esfuerzo, tarde o temprano, recibes recompensas a cambio, así es la vida. Y, por lo que te conozco, estoy segura de que das muchísimo más de lo que debes.

—Nunca se da de más —respondió Beth, usando la misma lógica que Sarah, pero dándole un giro que hizo reír a su amiga.

—Eso no es cierto —contradijo Sarah, quien había dejado de reír y ahora mostraba una expresión más seria—. En ocasiones se da mucho más de lo que se debe dar, más de lo que se recibe...

—¿Ha vuelto a casa? —preguntó entonces Beth, refiriéndose al marido de Sarah, quien,

apenas dos días antes y tras una acalorada discusión, había tomado la decisión de marcharse de su hogar llevándose solo lo puesto.

Sarah negó lentamente con la cabeza, la tristeza evidente en sus ojos.

—Me dijo que necesita tiempo para pensar. Anoche mandó a su madre, sin siquiera aparecer él mismo, a recoger una pequeña maleta con ropa.

—¿Tiempo para pensar en qué? —Beth enarcó las cejas, mostrando su incredulidad y preocupación al mismo tiempo.

—En nuestra situación actual ¡En nuestra relación! —exclamó Sarah, frustrada e incrédula—. Si yo hubiera actuado de la misma manera que él lo ha hecho durante estos meses que ha estado sin trabajo... —Sarah suspiró pesadamente y, justo en ese momento, el camarero interrumpió para servirles.

Ella le dio las gracias cuando colocó su café delante de ella y esperó pacientemente a que él se alejara después de poner el té frente a Beth, para continuar.

—Se está comportando de manera muy injusta y, sinceramente, no sé cuánto más podré soportar esta situación.

A Sarah se la veía evidentemente agotada. Sus ojeras y los rasgos de su rostro mostraban claramente el desgaste emocional que estaba enfrentando.

—¿Sigues con la idea de separarte? —inquirió Beth, buscando entender el panorama completo.

Sarah negó rápidamente con la cabeza, la determinación en su mirada.

—No, he tomado una decisión. Voy a divorciarme.

Beth se quedó por un momento sin palabras.

Sabía que Sarah tenía tendencia a ser impulsiva cuando se trataba de sus emociones, y a menudo, cualquier chispa podía hacer que estallara. Sin embargo, también la conocía lo suficiente como para saber cuándo estaba verdaderamente decidida.

Y esta era una de esas veces.

En ese preciso instante, la gravedad en el tono de Sarah dejó claro que hablaba con una seriedad. No era simplemente una reacción pasajera ni impulsiva.

Sarah se dedicó a añadir azúcar a su café, dejando caer los granos blancos con una lentitud que indicaba que su mente estaba en otro lugar. Mientras removía lentamente el líquido con la cucharilla, los suaves tintineos se mezclaban con el murmullo del entorno.

—Lo quiero —confesó Sarah en un susurro casi imperceptible—. Todavía lo quiero, pero…

Ella se detuvo, buscando las palabras adecuadas, mientras un largo y pesado suspiro escapaba de sus labios.

—Pero no es suficiente —terminó de decir Beth, como si hubiera leído los pensamientos de su

amiga, repitiendo aquellas mismas palabras que Sarah había verbalizado tantas veces antes.

La mirada de Sarah encontró los ojos de Beth, y negó con la cabeza.

—No, no lo es —tomó un sorbo de su café, dejando que el calor del líquido contrastara con el frío de sus pensamientos—. Siempre tuve la esperanza de que lo fuera, pero la realidad es diferente. Las cosas hay que cuidarlas, como a las plantas que necesitan agua y sol. Cuidados… Con el amor no es distinto. No es simplemente curar las heridas que surgen, sino prevenir que se formen en primer lugar. Si no lo alimentas y cuidas —Sarah sonrió con melancolía—, incluso el amor más intenso y apasionado puede desvanecerse.

Beth, sintiendo la profunda tristeza de su amiga, extendió su mano por encima de la mesa y tomó la de Sarah, apretándola con firmeza y cariño.

—Lo siento mucho —dijo Beth con una voz suave y apenada.

—Más lo siento yo. Han sido muchos años, más de una década juntos —se encogió de hombros, mostrando una mezcla de resignación y tristeza—. Hay batallas que, por mucho que lo intentes, parecen imposibles de ganar.

—Decidas lo que decidas, quiero que sepas que siempre estaré aquí para ti, ¿entiendes?

Un destello de agradecimiento brilló en los ojos de Sarah y una pícara sonrisa se dibujó en sus labios, a pesar de todo.

—¿Me vas a llevar contigo a La Mansión? —preguntó Sarah con una chispa traviesa en los ojos, la emoción palpable en su voz, mezclada con un tono juguetón que delataba que parte de su pregunta era broma.

La sorpresa de la pregunta hizo que Beth soltara una carcajada mientras alzaba una ceja con incredulidad.

—¿A hacer qué exactamente? —cuestionó, imaginando a Sarah en aquel lugar tan especial para ella.

—Lo que sea necesario —contestó Sarah con un encogimiento de hombros y un gesto despreocupado con la mano, mostrando su disposición a cualquier tarea—. Aunque sea a fregar platos, o hacer de asistente. Mi situación actual no es precisamente la mejor como para ponerme quisquillosa. Y, además —dijo con una sonrisa traviesa y guiñando un ojo—, con tal de estar cerca de esos dioses griegos... —sus ojos brillaron con picardía y Beth volvió a reír ante el comentario tan característico de su amiga— Dime, ¿sus parejas son muy celosas?

Beth mordió su labio inferior, intentando contener otra risa.

—Supongo que lo normal.

—Pero hay uno que aún no está comprometido, ¿verdad?

Esa mención, hizo que la risa y la tranquilidad que Beth había estado sintiendo desaparecieran al instante. En su mente, una imagen de Romeo surgió de manera inmediata, y pudo sentir cómo su corazón se aceleraba.

—¿Uno libre? —preguntó Beth, tratando de sonar despreocupada mientras carraspeaba, intentando disimular su nerviosismo, y llevando la taza de té a sus labios.

Sarah se apoyó hacia adelante, sus ojos brillantes con curiosidad.

—Te diría que es el más guapo de los tres, pero ¿en realidad lo es?

—Definitivamente lo es —respondió Beth con rapidez, sin poder controlar sus palabras ni el tono apasionado de su voz.

Al detectar ese cambio en el tono de Beth, Sarah enarcó sus cejas con diversión y un toque de sorpresa.

—Vaya, si tú lo dices, debe ser verdad.

Beth sintió un calor repentino en sus mejillas.

—Bueno, digamos... —carraspeó, dándose cuenta de que tal vez había revelado más de lo que pretendía.

Sarah sonrió pícaramente.

—Con el que esté disponible me conformo —rio ligeramente.

Y fue solo después de ese comentario jocoso, que Beth sintió una familiar e intensa mirada sobre ella. Alzó lentamente la vista, y sus ojos se encontraron con los profundos y penetrantes de Romeo, que, desde una posición no muy lejana, la observaba con una intensidad que la dejó sin aliento.

—Bien, diría que cualquiera de los tres es una buena elección —continuó Sarah, con ese tono juguetón y travieso que la caracterizaba—. Pero si el apuesto italiano no tiene pareja…

Romeo, que no estaba tan lejos como para no escuchar el hilo de la conversación, la miraba. Las cejas de su expresivo rostro se alzaron levemente al procesar las palabras de Sarah. Una ola de indignación lo inundó, y algo lo impulsó a dar un paso firme hacia adelante, dispuesto a proclamar que él no estaba disponible. Que, en realidad, su corazón ya tenía dueña.

Que estaba completamente enamorado de esa mujer.

Y que no tenía por qué ocultarlo. Porque no quería hacerlo. Y por eso, todos en La Mansión ya estaban al tanto.

Y pronto lo sabría todo el maldito mundo.

Sin embargo, antes de que pudiera actuar, captó una sutil señal de Beth. Ella, con delicadeza, negó con la cabeza. Con ese sutil movimiento, apenas perceptible, le pedía que no interviniera, que mantuviera la distancia.

Tras captar el mensaje de Beth, Romeo se detuvo. Mientras, Beth se aclaró la garganta, y con una sonrisa amable y un brillo especial en sus ojos, respondió a su amiga.

—Completamente libre —afirmó.



Capítulo 30

—Completamente libre.

Un resoplido salió de los labios de Romeo cuando terminó de pronunciar esas palabras. Giró la cabeza ligeramente hacia un lado y resopló todavía más fuerte, como si estuviera intentando liberar el peso de las penas acumuladas en su pecho.

—Eso dijo ella —dijo arrastrando las palabras, con voz rasposa mientras entrecerraba los ojos e intentaba enfocar al hombre que tenía al lado, un sujeto que le resultaba familiar—. Que estoy libre, ¿te lo puedes creer? ¿Libre después de todo lo que pasó entre nosotros?

—Lo que no me puedo creer es la borrachera que te gastas —bufó el hombre, mirándolo con una mezcla de incredulidad y preocupación.

Ni él ni nadie que lo conociera esperaría ver a Romeo en tal estado.

Romeo estaba completamente borracho, pero era comprensible, ¿no? ¿Cómo no iba a estarlo si llevaba horas bebiendo?

Ahogando sus penas…

Desde el momento en que se marchó de aquella cafetería donde había escuchado a Beth negarlo de esa manera.

Tan fría y distante...

—Me duele el corazón —susurró entonces el italiano con la voz quebrada. Cerró la mano en un puño y golpeó su pecho, sobre donde se encontraba ese órgano vital—. Me duele como nadie se imagina. Joder, ¡me ha hecho daño!

—Daño te voy a hacer yo como no espabiles, maldito idiota —bufó el desconocido, claramente frustrado con la situación y el espectáculo que Romeo estaba dando.

Romeo rio, una risa ebria y amarga, y miró al hombre que le hablaba. Pero esa risa fue cortada de raíz cuando frunció el ceño, intentando recordar.

—No eres ninguno de ese par de locos que viven conmigo —dijo entonces, la confusión era evidente en su tono de voz.

—No, no lo soy —confirmó el hombre, su tono de voz denotando cansancio.

—Pero me conoces —dijo Romeo, no era una pregunta, más bien una constatación—. Yo tendría que conocerte entonces —comenzó a negar con la cabeza, moviéndola de un lado a otro, tanto que estuvo a punto de caerse de la silla donde estaba sentado.

—Joder —dijo el desconocido, apresurándose a agarrar a Romeo del brazo cuando este parecía perder el equilibrio—. *Chi diavolo sei?* Quien tiene ganas de patearte las pelotas, ese soy —gruñó el hombre que, haciendo ruidos de cansancio, intentaba levantar a Romeo de la silla—. ¡Pero pon de tu parte, hombre!

—Vale, ¡vale! —exclamó el italiano y, trastabillando, intentó levantarse con toda la dignidad que le quedaba.

No se comió el suelo y se partió los dientes de milagro.

De milagro y porque otro desconocido se había unido al primer desconocido y lo había evitado mientras ambos lo agarraban con fuerza, evitando que cayera.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Romeo, ladeando ligeramente la cabeza mientras intentaba enfocar sus ojos empañados por el alcohol hacia el desconocido número dos.

Sus pupilas se fijaron en la oscura vestimenta que llevaba el hombre, lo que desató una nueva ola de confusión en su mente.

—¿Sois la muerte? ¿Por eso vestís de negro, como mensajeros del más allá?

—Hasta borracho eres listo —dijo el desconocido número uno, con una risa seca y un deje sarcástico que denotaba su impaciencia.

—Yo no estoy borracho —declaró Romeo con firmeza.

Se removió inquieto, usando cada gramo de fuerza que le quedaba para intentar zafarse del agarre de ese par, demostrando que todavía podía mantenerse en pie.

—¿Ves? Tengo el control —añadió con orgullo.

Si no lo llegan a agarrar a tiempo, se habría caído de bruces, dándose la hostia del siglo.

—Lo vemos, sí —dijo el desconocido número uno, la ironía en su voz mientras ayudaba a sostener a Romeo—. *Cazzo!* Este trabajo no está pagado —gruñó.

—¡Eres italiano! —exclamó entonces Romeo, cuya mente, pese a estar nublada, todavía captaba detalles.

Se sentía como si estuviera flotando, mientras aquellos dos individuos lo arrastraban con fuerza fuera del pub donde se había bebido hasta el agua de los floreros.

—*Piacere, amico!* —gritó Romeo con alegría y se movió, dispuesto a saludar al hombre con un abrazo efusivo y apasionado.

—*Via, cazzo!* ¡Quita, coño! —exclamó el hombre con acento italiano, que lucía ya más que desesperado.

Y es que realmente lo estaba, porque la borrachera que se había pillado Romeo era de antología.

¿Cómo demonios había llegado a eso?

El hombre conocía Romeo desde que nació, y nunca, jamás, lo había visto en esas lamentables condiciones. Y no sería porque no había tenido suficientes motivos para ello.

Para intentar olvidar…

Entre risas sueltas y pensamientos embriagados, Romeo se dejó hacer y cuando finalmente lo acomodaron en el asiento trasero del vehículo que los esperaba fuera del local, suspiró profundamente, como si dejara salir todo el dolor acumulado.

Sus pensamientos volvieron a lo que realmente lo tenía así de jodido.

—Libre —susurró, y una risa irónica, cargada de dolor y sarcasmo, salió de sus labios—. Se ha derretido entre mis brazos, ha temblado mientras la hacía mía y ¿puede negarme así, como si nada? —negó con la cabeza con una expresión de desolación, y la dejó caer hacia atrás cuando sintió que un mareo lo invadía—. Yo jamás podría negarla —suspiró, cerrando los ojos.

—No, jamás lo harías —dijo entonces una voz grave, hablando en italiano.

Sintiendo una familiaridad inconfundible en ese tono, una especie de ecos del pasado que resonaban en su mente, Romeo abrió lentamente los ojos, como si quisiera aferrarse a la esperanza de que todo fuera solo un mal sueño.

Con precaución, giró la cabeza hacia la voz, y sus ojos se encontraron con unos que conocía bien, tan profundos y oscuros que parecían esconder todos los secretos del mundo.

Entonces, como si una descarga eléctrica lo hubiese recorrido, dio un bote. El asiento del coche cedió ante su súbito movimiento, y pudo sentir cómo el latido de su corazón golpeaba con fuerza en sus oídos.

—Joder, ¡pues sí que estoy borracho! —exclamó en su idioma natal, con una mezcla de incredulidad y humor.

Entonces, su expresión cambió y comenzó a reír con amargura, negando con la cabeza, tratando de buscar una explicación lógica a lo que sus ojos veían.

—No puede ser real. No estoy borracho, debo estar dormido y teniendo una de esas horribles pesadillas —hizo una mueca, sus ojos oscilaban entre el desconcierto y la desesperación mientras observaba detenidamente a ese hombre que estaba sentado tan tranquilamente a su lado—. ¿Por qué, si no, iba a verte frente a mí?

—¿Quizás porque realmente estoy frente a ti? —respondió el hombre, cuyos rasgos, pelo y ojos negros eran tan parecidos a los de Romeo.

Era como mirarse en un espejo que mostraba a su yo del futuro.

A pesar de la seriedad del momento, Romeo no pudo evitar soltar una risa, pero no era una risa ligera o divertida, sino una cargada de dolor y resignación.

Una risa agónica.

—Odio verte, odio que aparezcas de la nada —confesó, sintiéndose vulnerable—. Detesto cada recuerdo asociado a ti, odio quién eres, odio lo que representas para mí. ¡¿Por qué no me dejas en paz?! —estalló, sintiéndose atrapado y frustrado por su pasado y por haberle tocado nacer en esa familia.

Romeo cerró los ojos con fuerza un instante, deseando con todo su ser que, al abrirlos, ese

hombre ya no estuviera allí, que todo fuera simplemente producto de su imaginación y que la pesadilla hubiera terminado.

Pero, al abrir los ojos, se encontró nuevamente con él.

¿Entonces era real?

No, ¡no podía ser!

El hombre dio la orden y el coche comenzó a moverse lentamente. Tras unos minutos que parecieron eternos, en los que el único sonido era el ronroneo del motor y la respiración entrecortada de Romeo, el hombre que permanecía sentado a su lado tomó un profundo suspiro, pareciendo prepararse para algo importante, y asintió con la cabeza.

—Así que es verdad, te has enamorado —dijo con una voz que denotaba tanto sorpresa como interés.

Una sonrisa tierna y genuina se formó en los labios de Romeo al pensar en Beth, su refugio en medio del caos. Que estuviera hecho mierda por su culpa no cambiaba lo que sentía por esa mujer.

—Sí —respondió Romeo con firmeza, sus ojos brillando mientras se encontraba con esos ojos tan iguales a los suyos—. Ni la nombres —le advirtió.

—Pensé que entre vosotros… ¿Todo terminó? ¿Por qué, si no, llegarías a estos extremos? —la burla por la borrachera en la voz de su padre.

Romeo apretó la mandíbula con fuerza.

—Te lo advierto, no permitiré que le hagas daño —y sus desavenencias o disputas no marcaban ninguna diferencia—. Esté conmigo o no, la defenderé siempre. No dudaré en hacer lo que sea necesario para protegerla, ¿me entiendes? —su voz denotaba rabia y decisión.

Mattia Bianchi sonrió. Una sonrisa torcida, con un deje de ironía, se formó en sus labios, sonrisa que parecía ser una versión envejecida de la de su hijo.

—Esa es una amenaza audaz viniendo de ti. No eres capaz de hacerle daño a un simple desconocido —resopló Mattia, hablando de aquel oscuro episodio que todavía atormentaba las noches de Romeo—, mucho menos a tu propio padre.

Sin poder controlarse, impulsado por la ira y la frustración acumuladas, Romeo se lanzó sobre Mattia, cogiéndolo, con fuerza, por el cuello de la camisa.

El desconocido número uno, que iba sentado en el asiento del copiloto, se giró con rapidez, su rostro reflejando preocupación, listo para intervenir.

Sin embargo, Mattia le hizo un gesto con la mano para que se quedara quieto.

—Haría lo que fuera por ellos —declaró Romeo con firmeza. Apretando los dientes con tal fuerza que parecía que podría rompérselos en cualquier momento.

Con su nariz prácticamente pegada a la de su progenitor, la tensión entre los dos era tan densa

que podía cortarse con un cuchillo.

—Y te aseguro que, esta vez, no me temblará el pulso —la rabia en sus palabras era evidente —. Te lo juro, abriré tu cabeza en el mismo instante en el que incluso te atrevas a pensar en hacerles daño, ¿me oyes bien? —la vehemencia con la que lo decía, mientras lo zarandeaba, dejaba claro que no estaba jugando.

Mattia, acostumbrado a tener siempre el control, por un momento pareció desconcertado. Lo que el padre vio reflejado en esos ojos negros, tan parecidos a los suyos pero llenos de un fuego que jamás había visto antes, lo hizo asentir lentamente, como si reconociera la seriedad de las palabras de su hijo.

Con un movimiento rápido y calculado, Mattia se deshizo del férreo agarre de Romeo, haciendo que este se separara de él.

—Supongo que sí la quieres de verdad —dijo Mattia, con un tono que denotaba sorpresa, pero también un deje de curiosidad.

Era casi como si hasta este preciso momento, no se hubiera dado cuenta o no quisiera creerlo del todo. Aunque, en el fondo, siempre lo había imaginado, porque conocía a su hijo lo suficiente como para saber que Romeo no estaría con ninguna mujer si no sentía algo profundo por ella. Pero jamás imaginó que la intensidad de esos sentimientos fuera tan arrolladora.

—Los quiero a ambos —afirmó Romeo, matizando su anterior declaración, indicando que ella no estaba sola en la vida.

Esa no era información nueva para Mattia. Estaba al tanto de todo lo referente a Romeo, había sido así desde siempre.

El que se hubiera marchado lejos no había cambiado eso.

—Pero no es tu hijo biológico —le recordó Mattia.

—Será mi hijo —respondió Romeo con una certeza que no admitía réplica—. Será tu nieto, lleve tu apellido o no —porque eso aún estaba por verse—. Y te lo advierto, si alguna vez les pones un dedo encima…

Las palabras se desvanecieron, porque Romeo realmente no sabía hasta dónde llegaría si eso sucedía.

Al pensar en esa posibilidad, una ira incontrolable lo consumía, un fuego que subía y lo quemaba por dentro.

Era un sentimiento visceral.

Nadie, absolutamente nadie, le haría daño a Beth o a ese niño. No, si querían seguir viviendo.

Un silencio sepulcral se apoderó del lugar, roto solo por el ronroneo del motor y la respiración agitada de ambos hombres. Romeo, sintiendo el peso de sus emociones, suspiró profundamente, cerrando los ojos con la esperanza de terminar con la pesadilla.

Pero…



Capítulo 31

—El embarazo te está sentando increíblemente bien…

Un escalofrío recorrió cada vertebra de su columna al escuchar esa familiar y al mismo tiempo indeseable voz. Cada palabra, pronunciada con aquella tonalidad insinuante, la hizo sentir vulnerable.

Beth se giró lentamente, sus ojos agrandándose con sorpresa y una pizca de miedo. La tenue luz de las farolas apenas iluminaba la entrada a la casa, pero era suficiente para revelar la figura que emergía de entre las sombras.

Era de noche.

Ella, después de haber compartido risas, anécdotas y una deliciosa cena con Sarah, había decidido coger un taxi que la dejó justo delante de la verja de La Mansión. Antes de llegar a abrir la verja, la susurrante voz de Trevor la sobresaltó, haciendo que su corazón se acelerara.

Con su paso decidido, casi felino, y una sonrisa que no presagiaba nada bueno, Trevor se posó delante de ella. Su postura erguida y la seguridad que irradiaba contrastaba con el nerviosismo que Beth sentía en ese momento.

—Tiempo sin verte, Beth —dijo él, arrastrando su nombre de una manera que le erizó la piel.

Ella, con todas sus alarmas internas sonando y consciente de que no quería pasar ni un segundo más cerca de ese hombre, intentó alejarse. Pero, con una rapidez que la tomó desprevenida, él la agarró firmemente del brazo, impidiéndole cualquier escape.

—No me toques —espetó ella con voz firme y con un fuego en sus ojos que no había mostrado en mucho tiempo. Con un movimiento decidido y rápido, logró liberar su brazo del agarre de Trevor.

Trevor, mostrando una leve sonrisa burlona, levantó las manos al aire, como si estuviera frente a un oficial de la ley, en un claro gesto de rendición, pero sus ojos reflejaban otra intención.

—¿Estás embarazada, Beth? —inquirió, su voz cargada de un tono que oscilaba entre la curiosidad y la incredulidad. Al ver que ella se giraba nuevamente para alejarse, añadió rápidamente— No trates de negarlo, porque sé que es así. Escuché cada palabra de tu conversación con Sarah.

Joder, cómo pudo ser tan imprudente, se cuestionó Beth mentalmente.

Beth sintió un nudo en el estómago. Su respiración se volvió un poco más entrecortada y sus manos comenzaron a sudar ligeramente. Sin embargo, no estaba dispuesta a dejar que Trevor viera su vulnerabilidad.

Tenía que enfrentarlo.

—Si ya lo has escuchado, ¿para qué preguntas? —preguntó ella, con un tono desafiante, levantando ligeramente la barbilla en señal de resistencia.

Ya no estaba dispuesta a callar. No más.

Ya no.

La risa de Trevor surgió de la nada, una risa cargada de ironía.

—Maldita sea —susurró con una voz grave, evidenciando su frustración. Sus dedos se entrelazaron entre los mechones de su pelo, casi como si tratara de retener algo que se le escapaba de las manos—. ¡¿Cómo demonios te embarazaste?! —exclamó mirándola con ojos que desprendían incredulidad y enfado.

Sus ojos escudriñaron su figura, recorriendo cada centímetro de su cuerpo hasta posarse en el bulto de su estómago.

—¿Cuándo ibas a decírmelo? ¿O ni siquiera ibas a tener la decencia de hacerlo?

La respuesta de Beth fue una carcajada, una que reflejaba todo el resentimiento acumulado.

—¿La decencia? —repitió Beth, y su risa se convirtió en una sonrisa sarcástica, una burla a lo que Trevor acababa de decir— ¡Oh, por favor! De todas las personas, ¿eres tú quien se atreve a hablarme de decencia? —no podía, simplemente no podía comprender la hipocresía que estaba presenciando.

Las palabras que salían de la boca de Trevor parecían surrealistas, y Beth se sentía en medio de un escenario absurdo.

—¿Este es tu juego? ¿Qué se supone que es esto? ¿El mundo al revés?

—Beth… —las palabras de Trevor flotaban en el aire con una advertencia palpable.

Sin embargo, esa advertencia a Beth le importaba muy poco en ese momento. Su corazón latía con fuerza en su pecho, cada pulsación un recordatorio de las traiciones que había sufrido, el daño que él le había hecho.

—Beth, ¡nada! —exclamó con una mezcla de tristeza y rabia—. Me engañaste, me traicionaste, y no tengo idea de con cuántas más lo hiciste. Cuando me preparaba para compartir la noticia más emocionante de nuestra vida, ¡te vi con otra mujer! Y como si eso no fuera suficiente, cuando ves que existe la posibilidad de que vayas a ser padre, no solo dudas de mí, ¡sino que tienes la audacia de sugerir que termine con mi embarazo! ¿Decencia? ¿Hablas en serio? ¡Deberías lavarte la boca con lejía antes de usar esa palabra!

El rostro de Trevor palideció ante las palabras de Beth, la realidad y la verdad golpeándole con fuerza.

Era cierto, entonces era cierto…

—Estás realmente embarazada… — era como si hasta ese momento no hubiera querido admitirlo, aunque en el fondo sabía que era verdad, pero necesitaba escuchar la confirmación directamente de sus labios.

Con una determinación inquebrantable, ella asintió.

—¡Sí, Trevor! Estoy embarazada. Pero déjame aclararte algo —agregó con un brillo desafiante en sus ojos—, tú no eres su padre.

—¿Qué?

—Aunque hayas contribuido biológicamente, nunca podrás llamarte padre de este niño.

Los ojos de Trevor se ensancharon por el shock y la confusión, incapaz de procesar lo que acababa de escuchar.

—¿Qué estás diciendo? —la risa de Trevor fue amarga, nacida de la incredulidad y el dolor— No puedes estar hablando en serio, Beth. ¡Es mi hijo!

—¡A buenas horas! —exclamó ella con un tono de desdén evidente en su voz, las lágrimas amenazando con desbordarse de sus ojos— ¿Por qué ahora? ¿No era diferente cuando la idea de un hijo solo era una posibilidad en tu mente? —se burló, dejando escapar una risa cargada de sarcasmo y dolor—. No has dejado de insistir en que abortara, ¡¿y ahora, de repente, clamas que es tu hijo?!

Trevor, con sus ojos oscuros llenos de ira y conflicto, contraatacó.

—¡Pero no lo has hecho, Beth! Y si ese bebé existe de verdad y sigue creciendo dentro de ti, ¡no puedes simplemente borrar mis derechos como padre!

La incredulidad se pintó en el rostro de Beth.

—¿Derechos? ¿Hablas en serio? —lo miró con una mezcla de asombro y repulsión, como si realmente no pudiera comprender lo que estaba diciendo—. Tú perdiste cualquier derecho el momento en que decidiste poner en duda tu paternidad, desde el momento que hablaste de este bebé y pediste su muerte. Nunca tendrás un lugar en la vida de este niño.

Sin embargo, Trevor no parecía dispuesto a rendirse tan fácilmente.

—Es mi hijo, Beth. Es mi sangre y mi futuro —afirmó él, con la mandíbula apretada, mostrando una determinación que no había mostrado antes.

Beth exhaló profundamente y dejó caer las manos, que habían estado levantadas en una pose defensiva.

—No, Trevor. Puede lo hayas engendrado, pero ser padre va más allá de la biología. Ser padre es estar presente, es apoyar y amar incondicionalmente, y tú... Tú no eres esa persona —dijo, su voz temblaba.

El rostro de Trevor se suavizó un instante, parecía analizarla, buscando respuestas en sus ojos. Tras un momento, su expresión cambió.

—Supongo que me dirás que ese es Romeo…

La mención del nombre de Romeo hizo que Beth lo mirara con con fiereza.

Él soltó una risa amarga y burlona, arrugando su frente en una expresión de desdén.

—Debí haberlo sabido. ¿Es ese desgraciado el padre de tu hijo?

Llena de ira, la mano de Beth se movió rápidamente hacia Trevor, dispuesta a descargar su furia sobre él, pero él, más rápido, la paró.

Beth, luchando por liberar su mano de la férrea sujeción de Trevor, lo desafió con su mirada.

—No te atrevas a pronunciar su nombre. No eres digno ni de mencionarlo. Tiziano ha sido más hombre y más padre en estas pocas semanas que tú en toda tu vida.

La mención de "Tiziano" pareció sorprender a Trevor, quien se detuvo un momento, observando el rostro apasionado de Beth.

—¿Tiziano? —repitió lentamente, su expresión cambiando de confusión a furia—. Así que ahora usas su nombre. Pero hace un rato lo negaste delante de tu amiga. Así que ¿a quién le mientes, Beth? —le mostraba que cuando dijo que escuchó todo, se refería a todo.

—No es tu problema.

—Oh, ¡pero sí lo es! ¡Porque es mi hijo! Así que es problema mío y del juez.

—¿De qué hablas? —Beth frunció el ceño.

—¿Crees que un juez se mostrará compasivo cuando descubra tus juegos? ¿Cuando sepa que has estado follándote a otro hombre mientras llevas a mi hijo en tu vientre? Eso no suena a una buena madre, Beth.

Por la impotencia y ante la imposibilidad de liberar su mano para poder abofetearlo como realmente deseaba, un torrente de lágrimas se agolparon en los ojos de Beth.

Lágrimas de rabia, porque todo era terriblemente injusto.

Lágrimas de odio, porque no soportaba que tratasen mal a Romeo.

Lágrimas de profunda tristeza, por cómo la relación con el padre de su hijo había terminado.

Y, también, lágrimas de rencor hacia sí misma, porque la culpa la consumía al pensar que había elegido a ese hombre, a Trevor, como padre para su bebé.

Atrapada en un remolino de emociones, Beth buscó palabras para enfrentarlo.

—¿Cómo es posible que no viera tu verdadera cara antes? —preguntó ella con voz quebrada, perdiéndose en sus propios pensamientos.

Con una expresión de desafío, Trevor no dudó en responder con tono amenazante.

—Ya la verás cuando consiga la custodia de mi bebé —juró, con una determinación que heló el corazón de Beth.

Sin embargo, antes de que Beth pudiera replicar, una serie de eventos inesperados comenzaron a suceder.

Las palabras de Trevor se vieron interrumpidas por un grito ahogado cuando su brazo, el mismo que sujetaba con fuerza a Beth, fue bruscamente retorcido hacia atrás.

—¿De tu bebé? ¿De qué bebé hablas, hombre? —intervino un imponente hombre que emergió de las sombras. Era alto y ancho, con una complexión que recordaba a un armario empotrado, con un aire intimidante que se asemejaba al típico mafioso de las películas clásicas.

Por instinto, Beth dio un paso atrás mientras un grito de asombro salía de su garganta, un escalofrío recorriendo su columna vertebral al observar a ese hombre, y a los demás individuos que, con rostros igual de amenazadores, respaldaban su presencia.

—¿Pero qué demonios...? —balbuceó Trevor, rabiando de dolor.

—Trevor Dalton... —dijo el hombre, sujetándolo con una fuerza que dejaba claro que tenía experiencia en ese tipo de situaciones.

Su acento italiano era profundo y, a la vez, cargado de una amenaza velada.

—Hay alguien que desea fervientemente tener unas palabras con usted —añadió, sus ojos oscuros brillando con un atisbo de misterio.

El hombre señaló sutilmente hacia uno de los vehículos estacionados a pocos metros de distancia. Una puerta del coche se abrió suavemente y una figura masculina descendió. Con paso firme y deliberado, comenzó a acercarse a Beth. Cada movimiento que realizaba emanaba una autoridad indiscutible y un control absoluto.

A medida que la distancia se reducía, los ojos de Beth se abrían todavía más, llenos de sorpresa y desconcierto, mientras trataba de procesar lo que veía.

No había duda de quién era ese hombre.

No era necesario que nadie le presentara a la figura que ahora tenía frente a ella. Las similitudes eran tan evidentes que cualquier duda se desvanecía instantáneamente.

—Dios mío... —susurró con un tono de asombro, su voz temblorosa, casi ahogada.

Sentía como si su corazón intentara saltar de su pecho, con cada latido aumentando el ritmo. Un sudor frío comenzó a formarse en su piel, y ese persistente nudo en la garganta parecía estrecharse todavía más, complicando el simple acto de respirar.

El hombre imponente con una cicatriz que cortaba su rostro moreno, soltó a Trevor con un empujón despectivo. Otros dos hombres, evidentemente subordinados al primero, rápidamente sujetaron a Trevor, asegurándose de que no intentara escapar.

—¡Soltadme! —gritaba Trevor, intentando desesperadamente liberarse del agarre de esos hombres, pero nadie le prestaba atención.

—Señorita Duncan... —comenzó el hombre de la cicatriz, su voz profunda creando un eco en el silencio de la noche.

En un movimiento que contrastaba con su aspecto rudo, hizo una reverencia formal hacia Beth y, al levantar su mirada, señaló al hombre que había salido del coche.

—Permítame presentarle a Mattia Bianchi, El Don.

La hostia…

Beth se sintió mareada. Era como si el suelo se hubiera desplomado bajo sus pies. Todas las historias, todas las advertencias sobre la mafia, y ahora estaba cara a cara con el líder de una de las familias más poderosas.

Y todo gracias, o por culpa, de Romeo.

¿No había otro hombre en el mundo del que enamorarse, hija mía?, preguntó la voz de su cabeza.

Que sí, que Beth sabía que Romeo había sido parte de aquel mundo. Había sido, enfatizando el pasado.

Aunque solo conocía fragmentos de su historia, era consciente de sus raíces. No era un secreto para nadie, muchos murmuraban sobre ello. Pero saber algo sobre Romeo y enfrentarse directamente a las implicaciones de ese hecho eran dos cosas muy distintas.

¡Que ese hombre era la mafia, por Dios!

Atrapada en un mar de pensamientos, Beth intentó encontrar algo de aire para llenar sus pulmones. Quería hablar, salir corriendo…

¡Pero grita o algo!

Habló, sí, pero las palabras que eligió no fueron, precisamente, las más adecuadas.

—Vivo con el sheriff —dijo rápidamente.

Si Beth pudiera ver a esa voz interna que siempre la retaba, seguramente la vería poniendo los ojos en blanco.

¿Piensas que con eso se asustarán?, inquirió la voz de su cabeza, con lo que parecía un tono burlón.

Podría ofrecernos alguna protección, se defendió mentalmente Beth.

Podría…, contestó la voz, arrastrando las palabras en un tono tan evidentemente sarcástico que no hizo falta decir más. *Para decir eso, ¡mejor no hables!*

La sonrisa de Mattia Bianchi fue sorprendentemente abierta, revelando una fila de dientes blancos y luciendo divertido.

—Lo sé —dijo con una seguridad que dejó a Beth desconcertada.

Por supuesto, ¿cómo no lo sabría?

¿Había algo que ese hombre no supiera?

¡Después de todo, era el capo!

Beth parpadeó varias veces, intentando procesar la situación, intentando entender cómo había terminado en ese escenario, en ese encuentro inesperado con el mundo del crimen organizado.

Aquello parecía una escena sacada de las más inverosímiles tramas de Hollywood.

—Vives conmigo —la voz de Romeo resonó en el silencio de la noche.

Alzando la mirada, Beth notó la figura tambaleante de Romeo, que avanzaba, torpemente, hacia ella. Cada paso que daba parecía requerir un esfuerzo sobrehumano, y sus pies se enredaban entre sí.

Ante el temor de que pudiera caer y lastimarse, Beth se dispuso a acudir en su ayuda. Sin embargo, antes de que pudiera alcanzarlo, uno de los imponentes hombres que rodeaban el lugar intervino, sujetando a Romeo con firmeza y evitando que se estrellara contra el suelo.

Beth parpadeó, confundida. No podía ser.

¿Romeo estaba borracho?

Jamás lo había visto tomar ni una sola copa, así que verlo en ese estado la sorprendió un poco.

—Quita, coño —exclamó Romeo, zafándose con brusquedad del hombre que intentaba sostenerlo.

—Romeo... —lo llamó Beth, su voz cargada de preocupación.

El aludido, a pesar de su estado, dirigió sus ojos vidriosos hacia ella, fijando su atención en su rostro. Luego, con un gesto exagerado, la señaló.

—Vives conmigo. No con el sheriff. ¿O también vas a negar eso?

La acusación golpeó a Beth como un puñetazo en el estómago, dejándola sin aliento.

El dolor en los ojos de Romeo era evidente y la culpa la envolvió por un segundo. Ella era la culpable de su estado. La voz interna de Beth, esa que siempre tenía un comentario punzante listo, no se hizo esperar.

Si es que eres mala, le espetó.

Sí, al parecer, lo era…

—¿O es que acaso no quieres que mi padre se entere? —Romeo rio, una risa agónica y fuerte, que parecía surgir desde lo más profundo de su ser, un sonido desgarrador que hablaba de su tormento interno—. Pues ya es tarde, demasiado tarde. No —negó entonces con vehemencia, moviendo la cabeza de lado a lado de forma tan exagerada que parecía que en cualquier momento su cuello no resistiría. Por suerte, otro par de manos rápidas evitó que se diera de bruces con el suelo frío y duro—. En realidad, siempre fue tarde, porque él nunca ha dejado de tenerme controlado —se paró al lado de la imponente figura de su padre y lo miró, desafiante, con las cejas enarcadas, buscando en sus ojos alguna reacción—. ¿Verdad, papá?

Romeo esperaba la confirmación de lo que ya intuía en lo más hondo de su corazón, que ese hombre, ese ser que lo había engendrado, siempre le había seguido los pasos.

A veces, en las solitarias noches de reflexión, Romeo hasta se había preguntado si ese ser inteligente y astuto no había, de alguna forma, movido las piezas de su vida, haciendo que nada

de lo que ocurrió fuera realmente su elección, sino la sucesión de seguir un plan meticulosamente trazado por una mano maestra.

¡Hasta la simple idea de terminar en ese pequeño y olvidado pueblo y en La Mansión podían haber sido ideas de su padre!

¿Te parece una locura? ¿Una fantasía digna de un cuento?

A Romeo no…

Su padre, con su mente brillante y sus métodos enigmáticos, eran capaces de eso, y de cosas aún más inimaginables.

La tensa atmósfera se palpaba en el aire, cargada de un silencio atronador que se interrumpió con las palabras de Mattia Bianchi.

—Señorita Duncan… —comenzó Mattia, ignorando el sarcasmo y las palabras de su hijo.

El Don hizo una pausa deliberada mientras sus ojos se entrecerraban observando a Beth con una intensidad casi insoportable.

—¿O debería decir señora Bianchi? —el tono de su voz era inexpresivo, pero su pregunta, acompañada de una sutil inclinación de cabeza, estaba cargada de insinuaciones.

El corazón de Beth palpitaba con fuerza, se sentía acorralada. No era solo por la revelación inesperada que acababa de hacer Mattia, sino por el hecho de estar en presencia de alguien que claramente tenía tanto poder.

La mención casual de su apellido le dejó sin habla, y un sinfín de emociones la invadieron.

A su mente acudió una pregunta urgente: ¿Dónde demonios estaba el maldito sheriff cuando se le necesitaba?

¿Acaso no se suponía que toda La Mansión, incluidos los alrededores, estaba bajo constante vigilancia?

Pues como no estén vigilando los animales salvajes…, resopló la dichosa voz.

Beth clavó su mirada en Mattia, sus ojos destilando una mezcla de ansiedad y determinación. Aunque Mattia podía percibir claramente la tensión que emanaba de ella, no se mostró dispuesto a ceder. Después de todo, aquello no era más que un desafío, una prueba a superar, ¿o no?

Si era así, ella iba a contestar a su pregunta.

—Yo…

—¿Qué es lo que quieres? —la interrumpió Romeo con una voz que delataba cansancio y frustración. Sus ojos, llenos de ira, no se apartaban de los de su padre.

Su expresión cambió de agobio a furia en segundos, y el ambiente se volvió todavía más tenso.

—¿Qué demonios haces aquí? ¿Para qué viniste? ¡¿Por qué no me dejas en paz de una vez?! —estalló.

Y, en un acto que reflejaba su exasperación, arrastró sus manos a través de su cabello enredado.

Sentía una ansiedad tremenda, un nudo en la garganta.

—Me arruinaste la vida desde el mismo momento en que me concebiste, desde aquel momento en el que la fatalidad de llevar tu sangriento apellido selló en mi destino. Estaré marcado por siempre. Viviré con miedo porque fui tan cobarde, o quizás tan valiente, de tomar la decisión de elegir por mí mismo. Decidí que no quería, bajo ningún concepto, seguir tus oscuros pasos. ¡Me marché! Me alejé lo más lejos posible, huyendo de ti, intentando olvidarme de ti y con la vaga esperanza de sentir que, a pesar de todo, podía tener una vida digna ¡por muy marcado que estuviera! ¿Por qué insistes en perseguirme? ¿Por qué no me dejas vivir en paz y ¡te olvidas de que existo!? ¿Cuál es tu objetivo? ¿Matarme? ¿Hacerme pagar caro por mi traición? ¡Entonces hazlo! ¡Pero mátame ya, joder! Termina con esta agonía constante de no saber si cada día que despierto ¡será el último día de mi vida!

Beth, a pesar de la barrera del idioma, sintió un nudo en la garganta. No por lo que había dicho Romeo, porque las palabras en italiano se le escapaban, pero el tono, la emoción cruda que transmitía, era universal. Aunque no entendiera las palabras, el mensaje estaba claro por la manera en que había hablado, por las lágrimas desbordantes en sus ojos. Era evidente que estaba dejando al descubierto el dolor que llevaba dentro.

Si no todo, al menos una buena parte de ello.

Mattia, con una expresión imperturbable, no apartaba la vista de su hijo. Estudiaba cada detalle de Romeo, desde sus ojos anegados de lágrimas, su pecho que subía y bajaba frenéticamente por la respiración acelerada, hasta sus manos cerradas en puños y la mandíbula apretada con una fuerza.

Cada centímetro de Romeo destilaba tensión.

Mattia Bianchi desvió su mirada hacia Beth, quien, con determinación y una pizca de temor, le devolvió la mirada.

—Hazlo feliz —era una petición simple, pero cargada de significado.

Era un reconocimiento, una admisión tácita de que él mismo no había sido capaz de hacerlo. Una esperanza de que ella pudiera curar las heridas del pasado.

Sin decir nada más y evitando encontrarse nuevamente con la mirada de Romeo, el Don, el temido líder de la mafia italiana, se giró con decisión y emprendió su marcha hacia el vehículo que lo aguardaba.

—Papá… —las palabras brotaron de los labios de Romeo en un susurro apenas audible, casi como si las hubiera dicho sin darse cuenta, dejando al descubierto su vulnerabilidad al escuchar a su padre decir esas palabras.

Al escuchar cómo su hijo lo llamaba, Mattia Bianchi se detuvo por un breve instante.

—Si tu madre estuviera viva, ya estaríais casados. Le prometí que serías feliz, no hagas que

incumpla mi promesa.

Y con esas palabras, que dejaron a Romeo atónito, Mattia Bianchi entró en el coche.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Beth, que no se había enterado de nada, la verdad.

A ese paso, tendría que aprender italiano.

Entonces, una chispa de pensamiento la golpeó.

Espera, ¿eso es que ya te crees de la familia? Que son mafiosos, ¡por el amor de Dios!

Bueno, ¿y qué hago? El amor es el amor…

Romeo suspiró, fue a abrir la boca.

¿Para qué? ¿Para llamar a su padre?

No lo sabía, pero no llegó a hacerlo, porque alguien lo interrumpió.

—¡Dejadme en paz, hombre! —gritó a Trevor con todas sus fuerzas, mientras dos hombres robustos lo sujetaban y comenzaban a arrastrarlo lejos de allí.

—¡Trevor! —exclamó entonces Beth.

Joder, ¡se había olvidado completamente de él!

Con el drama mafioso que se había desplegado ante sus ojos, la presencia de Trevor había quedado en un segundo plano.

Beth abrió sus ojos, dejando que se llenaran de terror y sorpresa, al ver cómo sujetaban firmemente a Trevor, y lo arrastraban lejos de ellos. Miró a Romeo buscando ayuda, un gesto de comprensión, o simplemente una respuesta a lo que estaba sucediendo.

—Romeo… —susurró con un tono de desesperación.

Pero Romeo parecía petrificado. No se movía. Estaba tan estático que Beth, en un intento desesperado, movió su mano repetidamente frente a los ojos del italiano, esperando alguna reacción.

Pero Romeo no pestañeó.

¡La madre que lo parió!

El padre en este caso…

¡Que se estaban llevando a Trevor! ¡Esos mafiosos sin escrúpulos!

—Pero… ¡¿Qué hacen?! —exclamó entonces Beth, tratando de intervenir mientras intentaban llevárselo.

Los peores escenarios se proyectaban en su mente, temiendo por lo que esos mafiosos pudieran hacerle a Trevor.

Que sí, que en algún momento, en muchos en realidad, Beth había jugado con la idea de

deshacerse de ese hombre. Pero solo eran eso, ¡pensamientos!

¡No tenían que matarlo de verdad!

Porque lo iban a matar, ¿verdad?

Bueno, al menos una buena tunda sí que le darán.

Ay, ¡señor!

En medio de la tensión, el hombre de la cicatriz, que parecía ser la mano derecha del líder de la mafia dirigió su mirada hacia Beth. Hizo un gesto despreocupado con su mano, como si quisiera minimizar lo que estaba sucediendo.

—Señorita Duncan —comenzó con voz grave y calmada —. Le sugiero que olvide todo lo que ha presenciado aquí esta noche. Y le garantizo que nadie, nunca, la separará de su bebé —prometió con una seriedad que heló la sangre de Beth.

Sí, lo van a matar, dijo entonces la voz de su cabeza, sin duda alguna.

¿Perdón?

—¡¿Adónde lo llevan?! ¡¿Qué le van a hacer?

—Solo vamos a charlar con él —respondió el hombre, su tono de voz calmado pero firme—. Usted no se preocupe, señora. En su estado, no debería alterarse. Todo estará bien.

Beth frunció el ceño, ligeramente desconcertada.

—¿En mi estado? —preguntó, confusa.

El hombre, quizás dándose cuenta de su inadvertido desliz, y notando el visible desconcierto de Beth, decidió ser más explícito.

—Embarazada, señora —respondió.

Joder, ¡¿es que también sabían eso?!

Beth parpadeó varias veces, en una mezcla de sorpresa y perplejidad. Pero lo que realmente parecía haberla desconcertado no fue la mención de su embarazo, sino la forma en que el hombre se dirigió a ella.

—¡¿Señora?! —exclamó con un tono que delataba la incredulidad que sentía.

La palabra "señora" la había impactado más que cualquier otro término o situación de la noche.

Un pequeño rictus de ironía se formó en sus labios.

—Pero... ¡¿Cómo que señora?! ¡¿Por qué señora?! —casi podía sentir la ironía en su voz, una ironía que había surgido de la nada en medio de una situación tan sombría.

Y entonces, el hombre se inclinó ligeramente hacia adelante en un gesto elegante y respetuoso.

—Siempre a sus órdenes. Y a las del señor, claro ——respondió, en un gesto caballeroso y respetuoso, antes de dirigirse a Romeo con la misma cortesía.

Romeo solo hizo un ademán con la mano, como ordenando al hombre que se retirara. Y el hombre, leal como un perro guardián, obedeció de inmediato.

Desde luego, es digno hijo de su padre, eh.

A medida que los coches oscuros y todos esos hombres se desvanecían en la oscuridad, una nueva voz retumbó en el ambiente.

—¿Pero qué demonios…? —la pregunta fue hecha por Raven, quien apareció de repente.

Siguiéndole los pasos, y con un aire de autoridad, apareció Rain, vestido con su impecable uniforme de sheriff, pistola en mano y semblante serio.

—¿Qué está pasando aquí? —inquirió, observando el escenario.

Beth, al verlo, no pudo evitar poner los ojos en blanco.

—¡A buenas horas! —exclamó ella, levantando las manos en un gesto de exasperación.

¿Qué clase de sheriff llegaba tan tarde a la escena?

Romeo, que hasta entonces había sido una figura silente, finalmente encontró su voz.

—Yo… Creo que me voy a desmayar —confesó, con una mezcla de agobio y cansancio.

Y en ese preciso instante, Romeo cayó al suelo.

Y ahí sí que sí, se llevó la hostia del siglo…



Capítulo 32

—*Ma che diavolo!*

El grito, nacido del más profundo de sus pulmones, retumbó en toda la casa, haciendo que incluso algunos cuadros colgados en la pared vibraran ligeramente.

Y no era para menos.

El susto que se había llevado al abrir los ojos y encontrarse con ese par de locos mirándolo, había sido impresionante.

—Joder, ¡¿pero vosotros queréis acabar conmigo o qué?! —gritó Romeo.

La intensidad del grito le jugó una mala pasada. Un gemido de dolor salió de sus labios cuando, al alzar la voz, sintió una punzada en la sien. Se puso las manos en la cabeza, tratando de aliviar la presión y soltó una ristra de maldiciones.

¿Pero qué demonios le pasaba?

—Mucha energía tienes tú para la borrachera que te pillaste anoche, ¿no? —dijo Rain con una sonrisa burlona, mientras observaba cada gesto de dolor de Romeo. Parecía disfrutar con el sufrimiento del italiano.

¿Borrachera?

¿De qué estaban hablando?

Él no bebía, o al menos eso recordaba. Aunque eso podría explicar el martilleo que sentía en la cabeza y la sensación de malestar.

Romeo miró a Raven de reojo, claramente irritado, mientras se bajaba de la cama. Sus pies tocaron el suelo, y una oleada de frío lo recorrió, provocando que sintiera una punzada de dolor en la cabeza.

—Dejadme en paz — masculló, esforzándose por mantener la calma y no soltar una retahíla de improperios.

—Sigue soñando —bufó Raven, con esa mirada divertida y socarrona que solo él sabía poner, sabiendo que Romeo no estaba de humor para bromas, pero divirtiéndose con la situación.

Romeo se acercó lentamente al lavabo. Sus ojos, enrojecidos y con ojeras, reflejaban el cansancio que sentía.

Alzando su mano con pesadez, abrió el grifo y escuchó el murmullo del agua corriendo. Sin prisa, dejó que el líquido fluyera un instante antes de sumergir sus manos en él.

El chorro de agua fría impactó contra su piel, enviando un escalofrío refrescante a través de sus venas. Sus dedos temblaron ante el contacto, y con un suspiro apagado, llevó el agua a su rostro, empapándolo por completo.

Las gotas se deslizaban por sus mejillas, descendiendo por su cuello y mojando el cuello de su camisa.

Cerró los ojos por un instante, permitiendo que el agua eliminara el cansancio evidente en su rostro.

A ver si así, pensó con un deje de esperanza y de ironía, *también reviven algunas hormonas, que falta me hace.*

—¿Qué demonios queréis? —gruñó Romeo cuando, resignado, se dio cuenta de que sus dos "amigos" lo habían seguido de cerca, decididos a tocarle las narices.

Rain se encogió de hombros, yendo hasta el váter para sentarse sobre la taza cerrada de este.

—¿Qué pasó? —preguntó con curiosidad.

Romeo, apoyando ambas manos en el lavabo, miró el reflejo del sheriff en el espejo.

—Pues no lo sé, decídmelo vosotros, ¿qué pasó? —preguntó, realmente deseando que alguien pudiera llenar los vacíos de su memoria.

Porque no se acordaba de nada de lo que había pasado la noche anterior.

Raven se dejó caer con suavidad sobre el marco de la puerta. Lánguidamente, apoyó su hombro en la madera desgastada y cruzó los brazos sobre su pecho. Alzó una ceja y resopló.

—Si lo supiéramos, no estaríamos aquí, ¿no crees? —comentó con un tono burlón.

—No creo, no —respondió Romeo.

Porque era evidente que no necesitaban una razón para dar por culo o meterse en lo que no les incumbía.

—Te peleaste con Beth —dijo directamente Rain después de un momento.

Romeo frunció el ceño, irritado y sorprendido.

—¿Por qué piensas que me peleé con ella? —resopló mientras se secaba el rostro con una toalla.

—Porque no creo que otra cosa, que no sea el tormentoso mal de amores, pueda hacerte beber hasta el agua de los floreros —replicó Rain con una sonrisa ladina.

—Lo sabemos por eso y porque anoche, en medio de tu borrachera y después de que, por cierto, tuviéramos que llevarte a cuestas como si fueras un saco de patatas abandonado en mitad de la calle…

—Y todo porque no tienes ni idea de beber y te desmayaste. Que es muy fuerte… —dijo Rain, con un tono de voz entre divertido y exasperado.

—Joder —dijo Raven con un tono cansado, frotándose los brazos mientras miraba al sheriff —, todavía me duelen los brazos de cogerlo en peso —bufó.

—Parece que no, pero está realmente petado, eh —rio el sheriff.

—Ya te digo… —asintió Raven.

Mientras, Romeo, impaciente, escuchaba el banal intercambio de palabras. Estuvo tentado de gritarles y de decirles que fueran al grano.

De hecho, iba a hacerlo.

Menos mal que Raven continuó con lo que de verdad interesaba y evitó a Romeo el disgusto de oírse gritar a él mismo y de sentir cómo su cabeza estallaba.

—La cuestión es —empezó Raven, recuperando el hilo de la conversación— que la echaste de la habitación.

—¿Que yo qué? ¿A quién?

—¡Déjame, Beth! ¡No quiero verte! —exclamó entonces Rain, en un tono completamente dramático, casi exagerado—. ¡Me negaste y no podré perdonártelo nunca! —y su voz se elevó con tal emoción que realmente parecía un actor de telenovela mexicana por cómo lo decía.

Ante la actuación de Rain, Raven no pudo contenerse y soltó una sonora carcajada.

Con un gesto de completa incredulidad, Romeo giró la cabeza y miró a Rain con las cejas enarcadas, la sorpresa era evidente en su rostro.

—¿Hice eso? —gimió, con los ojos abiertos como platos.

Rain se rio, una risa entre burlona y juguetona.

—Lo del "¡Me negaste y no podré perdonártelo nunca!" es de mi cosecha. Pero, admitámoslo, he acertado bastante con la recreación, ¿eh? —se mofó, guiñándole un ojo al italiano.

—¿Desde cuándo es tan graciosito? —preguntó Romeo, refiriéndose evidentemente a Rain, pero dirigiendo su mirada interrogativa hacia Raven.

—No lo es —dijo entonces el médico, con una sonrisa socarrona—, solo intenta serlo de vez en cuando. Es su forma de desahogarse, supongo.

Rain puso los ojos en blanco, claramente frustrado por el comentario.

—Ya veo, ya… —asintió el italiano, resignado.

—¿No te acuerdas de nada? —preguntó entonces el sheriff, con una expresión llena de preocupación, enfatizando la palabra "nada" mientras escrutaba el rostro de Romeo en busca de algún atisbo de memoria.

Romeo bajó lentamente la toalla con la que se estaba secando la cara con pequeños y suaves golpecitos. Con cuidado, dejó la toalla sobre el lavabo de porcelana y salió del baño. Una vez fuera, se sentó en la cama, en la que las sábanas estaban revueltas y desordenadas, y suspiró mientras dejaba la mirada perdida en algún punto indefinido del cuarto, intentando llenar esas lagunas mentales que tenía.

Un momento después, después de sentir el peso de la expectación en el aire, miró a sus amigos. Romeo suspiró todavía más fuerte.

—¿De qué debería acordarme? —preguntó, su voz denotando una clara frustración porque, joder, realmente le estaba costando recuperar cualquier rastro de lo que había sucedido.

—De que ya sabemos quiénes son los mafiosos que andaban por ahí —dijo entonces Rain, la seriedad en su voz.

Romeo frunció el ceño al escuchar a su amigo, tratando de conectar las piezas en su mente. Pero lo frunció todavía más, con sorpresa, cuando, de repente, un flashback, vívido y claro, vino a su mente.

Imágenes, sonidos y sensaciones se agolparon en su cabeza.

—Y de que, al parecer, tu padre te ha absuelto —dijo entonces Raven, en un tono más suave, provocando que las imágenes comenzaran a sucederse una tras otra en la mente de Romeo, desentrañando poco a poco lo que había ocurrido la noche anterior.



Capítulo 33

"No me toques, por favor… En este momento no puedo soportarlo."

Beth cerró los ojos lentamente, sintiendo cómo las lágrimas amenazaban con escapar de sus ojos. Los recuerdos de las palabras de la noche anterior volvieron a asaltar su mente con una claridad sorprendente.

Durante toda la noche, no había podido pegar ojo. Los que había ocurrido la noche anterior se repetía una y otra vez en su cabeza. No había sido capaz de quitarse de la mente la imagen de Romeo, mirándola con ojos heridos antes de marcharse de aquella cafetería.

Tampoco había podido olvidar cómo Romeo, borracho, la miraba con una mezcla de tristeza y desesperación, tratando, en un intento de salvar su orgullo, de manejar el tema con ironía, y todo eso delante de su padre y de sus hombres, quienes los observaban con atención.

"Vives conmigo. No con el sheriff. ¿O también vas a negar eso?"

"¿O es que acaso no quieres que mi padre se entere?"

Beth suspiró, sintiendo el peso de la culpa en su pecho. Sí, había sido ella la que había causado ese daño, más del que había imaginado, hasta el punto de que Romeo se había convertido en alguien que no era, en ese ser vulnerable que, borracho, se tropezaba con sus propios pies.

Y todo era culpa de ella.

Maldita sea, pensó con amargura. *¿Por qué no dije la verdad a Sarah? ¿Por qué no fui capaz de decirle lo que ese hombre significa para mí?*

Si la situación hubiera sido al revés, si hubiera sido él quien hubiese negado su relación, Beth estaba segura de que ya habría hecho las maletas y se habría alejado del lugar, con el corazón roto.

Por miedo, Beth, lo hiciste por miedo, le recordó esa voz interior que, por una vez, sonaba serena y lógica.

Pero él no temió mostrarle al mundo lo que siente por mí, lo que significo para él.

Tú sí tienes miedo. Tienes miedo de reconocer, incluso ante ti misma, lo que sientes por él porque temes sufrir. Pero piensa, ¿realmente crees que ese hombre podría lastimarte?

Beth tragó saliva, sintiendo cómo su garganta se secaba y cómo un nudo se formaba en ella.

No, él jamás sería capaz de hacerme daño.

De eso estaba completamente segura.

"¡Déjame, Beth! ¡No quiero verte! Esta noche no…"

Beth cerró los ojos con fuerza, sintiendo cómo esas palabras, pronunciadas con tanto dolor por Romeo, se clavaban en su alma como puñales afilados.

Le había hecho daño, y él no se merecía nada de eso.

Tengo que arreglar esto, se dijo a sí misma. *Espero que me dé la oportunidad de hacerlo.*

—No sabía si iban a dejarme entrar —la voz apesadumbrada y algo temblorosa de Trevor la sacó de sus pensamientos.

Beth, con movimientos pausados, comenzó a girarse hacia él y enarcó las cejas en un gesto claro de sorpresa al verlo.

Lo último que esperaba en ese momento era encontrarse con Trevor allí.

Trevor, por su parte, también observaba a Beth con detenimiento. Ella estaba allí, erguida y solitaria, junto a un majestuoso ventanal en medio de la amplia sala.

Era una estancia grandiosa, decorada con gusto y elegancia. Todo en ella indicaba que era la sala de estar principal de la mansión.

—Te he molestado… —dijo él con voz ronca, mostrando el arrepentimiento en sus ojos.

Ella negó suavemente con la cabeza, tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—Solo estaba pensando —dijo—. Me sorprende verte aquí, sobre todo después de lo que ocurrió anoche —su tono era cortante, aunque trató de suavizarlo al final, pero su postura delataba su verdadero sentir.

Estaba visiblemente tensa, con los hombros rígidos, y sus dedos se entrelazaban nerviosamente, evidenciando la ansiedad que sentía.

Trevor notó su incomodidad, cada detalle, desde su postura defensiva hasta la manera en que evitaba su mirada. Un aguijonazo de culpabilidad lo atravesó, haciendo que su estómago se contrajera.

—Lo siento, Beth —comenzó con voz suave, apenada—. Realmente lo siento. Sé que me comporté como un idiota y... —se detuvo un momento, buscando las palabras adecuadas—. Este no soy yo, yo no soy así. No sé qué me pasó.

Ella lo miraba, su expresión seguía siendo reservada.

Trevor pudo sentir cómo la atmósfera se volvía más densa con cada segundo que pasaba. Decidió arriesgarse, dando un paso más cerca de ella, y notó cómo ella se tensaba todavía más.

—Por favor, Beth —suspiró—. No estoy aquí para hacerte daño. Solo quiero hablar contigo. ¿Puedo... sentarme?

Hubo un silencio que parecía eterno, pero finalmente, Beth asintió con un leve movimiento de cabeza.

Con sumo cuidado, Trevor se movió hacia el sofá, tomando asiento. Ella, al final, decidió sentarse frente a él.

Solo después de que él estuvo cómodamente sentado, ella hizo lo mismo, su postura seguía siendo rígida.

Se encontraba sentada justo en la esquina del sofá, una posición estratégica que denotaba su deseo de estar preparada para una huida rápida si era necesario.

Tras un breve silencio, ella carraspeó suavemente, como intentando despejar la incomodidad que había en su garganta.

—Me alegra ver que no te hicieron nada —comenzó con cautela, haciendo referencia a aquellos hombres que se lo habían llevado de aquel lugar la noche anterior.

Estuvo preocupada por él, pero Romeo, a pesar de su estado de embriaguez, insistía en que Trevor estaría a salvo, que nadie le haría nada. Rain y Raven le sugirieron confiar en sus palabras. Así que Beth decidió hacerlo y, como pudo comprobar, él tenía razón.

Menos mal, pensó Beth.

Trevor la miró, una media sonrisa enigmática jugaba en la esquina de sus labios.

—Eso de "nada" no es precisamente cierto —contestó. Al ver la mirada sorprendida y las cejas alzadas de Beth, añadió— Me hicieron volver años atrás, reviviendo momentos que había intentado olvidar. Me abofetearon sin manos, abriéndome los ojos.

Beth alzó lentamente las cejas, la curiosidad se reflejaba claramente en sus ojos que parpadeaban ante la intriga. Cada vez más ansiosa por descubrir lo que estaba ocurriendo, ella no sabía a qué se refería exactamente, pero imaginaba que se enteraría pronto.

Con un movimiento sutil, pero claramente nervioso, y manos que temblaban levemente debido a la emoción contenida, él extrajo algo cuidadosamente del bolsillo interior de la chaqueta que llevaba puesta y, con una ligera pausa, lo extendió hacia ella, invitándola a descubrir su contenido.

Con sus propias manos temblorosas, Beth cogió lo que al primer vistazo parecían ser unas fotos, quizá un recuerdo demasiado valioso para él.

Al examinarlas, las fotos revelaron a una mujer de belleza deslumbrante y una sonrisa que irradiaba alegría jugando con un pequeño niño que parecía ser una copia de Trevor.

—Él es… —comenzó Beth, su voz cargada de sorpresa y sus ojos levantándose lentamente, con cautela, para encontrarse con los de Trevor, buscando una confirmación de sus sospechas.

—Sí, él era mi hijo —confirmó él, su voz rota por el dolor que se percibía claramente.

—¿Era? —preguntó Beth, incapaz de ocultar el shock que le produjo la revelación.

—Murió —dijo él con un tono pesaroso, sus ojos llenándose de lágrimas—. Ambos murieron.

—Dios mío, Trevor… —Beth sintió un nudo en la garganta, ganas de llorar al ver el dolor tan claramente reflejado en el rostro y en la mirada perdida de Trevor—. No puedo imaginar lo que debes estar sintiendo. Lo siento mucho.

—Gracias… —dijo él, haciendo una pausa para tragar saliva.

—Se parecía mucho a ti —susurró ella con dulzura, tocando con un dedo la carita sonriente

del niño de la foto, notando la textura del papel y la tinta que formaba esa imagen tan emotiva.

Una sonrisa melancólica se formó en la cara triste de Trevor, su mirada brilló por un segundo al recordar esos momentos.

—¿Verdad? Todo el mundo lo decía. Éramos como dos gotas de agua —una triste sonrisa en su rostro.

—Y ella era preciosa —Beth levantó su mirada, la fijó directamente en Trevor y con sinceridad añadió— De verdad que lo siento muchísimo.

Él simplemente asintió, parecía que las palabras se le habían escapado, o quizás no encontraba las adecuadas. Beth no se podía hacer una idea de cuánto dolor y tormento llevaba dentro.

—La amaba más que a nada en este mundo —dijo cuando pudo volver a hablar—. A los dos. El día que supe que iba a ser padre, fue el más feliz de mi vida. Y viví esa felicidad muy poco tiempo. Ellos… Murieron de manera inesperada cuando un coche chocó contra ellos de frente.

—Dios mío —Beth se tapó la boca, horrorizada, cuando un sollozo salió de ella, imaginando el horror y el desgarro que debió sentir ese hombre al enterarse de la noticia.

Cómo debía haber roto su mundo.

Trevor tomó una profunda respiración, intentando contener las emociones que amenazaban con desbordarse.

—Esto que te he contado no es una excusa para cómo me comporté contigo, y no quiero que pienses que estoy tratando de justificarme.

Por supuesto que no era excusa, pero esa confesión ayudó a Beth a entender mejor a Trevor y muchos de sus comportamientos.

—Quería que supieras… —sus ojos la buscaron intensamente, buscando una comprensión, quizás algo de empatía, que no sabía si encontraría— Quizás fue el miedo. El miedo a volver a enamorarme, a volver a construir un futuro y verlo desvanecerse delante de mis ojos, tal y como ocurrió antes —hizo una pausa, sus ojos se oscurecieron por un momento, una lágrima cayó por su mejilla, dejando un rastro húmedo—. Soy tan cobarde, Beth, que lo único que me venía a la mente era que si ese bebé desaparecía antes de ser real, no tendría que enfrentarme a la posibilidad de perderlo nuevamente.

La emoción golpeó a Beth de lleno, sus ojos se nublaron con lágrimas.

Yo también soy una cobarde, pensó…

—El pasado te marcó —murmuró ella con delicadeza.

Él asintió lentamente, las lágrimas brillando en sus propios ojos, reflejando años de sufrimiento y recuerdos dolorosos.

—Lo hizo. Cuando me enteré de que ibas a tener al bebé, en lo que pensé fue en “Si es así, estará conmigo. Conmigo no le pasará nada” —negó con la cabeza, visiblemente afectado por el peso de sus propias palabras—. No sé cómo llegué a comportarme de esa manera tan ruin.

—Trevor…

—Te quise, Beth. Quizás no te amé con la profundidad que merecías, pero te quise y te quiero —hizo una pausa, mirándola directamente—. Pero también era consciente de que no podía darte la felicidad que merecías. Y en lugar de enfrentarme a ello, elegí el camino cobarde, alejándote de mí con mi comportamiento.

Beth abrió la boca, preparada para decir algo, quizá para consolarlo o quizá para disculparse, porque esa era su naturaleza. Pero él levantó una mano para interrumpirla.

—No —dijo con firmeza, sus ojos encontrando los de ella—. Conozco esa mirada, Beth. No intentes pedirme perdón o disculparte por algo que no es tu culpa. Tú no sabías nada de esto, no podrías haberlo adivinado. Yo soy el único responsable aquí. Erré en cada paso y te causé un dolor inmenso, y eso es algo que no podré perdonarme nunca.

Un silencio se asentó entre ellos, solo para ser roto por Beth, quien con una voz temblorosa, confesó algo.

—Tendré al bebé. Lamento mucho no haber sido sincera contigo desde el principio.

La sonrisa que apareció en los labios de Trevor fue amarga, pero llena de entendimiento.

—De alguna manera, siempre lo supe —admitió con voz suave—. Sabía que, de ser cierto, no podrías renunciar a él. Y esa idea me llenaba de confusión y desesperación. Cuando finalmente me confirmaste tu embarazo, porque no quería creerlo a menos que viniera de tus labios, fue como si todo se hiciera real de repente. Entonces, el miedo a perderte, junto con la angustia de perder a mi hijo otra vez, me inundó. Solo pensaba que si ese bebé venía al mundo, sería mío, y no le permitiría sufrir ningún daño. Por eso dije todo lo que dije. Lo siento, Beth.

Beth lo miró, sus ojos brillando con lágrimas no derramadas.

—Trevor… —comenzó, buscando las palabras correctas.

Con una determinación que no había mostrado antes, él la interrumpió.

—Quiero que lo tengas, Beth —su voz era decidida—. Sé que mi opinión podría no importar en este momento, pero es lo que siento. Y, más que nada, quiero estar presente en cada paso del camino. No quiero perderme nada esta vez. No deseo que mi hijo crezca sin conocer a su padre.

Ella asintió lentamente.

Un padre…

Y la imagen que se le vino a la mente, fue la del hombre que, en ese momento, no quería ni verla. Pero era el único hombre al que ella quería cerca.

—Ya tiene un padre —dijo Beth, y su tono era delicado, casi como si estuviera caminando sobre cristales rotos.

Cuando sus ojos se encontraron, Trevor entendió lo que ella quería decir. No estaba hablando de él, sino de otro hombre que había entrado en su vida.

El silencio llenó brevemente la habitación, solo roto por el débil sonido de su respiración mientras ambos procesaban las emociones que los envolvían. La tensión entre ellos era palpable, y aunque había confesiones y revelaciones, aún quedaban cosas sin decir.

—¿Lo quieres? —preguntó Trevor, sabiendo que tal vez no tenía el derecho de hacer esa pregunta.

Beth lo miró a los ojos.

Más que a nada, pensó, reconociéndoselo hasta a ella misma. *Y no voy a negarlo ni un segundo más.*

Ese pensamiento hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas que intentó, con todas sus fuerzas, derramar. Porque la primera persona a la que le iba a confesar sus sentimientos no era ni el propio Romeo, sino Trevor.

Ironías de la vida, ¿no?, pensó con una sonrisa melancólica, resignada.

—Estoy enamorada de él —admitió suavemente.

Los ojos de Trevor se movieron por un segundo, como si estuviera procesando la información, buscando algún indicio de duda en su expresión. Pero para sorpresa de Beth, una sonrisa cálida e inesperada cruzó su rostro.

—Me alegra oír eso —confesó, su voz más serena—. Porque él es un buen hombre. De todos los hombres en este mundo, no podrías haber elegido a alguien mejor para ti, Beth.

Ella sintió un nudo en la garganta, emocionada por la madurez y el cariño que Trevor estaba mostrando.

—Gracias —susurró ella.

—Siento mucho no haber estado ahí para apoyarte cuando más me necesitabas. Yo…

Ella levantó su mano suavemente, deteniendo las palabras que pugnaban por salir de sus labios, y negó con la cabeza, sus ojos brillantes de comprensión.

—Es pasado —dijo con una tierna sonrisa, su rostro irradiando una calidez que le decía cuánto había entendido, cuánto había asimilado todo el tormento por el que había pasado ese hombre.

Trevor tomó un respiro profundo antes de volver a hablar.

—He decidido alejarme por un tiempo —dijo con una determinación en su voz, aunque sus ojos reflejaban una tristeza indefinida.

La noticia la tomó por sorpresa. Sus ojos, esos ojos que siempre parecían capturar cada detalle, se ensancharon ante la revelación, tratando de asimilar la inesperada decisión.

—¿Te vas? —preguntó Beth, con un tono que mezclaba incredulidad y preocupación.

—Sí, es lo que necesito hacer —respondió él con un suspiro, buscando las palabras adecuadas para explicar—. Solo serán unas semanas, pero necesito visitar sus tumbas, quizás visitar algunos lugares adonde solíamos ir juntos, reconectar con aquellos recuerdos...

—Y dejar cerrado ese capítulo de tu vida, encontrar ese cierre que tanto anhelas —terminó ella por él, demostrando una vez más cuánto lo conocía. Ella hizo una pausa, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Espero que encuentres la paz que tanto buscas, Trevor.

A pesar de sus acciones recientes, ella siempre había sabido que él era una buena persona. Y ahora entendía que gran parte de su comportamiento errático se debía a los temores y traumas que enfrentaba.

—Y quizás algún día vuelvas a encontrar la felicidad —sonrió Beth.

Él negó con la cabeza, su rostro era una máscara de desesperanza y resignación.

—Soy un hombre roto, Beth —dijo con una voz que destilaba amargura—. Ese tipo de felicidad, la que creí tener, ya no parece estar destinada para mí. Tuve la fortuna de tener a la mejor mujer del mundo a mi lado —dijo señalándola—, y me comporté como un imbécil, hasta que la perdí.

Ella lo miró con dulzura y comprensión.

—Simplemente no soy la persona adecuada para ti. Pero estoy segura de que ese día, donde volverás a encontrar a alguien que te complemente, llegará. Solo tienes que estar dispuesto a abrir tu corazón de nuevo.

Él se encogió de hombros.

—No es algo que ocupe mis pensamientos ni me quite el sueño. En este momento, lo único que quiero es que este dolor se alivie y poder experimentar esa alegría nuevamente, pero junto a mi hijo. Si me lo permites.

Ella parpadeó sorprendida.

—Trevor…

Él alzó una mano para detenerla.

—No intento hacerle competencia a Romeo ni interferir en tu relación. Simplemente quiero ser parte de la vida de nuestro bebé. ¿Crees que eso pueda ser posible?

—Nunca he querido alejarte de él. Quiero que estés presente en su vida —dijo ella, conmovida.

Trevor asintió, pero luego vaciló.

—Pero...

Beth respiró hondo antes de hablar.

—Ahora no estoy sola, Trevor. Romeo también tiene voz en esto.

Si es que todavía quiere estar conmigo, pensó.

Por Dios, que así fuera.

—Para mí, él es tan padre de nuestro hijo como tú —declaró Beth, con los ojos brillando de emoción y determinación al decirlo en voz alta—. ¿Lo comprendes, verdad?

Trevor asintió lentamente, su expresión revelando una mezcla de tristeza y comprensión.

—Por supuesto que sí —admitió.

Era evidente que, por mucho que le doliera, reconocía el papel fundamental que Romeo había desempeñado en la vida de Beth en su ausencia. El amor, el apoyo y la protección que Romeo le brindó a Beth en los momentos más duros de su vida eran irrefutables.

Ignorar eso sería ser injusto y, sí, seguir siendo un capullo.

Antes de que cualquiera de los dos pudiera continuar, una voz familiar y firme irrumpió en la habitación.

—Este bebé será muy querido —declaró Romeo, haciendo que Beth y Trevor giraran sus cabezas en su dirección, claramente sorprendidos.

El sobresalto que Beth sintió fue tan intenso que prácticamente saltó de su asiento.

—Romeo... —balbuceó, la sorpresa evidente en su voz.

Ahí estaba él, el hombre que había invadido sus pensamientos.

El mismo hombre al que había negado.

El hombre al que había herido profundamente.

El hombre que, apenas unas horas antes, en un arrebato de dolor, había manifestado no quererla cerca de él.

Ahí estaba…

Tan guapo como siempre.

Su cabello oscuro estaba ligeramente despeinado. Vestía de manera sencilla y casual con un pantalón de chándal y una camiseta negra que resaltaba su figura atlética. A pesar de la simplicidad de su atuendo, para Beth, él lucía absolutamente irresistible, como siempre.

Romeo, con una sensibilidad innata, reconociendo la tensión en la sala y buscando desarmarla, saludó a Trevor con un breve gesto de cabeza mientras continuaba su camino hacia Beth.

No dejaba de mirarla a los ojos.

Él la conocía, mucho más de lo que ella imaginaba, y podía percibir la tormenta de emociones que la embargaba.

Así que ella también estaba nerviosa…

Un rato antes, en su dormitorio, todos los recuerdos dolorosos de la noche anterior se precipitaron sobre él, golpeándolo con fuerza. En ese instante, Romeo se sintió el peor hombre del mundo. Se maldijo por cada palabra, por cada gesto. Y lo único que tenía en la mente era la

urgente necesidad de buscarla, de disculparse, de pedirle que, por más enfadado que estuviera, nunca se alejara de él.

Había venido con esa intención, la de confesarle que, en realidad, no le importaba lo que los demás pensaran o dijeran, que esperaría lo que fuera necesario y que, si ella deseaba mantener su relación en secreto por un tiempo, él la respetaría.

Pero que, por favor, no pusiera fin a lo suyo. No cuando no había hecho nada más que comenzar.

Pero sus planes y palabras preparadas se evaporaron cuando escuchó lo que ella le había confesado a Trevor.

—Tiziano... —susurró ella, nerviosa, cuando él finalmente se detuvo frente a ella, casi tocándola pero sin hacerlo.

Romeo, buscando tranquilizarla, le guiñó un ojo juguetonamente y le regaló una sonrisa para calmarla. Y su corazón dio un vuelco de alivio al ver que, con ese simple gesto, parecía que un pesado lastre se desvanecía de los hombros de Beth.

Luego, con un sutil movimiento de sus labios, le prometió en silencio que después, cuando estuvieran solos, hablarían de todo. Pero, por ahora, quería que entendiera que, pese a todo, las cosas estaban bien entre ellos. Al menos para él.

Con esa promesa flotando en el aire, Romeo se giró y encaró con Trevor.

—Trevor… —lo saludó cortésmente.

—Romeo —respondió este, permaneciendo sentado, siguiendo la sugerencia silenciosa de Romeo.

Una vez que todos estuvieron sentados, Romeo fijó su mirada en Trevor, su postura erguida y su expresión seria.

—Nunca he buscado competir contigo —comenzó el italiano—. Y no tengo intenciones de hacerlo ahora.

—Lo sé, —admitió Trevor, reconociendo la sinceridad en la voz de Romeo.

Romeo continuó, tomando la mano de Beth y entrelazando sus dedos con los de ella. Al percibir el leve temblor de la mano de ella, le dio un apretón reconfortante. Los ojos de Romeo se posaron en esa unión momentáneamente antes de volver a Trevor.

—Ellos son mi familia —dijo con firmeza—. Y haré todo lo que esté en mi mano para protegerlos. Siempre.

Trevor levantó las manos en un gesto de rendición.

—No represento una amenaza para ti, Romeo.

La confianza de Romeo era palpable.

—Lo sé —respondió, no como una bravuconería, sino como un reconocimiento sincero de la

verdad en las palabras de Trevor.

—Y siento mucho cómo me he comportado, he sido un verdadero capullo. Nada me justifica, pero me gustaría tener la oportunidad de contártelo todo, como hice con Beth y de pedirte perdón de verdad.

—Estaré si me necesitas —respondió Romeo, su voz suave y comprensiva, dejando sin palabras a Trevor.

—Gracias —dijo Trevor, emocionado—. Y a pesar de mis errores, quiero ser parte de la vida de mi hijo —suplicó con sinceridad.

Beth había dejado claro el lugar que Romeo ocupaba en su corazón y en su vida, dándole prácticamente la última palabra en esa complicada situación.

Las emociones de Romeo estaban a flor de piel, luchando por no dejar que las lágrimas fluyeran. No había escuchado todo la conversación anterior entre Beth y Trevor, pero había captado lo suficiente.

Al concluir su charla con Raven y Rain, se había enterado de que Beth estaba en casa y tenía una visita inesperada...

—Y ahora que lo sabéis todo, ¿me podéis dejar ir a ver a Beth? —había una urgencia palpable en su voz— Necesito saber que está bien.

—Espero que sí, porque si algo le ha pasado, si no, nos vas a matar —gruñó Rain con un semblante serio, mirando directamente a Romeo.

—¿Qué? —Romeo pestañeó con incredulidad, intentando procesar la información. Las palabras no tenían sentido en su mente aturdida— ¿Dónde está Beth? —preguntó casi en un susurro, sintiendo que se le helaba la sangre.

El mero hecho de imaginar que algo malo podría haberle ocurrido a Beth lo llenó de pánico, especialmente al ver la expresión sombría y la seriedad en la cara de sus dos amigos.

—En la sala. Con Trevor —respondió Raven con un tono que parecía querer tranquilizar a Romeo, pero sin mucho éxito.

Sin esperar un segundo más, Romeo se precipitó hacia la sala, con el corazón latiendo frenéticamente y con cada intención de encarar a Trevor si había hecho algo para lastimar a Beth.

Si los hombres de su padre no lo hicieron, ¡lo haría él!

Sin embargo, antes de poder irrumpir, algo lo detuvo. La voz de Beth resonó con claridad y Romeo se quedó petrificado, escondiéndose detrás de la puerta, escuchando la conversación sin querer, pero sin poder evitarlo.

Los ojos de Romeo se encontraron con los de Beth, y fue como si el tiempo se detuviera. La intensidad en la mirada de Beth lo dejó sin aliento.

—Las decisiones sobre nuestra familia son responsabilidad de ambos —dijo ella con firmeza, enviando un torrente de emoción directo al corazón de Romeo.

Sin poder contenerse, las lágrimas brotaron de sus ojos.

—Gracias —susurró Romeo, emocionado por su afirmación.

Aquellas palabras, en ese contexto, significaban el mundo para él. Era una declaración de amor y de confianza.

Y después de haberlo negado de aquella manera, lo significaba todo.

La atención de Romeo se desvió hacia Trevor.

—Tú eres el padre biológico del bebé. Soy yo quien tiene que pedirte a ti que, por favor, me permitas estar en su vida —dijo Romeo, sorprendiendo, de nuevo a su compañero.

Emocionándolo, haciendo que sus ojos se llenasen de lágrimas.

Trevor se puso de pie, extendiendo su mano hacia Romeo en un gesto de camaradería. Romeo aceptó el gesto, levantándose también.

—Nuestro hijo será un bebé realmente afortunado teniendo dos padres —declaró el bombero.

En un inesperado gesto de afecto, Trevor tiró de Romeo hacia él y lo abrazó fuertemente, una clara señal de gratitud y entendimiento.

—Gracias, Romeo. De verdad, gracias... —susurró Trevor con la voz llena de emoción.



Capítulo 34

—Lo siento —murmuró suavemente ella, cuando, un rato después de la cena en familia, se encontraba en los brazos de Romeo, acurrucada en la cama que llevaba el sello y el aroma de este hombre.

Era bien entrada la tarde cuando Romeo había despertado y cuando Trevor, tras horas de pensar y pensar, había decidido buscar a Beth y enfrentar lo que debía enfrentar.

Cuando Trevor se marchó, se sirvió la cena y Romeo y Beth no tuvieron oportunidad de hablar.

Una vez que hubieron terminado de comer, Beth se dirigió al dormitorio de Carmichael para asegurarse de que estuviera bien atendido y de que descansase.

Romeo, con una mezcla de ansiedad y deseo, esperaba pacientemente fuera de la puerta, jugando distraídamente con sus dedos.

Cuando ella salió del dormitorio del anciano, él extendió su mano hacia ella, una invitación que Beth aceptó sin dudar.

Guiados por un deseo mutuo, ambos se dirigieron al dormitorio de Romeo. Las palabras no eran necesarias…

En ese momento, solo necesitaban tocarse.

Sentirse.

Amarse.

Allí, bajo el cuerpo de él, con la piel brillando a causa del sudor, estaba ella. Luchando por recuperar el aliento, con los rescoldos del placer abrumador que la había consumido en su cuerpo.

—Lo siento —susurró nuevamente Beth, con una voz cargada de emoción y arrepentimiento.

Romeo, con su pecho todavía subiendo y bajando por el esfuerzo, levantó lentamente la cabeza, que había estado reposando entre el cuello y el hombro de Beth y la miró.

Romeo exhaló un suspiro profundo. Lentamente, salió de su abrazo y se recostó a su lado, ajustando su posición de manera que ambos quedaran frente a frente, los ojos de uno en los del otro.

Beth rompió el silencio con una voz suave, pero firme.

—Te hice daño —murmuró.

Y aunque no tenía la entonación de una pregunta, Romeo supo que ella esperaba una respuesta.

El recuerdo de ese momento en el bar flotaba entre ellos, como una sombra oscura. Beth había

visto el destello de dolor en los ojos de Romeo. Supo la profundidad de su error en la forma en que él, sin pronunciar una sola palabra, simplemente había optado por darle la espalda y alejarse del bar. Había herido su orgullo, su confianza, y posiblemente algo más profundo y vulnerable.

Romeo, con una sinceridad que lo dejó aún más expuesto, lo admitió.

—Mucho —suspiró—. Ni emborracharme pudo aliviar ese dolor.

—Lo siento —susurró, aunque sabía que esas palabras no eran suficientes para enmendar el daño causado.

—Me negaste —su voz temblaba ligeramente, y sus ojos reflejaban el tormento de ese recuerdo—. Sentí como si un puñal me atravesara el pecho —confesó, buscando en los ojos de Beth algún indicio de comprensión—. Nada en mi vida me había dolido tanto como eso.

Y mira que había cosas que lo habían lastimado…

Beth, con la voz cargada de tristeza y remordimiento, intentó explicarse.

—No sabía qué hacer, en ese momento tuve miedo y…

Sin embargo, Romeo, buscando ofrecer consuelo, levantó su mano y trazó una delicada línea sobre el rostro de Beth.

—Pero no lo hiciste con él —la interrumpió él—. Con él no me negaste —murmuró. Y en un susurro cargado de emoción, añadió—. Yo también te quiero, Beth. Yo también estoy enamorado de ti —con esas palabras, Romeo le reveló que había sido testigo de una parte crucial de la conversación que Beth había tenido con Trevor—. Os quiero a ti y al bebé —matizó—. Cuando lo vi ese día… —recordaba la primera ecografía donde estuvo presente— Ahí supe que no quería alejarme nunca de vosotros dos.

Con una ternura infinita y una sonrisa radiante que emanaba felicidad genuina, llevó su dedo pulgar hacia su rostro y delicadamente limpió las lágrimas que brotaban de los brillantes ojos de Beth.

—Yo también lo siento —dijo entonces él con una voz cargada de remordimiento, sus ojos reflejaban la sinceridad de sus palabras.

Ella frunció el ceño, mostrándose claramente confundida, y él suspiró profundamente.

—Todo lo que te dije, cada palabra...

—Shhh… —lo interrumpió ella suavemente, colocando un dedo en sus labios en un gesto tranquilizador— Lo entiendo. Sé que las emociones nos pueden llevar a decir cosas que no queremos.

—No, Beth —negó él con vehemencia, agarrando suavemente su mano—. No tienes que disculparme. Fui un gilipollas. No debía haberte pedido que te marcharas y joder, lo siento profundamente. *Amore*... Por más enfadado que esté, necesitas saber que nunca, jamás, querré que te alejes de mí, ¿lo entiendes?

Ella lo observó por unos momentos, los ojos brillando por las emociones contenidas, y asintió con la cabeza, dejando escapar una sonrisa, agradecida por la sinceridad de sus palabras.

—Gracias —dijo el italiano—. Por darme mucho más de lo que jamás pude soñar.

Antes de que Beth pudiera responder, Romeo se inclinó y capturó sus labios en un beso profundo. Era un beso que transmitía una promesa, un compromiso.

Un beso que sabía a lágrimas saladas, pero también al dulce sabor de la esperanza y la perspectiva de un mañana compartido.

Era la afirmación de que, a pesar de los altibajos, de las adversidades y los malentendidos, estaban destinados a estar juntos.

Era el preludio de todas las aventuras, las risas, los desafíos y las alegrías que compartirían.

Era, en esencia, el inicio de una vida juntos.

—*Ti amo, donna… Ti amo tanto!*



Un gemido profundo salió de los labios de Romeo al percibir la boca ardiente y cálida de Beth sobre su miembro. Una oleada de sensaciones eléctricas recorrió su cuerpo, prendiendo cada terminación nerviosa con una intensidad avasalladora.

—*Dio, donna* —gruñó con voz ronca y entrecortada cuando, sin ofrecerle siquiera un breve respiro o momento para prepararse mentalmente, Beth, con audacia, se metió su miembro en la boca.

Con un ritmo constante y seductor, Beth comenzó a lamerlo delicadamente, explorando cada centímetro. Lo chupaba con un apetito que hizo que los ojos de Romeo se entrecerraran de puro éxtasis.

Ayudándose con una mano diestra y segura que apretaba su pene con la fuerza justa, Beth se dedicó a darle placer.

Cada roce y movimiento estaba calculado para llevarlo a las alturas del placer, donde cada segundo parecía una eternidad.

Romeo estaba duro, tremendamente duro. Tan duro que en su mente temía que no iba a durar demasiado. El momento era tan sumamente erótico que solo con permitirse imaginarlo, con visualizarlo en su mente, podría correrse.

Estaba haciendo un esfuerzo titánico para no hacerlo. Por retener ese clímax inminente y saborear cada milisegundo de ese delicioso tormento.

Y todo eso por disfrutar de esos perfectos, carnosos y húmedos labios que lo estaban llevando, paso a paso, al cielo.

—Sí, *donna* —gimió entrecortadamente, su voz un ronco susurro lleno de desesperación y necesidad—. Apriétame así, haz que me corra.

Sin darse tiempo para contenerse, no tardó mucho en derramar todo su espeso y cálido semen dentro de la seductora boca de Beth. Lo hizo mientras un gruñido ensordecedor, cargado de pasión y liberación, salía de su garganta.

—Oh, Dios… —gimió con un tono entrecortado y tembloroso, dejando claro el impacto de la intensidad con la que se vació por completo en ella.

Y Beth, con la misma astucia y satisfacción de la sonrisa del gato que sutilmente se había comido al ratón, volvió a recostarse delicadamente sobre el musculoso cuerpo de él.

Su mirada chispeante y traviesa se encontró con la de él, y lo miró sonriendo, con un brillo especial en sus ojos que revelaba el orgullo de su proeza.

—¿Esto es un sueño? —preguntó él, con un tono de voz lleno de asombro, todavía tratando de procesar el torbellino de emociones y sensaciones que acababa de experimentar.

Ella, con una serenidad juguetona, negó suavemente con la cabeza, permitiendo que sus cabellos rozasen su frente.

—No. ¿Quieres que te lo demuestre? —preguntó ella, pícara.

—¿Cómo podrías demostrármelo? —preguntó él, enarcando una ceja con interés y curiosidad, invitándola a continuar con su juego seductor.

Con movimientos sensuales y precisos, Beth se reposicionó ligeramente para poder coger el ya familiar miembro de Romeo entre sus manos y acariciarlo con ternura, despertándolo de nuevo, haciéndolo gemir ante el contacto.

Poco a poco, volvió a ponerlo duro otra vez, y cuando lo tenía en el punto exacto, como ella quería, lo posicionó con cuidado en la entrada de su vagina.

—¿Estás segura? —preguntó él, su mirada revelaba una mezcla de deseo y preocupación.

Beth sonrió ladinamente.

—Bueno, no es que pueda embarazarme estando ya embarazada —dijo con un toque de humor, haciendo reír a Romeo con su ocurrencia.

—Me refiero a…

—¿Estaré con alguien más que no seas tú? —preguntó ella como respuesta, anticipándose a sus inseguridades.

—Jamás —respondió él con una firmeza y convicción abrumadoras—. Ni yo tampoco —añadió rápidamente, queriendo reafirmar su lealtad y amor, por si acaso cabía alguna duda.

Ella sonrió.

—Entonces, estoy segura —afirmó, su voz suave pero llena de determinación y deseo.

Sin dudarlo un instante más, guiada por el impulso y la pasión del momento, lo introdujo lentamente dentro de ella, provocando que un gemido sincronizado escapara de ambos.

—Oh, *donna* —gruñó él con voz ronca y temblorosa, mientras con decisión, puso sus manos en el contorneado trasero de ella, agarrándola con una fuerza que denotaba su desesperación—. Eres el puto cielo.

Atrapado en ese remolino de sensaciones, vio cómo ella, con una gracia y destreza inigualable, empezó a levantarse y, poco a poco, con movimientos calculados y seductores, comenzaba a cabalgarlo.

La visión era simplemente embriagadora.

¿El cielo?

Al contemplarla, Romeo pensó que esa comparación no le hacía justicia. Observarla montándolo, con su cuerpo moviéndose armoniosamente sobre él y ver cómo esas preciosas tetas danzaban al compás de sus movimientos era algo que iba más allá de cualquier descripción.

—Tiziano…

—*Dio, donna* —gruñó él nuevamente, agarrándola con pasión y comenzando a moverse con ella, al unísono, con la firme determinación de llevarla al límite—. Eres la puta perfección.

Con delicadeza y determinación, deslizó una mano hacia su clítoris, acariciándolo. La intensidad entre ellos iba en aumento. Y, cuando Beth, al borde del clímax, se derrumbó sobre él, la mano experimentada de Romeo viajó aún más lejos, abriendo sus nalgas y aventurándose a introducir un dedo en su ano.

Esa intrusión provocó que Beth gritara, superada por el placer, y comenzara a convulsionarse. Su cuerpo apretó el miembro de Romeo con tal fuerza que él también fue arrastrado hacia el abismo del éxtasis.

—*Ti amo, donna* —gruñó él con pasión mientras se corría dentro de ella —. Os quiero tanto… —susurró un momento después, cuando ambos casi dormían, refiriéndose tanto a ella como al bebé que esperaban.

A su familia.

Esa que, en sus momentos más oscuros, nunca se atrevió a soñar que podía tener.



Epílogo

—¿Qué creéis que les está contando? —preguntó Raven con curiosidad mientras observaba detenidamente a Carmichael, quien estaba sentado cómodamente en la silla de rueda, ubicada en el centro del jardín.

En brazos sostenía a la pequeña Riley, y a su alrededor, en el fresco césped, estaban sentados Rebel, Raider y Tori, quienes lo miraban absortos y completamente embelesados.

Era una escena verdaderamente curiosa, en especial porque Rebel, con su energía inagotable, raras veces se quedaba quieto por mucho tiempo. Pero había algo en la forma en que Carmichael les narraba historias que lograba cautivar al pequeño Rebel, quien en esos momentos se transformaba por completo y escuchaba con una atención que sorprendía a todos.

Y seguramente no entendería nada. Era demasiado pequeño para ello.

—Alguno de sus cuentos fascinantes —respondió Rain de manera pensativa, encogiéndose ligeramente de hombros.

Imaginaba que sería uno de esos relatos que Carmichael solía compartir y que siempre lograban mantener a todos enganchados.

—¿Tú crees? —interrogó Romeo, con la mirada fija en la pequeña Riley, su adorada hija, quien dormía plácidamente en los protectores brazos de Carmichael.

Era increíble pensar que solo habían pasado unos pocos días desde que Riley había llegado al mundo, enamorando a toda La Mansión.

Romeo estaba a la cabeza de esa lista, completamente hechizado por esa pequeña criatura que, al igual que su madre, había conquistado su corazón.

Lo habían sanado, transformándolo en un hombre completamente nuevo, liberado de sus pesadillas y, al fin, encontrando el perdón hacia sí mismo. Ahora, irradiaba felicidad, especialmente cuando estaba junto a ellas.

Todo gracias a ellas.

Y gracias a Carmichael, por supuesto. Jamás olvidaría que si él tenía una segunda oportunidad en ese país lejano y desconocido donde huyó solo, con el temor atenazándole el pecho y la incertidumbre nublando su mente, era indudablemente por Carmichael. Ese hombre que, una noche, en medio del frío que se colaba por cada poro de su piel, apareció como un faro en su vida, abriendo la puerta de su coche con suavidad, iluminando con la luz interior del vehículo el contorno de su rostro cansado.

Y, siendo evidente que él llevaba días sin comer, y sin dinero en sus bolsillos ni refugio donde descansar, le ofreció no solo un bocadillo, sino también un momento de humanidad.

Y después, una vida.

Bendito fuera, ¡le debía tanto!

A él y a ese par al que consideraba como hermanos.

Los pensamientos de Romeo fueron interrumpidos cuando sus ojos se encontraron con los de Beth. Ella, con su característica alegría, conversaba vivazmente con Trevor, Sylvester y su esposa, a quienes una disputa de pareja no les duraba más de un día y con Sarah y su marido, quienes parecían darse una segunda oportunidad.

Sí, has leído bien, era Trevor, quien se encontraba allí junto a ellos, disfrutando de ese momento familiar tan especial. Había estado presente durante el parto y había estado al lado de Beth durante todo el embarazo. Su apoyo y cariño demostraban el tipo de hombre que era: leal, amoroso, un gran amigo y un padre ejemplar.

Se había redimido con creces.

Romeo solo deseaba que la vida le ofreciera a Trevor una chispa de esperanza y un nuevo comienzo. Porque realmente lo merecía...

Y estaba convencido de que cualquier mujer, al lado del verdadero Trevor, aquel que mostraba su esencia sin máscaras, encontraría la felicidad.

—¿Tú no lo crees? —preguntó Rain, confuso, frunciendo levemente el ceño.

Romeo dejó sus pensamientos a un lado y se encogió de hombros en respuesta.

—No lo sé —respondió Romeo con un tono reflexivo—. Los niños, cada vez que intentamos preguntarles, solo dicen que Carmichael les cuenta cuentos. Pero tengo la sensación de que no son meras historias. Siento que él les cuenta lo que todavía no nos ha contado a nosotros…

Las palabras de Romeo colgaban en el aire, dejando a los tres inmersos en un mar de pensamientos. Sus miradas se dirigieron hacia Carmichael, quien, con una expresión de profunda seriedad y concentración, parecía estar recitando una de esas fascinantes historias que tanto atraían a los niños.

Una pregunta rondaba en la mente de todos: ¿Romeo estaba en lo cierto?

—Vayamos a disfrutar del día, pues —dijo Rain, dándole unas palmaditas a sus dos amigos en los hombros.

Comenzaron a caminar lentamente, dispuestos a unirse al resto de la familia. Sin embargo, justo cuando parecía que nada podría perturbar ese momento, algo extraño y curioso llamó la atención de Romeo.

Al principio, no pudo discernir bien qué era, pero luego se paró en seco, su mirada fija en un punto en la distancia.

Con el ceño fruncido y la intriga marcada en sus ojos, miró detenidamente a lo lejos, tratando de descifrar el enigma que se le presentaba.

Allí, entre el contraste del verdor del bosque y la luz que filtraban los árboles, medio escondido y parcialmente cubierto por las sombras, había alguien que parecía estar observándolos.

¿Pero qué demonios?, murmuró Romeo para sí mismo, con una mezcla de confusión y asombro.

La figura, aunque apenas discernible, le resultaba extrañamente familiar. Movido por la curiosidad y quizás por una especie de instinto, fue a acercarse con cautela para ver qué hacía allí ese misterioso individuo. Justo cuando estaba a punto de dar otro paso, un sutil movimiento de esa persona hizo que lo mirase con más detenimiento.

Y, en ese preciso instante, Romeo lo vio.

Allí, escondido entre las frondosas ramas y las hojas susurrantes, estaba Mattia Bianchi.

Aunque la distancia y las sombras podían jugarle una mala pasada, Romeo juraría que por un breve momento se miraron directamente a los ojos. Pero, tan rápido como apareció, la figura de Mattia se disolvió entre los árboles y desapareció.

Romeo soltó un suspiro profundo e involuntario, sintiendo cómo los recuerdos de aquella noche de excesos y borrachera asaltaban su mente, transportándolo a un pasado no tan lejano.

Así que es verdad, siempre estarás cerca…, pensó.

Como lo estuvo siempre.

—*Addio, papà*. Seré feliz —murmuró, prometiéndoselo a sí mismo.

Con el peso de la nostalgia y el nudo que sentía apretando su pecho, reanudó su paso, hasta que finalmente llegó al lado de Beth.

Al verlo, ella le regaló una de esas sonrisas que hacían que el mundo de Romeo girara, que su corazón latiera desbocado y se sintiera como el hombre más afortunado.

Dios, cuánto amaba a esa mujer.

Romeo echó un vistazo rápido a todas las personas que se encontraban a su alrededor, y con una sonrisa torcida, llena de picardía y amor, tomó la mano de Beth con delicadeza, tirando suavemente de ella para alejarla del bullicio y acercarla a él. La rodeó con sus brazos, envolviéndola en un abrazo protector y reconfortante.

—Ey, ¿estás bien? —preguntó ella con voz suave y llena de preocupación, notando la rigidez en el cuerpo de Romeo— ¿Pasó algo? —le susurró al oído.

—Nada, *amore,* no pasa nada —respondió Romeo, apretándola más fuerte contra él, como si quisiera fusionarla con su propio ser, como si temiera perderla— *Ti amo* —declaró con fervor, depositando un tierno beso en el cuello de Beth— *Ti amo, donna.*

—Y yo a ti…



Mientras, en el otro lado del jardín…

—Así que ya los conocías —murmuró Raider, con sus ojos abiertos de par en par, llenos de asombro y curiosidad.

—No puedo decir que los conocía íntimamente, pero sí, de alguna manera... La vida hizo que nuestros caminos se cruzaran —respondió Carmichael.

—Pero ellos no se acuerdan de ti —intervino Tori, con una chispa de emoción en su voz.

Con un leve movimiento de cabeza, Carmichael confirmó lo que decía Tori.

—No. Nuestros encuentros no dejaron huella en sus vidas, fueron momentos fugaces —explicó el anciano con un tono de voz suave y melancólico—. Tampoco se recuerdan mutuamente —y habían coincido aquel día.

—Pero tú no los olvidaste —insinuó Raider, tratando de conectar las piezas—. Y los buscaste.

Una sonrisa cálida y sincera se dibujó en el rostro de Carmichael mientras observaba a esos tres hombres que, en ese preciso instante, se dirigían hacia las mujeres que amaban.

Habían sufrido tanto en la vida…

Y por fin tenían la oportunidad de ser felices.

—No, no pude olvidarlos —admitió con voz temblorosa—. ¿Cómo olvidar a quienes compartieron los últimos momentos con el amor de mi vida? Quien la encontró desmayada en la calle. Incluso cuando él mismo estaba sufriendo, pasando frío y hambre —esa fue la vida que tuvo Romeo desde que llegó de Italia hasta que conoció a Carmichael—, la antepuso a ella —dijo mirando a Romeo—. El policía que la llevó en su coche al hospital —miró a Rain—. El médico que intentó salvarla —dijo mirando a Raven—. Tuve que buscarlos —dijo mirando a los pequeños, sus ojos brillando con intensidad—. Y por fortuna, los encontré. Cuando el mundo de todos ellos se desmoronaba, cuando más me necesitaban. Y yo más los necesitaba.

—Pero ella se murió —dijo Tori con un tono sombrío, las lágrimas empezando a brotar de sus ojos.

—Sí, querida, ella no pudo quedarse con nosotros —confirmó Carmichael con una voz quebrada por el dolor—. Llegó su momento y tuvo que dejarnos. Pero antes de partir, hizo algo increíble. ¿Sabes qué fue? —Tori negó lentamente con la cabeza, expectante—. Ella, de alguna manera, me rescató de mi propia oscuridad al ponerlos a ellos en mi vida—declaró, emocionado, con una sonrisa que reflejaba una mezcla de alegría y tristeza—. Ellos, los chicos de La Mansión, me salvaron a mí.


raider

Serie La Mansión 4

Vega Manhattan

SINOPSIS

Raider había dejado atrás su pasado, dedicándose a ayudar a otros como forma de olvidar.

Tori, por su parte, permaneció en La Mansión, persiguiendo su sueño de convertirse en la escritora que siempre deseó ser.

Sus caminos, separados por años y decisiones, parecían destinados a no volver a cruzarse. Al menos todavía.

Pero el destino, con su tendencia a jugar cartas inesperadas, tenía otros planes para ellos.

Un trágico accidente se convierte en el cruel arquitecto de su reencuentro: Tori necesita desesperadamente un médico, y Raider es el único que puede ayudarla. Este giro del destino no solo pone a prueba su profesionalismo, sino también reabre heridas que aún debían ser sanadas. Y no están preparados para ello…

La cercanía forzada trae consigo recuerdos, arrepentimientos y la ineludible verdad de que sus corazones aún guardan cicatrices que solo el otro puede entender. Ante ellos se presenta una encrucijada: ceder ante el orgullo y las sombras del ayer o abrazar el presente, que insiste en unirlos de nuevo.

En La Mansión, donde comenzó su historia, Raider y Tori tendrán que decidir si el amor es suficiente para superar los fantasmas del pasado y si están dispuestos a darle una segunda oportunidad a lo que una vez fue un amor inolvidable.

Las puertas de La Mansión se abren para dar la bienvenida a los últimos protagonistas de la nueva serie de Vega Manhattan.

¿Nos acompañas en esta nueva aventura?

ÍNDICE

SINOPSIS

Introducción

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Epílogo

El diario de Raider

Adiós, Carmichael

«A ti, que eres parte de La Mansión, porque también es tu creación.»

«Dicen que el amor siempre encuentra su camino hacia la luz, sin importar cuánto intentemos mantenerlo en la oscuridad…»



Introducción

En el corazón de la enigmática mansión, testigo de incontables historias, nos adentramos en un nuevo capítulo: la compleja y fascinante vida de Raider.

Este capítulo promete ser tan intenso y vibrante como los episodios pasados que todavía resuenan con fuerza en estos muros antiguos.

Raider, cuya complejidad de carácter se asemeja a los intrincados pasillos de esta morada ancestral, ha aprendido a través de las experiencias vividas que el amor es un laberinto de emociones, un camino tortuoso donde cada paso puede llevarlo hacia un refugio seguro, cálido y acogedor…

O a un abismo insondable, oscuro y desconocido.

Él sabe que el amor puede ser un salvador, un faro de luz en la oscuridad más profunda. Pero también ha experimentado su lado más sombrío y doloroso, aquel que tiene el poder de herir profundamente no solo al amante, sino también a la persona amada.

Dejando cicatrices visibles y duraderas.

Esta dualidad del amor le ha hecho creer a Raider que, a veces, la única solución ante el dolor abrumador es la distancia. La idea de que alejarse de la tentación puede ser el camino más sensato se enreda en su mente, pero surge la duda: ¿puede, realmente, el tiempo o la distancia hacer que el amor se desvanezca?

Y si así fuera, ¿sería ese amor verdadero?

Mientras las sombras de La Mansión susurran historias pasadas, Raider se encuentra inmerso en una lucha interna. Por un lado, anhela seguir el consejo de su mente, buscando refugio en la lógica y la razón. Por otro, su corazón se debate entre el deseo de rendirse a sus sentimientos más profundos y el temor palpable a las consecuencias de tal rendición.

Dicen que el amor siempre encuentra su camino hacia la luz, sin importar cuánto intentemos mantenerlo en la oscuridad…

Y en este lugar mágico y ancestral, donde cada rincón, cada grieta en las paredes tiene una historia que contar, pronto sabremos si en el caso de Raider ganará la lógica y la razón de su mente…

O si, al final, será el corazón, ese eterno soñador, quien dictará su destino…



Capítulo 1

Años atrás, muy lejos de La Mansión…

En un rincón remoto del mundo, distante de la civilización y los avances de la modernidad, se erguía un modesto hospital, más bien una agrupación de chozas que un establecimiento médico propiamente dicho.

En este lugar, azotado por un sol implacable y donde el agua era más una ilusión que una certeza, se encontraba él: un médico, lejos de lo que alguna vez consideró su hogar, en un paraje donde las paredes desgastadas y pálidas eran testigos del empeño diario por hacer mucho con muy poco.

Por lograr lo imposible.

Era un día como cualquier otro. El sol apenas asomaba en el horizonte, tiñendo el cielo de tonos naranjas y rosas. Pero allí, la normalidad era un concepto ajeno.

La jornada empezó con el eco sordo de la desesperación, cuando una silueta se aproximó, cargando en sus brazos algo más que el mero peso físico de un ser; llevaba consigo la abrumadora carga de la desesperanza. Al llegar hasta el médico, la madre extendió sus brazos revelando su carga.

Era un niño.

Excesivamente pequeño y silencioso, con una fiebre que no necesitaba termómetro para ser medida y cuya frágil respiración parecía a punto de extinguirse con cada suspiro.

Sin perder un segundo, el médico acogió al pequeño, percibiendo la severidad de su estado. La clínica, a pesar de su limitado arsenal, se transformó en un frenético campo de batalla donde cada decisión era crítica, cada acción, una carrera contra el tiempo.

Las horas transcurrían mientras él trabajaba con incansable determinación, administrando los escasos y preciados medicamentos con meticulosa precisión, su mente, buscando en cada rincón del conocimiento adquirido cualquier solución posible. A su alrededor, el mundo parecía detenerse, la atención de todos fijada en la frágil y pequeña figura que luchaba por mantenerse aferrada a la vida.

Mientras el sol avanzaba, marcando el inexorable paso del tiempo, la batalla se inclinaba hacia un desenlace que el médico se negaba a aceptar. La comunidad, unida en una tensa espera, confiaba en las capacidades de este hombre que había llegado desde lejanas tierras para sanar.

Pero en esta cruel ruleta del destino, no todas las apuestas resultan ganadoras, y la medicina, por más avanzada que sea, a veces topa con barreras que no puede superar.

A pesar de sus esfuerzos, el débil latido del niño se esfumó, dejando tras de sí un silencio ensordecedor.

La madre, con un sollozo desgarrador, acunó el cuerpo inerte de su hijo, un crudo recordatorio de la efímera naturaleza de la vida.

El médico, testigo de este dolor, sintió cómo su corazón se encogía. Por un momento, permaneció inmóvil, compartiendo en silencio el luto, su mano temblorosa posándose brevemente sobre el hombro de la madre en un gesto de consuelo.

Impotente…

No había palabras que pudieran abordar la magnitud de tal pérdida, solo el silencio compartido y el pesar en sus ojos.

Finalmente, con el dolor oprimiendo su pecho, el médico se retiró lentamente. Se alejó, con pasos vacilantes, hacia un rincón apartado, buscando refugio. Su mirada clavada en el vacío, las manos aún temblorosas, mientras las lágrimas surcaban sus mejillas.

No podía respirar.

Necesitaba salir de allí.

Rodeado por las estrechas paredes de su despacho, las dudas lo asaltaban, y la culpa lo golpeaba con fuerza. Se preguntaba si habría algo más que pudiera haber hecho.

Conocía las respuestas a estas tortuosas preguntas; había hecho todo lo posible.

También sabía que esa trágica despedida sería la primera, pero, por desgracia, no sería la última.

Y aceptar esta realidad no era tarea fácil.

La noche invitó a una profunda reflexión. En este remoto lugar, el enfrentamiento diario con la muerte convertía cada victoria en un milagro y cada derrota en una herida imborrable en el alma. El médico entendió que el dolor y la sensación de impotencia formarían parte de su existencia en este olvidado rincón del mundo, donde cada amanecer era una promesa de vida y muerte entrelazadas.

Aquí, la delgada línea entre la existencia y el olvido era palpable, y a veces, a pesar de la más feroz de las batallas, la muerte se coronaba vencedora.

En esos momentos, lo único que quedaba era la cruda realidad de su propia impotencia, un lastre que llevaría consigo, día tras día, en este apartado lugar. Pero se prometió continuar luchando con todas sus fuerzas, sabiendo que aunque no siempre sería capaz de vencer, nunca cejaría en su empeño.

Por cada vida que no lograra salvar, se esforzaría todavía más por aquellas que aún podía alcanzar.

En este olvidado rincón del mundo, enfrentaría cada nuevo amanecer, sin importar cuán desgarrador pudiera ser.



Capítulo 2

«Mis piernas flaquearon en el mismo instante en que sentí sus labios sobre los míos, como si, de repente, toda mi fortaleza se esfumara, dejándome a merced de aquel torbellino de sensaciones».

Con un brazo firmemente alrededor de mi cintura, sosteniéndome para evitar que cayera al suelo…»

—Como si de un saco de patatas se tratase… —refunfuñó Tori, con un deje de sarcasmo en su voz que podría rivalizar con el de cualquier comentarista de reality show en su mejor día.

«… y la otra mano posada delicadamente en mi cuello, devoró mis labios con una intensidad que me dejó sin aliento, como si intentara absorber mi alma a través de aquel beso.

Dios mío, pensé que iba a desmayarme allí mismo…»

—En aquel momento tan cinematográfico que ni el más prestigioso director de Hollywood podría haber orquestado mejor, ni siquiera si le dieran un presupuesto ilimitado y a Leonardo DiCaprio como protagonista… —masculló, su tono lleno de incredulidad y desdén.

Puso los ojos en blanco en una clara señal de exasperación al repasar la última línea que había escrito, como si estuviera frente a la encarnación misma de la cursilería y el melodrama.

Como si su propio texto se hubiera vestido de gala solo para recibir el premio a la mayor concentración de clichés por párrafo.

—¡Oh, por favor! —exclamó con frustración.

Con un suspiro, presionó la tecla de eliminar, decidida a intentarlo una vez más, aspirando a crear algo que no se sintiera digno de un premio Razzie a la peor escena romántica jamás escrita, sino algo que al menos pudiera competir en las ligas menores de la escritura romántica.

«Levanté mis manos…»

—Que temblaban con la inocencia y la anticipación de una adolescente en su primer encuentro amoroso… —una mueca de disgusto dibujada en sus labios.

«Y las enlacé alrededor de su cuello, ajustando el ángulo de mi cabeza para sumergirnos aún

más en la profundidad del beso, lo que provocó que ambos emitiéramos un gemido al unísono, resonando como si fuéramos los personajes principales en una ópera dedicada a los gemidos sincronizados.»

—¿Pero qué clase de tontería es esta…? —resopló.

«Su lengua, dominante y exigente…»

—Como un pintor ante su lienzo en un arrebato de inspiración… —bufó, su frustración creciendo por momentos.

«La mía, respondiendo con igual fervor y audacia.»

—Como si estuviese interpretando el papel de mi vida en una audición para una épica historia de amor prohibido… —su nariz, arrugada.

«—Dios, nena…»

—¡Venga ya, hombre! —exclamó Tori con una frustración tan palpable que bien podría haber servido de musa para una tragicomedia shakespeariana.

No es que Shakespeare estuviera en la habitación, pero si lo hubiera estado, seguro que tomaría nota.

Tori se levantó de su silla con tal ímpetu que casi tropieza con sus propios pies, tan absorta estaba en su propio torbellino de tormento creativo que por poco no se da de bruces contra el duro y frío suelo.

Un suelo que, afortunadamente, no tuvo el placer de conocer su frente.

—¡Menuda mierda! —proclamó con una vehemencia digna de una dramaturga de los tiempos modernos, cuyo último acto fue rechazado por sobrepasar los límites del dramatismo permitido.

Vamos, que ni las telenovelas en su punto álgido.

Pero es que Tori tenía razones para sentirse así en ese preciso instante. Porque estaba, sin lugar a dudas, frente a la más horrenda, la más espantosa atrocidad literaria que jamás había osado escribir.

—Pero no un desastre cualquiera —añadió en voz alta, subrayando su desdén con cada palabra

que salía de su boca— Un desastre monumental —de esos que hacen historia, pero por las razones equivocadas—. Un auténtico despropósito, te lo digo yo…

¿A quién se lo decía? Porque estaba sola en la habitación…

Ni yo, que soy la narradora omnipresente de esta historia, lo sé.

¿Tal vez a algún ser superior?

¿A las musas que no acudieron a su llamado?

¿O es que la pobre Tori ya estaba empezando a perder la cabeza?

Lo cual no estaría muy desacertado, ya que para ser escritora… Muy bien no hay que estar, ¿verdad? Porque una termina desarrollando un complejo de Dios mezclado con inferioridad que ni te cuento.

Pero ese no es el caso… Así que, volvamos a centrarnos en Tori, nuestra protagonista en este melodrama literario.

—En la historia de la literatura, juro que no se ha escrito nunca semejante bazofia. Pero ¡por los dioses! ¡¿Nena?!

Una carcajada irónica, teñida de una amargura que rozaba lo cómico, se escapó de sus labios tras pronunciar ese apelativo tan cargado de desdén.

La voz de Tori oscilaba entre la risa y el sollozo, un cóctel de emociones tan complejo que era imposible saber si estaba a punto de deshacerse en lágrimas o de estallar en risas.

Su expresión era todo un enigma, como si estuviera interpretando a la vez a la heroína y a la villana de su propia obra.

Con cada negativa de su cabeza, mientras repasaba mentalmente cada cliché empleado, cada frase trillada, su horror literario se multiplicaba exponencialmente.

—¿Nena? —el apodo retumbaba en su mente con una ironía mordaz— ¿Existe algo peorrrrr que esto? —preguntó, alargando la “r” en un gesto teatral, como si cada sílaba destilase su profunda decepción y desprecio por lo que acababa de crear.

¿Y qué puede pasar cuando una desafía al destino o a los dioses o a lo que sea que mueva los hilos?

¿Recibir un rayo divino por herejía literaria?

¿Que te caiga un piano encima como en los dibujos animados?

—¡Oh, joder! —exclamó cuando, intentando salir del estrecho espacio entre la silla y la mesa, como si estuviera practicando una especie de ballet extremo con obstáculos, Tori se golpeó la rodilla con tal fuerza que la habitación pareció girar a su alrededor.

¡Toma ya, destino!

Parece que sí existe algo peor…

La invadió un dolor tan agudo, tan penetrante, que sintió que todo a su alrededor se distorsionaba. Era ese tipo de dolor que se clava profundo, que te roba el aliento y te obliga a replantearte cada decisión que te ha llevado a ese preciso momento de la existencia.

Como decidir usar tacones nuevos el día que sabías que tendrías que correr para alcanzar el autobús.

Como ese momento en el que decides ver un episodio más a las tres de la mañana sabiendo que tu alarma suena a las seis.

Ahí, en ese instante de claridad provocado por el dolor, Tori tuvo una epifanía: tal vez, solo tal vez, debería empezar a replantearse su relación con la escritura romántica…

O al menos con su mobiliario.

Lo que siguió, mientras se agarraba la rodilla recién golpeada, intentando vanamente mitigar el dolor con el calor de sus manos, y daba saltos a la pata coja, fue una secuencia de maldiciones tan colorida y diversa que habría hecho sonrojar a un marinero veterano. Un verdadero festival de improperios, dignos del repertorio de un camionero poeta, si es que tal figura pudiera existir en el reino de lo real o lo imaginado.

Y es que el dolor del golpe fue tan intenso que bien podría compararse con aquel momento en que, por accidente, golpeas tu dedo pequeño del pie contra la esquina de la cama. Ese tipo de dolor que te hace maldecir en idiomas que ni siquiera sabías que conocías, dejando a quienes te rodean preguntándose si has sido poseído o simplemente eres un genio políglota de los juramentos.

—¡Me cago en la leche! —exclamó, con una voz que parecía emanar directamente de un ser proveniente de las profundidades del inframundo.

Enfadada con el mundo, pero sobre todo consigo misma por haber parido semejante bazofia literaria, con una mano todavía sobre la rodilla y saltando a la pata coja, salió de la habitación como quien huye de la escena de un crimen.

Un crimen contra la literatura, podría decirse.

Cuando llegó al comedor, sin haberse matado por el camino mientras bajaba los dichosos escalones de la escalera de caracol hasta la planta baja, como si participara en una carrera de obstáculos en un concurso de televisión para el cual claramente no se había inscrito, las voces cesaron y seis pares de ojos se posaron sobre ella, que volvía a estar sobre una pierna, al escucharla decir con un dramatismo que rozaba lo teatral:

—Estoy acabada, ¡completamente acabada!

Como si anunciara el final de su carrera con la dramática finalidad de un telón cayendo al final de una mala obra de teatro, marcando el fin de su breve y tumultuosa incursión en el mundo de la escritura romántico-erótica.

Cada uno de los habitantes de La Mansión que estaban sentados alrededor de la mesa del comedor, miraron un instante a Tori para, seguidamente, después de un “Ah…” generalizado,

que sonó más descoordinado que una orquesta sin director, volver a lo que estaban haciendo: desayunar.

Vamos, que la ignoraron con toda la elegancia de quienes han visto demasiadas escenas dramáticas antes de las nueve de la mañana.

Dejando caer todo su peso sobre las dos piernas, dejando caer los hombros como si tuviera sobre ellos todo el peso del mundo, o al menos el de una mala crítica literaria, arrastrando los pies, Tori se acercó hasta la mesa y se sentó.

Se acomodó, reflexionando sobre su melodramática declaración, preguntándose si su carrera literaria estaba realmente en ruinas o si simplemente había exagerado un poco.

Como de costumbre.

—¡Pero haz algo, italiano del demonio! —gruñó Raven, exasperado mientras volvía, con un ímpetu renovado, al acalorado debate en el que estaba inmerso antes de que su hija irrumpiera en la escena.

Con un gesto teatral, el médico señalaba con el dedo acusador al moreno de ojos negros que, por su parte, resopló con una mezcla de resignación y aburrimiento. Y por cómo lo hizo, era evidente que no era la primera vez que lo hacía esa mañana, como si ya tuviera práctica en ignorar acusaciones antes del desayuno.

—¿Qué quieres que haga? —Romeo se encogió de hombros, desplegando ese aire de quien se lava las manos en un asunto que claramente lo involucra.

Con despreocupación, se dedicó a darle un mordisco teatral al croissant que tenía en la mano, como si el acto de comer fuera el escudo definitivo contra las complicaciones del mundo exterior.

—Volverte a tu país, por ejemplo. ¡Y llevarte a esa panda de mafiosos contigo! —exclamó Raven, cuya exasperación había alcanzado niveles estratosféricos.

La historia detrás de su frustración era de película: tras la muerte del capo de la mafia, los seguidores de la familia Bianchi que no aceptaban a otro que no fuera Romeo al mando, decidieron, en un giro de guion inesperado, abandonar al nuevo capo y, para sorpresa de todos menos del destino, seguir a Romeo hasta Greenville.

—¿Y qué tengo yo que ver con ellos? —soltó Romeo con una mezcla de inocencia fingida y genuina perplejidad.

—¡Son hombres de tu padre! —exclamó Raven, casi al borde de un aneurisma.

Si la situación no fuera tan tensa, habría sido cómico ver cómo su indignación se peleaba con su incredulidad.

—Tú lo has dicho, de mi padre —Romeo se encogió de hombros, intentando desmarcarse de la herencia familiar como quien intenta devolver un regalo indeseado. —Además, eran…

Raven resopló, un sonido que parecía cargar con él todo el peso de su frustración.

—¿Crees que ellos se reformarán? ¿Crees que algo así es posible para gente a la que no le ha importado mancharse las manos de sangre?—dijo Raven, entendiendo equivocadamente el comentario de su amigo, que se refería a que su padre ya no estaba en el mundo de los vivos.

Romeo lo meditó un instante.

—Yo lo hice —le recordó Romeo, aunque, evidentemente, su caso no era el mismo.

No era el típico cuento de redención que se ve en las películas, pero sí era un testimonio de que, al menos, existía la posibilidad de escapar de ese mundo sombrío y violento.

La pregunta real era: ¿Es realmente posible dejar atrás un pasado manchado de sangre?

¿O no?

—Tú no has sido uno de ellos nunca —dijo el médico con convicción.

Por fortuna, pensó Romeo, y seguramente todos los allí presentes también.

La idea de que él pudiera estar incluso remotamente involucrado en las actividades sombrías de su familia era impensable.

—Si ni matar a un mosquito puedes —resopló Beth, su mujer, con una sonrisa juguetona en los labios.

Un comentario que, aunque hecho en tono de burla, llevaba una esencia de verdad ineludible. Y es que, en efecto, ella tenía que enfrentarse a cada mosquito si no quería acabar llena de ronchas.

—Imagina dirigir a una panda de mafiosos —era impensable para ella, y seguro que para todos los que conocieran, aunque fuera superficialmente, a Romeo.

—Yo tampoco sé qué hacen aquí —Romeo negó con la cabeza, su mirada perdida en el horizonte de su propia conciencia mientras miraba a su mujer. —Terminarán yéndose por sí mismos —dijo entonces el italiano, con un tono que intentaba ser optimista.

—O no —interrumpió Rain, captando la atención de todos con su intervención.

Su comentario, cargado de la gravedad de su posición como sheriff, transformaba la naturaleza de la conversación de una mera discusión a una cuestión de seguridad y futuro para la comunidad.

—Por lo que Kevin averiguó —continuó Rain, su voz impregnada de una seriedad que lograba captar la atención de todos en la habitación—, están preguntando por la zona para alquilar un local y abrir un negocio.

Todos los demás abrieron los ojos de par en par, la sorpresa evidente en sus rostros. La idea de que aquellos asociados a la mafia estuvieran considerando emprender en negocios legales era, cuando menos, inesperada.

—¿Estás de broma? —Raven fue el primero en romper el silencio, su incredulidad tan palpable que casi se podía tocar.

—Para nada —afirmó Rain con seriedad.

Romeo puso los ojos en blanco al escuchar al sheriff. Su reacción era la de alguien que, aunque deseaba fervientemente la reforma de sus antiguos asociados, no había anticipado que su búsqueda de un nuevo comienzo los llevara a su propio patio trasero.

—No fue eso lo que quise decir cuando les dije que deberían buscar otro tipo de vida. Al menos no me refería a aquí, precisamente —confesó Romeo, entre la exasperación y la sorpresa.

Era evidente que, aunque había impulsado la idea de un cambio, la proximidad de este le resultaba tan cómoda como un par de zapatos apretados.

—¿Se lo explicaste en italiano? —preguntó Raven, con esa mofa tan característica en su voz, insinuando claramente que debía de ser así por la aparente ignorancia del italiano sobre su propio idioma natal.

—*Tu mi ami* —sonrió Romeo, guiándole un ojo a Raven.

A pesar de la tensión, su respuesta, un simple “tú me amas” en italiano, era una muestra de la complicidad y el cariño entre los dos.

—Lejos —gruñó el médico, su respuesta cortante, pero no carente de afecto—. Te quiero lejos.

—Ja —Romeo, tras tragar lo que le quedaba de croissant, miró al médico con una sonrisa torcida y de suficiencia en sus labios— ¿Qué sería de ti sin mí? ¿Qué harías sin mi presencia? No, hombre, no te deseo mal alguno.

—Serás capullo —bufó Raven, aunque era evidente que, a su manera, se estaba divirtiendo con la discusión.

Por algo, siempre las provocaba.

—Además, hace mucho que soy ciudadano americano. Un bombero condecorado además —el orgullo en su voz, como si ese detalle fuera la carta de triunfo que justificara su presencia y acciones en cualquier escenario, borrando cualquier duda sobre su derecho a estar allí—. Moriré en este país.

—No lo dudes. El cómo es lo que debería preocuparte —gruñó Raven, dando a entender, por su tono de voz, que la amenaza podía ser por sus propias manos.

Romeo, lejos de asustarse o de preocuparse, soltó una sonora carcajada, como si el riesgo de enfrentarse a Raven fuera un condimento más en el desayuno de su vida.

—¿Vas a hacer realidad tus sueños? —preguntó, divertido, elevando una ceja de manera cómplice, como si estuviera a punto de desvelar el mayor secreto de la humanidad.

—¿Cómo sabes que sueño con eso? —Raven le siguió el juego verbal, con una mirada chispeante de curiosidad y un tono que rozaba lo desafiante.

Una enorme sonrisa se formó en los labios de Romeo, como si acabara de ganar una ronda en un juego que solo ellos dos conocían las reglas.

—Por cómo me llamas cuando te quedas dormido en el sofá con la boca abierta, babeando el cojín que, por cierto, hay que lavar más a menudo gracias a ti. Eso ya es para que te lo mires, eh, que es sentarte en cualquier lado y dar cabezazos como si fueras una de esas figuritas bobblehead. Eso es síntoma de persona mayor, de esas que se quedan fritas en los semáforos.

—Mayor la hostia que te voy a dar un día —gruñó Raven, entre la amenaza y la promesa, una sonrisa maliciosa asomando a sus labios—. Y bien lejos que te voy a mandar. A otro país… ¡¿Qué digo?! ¡A otro continente para ser preciso! Y si puede ser en una isla desierta, rodeado de tiburones hambrientos y sin conexión a internet, mucho mejor. Y sin cerveza —añadió como sentencia final, sabiendo que eso sería el golpe de gracia.

Romeo soltó otra sonora carcajada. Su risa, sin embargo, fue cortada por el vigésimo gemido lastimero, solo que esa vez había sonado más fuerte, más desesperado, de Tori.

—¿A mí también me querrás lejos cuando mi carrera fracase?

Chloe puso los ojos en blanco al escuchar a su sobrina. Desde luego, era digna hija de su marido…

—No te preocupes, si fracasas, siempre podrás convertirte en la capo de esa panda de mafiosos —dijo Rain.

Su voz, lejos de teñirse con el sarcasmo esperado, sonó con una seriedad tal que atrajo las miradas de todos los comensales, como si trataran de descifrar el verdadero significado detrás de sus palabras.

Rain, notando el silencio que se había apoderado del lugar, no se inmutó en lo más mínimo.

Como casi nunca se inmutaba…

Excepto cuando se trataba de su mujer, Camila. En su presencia, Rain parecía transformarse, como si ella poseyera un mando a distancia capaz de sintonizar las frecuencias de sus emociones.

—O siempre podrás ayudarlos a reformarse —terminó de decir Rain, lanzando al aire esa frase con un intento de aligerar el ambiente.

Al ver que todos seguían en silencio, con tranquilidad, Rain se encogió de hombros, adoptando una expresión de quien ha lanzado la toalla al ver que su chiste no ha calado como esperaba.

Ignorando las miradas inquisitivas que le lanzaban, como si intentaran descifrar si hablaba en serio o solo añadía leña al fuego, se sirvió otra taza de café bajo el escrutinio general y, tras saborear un sorbo del líquido caliente, se dispuso a leer el periódico.

Sí, en un mundo dominado por lo digital, donde las pantallas eran las reinas indiscutibles y el papel un recuerdo de tiempos más sencillos, Rain se aferraba a la tradición del papel, un hábito tan raro y singular como los unicornios bailando claqué o la integridad en la política.

Una rareza digna de museo.

—Simplemente Rain… —suspiró Camila, mientras negaba con la cabeza, una expresión de

resignación y una profunda comprensión teñían su rostro.

No necesitaba decir nada más.

—Gracias —dijo entonces Tori, con un tono que destilaba un sarcasmo tan fino que casi se podía cortar con un cuchillo—. Es un alivio saber que si mi carrera como escritora se va al traste, no tendré todo perdido y que me puedo encargar de liderar a una panda de ex-mafiosos.

Su comentario, cargado de ironía, fue acompañado por otro suspiro.

—Ya me siento mucho mejor, sí, señor —añadió con un tono que rozaba lo absurdo.

La reacción de los demás no se hizo esperar.

Uno tras otro, todos los presentes, incluido el gato, pusieron los ojos en blanco.

—Bueno, al menos tenemos un plan B —dijo Raven en tono sarcástico—. Aunque personalmente, preferiría que mi hija no acabara liderando un sindicato del crimen.

Esta vez, incluso el gato pareció estar de acuerdo, emitiendo un maullido corto que sonó sospechosamente como un bufido de desaprobación.

Romeo arqueó una ceja, añadiendo su propia chispa al fuego.

—Realmente creo que Tori sería una excelente capo. Quiero decir, ya tiene experiencia manejando a la persona más difícil del mundo —señaló a Raven—. Lo otro sería pan comido.

—Capullo —gruñó Raven.

Tori soltó un gemido, uno de esos llenos de resignación y un toque de humor negro.

—Siempre que estés bien con que lidere la lista del paro… —su tono llevaba un matiz de broma, pero detrás de sus palabras había una verdad ineludible.

Y ahí estás tú, querida lectora, probablemente pensando lo mismo que todos los demás: que lo que Tori ya lideraba con maestría era la lista del dramatismo. Tenía un talento innato para exagerar las situaciones, dándoles un toque de novela que a veces resultaba cómico.

Y exagerado.

—Tranquila, eso no ocurrirá. Ese puesto es, y será, de tu hermano —dijo entonces Raven, soltando un suspiro que parecía llevarse consigo la pesadez de sus propias palabras.

Era un intento de aligerar el ambiente, recordándole a su hija que, a pesar de todo, siempre había alguien más en una situación más dramática que la propia.

—¿Para qué soy bueno? —preguntó el susodicho, haciendo su entrada en el salón.

Siete pares de ojos se volvieron hacia él, mirando cómo el alto rubio se acercaba a la mesa con una enorme sonrisa en la cara.

—Para nada —dijo entonces Tori antes de poder evitarlo, un comentario que escapó de sus labios más rápido de lo que su cerebro pudo procesar si era una buena idea decirlo en voz alta.

Rebel la miró de mala manera, una mueca de asco dibujada en su rostro que podría haber ganado premios por su expresividad.

—Al menos no me dedico a escribir porno —dijo, intentando molestar a su hermana con un comentario que buscaba tocar una fibra sensible, aunque lo cierto era que más bien rozaba la línea del cliché fraternal.

—No, tú lo ves —dijo entonces su padre, un comentario que, lejos de ser un golpe bajo, fue recibido con una carcajada por parte de Rebel, quien, lejos de sentirse avergonzado, rio.

—Sí —dijo entre risas, reconociéndolo abiertamente y sin un ápice de vergüenza.

¿Para qué negarlo? Estaba en esa edad en la que tenía las hormonas muy alteradas.

Y llevaba en esa edad una década…

—No escribe porno, es literatura erótica —se quejó su madre mientras esperaba a que su hijo se sentase a su lado para estirar el brazo y estamparle la palma abierta de la mano en la cabeza.

—Literatura… —bufó Rebel después de soltar un sonoro "Auch", frotándose el lugar del impacto como si eso pudiera aliviar no solo el dolor físico, sino también el golpe a su ego—. Desde luego, os tiene bien comido el cerebro —bufó.

Rain dejó cuidadosamente el periódico sobre la mesa y miró a Tori. Era esa habilidad para leer entre líneas, para entender lo que no se decía, lo que lo hacía tan bueno en lo suyo.

—¿Cuánto te ha pedido? —preguntó, directo al grano.

Su intuición le decía que si Rebel estaba enfadado con su hermana era, posiblemente, porque esta no le había querido dar dinero.

Observar a Rebel haciendo señas nada sutiles a su hermana con la cabeza, rogándole silenciosamente que no revelara nada, casi confirmaba sus sospechas.

—Quinientos —dijo Tori, confirmando las sospechas de Rain, quien no pudo evitar inflarse de orgullo, casi como un pavo real, al ver confirmada su teoría.

Si es que era sheriff por algo…

—Chivata —se quejó Rebel.

—¿Quinientos? —Chloe frunció el ceño, su sorpresa era evidente, casi palpable— ¡¿Para qué quieres quinientos dólares ahora?! —preguntó con incredulidad.

—Para nada… —dijo este, intentando desviar la conversación hacia aguas menos turbulentas.

—Para… —comenzó Tori.

—Para nada —la interrumpió Rebel, enarcando las cejas—. Pero vamos, ¿qué son quinientos dólares para ella? ¡Si ha ganado una pasta con la novela! Eso es solo calderilla.

—¡¿Calderilla?! —gimió Chloe, llevándose las manos a la cabeza como si el mundo entero se le viniera encima.

En ese momento, se preguntaba si en algún rincón de su árbol genealógico se escondía la explicación a semejante locura.

¿Era posible que la propensión al drama y la extravagancia se transmitiera a través de los genes? O, quizás, ¿todo era culpa del excéntrico de su marido y su peculiar herencia genética?

—Calderilla adelantada, además, de una segunda y tercera novelas que aún no escribí y con las que, al paso que voy y visto lo visto, ¡no terminaré nunca! —exclamó Tori, de repente perdiendo los estribos, golpeando la mesa con una fuerza que dejó a todos en la habitación sumidos en un completo y sepulcral silencio.

—¿Otra noche en vela? —preguntó Chloe, aunque más que pregunta, sonaba a constatación de un hecho.

La respuesta, por supuesto, ya la conocía, pues era el pan de cada día en la vida de Tori.

Además, Tori tampoco podía ocultarlo, porque en el momento en que la falta de sueño hacía de las suyas, se le formaban dos círculos oscuros debajo de sus ojos, un distintivo tan claro como el que llevaba en ese preciso momento. Eran como inquilinos morosos y no deseados que se negaban a abandonar su propiedad, aferrándose a su piel como si tuvieran derecho de pernada sobre ella.

Chloe observó cómo el pecho de Tori subía y bajaba, marcado por la ansiedad que parecía ser su fiel compañera de batallas.

Era común en ella.

Lo de la ansiedad, quiero decir. Y lo de no dormir también.

Y, por ende, lo de las ojeras de oso panda también.

Su sobrina asintió con la cabeza, una sombra de cansancio flotando en su mirada, pero no perdió la oportunidad de regalarle una sonrisa a su padre cuando este, como si fuera el héroe del día, rellenó su taza con un café tan cargado que prometía despertar hasta a los muertos.

—Y no he escrito nada —dijo Tori, soltando un suspiro que parecía arrastrar toda su frustración y cansancio acumulado—. Nada decente —se apresuró a especificar al captar la mirada de escepticismo que se dibujaba en el rostro de los presentes. Sus palabras parecían tan creíbles como un político en campaña, llenas de promesas, pero vacías de resultados—. Porque mierda he escrito como para hacerme un traje de gala.

Chloe gimió al escucharla.

Su padre, intentando mantener una expresión severa que no le salía del todo natural, la reprendió con un tono que buscaba ser firme.

—Tori Nolan —dijo, intentando ponerle un alto, más movido por el gemido de Chloe que por convicción propia.

Porque vamos a ser sinceros, Tori ya había superado con creces la edad en la que las palabras empezaban a tener otro peso.

Pero a Chloe, eso, por alguna razón, todavía no le terminaba de cuadrar.

—Es la pura verdad —se defendió Tori, con una indiferencia que rozaba lo teatral, como si estuviera ensayando para una obra en la que el drama fuera el protagonista.

—¿Tan verdad como lo exagerada que eres? —rio Romeo, enviando una mirada cómplice a los demás.

—¿Te estás riendo de mí? —lo miró Tori, frunciendo el ceño, incapaz de ocultar su molestia mientras Romeo soltaba una carcajada.

Si había algo en lo que Tori destacaba, aparte de en su bloqueo de escritora, era en llevar el drama a niveles extremos.

—Jamás me atrevería —dijo él entre risas, cogiendo un croissant, partiéndolo con una precisión que rozaba lo ceremonial, le untó una generosa capa de mermelada de fresa y se lo pasó a Tori—. Toma, las penas con dulces son menos penas.

—Pero estoy a dieta… —murmuró Tori, aunque sus acciones decían todo lo contrario, devorando el croissant como si fuera el último manjar en la tierra, sus gemidos de placer eran testimonio suficiente de su disfrute.

—Ya veo, ya —rio Romeo, observándola con una mezcla de diversión y cariño, contento de haber logrado su objetivo de animarla, aunque fuera solo un poco.

Y es que los últimos días no habían sido fáciles para Tori, atrapada en las garras de lo que parecía ser un bloqueo creativo monumental.

—No siempre tiene que salir algo bueno —intervino Camila, siempre equilibrada, intentando ofrecer una perspectiva calmada a la tormenta de emociones—. Así que tómate tu tiempo, la historia fluirá cuando menos te lo esperes.

—No sé yo… —suspiró Tori, que lucía derrotada, su expresión era el vivo retrato de la desolación.

—Pero entiendo que tenga que ser frustrante pasarse horas delante de una pantalla y que nada de lo que escribas te convenza —comentó Beth, mostrando una gran empatía.

—Sí, es una auténtica mierda —dijo Tori, con la boca aún llena de croissant, su voz, un eco de desesperación.

Chloe gimió, otra vez.

—Tori Nolan… —la reprendió su padre, aunque esta vez su voz sonaba más a resignación que a regaño.

—Lo siento —empezó ella, todavía masticando con esa mezcla de descaro y apuro que solo se ve en las películas, más por reflejo que por un arrepentimiento verdadero.

Porque, seamos sinceros, el arrepentimiento genuino es tan raro como encontrar una dieta en la que se permitan las patatas fritas para desayunar.

—Pero si lo leyeras… —empezó a decir Tori con ese tono que te hace pensar que si acabara la frase, el mundo tal como lo conocemos podría tener un sentido diferente— Entenderías… —fue lo que no terminó de decir, dejando la frase suspendida en el aire.

—Es bueno —dijo entonces Rebel, para sorpresa de todos los presentes, que probablemente esperaban algo más en la línea de una crítica destructiva o un silencio incómodo.

Sí, Rebel, el menos esperado crítico literario del siglo XXI.

—¿Qué? —preguntó Tori con el ceño fruncido, como si no pudiera creer lo que sus oídos le estaban transmitiendo. Su expresión era la viva imagen de la confusión, como si le hubieran dicho que los unicornios existen y están de oferta en la tienda de la esquina.

—Lo que escribiste es bueno —Rebel se encogió de hombros, como si no fuera gran cosa.

Como si decir algo positivo no le costara más que pronunciar su propio nombre.

—¿Lo has leído? —Tori lo preguntó tan bajito que lo raro fue que Rebel no entendiera que eso no era nada bueno, como si revelar que había leído sus escritos secretos fuera comparable a admitir que había descubierto la fórmula secreta de la Coca-Cola.

Como tampoco entendió el chico, al parecer, los gestos de negación que les estaban haciendo su padre, sus tíos y tías con la cabeza, y por qué su madre miraba al cielo como pidiendo ayuda.

—Sí. Y me parece bueno —dijo con sinceridad Rebel, como si la honestidad fuera su superpoder menos conocido—. Será mejor cuando acabes la escena, que los dejaste a los dos… —negó con la cabeza, dejando la frase en el aire como si fuera obvio el destino trágico o cómico (quién sabe) de los personajes.

Tori gimió, un sonido que era mitad desesperación, mitad incredulidad. Como si la idea de que alguien pudiera encontrar bueno lo que ella consideraba un montón de garabatos sin sentido fuera más difícil de aceptar que un elefante en una tienda de porcelana.

—¡¿Pero por qué lo lees?! —exclamó, con esa mezcla de indignación y sorpresa que solo puede venir de alguien que se siente injustamente expuesto.

Rebel se encogió de hombros otra vez, como si fuera su respuesta universal para todo, desde "¿qué quieres para cenar?", hasta "¿qué sentido tiene la vida?"

—Lo dejaste a la vista —dijo él, como toda explicación, como si eso justificara su intrusión en la privacidad literaria de Tori.

Ah, ¿pero es que existía la privacidad en aquel lugar?
Porque según tengo entendido, brillaba por su ausencia.

—¡Lo dejé a la vista en mi cuarto! ¡El cual estaba con la puerta cerrada! —exclamó ella, como si su habitación fuera un santuario sagrado donde las leyes de la privacidad deberían ser respetadas más que en cualquier otro lugar del mundo.

Algo que debería ser así en cualquier lugar.

En cualquier lugar, menos en La Mansión, por supuesto.

—Pues eso —dijo él, como toda explicación, con un aire de "¿y qué más da?", como si el concepto de privacidad fuera tan ajeno para él como para un reality show.

—Lo mismo necesita los quinientos dólares para que le hagan una lobotomía —dijo Romeo, riendo y negando con la cabeza a la vez, como si la idea de Rebel necesitando una cirugía para mejorar su capacidad mental fuera la broma del año.

Y es que Rebel, a veces, parecía que no daba para más, como si su cerebro tuviera una capacidad limitada de almacenamiento y ya estuviera lleno con datos sobre cómo irritar a su hermana de la manera más eficiente posible.

—¡No tenías por qué leerlo! —exclamó Tori, como si estuviera a punto de iniciar una revolución en defensa de los diarios personales y las notas secretas.

—Joder, ¡encima que te digo que es bueno! —se quejó el guapo rubio, como si no entendiera por qué no estaba recibiendo un desfile en su honor por haber dicho algo agradable por una vez en su vida.

—Ni aunque… —Tori carraspeó, como si estuviera reconsiderando su posición en el universo — ¿De verdad crees que es bueno? —preguntó, como si, de repente, la aprobación de Rebel fuera el sello de calidad que necesitaba para creer en su propio talento.

Rebel asintió con la cabeza, con esa seguridad que solo puede venir de alguien que sabe que está a punto de cambiar el curso de un río con una sola palabra.

—Bastante, sí —dijo, sonando tan convincente que por un momento podrías creer que era un crítico literario disfrazado de hermano molesto.

—Oh… —parecía que el enfado de Tori se iba disipando.

—Claro que lo tienes que terminar… —dijo él, como si fuera el mentor sabio que todo escritor novato desea tener en su vida.

—Sí, claro —dijo ella, hinchando el pecho con un nuevo sentido de propósito, como si, de repente, las palabras fluyeran en su mente como el agua en un río desbordado—. Pero ya sabiendo que no es tan malo… —añadió, con una sonrisa que empezaba a dibujarse en su rostro, visualizando su nombre en las portadas de los libros en las librerías.

Otra vez.

—¡Qué va a ser malo! No eres una superventas porque escribas mal, Tori, recuerda eso. Eres buena, muy buena —dijo él, con esa facilidad para dar ánimos que, al parecer, le venía de serie.

—¿Será? —Tori era un pavo real ya, pavoneándose con la cola desplegada, lista para conquistar el mundo con sus palabras.

—Pues claro… —dijo él, con la certeza de quien sabe que está diciendo exactamente lo que el otro necesita escuchar.

Romeo miró a Beth, que lo miraba a él, sin necesidad de decirse nada, sabían cómo iba a acabar la cosa. Ellos y todos los demás presentes en la mesa, como si estuvieran viendo el

preludio de una comedia romántica en la que ya saben que los protagonistas acabarán juntos, sin importar cuántos malentendidos y situaciones extremas tengan que superar en el camino.

—Gracias —dijo ella, emocionada, como si esas palabras fueran el empujón que necesitaba para lanzarse al vacío con la certeza de que sus alas literarias la sostendrían—. Creo que era lo que necesitaba escuchar para volver a escribir.

—Me alegro —dijo él, mirándola con todo el encanto de quien se sabe encantador, y es consciente del efecto que sus palabras tenían en los demás y lo utilizara solo para fines nobles (o casi siempre).

Chloe gimió anticipadamente, como si estuviera viendo en cámara lenta el desastre que se avecinaba y no pudiera hacer nada para detenerlo.

—Pues sí —sonrió Tori, que se lo estaba tragando todo.

Era evidente que había olvidado, por completo, que estaba tratando con Rebel, maestro de los giros inesperados y las peticiones absurdas.

—Por eso, cuando yo necesite ayuda, ahí estarás tú, claro —dijo Rebel, poniendo sobre la mesa su carta maestra, como si estuviera jugando al póker y acabara de revelar un as bajo la manga.

—Claro —dijo Tori, lógica y solidaria, sin poder concebir un mundo en el que los hermanos no se apoyaran mutuamente, sin importar cuán descabelladas fueran sus peticiones.

—Bien. Porque ahora necesito quinientos dólares —dijo él con la misma naturalidad con la que pediría un vaso de agua.

—Claro… —Tori asintió con la cabeza, automáticamente, como si estuviera programada para responder de esa manera.

Hasta que dejó de hacerlo porque, por fin, se dio cuenta de la magnitud de lo que estaba aceptando.

—¡Quinientas mierdas te voy a dar! —exclamó, finalmente despertando de su trance de hermana complaciente y entrando en modo guerrera defensora de su cartera.

Chloe, en medio de un torrente de emociones, no pudo más que sollozar, una reacción que dejó a Raven prácticamente encogiéndose de hombros en señal de rendición, como si estuviera diciendo “yo ya hice todo lo humanamente posible”.

Entre tanto drama, Romeo, fiel a su naturaleza de buscar el lado cómico de la vida, soltó una carcajada contagiosa que, inevitablemente, arrastró a Beth y a Camila en su remolino de risas.

Rain, con calma, se sirvió otra taza de café. Sosteniendo la taza con ambas manos, levantó la vista hacia Chloe.

Al encontrarse con los ojos verdes de Rain, ¿o eran azules?, Chloe experimentó un momento de pura comedia: con la tostada suspendida en el aire, a medio camino entre la mesa y su boca abierta.

—Ya deberías estar acostumbrada —comentó Rain con ese tono de sheriff que no admite réplica, aunque en el fondo se escondiera una chispa de humor.

Chloe, todavía en su estado de shock cómico, bajó la mano lentamente.

—¿Acostumbrada a qué exactamente? —replicó, con una mezcla de incredulidad y sarcasmo, esa clase de sarcasmo afilado que podría cortar diamantes—. ¿A su vocabulario digno de una película de bajo presupuesto o a su dramatismo excesivo, propio de una diva de Broadway en pleno apogeo? —preguntó, refiriéndose a Tori— ¿O quizás al maestro del desastre que parí? ¿Al campeón olímpico de saltos argumentales sin red de seguridad? —añadió, dándole a Rebel una mirada que destilaba una mezcla perfecta de exasperación maternal y una pizca de orgullo, como si cada travesura suya añadiera un trofeo invisible a la estantería familiar del absurdo.

Rain, imperturbable ante el dramatismo familiar, se encogió de hombros con naturalidad.

—¿A todo? —propuso, con un tono que sugería que la pregunta era más bien una afirmación disfrazada.

Chloe, haciendo caso omiso al grito ofendido de Tori, asintió con resignación.

—Sí, debería estar acostumbrada —suspiró Chloe, añadiendo una capa extra de dramatismo a la conversación, en un claro intento de imitar el teatro diario que protagonizaban su sobrina, su hijo y, cómo no, su esposo.

Porque, al final del día, los Nolan eran una tropa de personajes dignos de cualquier comedia, donde incluso el hijo más pequeño tenía su papel estelar, demostrando que el talento para el entretenimiento era, de hecho, un rasgo heredado, garantizando que no hubiera un solo día sin sorpresas.

La incertidumbre de lo que vendría a continuación era una constante, mezclando curiosidad y, por qué no, un poco de miedo, en una emocionante expectativa: ¿qué nuevo giro tomaría la historia de los habitantes de La Mansión al día siguiente?



Capítulo 3

—¡No pensarás dejarme así! —exclamó al otro lado de la línea Riley, su voz cargada de un dramatismo digno de una telenovela barata, justo en el momento en que Tori aceptó la llamada de teléfono con un movimiento teatral de su dedo índice.

—¿Te gustó? —preguntó Tori, su inseguridad bailando en su voz, como siempre que lanzaba esa cuestión al vacío, esperando aterrizar en oídos comprensivos.

Era el eterno dilema de una escritora novel; bueno, en realidad, de cualquier escritora, porque aunque tuvieras años luz de experiencia, la sombra de la inseguridad en lo que escribes es como ese pariente pesado en las reuniones familiares: siempre está presente.

—¿Estás buscando inflar tu ego? —preguntó Riley, su voz teñida de un escepticismo divertido mientras probablemente rodaba los ojos, algo que Tori podía imaginar perfectamente sin necesidad de verla.

—No exactamente, pero ya que lo mencionas, un empujoncito al ego no me vendría nada mal. Sobre todo después de la odisea emocional de estos días —confesó Tori, dejándose caer dramáticamente en uno de los butacones del salón—. Te juro que hubo un momento en que pensé que mi carrera como escritora había acabado antes incluso de despegar. Que lo de "Heaven", mi primera novela, había sido un golpe de suerte, y ya está.

—Suerte la nuestra de toparnos con un personaje como el poli de tu libro. Estoy convencida de que han aumentado los delitos entre las mujeres solo por intentar ser arrestadas por alguien así y comprobar si de verdad existe ese tipo de espécimen en las comisarías —rio Riley, añadiendo combustible al fuego de la fantasía.

—Exagerada —Tori se unió a la risa, aunque en el fondo, un pedacito de ella quería creer en esa locura.

—Bueno, ya me contarás si algún día te llaman para sacarme de un calabozo —bromeó Riley, su risa resonando a través del teléfono.

Tori negó con la cabeza, la imagen de Riley siendo arrestada por alguna travesura impensable le vino a la mente. Imagen que, considerando que Riley, quien era como una prima para ella, estaba más loca que una cabra en patines, no era tan descabellada.

Y si alguien tenía dudas, solo tenía que preguntarle a Romeo y a Beth sobre su hija…

No, mejor aún, que le preguntasen a Rebel, con quien esa maravillosa locura ambulante compartía piso en la ciudad. Dado que los dos se llevaban apenas unos meses de diferencia y ambos estaban estudiando en la misma universidad, ¿qué mejor idea que vivir juntos, como lo habían hecho toda su vida?

Como en ocasiones te tocó a ti hacerlo, reflexionó Tori, pensando en…

Pero rápidamente, sacudió la cabeza, deshaciéndose de esos pensamientos que no venían al caso, y volvió al presente.

A la realidad, que a veces parecía más ficticia que sus propias historias.

—Por cierto —dijo Riley, cambiando el tono a uno más serio de repente, y Tori, como si la viera, se la imaginó frunciendo el ceño, sus ojos grises clavados en un punto imaginario del espacio—, si alguna vez pasa algo así…

—¿Qué demonios va a pasar algo así? —la interrumpió Tori, su tono lleno de incredulidad y un "¿estás de broma?"— Vamos, Riley, sabes que eres una loca de primera, pero hasta tú tienes un límite con la ley, ¿no? Con la familia que tienes…

—¡Porque puede pasar! Nadie está exento de que lo detengan —insistió Riley, su tono desafiante.

—Ves demasiadas películas —bufó Tori, desestimando la idea con un gesto imaginario de la mano.

—Repito —continuó Riley, imperturbable ante la incredulidad de Tori—. Si algo así pasa, por favor, ven tú sola. No le digas a mi padre adónde vas porque es capaz de dejarme ahí encerrada unos días más por pura diversión.

—¿A cuál de tus dos padres te refieres? —inquirió Tori, haciendo alusión a la peculiar situación familiar de Riley, con un padre biológico, Trevor, y un padre adoptivo, Romeo.

La relación que Riley mantenía con ambos era algo que Tori siempre había admirado, considerando la suerte que tenía de tener no uno, sino dos figuras paternas en su vida.

Riley meditó un momento antes de responder.

—A ninguno de los dos —dijo finalmente—. Porque en un abrir y cerrar de ojos, el otro estaría al tanto, y entonces sí que estaría en problemas.

Y es que sus padres, aparte de ser compañeros de trabajo, compartían una amistad sólida, y cuando se trataba de Riley, solían estar bastante en sintonía.

Si no lo estaban, siempre encontraban la manera de llegar a un acuerdo.

—Y digo yo… ¿No sería más fácil evitar que te detengan en primer lugar? Digo, como plan de vida en general —sugirió Tori, intentando inyectar un poco de sentido común en la conversación.

—Ya, bueno —Tori pudo imaginarse a Riley encogiéndose de hombros, con esa actitud de quien considera todas las posibilidades, incluso las más improbables—. De todo puede pasar en esta vida. Mira lo que le pasó a Kira.

Tori rodó los ojos ante la mención.

—Kira es un personaje de ficción, Riley.

—Pero bien podría ser una historia real. ¿Por qué crees, si no, que tu libro ha tenido tanto éxito? Es algo que nos puede pasar a cualquiera —insistió Riley, su tono adquiriendo esa calidad de quien cree firmemente en las posibilidades infinitas del destino.

—¿Tener la mala suerte de ser detenidas por error, acusadas falsamente de un crimen, y luego

conocer a un detective sexy y millonario que no solo se encargará de desentrañar la verdad, sino que además se obsesionará con nosotras hasta el punto de abandonar su vida de donjuán y no tener ojos para nadie más? — Tori siguió, delineando el argumento de una novela típica con un tono de voz cargado de sarcasmo— ¿Un tipo tan irresistiblemente atractivo y carismático, que no solo nos hará una propuesta indecorosa: "Te quiero en mi cama, debajo de mí" —citó una de las líneas más memorables de la historia—, y que, además, después de una serie de encuentros apasionados y una obsesión incontrolable por nuestro cuerpo, se enamorará perdidamente de nosotras? —terminó de preguntar Tori en un tono de "por favor, ¡que eso solo ocurre en las novelas!"

—¡Exactamente! —exclamó Riley, su voz vibrante, con una mezcla de emoción y quizás, un toque de deseo.

Tori no pudo evitar bufar ante la idea.

—Sigue soñando —dijo Tori, intentando inyectar un poco de realismo en la conversación, esa pizca de sentido común que a veces parecía evaporarse cuando hablaba con Riley.

A ver, que Tori podría ser muy dramática, la reina del drama en verdad, pero cuando se trataba de compararse con Riley, de repente se convertía en la voz de la razón.

Que sí, que a Tori le encantaba sumergirse en mundos de fantasía tanto como a la siguiente persona, especialmente cuando esos mundos surgían de su propia pluma. Pero había una línea, fina, pero firme, entre la imaginación y la realidad, una línea que Riley parecía cruzar con la misma facilidad con la que se saltaba las normas de tráfico.

Riley, por su parte, solo rio ante la advertencia de Tori, una risa llena de desafío y un toque de esa locura que Tori tanto adoraba y temía a partes iguales.

—Pues eso hago —rio Riley, su risa tan contagiosa que Tori no pudo evitar sonreír.

—Pues como no despiertes pronto, te vas a llevar una sorpresa — advirtió Tori, su tono adquiriendo una seriedad que no pretendía, pero siempre que tocaban ese tema, se ponía así.

—Eso lo dices tú, con tu vasta experiencia en el tema —la respuesta de Riley estaba teñida de ironía y sorna.

Y es que ambas sabían que, en cuestiones del corazón, Tori tenía su propia historia de amor y desamor, una que aún le dolía.

Cuando se trataba de hombres, las cosas no siempre le habían ido tan bien.

—Sí, y a pesar de todo, incluso yo puedo diferenciar entre la ficción y la realidad —replicó Tori, intentando mantener la compostura.

—Qué aburrida eres —suspiró Riley, aunque sin maldad—. Entonces, ¿cuándo me mandas la siguiente parte? Me muero por saber qué pasa después de esa noche.

—Cuando la escriba —respondió Tori, como si fuera la cosa más obvia del mundo.

Riley emitió un sonido de frustración.

—No sé por qué no esperas a tenerlo todo terminado para mandármelo.

—Te lo mando cuando ponga la palabra fin. ¿Prefieres eso? —preguntó Tori, planteando la cuestión como si considerara seriamente la opción.

—¡No! —exclamó Riley, rápidamente retractándose ante la idea.

—Podría buscar otra lectora cero, si eso te hace feliz —amenazó Tori, juguetona.

—Te desheredo, Tori, te lo advierto —respondió Riley, su tono fingiendo indignación.

Tori no pudo evitar reír.

—¿A qué herencia te refieres? ¿A tu colección de vestidos sexis o a tu montaña de maquillaje y productos de cuidado de la piel?

—Que sepas que eso vale un dineral —dijo Riley, ofendida, pero con un toque de humor.

—No lo dudo —suspiró Tori, recordando cuántas veces había contribuido a esa colección.

Justo entonces, el timbre sonó, y Tori, murmurando algo ininteligible, se levantó del butacón para ir a abrir.

—En serio, ¿hay algo que crees que debería cambiar? ¿Algo que añadir? —preguntó, su voz adquiriendo ese tono de escritora preocupada por su obra.

—Hmmm… No, ya sabes que soy la primera en decirte si algo no me gusta. Por ahora, dejaría todo como está. No puedo decir mucho más hasta saber cómo continúa —respondió Riley, su sinceridad, algo que Tori siempre había apreciado enormemente.

—Bien —dijo Tori, llegando a la puerta y abriéndola—. Buenos días, Carlton —saludó al ver a uno de los trabajadores de la empresa de paquetería del pueblo en la puerta.

Pero la sonrisa que adornaba los labios de Tori murió en el instante en que vio que el hombre sostenía tres girasoles en su mano.

—Tori… —el hombre extendió la mano para entregarle las flores— Flores para ti.

—¿Flores? —preguntó Riley al otro lado del teléfono al escuchar al repartidor, su curiosidad despertada— ¿Qué tipo de flores?

—Gracias, Carlton —dijo Tori, intentando mantener la sonrisa mientras despedía al mensajero. Con el ceño fruncido, examinó las flores que ahora sostenía en su mano.

—¿Tori? —la llamó Riley, todavía al teléfono.

—Sí…

—¿Te han mandado flores? —la emoción en su voz era evidente—¡¿Quién…?!

—Son girasoles —dijo Tori, su voz temblorosa, su cuerpo cortado por la sorpresa y la inquietud.

Riley también se quedó en silencio, repentinamente.

—¿Girasoles? ¿Como los que te mandaban aquí? —la preocupación era palpable en su voz.

—Sí —admitió Tori, a quien tampoco le gustaba nada de esto, no le daba muy buen rollo.

Entró en casa, no sin antes echar un vistazo afuera, alrededor, y cerró la puerta.

—Qué raro, ¿no? —preguntó Riley.

—Un poco, sí…

Tori había estado unos meses viviendo en la ciudad, con Riley y con Rebel, después de que su novela saliera a la venta y mientras asistía a varios eventos y firmas de libros. Desde que su novela llenó las estanterías de las librerías y los grandes centros comerciales, a la editorial le llegaron muchas ofrendas, sobre todo flores. Tres girasoles fueron los primeros en llegar.

“De tu primer y mayor fan”, decía la nota.

Le hizo ilusión la primera vez que los vio, claro. Y la segunda. Y la tercera. No le hizo ilusión alguna cuando esos girasoles llegaron como regalo hasta el piso donde vivía con su familia.

Quienquiera que fuera, sabía dónde vivía. Y eso no era muy normal, que digamos.

Pero la aventura de Tori terminó y volvió a casa. Hacía semanas que estaba allí, encerrada, de nuevo, enfrascada en la que sería su segunda historia. Y recibir esas flores allí significaba que quien fuera ese admirador, volvía a saber dónde vivía.

—Joder, qué repelús —dijo entonces, sacudiendo el cuerpo con un escalofrío.

—Hombre, normal no es —dijo Riley, compartiendo la inquietud de Tori—. Con la cantidad de locos que hay por ahí…

Sin pensárselo dos veces, Tori, movida por un impulso que ni ella misma entendía completamente, marchó hacia la cocina y arrojó los girasoles a la basura.

—Habrá sido una coincidencia… —murmuró, más en un intento de convencerse a sí misma que por verdadera creencia en sus palabras.

—¿Tú crees? —la duda en la voz de Riley era palpable, claramente no compartía el optimismo de Tori.

—Hmmm… —masculló Tori, su mente corriendo a mil por hora, tratando de encontrar una explicación razonable a lo sucedido.

—No sé, Tori. No me gusta ni un pelo todo este tema —admitió Riley, su tono ahora reflejando una inquietud genuina que resonaba a través de la línea telefónica—. Primero en la ciudad y ahora aquí. ¿No te parece, no sé, un poco… obsesivo?

Tori suspiró, sabiendo que, en el fondo, Riley tenía un punto. La idea de que alguien la siguiera tan de cerca, que supiera tanto de sus movimientos como para enviarle girasoles tanto en la ciudad como ahora, en su refugio personal, era inquietante.

Pero admitir eso en voz alta significaba abrir una caja de Pandora que Tori prefería mantener cerrada y sellada bajo siete llaves.

Intentando mantener la ligereza, aunque su estómago se retorcía con una ansiedad que no quería reconocer, Tori bromeó.

—¿Qué puedo decir? Tengo un fan muy dedicado.

Riley no se rio.

—O un stalker muy persistente —dijo, su tono sombrío, como un presagio de tormentas en el horizonte.

—No seas exagerada —replicó Tori, la reina del drama por excelencia, intentando restarle importancia al asunto con una ola desenfadada de su mano, como si pudiera dispersar la atmósfera de preocupación con solo un gesto.

Era un papel cómico, si se pensaba bien, la dramaturga intentando calmar los nervios de su audiencia, cuando usualmente era al revés.

—Vivo en La Mansión, aquí no me pasará nada —afirmó con una seguridad que deseó sentir.

—Eso no lo dudes, pero espera a que tu padre, el mío y Rain se enteren… —Riley pintó un cuadro que a Tori no le gustó nada, uno lleno de sobreprotección y posibles restricciones a su libertad.

—Riley, no, no exageremos las cosas —le advirtió Tori, intentando mantener la calma y la racionalidad en una situación que parecía desafiar ambas.

—Pero es que yo no creo que esté exagerando… —la firmeza en la voz de Riley era difícil de ignorar.

—Bueno, pues ya te digo yo que sí. Si vuelve a ocurrir, yo seré la primera en decirles, pero por una coincidencia así… —Tori trató de minimizar el asunto, aunque en el fondo, una parte de ella sabía que quizás Riley tenía un punto.

—Tori, ¿eso te parece una coincidencia solo? —la pregunta de Riley era legítima, y Tori se encontró sin una respuesta convincente.

No, pero ¿qué más podía ser?

Tori se conocía; sabía que tenía una tendencia a dramatizar, a ver sombras donde quizás solo había la luz de la luna. No quería caer en la trampa de su propia imaginación, no sin pruebas concretas.

—Seguro que es alguno de los tíos o Rebel —eso era lo que Tori quería creer, que todo se trataba de algo elaborado por alguien de su círculo cercano.

—O Raider, no te jode —bufó Riley, claramente no convencida por ninguna de las teorías tranquilizadoras de Tori.

—Si hay alguien que sé que no sería, créeme, es Raider —dijo Tori, su voz temblando ligeramente al evocar recuerdos que preferiría mantener enterrados.

No después de todo, pensó; su mente, un torbellino de emociones contradictorias.

—Tori, lo siento, yo… —comenzó Riley, su voz teñida de arrepentimiento por haber tocado un tema delicado.

—Está bien —cortó Tori, necesitando cambiar de tema.

De aire.

De todo.

Regresó al salón y se sentó frente al ordenador portátil, decidida a sumergirse en el mundo que había creado en su última historia.

—Ahora déjame que voy a ver qué hago con ese par… —dijo, refiriéndose a los protagonistas de su novela, buscando refugio en la ficción.

—Vale… —Riley dudó antes de preguntar, su voz apenas un susurro— ¿Pero estás bien?

—¡Perfectamente! —exclamó Tori, con más fuerza de la que realmente sentía.

¡¿Por qué no iba a estarlo?!



Capítulo 4

Tori cogió la camisa blanca que descansaba pulcramente sobre la cama. Con movimientos rápidos, pero precisos, se la puso. Una vez que se aseguró de que cada botón encontrara su respectivo ojal, se dirigió hacia el espejo de pie que se erguía majestuoso en un rincón de su habitación.

Este no era un espejo cualquiera, sino un mueble cargado de historia y misterio, un antiguo guardián de reflejos que había pertenecido a su abuelo Carmichael, un personaje tan enigmático como encantador.

Ante su reflejo, Tori procedió a domar su media melena morena y ondulada y se cogió una cola. Utilizó una horquilla aquí y otra allá, en una batalla estratégica contra aquellos mechones cortos y rebeldes que parecían tener vida propia.

Tras asegurarse de que su cabello no planeaba ninguna revuelta inminente, se aplicó un toque ligero de colonia, esa fragancia suave y fresca que había conquistado su nariz y su corazón por igual, y salió de la habitación con prisa, dejando tras de sí un rastro efímero de su aroma.

Bajó los escalones de dos en dos, una práctica que, aunque sabía que desafiaba todas las leyes de la seguridad doméstica, había perfeccionado a lo largo de los años. Su presencia, acompañada del sonido apresurado de sus pasos, captó la atención de Chloe de forma instantánea.

La cabeza de Chloe, impulsada por la curiosidad y una pizca de preocupación, asomó por la puerta de la cocina como si fuera la primera espectadora de una obra de teatro inesperada.

—¿Vas a trabajar? —preguntó Chloe al verla vestida con el uniforme de trabajo.

Tori se detuvo un momento para mirar a su tía y se acercó a ella.

Al entrar en la cocina, se encontró con un escenario familiar: Chloe, Camila y Raven estaban allí, preparando la cena.

—Sí —respondió Tori, con un tono de voz que reflejaba tanto resignación como determinación—. Sherryl ha sufrido un percance y Carly se encuentra en un apuro; no tiene a nadie más en quien confiar para cubrir su turno.

Mientras compartía su inesperado cambio de planes, Tori se acercó a su padre, que estaba inmerso en la tarea de preparar una bandeja de canapés que bien podrían haber sido obra de un artista culinario con aspiraciones de estrella Michelin.

La tentación fue demasiado grande, y, sin poder resistirse, cogió uno y lo probó, saboreando cada matiz de su exquisita creación.

—Necesitas descansar —le aconsejó él, levantando la vista para mirarla con esa expresión de preocupación que solo los padres saben proyectar—. Así estás, pareciendo un zombi.

—Gracias —respondió Tori, soltando una carcajada al escuchar el comentario de su padre—. Eres un genio levantando la autoestima.

—Te la bajas tú sola con ese ritmo de vida —replicó su padre, en un tono que mezclaba humor y seriedad.

—Tiene razón, Tori. Se te ve agotada. Realmente deberías tomar un descanso —aconsejó Camila, sonando preocupada al notar cómo las ojeras marcadas bajo los ojos de Tori parecían profundizarse más con cada día que pasaba.

—Lo haré. Mañana me quedaré en la cama todo el día, recuperando el sueño perdido —prometió Tori, con una solemnidad que habría convencido a cualquiera que no la conociera lo suficientemente bien.

—Ja —bufó Chloe, escéptica.

La mirada que intercambiaron los demás no dejó lugar a dudas: todos sabían que esa promesa era más un deseo que una realidad.

Era evidente para ellos que Tori, con su naturaleza inquieta, raramente se permitía un momento de pausa.

Y es que Tori, con su corona invisible de reina del melodrama, era un torbellino humano, un manojo de nervios que parecía incapaz de encontrar el botón de pausa en su vida.

Desde pequeña había sido así, impulsada por una energía inagotable que la llevaba a embarcarse en toda clase de travesuras y aventuras.

—De verdad, lo que no alcanzo a comprender es cómo has logrado conservar todos tus dientes intactos —gimió Chloe, su tono era mitad burla, mitad preocupación, mientras revivía mentalmente las innumerables ocasiones en las que había tenido que intervenir, corazón en mano, gritando a los cuatro vientos para detener a Tori justo antes de que su más reciente aventura terminase en un desastre dental.

Realmente, que Tori todavía sonriera con todos sus dientes en su lugar era poco menos que un milagro.

—Milagro divino, sin duda —-Camila se unió a la conversación con una risa que destilaba diversión y un toque de ironía.

—¿Milagro? Yo diría que más bien se debe a Raider —intervino Raven con un suspiro, aportando un toque de pragmatismo a la discusión—. Si no fuera por él, quién sabe si aún estarías aquí para contarlo —agregó, haciendo énfasis en el papel fundamental que Raider había desempeñado en la vida de Tori, siempre velando por su bienestar y seguridad.

Si no fuera por él, lo mismo mi corazón seguiría vivo, pensó Tori, su mente vagando hacia territorios dolorosos, hacia recuerdos y sentimientos que prefería mantener encerrados.

El nombre de Raider era como una llave que abría puertas a emociones que Tori luchaba por mantener a raya, una mención que siempre conseguía remover algo profundo dentro de ella.

Con un carraspeo estratégico, intentando ocultar la turbulencia emocional que le provocaba escuchar ese nombre, y evitando a toda costa profundizar en cualquier conversación que lo involucrara, Tori desvió rápidamente el tema.

Pero las miradas llenas de una comprensión y preocupación no disimuladas de Chloe y Camila no le pasaron desapercibidas.

Estaba claro. Ellas sabían.

Sabían bien…

Forzando una sonrisa, aunque sus ojos traicionaban la tempestad interna que intentaba aplacar, Tori extendió la mano hacia el plato de canapés.

No pudo evitar reír cuando su padre, en un gesto juguetón, le dio un golpecito en la mano que, aunque suave, sirvió para anclarla de nuevo en la realidad del momento.

—Dejadme algo para cenar, porfa —suplicó Tori, con un dramatismo teatral que no dejaba lugar a dudas de su auténtica hambre después de un día larguísimo de trabajo.

Todos en la familia sabían que, si no encontraba algo preparado a su regreso, Tori era capaz de lanzarse sobre cualquier alimento a la vista, sin importar las posibles consecuencias gastrointestinales que pudieran seguir.

En ese instante, el temor a posibles indigestiones era lo último en su mente.

Se acercó a cada uno de los presentes, repartiendo besos de despedida, una táctica perfecta para evadir la cocina y, más importante aún, la conversación que había escalado a un nivel de intensidad y personalidad que simplemente era demasiado para ella.

Tan rápido como había aparecido, la sonrisa forzada que había pintado en su rostro se esfumó una vez que se marchó, desapareciendo en el aire como si nunca hubiera estado allí.

—¿Qué le pasa? —preguntó Rebel, su preocupación palpable en la voz mientras entraba en la cocina, notando de inmediato la expresión sombría que Tori llevaba en su rostro al salir—. Estaba blanca como el papel.

A pesar de las habituales discusiones fraternales, ese tipo de peleas típicas entre hermanos, nada podía mermar la preocupación que sentía por su hermana, una preocupación que, a menudo, superaba con creces lo que sus palabras podían expresar.

Quizás, incluso, más de lo que él mismo estaba dispuesto a admitir.

Camila lanzó un suspiro, un suspiro tan melancólico y profundo que, por un momento, el tiempo pareció detenerse en la cocina. Con un gesto lento, casi teatral, dejó reposar el cuchillo sobre la tabla de cortar, y su mirada se perdió en la lejanía, como si pudiera vislumbrar más allá de las paredes de su hogar.

—Todavía les duele —murmuró, su voz teñida de tristeza.

Se refería, por supuesto, a Tori y a su hijo, plenamente consciente de esa herida abierta que seguía supurando en el corazón de ambos.

A pesar de los años transcurridos, el tiempo no había logrado cicatrizar completamente aquel dolor.

Aunque hacía tiempo que no veía el rostro de Raider, lo conocía muy bien. Su voz, cada vez que hablaban por teléfono, revelaba nostalgia, un eco de lo que una vez fue.

Y siempre, sin falta, él preguntaba por Tori.

Era como un ritual, una necesidad que demostraba que, a pesar de la distancia y del pasado, Tori seguía ocupando un espacio irremplazable en su corazón.

No habían logrado superar su separación; eso estaba tan claro como el agua. Y para Camila, observar el dolor en los ojos de Tori cada vez que el nombre de Raider surgía en la conversación, lo cual ocurría con una frecuencia dolorosa, era como recibir un puñal directo al alma.

Rebel lo entendió sin necesidad de más palabras, rompió el silencio con su característico pragmatismo, aunque en esta ocasión, teñido de una franqueza casi brutal.

—Pues que dejen de hacer los gilipollas —su lenguaje provocó un gemido de reprobación por parte de Chloe— y vuelvan de una vez.

Rebel pronunció esas palabras con la seguridad de quien ve la solución a un problema complejo en la simple acción de enfrentarlo, obviando, tal vez por juventud o tal vez por esperanza, las razones que habían empujado a Tori y Raider a tomar caminos separados.

Razones que, además, solo ellos dos conocían.

—No sé yo si eso ocurrirá alguna vez —suspiró Camila.

Su voz, cargada de un pesar que parecía venir de lo más profundo de su ser, reflejaba el agotamiento emocional de quien ha sido testigo de una saga de amor y desamor, de encuentros y desencuentros, que parecía no tener fin.

La posibilidad de una reconciliación entre Tori y Raider, aunque deseada por todos, se antojaba distante.

Casi utópica.

¿Qué había pasado con ellos para llegar a ese punto crítico, ese momento de inflexión en el que él decidiera alejarse por años?

—Complicado es si el zopenco de tu hijo insiste en seguir lejos —comentó Rebel con un tono que mezclaba la preocupación con la exasperación, mientras se dirigía hacia donde estaban los canapés.

Movía sus pasos con la misma determinación y firmeza con la que enfrentaría cualquier desafío.

—Entre zopencos os entendéis, ¿eh? —se mofó Raven, lanzando una mirada cargada de ironía hacia Rebel.

A diferencia de Tori, quien momentos antes había recibido una torta juguetona en la mano al intentar apropiarse de uno de los bocaditos, Rebel no tuvo tal suerte. Su padre, que preparaba los canapés con el mismo cuidado y precisión con los que un cirujano llevaría a cabo su trabajo, no estaba dispuesto a tolerar más intromisiones en su cocina.

—Auch —se quejó Rebel por el dolor.

—¿Te quieres esperar a la cena? —gruñó su padre.

Resoplando, Rebel demostró que su voluntad era tan firme como su apetito insaciable. Con un movimiento ágil, le dio la vuelta a su padre, quien, a pesar de ser superado en altura por apenas unos pocos centímetros, imponía bastante.

Con destreza, Rebel consiguió su objetivo: un canapé.

—Serás… —gruñó el médico, su queja interrumpida por la risa contagiosa de su hijo, quien, satisfecho con su fechoría, se alejó corriendo hacia el otro extremo de la cocina.

—Delicioso —declaró Rebel, su voz amortiguada por el bocado que saboreaba con exagerada satisfacción.

Mientras masticaba exageradamente, una sonrisa pícara se dibujó en sus labios, provocando una sonrisa en los rostros de los demás.

Que buena falta hacía.

—¡Quita, coño! —exclamó Raven, cuya sonrisa, que hasta hace un momento brillaba, se esfumó en un abrir y cerrar de ojos, transformándose en una mirada que podría congelar el mismísimo infierno.

Mirada dirigida hacia un italiano tocapelotas que, al llegar, en un acto de osadía, no solo había tenido la audacia de coger un canapé del plato, sino que ¡había cometido el sacrilegio de coger dos!

—No están mal —dijo Romeo, alargando sus palabras con una mezcla de descaro e inocencia fingida, solo por el placer de tocar un poco las narices al médico.

—Todavía me llevas esposado —bufó Raven, su voz teñida de un fastidio dramático, mientras le enseñaba a Rain, que justo en ese momento entraba en la cocina como quien entra en una zona de guerra, el cuchillo que tenía en la mano, agitándolo en el aire como si fuera un trofeo.

O una advertencia.

—Es un cuchillo de untar, no un bisturí —suspiró Rain, su tono cargado de una paciencia que solo años de aguantar a ese par podían otorgar.

—Pobres presos a los que les toque compartir celda contigo —rio Romeo, añadiendo leña al fuego con su comentario.

El italiano, junto con Beth, también se pusieron manos a la obra, dispuestos a preparar la cena para todos.

Romeo soltó una carcajada al captar la mirada asesina de Raven, esa que prometía venganza y tormento.

—Por cierto, ¿a dónde iba Tori con tanta prisa? —cambió de tema Romeo, intentando, quizás, desviar la atención de su reciente travesura.

—A trabajar —dijeron los adultos que interactuaron con ella.

—Huye de Raider —dijo entonces Rebel, con una sonrisa traviesa, haciendo que tanto Camila como Chloe y Raven, en un acto sincronizado de exasperación, pusieran los ojos en blanco.

—Entiendo —dijo Romeo, asintiendo con la cabeza, su expresión denotando que, efectivamente, comprendía la situación mucho más de lo que sus palabras podían expresar.

—Vaya par —suspiró Beth, sacudiendo la cabeza con un gesto de resignación.

—Algún día tendrán que enfrentarse a lo que sea que les haya ocurrido —comentó Romeo, su voz cargada de un presagio que parecía ir más allá de la mera observación.

—Y será pronto —susurró Rain, de repente y solo para sí mismo, en un tono cargado de algo oscuro, misterioso, casi como si hablara más consigo mismo que con el resto.

Entonces cogió algo de la basura que había abierto para tirar algunos desechos y lo mostró a los demás.

—¿Qué es esto? —preguntó, sosteniendo tres girasoles.

La mirada del sheriff, mientras los demás se encogían de hombros, incapaces de descifrar el significado de aquellos girasoles, bailó entre Raven y Romeo, quienes, al captar la profundidad de su pregunta, le devolvieron al sheriff una mirada cargada de preocupación.

Y es que Romeo sabía…

Y, por ende, los demás también.



—Dos Cosmopolitan y un Jack Daniels —sonrió Tori, su voz resonando alegremente mientras ponía con cuidado las bebidas delante de los clientes que estaban sentados a la mesa.

—¡Gracias! —exclamaron al unísono los forasteros, cuyas caras irradiaban la felicidad y la emoción de quienes, al parecer, tenían mucho que celebrar.

Y mucho por disfrutar, pensó Tori, mientras veía cómo los clientes alzaban sus copas en un brindis silencioso, un momento de alegría pura que ella adoraba presenciar.

Tras asegurarse de que estaban satisfechos, recogió las copas vacías en la bandeja y volvió detrás de la barra. Allí, con movimientos prácticos y ágiles, recogió los recipientes vacíos y se dispuso a seguir trabajando, limpiando y preparando el siguiente pedido.

En ese momento, uno de los habituales del pub y excompañero de clases del colegio de Tori, Spencer, llegó y tomó asiento en su lugar habitual de la barra, en el lado que solía ocupar siempre, como si ese pedazo de madera tuviera su nombre grabado invisible para todos menos para él.

Con la familiaridad que viene de la costumbre, no tuvo que decir nada antes de que Tori, conociendo ya sus gustos, le pusiera por delante su bebida habitual.

—Bienvenido, Spencer —lo saludó Tori, su sonrisa amplia y genuina iluminando su rostro mientras ponía la copa de Bourbon frente a él—. ¿Hoy no toca guardia?

Spencer trabajaba como celador en el hospital y siempre que se encontraban, Tori hablaba un poquito con él.

Era tímido, pero ella conseguía sacarle alguna sonrisa.

—Hoy no, tengo la noche libre —respondió él, tartamudeando un poco por los nervios.

—Perfecto. Si te hacen trabajar mucho, me dices y le echo la bronca a mi padre —bromeó ella, haciéndolo sonreír—. Que disfrutes —añadió, y tras un guiño cómplice, se giró para atender a otro cliente, dejando a Spencer con una sonrisa tímida en los labios, esa sonrisa de quien se siente en casa.

—Se le ha quedado una cara de enamorado… —comentó Leo, el otro camarero del pub, con una sonrisa traviesa dibujándose en su rostro.

Además de compañero de trabajo, Leo también compartía con Tori un pasado lleno de recuerdos de su época de colegio, lo que añadía una capa extra de complicidad a su amistad. Su comentario, impregnado de mofa, fue lanzado en el momento en que Tori se acercaba a su lado, preparándose para atender otro pedido.

Tori, sin perder el ritmo ni la concentración, lanzó una mirada fugaz hacia Spencer antes de volver a sumergirse en su tarea. Comenzó a preparar otro trago con la destreza y la eficiencia de quien ha repetido el mismo gesto incontables veces.

Como si sus manos tuvieran vida propia.

—Exagerado —rio Tori—. A saber cómo tratáis al pobre cuando no estoy yo.

—Será cómo nos trata él cuando no estás tú —replicó Leo, su voz adoptando un timbre de indignación claramente fingida. Con un aire de conspiración, añadió—: Se le ha iluminado la cara al verte. Hoy no será el tipo que da repelús —el sarcasmo en su voz.

—El pobre —suspiró Tori, su expresión suavizándose en un gesto de genuina compasión, una muestra de la empatía que siempre la había caracterizado—. No lo pasó nada bien —admitió, su voz bajando un tono, cargada de la gravedad de los recuerdos de un pasado menos amable.

Sufrió acoso escolar, y aunque ella intentó muchas veces intervenir, sus esfuerzos no siempre fueron suficientes.

—Pero algo extraño es, no me jodas —comentó Leo, siempre listo para añadir un toque de humor a cualquier situación, sin importar cuán sombría pudiera parecer.

El guapo y alto moreno de pelo largo recogido en una coleta, con ese aire de galán de telenovela que parecía llevar consigo como una segunda piel, se acercó a Tori imitando un enamoramiento exagerado. Batió sus pestañas y puso una cara de adoración cómicamente

exagerada, como si estuviera intentando ganar el premio al mejor actor de drama en un festival de cine de bajo presupuesto.

—Así te mira —dijo Leo, con un brillo juguetón en sus ojos, antes de permitir que una sonrisa tonta adornara su rostro. Sin más preámbulo, se inclinó hacia delante y plantó un rápido, pero suave beso en la mejilla de Tori. —Así, ¿te acuerdas? —añadió, evocando un recuerdo que se remontaba a años atrás, a aquellos días inocentes de la primaria, cuando Spencer había hecho exactamente eso: acercarse a Tori y dejar un beso en su mejilla, un gesto tan dulce como temerario para la época.

Aquel gesto, tan inocente y puro, le había costado a Spencer convertirse en la burla de sus compañeros durante los años restantes del colegio, marcándolo con una etiqueta que llevó como una pesada cadena.

Y teniendo en cuenta que aún estaban en primaria, esos años no fueron pocos, sino una eternidad en términos de drama infantil.

—Capullo —rio Tori.

Con la mano que tenía libre, lo empujó suavemente lejos de ella, un gesto que, aunque pretendía ser de rechazo, estaba cargado de afecto y complicidad.

—Eso me dijo mi ex cuando vino a recoger las cosas a casa hace dos días —dijo entonces Leo, su tono cambiando repentinamente a uno más serio, casi como si un interruptor se hubiera accionado, cambiando la atmósfera de ligereza por una de gravedad—. Capullo —resopló— ¿Capullo yo? ¡Pero si el que me engañó fue él! —la indignación en su voz era palpable, y la injusticia que sentía era evidente.

Tras entregar las bebidas que tenía preparadas, Leo volvió detrás de la barra y, apoyando su cadera en ella, se cruzó de brazos y esperó a que Tori estuviese libre y lo mirase para continuar su relato.

—¿Te lo puedes creer? —indignado era poco para describir el tono de Leo, quien, con su voz cargada de frustración y desilusión, parecía buscar no solo consuelo sino también comprensión en su compañera de trabajo.

Tori, por su parte, se encogió levemente de hombros, su expresión era una mezcla de empatía y resignación, como si estuviera acostumbrada a escuchar historias de corazones rotos, pero, aun así, sintiera cada una de ellas como si fuese la primera vez.

—Tampoco es que me extrañe —dijo, su voz llena de esa honestidad cruda que la caracterizaba, esa capacidad de decir las cosas como eran, sin adornos ni rodeos.

—No te caía bien, ¿eh? —bromeó Leo, intentando aliviar el peso del momento con una sonrisa torcida, una que no llegaba a sus ojos, como si en ese intento de humor buscara un respiro para su dolor.

—Ni bien ni mal —respondió Tori, mirando fijamente a su compañero con esos espectaculares y extraños ojos color miel—. Él es como es, el que lo ha aguantado has sido tú. No se te puede culpar, cuando estamos enamorados, dejamos de ver. ¡Nos cegamos! —exclamó, poniéndole un

poco de drama a su voz, como era su naturaleza, gestualizando con las manos para enfatizar lo que decía, como si estuviera interpretando el papel principal en el teatro de la vida.

Leo se quedó mirándola, impresionado no solo por la intensidad de su mirada, sino también por la verdad en sus palabras. Enarcó sus cejas, una mueca de sorpresa y reflexión adornando su rostro.

—¿Por qué tengo la sensación de que, más que de mí, estás hablando de ti?

—Sensación errónea —dijo ella rápidamente, desviando la mirada y volviendo a servir una copa con más ímpetu del necesario, como si en ese gesto pudiese ocultar su vulnerabilidad, como si la velocidad con la que movía sus manos pudiera borrar cualquier rastro de emoción en su rostro.

—Ya —rio Leo, como si reconociera en la evasiva de Tori un espejo de su propia tendencia a esquivar las verdades incómodas—. La cuestión es que, aunque me siento dolido, porque que te engañen nunca es plato de buen gusto, por otra parte, siento alivio. ¿Eso significa que no lo quería tanto como yo pensaba? —la pregunta era retórica, un intento de darle sentido a sus propios sentimientos.

—Hmmm… O que, simplemente, no estabas tan ciego como todos creíamos. Solo insistías en no ver las cosas —Tori le devolvió la mirada.

Leo, ahí plantado con una expresión que bailaba entre la preocupación y el recuerdo, se quedó pensando un instante más largo de lo habitual. Sus ojos, normalmente llenos de chispa y viveza, se perdieron en un mar de momentos felices y amargos. Finalmente, asintió con la cabeza.

—Puede que tengas razón —terminó suspirando, arrastrando las palabras.

—De puede nada, la tengo —replicó Tori, con una sonrisa que trataba de ser arrogante.

—¿Escribir romántica te ha convertido en una especie de coach sentimental? —bromeó Leo, intentando cambiar el tono de la conversación hacia algo más ligero.

—Mírame —dijo Tori, incorporándose con una gracia teatral y, con sus manos, señaló su cuerpo de arriba abajo, una mueca juguetona en sus labios, su nariz arrugada en una expresión de fingido desdén—. ¡Más sola que la una! ¿Crees tú que yo podría dar consejos a nadie?

Leo no pudo contener una carcajada.

—Estás sola porque quieres. Y lo sabes —afirmó entre risas.

—Buah —exclamó Tori, rodando los ojos con exageración, aunque en su interior sabía que había algo de verdad en las palabras de Leo.

Era una de esas verdades incómodas que se disfrazan de broma, pero que en el fondo, pesan.

—No te da tiempo a levantar la mano cuando la mitad de los hombres del pub, qué digo del pub, ¡del pueblo!, estarían haciendo cola en La Mansión.

—¿Te imaginas? —Tori soltó tremenda carcajada. Se imaginó la escena, tan absurda y tan tierna a la vez, y no pudo evitar reír aún más fuerte—. Ya me imagino a mi padre y mis tíos

armados hasta los dientes con una escopeta cada uno, como si fueran a protagonizar la última defensa épica del honor familiar —dejó la copa encima de la barra para el cliente que se la había pedido y volvió a mirar a Leo, cuyo escalofrío era evidente ante la mención de su familia protectora.

—Calla —dijo con repelús, un escalofrío recorriéndole el cuerpo, como si las palabras de Tori hubieran invocado fantasmas del pasado—. Todavía recuerdo el primer día que fui a tu casa para jugar, estoy traumatizado desde entonces.

Tori no pudo dejar de reír al recordar el interrogatorio intimidante al que le sometieron. Y eso que solo tenía doce años, una edad en la que lo más peligroso que debería enfrentar serían los deberes de matemáticas, no una inspección familiar al estilo comando de élite.

—¡Por eso no llevaba a nadie a casa! —rio ella, recordando cómo había querido proteger a sus amigos de la sobreprotección de su familia.

—Doce años, creo recordar —dijo Leo, uniéndose a la risa, aunque con un tono de broma melancólica, como si estuviese rememorando una época más sencilla, pero no por ello menos aterradora—. Vamos, porque nací gay si no… Del miedo que tuve, me convierto y todo —bromeó el camarero.

La carcajada que soltaron los dos resonó en todo el pub.

—Lo peor es que no cambian —dijo Tori, limpiándose las lágrimas de los ojos provocadas por la risa, su tono volviéndose un poco más serio, pero aún teñido de cariño por su familia.

—Tampoco has salido tan mal —Leo le guiñó un ojo.

—No, supongo que no lo han hecho nada mal —concedió Tori, una sonrisa suave adornando su rostro al pensar en su familia.

—También porque tenías a Raider —dijo Leo, haciendo que la sonrisa de Tori desapareciera de repente.

Él suspiró en el mismo instante en que lo nombró, como si fuera consciente del peso que sus palabras llevaban consigo.

—¿Hasta cuándo, Tori? —preguntó, entonces, en un susurro, su duda cargada de preocupación por el bienestar emocional de su amiga.

Tori negó con la cabeza.

—No lo sé —respondió entonces, con la tristeza, de repente, en su voz, una tristeza profunda que hablaba de heridas aún abiertas y de recuerdos que, a pesar del tiempo, seguían teniendo un inmenso poder sobre ella.

Era evidente que Raider seguía ocupando un espacio significativo en su corazón, un espacio que ella aún no sabía cómo manejar.

Ni superar.



Capítulo 5

—¡Oh, joder! —exclamó Tori, soltando una de esas perlas lingüísticas que salen naturalmente en situaciones de máxima tensión, cuando, al adentrarse en el almacén que se escondía en las profundidades del sótano para recoger un par de trastos que necesitaban para dejar el local limpio antes de echar el cierre, la luz, esa bombilla solitaria que colgaba de un hilo, balanceándose casi como si estuviese haciendo un número de trapecio con un cable que ya había visto mejores días, después de parpadear un par de veces, decidió que era su momento de brillar, pero al revés.

Y se apagó.

Con el susto en el cuerpo, porque, vamos a ser honestas, por muy poco miedosa que te consideres, la oscuridad tiene ese no sé qué que qué sé yo que no es amiga de nadie, Tori estiró los brazos como quien se prepara para un abrazo no deseado y, lentamente, palpando el aire con las manos y soltando maldiciones en arameo, un idioma que, gracias a su padre, dominaba muy bien en lo que a palabras malsonantes se refería y, mientras golpeaba su rodilla con objetos traicioneros que juraría que se habían materializado justo en ese momento solo para molestar (vamos, que con la luz encendida seguro que no existían), llegó a tientas hasta el interruptor de la luz y lo pulsó. Con más esperanza que convicción.

Pero aquello no se encendía.

Nada.

Ni un mísero destello.

—Joder, y el móvil arriba —bufó, al caer en la cuenta de que se lo había dejado en el bolso, un bolso que estaba cómodamente instalado dentro de su taquilla, probablemente burlándose de ella en estos momentos de necesidad lumínica.

Sin más opciones que considerar, Tori abrió la puerta del almacén como quien abre la puerta a un nuevo mundo y suspiró de alivio al descubrir que, fuera, la civilización todavía contaba con el invento de Edison.

Corriendo cual cría asustada, esa que ve sombras hasta en los susurros, llegó hasta las escaleras, lista para escapar. Pero justo antes de que su pie se decidiera a conquistar el primer escalón, un ruido a sus espaldas llamó su atención como si el destino le dijera: “¿A dónde vas tan rápido?”

Todavía con el corazón haciendo el solo de batería de una canción de rock, latiendo a mil por hora y diciéndose a sí misma “no mires hacia atrás, sabes perfectamente que le dices eso a la gente que, en las películas de terror, hace exactamente lo que no tiene que hacer: es decir, lo contrario a lo sensato, lo que tú, en un giro irónico del destino, estás a punto de hacer en este preciso instante. Escuchar un ruido sospechoso y, en vez de correr en la dirección opuesta, ir hacia el ruido con la curiosidad de un gato que, definitivamente, no ha escuchado el dicho de que la curiosidad mató al gato.”

Sí, fue precisamente lo que hizo Tori. Pura naturaleza humana.

O estupidez, según prefieras llamarlo.

Porque en estos casos, la línea entre valentía y falta de sentido común es más delgada que la paciencia de un profesor de yoga atascado en el tráfico.

La cuestión es que Tori giró su cabeza, preparándose mentalmente para el peor de los encuentros, quizás un monstruo sacado de las más oscuras pesadillas o un asesino en serie con una máscara de hockey.

Pero, oh sorpresa, gritó, no de terror, sino de sorpresa mayúscula, cuando su cuerpo chocó, no con una criatura de otro mundo, sino con alguien muy de este plano terrenal.

Ese momento en el que su corazón pasó de tocar un solo de Metallica a una balada de los Beatles en nanosegundos, fue tan cinematográfico que, si tuviera palomitas, se sentaría a ver el desenlace.

Pero aquí no hay tiempo para snacks, porque la vida real no tiene pausa, y menos aún en situaciones tan absurdamente imprevisibles como esta.

—Hey, ¡para! ¡Soy yo! —exclamó Leo, quejándose de dolor cuando Tori, en un acto reflejo digno de un boxeador en pleno ring, comenzó a golpearle con una fuerza que ni ella sabía que poseía.

Tori, por fin, miró a su compañero y suspiró de alivio, aunque aún con el corazón queriendo escaparse de su pecho.

—¿Pero qué haces aquí? ¡¿Quieres matarme del susto?! —le reprochó, aunque más aliviada que enojada.

Leo la soltó y levantó las manos en señal de rendición, como si de repente se encontrara en medio de una negociación de paz.

—Solo venía a buscarte después de que se fuera la luz. Pensé que quizás necesitarías ayuda, o al menos alguien que comparta el susto contigo.

Tori suspiró. Otra vez.

—Pensé que fue solo la bombilla del almacén la que había decidido abandonarnos a nuestra suerte —suspiró.

—Pues no —dijo Leo, con un tono que sugería que la oscuridad había sido un poco más democrática de lo esperado, extendiendo su reinado de sombras a todo el local por un momento.

Miró con el ceño fruncido a Tori al ver que seguía pálida.

—¿Estás bien? —preguntó, preocupado, pero también un poco divertido.

—Sí… Es solo que… —Tori miró hacia atrás, como si esperara que las sombras le devolvieran la mirada, recordando esos pasos imaginarios que le habían parecido escuchar allí— Nada, ni caso —dijo entonces, negando con la cabeza como quien intenta deshacerse de una idea molesta, y comenzando a subir los escalones con menos entusiasmo del habitual.

—¿Desde cuándo eres miedosa? —rio entonces Leo, encontrando un humor peculiar en la situación, como quien descubre un lado desconocido de un viejo amigo.

Tori, la valiente, asustada por la oscuridad.

¡Quién lo diría!

—No lo soy —se defendió ella, molesta no tanto por la implicación como por la simple idea de que alguien, especialmente Leo, pudiese pensar que sí.

Y era cierto, no lo era.

O eso creía ella firmemente.

Al menos, hasta ese momento. Hasta que ese pequeño incidente en el sótano le había dado una perspectiva un tanto diferente sobre la oscuridad y sus propios límites.

Y la culpa era de Riley, quien con sus historias de terror y su talento para meter miedo en el cuerpo con nada más que palabras, había hecho mella en su usualmente inquebrantable coraje.

Tomar nota mental: deshacerme de esa loca tremendista cuando la vea, pensó, resoplando mentalmente mientras subía las escaleras, ya con la luz de su lado pero con un nuevo respeto, quizás incluso un poco de temor, hacia la oscuridad.

Y todo lo que esta podía esconder.

Y todo por tres girasoles, ¡habrase visto!, bufó en su mente mientras negaba repetidamente con la cabeza.



—¡Nos vemos! —exclamó Leo mientras, con un gesto teatral de la mano y una sonrisa en su cansado rostro, se despedía de Tori. Le guiñó un ojo y le lanzó un beso al aire, como si fuera una estrella de cine despidiéndose de sus fans.

Tori no pudo evitar sonreír ante la escena, sacudiendo la cabeza mientras reía, pensando que su amigo no tenía remedio. Al verlo alejarse dando saltitos, como si estuviera protagonizando su propio musical en la acera, rio.

—Está como una cabra —rio Tori.

Pero no una cabra cualquiera, sino una de esas cabras montesas que hacen piruetas en los acantilados.

Tori, divertida, pero también sintiéndose como si hubiera corrido un maratón con obstáculos debido al ajetreo de la noche, se dispuso a buscar la llave de su coche en el bolso, ese bolso que, en sus mejores días, podría competir en misterio y capacidad con el famoso bolso de Mary

Poppins.

No era de extrañar que, al meter la mano, pareciera que se sumergía en un abismo sin fondo.

Vamos a ver qué tesoro encuentro hoy, pensó con un resoplido cuando sus dedos no encontraron inmediatamente la llave.

Refunfuñando por lo bajo, decidió volcar el contenido del bolso sobre el capó delantero del coche, una especie de ceremonia de excavación arqueológica personal. Entre la funda de las gafas, el neceser, que contenía lo que ella denominaba "cosas de suma importancia para la supervivencia", y la cartera, apareció una foto de su padre con sus tíos.

—¿Y esto? ¿Desde cuándo está aquí? —se preguntó, incrédula.

A su lado, un juguete del gato confirmaba la teoría de que su bolso era un portal a otra dimensión.

Poniendo los ojos en blanco, Tori optó por dejar las preguntas para otro momento. A fin de cuentas, había aprendido que, en ciertas ocasiones, la ignorancia era una bendición. Y lo de la foto, definitivamente, era un misterio que no tenía ganas de resolver en ese instante.

La certeza de que alguno de sus familiares, ese trío de zumbados como cariñosamente los llamaba, estaba detrás de la incógnita de la foto, no la sorprendía.

Típico de ellos, pensó con una mezcla de resignación y cariño.

Pero incluso después de una exhaustiva búsqueda, la llave del coche brillaba por su ausencia.

—Mierda —resopló con frustración.

¿Dónde demonios podía estar?

Mordiéndose el labio inferior, comenzó a hacer un repaso mental de todos los lugares posibles.

—Como no se haya caído en el casillero… —murmuró, refiriéndose al lugar sagrado donde, supuestamente, deberían estar a salvo sus pertenencias mientras trabajaba.

Y, por si fuera poco, el dichoso casillero estaba en el sótano, cerca del almacén que recientemente había tenido un episodio digno de una película de terror por un corte de luz.

Echó un vistazo hacia donde había visto a Leo por última vez, esperando contra toda esperanza que su amigo todavía estuviera por ahí, pero solo encontró el vacío de la noche.

—¿Y si lo llamo? —se preguntó, aunque la idea se desvaneció tan rápido como vino. No era momento de mostrar debilidad, ni de dejar que el miedo hiciera nido en su mente— Vamos, Tori. ¿Desde cuándo eres miedosa? Exactamente, ¡desde nunca! —se autoconvenció, recordándose que estaba en Greenville, un lugar donde lo más peligroso que podía pasar era que se te acabara el helado en pleno verano.

Armándose de valor, recogió su bolso ya nuevamente abarrotado de misterios sin resolver y lo cerró con determinación. Giró sobre sus talones, lanzando una mirada desafiante al pub ya cerrado y oscuro como si fuera el escenario de su próxima aventura.

—Mataré a Riley —gruñó, sintiendo cómo el miedo intentaba, una vez más, apoderarse de ella.

Pero Tori no era de las que se rendían fácilmente. Con cada paso que daba, se recordaba a sí misma que era una guerrera urbana, lista para enfrentar lo desconocido, incluso si eso significaba aventurarse sola en la oscuridad.

Después de todo, ¿qué era la vida sin un poco de emoción?



Tori nunca había experimentado una carrera tan frenética en su vida.

Si ya había sido veloz como un rayo cuando entró en el pub, bajó al sótano, corrió hasta la taquilla (donde, por un golpe de suerte, la llave estaba tan perfectamente colocada que casi brillaba bajo la escasa luz, como si estuviera esperando por ella), la agarró con una rapidez que ni ella misma se esperaba y volvió a subir las escaleras dos peldaños a la vez, saliendo del pub y cerrándolo a cal y canto de nuevo con una destreza que ni el más experimentado de los cerrajeros podría haber superado, eso no era nada comparado con la velocidad sobrehumana con la que corrió hasta su coche, el corazón golpeando con fuerza en su pecho.

¿Y qué crees que ocurrió cuando llegó al coche, casi sin aliento, con el corazón a punto de saltarse un latido?

Pues lo que sucede en cualquier película de terror de bajo presupuesto, pero que te hace saltar del sofá: la llave, junto con su bolso, decidieron hacer un espectacular salto mortal hacia el suelo.

—¡Joder! —exclamó con una mezcla de frustración y pánico, agachándose para recoger todo en un torbellino de manos temblorosas.

Con la destreza de un malabarista en sus peores días, consiguió juntar sus pertenencias y, tras varios intentos fallidos que habrían hecho reír a cualquiera que lo viera (si no fuera porque estaba completamente sola), logró introducir la llave en la cerradura de su camioneta, que sí, era un modelo más bien antiguo, pero oye, a ella le encantaba.

Era su nave espacial particular en este mundo caótico.

Finalmente, logró entrar en el coche y cerró la puerta y todos los pestillos con un rápido movimiento.

Pero el susto todavía no había terminado, oh no.

Porque justo cuando estaba a punto de suspirar aliviada, una sombra fugaz reflejada en el espejo retrovisor la hizo soltar un grito que bien podría haber despertado a los muertos. En un movimiento digno de piloto de Fórmula Uno, arrancó el coche y salió disparada de aquel lugar que, aunque estaba perfectamente iluminado, nunca antes le había parecido tan aterradoramente

oscuro.

Tardó un rato en volver a respirar otra vez una vez que ya estaba en la carretera. Solo entonces, dejó escapar todo el aire que tenía en los pulmones y se permitió que su corazón volviese a latir con menos intensidad, como si, de alguna manera, el simple acto de conducir por esa carretera solitaria le devolviera un poco de calma a su ajetreada vida.

Ah, pero esa calma era tan engañosa como un cielo despejado en pleno invierno.

—Riley… —solo un nombre dicho en un gruñido era suficiente para desatar una tormenta de pensamientos en su cabeza.

Y es que su adorada prima la había dejado paranoica. Y no sería por los intentos de Tori de que eso no sucediese, ni por las lógicas explicaciones que se daba a ella misma en un intento de convencerse de que estaba exagerando.

No, al parecer la neurosis de Riley le había calado bien hondo, como esas melodías pegajosas que no puedes sacarte de la cabeza ni con el mejor de los esfuerzos.

—Eso es porque tú también piensas como ella —suspiró, una mezcla de resignación y un toquecillo de irritación en su voz.

Sí, exactamente por eso. Porque las malditas flores la habían asustado.

¿Cómo no iban a hacerlo?

En un mundo donde enviar flores podría ser visto como un gesto romántico, en su caso, se sentía más como una señal de alarma. Pero tenía que centrarse y darse cuenta de que podía ser una simple casualidad.

¡Era posible!

Aunque claro, en el fondo, la palabra “casualidad” le sonaba tan probable como encontrar un unicornio en su jardín.

—Demasiada casualidad… —gimió cuando las palabras salieron de su boca, un murmullo que sonaba a derrota.

Movió un poco la cabeza, intentando sacudirse esos pensamientos y centrarse en lo verdaderamente importante: la carretera.

Se conocía ese lugar como la palma de su mano, era el camino que siempre cogía para llegar o para salir de La Mansión. No estaba demasiado iluminado, pero la luz tenue de las farolas esporádicamente colocadas a lo largo del camino era suficiente para conducir sin problemas.

Aunque, claro, eso no hacía nada por disipar el aire misterioso que siempre parecía rodear el lugar.

Tori, decidida a relajarse de una vez por todas, alargó la mano y giró la rueda de la radio de la camioneta, aumentando el volumen a una de sus baladas favoritas de los 80 que, por algún acto de destino o mera coincidencia, era lo que estaba puesto en la radio en ese momento: Angel, de Aerosmith.

Cantando, se dejó llevar por la letra de una canción que, muchas veces, le había hecho soltar alguna que otra lágrima. Cómo no iba a hacerlo con lo que se decía en ella…

La música tiene esa capacidad mágica de transportarte a otros mundos, de hacerte sentir cosas que pensabas olvidadas o, en el caso de Tori, de ofrecerte un breve respiro en medio del caos.

Y cuando más tranquila estaba, cuando por un momento creyó que podría, finalmente, dejar atrás los fantasmas que la perseguían…

—¡Oh, joder! —exclamó de repente, su voz rompiendo el tranquilo y casi sagrado ambiente que la música había creado.

Dio un volantazo instintivo y desesperado al ver lo que emergía frente a ella. El control del coche se esfumó en un instante; las ruedas emitieron un chillido agudo, una protesta contra el asfalto, mientras Tori luchaba con todas sus fuerzas para recuperar el dominio del vehículo.

Su corazón latía al compás frenético de una balada de los 80, una melodía que, hasta ese preciso momento, había sido su consuelo.

El coche derrapó de manera violenta, un giro incontrolable que borró la delgada línea entre la seguridad y el peligro. Se adentró entre los arbustos al borde del camino, que, lejos de ser meros espectadores, se convirtieron en parte de una escena caótica, arañando la pintura y estrellando el cristal al impactar, como si decidieran unirse a la fiesta de la destrucción sin ser invitados.

Cada esfuerzo de Tori por estabilizar el coche solo parecía llevarla a una situación aún más precaria. Un recordatorio de que, a veces, cuanto más intentas arreglar algo, más lo estropeas.

Y entonces, como si el destino hubiera trazado ya su camino, el coche se precipitó al vacío.

En un momento de terror absoluto, el vehículo cayó por un precipicio, con la gravedad dictando su vertiginoso descenso hacia el inevitable final, como si la tierra misma quisiera darle un abrazo mortal.

La caída se sintió eterna, un descenso hacia la oscuridad interrumpido solo por el golpe sordo del coche al impactar contra el suelo, quedando boca abajo en un silencio ensordecedor.

A pesar de la violencia del impacto, la música seguía sonando, un contraste surrealista con la brutalidad del momento.

Baby, you're my angel.

Come and save me tonight.

La canción de Aerosmith resonaba dentro del habitáculo, transformándose de un consuelo a una súplica, un deseo de salvación en medio del caos absoluto.

Finalmente, todo se detuvo.

El coche, ahora un montón de metal deformado y silencioso, yacía boca abajo, inmóvil. Tori, suspendida en su cinturón de seguridad, solo podía oír el eco de la música que gradualmente se desvanecía, como el último aliento de esperanza en medio de la desesperación.

—Ven y sálvame… —susurró Tori antes de cerrar los ojos, entregándose al destino que la carretera, esa noche, había decidido para ella.



Capítulo 6

Los pasos acelerados de un par de botas descoloridas y maltrechas, de esas que habían conocido días mejores y ahora susurraban historias de mil y una aventuras con cada crujido de su cuero, resonaron por los pasillos del hospital.

Un eco de urgencia que parecía querer competir con el frenético latir de un corazón, que si fuera audible, seguramente haría que cualquiera a su alrededor pensara que estaba a punto de saltar del pecho y darle un jodido ataque al pobre desgraciado dueño.

No era para menos, después de todo, considerando la razón por la que estaba allí, corriendo como si el mismísimo diablo le pisara los talones.

"*Raider… Será mejor que vuelvas. Es Tori.*"

Aquellas palabras retumbaban en su cabeza, un mantra tortuoso que lo perseguía sin descanso desde el momento en que las escuchó.

Un zumbido constante que no dejaba de recordarle el motivo de su carrera desesperada.

Con un gesto casi teatral, Raider sacudió la cabeza, intentando alejar esos pensamientos que lo asediaban sin piedad, como si con el simple movimiento pudiera deshacerse de la carga que le oprimía el pecho. Apretó la mandíbula con tanta fuerza que casi podía jurar que sintió el esmalte de los dientes chocar, un dolor que en cualquier otra circunstancia le habría arrancado una mueca, pero que en ese instante era nada, insensible al dolor físico, sumergido como estaba en un mar de miedo y angustia.

Un miedo visceral, profundo, que lo consumía con cada paso que lo acercaba a su destino.

Y ahí, a unos pocos metros que parecieron estirarse como un mal chiste del destino, Raider vislumbró una figura vestida con la impoluta bata blanca que tanto conocía. No importaba que estuviera de espaldas, no había error posible; lo conocía demasiado bien.

Sin dudarlo, aumentó el ritmo de sus pasos, cada uno resonando con una determinación feroz, hasta colocarse delante de él.

—¿Dónde está? —las palabras brotaron de sus labios sin preámbulos, sin saludos ni cortesías.

Nada.

Solo la urgencia cruda y la necesidad desesperada de saber.

Raven levantó la mirada de los papeles que leía y fijó sus ojos en Raider. Lentamente, como si cada movimiento fuera medido, levantó la cabeza, enfrentando la tormenta que veía reflejada en los ojos de quien era como su hijo.

—Raider…

—¿Dónde está? —la impaciencia de Raider se desbordaba por cada poro de su piel.

No había lugar para rodeos ni eufemismos; quería respuestas y las quería ya.

—Papá… —suspiró Rebel al pararse al lado de Raider. Había sido el encargado de recoger a Raider en el aeropuerto más cercano y de llevarlo, directamente, hacia el hospital.

En esa palabra que había pronunciado en un suspiro, Rebel le pedía a su padre que le diera una respuesta a Raider. Porque, por más que lo intentara, nadie, ni siquiera las paredes de aquel hospital impregnadas de historias y secretos, detendrían a su primo.

Encontraría a Tori, aunque tuviera que revisar cada rincón, cada habitación, cada espacio de ese laberinto de pasillos y habitaciones. No había obstáculo lo suficientemente grande ni escondite lo suficientemente pequeño como para disuadirlo de su misión.

Rebel lo conocía muy bien, siempre lo había considerado así, familia, aunque quizás el término se quedaba corto para describir la profundidad de su vínculo.

Para él, Raider era más, mucho más, como el hermano mayor que nunca tuvo.

Aquel que te enseña a montar bicicleta, que te defiende en el colegio, y que te cuenta los secretos para enfrentar el mundo.

Que Raider decidiera alejarse de la vida de todos hacía años le había hecho más daño de lo que nadie podía imaginar. Se sintió solo, abandonado. Como si de repente, el faro que guiaba su camino hubiera sido apagado en medio de la noche más oscura.

Pero ahora volvía a estar allí.

Aunque no por una buena razón.

—Te pedí que no lo trajeras directamente al hospital —sí, su padre le había pedido eso, con una voz tan seria que casi podías verle ponerse la corbata al hablar—. Te esperan en casa —dijo entonces, mirando a quien consideraba su sobrino, con esa mirada que intentaba ser severa, pero que se perdía en el cariño de años compartidos.

Una risa irónica salió de la garganta de Rebel.

—Sabías que pedías un imposible —dijo el chico, con una sonrisa juguetona dibujándose en su rostro, era el vivo retrato de su padre, tanto en apariencia como en ese espíritu indomable.

—¿Dónde está? —insistió de nuevo Raider, que no estaba para tener paciencia.

La urgencia y la frustración se mezclaban en su voz, creando un cóctel de emociones que estaba a punto de desbordarse.

—Acaban de volver a llevarla a la UCI después de hacerle algunas pruebas —reveló Raven, su voz tranquila, contrastando con la tempestad que se desataba en Raider.

Y antes de que este pudiera girar sobre sus talones y lanzarse hacia allí mismo, impulsado por un instinto casi primitivo, Raven lo agarró del brazo con una firmeza sorprendente.

—No te dejarán entrar.

La noticia le cayó como un jarro de agua fría.

Raider se deshizo del agarre con un furioso movimiento.

—¿No me dejarán entrar ellos o no me dejarás tú? —la pregunta de Raider salió disparada con un tono defensivo, cargado de esa mezcla de incredulidad y desafío que solo Raider sabía ponerles a las palabras.

Raven, por su parte, enarcó las cejas, sorprendido y, por qué no, quizás un poco divertido ante la osadía de su sobrino. No tenía razones para comportarse de manera tan hostil con él, pero podía entenderlo.

Hasta cierto punto.

A fin de cuentas, cuando de Tori se trataba, Raider siempre había sido más impulso que lógica.

Más corazón que cabeza.

Por eso que se marchase lejos, después de terminar la relación, era algo que nunca había entendido.

—Si estás aquí como familia o como ex de mi hija, estás en el lugar equivocado. Para eso, vete a La Mansión y espera como los demás. También puedes darte media vuelta, volver por donde viniste y regresar allí donde sea que estuvieras, en medio de la selva, porque has hecho tu viaje en balde, mi querido sobrino —la voz de Raven era firme, pero detrás de esa severidad había un matiz de preocupación genuina, no solo por su hija, sino también por Raider.

Raider apretó todavía más la mandíbula, y también sus puños, incluso aquel en el que agarraba, con fuerza, una carpeta que traía con él.

—Estoy aquí como su médico —dijo con la voz grave, dura, inflexible.

Las cejas de Raven volvieron a subir, esta vez tocando, casi, el nacimiento de su pelo.

—¿Por qué crees que aceptaré algo así? —inquirió Raven, con un tono mezcla de incredulidad y sarcasmo, como si le hubieran propuesto cruzar el Atlántico en patinete.

Como si la idea le pareciera más que una locura.

Algo que no tenía sentido, porque…

—¿No es por eso por lo que me buscaste? —Raider levantó la carpeta que llevaba agarrada en una mano, mostrándosela al médico.

Era la carpeta que Raven le había hecho llegar con Rebel cuando lo recogió en el aeropuerto, para que se empapara de todo lo concerniente a Tori.

—Bueno, hasta los genios se equivocan —soltó Raven, con una seriedad que cortaba el ambiente.

—Maldita sea —Raider se pasó las manos por el pelo, su frustración alcanzando niveles extremos—. Soy el mejor —declaró Raider, con una seguridad que no surgía del ego, sino de la cruda realidad—. Y lo sabes.

Como su mentor, que durante un tiempo había sido ese hombre que tenía enfrente, Raider no

lo decía por arrogancia.

Era, simplemente, un hecho.

—Y para tu hija quieres al mejor —matizó, clavando las palabras.

Raven asintió varias veces con la cabeza.

—Sí, hubo un tiempo en el que pensé que lo eras… —murmuró, y ambos sabían que se refería a años atrás.

Y no, precisamente, en su papel de médico, sino en un capítulo anterior de sus vidas.

El cuerpo de Raider se puso más tenso de lo que estaba, si eso era siquiera posible.

Raven lo miró de arriba abajo, desde su pelo largo y desgreñado, hasta esa barba de meses que lo hacía lucir mucho mayor de lo que era, pasando por la ropa que antes había vestido un cuerpo ancho y atlético, pero que a día de hoy parecía que había perdido toda la musculatura, como si el mundo hubiera decidido exprimirlo hasta dejarlo seco. Estaba demasiado delgado, incluso para llevar ese par de botas medio destrozadas que parecían haber vivido demasiadas aventuras.

Era evidente que donde venía, las cosas no eran fáciles. Que él no lo había tenido que pasar nada fácil, como si la vida hubiera decidido jugar a los dardos con su destino.

Cuando los ojos color miel de Raven se encontraron con unos turbulentos ojos color azul, una mueca se formó en sus labios.

—No me iré sin verla —dijo Raider, antes de que el médico pudiera decir otra cosa, como mandarlo a casa, por ejemplo—. Necesito verla —dijo, la necesidad y la vulnerabilidad en su voz.

Incluso había un ruego en ella.

Raven suspiró pesadamente, pero terminó asintiendo con la cabeza, como si en ese momento, toda su resistencia se derrumbara.

—Solo un minuto.

—Soy su médico —insistió Raider, tenaz.

—No, todavía no lo eres… —la voz de Raven se perdió en el aire, cargada de un pasado no resuelto y un futuro incierto.

Como una historia que aún estaba esperando ser escrita.



Era un iluso, al parecer.

Uno de esos que aún cree en los cuentos de hadas y finales felices, pero la realidad, esa señora sin filtros ni piedad, tenía otros planes.

—No es esto a lo que me refería —dijo Raider, con esa voz que intentaba ser firme, pero que se quebraba.

Era incapaz, completamente incapaz, de quitar los ojos de Tori.

Ahí estaba ella, tumbada en una cama que parecía más una prisión de almohadas que un lugar de descanso, con una pierna y un brazo escayolados. Llena de cables, de tubos y de máquinas por todos lados, que pitaban y zumbaban, creando una sinfonía que nadie quería escuchar.

Raider tragó saliva, un acto tan simple que se convirtió en la hazaña más difícil del mundo en ese momento. Era como si cada gota que bajaba por su garganta llevara consigo un trozo de la angustia que sentía.

—Tampoco era así como tenía que volver a verla —susurró más para sí mismo que para nadie más.

—No creo que a ella le gustase que la vieras así tampoco —dijo Raven, que se encontraba de pie, al lado de su sobrino, mirando también por el cristal que los separaba de su hija. —Ni siquiera querría verte, ya que estamos.

En eso somos diferentes, pensó Raider mientras la miraba a través del cristal.

—Pero no creo que esté en condiciones de elegir —suspiró pesadamente Raven, un sonido cargado de derrota y resignación.

Raven puso su mano en el hombro de su sobrino y le dio un pequeño apretón.

—Un minuto —dijo entonces, concediéndole un poco de privacidad, si es que eso era posible en ese pequeño cubículo donde se encontraba, en aquel espacio que hacía de antesala, de intermediario entre el exterior y la habitación donde Tori se encontraba.

Se sentía más como un limbo, un lugar entre dos mundos donde la esperanza y la desesperación se daban la mano.

Raider asintió con la cabeza.

—Gracias —susurró Raider, su voz cargada de sinceridad y agradecimiento por el gesto considerado de su tío.

En ese momento, mientras la puerta se cerraba con un suave clic detrás de él, Raider se encontró inmerso en un mar de reflexiones. Deslizó las manos en los bolsillos de su pantalón, como buscando refugio en esa simple acción, y cerró los ojos por un instante fugaz. Quizás, en el fondo de su corazón, albergaba la esperanza, aunque sabía que era vana, de que al abrirlos nuevamente, la realidad que lo confrontaba cambiaría mágicamente.

“—¿No puedes andar? —Tori había lanzado esa pregunta al aire el día que sus destinos se cruzaron, aquel día en que Raider llegó a La Mansión junto a Rain.

Era el momento en que los adultos finalmente habían bajado la guardia, dejando de prestarles atención, sumergidos en sus propias conversaciones y asuntos.

Raider, con la vulnerabilidad escondida tras una máscara de indiferencia, no había respondido. Se limitó a encogerse de hombros, un gesto que escondía mucho más de lo que revelaba.

La pequeña morena de ojos enormes y expresivos lo miró con una intensidad que parecía perforar todas las barreras. Movió su cabeza ligeramente, como si tratara de descifrar un enigma particularmente complicado, y frunció el ceño, una mueca de determinación pintada en su rostro.

—Lo harás, porque yo te ayudaré —declaró con una firmeza que desafiaba su corta edad.

—¿Por qué? —la pregunta de Raider no buscaba realmente una respuesta. Era más un eco de todas las veces que se había preguntado, en la soledad de sus pensamientos, por qué después de todo lo que había vivido, después de cada tormenta que había atravesado, ahora parecía que todos los que llegaban a su vida querían ofrecerle una mano.

Se preguntaba, en un rincón sombrío de su mente, si realmente lo merecía.

Tori se encogió de hombros, su gesto simple, pero cargado de significado.

—Porque somos familia —respondió, como si eso explicara todo, como si esa palabra, "familia", fuera la llave maestra que abría todas las puertas, incluso aquellas que Raider había creído cerradas para siempre. Su tono llevaba implícito un "¿es que no es evidente?", como si la respuesta fuera la más natural del mundo.

Esa fue la primera vez que Tori extendió su mano hacia él.

Y él, superando la maraña de dudas y temores, la aceptó."

—Ahora me toca a mí —susurró Raider, sus palabras, una declaración de intenciones.

Miraba a quien durante mucho tiempo había sido la persona más importante en su vida.

A quien había sido su todo.

¿Acaso no lo sigue siendo?

—Vas a salir de esta —juró.



Capítulo 7

Tras escuchar un “adelante”, Raider abrió la puerta del despacho que ahora pertenecía a su tío y entró.

—Ponme al día —dijo, cerrando la puerta tras de sí con un movimiento seguro y decidido.

Raven, dejando a un lado los papeles que estaba leyendo, le ofreció un asiento frente a él con un gesto de su mano.

—¿No prefieres tomarte un tiempo para descansar? —inquirió con una leve preocupación.

—No seré capaz de hacerlo —reconoció Raider, su mirada azul intensa denotaba una determinación férrea.

—Pues te hace falta, tanto como una buena comida —insistió Raven, buscando su bienestar.

—Habrá tiempo para eso después… —contestó Raider, su voz reflejaba una mezcla de urgencia y resignación.

—Para poder hacerte cargo de mi hija, primero tienes que cuidar de ti mismo —dijo Raven, esperando que su mensaje calara hondo—. Si no entiendes eso…

Raider suspiró, la realidad de las palabras de su tío calando finalmente.

—Tienes razón.

—Siempre la tengo —sonrió Raven, su ego tan inflado como siempre, pero con un toque de cariño.

A pesar de sí mismo, una sonrisa se dibujó en los labios de Raider.

—Supongo que hay cosas que nunca cambian —admitió, sintiéndose algo más relajado.

—Por suerte para todos. ¿Qué sería de La Mansión sin mí? —bromeó Raven.

—Eso me pregunto yo —respondió Raider, su sonrisa se amplió, un destello de humor en sus ojos.

—Tu madre debe estar ansiosa por verte. Y Rain también — mencionó Raven, cambiando el tono—. Ya les costó aceptar que fuera Rebel quien te buscase en el aeropuerto y no ellos, pero te necesitaba con la mente fría para que leyeses el historial —sonrió—. Tu madre no se habría callado en todo el camino.

Raider también sonrió, aunque fue una sonrisa triste.

—Yo también tengo ganas de verlos —confesó Raider, la añoranza tiñendo su voz.

Eran sus padres, su verdadera familia. En cuanto a su familia biológica, no había vuelto a saber nada de ellos, algo por lo que estaba agradecido a Rain, su padre adoptivo. Sabía que era gracias a él.

—Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad? —preguntó Raven, su tono era suave, sin juzgar, simplemente buscando entender.

—Demasiado… —la respuesta de Raider llevaba un peso de reproche hacia sí mismo por haberse alejado tanto tiempo, por no haber regresado antes.

Por las circunstancias que lo obligaron a volver.

—¿Piensas quedarte? —preguntó entonces Raven, tocando el tema del futuro, de un compromiso a largo plazo.

Raider abrió la boca para responder, pero las palabras se le atascaron en la garganta. No estaba seguro de qué decir.

—Entiendo… —suspiró Raven, notando la lucha interna de su sobrino, y volvió a centrarse en el presente colocando una carpeta delante de Raider—. Has leído todo esto —comentó, señalando los documentos que Raider había traído consigo al llegar. Luego, añadió algunos papeles más encima—. Estos son los resultados de las pruebas que le hemos hecho hoy —explicó, y colocó un sobre grande al lado—. Aquí están las radiografías.

Raider, sin perder tiempo, las extrajo del sobre, se levantó y se acercó al visor. Las colocó cuidadosamente.

Raider observaba atentamente las imágenes iluminadas ante él, su expresión concentrada y profesional. Raven, por su parte, esperaba pacientemente, sabiendo que la experiencia de Raider como cirujano traumatólogo podría ofrecer nuevas perspectivas sobre el estado de Tori.

—Estas fracturas son complejas —comenzó Raider, señalando el área del fémur y la tibia en la pierna de Tori, así como la complejidad adicional de la fractura en el brazo, específicamente en el radio y el cúbito.

Raven se levantó y se acercó a su sobrino, colocándose a su lado y mirando, también, las radiografías.

—¿Ves esto? —preguntó Raider señalando un punto en concreto en la pierna y luego moviendo su dedo hacia un punto en el brazo— La cirugía de urgencias realizada fue para estabilizar las fracturas mediante la inserción de placas y tornillos ortopédicos. Sin embargo, observo problemas en la alineación ósea y en la consolidación de las fracturas. Además, los daños en los ligamentos y en el tejido blando circundante complicarán significativamente la rehabilitación.

Raven asintió, absorbiendo la información.

—¿Qué sugieres? —preguntó, su voz teñida de preocupación.

—La cirugía adicional es inevitable —explicó Raider, su tono firme—. Han hecho un trabajo bastante bueno en la cirugía de urgencias, mejor de lo que me esperaba. Afortunadamente, no hay daño en la médula espinal. Pero es crucial corregir la alineación de las fracturas para asegurar una recuperación óptima. Además, la reparación de los ligamentos y el tratamiento de los tejidos blandos dañados son fundamentales para restaurar la funcionalidad y minimizar el

dolor y la discapacidad a largo plazo.

—¿Y qué implica eso para la rehabilitación de Tori? —inquirió Raven, intentando anticipar el camino que les esperaba.

Raven suspiró, se cruzó de brazos y continuó mirando las radiografías que tenía delante.

—No será fácil. La rehabilitación será intensiva y, en muchas ocasiones, insoportable —admitió Raider—. Después de la cirugía, y una vez que las heridas hayan sanado lo suficiente como para comenzar la fisioterapia, Tori tendrá que enfrentarse a un programa riguroso. Le costará sostener su peso inicialmente, debido al daño en los tejidos blandos y los ligamentos, lo que requerirá el uso de terapias de soporte como muletas o silla de ruedas temporalmente. La hidroterapia, para fortalecer los músculos sin poner demasiada presión sobre las fracturas reparadas, será fundamental.

—¿En la piscina?

—En la piscina de La Mansión —concordó Raider—, estoy convencido de que podemos adaptarla con todo el equipo necesario para que Tori pueda llevar a cabo su recuperación allí. Considerando la casa, gracias a las modificaciones previas hechas para Carmichael, ya está parcialmente adaptada para una silla de ruedas, pero necesita algunos cambios. Preferiría acondicionar una habitación específicamente con toda la maquinaria y equipo necesario para su rehabilitación. La conoces, Raven, será mucho más conveniente para ella de esta manera. No necesitará desplazarse constantemente, lo cual me permitirá organizar y aprovechar el tiempo de rehabilitación de manera mucho más eficiente.

Raven se pasó una mano por el cabello, procesando la información.

—Hablaré con tus padres y tus tíos…

—Sabes que harán todo lo que puedan y más.

Así eran los habitantes de La Mansión. Todos para uno, al igual que los mosqueteros.

—Y me encargaré de conseguir todo el equipo necesario. Simplemente, hazme una lista de todo lo que necesitas.

—Perfecto. Yo también puedo aportar recursos para adquirir material y estoy seguro de que alguna que otra máquina.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? —preguntó Raven.

Raider suspiró y lo meditó un momento.

—De mucho tiempo. De meses… —su tío asintió con la cabeza y él continuó—. La cirugía debe ser inmediata. Me encargaré de organizar todo, empezaré hoy mismo a hacer llamadas. Necesito algunas pruebas adicionales también antes de proceder, como resonancias magnéticas para evaluar el estado de los tejidos blandos y planificar con precisión la reparación de los ligamentos.

—Lo que haga falta.

—La cirugía será importante, pero también será crucial la rehabilitación. Será, como te digo, dura y larga si lo que queremos conseguir es que Tori pueda volver a su nivel de actividad anterior —explicó Raider—. Pero con una cirugía exitosa y un compromiso firme con la rehabilitación, es posible una recuperación completa.

—¿Estás seguro? —la voz de Raven vibraba con un matiz de esperanza, casi como si se aferrara a la más mínima posibilidad de un desenlace favorable.

Los ojos de Raider se encontraron con los de su tío, y en ese breve intercambio de miradas, entendió la profundidad de la pregunta. No era solo una cuestión de confianza o de habilidad; era el miedo tangible a enfrentar las consecuencias de un futuro incierto.

Sabía que su tío le preguntaba por los riesgos, por ese temor latente de que las cosas no salieran según lo planeado, de enfrentarse a un resultado que ninguno de los dos deseaba siquiera imaginar.

—Puede terminar en una silla de ruedas para siempre —las palabras salieron de su boca con una mezcla de realismo y pesar.

Por un instante, el peso de esa posibilidad pareció colgar en el aire, una sombra sobre sus esperanzas. Pero tan rápido como apareció, Raider sacudió la cabeza, desechando ese pensamiento con una determinación férrea. No iba a rendirse, no sin luchar con todas sus fuerzas.

—La cirugía no será un camino de rosas, y como en toda operación, las cosas pueden salir mal —era consciente de los desafíos que tenían por delante—. Pero no realizarla tampoco es una opción.

—Entiendo… —también era cirujano, lo entendía.

—Me dejaré la vida en ello. Tori se recuperará. Haré que sea así —juró, con una convicción que resonaba en cada palabra, en cada sílaba.

Era más que una promesa; era un voto inquebrantable.

Un asentimiento silencioso era todo lo que Raven, aliviado, podía ofrecer en ese momento.

Y es que desde el momento en que lo llamaron para decirle que a su hija había tenido un accidente, sintió que el mundo se le venía encima y no veía luz por ningún lado.

—Además, estamos hablando de Tori, no se dará por vencida fácilmente.

Raven soltó una risa suave, cargada de entendimiento.

—Tampoco facilitará las cosas —comentó, con un profundo conocimiento de su hija.

La perspectiva de que tendría que colaborar estrechamente con Raider añadía una capa adicional de complejidad a la situación.

Era evidente para ambos lo que Raven insinuaba.

—En cuanto a los recursos, ¿cómo estamos? —indagó Raider, buscando asegurar lo mejor para Tori.

—No te preocupes por eso —respondió Raven con confianza—. Entre lo que Carmichael y yo hicimos, nos aseguramos de que el hospital estuviera bien equipado.

—Estoy acostumbrado a trabajar con los recursos disponibles, sea cual sea su nivel de modernidad —comenzó Raider, desplegando una actitud de adaptabilidad mientras se sentaba de nuevo, cruzando las manos con decisión—. No me preocupa si no contamos con la última tecnología, pero es crucial saber con qué equipo contamos. El primer paso es conformar el equipo médico, tarea de la cual me encargaré personalmente para asegurarme de que estén aquí mañana mismo. Confío plenamente en mis colegas y amigos; sé que no me decepcionarán. Es esencial que estén plenamente informados sobre los detalles específicos de las fracturas y el daño a los tejidos blandos. Me involucraré directamente en la planificación de la cirugía con el equipo para asegurar el mejor enfoque posible.

La sonrisa de Raven fue inevitable, suavizando las líneas de preocupación que habían marcado su rostro.

—Hablas como todo un doctor —comentó, su tono revelando un matiz de orgullo mezclado con sorpresa.

¿Cuándo había madurado tanto Raider?, se preguntaba internamente, observando la transformación del muchacho en el profesional que tenía delante.

—Aprendí de los mejores —respondió Raider con un tono de humildad y gratitud, lanzando una mirada significativa hacia Raven.

En ese momento, un velo de melancolía cubrió la conversación, los recuerdos de aquellos tiempos más inocentes y simples aflorando en ambos.

Eran días en los que Raider, aún un novato en la vida y en la medicina, no portaba las cicatrices visibles de las batallas que ahora lo definían.

Días en los que Tori, libre de las ataduras de cables y máquinas, visitaba el hospital no por necesidad, sino para ver al joven que hacía que sus ojos brillaran con la luz del primer amor.

Un pasado lleno de promesas y esperanzas, ahora eclipsado por la realidad presente.

Un suspiro se escapó de los labios de Raven, una exhalación cargada de recuerdos y anhelos de un tiempo que, sabía, no regresaría.

—¿Cuándo crees que podrá realizarse la cirugía? —inquirió, intentando volver al presente, con un carraspeo que buscaba disipar el peso de la nostalgia.

Esa pregunta, formulada con la voz ligeramente temblorosa, pero firme, era más que una simple duda sobre tiempos y fechas. Era una declaración de confianza.

Con ella, estaba diciéndole a Raider, sin necesidad de palabras adicionales, que confiaba plenamente en él.

Que ponía a su hija en sus manos.

Raider captó el significado de inmediato, entendía perfectamente lo que significaba esa

confianza para un padre, el acto de fe que implicaba dejar en sus manos lo más preciado de su vida.

Y no les iba a fallar. A ninguno de los dos.

—Considerando que Tori ha estado sedada desde el accidente, preferiría no demorar el procedimiento más de dos días, tres a lo sumo. Es el tiempo necesario para asegurarnos de que todo esté perfectamente preparado. En cuanto a la rehabilitación —prosiguió Raider, su tono reflejando tanto su profesionalismo como su compromiso—, estableceremos coordinación con un fisioterapeuta especializado en lesiones ortopédicas complejas. Buscaremos a alguien capaz de personalizar el programa de rehabilitación para adaptarlo a las necesidades únicas de Tori y modificarlo según su evolución.

La respuesta de Raven fue un asentimiento, encontrando un consuelo en la experiencia y el detalle de la planificación de Raider.

—Pero insisto en tomar la responsabilidad directa de la rehabilitación —añadió Raider, un destello de determinación en su mirada—. Nadie más que yo se encargará de ello.

Esta declaración no pareció sorprender a Raven en lo más mínimo.

—Claro, siempre y cuando tú, en tu doble papel de director del hospital y padre, me lo permitas. Aunque quiero creer que me buscaste y me pusiste al tanto de su historia clínica nada más poner un pie en el país porque me quieres a mí.

Raven hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

La verdad era que sí, así era exactamente.

La complicidad entre ellos era palpable, incluso en una situación tan tensa como esa.

—Porque sabes que nadie se dejará la piel como yo cuando se trata de Tori —continuó Raider, su voz cargada de una determinación férrea.

No era solo su profesionalismo lo que lo impulsaba; esto era personal, algo que le llegaba hasta lo más profundo del alma. Era la clase de compromiso que iba más allá de lo profesional; era personal, visceral.

De eso no había duda tampoco, pero había un “pero”, uno que Raven no podía ignorar por más que quisiera.

—Mi hija no querría verte —comenzó Raven, reposando su mirada sobre Raider después de acomodarse en su silla detrás del escritorio, frente a su interlocutor. Su tono era serio, casi sombrío—, y mucho menos aceptaría que la vieras en un estado tan vulnerable. Nunca me lo perdonaría si, además, te designo como su médico. Imagínate, ella en esa cama de hospital, y tú entrando por la puerta como su salvador… No, definitivamente, no se lo tomaría bien.

Hubo una pausa, un momento cargado de tensión no expresada, como si el aire se hubiera vuelto denso, casi palpable, antes de que Raider hablase.

—Pero… —intervino Raider, sabiendo que la frase continuaba así.

—Pero, como bien has mencionado, deseo lo mejor para ella, y todos estamos conscientes, ella incluida, de que el mejor eres tú —afirmó Raven con una convicción que brotaba tanto del respeto profesional como de la desesperación de un padre.

—No fallaré —prometió Raider, con una firmeza en su voz que parecía cortar el aire cargado de dudas y temores.

Era una promesa no solo a Raven, sino a sí mismo, un compromiso inquebrantable.

Su decisión de estudiar medicina no había sido fruto del azar, sino motivada por el profundo deseo de ayudar a los demás. Este deseo se fortaleció tras dos eventos críticos en su vida: primero, un accidente grave que él mismo sufrió en su infancia; segundo, el desafío enfrentado por su madre tras las consecuencias de otro accidente devastador. Estas experiencias lo marcaron profundamente, orientando su vocación hacia la cirugía traumatológica. Motivado por la notable recuperación de su madre, quien logró sobreponerse significativamente bajo el cuidado de especialistas, optó por especializarse en este campo. Esta elección se vio reforzada al tener la oportunidad de aplicar sus conocimientos y habilidades en el tratamiento de su madre, lo que contribuyó significativamente a su mejoría.

Su habilidad para transformar dolor en esperanza era su verdadera vocación.

Menos cuando de Tori se trata…, pensó.

—Me da igual lo que haya pasado entre vosotros —dijo entonces Raven, su voz firme, cortando cualquier intento de excusa o justificación antes incluso de que pudieran ser formuladas —, no te he guardado rencor nunca y nunca lo haré. Pero no será fácil. Si ella se recupera, no será una paciente sencilla, y necesito un compromiso firme de tu parte. Lo que no toleraré es que abandones la lucha o que tus sentimientos personales te impidan enfrentar esta situación con la seriedad y profesionalidad que merece.

Al oír esto, Raider apretó los dientes.

Aquello no era justo.

—Sabes que yo no… —respiró profundamente— No me iré. No hasta que ella pueda caminar por sí misma de nuevo —afirmó con una determinación que parecía nacer de lo más profundo de su ser.

—Te odiará —Raven dejó la frase en el aire, insinuando un resentimiento aún más profundo del que ya existía, como si desenterrara fantasmas del pasado que ambos preferirían dejar olvidados.

—Lo soportaré —prometió Raider, deseando en su interior estar a la altura de esas palabras.

—No será fácil —repitió Raven, con un suspiro.

—No la dejaré sola en esto, tío —aseguró Raider, mirando a Raven directamente a los ojos con una sinceridad que no dejaba lugar a dudas—. No la abandonaré, puedes confiar en mí.

Era una declaración de lealtad, un juramento que iba más allá de lo profesional.

Fue entonces cuando Raven lanzó la pregunta que había estado latente entre ellos, como un fantasma esperando ser confrontado.

—Entonces, ¿por qué la abandonaste hace cinco años?



Capítulo 8

Era una sensación extraña, casi surreal, volver a casa después de tantos años lejos.

Era como abrir un libro que has dejado a medias y encontrarlo justo en la misma página donde lo dejaste, aunque esperabas que el tiempo hubiera añadido algunos capítulos nuevos.

Y para su sorpresa, todo continuaba igual, o casi igual, como si el tiempo hubiera decidido tomar un descanso y dejar todo en pausa.

—¿Qué es eso? —preguntó Raider, frunciendo el ceño en una mezcla de confusión y curiosidad, señalando lo que parecía…— Oh, vamos —miró un momento a Rebel, quien había abierto el maletero de la camioneta y gimió antes de volver a posar los ojos sobre el objeto en cuestión—. ¡No me jodas!

—Bueno, eso lo hiciste tú mismo —resopló Rebel, con una mezcla de sarcasmo y resignación en su voz.

Y sin más, se dispuso a bajar la mochila de Raider, ese era todo el equipaje que llevaba consigo. Para Raider, la vida era simple, sin complicaciones. Tampoco necesitaba más.

De hecho, incluso le sobraban cosas.

—Tori —suspiró Raider, negando con la cabeza como si intentara alejar los recuerdos junto con el gesto.

Con las manos en las caderas, miraba la horrible cosa allí, a lo lejos, como si intentara descifrar un enigma.

—Después de que te fueras, tuvo una época… —Rebel, que ya había cerrado el maletero, se paró al lado de Raider y negó con la cabeza a la vez que bufaba, buscando las palabras adecuadas para describir lo indescriptible—. Digamos que difícil. Ahora, que también la puedes llamar *emo* o locura transitoria. Aunque lo de transitorio no, porque zumbada sigue.

Raider lo miró de mala manera al escucharlo, sus ojos destilando irritación.

Rebel, por su parte, puso los ojos en blanco.

—Sois ex, ¿qué más te da? —insistió Rebel, con esa despreocupación que parecía caracterizar cada palabra que salía de su boca.

—Pues me da —dijo Raider, con firmeza en su voz.

—En fin… —suspiró Rebel— ¿Ves la pintura negra que está tapando esa parte? —preguntó entonces, señalando con el dedo a lo lejos— Pues eso es del día antes del accidente —dijo, sin esperar a que Raider respondiera—. Sí, está como una cabra. Y con el tiempo no ha hecho más que empeorar.

—Señor… —es que Raider no podía creer lo que estaba viendo.

—Yo soy partidario de deshacernos de la dichosa casa del árbol —a eso era a lo que tanta

atención le mostraban—. Pero mi madre se niega, dice que es una especie de terapia para ella. Y, como siempre, los tíos y las tías la apoyan. Y mi padre… Bueno, jamás le llevaría la contraria, ya lo sabes —resopló Rebel, con un tono de voz que oscilaba entre la frustración y la incredulidad —. No sé qué terapia puede tener el dibujar cosas monstruosas, pero bueno —fingió un escalofrío—. Hasta un niño de tres años dibuja mejor. Eso es…

—Los dibujos de un paciente con esquizofrenia —una mueca apareció en los labios de Raider al ver los horrorosos dibujos, si es que se les podía llamar así, que adornaban lo que antes era una preciosa casa del árbol.

Y es que dibujar nunca fue el fuerte de Tori. Si Raider le tenía que hacer las tareas para clase, era una clara muestra de que el arte y ella estaban en ligas diferentes.

La pintura, el dibujo, cualquier forma de expresión artística que requiriera de habilidad manual parecía ser su criptonita.

Era casi cómico, considerando cómo se esforzaba, frunciendo el ceño ante un papel en blanco como si pudiera intimidar a las formas y colores para que se acomodaran a su voluntad.

Raider, por otro lado, aunque tampoco se consideraba un Picasso en potencia, tenía un manejo del lápiz y el pincel suficientemente decente como para sacar de apuros a Tori.

—¿Verdad? —Rebel sonó feliz porque alguien, por una vez, pensara como él—. Cuando le abras la pierna y el brazo, aprovecha y ábrele también el cerebro, a ver si así mejora. Auch —se quejó entonces, cuando una mano se estampó en su cabeza.

—No hables así de tu hermana —se quejó Romeo—. Y si hay algún cerebro que abrir, ese sería el tuyo.

—Joder. Tengo sentimientos, ¿sabéis? Y estoy harto de las preferencias —resopló Rebel, cual crío pataleando por atención.

—Raider —sonrió el italiano, mirando a su sobrino con un brillo especial en los ojos, ignorando al otro—. Bienvenido a casa —y se fundió en un abrazo con él, un gesto que encerraba años de cariño y complicidad.

—¿Ves? ¡A mí nunca me das un abrazo! —se quejó el guapo rubio, que más bien parecía una versión joven de Raven, con un tono de voz que oscilaba entre el reproche y la envidia.

—El día que te pierda de vista, te lo daré —sonrió Romeo, metiéndose con él en una muestra de cariño familiar típica.

—No sé para qué vengo a veces —protestó Rebel—. La próxima vez me quedaré en la ciudad.

—¿Para estudiar? —preguntó Romeo con una elevación de ceja que insinuaba incredulidad.

—Tampoco te pases —rio Rebel, sin poder evitarlo.

Lo de estudiar…

No es que no fuera lo suyo, porque la verdad era que se le daba bien. No necesitaba echar mucho tiempo para aprenderse algo de memoria, fortuna de tener una mente privilegiada.

Pero es que era tan aburrido…

Además, él no había encontrado todavía el sentido de su vida y eso, a su edad, era mucho más importante, ¿no?

—Raider, ¡hijo! —exclamó Camila desde el porche de la casa, su voz teñida de una mezcla de alegría y sorpresa, como si aún no pudiera creer que el momento que había estado esperando durante tanto tiempo finalmente hubiera llegado.

Raider desvió la mirada hasta ella y caminó a grandes zancadas para reencontrarse con sus padres. Rain, que acababa de llegar hacía unos minutos del trabajo, con la esperanza de encontrar a su hijo ya en casa, ayudaba a su mujer a bajar los escalones.

O mejor dicho, lo intentaba.

Porque ella le dio un manotazo para que la dejara en paz, demostrando que su independencia no era algo que estuviera dispuesta a negociar, ni siquiera con él.

Podía sola, su cojera era mucho más leve y, lo que era más importante, sus dolores también habían disminuido. Y todo eso era gracias a su hijo, el hijo que, por fin y después de un lustro, tenía de nuevo cerca.

Raider llegó hasta su madre y la cogió al vuelo, encerrándola entre sus brazos en un gran abrazo mientras ella reía y lloraba a la vez.

—Qué delgado estás —se quejó ella cuando la dejó de nuevo en el suelo, cogiendo la cara de su hijo entre las manos, examinándolo con ojos de madre que todo lo ven—. Y agotado —dijo mirándolo a los ojos.

—Tú estás más guapa que nunca —sonrió él, con ese encanto que siempre había sabido usar para suavizar cualquier situación.

—Será pelota… —bufó Rebel desde un lado, incapaz de resistirse a meter su cuña de humor, incluso en un momento tan emotivo.

—Campeón —llegó el turno de Rain, que abrazó a su único hijo con fuerza—. Te he echado de menos.

—Yo también —confesó Raider cuando volvió a mirarlo a los ojos.

Su padre le dio un par de palmaditas en el hombro y lo miró sonriendo, un gesto que era tanto un saludo como una bienvenida.

Pero la mirada de Raider se desvió en el momento en que una mujer de aspecto cansado, pero con una sonrisa que iluminaba su rostro, se acercó a ellos.

Chloe, con el pelo corto un tanto revuelto y con unas enormes ojeras, era la imagen de la resiliencia y la esperanza. Se paró frente a él y, notando la tensión en el cuerpo de Raider, ella sonrió todavía más.

—Bienvenido a casa —dijo ella y lo abrazó también.

Raider, dejando que su cuerpo soltase toda la tensión que no sabía que llevaba encima, respiró y la estrechó contra su cuerpo.

—Lo siento —dijo él, las palabras cargadas de un peso que había llevado en silencio—. Lo siento mucho… Pero te juro que volverá a ser la de siempre.

Se refería a Tori.

—No lo dudo —suspiró ella y se separó de él, con una mirada que decía que, a pesar de todo, la esperanza nunca había muerto—. Creo que Beth tendrá trabajo al volver a casa. No me dirás que quieres mantener esas greñas y esa barba, ¿no?

—¿Para qué esperar? —una menuda mujer de pelo castaño apareció entonces, con las manos en las caderas y una mirada desafiante que escondía un cariño inmenso. Miró a Raider—. Joder, primo, pues sí que me vas a dar trabajo —una mueca en sus labios.

—¡Riley! —exclamó él, feliz de ver a esa pequeñaja que corrió a lanzarse a sus brazos.

—No te perdonaré que nos abandonases tanto tiempo. No pensarás volver a marcharte, ¿verdad? —sus palabras eran un reproche ligero.

Raider sonrió tímidamente y Riley resopló al entenderlo.

—De verdad, no hay quien os entienda… —suspiró Riley.

—A mí me abrazó más fuerte —dijo entonces Rebel, lanzando una mirada traviesa a Riley.

Esta lo miró con una mueca de asco, tan teatral como genuina.

—Eso no te lo crees ni tú —bufó, desechando su afirmación con un desdén exagerado.

—Celosa… —prosiguió Rebel, la palabra colgando en el aire entre ellos.

—Capullo… —la réplica de Riley fue inmediata.

—Supongo que algunas cosas nunca cambian —sonrió Raider, mientras los dejaba atrás, discutiendo.

Como siempre.

Raider se dejó caer en su cama, y un suspiro pesado y prolongado se escapó de sus labios, de esos que te hacen darte cuenta de que has estado reteniendo el aire sin siquiera notarlo.

Con los brazos apoyados sobre sus rodillas, dejó caer la cabeza sobre las palmas de sus manos, un gesto que hablaba tanto de agotamiento como de alivio.

Por una parte, el viejo refrán de "Hogar, dulce hogar" cobraba todo el sentido del mundo.

Después de años, finalmente estaba de vuelta, y más importante aún, se sentía en casa.

Pero, por otra parte…

“Raider estaba ahí, apoyado casualmente contra el escritorio de su cuarto, sumido en sus pensamientos, cuando de repente la puerta se abrió de golpe. Ni siquiera había tenido tiempo de procesar el sonido cuando, sin más preámbulo y sin esperar un "adelante" o cualquier señal de invitación, apareció ella, Tori, como un rayo de sol irrumpiendo en la habitación, con esa energía contagiosa que siempre la caracterizaba.

Entró en la habitación con una enorme sonrisa que iluminaba su rostro, esa sonrisa que a Raider siempre le parecía que tenía el poder de iluminar hasta el rincón más oscuro de cualquier lugar.

Sin esperar un segundo más, y sin siquiera preocuparse por si la puerta se cerraba detrás de ella o no, Tori corrió hacia él. Raider apenas pudo reaccionar, su sorpresa fue tal que se quedó mudo, observándola mientras ella, en un impulso lleno de felicidad y quizás un poco de locura, se lanzaba a sus brazos.

Atrapado en el torbellino que era Tori, no tuvo más remedio que atraparla, riendo ante la situación tan inesperada pero increíblemente agradable.

—¿Qué haces? —logró preguntar finalmente Raider, entre risas, incapaz de resistirse a la alegría que Tori siempre parecía traer consigo.

Ella, manteniendo sus brazos alrededor de su cuello en un abrazo que decía más que mil palabras, lo miró directamente a los ojos.

Había algo en esa mirada, algo puro y sincero que hizo que el corazón de Raider se detuviera por un momento.

—Te echaba de menos —confesó ella, con esa gran sonrisa que le hacía olvidar todo lo demás.

Raider sintió cómo algo en su interior se removía, un vuelco en el corazón que no esperaba. La simpleza de sus palabras, el sentimiento detrás de ellas, era algo que no podía tomarse a la ligera.

—¿Por qué? Si estoy aquí. Y me has visto hace menos de cinco minutos —respondió él, intentando hacer una broma, intentando aligerar el momento, pero la verdad era que esas palabras habían calado hondo.

Ella se encogió de hombros, y por un momento, la sonrisa se desvaneció de sus labios, reemplazada por una expresión más seria.

Más vulnerable.

—Me siento feliz y me da miedo que desaparezcas —admitió, y en sus palabras había un eco de temor, una confesión de cuánto significaba para ella.

Como desapareció mi madre.

Como desapareció Carmichael.

Eso era lo que seguramente ella pensaba en ese momento.

—No voy a desaparecer —juró él, con una firmeza que esperaba que le transmitiera toda la certeza que él mismo sentía.

Quería que ella supiera, que ella creyera, que estaría ahí, siempre, sin importar qué.

Entonces, como si las nubes se disiparan y el sol volviera a brillar, ella sonrió de nuevo, y en un gesto espontáneo, le plantó un beso en los labios.

Un beso que, para Raider, fue como una promesa, un sello de algo inquebrantable entre ellos.

—Nos van a pillar —susurró Raider a continuación, su voz teñida de una mezcla de preocupación y excitación, consciente del peligro, pero encantado con la aventura de estar con su chica en su dormitorio.

Tori, siempre ella, volvió a encogerse de hombros, restándole importancia a la posibilidad de ser descubiertos, y le dio otro beso, más audaz y desafiante.

Y luego, igual que había llegado, como un torbellino, como una fuerza de la naturaleza que nadie podía detener, se marchó, dejando a Raider con una sonrisa tonta en los labios y un corazón latiendo a mil por hora, preguntándose cómo había tenido tanta suerte de tener a alguien como Tori en su vida."

—¿Y esa sonrisa? —preguntó Riley, apareciendo en la puerta con una curiosidad que parecía rozar la complicidad, como si intuyera la tormenta de sentimientos detrás de ese gesto tan simple.

Raider negó con la cabeza rápidamente, intentando ocultar las huellas de sus recuerdos, esos momentos tan vividos que por un segundo había olvidado que solo eran eso, recuerdos.

—Yo… Nada —dijo, tratando de disimular la profundidad de sus pensamientos.

—Llamé a la puerta, pero no contestabas. Si molesto —dijo Riley, mostrándole los utensilios de peluquería que llevaba consigo, una invitación a cambiar de aspecto y quizás, también, a cambiar de tema—, vuelvo después…

—No, pasa —respondió él, sacudiéndose la melancolía con un gesto y ofreciendo una sonrisa. —Solo estaba distraído.

—¿Pensando en Tori? —preguntó Riley, lanzando un suspiro que se llenó de comprensión al ver cómo la mención de su nombre transformaba la expresión de Raider— ¿Sabes? A ella le pasa lo mismo que a ti.

—¿El qué? —la pregunta de Raider fue cautelosa, como si estuviera en la frontera de querer saber y temer la respuesta.

Pero Riley, con ese aire de quien conoce secretos que los demás apenas pueden imaginar, no

ofreció una respuesta directa.

En lugar de eso, su sonrisa se ensanchó, prometedora y llena de complicidad.

—Ya lo verás… —dejó la frase suspendida en el aire, como una promesa o una premonición, alimentando la intriga y la anticipación en Raider.

Entonces, Riley levantó la mano con la cual sostenía la tijera y jugueteó con ella al abrir y cerrarla, simulando cortes al aire.

—¿Manos a la obra? Porque créeme, no le gustarás nada así —Riley frunció el ceño con una mueca de disgusto al mirar a su primo.

—No creo que le guste la idea de verme de ninguna de las maneras —resopló Raider, su voz cargada con una mezcla de resignación y humor ácido.

—Hmmm…



Capítulo 9

—Maldita sea… —un suspiro cargado de frustración y desaliento se coló a través de la línea, resonando en el espacio como una señal inequívoca de la tormenta emocional que se desataba al otro lado.

No hacía falta verlo para imaginar a su amigo, con los nervios a flor de piel, pasándose las manos por el cabello en un gesto de desesperación, tirando de él como si de alguna manera eso pudiera aliviar la tensión que lo consumía.

—No me jodas, Raider —la voz sonaba ahogada, como si cada palabra le costase un gran esfuerzo.

Raider podía visualizarlo perfectamente, con la angustia marcada en su rostro, enfrentándose a la cruda realidad de la situación.

—La cosa no pinta bien —confesó su amigo, y se notaba que cada sílaba le costaba un mundo.

Era difícil, tremendamente difícil, hablar así de alguien a quien ambos conocían tan íntimamente, a quien querían.

Era como si al verbalizar la gravedad de la situación, la hicieran más real, más palpable, y por ende, más aterradora.

—¿Me vas a ayudar o no? —la pregunta de Raider no era solo un llamado a la acción, era un grito desesperado por agarrarse a cualquier atisbo de esperanza, por diminuto que fuera.

—Pues sinceramente no lo sé, porque mis expectativas, viendo lo que veo ahora mismo —su amigo había recibido las pruebas por correo electrónico, una fría muestra de la realidad que enfrentaban—, no son tan positivas como las tuyas.

—Se puede conseguir —Raider rebatió con una confianza que parecía surgir de lo más profundo de su ser—. Lo puedo conseguir.

—Eso, mejor di eso —el otro médico resopló, su escepticismo inicial dando paso a una especie de resignación admirada—. Desde luego, ni yo ni cualquier mortal se atrevería a semejante cirugía, al menos no con esa confianza.

—Es Tori —Raider lo dijo como si esas dos palabras lo explicaran todo, como si fuesen la clave para entender su determinación inquebrantable.

Y realmente, ¿qué más había que decir?

La mención de su nombre era suficiente. Suficiente para entender la profundidad del lazo que los unía, suficiente para comprender la magnitud del desafío que Raider estaba dispuesto a enfrentar.

—Sí, joder. Eso es lo que más me preocupa. Te conozco, Raider, sé lo gran profesional que eres, no hay uno mejor en tu campo. Pero es Tori, ¿sabes? —la preocupación de su amigo era palpable, una mezcla de admiración por la habilidad de Raider y el temor a lo personal de la

situación.

—¿Es Tori? —una voz femenina, sorprendida y preocupada, se coló en la conversación a través del manos libres, seguida por el sonido de una puerta que se cerraba con suavidad—. Oh, dios mío…

—¿Cómo demonios vas a mantener la cabeza fría? —continuó su amigo, casi como si le leyera la mente a Raider, poniendo en palabras el tumulto de emociones que lo asaltaba— Hay demasiado personal en esto. ¡Sigues colado por ella, por dios! —exclamó, liberando en voz alta el temor que ambos sabían que pesaba como una losa sobre la situación.

—¿Me vais a ayudar o no? —la pregunta de Raider, esta vez en plural, denotaba la tensión que lo embargaba al enfrentarse a esa cruda realidad, a ese temor visceral de no estar a la altura del desafío que el destino le había planteado.

—No deberíamos —admitió el hombre con una voz cargada de resignación—. Si algo sale mal, no nos lo perdonarás en la vida. Y lo que es peor, no te lo perdonarás a ti mismo.

—Nada va a salir mal. ¡Maldita sea, Harry, haré que vuelva a ser la de antes! —Raider apoyó la cabeza en la pared que había tras él, un gesto de agotamiento y determinación mezclados, mientras dejaba escapar parte de la tensión que lo consumía.

—¿Y si no? ¿Y si ni siquiera tú puedes salvarla? —la pregunta colgó en el aire, pesada.

Hubo un momento de silencio al otro lado de la línea, un silencio que parecía extenderse y llenar cada rincón de la habitación donde Raider se encontraba: la habitación de Tori.

Un lugar que había intentado evitar, que le había costado cruzar el umbral horas antes, paralizado por el temor a enfrentarse a los fantasmas del pasado. Pero ahora, en las profundidades de la noche, cuando el mundo parecía sumido en un sueño profundo y él se encontraba incapaz de encontrar descanso, algo lo había llamado hacia allí.

Y allí estaba, sumergido en un mar de recuerdos, en una habitación que se mantenía inmutable al paso del tiempo. Nada había cambiado, salvo por algunos libros nuevos, algunos pósteres adicionales adornando las paredes.

Pero lo que más dolía era la ausencia, el vacío dejado por las fotos de ellos dos juntos que ya no adornaban el espacio, como si se hubieran borrado junto con las posibilidades de un futuro compartido.

—Lo haré —dijo Raider, con una voz que temblaba ligeramente por la emoción.

En esas dos palabras resonaba todo: la promesa, la determinación, el amor inquebrantable que lo impulsaba a enfrentarse a lo imposible.

Porque, al final del día, era Tori.

Y eso lo cambiaba todo.

—¿Me hablas como el hombre que la quiere o como médico?

—Como ambos —respondió Raider, sin el menor atisbo de duda en su voz, sin negar los

sentimientos profundos que albergaba por ella.

Porque a él, a su amigo, no tenía que ocultarle nada.

Con él no tenía que enmascarar nada.

Harry suspiró pesadamente, un sonido que parecía arrastrar consigo el peso del mundo.

Estaba claro que entendía la magnitud de lo que Raider estaba pidiendo, lo arriesgado del asunto, especialmente con tan poco tiempo para preparativos.

Pero Raider estaba seguro de su decisión, seguro de lo que estaba a punto de hacer. Sabía que la cirugía representaba un riesgo, pero ¿qué procedimiento quirúrgico no lo era?

—Confío en vosotros —afirmó, con una fe inquebrantable en su equipo—. Os estoy pidiendo ayuda porque sé que, juntos, podemos hacerlo. No me sentiría igual de seguro si me dejáis solo en esto.

—Joder, eso no ayuda, precisamente —bufó Harry, su frustración palpable en cada palabra.

Raider esbozó una sonrisa triste, consciente de la presión que sus palabras ejercían sobre sus colegas.

—¿Crees que tengo opción, Harry? Mira a tu mujer —se refería a la mujer que había entrado antes, una pieza clave en el equipo que deseaba formar— y ponte en mi lugar. ¿Tendrías elección? ¿No harías lo imposible, no te aferrarías al último clavo ardiendo para salvarla?

—Eso es jugar sucio —resopló Harry, aunque no podía negar la validez del argumento, especialmente bajo la mirada cómplice de su esposa, quien le sonrió y le guiñó un ojo, mostrando su apoyo incondicional—. ¿Y si decimos que no? —preguntó, más como un desafío que como una verdadera pregunta.

—Aun así, lo haré —respondió Raider, su determinación brillando a través de sus palabras—. Haré lo que sea necesario para que ella vuelva a ser la que siempre fue.

Harry gimió, consciente de que la batalla estaba perdida ante tal firmeza.

—Maldito idiota… Más te vale que después de esto, dejes de hacer el gilipollas y dejes de huir. Más te vale dejar de lado los miedos y las inseguridades, que seas sincero sobre lo que sientes y que, esta vez, sí luches por ella y le pongas, de una vez por todas, el maldito anillo en el dedo. ¡Y el padrino soy yo, obviamente!

—¿Eso significa que…? —la pregunta de Raider quedó en el aire, interrumpida por Lina, la esposa de Harry y otra profesional vital para el equipo que Raider deseaba conformar.

—Que es hora de que hagamos las maletas —declaró ella, con una sonrisa que hablaba de desafíos aceptados y batallas a enfrentar juntos—. Somos un equipo, ¿no?

Sí, lo eran.

Lo habían sido en muchas ocasiones.

Raider permaneció en silencio, su expresión serena, sin gritos de alegría, pero con un brillo de

gratitud y determinación en la mirada.

—Dime una cosa, Raider —dijo Harry, su tono ahora ligeramente acusador, pero teñido de cariño—. Sabías que diríamos que sí, ¿verdad?

El guapo moreno de ojos azules respondió con una seguridad que no admitía dudas.

—Sí —una sola palabra, pero cargada de certeza y confianza.

—Serás capullo, ¿entonces para qué toda esta conversación dramática? —la queja de Harry fue casi un rugido.

Lina soltó una carcajada, era evidente que, a pesar de las circunstancias, su dinámica no cambiaría.

—Eso pregúntatelo tú, que eres el drama personificado —replicó Raider, con una sonrisa que suavizaba sus palabras.

—Mira, algo que tenemos en común Tori y yo —dijo Harry, encontrando un destello de humor en medio de la tensión—. ¡Serás capullo!

Su comentario arrancó una breve risa a todos, sirviendo como un breve respiro antes de lo que estaba por venir.

Raider, tras terminar la llamada, se tomó un momento para mirar alrededor de la habitación de Tori. No estaba buscando nada en particular, pero era su manera de asegurarse de que todo estaba en orden.

Aunque faltase ella…

Con la certeza que sentía al ver a su equipo unido, Raider finalmente se giró hacia la puerta. Ante él, se extendían días largos y desafiantes, pero estaba listo.

Con un último vistazo, Raider abandonó la habitación.

Apenas había cerrado la puerta de la habitación de Tori, cuando un estruendo proveniente de la planta baja captó su atención de inmediato.

Raider suspiró profundamente y negó con la cabeza.

—Desde luego, algunas cosas nunca cambian… —murmuró para sí mismo.



—¿Qué hacéis aquí? ¿Reunión de medianoche? —preguntó Raider, elevando una ceja en un gesto de curiosidad y sarcasmo a partes iguales, al irrumpir en la cocina y encontrarse con ese

singular y peculiar cuarteto sentado alrededor de la mesa, inmersos en una conversación susurrada, casi confidencial, mientras uno de ellos, en este caso Romeo, ejercía de anfitrión improvisado, rellenando las tazas con café recién hecho para los que querían un chute de cafeína y sirviendo cerveza sin alcohol a quien prefería aquello, que en esa ocasión, solo era Sylvester.

A Raider no le sorprendía en absoluto toparse con esta escena; después de todo, era un ritual más que común entre ellos y ese lugar, la cocina, se había convertido en su punto de reunión por excelencia, especialmente para los tres que tenían el privilegio de llamar a La Mansión su hogar.

El cuarto miembro de esta singular asamblea nocturna, el agregado ocasional, se unía a ellos cada vez que las circunstancias lo permitían.

Mejor dicho, cada vez que las disputas con su esposa lo dejaban buscando refugio fuera de su hogar.

Y, juzgando por cómo se aferraba a esa cerveza sin alcohol, era evidente que había tenido otro de esos altercados.

—Raider —el abogado de la familia, con un gesto amistoso, levantó la mano para chocarla con la de Raider, quien se inclinó ligeramente para abrazarlo, a pesar de que el hombre no se molestó en levantarse—. ¿Cómo estás, muchacho?

—Ya parece más humano que cuando llegó —bromeó Romeo, provocando una ola de risas contenidas—. Llegó con unas greñas y una barba que, si Tori lo ve así, seguro le da algo.

Raider soltó una carcajada, no sin cierta ironía.

—Le va a dar algo de todas formas —dijo, su voz cargada de una ironía mordaz.

—Eso es verdad —intervino Raven, asintiendo en señal de acuerdo con su sobrino.

Raider aceptó con gratitud la taza de café bien cargado que Romeo le extendía, encontrando consuelo en el aroma intenso y reconfortante.

—Lo mejor para conciliar el sueño, ¿eh? —suspiró su padre, observándolo con una mezcla de resignación y complicidad.

—Solo sigo vuestro ilustre ejemplo —replicó Raider, con una sonrisa traviesa.

Los demás gimieron en un coro de desaprobación fingida.

—Pues entonces mal vas —rio Romeo, sacudiendo la cabeza en un gesto de diversión.

—¿Qué haces aquí? ¿Es que no puedes dormir? —preguntó Sylvester, elevando una ceja en una muestra de curiosidad genuina.

Los demás lo miraron y negaron con la cabeza, como si la respuesta fuera obvia.

—¿Pero qué clase de abogado pregunta eso? —se burló Romeo entre dientes.

—¿Y tú qué haces aquí? —Raider, girando el juego, miró fijamente a Sylvester— ¿Peleaste con tu mujer?

—¿Cómo sigue Tori? —el abogado, esquivando la pregunta con la habilidad de un político, cambió el tema de conversación.

—Lo ha echado de casa —explicó entonces Raven, con un brillo travieso en sus ojos, disfrutando de esos momentos de drama familiar.

—Nada nuevo bajo el sol —murmuró Rain, encogiéndose de hombros.

—Hmmm… —Romeo asintió, como si aquello explicara muchas cosas.

—¿Y tú qué haces aquí? —preguntó entonces Raider, señalando a Raven a la vez que fruncía el ceño, como si hasta ese momento no se hubiese dado cuenta de que estaba ahí— ¿Has dejado a Tori sola? —el reproche en su voz era evidente.

—No puede tener visitas —dijo Raven, cogiendo a Raider del brazo y evitando que saliera disparado de la cocina—. Está muy bien cuidada. Allí no harías más que estorbar. Así que encárgate de descansar y de prepararte para lo que viene. Lo demás, déjalo en mis manos.

Raider suspiró, la frustración y la preocupación dibujándose en su rostro mientras se dejaba caer en una de las sillas, vencido por el momento.

—A veces siento que me volveré loco —confesó, más para sí mismo que para el resto, su voz apenas un susurro cargado de tensión.

Ante tal confesión, los demás solo pudieron ofrecerle sonrisas tristes, impregnadas de comprensión y empatía.

—Se recuperará, ya verás —intervino Rain, colocando una mano reconfortante sobre el hombro de su hijo, transmitiéndole un poco de aliento y seguridad en medio de la incertidumbre.

—Lo sé —respondió Raider, recuperando algo de firmeza en su voz—. Ya he puesto al equipo médico al tanto; llegarán mañana mismo. Si todo sale según lo previsto, en uno o dos días estará entrando al quirófano.

Raven lo miró directamente a los ojos.

—Gracias —dijo, la voz teñida de una emoción genuina, agradecido por la rapidez y eficacia con la que su sobrino estaba manejando la situación.

—No me des las gracias todavía —replicó Raider con un bufido, en un intento por mantener a raya sus propios temores e inseguridades, que, como era de esperarse, se hacían más fuertes con cada momento de incertidumbre—. Esperemos que la maldita operación salga bien.

Acto seguido, dio un largo trago a su café, permitiéndose un breve momento de placer ante el sabor intenso y reconfortante del líquido caliente.

—Supongo que en medio de la selva, esto sería todo un lujo —comentó Sylvester, intentando aligerar el ambiente con una observación casual.

—¿El café? —inquirió Raider, confundido sobre a qué se refería exactamente Sylvester, quien asintió en confirmación—. Ah, sí, más que un lujo, allí es prácticamente inexistente. Al menos en la parte donde estuve yo.

—¿Fue una experiencia dura? —preguntó el abogado, interesado en conocer más sobre las adversidades que Raider había enfrentado.

—Sí, sin duda alguna —confirmó Raider, su voz teñida de una mezcla de nostalgia y orgullo —. Pero, al mismo tiempo, gratificante. No solo carecen de medios básicos; es que directamente no hay nadie que los ayude. La vida allí… No es fácil.

—Y luego nos quejamos nosotros, teniéndolo prácticamente todo —suspiró Rain, reflexionando sobre la disparidad de realidades entre diferentes partes del mundo.

—Es inevitable, supongo. El ser humano es así, siempre queriendo más, sin importar cuánto tenga —aportó Romeo, sumándose a la reflexión.

—¿Los mafiosos también se quejan? —bromeó Raven, lanzando una de esas preguntas cargadas de ironía y un toque de picardía, apuntando directamente a Romeo, sin perder la oportunidad de provocarlo y, por supuesto, de tocarle las narices al italiano con ese humor ácido que tanto caracterizaba sus interacciones.

—No lo sé, ¿por qué no me lo dices tú? —respondió Romeo, devolviéndole la pelota, con una sonrisa que delataba que estaba disfrutando del intercambio tanto como Raven.

—¿Y qué tengo que ver yo con eso? —bufó Raven, su expresión, un cuadro de fingida inocencia, aunque todos sabían que disfrutaba de este tipo de escaramuzas verbales tanto o más que el resto.

—¿No eres acaso tú quien pasa más tiempo con ellos? —Romeo no perdió la oportunidad de devolver el golpe, aunque un codazo certero en las costillas, cortesía de un intento desesperado de Rain por evitar que la conversación escalara a territorios aún más peligrosos, lo interrumpió— Pero ¡oye, no me pegues! ¿Por qué me pegas? —se quejó el italiano, más sorprendido que dolido, sin entender que el gesto era un intento de silenciarlo antes de que las cosas se complicaran todavía más— ¡Es un celoso! —dijo, refiriéndose a Raven.

—¿Celoso yo? —Raven no pudo evitar soltar una risotada ante la insinuación, su tono rebosante de incredulidad y diversión— ¡Por favor, si hay alguien que no me provoca celos, eres tú, que ni siquiera dominas tu propio idioma!

Romeo respondió con una carcajada, claramente divertido por el rumbo que estaba tomando la conversación.

—¿Y crees que tú lo harías mejor? —dijo entre risas— *Suoni!* —exclamó, gesticulando de esa manera tan italiana que acompañaba a la perfección la expresión.

—¿Y qué demonios significa “Suoni”? ¡Ni siquiera tú lo sabes! A este paso, terminaré siendo un mejor capo mafioso que tú —rebatió Raven, aunque su intento de mantener el tono jocoso se vio interrumpido por otro codazo, esta vez proveniente de Sylvester, quien intentaba moderar la situación sin mucho éxito—. ¡Eh, solo estaba bromeando! —se quejó, frotándose el lugar del impacto.

—Parece que, últimamente, sí que eres el capo que tanto necesitan —las palabras de Romeo estaban cargadas de sarcasmo, sus cejas arqueadas en una expresión de mofa y desafío—. ¿A

cuántos has dejado cuidando a Tori?

Sylvester y Rain no pudieron más que rodar los ojos, anticipando el drama que se estaba avecinando.

—¿Y por qué tiene que ser una pandilla de mafiosos la que cuide de Tori? —intervino Raider entonces, frunciendo el ceño, claramente confundido y preocupado por el giro que estaba tomando la conversación.

—Bocazas —murmuró Rain entre dientes, reprochando la falta de discreción que parecía ser la norma en esa reunión nocturna.

—¿Qué demonios me estáis ocultando? —la pregunta de Raider, cargada de frustración y sospecha, colgó en el aire, amenazando con desvelar secretos que, hasta ese momento, habían permanecido cuidadosamente guardados.



Capítulo 10

Dos días después…

—Despierta, nena… —susurró una voz, una voz que tenía el poder de arrastrarla desde el más profundo de los sueños hasta la superficie de la conciencia, aunque no sin cierta resistencia por su parte.

¿Raider?

Tori, con los ojos aún cerrados, intentó moverse, pero fue como si cada músculo, cada fibra de su ser se hubiera rebelado en un unísono grito de dolor.

—Duele —murmuró, sin darse cuenta de que sus pensamientos habían encontrado el camino hacia sus labios, deslizándose en un susurro apenas audible.

—Lo sé —respondió la voz, ahora un poco más cerca, un poco menos lejana, aunque todavía envuelta en esa neblina que separa el sueño de la vigilia—. Pero lo has hecho muy bien. Estoy muy orgulloso de ti.

Tori pensó que había entendido mal, que su mente estaba jugando trucos, porque esa voz…

No, definitivamente no podía ser él.

Pero antes de que pudiera aferrarse a esa línea de pensamiento, se sintió deslizar de nuevo hacia el abismo, hacia los brazos acogedores de Morfeo, ese lugar donde el dolor parecía menos intenso.

Menos real.

—Vamos, nena. Despierta —la voz insistió, esta vez sonó un poco menos lejana.

¿Raider?

¿Era posible?

Tori no quería creerlo, pero algo en su interior se agitaba al oír ese nombre, al pensar en esa posibilidad.

Joder, pero ¿por qué le dolía todo tanto?

Era como si hubiera corrido una maratón, luchado contra un oso y bailado en una competencia de break dance, todo al mismo tiempo.

—Porque te hemos operado —declaró el dueño de esa voz, con un tono que rozaba lo divertido, como si la situación le causara cierta gracia.

¿La había escuchado?

Tori quería rodar los ojos, mostrar su indignación de la forma más teatral posible, pero se

encontró con que ni siquiera eso era capaz de hacer.

Así que, en su mente, se imaginó haciendo un monumental gesto de exasperación, acompañado de un suspiro dramático.

Genial, ahora ni siquiera puedo expresar mi sarcasmo adecuadamente, pensó, resignada, pero no derrotada.

—Sé que me odias.

Ojalá pudiera hacerlo, pensó Tori, sintiendo cómo la voz resonaba en su cabeza, como si fuera un eco persistente de sentimientos encontrados.

—Pero he pasado mucho miedo, ¿sabes? —continuó la voz, con un tono que rozaba lo vulnerable, algo completamente inesperado y desconcertante para Tori.

¿Por qué?, quiso preguntar ella, sintiendo cómo la preocupación se abría paso a través del enredo de emociones que luchaban dentro de su pecho.

Era extraño, pensar que, a pesar de todo el odio, de toda la rabia acumulada, la idea de él sintiendo miedo le provocaba una preocupación enorme.

Y es que, en algún rincón recóndito de su corazón, aún quedaba un espacio suave, vulnerable, incapaz de desearle mal.

—Vamos, déjame ver esos preciosos ojos. No tienes ni idea de cuánto los he echado de menos —la voz sonaba ahora suplicante, casi desesperada, como si la simple visión de sus ojos pudiera ser el bálsamo para todas las heridas, el remedio para todos los males.

Tori sintió un nudo en la garganta, un nudo que crecía y se hacía más apretado con cada palabra, con cada súplica. Era una sensación extraña sentir cómo su corazón se debatía entre el rencor y una especie de cariño que se negaba a desaparecer del todo.

—Casi creo que es real —susurró ella, permitiéndose un momento de vulnerabilidad, un instante en el que las barreras se bajaban y la realidad y el deseo se mezclaban en un torbellino de emociones.

Y entonces, como si sus palabras hubieran invocado algún tipo de magia, sintió un apretón en su mano. No un roce ligero, sino un apretón firme, sólido, real.

Algo que enviaba un mensaje claro y directo a su corazón aturdido: esto no es un sueño.

—Siempre lo fue —juró la voz, con una convicción que parecía capaz de romper cualquier duda, cualquier incertidumbre—. Siempre fue real.

Ella quiso negar con la cabeza. Decir que aquello no era cierto.

Y se odiaba por ello, por ser incapaz de simplemente aceptar, por querer luchar contra lo inevitable.

Y, oh, cómo odiaba al mundo por ponerla en esa situación.

—¿Por qué? —preguntó la voz, como si realmente no la entendiera, como si la respuesta no

fuera obvia.

—Porque te sigo queriendo —reconoció ella, con una honestidad que dolía, que se clavaba en su pecho como miles de agujas finas.

Podía mentir a quien fuera, al mundo entero si era necesario, inventarse historias, tejer telarañas de falsedades.

Pero a ella misma…

¿Qué estupidez, no?

¿Cómo puedes engañarte a ti mismo sobre lo que sientes, sobre lo que late desbocado dentro de tu pecho?

—Yo también te quiero —dijo la voz, sabiendo lo que ella quería, necesitaba escuchar.

—No es suficiente…

En ese momento, Tori agradeció estar soñando, porque la intensidad de sus emociones era demasiado, mucho más de lo que creía poder manejar. El dolor en su corazón superaba cualquier malestar físico, haciéndole desear poder quedarse en ese limbo entre el sueño y la vigilia, donde todo podía ser real.

Y, a la vez, no serlo.

Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando sintió cómo alguien, con cuidado, con ternura, limpiaba las lágrimas que, sin saber, habían empezado a escapar de sus ojos todavía cerrados.

Ojos que se negaban a abrir, no por incapacidad, sino por miedo a enfrentar la realidad, a descubrir que todo era un sueño…

O peor, que no lo fuera.

—Te quiero, nena. Así que, por favor, vuelve conmigo…

Tori, aunque le costó un mundo y parte del otro, apenas consiguió entreabrir los ojos, sintiendo cómo cada pestañeo era una odisea en sí misma.

Gimió, un sonido arrastrado y lastimero, cuando la luz, aún tenue y distante, se coló por sus párpados como un intruso indeseado.

—Tranquila… Poco a poco —dijo entonces Raven, su voz era un murmullo calmante en el caos de sensaciones de Tori.

¿Poco a poco? ¿Poco a poco qué?, se preguntó Tori, su mente todavía nadando en un mar de

confusión y somnolencia.

¿Es que acaso seguía atrapada en algún sueño surrealista o qué estaba pasando?

—¿Papá? —preguntó ella, su voz sonando desorientada y débil, como si a las palabras les costaran encontrar su camino al aire.

—Hola, cariño —respondió entonces Chloe, su voz sonaba más cerca, más real, y Tori sintió cómo le cogía la mano, un gesto tan familiar como reconfortante—. Soy yo…

Ya lo sé, resopló mentalmente Tori, rodando los ojos internamente.

¿Acaso pensaban que había perdido la memoria?

¿Estaban todos perdidos en su propio mundo o cuál era el problema aquí?

Escuchó cómo reían, una risa suave y contagiosa, y resopló, otra vez, un gesto de impaciencia y exasperación.

—Está bien —dijo entonces Rebel, su tono sonando aliviado y divertido al mismo tiempo.

—Sí, como cabras —suspiró Tori, lanzando esa frase al aire y provocando otra ronda de risas. Era como si su familia hubiera decidido tomarse la situación con un humor que ella aún no alcanzaba a comprender.

Negando con la cabeza, como quien intenta despejar la niebla de su mente, Tori se armó de valor y volvió a intentarlo de nuevo. Le costó un esfuerzo titánico, pero finalmente consiguió abrir los ojos lo suficiente como para empezar a distinguir dónde se encontraba. Fue entonces, en ese preciso momento, cuando los abrió de golpe, la sorpresa pintada en su rostro como una obra maestra del desconcierto.

—¿Pero qué…? Ay —se quejó, su voz se quebró al intentar levantarse de la cama, un intento fallido que solo le trajo más dolor.

—Ahora sí —Rebel puso los ojos en blanco, como si estuviera viendo el episodio más predecible de una serie que ya no le sorprendía—. Bienvenida.

—Estate quieta —le ordenó su padre, con una voz que no admitía réplica, haciendo que Tori se resignara a la quietud una vez más.

—¿Estoy en el hospital? —la incredulidad teñía cada palabra, no se lo podía creer.

No quería creerlo.

—¡Bingo! —exclamó Riley quien, para sorpresa de nadie que la conociera bien, estaba llorando a mares, una expresión de alivio y angustia compartida en su rostro.

Y es que Riley había pasado por un infierno emocional, temiendo perder a su otra mitad, a su media naranja.

A su complemento perfecto en este mundo caótico.

—Riley, si esto es cosa tuya… —dijo Tori, su mirada no se fijaba en nadie en particular, solo

vagaba alrededor, intentando procesar la situación.

—¿Por qué iba a mandarte yo al hospital? —preguntó Riley, genuinamente conmocionada por la sugerencia— Aunque ahora que lo mencionas, ¡me lo voy a replantear después del susto que me has dado! —exclamó, perdiendo los estribos por un momento.

O eso creyó captar Tori porque las últimas palabras de Riley se escucharon distantes, como llevadas por el viento, mientras Rebel, sin pensarlo dos veces, capturó a la pequeña y tempestuosa mujer por la cintura con uno de sus brazos, envolviéndola en un gesto protector y la sacó rápidamente de la habitación, como quien rescata a alguien de una situación potencialmente explosiva.

—No estoy soñando —dijo entonces Tori, al ver cómo su hermano se comportaba exactamente como solía hacerlo en situaciones límite, especialmente cuando de Riley se trataba.

Era un espectáculo familiar, reconfortante en su normalidad.

Entonces, Tori giró su mirada hacia la dueña de la mano que no había dejado de apretar la suya, buscando respuestas en sus ojos.

—¿Se puede saber qué demonios estoy haciendo aquí? —la pregunta salió cargada de frustración y desconcierto— Necesito agua…

Raven le extendió suavemente una gasa humedecida en agua, consciente de que aún no podía ingerir líquidos.

—Tuviste un accidente hace una semana —explicó entonces Raven, su voz era seria, pero llena de un calor que intentaba transmitir tranquilidad—. Te hemos tenido que operar dos veces.

—¿Un accidente? —Tori miró a todos y cada uno de sus tíos que estaban allí, agrupados a los pies de su cama, como una especie de guardia de honor improvisada.

Todos y cada uno de ellos asintieron con la cabeza, un coro mudo de afirmación.

—¡¿Hace una semana?! —exclamó horrorizada, su voz alcanzando nuevos niveles de incredulidad.

—Si grita es que está bien —comentó Rebel, reapareciendo en la habitación—. Creo que le iría bien una tila —añadió, lanzando una mirada cómplice a Romeo y Beth, refiriéndose a su hija —. Evidentemente, no quiere ir conmigo.

—Evidentemente —concordó Romeo, en un tono de “es entendible, yo tampoco querría”.

—Iré con ella —dijo entonces Beth, con una sonrisa cálida dirigida a Tori—. Me alegra verte de vuelta entre nosotros. En cuanto sea posible, te daré ese abrazo que tanto te mereces —su sonrisa era un bálsamo para el alma—. Pero ahora, mejor me ocupo de la loca de mi hija, ya sabes cómo es, que sola no se la puede dejar ni a sol ni a sombra —y tras lanzarle un beso a Tori, que le devolvió la sonrisa a pesar de la confusión, salió de la habitación con paso decidido.

—Ni sola ni acompañada hay quien la soporte —bufó Rebel, recibiendo un golpe juguetón de Romeo por el comentario.

—¡Mira por dónde! Tal para cual… —dijo el italiano, con un brillo travieso en la mirada.

—¿Pero por qué me deseas el mal? —bufó el rubio de ojos color miel, fingiendo indignación.

—¿El mal? —Romeo lo miró de mala manera, antes de darse cuenta de la verdadera implicación de sus palabras y negar con la cabeza, como queriendo borrar la imagen mental que acababa de formarse—. No, olvida eso, ¡no quiero ni imaginármelo!

La posibilidad de que su hija y Rebel terminaran juntos era, para Romeo, el colmo de los colmos.

¡Ni de coña!

Porque sabía, con certeza absoluta, que acabarían con él más pronto que tarde, y eso era algo que prefería evitar a toda costa.

—¡Tienes totalmente, pero totalmente prohibido, incluso pensar en acercarte a mi hija! Y cuando digo acercarte, me refiero a pensar en ella de cualquier manera que no sea puramente platónica y con respeto de hermano mayor, ¿entendido?

Rebel, con una expresión que mezclaba incredulidad, horror y diversión, enarcó las cejas, dejando de mirar a Romeo por un momento para escanear las caras de los demás presentes, buscando cómplices en su sorpresa.

—¿Pero por qué este hombre no deja de lanzarme maldiciones? ¿Acaso le vendí un coche defectuoso en otra vida o qué? —preguntó, exagerando su desconcierto y poniendo los ojos en blanco en un gesto dramático— Ni en mis peores pesadillas me plantearía tal cosa, hombre —aseguró entonces, volviendo su mirada hacia Romeo, intentando transmitir sinceridad mezclada con una pizca de humor.

—Mejor así —suspiró Romeo, un suspiro que llevaba consigo un alivio palpable—. No tengo ninguna intención de morir prematuramente, más joven de lo que ya es inevitable que moriré debido a las canas que me estáis sacando todos.

—¿Por qué no acompañas a tu mujer y a tu hija a la cafetería? ¿Y de paso te tomas tú un té de cianuro? —gruñó Raven, lanzando una mirada que pretendía ser asesina al italiano, aunque en el fondo todos sabían que era parte del show interminable que era su dinámica familiar.

El italiano, lejos de ofenderse, elevó las cejas y fingió meditarlo como si realmente estuviera considerando la sugerencia.

—Porque no me da la gana —dijo entonces, sonriendo al ver la mirada de odio que le mandaba Raven.

—Llévatelo —insistió el médico, esta vez dirigiendo su mirada hacia Rain, esperando quizás un poco de apoyo en su cruzada personal contra el italiano.

El sheriff, sin embargo, simplemente se encogió de hombros en un gesto de indiferencia total.

—No.

—Me alegra saber que no estoy loca y que todo sigue la normalidad —dijo entonces Tori, que

había presenciado el rifirrafe como todos los demás, su voz cargada de ironía y un toque de sarcasmo—. Excepto, claro está, por el pequeño detalle de que… ¡No tengo ni idea de qué demonios hago en una cama de hospital! —explotó— ¡Sí! Ya me enteré de que tuve un accidente —gruñó cuando su padre fue a repetirlo, como si intentara prevenir un bucle infinito de explicaciones—. Pero, ¿me puede explicar alguien por qué, por todos los infiernos, no puedo moverme?

Estaba claro que estaba perdiendo la paciencia, si es que alguna vez la tuvo…

Porque, vamos a ver, cualquiera en esa situación ya tendría un informe detallado, ¿no?

Pero era evidente que ni ella, ni esa panda de locos que tenía por familia, eran cualquiera. Y que la lógica que funcionaba para los demás, no funcionaba igual para ellos.

Chloe solo pudo gimotear al escuchar las palabrotas, evidenciando que, con accidente o no, Tori no había perdido su colorido vocabulario.

—Te dije que ni por el golpe dejaría de decir tacos —rio Romeo, encontrando humor incluso en la preocupación, mientras observaba la cara de Chloe ante las palabrotas de su sobrina.

—Tuviste un accidente de coche cuando volvías del pub. Has sufrido lesiones en el brazo y en la pierna izquierdos —la explicación llegó finalmente, aunque no hacía más que añadir más preguntas al montón.

—¡¿Pero puedo andar?! —exclamó ella, horrorizada. Y sin esperar respuesta, continuó—. Soy zurda —suspiró con resignación.

Vamos, que había que tener mala suerte. Joder.

—Te sometiste a una cirugía de urgencia y ayer a otra segunda cirugía —continuó su padre, intentando arrojar algo de luz sobre el asunto.

—¿Y por qué no recuerdo nada? —la confusión de Tori era palpable, un reflejo de la turbulencia emocional que estaba experimentando.

—Estuviste sedada hasta ayer, cuando acabó la cirugía. Te ha costado despertar —suspiró su padre, recordando las horas anteriores llenas de angustia mientras esperaban que Tori, por fin, despertara de su sueño forzado.

—Después soy yo el vago —bromeó Rebel, ganándose una mirada fulminante de su hermana.

Pero él, fiel a su naturaleza de sinvergüenza incorregible, simplemente le guiñó un ojo.

—Zalamero —resopló ella, aunque el gesto no logró ocultar el cariño subyacente en su voz.

Rebel rio y se acercó a ella, para agacharse y darle un beso en la frente, un gesto cargado de afecto y alivio.

—Me alegra tenerte de vuelta —dijo entonces, su voz teñida de gratitud porque su hermana estuviera bien, a salvo.

—¿Aunque no te deje los quinientos dólares?

—Incluso así —rio él, demostrando que, al final del día, lo que realmente importaba era tenerla de vuelta, sana y salva.

—Me alegra saberlo —sonrió ella, aunque la confusión y el desconcierto aún nublaban su mente—. Pero no entiendo nada…

—Es normal, todavía estás desorientada —dijo Camila, intentando ofrecer algo de consuelo—. Date tiempo.

—Pero es que no recuerdo… —la voz de Tori se quebró, reflejando la extrañeza de la situación.

Recordaba la noche que trabajó en el pub, el apagón… pero nada más.

Era como si un trozo de su vida hubiera sido borrado, dejándola a la deriva en un mar de incertidumbre.

—Ahora tienes que preocuparte por tu recuperación —dijo el sheriff, dándole a entender, por su tono, que no sería algo de dos días.

—¿Por qué tengo la impresión de que no será fácil? —Tori lanzó la pregunta al aire, su intuición agudizada por las expresiones serias que adornaban los rostros de los presentes.

—Porque no lo será —respondió su padre con una franqueza inquebrantable, como quien no tiene intención de adornar la realidad con falsas esperanzas.

Entonces, con una mirada que recorrió la habitación, buscó la comprensión en los ojos de los demás, pero fue Tori quien realmente captó el mensaje.

—Dilo —insistió ella, con esa mezcla de temor y valentía que caracteriza a quienes están a punto de enfrentarse a una verdad difícil—. No tienen por qué irse. Los necesito cerca para enfrentar lo que sea —dijo entonces, consiguiendo que Chloe le diera un fuerte apretón en la mano.

Su padre asintió, y con la solemnidad de quien está a punto de revelar un camino lleno de espinas, le compartió la cruda realidad.

—La cirugía ha sido un éxito, y eso, ciertamente, nos da esperanza. Pero tu habilidad para volver a caminar como antes, dependerá enormemente del esfuerzo y la dedicación que pongas en la rehabilitación —explicó, marcando cada palabra con un peso que Tori sintió en el alma.

Tori frunció el ceño, procesando, intentando entender la magnitud de lo que su padre le decía.

—Quieres decir que…

—Que volver a caminar no será un camino de rosas —interrumpió su padre, sin rodeos—. Habrá dolor, vas a sufrir, te vas a frustrar hasta el punto de querer tirar la toalla más veces de las que puedas contar —continuó, sin paños calientes, cuanto más directo, mejor—. Los métodos te parecerán un tormento, odiarás a tu médico, y probablemente conspirarás en contra de tu rehabilitador en más de una ocasión —dijo, anticipando esto, pero sabiendo en su corazón que ella aún no podía entender por completo por qué—. Pero tendrás que soportar todo eso, cada

pinchazo, cada lágrima, si quieres volver a caminar como siempre lo has hecho.

—Beau… —suspiró Chloe, reprochándole con la mirada que fuera tan duro y directo con su hija.

Pero había un matiz de respeto en su tono, sabiendo que, a veces, la verdad sin adornos es lo más necesario.

—Está bien —dijo entonces Tori, tragando saliva, mostrando una determinación que quizás ni ella sabía que tenía.

Su padre la conocía mejor que nadie y sabía que ella siempre prefería la verdad cruda y sin adornos.

Cuantas menos florituras, mejor para ella.

Era una guerrera, después de todo.

—Pero dime la verdad, papá, ¿de verdad podré volver a caminar? —preguntó, buscando en los ojos de su padre alguna señal de lo que el futuro le deparaba.

Su padre se tomó un momento para responder.

—Todos nosotros hemos hecho lo posible para que sí, para que puedas volver a caminar. La pregunta es, ¿estás tú dispuesta a hacer lo que sigue? ¿A luchar con todo lo que tienes y más? —preguntó entonces, poniendo la pelota en su tejado.

Tori, asustada, pero a la vez impulsada por un futuro en el que deseaba con todo su ser volver a correr, a bailar, a moverse sin restricciones, asintió con la cabeza.

—Sí —dijo entonces, con una voz que, aunque temblorosa, estaba cargada de una determinación férrea.

—Entonces sí, volverás a caminar —afirmó su padre con una convicción que parecía desafiar la realidad misma.

Como si decirlo así, con tanta seguridad, o creerlo con tanta fuerza, fuera tan fácil, ¿verdad?



Raven aguantó la puerta para que Raider pasase y entrase en su despacho tras él. Lo había seguido desde el momento en que el médico salió de la habitación de su hija, dejando allí, con ella, a todos los demás acompañándola en ese mar de incertidumbre y esperanza.

—Has sido demasiado duro —se quejó Raider después de cerrar la puerta a su espalda, con un tono que rozaba la reprimenda.

Raven caminó hasta su escritorio y se dispuso a buscar un informe para visitar a su próximo

paciente.

La responsabilidad nunca descansaba.

—Le he dicho la verdad —dijo con esa voz que no admitía réplicas, firme y segura, como quien ha aprendido que a veces la verdad es el único camino.

—¿Y no podías tener un poco más de tacto? —resopló Raider, claramente frustrado—. Joder, tiene que estar acojonada.

Raven miró hacia atrás, a su sobrino, frustrado y preocupado a partes iguales.

—¿Eso es lo que vas a hacer, Raider? ¿Endulzarle la terapia cuando la veas llorar, cuando el miedo y la incertidumbre la asalten en medio de la noche?

—No, joder, no es lo mismo… —intentó defenderse Raider, pero sus palabras parecían perderse en el aire, como si lucharan por encontrar el camino correcto.

—Es exactamente lo mismo. Es mi hija —dijo, enfadado, encarándose con él, con ese tono que solo un padre preocupado por el bienestar de su hija puede tener—. Y si hay alguien en este mundo que no quiere verla sufrir, ese soy yo. No vengas a darme lecciones de cómo tratarla.

—No es eso lo que pretendía. Es solo que… —Raider intentó explicarse, buscando las palabras que expresaran lo que realmente sentía.

—Que sigues enamorado de ella y que te duele verla sufrir —bufó Raven, cortando el aire con su verdad—. Sí, lo sé. Pero eso no la curará.

Raider sintió como si le hubiesen dado un golpe en el estómago, una verdad que dolía tanto o más que cualquier herida física.

—Lo sé —suspiró entonces, dejándose caer en el sofá de cuero negro que había en aquel lugar, como si el peso de sus propias palabras lo hundiera.

—Te lo dije, Raider. Cero sentimientos personales. Porque lo primero que hará esa mujer a la que quieres proteger, será intentar echarte de su lado, sin importarle si eres lo mejor para su recuperación o no. Llorará, pateará, te dará donde te duele no solo por vuestro pasado, sino por el dolor y la frustración que pasará. Si no estás seguro de ser lo suficientemente fuerte para soportarlo, deja la rehabilitación en manos de otro.

—Jamás… —la palabra salió de Raider con una fuerza que parecía brotar desde lo más profundo de su ser.

—Ella no sabrá que la operaste tú, al menos no por mí, ya que no quieres. Puedes volver a tu vida y a tu mundo tranquilo —propuso Raven, aunque ambos sabían que esa no era una opción real para Raider.

—¡No la voy a dejar sola! —exclamó Raider, levantándose de un salto del sofá, la desesperación y la determinación entrelazadas en su voz. Se pasó las manos por el pelo, un gesto de frustración y resolución—. No la dejaré —insistió, como si con esas palabras pudiera cambiar el destino.

—Entonces más te vale reforzar tu coraza porque si no… —Raven suspiró, mostrando por un momento la vulnerabilidad detrás de su fachada de fortaleza— La que más tiene que perder es ella —dijo entonces, sincero, dejando al descubierto su mayor temor, lo que más miedo le daba —. ¿Lo entiendes?

—Perfectamente —y sin añadir nada más, sin permitirse ni siquiera un momento para dudar o reconsiderar, se marchó de allí, cerrando la puerta con un golpe seco.

Raven suspiró pesadamente, un suspiro que parecía arrastrar consigo el peso de incontables preocupaciones, mientras su mirada, esa que aún se dirigía hacia la puerta que acababa de cerrarse con tanta determinación, se perdía en los recuerdos del día anterior.

Recuerdos de cuando, tras terminar la cirugía de Tori, tras abrazarse con su equipo después de horas en ese quirófano, sintiendo cada segundo como una eternidad, Raider salió a tomar el aire.

Necesitaba respirar, sentir el aire fresco en su rostro, quizás porque dentro de esos muros sentía que se ahogaba si no lo hacía.

Raven conocía muy bien esa sensación, ese instinto de supervivencia que te empuja a buscar un respiro.

Un momento de paz en medio del caos.

Y fue entonces, cuando Raven quiso salir a hacerle compañía, que lo vio. Y lo escuchó. Raider estaba en una de las puertas traseras del hospital, un lugar apartado, donde la soledad se siente más acuciante. Agachado, en cuclillas, con la cabeza entre sus piernas, sumido en su propio mundo de dolor y alivio.

Estaba llorando.

Lloraba con la intensidad de quien ha estado conteniendo un océano de emociones, un torrente desbordante de miedo y tensión acumulada desde el momento en que recibió la noticia de lo ocurrido con Tori hasta ese instante en que lo que dependía de él había terminado.

Por suerte, mejor de lo esperado.

Raven, sin dudarlo, salió y se puso a su lado, sentándose en el suelo con la misma dignidad con la que se sentaría en su silla de director. Raider, al levantar la cabeza y encontrarse con su mirada, hizo lo mismo, se sentó. Y simplemente se quedaron allí, sin decir nada.

Soltándolo todo.



Capítulo 11

Días después…

Tori estaba hasta el mismísimo coño, y no en el sentido figurado, sino en el más literal y exasperado de los términos. Porque, vamos a ver, ¿había acaso otra manera más dulce, más sutil y menos explícita de decirlo?

Rotundamente, no.

Estaba hasta el coño, sí, pero no de cualquier cosa.

Estaba hasta el coño de la cama que parecía haber adoptado la forma de su cuerpo por el excesivo tiempo que llevaba en ella, del hospital con sus pasillos interminables y olor a antiséptico, de los médicos con sus batas impolutas y miradas compasivas. Pero, sobre todo, estaba hasta el coño de la comida hospitalaria, esa que parecía diseñada específicamente para quitarle a uno las ganas de comer.

—Joder, qué ganas tengo de comerme algo grasiento —gimió, echándose hacia atrás en la cama, hablando por teléfono con una voz que destilaba una mezcla de deseo y frustración.

Riley, al otro lado de la línea, no pudo evitar soltar una carcajada. La situación, pese a la desesperación de Tori, tenía su gracia.

—¿Una pizza con extra de queso y pepperoni? —propuso, imaginándose el brillo en los ojos de Tori ante la mera mención de algo tan prohibido como apetecible.

—¿Una? —Tori rio amargamente, como si la idea de conformarse con una sola pizza fuera el colmo del optimismo— Con el hambre que tengo, me como dos.

—Me lo creo —rio Riley, compartiendo el humor de su prima ante la situación.

La imagen de Tori atacando dos pizzas gigantes era, cuanto menos, pintoresca.

—A este paso, con la mierda que me dan comer, no necesitaré rehabilitación. Porque mis piernas, como siga perdiendo peso, me van a poder mantener sin esfuerzo alguno. Va a ser la magia del adelgazamiento forzoso, pero sin el glamour de las dietas de Hollywood.

—Mira, eso que te ahorras —Riley soltó una carcajada más, disfrutando de la exagerada y dramática desdicha de su prima. La situación no tenía remedio, pero al menos podían reírse juntas de ella.

—¿Qué estás comiendo tú? —la curiosidad pudo más que ella, esperando secretamente que Riley estuviera engullendo algo igualmente insípido.

—¿Cómo sabes que estoy comiendo? —Riley fingió sorpresa, aunque sabía que el sonido de sus masticaciones había sido una delatadora inadvertida.

—Me he jodido las piernas, no el cerebro.

—Ese ya lo tenías jodido de antes, ¿verdad? —el sarcasmo de Riley era tan afilado como siempre.

—Ja, ja —la ironía en su voz no pudo ser más evidente—. Venga, dime, ¿qué comes? No me tortures más con el misterio.

—¿Para qué? ¿Para ponerte los dientes largos? ¿Para que te tortures imaginando sabores que ahora mismo te son tan inalcanzables como la luna?

—Para imaginarme que yo también lo como. A ver si así, por arte de magia o vudú, mi paladar logra engañarse un poco.

—¿Eso funciona? —Riley se mostró escéptica, aunque dispuesta a probar cualquier cosa que distrajera a Tori de su miseria.

—No lo sé… Por probar que no quede. Así que, venga, ilumíname con el manjar que estás degustando.

—Pues me estoy comiendo un bocata de pollo con… —comenzó Riley, pero antes de que pudiera terminar, Tori gimió.

—No, no funciona —la interrumpió, su desilusión tan palpable como su hambre—. La mera descripción ya me ha hecho la boca agua.

—Oh, vamos. No me hagas sentirme mal por disfrutar de las pequeñas alegrías de la vida.

—No es mi intención hacerte sentir mal, pero es que ni siquiera puedo vivir vicariamente a través de ti en estos momentos.

—Cuando vuelva a casa el finde, te llevo algo rico, ¿vale? —Riley trataba de compensar, sabiendo que sus exámenes y el regreso temporal a la ciudad la mantenían ocupada estos días.

—Para el finde espero estar ya en casa, fuera de este infierno aséptico y sin sabor —Tori intentaba mantenerse optimista, a pesar de las circunstancias.

—¿Te van a dar el alta entonces? —la esperanza en la voz de Riley era evidente.

—No lo sé, pero quiero creer que sí —ya le habían quitado hasta los puntos—. Han pasado dos semanas, que es lo que me dijo mi padre que tardaría en volver a casa. Y sinceramente, no sé si mi estómago aguantará mucho más de esto.

—Esperemos que sí. Debes de estar harta de hospital y todo lo que conlleva.

—No lo sabes bien… —suspiró Tori, añorando la libertad y, sobre todo, una comida decente.

—Hmmm… —Riley parecía pensativa, probablemente masticando otro bocado de su bocata prohibido.

—¿Pero quieres dejar de comer mientras hablas conmigo? —gimió Tori, medio en broma, medio en súplica— Un poco de por favor, que una intenta mantener la dignidad incluso en las peores circunstancias.

Riley resopló, quizás sintiendo un ápice de culpa por disfrutar de algo tan mundano como

comer mientras su prima sufría en el hospital.

—Yo tampoco he comido en todo el día —reconoció finalmente, buscando algo de empatía en su confesión—. Mierda de exámenes… —murmuró, como si eso de alguna manera equilibrara la balanza de las desdichas.

—¿Cómo los llevas? —preguntó Tori, intentando cambiar de tema con una curiosidad genuina, como si intentara desviar la conversación de su propio calvario hacia algo menos deprimente.

—Mejor que tu hermano, seguro —se mofó Riley, recordando con una risa socarrona que ese ni siquiera se había presentado a ellos—. Por cierto, ¿por qué no lo llamas? Seguro que te lleva todo lo que le pidas. Lo de incumplir las normas es lo suyo, ya lo sabes.

—Hmmm… Sí, ¿verdad? —Tori se quedó pensativa, como si esa idea no hubiera cruzado por su mente hasta ese momento, o como si de repente se hubiera dado cuenta de que tenía un as bajo la manga que no había jugado todavía.

—Sí. ¿Sigues sola? —inquirió Riley, mostrando un destello de preocupación entre las bromas.

—Sí, mi tía tardará en venir por el trabajo —la voz de Tori se tiñó de un ligero tono de resignación, como si estuviera acostumbrada a esperar.

—A ella también puedes hacerle la pelota. En realidad, a cualquiera de nuestros padres o tíos —dijo Riley, ofreciéndole una estrategia para sobrevivir al aburrimiento y la soledad del hospital.

—Tendré que hacerlo, porque no puedo más… —y le entró una ansiedad…

Una ansiedad que la hizo moverse inquieta, buscando algo que hacer, algo que la distrajera de su encierro.

Con la mano que tenía buena, movió, como pudo, la silla de ruedas. La acción fue torpe y desesperada, un intento por sentirse un poco menos atrapada.

—Joder, como para escaparse una —refunfuñó—. Ya podían haberme dado una eléctrica —su queja sonó mitad en serio, mitad en broma, como si en su frustración encontrara espacio para el humor.

—¿Qué haces? —la curiosidad de Riley se disparó, claramente confundida por los sonidos de lucha que llegaban a través del teléfono.

—Intento moverme para abrir la puerta —Tori gruñó, su voz teñida de un esfuerzo palpable.

—¿Adónde demonios vas, *so'* loca? —Riley no podía creer lo que estaba oyendo.

La idea de Tori intentando escapar de su habitación del hospital le parecía a la vez alarmante y ridículamente divertida.

—¡A tomar un poco de aire! Joder, ¡solo necesito un poco de aire! Que me voy a volver majara —la desesperación de Tori era evidente, su necesidad de escapar de las cuatro paredes que la habían contenido se sentía como una urgencia vital.

Le costó sudores, pero llegó hasta la puerta. La cual no era fácil de abrir, teniendo en cuenta que se abría para dentro. Tori luchaba no solo contra su propia debilidad física, sino contra la ingeniería de una puerta que parecía diseñada para mantenerla adentro.

Entonces, mientras sudaba la gota gorda, la puerta se abrió. Y los ojos de Tori se abrieron todavía más, sorprendidos y un poco alarmados por lo que encontró al otro lado.

—Señorita Nolan… —dijo un tipo enorme, que parecía un ropero empotrado, vestido de negro. Tenía una cicatriz en la mejilla y ¿le había parecido ver dientes de oro?— ¿Se encuentra bien?

—Esto… —Tori pestañeó, totalmente cogida por sorpresa—. Estupendamente bien —dijo entonces, intentando recuperar algo de compostura ante la imponente presencia del hombre.

El hombre sonrió ampliamente, y sí, tenía dos dientes de oro.

¡La leche!

Era como encontrarse de frente con un personaje sacado de una película de mafiosos o un cuento de piratas moderno.

—Me alegro —dijo el hombre y tal como abrió, cerró la puerta.

La rapidez y suavidad con la que lo hizo fueron casi surrealistas, dada su apariencia intimidante.

—Riley… —la voz de Tori era una mezcla de confusión y curiosidad. La aparición del tipo ropero había sido tan inesperada como desconcertante.

—¿Sí? —preguntó esta, que estaba bastante ensimismada en disfrutar de la comida como para hacer caso a una conversación secundaria de su prima.

—Lo mismo también me golpeé la cabeza… ¿O hay un guardaespaldas en la puerta de mi habitación? —la pregunta de Tori estaba cargada de incredulidad y un toque de humor, como si aún intentara procesar la surrealista situación en la que se encontraba.

Riley rio.

—Sí, supongo que ahora se les puede llamar así —su tono era juguetón, como si estuviera disfrutando del momento de confusión de su prima.

—¿Perdón? —Tori no entendía nada.

—Son los hombres de mi padre. Bueno, de él no, eso querrían ellos —rio Riley.

La explicación, lejos de aclarar las cosas, parecía complicarlas todavía más.

—Creo que has hablado con Piero.

Entonces Tori lo entendió.

O al menos, empezó a atar cabos.

La presencia de ese hombre, la mención del padre de Riley, todo empezaba a formar una imagen que Tori no estaba segura de querer completar.

—¡¿Pero qué demonios me estás contando?!



Un rato, que no se podría considerar ni corto ni largo, pero definitivamente no era eterno, es lo que tardó Tori en decidirse a acercarse de nuevo a la puerta tras terminar su conversación telefónica con su prima, quien, sospechosamente, le había colgado después de su pregunta.

—Señorita Nolan… —anunció el hombre, que más parecía salido de un catálogo de roperos andantes por su envergadura, al abrir la puerta de nuevo, justo al captar el sonido de ella intentando hacer lo mismo desde el interior.

Ella, con un gesto que rozaba lo teatral, chasqueó los dedos como si acabara de recordar algo sumamente importante.

—Piero, ¿verdad? —preguntó con una mezcla de sorpresa fingida y genuina curiosidad.

La sonrisa que iluminó el rostro del hombre fue tan brillante que si hubieran estado en un cómic, seguramente tendría estrellitas brillando alrededor de su cabeza, indicando su repentina felicidad por el hecho de que ella recordara su nombre.

—Sí, señorita —confirmó él, con un tono de voz que parecía querer transmitir orgullo, alivio y un poquito de alegría.

Todo en uno.

—Encantada, Piero. Aunque, sinceramente, me hubiera gustado conocerte en circunstancias menos… peculiares —añadió ella, extendiendo la mano en un gesto de cordialidad.

—Igualmente, señorita —respondió él, aceptando su mano.

Si hubiera sido un personaje de dibujos animados, definitivamente habría corazoncitos revoloteando sobre su cabeza en ese momento.

—Dime una cosa, Piero —empezó ella, adoptando un tono un poco más serio porque, después de todo, su prima la había dejado colgada sin responderle—. ¿Qué haces aquí exactamente? Aparte de abrirme la puerta, claro.

—Protegerla, señorita. Esa es mi misión aquí —respondió él, tratando de sonar lo más profesional posible.

—Protegerme… ¿Pero de qué? O más bien, ¿de quién? —inquirió Tori, con una mezcla de curiosidad e incredulidad.

—¿Perdón? —Piero pareció momentáneamente confundido, como si la pregunta lo hubiera tomado por sorpresa.

—Claro, claro. Digo, ¿de qué amenazas me estás protegiendo? O, mejor dicho, ¿quién considera que soy una damisela en peligro? —precisó ella, intentando arrancarle más información.

—Yo… No lo sé, señorita —dijo rápidamente, quizás demasiado rápido, lo que despertó aún más las sospechas de Tori.

Ella entrecerró los ojos, mirándolo con un escepticismo teñido de humor.

Le habló entonces, usando un tono que bien podría emplear alguien al interrogar a un miembro, o exmiembro, de la mafia, si es que alguna vez se encontrara en esa peculiar y poco probable situación.

—¿Me estás mintiendo? Porque si hay algo que no soporto, es que me tomen el pelo —dijo ella, poniendo un poco de dramatismo a la situación.

—¡Jamás me atrevería! —exclamó el hombre, sonando genuinamente ofendido, como si la mera sugerencia fuera un golpe bajo a su honor.

—Ya, ya… Pero dime, ¿a quién le estás haciendo el trabajo sucio? ¿Quién te manda? —insistió ella, sin poder evitar que su tono sonara un tanto burlón.

—Del jefe, señorita. Solo sigo órdenes del jefe —respondió él, con una vaguedad que ya rozaba lo cómico.

—Ya… ¿Y quién es el jefe? ¿Mi padre? ¿Mi tío? ¿El mismísimo Santa Claus haciendo horas extra? —preguntó ella, ya casi riéndose de la absurda situación.

—Sí —la respuesta de Piero fue tan ambigua que podría haber significado cualquier cosa.

—Sí… ¡¿Sí qué?! —exclamó ella, ya no pudiendo contener su frustración.

—No se altere, señorita, por favor. La “alteración” no es buena para su salud… —intentó calmarla Piero, con un tono paternalista que solo consiguió que ella se sintiera aún más inclinada a desafiarlo.

—La “alteración” dice…

La verdad era que para no ser su idioma natal, lo dominaba bastante bien, excepto por alguna que otra metedura de pata que soltaba de vez en cuando y ese acento italiano inconfundible que lo hacía sonar más como un personaje de película que otra cosa.

—¡Pero si esto es más enredado que una telenovela! —exclamó Tori antes de darse media vuelta y volver a encerrarse en la habitación, dejando a un Piero confundido y ligeramente preocupado en el pasillo.



Un rato después…

—Piero… —empezó ella, con una voz que te derretía el corazón, como si estuviera a punto de revelar el secreto más grande de la humanidad.

—Señorita —respondió él al abrir la puerta, otra vez.

—Somos amigos, ¿no? —ella lo miró con esos ojos que harían que cualquier hombre, en su sano juicio, considerara seriamente la posibilidad de convertirse en superhéroe solo por verla sonreír.

—¡Claro que sí! —exclamó él, entonces, con el corazón palpitando como un tambor en fiesta de pueblo, claramente enamorado hasta las trancas.

—Me alegro —sonrió ella, con esa sonrisa que parecía tener el poder de poner fin a guerras. Había decidido que, ya que no podía enterarse del porqué de ciertas cosas, al menos aprovecharía la situación para sacar algo de provecho—. ¿Y sabes qué hacen los amigos?

—Ser leales —dijo él con convicción, como si estuviera citando el primer mandamiento del manual de la amistad.

—¡Exactamente! —exclamó ella con entusiasmo, como si hubiera ganado el premio gordo de la lotería de la vida— Y eso significa no dejar sufrir al otro, ¿verdad?

—¿Está sufriendo, señorita? —preguntó él, con una mezcla de preocupación y confusión.

—La verdad es que mucho —dijo ella, luciendo rápidamente triste, con un puchero en su rostro que te hacía querer vender tu alma solo por verla sonreír de nuevo.

—¡Por qué?! —la alarma en la voz del italiano era evidente, como si estuviera listo para enfrentarse a dragones o a su suegra en pijama.

—Porque tengo hambre, Piero. ¡Mucha hambre! —y ahí estaba, la gran tragedia, expuesta con la gravedad de un Shakespeare moderno.

Mientras tanto, no muy lejos de allí, viéndolo todo como si fuera el episodio más divertido de una serie de comedia, estaba Raven.

Y Raider.

—A eso me refería cuando dije que te creases una buena coraza —resopló Raven, mirando cómo su hija se camelaba al mafioso para que le llevase comida a escondidas, demostrando que tenía más trucos bajo la manga que un mago en un concurso de talentos.

Y eso que lo había conocido tarde, que si lo llega a conocer antes…

A saber de lo que sería capaz, probablemente estarían organizando banquetes en el mismísimo Vaticano a estas alturas.

Raider, que había estado observando la escena con una mezcla de diversión y asombro, no pudo más que reír.

—Ya lo enamoró —comentó, como si estuviera narrando el clímax de una novela romántica épica.

Raven puso los ojos en blanco, como si estuviera practicando para el campeonato mundial de "rolling eyes".

—Como a ti —suspiró Raven, con esa resignación de quien sabe que está enredado en una trama más complicada que un episodio de telenovela—. Y como te descuides, pronto vuelves a estar en la selva.

Y ahí estaba él, maldiciendo en arameo, con la esperanza de que su sobrino tuviera la fortaleza de un héroe de leyenda, la necesaria para resistir los encantos casi sobrenaturales de su hija.

Con un suspiro, se marchó, dejándolo allí, plantado y con una expresión que bien podría competir en un concurso de "el más embobado del reino" al mirar a Tori.

—Mañana… ¡Ay, mañana! —exclamó Raven, no sin antes lanzar una mirada al cielo, como pidiendo clemencia, mientras se alejaba, pensando en el caos emocional que podría desatar la vuelta a casa de su hija.

Y, claro, en ese encuentro tan esperado, pero a la vez temido, con Raider. Un tipo que, hasta ahora, había sido más esquivo que un político en época de escándalos, permaneciendo en las sombras, manejando los hilos de su tratamiento, pero sin dar la cara.

Por el bien de Tori, decía.

Pero la situación dejaría de ser la misma, y el encuentro no podía dilatarse más: la rehabilitación debía comenzar, sí o sí.

Un encuentro que prometía chispas, fuegos artificiales emocionales y quizás el inicio de una historia que, sin duda, daría para escribir un libro… O dos, o hasta una trilogía, si es que el drama se ponía interesante.

¿Qué diablos pasaría cuando finalmente se vieran las caras?



Capítulo 12

Tori, con los ojos como platos de la emoción y el corazón a punto de salirse del pecho, no podía creerse que, por fin, después de tanto tiempo, un tiempo que le había parecido una eternidad, estuviera de vuelta en el acogedor y conocido ambiente de su hogar.

Por fin, suspiraba para sus adentros cuando su padre la bajaba del coche y la sentaba en la silla de ruedas, mientras una sonrisa se dibujaba en su rostro, una sonrisa que había estado ausente durante demasiado tiempo.

Estaba del hospital hasta el mismísimo cogote, sinceramente harta hasta la médula de ese olor a antiséptico que se te mete en la nariz y no hay manera humana de sacarlo, y de ese incesante pitido de máquinas que parecían tener más vida que algunos de los que estaban allí, máquinas que, por más que lo intentabas, no te dejaban pegar ojo ni a tiros.

Y eso que, al menos la noche anterior, había tenido un pequeño respiro y comió como una auténtica reina, todo gracias a Piero, claro.

Vaya, vaya, ya podía haberlo sabido antes…, pensaba, masticando cada bocado como si fuera el último.

Pero no, a ella no le contaban nada, como si de repente se hubiera convertido en la protagonista de alguna novela de misterio barata en la que nadie te dice ni mu, y por alguna razón inexplicable tenía guardaespaldas siguiéndola a todas partes, pero bueno, misterios de la vida.

Para que no te escapes, seguro.

Sí, debía ser eso…

Ni siquiera se atrevían a chistar sobre el accidente, ya que estamos.

¿Por qué?, se preguntaba. *¿Acaso piensan que me va a dar un patatús o algo por el estilo?*

Su familia, tenía que admitir, aunque le costase, era un ejemplar único en su especie.

—¿Habéis acondicionado la casa para mí? —preguntó, con una mezcla de sorpresa y curiosidad que le hacía arquear una ceja, cuando su padre le soltó de sopetón que habían hecho

mejoras en la casa, lo de la piscina nueva y la flamante sala de rehabilitación que la esperaban como si fuera la reina de Inglaterra.

—Por supuesto —respondió Raven, con una sonrisa que iluminaba el lugar, empujando su silla de ruedas con una delicadeza que rozaba lo ceremonial, como si transportara el más preciado de los tesoros.

O una bomba a punto de explotar, quién sabe.

—No sé si eso me gusta o me preocupa —confesó Tori, frunciendo el ceño ligeramente, con ese tono de quien no sabe si está ante un regalo o una trampa.

—¿Por qué te preocuparía? —indagó Chloe, caminando al lado de su sobrina, mostrando esa preocupación típica de quien quiere echar una mano, pero no tiene ni idea de por dónde empezar.

—No sé, se siente como si no tuvierais confianza en que lo voy a conseguir —dijo de repente, con la voz apagada, un tono que reflejaba la tormenta de dudas, miedos, y frustraciones que se agitaban en su interior.

Viendo lo inútil que se sentía y lo cuesta arriba que se le estaba haciendo todo, las cosas no pintaban precisamente color de rosa. Y hasta ella, en sus momentos más oscuros, dudaba de si lo lograría. Y no es que fuese una pesimista de esas que ven el vaso medio vacío y con una fuga, sino más bien realista, de esas que saben que no todo en la vida son unicornios y arcoíris.

En el hospital, los médicos y los diferentes terapeutas que la habían visto se habían encargado de bajarla de la nube con un golpe de realidad, dejándole claro, como había hecho su padre desde el primer momento, que el camino sería duro y que tendría que currárselo como nunca.

Lo haría, vaya que si lo haría.

Porque la idea de quedarse postrada en esa silla de ruedas… No, no quería ni pensarlo.

Ni en broma.

—Porque confiamos en ti es que preparamos todo —corrigió Raven con una firmeza que no admitía réplica—. No queremos que te sientas dependiente, sabemos que odias eso con toda tu alma, así que pensamos que estas mejoras podrían ser un empujoncito para que te sientas más cómoda y segura.

—Si es así, gracias —susurró ella, aunque no estaba del todo convencida, todavía luchando con sus propios miedos y expectativas.

—¡Media naranja! —exclamó Riley con una efusividad que rozaba lo teatral, irrumpiendo en la escena con la fuerza de un tornado desbocado, justo en el momento en que Tori cruzó el umbral de la puerta.

Su aparición fue tan repentina y llena de energía, como si hubiera estado esperando detrás de esa puerta específicamente para este momento (que era, precisamente, lo que había ocurrido), y ahora, al ver a Tori entrar por la puerta de la casa, corría hacia ella.

Casi se cae sobre la prima, y cuando digo casi, es porque fue un auténtico número de circo lo

que vino a continuación.

Rebel, demostrando tener esos reflejos sobrenaturales dignos de un superhéroe de cómic, aquellos que solo se ven en las grandes pantallas o en las páginas ilustradas donde lo imposible se vuelve cotidiano, la cogió de la cintura con una destreza envidiable. La levantó en el aire como si pesase menos que una pluma arrastrada por una suave brisa primaveral.

Justo a tiempo, ni un segundo antes ni un segundo después, como si todo hubiera sido ensayado en una coreografía perfectamente sincronizada.

—Suéltame, idiota —gruñó ella, visiblemente irritada, comenzando a moverse con una exageración digna de una estrella de cine en plena escena de acción, intentando zafarse de ese abrazo de oso proporcionado por lo que ella consideraba un orangután con demasiado tiempo libre—. Capullo —añadió con un bufido, como si esa única palabra contuviera toda la esencia de su irritación acumulada.

—Que te has cargado la bienvenida —resopló Rebel, mirando al techo al cielo como si estuviera invocando paciencia a los dioses del Olimpo, lidiando con lo que claramente consideraba la peor de sus pesadillas recurrentes.

Su tono, cargado de sarcasmo y esa resignación que solo se adquiere después de años de convivencia con la misma persona, dejaba claro que este tipo de intercambios eran más comunes de lo que cualquiera desearía.

—Eres insoportable, ¿lo sabes? ¡Y casi le haces daño! —agregó con dureza, en un tono de "te soporto porque, al final del día, no me imagino la vida sin estas absurdas discusiones".

Lo cual era irónico, ¿no?

Lo que dijo Riley a continuación era algo que nadie sabía, pero apostaría a que algo bonito no era. La mujer tenía un repertorio de insultos más abundante aún que el de Tori. Lo cual era mucho decir…

Riley, al sentirse libre por fin, se abalanzó y abrazó a su prima con todo el amor que había acumulado durante su ausencia, un amor que parecía no conocer límites.

—Cuánto te he echado de menos, ¡esta noche duermes conmigo! —decretó, mirando a todos, desafiante, como si esperara que alguien se atreviera a llevarle la contraria.

Nadie lo hizo, por supuesto. Todos sabían que contra Riley no había argumento válido que valiera la pena.

Era una batalla perdida antes de empezar.

Riley suspiró de alivio. Y entonces, sí, como si acabara de recordar que había un guion que seguir en esta comedia improvisada, miró a los demás habitantes de La Mansión. Les hizo una seña con las manos, un gesto teatral y exagerado, como si fuera el director de orquesta de esta sinfonía de caos, diciendo sin palabras, pero con toda la intención del mundo: "¡Venga, ahora es el momento!"

—¡Bienvenida! —exclamaron, con una sincronización no exenta de cierto desajuste causado

por la locura de Riley, los demás habitantes de La Mansión.

Sus voces se mezclaron en un coro algo desafinado, pero lleno de calidez y buen humor, después de que la loca de Riley, con su típica habilidad para convertir cualquier plan en un espectáculo, les fastidiase la sorpresa.

—¿Y…? —resopló Riley, con esa mezcla de impaciencia y expectación que la caracterizaba, como si estuviera al borde de su asiento, esperando el desenlace de su serie favorita.

Entonces Rain y Romeo, como dos magos sacando el conejo del sombrero, lanzaron el confeti, creando un momento de pura magia, de esos que te hacen creer, aunque sea por un segundo, en la posibilidad de lo imposible.

—¡Bienvenida a casa! —exclamaron de nuevo, esta vez con una efusividad renovada, como si el primer intento hubiera sido solo un ensayo y este fuera el verdadero espectáculo.

Entonces Riley, incapaz de contener su entusiasmo, saltó y tocó las palmas, como si fuera una niña que acaba de ver el regalo que más deseaba bajo el árbol de Navidad.

—Lo he adornado yo, ¿te gusta? —señaló con un orgullo casi palpable la exageración decorativa que había montado en la entrada.

Y no solo en la entrada, la casa al completo estaba transformada, solo que Tori todavía no había tenido el placer de descubrirlo.

—Me encanta —rio Tori.

—¿Veis? —rio Riley, triunfante y radiante de felicidad— Si es que nadie la conoce mejor que yo.

Desde luego, con Riley siempre se estaba en una montaña rusa de emociones, pero una cosa era cierta: con ella, la vida nunca era aburrida.

Uno a uno, los demás habitantes de La Mansión, ese lugar lleno de recuerdos y momentos compartidos, se acercaron a Tori para estrecharla en un gran abrazo colectivo, como si intentaran, con ese simple gesto, transmitirle todo el cariño y apoyo que ella necesitaba en ese momento. Era, sin duda, un regreso a casa que Tori no olvidaría fácilmente.

Entre risas y besos, llegaron hasta el salón y tomaron asiento después de preparar café para todos, creando un ambiente cálido y familiar que hacía mucho no sentía.

—¡Qué ganas tenía! —exclamó ella, soltando un gemido al degustar su tan ansiado café.

—¿Y tarta de galletas no te apetece? —preguntó Camila, con esa sonrisa pícara de quien sabe que está a punto de revelar la mejor de las sorpresas.

Tori abrió los ojos como platos, tan grandes y redondos que bien podrían competir con los de un búho sorprendido. Era esa mirada de incredulidad mezclada con la más pura de las esperanzas.

—¿Me has hecho tarta? —la incredulidad en su voz se mezclaba con un atisbo de emoción que apenas podía contener.

—Dos, para que no te falte —dijo Camila, riendo ante la expresión de pura felicidad que adornaba el rostro de su sobrina—. Voy por ella… —dijo levantándose.

—Yo te preparé lasaña —intervino Beth, sabiendo que estaba a punto de anunciar el equivalente culinario a un abrazo para el alma de Tori. Sabía que era el plato que más le gustaba, una apuesta segura.

—¿Con mucho queso? —preguntó ella, a quien ya se le hacía agua la boca, y eso que no había pasado mucho tiempo desde que había desayunado, justo antes de marcharse del hospital, precisamente.

—Con doble de queso —aseguró Beth, como quien promete el doble de felicidad, el doble de sabor.

—Gracias, señor —gimió Tori, elevando sus palabras como una oración de gratitud, provocando la risa entre los presentes.

—Cualquiera diría que te tenían muerta de hambre —rio Romeo, añadiendo ese toque de burla afectuosa.

—Exactamente así era —dijo Tori, bufando—. Si no llega a ser por Piero… Por cierto —frunció el ceño, como quien se percata de un detalle previamente pasado por alto— ¿Por qué Piero…?

—¡Café! —exclamó Chloe de repente, interrumpiendo el flujo de la conversación con la urgencia de quien ofrece un salvavidas en medio de un naufragio.

Y todos se unieron a ella.

A la mierda, ya me la jugaron de nuevo, resopló Tori mentalmente, una mueca adornando su rostro en un intento de disimular su frustración.

Suspiró, dándose por vencida ante la evidencia de que, hasta que ellos quisieran, o un desliz traicionero se les escapara, no dirían nada.

Y se les escaparía, seguro. Porque, en este grupo, todos eran unos bocazas por naturaleza.

Pero a Tori era a quien no se le escapaba nada, como bien demostró al notar que había una taza más en la mesa.

—¿Y Sylvester? —preguntó entonces, marcando la ausencia de una presencia familiar, pensando que esa taza de más y esa silla vacía, eran, sin duda, para él. Era una pregunta cargada de curiosidad, un detalle que no pasaba desapercibido para una observadora nata como ella.

—¿Sylvester? Tenía médico con su mujer —respondió Rain, intentando esbozar una imagen de despreocupación, como quien comenta el tiempo o alguna trivialidad sin importancia.

Pero su tono, aunque casual, no podía ocultar completamente el rastro de tensión que se colaba entre sus palabras, como si detrás de esa explicación se escondiera algo más, un secreto apenas guardado bajo llave.

—Oh… —Tori dejó escapar un murmullo, mientras llevaba el café a sus labios— ¿Entonces

por qué habéis servido un café de más?

Fue un instante, apenas una milésima de segundo, pero el mundo pareció detenerse.

Todo el salón se sumió en un denso silencio.

—Para mí. Ese café es para mí —una voz conocida, cargada de recuerdos y emociones, resonó en la entrada del salón, cortando el silencio como un rayo que quiebra el cielo en dos.

En ese momento, Tori sintió como si el suelo se abriera bajo los pies, como si todo su mundo, con sus certezas, sus rutinas y la falsa seguridad de lo cotidiano, se desmoronara.

Porque allí, justo en el umbral, como si fuera un fantasma del pasado hecho realidad, estaba Raider.



Capítulo 13

Tori, que se preciaba de ser todo menos una cobarde (y no, no empecemos a traer a colación esa noche en el pub, porque, vamos, ese apagón repentino habría hecho saltar de su asiento al más valiente), se encontraba en una de esas encrucijadas vitales que definen a los fuertes.

Y claro, como la valiente que era, o al menos pretendía ser, tomó las riendas de la situación con la determinación de un general en el campo de batalla.

—Raider… —lo saludó, aunque su voz delataba un ligero temblor, un nudo en la garganta que se negaba a deshacerse.

—Tori… —respondió él, deteniéndose frente a ella y, en un claro gesto de nerviosismo, se metió las manos en los bolsillos de los pantalones.

Ahí estaba él, intentando no parecer tan ansioso por tocarla, por abrazarla. Pero, demonios, las ganas eran casi palpables, como una fuerza magnética que los atraía el uno al otro.

Esas mismas ganas que había sentido esos últimos días, observándola desde la distancia, deseando poder decirle lo orgulloso que estaba de ella: "Lo estás haciendo increíblemente bien y lo vas a lograr. Vas a volver a ser la de antes".

Pero bueno, antes de que el galán de Raider captara toda mi atención (y es que tener a un semidiós del Olimpo como él delante no ayuda a concentrarse), estaba contando que Tori, después de lograr pronunciar el nombre de ese hombre que había dejado una marca imborrable en su vida, y gracias al cielo lo hizo sin temblar, porque, vamos, sería bastante patético si no pudiera controlar ese detalle, hizo exactamente lo que se espera de alguien que no se considera cobarde.

Sí, salió disparada de allí.

Pero no literalmente, que no estamos en una película de acción. Recordemos que estaba en silla de ruedas. Pero no una cualquiera, eh, sino una de esas sillas eléctricas que son la envidia de cualquier peatón lento.

Y te preguntarás, ¿y por qué la llevaba su padre un rato antes si es eléctrica? Pues porque el hombre simplemente quería participar, quería sentir que hacía algo importante por su hija, no es necesario buscarle tres pies al gato.

En fin, allí estaba ella, la mujer cuyo corazón parecía querer escaparse a la carrera, lanzándose a la fuga.

Claro que a su modo, porque esas sillas, por muy modernas que sean, no es que se caractericen por su velocidad supersónica, no superan los cinco o seis kilómetros por hora.

Pero para Tori, en ese momento, fue su Gran Escape, su pequeña gran aventura, demostrando que el valor a veces se presenta de las maneras más inesperadas y, por qué no, a motor.

—¡Tori! —gritó Chloe, con la voz llena de sorpresa mientras intentaba seguir el ritmo de su

sobrina a toda velocidad.

Lo cual no era muy difícil, la verdad.

Y las demás mujeres, igual, se unieron al coro de exclamaciones. Y a la carrera.

—¡Pero qué manera de hacer una entrada es esa, hombre! —exclamó Romeo, con los ojos como platos y una sonrisa incrédula adornando su rostro.

—Mira que lo hemos ensayado veces, campeón —bufó Rain, sacudiendo la cabeza en una mezcla de desdén y afecto mientras se dejaba caer, de nuevo, en el sillón del que se había levantado, impulsado por el susto de la entrada triunfal de su hijo.

—¿Tienes complejo de actor o cuál es tu problema? —resopló Rebel, mirando a su primo con una mezcla de irritación y diversión, que no podía apartar la mirada de la carrera frenética de Tori en su silla.

—Si es que ya sabía yo… —gimió Raven, dejándose caer también, con un suspiro dramático, de nuevo, en la silla donde estaba antes de que el espectáculo comenzara— Ni coraza ni leches, ¡si eres un blandengue!

—¡Que os estoy escuchando! —ladró Tori mientras salía del salón, ahora con su tía al timón de la silla, guiándola con destreza.

—De verdad, tío —Rebel, sin poder evitarlo, le dio una palmada amistosa, pero firme, a Raider en el hombro—. Lo tuyo no es normal.

—Bueno, ¿y qué esperabais que hiciera? —Raider se giró cuando Tori desapareció de su vista y los miró a todos con una mezcla de frustración y desafío en su mirada— ¡Habéis puesto una taza más! Yo pensé… —resopló, ese error no era excusa— ¿Qué iba a hacer? ¿Quedarme ahí, escondido, sin salir y sin decir “¡Hola, estoy aquí”!?

Los demás se miraron unos a otros, compartiendo una mirada de complicidad y diversión ante la pregunta retórica de Raider.

—¡Sí! —exclamaron a la vez, como si hubieran ensayado esa respuesta en perfecta armonía.

—¿No se suponía que debías hacer exactamente eso? —preguntó Rain con su habitual calma, que contrastaba con el caos emocional del momento.

—Pero si, además, ¡todo fue idea tuya! —exclamó Romeo, agitando las manos en el aire con una expresión de incredulidad.

—Bueno, pues no pude —se defendió Raider, con un gesto de resignación y un deje de rebeldía en la voz.

—No, de eso ya nos dimos cuenta —se mofó Rebel, con una sonrisa burlona en los labios.

—Si ni siquiera puedes hacer lo fácil, ¡¿cómo demonios vas a enfrentarte a lo demás?! —exclamó Raven, perdiendo la poca paciencia que le caracterizaba.

—¿Lo fácil? ¡¿Lo fácil?! —Raider elevó la voz, sus ojos azules brillando con intensidad— Si

eso es lo fácil, ¡que venga Dios y lo vea!

—¿Pero cómo demonios no va a ser fácil que te quedes escondido un par de horas más, ¡si lo llevas haciendo dos semanas!? —exclamó Raven, alzando la voz hasta casi un grito, mostrando su frustración al límite.

—Ya, bueno… —carraspeó Raider, intentando recuperar algo de dignidad—. Pues no pude, y ya está —se dejó caer en el sofá.

—Señor… —Rebel soltó una sonora carcajada y se sentó en el sofá, al lado de su primo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Rain, volviendo a la calma con una facilidad envidiable, como si estuviera acostumbrado a tomar las cosas con filosofía.

—¿Ahora qué de qué? —replicó Raider, confundido y un poco a la defensiva.

—Después de esta entrada apoteósica de mi hijo, que parece haberse dedicado en la selva a querer ser actor… Después de hacerla huir —miró a Raider—, ¿cómo demonios le vas a explicar que no solo estás aquí, sino que serás quien se encargue de su rehabilitación? —Rain planteó la pregunta con serenidad, como si estuviera discutiendo algo tan mundano como el tiempo.

—Pues fácil, ¡diciéndoselo! —declaró él, como si fuera la solución más obvia del mundo, listo para enfrentar el próximo desafío con una determinación renovada.

—Diciéndoselo… —repitió Raven, su voz, un susurro cargado de ironía y un leve toque de desafío.

Unos minutos después, Raider se encontró lamentando sus palabras impulsivas. ¿Cómo no iba a hacerlo?

En el fondo, lo que realmente anhelaba era…

—Quieto y parao —intervino el italiano, con un tono firme, pero calmado, cuando agarró a Raider por un brazo, impidiéndole girar sobre sus talones para escapar de la situación.

Al mismo tiempo, Rebel, siempre listo para echar una mano, lo sujetó del otro brazo, asegurándose de que no pudiera hacer otra de sus famosas escapadas.

Mientras tanto, Raven colocó sus manos sobre los hombros de su sobrino, como quien coloca un yugo sobre un toro salvaje, decidido a no dejarlo moverse.

Entonces, Rain, con esa serenidad que parecía ser su marca registrada, después de llamar con un par de toques suaves a la puerta de la habitación de Tori, donde todos se habían congregado, abrió la puerta con un gesto que rozaba lo ceremonial.

Y sin más preámbulos, y ciertamente sin ninguna delicadeza, Raven empujó a Raider dentro de la habitación.

—Diciéndoselo, ¿no? —bufó el médico, su voz cargada de sarcasmo—. Pues hala, a por ella, campeón —añadió, empleando el apodo que Rain solía usar con su hijo, pero esta vez teñido de un humor que no ocultaba el desafío implícito en la situación.

Allí estaba Raider, frente al desafío que él mismo había invocado, rodeado por sus familiares que, entre burlas y apoyos, lo empujaban a enfrentar lo que había estado evitando.

Y ahora, sin más dilación ni escapatoria posible, le tocaba actuar.

Tori abrió los ojos como platos, su mirada era un cóctel de sorpresa y ligero terror al verlo entrar en su dormitorio.

Las demás, por su parte, adoptaron una postura un tanto más diplomática; carraspearon, intentando disimular su incomodidad y, haciendo oídos sordos a las súplicas de Tori que decía "No, por favor…", al verles las intenciones cuando comenzaron a caminar lentamente hacia la salida, como quien abandona el barco antes de que comience la tormenta, salieron de la habitación.

—Ni se te ocurra —dijo Tori, clavando su mirada en su prima, con una mezcla de súplica y amenaza en su voz al ver que iba a seguir los pasos de las demás—. Porque te juro que dejamos de ser medias naranjas para siempre.

—Yo… —el arrepentimiento se palpaba en la voz de Riley, resonando con una sinceridad dolorosa—. Lo siento —dijo finalmente, antes de salir, también, de la habitación y cerrar la puerta tras de sí, dejando un eco de culpabilidad flotando en el aire—. Joder, nos va a odiar para siempre —gimió entonces, liberando el picaporte de la puerta con un gesto teatral y girándose hacia la congregación que había frente a ella, sus ojos buscando complicidad en el desastre que acababan de orquestar.

—¿Cómo creéis que se lo tomará? —suspiró Camila, con el doble de preocupación que el resto porque, al fin y al cabo, era su hijo el que se encontraba en el centro del huracán.



Mientras tanto, en el reino de lo íntimo y lo no dicho, dentro de esa habitación donde la puerta se había cerrado con un clic…

Tori y Raider, frente a frente, envueltos en un torbellino de emociones que había estado en pausa, esperando precisamente ese momento para desatarse.

—Tori… —susurró Raider.

Desde el instante en que había cruzado el umbral de esa habitación y había posado sus ojos sobre ella, el mundo exterior había perdido todo sentido para él.

Podría desplomarse el cielo, podrían desvanecerse las estrellas, pero lo último que él desearía contemplar, lo último que ansiaría grabar en su retina, sería a ella.

Y es que esos ojos, esos maravillosos y expresivos ojos color miel, esos ojos que había añorado en noches de insomnio y soledad, esos mismos ojos que habían protagonizado sus

sueños más vívidos y sus pensamientos más secretos, esos ojos, ahora, lo miraban fijamente.

Lo observaban con una mezcla de sorpresa, incredulidad y, ¿acaso, un destello de temor?

Una emoción que a Raider le desgarraba el alma ver reflejada en su mirada, como una daga clavándose en lo más profundo de su ser. Porque, si había algo que nunca había deseado, era ver ese brillo de miedo en los ojos de nadie, especialmente en los de ella.

Con un paso titubeante, intentó acercarse, buscando acortar la distancia que se había erigido entre ellos. Pero ella negó con la cabeza, como si con ese simple gesto intentara poner barreras a lo que alguna vez fue.

—¿Qué demonios haces aquí? —la voz de Tori, aunque temblorosa, estaba teñida de una acritud que golpeó a Raider como un puñetazo directo al estómago, dejándolo sin aliento.

La frialdad de sus palabras era un recordatorio doloroso de que su bienvenida no sería cálida, de que las cosas habían cambiado irremediablemente.

Pero, ¿qué esperaba, después de todo? ¿Acaso había imaginado un reencuentro diferente?

—¿Acaso no es evidente? —respondió él, con un suspiro. Elevó las palmas de sus manos hacia el cielo, como si buscara en el acto una suerte de redención, una absolución que sabía, en el fondo, no merecía.

—No, no lo es —la firmeza en la voz de Tori era un claro desafío, una barrera que se erguía firme entre ellos.

—Estoy aquí por ti —afirmó Raider, intentando transmitir con su mirada lo que las palabras no podían expresar.

Ignoró la risa irónica de Tori, esa risa que sonaba a derrota y sarcasmo, esa risa que partía su corazón en dos. Siguió mirándola, buscando en lo profundo de sus ojos algún indicio, alguna señal de que su presencia no le era completamente indeseable, de que quizás, solo quizás…

—Sobre todo por mí —replicó ella, su voz cargada de cinismo.

—¿Qué es lo que te resulta tan improbable? ¿De verdad crees que podría permanecer lejos sabiendo lo que te pasó? —la angustia era palpable en la voz de Raider.

—Ni siquiera tenías que haberte enterado —la respuesta de Tori fue un bufido.

—No seas idiota —bufó él a su vez, pasándose las manos por el pelo con una mezcla de frustración y desesperación.

¿Cómo podía ella pensar que algo así podría permanecer oculto para él? ¿Cómo podía creer que él simplemente se mantendría al margen, indiferente?

—Sí, lo fui y lo sigo siendo. Una idiota de primera —susurró ella para sí misma.

Porque, a pesar de todo, a pesar del tiempo y la distancia, había albergado la esperanza de que él volvería. Quizás no por ella, pero que volvería. Sin embargo, el tiempo había pasado, y él nunca regresó.

Pero ahora está aquí…, le recordó la voz de su cabeza.

Ahora es tarde, pensó.

Y, con un gesto casi inconsciente, desvió la mirada de ese hombre que ahora se presentaba ante ella, demasiado delgado, demacrado, una sombra del que alguna vez fue.

Desvió la mirada de esos ojos azules que, a pesar del tiempo, no habían logrado borrarse de su memoria, esos ojos que una vez le encantaba mirar, que la hacían sentir viva, deseada, amada.

Porque sí, siempre lo había mirado embobada, con el corazón latiéndole en el pecho con una fuerza desmedida, ese era el efecto que él siempre había tenido en ella.

Y, al parecer, lo sigue teniendo…

—No es así como me imaginé que nos reencontraríamos —suspiró él.

Ella volvió a mirarlo, enfrentándose una vez más a ese torbellino de emociones que Raider siempre había sabido despertar en ella.

—¿Pensaste alguna vez en eso? ¿En cómo sería? —sonaba escéptica.

Él sonrió con tristeza.

—¿Tú no? —preguntó entonces, desafiando con su mirada las barreras que Tori había construido alrededor de su corazón.

—Nunca —mintió ella, su voz apenas un susurro.

Entonces Raider, para sorpresa y para desgracia de Tori, sonrió todavía más.

—Mentirosa —la acusación de Raider fue suave, casi cariñosa.

Tori tragó saliva y desvió la mirada, intentando esconderse de ese brillo en los ojos de Raider, intentando protegerse de ese efecto que él siempre había tenido en ella, ese efecto que hacía que su corazón saltara cada vez que él sonreía.

—Es la verdad —dijo ella, a la defensiva.

—Supongamos que sí —dijo él entonces, encogiéndose de hombros con una resignación que parecía más teatral que genuina.

Metió las manos en los bolsillos de su pantalón, una acción que parecía buscar refugio en la familiaridad del gesto.

—A mí me alegra verte, Tori —sus ojos, una vez más, se encontraron—. Me alegra ver que estás bien.

Ella rio con ironía. Otra vez.

—¿Bien? —la pregunta de Tori estaba teñida de incredulidad— Estoy postrada en una silla de ruedas, ¡ni siquiera puedo ir al baño sola! ¿Eso es estar bien? —su voz, aunque cargada de amargura, no podía ocultar el dolor subyacente, ese sentimiento de impotencia y frustración que

la invadía.

—Es algo temporal —aseguró él, con confianza—. Créeme, te levantarás de esa silla más pronto de lo que crees.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de ello? Ni mi padre ni los médicos que me vieron son tan optimistas —resopló ella.

—Porque el que te operó fui yo —dijo entonces él, dejando caer esa revelación como una bomba, esperando que ella lo mirase como lo hacía, con la sorpresa pintada en su rostro, con los ojos abiertos de par en par ante la incredulidad de lo que acababa de escuchar.

—¿Pero qué…? —Tori estaba atónita, su cerebro luchando por procesar la información, por asimilar la magnitud de lo que eso significaba.

Era como si, de repente, todas las piezas del rompecabezas empezaran a encajar, revelando una imagen que nunca había imaginado posible.

—Y el responsable de tu rehabilitación también seré yo. Y te juro, Tori, que haré lo que haga falta para que te levantes de esa silla y vuelvas a ser la de siempre —su voz era un juramento, una promesa cargada de determinación y un compromiso inquebrantable.

—¿De qué demonios hablas? —ella estaba confundida.

—La segunda cirugía a la que te sometiste, yo fui el cirujano a cargo y créeme, sé muy bien que te levantarás de esa silla, al menos por la parte que me toca. Ahora todo depende de ti. Y no te dejaré rendirte, Tori —era una declaración de guerra contra el destino, un desafío a cualquier pronóstico que no incluyese su completa recuperación.

¿Pero cómo demonios le habían ocultado algo así?

—¡No pienso aceptar que seas tú! —exclamó ella entonces.

Se rebelaba ante la idea de depender de él, de cualquier manera.

Él se encogió de hombros, un gesto que parecía restarle importancia a su negativa, como si ya hubiese anticipado su reacción y estuviese preparado para enfrentarla.

—No tienes opción —dijo, su voz dejando claro que no había margen para el debate.

Que esta era una batalla que ella no iba a ganar.

—¿Que no tengo opción? ¡Claro que puedo elegir a mi propio médico y negarme a que seas precisamente tú! —Tori estaba decidida a luchar, a negarse con todas sus fuerzas a aceptar una realidad que no había escogido.

Y tanto que lo haría, se negaría rotundamente.

Él se encogió de hombros nuevamente, una repetición del gesto que parecía ser su respuesta predilecta ante la obstinación de ella.

—Inténtalo, estás en tu derecho, como dices. A ver, primero, cuántos te dicen que sí. Créeme, no eres un caso fácil y ninguno quiere algo complicado. Y, segundo, de esos locos, que alguno

habrá, que quiera colgarse la medalla, a ver cuántos podrán cruzar la valla de La Mansión —su tono era desafiante, como si le estuviese lanzando un guante de desafío, invitándola a probar suerte en un juego donde las probabilidades estaban en su contra.

—¿Te quedas conmigo? —Tori estaba alucinando con lo que escuchaba, cada palabra de él era como un golpe que la dejaba más desorientada.

—No —dijo él con seriedad—. Solo te cuento cómo son las cosas —su aclaración era un balde de agua fría, una dosis de realidad cruda.

Y sin adornos.

—No me lo puedo creer… No podéis obligarme a aceptar esto. Hablaré con mi padre y…

—Tu padre fue el que me buscó —la revelación impactó en Tori como un meteorito, una verdad inesperada que la dejó sin aliento.

La palabra "traición" resonaba en su mente.

Y es que, efectivamente, lo era.

—No voy a prestarme a esto —negó ella con firmeza, su voz, un bastión de resistencia en medio del caos emocional que la embargaba.

Raider enarcó las cejas, un gesto que parecía mezclar sorpresa con un desafío tácito, como si la negativa de Tori fuese un ingrediente más en un juego del que solo él conocía las reglas.

—¿Te apuestas algo? —su pregunta flotaba en el aire, una invitación a un duelo de voluntades donde el premio, nada más y nada menos, era su futuro.

—¿Disfrutas con esto? —la pregunta de Tori destilaba incredulidad y acusación.

—¿Eso crees? ¿Crees que disfruto viéndote en una maldita silla de ruedas? —resopló— No, nena —la palabra "nena", ese apelativo cariñoso que solía usar con ella, se escapó de sus labios casi sin querer—. No disfruto verte así. Joder —exclamó, sacando las manos de los bolsillos y pasándoselas por el pelo con un gesto de frustración y desesperación—. ¡Odio verte así! Pero ahora mismo, lo entiendas o no, soy la única persona que puede ayudarte. ¿Tanto me odias como para preferir quedarte en una silla de ruedas para siempre en vez de tragarte tu orgullo y permitir que te ayude a salir de esta? ¿De verdad es así? ¿De verdad tu maldito orgullo puede más?

Ella apretaba los dientes con fuerza, luchando contra la marea de emociones que amenazaba con desbordarla, intentando a toda costa evitar que los ojos se le llenasen de lágrimas.

—Yo…

—Aunque fuera así —la interrumpió él, sin dejarle terminar, cortando cualquier intento de respuesta—. No permitiré que lo hagas. Ódiame, Tori. Ódiame todo lo que quieras, ódiame como lo has estado haciendo hasta ahora. Más, incluso, porque te haré llorar. Te dolerá, querrás abandonar y no te permitiré hacerlo. Al contrario, haré que la terapia, en ese momento, sea todavía más dura. Te llevaré al maldito límite cada día, así que hazlo, ódiame. Insúltame, pégame, haz lo que te dé la gana, pero te juro que estoy preparado para ello y que ni dejaré que te

rindas ni yo me rendiré hasta que te levantes de esa silla de ruedas tú sola y ¡camines por tu propio pie! —exclamó, su voz un rugido cargado de determinación y frustración.

Tori abrió la boca, pero la cerró de nuevo, sin saber qué decir después de la avalancha de palabras que había soltado él.

—Así que prepárate, porque esta misma tarde empezaremos con tu rehabilitación —anunció Raider, como si ya todo estuviese decidido, como si no hubiese lugar para el debate o la negociación.

—Pero…

—No estoy pidiendo tu opinión, Tori. En esto, en tu rehabilitación, no tienes ni voz ni voto. Es mi trabajo, y créeme, sé muy bien cómo hacerlo. Así que prepárate para lo que viene, que no será un camino de rosas, precisamente —su tono era firme, inquebrantable, la voz de alguien que había tomado una decisión firme y no pensaba dar marcha atrás.

—No pienso…

—A las cinco en punto y ni un minuto más tarde, en la piscina —la interrumpió él de nuevo, cortando de raíz cualquier intento de protesta—. Y tranquila, puedes bajar a comer con los demás, no estaré, así que no tendrás que verme la cara. Pero eso será solo por hoy, Tori. Te tocará acostumbrarte a tenerme rondando por ahí en todo momento, porque me voy a convertir en tu maldita sombra, te guste o no.

—No estarás hablando en serio…

—Muy en serio, créeme —aseguró él—. Así que procura estar donde te diga, cuando te diga, Tori. No me hagas ir a buscarte, porque te juro que no me temblará el pulso para hacerte una zambullida forzosa en la maldita piscina si con eso consigo hacerte reaccionar. ¿Me has entendido?

Y sin esperar ninguna respuesta de ella, sin darle oportunidad de procesar todo lo que había dicho, de asimilar el desafío que le lanzaba, Raider giró sobre sus talones y abrió la puerta de la habitación.

Mientras tanto, fuera, en ese caótico corredor donde el drama se cocía a fuego lento, Raider, con una mezcla de resignación y sorpresa, resopló al presenciar la escena de quienes, con las orejas pegadas a la puerta como si de una misión de espionaje se tratara, casi terminan suelo por el susto cuando él la abrió de golpe.

Al cerrar la puerta tras de sí, un golpe sordo, como de algo estrellándose contra ella, resonó en el aire, asustando a todos los presentes.

Bueno, a todos excepto a Raider, que se lo veía venir…

Se dejó caer sobre la puerta cerrada como quien acaba de sobrevivir a una emboscada, soltando todo el aire que había retenido en los pulmones como si fuera el último suspiro de un héroe de acción después de la batalla final.

—¡Por encima de mi cadáver! —gritó Tori desde dentro de la habitación.

—¿Tenéis seguro de decesos? —preguntó Rebel, lanzando la pregunta al aire con una seriedad que, francamente, no le duró ni dos segundos antes de ser socavada por un humor negro que brotó sin poder contenerlo.

—¡No quiero volver a verte en mi vida! —exclamó Tori.

Todos los presentes miraban Raider, quien, resoplando y visiblemente frustrado, se alejaba de allí a grandes zancadas.

—Si no lo tenéis, contratadlo —dijo entonces Rebel, refiriéndose al seguro, soltando una carcajada sonora, incapaz de resistirse al placer culpable de encontrar diversión en medio del caos.

—¡Y a ti tampoco quiero verte! —exclamó Tori cuando Riley, en un acto que rozaba la valentía y la locura a partes iguales, intentó con toda la audacia del mundo entrar nuevamente en la habitación.

La pequeña, pero fiera mujer cerró la puerta del dormitorio con un golpe que sonó definitivo, lanzando una mirada a su primo que bien podría derretir acero, congelar lava y partir diamantes por la mitad.

—¡Y todo esto porque no se pudo esperar dos horas más! —recriminó Riley, refiriéndose a Raider, que ya no estaba por allí, con una intensidad en su voz que haría retroceder a cualquiera, incluso a aquellos acostumbrados a enfrentar tormentas y desastres naturales sin pestañear— ¡¿Pero no quedamos en que nos iba a dejar preparar el terreno?! —gritó.

—El terreno de un campo de minas, será —bufó el italiano, arrancando risas y un choque de cinco con Rebel, quien, a pesar de la tensión palpable, no podía evitar apreciar el humor tan acertado y punzante en medio del caos.

—Si es que… —bufó Riley, dejando la frase en el aire, como si las palabras adecuadas se le escaparan, perdidas en algún lugar entre la frustración y la incredulidad.

—Bueno… ¿Ha dicho que hoy empezaría con la rehabilitación? —preguntó Raven, asumiendo su papel de incitador oficial con una sonrisa traviesa en los labios, dispuesto a remover el avispero una vez más.

En ese preciso momento, como sacado de una de esas comedias televisivas, el móvil de Rebel zumbó en su bolsillo, rompiendo la tensión del ambiente con la sutil melodía de un mensaje entrante.

“¿Puedes ayudarme a tumbarme en la cama?”, decía el texto, tan simple y a la vez tan cargado de significado.

Rebel, con un suspiro que parecía llevarse parte del drama que los rodeaba, mostró la pantalla a los demás.

Chloe, impulsada por un instinto protector, hizo amago de moverse hacia la puerta, pero fue detenida por un muro de manos y miradas reprobatorias.

—Vamos a darle tiempo, mamá —dijo Rebel, su voz perdiendo por un momento su habitual

tono de broma para adoptar uno más serio, más empático—. No tiene que ser nada fácil para ella. Ni el que Raider haya vuelto, ni que la vea en esas condiciones y, mucho menos, enterarse de que fue quien la operó y que será él con quien tendrá que trabajar codo a codo —era evidente que se habían enterado de toda la conversación—. Si me quiere a mí en este momento, será mejor que vaya yo.

Y, dejándolos a todos con la boca abierta, Rebel entró en el dormitorio después de llamar un par de veces a la puerta, sin esperar a que su hermana le diese permiso para entrar.

Riley, observando la escena, no pudo evitar exhalar un suspiro profundo.

—Supongo que no es un crío, después de todo —admitió, encontrando en ese gesto una madurez que quizás había pasado por alto.

Chloe sonrió con orgullo, añadiendo silenciosamente su aprobación al gesto de Rebel, mientras Romeo frunció el ceño con rapidez, advirtiendo con la mirada antes de que Riley pudiera siquiera vocalizar un pensamiento.

—Ni se te ocurra —advirtió el italiano.

—¿Qué? —preguntó ella, genuinamente desorientada por la advertencia de su padre.

—Con el drama de estos dos es suficiente —dijo Romeo, refiriéndose a la saga de Tori y Raider, su tono, dejando entrever un hartazgo humorístico ante la idea de añadir más leña al fuego emocional.

—¿Pero qué dices? —replicó su hija, mirándolo como si acabara de proponer la idea más absurda del mundo, mientras Romeo solo podía bufar, resignado.

—Como si fuera la primera vez que un “enemies to lovers” funciona —murmuró más para sí mismo que para los demás.

—Se te va, papá, ¡se te va mucho! —exclamó Riley, ya caminando lejos, mientras Romeo, con una mezcla de esperanza y desafío, lanzaba al aire un “¡Eso espero!”.

—Tú, italiano de pacotilla, ¿qué tienes en contra de mi hijo? —preguntó entonces Raven, entrando en la conversación con la misma sutileza con la que un elefante entra en una tienda de porcelana.

—¿Yo? Nada —respondió el aludido— Solo que tiene prohibido mirar a mi hija más allá de… —dejó la frase sin terminar, pero el mensaje estaba claro como el agua: su hija era territorio vetado, una línea que no se debía cruzar bajo ninguna circunstancia.

—Lo mismo es ella quien lo mira así —intervino Rain, con la tranquilidad de quien lanza una bomba en medio de la sala y espera ver la explosión.

Su comentario, lanzado al aire con una inocencia fingida, hizo que todos se pararan en seco, girando la cabeza en una coreografía perfectamente sincronizada, que hubiera sido cómica de no ser por las circunstancias.

Padre e hija lo miraron con expresiones de horror, como si Rain hubiera sugerido algo tan

descabellado como que el cielo era verde y la gravedad una sugerencia más que una ley.

—¡¿Estás loco?! —exclamaron Riley y Romeo al unísono, horrorizados.

—¡Ni de coña! —declaró Romeo con firmeza.

—¡Jamás! —secundó Riley.

—¡Pues un partidazo que es mi hijo! —defendió Raven, su orgullo paterno herido por las insinuaciones.

—Pues hacen buena pareja, ¿no creéis? —preguntó Camila, con esa habilidad única para poner el dedo en la llaga y, al mismo tiempo, sonar como si estuviera comentando el clima.

Sus palabras, ligeras, pero cargadas de significado, flotaron en el aire, provocando una pausa colectiva.

—Yo creo que entre ellos ya… —comenzó Beth, su voz tejiendo insinuaciones en el aire.

—¿En serio? —preguntaron Camila y Chloe al unísono, sus voces mezclándose en una armonía de incredulidad y curiosidad. La sorpresa en sus rostros era un reflejo perfecto de la de los demás, como si Beth hubiera destapado una caja de Pandora llena de posibilidades que, hasta ese momento, nadie había considerado seriamente.

—Sí, ¿no os habéis dado cuenta de que…?



Capítulo 14

Esa misma tarde…

Raider se encontraba allí, de pie, absorto en un mar de pensamientos que lo anclaban al borde de la piscina cubierta. Era un lugar tranquilo, donde el eco de sus propios recuerdos parecía rebotar contra las paredes, llenándolo todo con un aire de nostalgia y una pizca de frustración.

La cristalera le ofrecía una visión distorsionada del mundo exterior, pero él estaba demasiado sumergido en su mente como para apreciar la vista.

Se pasó una mano por el cabello, un gesto que había adoptado inconscientemente cada vez que se veía atrapado en el laberinto de sus pensamientos. Los recuerdos se agolpaban, insistentes, como si quisieran recordarle momentos mejores, o quizás solo más simples.

Miró el reloj inteligente que llevaba en su muñeca, una pequeña maravilla de la tecnología que le recordaba constantemente que el tiempo no se detenía, ni siquiera para él. Un suspiro escapó de sus labios al ver la hora: las cinco y diez.

Se estaba haciendo tarde.

La duda lo invadió por un momento.

¿Iba a retarlo?

—Dice que no bajará.

La voz de Rebel, clara y ligeramente divertida, lo sacó de sus pensamientos. Raider cerró los ojos, asimilando la información.

Al parecer, sí iba a hacerlo.

Iba a retarlo.

El mensajero de su hermana había hablado, y la respuesta que traía no era la que Raider había esperado…

¿O quizás, en el fondo, sí?

Con un movimiento cansado, dejó caer la cabeza, un gesto de resignación ante la inevitable confrontación que se avecinaba. Había albergado la esperanza, por leve que fuera, de haber sido lo suficientemente claro en sus advertencias.

Pero el problema no residía en su claridad, sino en la obstinación de esa mujer, que parecía decidida a no facilitarle las cosas.

Cuando la única perjudicada por no hacerlo, no era otra que ella misma.

—Si es que sabía que no me lo iba a poner fácil —resopló, hablando más para sí mismo que

para Rebel.

La determinación comenzó a encenderse en sus ojos, una chispa de desafío ante la adversidad.

Si las cosas no podían solucionarse por las buenas, y ciertamente había dado a esa posibilidad su justo tiempo, entonces lo haría por las malas.

Raider se giró, enfrentándose a Rebel, cuya presencia había adoptado un aire de expectación mezclado con una curiosidad casi infantil. Negó con la cabeza, como si quisiera alejar las dudas o tal vez la leve sensación de culpa que le roía por dentro.

—¿Qué vas a hacer? —la pregunta de Rebel estaba cargada de una mezcla de preocupación y una curiosidad mal disimulada.

—Lo que le advertí que haría —respondió Raider, su voz firme, dejando claro que no había espacio para la duda o la negociación.

La decisión estaba tomada, y si ella creía que sus advertencias habían sido meras palabras al viento, estaba a punto de descubrir lo equivocada que estaba.

Y esa lección vendría con un precio, uno que Raider estaba dispuesto a cobrar.

Abrió la puerta que separaba la tranquilidad de la piscina cubierta del resto de la casa, decidido a poner fin a este juego de desafíos.

Un sonido peculiar escapó de Rebel, un híbrido entre un gemido de preocupación y una risa nerviosa, como si la situación le pareciera tan absurda como inevitable.

—Te odiará —rio, sin poder contener el humor que encontraba en la situación, a pesar de la tensión subyacente.

Raider se encogió de hombros, un gesto que hablaba de su aceptación del odio como un precio menor a pagar. Había llegado al punto de no retorno, y si el odio era el coste de poner las cosas en su lugar, entonces que así fuera.

—Como si no lo hiciera ya —su respuesta fue un murmullo cargado de resignación.

Subió la escalera de caracol, cada paso resonando con su determinación. Al llegar arriba, se volvió hacia Rebel.

—Encárgate de bajarme la silla de ruedas.

—¿Y tú…?

—Yo me encargaré de ella.

Y con esas palabras, Raider dejó claro que, independientemente de las consecuencias, estaba dispuesto a enfrentarlas.

Tori conocía a Raider como si fuera el reverso de su propia mano.

Si había alguien en este vasto y loco mundo que pudiera afirmar que lo conocía mejor que de lo que él se conocía a sí mismo, esa era Tori. Sin embargo, ahí estaba ella, metida en un

berenjenal de proporciones épicas, retando a Raider de una manera que ni siquiera ella lograba descifrar completamente.

¿En qué diablos estaba pensando para hacerlo?

Ni ella ni Riley podrían descifrarlo.

—Miedo me da… —soltó Riley, lanzando una mirada que oscilaba entre la preocupación y la incredulidad hacia Tori, quien permanecía impasible, casi desafiante, sentada en el borde de la cama. La habitación parecía contener la respiración ante la negativa que Rebel acababa de llevarle a Raider, como si presintiera la tormenta que se avecinaba.

—Bah… No puede obligarme a nada —replicó Tori con una mezcla de desafío y un intento fallido de sonar convincente.

—¿Lo dices porque de verdad lo crees o para convencerte a ti misma? —Riley la conocía demasiado bien como para comprar esa fachada de indiferencia.

Era como si pudiera leer entre líneas, identificando la mezcla de temor y terquedad en la voz de su prima.

Tori soltó un gemido, como si las palabras de Riley hubieran dado en el clavo.

—Como sea, no puede esperar que haga algo que no quiero. ¡Y menos con él! No entiendo cómo mi padre se ha prestado a esto —expresó, sintiéndose traicionada.

—Harían lo que fuera por salvarte, Tori —dijo Riley, su voz cargada de una mezcla de comprensión y tristeza—. No te imaginas lo mal que lo han pasado… Que lo hemos pasado todos —continuó, tomando la mano de su prima para darle un apretón afectuoso—. No puedes echarles, echarnos —matizó— en cara que queramos lo mejor para ti. Y el mejor, te guste o no, es él.

—Habrá perdido hasta práctica allí, en medio de la selva —bufó Tori.

Riley, incapaz de contener una carcajada, asintió con la cabeza.

—Demasiado mal lo habrá pasado. Está demasiado delgado, ¿no te parece? —su tono denotaba una preocupación genuina.

No era solo la apariencia física de Raider lo que había cambiado; era la sombra de lo que alguna vez fue, un recordatorio de las duras pruebas que había enfrentado.

Pero para su corazón seguía siendo el mismo.

—Y eso que no lo viste cuando llegó —continuó Riley, con un tono que oscilaba entre la pena y el asombro—. Me dio pena verlo, es evidente que no lo ha pasado nada bien.

—Sarna con gusto… —comenzó Tori, su comentario teñido de un cinismo mordaz.

La puerta de la habitación se abrió de repente.

—No pica, pero mortifica —Raider completó el refrán que Tori había dejado colgando en el aire.

—¿Pero qué demonios…? —Tori apenas pudo articular las palabras, su sorpresa evidente ante la repentina aparición de Raider.

—¿Sabes? —dijo Raider, clavando sus ojos en los de Tori, una mezcla de desafío e intensidad reflejada en su mirada.

Su aproximación era medida, cada paso calculado con la precisión de un cazador cerrando la distancia con su objetivo.

La tensión en el aire era palpable, como si estuvieran actuando en el clímax de una telenovela dramática, con Riley intuyendo el inminente enfrentamiento, retirándose rápidamente del escenario, dejando a Tori y Raider solos en esta danza de miradas entrecruzadas.

Raider sonrió, un gesto cargado de significados ocultos, mientras se situaba delante de Tori.

Cerca.

Tan cerca que la electricidad parecía arder entre ellos.

Su sonrisa se amplió, deleitándose en la reacción de Tori al intentar, en vano, poner distancia entre ellos, una maniobra imposible dada la proximidad invasiva de Raider y la condición física de ella.

Las manos de Raider, firmes y decididas, encontraron su lugar en el colchón, enmarcando las caderas de Tori en una suerte de cautiverio suave, pero implacable. La cercanía era tal que no solo compartían aliento, sino que también podían sentir el pulso del otro, latidos acelerados resonando en un compás frenético.

—Me gusta más el refrán que dice “El que avisa no es traidor” — murmuró Raider, manteniendo esa distancia ínfima, respirando el aire que escapaba de los labios de Tori.

Raider mantuvo la cercanía, un desafío palpable en el aire, hasta que la tensión entre ellos se volvió insostenible.

Fue entonces cuando decidió actuar, transformando el momento en una escena de pura adrenalina.

Lo que siguió ocurrió en una secuencia vertiginosa, como si el tiempo se acelerara solo para ellos.

En un instante, Tori estaba sobre la cama, y en el siguiente, encontró su mundo volteado, ahora en los brazos de Raider, quien parecía indiferente a cualquier protesta que ella pudiera tener.

—¿Pero qué haces, neandertal? ¡Bájame! —gritaba Tori con toda la fuerza de sus pulmones, su voz resonando en cada rincón de La Mansión.

Riley, igualmente alarmada, se unió al clamor.

—¡Raider, por dios! ¡Bájala!

Pero Raider tenía otros planes, y estos incluían descender las escaleras con Tori en sus brazos,

provocando una conmoción que sacudió a todos los presentes y residentes de La Mansión, incluso al gato, que, asustado por los gritos, huyó a toda prisa hacia el jardín.

—¡Raider! —exclamó su madre, visiblemente sorprendida al verlo completar su descenso con Tori todavía entre sus brazos— ¿Pero se puede saber qué estás haciendo?

—¡Suéltame! —Tori luchaba, golpeando y retorciéndose en un intento desesperado por liberarse, una lucha que casi termina con ella en el suelo si no fuera por un instinto de agarre que la llevó a aferrarse al cuello de Raider.

Ese gesto, esa búsqueda instintiva de seguridad en medio del caos, arrancó una sonrisa de Raider, un reconocimiento silencioso de que, a pesar de todo, aún había confianza entre ellos.

El contacto cercano, con los cuerpos presionados el uno contra el otro, sus alientos mezclándose, provocaba una tormenta de sensaciones en Raider, quien se encontraba a la vez divertido y torturado por la situación que había creado.

—Lo ha retado —explicaba Rebel, bajando las escaleras con la silla de ruedas, su comentario sirviendo como una especie de epílogo a la escena que se había desplegado ante ellos.

La respuesta de Camila, un simple "Ah…", y el suspiro resignado de Beth revelaban una mezcla de exasperación y anticipación ante lo que estaba por venir.

Divertidos y preocupados a partes iguales, todos encaminándose hacia la piscina para ver el desenlace de esta peculiar confrontación.

—¡Que me bajes ahora mismo! —seguía exigiendo Tori, elevando su voz en un crescendo de miedo, aferrada a Raider como si su vida dependiera de ello.

—¿Que te baje? —preguntó Raider, con esa voz suya que parecía siempre estar en el límite entre el desafío y la pura diversión.

La pausa que siguió fue suficiente para hacer que Tori reconsiderara su demanda.

Pero no lo hizo…

—Sí —dijo entonces, aunque una ligera duda había en su voz.

—Bien, parece que, por una vez, estaremos de acuerdo. Te bajaré, porque es ahí donde debías estar desde el principio, aunque quizás no de la manera que esperabas.

La confusión de Tori no tuvo tiempo de resolverse, ni de formular un plan B, antes de encontrarse cayendo a la piscina, todavía en los brazos de Raider.

Y fue en los brazos de él, que no la soltó ni por un instante, que los dos emergieron a la superficie. Ella tosiendo, medio ahogándose, por la cantidad de agua que había tragado.

—Tranquila, nena —dijo Raider mientras dejaba que ella se agarrase a él como si fuera su salvavidas, su faro en la tormenta, su… Bueno, ya entiendes—. Estás conmigo, no te pasará nada.

Él…

Tori entonces lo miró, con ganas de degollarlo.

Si sus miradas pudieran matar, Raider ya estaría en el fondo de esa piscina.

—¡¿Te parece gracioso?! —exclamó y volvió a toser, como si su cuerpo todavía no decidiera si estaba más enojada o más ahogada.

Raider sonrió todavía más, si es que eso era posible, y, para sorpresa de Tori, la agarró con un solo brazo por la cintura, pegándola por completo a él mientras levantaba la otra mano, sacándola fuera del agua.

Entonces, con un gesto cariñoso, le quitó el pelo mojado de la cara y la peinó un poco, como si estuvieran en medio de una cita romántica y no de un intento de natación forzoso.

Ambos se habían quedado en ese momento, sin ser conscientes de los carraspeos y las toses que había a pie de piscina, de aquellos que estaban allí, mirando para todos lados, sin saber dónde meterse ante tal escena digna de una comedia romántica.

—¿Qué haces? —preguntó ella en un susurro tembloroso, como si de repente el mundo exterior se hubiera desvanecido y solo quedaran ellos dos y esa piscina que había sido testigo de su peculiar baño.

Y solo entonces siendo consciente del cuerpo de él.

Porque antes, con el susto, ni tiempo le había dado a ser consciente de nada, ni del agua, ni de la temperatura, ni mucho menos de cómo Raider la sostenía.

¿Qué hacía?

Eso mismo se preguntaba Raider, quien bajó la mano con que la había tocado porque le temblaba, no sabía si por el frío del agua o por la electricidad del momento.

—¿Se te va la cabeza o qué? —preguntó ella, retorciéndose entre sus brazos, como intentando escapar y quedarse al mismo tiempo.

Raider gimió y se movió lo necesario para poder hablarle al oído, para que solo ella lo escuchara, en un susurro que era más íntimo de lo que cualquiera de ellos hubiera anticipado.

—Cuidado dónde tocas, nena. A ver si te vas a llevar una sorpresa, y no me hago responsable de las consecuencias.

Cuando Raider se separó de ella y la miró a los ojos, después de escuchar su grito ahogado, soltó una carcajada al ver la cara de horror de Tori, con los ojos abiertos como platos y la mandíbula igual, como si acabara de ver un fantasma en lugar de su rostro burlón.

Sin dejarla reaccionar, Raider nadó con ella y la acercó al borde de la piscina. Cogiéndola por la cintura, la sentó en el borde con una facilidad que dejaba claro que no era la primera vez que manejaba este tipo de situaciones… O personas, con tanta destreza.

—Lleváosla, no quiero que coja frío —dijo mirando a los demás, que lo miraban, también, con los ojos como platos.

No era para menos después de presenciar una escena que parecía sacada de una novela de romance y acción.

—¡Serás…! ¡Serás capullo! —tartamudeó ella mientras se dejaba coger por Romeo y Rebel, que la sentaron en la silla de ruedas, todavía en shock, todavía procesando lo que acababa de pasar.

—Creo que ya te has dado cuenta por qué será mejor que no pongas más a prueba a este capullo —comenzó Raider, plantándole una mirada firme, penetrante.

Había un brillo especial en su mirada, uno que dejaba entrever que, a pesar de todo, no había malicia en sus acciones, solo un deseo perverso, complicado, casi imposible de descifrar, de protegerla, incluso de ella misma, como si fuera su misión personal en la vida.

—Lucharé contigo misma si es necesario, Tori, pero te vas a recuperar, te lo aseguro. No me pongas de nuevo a prueba, porque te aseguro que soy bastante terco y estoy dispuesto a llegar hasta el fin del mundo con tal de verte bien.



Capítulo 15

Esa misma noche, mientras la luna se asomaba con timidez entre las nubes, unos gritos desgarradores rasgaron el silencio de La Mansión, arrancando a Raider de los brazos de Morfeo.

Se levantó de un salto de la cama, como impulsado por un resorte, con el corazón golpeando su pecho, sabiendo, con una certeza que le helaba la sangre, a quién pertenecía ese timbre de voz que rompía la noche.

—¡No! ¡Ayúdame! —resonaban esas palabras, cargadas de un terror que no necesitaba imagen alguna para ser palpable.

Sin perder ni un segundo, Raider entró en la habitación de Tori sin siquiera llamar, violando todo protocolo de privacidad, pero ¿qué importaba eso frente a la urgencia del momento?

La encontró retorciéndose en la cama, en una danza macabra con sus propios demonios, como si las sombras de la noche se hubieran materializado solo para torturarla.

Con movimientos que denotaban una mezcla de desesperación y cuidado, Raider destapó la cama lo suficiente para hacerse espacio, se sentó en ella y cogió a Tori por las axilas, levantándola con un ímpetu protector hasta poder rodearla con sus brazos, creando un refugio improvisado bajo la manta.

Tori estaba empapada en sudor, su piel ardía al tacto, un claro indicador de la fiebre que su cuerpo combatía.

En esa postura fue como los encontraron los demás.

Raider, con la paciencia de un santo, le susurraba a Tori para tranquilizarla.

—Tranquila, nena. Solo es una pesadilla —intentaba transmitirle calma.

—¡Ayúdame! —exclamó ella, aunque esta vez su voz sonó menos fuerte, como si incluso en su sueño, la presencia de Raider comenzara a ofrecerle un faro de esperanza— ¡Por favor, ayúdame! —sollozaba.

—¿Pero qué demonios…? —preguntó Raven, no pudiendo evitar la sorpresa ante la escena que se desplegaba ante sus ojos.

—¿Tiene una pesadilla? —preguntó Rain, y su hijo asintió con la cabeza mientras seguía intentando que su voz, y su presencia, se filtraran a través del caos que asolaba el subconsciente de Tori.

—Cariño… —Chloe se acercó a la pareja, su mano deslizándose con ternura sobre el rostro de su sobrina.

—Zev —sollozó ella, todavía en las garras del sueño, su voz un hilo frágil.

—Estoy aquí, nena —dijo él, su voz sonando segura, intentando transmitirle esa seguridad que tanto necesitaba.

—No me dejes —rogó ella.

—Ay, dios mío —lloró Riley al escucharla, sus ojos llenándose de lágrimas, su mano cubriendo su boca en un vano intento de contener los sollozos que amenazaban con escapar.

Tanto Beth como Romeo se apresuraron a consolar a su hija, pero alguien se les adelantó.

—Está bien —dijo Rebel con una voz que intentaba ser reconfortante, escondiendo a Riley entre sus brazos, un gesto protector y lleno de entendimiento—. Es normal después de todo lo que ha pasado, no te asustes.

El cómo su hija se aferró con fuerza a Rebel no pasó desapercibido para Romeo, y lanzó una mirada a su mujer, Beth, quien sonrió ante la escena.

Romeo solo pudo poner los ojos en blanco, pensando en la cantidad de canas que ese par prometía regalarle.

—Por favor, no me dejes —seguía implorando Tori, su voz, un murmullo cargado de miedo.

—No lo haré —dijo él, y en su voz resonó la firmeza de un juramento, una promesa inquebrantable.

La mirada de Raven se encontró con la de Raider.

—No te dejaré —volvió a jurar Raider, sin dejar de mirar a su tío, reafirmando su promesa no solo a Tori, sino a todos los presentes.

—No quiero morir —susurró ella.

Tori, finalmente, se abrazó con fuerza a Raider y, poco a poco, para alivio de todos los demás, su respiración se fue haciendo más profunda y regular, un indicativo de que había vuelto a sumergirse en un sueño, esperemos, más tranquilo.

—¿Podéis traer un paño y un cubo de agua tibia? Creo que tiene un poco de fiebre —pidió Raider, preocupado.

Fue Rain quien se encargó de la tarea, y no tardó en volver con lo solicitado. Chloe, con manos que temblaban ligeramente por la emoción contenida, colocó el paño sobre la frente de Tori, y un momento después, eso pareció ayudarla.

Entonces, Raider les hizo un gesto con la mano, pidiéndoles que se marchasen a dormir, que él se quedaría vigilando el sueño de Tori.

—Pero y si tiene otra pesadilla… —se quejó Chloe, su voz cargada de una preocupación que no quería dejar espacio a la razón.

—Tranquila, Raider no la dejará sola —dijo Camila, su voz impregnada de, sabiendo, sin lugar a dudas, que sería así.

—Pero… —intentó protestar Chloe, aferrada a su preocupación.

—Vamos, cariño —Raven cogió a su mujer de la mano en un gesto tierno—. Al final se va a despertar y será peor. Dejémosla descansar.

Chloe no estaba del todo convencida, pero terminó cediendo, saliendo de la habitación como los demás.

Dejando a Raider allí, convertido en el guardián silencioso de los sueños de Tori.



—Está bien —anunció Raider al entrar en la cocina, donde los ojos de todos se clavaron en él, buscando en su expresión alguna pista antes de que sus palabras llegaran a confirmar o desmentir sus temores—. Duerme plácidamente y no tiene fiebre.

—Decía que la salvases. Que no quería morir… —suspiró Romeo, dejando que las palabras flotaran en el aire, cargadas de la tristeza y el peso de los recuerdos de Tori que, como fantasmas, parecían no querer dejarla en paz.

—Recordando el accidente —dijo Rain, su voz no tenía lugar para dudas, era una afirmación.

—Sí —confirmó Raven, asintiendo con la cabeza mientras servía una taza de café a su sobrino, quien se había sentado a su lado en busca de consuelo en el ritual familiar de compartir una bebida caliente—. Lo extraño es que no le haya pasado antes —suspiró con pesar, como si las palabras llevaran consigo el peso del mundo—. Aunque según la psicóloga que la vio, el estrés postraumático puede permanecer dormido hasta que algo lo desencadene.

—No es extraño —intervino Romeo, su voz llevaba el matiz de quien ha navegado por esos mares tormentosos de la mente—. La mente intenta protegernos, borrar los recuerdos que nos hacen daño. Pero esos recuerdos no se evaporan, se quedan ahí, latentes, agazapados en las sombras, esperando el momento, consciente o inconscientemente, para volver y torturarnos.

—Solo hace falta una chispa para que todo eso prenda —acotó Rain, apoyando las palabras de Romeo, como si entre ambos tejieran una red de entendimiento sobre la fragilidad y complejidad del ser humano.

—¿La vuelta a casa? ¿Yo? ¿El ponerla entre las cuerdas con la rehabilitación? —la voz de Raider destilaba duda, como si, de repente, el peso de ser la posible chispa lo abrumara.

—No es tu culpa —dijo rápidamente Rain, queriendo disipar cualquier sombra de culpa que pudiera nublar el juicio de su hijo.

—Es algo que ha vivido, que le ha marcado y, por desgracia, le ha dejado secuelas no solo mentales, sino también físicas —Romeo trató de poner las cosas en perspectiva, hablando con la autoridad que le daba su experiencia—. Tarde o temprano, el miedo y todo lo que está sintiendo habría salido a flote.

—No me gusta verla así —Raider soltó un suspiro—. Y tampoco sé cómo evitar que…

—No puedes —le aseguró Raven—. ¿Crees que de poder, yo no lo evitaría? —sus palabras no

buscaban herir, sino abrir los ojos a una realidad dolorosa, pero necesaria.

—No puedes hacer más que lo que hiciste: estar pendiente de ella y brindarle tu apoyo cuando te necesite —concluyó Rain.

—¿Entonces por qué me siento tan inútil? —preguntó Raider, pesaroso.

—Es lo que tiene caer en las redes del amor, amigo —bromeó Romeo, lanzándole un guiño cómplice y desenfadado.

—Yo no estoy…

—¡Venga ya, hombre! —el italiano soltó una exhalación teatral, interrumpiéndolo— No intentes vendernos la moto, Raider, que te conocemos. No la has olvidado.

Raider torció el gesto, una mezcla de resignación y sorpresa pintada en su rostro.

—¿Tan evidente es? —soltó la pregunta al aire, girándose para escrutar las caras de los presentes, que hicieron todo un ritual de miradas cruzadas antes de fijar sus ojos en él.

—¡Claro que sí! —exclamaron al unísono, como si de un coro afinado se tratase.

—Nunca has podido ocultar tus emociones cuando se trata de ella—intervino su padre con una sonrisa socarrona—. Cada vez que ella entraba en la habitación, tu cara se iluminaba como el árbol de Navidad más ostentoso de la ciudad…

—Y los celos que te comían vivo cuando los demás merodeaban a su alrededor —rio Romeo, su memoria viajando a episodios memorables—. ¿Recordáis aquella vez que convenció a todo el colegio de que Tori era portadora de una enfermedad extremadamente contagiosa solo para mantenerlos alejados? —Romeo soltó una carcajada que resonó en la habitación, recordando cómo Tori lo persiguió por todo el patio, jurando que le retorcería el pescuezo.

—¡Eh, que eso dolió en su momento! —se quejó Raider, entre risas y un ligero rubor en las mejillas, sintiéndose un poco avergonzado al traer esos recuerdos a la superficie.

—Nunca has sido realmente bueno ocultando tus sentimientos por mi hija —Raven asintió, compartiendo la opinión de los demás—. Ella ha sido, curiosamente, la única que no ha sido capaz de ver lo obvio que era para el resto de nosotros.

—Y aún sigue en las nubes —apuntó Rain con un tono de voz ligeramente resignado.

—Sí… Increíblemente perspicaz para tejer historias y enredos románticos en papel, pero cuando se trata de la vida real… —Raven dejó la frase colgando en el aire, como quien lanza un anzuelo esperando que alguien muerda el cebo.

Y hablando de historias…

—Últimamente no ha escrito nada, ¿verdad? —preguntó Raider, evidenciando que, aunque no la había visto en persona, su radar de preocupación seguía activo, vigilándola desde la sombra.

Su padre negó con la cabeza, una sombra de preocupación cruzando su rostro.

—Y le vendría bien, ¿sabes? —intervino Romeo, pensativo—. Ayudarla a desatar esos nudos

que lleva dentro y que ni ella misma sabe deshacer.

—¿Como ayudarla a recordar qué fue lo que pasó aquella noche? —inquirió Raider.

De repente, un silencio cargado de significado se apoderó de la sala, como si las palabras hubieran abierto una caja de Pandora que todos temían explorar.

—¿Se sabe algo de eso? —preguntó Raider, lanzando una mirada inquisitiva alrededor, notando cómo el silencio se apoderaba del ambiente, como si todos los presentes se hubieran tragado sus lenguas.

—No —respondió Rain finalmente, rompiendo el silencio con una voz cargada de incertidumbre—. Solo son suposiciones, llámalo presentimiento, pero la verdad es que no tenemos nada concreto en las manos.

—Lo mismo solo fue un accidente —dijo Raider, intentando inyectar un poco de optimismo a la conversación, prefería aferrarse a esa idea antes que empezar a imaginar que hubiera algún tipo de premeditación siniestra detrás de todo.

Rain se levantó y, después de un breve momento que parecía eterno, volvió al grupo con tres girasoles en la mano, como si fueran trofeos de un mundo más amable y soleado.

—¿Qué es esto? —preguntó Raider, cogiéndolos con una mezcla de sorpresa y curiosidad.

—Hoy han vuelto a llegar —dijo Rain con un tono que insinuaba más preguntas que respuestas—. Lee la nota.

Raider, con un gesto de confusión dibujado en el rostro, desplegó la nota que colgaba de los girasoles como una bandera de misterio y la leyó en voz alta.

—“Lo siento” —miró a los mayores, buscando alguna clave en sus expresiones, algún indicio que despejara la bruma de confusión—. ¿Pero qué demonios significa esto?

—Hasta hoy mismo te podría haber dicho, como antes, que podría ser un accidente, aunque tuviese la sensación de que algo no encajaba del todo bien en el rompecabezas —admitió Rain, como si estuviera revelando un secreto guardado bajo llave—. Pero después de esto… —su voz se apagó, dejando un rastro de dudas suspendidas en el aire.

—¿Qué exactamente no cuadra? —quiso saber Raider, su curiosidad ahora transformada en una sed insaciable por respuestas, como si cada palabra de Rain fuera una pista en un laberinto sin salida.

—Todo cuadra y, en realidad, no cuadra nada. A esa hora, cualquier sombra podría haberla asustado y haberle hecho perder el control del coche, pero no sé… Además, ella no dejó de repetir a los equipos de emergencia que la rescataron: “Había alguien”, “He atropellado a alguien” como un mantra obsesivo.

—Pero allí no había nadie —dijo Romeo, sintiendo un escalofrío recorrer su espina dorsal—. Llámame exagerado, pero yo también tengo la sensación de que hay algo más, algo que se nos escapa, como arena entre los dedos.

—No sé cómo, pero estoy convencido de que ese accidente no fue tal. Y lo de los girasoles me hace sospechar todavía más. Se los envió en la ciudad —lo sabían por Riley, porque aunque ella prometió mantenerlo en secreto, no le gustó y se lo contó a su padre—. Se los envió aquí, y hasta llegamos a pensar, aunque solo por un momento fugaz, que podrías ser tú —Rain recordó cómo se lo habían preguntado la noche que le contaron todo y cómo él, Raider, lo había negado—. Y ahora, justo el día que vuelve a casa, los envía de nuevo. Como si quisiera marcar cada uno de sus pasos con esas flores.

—¿Me estáis diciendo que alguien la vigila? Y que la está vigilando de cerca, ¿no? ¿Me estáis diciendo que pudo ser un accidente provocado? —se le helaba la sangre— ¡Vamos, no me jodáis! —un miedo aterrador se hizo cargo de su cuerpo— Realmente no estabais exagerando al ponerle guardaespaldas —Raider recordó su incredulidad inicial cuando le hablaron de los ex-mafiosos contratados para protegerla.

En su mente, esa medida había parecido excesiva, pero ahora empezaba a reconsiderar su posición.

No lo entendía completamente, o tal vez prefería no hacerlo, bastante tenía ya con la presión de la cirugía que tendría que llevar a cabo. En el fondo, pensaba que, cuanto más protegida estuviera, mejor sería para todos.

—Sabe que ha vuelto a casa. Si es así, es porque ha estado vigilándola incluso en el hospital. ¿Y un “Lo siento”? —preguntó Raven, cuyo instinto le decía que nada de esto presagiaba algo bueno.

—¿Lo siente? ¿Qué es exactamente lo que siente? —Rain sacudió la cabeza, como intentando despejar las dudas, pero sabía que estaban atrapados en una red de suposiciones sin salida.

—¿Estamos hablando de un acosador? —la pregunta salió de la boca de Raider casi como un disparo, una mezcla de incredulidad y temor vibrando en su voz.

A Raider, por un momento, le pareció que el suelo se tambaleaba bajo sus pies.

Pensar que alguien pudiera estar obsesionado al punto de dañar a Tori era algo que no podía, no quería, asimilar.

Joder, al principio no quiso creerlo, convencido de que todos exageraban, que veían sombras donde no las había.

Pero ahora, la situación estaba empezando a asustarlo de verdad y entendía por qué su padre y sus tíos tenían sus sospechas.

La idea de un desconocido enviando girasoles, vigilando cada movimiento, sabiendo cada paso que daba Tori, se le antojaba como sacada de una pesadilla de la que no podían despertar.

—Pero seguimos sin pruebas, navegando en un mar de conjeturas —resopló Rain.

—Y hasta que ella no recuerde —apuntó su padre—, estamos atados de manos, sin poder avanzar.

—No creo que tarde en hacerlo —comentó Romeo con un tono de esperanza—. Si su mente

ha empezado a mostrarle algo, con el estrés al que estará sometida las próximas semanas…

—Puede ser una bomba mental a punto de explotar —dijo Rain, asintiendo, compartiendo la misma línea de pensamiento.

—¿Y mientras tanto qué hacemos? ¿La mantenemos encerrada en casa? ¿Es eso lo que estás sugiriendo? —la pregunta de Raider sonaba a frustración, a la desesperación de sentirse atrapado entre la espada y la pared.

—Exactamente eso —dijo Rain.

—Con la rehabilitación aquí, en casa, no tendrá por qué salir, no habrá necesidad —intervino su padre, intentando poner un punto de calma en medio del torbellino de emociones.

La lógica detrás de sus palabras era sólida, pero el tono sugería que incluso él sabía que era una solución lejos de ser ideal.

—Joder… —la palabra salió de los labios de Raider cargada de impotencia y una pizca de ira —. ¿Y no sería mejor decirle…? —la pregunta quedó suspendida en el aire, un eco del dilema moral y emocional que todos enfrentaban.

—No —lo interrumpió Raven con firmeza—, eso podría condicionar sus recuerdos, moldearlos a nuestra conveniencia sin querer.

—Pero tarde o temprano lo tendrá que saber, no podemos simplemente tenerla aquí encerrada para siempre como si eso fuera a solucionar algo —la voz de Raider destilaba un conflicto interno, una mezcla de preocupación y realismo crudo.

—Por ahora sí, es lo mejor —respondió Raven con una firmeza que pretendía ser reconfortante, aunque detrás de sus palabras había un matiz de duda.

—Ya está mosca con lo de los italianos, y estoy completamente seguro de que lo está dejando pasar solo porque pensará que sois unos exagerados que solo queréis aseguraros de que se queda en su habitación y, además, ha estado tremendamente ocupada conmigo. Pero que no haya dicho nada hasta ahora no significa que sea tonta, ni mucho menos. Tarde o temprano se va a dar cuenta —la preocupación era palpable en sus palabras.

—Lidiaremos con ello cuando llegue el momento —dijo Raven—. Mientras tanto, mejor te callas y no digas nada que pueda anticipar los problemas.

—Maldita sea… —bufó Raider, sintiendo cómo el miedo y la frustración se enredaban en su pecho, complicando aún más la situación.

La idea de tener que ocultarle cosas a alguien a quien quería le pesaba como una losa.

—Me odiará más todavía cuando se entere de todo esto —lamentó, imaginando el peor de los escenarios.

—No te preocupes, a nosotros también nos odiará —dijo Romeo con un intento de humor que buscaba aliviar la tensión, aunque solo fuera por un momento.

—Mal de muchos… —comenzó a decir Rain, intentando sumarse al intento de quitarle peso al

asunto.

—Consuelo de tontos —terminó la frase Raven, con una sonrisa sarcástica que pretendía ser ligera, pero que no escondía la seriedad de la situación.

—Lo de tonto va por ti, ¿no? —dijo Romeo, sin perder la oportunidad de molestar a Raven, tratando de inyectar un poco de normalidad a través del humor en una situación que estaba lejos de serlo.

Raider, con su impaciencia que a menudo rozaba la exasperación, puso los ojos en blanco tan fuertemente que casi se podía oír el sonido de sus pupilas girando.

Era evidente que la conversación estaba, una vez más, desviándose hacia territorios irrelevantes, y él, claramente, no estaba para esos juegos.

—¿Pero queréis hacer el maldito favor de centraros en lo importante? —exclamó con una voz que rozaba el límite de su paciencia.

No era para menos, considerando el torbellino de emociones y miedo que lo asediaba por dentro.

¡Tori!

¡Tori es lo importante!, quiso gritar.

—Lo siento —respondió Romeo, con una mezcla de sorpresa y comprensión en su tono. Parecía que, finalmente, alguien entendía la urgencia de la situación—. Tienes razón.

Raider lo miró de reojo, su ceño más fruncido que una camisa olvidada en el fondo de la cesta de la ropa sucia.

Había en su mirada una mezcla de suspicacia y asombro, como si no pudiera creer que alguien finalmente captara el mensaje.

¿Perdón?

La palabra resonó en la mente de Raider, cargada de incredulidad y un toque de sarcasmo.

—Que debemos centrar nuestra atención en las cuestiones de verdadera importancia —continuó Romeo, intentando recobrar algo de seriedad.

—Claro… —dijo Raider.

—Así que, por favor, ilumínanos, mi querido sobrino. ¿Por qué demonios, si tanto la amas, si tanto te preocupas por ella hasta el punto de sentir que podrías morir si algo malo le sucede, tomaste la decisión de dejarla y desaparecer hace años?

—¡¿Pero se puede saber por qué todo el mundo me pregunta lo mismo?!



Capítulo 16

Raider, todavía atrapado en las brumas del sueño, apenas se estaba frotando los ojos intentando despabilarse después de una noche agitada. Había conseguido conciliar el sueño solo después de una larga charla familiar que le había dejado con el miedo en el cuerpo, y después de comprobar una y otra vez, casi como un ritual obsesivo, que Tori seguía dormida, tranquila y, lo más importante, sin fiebre.

Finalmente, había salido de la habitación, sintiendo el peso del cansancio y la preocupación asentándose sobre sus hombros.

Joder, desde que había vuelto a La Mansión, no podía evitar sentir que había envejecido décadas, con tantas preocupaciones que llevaba a cuestas.

No había hecho más que poner un pie en el pasillo, todavía con la mente nublada por el sueño y los pensamientos enredados, cuando un estrepitoso ruido cortó el aire, sacándolo de su ensimismamiento.

Su corazón se detuvo por un segundo.

—Tori —susurró, el nombre escapándose de sus labios como una oración cargada de temor.

Movido por un impulso protector, Raider no tardó en recorrer la distancia que lo separaba de la habitación de Tori, que no era mucha, porque estaban frente a frente la una de la otra. Abrió la puerta de un empujón, casi temiendo lo que encontraría.

—Oh, joder —gimió al ver la escena frente a él: Tori tirada en el suelo, retorciéndose de dolor.

En dos zancadas, estaba a su lado. Se agachó para ayudarla a levantarse, pero ella, en un acto de desafío y orgullo herido, le soltó un manotazo.

—Déjame en paz —gruñó Tori, su voz era un gruñido cargado de mal humor y desdén, claramente molesta por la situación y, sobre todo, porque fuera él quien estaba allí para ayudarla —. No te necesito.

Raider resopló, cerró los ojos por una fracción de segundo, conteniendo las palabras que se amontonaban en la punta de su lengua, deseando salir en un torrente de frustración. Sin embargo, poniendo su orgullo a un lado y aún en contra de la voluntad férrea de ella, la cogió en brazos con cuidado y la depositó en la silla de ruedas, con una suavidad que contrastaba con la tensión del momento.

—Sí, que no me necesitas es algo que me has dejado dolorosamente claro —respondió finalmente, su voz teñida de un sarcasmo que no pudo contener. El comentario, aunque cargado de ironía, no ocultaba su preocupación.

—Idiota —gruñó ella a cambio, su enfado era palpable.

Sin embargo, su frustración y enfado no estaban dirigidos únicamente hacia él por señalar una verdad que le incomodaba, sino más bien contra ella misma. En ese preciso instante, con su

intervención no solicitada, pero necesaria, lo único que había logrado era confirmar lo que tanto quería negar: que, en realidad, lo necesitaba.

Desesperadamente.

—No he sido yo quien ha intentado, a pesar de saber que no puede, desafiar al mundo y ponerse en pie por su propio pie cuando… —gruñó Raider, clavando su mirada en ella, las manos plantadas en las caderas mientras le reprochaba con severidad la temeridad que acababa de cometer.

—Termina la frase —le retó ella, la voz cargada de un desafío quebrado—. Cuando soy una maldita inválida dependiente que ni siquiera puede moverse, sola, de la cama a la silla de ruedas ¡para ir al maldito baño! —exclamó, dejando escapar también toda la frustración y el dolor acumulado.

Raider la observó, la intensidad de su mirada no disminuía, pero Tori desvió la suya, abrumada por la vergüenza.

No sabía qué era peor, si la furia que hervía dentro de ella o la humillación que la inundaba.

—¿Necesitas ir al baño? —preguntó Raider, intentando suavizar la situación con un carraspeo.

Una mueca se esbozó en los labios de Tori, quien lo miró como si acabara de proponerle algo escandaloso.

—No pienso hablar de esto contigo —replicó, la voz teñida de horror.

—¿Por qué no? Soy yo —frunció el ceño, genuinamente confundido.

—¡Precisamente porque eres tú! —exclamó ella, todavía más horrorizada por la idea.

—No sé, no será la primera vez que te veo hacerlo —replicó él con una despreocupación que a ella le parecía incomprensible.

—¡Raider! —exclamó, cada vez más roja, incapaz de creer que él siguiera con el tema y, lo que era peor, que lo tratara con tanta naturalidad.

—Pues cuando me afeitaba y entrabas corriendo porque no podías aguantarte, no te daba ninguna vergüenza —comentó él, encogiéndose de hombros.

—Joder —Tori estaba a punto de explotar, no entendía cómo él podía seguir hablando de ello como si fuera lo más normal del mundo—. Déjalo, por favor.

—Pero tendrás que vaciar la vejiga en algún momento —insistió Raider, sin dar su brazo a torcer.

—Raider… —su tono era una mezcla de súplica y advertencia.

—¿O prefieres usar un pañal mientras? No es mala opción —sugirió, y lo peor era que no parecía estar bromeando.

¡Lo decía en serio!

—¡Raider! —exclamó ella, al borde de la exasperación.

—Bueno, ¡¿qué quieres?! ¡Intento ayudar! —se defendió él, genuinamente confundido por su reacción.

—¿Crees que hablar de cómo vacío mi vejiga es ayudarme en algo? —la incredulidad era evidente en su voz.

Él lo meditó por un momento, como si realmente estuviera considerando la pregunta.

—¿No? —ofreció finalmente, todavía confuso.

—¡No! —exclamó ella, con una mezcla de frustración y desesperación.

—Pero antes… —intentó argumentar él, buscando algún precedente que justificara su comportamiento.

—¡Pero antes es pasado! ¡Antes ya no existe! No somos los mismos y no… —intentaba explicar ella, con esa mezcla de frustración y desesperación que solamente te puede dar el estar hablando con alguien que parece tener la cabeza más dura que una piedra de río.

Pero claro, antes de que pudiera siquiera terminar su frase, ya estaba siendo interrumpida.

—Pues piensa en mí como tu médico. Es lo que soy, ¿no? —dijo él con un tono de voz que rozaba lo paternalista, como si estuviera hablando con una niña pequeña y no con una mujer hecha y derecha. Y como si eso no fuera suficientemente irritante, añadió—: También tu rehabilitador y tu enfermero, todo en uno. Así que como mi paciente…

—Joder —lo cortó ella con impaciencia, ya sin poder aguantar ni un segundo más esa actitud de sabelotodo. Su voz, teñida de una mezcla entre incredulidad y enfado, resonó por toda la habitación—. ¡Que no vas a llevarme a mear! —exclamó a todo pulmón, poniendo tanto énfasis en sus palabras que hasta el aire pareció vibrar con su indignación.

Justo en ese momento, como si el destino mismo quisiera añadirle un poco más de sabor a la situación, Rebel entraba a la habitación.

La expresión de sorpresa y luego de asco que se pintó en el rostro del rubio era, en efecto, para mearse.

De la risa.

Sus ojos se abrieron de par en par, como si acabara de presenciar la escena más cómica del siglo, y luego, su rostro se transformó en una mueca de horror.

—Joder, ¿pero con qué clase de locos comparto techo? —gruñó Rebel con cara de pocos amigos. Miró a su primo con una mezcla de incredulidad y fastidio— ¿Qué te pasa, macho? A ver, entiendo que en la selva las cosas van a otro ritmo, pero aquí, en la civilización, tenemos algo que se llama normas de convivencia. Y, por supuesto, un poquito de respeto por el prójimo —le explicaba despacio, marcando bien cada palabra, como si estuviera hablando con un niño pequeño, esperando que el mensaje calara hondo.

Raider lo miró con esos ojos que parecían lanzar cuchillos invisibles.

—Sacarle las tripas a alguien también es un ritual de bienvenida en la selva, ¿sabes? —replicó con un tono que daba a entender que no estaba bromeando ni un poquito.

—Ese viaje te ha dejado marcado, ¿eh? Igual deberías plantearte seriamente el volver. Lo mismo ya no estás preparado para vivir en sociedad.

—¿Que no estoy preparado? ¡Pero si solo intentaba echar una mano…! —se cortó de golpe al darse cuenta de que Tori, el motivo de toda la discusión, había desaparecido de su vista— ¿Pero dónde se ha metido ahora? —masculló, antes de escuchar un sonido que lo llevó directo al baño — Tus brazos no son tan fuertes como para que lo hagas sola —bufó él al ver sus intenciones—. Déjame que te ayude…

—¡Ni se te ocurra! —exclamó ella con vehemencia— Rebel, por el amor de dios, ¡échalo de aquí ya! ¡No puedo más! ¡Me lo voy a hacer encima! —sollozó.

—¿Y él por qué sí puede ayudarte y yo me tengo que ir? Si el profesional soy yo. Además, fuimos novios, no hay nada que no haya visto…

Tori lo miró como si acabara de decir la mayor tontería del mundo. Y, sinceramente, tal vez no anduviera muy desencaminada.

—¡Fuera! —gritó ella, utilizando todo el volumen de sus pulmones.

No tuvo más remedio que ser expulsado del baño por un Rebel que parecía más un portero de discoteca que un hermano preocupado.

—¡Vale, vale! ¡Haz tus necesidades en paz! ¡Y que te siente bien el desayuno también! — exclamaba Raider mientras Rebel lo acompañaba en un tour forzoso por el resto de la habitación — ¡Nos vemos en la piscina en una hora! ¡No me hagas venir a buscarte como ayer, Tori! — gritó con todas sus fuerzas justo antes de ser catapultado fuera del cuarto y escuchar cómo la puerta se cerraba con un golpe sordo.

Resopló, sintiéndose un tanto frustrado, y cuando escuchó un carraspeo a su lado, se giró para encontrarse con la mirada entre horrorizada y preocupada de Riley.

—Primo… ¿Estás bien? ¿Seguro que no te ha pasado algo en la selva que te haya dejado secuelas emocionales o algo que quieras compartir?

Raider rodó los ojos, exasperado.

¿Es que no podían dejar ya el tema de la selva?

¿Qué se pensaban, que había estado conviviendo con una secta de depravados o algo por el estilo?

—Tranquilo, si es necesario, buscaremos ayuda profesional y te pondrás bien, ya lo verás.

—¡Pero si yo solo quería ayudar! —exclamó el moreno de penetrantes ojos azules, dando por terminada la conversación y alejándose de allí, dejando a su prima con la palabra en la boca y una mezcla de preocupación y confusión flotando en el aire.

Zumbados, ¡estaban todos zumbados!



Raider miraba su reloj por enésima vez, marcando un récord personal de impaciencia en los últimos cinco minutos.

Eran las nueve y veintiocho de la mañana y de Tori, ni rastro.

Si no hacía acto de presencia antes de que las manecillas marcasen las nueve y treinta, iba a empezar a pensar que volvería a retarlo.

Cuando la puerta automática de la piscina encubierta se abrió con un siseo suave, Raider se tensó. Giró lentamente sobre sus talones descalzos, preparándose para lo que fuera o quien fuera que entrara, y soltó un suspiro tan grande al ver que la recién llegada era una guapísima morena en silla de ruedas.

Tori se detuvo en seco cuando Raider giró y clavó sus ojos en ella.

Dudó por un instante, debatiéndose entre seguir adelante o darse media vuelta y huir de ese encuentro que, sinceramente, la estaba sobrepasando más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Justo cuando estaba a punto de optar por el camino fácil, el de la retirada estratégica, él levantó una mano en un gesto que la detuvo.

—No lo hagas —dijo, casi gritando, para salvar la distancia que los separaba—. Por favor, no lo hagas.

Raider dudó también por un momento, pero al ver que ella no se convertía en un ave de presa en plena huida, empezó a caminar hacia ella con pasos lentos, pero seguros, acortando la distancia con determinación.

—Lo necesitas, Tori —afirmó él, deteniéndose justo frente a ella, la seriedad marcando cada palabra—. Necesitas volver a caminar, a sentir el suelo bajo tus pies.

Ella suspiró, sus ojos llenos de una tormenta de emociones, bordeando las lágrimas, pero con una dignidad y orgullo que no le permitían ceder.

—Lo haré —afirmó con voz firme, levantando la barbilla en un acto de desafío.

—Bien —sonrió Raider, admirando esa fuerza, esa tenacidad.

Prefería verla así, luchando, desafiante, en lugar de rendida y llorando.

Porque eso, definitivamente, sería una señal de que Tori no estaba siendo ella misma.

—Aceptaré tu ayuda, pero solo será temporal, hasta que llegue mi próximo rehabilitador —declaró ella, con un tono que dejaba claro que no era una petición, sino una afirmación.

Raider arqueó una ceja, observando a esa mujer que, aunque más delgada y demacrada de lo

que hubiera querido, seguía teniendo esa chispa, esa esencia que siempre había caracterizado a Tori.

Vestida de negro de pies a cabeza, como si intentara reflejar el torbellino que llevaba por dentro. Nada que ver con la Tori de antaño, la que vivía en sus recuerdos, la que se vestía con colores que gritaban al mundo su presencia.

No, esa Tori parecía haber quedado atrás, pero él estaba decidido a traerla de vuelta.

—Hasta que llegue el próximo rehabilitador… —repitió.

—Sí. Y estoy buscando un nuevo médico también —añadió ella, como si quisiera dejar claro que estaba tomando cartas en el asunto.

—Ya veo —dijo él, esbozando una sonrisa que ocultaba un cúmulo de intenciones no dichas.

Pero, ¿sabes, nena?, eso no cambiará nada. No dejaré que nadie más se encargue de ti, pensó él, sonriendo todavía más.

—Mientras tanto, supongo que me utilizarás como tu ayuda temporal —dijo él, dándole la vuelta a la situación con una mezcla de humor y seriedad.

Ella, con esa descarada falta de vergüenza que siempre la había caracterizado, asintió sin el menor atisbo de duda.

—Supones bien —confirmó.

Raider tuvo que morderse el interior de la mejilla para no soltar la carcajada que amenazaba con escapar.

—Siempre que aceptes, claro —añadió ella, con una nota de desafío en su voz que indicaba que si no aceptaba, ni siquiera empezaría con la rehabilitación.

—¿Que acepte que me uses como si fuera algún tipo de utensilio doméstico? —preguntó él, con una pícara sonrisa jugueteando en sus labios.

Tori se puso roja, pero estaba decidida a no seguirle el juego. No le iba a dar esa satisfacción.

—Cuando tengas un sustituto, espero que te marches por donde has venido —le espetó, intentando mantener una fachada de firmeza.

—También es mi casa, Tori —le recordó él, con una calma que desmentía la tensión del momento.

—Ya… —ella pestañeó, consciente de que pedirle que se largara no era una opción viable— Pues al menos haz el favor de borrarme de tu memoria.

—Pides lo imposible, nena —respondió él, su voz cargada de una sinceridad inesperada.

Ella soltó una risa cargada de ironía.

—¿Por qué? Solo tienes que seguir haciendo lo que has hecho durante los últimos cinco años. No parece que te haya costado demasiado, ¿verdad?

—Tori… —resopló él, consciente de que estaban adentrándose en terrenos pantanosos, y maldita sea, ahora que ella había dado el paso de buscarlo voluntariamente, no quería que se alejara corriendo de nuevo.

No, porque la única que perdería sería ella, y aunque Tori era consciente de ello y no era ninguna tonta, el orgullo podía ser un enemigo formidable y cegador.

—Me olvidaré de tu tratamiento y no me inmiscuiré en tu proceso de rehabilitación cuando encuentres a alguien suficientemente capacitado que esté dispuesto a hacerse cargo de ti. Siempre y cuando —añadió él, haciendo desaparecer la sonrisa triunfal que había empezado a formarse en el rostro de Tori— tu padre apruebe a ese profesional como adecuado.

Ella apretó los labios, consciente de que su padre siempre lo pondría a él en primer lugar.

Pero claro, no sobre su propia hija, ¿verdad?

Tori levantó la mano, ofreciéndosela en señal de acuerdo.

—Trato hecho —dijo, con una determinación que esperaba que disimulara su nerviosismo.

Él, lentamente, estrechó su mano y asintió con la cabeza, sellando un acuerdo tácito entre ellos.

Un acuerdo que, en lo más profundo de su ser, no tenía ninguna intención de cumplir.

Porque ya estaba ideando un plan, con la ayuda de Raven y de toda La Mansión si era necesario, para asegurarse de que nadie más quisiera ni pudiera tomar su lugar.

Era una promesa silenciosa, un compromiso inquebrantable que estaba dispuesto a llevar hasta las últimas consecuencias.

—¿Preparada para volver a caminar?



—Ayer no me dio tiempo a ver todo este despliegue —comentó Tori, abriendo bien los ojos ante la impresionante cantidad de máquinas y artilugios que poblaban aquel espacio.

Su primera sesión de rehabilitación todavía no había empezado y ya se sentía abrumada.

—Ya… Claro, estabas demasiado entretenida haciendo de submarino humano —se burló Raider, soltando una carcajada aún más grande al ver cómo ella lo miraba con ojos que lanzaban cuchillos invisibles, claramente con ganas de convertirlo en picadillo.

—Capullo —resopló ella, inflando las mejillas en señal de indignación—. No estoy convencida de que la terapia de choque funcione en la mayoría de los casos.

—En muchos no, te doy la razón —concedió Raider, sin dejar de organizar meticulosamente

los materiales que había seleccionado con un cuidado casi quirúrgico—. Pero te conozco mejor que a la palma de mi mano, y hay momentos en los que una bofetada de realidad es justo lo que necesitas.

—¿Como la que me diste hace cinco años? —la pregunta de Tori venía cargada de un tono amargo, como si evocara fantasmas del pasado que preferían mantenerse ocultos.

Raider exhaló un suspiro cargado de un millar de palabras no dichas y recuerdos no resueltos.

¿No fui yo quien la recibió, nena?

Raider optó por el silencio, sabiendo que si se adentraban en aquel laberinto de reproches y confesiones, ella encontraría la forma de escapar de nuevo.

Y no era que le faltaran ganas de poner todas las cartas sobre la mesa, de desenterrar cada momento que los había llevado a ese punto, pero sabía que ese momento llegaría a su debido tiempo.

Ahora, lo único que verdaderamente le importaba era verla salir adelante, verla recuperar la chispa que siempre la había caracterizado.

Todo lo demás, incluso él mismo, podía esperar.

—Originalmente, había pedido que todas estas máquinas estuvieran en una habitación más privada —comentó Raider, cambiando de tema como quien cambia de canal en la televisión—, pero al final decidí que era mejor mover algunas a este espacio más abierto.

—¿Y eso? —preguntó ella, dejando a un lado el tono ácido para adoptar uno de genuina curiosidad.

—Porque creo firmemente que la piscina será tu mejor aliada en todo este proceso. Aquí, rodeada de agua, es donde te sentirás mejor, donde podrás bajar la guardia y simplemente ser tú —explicó él, levantando la vista hacia ella y regalándole una sonrisa que derretiría el hielo del Ártico—. Te encanta nadar.

Tori sintió un nudo en la garganta y desvió la mirada, incapaz de sostener la intensidad de ese gesto tan lleno de afecto.

Una risita por parte de él la hizo volver a posar sus ojos en Raider, pero, por fortuna, él ya había desviado su atención hacia la tarea que tenía entre manos.

Ella suspiró, sintiendo cómo su corazón daba un vuelco acrobático al observarlo.

Los años no habían borrado las huellas de dolor que su partida había dejado, y aun así, él conservaba ese poder innato de acelerarle el pulso con solo estar presente.

Era ridículamente patética.

De repente, Raider levantó la vista, y Tori, atrapada en su propia tormenta de pensamientos, no pudo evitar seguir admirando esos cambios sutiles, pero notorios en su rostro.

Aunque más delgado, había perdido ese aspecto de haber pasado por una batalla campal, y eso

era un alivio. Pero seguía siendo absurdamente atractivo, con esos rasgos que el tiempo había esculpido con mayor definición, esos ojos azules que parecían más profundos y luminosos, su nariz perfectamente perfilada, y unos labios que invitaban a perderse en recuerdos prohibidos…

—A mí también me resulta difícil no mirarte…

Sus palabras la sacaron de su ensimismamiento.

—¿Qué? —balbuceó ella, confundida, todavía atrapada en las redes de su propio desconcierto.

—Te preguntaba si ya estás lista —aclaró él, con una media sonrisa que insinuaba que había captado cada matiz de su turbación.

—Yo… —Tori tomó una profunda bocanada de aire y la soltó lentamente, intentando calmar la tormenta que se había desatado dentro de ella— Supongo que sí…

Aunque sus palabras carecían de convicción, en el fondo sabía que no había otra opción que lanzarse de cabeza a aquella piscina, tanto en el sentido literal como en el figurado.

Era hora de enfrentar lo que viniera, con o sin terapia de choque.

—Bien —dijo él, cerrando la distancia entre ellos con pasos decididos, extendiendo los brazos en un gesto que anticipaba lo que estaba por venir—. Vamos a ello.

Y, como si el tiempo se hubiera comprimido en ese instante, sin dejar margen para dudas o arrepentimientos, la levantó de la silla de ruedas con una facilidad que hablaba de su fuerza, pero también de su delicadeza.

En un movimiento suave y controlado, la depositó sobre una de las esterillas que había dispuesto meticulosamente en el suelo. Al hacerlo, con un cuidado extremo, como si ella fuera de porcelana fina, sus rostros quedaron inesperadamente cerca.

Demasiado cerca para el bienestar emocional de ambos.

—No sé si esto será una buena idea —carraspeó Tori, moviendo la cabeza ligeramente hacia un lado, buscando instintivamente poner algo de distancia entre ellos.

—¿El qué exactamente? —preguntó él, con una mezcla de curiosidad y desafío en la voz.

¿El qué, Tori?

Esa era la pregunta que resonaba en su cabeza, en un torbellino de pensamientos que definitivamente no se podían catalogar como puramente profesionales.

¡Por todos los santos!

Raider optó por dejarlo pasar y se concentró en la tarea que tenían por delante, una decisión que ella agradeció más de lo que podía expresar.

Posicionándose al final de las piernas estiradas de Tori, Raider inició el trabajo. Cada contacto, cada movimiento provocaba un escalofrío que ella no podía ocultar, y que él no ignoraba.

—Estos ejercicios te resultarán familiares, tu padre ha estado asistiéndote con ellos

últimamente —comenzó él, adoptando un tono decididamente profesional—. Pueden parecer simples —comentó mientras maniobraba el tobillo de Tori, describiendo círculos en el aire—, pero son fundamentales para preservar la movilidad de tus piernas.

—Hablas como todo un profesional —no pudo evitar comentar Tori, con un tono que oscilaba entre la admiración y la incredulidad, mientras lo observaba con atención.

Él la miró entonces, y en su rostro se dibujó una sonrisa pícara, de esas que podrían iluminar la habitación entera y, al mismo tiempo, hacer que el corazón de cualquiera se acelerara sin permiso.

—Lo soy, nena —le guiñó un ojo con una confianza que rozaba la arrogancia, pero de la buena, de esa que solo pueden permitirse aquellos que realmente saben lo que hacen.

El escalofrío que recorrió el cuerpo de Tori ante ese gesto tan descaradamente coqueto la hizo intentar, por instinto, poner distancia entre ellos.

Maldición, ¿por qué su cuerpo y su corazón insistían en traicionarla de esa manera?

¿Acaso no habían acordado mantenerse firmes y no dejarse llevar por viejas llamas?

—Puedo hacerlo sola —replicó ella, su voz teñida con un destello de independencia que brillaba en sus ojos.

Había algo en esa determinación, en ese deseo de evitar el contacto, que hablaba más de su lucha interna que de su capacidad física.

Y era verdad, en cierta medida sus piernas respondían a sus órdenes, aunque no completamente, y definitivamente aún no estaban preparadas para soportar su peso.

—Lo sé, pero es mi trabajo ayudarte —respondió él, su voz cargada con un toque de firmeza y una pizca de algo más, algo que no se podía definir con facilidad, pero que estaba allí, vibrando en el aire entre ellos.

No, definitivamente, no va a ser nada sencillo, suspiró ella internamente.



Mientras tanto, fuera de La Mansión…

En el torbellino de mi mente, las preguntas se amontonan como los girasoles que dejo en su puerta.

¿Habrá visto las flores? ¿Entenderá lo que intento decirle sin palabras?

Las voces en mi cabeza discuten, se contradicen, se burlan. Una parte de mí imagina su

sonrisa al ver los girasoles, esa sonrisa que me guarda solo a mí…

¿O es solo otro engaño de mi mente?

Ella no recuerda, susurran las sombras, refiriéndose a la noche que quise ser su héroe, su salvador. Amnesia disociativa, dijeron las voces blancas del hospital, esa noche borrada de su memoria.

¿Un alivio? ¿Una condena? No lo sé.

La noche en que todo se desmoronó, cuando el plan de hacerme notar, de convertirme en el centro de su universo, se volvió contra mí. No era mi intención dañarla, solo… Solo quería salvarla de los demás, de aquellos que no la merecen, que no la ven como yo la veo.

Las voces en mi cabeza se pelean.

¡Loco!, me gritan. *¡Casi la matas!*

Pero yo… Yo solo quería protegerla. En mi torpe intento por ser su guardián, por ponerme entre ella y el peligro, solo logré empujarla hacia la oscuridad. La oscuridad que ahora parece separarnos más que nunca.

Encerrada primero en el hospital, custodiada como si fuera un tesoro que todos quieren robar… Y quizás lo sea.

Pero el tesoro es solo mío, ¿no lo ven?

Su padre, ese sobreprotector que ni siquiera me permite acercarme, ¿sospechará de las sombras que me rodean, de las intenciones detrás de mis acciones?

Y luego, Raider, ese nombre que quema como ácido, volviéndome loco con su mera presencia.

¿Cómo es que, intentando alejarla de todos, solo consigo empujarla hacia los brazos de otro?

Estoy atrapado en este ciclo de desesperación, golpeando el volante de mi coche, rogándole al vacío que salga, que me vea aquí esperándola, como siempre. Pero la espera es eterna, un castigo impuesto por mis propias manos, por las voces que no logro acallar.

Así que envío más girasoles, una y otra vez, en un intento desesperado por comunicar lo indescriptible.

¿Servirá de algo? ¿O son solo pétalos arrastrados por el viento, ignorados y olvidados como yo?

Entre la cordura y la locura, me balanceo. Mis pensamientos, un caos de amor, obsesión y remordimiento, no encuentran descanso. Las voces no cesan, cada una tirando en direcciones opuestas, dejándome perdido en un laberinto sin salida.

¿Mejorará esto? ¿Habrá un momento en que las voces se silencien y pueda ver claramente? ¿O estoy condenado a vagar por este purgatorio de mi propia creación, eternamente atormentado por lo que podría haber sido y por lo que nunca será?

Sigo aquí, esperando, siempre esperando, perdido en el eco de mis propias voces, un

perturbado hablando a las sombras, buscando desesperadamente algo de luz en la oscuridad que he creado.

La esperanza es un hilo delgado, casi invisible, pero es todo lo que me queda. Todo lo que tengo es la espera, la obsesión, y los girasoles que dejo a su puerta, esperando contra toda razón que, de alguna manera, me lleven de vuelta a ella.



Capítulo 17

—¡No puedo, te lo juro! —exclamó Tori, haciendo malabares para mantenerse en pie entre esas dos implacables barras de acero, que más parecían instrumentos de tortura medieval que algo supuestamente beneficioso.

—Vamos, solo un poco más. No te rindas ahora —la animó Raider.

Con el rostro transformado por el dolor, Tori lo intentó. Se armó de valor para dar un paso más, solo uno, como si ese pequeño gesto fuera a marcar la diferencia entre el éxito y el fracaso.

Tú puedes, Tori, repitió para sí, como un mantra.

—¡Sí! —exclamó Raider, su voz teñida de triunfo cuando, finalmente, lo consiguió.

Tori le lanzó una mirada que era un torbellino de emociones, justo antes de que sus brazos y sus piernas decidieran que ya habían tenido suficiente espectáculo por hoy y la dejaran caer, no al suelo, sino en los brazos de Raider, que la esperaba.

Entonces, como si se abrieran las compuertas de una presa, comenzó a llorar. No era un llanto cualquiera, era un torrente de dolor, de desesperación, de sentirse inútil, incompetente hasta decir basta.

—No puedo —sollozaba, como si esas palabras fueran todo lo que su mente aturdida podía formular—. No puedo más, de verdad.

—Claro que sí puedes —insistió Raider, sentándose y acomodándola encima de sus piernas como quien coloca delicadamente un jarrón precioso—. Puedes y lo estás haciendo. Y muy bien, de verdad—le permitió aferrarse con fuerza a su cuello, algo que ya se había convertido en su pequeño ritual—. Lo estás haciendo de maravilla —sonaba orgulloso, porque lo estaba, sin duda alguna.

Quizás estaba siendo un poco excesivo con la rehabilitación, o eso le cruzaba por la mente, a veces, al verla querer tirar la toalla, al verla desmoronarse. Pero luego, en momentos como este, cuando la veía superarse, acercándose cada vez más al objetivo, se convencía de lo contrario: no, Tori tenía la fuerza, solo había que saber encontrarla.

Y para eso estaba él allí.

Por eso tenía que ser él.

—Eres una guerrera, no lo dudes ni por un segundo —le dijo, abrazándola con tanta fuerza que por un momento pensó que podría transferirle algo de su propia energía—. Puedes con esto y con todo lo que se te ponga por delante.

Tori, sin embargo, no pensaba lo mismo. Ella solo quería tirar todo por la ventana, rendirse y olvidarse de que alguna vez había comenzado este camino.

No podía más. No podía soportar ni un segundo más de dolor, ni la constante presión, ni las pesadillas que la acosaban cada noche…

Ah, las pesadillas, últimamente su fiel compañía nocturna. Pesadillas de la noche del accidente, imágenes y sonidos que la perseguían incluso en la vigilia.

Según su psicóloga, era un proceso normal. Después del accidente, su mente había decidido hacer un reset, olvidarse de todo o intentar tapar el sol con un dedo, algo llamado amnesia disociativa, donde el cerebro se pone en modo defensa. Pero ahora, sometida a una presión tan inmensa como lo era su recuperación, el cerebro se ponía nostálgico y decidía que era un buen momento para repasar viejos traumas.

Tenía todo el sentido del mundo, claro que sí.

Pero eso no quitaba que fuera una auténtica mierda.

“—¿Hasta cuándo? —Tori había lanzado la pregunta a la psicóloga, con esa mezcla de curiosidad y desesperación que solo viene cuando uno está hasta el gorro de sus propios dramas.

La psicóloga, que ya se las sabía todas, simplemente se había encogido de hombros como quien dice "no tengo ni la más remota idea de qué decirte".

—Una vez que recuerdes todo lo que se quedó enredado en tu mente desde el accidente… No lo sé, Tori, no puedo darte una fecha exacta. Lo que tarde tu cerebro en curarse. Cada quien tiene su tiempo.

—¿Quiere decir que puede que nunca?

La psicóloga se tomó un momento, quizás repasando mentalmente su manual de "Cómo dar noticias no tan chachis", antes de soltar la bomba.

—Sí, Tori, es una posibilidad. Aunque el estrés postraumático puede desaparecer con el tiempo, también hay casos en los que decide quedarse. Viene y va, sobre todo. Se esconde y, con ciertas situaciones, asoma la cabeza y vuelve a aparecer.

Tori suspiró, probablemente imaginándose al estrés postraumático como un monstruo del armario bastante impertinente.

Uno que se esconde detrás del sofá y, con ciertas situaciones, asoma la cabeza para decir “¡Hola! ¿Me echabas de menos?”

—Entonces, me tocaría aprender a convivir con ello…

La psicóloga, con una sonrisa que intentaba ser reconfortante, asintió.

—Sí, al final todos terminamos aprendiendo a bailar con nuestros propios monstruos, Tori. No siempre podemos derrotarlos, y convivir con ellos es la única opción que nos queda.”

—Venga, vamos a meternos en el agua y damos por terminado el día, ¿te parece? —propuso Raider, poniéndola suavemente a un lado para poder mirarla directamente a los ojos, buscando su

complicidad.

—¿Y si te dijera que no, que estoy hecha polvo y que me duele hasta el alma, me dejarías marchar ya? —preguntó ella, intentando poner cara de pena, esos labios apuntando hacia abajo en un puchero digno de premio.

—No, ni por asomo —confesó Raider, soltando una risotada ante la expresión de disgusto tan evidente en el rostro de Tori—. Pero te prometo que será un chapuzón rápido, ¿vale?

—Como si tuviera opción —suspiró ella, resignada, pero sabiendo en el fondo que esta rutina era para su bien, aunque a veces dudara de los métodos de su torturador personal.

Se había acostumbrado a no contradecirle demasiado, consciente de que él, en su papel de experto, no iba a dejar que nadie pusiera en duda su criterio.

Cómo había acabado cediendo hasta ese punto, dejándole ese control, era un misterio incluso para ella.

Quizá era la madurez, esa capacidad recién descubierta de diferenciar entre lo personal y lo profesional.

O quizás, porque en el fondo sabes que él se está dejando la piel en ayudarte, musitó esa vocecilla en su cabeza, que resonaba como un eco distante de las voces de La Mansión.

Tori bufó interiormente, no podía evitarlo.

¿Remordimientos, quizás? ¿Por eso lo hace?

Malpensada…, la reprendió la voz de su cabeza.

La cuestión era que manera totalmente inesperada, sin que ninguno de los dos lo hubiera planificado o siquiera deseado en un principio, parecían haber llegado a una especie de tregua, un alto al fuego no declarado, pero palpable.

Al menos, se decía a sí misma, *hasta que la rehabilitación termine.*

O él sea sustituido, se burló la voz, siempre lista para añadir un toque de sarcasmo a cualquier situación.

Era como si tuviera una pequeña comediante stand-up viviendo en su mente, siempre lista para soltar el comentario más ácido en el momento más inoportuno.

Pero tenía que admitir que, a pesar de todo, ese toque de humor interno era lo que a veces la mantenía a flote en medio de la locura que era su vida en aquellos momentos.

La realidad era que, aunque intentara negarlo, esa tregua no declarada había comenzado a cambiar la dinámica de su relación de una manera que, si Tori era honesta consigo misma, no sabía cómo manejar.

Era como si, de repente, se hubieran dado cuenta de que podían coexistir sin lanzarse miradas que podrían congelar el infierno o palabras que cortaban más fino que un bisturí.

Pero claro, si no se manejaba con cuidados, esa tregua podía convertirse en un juego muy

peligroso.

—Vamos —Raider la dejó sentada en el borde de la piscina.

Tori ya estaba preparándose mentalmente para el momento mientras esperaba a que Raider se deshiciera de su camiseta, algo que ella pretendía no mirar.

Definitivamente, no estaba prestando atención a esa tableta de chocolate tan bien definida, ni a esos pectorales que parecían cobrar vida propia mientras él recuperaba musculatura, ni mucho menos a…

Sí, ¡peligrosísimo!

Raider finalmente se zambulló en el agua, salvando a Tori de más tormento mental. Extendió los brazos, la atrapó por la cintura con suavidad y la introdujo en el agua junto a él.

—Solo un ratito —suplicó ella, casi en un susurro, cuando un escalofrío le recorrió el cuerpo al contacto de su piel con la de él.

Sí, ella había optado por un top corto y un bañador tipo bermuda para la sesión. Al principio, había empezado la terapia cubierta de pies a cabeza, pero pronto se dio cuenta de que la ropa era más un estorbo que una ayuda y decidió cooperar más con el proceso, aunque eso significara exponerse un poco más.

Pero bueno, era Raider después de todo. Dejando a un lado su historia, sabía que con él no tenía nada que esconder, ni siquiera esas horribles cicatrices. Ni mucho menos avergonzarse por ellas.

¿Y lo ves normal?, preguntó esa voz interna, esa especie de Pepito grillo personal que a veces parecía tener más dudas que un examen final. *Me refiero a que si crees que es lógico tener ese grado de confianza con alguien.*

¿Confianza?, Tori volvió a bufar mentalmente, casi se le podía ver rodando los ojos en una expresión de incredulidad mezclada con un toque de sarcasmo. *Él se encargó de romper eso hace cinco años.*

—¿En qué piensas? —preguntó Raider, notando cómo la tensión se apoderaba sutilmente del cuerpo de Tori.

Su mirada, cargada de curiosidad y una pizca de preocupación, intentaba perforar la fachada de tranquilidad que ella se esforzaba por mantener.

—En nada —mintió ella, con una ligereza en la voz que no llegaba a disfrazar del todo el torbellino de pensamientos que la agitaba por dentro.

Raider no se dejó engañar tan fácilmente; la conocía demasiado bien. Sus ojos se entrelazaron por un instante mientras él parecía buscar la verdad oculta tras esa negativa tan poco convincente.

Finalmente, con un leve asentimiento, como aceptando el reto no verbal de no indagar más por el momento, decidió cambiar el curso de la conversación.

—Hoy simplemente vamos a flotar —declaró él, marcando una distancia física entre ambos, como si quisiera darle a Tori el espacio para respirar libremente, pero sin soltarla del todo, dejando que sus manos permanecieran unidas.

—Estoy muy cansada para esto —se quejó ella, aunque comenzó a mover las piernas en el agua, en un intento por seguir el juego, por mantenerse a flote.

Tanto literal como metafóricamente.

—¿No estás exagerando un poco? —preguntó él, una sonrisa iluminando su rostro al observar sus esfuerzos.

Justo en ese momento, como si el destino mismo decidiera intervenir en su pequeña batalla de voluntades, Tori gritó, un grito que era mitad dolor, mitad sorpresa, y se hundió un poco en el agua.

Pero fue un instante efímero, una mera pausa en el tiempo, porque Raider estaba ahí, cerca.

Muy cerca para evitar que se hundiera.

Ella, en un reflejo instintivo, se aferró a su cuello con una desesperación que iba más allá del simple miedo a hundirse. Era una búsqueda de seguridad en medio de su tormenta personal.

—Estoy cansada de todo esto —apretó más fuerte, las palabras saliendo entrecortadas por la emoción—. Ni la pierna que tengo mejor, la que no sufrió una segunda cirugía, me sostiene del todo —resopló, una mezcla de frustración y cansancio tiñendo su voz—. ¡Joder, hasta el brazo no me responde como debería todavía! —y, como si el simple acto de verbalizar su lucha rompiera la última barrera que contenía sus emociones, volvió a llorar.

—Ey… —Raider, envolviéndola en un abrazo que era tanto físico como emocional, comenzó a acariciar su espalda con gestos suaves, reconfortantes—. Ese brazo casi está curado —dijo, su voz un murmullo, sintiendo la fuerza con la que ella lo apretaba—. Y tus piernas… Has mejorado mucho, Tori. Pronto la que está mejor podrá sostenerte, y podrás caminar con muletas. Confía en mí, lo estás haciendo muy bien.

Ella negó con la cabeza, un gesto pequeño, casi imperceptible, pero no dijo nada más. Solo se quedó ahí, en sus brazos, encontrando en ese abrazo un refugio.

Porque aquí me siento segura…

Ese pensamiento, revelador y a la vez alarmante, fue como un jarro de agua fría para ella, que de inmediato la hizo cuestionar la intensidad de su propia reacción. Lentamente, comenzó a soltarse de su abrazo, como si de repente fuera consciente del peso de su dependencia.

En el momento en que sus miradas se cruzaron de nuevo, ella, instintivamente, hizo el amago de separarse por completo. Pero había algo en la mirada de Raider que la detuvo.

—Solo un poco más —dijo él en un susurro.

Él levantó la mano y le quitó un mechón de pelo de la cara, un gesto tierno, metiéndoselo detrás de la oreja con delicadeza.

—Estoy muy orgulloso de ti —dijo él, su voz teñida de una emoción palpable, mientras su mano, que había estado jugueteando con su cabello, descendía suavemente hasta posarse sobre su mejilla, un gesto tierno que parecía querer transmitir todo el apoyo y cariño que sentía por ella en ese instante.

Algo que sabía que no debía hacer, pero que no pudo evitar.

Era un acto simple, pero cargado de significado.

—Zev… —susurró su nombre, escapándose de sus labios como un delicado suspiro, mientras un temblor sutil, pero indiscutible, se apoderaba de sus labios y de su cuerpo entero ante el roce de sus dedos.

Raider cerró los ojos con fuerza, como si el simple acto de escuchar su nombre pronunciado de esa forma tan íntima y vulnerable le causara un dolor profundo, una especie de dulce agonía que no estaba preparado para enfrentar.

—He echado de menos escuchar mi nombre salir de tus labios —confesó, antes de permitirse volver a abrir los ojos.

Ella, por su parte, cerró los ojos un instante, como si necesitara ese breve paréntesis para reunir fuerzas o quizás para saborear ese contacto. Cuando los volvió a abrir, estaban brillantes, llenos de lágrimas que amenazaban con desbordarse.

Raider suspiró y, con el pulgar, acarició su labio inferior, los cuales se entreabrieron en una sutil e inconsciente invitación.

—No puedo más —gimió él, su voz teñida de dolor—. Te voy a besar —anunció entonces, su voz ronca por la anticipación, por la necesidad irrefrenable de cerrar esa distancia insoportable que los separaba.

Y sin darle tiempo a Tori ni siquiera a asimilar sus palabras, a comprender la magnitud de lo que estaba por suceder, Raider la besó con una urgencia que borró cualquier vestigio de duda.

Primero, fue un simple roce de labios, tan suave y fugaz que los hizo temblar, como si ese mínimo contacto fuera capaz de despertar todos los sentimientos contenidos y las pasiones reprimidas.

Entonces, tras ese primer contacto, como si hubieran abierto la compuerta a un torrente imparable, algo ocurrió.

Y ambos perdieron el control.

—Nena —gimió él, sus palabras vibrando contra los labios de ella en una confesión cargada de deseo.

Con un movimiento fluido y dominante, pegó la espalda de Tori al borde de la piscina, marcando la intensidad de su encuentro. Allí la apretó con su cuerpo, haciéndole sentir, sin lugar a dudas, la evidencia física de su deseo.

La maldita erección que le había provocado en un instante, incluso antes de ese condenado

beso, era una declaración palpable de su necesidad.

Menos mal que pasaban mucho tiempo bajo el agua, pensó más de una vez, porque, si no, la situación podría haber sido embarazosa más de una vez.

Sí, era una vergüenza, pero, joder, era Tori, ¿qué esperaba? Con ella siempre había sido así.

Desde siempre.

Y eso, ni con el tiempo ni con la distancia, había logrado cambiar.

No ha cambiado tu corazón, ¿por qué iba a cambiar el deseo que sientes por ella?, le preguntaba su mente.

Tori, por su parte, echó un poco la cabeza hacia atrás y gimió cuando sintió la erección de Raider clavándose en su vientre, agradeciendo en silencio que él volviera a besarla, evitando así que soltara un grito que pudiera dejarla en ridículo ante la intensidad de sus emociones.

—Zev… —alcanzó a susurrar entre besos, cada toque, cada roce, haciéndola perderse aún más en lo que Raider provocaba en ella.

—Dios, nena —gimió él de nuevo, besándola con una pasión renovada, en una lucha de lenguas que parecía querer compensar todo el tiempo perdido—. Te he echado tanto de menos —confesó.

Pero, ¿sabéis ese momento en que sientes que un jarro de agua fría cae sobre ti, fastidiando todo el momento?

Pues eso mismo fue lo que sintió Tori al escuchar esas palabras. Era como si de repente, toda la magia del momento se disipara, dejándola vulnerable y expuesta a las heridas del pasado.

Y Raider, con esa conexión que siempre habían tenido, sintió el momento exacto en que la actitud de ella cambió. Antes incluso de que ella pusiera las manos sobre su pecho y lo empujara suavemente, creando una distancia física que reflejaba la emocional.

—Por eso te marchaste y me dejaste, ¿verdad? —el dolor en las palabras de Tori era palpable, un eco de todas las heridas aún abiertas entre ellos.

Raider negó con la cabeza, sabiendo que hasta aquí llegaba ese momento de reencuentro. Se separó un poco de ella, manteniendo su mirada fija en la suya mientras apretaba su mandíbula con fuerza, luchando contra la marea de emociones que amenazaba con desbordarlo.

De repente, un carraspeo inoportuno los interrumpió.

Tori y Raider, sorprendidos, como si el contacto físico fuera el delito y el carraspeo, la sirena de la policía, se separaron todo lo que pudieron, que no era mucho.

Al mirar hacia arriba, se encontraron con dos pares de ojos curiosos fijos en ellos. Unos color miel, brillantes y llenos de preguntas no dichas, y otros grises, observando la escena con una mezcla de sorpresa y diversión. Era como si de repente hubieran sido transportados a un escenario, con Riley y Rebel como su inesperado público.

—¿Qué hacéis? —preguntó Riley, elevando una ceja de forma teatral, su tono cargado de una curiosidad que no podía disimular su diversión.

—Rehabilitación —respondieron Tori y Raider al unísono, con ese tono de voz que decía "¿acaso no es obvio?", como si estuvieran justificando las más normales de las actividades en lugar de ser sorprendidos en un momento de cercanía inesperada.

Lo que era evidentemente obvio, dada la expresión incrédula en los rostros de Riley y Rebel, era que su explicación sonaba más a una excusa improvisada que a una realidad tangible.

Los dos que permanecían secos fuera del agua los miraban con una mezcla de escepticismo y burla, como si estuvieran a punto de desenmascarar la más ingeniosa de las travesuras.

—Ayúdame —pidió Tori, extendiendo un brazo en dirección a Rebel, en un gesto que buscaba apoyo físico tanto como una salida digna de la situación.

Su hermano, entrando en el papel del rescatador, con la ayuda coordinada de Raider desde dentro, lograron sacarla del agua y colocarla cuidadosamente sobre la silla de ruedas que la esperaba, que ya tenía colocada un par de toallas.

Raider, mientras observaba cómo Tori se alejaba, no pudo evitar suspirar. Tori, ahora fuera del agua y aparentemente bombardeada a preguntas por Riley, lo dejaba a él en una especie de limbo emocional.

Sin más, Raider se sumergió bajo el agua, buscando refugio en la frescura y la calma que prometía el agua. Era una huida momentánea, un intento por ocultar y, con suerte, aplacar la tormenta de deseos que se agitaba furiosamente dentro de él.

Esperando, tal vez con una pizca de humor auto irónico, que el ardor que sentía en su entrepierna también encontrara alivio en la inmersión.

Aguantó la respiración tanto como pudo. Cuando emergió, encontró que Rebel todavía estaba allí. Con un resoplido, como si estuviera preparándose para enfrentar lo que viniera después, Raider salió de la piscina, el agua escurriendo de su cuerpo como si intentara lavar las complicaciones del día.

—¿Qué está ocurriendo entre mi hermana y tú? —la pregunta de Rebel cortó el aire con una nitidez que hizo que Raider se detuviera un momento, antes de proceder a coger una de las toallas dispersas por el lugar.

Con movimientos metódicos y un poco distraídos, se secó la cara con un par de toques suaves, como si intentara también limpiar las dudas que esa pregunta le generaba.

—Nada —respondió finalmente, su voz intentando proyectar una despreocupación que estaba lejos de sentir realmente.

Rebel resopló, claramente no convencido por la respuesta tan escueta de Raider.

—No es eso lo que acabo de ver —insistió.

Raider, entonces, fijó su mirada en su primo.

—¿Y qué acabas de ver? —preguntó.

No era un desafío, sino más bien una pregunta nacida del cansancio, de la resignación de quien sabe que no tiene sentido ocultar la verdad.

—Sigues enamorado de ella —declaró Rebel, directo y sin rodeos.

Raider no pudo evitar soltar una risa, pero era una risa teñida de ironía, de amargura.

—¿Y eso te sorprende? —dijo mientras terminaba de secarse el pelo y comenzaba a secarse el cuerpo, comenzando por el cuello en un gesto casi automático.

Su respuesta dejaba entrever que su amor por Tori era un secreto a voces, algo de lo que todos en La Mansión parecían estar al tanto.

—No me sorprende, no seas idiota —replicó Rebel, su resoplido cargado de una mezcla de exasperación y preocupación.

—¿Entonces? ¿A qué viene esto exactamente? —Raider lo miró directamente a los ojos, buscando entender el verdadero motivo detrás de esta conversación.

—A que no quiero veros sufrir otra vez —dijo Rebel, su voz llevando un peso de sinceridad y preocupación genuina—. A ninguno de los dos.

Raider soltó un suspiro, uno que parecía contener años de arrepentimiento y resignación, y se acercó a su primo, colocándole una mano en el hombro en un gesto de agradecimiento y comprensión.

—No te preocupes, no ha ocurrido nada —le aseguró.

—¿Pero ocurrirá? —la pregunta de Rebel llegó inesperada, sorprendiendo a Raider, que enarcó las cejas ante la pregunta directa.

—Rebel…

—Ocurrirá, Raider. Porque he visto cómo la miras y no creo que tengas la fortaleza de alejarte de ella una vez más —insistió Rebel, su mirada fija en la de Raider, dejando claro que, para él, el resultado era inevitable.

Raider sonrió, pero era una sonrisa cargada de tristeza.

—Me odia —le recordó a Rebel, como si eso fuera una barrera insuperable, un recordatorio de por qué, a pesar de lo inevitable que pareciera su cercanía, existía una distancia igualmente intransitable entre ellos.

Rebel soltó un resoplido, uno de esos que suenan como si estuviera tratando de expulsar toda la frustración acumulada en una sola exhalación.

—Sabes que ese es solo su escudo, es a lo que se ha agarrado para poder seguir adelante. Porque tú, como el tremendo gilipollas que eres, te marchaste —su voz estaba teñida de reproche —. Y no lo entenderé nunca. ¿No te has arrepentido de ello?

Raider estaba a punto de marcharse, claramente sin ganas de seguir dándole vueltas al asunto,

pero Rebel, en un movimiento rápido y decidido, lo agarró del brazo, anclándolo en el sitio.

La determinación de Rebel era palpable, quería respuestas, y no iba a dejar que Raider escapara tan fácilmente.

—¿No te has arrepentido ni un poquito de haberte largado así, de sopetón, sin más explicaciones? —insistió Rebel.

Era evidente que buscaba una respuesta honesta, escarbar un poco más allá de la superficie.

—Rebel… —la manera en que Raider pronunció su nombre era toda una súplica, un ruego silencioso para que dejara el tema de lado.

Sobre todo en ese preciso instante, cuando sentía ese nudo implacable en la garganta, esa presión insoportable en el pecho. Cuando todavía tenía grabado en los labios el sabor de Tori, joder, ¡cuando su cuerpo aún temblaba por haberla tenido entre sus brazos!

—¿Ni una sola vez? —insistió Rebel, sin dar muestras de ceder.

—¡Cada maldito día, joder! —exclamó entonces Raider, la voz cargada de una frustración y un dolor profundos.

Sus ojos, brillantes y llenos de lágrimas, impactaron a Rebel.

Era un testimonio silencioso de la batalla que Raider libraba consigo mismo.

—¡Me he arrepentido de haberme ido cada maldito día! ¿Es eso lo que querías escuchar?

Y sin decir una palabra más, tirando la toalla encima de una silla como quien abandona una batalla ya perdida, se marchó.



—¿Vas a contármelo o no? —Riley no tenía el más mínimo ánimo de rendirse, plantada en medio del pasillo con esa mirada de detective privado en busca de la verdad.

—¿Qué esperas que te cuente? —Tori soltó un suspiro teatral, uno de esos que ya había perfeccionado después de una hora de haberse dado una ducha reparadora.

Y es que la independencia había empezado a sonreírle a Tori de nuevo. La ducha adaptada se había convertido en su nuevo mejor amigo, permitiéndole el lujo de lavarse sin necesitar una mano extra.

Y qué decir de vestirse por su cuenta; una hazaña que, por supuesto, no hubiera sido posible sin…

¿Raider?

Sí, el capullo encargado de sus sesiones de rehabilitación, esas que no tenían nada de suave.

Lo que había entre sus piernas tampoco era suave, ¿eh?

Sí, era la jodida voz.

Al salir de su habitación, como emergiendo de su pequeño santuario personal, Tori se encontró con la nada inesperada y sí persistente presencia de Riley.

Ahí estaba ella, firme y decidida, como guardiana de los secretos que Tori no estaba dispuesta a compartir.

—Pues lo del incidente acuático, ¿qué más? —Riley no estaba para rodeos.

Su curiosidad era como una olla a presión a punto de estallar.

—Nada, te digo que nada pasó en la piscina —Tori intentaba mantener su fortaleza, pero sus palabras sonaban más a un mantra que a una afirmación.

Riley soltó otro de esos suspiros, uno cargado de frustración y desesperación. Era, por lo menos, la quincuagésima vez que hacía la misma pregunta, siempre encontrándose con el mismo muro de negación.

—Mentira cochina —decía Riley, convencida de que había algo más en esa historia.

Mentira cochina, resonaba en la cabeza de Tori cada vez que soltaba semejante embuste.

¿Pero qué otra cosa podía hacer sino guardar ese secreto como si fuera un tesoro maldito?

Y es que la mera idea de siquiera pensar en ello le causaba un revuelo interno, una tormenta de emociones que preferiría evitar. Sin embargo, el recuerdo era persistente, invasivo, y sentía cómo su rostro se teñía de un rojo intenso, como si hubiera capturado la esencia misma de un tomate.

Riley, detectando ese cambio, detuvo la silla de ruedas y se agachó hasta quedar a la altura de Tori, mirándola con esos ojos que parecían querer penetrar hasta el último de sus secretos.

—Algo ha pasado, definitivamente ha pasado algo —afirmó, después de inspeccionar cada centímetro de la expresión de Tori.

Tori rodó los ojos, elevándolos hacia el techo en un gesto de exasperación tan marcado que casi podías escuchar el sonido de sus pupilas girando.

—¡Que no ha pasado nada!

—Y entonces, ¿cuál es la razón de esa cara de tomate que llevas? —Riley insistió, irguiéndose.

—¿Eh? —Tori se tocó las mejillas, fingiendo sorpresa, como si recién notara el rubor de su piel— Oh, eso, es normal. Acabo de salir de la ducha, y ya sabes cómo te pones con el vapor y el calor.

—Pero si a ti te gusta el agua tirando a fresquita, casi que te zambulles en la Antártida cada mañana. Por no hablar de tu obsesión con la piscina —la mofa en su voz, claro—. Así que la

única opción que queda —Riley se cruzó de brazos con una expresión de haber desentrañado el misterio del siglo— es que hayas experimentado un pequeño terremoto personal bajo el chorro de agua. Vamos, que has tenido un orgasmo en la ducha.

La cara de Tori se tiñó de un rojo todavía más profundo, si es que eso era posible. Su reacción era tan obvia que casi podía verse un letrero de neón sobre su cabeza anunciándolo.

No había forma de negarlo más.

—¡Has tenido un orgasmo! —Riley no pudo contener su emoción, dando saltitos en el lugar como si acabara de resolver el enigma de la esfinge.

—¡Oh, por el amor de…! —exclamó Rebel, incapaz de contener su desdén y horror al aparecer en el momento justo de escuchar el giro que tomaba la conversación— ¡Pero qué asco!

Con un dramatismo digno de una telenovela, avanzó con pasos apresurados hacia su habitación, cerrando la puerta tras de sí con un portazo que bien podría haber registrado en la escala Richter.

—¡Que no, leñe! —protestó Tori, subiendo el tono de su voz a uno que rozaba el borde de la exasperación, haciendo así oídos más que sordos a la reacción excesivamente teatral de su hermano.

Lanzó un suspiro de esos que arrastran toneladas de alivio al comprobar que el pasillo estaba desierto, libre de testigos que pudieran haber sido espectadores involuntarios de la última locura de su prima.

Decidida, entró en el ascensor, marcando con determinación el botón de la planta baja, preparándose mentalmente para poner en práctica el noble arte de ignorar a su prima.

Pero, claro está, la tarea no sería nada fácil, nada fácil en absoluto.

—¿El orgasmo ha sido pensando en Raider? —inquirió Riley, esbozando una sonrisa que podría calificarse sin lugar a dudas de maniática, al captar la presencia de Tori, justo en el momento en que las puertas del ascensor se abrían con un siseo mecánico.

Tori, lejos de sorprenderse, ni siquiera parpadeó. La conocía demasiado bien.

—Que no ha habido ningún orgasmo —resopló Tori, con un tono que destilaba un cansancio que iba más allá de lo físico.

Una mentira descarada, por supuesto. A lo del no orgasmo me refiero.

Y eso de sentirse exhausta de las ocurrencias de su prima, también, cómo no.

—No será porque yo no lo desee… —suspiró Raider, como quien comenta el tiempo, mientras se deslizaba con prisa por delante de ellas.

Su bañador, empapado, se pegaba a su cuerpo, dejando poco a la imaginación, una visión dispuesta a provocar más de un suspiro.

Con una urgencia palpable por sumergirse bajo el chorro de agua fría, después de meter la

cabeza en el frigorífico, a ver si eso ayudaba, subió los escalones de la escalera de caracol de dos en dos, como si estuviera compitiendo por una medalla olímpica.

Un grito ahogado, una mezcla compleja de asombro y algo más indefinible, se escapó de la garganta de Riley.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Tori, que justo en esos momentos cruciales donde más necesitaba su audición, se encontraba más sorda que una tapia.

Riley la miró, una ceja arqueada, elevando la barbilla en un gesto que destilaba desafío y una chulería digna de película, con esa expresión que solo alguien que posee un conocimiento que tú ansías descubrir, pero se niega a compartir, podría ostentar.

—Cuando decidas contarme la verdad, quizás entonces te revele su secreto —afirmó Riley, con una sonrisa llena de complicidad y misterio.

Tori rodó los ojos, una expresión de resignación y fastidio pintada en su rostro.

—Entonces, supongo que me quedaré con la intriga —contestó, intentando sonar despreocupada.

—¿Estás segura? Porque lo que ha dicho es ¡de traca! —insistió Riley, tratando de avivar la llama de la curiosidad en Tori.

Y vaya si era de traca, pensaba Raider mientras finalizaba su ascenso por las escaleras, sintiendo cómo cada paso le acercaba más a esa imperiosa necesidad que sentía por ella. Una necesidad que se había apoderado de él con la velocidad de un rayo.

No, no iba a engañarse a sí mismo, llevaba pensando en ello desde el momento en que había llegado. ¿Qué digo desde que llegó? Desde hace años, prácticamente desde que su mente era capaz de albergar ese tipo de pensamientos, ella había sido el foco de todas sus fantasías.

Sí, es cierto, nunca había permitido que sus pensamientos divagaran hacia otra persona.

Ni quería, ni lo necesitaba.

Lo que realmente necesitaba era a esa mujer, y nada más.

¡¿Por qué demonios no me habré quedado en la selva?!, se lamentaba internamente, mientras una parte de él sabía que no había selva, ni distancia, ni aventura que pudiera alejarlo de lo que sentía por ella.



Capítulo 18

Con un suspiro pesado, cargado de un día largo y complicaciones que parecían no tener fin, Raider se dejó caer sobre una de las sillas de la cocina, con ese tipo de caída que más bien parecía un desplome controlado.

—¿Reunión familiar? —preguntó, elevando una ceja, su voz teñida de un tono evidente, porque, honestamente, lo estaba viendo con sus propios ojos. Pero no pudo evitar añadir, con una mezcla de curiosidad y un toque de sarcasmo: —¿Te has peleado otra vez con tu mujer? —su mirada se desvió hacia Sylvester, buscando en su expresión alguna pista de lo que estaba sucediendo.

El hombre, por su parte, fijó sus ojos marrones en Raider, una mirada que intentaba ser indescifrable, pero que dejaba entrever un atisbo de incredulidad ante la pregunta.

—¿Tengo que estar peleado con mi mujer para estar aquí? —replicó Sylvester, su pregunta cargada de un tono que rozaba la indignación, claramente sin entender el porqué de tal suposición.

—Sí —dijeron al unísono Raven, Rain, Romeo, y hasta Rebel, que no solía ser un asiduo de estas reuniones todavía, pero que incluso él, con su escasa experiencia en estos encuentros, sabía cómo funcionaba el asunto.

Era como un guion no escrito que todos conocían de memoria.

Sylvester resopló, un sonido que era mitad resignación, mitad desafío.

—Pues no, somos una pareja felizmente casada —declaró con una voz que destilaba amor y una pizca de orgullo.

—Dejaréis de serlo cuando vuelvas a las tantas a casa —sonrió Romeo, lanzando la broma con la destreza de quien sabe exactamente cómo y cuándo pinchar para provocar la mayor reacción.

Su sonrisa se amplió hasta convertirse en una carcajada al ver la cara de horror que Sylvester adoptó al procesar sus palabras.

Si es que a ese italiano le encantaba buscarle las cosquillas a cualquiera, pensó Raider, no sin cierta diversión.

—Capullo —gruñó el abogado, pero su insulto sonaba más a un reconocimiento de derrota en ese juego verbal que a verdadera animosidad.

Romeo respondió con un guiño, esa clase de guiño cómplice que decía sin palabras "lo sabes y yo también".

—¿Y a qué se debe esta vez? Si no hay ruptura —Raider se sirvió una taza de café cargado, esperando que el líquido caliente y fuerte le aclarara las ideas, y le dio un buen sorbo, como buscando en el café las respuestas que el ambiente cargado de la cocina no le proporcionaba.

Sin embargo, frunció el ceño cuando Rebel, con un gesto casi teatral, dejó sobre la mesa lo

que tenía en las manos, un objeto que hasta ese momento había descansado sobre sus piernas.

—¿Qué demonios…? —Raider miró a los demás, uno por uno, su expresión una mezcla de confusión y un inicio de comprensión, al ver los girasoles amarillos que ahora ocupaban el centro de la mesa.

—¿Otra vez? —preguntó, su voz denotando una mezcla de sorpresa y una especie de resignación anticipada.

—Como casi cada día —suspiró Raven, su voz cargada de un cansancio que iba más allá de lo físico, teñida de preocupación por el tema que, aparentemente, ya era una constante.

Y es que desde la llegada de Tori a casa, cuando recibió los girasoles de obsequio acompañados de una nota con un simple "Lo siento", había recibido un par de ellos más, solo que ella no lo sabía, porque ya se encargaban los demás de interceptarlos antes.

Esta vez era la tercera.

Raider se levantó, su movimiento algo tambaleante, y extendió la mano por encima de la mesa, casi perdiendo el equilibrio con el mareo que le entró de golpe.

Y es que, después de lo que había bebido en un intento desesperado por borrar de su mente a esa morena tan increíblemente sexy, su estado actual estaba lejos de ser el óptimo. Alargó la mano, sorteando con habilidad el laberinto de objetos dispersos sobre la mesa, y consiguió agarrar las malditas flores.

Entonces, con un gesto casi mecánico, leyó la nota que venía con ellas.

—“Te echo de menos” —murmuró en voz alta, su tono una mezcla de incredulidad y furia contenida.

Entonces levantó la mirada, fijándola en su padre con una intensidad que dejaba entrever la tormenta de emociones que estaba a punto de desatar.

—Voy a matar a ese cabrón —juró, con una determinación fría en su voz.

Rain, por su parte, ni se inmutó al escuchar la declaración de intenciones de su hijo. Era como si estuviera acostumbrado a este tipo de dramatismo.

—Si no lo mato yo antes —gruñó entonces Rebel, sumándose al creciente coro de amenazas. Su tono era igual de serio, igual de cargado de esa intención asesina.

—No, eso lo haré yo —juró Raven, no queriendo quedarse atrás en este reparto de justicia familiar improvisado.

—Dejadme, que esto es un pueblecito perdido de la mano de dios, no tengo tantas esposas ni celdas disponibles —suspiró Rain, intentando inyectar un poco de racionalidad en la conversación, aunque sin mucho éxito.

—¿Y qué quieres que hagamos? ¡El tema no es para tomárselo a risa! —dijo Raider, su preocupación por el asunto iba creciendo por momentos, ya no solo molesto, sino genuinamente alarmado.

—No, no lo es —asintió Romeo, tratando de calmar las aguas—. Pero mientras ella esté en La Mansión, no le pasará nada.

—¿Y ya está? ¿Nos quedamos así y ya está? ¿Sin hacer nada? —Raider no podía creer la pasividad de la respuesta, su frustración palpable en cada palabra.

—No podemos hacer mucho más —dijo Rain, intentando explicar la situación con paciencia —. Kevin —su mano derecha en el trabajo— y yo hemos estado indagando por ahí. Pero las flores se han pedido por internet, y evidentemente, sin una orden, no puedo conseguir el número de la tarjeta. Y lo mismo ni eso serviría si ha pagado con una prepago o con una tarjeta digital que lo mismo ni a su nombre está. Además, ni siquiera sabemos si es peligroso…

—Hombre, ¿"Te echo de menos"? ¡¿Quién demonios la va a echar de menos?! —estalló Raider, su voz escalando en volumen, incapaz de contener la mezcla de ira y confusión que lo embargaba.

—Pues si tú lo hacías, me espero cualquier cosa de cualquiera —bufó Rebel, lanzando una mirada cargada de significado hacia su primo.

—Yo tenía razones para hacerlo —se defendió Raider, su tono intentando transmitir una firmeza que la situación complicaba mantener.

Entonces Rebel enarcó las cejas, un gesto que llevaba implícita una pregunta mucho más profunda.

—¿Ya no las tienes? —preguntó, la picaresca evidente en su voz, claramente esperando que Raider confesara que algo había ocurrido con su hermana.

—¿Ha estado con alguien? —preguntó entonces Raider, a quien, de repente, los celos lo consumían como nunca antes en su vida.

—¿Qué? —la pregunta de Raven era claramente retórica, no esperaba una respuesta concreta. Más bien, era una advertencia para que Raider no siguiera por ese camino.

Pero Raider estaba demasiado atrapado en su maraña de sentimientos como para captar la indirecta.

—¿Ha estado con alguien mientras…? ¡Ay! —exclamó cuando la mano de Raven se estampó contra su cabeza, un golpe amistoso, pero firme destinado a hacerlo volver en sí.

—¡No hables así de mi hija!

—¿Así cómo? Han sido cinco años, lo normal es que… —se calló y tragó saliva, porque decir eso en voz alta le revolvía el estómago— Está soltera, lo normal es que le hubiera dado una oportunidad a alguien.

Se hizo un silencio sepulcral en la estancia, uno de esos silencios que pesan más que mil palabras.

—Desde luego, se nota que de mi sangre no eres —Rain puso los ojos en blanco, claramente disgustado por la dirección que estaba tomando la conversación.

—¿Se puede ser más subnormal? —bufó Rebel, incapaz de creer lo que estaba escuchando.

—¡¿Pero qué dije?! —Raider se defendía, genuinamente confundido y sorprendido por la reacción de todos.

—¡Se ha pasado cinco años llorando y suspirando por ti, pedazo de cenutrio! —exclamó Romeo, revelando un detalle que Raider no había considerado ni por un momento.

—Pero claro, como la dejaste tú, a ti no te pasaría lo mismo, ¿no? —gruñó Sylvester, ofendido también porque, al fin y al cabo, se trataba de Tori. Nadie tocaba a Tori.

—¡Que yo no la dejé! —explotó Raider, su frustración alcanzando un nuevo nivel.

—Ah, ¿no? —Sylvester pestañeó, claramente el único que no estaba al tanto de todos los detalles.

—Pues no —bufó Raider, intentando aclarar un punto que, para él, era crucial.

—Bueno… ¡Pero te marchaste igual! ¡Eso es lo mismo que dejarla! —terminó el abogado, poniendo palabras a lo que muchos pensaban.

—La madre que os parió —Raider agachó la cabeza y se pellizcó el puente de la nariz, un gesto de pura frustración y desesperación.

—¿Has estado tú con alguien más? —la pregunta cayó como una bomba en la estancia, tensando aún más el ambiente si cabe.

La pregunta, además, provenía de Rebel y cortaba como un cuchillo.

—¿Qué? —Raider lo miró, el ceño fruncido, incapaz de creer que la conversación hubiera tomado ese giro.

—Supongo que preguntas eso porque has estado con alguien más, ¿no? Claro, estabas soltero, es lo normal. Sin importar si mi hermana lloraba por ti o no.

—Joder… —Raider no se podía creer que la conversación hubiera llegado a ese punto— ¡¿Y qué si lo estuve?! Me dejó, ¿vale? Quedé devastado, me quedé sin la persona que más quería en la vida. ¿Qué demonios queríais que hiciera? ¡A ella tampoco le importó si yo cogía ese avión o no!

Y joder, cómo había dolido eso…

“Baby, you're my angel.

Come and save me tonight.

Canto para centrarme en la carretera, intentando por todos los medios que el cansancio no se adueñe por completo de mi cuerpo.

La música es mi salvación en estos momentos, una forma de mantenerme despierta y alerta mientras el agotamiento lucha por tomar el control.

Estoy cansada, increíblemente cansada, hasta el punto en que creo que voy a llegar a casa y ni el hambre feroz que suele acosarme va a evitar que caiga, directamente, sobre la cama sin siquiera quitarme los zapatos.

Y es que ha sido un día pesado, interminable, pero por lo menos he escrito algo, he logrado arrancar unas cuantas palabras a ese bloqueo que me estaba volviendo loca."

"Hablando de escribir…

Ahora estoy en mi habitación, pegándome cabezazos contra el escritorio porque no me sale ni una buena frase. Siento como si cada idea se desvaneciera justo antes de poder plasmarla en el papel.

Me van a mandar a la mierda los de la editorial, estoy segura.

La presión es un monstruo que se sienta en mis hombros, burlándose de cada intento fallido por crear algo digno de ser leído."

"—Tori… ¿Sigues sin escribir? Ya estás fuera de plazo, y lo del accidente no es excusa, creo que lo mejor será que rescindamos el contrato.

La voz al otro lado del teléfono suena cansada, frustrada.

Pero, ¿accidente? ¿Qué accidente? Por un momento, mi mente se detiene, confundida y perdida entre recuerdos borrosos y la fatiga que me consume."

—Nena, despierta…

¿Raider?

"Baby, you're my angel.

Come and save me tonight.

La noche avanza, pero la luna, en su magnífico esplendor, ilumina perfectamente el camino de regreso a casa. La luz plateada se filtra a través de los árboles, creando sombras danzantes que juegan a mi alrededor.

¡Qué ganas tengo de llegar a casa, de desplomarme en mi refugio y dejar atrás este día

agotador!

—¡Oh, dios mío…!”

Tori abrió los ojos de golpe mientras un grito ahogado salía de su garganta, cortando el silencio de la noche. La oscuridad de la habitación se sentía opresiva, casi tangible, hasta que su mente comenzó a registrar dónde estaba realmente.

—Tranquila, solo es una pesadilla —dijo una voz que conocía demasiado bien, una voz que siempre había sido su ancla a la realidad en momentos de tormenta.

Pestañeó un par de veces, intentando acostumbrarse a la tenue luz que se filtraba a través de las cortinas y bañaba la habitación en sombras suaves.

La realidad comenzó a tomar forma, alejando los vestigios del sueño que la habían aterrorizado.

—Solo fue una pesadilla —repitió Raider, su tono suave, reconfortante, mientras la ayuda a incorporarse un poco—. Tranquila —susurró cuando ella dejó caer la cabeza sobre el cabecero de la cama y cerró los ojos con fuerza, luchando contra el impulso de dejar que esas imágenes terroríficas se apoderasen de nuevo de su mente.

—Era demasiado real —susurró ella, su voz apenas un hilo de sonido en la quietud de la noche.

—¿Soñabas con el accidente? —preguntó él, intuitivo como siempre.

Ella asintió con un movimiento casi imperceptible, abrió los ojos y giró la cabeza para mirarlo. Ahí estaba él, sentado en el borde de la cama, quedando frente a ella, su rostro marcado por la preocupación y algo más, algo que Tori no podía descifrar en ese momento.

—Últimamente sueño mucho con eso —reconoció ella.

—Lo sé —dijo Raider, sorprendiéndola—. A veces gritas y yo… —carraspeó, buscando las palabras adecuadas, consciente de lo delicado del tema— Solo me quedo aquí hasta que vuelves a dormir.

Tori enarcó las cejas y gimió a la vez, avergonzada por la vulnerabilidad que sus pesadillas revelaban.

—Joder, ¿por qué…? —empezó a preguntar, pero las palabras se le atascaron en la garganta.

No sabía ni cómo articular lo que quería decir, cómo preguntar por qué él se quedaba a su lado, incluso en sus momentos más oscuros.

Y Raider sabía que no era momento de indagar más. No cuando el corazón de Tori todavía le iba a mil por hora, algo que él sabía por cómo respiraba de rápido, por el temblor apenas perceptible de su cuerpo.

—¿Estás mejor? —preguntó Raider en un susurro, su preocupación por ella evidente en cada

palabra, en cada mirada.

La mujer, con el pelo hecho un desastre y el rostro cansado, lo miró de nuevo. Sus ojos, normalmente tan llenos de vida, ahora parecían apagados, perdidos.

—Sí —mintió.

Y él lo supo.

Lo supo de inmediato, y ella supo que él lo sabía por cómo enarcó las cejas al escucharla.

—Odio que me conozcas tan bien —bufó, un intento de ligereza en su voz que no lograba ocultar el peso de sus emociones.

—¿Quieres hablar de ello? —ofreció él, dispuesto a escuchar, a ofrecer su hombro, su corazón, lo que fuera necesario para aliviar su carga.

Ella negó rápidamente con la cabeza. No, no estaba lista para verbalizar el terror que la había sacudido en sueños, para darle forma a sus miedos.

—Está bien —él no iba a insistir, no con algo que claramente le hacía daño—. Sabes que si necesitas algo…

Ella volvió a mirarlo, sus ojos buscando los suyos, pero no dijo nada.

Y Raider suspiró pesadamente.

—Será mejor que me vaya —dijo entonces, sintiendo que su presencia ya no era necesaria, que quizás, sobraba.

Que quizás, ella no lo quería allí. Cuando él más a su lado quería estar.

Y fue a levantarse, pero…

A Tori le costó un universo entero tomar la decisión, pero al darse cuenta de que Raider no estaba jugando, que realmente tenía intenciones de marcharse y dejarla en la más absoluta soledad, se asustó.

Con un esfuerzo sobrehumano, como si levantara el peso de su propio mundo con la mano, la extendió, temblorosa y lo agarró del antebrazo con determinación.

Raider se giró hacia ella, sus ojos buscando los de Tori, pero ella miraba hacia abajo. Con su postura encogida y evitando su mirada, demostraba que lo que estaba haciendo no era nada fácil para ella.

—Tori… —suspiró él.

—No me hagas decirlo —susurró ella con un hilo de voz, implorando casi con desesperación —. Por favor…

Pero yo necesito escucharlo, pensó él, mientras una tormenta de emociones le azotaba por dentro.

Sin embargo, con un suspiro que parecía cargar el peso de sus propios miedos y deseos, quizá un poco absurdos, decidió ponerlos a un lado. Porque ella había dado un paso, un pequeño, pero significativo paso hacia él, y había que reconocer el valor que eso implicaba.

Y él, si realmente quería estar ahí para coger esa mano extendida, sabría cómo hacerlo, sin necesidad de interrogatorios ni condiciones.

Las respuestas vendrían a su tiempo.

O quizás nunca.

Con un cuidado que rozaba lo ceremonial, Raider colocó su mano sobre la de Tori y, con un gesto suave, pero firme, la hizo soltar su antebrazo. Aún sin soltar la mano de ella, que seguía aferrada a la suya en busca de algo parecido a la seguridad, sin una palabra, destapó cuidadosamente la cama y se deslizó a su lado, acogiendo a Tori entre sus brazos como si fuera el tesoro más valioso del mundo, la cabeza de ella reposando sobre su pecho, mientras los cubría a ambos con las sábanas.

Y así se quedaron, envueltos en silencio.

Un movimiento sutil, eso fue lo que hizo él minutos después, cuando notó que la respiración de Tori finalmente encontraba un ritmo tranquilo y sosegado. Ese mínimo gesto fue suficiente para que ella, en un estado de semi-consciencia, se alterara ligeramente.

La mano que hasta ese momento descansaba apaciblemente sobre el pecho de Raider, se tensó de repente, agarrando con fuerza la camiseta de él como si fuera el único ancla a la realidad.

—No te vayas —suplicó ella, su voz un susurro frágil, cargado de un miedo apenas contenido —. No me dejes —rogó con una sinceridad desgarradora, medio dormida, pero totalmente vulnerable.

Raider exhaló un suspiro profundo, uno de esos que parecen llevarse consigo el peso de un millón de dudas, y delicadamente colocó su mano sobre la de ella, como quien promete sin palabras un futuro juntos.

—No iré a ningún lado —juró, su voz firme, vibrando con una promesa inquebrantable—. No voy a dejarte.

Ni ahora ni nunca, pensó.

Se aferró a ella, sintiéndose al mismo tiempo el héroe y el villano de esta historia, el peor de los capullos, porque en un momento tan crítico, no podía evitar sentir una especie de gratitud torcida por el miedo que la embargaba, un miedo que, paradójicamente, la empujaba de nuevo hacia sus brazos.

“Hoy ha sido mi cumpleaños. Dieciocho años ya, ¡qué fuerte! Parece que fue ayer cuando celebraba los diecisiete con una tarta de chocolate que parecía más un experimento de ciencias que un postre comestible.

Pero, eh, ¡aquí estamos! Un año más vieja y, supuestamente, más sabia.

En casa, como no podía ser de otra manera, me han preparado una fiesta sorpresa. Bueno, de sorpresa no tenía mucho, porque ya lo sabía. Más que nada porque es una tradición anual, como los especiales de Navidad en la tele. Pero bueno, ellos son felices haciéndolo y a mí, la verdad, me encanta que lo hagan.

Es como nuestro pequeño ritual.

—Pide un deseo —me ha sonreído Raider cuando han terminado de cantarme el cumpleaños feliz, con esa sonrisa que podría derretir el polo norte.

Mi deseo es él.

Sí, ya sé, suena cursi, lo sé, pero es que yo soy así, una romántica incurable. Estoy perdidamente enamorada de él. Y, contra todo pronóstico, estoy dispuesta a cumplir mi deseo.

Porque, ¿quién dice que los sueños no se pueden hacer realidad?

Así que, armada con una determinación que no sabía que tenía, espero a que todos duerman, y voy hasta su dormitorio. Entro, sin llamar, y me escabullo dentro como una ninja en plena misión secreta.

Él mira hacia la puerta rápidamente, sus cejas enarcadas en una expresión que conozco de memoria, pero no hay sorpresa en su rostro. Está más que acostumbrado a mis visitas nocturnas.

Sé que no debería hacerlo, pero lo hago. Porque a veces, el corazón tiene razones que la razón no entiende.

—Tori… ¿No puedes dormir? —pregunta él, su voz teñida de esa preocupación constante que tiene por mí. Está sentado en su escritorio, sumido en sus estudios, como si el mundo exterior no existiera.

Un verdadero ratón de biblioteca.

Se mueve, girándose en la silla, cuando niego con mi cabeza. Siento como si mi corazón fuera a salirse del pecho.

—Tengo algo que decirte —logro decir, antes de que la valentía decida tomar vacaciones sin mí.

Porque no soy una cobarde, pero hay verdades que pesan.

—Dime… —al verme nerviosa, frunce el ceño y se levanta, acercándose a mí con esa lentitud que hace que cada segundo se sienta como una eternidad— Me estás poniendo nervioso.

—¿Te pongo nervioso? —pregunto, intentando aligerar el momento con una sonrisa temblorosa.

Él se para un momento, sus cejas enarcadas en una mezcla de sorpresa y algo que no me atrevo a nombrar.

—Pues depende de cómo lo preguntes… —dice con cuidado, como si cada palabra fuera un paso en un campo minado.

—Exactamente como lo estás entendiendo… —respondo, con un hilo de voz que espero suene más convincente de lo que me siento.

Raider se queda quieto, tal vez preguntándose si este es el mismo guion de nuestras habituales conversaciones nocturnas o si hemos cambiado de libro sin avisarle.

Yo, sin pensármelo más, decido que es ahora o nunca.

Me acerco lo que falta hasta plantarme junto a él. Me pongo de puntillas, cerrando los ojos como si eso pudiera salvarme de un rechazo, y le doy un tímido beso en los labios.

Sí, tengo dieciocho años, pero joder, es la primera vez que beso a alguien. Porque siempre he querido que el primero fuera él, mi gran amor platónico hecho realidad.

Y entonces, cuando voy a salir corriendo de ahí, como si pudiera escapar de mis propios sentimientos, Raider me agarra de la mano y me gira hacia él con una suavidad que contrasta con la rapidez de su acción.

—¿Me acabas de besar? —pregunta él, con una mezcla de incredulidad y algo que no me atrevo a esperar.

Bueno, yo me pongo roja como un tomate, probablemente rompiendo algún récord mundial de velocidad en cambio de color facial. Me giro, queriendo marcharme de nuevo, queriendo esconderme en un agujero y no salir nunca más.

Pero Raider suelta una carcajada, ese sonido que siempre ha tenido el poder de hacerme sentir mejor, sin importar qué.

—No, nena —dice entonces, haciendo que lo mire de nuevo, aunque todo en mí quiere correr y esconderse—. No puedes besarme y huir —me pega a él, una de sus manos se posa en mi mejilla, haciéndome temblar.

—Zev, yo…—ahí no es Raider, es Zev, y la tensión en el aire podría cortarse con un cuchillo.

Hay un momento, un instante cargado de electricidad estática, donde el mundo parece detenerse, esperando su respuesta.

—¿Por qué? —pregunta él, con esa voz que parece capaz de derretir glaciares.

Y ahí estoy yo, deseando poder articular algo coherente que suene a medio camino entre un Shakespeare enamorado y una comedia romántica de bajo presupuesto.

¿No es evidente?, pienso para mis adentros, rogando porque mis mejillas no se estén tiñendo de un tono escarlata vergonzoso.

—No, no lo es —dice él, sacándome de mis pensamientos y demostrándome que, sin querer, he dicho eso en voz alta—. Incluso de serlo, necesito escuchártelo decir —su tono es firme, pero hay una suavidad en sus ojos que no puedo ignorar.

—Porque me gustas —logro decir finalmente, sintiendo cómo esas palabras se deslizan fuera de mí como si fueran más livianas que el aire, pero al mismo tiempo, pesadas.

No puedo creer que haya reunido el coraje para decirlo, que haya abierto la compuerta de

mis sentimientos así, sin más.

Él gime, un gemido que suena como si le doliera tanto como a mí.

—Dios, nena… Pensé que nunca te escucharía decir eso —cierra los ojos y, a abrirlos, algo ha cambiado en su mirada—. Te voy a besar, Tori —dice con esa voz ronca que parece vibrar en lo más profundo de mi ser—. Pero a besarte de verdad.

Y antes de que pueda procesar completamente sus palabras, antes de que pueda prepararme para lo que eso significa, lo hace.

Y en ese momento, todas las películas románticas y los cuentos de hadas se quedan cortos. Porque esto, esto es real.

Y es mío.

Mi deseo hecho realidad.”



Cuando Tori abrió los ojos esa mañana, se encontró con algo con lo que había soñado demasiadas veces. Ahí estaba él, Raider, el protagonista de sus fantasías nocturnas y diurnas, tumbado a su lado. Dormía plácidamente, de lado, sus piernas entrelazadas con las de ella, manteniéndola segura entre sus brazos como si fuera lo más preciado de su mundo.

¿Cuántas veces había anhelado Tori despertarse así, envuelta en ese abrazo?

Demasiadas, infinitamente más de las que su orgullo le permitiría reconocer.

Recordaba, con una mezcla de nostalgia y tristeza, las ocasiones pasadas en las que había amanecido de esta manera, simplemente disfrutando del placer de observarlo mientras dormía.

Era guapísimo, eso era un hecho innegable. Lo decía ella, y probablemente lo corroboraría la mayoría de la población mundial si tuviera el placer de verlo así, en su estado más puro y relajado, con los rasgos suavizados por el descanso, libre de cualquier sombra de preocupación o estrés.

Y en esa tranquilidad, Tori había encontrado finalmente el sueño reparador que tanto había eludido sus noches durante los últimos cinco años.

Qué ironía del destino, pensó, *que la misma persona que había sido fuente de sus desvelos y tormentos, se convirtiera en el refugio y la paz que tanto necesitaba.*

Gracias por quedarte, susurró en su mente.

Movida por un impulso, Tori levantó una mano y la posó suavemente sobre la mejilla de Raider, un gesto tierno, cargado de cariño y anhelo. Pero apenas sus dedos rozaron su piel, él emitió un sonido, un murmullo incomprensible que la hizo retroceder instintivamente, como si

temiera que él se diera cuenta de lo que estaba haciendo.

—Tarde —dijo él, con su voz tomada por el sueño, mientras depositaba su mano sobre la de ella, asegurándose de mantenerla justo allí, sobre su rostro, en un gesto tan íntimo que parecía romper todas las barreras entre ellos—. Ahora soy yo quien te necesita —susurró.

Y entonces, Raider abrió lentamente esos ojos que Tori había grabado en su memoria.

—Zev… —susurró ella.

Él soltó la mano de Tori solo para trasladarla a la mejilla de ella, acariciándola con una ternura que hablaba de años de añoranza y momentos perdidos.

—Si vuelves a pronunciar mi nombre, te besaré —gimió él, su voz cargada de un deseo crudo.

Ella abrió mucho los ojos al escucharlo.

Raider resopló, un sonido que parecía llevarse consigo la última de sus resistencias.

—Te deseo, Tori. No es ninguna novedad —admitió con una derrota que resonaba en cada palabra—. Y tenerte tan cerca es una tortura —reconoció, su voz un reflejo de la lucha interna que enfrentaba—. Y porque soy un profesional, si no… —se refería a la cercanía que mantenían a diario, durante su rehabilitación— Joder, apenas puedo soportarlo —bufó, su frustración, palpable.

—Levántate y vete —dijo ella con voz firme, aunque por dentro se sentía temblar—. ¿No es simple?

Raider rio, un sonido cargado de ironía y dolor.

—Ojalá lo fuera —y la miró a los ojos, buscando en ellos algo que quizá ni ellos mismos entendían completamente—. ¿Es eso lo que quieres?

Ella apretó los dientes, luchando contra la marea de sentimientos que amenazaba con arrastrarla.

—Eso es lo que debe ser.

—No es eso lo que te he preguntado, Tori —él acarició entonces el labio inferior de ella, un gesto que rozaba lo prohibido, invitando a olvidar las reglas, las razones—. ¿Es eso lo que quieres? ¿Que me levante y me vaya?

—¿Qué es lo que quieres tú? —preguntó entonces ella, su voz apenas un susurro cargado de miedo y esperanza.

—A ti, maldita sea —explotó él, su declaración, un golpe directo al corazón—. Te quiero a ti.

El labio de Tori tembló al escucharlo.

—¿Hasta que vuelvas a marcharte?

Raider apretó los dientes con fuerza.

—¡Oh, joder! —y entre maldiciones varias, se levantó y se marchó de allí, cerrando de un portazo tras de sí.

Y dejando sola a Tori.

Llorando.



Capítulo 19

“—Pensé que no vendrías —había dicho él esa mañana al verla aparecer en la piscina, con esa voz que parecía mezclar sorpresa con un toque de alivio, como quien espera un regalo, pero no se atreve a creer que realmente lo recibirá.

—¿Por qué no habría de hacerlo? —preguntó ella, un reto en su voz, las cejas arqueadas en una clara señal de desafío— ¿No eres tú el primero que se ha encargado de decirme que no mezcle lo personal con mi recuperación?

Él la había mirado, su mandíbula a punto de romperse de la tensión que acumulaba.

Claro, se lo había dicho, pero por la parte que le tocaba, no era tan fácil, ¿eh?

Vamos, que predicar era una cosa y dar trigo era otra muy distinta. Mantenerse al margen cuando el asunto te toca personalmente, resulta ser un deporte de alto riesgo.

—Me alegra ver que no eres tan inmadura como pensaba —dijo él, intentando sonar más despreocupado de lo que en realidad estaba.

Su intento de lanzar un cumplido disfrazado de crítica no pasó desapercibido para Tori, quien por un momento quedó boquiabierta.

Pero ¿qué demonios…?

Solo que a Tori no le dio tiempo a expresar en voz alta sus pensamientos, porque él, como si tuviera un radar para detectar cuándo estaba a punto de meter la pata hasta el fondo, continuó hablando.

Y, afortunadamente para ambos, cambiando el tema antes de que la conversación se convirtiera en una discusión sobre quién tenía el ego más grande.

—Hoy toca un día duro, ¿estás preparada? —preguntó él, cambiando el enfoque hacia lo que realmente importaba, la recuperación de Tori.

¿Acaso no es así a diario?, pensó Tori.

Pero sin decir nada, simplemente asintió con la cabeza.

Claro que no se imaginaba hasta qué punto iba a llegar esa dureza…”

—No puedo… —casi sollozó ella, sin fuerzas para dar un paso más, como si cada palabra fuera un peso añadido a su ya agotada resistencia. La desesperación era palpable en su voz.

Porque dolía, joder si dolía. Era un dolor que no solo se sentía en el cuerpo, sino en el alma, en cada rincón de su ser que luchaba por seguir adelante.

—Vamos, mueve esas piernas —dijo él, cruel, como si cada sílaba fuera un latigazo que pretendía despertar su voluntad dormida.

—¡Que no puedo! —la desesperación en su respuesta, pero aun así, ella seguía intentándolo.

Porque aunque doliera, tenía que poder, tenía que levantarse de esa silla de ruedas por su propio pie y volver a caminar pronto.

—¡Déjate de excusas! Guárdate eso para seguir engañándote —*y seguir diciéndote que no sientes nada por mí,* fue la frase que quedó en el aire— ¡Vamos! ¡Un paso más!

—¡No puedo! —lloró ella.

—¡Uno más! —gritó él, sacando toda la frustración que sentía.

—No puedo —y era verdad, tanto sus piernas como sus brazos dejaron de mantenerla y cayó al suelo— ¡Maldita sea, no puedo! —bramó.

—Joder —exclamó él al verla allí tirada, una expresión de culpa cruzando su rostro.

Estaba tan enfadado que ni el golpe había evitado. Cuando se había dado cuenta, cuando había salido de esa nube de furia en la que se sentía, ella ya estaba en el suelo, un recordatorio crudo de sus propias limitaciones.

—Dios, nena —llegó hasta ella, dispuesto a ayudarla, su voz ahora rebajada a un susurro tembloroso, cargado de una preocupación que antes había estado oculta tras su frustración.

—¡No me toques! —exclamó ella, aterrada.

—Tori, por favor —el arrepentimiento en su voz era palpable.

—¡Que no me toques! —gritó ella con fuerza, intentando, como podía mientras se arrastraba, alejarse de él.

El horror en la mirada de ella, como si estuviese viendo al mismísimo diablo.

—¡No quiero que me toques! —gritó a pleno pulmón, como si con cada palabra intentara exorcizar el miedo que la paralizaba, buscando en su interior la fuerza para enfrentarse a sus propios demonios.

—Nena…

—¿Pero qué…? —la pregunta de Rebel quedó atascada en su garganta al entrar en la piscina, como si el aire se hubiera convertido en plomo, pesado y opresivo, al presenciar la escena que tenía ante él.

Al ver a su hermana allí tirada, gritando, asustada, no supo qué fue lo que le entró por el cuerpo. Corrió hasta llegar a ella, empujando a Raider antes de que intentase tocarla otra vez, movido por un instinto protector tan antiguo como el tiempo.

—Te ha dicho que no la toques —la firmeza en su voz era un muro infranqueable, una declaración de guerra en defensa de lo que más amaba.

—Rebel… —la advertencia en la voz de su primo.

—¡Te ha dicho que no la toques! —gritó Rebel, encarándose con él.

—¡Media naranja! —exclamó Riley también llegando hasta ella— Dios mío, ¿estás bien?

Tori negó con la cabeza.

—Sacadme de aquí —imploró—. Por favor, sacadme de aquí —lloró, con cada palabra, un ruego desesperado por escapar.

—Nena, por favor… —imploró Raider.

—No la toques —repitió Rebel, cogiendo de mala manera el brazo de Raider y evitando que rozase a su hermana.

Entonces levantó a Tori del suelo y la colocó en la silla de ruedas, para sacarla de allí.

—Llévatela —una orden a Riley, quien tras mirar a sus primos, asintió con la cabeza y sacó a Tori, que temblaba y lloraba de allí.

Con las manos en las caderas, Rebel miró cómo ambas mujeres desaparecían de su vista. Raider, por su parte, se levantó del suelo, negando con la cabeza, sin poder entender a qué venía eso. La confusión y el arrepentimiento en su mirada.

Había sido duro, sí, y era un gilipollas.

¿Pero ese miedo que vio en sus ojos? No lo entendía, simplemente no tenía sentido ninguno.

Cuando las dos mujeres desaparecieron de su vista, Rebel se dio la vuelta y, sin esperar, le estampó el puño a Raider en la mandíbula, haciéndolo caer de nuevo.

—¡¿Pero se puede saber qué demonios te pasa?! —bramó Rebel, con cara de dolor mientras acariciaba su puño dolorido por lo fuerte que había sido el impacto. Su voz sonaba teñida de incredulidad y rabia.

—¿Desde cuándo pegas tan fuerte? —gimió Raider, tocándose la mandíbula, la sorpresa tiñendo su voz de un matiz casi infantil, como si descubriera un nuevo aspecto de alguien a quien creía conocer.

Un resoplido irónico salió de los labios de Rebel, y Raider, tras mirarlo, se levantó del suelo, listo para enfrentar el siguiente asalto de un combate del que no comprendía las reglas.

—¿Qué le has hecho? —la pregunta de Rebel era una acusación disfrazada.

—¡Nada! —exclamó Raider, su defensa tan vehemente como desesperada, un clamor por ser entendido en medio de un juicio sin jueces.

—¿Nada? —una risa irónica— Mi hermana estaba en el suelo, aterrada por tu culpa, ¿y no le has hecho nada?

—¡No seas idiota! —exclamó Raider, aunque la culpa por haberla llevado a ese límite lo corroía— Soy yo, joder, ¿de verdad crees que le haría daño?

—¿No es eso lo que le acabas de hacer? —el contraataque de Rebel era certero, un golpe dirigido al corazón de la cuestión.

A la herida abierta entre ellos.

—¡No! —se pasó las manos por el pelo— He sido duro, sí, pero joder, no sé qué demonios le ha pasado para llegar a eso. Maldita sea, ¡me miraba con miedo! —su confesión era un lamento, una admisión de su propia impotencia ante la situación— ¡A mí! —negó con la cabeza—¡Jamás le haría daño!

¿De verdad tenía que estar diciendo algo tan obvio?

—Lo dices después de hacerla llorar durante cinco largos años —escupió Rebel con un odio que parecía destilar veneno con cada palabra, mirando a Raider con unos ojos que podrían haber encendido un fuego si se lo propusieran.

Era evidente que no tenía ningún tipo de simpatía hacia él en ese momento, ni ganas de ocultar su desprecio.

Raider, por su parte, apretó los dientes tan fuerte que por un momento temió que se romperían. Podía sentir la tensión acumulada en su mandíbula, un claro indicativo de su frustración y rabia contenida.

Sin decir una sola palabra, comenzó a caminar, con pasos firmes y decididos, dispuesto a alejarse de allí, de esa conversación, de esa acusación, como si pudiera dejar atrás el peso de sus acciones simplemente con poner distancia de por medio.

—¿Adónde vas? —preguntó Rebel.

Pero Raider no respondió.

Rebel, sin embargo, no estaba dispuesto a dejarlo ir tan fácilmente. Llegó hasta él y lo cogió del brazo con una determinación férrea, su agarre fuerte y sin vacilaciones.

—No quiere verte —le recordó, su voz un poco más suave ahora, pero cargada de una seriedad que no admitía réplica.

Raider se paró en seco, como si las palabras de Rebel hubieran activado un freno invisible. Se giró lentamente para mirarlo, y en sus ojos había un destello de algo intenso, una mezcla de desafío y dolor.

—Esto es entre tu hermana y yo —la advertencia en su voz era clara, teñida de una determinación fría y dura.

Era una línea en la arena, una barrera que no quería que Rebel cruzara.

—No vuelvas a interponerte entre nosotros.

—Ella no es asunto tuyo. Hace mucho que dejó de ser asunto tuyo —contraatacó Rebel, con una firmeza que buscaba herir, intentando golpear donde más le dolía.

Las aletas de la nariz de Raider se dilataron al escucharlo, un indicativo del esfuerzo que le estaba costando controlar las emociones que amenazaban con desbordarse. Con un fuerte movimiento, casi brusco, se deshizo del agarre de Rebel.

—Siempre lo será —juró.

Y salió de allí, dispuesto a buscarla, a enfrentar lo que fuera necesario, porque en el fondo sabía que huir no resolvería nada.

Y tanto que lo sabía…

Era hora de enfrentar las consecuencias de sus acciones, de cinco años de decisiones equivocadas, y quizás, solo quizás, encontrar un camino hacia la redención.



—¿Me vas a contar de una vez por todas qué demonios ha pasado? —Riley lanzó la pregunta por enésima vez, con esa mezcla de impaciencia y preocupación que la caracterizaba, mientras ambas cruzaban el umbral hacia la habitación de Tori.

—No fue nada… —susurró Tori, casi inaudible, mientras se esforzaba por secar las lágrimas rebeldes que insistían en surcar sus mejillas.

—¿Cómo que no fue nada? Estabas ahí, tirada en el suelo, llorando y gritando como si se hubiera acabado el mundo y ¿me vienes con que no fue nada? —la incredulidad teñía cada palabra de Riley—. ¡Venga ya, Tori! ¡En toda mi vida nunca te he visto perder los estribos de esa manera! ¡Y mira que eres dramática!

Y Tori, en el fondo, deseaba fervientemente que nadie más la viera en un estado tan vulnerable, tan rota. Lo que más anhelaba era no volver a sentirse así, tan devastadoramente frágil.

Porque lo había pasado francamente mal.

Aún se sentía como si estuviera atrapada en un torbellino de emociones negativas, con la sensación de tener un nudo en la garganta que se negaba a deshacerse, dificultándole el respirar y sin poder contener el torrente de lágrimas que parecían tener voluntad propia.

—O me lo cuentas a mí ahora mismo o no me dejas otra opción que llamar a tus padres y hacer que vuelvan del trabajo para que te enfrentes a ellos con toda la verdad —amenazó Riley, aunque su tono sugería que preferiría evitar esa opción a toda costa—. Y ya te digo, que tu padre no va a preguntar mucho; va directo a por Raider, sin pararse a escuchar excusas ni medias tintas.

Tori soltó un resoplido exasperado.

—Por favor —su mirada se encontró con la de Riley—. ¿No puedes, por una vez en tu vida, dejarme en paz? —las palabras salieron disparadas de su boca como balas, cargadas de frustración y desesperación.

Joder, no quería llegar a ese extremo, realmente no era su intención herir a quien se preocupaba por ella, pero es que simplemente no era el momento de presiones.

Ni de ser intensa.

Riley retrocedió un paso, impactada, como si la fuerza de las palabras de Tori hubiera sido una bofetada física. Tori, por su parte, al ver la reacción de su prima, se arrepintió inmediatamente y exhaló un suspiro pesado.

—Lo siento —murmuró, llevándose una mano al pecho en un gesto de autocuidado—. Solo necesito un poco de tiempo para… relajarme —indicó, haciendo un vago gesto hacia su cabeza —. ¿Puedes dármelo, por favor? —su voz, teñida de súplica, buscaba comprensión.

Riley, tras un breve momento de tensión, movió la cabeza en un gesto que denotaba resignación. No era una aceptación completa, pero era suficiente para el momento.

—Está bien. Pero me lo contarás, ¿verdad? —insistió.

—Sí… —apenas logró articular Tori, mordiéndose el labio para evitar mostrar su irritación ante la insistencia.

Sabía que Riley solo quería ayudar, pero había momentos en los que simplemente necesitaba enfrentarse a sus demonios en soledad.

—No antes de que me lo cuente a mí primero —interrumpió Raider, irrumpiendo en la habitación con esa mezcla de confianza y arrogancia que lo caracterizaba, aprovechando que la puerta estaba abierta, un detalle que a ambas se les había pasado por alto en medio del caos emocional.

Tori apenas pudo contener un gemido de frustración. Tanto por el anhelado momento de paz y soledad. Parecía que el universo tenía otros planes para ella.

—Vete —esa única palabra, cargada de un sinfín de emociones y significados, resonó en el aire.

Pero, curiosamente, no salió de los labios de Tori, ni estaba dirigida a Raider. Fue él quien la pronunció, y su destinataria era Riley.

—¿Y dejarte a solas con ella? ¡Ni hablar! —replicó Riley con firmeza, plantándose con la determinación de un soldado dispuesto a defender su posición hasta el final— ¡Ni lo sueñes! — Riley se negó a ceder, cruzando los brazos sobre su pecho en un gesto de obstinada resistencia.

—No me toques las narices —Raider elevó el tono, claramente irritado.

—Y tú no me toques el mondongo con tus tonterías —replicó Riley, su ingenio brillando incluso en momentos de tensión.

La expresión de Raider se transformó en una mezcla de confusión y sorpresa ante la inesperada réplica.

—¿Qué diablos significa el mondongo? Mejor ni me lo expliques —se adelantó, previendo que prefería permanecer en la ignorancia—. Necesito hablar con Tori a solas. Es hora de que te

vayas.

—Tú no me das órdenes —Riley levantó la barbilla en un gesto de desafío.

Hubo un breve enfrentamiento de miradas; Raider la miraba intensamente, sus cejas enarcadas.

—Que te largues —dijo Raider.

—Pero solo porque yo lo decido —aclaró Riley, no dispuesta a dar la impresión de que cedía ante una orden.

Tori, testigo silencioso de este intercambio, rodó los ojos ante la escena.

Vaya guardiana del caos tenía por prima.

—¿Estarás bien? —preguntó Riley, preocupada por Tori.

Tori, tras una pausa para secarse las últimas lágrimas rebeldes, asintió con firmeza.

—Sí, estaré bien —respondió, aunque evitó cruzar miradas con Raider, como si el simple acto de mirarlo pudiera desatar una nueva tormenta en su ya agitado estado.

Una vez que Riley salió de la habitación, cerrando la puerta tras ella con un clic, Raider se permitió un suspiro profundo. Sus ojos no abandonaban la figura de Tori, que mantenía la vista baja, como si en el entrelazado de sus dedos sobre sus rodillas pudiera encontrar las respuestas que tanto buscaba.

—¿Ha sido Rebel? —preguntó, sin mirar su labio magullado. Pero él la ignoró.

—Venía preparado para un asedio, pensando que me cerrarías la puerta en las narices, que no querrías verme—confesó, intentando inyectar un toque de humor a la tensa atmósfera.

Ella finalmente levantó la vista, sus ojos encontrando los suyos en un choque directo de voluntades.

—Y no quiero verte —dijo, con una honestidad cruda, mientras se esforzaba por limpiar las marcas de su reciente llanto.

Raider, cuya aversión a verla llorar rozaba lo patológico, hizo un amago de acercarse, un gesto casi instintivo movido por el impulso de consolarla, de borrar las lágrimas que tanto detestaba. Sin embargo, se detuvo en seco, anclado en el lugar por la dura realidad de que cualquier intento de acercamiento, en esos momentos, no era, precisamente, la mejor de las ideas.

—¿Serviría de algo que me negase a verte? —inquirió ella, clavando su mirada en él, teñida de una ironía amarga que no lograba ocultar el dolor que sentía.

Era una pregunta retórica, por supuesto; ella había considerado esa posibilidad, había jugado con la idea incluso antes de que él apareciera en su umbral.

Era Raider, después de todo.

Lo conocía, conocía cada faceta de su ser y era consciente de que si seguía siendo el mismo de

siempre, no dejaría que ella simplemente lo ignorase.

—No —admitió él, su respuesta tan escueta como cargada de significado.

No, él no había cambiado; seguía siendo el mismo de siempre, para bien o para mal.

—Ya me lo suponía… —musitó ella— Supongo que ninguno de los dos hemos cambiado demasiado, ¿eh? —ella suspiró, poniendo palabras a los pensamientos que rondaban su cabeza.

—Yo no lo veo así —contradijo él, con un suspiro que parecía llevarse consigo un peso inmenso—. Creo que ambos hemos cambiado demasiado, más de lo que nos gustaría admitir.

¿De verdad?

¿En qué exactamente?

Esas preguntas danzaban en la mente de Tori. Preguntas sin respuestas.

—Necesitamos hablar, Tori. Seriamente —era una afirmación, una necesidad ineludible.

Y aunque a Tori le pesara reconocerlo, sabía que era cierto. No era tan inmadura como para negar la evidencia.

—¿Eres así con todo el mundo o solo te reservas ese trato especial para mí? —lanzó ella, una pregunta cargada de desafío y una pizca de curiosidad.

—Sabes la respuesta a eso —respondió él, su voz baja, pero firme.

—¿Por qué? —*¿por qué eres así conmigo?*

—¿Por qué? ¿No es obvio?

—No, no lo es…

—Porque me importas, Tori. Me importas como nunca me ha importado ni me importará nadie más —la sinceridad en su voz era palpable, casi tangible, pero ¿era suficiente para borrar años de dolor y resentimiento?

Tori resopló, un resoplido que decía mucho más de lo que cualquier palabra podría expresar. Era un resoplido de incredulidad, de frustración, un "¿y eso se supone que debo creerlo?" sin necesidad de pronunciarlo.

—Ya… Como te "importaba" hace cinco años —su tono era una mezcla de sarcasmo y amargura.

Ahí estaba el meollo del asunto, el corazón del conflicto que los había separado.

El rencor. Ese viejo amigo que se instala cómodamente entre dos personas y decide no irse más, haciéndose el dueño del lugar.

Los reproches. Esos dardos envenenados que vuelan de boca en boca, sin importar cuánto daño hagan.

—¡Claro que sí! Como me importabas hace cinco largos años. ¡Como me has importado

durante toda la maldita vida! —exclamó él — Y lo sabes. Eso es lo peor de todo, que lo sabes y juegas con ello. Lo has hecho desde siempre. Siempre fuiste consciente de que eras mi debilidad. Sabes que lo sigues siendo. ¡Y, no llores, maldita sea, porque sabes que no lo soporto! —se acercó a ella, esta vez con una determinación diferente.

Se agachó, quedándose en cuclillas frente a ella y tomó su cara entre sus manos ternura.

—¿Por qué lloras? —susurró, su voz ahora un suave murmullo, mientras limpiaba las lágrimas que surcaban su rostro.

—Porque estoy al límite —susurró ella a cambio, su voz apenas un hilo de desesperación—. Estoy exhausta y siento que no puedo más.

La tormenta de emociones era demasiado para ella.

Sentía cómo todo se desmoronaba a su alrededor, incapaz de contener el caudal de sentimientos que la embargaban.

El accidente que había trastocado su mundo, su inmovilidad forzada, el dolor físico que se mezclaba con las pesadillas que la asaltaban noche tras noche.

Y Raider. Los recuerdos que venían con él, ese corazón hecho añicos una y otra vez.

Y él, justo ahí, en medio de toda su tormenta.

—Y no quiero rendirme —susurró ella, su voz cargada de un cansancio que parecía pesarle en cada palabra.

—Ríndete solo por un instante. Cae, y yo caeré contigo. Descansa. Y cuando estés lista, te extenderé mi mano para ayudarte a levantarte de nuevo.

—Te odio —dijo ella, con un atisbo de fuerza que le permitió golpearle en el pecho con su puño cerrado—. Te odio, porque no me dejas ni siquiera darme por vencida.

—Me odiarías más si te lo permitiera —replicó él, su voz suave mientras seguía secando las lágrimas de sus mejillas con delicadeza—. Solo necesitas aguantar un poco más.

—¿Y si no quiero seguir luchando?

Raider se tomó un momento para responder.

—Entonces, supongo que tendré que luchar en tu lugar —dijo finalmente, y sin darle tiempo a más, la besó.



Capítulo 20

El primer pensamiento de Tori, en ese instante cargado de electricidad, al sentir los labios de Raider sobre los suyos, fue un grito interno que le urgía a empujarlo, a apartarlo de ella.

Lo odiaba, o eso quería creer.

Había heridas demasiado profundas, palabras no dichas y acciones imperdonables que se interponían entre ellos, y estaba convencida de que un simple beso no era el bálsamo mágico que sanaría todo.

Pero, si era completamente honesta consigo misma, no tenía la más mínima intención de separarse de él. No quería que ese momento, ese beso, llegara a su fin.

Hasta ese preciso segundo, Tori no había sido plenamente consciente de la magnitud de su anhelo por sentirlo cerca. Lo deseaba, vaya que sí, y era lo suficientemente perspicaz como para interpretar cada una de las señales que su cuerpo le enviaba al solo pensar en él, y ni hablar cuando dejaba que su imaginación volara libre, sin cadenas.

Pero, hasta ahora, todo había permanecido en el reino de la mente, un territorio plagado de recuerdos y fantasías.

Ahora, en ese instante fugaz pero eterno, todo volvía a ser real.

Tori, incapaz de contenerse, gimió contra los labios de Raider, una confesión silenciosa de su entrega. Raider, interpretando ese sonido como una pausa necesaria, se separó ligeramente de ella, solo para asegurarse de que estaban completamente solos, cerrando la puerta con pestillo con una rapidez que denotaba su temor a que Tori cambiara de opinión en ese breve lapso de tiempo.

Pero Tori no lo hizo.

En ese instante, todas sus reservas, toda su fuerza de voluntad parecían haberse evaporado, dejándola incapaz de resistirse a lo que, muy en el fondo, deseaba más que nada.

Él.

Incapaz de luchar contra la atracción magnética que Raider ejercía sobre ella, contra los sentimientos que, a pesar de su resistencia, florecían con cada gesto.

Con cada mirada de ese hombre.

Con un movimiento fluido, cargado de una ternura inesperada, Raider la levantó de la silla de ruedas, transportándola con delicadeza hasta depositarla en la cama.

—Me siento tan inútil… —susurró ella, vulnerable y con un hilo de voz que apenas lograba romper el silencio de la habitación.

Pero Raider no le permitió continuar sumida en aquel mar de dudas. Y, tumbándose sobre ella, volvió a besarla. No era un simple acto de callar su boca, sino una manera de silenciar también

su mente.

El beso era lento, de esos que no tienes prisa en terminar mientras saboreas cada rincón de la boca del otro, mientras rozas tu lengua con la suya y te provoca escalofríos en el cuerpo. Y te provoca ganas de más.

Mucho más.

Era, como digo, un beso sin prisas, donde no solo sus labios jugaban, sino que sus lenguas se saboreaban y provocaban gemidos en el otro. Era un beso de esos que podían hacerte llegar al clímax sin necesidad de nada más.

Raider se movió un poco, su pelvis cayendo sobre la de ella, su erección, dura y desafiante, acariciando el sexo de ella por encima de la ropa, prometiendo más.

Mucho más.

Era un roce cargado de intenciones, un preludio de lo que estaba por venir.

Con una delicadeza sorprendente, Raider dejó una de sus manos en la mejilla de Tori, acariciándola con el pulgar, mientras la otra se posaba sobre una de las caderas, la cual apretaba cada vez que se refregaba contra el sexo de ella.

—Zev —gimió ella, dejando escapar su nombre entre suspiros, resonando sobre los labios de él.

Un escalofrío, intenso y revelador, recorrió el cuerpo de él.

—No tienes ni idea de lo que me provoca escucharte decir mi nombre —susurró él, con una voz baja y cargada de emoción, mientras iniciaba un viaje de besos desde la mejilla de ella hasta llegar a su cuello.

Al morderlo suavemente y luego lamer la marca, provocó un escalofrío en ella, un estremecimiento que lo hizo sonreír, saboreando la reacción que sus acciones provocaban.

Conocía cada punto débil de ella, cada punto erógeno, como un mapa trazado en su mente que estaba dispuesto a explorar. E iba a aprovecharse de eso, a disfrutarlo y hacerla disfrutar.

Raider, con un movimiento fluido y seguro, se colocó sentado sobre sus rodillas, enmarcando las piernas de Tori con las suyas, y la ayudó a deshacerse del top que llevaba puesto.

—Llevo días soñando con quitártelo —confesó él, sus dedos ya trazando caminos de fuego sobre esos perfectos y redondos pechos que tenía frente a él—. Y soñando con esto también…

Se inclinó, plantando un beso ardiente en uno de sus pechos, arrancándole un gemido a ella. Con la lengua, trazó un camino húmedo hasta su pezón, que rodeó con su lengua antes de capturarlo con sus labios. Lo chupó con fuerza, tirando de él, desencadenando en ella una oleada de placer que la hizo arquearse.

Con la misma dedicación, Raider atendió al otro pecho, brindándole la misma atención. Al terminar, su lengua continuó su descenso, lamiendo su canalillo, su vientre, llegando hasta su ombligo para jugar en él, provocándole otro gemido.

Sí, nena, pensaba él, observándola un instante tras desnudarla por completo, empapándose de esa perfecta imagen que tenía bajo él.

Desnuda y a su merced; era como siempre la había deseado.

Su mano, experta y deseosa, se posó sobre el sexo de Tori. Con uno de sus dedos, apartó sus labios vaginales y acarició su clítoris, sonriendo ante la visión de ella echando la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados y mordiendo su labio, completamente entregada al placer que él le provocaba.

Siempre le había fascinado verla disfrutar, que nunca escondiese su deseo ni sus gestos, que fuese tan expresiva con ello. Todo de ella le fascinaba: su pensamiento, su ser, su fortaleza, su cabezonería, su locura.

Su olor… Tomó un momento para aspirar el aroma de su sexo, preparándose para saborearla, para devorarla con una voracidad que solo ella podía despertar en él.

Y así lo hizo, Tori, conteniendo un grito, agarró rápidamente el pelo de Raider, moviendo sus caderas desesperadamente, disfrutando de cómo él la devoraba.

Con su boca abierta, Raider adoraba el sexo de Tori, sus manos firmes en el trasero de ella para acercarla más, para saborearla mejor, deseando que ese momento nunca acabase.

Lamió, absorbió, chupó su clítoris, y cuando ella gritó de placer, introdujo dos dedos en ella, con fuerza, como sabía que a ella le encantaba. Repitió el movimiento, con la misma intensidad, mientras su lengua y sus dientes jugaban suavemente con su clítoris.

—Zev, me voy a correr —gimió ella.

Él sabía exactamente qué era lo que quería, qué era lo que necesitaba, y por supuesto, estaba más que dispuesto a dárselo.

Raider aumentó el ritmo, la intensidad de sus caricias, de sus dedos, mientras con la otra mano exploraba, buscando ese punto erógeno que la llevaría más allá del límite.

Al introducir un dedo en su ano, Tori se deshizo, fragmentándose en mil pedazos de puro éxtasis, en un clímax abrumador que la llevó a la cima del placer, bajo la mirada ardiente y satisfecha de Zev, que jamás se cansaría de ella.

Porque estaba enamorado de esa mujer.

—Esto no puede volver a repetirse —susurró ella, un momento después, antes de dejarse llevar por Morfeo, cuando él la tenía acunada entre sus brazos, sobre su pecho.

Los dedos de Raider, esos que acariciaban con delicadeza la espalda desnuda de Tori, trazando caminos invisibles sobre su piel suave, y los de la otra mano que jugaban, casi sin pensarlo, con la mano de ella que descansaba sobre el pecho de él, dejaron de moverse.

Pero solo un instante.



Un rato después, cuando ella dormía plácidamente, envuelta en el suave abrazo de los sueños, Raider se levantó de la cama, con un cuidado extremo de no despertarla.

Aunque, teniendo en cuenta el ritmo tranquilo y profundo de su respiración, parecía improbable que se despertase en las próximas horas.

Estaba sumida en un sueño profundo.

Había sido, sin duda, un día extenuante, tanto física como mentalmente. Su cuerpo, tras el torbellino de emociones y placer, simplemente había colapsado, rendido al agotamiento.

Todavía tenían pendiente una conversación importante, todavía tenía que explicarle qué demonios había pasado allí abajo, durante su sesión de rehabilitación un rato antes.

“Esto no puede volver a repetirse”, había dicho ella antes de dormirse.

Sí, tenían mucho de lo que hablar.

Raider lanzó una mirada hacia abajo, a su todavía dolorosa erección, y soltó un suspiro profundo.

Miró a Tori, dormida y serena, y maldiciendo entre dientes, tapó su perfecto cuerpo con las sábanas porque, para él, era una visión demasiado dolorosa en ese momento…

Tan dolorosa que temía poder llegar al clímax con solo mirarla.

Sí, la situación rozaba lo patético.

Lo raro es que no te hayas corrido ya, bufó su mente en un tono burlón.

Pues sí, la verdad…, concedió él, resignado ante la verdad de sus propios pensamientos.

Tras regalarle a Tori un momento más de su mirada, Raider salió de la habitación, decidido a enfrentarse a una ducha helada que calmase semejante tormento de deseo.

Esa era la idea, pero su rebelde entrepierna parecía tener planes muy distintos.

Así, bajo el chorro de agua fría, con los ojos cerrados y evocando cómo la había hecho disfrutar a ella, aún con su olor impregnando sus sentidos, su sabor aún en los labios, Raider se entregó a la tarea de aliviar parte de su tensión.

Parte, y solo parte, porque claro, su miembro tenía criterio propio y sabía lo que quería: ansiaba el tacto de otra mano, o su boca, o incluso, ya puestos a desear, ese delicioso coño que tanto añoraba.

—¡Joder, Raider! —exclamó, hablándose a sí mismo en un tono de frustración, cuando,

mientras se vestía, su entrepierna volvía a declarar su presencia con una firmeza renovada.

¡A la ducha otra vez!



Capítulo 21

—¿No puedes dormir? —preguntó Rebel, acercándose con pasos cautelosos hacia Raider, quien se encontraba absorto en sus pensamientos, sentado en uno de los columpios que adornaban el jardín trasero de La Mansión.

Raider no respondió. Se mantuvo inmóvil, con la mirada perdida en el infinito, sumido en un mar de reflexiones que, al parecer, le robaban el sueño.

—¿Puedo sentarme? —insistió Rebel, intentando romper el hielo que se había formado alrededor de su primo.

Ante el silencio persistente de Raider, que seguía ignorándolo como si fuera parte del paisaje nocturno, Rebel soltó un suspiro profundo y resignado.

Extendiendo un brazo, como quien ofrece una rama de olivo, le presentó una lata de cerveza, colocándola casi a modo de espectáculo frente a la cara de Raider, y esperó, armándose de una paciencia que no sabía que tenía, a que su primo decidiera aceptarla.

Para su alivio, Raider finalmente cedió, agarrando la lata como quien acepta una tregua no pronunciada.

Al abrir la lata y dar un largo trago, Raider no pudo evitar torcer el gesto, una mueca de desagrado pintándose en su rostro.

—Sin alcohol —suspiró profundamente, como si ese detalle fuera una traición a sus expectativas de la noche—. ¿Existe algo más asqueroso en este mundo que una cerveza sin alcohol?—preguntó, su tono cargado de un dramatismo exagerado.

—El amor —contestó Rebel, dejando caer las palabras con un peso sombrío, casi como si pronunciara una maldición.

Raider lo miró, elevando las cejas en una expresión de curiosidad mezclada con incredulidad, mientras Rebel, ya sentado en el columpio de al lado, daba pequeños sorbos a su propia cerveza, manteniendo la mirada en el horizonte oscuro que les ofrecía la noche.

—¿Problemas? —preguntó el moreno.

El rubio se encogió de hombros con un aire de indiferencia que no lograba ocultar del todo su turbación.

—No exactamente… Bueno, sí, supongo que me he metido en un pequeño gran problema —admitió, lanzando una mirada rápida a su primo, una sonrisa torcida esbozándose en su rostro antes de volver a perder su mirada en la lejanía—. Y definitivamente, no tengo el menor deseo de acabar como tú.

—¿A qué te refieres con eso? —la curiosidad de Raider se intensificó, palpable en el tono de su voz.

—A quedarme atrapado en un bucle de desdicha eterna si las cosas se tuercen —explicó

Rebel, con una franqueza desarmante.

Raider soltó una carcajada amarga, antes de tomar otro trago de su cerveza sin alcohol.

—Entonces, lo que tienes que hacer es sencillo: asegúrate de que las cosas no se tuerzan —aconsejó.

Rebel le lanzó una mirada escéptica, acompañada de una risa cargada de ironía.

—Si es tan sencillo, ¿cómo es que tú no lograste hacerlo? —replicó, desafiante.

Raider se tomó un momento antes de responder, su mirada perdida en algún punto indefinido en la oscuridad.

—Nunca dije que fuera fácil —confesó finalmente, volviendo su atención hacia su primo—. Es un verdadero infierno. Maravilloso mientras dura, pero cuando todo se va al traste, duele de una manera que ni te puedes imaginar.

Rebel frunció el ceño, una mueca de disgusto adornando sus labios.

—Quizás sería mejor no enamorarse, entonces —murmuró, más para sí mismo que para Raider.

—¿Todavía estás en la etapa en la que puedes elegir si pillarte o no? —preguntó Raider, con una sonrisa burlona.

—¿Acaso se puede elegir? —Rebel parecía genuinamente confundido, el ceño aún más fruncido.

—No, en absoluto —respondió Raider, soltando una carcajada al ver a su primo rodar los ojos y resoplar con frustración.

—Eres un capullo, ¿sabes? —dijo Rebel, aunque sin malicia, más como un reconocimiento a una verdad universal.

—Gracias, lo tomo como un cumplido —replicó Raider, levantando su lata en un brindis simbólico.

Un breve silencio se instaló entre ellos, antes de que Rebel rompiera el hielo una vez más.

—Por cierto… Quería disculparme contigo por…

Raider negó con la cabeza, cortándolo antes de que pudiera continuar.

—No tienes por qué hacerlo —le aseguró, su tono suave, pero firme.

—Lo siento. Y por lo del puñetazo también —insistió—. Sé que nunca le harías daño —insistió Rebel, buscando en los ojos de su primo alguna señal de perdón.

—Eso no es cierto —respondió Raider, un suspiro pesado escapando de sus labios—. Le hice daño, mucho daño. No está rota por exagerar. La jodí y la perdí, y esa es la cruda realidad. Y no sé si podré arreglarlo.

—La quieres.

No era exactamente una noticia de última hora, ni un secreto guardado bajo siete llaves. Todo el mundo que les rodeaba era consciente de ello.

Rebel no sonaba para nada sorprendido al decirlo; más bien, parecía sumergido en sus propios pensamientos, quizás reflexionando sobre sus propias experiencias amorosas más que sobre el drama amoroso de su primo.

—Más que a nada en este mundo —confirmó Raider, su voz cargada de una sinceridad y un dolor que no necesitaban adornos.

—Pero te marchaste —suspiró Rebel, que no preguntaba, como los demás, el porqué.

Incluso así, Raider iba a explicárselo.

—Ella creyó que yo la había engañado. Me vio en una situación comprometida con una compañera médica que, para mi sorpresa, decidió besarme. Tori nos vio y lo malinterpretó todo.

—Pero tú no la besaste —afirmó Rebel, no como una pregunta, sino como una certeza incuestionable.

La fe que tenía en su primo era inquebrantable.

Raider le agradeció con la mirada esa confianza incondicional.

—No, no lo hice. Ni siquiera tuve la oportunidad de reaccionar, de apartarla. Fue el grito ahogado de Tori el que me sacó de mi estupor. Cuando me besó, me quedé paralizado, de verdad que no me lo esperaba… Jamás la había mirado como mujer, ni a ella ni a nadie—hizo una pausa —. Nunca quise ese beso, no correspondí a ese beso… Dios, ni siquiera vi venir ese beso. No tenía ni idea de que esa mujer albergara algún sentimiento hacia mí.

—Qué mal…

—Intenté correr tras ella, explicarle lo sucedido, pero Tori se cerró en banda. Lo que había visto era más que suficiente para ella. Y yo, joven y herido en mi orgullo, en mi corazón, porque ella era todo para mí, la única persona que realmente necesitaba… Que ella no confiara en mí, después de todo lo que habíamos compartido, me destrozó —Raider suspiró, dejando escapar parte del peso que llevaba sobre sus hombros—. Acepté su decisión de romper. *¿Esto es lo que quieres?*, le dije. *¡Bien!* Dolido, le escribí un mensaje, y le dije que me iría, que había decidido tomar aire, cambiar de ambiente. Un amigo necesitaba ayuda en su clínica en otra ciudad, la excusa perfecta para poner distancia. Pero no quería irme, por eso le escribí ese mensaje, por eso la esperé hasta el último minuto en el aeropuerto, convencido de que ella aparecería. Creí que me conocía lo suficiente como para saber que jamás la traicionaría, que su falta de confianza era solo un reflejo de su miedo, un malentendido, que todo volvería a ser como antes, que ella nunca volvería a dudar de mí…

Raider tomó un trago, buscando en el rostro de su primo alguna señal de comprensión.

—Pero ella nunca apareció, y yo, orgulloso y dolido, me fui —continuó—. Y ahora estoy aquí, sin importarme una mierda si desconfió o no, si me creyó o no, dispuesto a dejar todo eso atrás, a

tragarme mi orgullo si es necesario. Y lo único que quiero es volver a estar con ella, porque sin ella la vida no es igual. Casi la pierdo para siempre, porque aunque no estaba con ella, estaba ahí, ¿entiendes? Viva. Pero casi la perdemos todos en ese accidente y yo… Simplemente no podría soportarlo.

—¿Cómo acabaste tan lejos? ¿Por qué no volviste antes? ¿Por qué no volviste después de pasar un tiempo?

—El orgullo, supongo —respondí con un suspiro—. Tenía el corazón hecho añicos, quería verla tanto que dolía, pero al mismo tiempo, la sola idea de hacerlo… Era esa mezcla rara de deseo y rechazo. Nunca fue mi intención estar lejos tanto tiempo, pero ocurrió. Se me ofreció la oportunidad de hacer voluntariado y la acepté —se encogió de hombros—. Y el tiempo pasó…

—Apareció —Rebel soltó esas palabras como quien lanza una granada al centro de la conversación, revelando un secreto que había guardado celosamente durante años—. Y lo sé porque yo estaba con ella.

La revelación de Rebel cayó sobre Raider como un mazazo, sacudiendo los cimientos de todo lo que había creído saber sobre aquellos últimos momentos antes de su partida.

La noche, ya cargada de confesiones y verdades dolorosas, se tornó aún más intensa con ese nuevo giro, abriendo la puerta a un sinfín de preguntas y, quizás, a una esperanza que Raider había creído perdida para siempre.

—¿Qué? —Raider frunció el ceño, tan confundido que casi podía sentir cómo se le enredaban los pensamientos, sin entenderlo.

—Como se entere que te dije esto, me mata —resopló Rebel, con esa expresión de quien ha aceptado su destino, aunque no precisamente con alegría.

—Como no me lo digas, el que te matará seré yo —le advirtió Raider, elevando el tono con una mezcla de amenaza y desesperación—. Tú decides de qué forma quieres morir, amigo.

—Todo será mejor que morir de amor, supongo —resopló Rebel, soltando una risa amarga, como si el concepto mismo fuera una broma cruel—. Fue a buscarte. Lloraba como una magdalena, reprochándose a sí misma haber dudado de ti. Ella sabía que no la engañarías, pero supongo que era joven y sus miedos y sus inseguridades, el sentirse menos, la consumían.

—¿Sentirse menos? ¿Pero qué demonios? —Raider no podía ocultar su incredulidad, como si esas palabras fueran de un idioma desconocido para él.

—Eso tendrá que explicártelo ella —bufó Rebel, porque había cosas que él no podía ni debía explicar, como si ciertos secretos fueran demasiado sagrados para ser compartidos por terceros —. La cuestión fue que fue a buscarte, corrió como una loca por el aeropuerto —dijo para sorpresa de Raider—, pero no te encontramos. Y tú te marchaste.

Raider negaba con la cabeza, sin poderse creer aquello, como si las palabras de Rebel fueran fragmentos de una realidad alternativa.

—No me jodas, Rebel…

—Ella no está dolida por aquel beso, como crees. Ella, lo que no te perdona, es que te marcharas. Por eso, para ella, la dejaste tú, porque te faltó el tiempo para marcharte. Para ella, tú terminaste con lo vuestro.

—Joder —Raider tragó saliva, la culpa instalándose en él como un inquilino no deseado—. Soy un gilipollas —dijo, pero es que nunca se habría imaginado, en sus peores pesadillas, que las cosas fueran así.

—Bueno, no creo. Solo que cada uno estaba dolido a su manera, porque somos diferentes y nos hieren y marcan cosas diferentes. Reaccionamos diferente —se encogió de hombros, como si intentara aligerar el peso de la conversación—. Y el destino tampoco ayudó, porque si os hubierais encontrado, lo mismo nada de esto habría pasado. Pero el tiempo pasó. Tú, lejos, con tus reproches. Ella, aquí, odiándote por seguir lejos —resopló, como si el mismo destino fuera un enemigo común—. No, definitivamente no quiero enamorarme —terminó con una mueca, como si la mera idea fuera tan atractiva como un baño en aguas heladas.

—Yo… —no sabía ni qué decir, como si las palabras se le hubieran quedado atascadas en la garganta—. No tenía que haberme ido.

—No, no tenías que haberlo hecho. Pero ella tampoco tenía que haber dudado de ti, porque eran sus miedos, no lo que tú le demostraste jamás. Así que ninguno de los dos es el culpable, pero ninguno estabais exento de culpa —sus palabras eran un intento de poner las cosas en perspectiva, aunque el consuelo que ofrecían era tan frágil como un cristal bajo la presión de un martillo.

—¿Desde cuándo eres tan maduro? —Raider soltó eso con una mezcla de sorpresa y escepticismo, como si acabara de descubrir que su primo y amigo era un sabio disfrazado de loco.

—No lo soy, es solo que me está pasando algo similar y te digo lo que yo necesito escuchar —confesó Rebel, con esa honestidad cruda que solo surge en momentos de verdadera vulnerabilidad.

—Ah —Raider soltó una carcajada sin poder evitarlo, como si la revelación de Rebel fuera la mejor broma que había escuchado en mucho tiempo—. ¿Y te está ayudando tu propia terapia?

Una mueca en los labios de Rebel, como si la pregunta le hubiera tocado una herida aún abierta.

—Pues no, la verdad —admitió, con un deje de resignación en la voz.

Y ambos, entonces, soltaron una carcajada.

—¿Por qué me lo cuentas ahora? —preguntó Raider, con la curiosidad brillando en sus ojos.

—Porque es cuando yo he entendido que todo era un malentendido —dijo Rebel, con un tono de epifanía, como si acabara de resolver un enigma que lo había atormentado durante años—. No conocía tu versión ni lo que tú sentiste y ahora lo sé y lo entiendo. Y tenía que abrirte los ojos. Espero que ahora seas tú el que se los abra a ella, porque ya es hora de que seáis felices, ¿no?

—Sí, supongo que sí —sonrió Raider, con un brillo de esperanza en la mirada—. Gracias.

—En esta casa no son necesarias las gracias —y al decir eso, Rebel esbozó una mueca en sus labios, como si las palabras le resultaran extrañas—. Joder, nunca pensé que diría eso, me tengo que alejar de este lugar ya.

Raider rio de nuevo.

—El abuelo estaría muy orgulloso de ti si te escuchara decir eso —dijo Raider, recordando a Carmichael con un toque de nostalgia y cariño.

—Eso es verdad —una sonrisa, también, en los labios de Rebel al recordar al anciano—. También habría evitado que te marcharas, y que ella pensase gilipolleces, aunque solo lo hiciera por un segundo.

Sí, habría sido así, seguro. De él estar allí, Tori y Raider no se habrían separado nunca.

—¿Crees que nos habría dado el visto bueno? —la curiosidad en la voz de Raider, porque Carmichael falleció antes de verlos juntos, su corazón dejó de latir un día, mientras dormía, dejando un vacío inmenso en La Mansión.

Fue muy duro para todos los miembros de La Mansión, pero sobre todo para Raven, Rain y Romeo, para quienes Carmichael significaba más de lo que nadie podía imaginar.

—Creo que siempre supo lo que ocurría entre vosotros. Y siempre lo apoyó —afirmó Rebel.

Raider, entonces, regresó un momento al pasado, a esos días llenos de risas y complicidad, donde el futuro parecía prometedor y lleno de posibilidades.

Donde Carmichael, todavía, estaba con ellos.

—Sí, tienes razón… Nos habría apoyado —sonrió Raider, con una mezcla de nostalgia y agradecimiento en su mirada—. A ti y a Riley también.

—¿Pero qué…? —la cara de Rebel era un cuadro, una mezcla perfecta de sorpresa y terror que podría haber ganado el primer premio en cualquier concurso de expresiones faciales.

—Se nota a leguas —rio Raider, con esa sonrisa traviesa de quien acaba de descubrir el secreto mejor guardado del universo.

—¿En serio? —la incredulidad bañaba cada sílaba que Rebel pronunciaba.

—Sí.

—Joder… —suspiró Rebel, un suspiro que parecía llevarse consigo la última esperanza de que su secreto permaneciera oculto.

—¿Desde cuándo? —preguntó Raider, movido por una curiosidad insaciable, queriendo saber más.

—No lo sé —Rebel se encogió de hombros—. Un día estábamos discutiendo y de repente, la estaba besando —resopló, como si todavía no pudiera creer cómo los eventos se habían desencadenado—. No somos nada, insistimos en que solo fue un error. O varios… —carraspeó,

insinuando con esa pequeña tos forzada que su “error” no había sido un evento aislado, sino una serie de equivocaciones que, por alguna razón, parecían repetirse con una frecuencia alarmante.

—Pero os estáis engañando —dijo Raider, con esa mezcla de sabiduría y comprensión que solo viene cuando observas el caos emocional de alguien más desde la barrera.

Su voz llevaba un tono de quien ha visto este juego antes y conoce el final antes de que los jugadores lo hagan.

—Sí, supongo que sí… —suspiró Rebel, un suspiro cargado de resignación y un poco de desesperanza, como si finalmente aceptara que estaba atrapado en una red de sentimientos que él mismo había ayudado a tejer— Pero no quiero hablar de eso. Y no le digas a nadie, ¡eh! Mucho menos a mi hermana, me matará. Si no lo hacen antes nuestros padres —gimió, las palabras saliendo de su boca como si evocaran el fantasma de un futuro temido, recordando, con temor, las palabras de Romeo sobre su hija.

—No lo haré —prometió Raider, divertido al imaginar la escena de Rebel siendo descubierto, una sonrisa que decía "estás en un buen lío, amigo"— Lo de matarte ya, no sé. Tu suegro es un ex-mafioso.

Rebel gimió, un sonido que era mitad lamento, mitad resignación, sabiendo bien que el peligro de su situación iba más allá de simples enredos amorosos.

Raider soltó una sonora carcajada.

Rebel y Riley… Madre mía, esa pequeña seguro que lo volvía loco, más de lo que su primo estaba por sí solo.

—¿Sabes, Raider? —Rebel volvió a ponerse serio—. Mi hermana falló al no confiar en ti, y aunque quede atrás, esa sombra de duda siempre va a estar merodeando por tu cabeza. ¿Estará dudando de mí? ¿Me creerá realmente? —dijo Rebel, poniendo en palabras los miedos que flotaban en el aire, esos pensamientos que a veces parecen tan pesados que podrían anclar el alma de uno al suelo— Pero piensa una cosa…

—Hmmm… —lo animó a continuar, interesado en su visión de las cosas.

—Piensa en ella en esa piscina, con el agua hasta el cuello, ¿a quién se aferra cuando cree que se va a hundir porque sus piernas no le responden? ¿A quién se agarra con fuerza cuando siente que va a caer? ¿A quién necesita desesperadamente a su lado para poder dormir tranquila cuando las pesadillas la asaltan sin piedad? —preguntó Rebel, lanzando estas preguntas al aire.

Rebel se levantó entonces, le dio una palmadita en el hombro a su primo, un gesto fraternal lleno de significado, de esos que dicen "Estoy aquí para ti, pase lo que pase".

—Si eso no es confianza, amigo mío, ¿qué demonios lo es?

Sus palabras finales resonaron en el aire, dejando una pregunta retórica que era más una afirmación, un recordatorio de que a veces, en los gestos más pequeños, en los momentos de vulnerabilidad compartida, es donde la confianza se muestra más fuerte.

Y lo dejó allí, solo con sus pensamientos, respondiendo a esas preguntas que ahora no

parecían tan difíciles.



Capítulo 22

—Hoy será el último día que te encargarás de mi rehabilitación.

Raider se quedó quieto un instante, como si sus pies hubieran decidido echar raíces en el suelo justo en ese momento cuando la escuchó decir eso, a la vez que enarcaba las cejas en un gesto de sorpresa teatralizada.

No dijo nada, optando por volver a lo que estaba haciendo: preparar meticulosamente lo necesario para la sesión de rehabilitación de ese día, como si cada banda de resistencia y cada pesa tuvieran su propio lugar preciso en el universo de su gimnasio casero.

—¿Me has escuchado? —la impaciencia teñía la voz de ella, un matiz que no pasó desapercibido para él.

—Perfectamente —respondió él entonces, con esa voz calmada que tanto la desconcertaba, tras depositar un par de bandas de resistencia en el suelo con una precisión casi quirúrgica.

—¿Y no tienes nada que decir? —la curiosidad, mezclada con un ápice de desafío, bailaba en las palabras de ella, esperando provocar alguna reacción.

—¿Has encontrado a alguien para sustituirme? —preguntó, sin demostrar demasiado interés.

—Sí… —justo en ese momento, Raider la miró con tranquilidad.

Pero como ella estaba mintiendo, su fachada de confianza se desmoronaba como un castillo de naipes en un vendaval.

Raider quiso sonreír al ver casi los engranajes de su cerebro trabajando a toda máquina buscando una excusa, pero se contuvo.

Si es que…

Solo a ella se le ocurría presentar batalla sin tener el menor as en la manga. Ni siquiera una historia preparada.

—Bueno, no —dijo entonces ella, resoplando—. Pero pronto lo tendré.

Su voz, un cóctel de desafío y resignación, se quebró ligeramente al final, delatando su derrota inminente.

—Hmmm… Pues mientras llega mi sustituto o mi sustituta… ¿Vamos al lío?—le hizo una señal, invitándola a comenzar, mientras enarcaba las cejas con un gesto que inadvertidamente envió a Tori a un estado de rubor profundo, evidentemente interpretando esa frase con un sentido completamente diferente al que él había pretendido.

Con ganas de soltar una carcajada porque esa mujer, para él, era un libro abierto, especialmente cuando de deseo se trataba, Raider decidió aprovecharse de la ventaja que tenía sobre ella.

Así que lentamente, con la paciencia de un cazador acechando a su presa, sin dejar de mirarla

a los ojos, se acercó a ella, se agachó, colocando una mano en cada lateral de los reposabrazos de la silla de ruedas y se inclinó hasta quedar muy cerca de ella, invadiendo su espacio personal de una manera que le era imposible ignorar.

—Me refiero a tu rehabilitación, Tori —susurró, con una voz que mezclaba diversión y promesa, feliz de haberle provocado a ella un escalofrío que ella no pudo disimular.

Y sin darle tiempo a reaccionar, la cogió de la cintura y la levantó de la silla de ruedas para dejarla sobre una de las colchonetas de ejercicio.

Joder, pensó, ¿esa mujer no podía taparse un poco más?

Al dejarla sobre la colchoneta, sus ojos recorrieron la figura de Tori, cuestionando las leyes de la física que permitían que su ropa se adhiriera a su cuerpo de esa manera tan… Sugestiva.

Para lo que serviría… Para ti hasta con un saco tapándola sería sexy.

Bueno, eso era verdad…

¿Patético, no?, bufó, con una sonrisa torcida que no llegó a sus labios.

Tras colocarse en posición, Raider se dispuso a trabajar con una determinación que hacía evidente su experiencia.

Primero, se centró en los masajes, por supuesto, anticipando con deleite una sesión que prometía ser, cuanto menos, interesante.

Raider se encargaría de ello.

Como se encargaría de demostrarle que lo de sustituirlo, en cualquier faceta de su vida, no iba a ser tarea fácil. Porque sí, estaba dispuesto a presentar batalla, utilizando todas las herramientas a su disposición para ganar esta guerra no declarada.

Tori, por su parte, ya no sabía dónde posar su mirada. Y es que Raider la estaba volviendo completamente loca, pero esta vez de una manera muy diferente a lo que le gustaría admitir en voz alta.

Sí, loca de deseo.

¿Solo esta vez? ¿Te quedas con las lectoras?, resopló la voz de su cabeza.

No, no solo esta vez, aunque eso era algo que prefería guardar para sus adentros.

Bueno, querida lectora, tú ya me entiendes…

Aquello se estaba convirtiendo en el mismísimo infierno, porque Raider no solo parecía estar completamente enfrascado en su masaje (lo estaba, y lo hacía excepcionalmente bien, o al menos eso intuía Tori, porque, ¿qué sabía ella de rehabilitación, verdad? Nada, así que debía ser así, ¿no?)

Malditas y malditos fueran todos aquellos que alguna vez pasaron o tuvieran que pasar por sus manos expertas.

—¿Tocas a todas así? —la pregunta, impulsiva y celosa que Tori no había pretendido mostrar, escapó de sus labios antes de que pudiera detenerla.

¿Pero qué demonios, Tori?, se reprendió mentalmente, sumida en un mar de vergüenza.

Pero Tori era Tori, y eso de tener un filtro mental bien calibrado no era precisamente su fuerte. De ahí que siempre se encontrara en medio de algún lío.

Por supuesto, Raider siempre había estado ahí para sacarla de apuros, especialmente cuando las cosas se ponían feas con sus padres…

Pero esta vez, después de la mirada que le dirigió, Tori no estaba para nada segura de si él estaría dispuesto a echarle una mano en esta ocasión.

Tori carraspeó, intentando disimular su incomodidad después de maldecir mentalmente por la metedura de pata monumental.

Claro, como si carraspear pudiera borrar sus palabras.

—¿Qué? —preguntó él, con una mezcla de curiosidad y diversión en su voz.

Pues menos mal, pensó ella, aliviada por un instante al creer que no se había dado cuenta. O se está haciendo el tonto, sugirió la vocecita de la razón en su cabeza. Bueno, lo que sea. Menos mal, ¿no?

—Nada… Yo solo… —balbuceó, intentando encontrar una salida digna a ese callejón sin salida en el que se había metido sola.

—No toco a todo el mundo así —dijo entonces él, interrumpiéndola y haciéndola gemir al demostrar que primero, la había escuchado perfectamente y, segundo, no iba a dejar pasar el comentario sin más—. No me dedico a la rehabilitación, ya lo sabes. Pero de hacerlo, sí, es así como debe hacerse —añadió, mientras sus manos expertas subían un poco más por el muslo de Tori, casi rozando territorios que harían sonrojar hasta al más osado.

Vamos, que si extendía los dedos, seguro que la tocaba en…

Tori carraspeó nuevamente, su incomodidad manifestándose tanto en su voz como en sus movimientos sobre la colchoneta.

—¿Por? —preguntó él, con una expresión de inocencia tan falsa que casi era cómica— ¿Te hago daño?

¿Daño? ¡La madre que lo parió!

¡Daño me gustaría que me hicieras, sí, pero mientras me empotras contra una pared!

Tori se estremeció con el pensamiento, maldiciendo su propia mente por irse por esos derroteros.

—¿Tori? —insistió él, su voz un poco más firme esta vez— ¿Estás bien?

Bien jodida, sí, gimió ella mentalmente, su mente un torbellino de pensamientos contradictorios y deseos no confesados.

Roja como un tomate, no encontraba dónde esconder su vergüenza, su mirada vagando por cualquier lugar excepto hacia él, lo que solo sirvió para provocar la risa de Raider.

Joder, es que lo de la noche anterior la había dejado muy mal. Y con ganas de más, para qué mentir. Pero claro, no lo reconocería ni bajo tortura rusa, con eso os lo digo todo. Su orgullo y su deseo estaban en guerra, una batalla interna que no estaba segura de poder ganar.

Porque ella había ido allí, a esa sesión de rehabilitación, dispuesta a terminar con todo eso, a poner punto final a esa tensión que parecía consumirlos.

No quería complicar más las cosas, se había dicho a sí misma una y otra vez.

Pero ahí estaba ella, luchando contra el impulso de dejarse llevar por lo que su cuerpo y su corazón clamaban a gritos.

Y lo que su empapada entrepierna quería.

Estaba mojada, y Raider no albergaba ninguna duda al respecto. Tenía que ser así, porque no sería posible que él estuviese tan empalmado que doliera y ella estuviera indiferente.

No, la conocía demasiado bien. Conocía su lenguaje no verbal, conocía su cuerpo mejor que el suyo propio.

Y estaba mojada por él, seguro. Deseando terminar lo de la noche anterior, deseando que él se la…

Bueno, ya sabéis.

Durísima estaba la pobre, sí. Raider se removió, incómodo, maldiciendo interiormente su propio juego porque al final iba a joderse él mismo, y no en el buen sentido de la palabra. Quedaría en un estado lamentable si no encontraba una forma de liberar toda esa tensión pronto.

Se levantó de donde estaba, sin ni siquiera intentar disimular su estado. Y ella lo vio, porque ese medio grito ahogado, medio gemido que escapó de sus labios, no podía ser por otra cosa.

—A la piscina —dijo él de repente, su voz un tanto más ronca de lo usual.

Necesitaba, urgentemente, el agua fría para apaciguar el fuego que lo consumía.

Cogiéndola a ella en brazos sin previo aviso, Raider no esperó ni un segundo más. Con pasos decididos y una determinación férrea, los llevó a ambos hacia la piscina, sumergiéndolos por completo en el agua fría.

—¿Quieres tener un poco más de cuidado, por favor? —protestó ella, sacando la cabeza del agua como una sirena un tanto molesta, pero aunque le reñía, se pegó a él como chicle en la suela de un zapato.

—¿Y tú podrías intentar tenerlo también? —gimió él, cuando el contacto con el cuerpo de ella rozó su erección, provocándole un gemido.

—Oh… —Tori abrió los ojos de par en par, como si acabara de descubrir que el agua moja— Yo…

—Si no estás tan… Afectada… Como yo… Mejor ni lo digas —resopló él, intentando poner su mejor cara de póker, fallando estrepitosamente.

—Zev…

—No es necesario quedar en vergüenza, ¿eh? ¿O necesitas verme así para creerlo? —sonrió él, esbozando una media sonrisa que intentaba ser seductora, pero que bajo el agua parecía más bien la de un pato mareado.

Ella lo miró seria, como quien evalúa si saltar al agua fría o no, pero negó con la cabeza, quizás prefiriendo evitar el chapuzón emocional.

—Bien… —dijo él, conduciendo a Tori hasta el borde de la piscina como un caballero que guía a su dama a través del salón de baile— Coloca los brazos aquí —indicó él, para dejarla allí apoyada como si estuviera preparándola para una sesión de magia acuática— Vamos a hacer algunos ejercicios, ¿vale? —preguntó él, retomando su rol profesional.

Tori asintió con la cabeza, empezando a hacer lo que él le pedía, con la diligencia de una alumna modelo que no quiere quedarse después de clase.

—Lo de ayer no fue por ti —dijo entonces ella, un rato después, cuando el dolor empezó a hacer de las suyas, colándose en la conversación sin ser invitado.

Él no necesitaba preguntar a qué se refería, lo sabía demasiado bien. Era algo que quería hablar con ella, solo que no había encontrado el momento adecuado.

Se alegró de que saliera de ella misma el hablarlo.

—Fui muy duro —admitió él, con la voz cargada de un remordimiento que no necesitaba más aderezos.

—Sí —confirmó ella—. Pero sé que solo haces tu trabajo. Por eso estoy aquí hoy otra vez, queriendo curarme.

—Me alegra —sonrió él, con una sonrisa que intentaba ser profesional, pero que se le escapaba hacia lo personal—. En la próxima, intenta levantar las piernas un poco más —ordenó, volviendo al trabajo.

—Pero duele —se quejó ella, con un puchero que podría derretir el corazón de un iceberg.

—Lo sé, pero tienes que hacerlo. Es por tu bien —le aseguró él.

Tori asintió y lo hizo, con determinación.

—Eso es —sonrió él, admirando su esfuerzo.

Un par de movimientos más por parte de Tori, que cada vez la agotaban más.

—Estás progresando mucho, más de lo que esperaba —la alentó él, con una sorpresa genuina tintineando en sus palabras.

—¿De verdad? —preguntó ella.

—De verdad.

Ahí estaban, sonriéndose el uno al otro, hasta que se dieron cuenta y Tori carraspeó, rompiendo el momento. Él siguió sonriendo, solo que ahora con una tristeza que se colaba entre los dientes.

—Si no fue mi culpa, ¿vas a contarme qué te pasó? Me asusté mucho al verte así —dijo Raider, con una mezcla de preocupación y curiosidad en su voz.

Tori suspiró pesadamente.

—No lo sé —comenzó, su voz tejiendo una mezcla de confusión y dolor—. Estaba tan enfadada contigo, me empujaste al límite de mi paciencia, sentía un dolor tan grande, y de repente… Me encontraba allí, transportada a aquella noche fatídica del accidente —cerró los ojos con fuerza, como si intentara borrar la imagen grabada en su mente, y negó con la cabeza, una negación llena de desesperación—. Y había alguien en la carretera, una figura difusa que emergía de la oscuridad, y yo… —abrió los ojos de golpe, una sonrisa tímida y avergonzada adornando sus labios, como si acabara de compartir un secreto vergonzoso— Creo que estaba soñando despierta, atrapada en una fantasía aterradora, pero el miedo fue real. Me asusté mucho.

—Tori… —él estaba a punto de revelarle que, quizás, lo que había vivido no había sido solo un sueño, pero en el último momento decidió callar, porque no estaban seguros de nada y no quería alarmarla ni preocuparla.

—Lo siento —dijo entonces, su voz cargada de una sinceridad abrumadora—. Independientemente de lo que haya pasado entre nosotros, no quiero que pienses ni por un instante que te temo —prosiguió, enfatizando cada palabra con una intensidad que buscaba borrar cualquier duda—. Conozco el daño que esos pensamientos podrían hacerte y, aunque te odio, mucho, no te deseo ningún mal.

Raider no pudo contenerse; la frase era tan surrealista que una carcajada se escapó de su garganta.

—Son, sin duda, las disculpas más inusuales, bizarras y encantadoramente torpes que jamás me han ofrecido.

Tori se encogió de hombros, esbozando una mueca graciosa en sus labios, como si aceptara su destino de ser la protagonista de situaciones absurdas.

—Tenía que ser yo, ¿no es así? Si alguien iba a presentar unas disculpas de una forma tan peculiar, esa tenía que ser yo, siempre complicando las cosas de la manera más extraña posible —rio ella, riéndose de ella misma.

—Sí —afirmó él, su risa ya extinguida, observándola con una intensidad que parecía querer descifrar los misterios del universo reflejados en sus ojos—. Tenías que ser tú —su voz ronca envió un nuevo escalofrío a través de ella.

Sin que ninguno de los dos lo notara, la distancia entre ellos se había reducido a meros centímetros.

Ella, inmóvil, había cesado todo movimiento, sumida en la intensidad del momento.

Raider, impulsado por una fuerza que parecía ir más allá de su control, se acercó todavía más, sus manos encontrando el camino hacia sus caderas. Sin embargo, en esta ocasión, su gesto no buscaba elevarla hacia la superficie de la piscina como debía hacer, sino que buscaba disminuir aún más la distancia entre ellos, uniendo sus cuerpos todavía más.

—Zev… —la palabra se escapó de sus labios en un susurro cargado de deseo y anticipación, marcando el límite de su resistencia.

Para él, la necesidad de besarla se había convertido en algo abrumador, una urgencia que palpitaba con cada latido de su corazón.

E iba a hacerlo.

Fue en ese instante, justo en el filo de la consumación de su deseo, cuando el grito de Rebel resonó a través del aire.

—¡Ya los llamo yo, papá! —la sorpresa de ser atrapados en tal intimidad los hizo separarse de un salto, como dos adolescentes descubiertos en una travesura.

Raider, recuperando rápidamente su compostura, se acercó una vez más a ella, esta vez para asistirla en pie, con la ayuda de Rebel, quien ya se encontraba a su lado, lanzando miradas de reprobación a su primo. Su expresión era un cómico retrato de incredulidad y regaño, como si no pudiera decidir entre la sorpresa y la censura.

¿Pero estás loco o qué te pasa? ¡Que aquí os puede ver cualquiera!, parecía decir su gesto.

—Papá te busca, hermanita —añadió Rebel, su voz teñida de una burla afectuosa mientras se reía de la expresión de culpabilidad en el rostro de Raider, un espectáculo que le proporcionaba un deleite evidente— ¡Hora de comer!

Pero Raider no quería comer nada.

Él, lo único que quería, era comérsela a ella.



Tres mierdas.

Sí, señores, no es broma ni exageración, eso era lo único que acabó comiéndose aquel día.

Y no hablamos de mierdas metafóricas, sino de esas figuradas que te da la vida cuando estás en uno de esos días grises. Porque ni el plato de macarrones, que con tanto amor (o desgana, quién sabe) habían preparado los mayores, terminó; lo dejó a medias, abandonado a su suerte en el plato, y decidió que era momento de cambiar de táctica y darse una ducha fría.

Pero ojo, no una, sino tres duchas seguidas, una detrás de otra, en un intento desesperado por enfriar los ánimos y otras cosas que no vienen al caso. Pero de nada sirvió, porque la necesidad de ella solo podía saciarla ella misma.

Pero eso era lo que había…

Con el corazón a mil por hora, tras correr semejante maratón, se quitó la camiseta, que ya estaba más para escurrir que para llevar, y con ella se limpió el sudor de la frente. Luego, miró el reloj digital que llevaba en la mano, como buscando una excusa para no mirar hacia donde realmente quería.

No estaba en mala forma física, no señor, el cardio se le daba de lujo. Pero tenía que recuperar mucha musculatura que había perdido mientras estaba lejos, en esa especie de exilio personal que se había impuesto.

Igual que Tori, él también estaba dispuesto a darlo todo.

Aunque, claro, lo de "darlo todo" tenía connotaciones muy diferentes dependiendo del momento del día.

Tori… Con esa boca que era capaz de dejarlo sin palabras con solo una sonrisa.

—¡Joder, Raider! —exclamó, pasándose las manos por el pelo, más frustrado que un mono intentando resolver un cubo de Rubik. Y de un salto que hubiera envidiado cualquier superhéroe de tercera, se tiró al suelo, dispuesto a hacer algunas flexiones.

Quizás así oxigenaba su cerebro…

Y su otra cabeza, que también parecía necesitar algo de aire fresco.

Mientras tanto, Tori lo miraba desde no muy lejos, ella también había salido, junto a Riley, a tomar un poco el aire.

—¿Quieres que te traiga un babero? —preguntó Riley, con esa sonrisa que sugería que había visto la escena completa, siguiendo la dirección de la mirada de Tori, a quien la mandíbula le llegaba al suelo.

Literalmente.

—¿Qué? —Tori intentó disimular, pero era tan creíble como un político en campaña.

—Si sigues mirándolo así, vas a gastarlo —rio Riley, negando con la cabeza como quien ve un espectáculo repetido, pero igual de divertido.

—No sé de qué hablas —dijo Tori, pero seguía sin quitarle los ojos encima a Raider.

—Ya… Me he liado con tu hermano —la confesión salió tan natural como quien comenta el tiempo.

—Bien —la respuesta de Tori fue algo seca.

—Me gusta, no puedo evitarlo —la verdad era que había algo en ese hombre que le hacía sentir como si estuviese en una montaña rusa emocional sin cinturón de seguridad.

—Normal —soltó Tori, con un tono que rozaba lo pragmático.

Después de todo, ¿quién podría resistirse a ese cóctel de feromonas andante que era Raider?

—¿Verdad? Es tan masculino, tan varonil, tan sexy, tan…

Riley buscaba las palabras, intentando describir un fenómeno natural comparable a un eclipse: raro, pero fascinante.

—Desquiciante e imposible —gimió Tori, sin poder evitar mirar a Raider, que iba ya por la flexión número treinta.

Cada movimiento, un poema a la testosterona.

—Sí —resopló Riley, sintiendo una mezcla de admiración y desesperación—. ¿Pero qué le voy a hacer? Me gusta —sonaba como si estuviera confesando una adicción secreta a las series de bajo presupuesto.

—A mí también —susurró ella, casi inaudible, como si temiera que las palabras tomaran forma y la persiguieran.

—¿Te gusta tu hermano? —preguntó Riley, burlona, elevando una ceja en una expresión que desafiaba la gravedad.

—Mucho —dijo Tori, más por inercia que por convicción.

Tardó un momento en procesar tanto esa última frase como la conversación entera, como quien se da cuenta de que ha estado caminando con el vestido metido en las bragas todo el día.

—Espera, ¡qué! —exclamó entonces, horrorizada, mirando a su prima.

Riley puso una mueca de disgusto.

—Me gustaba más la otra reacción.

—¡¿Te has liado con Rebel?! —la incredulidad de Tori era tan palpable que casi se podía cortar con cuchillo.

—Calla… —siseó Riley.

—¡¿Pero en qué demonios estabas pensando?! —Tori estaba a punto de entrar en modo interrogatorio.

—Que te calles —le dio un cate en la mano—. ¿Qué quieres? ¿Que se entere toda la casa? —su voz, un susurro conspirador, sugería la posibilidad de un escándalo capaz de hacer palidecer a los paparazzi.

—Hombre, pues sí, a ver si alguien te da dos tortas y espabilas —Tori, en su lógica torcida, veía la intervención física como una posible solución a la locura temporal de Riley.

Riley puso los ojos en blanco.

—¿Tan malo es que me guste? —la pregunta salió de Riley con esa mezcla de duda y

esperanza que tiende a flotar en el aire cuando uno está a punto de confesar un pecado menor.

Tori suspiró, la sorpresa inicial desapareciendo.

—Hombre, a ver, no… —empezó, tratando de encontrar las palabras correctas.

—A ti te gusta Raider —Riley lanzó la afirmación con la certeza de quien sabe que está pisando terreno firme.

—Aba, en pasado —recalcó ella, enfatizando la última palabra como si fuera una línea de defensa. Riley la miró con cara de "¿a mí me la quieres meter doblada?", y Tori suspiró— Soy gilipollas. Y tú tampoco te quedas atrás —era un pacto silencioso, una admisión de debilidad compartida.

No iba a insultarse sola.

—Supongo. Claramente, no estaba pensando con la cabeza cuando pasó —una sonrisa pícara apareció en los labios de Riley, como quien está a punto de compartir un secreto vergonzoso, pero hilarante—. Él sí pensaba con la cabeza. Con la de abajo —soltó una carcajada al ver la cara de horror de Tori.

—¡No quiero saber esas cosas! Es mi hermano, por el amor de dios —la protesta de Tori sonó desesperada.

—Lo sé, por eso te lo quería contar yo —respondió Riley con un tono que mezclaba la complicidad con una pizca de maldad.

—Eso significa que no es un rollo más.

Riley negó con la cabeza.

—No, no lo es —dijo entonces, su voz tomando un tono más serio, como si de repente el peso de sus palabras cobrara una gravedad inesperada—. Todavía no somos nada, nos seguimos evitando siempre que podemos, pero…

—Ay, señor —Tori suspiró pesadamente, su expresión una mezcla de preocupación y resignación—. No sé quién disparará antes, si mi padre o el tuyo.

Riley rio al escucharla, una risa que parecía querer restarle importancia a la posibilidad real de un drama familiar estilo Shakespeare, pero sin la poesía.

—Si no han disparado a ese… —señaló a Raider con la mirada.

"Ahí estábamos aquel día, armados de valor y un toque de locura juvenil, delante de todos, cogidos de la mano como dos rebeldes con causa.

Uno a uno, los adultos nos miraron con esos ojos que han visto más primaveras que nosotros, miraron nuestros rostros decididos, nuestras manos entrelazadas y, joder, uno esperaría que dijeran algo de peso, ¿no?

Algo trascendental, algo que nos marcara para siempre.

Nada…

—Estamos juntos —dijo Zev entonces, rompiendo el silencio—. La quiero… Y nada ni nadie va a separarme de ella— dijo, como si estuviera dispuesto a luchar contra dragones o tempestades por nosotros.

No sabíamos cómo se lo iban a tomar, pero en ese instante, nada de eso nos importaba. Fuera como fuera, estaríamos juntos.

En La Mansión, o lejos de ella, en un lugar donde solo importáramos nosotros dos y nuestro amor.

Zev apretaba mi mano con fuerza, como si con ese gesto pudiera transmitirme toda la certeza y el apoyo del mundo. Diciéndome, sin palabras, que estaba conmigo. En las buenas y en las malas.

Yo… Yo no sabía qué iba a pasar.

No sabía cómo se lo iban a tomar. Éramos como hermanos o así se suponía que debía ser, pero nuestro amor nos había llevado por un camino muy distinto.

—Veinte dólares —dijo entonces Romeo, interrumpiendo nuestros pensamientos con su voz grave, mirando primero a mi padre, luego a Rain—. Cada uno —y soltó una carcajada que rompió la tensión.

—¡Serás capullo! —exclamó mi padre, entrando al juego con una sonrisa resignada— ¡Pero si acertamos todos!

—No —negó el italiano con una sonrisa pícara—. Yo dije que sería dramático. Y lo ha sido. Joder, solo les faltó venir con las maletas —nos miró con ojos juguetones—. Tenéis hechas las maletas, ¿verdad?

Zev y yo nos miramos, avergonzados y sin saber si reír o llorar ante la insinuación.

—Campeón… —el padre de Zev resopló, como si este fuera el último episodio de una serie de eventos esperados.

—¡¿Veis?! ¡Gané la apuesta! —Romeo no podía contener su alegría, como si hubiera ganado la lotería en lugar de una apuesta entre amigos.

—¿Habéis apostado? —preguntó Zev, su voz cargada de incredulidad y un toque de indignación.

—¡Por supuesto! —dijeron los tres al unísono, como un coro perfectamente ensayado.

—¿Y qué, si puede saberse, habéis apostado? —sonaba tan incrédulo como me sentía yo, parados ahí, el centro de atención y el blanco de una apuesta familiar.

—Que no tardarías ni dos días en contarnos que estáis juntos —dijo Rain, con una tranquilidad que desmentía la travesura de sus palabras.

Yo gemí, sintiéndome parte de una comedia de enredos. Zev resopló, como quien admite su

derrota ante las fuerzas combinadas del destino y una familia demasiado astuta.

—¿Pero cómo demonios lo sabéis? —la pregunta salió de mi boca antes de poder retenerla, una mezcla de asombro y curiosidad.

—La vida… Cosas de la vida y secretos de La Mansión...

La respuesta, vaga y misteriosa, nos dejó aún más perplejos, preguntándonos qué otros secretos se escondían en los muros de nuestra querida Mansión."

Tori sonrió cuando los recuerdos la asaltaron, una marea de nostalgia y cariño que la envolvía suavemente.

Miró a Raider, que parecía más concentrado en batir un récord olímpico de abdominales que en cualquier drama que pudiera estar ocurriendo a su alrededor. Su concentración era tal que podría haber estado en medio de un huracán y ni se habría inmutado.

—¿Por qué lo nuestro tiene que ser diferente? —preguntó Riley, devolviéndola a la realidad.

—Supongo que tienes razón… —Tori la miró detenidamente, como si intentara leer entre líneas— ¿Estás enamorada de mi hermano? —la pregunta salió suave, cargada de un interés genuino al ver el brillo en la mirada de Riley.

Esta asintió con la cabeza.

—Y estoy acojonada —la confesión fue un susurro, una admisión de vulnerabilidad que rara vez se permitía mostrar.

—Normal —bufó Tori y rio cuando Riley le dio otro cate en la mano, un gesto que parecía buscar equilibrar la tensión con un poco de humor—. Tranquila, todo saldrá bien.

—¿Tú crees? —preguntó, dudosa.

—Hmmm… —Tori no podía ofrecer certezas, solo esperanzas.

Riley sonrió ampliamente y abrazó a su amiga.

—Gracias, significa mucho para mí tu apoyo.

—Tonta… —pero Riley ya salía escopetada de allí, ligera como quien tiene un propósito renovado— ¿Adónde vas? —Tori no pudo evitar la curiosidad, mezclada con un atisbo de diversión.

—A verlo —rio Riley, su risa, una promesa de aventuras por venir.

—La madre que te parió —rio Tori, sacudida por un ataque de risa—. Pero hazme un favor antes.

Un rato después, Tori seguía allí fuera, con el portátil sobre las piernas mientras escribía de nuevo. Había llegado el momento de retomar la historia, de darle forma a las palabras que bullían en su mente, esperando ser liberadas.

Había llegado el momento de volver a retomar su vida.

U otra parte de ella.



Capítulo 23

Cuando Tori llegó, dispuesta a llevar a cabo la sesión de rehabilitación de esa tarde, Raider no estaba por allí.

Es cierto que ella había tardado un poco más de lo previsto, porque se había quedado sumergida en su historia, y ni cuenta se había dado de la hora.

Es lo que solía pasarle cuando se centraba tanto en una historia, sumida en esa burbuja donde el tiempo y el espacio parecen distorsionarse, dejando atrás el mundo real.

Y mejor eso, se consolaba, a un bloqueo creativo, ¿no?

La cuestión era que no había llegado tan tarde, pensó, levantando la cabeza y mirando al enorme reloj que colgaba de una de las paredes del lugar.

—Solo han sido quince minutos —dijo, tratando de convencerse a sí misma más que a nadie, y se mordió el labio inferior—. Tampoco ha sido para tanto.

Iba a girarse, dispuesta a ir a buscarlo por los rincones de ese lugar, cuando lo vio aparecer, como un héroe de acción que entra en escena en el momento justo.

Y como la tonta que era, porque admitámoslo, lo era un rato largo, se quedó mirándolo embobada, como si el mundo hubiera decidido ponerse en pausa solo para ella.

Venía sin camiseta, sudado, como si acabara de luchar contra un ejército de espartanos y no simplemente de hacer ejercicio.

¿Había estado castigando su cuerpo hasta ahora?

¿Eso no era pasarse un poco de la raya en el libro de cuidado personal?

Tori se quedó completamente embobada, como si su cerebro hubiera decidido tomarse unas vacaciones sin previo aviso, mientras Raider se acercó a las duchas, descartando la camiseta que llevaba en la mano como quien se deshace de un pensamiento molesto, pulsó el botón y se metió bajo el chorro de agua sin más preámbulos.

Levantó los brazos para echar el pelo para atrás, un gesto tan casual como cargado de consecuencias, lo que hizo que se le marcasen más los músculos, esculpidos como los de una estatua griega dedicada al dios de la guerra.

A Tori se le secó la boca, como si de repente hubiera olvidado cómo funcionaba eso de tragar saliva.

Tras coger una toalla, mientras se secaba con movimientos que sugerían una especie de danza primitiva, Raider se acercó a ella. Tori desvió la mirada, avergonzada porque la pillase en esa guisa, como una adolescente que ha sido sorprendida espiando.

—Tori —dijo él al llegar hasta ella, la voz sonó tan ronca que Tori no tuvo más remedio, o eso se decía ella, que mirarlo.

Claro, claro, como si no tuviera voluntad propia.

—Eh… Hola —carraspeó, después de echarle una rápida mirada a su pecho, a esa v que prometía historias de valentía y aventuras, y, probablemente, un poco de locura.

No era la primera vez que lo veía así, mucho menos en los últimos días porque siempre terminaba de una u otra forma mostrando piel en la piscina, pero joder, es que últimamente, desde aquello, ella estaba…

¿Un pelín obsesionada con ese cuerpo?

¿Con esa boca que prometía pecados no mencionados en ningún manual de buenas costumbres?

Roja, se puso roja como un tomate maduro y miró vete tú a saber dónde, buscando quizás una escapatoria a ese torbellino de sensaciones que la embargaba.

—Toca sesión intensa en la piscina, ¿preparada?

¿Por qué le daba la impresión a Tori de que le estaba preguntando por otra cosa, algo que iba más allá de simples ejercicios de rehabilitación?

Quizás porque en el fondo, ambos sabían que estaban jugando a un juego peligroso, donde el premio era mucho más que una simple mejoría física.



—Levanta las piernas un poco más —dijo él más tarde, cuando la sesión estaba a punto de terminar, su voz era la de un entrenador concentrado en la tarea, pero con un matiz que hacía que todo el cuerpo de Tori se pusiera en alerta.

Se acercó a ella, con esa determinación y precisión que tanto caracterizaba sus acciones, para coger sus piernas y moverlas como él quería, como un maestro manipulando delicadamente las cuerdas de su instrumento favorito.

—Así —dijo con la voz ronca de nuevo, enviando ondas de algo que definitivamente no era solo calor a través de Tori—. Dame un poco más —susurró entonces, tan cerca que su aliento rozó la piel de Tori, provocando un escalofrío en su cuerpo.

El enésimo de la tarde, por lo menos, porque Tori no sabía qué pasaba, pero o ese hombre la estaba llevando al límite de su deseo o ella se estaba imaginando cosas.

Vale, eran cosas de su cabeza, seguro.

¿O no?

Esa duda, ese no saber, era casi peor que la certeza.

—Vamos, deja de pensar tanto y dame más —dijo él, sacándola de su ensoñación.

Tori lo miró a los ojos, esos ojos que parecían esconder mil secretos y una promesa.

—Más, quiero más —las palabras resonaron en ella, provocando un torbellino de sensaciones que no sabía cómo manejar.

Tori gimió al escucharlo, porque eso había sonado demasiado íntimo, demasiado cercano a esos momentos de pasión que se suponían debían estar fuera de este contexto. Negó con la cabeza, intentando borrón y cuenta nueva en su mente.

¡O acabaría loca!

—¿Por qué acabarías loca? —preguntó Raider entonces, con esa habilidad suya de captar cada palabra, cada susurro, demostrándole que lo había dicho en voz alta.

—¿Eh? —oh, joder, si es que siempre era una bocazas, pensó Tori, mortificada por su propia incapacidad de mantener sus pensamientos para sí misma— Por el dolor —dijo rápidamente, agarrándose a la primera excusa plausible que encontró flotando en su mente.

—¿Qué tipo de dolor? —la curiosidad de Raider no tenía límites, o quizás era algo más, un interés que iba más allá de la mera preocupación profesional.

—¡¿Qué?! —Tori se sintió escandalizada, sorprendida, y un poco aterrada por hacia dónde podría llevar esta conversación.

—¿Te duelen las piernas? —preguntó Raider, quien estaba intentando no soltar una carcajada, sabiendo muy bien por qué derroteros iba, de nuevo, la mente de Tori.

Y agradeciendo a la vida que fuera así, de verdad, porque no ser el único que temía perder la cordura por el deseo que lo consumía era un consuelo inesperado.

Feliz de que ella se sintiera igual que él.

—Claro que me duelen —dijo ella, intentando mantenerse en el terreno seguro y conocido del dolor físico.

—¿Cuánto? —preguntó él, acercándose a ella, reduciendo la distancia física entre ellos hasta que el aire parecía cargarse de electricidad.

—¿Cuánto qué? —preguntó ella, turbada por su mirada, por esa intensidad que parecía querer desvelar todos sus secretos.

—¿Cuánto te duelen? —insistió Raider, y esa simple pregunta parecía tener más capas de las que Tori estaba preparada para explorar en ese momento.

—Oh… —Tori carraspeó, intentando encontrar su voz, esa voz que parecía haber decidido tomarse unas vacaciones en el peor momento posible— Esto, mucho —admitió, consciente de que él volvía a estar muy cerca, ¿no?

Demasiado cerca para cualquier tipo de pensamiento coherente.

—¿Puedo hacer algo para aliviar ese sufrimiento?

—¡¿Cuál sufrimiento?!

Raider soltó una de esas sonrisas suyas, torcidas y cargadas de una pícara sinvergüencería, avanzando hasta ella hasta dejarla prácticamente atrapada entre su presencia imponente y el borde frío de la piscina.

—El dolor, evidentemente.

—Ah, ¡claro que sí! —exclamó ella, soltando una risa que sonó más forzada que espontánea— ¿Qué otra cosa más podría ser?

Raider entonces le regaló una sonrisa completa, de esas que enseñan hasta la última muela, cargada de intenciones no del todo santas.

—Pídemelo —dijo de golpe, la sonrisa esa tan suya desapareciendo como por arte de magia de su rostro—. Pídemelo de una vez.

—¿El qué? —preguntó ella, con un punto de confusión tiñendo su voz.

—Exactamente lo que estás pensando —susurró él, bajando la voz a un tono que rozaba lo indecente.

—Yo no… —empezó a decir ella, pero la verdad es que no tenía ni la más remota idea de a qué se refería él.

¡Sí lo sabes, pero no quieres admitirlo!, exclamó la voz de su cabeza.

Vale sí, lo sabía.

¡Ay, señor!

Raider redujo la distancia entre ellos, permitiendo que sus cuerpos se rozaran sutilmente bajo el agua, y le susurró al oído con una voz cargada de promesas.

—Pídeme que te dé la vuelta —le susurró, haciendo que un escalofrío recorriera el cuerpo de ella—, que me coloque detrás de ti. Pídeme que deslice mi mano y acaricie esa zona tan íntimamente empapada que tienes, y que te haga mía con los dedos, mientras con la otra mano me dedico a explorar tus pechos, todo mientras mi boca se ocupa de tu cuello. Besándote. Mordiéndote…

Tori soltó un grito, y cuando él la miró, encontró sus ojos abiertos como platos, mirándolo con una mezcla de sorpresa y algo más.

—¿Has leído…?

—Lo dejaste por ahí, a la vista, cariño —se excusó él, explicando la demora en su llegada.

Joder, ella y su manía de dejar su portátil a la vista ¡y abierto!

—¡El hecho de que estuviera a la vista no te da derecho…!

—Yo también te deseo, nena. Lo sabes —dijo él, con firmeza, posando sus manos en las caderas de ella con una seguridad desarmante.

—Yo no… —empezaba a negarlo ella, pero en el fondo sabía que era una batalla perdida— Se trata solo de una historia, Zev, no era por ti…

Zev…

—Mentirosa —sonrió, divertido, mientras una chispa de malicia danzaba en sus ojos—. ¿Tanto te cuesta reconocer que me deseas? ¿Que esa escena en la piscina de tu historia es lo que quieres que ocurra entre nosotros? —y de repente, la atmósfera se tornó más seria, adiós a la diversión—. Porque a mí, mi querida Tori, no me cuesta reconocer que me muero por follarte —aseguró él, con toda la sinceridad y crudeza del mundo—. Me muero por entrar en ti de nuevo. Acabaré perdiendo la cabeza si no lo hago —la sinceridad y la desesperación en su mirada eran palpables—. Solo tienes que decir una cosa —susurró él, acercando sus labios a los de ella, casi rozándolos, en un gesto tan íntimo que el tiempo pareció detenerse—. Solo una palabra y eso que escribiste, esa fantasía plasmada en papel, se hará realidad.

—Yo no…

—Palabra incorrecta, nena —acarició sus labios con los suyos en un roce tan ligero que podría haber sido el aliento de una mariposa—. Solo te queda una oportunidad. Si no la aprovechas —se separó de ella y la miró a los ojos, esos ojos que eran un espejo del alma—, no insistiré más —prometió con un tono que rozaba el ultimátum, pero en sus ojos había una súplica, una petición silenciosa de que ella diera el paso que él tanto ansiaba.

Y esperaba que lo hiciera, que dijera esa palabra, porque, por todos los dioses antiguos y nuevos, no sabía cómo demonios iba a conseguir mantenerse alejado de ella, de ser así.

La necesidad que sentía era una tortura exquisita, una sed que solo ella podía saciar.

Tori lo miró a los ojos, el deseo y el temor, a partes iguales, mostrándose en los suyos. ¿Qué demonios debía hacer?

¿Seguir aferrada al pasado, a esos recuerdos que la ataban como cadenas?

¿O mirar hacia delante, hacia un futuro incierto, pero vibrante de posibilidades?

¿El orgullo, esa barrera fría e infranqueable? ¿O el temor de poder volver a sufrir, de abrirse y ser vulnerable una vez más?

Él, viendo que ella dudaba, suspiró, un sonido que parecía arrastrar consigo todo el peso del mundo, y comenzó a separarse. La distancia entre ellos creció, un abismo que parecía ensancharse con cada segundo que pasaba.

—Zev… —dijo entonces ella, rompiendo el silencio, su voz temblorosa, pero decidida.

Diciendo la palabra que estaba esperando él.

Su nombre.

Esa única palabra que contenía todo lo que necesitaban decirse. Y en ese momento, todo lo demás dejó de importar.

Con un rugido que salió de lo más profundo de su garganta, casi como el sonido de un animal

salvaje liberado de sus cadenas después de una larga cautividad, Raider cogió la cara de Tori entre sus manos y la besó con una pasión desbordada, como si en ese instante, todo el universo se redujera a ellos dos.

Era un beso que decía todo lo que las palabras no podían expresar, un beso que era una promesa, un desafío, y una rendición todo en uno.

La estaba devorando, sí, como si llevase toda una eternidad esperando hacerlo, como si su hambre de ella fuera un fuego que nada podía apagar.

¿Y no era así?

¿Acaso no estaba hambriento de ella, de su sabor, de su calor, de la sensación de su piel contra la suya?

La besó con una fuerza que bordeaba la desesperación, sus bocas abiertas en un baile tan antiguo como el tiempo mismo, mientras sus lenguas se encontraban y danzaban, deseosas también, anhelantes la una de la otra.

Y es que ¡cuánto se habían echado de menos!

Cuando Raider finalmente rompió el beso, permitiendo que ambos recuperaran el aliento, acarició con delicadeza los labios de ella con el pulgar, observando con una mezcla de orgullo y ternura lo hinchados y magullados que estaban, testimonio mudo de la pasión que acababan de compartir.

La miró a los ojos, y sin decir una sola palabra, cogiéndola por la cintura, la hizo girar. Se pegó a la espalda de ella, apretándola contra su cuerpo, contra las frías baldosas del interior de la piscina.

Sin perder el tiempo, metió una mano por dentro del bañador corto de pantalón que ella llevaba y comenzó a acariciar su sexo, una caricia que era tanto una promesa como una tortura, haciéndolos gemir a ambos en un dueto de deseo.

—Dios, nena —murmuró él, mordiendo la oreja de ella, tirando un poco del lóbulo en un gesto que era tanto juguetón como intensamente erótico—. No veo la hora de que mi polla vuelva a estar aquí.

Un gemido salió de la garganta de Tori al escucharlo, un sonido que era música para los oídos de Raider.

Un gemido de placer que ella no pensaba ni quería evitar.

—Pero antes vamos a cumplir la primera fantasía —prometió él con un tono que era una caricia en sí mismo.

Dos dedos entraron dentro de ella entonces, haciéndola temblar de una forma que iba más allá de lo físico, tocando algo profundo y primal dentro de ella. Con la otra mano, Raider liberó del top los pechos de ella y cogió uno, apretándolo primero y luego acariciando su pezón con una delicadeza que contrastaba con la fuerza de su agarre.

—Zev…

—No dejes nunca de llamarme —dijo él, su voz un susurro ronco de necesidad, moviendo sus dedos con una destreza que hablaba de una intimidad profunda, de un conocimiento íntimo de lo que a ella le gustaba, lo que la hacía temblar, lo que la llevaba al borde del abismo—. Por favor —casi rogó él, con un tono que desgarraba el corazón, mientras apretaba su pecho con fuerza y mordía su cuello, marcándola—. No dejes nunca de desearme, ni de necesitarme —lamió donde había mordido—. Tanto como mi cuerpo te necesita, nena —continuaba moviéndose dentro de ella con una urgencia que era un eco de su propia necesidad—. Tanto como yo te deseo.

El orgasmo llegó rápido, y fue enorme, un tsunami de placer que la arrasó sin piedad, dejándola temblorosa y sin aliento. El cuerpo de Tori comenzó a temblar, y Raider, girándola de nuevo entre sus brazos, la besó, acallando los gritos de placer con sus propios labios.

Cuando la sintió laxa entre sus brazos, Raider la miró a la cara y sonrió al ver su expresión, satisfecha.

—Esto no acaba aquí —prometió él, sonriendo.

Y tras darle un beso en la frente, se dispuso a cumplir su promesa.



Unos minutos después, Raider se encontraba tumbado encima de Tori, que a su vez yacía en su cama, en una escena que parecía sacada de un cuento moderno, aunque sin dragones ni princesas, solo ellos dos y un montón de emociones desbordadas.

Tori, con una toalla aún en sus manos, intentó secar el cabello de él, que seguía goteando agua como si acabara de salir de una aventura bajo la lluvia. Era evidente que, con la urgencia que tenía de sentir a esa mujer cerca, el detalle de secarse bien había pasado a un plano totalmente irrelevante para Raider.

—Estás empapado —comentó ella, notando cómo las gotas de agua seguían cayendo.

—Hmmm… —fue la respuesta de él, mientras deslizaba una mano entre los dos, adentrándose bajo el pantalón de ella, en un gesto tan atrevido como íntimo— Tú me superas —añadió, provocando un gemido en Tori, quien no pudo evitar morderse el labio inferior en una mezcla de anticipación y nerviosismo.

—¿Qué estamos haciendo? —fue la pregunta que brotó de los labios de Tori, mientras una parte de ella cuestionaba el torbellino de emociones y deseos que estaban a punto de desencadenar.

—Lo que teníamos que haber hecho hace cinco años —respondió él con una determinación que no dejaba lugar a dudas.

Se levantó, le quitó la toalla de las manos y, en un torbellino de movimientos que dejaban poco a la imaginación, comenzaron a deshacerse de sus ropas, quedando ambos en un estado de vulnerabilidad ante el otro.

Tori no pudo contener un nuevo gemido al sentir la piel de él rozando la suya, mientras Raider se posicionaba sobre ella con una intención clara.

El aire se cargó de electricidad, de esos sentimientos no dichos que ahora parecían gritarse en cada roce, en cada mirada.

Raider le robó un beso a Tori, un beso que era una promesa, una declaración sin palabras de todo lo que quería decir y no podía expresar solo con palabras.

—Zev… —dijo ella, mirándolo a los ojos, dejando que la vulnerabilidad tiñera su voz— No quiero volver a sufrir —confesó, admitiendo su miedo a revivir el dolor pasado.

—No volveremos a hacerlo —juró él, sellando su promesa con otro beso, esta vez menos dulce y más urgente, como si en ese momento se permitieran liberar toda la pasión contenida.

Tori respondió al beso con igual fervor, enredando sus manos en el cuello de él, mientras él exploraba el cuerpo de ella con una devoción casi religiosa, memorizando cada curva, cada línea, como si temiera olvidarlas alguna vez.

Con un gruñido lleno de anticipación, Raider tomó un momento para colocarse un preservativo que, de manera bastante cómica, había conseguido de una fuente más que esperada.

—Se lo robé a tu hermano —dijo a modo de explicación, con picardía.

Tori, por su parte, no pudo evitar enarcar las cejas, una expresión de sorpresa y diversión pintada en su rostro. Estaba claro que esa no era la confesión que esperaba en un momento tan… íntimo.

—¿Tú no…? —inquirió ella, dejando la pregunta suspendida en el aire, llena de curiosidad y un poco de incredulidad.

Raider se posicionó nuevamente sobre Tori, alineando su cuerpo con el de ella. Su mirada, profunda y seria, encontró la de ella.

—No —respondió él con seriedad—. No si no eres tú, nena. Aunque te parezca difícil de creer.

A Tori, las palabras de Raider le golpearon directamente en el corazón, y de sus ojos brotaron lágrimas.

—Yo tampoco —susurró ella.

Raider sonrió. Y entonces le dio un dulce beso.

—No dejes de mirarme —le suplicó, necesitando capturar cada cambio en la expresión de ella, cada destello de placer, de conexión.

Y entonces, Raider entró en ella, provocando que Tori arqueara la espalda y lanzara un grito al

aire, un sonido puro de placer que resonaba en la habitación.

—Oh, sí —gimió ella, sintiéndose llena de él.

Raider, por su parte, estaba inmerso en una tensión casi palpable, su cuerpo rígido como una estatua, con la mandíbula apretada, saboreando cada matiz de la sensación de estar de nuevo dentro de Tori, un placer tan intenso que le hacía desear que el tiempo se detuviera justo allí.

—Mírame —exigió él, y Tori, obedeciendo, elevó su mirada hacia la de él, encontrándose con esos ojos que parecían querer devorarla entera.

Él se inclinó, depositando un beso en sus labios, un gesto tierno en medio de la tormenta de pasión que los envolvía. Un beso al que ella respondió con igual fervor.

—Mírame mientras te hago mía —continuó él, marcando un ritmo lento al principio y luego aumentando la intensidad, cada embestida un golpe directo al corazón de ella—. No apartes los ojos de mí, hasta que sientas cómo tu coño me aprieta mientras te corres.

Tori pensó que si él seguía hablando así, ese momento no iba a tardar mucho en llegar.

Y Raider…

Él también estaba al borde del precipicio.

—Mírame mientras ambos gritamos de placer. Mírame mientras me deshago en tus brazos, nena —esas palabras eran el testimonio del poder embriagador que Tori ejercía sobre él, un poder que lo hacía vulnerable y fuerte al mismo tiempo—. No dejes de mirarme mientras me haces completamente tuyo —era una súplica cargada de deseo, un llamado a mantener viva la conexión intensa y ardiente que compartían, incluso en el clímax de su pasión.

La intensidad de las palabras de Raider, la fuerza de sus acciones, empujaban a Tori hacia un abismo de placer del que no quería escapar. La promesa del éxtasis pendía en el aire, tan tangible que casi podía tocarse. Y con cada embestida, se acercaban más y más a ese punto de no retorno, a ese momento en que todo lo demás desaparecería, dejándolos solo a ellos en su propio universo de sensaciones.

Los brazos de Raider temblaban ligeramente bajo el esfuerzo de mantener la intensidad, de no perder ni un ápice de conexión visual con Tori.

No cambiaría de posición, no rompería ese contacto visual por nada del mundo, porque en sus ojos encontraba algo más que placer: se encontraba a él mismo.

Aumentaba el ritmo, cada movimiento más rápido y profundo que el anterior, y Tori respondía con igual fervor, moviendo sus caderas al unísono con él, ambos buscando ese punto de liberación que se avecinaba inevitablemente.

Y entonces, en medio de ese torbellino de pasión, llegó el clímax, tan esperado y al mismo tiempo tan temido, porque ninguno de los dos deseaba que ese momento de unión terminase.

No querían volver a la realidad…



Capítulo 24

—Sabías que no la besé, ¿verdad? —no lo decía como quien lanza una acusación al aire, sino como si soltase una gran verdad que, de alguna manera, lo hacía sentirse un poco más ligero, como si se hubiera quitado un peso de encima.

Ahí estaba él, tumbado en la cama, de lado, en una pose que replicaba la de ella, ambos mirándose directamente a los ojos.

Se encontraban bajo las sábanas, con las piernas delicadamente entrelazadas después de, por fin, haber compartido un momento íntimo juntos.

Raider, con ternura, acariciaba suavemente la cara de ella con los dedos, sin apartar su mirada de la de ella, como si tratase de comunicarle todo lo que sentía sin necesidad de palabras.

—Sí —respondió ella, su voz teñida de una mezcla de entendimiento y un poco de tristeza—. Pero, te confieso que, por un tiempo, lo dudé.

Raider asintió con la cabeza, comprendiendo perfectamente a qué se refería.

—No la besé —repitió él, queriendo dejar las cosas clarísimas—. Admito que me quedé como un auténtico pez fuera del agua, sin saber cómo reaccionar. Sé que no es excusa —continuó—, pero la verdad es que jamás pasó por mi cabeza que esa mujer pudiera sentir algo por mí. Y es que, sinceramente, nunca he tenido ojos para nadie más que no fueras tú. Nunca me importó ni me dio curiosidad saber si alguien más podía tener sentimientos hacia mí. Puede que te suene ingenuo, pero así es como son las cosas.

—Lo sé —ella asintió, convencida, creyéndole con cada fibra de su ser—. De verdad que lo sé.

—Me sentí traicionado, Tori. La persona que más amaba en el mundo, la única en quien pensé que podía confiar ciegamente, dudó de mí. No supe cómo manejarlo —la sinceridad en su voz era palpable.

—No debería haberlo hecho. Cuando pude pensar con claridad, me sentí terrible, pero es que los celos me devoraban. Me veía tan insignificante a tu lado…

—¿Insignificante? —eso lo dejó totalmente desconcertado, incapaz de comprenderlo; aunque sabía que algo de eso había, Rebel lo había puesto sobre aviso— Eras todo mi universo, ¿no te lo demostré suficiente?

—No es por ti —ella suspiró, preparándose para abrir su corazón de par en par, tanto a él como a sí misma—. Siempre fuiste el alumno estrella, el estudiante de medicina ejemplar, el médico… Y yo… Bueno, yo me la pasaba trabajando los fines de semana en el pub, sin tener ni la más mínima idea de qué hacer con mi vida. ¿Qué podía yo ofrecerte? —negó con la cabeza, una mezcla de tristeza y resignación en su gesto—. Me sentí tan pequeña cuando os vi juntos, creí que quizás estabas conmigo porque no conocías otro mundo, que ella, de alguna manera, podría ofrecerte más de lo que yo jamás podría.

—No me lo puedo creer…

¿En serio?

¿Estamos aquí, ahora, teniendo esta conversación de telenovela en pleno siglo XXI?

Bueno, pues sí, parece que sí.

—Cuando me llegó tu mensaje, eché a correr como si me persiguiera el mismísimo Usain Bolt, temiendo perderte para siempre. Busqué en cada rincón, hasta en los baños del aeropuerto, pero ya no estabas.

—Nena…

—Te he odiado por años, no precisamente por la maldita traición, aunque eso también tuvo su gracia, sino porque te largaste sin más. No luchaste por nosotros; para mí te rendiste a la mínima. Nunca fui capaz de escupirles la verdad a los demás. Sabían que te habías esfumado, pero no les conté nada. Dolía demasiado.

—Eres una tonta, Tori —dijo él, pero había dulzura en sus palabras.

—Sí, pero tú también —dijo ella, pensando en los años perdidos, esos que no vuelven—. Cinco años, Zev… —suspiró—. Si no hubiera tenido el accidente, ¿cuándo habrías vuelto? A lo mejor nunca. A lo mejor habrías seguido tu camino, sin mirar atrás.

—Nunca quise realmente irme, no estaba en mis planes alejarme tanto. Pero el orgullo y el dolor me cegaron. Quería ponerte a prueba, que me buscases, pero no lo hiciste. Así que tomé distancia. Cada vez más…

—Y terminaste metido en la selva por años…

—Sí, exacto. Me agarré de un clavo ardiendo a otro, cualquier excusa era buena con tal de no tener que verte. Porque dolía, vaya que si dolía. Pero, irónicamente, no verte dolía todavía más, era como una especie de tortura autoimpuesta que no hacía más que empeorar las cosas —suspiró profundamente, sintiendo el peso de cada palabra—. Mírame, Tori. Lo habría hecho —juró él, mirándola fijamente, con esos ojos que parecían querer perforar el alma, o al menos intentarlo—. Habría vuelto, nena, siempre volveré a ti.

—Zev… —suspiró emocionada— ¿Fue muy duro?

—¿Estar lejos de ti? Lo peor… —así era como lo sentía.

Ella negó con la cabeza.

—Lo que viviste allí.

Raider suspiró pesadamente, el peso de los recuerdos de nuevo sobre sus hombros.

—Llegué allí siendo un iluso, cargado de idealismo y con la cabeza llena de sueños sobre salvar el mundo, o al menos, intentarlo. Pero no podía estar más equivocado… —sus palabras se tornaron más pesadas, teñidas de una realidad que había sido mucho más cruda de lo que jamás imaginó—. No solo no tienen los medios suficientes, las herramientas, el apoyo… Sino que, a

veces, incluso con todo el esfuerzo del mundo, simplemente no se puede hacer nada más —por desgracia—. El primer paciente que perdí fue un niño, y ese momento… Esa experiencia jamás podré borrarla de mi memoria. Las súplicas de su madre, implorando, rogando para que lo salvara, y yo… —tragó saliva, la dificultad de revivir ese momento era evidente en su rostro, en la forma en que su voz se quebraba—. No pude hacer nada. Quizás por eso también me quedé allí tanto tiempo, aferrándome a la idea de que, de alguna manera, podría compensar esa impotencia, ese fracaso, intentando ayudar a más personas, aunque me estuviera destrozando a mí mismo por dentro.

—Lo siento —suspiró ella, con una mezcla de tristeza y empatía, comprendiendo a un nivel mucho más profundo el dolor y la carga que él había estado llevando.

—Por esa parte, no me arrepiento de haberme marchado —esa era la verdad—. Ayudé en todo lo que pude.

Ella asintió con la cabeza, entendiéndolo.

No había reproche en su gesto, solo la aceptación de que algunas decisiones, por más dolorosas que sean, se toman pensando en el bien mayor, en ese algo que va más allá del propio yo, de nuestra pequeña burbuja de felicidad y comodidad.

—Pero por nosotros… Jamás me perdonaré el haberme ido. Me he pasado cinco años odiándote, Tori, por no confiar en mí y supongo que, en el fondo, tenías razón en no hacerlo —continuó, y sus palabras eran como puñales, cada una cargada de remordimiento y dolor. Se refería a su ausencia, a esa sensación de vacío que deja el no creer que él, sí o sí, algún día habría vuelto por ella.

Pero él estaba seguro de que lo habría hecho.

Porque sabía que sin ella no podría haber aguantado mucho más.

—Pero habría vuelto, nena. Habría vuelto por ti, habría vuelto por nosotros. Y me pasaré la vida demostrándote que no tienes motivos para desconfiar de mí —declaró él, con convicción.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó ella, con el ceño fruncido.

—¿No es evidente, nena? —ella negó con la cabeza, con el corazón en la garganta, no queriendo imaginar cosas que no eran— Pase lo que pase —juró—, jamás volveré a separarme de ti.

—*Zev*…

—Si me aceptas, claro —dijo entonces él con una sonrisa que iluminaba su rostro, a pesar de la seriedad del momento.

Con una ternura que parecía envolver el aire, le acarició suavemente la mejilla, y luego, con igual dulzura, el pelo. Era un gesto tan lleno de amor, que parecía querer borrar todas las dudas con solo el roce de sus dedos.

A Tori, emocionada hasta el borde de las lágrimas, le tembló el labio inferior.

—¿Estás seguro? Tu mundo… —sus palabras eran un susurro, cargadas de una preocupación que iba más allá de ella misma.

—Mi mundo eres tú —dijo él, con una firmeza en su voz que no dejaba lugar a dudas—. No quiero estar en otro lugar que no sea contigo. Y te demostraré, cada día, que es así.

—No quiero que te sientas obligado por mi condición —Tori todavía luchaba con sus inseguridades, temiendo convertirse en una carga.

—Ni siquiera voy a responder a eso —resopló él, exasperado.

Era obvio que la simple mención de aquello le parecía de lo más absurda.

—Ni siquiera sé si podré ser la de antes —insistió ella, porque esa era parte de sus miedos, el temor a no volver a ser la misma, a cambiar de manera que ni ella misma se reconociera.

A no volver a caminar.

Aunque la rehabilitación iba bien y había hecho muchos progresos, pero el miedo estaba ahí.

—Pues no lo seas —él se encogió de hombros—, te amaré igual. Cambia, evoluciona, conviértete en quien necesitas ser. Yo estaré aquí, amándote en cada una de tus versiones.

—Raider…

—Siempre te he querido, y aunque te quedases en esa silla de ruedas, que no ocurrirá, te querría igual. Y lo sabes —juró, con una intensidad en sus ojos que buscaba perforar todas las barreras de duda—. Sé que me quieres, me lo dijiste en el hospital —dijo, reconociendo lo que ella había temido desde el momento en que se enteró que él había estado allí. Tori gimió, él rio —. Pero necesito que me perdones. Y que me aceptes… —repitió en un susurro casi inaudible, como si en esas palabras se jugase todo su futuro— Si lo haces, te lo demostraré.

Ella dudó un instante, seguramente batallando contra sus miedos e inseguridades, pero finalmente, impulsada por un sentimiento más fuerte que cualquier temor, se acercó a él y lo besó, un beso cargado de lágrimas, pero también de esperanza.

—Hasta que no haya anillo, no contestaré a nada —dijo entonces, intentando aligerar el momento con una broma, un pequeño destello de humor en medio de la intensidad emocional.

Raider soltó una carcajada.

—Lo tendrás, nena. Lo tendrás… —aseguró, con una sonrisa traviesa, como si ya estuviera imaginando el momento.

Y volvió a besarla, sellando entre ellos una promesa de futuro.

Mientras tanto, fuera de La Mansión…

En el torbellino de mi mente, las preguntas se amontonan con la misma desesperación con la que dejo girasoles ante su puerta, cada pétalo, un susurro de mi alma atormentada.

Desde la oscuridad que me rodea, observo, paralizado, la escena que se desarrolla ante mí a través del cristal.

Allí está Raider, ese nombre que resuena en mi cabeza como un grito de guerra, sosteniendo a Tori en sus brazos, robándome el aliento con cada beso que deposita en sus labios.

Un grito ahogado se escapa de mi garganta, un lamento que el viento se lleva, ignorado.

Debiste haberla matado, susurran las voces en mi cabeza, una letanía oscura que me seduce hacia el abismo, reforzando mi fallo por permitirle seguir entre nosotros, en brazos de otro.

La locura se enrosca en mí, apretando su agarre, mientras la visión de su sonrisa, una sonrisa que debería ser mía, me desgarra por dentro.

Es en estos momentos cuando mi justificación se fortalece; en mi mente, creía que cualquier acción, por extrema que fuera, se justificaba si era para protegerla, para ser su salvador ante peligros reales o imaginarios.

Hice lo que tenía que hacer, me repito, intentando apaciguar las voces, pero el remordimiento y la justificación luchan dentro de mí como bestias encerradas.

¿Cómo, después de todo, terminé empujándola hacia los brazos de otro?

Este ciclo de desesperación me consume, atrapado en un juego de sombras, un espectador de mi propia tragedia. La oscuridad exterior refleja la oscuridad de mi alma, alimentada por cada pensamiento obsesivo, cada impulso incontrolable.

Las voces se alzan, acusándome: *"¡Casi la matas!",* recordándome la noche que quise ser su héroe, pero terminé siendo el monstruo.

Sin embargo, la idea de Raider poseyéndola, de ser él quien reciba su amor y no yo, enciende una furia indomable.

No son más que actos de guerra, un desafío a mi amor, a mi obsesión.

Así, sigo enviando girasoles, símbolos de un amor que clama ser entendido, ser correspondido. Pero ahora, estos gestos se sienten vacíos, meras súplicas llevadas por el viento.

¿Son estos actos de amor verdadero o meras manifestaciones de mi mente perturbada?, me pregunto, mientras el dolor de su ausencia me consume.

¡No! ¡No estoy loco!

¡No estoy loco!

Solo que no puedo soportar la idea de verla en brazos de otro, de vivir sabiendo que he fallado una vez más.

Que sigue sin ser mía.

Me balanceo entre la cordura y la locura, aferrándome al filo de la navaja. Me doy cuenta de que quizás nunca escape de este laberinto de desesperación y obsesión.

Aquí permanezco, un espectro en las sombras, observando, esperando, perdido en el eco de mis propias voces. Las sombras son mis únicas compañeras, susurrando en la noche, empujándome hacia un destino incierto. Todo lo que tengo es la obsesión, los girasoles, y la esperanza moribunda de que, de alguna manera, todo esto me lleve de vuelta a ella.

Contra toda razón.

Contra toda lógica.

En la tormenta de mi mente, las preguntas se amontonan sin respuesta.

"¿Mejorará esto alguna vez? ¿Se silenciarán las voces, permitiéndome ver con claridad?", me pregunto, mientras la batalla interna continúa.

¿O estoy condenado a vagar por este purgatorio de mi creación, atormentado eternamente por lo que podría haber sido y lo que nunca será?

La única certeza es la desesperación, un ciclo sin fin de amor, obsesión y remordimiento, atrapado en el caos de mi mente.

Sigo aquí, esperando, siempre esperando, un perturbado hablando a las sombras, buscando desesperadamente algún destello de luz en la oscuridad que he creado.

La esperanza es frágil, casi inexistente, pero es todo lo que me queda.

Todo lo que tengo es la espera, la obsesión, y los girasoles ante su ventana, rogando contra toda esperanza que, de alguna manera, me reconduzcan a ella.



Capítulo 25

Tori sintió su presencia antes de verlo, como si una corriente de electricidad se propagase por todo su cuerpo, un fenómeno inexplicable, pero intensamente familiar.

Era como si fuese un imán con carga y su contrario estuviera cerca, tirando de ella con una fuerza invisible, pero palpable.

La anticipación creció en su interior, mezclada con una pizca de ansiedad y una curiosidad que no podía disimular.

Cuando finalmente giró su mirada hacia la puerta del comedor, ahí estaba él, como si su mente hubiese conjurado su presencia. Raider, con su caminar confiado y esa aura que lo hacía destacar en cualquier multitud, no tardó en localizar a Tori, sentada en su lugar de siempre, un rincón que parecía reservado solo para ella en aquel espacio lleno de vida y charlas matutinas.

Una sonrisa lenta y perezosa se formó en los labios de Raider al verla, una sonrisa cargada de secretos y promesas, de íntimos momentos compartidos que solo ellos conocían.

Tori se puso roja cuando las imágenes de esos momentos también llegaron a su mente, un torbellino de recuerdos que la hacían sentirse expuesta y, a la vez, profundamente conectada con él.

—¡Buenos días! —exclamó él con un tono cantarín, dispersando su atención por toda la habitación, como si quisiera compartir ese buen humor que lo embargaba con todos los presentes.

Con la gracia de quien está acostumbrado a ser el centro de atención, el chico de la camiseta del mismo color que sus ojos, se acercó a Beth y le plantó un beso, repitiendo el gesto con Chloe y, finalmente, con su madre, a quien le dedicó un guiño cómplice.

Al llegar a Riley, le lanzó otro de sus guiños característicos, una señal de complicidad entre ellos.

—Vaya, ¿y ese buen humor? —preguntó Riley, con una sonrisa divertida danzando en sus labios, aunque en el fondo ya había adivinado la razón de tal alegría.

Desde el momento en que había visto el brillo especial en los ojos de su prima, sabía que algo bueno había pasado, pero, fiel a su estilo, no iba a decirlo en voz alta.

Y fue su prima la que, viendo cómo Raider se acercaba para sentarse a su lado, ese lugar que parecía tener su nombre grabado desde siempre, que, al ver su sonrisa, negó con la cabeza, como si quisiera reprenderlo, pero sin poder ocultar el afecto que sentía por él.

Pero a Raider poco le importó. Él iba a hacer lo que había planeado, quisiera Tori o no.

Llegó hasta ella con una determinación que dejaba claro que tenía un objetivo en mente. Poniendo una mano en cada uno de los reposabrazos de la silla de Tori, se inclinó hacia delante con una gracia felina, captando la atención de todos en la habitación.

Y entonces, con una audacia que solo a Raider se le permitiría, le plantó un tremendo beso de tornillo. Un beso que, por un momento, hizo que el tiempo se detuviera y que el resto del mundo desapareciera.

Cuando finalmente se separó de ella, ignorando deliberadamente las decenas de gritos ahogados, los carraspeos incómodos y las miradas de incredulidad que inundaron la sala, Raider miró a Tori con una sonrisa que era pura provocación y ternura mezcladas en una.

—Buenos días, nena —le dijo con una voz que era un ronroneo, cargada de intenciones y promesas.

—Capullo —gimió ella en respuesta, una mezcla de exasperación y afecto en su voz, que solo logró hacerlo reír en respuesta.

Y con toda la tranquilidad del mundo, como si lo que acabara de hacer fuese el acto más natural y cotidiano, Raider se sentó.

Acto seguido, enfrentó la mirada de todos los demás, que los observaban a ambos con las cejas enarcadas, preguntándose qué diablos se habían perdido y cómo es que el comedor se había convertido en el escenario de una novela romántica sin previo aviso.

Pero lo que realmente capturó la atención de todos fue el momento en que enfrentó la mirada de su tío, el padre de Tori. Con un descaro que rozaba lo heroico, lo saludó con un gesto de la cabeza y soltó la bomba.

—Suegro… —dijo, con una mezcla de respeto y desafío.

A Raven, el mencionado suegro, se le cayó la cuchara que tenía en las manos, el utensilio haciendo un ruido estridente al contacto con el plato, un perfecto acompañamiento sonoro a su sorpresa.

—¿Suegro? ¡La madre que te parió! No me levanto a meterte porque… —resopló, buscando una excusa válida, una razón para no levantarse y enfrentar esa situación de frente.

—Porque te alegras —interrumpió Raider, mirándolo con seriedad, desafiándolo a contradecirlo.

Raven suspiró, derrotado y, en algún rincón de su corazón, probablemente divertido y hasta emocionado por la osadía de Raider.

Sí, era su niña pequeña, siempre lo sería. Pero la había visto sufrir demasiado, atravesar tormentas emocionales que dejarían cicatrices en cualquiera, y la idea de verla derramar una lágrima más era insoportable para él.

—Si le vuelves a hacer daño… —comenzó, su voz cargada con el peso de una amenaza paternal que solo un padre puede emitir. Entonces, su mirada se suavizó al dirigirse a ella, incluyendo a ambos en su advertencia— O tú a él…

En ese momento, Raider levantó la mano, en un gesto que captó la atención de todos en la mesa, y cogió la de Tori. Con un movimiento suave, pero firme, entrelazó los dedos de ambos, uniendo sus manos.

—¿Eso significa que nos das tu bendición? —bromeó Raider.

Raven resopló, una mezcla de resignación y cariño en su gesto.

—Siempre la habéis tenido —dijo lo obvio.

Siempre había estado de acuerdo con esa unión. Nadie más que este joven sinvergüenza, que a pesar de sus travesuras y su aire despreocupado, amaba a Tori con una intensidad que rivalizaba con la suya.

Los demás, testigos de este intercambio, rompieron en aplausos, superando el asombro inicial con una alegría contagiosa. Romeo, nunca uno para contener su entusiasmo, silbó, añadiendo un toque de festividad al momento.

Y Tori, finalmente liberada de la tensión del momento, sonrió.

—¿Pero cómo se te ocurre? —rio ella, mirando a Raider.

Él se encogió de hombros, su sonrisa ampliándose en una expresión de satisfacción y triunfo.

—Te dije que te lo demostraría —respondió, dándole un apretón en la mano, un gesto de promesa y de futuro. —Cada día, nena.

Y sin decir nada más, con una naturalidad que desarmaba, cogió la manzana que Tori tenía en el plato junto al cuchillo y comenzó a pelarla.

—¿Me vas a destuartizar la manzana? —bromeó ella.

Raider soltó otra carcajada.

—Cada día, nena —le guiñó un ojo, reafirmando su compromiso.

—Demasiado azúcar —resopló Raven, arrugando la nariz mientras dejaba el tazón de cereales a un lado con un gesto dramático.

Romeo, en cambio, rio con esa facilidad contagiosa que tenía, cogiendo otro croissant de la bandeja central, claramente disfrutando del momento.

—No te preocupes, ya como yo azúcar por los dos —dijo con un guiño, mordisqueando el croissant como si fuera el manjar más exquisito del mundo.

Mientras tanto, Rebel, que hasta ese momento había permanecido apoyado en la entrada del salón, observando la escena con ojos de halcón, decidió que era su momento de brillar.

—Yo también tengo algo que decir —anunció, su voz resonando con una mezcla de emoción y un toque de nerviosismo que no pasó desapercibido.

Riley lo miró y soltó un gemido, temiéndose lo peor.

Pero no sería capaz, ¿verdad?, se preguntaba internamente, tratando de convencerse a sí misma de que sus temores eran infundados.

¡Para nada!, se aseguró, sintiendo cómo un alivio momentáneo tomaba control de su cuerpo,

permitiéndole volver a centrarse en su desayuno.

Sin embargo, Tori, que había estado distrayéndose con su propia comida, se atragantó de golpe al captar cómo su hermano miraba a Riley. En ese instante, supo, sin lugar a dudas, que sí, que Rebel sería capaz de eso y mucho más.

—Ay, señor… —gimió la pobre, tosiendo y atragantándose, mientras Raider le pasaba rápidamente un vaso de agua para que bebiera y pudiera volver a respirar con normalidad.

—He dicho que tengo algo que decir —insistió Rebel, un poco molesto por la falta de atención, esta vez avanzando hasta situarse justo frente a Riley, que lo miraba con una mezcla de sorpresa y aprensión.

—Dinos, hijo —dijo Chloe, sin prestarle demasiada atención, más interesada en la reacción de los demás que en la noticia en sí.

—Riley y yo también estamos juntos —Rebel soltó la bomba sin más preámbulos.

Un grito ahogado se escapó de la garganta de Riley, tan sorprendida como el resto.

—¿Lo estamos? —logró articular, su voz apenas un susurro de incredulidad.

—Lo estamos —confirmó él, mirándola directamente a los ojos con una determinación que no admitía réplica, y luego giró su cabeza hacia Romeo—. Suegro… —dijo entonces, imitando a su primo con un tono juguetón, pero claramente buscando la aprobación—. Nosotros también queremos tu bendición.

—¿La queremos? —susurró Riley, aún en shock, incapaz de procesar la situación, especialmente después de captar la expresión de absoluta sorpresa en la cara de su padre.

—La queremos, cariño, la queremos —asintió Rebel, con una sonrisa que buscaba tranquilizarla, aunque claramente disfrutaba de la conmoción que había causado.

¿Cariño?, se lamentó Riley en su fuero interno, su mente girando en un torbellino de emociones y sorpresa.

Como si el tiempo se hubiera congelado, un silencio sepulcral cayó sobre la sala, cargado de expectación y, ¿era eso… choque?

Todos los ojos, brillantes de curiosidad y asombro, se clavaron en el par, como si estuvieran presenciando el estreno de la última temporada de su serie favorita.

Romeo, que había estado a punto de dar un mordisco triunfal a su croissant, como quien celebra la victoria antes de tiempo, bajó la mano lentamente, y su mirada pasó de su hija a su ¿yerno?, con una lentitud dramática.

¡Yerno, los cojones!, pensó, la incredulidad y el asombro bailando en sus ojos.

—E merda, ti darò la mia benedizione! —explotó al fin, las palabras saliendo en un torrente de italiano apasionado y, quizás, un poquito exasperado.

Rebel, con esa mezcla de confusión y entusiasmo que lo caracterizaba, giró su cabeza,

buscando alguna traducción en los rostros familiares.

—¿Qué ha dicho? —preguntó, su voz teñida de una esperanza cautelosa.

—Que está feliz de dar su bendición —mintió Rain, con una sonrisa que no llegaba a los ojos, observando cómo la sonrisa de Rebel se expandía hasta casi romperle la cara.

—E merda! Merda! —continuó Romeo, casi como un mantra, su frustración y sorpresa convirtiéndose en el coro de fondo de esta peculiar escena matutina.

Raven, por su parte, parecía haberse teletransportado a otro plano de existencia, su shock tan profundo que ni siquiera la vibrante vida que llenaba la sala lograba hacerle reaccionar.

—Feliz, dice —se burló Rain, su tono cargado de ironía mientras celebraba internamente la pequeña revuelta que se cocía—. ¡Estoy feliz!

—Ah, es que suena a mierda… —soltó Rebel con una franqueza que dejaba poco a la imaginación, su ceño fruncido en una expresión de duda y escepticismo.

—¡Qué va! —le aseguró el sheriff, con una convicción que rozaba lo cómico.

Tori intercambió una mirada cómplice con Raider. Ambos sabían muy bien lo que estaba diciendo Romeo y sabían que la "feliz" bendición estaba más cerca de una maldición en dialecto italiano.

—¡Gracias, suegro! ¡Prometo que la haré muy feliz! —exclamó Rebel, avanzando con los brazos abiertos hacia Romeo, solo para recibir un cate en la cabeza, un gesto de afecto tan italiano como el expreso matutino.

—E merda! —repitió Romeo, las palabras saliendo con una mezcla de resignación y amor frustrado.

Rebel, interpretando mal el gesto, se acercó de nuevo para darle un beso en la cabeza, declarando su amor filial con la descarada audacia de un verdadero sinvergüenza.

—¡Lo mato! —amenazó Romeo, su voz finalmente clara para todos— Io sono il capo!

—Ah, no, de capo nada —intervino Raven, entrando en la conversación con la serenidad de quien ha aceptado su destino—. Te negaste, ahora déjalos en paz con su restaurante.

—¡¿Pero qué restaurante ni qué ocho cuartos?! —estalló Romeo, su confusión añadiendo otra capa de comedia al drama familiar.

—El de ellos, claro —apuntó Rain, como si estuviera explicando algo obvio a un niño pequeño.

—Claro… —murmuró Romeo, su mirada pasando de Rain a Raven, como si buscara comprensión en este mar de locura— Tú sabes lo que nos espera, ¿verdad? —señaló hacia la pareja, esa parejita que prometía revolucionar no solo su familia sino todo lo que se les pusiera por delante.

Raven suspiró, un sonido cargado de resignación y cariño.

—Lo sé… ¡Lo peor es que lo sé! —exclamó, aceptando su destino con la gracia de quien sabe que, al final del día, el amor siempre triunfa, incluso en las circunstancias más cómicas y caóticas.



Capítulo 26

Los días pasaron, uno tras otro, en un abrir y cerrar de ojos, como si el tiempo tuviera prisa por algo.

Las semanas siguieron el mismo ritmo frenético, y en ese ir y venir de momentos, todo comenzó a asentarse en una especie de normalidad nueva y reconfortante.

Tori, nuestra protagonista, ya casi no necesitaba la silla de ruedas para moverse, pero aún seguía apoyándose en muletas para caminar. Era consciente de que todavía le quedaba un largo camino por delante para recuperarse del todo, pero estaba decidida a conseguirlo.

Paso a paso.

Muleta a muleta.

No dudaba de ello. Ni por un segundo. Y mucho menos dudaba de él, el mejor rehabilitador del mundo, o al menos eso es lo que ella pensaba cada vez que veía los avances en su recuperación.

"—Lo mismo me dedico a esto —había dicho él con una sonrisa cómplice, como si fuera el secreto mejor guardado del universo.

—Jamás —había respondido ella, con un tono de broma que escondía un deje de seriedad—. Deja esas manos solo para mí. Tú toca a los demás de otra manera. Rajándoles el cuerpo, por ejemplo.

Raider, al escucharla, no pudo evitar soltar una carcajada."

Pero sí, se dedicaría a eso, porque ya estaba trabajando en el hospital de Greenville como traumatólogo jefe.

Las cosas, contra todo pronóstico, iban viento en popa.

Raven y Chloe, felices como lombrices en tierra húmeda. Rain y Camila, felices como perdices en día de fiesta. Romeo y Beth, felices como pez en el agua. Raider y Tori, felices como niños con zapatos nuevos. Hasta Sylvester y su mujer parecían haber encontrado la fórmula de la felicidad eterna. Y, por supuesto, Trevor y Kevin con sus eternas solterías eran también felices.

Y luego estaban Rebel y Riley… Esos dos eran harina de otro costal.

¡Tenían a todo el mundo hasta el cogote con sus idas y venidas!

Señor, qué santísima paciencia había que tener con ese par de almas libres y corazones indomables. Menos mal que, con la vuelta a la ciudad y el hecho de que Rebel, al tener novia, había decidido retomar con ganas los estudios, las cosas parecían ir por un buen camino.

Anda y que se tiren los trastos allí, pensaba más de uno.

Y todos también.

Si de las veinticuatro horas que tenía el día, se pasaban veintitrés peleando y una haciendo las paces, mejor que lo hicieran lejos de oídos sensibles.

Cosas de la vida.

Y del amor…

Como decía, todo estaba bien, dentro de lo que cabe.

Tori a veces tenía pesadillas, remanentes de un pasado que se resistía a quedar atrás, pero bueno, sabía que era algo normal en el proceso de sanar no solo el cuerpo, sino también el alma.

En cuanto a su accidente…

No había pruebas concretas de que hubiera sido nada más que eso, un desafortunado accidente.

Aunque el misterio de los girasoles seguía en el aire.

Desde que ella y Raider hicieron las paces, de repente, no llegó ningún girasol mal. Por ello, todos pensaban que el admirador secreto era él, pero que no lo quería admitir por vergüenza o lo que fuera.

¿Quién más, sino, conocería dónde residía ella?

Podría ser él, claro, el principal sospechoso en cualquier trama de amor y misterio. Quizás había mandado a alguien a hacerlo en su nombre mientras estaba lejos, un cómplice en este juego de admiración secreta y girasoles.

Era lo más lógico.

Raider, por su parte, se mantenía firme en su inocencia. Insistía en que no, que sus manos estaban limpias en este asunto de los girasoles misteriosos. Pero al final, tal vez cansado de las miradas acusadoras o simplemente por divertirse un poco con el misterio, optó por dejarlos creer lo que quisieran.

A fin de cuentas, ¿qué más daba?

Después de todo, en la vida a veces necesitamos esos pequeños misterios, esos pequeños gestos que nos recuerden que hay magia en lo desconocido.

Y si el precio de esa magia era un poco de incertidumbre y teorías conspirativas sobre quién podría ser el admirador secreto, pues bienvenido sea.

Tori estaba bien, eso era lo único que importaba.

Así que, mientras el misterio de los girasoles seguía sin resolverse, la vida continuaba. Pero siempre, siempre, con ese toque de misterio que hace que el corazón se acelere un poco, preguntándose qué sorpresas nos deparará el mañana.

Tori permaneció ajena a todas estas teorías y conjeturas.

Mejor así, pensaban todos, sería haberla preocupado para nada y, para que su rehabilitación fuera exitosa, la necesitaban centrada y tranquila.

Así que, en resumen, todo bien. Todo en su lugar.

O al menos, todo tan bien como podía estarlo en esta montaña rusa llamada vida, donde lo único seguro es que siempre habrá una subida después de cada bajada.

Y viceversa.

—¿Seguro que estarás bien? —preguntó Raider, con esa expresión de preocupación que tan bien le caracterizaba, negándose rotundamente a dejar a Tori ir a hacerse las radiografías sola.

Era evidente que le costaba separarse de ella, incluso por unos minutos.

—Muy bien —aseguró ella con una sonrisa tranquilizadora, intentando infundirle un poco de calma—. Ve a atender al paciente, yo te esperaré en tu despacho, leyendo alguna de esas revistas de hace años que tienes por ahí.

Raider resopló, con ese gesto tan suyo que mezclaba resignación y ternura.

—Tendría que haberme esperado a que estuvieras completamente recuperada para volver a meterte en el ajetreo del trabajo.

Tori enarcó las cejas con una mezcla de sorpresa y diversión.

—Yo no lo he esperado para volver a escribir —le recordó, con un brillo desafiante en los ojos.

—Y menos mal, best-seller —dijo él, con todo el orgullo del mundo resonando en su voz, como si estuviera hablando de su propio logro.

Y era así como lo sentía.

Tori se tapó la cara con las manos, abrumada y emocionada porque su segunda novela, ya lanzada tanto en librerías digitales como físicas, se había catapultado al número uno en ventas.

Todo un sueño hecho realidad, algo que ni en sus más locas fantasías había imaginado. Sobre todo, después de lo que había vivido en los últimos tiempos.

—Ahora tengo la tensión y la presión por la última parte —suspiró ella, buscando el lado negativo en medio de su éxito.

Era su forma de mantenerse en tierra, de no dejar que el éxito le subiera a la cabeza.

—¿Qué tensión? —él se acercó a su oído, agachándose, su aliento caliente rozando su piel— Ya nos desharemos de ella. Además —sonrió al ver que le había provocado un escalofrío—, tenemos muchas posturas que probar para que puedas escribir sobre ellas, ¿no?

—¡Raider! —rio ella, dándole con el puño en el hombro, juguetona y avergonzada al mismo tiempo.

Era increíble cómo ese hombre siempre encontraba la manera de hacerla sonrojar.

Raider le dio un beso tierno y ella lo recibió con todas las ganas del mundo, sus labios moviéndose en perfecta armonía.

—Venga, no hagas esperar a tu paciente más. Te espero aquí, soñando con ese beso de despedida.

—Está bien —dijo él, claramente sin ninguna gana de separarse de ella. Le dio otro beso, esta vez un poco más largo, un poco más difícil de terminar—. Te quiero, nena —susurró sobre sus labios, como si fuera un secreto solo entre ellos y no lo supiera el pueblo entero.

—Yo a ti también —sonrió ella, viéndolo alejarse.

No pudo evitar resoplar, divertida, al ver cómo se chocaba con alguien por no quitarle los ojos de encima.

Raider siempre tan despistado cuando se trataba de ella.

—Lo siento —dijeron varios hombres al unísono, mientras él se disculpaba y seguía su camino.

—Tori…

—¡Spencer! —lo saludó ella al verlo acercarse.

—Tiempo sin saber de ti. ¿Cómo estás?

—Bien —sonrió ella, con una luz especial en los ojos—. Cada día mejor. ¿Y tú? ¿Cómo va todo?

—Bien. Trabajando mucho, ya sabes. Venía a recogerte, ¿una radiografía, verdad?

—Sí —sonrió ella, levantándose de la silla con un poco de esfuerzo, apoyándose en las muletas que se habían convertido en sus fieles compañeras últimamente.

—Por aquí —dijo él con una sonrisa cómplice.

Tori, que ya había dominado el arte de moverse con muletas, avanzaba con una seguridad encomiable. Sin embargo, el destino tenía otros planes. De repente, como si una fuerza invisible le jugara una mala pasada, trastabilló, perdiendo por un momento esa seguridad que la caracterizaba.

Spencer, que estaba a su lado, no tardó ni un segundo en cogerla por el brazo para estabilizarla.

—Yo puedo… —comenzó a protestar Tori, intentando recuperar su independencia.

—Tranquila, yo te ayudo. Es mi trabajo, después de todo —respondió él con una voz que destilaba profesionalidad.

—Auch —se quejó Tori de repente, sintiendo un pinchazo agudo en el brazo donde Spencer la sostenía.

Y, como si ese pinchazo fuera el preludio de una tormenta, empezó a sentirse mareada. El mundo a su alrededor comenzó a girar, los colores y formas se mezclaban en un torbellino de sensaciones confusas.

—¿Estás bien? —preguntó el celador, su voz teñida de preocupación.

—Sí… —susurró ella, intentando aferrarse a un hilo de convicción, aunque por dentro sentía que su cuerpo y su mente estaban en desacuerdo.

Todo le daba vueltas, como si de repente se encontrara en medio de un carrusel desbocado.

—Vamos a sentarte… —pero antes de que pudiera terminar la frase, su voz se fue desvaneciendo, como si se alejara a la distancia.

Para Tori, Spencer ya sonaba demasiado distante, como si hablara desde el otro lado de un túnel largo y oscuro.



Mientras tanto, en una esquina del hospital, Raider seguía con el ceño fruncido, perdido en sus pensamientos, claramente distraído.

—Espabila —Raven, con su habitual falta de paciencia, le dio un codazo en las costillas, intentando sacarlo de su ensimismamiento—. ¿Quieres estar a lo que estamos? Y eso es decidir el tratamiento para este hombre —dijo, con un tono de voz que no admitía réplicas, señalando las radiografías que tenían enfrente.

Era un paciente de urgencias de Raven, uno que seguramente necesitaría cirugía.

Pero Raider, incluso ante la gravedad del asunto, parecía tener el ceño aún más fruncido, la imagen delante de él algo borrosa en su mente, como si intentara enfocar una fotografía desenfocada.

—Spencer tenía un tatuaje —susurró de repente Raider, como si esa pequeña revelación hubiera encendido una luz en su cabeza.

—¿Qué? —Raven lo miró, confundido, frunciendo el ceño sin entender a qué venía ese comentario tan fuera de lugar, como si de repente el tema de conversación hubiera dado un giro de ciento ochenta grados sin previo aviso.

Tenía un tatuaje. Se lo había visto varias veces mientras trabajaba ahí, en esos momentos robados en que Spencer no era más que una sombra fugaz en el correr del hospital. Y antes, cuando se tropezaron…

Ese breve encuentro había sido suficiente para grabar la imagen en su memoria.

—¿Spencer? ¿El celador? —preguntó Raven, intentando encajar las piezas de ese

rompecabezas inesperado.

—Sí, exacto, ese mismo.

—¿Y qué más te da si tiene uno o diez tatuajes? —replicó Raven, no pudiendo evitar que un tono de incredulidad se colara en su voz, como si el número de tatuajes de Spencer fuera la cuestión menos importante del universo en ese momento.

—No, es solo… No sé, no consigo recordar qué es exactamente y tengo la sensación de que estoy perdiendo algo importante —Raider luchaba por encontrar las palabras adecuadas, como si intentara describir el color del viento—. Tonterías mías, seguro —terminó diciendo, aunque en el fondo, algo le decía que no eran tonterías en absoluto.

Una de las enfermeras que estaba cerca de ellos resopló.

—Ese hombre me da escalofríos —dijo entonces, bajando la voz como si compartiera un secreto oscuro y prohibido.

—¿Por qué? —preguntó Raven, que no quería en su hospital nada extraño, nada que pudiera perturbar la delicada armonía del lugar.

—No sé, tiene una mirada extraña. Además, a veces se obsesiona demasiado con las cosas. Por ejemplo, cuando tu hija estaba ingresada, no dejaba de mirar su habitación desde lejos —la mujer fingió que un escalofrío le recorría el cuerpo, dramatizando su punto—. Es muy raro.

—¿A Tori? —Raven frunció el ceño, su preocupación de padre superando cualquier otra consideración.

Entonces, como si las nubes se apartaran para dejar pasar un rayo de luz clarificador, la imagen mental de Raider se aclaró.

—Son tres girasoles —miró a Raven—. Tiene tatuados tres girasoles. Y antes se quedó hablando con Tori…

—¡Dios mío! —exclamó Raven con una mezcla de sorpresa y urgencia, como si de repente todo cobrara sentido y, sin perder un segundo, salió corriendo del lugar, siguiendo a Raider.



En el caos de mi mente, un rayo de claridad perfora la tormenta: la tengo, finalmente, en mis brazos.

Mi corazón late al ritmo de un tambor de guerra, cada latido un eco de mi determinación. No es de noche; el sol brilla afuera, testigo indiferente de mi acto de amor desesperado.

La saco fuera del hospital, mi mente tan enfocada como nunca antes. Sí, le he pinchado un sedante, un pequeño truco aprendido de mi trabajo como celador.

Las voces en mi cabeza, por una vez, se alinean, todas gritando en un unísono frenético de

aprobación.

La luz del día no me detiene, no hay sombras en las que esconderse, pero no importa. Todo mi ser se centra en ella, en su seguridad, en hacerla mía completamente.

No puede ser de otro, no después de todo lo que hemos pasado, no después de que la perdí una vez.

Eso no volverá a suceder.

Mis pasos son firmes mientras la saco por la puerta trasera, un camino que he planeado con meticulosidad obsesiva. Cada mirada, cada gesto calculado para evitar ser vistos. Ella está en mis brazos, hermosa y vulnerable, confiando en mí sin saberlo. Y yo, dispuesto a cargarla hasta el fin del mundo si es necesario.

No hay dudas en mi mente, no hay remordimientos. Solo la pura, indomable necesidad de hacerla mía, de protegerla de un mundo que no la merece.

La llevo hacia mi coche, cada paso un mantra, una promesa silenciosa de amor eterno, de devoción sin límites.

Sé que algunos dirían que estoy loco, que lo que hago es un crimen. Pero en mi mundo, en este universo que hemos creado juntos, es el acto más puro de amor.

Ella me pertenece, como yo le pertenezco a ella, en una simbiosis perfecta de deseo y necesidad.

Así que aquí estoy, cumpliendo mi destino, arrastrando mi única verdad a través de la luz cegadora del día. Porque ella es mi luz, mi oscuridad, mi todo.

Y nada, ni nadie, nos separará jamás.



Capítulo 27

A Raider se le congeló la sangre en las venas cuando, de repente y sin previo aviso, un disparo rasgó el silencio, resonando a lo lejos como el presagio de una mala nueva.

Instintivamente, siguió la dirección del estruendo, y con el corazón martilleando contra su pecho como si quisiera escapar, salió apresuradamente del hospital. Lo que sus ojos encontraron al llegar al origen del tumulto casi lo hace tambalearse, sus piernas temblaron y estuvieron a un tris de no sostener el peso de su cuerpo y su angustia.

—¡Quieto ahí! —exclamó Rain con autoridad, quien, con una agilidad sorprendente y una maniobra rápida digna de un experto, logró derribar al hombre al suelo, retorciéndole el brazo en un gesto que denotaba no solo habilidad sino una furia contenida— ¡Maldito hijo de puta! —rugió el sheriff, con un tono que helaría la sangre al más valiente.

Sentada en el suelo, mareada y llorando, abrazada a Kevin como si fuera su único salvavidas en un mar de desesperación, estaba Tori.

La escena era desgarradora.

—Dios, nena —Raider, sin poder contenerse y con el alma en vilo, corrió hacia ella como empujado por una fuerza desconocida.

Se paró a su lado, y con un movimiento fluido, se dejó caer en el suelo de rodillas. Con una delicadeza que contrastaba con la tensión del momento, le quitó a Kevin de los brazos y la estrechó contra él, buscando en ese abrazo algo de calma en la tormenta.

—Dime que estás bien —la separó ligeramente de su cuerpo, comenzando a mirarla y a palpar cada centímetro de su ser con manos temblorosas, buscando alguna herida, algún daño, algo que su corazón se negaba a aceptar—. Por favor, dime que no te pasó nada —su voz, desesperada y rota.

—Estoy bien —logró balbucear ella, que seguía muy mareada— Yo… Fue él —susurró, mientras sentía que todo seguía dando vueltas, que tenía que cerrar los ojos y descansar.

—¡Una camilla! —gritó Kevin.

Fue el mismo Raven quien ayudó a la enfermera a acercar una.

Llegó hasta su hija.

—¿Pero qué demonios ha pasado? Tori, cariño, ¿estás bien?

Entre Raven, Raider y Kevin, tumbaron a Tori en la camilla. Raven se dispuso a hacerle un chequeo.

Raider, como si un volcán de odio y furia hiciera erupción en su interior, miró a Spencer y se abalanzó contra él, quien ya se encontraba esposado y sometido por su padre. La fuerza con la que lo hizo fue tal que los tres hombres terminaron en el suelo.

—¡Maldito hijo de puta! —gritó Raider, perdiendo toda compostura, dejando salir a ese médico que parecía haber sido consumido por la locura en ese instante— ¿Qué le has hecho? ¡Si le pasa algo, te mato!

En ese preciso momento, Kevin llegó justo a tiempo para agarrar a Raider por la cintura, intentando controlarlo, mientras que Rain, con la destreza que lo caracterizaba, cogía al detenido y lo alejaba de su hijo, quien en ese estado de furia ciega, era un peligro incluso para sí mismo.

—¡Déjame! ¡Suéltame! —gritaba Raider, luchando contra el agarre de Raven, su voz era un torbellino de rabia y desesperación.

—Dejadlo, a ver si me mata y así se pasa la vida en la cárcel, lejos de ella —se burló el detenido, con una risa maníaca y desquiciada, mientras la sangre manaba de su nariz y labio, testimonio de la violencia recibida—. ¡Ella es mía!

—¡Tuya y una mierda! ¿Eso es lo que quieres? ¿Separarme de ella? ¡Soltadme, dejadme que le rompa la maldita boca! —la amenaza en la voz de Raider.

De repente, como si de una película de acción se tratara, un puño voló por el aire con la precisión de un misil y se estampó con toda la fuerza del mundo en la mandíbula de Spencer.

El impacto fue tan fuerte que casi se podía oír el eco de la conexión a través del estacionamiento.

—Tranquilo, ya lo hice yo por ti —dijo Romeo, sacudiendo su mano en el aire, intentando disimular el dolor que le provocó el golpe.

Había puesto toda su fuerza en aquel puñetazo, tanto que su puño dolía como si hubiera golpeado una pared.

—¡Capo! —gritó la panda de ex-mafiosos que lo seguían, celebrando el acto de justicia callejera como si acabaran de presenciar el golpe ganador en una pelea de boxeo de campeonato.

Rain, por su parte, puso los ojos en blanco ante el espectáculo. Se preguntaba en qué momento su vida había dado un giro tan surrealista.

¿Pero a qué demonios venía todo eso?

¿Desde cuándo las calles de su pueblo se había convertido en el escenario de una película de gánsteres?

¿Y qué demonios hacía todo el mundo allí, ya que estamos?

—¡Déjame! —gritó Raider, intentando liberarse con desesperación, queriendo alcanzar a Spencer antes de que metieran al desgraciado en el coche de policía.

La furia y el impulso de venganza aún bullían en su interior, una tormenta sin control.

—¡La estás asustando, joder! —exclamó Kevin, sorprendido de su propia fuerza al lograr contener a semejante fuerza de la naturaleza que era Raider en esos momentos— ¡Piensa en Tori, ella te necesita! —sus palabras eran un recordatorio, un llamado a la razón en medio del caos.

Fue como si esas palabras actuaran como un interruptor, apagando o encendiendo algo dentro de Raider. De repente, su mirada se suavizó y se dirigió hacia Tori.

—Dios mío, nena —intentó moverse hacia ella, un impulso nacido de la necesidad de asegurarse de que estuviera bien, pero Kevin lo evitó, todavía preocupado por lo impredecible de su estado.

—Déjame ir con ella —le pidió, su voz cargada de una súplica genuina, un deseo profundo de estar al lado de Tori, de protegerla y asegurarse de que no le pasara nada.

Suspirando profundo y con un palpable alivio, casi como si se le hubiera quitado un peso de encima, Kevin observó que Raider, por fin, parecía haber recobrado un ápice de cordura en aquel caos emocional y mental en el que se había sumido.

Con gestos lentos y cautelosos, como quien maneja un artefacto extremadamente delicado, Kevin, finalmente, decidió soltarlo, no sin antes asegurarse de que realmente estaba en un estado más calmado y menos propenso a salir corriendo como un loco otra vez.

Raider, por su parte, no perdió ni un segundo. Como impulsado por un resorte, corrió, o más bien, se lanzó hacia la camilla donde su suegro, ese hombre que ya tenía una jeringa en la mano, estaba inyectándole a Tori lo que Raider esperaba fuese algún tipo de elixir milagroso.

Con la urgencia pintada en cada trazo de su expresión, Raider no dudó ni un momento en correr con ellos hacia el interior del hospital, empujando la camilla como si de ello dependiera cada respiro de Tori.

Rain, después de asegurarse de que Spencer estuviera bien asegurado en el coche patrulla, le dio órdenes estrictas a Kevin para que se lo llevase directo al calabozo, sin detenerse por nada ni por nadie. Observó cómo el vehículo se alejaba, con las luces parpadeando, una señal de que la justicia estaba en marcha.

Con las manos firmemente posadas en las caderas, se giró con una mezcla de frustración y curiosidad palpable en su expresión. Su mirada se clavó en Romeo, que parecía tan fuera de lugar en esa escena como un pingüino en el desierto.

—¿Se puede saber qué demonios haces aquí? —la situación era tan surrealista que Rain se encontraba luchando por mantener el control de su paciencia.

Romeo, con esa serenidad que lo caracterizaba, incluso en los momentos más tensos, se encogió de hombros ligeramente, como si la respuesta fuera la cosa más obvia del mundo.

—Iba con los chicos a ver las últimas reformas del restaurante —que, por cierto, les iba muy bien, tan bien que podían hacer unas cuantas obras—, cuando vimos que algo pasaba —explicó, gestualizando hacia sus acompañantes que asentían con la cabeza, como un coro de mafiosos reformados en una obra de teatro poco convencional—. ¿Casualidad?

—No, capo. ¡El destino te necesitaba aquí! —exclamó Piero con una vehemencia que rozaba lo teatral.

—Madre mía —suspiró Rain, quien por un momento pensó que aquel comentario llevaba más

verdad de la que le gustaría admitir.

Y es que él, definitivamente, no tenía ninguna cita pendiente con el destino en aquel lugar.

Pero mientras patrullaban la zona, más por aburrimiento que por deber, Kevin, su mano derecha, decidió llamar a su madre. La buena mujer le contó que estaba en el hospital para una analítica de sangre, nada del otro mundo.

Sin embargo, Rain, en un intento por escapar del tedio, decidió acompañar a su compañero para que comprobara que todo estaba bien.

Justo estaba aparcando el coche patrulla cuando una pareja, que desentonaba completamente con el paisaje urbano, captó su atención. Fue entonces cuando se dio cuenta de que la chica era Tori y que no estaba precisamente disfrutando de un paseo romántico, dado que alguien la estaba arrastrando más que acompañándola.

Rain no lo pensó dos veces. Se bajó del coche y llamó a su sobrina, intentando disimular la preocupación que le corría por las venas. Pero el hombre, lejos de calmarse, aceleró el paso, convirtiendo una situación tensa en un verdadero thriller de acción.

La cosa se complicó tanto, que Rain tuvo que recurrir a su arma cuando ese loco no mostró signos de querer soltar a Tori.

Un disparo al aire fue el último recurso de un tío desesperado por proteger a su familia, demostrando que no hay nada más peligroso que un hombre dispuesto a todo por los suyos.

Rain albergaba la esperanza de que el incidente no fuese más que un susto y que Tori se encontrase bien.



—¿Cómo está? —preguntó Rain al ver entrar a su hijo en la cocina.

Era de noche, sí, y como solía pasar a menudo, estaban allí congregados, como si la cocina fuese el escenario de uno de esos reality shows donde nunca pasa nada bueno, pero todos siguen viendo.

—Dormida. Chloe está con ella —dijo Raider con esa cara de pocos amigos que solía poner cuando el tema era serio, y luego miró a Raven—. ¿Cuánto tiempo le durará el efecto del sedante que le inyectaste? —le preguntó.

—Toda la noche, seguro. No te preocupes, le vendrá bien dormir. Lo necesita —respondió Raven, con esa seguridad de quien sabe lo que hace.

Porque al despertar esa tarde, Tori lo hizo gritando, como si hubiera visto el fantasma de la dieta perfecta, y sufrió una crisis de ansiedad cuando los recuerdos de ese hombre llegaron a su mente, como un mal episodio de telenovela que no puedes dejar de ver.

—Ha tenido que pasarlo mal al recordar lo del accidente. Ese loco… —Rebel bufó, poniendo cara de quien se ha comido un limón pensando que era una naranja— ¿Cómo se le ocurre provocar algo así?

—Está perturbado —dijo Rain, que ya tenía un primer informe psicológico de él, y probablemente también el manual de "Cómo lidiar con psicópatas para dummies".

—Y obsesionado con ella —dijo Rebel.

—Desde siempre —suspiró Raider, recordando cuando eran niños.

Claro que nunca imaginó…

—Eso no es excusa —dijo Romeo—. ¿Sabéis lo que les hacen a los locos en la mafia?

—A los locos y a los no locos —bufó Rain—. Vaya ejemplito vas a poner, capo.

Romeo gimió, como si le hubieran dicho que tenía que levantarse temprano un domingo.

—Capo, y una leche —pero desde que le pegó al loco ese, no dejaban de llamarlo así. Todos. Los ex-mafiosos y esa panda de capullos que lo acompañaban esa noche.

—¿Y tú? —preguntó Rebel, mirando a su primo cuando tomó asiento, después de servirse una taza de café bien cargado, como si eso fuera a solucionar todos los problemas del mundo—. ¿Estás bien?

Raider negó con la cabeza. No, no lo estaba, como si estar bien fuera una opción en ese momento.

—Tengo que estarlo por ella —dijo, aunque lo había pasado mal, el miedo aún le atenazaba el cuerpo.

Rain colocó su mano sobre el hombro de su hijo con una firmeza que transmitía seguridad y confianza, ejerciendo un apretón que era un gesto de apoyo.

—Está bien —le aseguró— Y ese loco no saldrá de la cárcel en mucho, mucho tiempo, nunca, si depende de mí. Así que dedícate a ella, a hacerla feliz. Ya os toca, ¿no crees?

Sí, les tocaba.

Después de años de separación, de angustia y de batallar contra miedos y dolor, ya era hora de ser feliz.

Más tarde, cuando fue a verla, se deslizó bajo las sábanas y la rodeó con sus brazos.

—Zev… —susurró ella, atrapada en el limbo del sueño.

—Estoy aquí, nena —le respondió él—. Siempre estaré aquí —le besó la cabeza con ternura —. Duerme —susurró—. Nadie te hará daño mientras estés conmigo —era una promesa, un voto de protección eterna.

—Te quiero —murmuró ella en un susurro apenas audible.

Él sonrió, emocionado.

—Yo también te quiero, nena.



Epílogo

—Estoy embarazado.

Sí, sí, has leído bien.

No es ningún error de imprenta ni un lapsus loco de esos que se cuelan cuando menos te lo esperas.

Esa fue exactamente la frase que rompió el silencio, resonando en el aire con una mezcla de sorpresa y cierta incredulidad cómica.

¿Que quién soltó semejante bombazo?

A ver, déjame darte una pista a ver si lo pillas…

Romeo, nuestro italiano favorito, el mismo que podría ganarse la vida haciendo catas de croissants si no fuera porque casi se atraganta con cada bocado. Sí, sí, el muy tragón estuvo a punto de pasar a mejor vida, todo porque un croissant le jugó una mala pasada.

¿Te imaginas? Morir por un croissant, sería para morirse… de risa.

Bueno, pues en medio de ese drama panadero, va alguien y suelta la perla.

Sí, querida lectora, apuesto a que lo has adivinado ya.

—Bueno, técnicamente estamos embarazados —rectificó Rebel, apretando con fuerza la mano de su chica como si tratara de transmitirle toda la calma del mundo, aunque en su interior estuviera haciendo malabares con la noticia—. Otra vez.

—Me cago en la leche… —gimió Raven, con una expresión que era un poema, mientras daba cabezazos contra la mesa como si intentara despertar de un sueño especialmente bizarro.

—*La madre che ha partorito* —consiguió articular Romeo, finalmente, entre la incredulidad y un intento fallido de buscar explicación lógica a lo inesperado de la situación.

El resto del grupo, bueno, se podría decir que imitaron a estatuas con una precisión digna de museo, porque vaya cuadro. Nadie sabía muy bien qué decir o hacer, y el silencio se llenó de un montón de emociones flotando en el aire, esperando a ver quién se atrevía a romperlo.

—Mamá… —susurró Riley, con una vocecita que casi se perdía entre el caos emocional del momento.

A Beth le costó unos segundos, quizás fueron horas en su percepción, salir de su estupor. Pero cuando lo hizo, vaya si lo hizo con estilo.

—¡Felicidades! —exclamó, con un entusiasmo que parecía nacer directamente del alma, mientras intentaba, sin mucho éxito, dormir al otro bebé que tenía en brazos.

El pobre, con apenas cuatro meses de vida, ya se estaba enterando de que su familia era cualquier cosa menos aburrida.

—¿Pero les ha dado tiempo? —preguntó Romeo, aún en modo susurro, como si el secreto pudiera mantenerse en un círculo íntimo en una habitación llena de gente.

—Al parecer sí —rio Rain, porque de ese par, la verdad, ya se esperaba cualquier cosa.

Era como si estuvieran suscritos a una telenovela de esas que no necesitan guionistas porque la realidad supera la ficción, con giros argumentales en cada esquina y sorpresas que ni el mejor director de cine podría imaginar.

Y ahí estaban ellos, ni siquiera habían soplado treinta velas en sus tartas de cumpleaños y ya contaban con un bebé y otro en camino, dos pequeños huracanes que revolucionarían, seguro, no solo sus vidas, sino también las de toda La Mansión.

—Menos mal que lo ganan bien… —suspiró Raven, intentando buscar el lado práctico de la situación.

Porque, claro, mantener a una familia que parecía estar en constante crecimiento no era precisamente barato.

Y su cuenta corriente, por ende, sufría.

—Pero nosotros no ganamos para dolores de cabeza —añadió Romeo, soltando la frase con esa mezcla de sarcasmo e ironía que lo caracterizaba, haciendo un juego de palabras tan suyo que reflejaba a la perfección el sentir general.

Era como si cada nuevo anuncio de embarazo viniese con un paquete adicional de aspirinas para el resto.

—Os estamos escuchando —intervino Rebel, con un tono que oscilaba entre el reproche y la diversión.

Era parte del show, después de todo.

—Ya, bueno, pues a ver si os sirve de algo —gruñó Romeo entre dientes, aunque en el fondo, muy en el fondo, estaba tan emocionado como todos.

Babeaba por su nieto, y lo haría por los que llegasen.

—Dejadlos ya —se quejó Chloe, alzándose de su asiento con esa elegancia que la caracterizaba, para felicitar a la parejita con un abrazo que quería ser de todo menos protocolario — ¡Otra vez abuela! —exclamó, con una mezcla de alegría y resignación pintada en el rostro.

Y es que, en el fondo, no sabía si reír o llorar, porque ser abuela nuevamente significaba un sinfín de pañales más, más biberones y el doble de noches en vela.

En fin, qué se le iba a hacer.

La vida en La Mansión nunca había sido aburrida, y con la llegada de un nuevo miembro, seguro que las aventuras, desventuras y momentos de ternura iban a seguir escribiéndose en cada rincón de ese hogar tan peculiar.

¡Bienvenidos niños al mundo!

Ahora, a prepararse para las nuevas historias que estaban por venir, porque algo decía que iban a ser legendarias.



Mientras tanto, en otro lugar del mundo, celebrando otro aniversario de casados más, totalmente ajeno a cualquier cotidianeidad mundana, Raider experimentó una oleada de confusión mezclada con una pizca de decepción al palpar el vacío a su lado en la cama.

Con el ceño fruncido, abrió los ojos un poco, solo para ser testigo de la silueta de su mujer, Tori, recortada contra el cristal de la ventana, bañada por la luz de la luna en su esplendor nocturno, completamente desnuda.

La visión era, sin exagerar, hipnótica, lo más impresionantemente hermoso que sus ojos habían tenido el placer de observar en su vida.

Con la cautela de un felino, se deslizó fuera de las sábanas, dejando al descubierto su propia desnudez, y avanzó hacia ella con pasos silenciosos, movido por un imán invisible que parecía tirar de él hacia su presencia.

Al envolverla con sus brazos desde atrás, una sonrisa genuina y un tanto traviesa se dibujó en su rostro al sentir cómo ella, tras un breve momento de sorpresa, relajaba su cuerpo contra el suyo y colocaba sus manos sobre los brazos de él, que la rodeaban con un calor protector alrededor de su cintura.

—¿Estás bien? —inquirió él, su voz teñida de una suave preocupación.

Ella respondió con un asentimiento, un gesto simple, pero cargado de significado.

En ese asentimiento había historias, batallas libradas y vencidas, oscuridad superada.

Las pesadillas que una vez los habían acosado, las consecuencias de los actos de un demente ahora condenado a pudrirse tras las rejas por años venideros, la lucha de Tori contra una incapacidad temporal que desafió su movilidad, y los rencores y años perdidos en desencuentros…

Todo eso quedaba ahora en un pasado lejano, casi como si perteneciera a otra vida.

Ahora, lo único que existía era el presente entre ellos, el amor inquebrantable que habían decidido forjar día tras día, dedicándose a recuperar cada momento perdido, cada caricia no dada.

Cada palabra de amor no pronunciada.

—Me encanta mirar el mar de noche —compartió ella, revelando un pensamiento que, aunque conocido por él, nunca dejaba de ser especial.

—A mí me encanta mirarte a ti —replicó él con una sinceridad que trascendía las palabras,

girándola entre sus brazos para capturar sus labios en un beso que era tanto una promesa como una declaración, un beso que viajó con intención desde sus labios hasta el cuello, despertando la piel a su paso.

—¿Y quererme? —indagó ella, coqueta.

—Siempre —respondió él, su voz resonando con la firmeza de una promesa antigua, una de esas que se tallan en el corazón y en el alma, inamovibles, eternas.

Era una palabra sencilla, pero cargada de un significado infinito, como si en ese "siempre" cupieran todos los momentos vividos y todos los que estaban por venir.

—Hmmm… Yo también te quiero —confesó ella.

—Lo sé —afirmó él, un brillo de felicidad iluminando sus palabras.

No era arrogancia, sino una confianza profunda en el amor que compartían, el reflejo de una certeza absoluta, de saberse amado tan completamente como él la amaba a ella.

—¿Y… follarme? —la pregunta de Tori, directa y sin rodeos, arrancó una carcajada a Raider.

—Follarte y hacerte el amor son mis dos pasiones favoritas, nena —declaró con una honestidad brutal, sus palabras un reflejo de la dualidad de su relación: pasión ardiente y amor profundo.

—Me alegro —dijo ella, mientras sus manos se elevaban, trazando el aire con gracia antes de posarse alrededor del cuerpo de él—. La mía eres tú.

—Se me acaba de poner dura la polla con solo escucharte —gimió.

Tori, lejos de sorprenderse, soltó una sonora carcajada.

—Me había parecido que la tenías dura de antes —respondió, su comentario impregnado de esa poca vergüenza que la caracterizaba.

—Pues sí, la verdad —admitió él, sin rodeos, ¿para qué mentir?

En un movimiento fluido, Raider levantó a Tori en peso. Ella, por instinto, enroscó las piernas alrededor de la cintura de él. Juntos, cayeron en la cama, pero el abrazo, lejos de romperse, se intensificó.

—Creo que voy a hacer mis dos cosas favoritas —anunció él, su voz cargada de una promesa de placer y amor.

—¿Las dos? —preguntó ella.

—Sí, nena. Siempre hago las dos —respondió él—. Follarte y amarte siempre van de la mano.

Y sin más preámbulos, procedió a demostrárselo.

—Cariño… —susurró ella, con una voz tan suave y dulce que parecía acariciar el aire tranquilo de la habitación, momentos después, cuando los dos estaban cómodamente enredados en las sábanas, a punto de dejarse vencer por el abrazo cálido y reconfortante de Morfeo.

La luz de la luna se filtraba por la ventana, bañando la habitación en un resplandor plateado que hacía que el momento pareciese sacado de una de esas películas románticas que ambos solían ver los domingos por la tarde.

—Nena… —susurró él, más dormido que despierto, su voz era un murmullo ronco, arrastrado, como si luchara contra el peso del sueño que intentaba cerrarle los párpados.

Estaba tan sumergido en ese estado de semi-consciencia que apenas podía discernir dónde terminaba el sueño y comenzaba la realidad.

—Creo que es la hora.

—¿La hora de qué? —la pregunta salió entre confusa y curiosa, mientras intentaba abrir los ojos, luchando contra la neblina del sueño que lo mantenía atrapado en sus redes.

—De adoptar un bebé —ella lo dijo con tanta certeza y convicción que parecía que había estado pensando en ello durante horas, días, quizás incluso meses, esperando el momento perfecto para sacar el tema.

Había sido así, al fin y al cabo, hacía tiempo que pensaban en ello.

Y, al parecer, había llegado el momento de llevarlo a cabo.

Y con esa frase, la escritora superventas, con su imaginación siempre en marcha y su corazón siempre dispuesto a abrazar nuevas aventuras, consiguió que el médico, que hasta ese momento había estado flotando en las dulces aguas del sueño, no volviera a dormir.



El diario de Raider

“Hoy pasó algo que no me gustó: Spencer le dio un beso a Tori.

La verdad es que Spencer no me cae nada bien, me parece un tonto. Sentí que tenía que hacer algo por mi prima, así que cuando vi a Spencer, hice como que no fue a propósito y lo empujé. Se cayó y se llenó de zumo, ¡bien hecho, por tonto!

¿Quién se cree para besar a Tori así como así? Voy a estar pendiente, esto no se va a quedar así.

Se la tengo jurada…”

“Soy el único en mi clase que todavía no ha dado un beso.

Y es que las chicas... puaj.

Pero no creo que sea gay porque con los chicos me siento igual. Esto me está empezando a preocupar.”

“Hoy casi me da algo, como diría mi tío Raven, casi me da un jodido infarto. Tori vino y me preguntó si ya había besado a alguna chica.

¡Venga ya! Eso no se pregunta.

Menos mal que ni respondí, porque luego me dijo que no puedo besar a nadie más, que mi primer beso tiene que ser para ella.

Esta niña está fuera de sí…”

“Hoy he intentado besar a una chica. Tengo trece años, así que ya tocaba. Pero…

¡Qué asco! No he podido.

Creo que nunca podré…”

“Hoy Tori ha llegado de la nada y ¡bam!, me ha plantado un beso en la mejilla.

¿Está flipando o qué?

Y como si nada, suelta que ahora somos novios. Yo, claro, rollo "¿pero qué me estás contando?"

Pero dejé que se lo creyera. Porque mejor que todos crean que es así, porque como algún otro intente algo con ella, lo dejo KO.”

“Creo que ahí estaba el problema...

Me ha costado la vida darme cuenta, pero ¿ha sido siempre así? ¿Siempre ella?

Es la primera vez que la veo de verdad, como mujer, y sí, ya es toda una mujer.

Joder, estoy en un lío gordo...”

“Hoy Tori tenía su primera cita con un chaval. Clave: tenía, porque no he dejado que sucediera.

El tipo llegó a la cafetería donde habían quedado, pero no entró. Le he metido un susto de muerte antes.

¡Así se hace, Raider!”

“Hoy Tori ha cumplido los dieciocho. Flipas, cómo vuela el tiempo, ¿no?

Ha entrado a mi cuarto, se ha acercado... Yo ahí, muriéndome por dentro porque algo raro flotaba en el aire. Y de repente, zas, me planta un besazo. Intenta salir pitando después de eso, pero…

Ah, no, cariño, después de eso ya no hay vuelta atrás.”

“Estoy loco por ella. No entiendo cómo no lo he visto antes…”



Adiós, Carmichael

“Si estáis leyendo esta carta, significa que mi premonición se ha cumplido. Si no es así, os sugiero que la destruyáis de inmediato.

Como os estaba diciendo, si esta misiva ha llegado a vuestras manos, es porque Raider y Tori finalmente están juntos, tal como lo imaginé.

¿Acerté, no es así?

Siempre he creído en el dicho que afirma que el diablo sabe más por viejo que por diablo.

Ese par estaba destinado a unirse desde el principio.

He mantenido siempre la convicción de que nada en la vida ocurre sin una razón. Vosotros tres no entrasteis en mi existencia por casualidad.

La razón, creáis en ella o no, era salvarme.

Aunque constantemente me decís que yo fui quien os salvó, no tenéis idea de la profundidad del abismo del cual me rescatasteis.

Quiero agradeceros, profundamente, por haber sido una parte tan significativa de mi vida. Sé que mi partida es inminente, pero me voy en paz, sabiendo que os dejo en buenas manos.

Sobre todo, me reconforta saber que os tenéis los unos a los otros, y mi deseo es que siempre sea así.

Espero que Raider y Tori, esas dos almas gemelas, permanezcan unidas, a pesar de los desafíos que puedan enfrentar. Estoy convencido de que el amor que se tienen superará cualquier obstáculo, y sé que contarán con vuestro apoyo incondicional.

Después de todo, lo que más deseáis es la felicidad de vuestros hijos.

Hasta mi último suspiro, quiero creer que solo juntos encontrarán la verdadera felicidad. No solo confío en esto, sino que también apuesto por ello.

Y aunque aún son jóvenes, hay algo en Rebel y Riley que me hace pensar que podrían seguir el ejemplo de Raider y Tori.

Desde el más allá, haré lo posible por guiarlos en ese camino. Son las almas más puras que he conocido, y mi mayor deseo es que encuentren la felicidad.

Como la habéis encontrado vosotros.

Raven, Rain, Romeo… Me despido, esperando que pase mucho tiempo antes de que nos reencontremos.

Por favor, vivid una vida plena y feliz. Y ojalá la viváis juntos.

Y quiero que sepáis algo que olvidé mencionar antes, cuánto os quiero.

Gracias, por todo lo que habéis sido para mí.

Carmichael.”

FIN



Capítulo Extra: “El Fin… ¿O No?”

El despacho de mi casa está inusualmente tranquilo. Las luces son tenues, casi románticas, y las cortinas ondean suavemente con la brisa nocturna, creando una atmósfera mágica y misteriosa, como si la habitación misma estuviera conteniendo el aliento, esperando a que algo trascendental ocurra en cualquier momento.

Yo, quien he dado vida a todas estas historias, escribo la última palabra: «FIN». Tres simples letras que encierran un universo de significados, emociones y recuerdos.

Es el cierre de un ciclo, el final de un viaje épico que ha abarcado incontables horas de dedicación, café y noches en vela. Suspiro, sintiendo una mezcla de satisfacción y melancolía. Satisfacción porque he podido narrar sus historias, entrelazando sus vidas con la mía y capturando la imaginación de tantas lectoras. Melancolía porque tengo que decirles adiós.

Aunque por una buena razón: para que sus historias ahora pertenezcan plenamente a mis lectoras.

Me levanto para estirarme, sintiendo cómo se relajan los músculos tensos después de horas de escritura. Mis hombros crujen y mis vértebras protestan, pero hay una satisfacción en esa incomodidad física; es la prueba de la dedicación, del esfuerzo invertido en cada línea y en cada palabra.

—¡Qué fin ni qué leches! —grita Raven en mi cabeza, con una voz que casi puedo escuchar resonando en las paredes de mi estudio— ¿Fin? ¡Pero si esto solo acaba de empezar! —y su tono no solo es desafiante, sino también irónico, casi burlón, como si supiera algo que yo no.

Después del susto inicial, Raven desaparece de mi mente por un instante. Me acerco de nuevo a mi escritorio y tomo asiento, el corazón todavía latiéndome con fuerza. Me paso una mano por la frente, intentando apartar el sudor frío.

—Siempre tan dramático, Raven —murmuro para mí misma, intentando calmarme.

Su drama es casi una constante en nuestras interacciones mentales, y aunque lo conozco bien, nunca deja de sorprenderme. Es como si disfrutara poniéndome al borde del infarto solo para recordarme que él está ahí, siempre presente y dispuesto a añadir un toque de teatralidad a cualquier situación.

Cierro los ojos y los veo en mi imaginación.

Están en el salón de La Mansión, el lugar donde tantas historias han cobrado vida. La sala está llena de la energía de sus discusiones, y puedo sentir la tensión en el aire como si estuviera allí mismo. El mobiliario antiguo, las alfombras pesadas y los retratos en las paredes parecen vibrar con la intensidad de sus emociones, como si hasta los objetos inanimados estuvieran tomando partido en sus eternas disputas.

Raven está plantado frente a Romeo y Rain, quienes están cómodamente sentados en el sofá, como si estuvieran viendo una película en lugar de enfrentarse a una tormenta emocional. El

médico, con el ceño fruncido y las manos en las caderas, adopta una postura claramente defensiva y cabreada, listo para lanzar un discurso épico sobre la injusticia de la situación.

Romeo, con su aire despreocupado y su sonrisa enigmática, parece estar disfrutando del espectáculo. Su pose relajada contrasta fuertemente con la tensión palpable en la habitación, como si él fuera inmune al drama que se desarrolla a su alrededor.

Rain, por otro lado, observa con atención, su mirada penetrante y analítica captando cada matiz de la situación.

Juntos, forman un trío de personalidades tan distintas y complejas que cada interacción es una obra de teatro en sí misma, llena de giros inesperados y emociones a flor de piel.

—Tú lo hiciste así de drama king —me dice Rain, encogiéndose de hombros con esa tranquilidad que tanto lo caracteriza. Es casi exasperante cómo puede mantenerse tan sereno en medio del caos, como si tuviera un botón interno que lo apaga todo.

—Y nosotros lo aguantamos —bufa Romeo, sus ojos brillando con una mezcla de frustración y afecto. Su expresión revela una resignación casi cómica, como si estuviera acostumbrado a soportar el melodrama constante de Raven, y, a pesar de todo, no pudiera evitar sentir un cierto cariño hacia él.

Y así es, ¿no?

—No hablemos de aguantar… —dice Raven, con un tono de amenaza que haría temblar a cualquiera menos a sus amigos más cercanos— Que todavía te mando a tu país.

—Este es mi país —le recuerda el italiano de nacimiento, con un orgullo que solo alguien como él podría exhibir.

—Porque lo dice ella —señala a algún punto en el aire, refiriéndose a mí con un gesto vago, casi como si estuviera señalando a un espíritu invisible.

—Italia siempre le correrá por las venas. Pero se lo ganó, ¿no crees? —digo, entrando en la conversación con una sonrisa. Intento mediar en el conflicto con la esperanza de apaciguar los ánimos, como una madre que trata de calmar a sus hijos peleones.

—No, no lo creo —refunfuña rápidamente Raven, sin perder ni un segundo—. Como tampoco creo que sea la hora del fin —su insistencia es casi cómica, como si la idea del final de la historia fuera una broma de mal gusto que se resiste a aceptar.

—Pero si ya sois todos felices… —respondo, como si esa fuera una explicación suficientemente convincente para poner fin a sus historias. La lógica detrás de mi argumento parece simple, pero obviamente no lo es para él.

—¡Pero faltan los hijos! —exclama Raven, con un tono que sugiere que la solución es tan obvia que no puede creer que no la haya considerado.

—¿Qué hijos? —pregunta Rain, con una mezcla de sorpresa y confusión— Si, por fortuna, Tori y Raider están viviendo su luna de miel eterna —su expresión es una mezcla de alivio y desconcierto, como si estuviera agradecido por la paz temporal.

Raider…, suspiro. Ya podrían estos tres aprender un poco de él, viviendo su vida, feliz y no dando por culo como otros…, pienso para mis adentros.

—¡Y mi hija y el zopenco de tu hijo están dejando descendencia por doquier! —exclama Romeo en un gemido, levantando las manos al cielo como si supiera que esto solo puede significar problemas— ¿Qué más quieres?

—¡Pues los hijos de los hijos! —exclama el médico, con la vehemencia de alguien que acaba de descubrir la pólvora.

—¿Los hijos de los…? —Romeo cierra los ojos, dejando la frase sin acabar mientras intenta procesar la magnitud de lo que se le está sugiriendo— ¡¿Pero tú quieres matarme a mí de un infarto o qué?! Joder, que como tenga que estar en todas las historias de mis nietos, ¡no descansaré en la vida! —el dramatismo en su voz es casi teatral, como si estuviera actuando en una telenovela y no en una conversación casual con sus amigos.

—¡¿Y para qué quieres descansar, mafioso del demonio?! —exclama Raven, su voz cargada de sarcasmo— ¡Ya descansarás cuando mueras!

Romeo mira a Rain, quien permanece tan tranquilo como un monje zen en medio de un campo de batalla.

—Todavía me convierto en un mafioso de verdad. ¿Me dejarás escapar o me pondrás las esposas? —pregunta Romeo, su tono de voz lleno de una ironía desesperada que sugiere que realmente está considerando su futuro criminal.

Rain enarca las cejas, su expresión tan impasible como siempre, como si estuviera viendo a través de Romeo y no escuchando una confesión de posibles crímenes futuros.

Romeo resopla, resignado a la falta de reacción de su amigo.

—Mejor no me lo digas… —murmura, con un aire de desesperanza que solo alguien que ha lidiado con Raven durante años podría entender.

—Esto no puede ser el final —suspira Raven, su voz cargada de frustración, dejándose caer en uno de los butacones que hay frente a sus amigos—. ¿De verdad creéis que podemos cerrar todo esto con un simple “FIN”? —la incredulidad en su voz es palpable, como si la mera idea de un final fuera una afrenta a su existencia.

Romeo levanta una ceja, sin molestarse en disimular su aburrimiento.

—¿Y cuál es tu brillante plan? ¿Seguir eternamente en esta montaña rusa emocional? —pregunta Romeo, su tono cargado de escepticismo y una pizca de exasperación, como si esta conversación se repitiera en un bucle sin fin.

—Vamos, Raven, relájate. La escritora necesita descansar, y nosotros también. Nadie puede vivir en una constante serie de aventuras sin perder la cabeza —dice Rain, con su voz serena.

Raven, sin ceder un milímetro, se inclina hacia adelante, sus ojos brillando con la intensidad de alguien que está a punto de revelar una gran verdad.

—Eso es lo que vosotros no entendéis. La vida es una serie de batallas sin fin. ¿Descanso? ¡Para los débiles! —gesticula vehementemente, como si intentara orquestar una sinfonía dramática con sus manos.

—Pero incluso en las historias más épicas, los personajes necesitan un momento para respirar, para disfrutar de las pequeñas victorias antes de enfrentarse a la próxima gran batalla —respondo, intentando infundir un poco de lógica en su apasionada diatriba.

Raven se queda en silencio, como si estuviera procesando mis palabras. Luego, con un suspiro, se recuesta en el butacón, pareciendo finalmente aceptar que, quizás, solo quizás, un poco de descanso no sea una idea tan terrible.

—Bueno, tal vez tengas razón —admite, su voz más suave—. Pero no te acostumbres a la idea de un final. Todavía hay muchas historias que contar.

—Claro, porque ser héroe es tan agotador como parece —añade Romeo con una sonrisa sarcástica—. Además, ¿qué sería de nosotros sin un poco de drama para mantener las cosas interesantes?

Raven pone los ojos en blanco, exasperado.

—No se trata solo de drama, se trata de propósito. ¿Y si simplemente desaparecemos en la nada? ¿Qué les queda a nuestras lectoras? —pregunta Raven, adoptando un tono casi filosófico, como si estuviera discutiendo el sentido de la vida.

—Quizás la paz mental que tanto anhelan —Rain se encoge de hombros, inmutable ante el fervor de Raven.

—Y la posibilidad de que vuestras historias continúen en sus sueños. ¿No es eso también valioso? —añado, intentando aportar un enfoque más positivo y conciliador a la conversación.

—¡Valioso! —responde Raven, casi escupiendo la palabra— Lo valioso es seguir luchando, seguir creando caos y aventuras. No podemos simplemente… descansar.

Rain se levanta lentamente, con la paciencia infinita de quien ha lidiado con Raven durante años. Se acerca y pone una mano en su hombro, intentando transmitirle serenidad.

—Vega tiene razón. Todos necesitamos un descanso, incluso nosotros. La vida continúa, pero por ahora, dejemos que esto sea un buen cierre —dice Rain, firme, pero comprensivo.

Raven suspira profundamente, sabiendo en el fondo de su corazón que es verdad. La lucha interna se refleja en su rostro, pero la resistencia comienza a desvanecerse.

—Está bien, pero que conste que esto no es un fin. Solo un punto y aparte —concede finalmente, cruzando los brazos y asintiendo lentamente.

Rain sonríe, complacido.

—Eso es todo lo que pedimos, un momento de paz antes de la próxima tormenta.

—Y quién sabe —digo, añadiendo un toque de humor—. Tal vez en este descanso, alguno de vosotros descubra un nuevo talento. ¿Jardinería, quizás? ¿O yoga?

La imagen de Raven intentando una postura de yoga hace que todos se rían.

—Muy graciosa, Vega —responde Raven, aunque una sonrisa juega en sus labios—. Pero no te acostumbres a verme con una regadera o en posición de loto.

—No lo haría por nada del mundo —respondo, riendo también—. Pero la idea de veros en algo tan mundano es bastante tentadora.

—Entonces, ¿nos tomamos un descanso merecido? —pregunta Rain, mirando a cada uno de nosotros.

—Sí, un descanso —responde Raven, más relajado—. Pero recordad, esto es solo una pausa en nuestra eterna aventura.

FIN

Por ahora…

NOVELAS

Vega Manhattan

01 — Emmanuel

02 — Huyendo del príncipe azul

03 — Ódiame… Pero quédate conmigo

04 — Una propuesta arriesgada (Propuesta 1)

05 — Una propuesta peligrosa. La historia de David (Propuesta 2)

06 — En las manos del Duque

07 — Siempre fuiste tú (FBI 1)

08 — Nunca imaginé que fueras tú. La historia de Noah (FBI 2)

09 — Siempre serás tú. La historia de Alan (FBI 3)

10 — La seducción del Highlander

11 — ¡No lo hagas! La organizadora de bodas

12 — Para mi desgracia, mi jefe

13 — Todo por sentir

14 — Toda una vida

15 — Un lugar para refugiarse

16 — No callaré para siempre

17 — Cambiaste mi vida

18 — Sin mirar atrás

19 — Te protegeré siempre (FBI 4)

20 — Mi lugar eres tú (Relato Navideño)

21 — Prometo no amarte hasta que el pacto nos separe

22 — Cupido. ¡La madre que te parió!

23 — Lo que provocas en mí

24 — Un hermanastro por Navidad

25 — Tengo ganas de ti

26 — Jefe, ¡que te den!

27 — Un regalo de NAVIDAD para ti (Novela corta)

28 — ¡Por qué no te callas!

29 — Raven. Serie La Mansión 1

30 — Rain. Serie La Mansión 2

31 — Romeo. Serie La Mansión 3

32 — Un jefe por Navidad (Novela corta)

33 — Raider. Serie La Mansión 4

34 — Vengo a hablar de mi jefe

Recopilaciones

—Serie Propuesta

—Serie FBI

—Recopilación Relatos navideños

—Serie La Mansión